

Primera edición en español, 1979

Traducción de
WENCESLAO ROCES

Título original alemán,
Friedrich Engels, Eine biographie

© Verlag Kiepenheuer und Witsch, Köln, Alemania

D. R. © 1978 FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Av. de la Universidad, 975, México-12, D. F.
EDICIONES F.C.E. ESPAÑA, S. A.
Vía de Los Poblados, s/n. (Edif. Indubuilding, 4-15), Madrid-33

I.S.B.N.: 84-375-0159-8
Depósito legal: M. 6.975-1979

Impreso en España
Hijos de E. Minuesa, S. L.
Ronda de Toledo, 24, Madrid-5

GUSTAV MAYER

LA BIBLIOTECA NO SE RESPONSABILIZA
POR EL FOTOCOPIADO total o parcial de
esta obra toda dafio que se observe por
esta causa ser6 responsabilidad
del 6timo usuario.

Friedrich Engels: *una biografía*

ORGANIZACION CHARAFEDIN

LIBRERIA ESPECIALIZADA EN
CIENCIAS ECONOMICAS
27 DE ABRIL 219 - T.E. 38298 - 28384
CUBIERTA



FONDO DE CULTURA ECONOMICA
MEXICO-MADRID-BUENOS AIRES

BIBLIOTECA DE CIENCIAS ECONOMICAS

UNIVERSIDAD NAC. DE CORDOBA
FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS
BIBLIOTECA

SIGNATURA 330.692
TOPICO M
N° DE LIBRO 32567
LIBRERIA Clarofedim
PRECIO \$ 77.850.
FECHA DE INGRESO 2.3.81

EU/CD

lp

lp

PROLOGO

La biografía, como una de las formas de captar y conservar datos históricos significativos, liga sucesos de carácter suprapersonal al tiempo y espacio vitales de una determinada personalidad. Al igual que para sí misma, dicha personalidad marca también para sus biógrafos un eje y unas fronteras. La biografía como obra de arte, nos enseñó Dilthey, debería encontrar el punto de vista "en el que se ensancha el horizonte histórico general", mientras que el individuo sigue siendo el eje "para una ilación de las acciones y su significado". Debería existir en todo momento una conciencia de la ausencia de fronteras y sin embargo fijarse el punto de referencia que constituye el individuo en cuestión. Partiendo de este punto de vista llegó el maestro de la reflexión intelectual-histórica a la conclusión de que la forma artística de la biografía "únicamente puede aplicarse a las personalidades históricas".

Si nos fijamos en las grandes figuras de la vida estatal, no descubriremos en la historia política de los últimos tiempos muchas grandes personalidades cuyo devenir y acciones, presentados de forma biográfica, encierren una temática histórica significativa. Pero ésta se encuentra indiscutiblemente presente en las vidas de los hombres relevantes que han mantenido desde puestos visibles luchas con su tiempo o con su ambiente histórico, que han influido de manera radical en el destino de uno o más países de todo un continente. Mucho más limitados son en la historia los casos de los que se han derivado consecuencias profundas de similares dimensiones de luchas cuya trascendencia o alcance fuera previsible de inmediato. Se trata pues de luchas que, inicialmente, hasta que estuvieron maduras las condiciones reales para las mismas, se mantuvieron por lo general, cuando no exclusivamente, dentro del mundo de las ideas y que, dentro de dicho campo del pensamiento resultan sumamente enriquecedoras si el historiador las ordena sobre el eje de la historia de la vida de una de esas personalidades representativas situada en el centro de tales luchas.

La pregunta de si Federico Engels fue una personalidad histórica en el sentido más estricto de la formulación de Dilthey no se puede contestar en el

prólogo a esta biografía, sino en todo caso en la propia biografía. Quizá sea incluso necesario leer el libro primero para comprender el convencimiento de su autor de que la historia de la vida de Engels y de la de Marx, que hasta ahora no se habían escrito basándose en sus propias fuentes, puede arrojar una luz propia y, por tanto, fructífera, sobre la actuación de estas grandes personalidades pertenecientes ya a la historia mundial, cuyas ideas han sido investigadas en el último siglo por incontables escritos sistemáticos que innumerables políticos han condenado a las simas del infierno, mientras que otros las han elevado hasta el cielo. Mi trabajo no pretende competir con los sociológicos, filosóficos, económicos o totalmente políticos de esta especie que ya se han escrito. Se centra por supuesto en tareas cuya resolución corresponde a una exposición biográfica, pues son las que mejor puede cumplir. La estrecha simbiosis intelectual existente entre Marx y Engels me hizo pensar si, en su caso, no sería más conveniente una doble biografía. Pero, a pesar de lo estrecha que fue la identidad de ideas y luchas que les unió, cada uno de ellos tuvo su propio destino personal, recorrió su propio camino, tuvo su propio significado. La armonía entre las atmósferas que envolvieron ambas vidas no debe inducir al biógrafo a engaño. La necesidad de trastocar lo menos posible dicha armonía me impidió adoptar aquí una postura crítica con respecto a algunos puntos de vista de Engels. Tampoco influyó sobre mí ninguno de los escrúpulos contra la imitación o la copia nacidos de una altanera subjetividad que hoy en día suelen reclamar para sí mismos un determinado tipo de biógrafos.

La forma artística de la biografía obliga a la automodestia. A pesar de ello, le queda al biógrafo que pretende ser al mismo tiempo historiador, y recurriendo a la matización, la posibilidad de elegir y desarrollar su material con la suficiente libertad como para poder dar rienda suelta a su propia subjetividad intelectual y artística. Toda persona inteligente sabe, como declaró Goethe en cierta ocasión, que, para los "hombres notables" sólo tiene valor "una visión global de todo su ser particular", y por tanto siempre intenta uno encontrar en ellos algo nuevo mediante la reflexión y la palabra. Con la misión que me impuse de contar en todo momento con el "horizonte histórico general" y el "todo particular" que significa Federico Engels, creí poder contribuir en buena medida a profundizar en el conocimiento de la relación entre el devenir y los actos de Federico Engels y la difícil época en que tenemos que afrontar nuestra lucha por la vida.

Hace más de veinte años que empecé a recopilar materiales para este trabajo, cuyo desarrollo experimentaba todos los años alguna interrupción; hace trece que permití que saliera el primer tomo. Si ahora edito el primero junto al segundo no es sólo porque no se pueda encontrar ya en las librerías alemanas, sino también llevado por el deseo de corregirlo y de introducir en él nuevos materiales que las investigaciones posteriores a su redacción han ido aportando hasta el momento. El lector atento podrá observar pequeñas modificaciones en casi todos los capítulos, y especialmente en el último. Aunque algunas líneas resulten hoy más afinadas, la imagen global del joven Engels que daba la pri-

mera edición no ha experimentado ninguna modificación significativa. Sobre los materiales de que se compone el primer tomo se daba información en el prólogo de la primera edición que, como es habitual, se reproduce en ésta.

También el segundo tomo se compone en gran medida de materiales inéditos o recientemente publicados. Con gran liberalidad fueron puestos a mi disposición los ricos *Escritos póstumos* del propio Engels, así como los igualmente ricos de Marx, de Bebel y de otras destacadas personalidades del movimiento socialista, procedentes del archivo del Partido socialdemócrata de Berlín, así como numerosos manuscritos o también materiales impresos difícilmente obtenibles del Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú, a donde el servicio de ayuda de la *Wissenschaft* alemana me permitió desplazarme en 1928. Expreso mi más sincero agradecimiento por su amabilidad a ambos archivos, así como al Archivo estatal secreto de Berlín-Dahlem, en el que tuve que efectuar ciertas indagaciones.

No menos agradecido les estoy a las numerosas personas que, durante el proceso de gestación de esta obra, me proporcionaron información, consejos y enseñanzas. Dado su elevado número cito aquí sólo los nombres de algunos que me suministraron datos sobre la personalidad de Engels o sobre conversaciones con él mantenidas. Desgraciadamente, algunos no pueden atestiguar ya si las informaciones de ellos recibidas se han reproducido con fidelidad. No viven ya Eduardo Bernstein, Belfort Bax y Conrado Schmidt. No obstante, mi agradecimiento puede llegar todavía a Carlos Kautsky, Juan Burns, Helmut von Gerlach y Adelaida Popp. Doy asimismo las gracias a los amigos personales que, en conversaciones conmigo, han contribuido a aclararme algunos problemas aislados y diversas cuestiones relativas a la ordenación y estilo de esta obra. Finalmente, tengo la obligación de manifestar que sin la ayuda incansable de mi esposa a lo largo de muchos años este trabajo difícilmente hubiese podido salir tan pronto a la luz pública.

Berlín-Lankwitz, día de san Silvestre de 1932

Gustav Mayer

PROLOGO A LA PRIMERA EDICION DEL PRIMER TOMO

La guerra mundial, que nadie había previsto para tan pronto, que nadie había descrito con tintas tan veraces como Federico Engels, colgaba del cielo como una pesada nube, que no tenía por qué descargar necesariamente durante la preparación del primer tomo de esta biografía que doy ahora a la luz. Por tanto, la catástrofe mundial que ha constituido el destino de toda nuestra generación ha afectado también a la suerte de este libro. Ha provocado en el trabajo de su autor interrupciones de meses y hasta de años, le ha obligado a deshacer fragmentos enteros y volver a escribirlos, pues la terrible actualidad que habían cobrado mientras tanto las ideas de Engels no habían llegado a alcanzar toda su dimensión en los primeros y pacíficos tiempos de su redacción. Se ha evitado, por supuesto, interpretar al modo propio de un historiador puntos de vista que pertenecen a una época posterior.

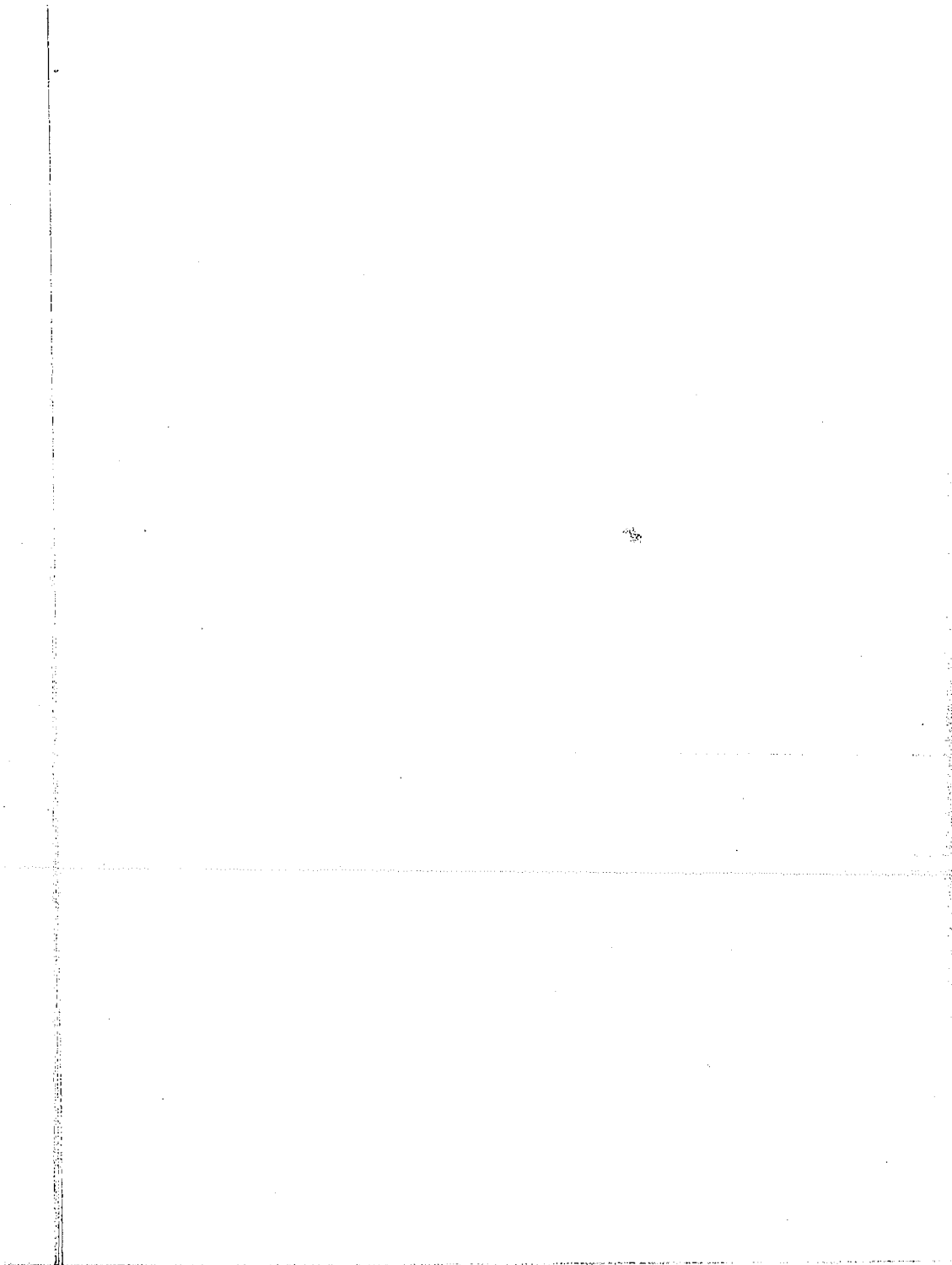
Con la esperanza cierta de la pronta continuación de esta obra, publiqué ya en 1913 en *Nuevo panorama*, acompañándolas de algunas observaciones de introducción, las cartas de juventud más importantes de Engels dirigidas a los hermanos Graeber; y, en 1914, en el *Archivo para la historia del movimiento obrero y del socialismo* un breve artículo titulado "Un seudónimo de Federico Engels". Sobre estas revelaciones afirmó en su biografía de Marx el posteriormente fallecido Franz Mehring que le habían, por así decirlo, redescubierto al joven Engels. Y verdaderamente no debe considerarse esta afirmación exagerada, ya que hasta estos felices descubrimientos, de los que fui el primero en dar noticia, sólo había un par de datos confusos y muchas conjeturas vagas y difuminadas, imposibles de demostrar, sobre la evolución seguida por Engels hasta su duradera relación con Marx, establecida a través de sus colaboraciones en los *Anales francoalemanes*. Como han manifestado las mismas personas que a lo largo de décadas enteras estuvieron en contacto diario con el Engels anciano, faltaban todos los materiales —sobre los que nunca se habían emprendido investigaciones— necesarios para desenterrar el camino, al parecer necesariamente disperso, que el propio Engels se había trazado en su época "prehistórica".

El haber podido acometer esta biografía es algo por lo que debo dar las gracias en primer lugar a la familia de la que procede Federico Engels, y de la que he podido obtener datos esenciales que han venido a sustituir a las informaciones superficiales hasta ahora existentes. Desde el momento de exponerles mi plan, encontré en el Dr. Walterio Engels, de Wandsbeck, y en el consejero comercial Germán Engels, de Engelskirchen, sobrinos de Engels, al igual que en Emilio Engels, de Engelskirchen, hijo del segundo de ellos, un apoyo comprensivo, constante y fructífero. Especialmente agradecido le estoy además a Eduardo Bernstein, quien me ha permitido utilizar importantes documentos y cartas inéditas de los *Escritos póstumos* de Engels de los que, tras la muerte de Bebel, es el único albacea. Con vistas a poder ofrecer al lector un segundo tomo que concluya esta biografía, es de gran trascendencia que me haya prometido el poder seguir utilizando sin restricción alguna dichos *Escritos póstumos*. Agradezco al comité que tenía el Partido Socialdemócrata antes de su escisión el permiso para utilizar los *Escritos póstumos* de Marx y otros materiales manuscritos del archivo del Partido, así como a la Dirección del Archivo estatal prusiano la consulta de las actas personales relativas a Marx y Engels del ministerio del Interior y del presidium de la Policía de Berlín, al igual que otros muchos documentos.

Berlín-Lankwitz, junio de 1919

Gustav Mayer

PRIMER TOMO



CAPITULO I

TIERRA NATAL, FAMILIA, INFANCIA

Han pasado ya los tiempos en que aún no era raro que un linaje se mantuviera a lo largo de muchas generaciones entrelazado con la misma tierra a la que el individuo, con su sangre y sus instintos, con su carácter y sus recuerdos, se hallaba firmemente enraizado. El hombre cuya historia nos proponemos relatar en este libro tuvo todavía la fortuna de ser uno de ellos. Sus padres y antepasados habían modelado con tanta fuerza los fundamentos de su carácter, bajo la influencia bienhechora de la tierra natal y del linaje, que el descendiente pudo asimilarse esta herencia y vivirla con una seguridad jamás vacilante. Y esta reciedumbre de la voluntad y esta firmeza profundamente arraigada del carácter salieron triunfantes de aquellas tormentas que habrían de alejar al joven, para siempre, del mundo en que la familia venía ganando desde antiguo, y sigue ganando todavía hoy, su pan material y espiritual.

Era natural que el carácter del pueblo de la baja Franconia se mantuviera más puro en la montaña y en los valles de los afluentes del Rin que en las tierras llanas bañadas por el gran río, en la milenaria calzada de los pueblos donde el vigoroso trazo celta y románico había hecho brotar una sangre mezclada, inteligente y vital, pero teñida también de cierta inseguridad. La estirpe del bajo país de Berg de que era hijo Federico Engels se distingue de la Renania propiamente dicha por una mayor sobriedad y laboriosidad, por un carácter más firme y por un espíritu de independencia más vigoroso. Los estados de ánimo se imponen en él con menos fuerza que la reflexión; las gentes de este país no pierden fácilmente la serenidad, son muy consecuentes en su modo de pensar y se sienten fácilmente atraídas por el deseo de sistematizar sus ideas. Lo superficial y de relumbrón rara vez se encuentra en ellos —entre las artes, prefieren sobre todo la música—, su carácter está hecho de una pieza y saben exactamente lo que quieren y lo que rechazan. Y, si es cierto que nada tienen que echar en cara a sus vecinos westfalianos en cuanto a testarudez, se inclinan más que ellos a la agilidad, al dinamismo espiritual y a la espontaneidad y son, por naturaleza, más democráticos y un poco más toscos.

Una población de estas características dotaba a las dos grandes potencias sociales que en los años mozos de Federico Engels dominaban el valle natal del Wuppertal de la pasta humana de que necesitaban las tendencias inherentes a ellas. Favorecida por la situación y por el clima, la industria textil, que por aquellos años iba orientándose hacia el tipo de explotación capitalista, encontró aquí un tronco de trabajadores confiado e influido por las fuerzas conservadoras, al paso que el espíritu cavilador, pero al mismo tiempo apegado a la realidad de aquellas gentes, hacía que se dieran la mano, allí, el pietismo de matiz calvinista imperante en Elberfeld, al igual que en Barmen, y el rasgo democrático, cuyo exponente era el espíritu popular de la organización eclesíastica presbiteriana. Las modernas investigaciones han encontrado en la severa doctrina de la predestinación el puente que unía en continuo maridaje estas dos esferas de vida, aparentemente separadas por un abismo. Federico Engels, que en sus años de infancia había vivido este entrelazamiento, quiso más tarde descubrir en la elección por la gracia incluso la expresión religiosa del hecho de que, "en el mundo comercial de la competencia, el éxito o la bancarrota no depende de la actividad o la pericia del individuo, sino de circunstancias ajenas a él".

Como es sabido, la doctrina de la predestinación hace que la posibilidad de redención del alma del hombre escape a la influencia de la fe del individuo o de su manera de vivir grata a Dios; es una potencia sencillamente inconcebible para él la que de antemano dispone acerca de su salvación o su perdición. Esta doctrina veda, no obstante, la entrega fatalista a los inmutables designios de la providencia; cada cual tiene que creer en su propio estado de gracia y rechazar todos los embates contra la fe. Pero el camino más seguro que conduce a esta certeza en la victoria es que cada cual trabaje incansable, sistemáticamente, en el oficio o la profesión que desempeña en el mundo. Es este el medio ascético más eficaz que conoce el calvinismo, y el éxito que aporta debe fortalecer al creyente en el sentimiento de que figura realmente en la cohorte de los elegidos. No hace falta subrayar la inmensa influencia estimulante de orden práctico que esta manera de pensar, entrelazando el ascetismo con la actividad profesional y recibiendo, así, por vez primera, una valoración religiosa, ejercía sobre el desarrollo del moderno espíritu capitalista. Si el trabajo metódico profesional es lo único que lleva al hombre a la certeza de su estado de gracia, es evidente que el despilfarro del tiempo constituye uno de los pecados más graves y que el reunirse con los amigos y el disfrutar del arte son cosas condenables, puesto que roban horas al trabajo, que glorifica a Dios. Y, en efecto, sabemos que, todavía a comienzos del siglo XIX, las parroquias evangélicas de Elberfeld-Barmen protestaban ante el gobierno del ducado de Berg contra la construcción de un teatro en la primera de dichas ciudades, dando como razón de ello que en el Wuppertal no podían coexistir, sin detrimento para los primeros, la laboriosidad nacional, el bienestar de la nación y un teatro nacional. Pero, como la concepción puritana de la vida vedaba solamente el goce de la riqueza, no su adquisición, en la práctica todos los afanes de aquellos habitantes iban dirigidos

incansablemente a la acumulación de bienes, y lo cierto es que toda aquella manera de vivir fomentaba, con una devoción quisquillosa y muy reglamentada, el desarrollo de un sentido de lucro virtuoso-capitalista, el cual, una vez creado, ya no se aminoró aun cuando, bajo la influencia de las nuevas corrientes de los tiempos, fuera atenuándose aquella rígida fe en la predestinación que lo había espolcado.

Al principio, no cabe duda de que el pietismo había tratado de ayudar a que recobrará sus derechos la vida religiosa del individuo, contribuyendo a fundir más íntimamente la fe y los actos mediante una apreciación más atenta de la conducta cristiana. Pero, cuando el espíritu de las Luces comenzó a sacudir con fuerza juvenil el continente, el pietismo que entre los alemanes no se apoyaba en un movimiento eclesiástico separatista digno de mención, no pudo hacerle frente con éxito. Y sólo volvió a fortalecerse cuando las amarguras de la dominación extranjera vinieron a infundir nueva vida a los sentimientos religiosos del pueblo.

Ahora, sin embargo, el pietismo tenía que ayudar a la reacción victoriosa a apuntalar una vez más a las potencias del pasado, cuyo régimen se había visto en peligro. Así, pues, mientras que el viejo pietismo se había impuesto luchando contra la ortodoxia, el nuevo se aliaba a ésta, para llevar nuevamente a las masas del pueblo a la religión positiva del cristianismo. Donde más fácil se le hizo a esta ortodoxia un tanto modernizada reconstruir la fe dogmática en la letra escrita tomando como base las vivencias personales de la conversión a la luz de la Biblia, fue en las pequeñas comarcas pietistas del Wuppertal, Westfalia y Wurtemberg que se habían mantenido indemnes. Alentaban los nuevos miembros de la confederación la idea de someter de nuevo al espíritu del cristianismo más ortodoxo la vida y el pensamiento de una sociedad ya de largo tiempo atrás ganada por las corrientes del siglo. Y si no era posible instaurar el reino de Dios para la colectividad, el verdadero espíritu de la fe debía manifestarse con tanta mayor pureza en los pequeños círculos de los elegidos. Fácil es comprender que quienes aspiraban a lograr esto encontraban un terreno muy propicio en la doctrina de la predestinación y tenían una forma muy adecuada para ello en la organización parroquial presbiteriana, aclimatada en el Wuppertal. No importa que la ciencia teológica alemana, la cual no había podido sustraerse a la influencia de la literatura clásica y de la filosofía idealista, considerara retrógrado este rígido supranaturalismo ultraconservador que aborrecía todo contacto con el espíritu de los tiempos. Esta fe se mantenía, a pesar de todo, al timón en el Wuppertal, sin que las gentes del país se apartaran apenas de ella, e incluso alargaba sus hilos a lo lejos, a partir del momento en que Federico Guillermo brindó apoyo y asilo a la recia personalidad de Krummacher.

Si entre los hombres que de un modo decisivo imprimieron su orientación y su contenido al movimiento político obrero de Alemania hay alguno en quien la extracción y el medio anuncien menos claramente lo que habrá de ser su carrera histórica, es precisamente Federico Engels. Es cierto que tampoco J.B.

von Schweitzer pertenecía, como Marx y Lassalle, a una capa de la población postergada por el Estado y la sociedad. Pero a Schweitzer, hijo de una familia patricia ennoblecida de una ciudad del Reich, aunque no llegó a conocer el techo de una casa paterna desahogada, se encargaron las privaciones y sus propios errores de arrebatarse muy pronto las ventajas sociales de aquella clase privilegiada en que había nacido. Lo que la infancia de Schweitzer no conoció: el vigilante y comprensivo amor de unos padres que se querían entre ellos y que querían a sus hijos, la severa moralidad y la interiorización de las formas religiosas heredadas de sus antepasados, todas estas prendas humanas y burguesas, habían ido trasplantándose, en la familia de Engels, de generación en generación y se las consideraba en ella como virtudes indisolublemente unidas al espíritu familiar.

Poseemos testimonios de que la familia Engels residía en el Wuppertal ya a fines del siglo XVI, y si, como dicen los poetas, el amor al terruño es indicio de un sentimiento arraigado de lealtad, no cabe duda de que este rasgo de carácter debía brillar en la familia de Engels desde tiempos inmemoriales. Es posible que los más remotos antepasados de que nos habla la tradición engelsiana, cultivada con mucho amor, fuesen pequeños campesinos libres, dueños de su tierra, pues en el ducado de Berg jamás llegó a existir una población campesina servil. Y como los ingresos de su modesta agricultura no permitían a la familia adquirir bienes abundantes, es lo más probable que arrendaran sus prados para blanquear la hilaza de otros. Y de aquí a comerciar ellos mismos en hilaza no había más que un paso, franqueado enseguida por el espíritu emprendedor que los Engels llevaron siempre en la sangre. El bienestar de la familia lo cimentó en la segunda mitad del siglo XVI Johann Caspar *senior*, bisabuelo de nuestro Federico Engels, quien, al igual que su padre Benjamín, había marchado de niño "con el cuévano a la espalda". Se dice que comenzó su pequeño comercio en torzal con un capital de unos veinticinco táleros; pero pronto, gracias a su incansable sentido comercial, logró crear una fábrica de puntillas, combinada con una empresa de blanqueado y un taller de cintas, que, al morir él, figuraban ya entre las grandes industrias de Barmen. Caspar conservó a lo largo de toda su vida, teñido de fuerte matiz religioso y patriarcal por el espíritu de los tiempos y el medio, un cálido sentimiento de responsabilidad para con aquellos hombres, semejantes suyos y cristianos como él, que le habían ayudado con el trabajo de sus manos a acrecentar lo que poseía. Todavía en 1846, cuando F. Gustavo Kühne visitó "el Manchester alemán" se conservaba allí un recuerdo tan vivo de los méritos de Caspar Engels, que el conocido narrador de viajes de la Joven Alemania entona un himno en loor de él, en el cual se percibe ya, es cierto, un tono abierto de reproche contra el comunismo de su descastado bisnieto. Cuenta Kühne, hablando del viejo Engels, que fue el primero a quien en aquella comarca se le ocurrió asentar a la errante "chusma fabril", carente de suelo y de hogar, ayudándolos a convertirse, cuando por su trabajo y su conducta lo merecían, en poseedores de una casa con su tierra y su huerto, mediante un descuento que les hacía de su salario semanal para que llegaran a

tener algo. Si tenemos en cuenta cuán largo tiempo florecieron aquí las tiendas de raya y los demás engendros de la manufactura orientada hacia la gran industria, no creemos empuqueñecer los méritos sociales del bisabuelo de Federico Engels, al decir que, procediendo así, velaba al mismo tiempo por sus propios intereses, ya que con ello se rodeaba de una prole obrera segura y afecta a su patrono. Y lo que el viejo había sabido crear lo sostuvieron, con su sobriedad, su prudencia y su laboriosidad los hijos y los nietos.

Johann Caspar habitaba todavía la vieja casa familiar hoy desaparecida, una casa pequeñoburguesa de dos pisos, que en los años de infancia de nuestro Federico servía, principalmente, de almacén. Dicha casa se alzaba en el lugar que ya entonces conocían las gentes de la comarca con el nombre de "Rinconada de Engels", un barrio de la parte baja de Barmen, mezcla de alquerías campesinas y casas obreras, en las que se oía el ruido del telar hasta bien avanzada la noche. Johann Caspar *junior* y Federico, abuelo y padre, respectivamente, de nuestro biografiado, en unión de sus hermanos, regentaban allí con espíritu patriarcal la actividad de sus trabajadores. Este Johann Caspar II y un hermano sin hijos dirigían en paz y concordia la empresa Caspar Engels e Hijos y a la producción tradicional de hilazas y telas de algodón vinieron a sumarse, ampliando el negocio, la fabricación de cintas de seda y el comercio al por mayor de esta fibra. La tradición familiar atribuye al abuelo de Federico grandes dotes comerciales y ensalza, además, la finura de su trato y su gran corazón, cualidades que parecen confirmar, en efecto, los numerosos cargos honoríficos, eclesiásticos y civiles, que este hombre llegó a desempeñar. Parecía personificarse en él, acrecentado, el sentimiento del deber social de que ya había dado pruebas su padre. Así, sabemos que, ya en 1796, fundó una escuela para los hijos de sus trabajadores y que, con motivo de la sequía de 1816, se hallaba a la cabeza de una organización creada para suministrar víveres a bajo precio a los menesterosos de Barmen. Estaba casado con una dama originaria de Holanda, a la que se nos pinta como mujer fina, pero enfermiza, que por primera vez injertó en la recia familia de los Engels un temperamento sensitivo hasta entonces ajeno a ella y que habría de incubar, en su descendencia, algún que otro caso de epilepsia, pero sobre todo un gran interés por el arte.

A la muerte de Johann Caspar el joven, la empresa pasó a poder de sus tres hijos, cuyo comportamiento no parece que fue tan bueno como el del padre. El caso es que Federico Engels y sus dos hermanos, menos decididos que él, echaron a suertes quién de los tres habría de continuar el negocio. Federico, a quien la suerte no favoreció, decidió en vista de ello, cuando ya la vieja empresa familiar iba languideciendo, fundar en Manchester, en 1837, extendiéndola más tarde, en 1841, a Barmen y Engelskirchen, asociando a los dos hermanos Ermen, la industria de hilados de algodón Ermen & Engels, todavía hoy subsistente. La rama inglesa, actualmente llamada Ermen & Koby y que ya nada tiene que ver con la familia Engels es hoy totalmente inglesa. Por aquellos días, en que el desarrollo industrial se aceleraba y las invenciones se sucedían unas a otras, el viejo Federico tuvo la suerte de que el espíritu emprendedor que había

heredado de su padre se aunase en él a una gran pericia técnica, trasplantada luego a su hijo, es decir, al personaje central de esta obra. Venciendo enormes dificultades, aquel hombre dinámico logró ir equipando su fábrica, sostenida durante cerca de veinte años solamente con las sobras que le dejaban las del otro lado del Canal, con las mejores máquinas inglesas, no empleadas todavía por sus competidores alemanes.

Federico Engels, el padre, legó sus mejores cualidades, el espíritu vital y emprendedor, la clara y aguda inteligencia crítica y el alegre y amable temperamento a su hijo mayor, nacido el 28 de noviembre de 1820, cuando el padre tenía veinticuatro años. Su madre era un año menor. Se llamaba Elisa y era también de espíritu vivo y rápida capacidad de captación. Era, además, una mujer tan alegre y jovial, que, ya en su vejez, se reía con todas las ganas cuando le contaban o contaba ella algo gracioso. Descendía de una familia de filólogos no precisamente rica y en la que siempre se cultivaron y apreciaron las cosas del espíritu con mayor amor que en las casas comerciales de Barmen, aunque no precisamente con el sentido de libertad de nuestros poetas y filósofos clásicos, sino más bien a la maneta de aquel cristianismo pietista que allí se inclinaban intelectuales y comerciantes. El padre de Elisa, el rector van Haar, de Hamm era, a juzgar por sus cartas, un hombre original cuyo vigoroso temperamento se rebelaba contra toda injusticia y casado con una orgullosa e inteligente westfaliana, muy consciente de sí misma, hermana de Sneathlage, director del Instituto de segunda enseñanza de Joachimsthal, en Berlín. La madre de Federico Engels fue, por los años de las guerras de la Independencia, pupila del pensionado que el buen profesor sostenía en aquella ciudad. Aunque van Haar era un señor de ideas y sentimientos eclesiásticos, muy dado a consideraciones apocalípticas, no pudo impedir que sus dos hijas más jóvenes abrazasen concepciones religiosas más libres que las suyas e influyeran con ellas, además, sobre sus sobrinos y sobrinas, llamadas a suplir en su casa a la madre, cuando ésta caía enferma. Sin embargo, la tradición familiar niega el único punto que en relación con esto puede interesarnos, a saber, que estas tías mantuvieran también estrechas relaciones con el hijo mayor de su hermana.

El abuelo van Haar había iniciado a Federico, desde muy pronto, como sabemos por una poesía que éste le dedicó a los trece años, en las primeras nociones de las leyendas clásicas. Le contaba al ensimismado nieto los relatos de Tesco y el omnividente Argos, del Minotauro y el Toisón de Oro, de Cadmos y Hércules, y el viejo profesor le echaba también, muy complacido, una mano "cuando los trabajos escolares necesitaban una ayuda". Sin embargo, el mundo de las leyendas griegas no cautivaba el espíritu y la fantasía del muchacho tanto como el de las leyendas germánicas y, sobre todo, las de la Renania, donde encontraba las figuras que más congeniaban con su temperamento.

En 1835, enfermo ya sin esperanza el rector van Haar, el yerno escribía desde Barmen a su esposa, residente en Hamm: "Nuestro buen padre se halla en manos de Dios: bienaventurados él y nosotros, que podemos confiarlo tan serenamente al Padre que está en los cielos". Esta firme confianza en los

designios de Dios de que se habla en las anteriores líneas respondía al austero sentido religioso arraigado a lo largo de las generaciones entre los Engels y en las familias con ellos emparentadas.

Ahora bien, el pietismo había llevado, en el Wuppertal, bajo la influencia de fanáticos predicadores, rodeados allí de una aureola más alta que en ningún otro lugar, a exageraciones que no encajaban muy bien en una tendencia orientada hacia la interiorización de la vida religiosa. En los tiempos de la adolescencia de Federico Engels, las revistas liberales están llenas de quejas acerca de la intransigencia y la intolerancia contra quienes pensaban o sentían sin ajustarse estrictamente a la ortodoxia, ya fuesen católicos o incluso luteranos, acerca del modo de ser infatuado, hipócrita e intolerante de muchas "gentes educadas"; el desprecio hacia las artes y las ciencias, el fanatismo y la cerrazón imperantes en "la Sión del oscurantismo". Es posible que hubiera en todo esto algo de exagerado y que el cuadro aparezca recargado de sombras. Pero, sea de ello lo que quiera, el hecho es que el sano y jovial temperamento de Federico se vio ensombrecido, al principio inconscientemente y más tarde, como veremos, con una conciencia muy clara, por un ambiente muy extendido en que las palabras "diversión" y "placer" figuraban entre las peores blasfemias, en el que no tenían cotización aquellas viejas canciones populares alemanas que cautivaban el alma del muchacho, en que sólo oía resonar en las casas y los talleres de los tejedores cantos eclesiásticos, sin encontrar allí por ninguna parte aquella vida alegre y animada del pueblo que podía percibir en sus breves excursiones por las riberas del Rin.

También en la casa de sus padres se respiraba la concepción religiosa de la vida heredada de los antepasados y teñida de un fuerte matiz pietista, pero hermanada aquí con una actitud comercial tan recia y tan sobria que a la sombra de ella no podían prosperar un sentimentalismo exacerbado o el ciego fanatismo religioso. Cierto que el padre de Federico era un hombre dogmáticamente ortodoxo y de ideas conservadoras, que ocupaba en buena ley, como mecenazas, los más altos puestos honoríficos de su parroquia y educaba a sus hijos en la estricta fe apegada a la letra de la Biblia, a que los pastores y maestros del Wuppertal tenían que plegarse. Pero, al fin y al cabo, había viajado por el mundo, había observado con mirada crítica la vida de Inglaterra, país que visitaba con frecuencia, y la de otras partes y era, además, un hombre excesivamente seguro de sí para dejarse llevar de estrechos prejuicios. Una prueba de que la beatería no podía considerarse uno de los suyos a este talentoso negociante y organizador la tenemos en el hecho de que era aficionado a la música y musicalmente dotado como todos los miembros de su familia, tocase el fagot y el violoncelo, viese con buenos ojos la organización en su propia casa de veladas de música de cámara, mantuviese una actitud bastante razonable ante la literatura secular de su tiempo e incluso asistiese al teatro, cuando se hallaba fuera de su comarca. En cuanto a la madre, podemos afirmar que ya no tenía nada de pietista. Sabemos que jugaba con sus hijos a los disfraces, que, al cumplir veinte años el mayor de ellos le regaló, a instancia suya, las obras completas de Goe-

the y que una mujer como ella, tan dada a la risa, se recreaba en su vejez con el humorismo de Federico Reuter.

Son muy escasos los datos que poseemos acerca de los años de infancia de Federico. Era el mayor de ocho hermanos. Una evocadora y drástica escena, que recuerda un poco las pinturas de costumbres de Juan Steen, dibujada por él en 1839 para su hermana María, tres años más joven y la más afín a Federico de todos los hermanos, expresa bastante plásticamente la vida diaria de aquel tropel de muchachos retozones. Barmen era en aquel entonces una pequeña ciudad de unos veinte mil habitantes, en que se advertía claramente la fusión de varias localidades primitivamente independientes, de la que había surgido. La imagen de la ciudad no se hallaba aún tan dominada como hoy por las chimeneas de las fábricas y, aquí y allá, podía todavía la mirada descubrir un trozo del río, una serie de huertos pegados a la calle o la albura de los lienzos puestos a blanquear alegremente sobre un prado, entre los grupos de casas. Las casas de los Engels, construcciones que recordaban los edificios holandeses, pero espaciosas como casas de patricios, tenían adosado un gran jardín con espléndidos árboles, entre los cuales gustaban de jugar y correr los chiquillos.

Los recuerdos y apuntes de los miembros de la familia guardan el testimonio de que Federico era, en sus primeros años, un muchacho de buenos sentimientos, siempre dispuesto a ayudar a otros y a sacrificar, cuando la ocasión se presentaba, sus pequeños ahorros para socorrer a los pobres.

Asistió hasta los catorce años a un establecimiento de enseñanza de Barmen, que por aquel entonces se llamaba todavía Escuela municipal y que, como él mismo contará más tarde, se hallaba en manos de un grupo de hombres limitados y muy reverentes, convencidos de que los nombramientos de profesores deberían extenderse casi exclusivamente a favor de pietistas, uno de los cuales —y esto lo cuenta también Engels—, como un alumno le preguntara quién era Goethe, contestó: un impío. Pero, a pesar de todo, fue allí donde Federico se inició en los que más tarde serían sus excelentes conocimientos en física y química y donde al amparo de su valioso profesor de francés, el Dr. Felipe Schifflin, pudo ejercitar por vez primera su prodigioso talento para las lenguas.

El Instituto de segunda enseñanza de Elberfeld, al que luego se trasladó, pertenecía a la parroquia reformada de aquella ciudad y estaba considerado como uno de los mejores del reino aunque se dice que las mezquinas autoridades que lo regentaban, para cubrir los puestos docentes, daban preferencia a los ignorantes, con tal que fuesen reformados, sobre los luteranos, y no digamos católicos, mejor preparados. Pero la nueva escuela quedaba bastante lejos de la casa de los Engels, en el Barmen de abajo, y los padres no querían que Federico tuviera que andar dos veces al día tan largo camino. Además, la educación de aquel hijo, brillantemente dotado, pero ya difícil de gobernar, comenzaba a darles quebraderos de cabeza. En vista de todo lo cual decidieron ponerlo de pupilo en casa de uno de los profesores de aquel establecimiento, un viejo prusiano, especializado en filosofía clásica y en hebraísmo, el profesor Hantschke, cuya fe luterana no les inspiraba el menor recelo.

Una carta del padre a su esposa, que por aquellos días se había trasladado a Hamm junto a su padre moribundo, carta que lleva fecha de 27 de agosto de 1835, abre un resquicio bastante elocuente sobre las dificultades que aquel muchacho, ya antes de haber cumplido los quince años, deparaba ya entonces a sus progenitores, deseosos de educarle dentro del espíritu tradicional:

“La semana pasada, Federico ha traído notas bastante medianas. Como sabes, se ha hecho muy mañoso en su conducta, pero, a pesar de las severas correcciones a que ya se ha visto sometido, no parece que el miedo a los castigos le enseñe a obedecer. Hoy, por ejemplo, he vuelto a pasar por la pena de encontrar en el cajón de su escritorio un libro pringoso sacado de una biblioteca de alquiler, una historia caballerescas del siglo XIII. Y no deja de ser curioso el descuido con que deja en su mesa esta clase de libros. Ojalá que Dios se encargue de tomarle bajo su protección, pues a veces me da miedo de este muchacho, por lo demás muy bueno. Ayer recibí por mediación de Federico una carta del Dr. Hantschke, fechada el 22 de agosto, y que tuvo la mala cabeza de entregar tan tarde a las criadas, que no llegó a mis manos hasta las 8 y media de la noche. Probablemente la recibí ya el domingo. El Dr. Hantschke me escribe que le han pedido que admita dos pupilos en la casa, pero que rechazará el ofrecimiento si preferimos que Federico siga con él hasta después de agosto; que necesita que le vigilen constantemente, que el largo camino perjudicaría a sus estudios, etc. Le contesté enseguida para expresarle mi agradecimiento, ya que, a pesar del favorable ofrecimiento, dejaba la elección en mis manos, rogándole que siguiera teniendo en su casa a Federico y pidiéndole atentamente que me hiciera saber sus nuevas condiciones. Creo que coincidirás conmigo en que esto es lo mejor que podemos hacer. Por el dinero no debemos preocuparnos tratándose del bien de nuestro hijo y Federico es un muchacho tan animado y tan especial que lo mejor para él sería una vida recatada que pueda darle cierta independencia. Ojalá, repito, que el buen Dios se digne tomar a este muchacho bajo su protección, para que su carácter no se eche a perder. Hasta ahora, va desarrollándose en él una falta de ideas y de carácter bastante inquietantes, a pesar de sus cualidades, que, por lo demás, son buenas”

En estas líneas angustiadas del padre, en las que se ve, por otra parte, cómo trata de apaciguar a la madre, palpita la intuitiva preocupación por el porvenir de su hijo mayor, cuyo gran talento advierte, pero cuyo carácter le parece ya hallarse en contradicción con las leyes no escritas de su piadosa y bien ordenada casa. Se trata todavía, tal vez, como en el caso de las historias caballerescas, condenadas por el espíritu pietista de la escuela, de cosas pequeñas. Pero, ¿hasta dónde llegarán, en el futuro? Y, en efecto, padre e hijo fueron quedando cada vez más distanciados, tal vez no en el corazón, pero sí en las ideas, hasta llegar a alejarse para siempre, por contradicciones cada vez más profundas en cuanto a su concepción de la vida y del mundo.

Aunque se rebelara con inconsciencia infantil contra todas las formas anquilosadas cuya razón de existir no podía comprender, estaba todavía muy lejos de aquel muchacho, por el momento, la idea de ir a buscar la satisfacción a

las necesidades vagamente sentidas por su alma lejos de la esfera del pensamiento cristiano, que aquí, en la ciudadela del pietismo, dominaba todas y cada una de las esferas de la vida y las acompañaba en cada uno de sus pasos. Algunas manifestaciones suyas dejan entrever que, ya siendo alumno de segundo, solo o con algunos compañeros de estudios que pensaban como él llevado de ese espíritu de oposición a que tan propensos son los jóvenes cuando se creen coaccionados, se atormentaba por encontrar el camino intermedio, entre el arbitrio humano y los verdaderos mandatos de la providencia. En el seno de la familia, su vida interior, que calaba tan hondo, se sentía sola y enclaustrada en sí misma; una mujer vieja que le conoció por aquellos años recuerda haberle visto salir un día de casa, a plena luz del día, con la linterna de Diógenes en la mano, diciendo que andaba en busca de hombres. A los dieciséis años, mientras se preparaba para la confirmación, pasó por una profunda crisis en que su fe pareció consolidarse, sobreponiéndose a todas las dudas que anidaban en él, arrepiñiéndose de sus pecados y debatiéndose a brazo partido por encontrar la "comunión con Dios". Ya no quería, como parecía demandarlo su lozano temperamento infantil, para el que el mundo de Dios nacía todas las mañanas, vivir al día; pensaba seriamente en volver la espalda a todo lo mundano, convencido de que un hombre como él, vástago del pietismo, no había nacido desde luego para eso.

"Renuncié inmediatamente a lo que más quería" escribirá pocos años más tarde, recordando aquel tiempo como algo ya de antiguo superado. "Consideraba a mis mejores amigos y a mi trato con ellos, que en tanto había tenido, como algo baladí; por todo sentía remordimiento, me metía en todos los rincones a atormentarme a mí mismo y me sentía indeciblemente feliz con ello".

Se sentía arder en un "celo santo" contra todo lo que fuera librepensamiento en materia religiosa, inflamado por última vez del sentimiento pietista; en un poema, suplica a Cristo que descienda del trono celestial para salvar su alma, y debió de sentirse profundamente conmovido el verse confirmado, el 12 de marzo de 1837, en la parroquia evangélica unida de Unterbarmen. Todavía medio año después, en el certificado extendido a su nombre, al salir del Instituto, por el director provisional de éste, se elogia su "religiosidad", la pureza de su espíritu y su carácter amable y deferente. Por aquellos años, tomaba muy en serio, como "algo sagrado", el deseo de encontrar la "serena y religiosa paz" por él ansiada en la fe, vieja y venerable, de su tierra natal y de su casa paterna.

Pero allí en donde su profundo sentido interior buscaba pan, se le ofrecían piedras; desde su más temprana infancia, en la iglesia, en la enseñanza religiosa y en la casa, se le había exigido "la fe más directa y más incondicional en la Biblia y en la total coincidencia de la palabra del Evangelio con la doctrina de la iglesia y hasta con la que cada párroco predicaba". Y una fe tan estricta, apegada a la letra, tenía necesariamente que chocar con un espíritu tan vivaz como el suyo y ávido ya desde muy pronto de libertad e independencia. Si, por aquellos días, cuando tan duramente luchaba por conciliarse con la fe, se hubiese encontrado con un cristianismo menos rígido, con un supranaturalismo algo

más liberal, y no digamos con un propagador de la concepción religiosa de Schleiermacher, puede que —por lo menos, así lo entendía él mismo— se hubiera “aferrado” durante más tiempo a esa manera de pensar. Estaba firmemente convencido de que no habría podido desprenderse con prisa de un cristianismo más cálido y bondadoso que el que por aquellos años predicaban en el Wuppertal los Krummacher y consortes. El lema que le había sido asignado, poco antes de graduarse, en su confirmación, para que le sirviera de guía en la vida, rezaba así: “Olvidar lo que queda atrás y mirar siempre hacia adelante; velar hacia la meta superior, hacia la alhaja que encierra la vocación celestial de Dios en Cristo Jesús” (*Fil.*, 3,13,14). Y la sentencia se cumplió, aunque por caminos muy distintos de aquellos que el cura que la eligió se imaginaba. Engels tuvo que conquistar, luchando por los caminos del mundo muy lejanos a aquéllos, la satisfacción a sus anhelos, que ya la fe de sus mayores no podía brindarle. Pero siempre “olvidando lo que queda atrás” y volando hacia “metas superiores”. Cuanto más se sentía abroquelado por la fuerza y el saber, con mayor celo buscaba y encontraba su espíritu, ansioso de pisar terreno firme, el puntal de las corrientes espirituales, que, más allá de la religión revelada, pugaban por construir un edificio hecho de valores positivos. Y tuvo que librar combates muy ardorosos para marchar por este camino que le condujera de la vieja a la nueva patria del espíritu.

Ya más arriba nos hemos referido brevemente a la otra gran potencia social que, con aquel pietismo autoritario y militante, había puesto su impronta en la ciudad natal de Federico. Aunque también la lucha por la libertad contra los poderes espirituales que personalmente lo atormentaron en su adolescencia acabaran imponiéndose, habrían de prevalecer en él, sobre todo, en definitiva, con fuerza imborrable, las impresiones grabadas en su alma, desde niño, por la miseria en que vivía la población trabajadora en aquella región tempranamente industrializada y que entonces se hallaba en la flor del auge capitalista. Su camino llevaba al muchacho, día tras día, a lo largo de fábricas en que los obreros, hacinados en locales bajos de techo, donde aún no había puesto el pie un inspector fabril, “respiraban más humo de carbón y polvo que oxígeno” y donde los niños, ya desde los seis años, se veían encerrados como víctimas de la explotación capitalista; por delante de las casas de los trabajadores a domicilio, doblados sobre el telar de la mañana a la noche, con la espalda casi chamuscada por la estufa al fuego vivo; veía pasar por delante los parias enganchados a las carretillas, que eran la hez, reacia a la luz, del proletariado del Wuppertal, gentes sin techo y embrutecidas por el aguardiente, que dormían en establos lejanos o sobre montones de estiércol.

“Recuerdo todavía perfectamente —escribía Engels en 1876— cómo, al final de la década de los veinte, se abatió de pronto sobre la zona industrial del bajo Rin y de la Marca la baja de precios del aguardiente. La gran masa de la población trabajadora se dio a la bebida, sobre todo en la región de Berg y, muy especialmente, en Elberfeld y en Barmen. Desde las nueve de la noche, en tropel, agarrados del brazo y a todo lo ancho de la calle, marchaban tam-

baleantes los borrachos entre gritos estridentes de taberna en taberna, hasta que, por último, daban con los huesos en sus casas”.

Engels, que fue siempre, desde niño, un agudo observador, advertía claramente la funesta influencia de la nueva bebida sobre la excitable población de su comarca.

“Había cambiado radicalmente el tipo de borrachera. Ahora, aquella euforia que antes se manifestaba en una estrepitosa alegría y rara vez acababa en excesos, entre los cuales ciertamente salían a relucir con harta frecuencia las navajas aquellas francachelas habían degenerado, ahora, en choques entre bestias; en ellas nunca faltan las heridas de arma blanca y abundan cada vez más las cuchilladas mortales. Los curas achacan esto a la difusión de la impiedad y los juristas y otros filisteos culpan de ello a los baziles públicos, que degradan la moral. Pero la verdadera causa de lo que ocurre hay que buscarla, sencillamente, en la inundación del aguardiente prusiano”.

Sin más que caminar por las calles de Barmen era posible enterarse de cómo iban extendiéndose hasta lo increíble la sífilis y la tuberculosis. A cada paso se cruzaba con obreros consumidos por la tisis, por las malsanas condiciones en que trabajaban, y veía a incontables trabajadores arruinados por el alcohol. Y no puede contemplar toda esta miseria con ojos indiferentes. Es hijo de un fabricante, que desde muy pronto aguza el oído para escuchar las conversaciones entre los patronos y enterarse de cómo piensan. Muchos años antes de hacerse comunista o de oír siquiera hablar de comunismo, expresa su convicción de que el funcionamiento de las fábricas es manejado por sus propietarios “de un modo absurdo”, de que los ricos fabricantes tienen una conciencia muy ancha y de que ningún alma pietista irá a parar al infierno por una vida infantil de más o de menos, “siempre y cuando que los domingos acuda dos veces a la iglesia”.

Fue así como Engels, desde niño, pudo, en condiciones muy distintas que Marx en la tranquila Tréveris o Lassalle en los alrededores orientales y económicamente atrasados de Breslau, conocer muy de cerca por sus propios ojos la realidad y los abominables lados sombríos de la manufactura y el sistema fabril, tan duros precisamente en aquellos años del alborar del capitalismo. Así creció en medio de un mundo que parecía haberle predestinado a él, especialmente, para trazar ante su pueblo, por vez primera, una imagen completa de la fuerza revolucionadora de aquel capitalismo incipiente que pugnaba por llegar a su apogeo, una imagen que, por su riqueza de detalles y su plasticidad, por la fuerza estremecedora de la pintura, convencía a quien la leyera de la necesidad de amplias y profundas reformas sociales, aunque el propio autor sabía ya que su fuerza curativa no resolvería el problema.

Pero, es ya hora de que volvamos a los últimos años escolares de Engels. Conocemos los nombres de una serie de compañeros de estudios con quienes, en los últimos cursos del Instituto, había formado una “peña” en que ofrecía a sus amigos las primicias de sus propias composiciones poéticas y musicales y con algunos de los cuales mantuvo correspondencia después de salir de las

aulas, hasta que el trato con los hermanos Bauer y el círculo de los "Libres" fue haciéndole perder el gusto por el intercambio de ideas con aquellos leales hijos de pastores y futuros pastores ellos mismos. De sus profesores de Instituto, a quien más debía era a un tal Dr. Clausen, que le enseñó historia y literatura. En su atestado de final de curso, este profesor certifica que sus composiciones eran buenas, que contenían pensamientos originales y que había demostrado un interés muy plausible por la lectura de los clásicos alemanes. También Engels extiende un testimonio muy halagüeño en favor de su maestro. En un ensayo anónimo primerizo dice de él que era el único en todo Elberfeld que sabía estimular en los jóvenes el sentido por la poesía, un sentido que, a no ser por él "habría decaído miserablemente sin remedio entre los filisteos del Wuppertal". Es cierto que ya en los bancos de la escuela Engels poseía por sí mismo ese vivo interés por las bellas artes que late siempre en el diletante optimista, al que no atormentan las limitaciones de sus propias capacidades. Escribía versos, componía música, dibujaba. El aguzado sentido de la comicidad, heredado de su madre, se reflejaba especialmente en sus caricaturas, que sabían captar con asombrosa vivacidad el lado característico de las personas. Los profesores conocían de esta destreza de su alumno, de que ellos mismos eran, con frecuencia, blanco, y no se daban por enterados de que practicaba también este arte, para no aburrirse, durante las horas de clase.

La tradición familiar atestigua, sin dejar lugar a dudas, que, al principio, Federico quiso seguir la carrera de leyes y hacerse empleado público. Corren, sin embargo, dos versiones distintas de por qué no llevó a cabo su propósito. Según una de ellas, bien documentada, el padre se opuso a estos estudios e, interponiendo toda su autoridad, convenció al hijo de la necesidad de abrazar la carrera comercial, por la que no sentía la menor inclinación. Según la otra, fue el propio Federico quien renunció a seguir la carrera de derecho, porque las ideas libres que ya profesaba eran incompatibles con la profesión de un funcionario prusiano. Tal vez en ambas versiones se mezcle un poco de verdad y de mentira y es posible que la realidad de las cosas resultara ser algo más complicada. Cuando un año antes de graduarse de bachiller, el día de san Miguel del año 1837, Federico interrumpió sus estudios, el director Hantschke, quien, como dueño de la casa en que estaba de pupilo y amigo de la familia, debía de conocer bien los motivos, declara en su certificado que, "en vez de seguir los estudios a que primero se había consagrado, se veía ahora en el caso de tener que abrazar como ocupación la profesión de comerciante". Y no cabe duda de que, en esta formulación, se hace especial hincapié en un giro y una palabra: "se veía en el caso" y "ocupación". Lo que da a entender que su vocación y el verdadero camino de su vida habrían de ser los de la poesía. Son muchos los jóvenes dotados que, sintiendo latir todavía en su espíritu grandes posibilidades, cuya fuerza pugna por manifestarse, se sienten movidos, precisamente por esa riqueza soterrada, cuando se consideran obligados prematuramente a elegir carrera, a abrazar una muy distante de su vocación interior, como si se dejasen llevar del fatalismo. Y es que la fría reflexión acerca del rumbo que habrá de

tomar una vida madura todavía muy lejana, pasa a segundo plano ante el anhelo inmediato y turbulento de desarrollar libremente las dotes innatas.

Tal debió de ser también, sobre poco más o menos, el caso de Federico Engels. La tradición calvinista de la familia excluía la posibilidad de una vida irregular, no vinculada a una carrera profesional, como por ejemplo la de un escritor libre, que era por aquel entonces, evidentemente, la que más le atraía; por otra parte, esta opción jamás habría sido aprobada por el padre, contra cuya autoridad no osaba todavía rebelarse abiertamente el joven. No podemos dudar de que la juvenil vehemencia de Federico, empujada por el anhelo de lanzarse al torbellino de la vida, vacilaría largamente antes de decidirse a seguir, acosado por su padre, la carrera comercial. Pero sin que esta profesión sembrara todavía en él, pensándolo bien, las dudas torturantes de años posteriores. ¿Por qué un comerciante, pensaría sin duda Federico, no iba a poder cabalgar sobre Pegaso, en sus horas de ocio? Ciertamente es que un Platten, cuya retórica encantaba a Lassalle y dejaba frío a Engels, gran amante de la lírica, aunque éste respetara su carácter y sus ideas, negaba que las musas pudieran extender sus alas sobre quien no se rindiera a ellas y no admitía la posibilidad de dedicar el día a los negocios y vagar durante la noche por los prados del Helicón. Pero, ¿acaso un robusto hijo del Wuppertal descendiente de campesinos no podía permitirse el lujo que aquel aristócrata de delicados nervios consideraba inasequible? ¿Y no vivía ahora mismo el propio Engels, cerca de él, la refutación viva del modo de pensar de Platten? Desde finales de mayo, Ferdinand Freiligrath, el gran poeta, se ganaba la vida sentado tras el escritorio de una oficina comercial de Barmen. Quienes lo veían desde lejos no podían saber, ciertamente, cómo se sentía, pero también hasta ellos llega, filtrándose, la versión de que escribía sus versos "entre el Libro mayor y el Libro de caja". Cualquiera buen renano veía en un burócrata prusiano un petimetre con espuelas. En cambio, ante un comerciante y fabricante se abría la perspectiva de ver el mundo y vivir la vida en su plenitud. Poco después de llegar a Barmen, Freiligrath se había lanzado al empeño, más tarde reconocido por él mismo como un fracaso, de aclimatar un tono de mayor libertad en el mundo pretenciosamente pequenoburgués, fríamente prosaico y pictista de "aquella maldita madriguera". Los jóvenes comerciantes e hijos de familia, "la nobleza verde", como Freiligrath los llamaba, muy orgullosos del poeta merced a oficinista comercial, rivalizaban, al principio, en rodearle e imitarle.

Eran aquellos, precisamente, los días en que Engels abandonaba los bancos de la escuela. No sabemos casi nada acerca del año siguiente; únicamente que permaneció en su tierra natal para iniciarse, junto al escritorio de su padre, en los rudimentos de la carrera comercial. Como hijo fiel del Wuppertal, le llegaba por entonces muy al corazón el deseo de elevar en aquellos lugares el nivel de la literatura y la poesía, aunque los tiempos no eran, a la sazón, muy propicios para estas artes. Sentía gran entusiasmo por Freiligrath, pero parece que sólo lo veneraba e imitaba desde lejos. Sus poemas de este período acusan claramente la influencia suya. Puede que este poeta, ya por entonces famoso, le

aventajara en colorido, en talento de versificador y en cuanto a la fuerza del ritmo, pero en lo tocante a la profundidad y plenitud de pensamientos, Engels era muy superior. Como aquél se complacía en describir a príncipes moros, éste comenzó también al principio pintando países exóticos que sus ojos jamás habían contemplado y, al igual que su modelo, trataba de extraer hallazgos poéticos del contraste entre la dicha y el brillo esplendorosos, en que negros e indios vivían, gozando de la mayor libertad, y la miseria que el contacto con la cultura europea llevaba aparejada. La áspera balada titulada "Los beduinos", que, por lo demás, llegó a publicarse por aquellos días en una modesta hoja de Barmen, no pasaba de ser una imitación de la vida del negro y príncipe moro. Y también en el poema "Florinda", escrito en tercetos, seguía Engels, si nos fijamos en la forma y el ropaje, las huellas de Freiligrath. Es en el pensamiento donde se revela ya en él la vena política que dormitaba todavía en el que más tarde será el lírico de la revolución. Engels evoca en su poema las iniquidades que los rostros blancos llevaron a los indios al otro lado del océano y habla de cómo los oprimidos tienen conciencia de ello y aguardan la hora de la venganza. El primer blanco que se atreve a desembarcar en la isla se verá condenado a morir. La suerte fatídica recae sobre un joven alemán, que, indultado tras seis años de cárcel por pertenecer al movimiento prohibido de las asociaciones estudiantiles, cruza el mar hacia las playas de América y es el único sobreviviente de un naufragio. Al desembarcar, es apresado y condenado a muerte:

*"Cree encontrar aquí la libertad
Y quienes por ella combaten me asesinan,
Condenándome a pagar los pecados de mis hermanos".*

Un crucifijo arrastrado por las olas aporta el último consuelo al moribundo.

Este poema, perteneciente todavía al período de Barmen, recoge la primera alusión a las circunstancias políticas de su tiempo. Más adelante, dentro del contexto, diremos cómo Engels vivió estas circunstancias históricas.

Ya de estudiante se había adentrado Engels, tembloroso de emoción, en el mundo de las viejas leyendas germánicas, que precisamente por aquel entonces volvían a florecer entre el pueblo en las ediciones baratas de los libros populares lanzadas al mercado por Simrock y Marbach. Por ninguna de sus figuras sentía aquel joven que despertaba a la vida un entusiasmo tan caluroso como por el joven Sigfrido, a cuya ciudad natal, Xanten, donde residían algunos parientes maternos suyos, le vemos peregrinar devotamente, en un largo viaje emprendido por su cuenta. Sentía latir en su interior la misma "sed de hazañas", el mismo "desafío contra todo lo tradicional" que impulsó a Sigfrido a huir del castillo de su padre; también a él "le repugnaba con toda el alma" aquella "eterna presunción de superioridad" y aquel "temor de filisteo por las propias hazañas"; y quería lanzarse al mundo de la libertad, "abatir las barreras de la prudencia y luchar por lo que es la corona de la vida: la acción".

Un fragmento dramático, "Sigfrido cornífero", es ya en su primera esce-

na el trasunto de las luchas que debieron librarse en el seno de la familia Engels cuando Federico tuvo que elegir una profesión. Oímos allí al padre, Sieghard, clamar que el hijo, en vez de dar oídas a los sabios consejos de los ancianos, debe echarse a vagar por el bosque y luchar a brazo partido con los osos. Pero un viejo toma bajo su protección al joven infatuado: ¿por qué aquel muchacho no ha de sentirse animado por el impulso de la caza y del combate? El rey debe dejarle que haga lo que quiera y se ponga en campaña contra dragones y gigantes. La vida se encargará de enseñarle y, cuando llegue a viejo, aprenderá a estimar la sabiduría, retornará a su patria y encontrará aquí la verdadera dicha. El padre no tiene, en verdad, otra opción, debe dejar que se cumpla la voluntad del hijo. Y, al oírle, el joven se entrega al turbulento júbilo reflejado en los siguientes versos:

*"El torrente que baja desde las montañas
Se precipita, espumeante, por la garganta de la selva,
Los pinos, rumorosos, se inclinan ante él
Y la corriente, alborotada, se abre su camino.
Así quiero yo ser, como el torrente de la montaña,
Abriéndome solo mi camino"*.

Y, ante estas palabras, el viejo consejero que ha abogado por el joven Sigfrido y cree poder anunciar el futuro regreso del héroe, consuela así al padre:

*"También el río de la montaña llega al valle,
Donde ya no crujen los árboles tronchados,
Y, una vez allí, sus aguas discurren serenas,
Fecundando todas las tierras por ellas regadas.
El furor de las aguas, por fin, se apacigua
Hasta que, por último, mueren dulcemente en la arena"*.

Hoy, sabemos que tuvo razón el joven Sigfrido, y no el viejo amigo del padre: el "torrente espumeante" de Federico Engels, una vez libre, se derramó, fecundador, sobre regiones muy lejanas de aquellas praderas a las que el angustiado padre quería que el hijo retornara.

CAPITULO II

LUCHAS RELIGIOSAS

No contaba Engels nueve años cuando la revolución de julio en París imprimió también un gran impulso al movimiento liberal de Alemania. Las tendencias de unificación de la patria, reprimidas después de las guerras de la independencia, viéronse alentadas ahora por nuevas esperanzas, al igual que las luchas contra la opresión policiaca, que pesaba como losa de plomo sobre la vida espiritual del país. Claro que también coincidió con sus años escolares la victoriosa contraofensiva de los viejos poderes. Bajo la égida de Austria y Prusia, cuyos gobiernos reaccionarios habían sido respetados de nuevo por la marejada revolucionaria, viéronse reprimidos una vez más, en la palabra hablada y en la escrita, todas las manifestaciones de las fuerzas de la oposición, puestas bajo vigilancia las odiadas Dietas y perseguidos, una vez más, los colores que simbolizaban la unidad nacional.

No sabemos hasta qué punto llegarían a oídas del escolar burgués de Barmen o del estudiante de bachillerato de Elberfeld las aspiraciones de los elementos radicales que militaban en aquellos partidos y que, a despecho de las autoridades de Francfort, pugnaban en aquellos años por que encontraran eco en Alemania las ideas políticas y sociales que venían del occidente. Pero, podemos estar seguros de que, aunque hubiera podido tener conocimiento del recrudecimiento de la represión contra los "demagogos" o de la prohibición de las obras de Heine y de los autores de la Joven Alemania, estos sucesos habrían pasado tan desapercibidos para él como en su día la fiesta de Hambach o el asalto a la guardia francfurtense. El ambiente en que el muchacho se desenvolvía, sin que por el momento pensara todavía en rebelarse contra él, no era el más apropiado para que reaccionara sensiblemente ante aquellos acontecimientos, tan lejanos para él en el espíritu como en el espacio. En el seno de su familia y en la casa del profesor en donde se alojaba, Federico oía hablar mucho más de cosas de iglesia que de política. Si acaso, entre los suyos escucharía, de vez en cuando, conversaciones sobre temas económicos de actualidad, sobre la firma del convenio reglamentando la navegación por el Rin,

sobre la fundación de la Liga aduanera, sobre la creación de la sociedad de vapores del medio y el bajo Rin o sobre los planes ferroviarios, encaminados de momento a unir a Elberfeld con Duseldorf. Y oíría hablar también, alguna vez, de los progresos técnicos de la industria, que, por aquel entonces, desde que el Congreso de Viena había incorporado a Prusia el Gran Ducado de Berg, interesaban a la clase de los fabricantes muchísimo más que las luchas por la libertad de prensa o las quejas contra Federico Guillermo III por no hacer honor a su promesa de promulgar una Constitución. Tampoco la desmembración política de Alemania despertaba allí grandes preocupaciones, mientras se dispusiera de otros medios para hacer frente a los trastornos económicos que aquella situación llevaba aparejados.

Los renanos, como antes habían hecho los alsacianos después de verse separados del horizonte cultural de Francia, miraban con recelo a cuanto viniera de Prusia y veían con desprecio a las instituciones prusianas. Les preocupaba, sobre todo, que no se atentase contra lo que consideraban su bien máspreciado, las garantías públicas y orales del procedimiento judicial, y, según decían sarcásticamente las gentes de aquel tiempo, no habrían retrocedido ni siquiera ante una revolución, si los de Berlín, como parecía proponérselo Kamptz, el ministro de Justicia prusiano, se hubiesen atrevido a arrebatarles el *Code Napoleon*, aquel Código burgués, el Código perfecto de la economía monetaria, heredado de Francia y al que los renanos querían como a las niñas de sus ojos, para sustituirlo por el derecho nacional prusiano más o menos revisado y que originariamente había sido destinado a las provincias agrarias del Este. Y no cabe duda de que ello habría significado desde muchos puntos de vista un salto atrás, en estos territorios tan desarrollados en el aspecto comercial e industrial. Los habitantes del Rin no veían tampoco con buenos ojos que se les enviasen a tantos "prusos" a ocupar los puestos de funcionarios y profesores de enseñanza de su comarca o que la Sociedad de arte de Francfort vendiera tantos cuadros a "los extranjeros del Este". Sentíanse todavía, por lo menos los de la orilla izquierda del Rin, más cerca de los belgas, católicos y demócratas, que de los altivos y estirados protestantes de la vieja Prusia. Parece que, a los del Wuppertal, por lo menos habría podido facilitarles la unión con el Este los lazos de la comunidad religiosa, pero tampoco en este terreno estaban aquellos renanos muy dispuestos a colaborar con las fuerzas emanadas de la historia de Prusia, con la tradición de los Hohenzollern y con el militarismo y el burocratismo inherentes a ella. La clase de los fabricantes, que era aquí aliada al clero, la que daba el tono y que se había visto convertida en prusiana sin quererlo, se consideraba muy patriota con aprovecharse de las fuerzas del Estado para sus fines económicos y con mantenerse, sobre todo en lo espiritual —que, por lo demás, le tenía bastante sin cuidado— cerrada a cal y canto a todas las inquietudes liberales. De ahí que se mostrara tan apática ante los acuerdos de la Dieta federal que ponían una nueva mordaza a las modernas aspiraciones. Lo más probable es que considerara estas medidas necesarias para salvaguardar el orden burgués contra los sombríos manejos subversivos por los

que se creía amenazada. La literatura opositora, tan castigada desde 1830, apenas si era conocida de oídas por la mayoría de los burgueses del Wuppertal y quienes la conocieran se inclinarian, de seguro, a ver en ella la obra de los "demagogos", sobre todo si se tiene en cuenta que a la cabeza de ella figuraban dos judíos mal afamados: Börne y Heine.

Nos gustaría mucho saber cuándo y por qué caminos penetró hasta el joven Engels, rompiendo todos los muros y empalizadas de que rodeaban al muchacho la familia, la iglesia y la posición social, aquella sutil literatura. Es probable que los primeros que hablaron al atento joven, alto y de ojos azules, de estas cosas y le hicieron llegar estos pensamientos fuesen sus compañeros mayores en años que habían abandonado antes que él los bancos de la escuela, para dejarse arrastrar, como estudiantes universitarios, por el movimiento de las agrupaciones estudiantiles. Son muchos los testimonios que poseemos de que, al igual que había ocurrido después de las guerras por la libertad, también ahora se dejaron ganar por estos ideales los alumnos de Instituto de los cursos superiores. Por cartas que Federico escribió a su hermana María y algunos amigos después de abandonar Barmen, sabemos que también él rindió desde muy pronto verdadero culto a los colores nacionales. "Rojo, negro y oro", le escribe a su hermana; "son los únicos colores que me gustan" y, a este propósito, le cita el verso "de una canción estudiantil prohibida" en que estos colores despertaban todavía mayor entusiasmo que el que más tarde expresaría Freiligrath bajo los embates de la revolución.

Aunque lo más seguro sea que aquel joven apenas salido de la adolescencia no llegara a tener —en el devoto Wuppertal, de cuya estrechez espiritual se queja a cada paso— más que un conocimiento vago y muy superficial de las luchas literarias de la época, todo parece indicar, sin embargo, que sus simpatías se encaminaban ya hacia el lado de los liberales, de los "modernos" cuando, en agosto de 1838, sonó para él la hora de la liberación y pudo evadirse "de la fortaleza de su padre". En la casa paterna había ansiado siempre, cada vez con mayor fuerza, escuchar en sus mismas fuentes el rumor del espíritu de su tiempo, a la vez que ponía orden en el caos de sus angustias religiosas. Libre, por fin, de los prejuicios de su medio, quería poder engolfarse en la literatura contemporánea y, al mismo tiempo, conocer de cerca a los adversarios de las doctrinas del predicador Krummacher, cuyos escritos estaban vedados en el Wuppertal. Y también por sus propios ensayos poéticos, que, por el momento, eran para él lo más importante, le interesaba vivamente tomar contacto con los problemas del día. Necesitaba adquirir, ciertamente, en los ratos de ocio que la oficina le dejaba libres y por su propia cuenta los conocimientos que sus antiguos compañeros de escuela, al pasar a la Universidad, iban asimilando de modo más sistemático en sus cursos. Podía fiarse, para ello, en el infalible instinto de su carácter, tan firmemente arraigado, confiando en que, aunque fuera por senderos escarpados, le condujese a puerto seguro. Y hay que decir que no se equivocó en esto. Su extraordinaria sagacidad y su gran receptividad ayudaron a un lector tan voraz como él era a encontrar el camino, con ayuda de

libros y revistas. Tardó algún tiempo en tener acceso a las sugerencias espirituales que sólo puede dar el trato personal, pero su temperamento, poco propenso a la soledad e inclinado al comercio amistoso supo encontrar, con el tiempo, paso a paso, la vía para participar en la vida de los grupos y partidos literarios considerados en aquellos días como los custodios de las buenas ideas que pugnaban por conquistar la realidad.

El padre, después de mucho pensar cuál sería el mejor ambiente para el perfeccionamiento comercial de su hijo y, sobre todo —pues esto le preocupaba más— para la educación del carácter de un muchacho poco dócil, tomó una decisión que realmente honraba a un hombre precavido como él. Era necesario que, al alejarse del hogar paterno, Federico viviera en un ambiente acorde con las tradiciones de su familia.

El severo espíritu pietista reinante en el Wuppertal imperaba también en Bremen, aunque un poco mitigado por los aires marinos. "Los corazones se sienten, aquí, purificados por la doctrina de Juan Calvino", decía de sus coterráneos el bremense Eduardo Beurmann, y el radical Federico Sass, nacido en Lubeck, los comparaba con un indigerible *pudding* hecho de calvinismo de las marismas y flema y egoísmo holandeses, revuelto todo ello en una salsa hanseática. También los pietistas de esta ciudad habían opuesto tenaz resistencia a la fundación de un teatro permanente. La mayor parte del tiempo que a los grandes mercaderes de este centro hanseático, ahora de nuevo en auge, les dejaban libres los quehaceres comerciales los llenaban, aparte de los primarios placeres del comer y el beber, del *whist* y el billar y los deportes del balandro y la equitación, oyendo sermones en la iglesia.

Esa debía de ser también la vida de Enrique Leupold, el nuevo jefe de Federico, gran comerciante y consul de Sajonia, cuyo importante negocio de exportación, principalmente a los países de América, versaba sobre lienzo de la Silesia y otras mercaderías. Aunque no se preocupase mucho de la política de camarillas de Bremen, no cabe duda de que figuraba entre los notables de la ciudad. Hombre estrictamente conservador, tanto en lo religioso como en lo político, este buen señor ofrecía a su amigo de Barmen las mejores garantías apetecibles para poner al hijo bajo su custodia. Y, como era patrono del templo de san Martín, vecino a su casa, decidió poner a Federico de pupilo con el pastor principal de esta iglesia, G.G. Treviranus.

Este sacerdote, después de sobreponerse a las veleidades racionalistas de su juventud, había pasado a sostener posiciones ortodoxas, pero su manera de ser no era tanto la de un teólogo científico como la de un cura de almas de sentido práctico, dedicado a fundar sociedades bíblicas, escuelas dominicales y asociaciones protectoras de parturientas pobres, de presos licenciados de la cárcel y de emigrantes luteranos. Wichern, que le conocía bien, le llamaba "un hombre de fe hecho para la acción, como los que tanto necesitan las grandes ciudades de nuestros días".

El nuevo pupilo, aquel joven lozano y amigable que nos pintan sus divertidas cartas a la hermana, no tardó en incorporarse totalmente a la familia. Si se

mataba en la casa un cerdo o había que salvar de una inundación del Weser la bodega de vinos, "bien abastecida", del pastor, siempre estaba a mano el huésped. La esposa y la hija del pastor en cuya casa se alojaba le tejían monederos, bolsas para el tabaco o borlas para la pipa adornadas con los colores nacionales que tanto le gustaban, y también se entendía muy bien con el mismo "cura", cuya bondad de corazón elogia. Sin embargo, su espíritu vivaz e inquieto se hallaba, como enseguida veremos claramente, demasiado torturado por las luchas religiosas de su tiempo como para que pudiera influir en él aquel lado práctico, social, que Wichern y Treviranus hacían resaltar en el cristianismo.

También se hallaba muy compenetrado, tanto en la casa que ocupaba en la misma sede comercial como en su residencia campestre, con la familia del cónsul. La verdad es que en la oficina no necesitaba matarse a trabajar. En cuanto el viejo o su hijo, sus superiores, trasponían la puerta, salían de los cajones del escritorio la botella de cerveza y la cajetilla de cigarrillos, un ejemplar del *Fausto* de Lenau o una carta comenzada a la hermana María. Y, después de comer, nunca faltaban una horilla o dos para dedicarlas a la siesta en el piso alto de un granero donde el meritorio había colgado una hamaca con este fin, en la que se tumbaba siempre con el cigarro en la boca.

Federico gustaba de dedicar sus horas libres a ejercicios físicos, costumbre que habría de seguir siempre a lo largo de su vida. Despreciaba, según sus palabras, "a los jóvenes que aborrecen el agua fría como los perros" y también "a los que consideraban muy honroso eximirse del servicio militar". Sentía gran pasión por la esgrima, los domingos daba grandes paseos a caballo por los alrededores y sabemos que era capaz de cruzar, nadando, el Weser cuatro veces seguidas. Por las noches, solía dedicarse a la música, único arte que realmente se cultivaba en aquella ciudad poco afecta a las musas; sabemos que compuso algunos corales y que formaba parte de una sociedad de canto, y alguna vez se lamentó de que en Bremen se apreciara menos a Bach, Gluck y Haydn que a Händel, Mozart y Beethoven. Era también visitante asiduo de la "Unión", donde se reunía el joven personal comercial de la ciudad, para tomar unas copas y divertirse con las gentes de su edad. Pero, tal vez lo que más le atraía de aquellos locales era el hecho de poder leer allí los periódicos ingleses y escandinavos, que brindaban pasto a su sed de saber y a su extraordinario talento para las lenguas.

Ya por aquel entonces, el futuro gran políglota fanfarroneaba en las cartas a su hermana y con sus amigos, presumiendo de conocer el español y el portugués, el italiano, el holandés, además del francés y el inglés, y en aquel tono protector que como hermano mayor gustaba de adoptar con María, alardeaba de poder expresarse en veinticinco idiomas. Comienza a manifestarse ya en él el interés por la filología comparada, que nunca le abandonó a lo largo de los años; estudiaba el dialecto de Bremen, en el que descubría la clara y pura evolución del viejo lenguaje escrito de la baja Sajonia, que, a diferencia del bajo alemán renano, se había mantenido totalmente libre de la mezcla con las formas del alto alemán. Estas y otras cosas eran expuestas por Engels a los lectores cul-

tos en el *Morgenblatt*, periódico de Stuttgart en que, de julio de 1840 a agosto de 1841, se publicaron numerosas correspondencias suyas, imagen vivísima de las impresiones recogidas por Engels en Bremen.

Tan pronto como se vio lejos de su tierra natal, aquel joven de dieciocho años sintió y satisfizo la necesidad de expresar por escrito, con la facilidad que le era innata, ofreciéndolas atrevidamente a periódicos y revistas, las impresiones que a él aflúan y las inspiraciones poéticas que le rebosaban. Y era tal la frescura y la facilidad de expresión de esta temprana producción suya, tan desbordante de vida y tan vigorosa de pensamiento, que, aun siendo un perfecto desconocido, rara vez le cerraban sus puertas las redacciones. Pero, más imperiosa todavía que la necesidad del escritor en ciernes de arrancar los más variados acentos a su lengua materna, la cual ardía en deseo de llegar rápidamente a dominar, era en él la sed del creyente, ansioso de ajustar cuentas con los espíritus que tanto habían torturado sus años de infancia.

Este ajuste de cuentas, que hoy conocemos fidedignamente, en lo esencial vio la luz en los meses de marzo y abril de 1839 en la publicación *Telegraph für Deutschland*, dirigida por Gutzkow, bajo el seudónimo de "Federico Oswald". Seudónimo que el joven autor habría de seguir usando durante algún tiempo y que mantuvo celosamente guardado, para no dar un disgusto a su devota familia. Las *Cartas del Wuppertal* causaron, al publicarse, gran sensación en Elberfeld y Barmen, donde la gente se quebraba la cabeza tratando de identificar al autor. A nadie se le ocurría pensar que se tratara del hijo de un industrial de la región, tan estimado en los círculos eclesiásticos. Tendrían que pasar todavía algunos años para que el público se enterara de que aquella oveja negra había escapado del redil.

En el verano de 1840 hubo de pronunciar, en la iglesia de santa Ansgaria de Bremen, aquel Federico Guillermo Krummacher de quien ya hemos hablado, cabeza y jefe indiscutido del pietismo en el Wuppertal, como predicador invitado, dos sermones en los que fulminó la excomunión contra todos los herejes. Pero sus rayos encontraron un adversario no menos arrogante en el pastor Paniel, adalid de los predicadores racionalistas de Bremen. Y el conflicto, lejos de dirimirse con la controversia de púlpito entre ambos hombres de iglesia, se extendió y prosiguió luego en periódicos y folletos. Por aquellos días, ya su evolución religiosa había llevado a Federico Engels, como enseguida veremos claramente, a ideas que le permitían adoptar un punto de vista independiente tanto ante el racionalismo como ante el pietismo. Con la misma claridad que le llevaba a repudiar al san Miguel de la doctrina de la predestinación, se percataba de "la desgraciada mediocridad" de un racionalismo que, aun ensalzando la razón, no quería desprenderse de la revelación. Sus comunicaciones al *Morgenblatt* de Stuttgart acerca de este tema no dejan el menor lugar a dudas.

El modo de ser de la gente de aquella región no le hacía mucha gracia. A pesar de su amor por el dialecto que allí se hablaba y de entregarse con todos sus sentidos el encanto del colorido local, le resultaba difícil compenetrarse con el temperamento de los hanseáticos, que juzgaba "horriblemente lento".

Encontraba su vida "bastante monótona y provinciana" y echaba de menos allí "cierto interés por la literatura contemporánea de la patria en su conjunto". Esto sin hablar de las opiniones que en Bremen marcaban la pauta y de las que nadie se permitía dudar. No soportaba aquella ciudad tan "sombria" y tan "mítica" como la de Barmen y Elberfeld; le parecía que "el filisteísmo, hermanado al fanatismo religioso, no dejaban que el espíritu levantara el vuelo". Nada tiene, pues, de extraño que su carácter rebelde tratara enseguida de escapar de aquel ambiente, al principio de un modo todavía puerilmente inocuo convenciendo a los aprendices y meritorios de otras empresas de dejarse crecer el bigote para protestar contra los filisteos, y agruparse con este fin en ligas secretas; algo más tarde, dando un paso hacia adelante, empezó a dirigir cartas a un periódico pietista local, en el tono untuoso que tan bien conocía desde los tiernos años y bajo un nombre supuesto, para burlarse luego en versos ramplo-nes de su falsa santurronería cuando la redacción caía en la trampa.

Lo que más le interesaba de Bremen eran la navegación, el comercio ultramarino y la emigración. La vista de un barco de emigrantes, en Bremerhaven, le llevó a meditar acerca de las razones que obligaban a tantos vigorosos compatriotas a abandonar la patria para siempre. En un artículo escrito para el *Morgenblatt* aducía como tales la situación de los campesinos alemanes, oscilante entre la sevidumbre y la independencia, la perpetua condición de súbditos de los alemanes y las arbitrariedades de la justicia patrimonial. Y su aguda sensibilidad social se sublevó al ver hacinados en las bodegas de aquel barco hombres, mujeres y niños, como sardinas en banasta.

Las contradicciones políticas existentes en aquel Estado en miniatura se revelaron ante él, enseguida, como contradicciones sociales. Le parecía, sin embargo —y así lo escribió en el *Morgenblatt*—, que, con harta frecuencia, las corrientes de oposición contra el Estado nacían más bien de un sentimiento de envidia contra los patricios "que de la conciencia de que la aristocracia nada tiene que hacer en un Estado racional". Y todos los aspavientos políticos de los habitantes de Bremen le convencían de que Estados tan diminutos como aquél no tenían razón de ser.

Ahora bien, por el momento, aquel Federico Engels que así se manifestaba y se conducía apenas es, para nosotros, en fin de cuentas, más que una fachada cuyas ventanas cerradas nos ocultan al verdadero Federico Engels. Y el biógrafo tiene que abrirlas de par en par, para que a través de ellas resplandezca la rica vida interior de nuestro hombre. Sin que nadie en torno suyo se enterase, Engels, en variadas, extensas y multiformes lecturas se debatía apasionadamente con las potencias del pasado y del presente, levantaba con la imaginación castillos en el aire, en los que se veía a sí mismo como el poeta de la nueva generación, hacía versos y escribía prosa, comenzaba a proyectar al exterior sus creaciones literarias y, en conmovedoras batallas interiores, iba sentando los fundamentos de su concepción filosófica del mundo.

Aunque el aire que en Bremen se respiraba le recordara en muchos aspectos, más de lo que él habría deseado, el del Wuppertal, había, sin embargo, un

punto esencial en que se disfrutaba allí de una libertad mucho mayor: la independencia personal del individuo era, en Bremen, mucho mayor que en los dominios de Prusia y los censores, más benévolo, permitían a los editores publicar y difundir obras estrictamente prohibidas al otro lado de los postes fronterizos. Federico llegó a organizar un bonito comercio de contrabando en flete intelectual sujeto a censura, expedido hacia su tierra natal; era también un visitante habitual de las librerías de viejo, donde descubría verdaderos tesoros del pasado.

Por fin, sentíase libre y podía entregarse durante veladas y noches enteras a luchar a brazo partido, y poco a poco con éxito contra la "confusión" que había invadido su cabeza. Lee y medita sobre lo que tienen que decirle los escritores de su tiempo y se confía de buena gana a las impresiones que ellos le transmiten. Pero siente despertar también, muy pronto, su espíritu crítico, que le lleva a desentrañar lo bueno, lo que puede estimularle, allí donde otros sólo ven lo negativo y lo disparatado. Se ve impulsado de un autor a otro, del más actual a sus antecesores, sin que su sagacidad necesite, para descubrir lo bueno, de muchas pruebas. Por este camino se le revelan ahora los dos espíritus que serán los educadores de sus siguientes años. Gutzkow le ayuda a encontrar a Börne, su maestro, y, a través de David Federico Strauss, cuya mitología iluminará con una luz tan poderosa sus angustias religiosas, llega hasta Hegel, en cuyos dominios fascinantes permanecerá más tiempo y con mayor provecho. Las obras de Börne, como hemos de ver, lo convirtieron definitivamente al radicalismo político. Hegel, por su parte, condujo a tierra firme, después de surcar un mar proceloso, al hombre arrojado por su espíritu de las seguras playas de la fe de sus mayores. Aquella tierra firme pisada por el naufrago fue aclamada por él, según veremos, con el mismo fervor con que Colón saludó, al descubrirlos, los confines del Nuevo Mundo.

El pecado original de Adán, culpable de que el hombre ya no fuera jamás capaz de descubrir por sí mismo el bien, y mucho menos de obrarlo, era el verdadero centro de la doctrina pietista, tal como se había derramado sobre él desde los púlpitos de su ciudad natal. Y si el hombre no podía ni siquiera querer el bien, tenía que ser Dios quien, voluntariamente, le infundiera ese don. Era, en realidad, la versión de la doctrina de predestinación más severa y rigurosa, tal como la predicaba el estentóreo déspota eclesiástico del Wuppertal. Los elegidos se salvan sin mérito alguno de su parte, al paso que la inmensa muchedumbre de los desventurados se pierde para toda una eternidad. ¿Para toda una eternidad? ¡Sí, para toda una eternidad!, clamaba la bronca voz de Federico Guillermo Krummacher, sin pestañear siquiera.

Si todo el pensamiento religioso del hombre giraba, como vemos, en torno al pecado original, no quedaba el menor espacio para las nuevas aspiraciones, ávidas de encontrar una vía de interpenetración entre lo divino y lo humano. El pietismo del Wuppertal habríase mantenido incólume ante la evolución del movimiento religioso en el resto de Alemania; el áspero dualismo a que se aferraba no se sintió afectado en lo más mínimo por el espíritu de nuestros poe-

tas y pensadores. El reto de Lessing contra la ortodoxia, la razón práctica de Kant, la restauración del sentido histórico por Herder, el yo de Fichte, la concepción immanente de la creación en Goethe y Schelling, la mística de un Novalis, eran todas, en fin de cuentas, irradiaciones del mismo sol cenital y anunciaban que en las capas espiritualmente más altas despertaban necesidades anímicas vitales de un tipo nuevo. Eran las que, por caminos opuestos, se afanaban, trazándose su misión más elevada, por conciliar con la teología científica Schleiermacher y Hegel. El primero hizo oír su sonora voz contra quienes se empeñaban en degradar la religión a una mera doctrina, mientras Hegel oponía al inerte subjetivismo, compartido por el supranaturalismo y el racionalismo, el concepto immanente de Dios nacido de la especulación. Con ambas tendencias tuvo que debatirse Engels, después de romper la cerrazón del Wuppertal. Así comenzó su lucha por la libertad religiosa, de la que nos ofrecen una imagen tan plástica sus cartas a los hermanos Federico y Guillermo Graeber.

Quando, a los dieciocho años, en el verano de 1838, Engels salió por primera vez de su tierra no conocía la doctrina de Schleiermacher ni la de la teología especulativa, aunque hubiese llegado a sus oídos, como asiduo visitante que era de la iglesia, el ruido que desde hacía tres años venía armando entre los ortodoxos la *Vida de Jesús* de David Federico Strauss, cuyo eco hubo de resonar también, poderosamente, desde lo alto del púlpito de Krummacher y de quienes compartían su fanatismo. Sabemos ya que su alma cálida y sedienta de libertad se había sentido desde muy pronto repelida por aquel cristianismo que hacía estragos en su tierra natal, pero sabemos también que sus intentos de armonizar por sí mismo la religión con las necesidades de su espíritu habían fracasado, ya que en ningún lado encontraba asidero para ello. Desde entonces, su corazón, que ardía en deseos de poder entregarse amorosamente, fue endureciéndose cada vez más, cerrándose más tenazmente a todo espíritu estrecho y apegado a la letra, el cual no levantaba ninguna resistencia audible entre quienes más de cerca le rodeaban. Ahora bien, si odiaba "el maldito pietismo, tísico y arrimado a la estufa", distaba mucho todavía de abjurar de la fe. El mundo de emociones del cristianismo en que se había criado seguía viviendo con tanta fuerza en él, incluso allí, en Bremen, donde las ideas del tiempo actual llegaban ahora sin sordina a sus oídos, que seguía aferrándose a sus creencias cuando ya su pensamiento daba pruebas de poseer una vida propia e independiente. Todavía en abril de 1839 se consideraba como un supranaturalista honrado, si bien que muy liberal hacia los demás. Ignoraba por cuánto tiempo seguiría siéndolo, pero confiaba en mantenerse así, aunque inclinado, unas veces más, otras menos, hacia el racionalismo.

Poco después de haber creído que podía parapetarse tras aquellas palabras contra los embates radicales, cayó en sus manos la *Vida de Jesús*. Y le sucedió lo que a tantos coetáneos suyos: cuanto más meditaba en torno a estas páginas, con mayor fuerza sentía estremecerse en él la fe en la inspiración literal y directa de los Libros sagrados. La mitología straussiana le daba la clave para enfocar desde un punto de vista histórico los documentos bíblicos. A fines de

aquel mismo mes de abril al comenzar el cual se había declarado supranaturalista, repite la misma confesión, pero añadiendo ahora haber abandonado la ortodoxia confiaba —decía— en seguir coincidiendo con la Biblia, si bien no creía ya que un racionalista entregado de todo corazón a la obra de hacer el bien y a luchar de todo corazón contra el pecado original, pudiera ser eternamente condenado. Y continúa: "Cuando uno tiene dieciocho años y conoce a Strauss, a los racionalistas y a la *Gaceta de la cruz*, no tiene más que dos caminos: o leerlo todo sin pararse a pensar o comenzar a poner en duda la fe del Wuppertal. Yo, por mi parte, no comprendo cómo los predicadores ortodoxos pueden ser tan ortodoxos, cuando en la Biblia se contienen contradicciones tan manifiestas. *Christi ipsissima verba*, las mismísimas palabras de Cristo con que nos atruenan los oídos los ortodoxos, varían en cada Evangelio, para no hablar del Viejo Testamento. Pero esto no se lo explican a uno en nuestro querido Barmen, donde la enseñanza responde a principios totalmente distintos. ¿Y en qué se basa la vieja ortodoxia? Sencillamente, en la rutina. ¿Dónde reclama la Biblia que se crea a pies juntillas en su doctrina, en sus palabras? ¿Dónde dice ningún apóstol que todo lo que él relata sea la inspiración de Cristo? Lo que los ortodoxos predicán es algo más que encadenar a la razón en la obediencia a Cristo: es matar lo que en el hombre hay de divino, para sustituirlo por la letra muerta".

Después de haber llegado a la conciencia de que aquella inspiración apegada a las letras que siempre se le había predicado en el seno de su familia era algo imposible, surgía en él esta otra pregunta: ¿hasta dónde llega la inspiración de la Biblia? ¿Ha ejercido Dios alguna influencia sobre la letra de los Libros sagrados? Si es así, ¿por qué no concibió desde el primer momento el texto en que se habla de la Sagrada cena de modo que se evitara la desdichada e interminable controversia entre luteranos y reformados en torno a estos problemas, que su omnisciencia tuvo necesariamente que prever, en unión de las graves consecuencias que acarrea? "Si estamos ante la inspiración divina, una de dos: o Dios lo ha hecho deliberadamente para provocar la disputa entre los hombres, lo que yo no puedo imputarle a Dios, o Dios no ha sabido preverlo, lo que es también insostenible".

Y Engels saca aquí, por vez primera, la siguiente conclusión: "La menor contradicción que se descubra echa por tierra toda la fe en la Biblia". Confiesa ahora a su amigo, hijo de un pastor protestante de Wuppertal, sin andarse con rodeos, que en lo sucesivo sólo considerará divina aquella doctrina que pueda prevalecer ante la razón. "¿Quién nos obliga a creer a ciegas en la Biblia? Sólo la autoridad de quienes lo han hecho antes de nosotros". La Biblia es una amalgama de diversos fragmentos y diversos autores, muchos de los cuales no pueden tener ni siquiera la pretensión de pasar por divinos. ¿Y vamos a reconocer, en contra de nuestra razón, semejante divinidad, simplemente porque nuestros padres así nos lo han dicho? ¿Nos enseña también la Biblia que el racionalista será condenado al fuego eterno? ¿Puede creer todavía nadie que hombres como Börne, Spinoza, Kant, que aspiraron toda su vida a unirse a Dios; que

un Gutzkow, quien acariciaba como la dicha suprema de su vida la esperanza de descubrir el punto en que se hermanaban el cristianismo positivo y la cultura de su tiempo, se vean, después de su muerte, condenados a estar eternamente lejos de Dios? "¿No debemos martirizar a la mosca que nos roba el azúcar, y se quiere que Dios atormente de un modo diez mil veces más cruel, y además por toda una eternidad, a hombres de cuyos errores son tan inconscientes como la mosca de los suyos?"

También esta posición dual de la ortodoxia ante la cultura moderna le exasperaba. ¿Cómo podía sostener tan categóricamente que el cristianismo ha llevado la cultura a todas partes y, al mismo tiempo, tratar de detener a ésta, de repente, en su progreso? ¿Para qué cultivar la filosofía, si se cree con la Biblia en que Dios es inescrutable para la razón? Los ortodoxos miman a las ciencias naturales cuando creen que éstas llegan, por casualidad, aquí o allá, a resultados parecidos a los de la prehistoria mosaica, pero las condenan en cuanto las contradice. ¿Qué inconsecuencia es ésta?

La religión que de niño había aprendido Engels era la vestida de más negro ropaje. Por eso tenía que surgir ahora ante él un cúmulo de dudas, a partir del momento en que se sintió obligado a reconocer que en el nacimiento de los Libros sagrados había intervenido la mano del hombre. El estudio de las obras de Strauss le llevó al convencimiento de que las contradicciones contenidas en la Biblia excluían la hipótesis de una inspiración divina directa. Y tan pronto como su cristalina inteligencia desarrolló este pensamiento hasta sus últimas consecuencias, se vio arrastrado por la vorágine de las controversias teológicas y filosóficas de su tiempo.

Sin embargo, todavía en este momento, cuando las dudas anidaban en él cada vez en mayor número, volvió a levantar la voz su sentimiento arraigadamente religioso. No era posible que éste se extinguiera en él calladamente, en momentos en que todo bullía en su cabeza. Su profunda sensibilidad se había resistido ya desde muy pronto a aceptar aquella doctrina del pecado que negaba la salvación a todos los creyentes de otras religiones. Pues bien, ahora no estaba dispuesto a seguir aceptando un dogma de la redención que legitimara ante Dios como la máxima justicia un acto que los hombres pudieran rechazar como injusto. No negaba que el cristianismo positivo "partía de la más profunda necesidad de la naturaleza humana, del anhelo de redimirse del pecado por la gracia de Dios". Pero para él, se habían acabado para siempre aquella intransigencia y aquel terror que flanqueaban el camino hacia tan alta meta. Ahora, confiaba en que se operara "una transformación radical en la conciencia religiosa del mundo". Se sentía aún rodeado de sombras, pero no le abandonaba la conciencia de haber abrazado un camino que "si le exponía a grandes sinsabores en lo exterior, en lo interior le devolvía la paz".

A comienzos del verano de 1839 conoció Engels la doctrina de Schleiermacher. Parece que su estado de ánimo, ansioso todavía de encontrar un camino de conciliación con el verdadero contenido del cristianismo debía de mostrarse propicio hacia ella. "He aquí un cristianismo que es todavía razonable",

escribía en julio a Federico Graeber, "y cualquiera puede comprenderlo, sin necesidad de adoptarlo... Si hubiese conocido antes esta doctrina, no me habría hecho racionalista, pero ¿quién le predica a uno eso en el Wuppertal? Esa manera de comportarse me pone furioso". Su corazón, guiado por el claro deseo de marchar hacia adelante, reclamaba ahora con mayor ardor un conocimiento más firme. La satisfacción de este deseo se lo prometía precisamente la teología especulativa. Y estaba seguro de que sólo Strauss y el ala izquierda de la escuela hegeliana podían llevarle, en el campo teológico, a los resultados seguros que él apetecía. De ahí que, en lo sucesivo, no quisiera seguir haciendo concesiones a postulados incapaces de prevalecer ante la ciencia, con la que ahora tenía que compaginarse, necesariamente, toda la historia eclesiástica.

Sus amigos de juventud, que le veían deslizarse hacia la noche de la incredulidad, habrían querido ayudarle. Pero no era fácil. Los repetidos esfuerzos que hicieron en este sentido, sobre todo los que hizo Federico Graeber, encontraron en Engels una resistencia muy consciente. ¿Quién iba a convencerle ahora de que el hombre sólo podía llegar a la certeza por la gracia de Dios, y no mediante la fuerza de la propia razón? Engels no desdeñaba, ni mucho menos, el sentimiento de dicha que envuelve a todo aquel que se mantiene, interior y cordialmente, en comunidad con Dios, sea místico o racionalista. Pero estaba inquebrantablemente convencido de que la verdadera fuerza de este sentimiento emanaba precisamente de la superación del rígido dualismo a que el supranaturalismo ortodoxo se aferraba.

Todavía en julio de 1839 encontró palabras muy bellas y vigorosas para hablar de un cristianismo que también a él pudiera procurarle paz. Este cristianismo tenía que radicar en la conciencia de que la humanidad es de origen divino y de que el individuo, por ser parte de la divinidad, no puede nunca perderse, sino que retorna al seno de Dios despojado, tras innumerables luchas libradas en este mundo y en el otro, de cuanto hay en él de pecaminoso y mortal. Y, sintiéndose todavía bajo el influjo de las potencias que habían dominado su infancia, confesaba que también él sentía un profundo impulso hacia el pecado. Pero, como hombre capaz de pensar, jamás podría creer que sus pecados pudieran redimirse por obra y gracia de un tercero. La tendencia del hombre al pecado —decía— se halla condicionada por el hecho de que la idea de la humanidad está necesariamente condenada a realizarse solamente de un modo imperfecto. Pero ello no podía eximir al individuo de aspirar a la realización más completa posible de dicha idea, acercándose con ello lo más posible a la perfección espiritual de Dios. También él —seguía razonando— se consideraba merecedor de castigo, y si Dios quería castigarle, podía hacerlo; pero su fe, y mucho menos su razón, jamás podrían comprender que ni la más mínima parcela del espíritu pudiese quedar eternamente apartada de la unión con la divinidad. Cuanto Dios hace debe considerarse como una gracia suya; esto es verdad, pero no es menos cierto que también los actos de Dios se hallan sujetos a la ley de la necesidad, y es precisamente la conciliación de estas contradicciones lo que constituye una parte importantísima de la esencia de Dios.

Federico Graeber le había escrito que la mayor dicha del creyente estaba en que la duda no podía hacer mella en él. Pero este argumento no podía ya impresionar a su amigo. El no saber dudar —le contestaba éste—, lejos de ser la libertad del espíritu, representaba la mayor esclavitud espiritual, ya que sólo podía llamarse libre quien había sabido vencer todas las dudas y afirmar sus convicciones. El futuro hegeliano sólo reconocía al espíritu la fuerza necesaria para confirmar, no para fundamentar. Engels no negaba que también él se sentía feliz cuando abrazaba su fe infantil; pero también ahora se sentía dichoso. No sentía flaquear su certeza ni había perdido el sentimiento gozoso de la oración; luchaba y se sentía, por ello, necesitado de verse fortalecido. La convicción religiosa era un asunto del corazón y sólo guardaba relación con el dogma allí donde éste podía verse contradicho por el sentimiento. No cabía duda de que el espíritu divino podía atestiguar al hombre, por medio de sus sentimientos, que era hijo de Dios, pero jamás probarle que debiera esta filiación a la muerte de Cristo. Pues el sentimiento no era capaz de pensar, como el oído no era capaz de ver.

Estas palabras reflejan, junto a la creciente influencia de la filosofía especulativa basada en Hegel, la impresión cada vez más profunda causada en Engels por la filosofía de Schleiermacher, cuya doctrina llegó ya tarde a él. En estos duros combates, su temperamento se había acostumbrado desde muy pronto a ocultar sus emociones detrás de un espeso seto de objetividad y atrevido humorismo. Por eso tenemos que fijarnos en lo que, tocado muy en lo hondo por el gran corazón de Schleiermacher, escribe en una de estas cartas a su amigo Federico Graeber: "Rezo diariamente y casi el día entero por la verdad, lo he hecho desde que he comenzado a dudar, pero no por ello retorno a vuestra fe. Y, sin embargo, está escrito que a quien ruegue le será dado. Busco la verdad donde quiera que alienta en mí la esperanza de encontrar una sombra de ella, pero no puedo reconocer vuestra verdad como la eterna, a pesar de que está escrito: buscad y os será dado. ¿Quién de vosotros daría una piedra al hijo que le pidiere pan? Con tanta mayor razón, vuestro Padre en los Cielos. Al escribirte, se me arrasan los ojos de lágrimas. Me siento conmovido en lo más hondo, pero siento que no me perderé, que llegaré hasta Dios, por el que todo mi corazón suspira; veo también en ello el signo del Espíritu Santo, y en ello vivo y en ello moriré, aunque la Biblia diga una y diez mil veces lo contrario. Pero no te engañes, Federico, aunque te creas tan seguro, pues también en ti puede clavarse el aguijón de la duda y, si la decisión depende de tu corazón, todo puede pender del más nimio azar. Lo que sí puedo asegurarte por la experiencia es que la fe dogmática no influye para nada en la paz interior... Tal vez tú te sientes a gusto en tu fe como en un mullido lecho y no conozcas el combate que nosotros tenemos que librar cuando es el hombre quien por sí mismo tiene que decidir si Dios existe o no: tú no sabes lo que es la losa torturante que pesa sobre uno cuando asoma la primera duda y cómo pesa la fe de los mayores cuando uno tiene que decidir si sigue fiel a ella o la rechaza. Pero, te lo repito: tampoco tú estás tan abroquelado contra la duda como te figuras y no

debes ofuscarte contra quienes dudan... La religión es asunto del corazón y quien tiene corazón puede ser devoto, pero cuando la devoción echa sus raíces en el entendimiento o en la razón, ya no es tan fácil creer. Es del corazón de donde brota el árbol de la religión, que extiende su sombra sobre el hombre entero y toma su savia de la atmósfera de la razón; sus frutos, por los que circula la sangre más noble del corazón, son los dogmas; todo lo que va más allá es malo. Ésa es la enseñanza de Schleiermacher, y a ella me atengo yo”.

El alma del joven seguía luchando, como vemos, por su fe en Dios. Había quedado definitivamente atrás la rígida ortodoxia de otros tiempos, ante quien no le temblaba la mano para entregar a las llamas del infierno a la inmensa mayoría de los hombres. En su espíritu seguía resonando todavía la doctrina interiorizada de la redención de Schleiermacher e invocando el sentimiento religioso inculcado directamente al hombre por la experiencia. Pero una naturaleza como la suya, llamada a afirmarse con tanta fuerza en los más diversos campos de la vida, sólo podía hacer frente al problema religioso por la vía intelectual. ¿Cómo, de otro modo, podía abogar, como combatiente, en pro de las ideas, abrazadas por él con tanto entusiasmo? Un hombre como él no podía contentarse con una filosofía religiosa según la cual solamente el sentimiento, pero no la razón, podía captar la unidad del universo. En estas condiciones, tenía que sentirse atraído por la teología especulativa: “Ahora”, escribía a Guillermo Graeber en octubre de 1839, “soy un entusiasta straussiano, y no trates de atacarme, pues estoy bien pertrechado; ahora, me siento seguro; ven acá y, por mucho que te defiendas con tu teología no te dejaré un hueso sano... Si sois capaces de refutar a Strauss, y bien, entonces, volveré a hacerme pietista”.

Por las cartas de este otoño se da uno cuenta de que Engels había comenzado a resignarse poco a poco con el abandono de la fe de sus mayores y de su tierra natal, que al principio le había sorprendido y atemorizado. El mismo lo confiesa en octubre: “Los miles de lazos que le unen a uno al pasado van desprendiéndose y se anudan en otras partes”. Y vemos cómo, en las disputas con sus amigos, abandona la posición defensiva, que por temperamento rechazaba, y pasa decididamente al ataque. Que ellos, con su apego a la letra de los dogmas —les escribía— le dieran si querían por perdido; él, por su parte, estaba seguro de que el fundamento histórico de la ortodoxia se había derrumbado para siempre y de que no tardaría en ocurrir lo propio con el fundamento dogmático. Y si sus amigos se negaban a seguir viendo en él a un cristiano, le tenía sin cuidado; al fin y al cabo valía más un buen pagano que un mal cristiano.

Si había podido recobrar la alegría y el sentimiento de seguridad se lo debía, más que a Strauss, al gran maestro de éste, a Hegel. “Strauss me ha traído ahora, por el estricto camino, al hegelianismo”, escribe en diciembre de 1839. “...Tengo que llegar a asimilar cosas muy importantes de este gigantesco sistema”. Y una carta de noviembre nos dice que había hecho propia la idea hegeliana de Dios y que su filosofía de la historia era, para él, la verdadera. “Sus formidables pensamientos encuentran en mí un eco tremendo”, nos dice,

hablando de sus lecturas hegelianas. Y se burla de los pietistas empeñados en levantar un sistema "hecho de una pieza y que no necesita de garfios para sostenerse" ; Cuántos años había pasado suspirando por un gran pensamiento que "capaz de iluminar la confusión y de soplar en la brasa fuese hasta convertirla en una llama esplendorosa"!

El Dios de Hegel, "cuyo templo no ha sido construido por la mano del hombre, cuyo hálito anima el mundo todo y que sólo quiere ser adorado en la verdad" viene a reemplazar en él al Dios antropomorfo de su fe infantil. Y el buscador de Dios que seguía siendo todavía abrazó este nuevo concepto de Dios con todo el fervor religioso de un alma joven estremecida. La primera vez que se le apareció fue, para él, como una revelación. El mismo nos lo cuenta en la narración, escrita en el estilo un poco caprichoso de la época, de un viaje que hizo en la primavera de 1840. Este viaje le llevó, cruzando Westfalia, a su tierra natal y de aquí a Holanda, desde donde hizo, al parecer, su primera fugaz visita a Inglaterra, para regresar en barco a Bremen. La única noticia de este viaje, por lo demás, nos ha llegado por un artículo titulado "Paisajes" que se publicó en *El Telégrafo* de Gutzkow.

En la travesía de Rotterdam a Londres se sintió dominado por la beatífica sensación de que su alma volaba, remontándose sobre los dogmas de filisteos y sobre los angostos diques de la ortodoxia calvinista, por los espacios del espíritu libre. Acabó borrándose a lo lejos la sombra del Buque fantasma; contempló las riberas del Waal, que, a derecha e izquierda, se hundían entre las altas olas jubilosas y vio cómo el color amarillo del agua se convertía en verde. Ante la vista de aquello olvidó "cuanto quedaba atrás" y el alma, rebosante de júbilo, se dejó llevar por las aguas verdeoscursas y transparentes. Vio cómo las olas, cortadas por la proa del barco, se quebraban en blancas espumas y su mirada se echó a vagar a lo lejos por sobre la remota y ondulante superficie verde, donde las crestas blancas de las olas aparecían y desaparecían, eternamente inquietas, donde los rayos del sol se refractaban ante el ojo en mil espejos y donde el verde del mar se fundía en un color maravilloso con el espejeante azul del cielo y el oro del sol:

"Se esfuman allí ante uno todos los mezquinos sinsabores, todos los recuerdos de los enemigos de la luz, con sus ataques arteros, y se siente uno volar, con consciente orgullo, llevado por las alas de un espíritu libre e infinito. Solamente una impresión es para mí comparable a ésta: la del día en que se alzó ante mí la idea de Dios del último filósofo, el gigantesco pensador del siglo XIX. Recuerdo cómo, aquel día, me sentí estremecido por el mismo escalofrío de felicidad, como si soplasen en mi cabeza el aire fresco del mar y bañase mi frente el más puro rocío del cielo. Los abismos insondables a la especulación se abrían ante mí como las profundidades inescrutables del mar, de las que el ojo del hombre, atraído por la tierra, no puede apartarse. Vivimos, obramos y somos en Dios, y en el mar cobramos conciencia de ello. Sentimos aquí que todo en torno nuestro, y nosotros mismos, vive, y vivimos por el hálito divino; todo en la naturaleza es afín a nosotros, y las olas nos saludan como her-

manas, el cielo se extiende tan amoroso sobre la tierra y la luz del sol tiene un brillo tan indescriptible, que cree uno tocarlo con la mano".

No hace falta decirlo: en la túnica viviente que envuelve a Dios, tal como el Engels juvenil lo ve gracias a Hegel, se entretejen también, insensiblemente, para el descendiente de una familia de pietistas, algunas hebras luminosas que a él han hecho llegar el viejo Jacobo Böhme, Spinoza, Goethe y Shelley.

CAPITULO III

LOS INICIOS POLITICOS

En los años treinta, la vida espiritual de Alemania vivió un momento febril. Y en todas sus manifestaciones podemos apreciar, como característica común a todas ellas, que en sus más diversos conflictos de opiniones —que pronto abarcaron a la nación entera— el gran punto litigioso era el *principio de autoridad*. El poderoso ejemplo de la Revolución francesa había hecho ver a los jefes conservadores de los Estados que cualquier pronunciamiento en contra de la autoridad, ya arrancase del campo de la Iglesia, del de la sociedad o del Estado, amenazaba con arrastrar a todos los poderes autoritarios, cualesquiera que ellos fuesen.

La Santa Alianza había logrado, a costa de grandes esfuerzos, restaurar en lo fundamental el viejo orden del Estado y fortalecer de nuevo en los diferentes países la influencia de las viejas autoridades. Pero las fuerzas de la revolución, sólo temporalmente subyugadas y no definitivamente extirpadas, pronto comenzaron a sacudir las cadenas de hierro con que se las había maniatado, y los detentadores del poder se asustaron del ímpetu con que lo hacían.

El príncipe Metternich, muy consciente del esfuerzo que había costado domeñar a la "hidra" de la revolución y no queriendo arriesgar por segunda vez el éxito alcanzado, veía en los acuerdos del Congreso de Viena, alma de la restauración triunfante, el candado puesto a las puertas del infierno. Esos acuerdos eran, para él, algo intangible, la garantía del *status quo* dentro y fuera de Alemania y la pauta de su política en todos los campos de la vida y la conducta de su política en este país.

El supremo principio sobre el cual descansaba el nuevo ideario conservador del que esta constelación histórica extraía su savia era el incondicional entrelazamiento de todos los intereses autoritarios. En este contexto, ninguna se imponía con fuerza tan inquebrantable como la unión del Trono y el Altar. Para el mantenimiento del orden en el mundo, era tan imprescindible un Señor tan todopoderoso en el cielo como un monarca omnipotente sobre la tierra, no atado por ninguna clase de Constitución. Y, para que ambos poderes, el ecle-

siástico y el secular, se apuntalasen mutuamente, se crearon fórmulas encaminadas a la más íntima compenetración del Estado y la Iglesia. Los políticos, teóricos del Estado y filósofos del romanticismo acuñaron así, repudiando categóricamente la concepción racionalista del Estado burocrático, a la que acusaban de pagana, el socorrido lema del Estado cristiano.

Pero la conciencia de que la cohesión de la autoridad era necesaria en todos los campos de la vida y la creación del hombre, se imponía también, con la misma fuerza que a los gobernantes, a todos los elementos sojuzgados, dentro de la Confederación alemana. Si los poderosos del Estado, la Iglesia y la sociedad, la rígida ortodoxia, la monarquía absoluta y la nobleza se abrazaban en una estrecha comunidad de intereses, esta solidaridad debía extenderse, asimismo, a cuantos luchaban por superar el tajante dualismo entre la autoridad y los gobernados. El protestante liberal, el partidario de la libertad del pensamiento filosófico, el judío alemán, interesado por igual en la equiparación de todos los modos de pensar y de todas las confesiones; el industrial, el comerciante, el médico, el abogado, coartados en sus derechos por los terratenientes nobles, los militares y la burocracia; el demócrata doctrinario, que predicaba un Estado libre y popular, el fanático de la igualdad y la justicia, todos ellos veían cada vez con mayor claridad que luchaban contra un enemigo común y por metas comunes.

En la década que siguió a la muerte de Goethe y Hegel, seguían ocupando el lugar central del interés público de la nación los problemas filosóficos y religiosos. De vez en cuando, sin embargo, surgían tras ellos tales o cuales problemas sociales aislados, que una afanosa literatura entregada a las cuestiones del día se complacía en abordar, tanto más cuanto que la política era todavía un campo vedado para ella.

La juventud, sobre todo, acudía en tropel al radicalismo, impulsada por la actitud de repulsa de los gobiernos hacia las reclamaciones liberales. Los jóvenes fueron forjando en el campo de la teoría y de la literatura las armas con las que confiaban poder dar la batalla en el futuro al Estado y la Iglesia. La creación de partidos políticos era y seguiría siéndolo por mucho tiempo una aspiración irrealizable, sobre todo en Prusia y en Austria. Como aquella combativa generación sentía la necesidad de agruparse con quienes pensaban como ella, encontró en las peñas literarias y filosóficas el sustitutivo de los partidos. Y estas peñas o tertulias se aglutinaban, a veces, en una tendencia común para dar vida a una revista. Fue así como surgieron y se consolidaron las tendencias conocidas con el nombre de la Joven Alemania y los jóvenes hegelianos. Estos grupos, unidos al liberalismo de la Prusia oriental, surgido en el norte de Alemania de la escuela kantiana, y el de la provincia renana, exponente de las aspiraciones de las zonas industriales más desarrolladas de la monarquía, estaban llamados a ser los precursores más activos de la revolución burguesa en el terreno espiritual.

Los portavoces de la reacción se percataron enseguida del peligro que para sus intereses representaban ambas tendencias. Sabemos que, ya en 1835,

Wolfgang Menzel hizo correr, con éxito, la voz de que los escritos de Enrique Heine y de la Joven Alemania debían ser prohibidos. Por su parte, Enrique Leo quería barrer toda la "basura neohegeliana", cuya religión del más acá difundía, según él, el ateísmo. Pero sus denuncias contra Strauss, Ruge y Michelet sólo encontraron oídos cuando, después del cambio de monarca, el espíritu más liberal de la era fridericiana perdió su influencia sobre la política cultural de Prusia. El romanticismo subió entonces al poder y el humanismo autárquico, al que la filosofía hegeliana rendía honores divinos, hubo de capitular ante el Dios personal de la ortodoxia.

Cuando Savigny quiso poner al joven Bluntschli en guardia contra "los hegelistas y los de de la Joven Alemania", le escribía: "No debemos mezclarnos con la chusma". La *Gaceta evangélica de la Iglesia*, de Hengstenberg, y los agentes literarios secretos de Metternich metían en el mismo saco a los jóvenes alemanes y los jóvenes hegelianos, a quienes aborrecían por igual. Motejábanse con estos nombres, pasada la mitad de los años treinta, a cuantos en las tierras de la Alemania del norte no se sentían a gusto con los viejos poderes de la Iglesia y el Estado y que, bajo la terminología velada de la filosofía o con el desdén del ingenio literario, se negaban a obedecer sin rechistar a la autoridad.

Y es cierto que tanto la Joven Alemania como los neohegelianos se manifestaban en contra de la santidad de la tradición por el mero hecho de serlo, contra lo existente simplemente por estar en el poder, contra lo que tenía vigencia por el sólo hecho de regir. La Joven Alemania marchaba en descubierta y como tanteando el terreno; detrás venía la escuela neohegeliana, más cautelosa, pero más resuelta, tratando de desentrañar los principios de la nueva realidad.

Sin embargo, entre estas dos tendencias, que habrán de influir ahora en Engels, conjunta y sucesivamente, no existía una coincidencia tan profunda como sus enemigos comunes se imaginaban. ¿Acaso el desenfrenado subjetivismo de escritores cuyo ideal era liberar al individuo de todos los lazos, que le exhortaban a vivir para el momento y glorificaban el mundo de los sentidos a costa de las potencias espirituales, podía sentirse compenetrado con aquel "concepto devorador de todo lo individual" (Gutzkow) preconizado por una filosofía que daba de lado a la vida sensorial del individuo y acababa con las "vanidades del yo"? Donde más plásticamente se reflejan los sentimientos que Hegel provocaba entre los partidarios de la Joven Alemania y que oscilaban entre la poderosa atracción y la repulsa categórica, es en la cuarentena de Gustavo Kühne en el manicomio.

La luz mágica que irradiaba el intelectualismo místico de Hegel, su dialéctica y su idea de Dios fascinaban al joven Engels, al conocerlos ahora, tanto más cuanto que, lejos de atterrarle, le atraía el que el gran pensador emparejara en la conciencia absoluta libertad y necesidad, a costa de la experiencia individual. Como la Joven Alemania hacía mayor hincapié en el arbitrio subjetivo que en la libertad objetiva, los neohegelianos despreciaban "el aturdimiento sin principios" de su "egoísmo literario". Arnoldo Ruge, que dirigía la revista considerada como un órgano central, no tenía empacho, al

siástico y el secular, se apuntaban mutuamente, se crearon fórmulas encaminadas a la más íntima compenetración del Estado y la Iglesia. Los políticos, teóricos del Estado y filósofos del romanticismo acuñaron así, repudiando categóricamente la concepción racionalista del Estado burocrático, a la que acusaban de pagana, el socorrido lema del Estado cristiano.

Pero la conciencia de que la cohesión de la autoridad era necesaria en todos los campos de la vida y la creación del hombre, se imponía también, con la misma fuerza que a los gobernantes, a todos los elementos sojuzgados, dentro de la Confederación alemana. Si los poderosos del Estado, la Iglesia y la sociedad, la rígida ortodoxia, la monarquía absoluta y la nobleza se abrazaban en una estrecha comunidad de intereses, esta solidaridad debía extenderse, asimismo, a cuantos luchaban por superar el tajante dualismo entre la autoridad y los gobernados. El protestante liberal, el partidario de la libertad del pensamiento filosófico, el judío alemán, interesado por igual en la equiparación de todos los modos de pensar y de todas las confesiones; el industrial, el comerciante, el médico, el abogado, coartados en sus derechos por los terratenientes nobles, los militares y la burocracia; el demócrata doctrinario, que predicaba un Estado libre y popular, el fanático de la igualdad y la justicia, todos ellos veían cada vez con mayor claridad que luchaban contra un enemigo común y por metas comunes.

En la década que siguió a la muerte de Goethe y Hegel, seguían ocupando el lugar central del interés público de la nación los problemas filosóficos y religiosos. De vez en cuando, sin embargo, surgían tras ellos tales o cuales problemas sociales aislados, que una afanosa literatura entregada a las cuestiones del día se complacía en abordar, tanto más cuanto que la política era todavía un campo vedado para ella.

La juventud, sobre todo, acudía en tropel al radicalismo, impulsada por la actitud de repulsa de los gobiernos hacia las reclamaciones liberales. Los jóvenes fueron forjando en el campo de la teoría y de la literatura las armas con las que confiaban poder dar la batalla en el futuro al Estado y la Iglesia. La creación de partidos políticos era y seguiría siéndolo por mucho tiempo una aspiración irrealizable, sobre todo en Prusia y en Austria. Como aquella combativa generación sentía la necesidad de agruparse con quienes pensaban como ella, encontró en las peñas literarias y filosóficas el sustitutivo de los partidos. Y estas peñas o tertulias se aglutinaban, a veces, en una tendencia común para dar vida a una revista. Fue así como surgieron y se consolidaron las tendencias conocidas con el nombre de la Joven Alemania y los jóvenes hegelianos. Estos grupos, unidos al liberalismo de la Prusia oriental, surgido en el norte de Alemania de la escuela kantiana, y el de la provincia renana, exponente de las aspiraciones de las zonas industriales más desarrolladas de la monarquía, estaban llamados a ser los precursores más activos de la revolución burguesa en el terreno espiritual.

Los portavoces de la reacción se percataron enseguida del peligro que para sus intereses representaban ambas tendencias. Sabemos que, ya en 1835,

Wolfgang Menzel hizo correr, con éxito, la voz de que los escritos de Enrique Heine y de la Joven Alemania debían ser prohibidos. Por su parte, Enrique Leo quería barrer toda la "basura neohegeliana", cuya religión del más acá difundía, según él, el ateísmo. Pero sus denuncias contra Strauss, Ruge y Michelet sólo encontraron oídos cuando, después del cambio de monarca, el espíritu más liberal de la era fridericiana perdió su influencia sobre la política cultural de Prusia. El romanticismo subió entonces al poder y el humanismo autárquico, al que la filosofía hegeliana rendía honores divinos, hubo de capitular ante el Dios personal de la ortodoxia.

Cuando Savigny quiso poner al joven Bluntschli en guardia contra "los hegelistas y los de de la Joven Alemania", le escribía: "No debemos mezclarnos con la chusma". La *Gaceta evangélica de la Iglesia*, de Hengstenberg, y los agentes literarios secretos de Metternich metían en el mismo saco a los jóvenes alemanes y los jóvenes hegelianos, a quienes aborrecían por igual. Motejábase con estos nombres, pasada la mitad de los años treinta, a cuantos en las tierras de la Alemania del norte no se sentían a gusto con los viejos poderes de la Iglesia y el Estado y que, bajo la terminología velada de la filosofía o con el desdoro del ingenio literario, se negaban a obedecer sin rechistar a la autoridad.

Y es cierto que tanto la Joven Alemania como los neohegelianos se manifestaban en contra de la santidad de la tradición por el mero hecho de serlo, contra lo existente simplemente por estar en el poder, contra lo que tenía vigencia por el sólo hecho de regir. La Joven Alemania marchaba en descubierta y como tanteando el terreno; detrás venía la escuela neohegeliana, más cautelosa, pero más resuelta, tratando de desentrañar los principios de la nueva realidad.

Sin embargo, entre estas dos tendencias, que habrán de influir ahora en Engels, conjunta y sucesivamente, no existía una coincidencia tan profunda como sus enemigos comunes se imaginaban. ¿Acaso el desenfrenado subjetivismo de escritores cuyo ideal era liberar al individuo de todos los lazos, que le exhortaban a vivir para el momento y glorificaban el mundo de los sentidos a costa de las potencias espirituales, podía sentirse compenetrado con aquel "concepto devorador de todo lo individual" (Gutzkow) preconizado por una filosofía que daba de lado a la vida sensorial del individuo y acababa con las "vanidades del yo"? Donde más plásticamente se reflejan los sentimientos que Hegel provocaba entre los partidarios de la Joven Alemania y que oscilaban entre la poderosa atracción y la repulsa categórica, es en la cuarentena de Gustavo Kühne en el manicomio.

La luz mágica que irradiaba el intelectualismo místico de Hegel, su dialéctica y su idea de Dios fascinaban al joven Engels, al conocerlos ahora, tanto más cuanto que, lejos de atterrarle, le atraía el que el gran pensador emparejara en la conciencia absoluta libertad y necesidad, a costa de la experiencia individual. Como la Joven Alemania hacía mayor hincapié en el arbitrio subjetivo que en la libertad objetiva, los neohegelianos despreciaban "el aturdimiento sin principios" de su "egoísmo literario". Arnoldo Ruge, que dirigía la revista considerada como un órgano central, no tenía empacho, al

declararse contra los románticos en su famoso manifiesto, en incluir entre ellos a la Joven Alemania, por su "puntillo de genialidad". Y no iban muy descaminados algunos de los representantes de esta tendencia al expresar el temor de que la inexorable dialéctica de la doctrina hegeliana pudiera embotar la fuerza de voluntad y la acción de la juventud. Fue precisamente de la escuela rejuvenecida de Hegel de donde salieron aquellos espíritus revolucionarios que tomaron tan en serio, como la meta de su vida, el paso del pensamiento a la acción, con el que la Joven Alemania se había limitado a coquetear.

En cierto sentido, podríamos comparar a la Joven Alemania, cuyos miembros no estaban, interior ni exteriormente, tan unidos entre sí como pensaban sus perseguidores, con otro movimiento que, medio siglo más tarde, trató de ganar al público para nuevas ideas. Así como Holz y Schlaf, los Hart y los Hauptmann llevaron a la literatura los temas y los sentimientos del moderno socialismo y lanzaron contra un romanticismo ya enmohecido las reivindicaciones éticas de una nueva generación, vemos que hombres como Gutzkow, Laube, Wienbarg, Mundt, Kühne y sus cofrades, marchando adelante por el camino de Börne y Heine, dieron carta literaria de naturalza a las demandas liberales de su tiempo. Como la autosuficiencia del arte frente a las inquietudes de la época había perdido su encanto, surgió el postulado de la reconciliación del arte con la vida. Como revolucionarios, estos escritores se manifestaban en contra de la trivial literatura de pasatiempo en verso o en prosa que florecía a la sombra de la censura, contra los alemanes que se endulzaban con empalagosos nombres de flores, pero también contra verdaderos poetas cuyo quietismo político se volvía de espaldas a los tiempos presentes. En sus días de auge, habían encontrado la protección de Heine, quien los veía como su padrino y los ensalzaba porque trataban de ser "a un tiempo, artistas, tribunos y apóstoles". Las potencias dominantes en la Iglesia y el Estado no debían impedirles que, fieles al espíritu del tiempo en que vivían, reflejaran en sus obras las contradicciones de su propia época. Pero no se paraban a pensar debidamente que, como se decía en un informe secreto enviado desde Francfort a Metternich, "todos y cada uno de sus ataques en el terreno social iban unidos necesariamente a un ataque político". Y la tempestad no tardó en aplacarse cuando, al ver sus escritos prohibidos, cayeron en la cuenta de que se habían quemado las manos de cuyo trabajo afanoso querían vivir como buenos burgueses. La verdad es que entre aquellos ~~hombres~~ de transición, pesarosos ellos mismos de tener que vivir "cabalgando sobre un puente" entre dos épocas (Wienbarg), no llegó a despuntar ningún auténtico temperamento de apóstol.

Al lanzarse, lleno de entusiasmo solo a la literatura de su tiempo, viniendo del atrasado Wuppertal, el joven Engels se encontró naturalmente ante todo con la Joven Alemania y, en ella, con las ideas flamantes de su época, en que los tópicos y las consignas revestían un ropaje místico, misterioso. Con su estilo ingenioso y sutil, tan diferente del untuoso lenguaje del pietismo de su infancia, la Joven Alemania era como "la reina de la moderna literatura". El punto de vista estético seguía ocupando el primer lugar entre sus planes y preo-

cupaciones y sólo poco a poco fue ganando terreno en él el proceso que habría de anteponer el contenido a la forma. Al principio, soñaba con llegar a ser el heraldo poético de aquellas nuevas ideas que ahora comenzaban a revolucionar su mundo interior. Hasta que, más tarde, se vio movido poderosamente por el acicate de la acción, común a la joven generación de aquellos años y que no era, ni mucho menos, lo peor de ella. Y se dejó llevar, confiado, por quienes se anunciaban como los hombres llamados a hacer sonar "la hora de la gran decisión".

Su temperamento, a pesar de calar más hondo, se dejó seducir por el estilo juguetón de los ensayos de un Laube, un Mundt y un Kühne, por aquellos artículos en torno a "las cosas y las ideas" mientras su amanerado "modernismo" no perdió para él el encanto de la novedad. Pero, ya un año después, le oímos exclamar: ¡vale más la tiesura que la flojera! y elogiar, en detrimento del flojo amaneramiento de ciertos escritores modernos, la viril reciedumbre del estilo de un Ernst Moritz Arndt, cuya autobiografía le dio pie para una serie de artículos que reflejan bastante bien sus puntos de vista de entonces. Entre los autores de la Joven Alemania, de ninguno recibió Engels un estímulo tan poderoso como de Gutzkow, acerca de cuya filosofía de la historia publicó un extenso comentario. Fue a él, como sabemos, a quien ofreció, para su periódico *El telégrafo*, a comienzos de 1839, sus primicias literarias. Y, al encontrar en él favorable respuesta, continuó enviándole, en los dos años siguientes, toda una serie de ensayos literarios y críticos, relatos de viajes y poemas, firmados todos con el seudónimo de "Federico Oswald".

Engels no llegó a conocer personalmente a Gutzkow. La infatuación de este hombre se había elevado hasta lo indecible cuando, joven todavía en años, se vio a la cabeza de una tendencia bastante prestigiosa y que durante algún tiempo atemorizó a los poderosos. Llevado de su vanidad, llegó a considerarse, como más tarde hubo de reprocharle Engels, una figura de talla universal. Apenas enterarse por Levin Schücking de que Engels, en la primavera de 1840, había sido muy bien acogido en Münster por aquél, tal vez en unión de la escritora Anita von Droste-Hülshoff, arremetió, en su respuesta llena de hiel, contra "el dependiente de comercio de la Joven Alemania" que malgastaba "un torrente de palabras sesquipedales para hablar de lo efímero". "Si cualquier principiante", seguía diciendo Gutzkow en un alarde de mal gusto, "nos ofrece, como él, sus primeros vómitos críticos, ¿quién puede prestarse a imprimir en una hoja honrada su materia verdosa-amarillenta?"

Pero ¿quién —cabe preguntarse— había obligado a Gutzkow a publicar las cuartillas de un desconocido? Si lo hizo y siguió haciéndolo fue, seguramente, porque atisbó en ellas algo que anunciaba una personalidad, todavía incipiente pero vigorosa. Y hay que decir que, en su conducta posterior para con Engels, Gutzkow continuó revelando sus facetas más desagradables. Es posible que no hubiese incurrido en el mismo error hacia él si hubiese recordado que, años antes, Wolfgang Menzel se había jactado de lo que hiciera un día en su favor, para poder acusarle luego, cargado de razón, su negra ingratitud. Cuan-

do aquello ocurría, Engels no llegó a enterarse de lo que Gutzkow decía de él. Pero algún tiempo más tarde, cuando ya había dejado muy atrás a la Joven Alemania y le ajustaba públicamente las cuentas a este movimiento, viéndose, entre otras cosas, obligado a llamar la atención hacia las limitaciones del talento de Gutzkow, el jefe de la secta se sintió profundamente ofendido y en carta al historiador de la literatura Alejandro Jung, duramente atacado por Engels, acusó al desertor de "parricidio espiritual" contra el maestro que le había enseñado "a pensar y a escribir".

Por lo demás, si el luchador que empezaba a despertar en Engels experimentaba, ahora, ciertas ganas de pelea y la plétora de fuerza y buen humor que sentía bullir en su espíritu se volvía excepcionalmente hacia lo "efímero" y arremetía contra renegados y delatores como Joel Jacoby o entonaba un irónico *requiem* a la *Gaceta alemana de la nobleza* de Fouqué, quien menos que nadie podía tirarle piedras era Gutzkow, cuyo tejado era de vidrio. ¿Quién sino él y los suyos habían aclimatado, primeros en su tiempo, aquellos cuidados folletos empapados de polémica literaria?

Engels, al principio, apreciaba en la Joven Alemania su alta valoración del presente, de la vida y de la acción y la afirmación de los derechos y aspiraciones de la juventud, frente al estilo de vida satisfecho y a la suficiencia de la generación anterior a 1830. Pero, aun sintiéndose muy orgulloso, por entonces, de quienes militaban en aquel movimiento literario, hubo de darse cuenta muy pronto de que la verdadera sed de su espíritu clamaba por otra clase de bebida. Los movimientos literarios que tratan de hacer reaccionar al sentido de la realidad contra el romanticismo y el sentimiento espontáneo de la vida contra las especulaciones metafísicas prefieren siempre el lenguaje sin trabas a la manera cuidada de expresarse.

Aunque en la Joven Alemania sólo rindieran un culto unilateral a la prosa hombres de talento limitado como Teodoro Mundt, los dramáticos, épicos y críticos del tipo de Gutzkow y Laube no se sentían tampoco cálidamente atraídos por la poesía lírica. Engels, por el contrario, con la reciedumbre primigenia de su temperamento, amaba y adoraba, además de las viejas leyendas populares, con las que se sentía tan compenetrado, a la lírica alemana, "desde la Canción de Luis hasta Nicolás Lenau". Como la Joven Alemania aún no había dado al mundo un poeta lírico, acariciaba en secreto la esperanza de poder llenar algún día este vacío. Al principio, parecía habersele adelantado Carlos Beck, cuyas *Noches*, en su primera impresión, le entusiasmaron tanto que aquel joven judío, a quien Gutzkow colocaba a la altura de Byron, era para él un nuevo Schiller y lo elogiaba a sus amigos como un futuro Goethe. Pero, ya cuando escribía en *El telégrafo* acerca de él, le enojaba un poco el tono de misantropía del poeta, tan disonante del carácter jovial del renano, quien gustaba de aplicarse a sí mismo el calificativo de hombre "recio". En realidad, el pasado no proyectaba ninguna sombra negra sobre él, los rasgos de carácter heredados de su padre no eran motivo de pesadumbre y sus dotes se desarrollaban libre y alegremente, teniendo en cuenta, sobre todo, que aquella planta

recibió a su debido tiempo, por una rara fortuna, la lluvia bienhechora y el buen sol.

En las cartas que desde Bremen escribió Federico a sus amigos de la escuela se habla de numerosos poemas, incluso cuadernos enteros de poesía, y de novelas cortas que no han llegado a nosotros. Engels, en aquellos años, gustaba también de improvisar, y en los versos que por entonces escribió encontramos verdaderos hallazgos poéticos.

En una carta a su hermana María de agosto de 1840, describe una puesta de sol:

*“Se abisma el sol, en torno la tierra se oscurece,
sólo cruza al oeste el velo de las nubes
el inflamado incendio del ocaso.
Es un fuego muy serio y muy sagrado
el que brilla en la tumba de este día
que algo nos trajo amado y deseado.
Ahora está agonizando, mientras la noche oscura
de los ojos claros, astrales, dulcemente recubre
la tierra con su manto.”*

Pero no se crea que aquel joven se preocupaba demasiado de sus dotes literarias. Un poco le dolió, según él mismo nos cuenta, el verse “magníficamente retratado” en las palabras en que el viejo Goethe da consejos a los jóvenes poetas. Sin embargo, no tardó en consolarse al ver que el maestro aceptaba de buen grado el talento del diletante como un don grato a las musas.

“¿Y qué voy a hacer ahora yo, un pobre diablo?”, preguntaba en abril de 1839 a su amigo Federico Graeber. “¿Seguir trabajando cansinamente con mi cabeza? No me apetece. ¿Volverme un hombre virtuoso? ¡Al demonio con eso!... Lo que tengo que hacer es incorporarme a la Joven Alemania o, mejor dicho, ya lo estoy en cuerpo y alma”. He aquí cómo él mismo lo explica: “Por la noche no puedo dormir, con la cabeza atiborrada de ideas actuales; cuando me paro delante del Correo y veo el escudo prusiano, me siento arrebatado por el espíritu de la libertad; cada vez que veo un periódico, bullen en mi mente los impulsos del progreso, que se deslizan en mis poemas burlándose de los oscurantistas de cogulla o de armiño. Procuro, sin embargo, mantenerme alejado de sus frases, tales como misantropía, sentido histórico-universal, dolor de los judíos, etc. porque las considero anticuadas. Y de verdad te digo, Federico, que cuando llegues a ser pastor puedes, si quieres, ser ortodoxo, pero si te haces un pietista de esos que maldicen de la Joven Alemania y toman por oráculo a la *Gaceta evangélica de la Iglesia*, no te hablaré”.

El hijo de un pastor del Wuppertal, que por aquellos días seguía las clases de Hengstenberg y a quien el atrevido lenguaje de su amigo le ponía los pelos de punta, al contestarle le expresaba el deseo de que encontrara un buen consejero, capaz de librarle de las acechanzas del mal. La recomendación caía en mal terreno. “Pero, ¡hombrecillo!”, le contestó Engels en octubre. “Veo que me hablas de un buen consejero. Ya lo tengo. Es un hombre bajo de perfil judío y

se llama Börne. Deja que descargue su látigo, y ya verás cómo hace correr a todos los adoradores de la Venus Servilia. Y, entonces, vendrás a pedirme perdón humildemente."

Como también en materia espiritual su temperamento sociable necesitaba alguien a quien confiarse, él mismo se había buscado, desde que comenzó a interesarse por la vida pública, un buen guía, capaz de conducirlo por el laberinto de la realidad de su tiempo. Pero en el reducido círculo de la Joven Alemania no encontró a nadie cuyo temple político pudiera admirar. A medida que se fortalecía su interés por la política y que, al mismo tiempo, su espíritu, habituado a la disciplina, fue encontrando un puntal en la filosofía hegeliana, se dio cuenta de que aquello no podía ser, para él, más que una estación de paso. No de un día para otro, sino poco a poco, hubo de llegar a la conclusión de que Gutzkow y sus cofrades tenían que estrellarse contra las rocas, que tampoco ellos eran más que "hombres a medias". Después de salir de su dura crisis religiosa y habiendo encontrado en Hegel consuelo y paz, comprendió lo que aquella "filosofía superficial y cabrilleante" no podía ofrecerle. Y se percató, ya por último, de la blandura moluscoide de aquellas gentes cuando se encontró con Börne. Este —pensó Engels— sí era otra clase de hombre que aquéllos, un hombre de cuerpo entero, un luchador dispuesto a pelear y morir por sus convicciones. He aquí el consejero a quien ahora se encomendó, con lealtad de vasallo verdaderamente alemana.

A Börne, mucho más aún que a Heine, volvía los ojos también la Joven Alemania cuando se le preguntaba por su progenie. Heine se había malquistado desde hacía años las simpatías de la juventud amante de la libertad y de la firmeza en el pensar por aquel individualismo que llevaba en la masa de la sangre y que le hacía colocarse al margen de todos los partidos, aunque no así, ciertamente, de todas las camarillas. Börne, quien acababa de morir, era, en cambio, el paladín de estos jóvenes que se sentían inclinados a la acción. En Alemania no quedaba ningún otro espíritu independiente de la talla de él, entregado a la política con su misma tenacidad, que hubiera sabido mantener con la misma impavidez un punto de vista invariable, que hubiese sido capaz de poner con el mismo desinterés y la misma consecuencia, íntegramente, sus grandes dotes literarias al servicio de la lucha contra los poderosos. El mismo se valoraba bastante certeramente cuando decía que todo su mérito consistía en haber sacado de la cama al alemán dormilón para ponerlo en pie.

Pero la Joven Alemania levantó a Börne un pedestal más alto. Laube veía en él "una hazaña política permanente", Gutzkow lo llama "el fermento en la masa del pan del período de la Restauración" y Teodoro Mundt lo presenta como "el desesperado metafísico del movimiento de los tiempos modernos", "a quien mataron los dolores de su corazón, que era el corazón mismo de Alemania". Y más entusiasta es todavía el panegírico que de él hacen los poetas liberales tendenciosos que en el momento de su muerte empezaban a florecer. Carlos Beck y Rodolfo Gottschall lo cantan en poemas de gran aliento y Dingelstedt y Herwegh hablan de él con gran devoción. El político demócrata

Roberto Blum encomia "su gran vida, consagrada a la libertad" y hasta el anti-semita Ruge lo llama "un hombre espléndido". Quien desee saber cómo Lassalle lo admitaba no tiene más que leer su diario de juventud. Y hasta un hombre de tan diferente mentalidad como Jacobo Burckhardt quiso, todavía en 1843, visitar en París la tumba de Börne.

Pues bien, ¿cuáles eran los pensamientos y las aspiraciones que necesariamente tenían que decirle algo a Engels, en las *Cartas de París* y en la polémica de Börne contra Menzel, cuando, ahora en Bremen, estos escritos cayeron en sus manos? Para aquella generación era todavía una novedad el hecho de que un escritor alemán prestigioso se ocupase exclusivamente de cuestiones políticas, y entendiéndose que era perder el tiempo entregarse a las luchas teológicas y filosóficas. Como es sabido, Börne preconizaba la igualdad y la libertad de todos los miembros del Estado y exigía, más tácita que expresamente, la soberanía del pueblo. Individualista convencido, consideraba como un mal necesario al Estado que sólo existiera en función del individuo y precavía contra la tiranía de las leyes, a las que anteponía los derechos humanos. La monarquía de los ciudadanos le había curado de la creencia en la monarquía constitucional, llevándole al republicanismo. Veía en el "justo medio" solamente un monstruo con dos espaldas, llamado a recibir los golpes de las dos partes y, para él, no existía más alternativa que una: o monarquía absoluta o república. No admitía una clara línea divisoria entre liberalismo y democracia y él mismo se llamaba liberal y republicano.

Hay que decir, sin embargo, que Börne no era hombre de definiciones ni de nítidas fórmulas conceptuales; no era la suya una cabeza filosófica ni histórica. Rechazaba todo lo que fuese patriotismo en el terreno de la política de poder y, a sus ojos, la nacionalidad era un valladar levantado ante la fraternidad de los pueblos. Lo que no era obstáculo para que sintiera un ardiente amor por los alemanes, por cuya unidad y cuya libertad se inflamaba su corazón y luchaba su pluma. A partir del momento en que perdió la fe en una solución pacífica, anunció a los príncipes alemanes, como en su día habían anunciado los profetas del Viejo Testamento a los reyes de Israel, la proximidad del Juicio Final, la tormenta inexorable de la revolución. Su concepción de la historia, inspirada exclusivamente en el presente y cortada por entero a la medida de él, sólo veía una cosa: las luchas entre los pueblos y los poderes de la autoridad. No atalaya todavía la idea de la lucha social de clases, que Heine vio ya venir, aunque de vez en cuando exprese la opinión de que un día se encenderá la guerra de los pobres contra los ricos, ya que la desigualdad no podrá prevalecer. Lo que en sus *Cartas de París* dice sobre el sansimonismo es más bien insignificante. Y este liberal entusiasta condena la comunidad de bienes como una teoría atentatoria contra la personalidad.

Ningún compatriota suyo habría podido transmitir a Engels el acervo de pensamientos políticos del radicalismo de la Europa occidental de un modo más certero que este primer portavoz clásico del democratismo alemán. Las cartas y los ensayos juveniles de los años 1839 a 1842 no se cansan de ensal-

zar al "gigantesco luchador por el derecho y la libertad" que en los sombríos años treinta supo fortalecer y mantener en pie a la nación, al "san Juan Bautista de la nueva época", que desencadenó una lucha de consecuencias todavía incalculables, el que bautizaba con fuego y separaba implacablemente el grano de la paja, el hombre en cuyo corazón "no era nunca noche, sino siempre mediodía".

Ningún coetáneo suyo había enaltecido a sus ojos, con palabras tan seductoras como él, el esplendor de las hazañas que el mozo Engels personifica en el joven Sigfrido. Y Engels mostraría siempre su gratitud por el aliento y el fortalecimiento que Börne le infundió cuando erraba todavía, solitario, buscando una luz. Como escritor, lo colocaba al lado de Lessing y, en lo sucesivo, Börne significará para él, desde el punto de vista político, lo que Hegel significó desde el punto de vista filosófico. Los nombra a los dos juntos como a los hombres a quienes debe su liberación, al "hombre de la práctica política" y al "hombre del pensamiento".

A no ser por el influjo directo e indirecto de Börne, nos dice en 1842, la tendencia libre emanada de Hegel habría encontrado mayores dificultades para plasmarse. Börne y Hegel eran, según él, más afines de lo que parecía. La inmediatez, la sana intuición de Börne se reveló como el lado práctico de lo que Hegel hacía ver, teóricamente por lo menos, en perspectiva. Lo que había que hacer era excavar los caminos entre ambos, enterrados bajo los escombros. Y en esta labor vemos ocuparse esforzadamente a Engels, a partir de 1839. El neohegeliano del mañana considerará, de ahora en adelante, como la tarea de la época el "llevar a término la compenetración entre Hegel y Börne", la mediación entre la ciencia y la vida, entre la filosofía y la moderna realidad.

A las pocas semanas de llegar Engels a Bremen comenzó a reavivarse un poco el interés político de la burguesía alemana, tras los frustrados conatos del comienzo de la década. La violaciones a la Constitución del rey de Hannover reforzaron la causa del liberalismo y la prisión del arzobispo de Colonia sembró la inquietud en el mundo católico. La protesta de los siete profesores de Gotinga contra lo hecho por "aquel viejo señor hannoverano", como irrespetuosamente lo llamaba el oficinista de Bremen, causó cierta sensación, pues era una de las primeras veces que, en el norte de Alemania, elementos de la burguesía daban pruebas de cierta firmeza de carácter en lo referente a asuntos relacionados con la política.

Engels admiraba ya desde su infancia todo lo que acreditara entereza de conducta. Le deleitaba el escrito de defensas de Jacobo Grimm, que enseguida adquirió. El escenario de aquellas luchas constitucionales sólo estaba separado de Bremen por el Weser y, en esta ciudad, la opinión pública se manifestaba decididamente en contra del rey Ernesto Augusto. En 1839, el día del aniversario de la revolución de julio, remando por el río un tanto agitado, Federico evoca la jornada revolucionaria de París, "la más hermosa manifestación de la voluntad del pueblo desde las guerras de liberación" y recuerda "a los príncipes y reyes alemanes" la suerter de Carlos X. Su mirada se vuelve entonces, indignada, hacia la orilla hannoverana del río, "donde el pueblo mira hacia lo alto

con ojos penetrantes y la espada apenas se contiene en la vaina". Y pregunta al rey felón: "¿Te sientes tan seguro en tu dorado trono como yo en esta zozobranante barca?" Los versos de este poema no son muy tersos, pero su tendencia acusa claramente cuáles eran las emociones políticas de Engels cuando el nombre de Börne apareció por primera vez en sus cartas.

No cabe duda de que los escritos de la Joven Alemania aportaron a su pensamiento político, ya desde muy pronto, elementos racionalistas. Pero, después de haber descubierto a Börne le vemos hacer hincapié, con pueril entusiasmo, en el derecho natural de cada hombre y fulminar "todo lo que en las relaciones actuales va en contra de ello". Vacía todo el arsenal del liberalismo de su época para pertrecharse con las armas para el combate a que se lanza tan lleno de optimismo. Niega toda clase de argumentos en contra de la participación del pueblo en la vida del Estado, en contra de la abolición de la censura, en contra de la supresión de los privilegios de la nobleza o en pro de la marginación de los judíos. Truena en contra de la constitución de la ciudad hanseática, donde al patriciado no deja que se acerque al timón del gobierno ni siquiera la aristocracia del dinero. Y coincide con Börne en que estos males sólo puede remediarlos ya la fuerza. Cuanto se oponga a la marcha incontenible de las nuevas ideas debe ser derribado, comenzando por la Dieta federal, la monarquía absoluta y la monarquía bajo todas sus formas.

Hasta un comentario sobre los libros de leyendas populares de Alemania, escrito para *El telégrafo* aparece empapado de esta tendencia política radical, que más que a la Joven Alemania de los literatos recuerda a la de los políticos revolucionarios amigos de Mazzini que operaban en suelo suizo. El pueblo alemán, leemos en este comentario, ha representado ya demasiado tiempo el papel de Griselda y Genoveva; ha llegado la hora de que asuma el de Sigfrido y el de Reinaldo. Y el autor ensalza, con el ejemplo de los hijos de Fortunato, el ardor irrefrenable de la oposición que se enfrenta, vigoroso, al poder tiránico, absoluto, de Carlomagno. Su agitada fantasía evoca, como las proclamas de Breidenstein y Reuschenplatt, tronos que se estremecen, altares que tiemblan y castillos que arden.

Un día de noviembre de 1839, en una carta a Guillermo Graeber, entremezclado con el romanticismo estudiantil de la francachela, encontramos este ditirambo poético-revolucionario: "¡Que se vaya al diablo todo lo demás! Las cancioncillas sentimentales se pierden en el aire y el bronco cuerno de caza aguarda al cazador que haga resonar en él el grito del tiranicidio; en las cimas de los árboles se oye el rumor de la tormenta enviada por Dios y la juventud alemana aguarda en la pradera, tremolando la espada y agitando en la mano la copa llena; en las montañas humean los castillos incendiados, los tronos vacilan y los altares tiemblan, mientras el Dios de las tempestades clama: ¡Adelante, adelante! ¿Quién puede resistirnos?" Son, como se ve, tonos que recuerdan totalmente al romanticismo de los incondicionales del viejo movimiento estudiantil. Pero esta tónica podía fácilmente transformarse, cambiar de modulación tan pronto como se fundiera con los sentimientos sociales revolucionarios

que se percibían ya en la avanzada del incipiente proletariado alemán. Esta fusión era la que entonces estaba operándose en el extranjero, en los primeros contactos de la juventud artesana emigrante con los refugiados políticos.

Por aquellos años, Engels veía la historia de las últimas décadas, lo mismo que Börne, exclusivamente a la luz de sus convicciones democráticas. Para él, la gran conquista de los años del levantamiento de la nación no estaba precisamente en haber sacudido el yugo de la dominación extranjera, que, tarde o temprano, se habría derrumbado por sí sola, ya que recaía exclusivamente sobre los hombres atléticos de Napoleón, sino en el hecho de que el pueblo alemán había pisado entonces por vez primera, como entidad independiente, el escenario de la historia.

“Lo más importante logrado en aquellos años fue que nos percatamos de que habíamos perdido nuestros santuarios nacionales, que habíamos empuñado las armas sin contar con la graciosa autorización de la majestad, más aún, obligándolas a ellas a marchar a la cabeza; en una palabra, el habernos puesto en pie por un momento como la fuente del poder público, como el pueblo soberano. Y esto explica por qué, después de la guerra, tengán parecerles peligrosos a los gobiernos los hombres que con mayor claridad sintieron esto, en su día, y con mayor decisión obraron en consonancia con ello”.

Exactamente lo mismo que Börne, Engels hacía al “perjurio” de los príncipes responsable de la reacción interior que había seguido al gran levantamiento nacional. Pero el odio de nuestro joven renano recae muy especialmente sobre el propio monarca. En carta a Federico Graeber de diciembre de 1839 maldice al viejo rey con las más furiosas invectivas: “Lo odiaré hasta la muerte —dice a su amigo—, y aún le odiaría más si no fuese tan grande mi desprecio. ¡Cuántas historias divertidas podría contarte sobre el amor de los príncipes por sus súbditos! Sólo hay que esperar algo bueno de aquellos monarcas a quienes todavía zumban en la cabeza las bofetadas de su pueblo y los cristales de cuyo palacio hayan sido hechos añicos por las pedradas de la revolución”.

En estas expansiones se percibe claramente el eco de la reciente lectura del último tomo de las *Cartas de París*. El joven, sintiéndose muy orgulloso de los sentimientos republicanos, revolucionarios y democráticos inculcados en él por Börne, mira con desprecio a los grandes de este mundo. Y renuncia para siempre a cualquier distinción honorífica proveniente de un monarca. “¿Para qué sirve todo eso?”, se pregunta. “Una condecoración, una tabaquera de oro, una copa con el escudo real, tiene hoy más de ludibrio que de honor. Todos damos las gracias por esas distinciones, de las que yo, a Dios gracias, me considero muy a salvo, pues desde mi último artículo sobre E.M. Arndt publicado en *El telégrafo*, no creo que ni siquiera al demente rey de Baviera se le ocurra colgarme a mí uno de esos cascabeles de bufón o estamparme en el trasero el cuño del servilismo”. La inocente hermana, internada en un pensionado elegante de Mannheim, escribe a Federico, con el orgullo de la pobre muchacha provinciana, que ha sido presentada a la Gran Duquesa de Baden. ¡Buena la hizo! “Si en lo sucesivo vuelven a presentarte a una de esas Altezas” —replica Federi-

co a su hermana con aire despectivo—, “procura decirme si es bonita o fea, pues, fuera de eso, créeme que no me interesa en lo más mínimo saber de semejantes personalidades”.

Habría resultado incomprensible que los planes poéticos de Engels, en aquel período de su vida, no hubiesen girado también en la órbita de las nuevas ideas de las que era tan apasionado y que le dominaban. Todo hervía en la misma caldera y no era posible que a esta influencia escapara la poesía. Incluía el *Fausto* y *El judío errante* entre lo más profundo con que contaba la poesía popular de todos los países. Estos temas le parecían inagotables: cualquier época podía adoptarlos, sin necesidad de remodelarlos en lo esencial. Pero no le parecía bien que los libros del pueblo presentasen estas figuras como “nacidas de una superstición esclavizada”. ¿No sería posible “salvar para el pueblo alemán estas dos leyendas, devolviéndoles su pureza originaria”?

El mismo se debatía con tales planes, como nos lo revela una carta a Guillermo Graeber escrita en el mismo mes de noviembre de 1839 en que apareció en *El telégrafo* su comentario sobre los libros de leyendas populares. Confesaba en ella a su amigo que estaba madurando en su mente un tema grandioso, a cuyo lado todos los que anteriormente se le habían ocurrido eran puras niñerías. Trataba de poner plásticamente de relieve, en una narración fantástica, las modernas intuiciones que ya bullían en los espíritus de la Edad Media, pero ahogadas entonces bajo los cimientos de las iglesias y los calabozos: las ideas de quienes se han estrellado la cabeza contra las rocas, luchando por la redención. *Fausto*, *El cazador salvaje* y *El judío errante*, dice en esta carta, son tres tipos de aquella libertad espiritual puramente intuitiva y los tres pueden enlazarse fácilmente y ponerse en relación con la figura de Juan Hus. Y declara de un modo paladino que cifra concretamente sus esperanzas en cuanto a su futura fama como poeta en el proyecto de esta obra. Algunas semanas después, iniciado ya en el estudio de Hegel, anuncia a Federico Graeber que la poesía lírica del panteísmo moderno, por la que sus adversarios le preguntaban irónicamente y que le entusiasmaba en Shelley, aparecería tan pronto como él mismo y algunas otras personas penetraran a fondo en este panteísmo.

Ignoramos si Engels acometió realmente estos planes e incluso si los llegó a ejecutar; en todo caso, sus frutos no han llegado a la posteridad. Y ello da mayor interés al ciclo poético titulado “Un atardecer”, publicado en *El telégrafo* en agosto de 1840 bajo el característico lema de “*Tomorrow comes*”, la frase de Shelley, el poeta a quien entonces se proponía seriamente traducir.

Ningún otro de los poemas que se han conservado de Engels contiene vetas poéticas tan ricas como éste. En él, vemos al joven, a la caída de la tarde, sentado en el jardín parroquial junto al Weser, y en el banco, abiertas las tragedias de Calderón. El sol, al trasponerse, evoca en él la nostalgia de aquel amanecer teñido de rojo con que sueña su alma, tras la aurora de la libertad, cuando la tierra se convierte en un luminoso jardín. Y el poeta se engolfa en la imagen del futuro.

Lo mismo que acerca de las relaciones entre la religión y el paisaje, debió

de detenerse a meditar ya en aquel tiempo, tal vez inspirado por la obra de Gutzkow *Sobre la filosofía de la historia*, acerca de la influencia del clima en las diferencias existentes entre los hombres y entre los pueblos. Pero en su sueño mesiánico estas diferencias desaparecen; la palmera de la paz entrega también sus ramas al nórdico y el déspota de los países del Sur es abatido por la maza de roble. El álce crece en todas las latitudes; el espíritu del pueblo se asemeja hoy todavía a sus hojas, llenas de púas, toscas e insignificantes; pero un día, no tardando, brotará de él ruidosamente, arrollando todos los obstáculos, una sutil floración, la llama de la libertad. Y los heraldos del nuevo amanecer, que no saludarán ya al sol desde las atalayas de los castillos feudales, ahora en ruinas, sino desde las ramas de los orgullosos robles, serán entonces los poemas.

*“Yo soy uno de esos cantores libres.
Me he posado en las ramas de un roble llamado Börne
Cuando todavía abajo, en el valle,
Los opresores cargaban a Alemania de cadenas.
Sí, yo soy uno de esos deseados pájaros
Que vuelan en el éter de la libertad.
Y aunque no fuera más que un pobre gorrión
Preferiría, entre las aves, mi suerte a la del ruiseñor
Prisionero en su jaula y que adorna,
Con sus gorjeos, la jaula de un monarca”.*

Llevado del ardor de la pintura, el juvenil poeta acumula más de lo debido las imágenes. Los barcos que ve surcar el Weser, aguas arriba y aguas abajo, se convierten demasiado enseguida en los caballos montados por él los domingos, en sus cabalgadas hacia Vegesack o hacia la llamada Suiza bremeriana. En la visión imaginativa del futuro del que un día será apóstol de la lucha de clases el amor tiende por todas partes puentes invisibles entre los hombres, que se sienten todos unidos en una gran cadena espiritual. Estos poemas ensalzan todavía la paz que un día estrechará en sus brazos a la humanidad entera.

Sin embargo, exige ya que, cuando “la libertad tremole como el estandarte de la luz”, los barcos “no transporten mercancías para enriquecer a unos cuantos” sino trigo, “del que germina la dicha de los hombres”. Este pensamiento aparece todavía, es verdad, recatado detrás de los sueros de paz y libertad y quien sienta una candorosa fe puede tal vez ver en ello el indicio de que Engels percibía ya, entonces, la imperfección del orden económico vigente.

Las ideas del sansimonismo, que la Joven Alemania le hizo llegar, ya habían echado raíces en él. Su ensayo sobre Moritz Arndt, publicado en febrero de 1841, rechaza todo concepto de la propiedad en que los fideicomisos trataban de apoyarse, con la expresa afirmación de que “hace ya mucho tiempo que ese concepto no corresponde a nuestra conciencia de las cosas”. Niega a una generación el derecho a disponer sin restricciones de la propiedad de todas las generaciones del futuro; la libertad de la propiedad quedaría

aniquilada si todos los descendientes perdieran el derecho a disponer libremente de ella.

Claro está que eran éstas todavía, por el momento, simples ideas sin mayor alcance, que acudían a la mente del joven poeta cuando, en las primeras luces del amanecer, trataba de descubrir el sol detrás del velo de las nubes. El pasado que espera ver derrumbarse es todavía, para él, la época en que el espíritu vivía encadenado; siguiendo a Börne, lucha como un espíritu libre contra los curas; como demócrata, combate a la nobleza y los monarcas y, como republicano, pelea contra la monarquía. No sospecha todavía que, andando el tiempo, ante poderosas contradicciones tales ideas se subordinarán, en su pensamiento, a otra más formidable todavía, a la que aún no se han abierto sus ojos.

El conflicto europeo del verano y el otoño de 1840, desencadenado por la cuestión oriental, vino a recordar a los alemanes, por vez primera, que el deber primordial de un pueblo es la defensa del suelo patrio. Sin embargo, las profundas contradicciones planteadas dentro del país e inconteniblemente agudizadas, porque los incorregibles titulares del poder trataban de mantener por la fuerza sojuzgadas a las clases ansiosas de mejorar su suerte, no permitieron entonces que la nación, desunida, se congregara en torno a una sola bandera. Cierzo es que no se levantó una sola voz pidiendo que la orilla izquierda del Rin fuera entregada a los franceses. Y, si éstos querían conquistarla con las armas en la mano, todos estaban de acuerdo en que se les contestara del mismo modo. Lo pedían hasta los que no podían corear la canción de Nicolás Becker entonada en todas las calles, porque, como les ocurría a quienes se agrupaban en el círculo de los *Anales de Halle* —y entre ellos figuraba Engels— condenaban la reacción emocional del germanismo de 1813 ahora reverdecida como algo romo, vacío, tosco e inculto, y temían que el vértigo nacional repentinamente desencadenado ahogase los ideales de la libertad.

Todos los radicales se sentían temerosos de que aquella Santa Alianza de que habían nacido los acuerdos de Karlsbad pudiera sacar nuevas fuerzas de una guerra contra la patria de la revolución. Les desagradaba, sobre todo, el que Prusia, sin que, a su juicio, nada le apremiase a ello, se prestara a servir de peón de brega a la autocracia moscovita hacia cuyos peligros para el futuro de Alemania acababa de abrirles los ojos el tan difundido panfleto de Goldmann titulado *La pentarquía europea*. ¿Se trataba acaso de que Alemania derramara la sangre de sus hijos para defender, a las órdenes de Rusia y de Inglaterra, el trono del Sultán contra el Kedive? He aquí lo que nuestros abuelos cantaban, en los días de la campaña de las pirámides:

*“Allá que Bonaparte derrote a los turcos
Y demuestre su hombría y su heroísmo.
Dejémosle que los expulse del Egipto.
¿Acaso aquellos turcos nos importan algo?
Nuestra copa se alza por el bien de la humanidad”.*

Las experiencias reunidas en los cuarenta años transcurridos desde aquellos días no habían enseñado mucho al pequeñoburgués alemán en cuanto al entrelazamiento de los asuntos internacionales. También ahora el público de la Opera real de Berlín aplaudía ostentosamente el ritornelo de un aria que decía: "¿Qué nos importa a nosotros el Sultán?" La "Canción del Rin" de Becker no se hizo popular exclusivamente por la resuelta decisión de defender, todos unidos, el suelo patrio. Había, además de esto, algo nuevo, y era que, de pronto, podía ser públicamente aclamada en todas partes la unidad de Alemania cuya sola mención era castigada hasta hacía poco con la cárcel o el presidio.

Aunque la libertad de Alemania se viese realmente amenazada desde fuera, había una oposición muy convencida de que ello no podía hacer perder de vista el hecho de que también desde dentro se clamaba inútilmente por la libertad. El poema "El Rin", publicado en las páginas de los *Anales de Halle* por el joven pomeranio Roberto Prutz, recordó al pueblo alemán, en aquella hora, que tenía otra cuenta que ajustar con sus propios puños. Y también este poema, convertido en canción, levantó entre el público, por su tendencia, una acogida tan clamorosa que el reaccionario ministro de Policía de Prusia, von Rochow, se dignó llamar con gran apremio la atención del rey hacia la peligrosidad del partido neohegeliano y de su órgano dirigente. Al "libre espíritu alemán" que el Dr. Prutz glorificaba en su poema correspondía, según el informe, aquella "libre ciencia alemana" al parecer inventada por Hegel, que en religión hacía caso omiso de toda fe positiva y que en política se desentendía de todas las tradiciones históricas y de toda estructura orgánica y natural: "El patriotismo que habla en este poema y que los *Anales de Halle* proclaman es un patriotismo disolvente, que hace imposible toda resistencia y abre los brazos a los franceses. 'Dadnos la libertad', nos dicen estas gentes, y cerraremos el paso al extranjero', pero esta libertad es la disolución y el desenfreno, que en los *Anales de Halle* asoman muy claramente la cabeza bajo la máscara de la poesía y la filosofía".

Sin embargo, las olas encrespadas del entusiasmo nacional se aplacaron antes de que los círculos reaccionarios pudieran aprovecharse de aquel renacer del espíritu de los días de las guerras por la libertad y sin que, entre el pueblo, hiciera la menor mella a las ideas liberales el hecho de haber tenido su cuna en Francia. Pero, nosotros nos preguntamos, no sin cierta ansiedad, cómo se compaginaba en Engels, por aquellos días, su joven radicalismo con su sentimiento patrio.

Examinando las cosas, vemos que aquellos complejos de ideas y sentimientos que hasta entonces se habían posesionado por entero de su espíritu siguieron dominando en él al producirse este temprano conflicto entre sus ideas liberales y su sentimiento nacional, pero ello no fue obstáculo para que el sentimiento nacional latiera también poderosamente en el pecho del joven combatiente. No quería saber nada de "Canto a Prusia" compuesto por Thiersch y que era "tan malo" y a la "Canción del Rin" de Becker, que todos llamaban "la Marsellesa alemana" prefería la francesa, a pesar de la pobreza de su texto.

pues en ella se anteponía noblemente la humanidad a la nación, pero ensalzaba al "gran poeta" del himno "¡Salve a ti, coronado como vencedor!", que había sabido cantar el amor del hombre libre. No consideraba adecuada para llegar a ser el himno nacional del pueblo alemán la letra de "¡No, no lo tendréis!", porque esta canción de signo negativo le parecía poco ambiciosa.

"¿Acaso podemos contentarnos con una canción popular puramente negativa? ¿Es que el espíritu del pueblo alemán sólo puede afirmarse en la polémica contra el extranjero?... Cuando ya han logrado arrebatarnos la Borgoña y la Lorena; cuando ya han conseguido anexionar Flandes a Francia y declarar independientes a Bélgica y Holanda; cuando ya Francia, habiéndose posesionado de Alsacia, ha avanzado hasta el Rin y sólo conservamos una parte relativamente pequeña de la ribera izquierda del río, en otro tiempo alemana, no nos avergonzamos de lanzar baladronadas y gritar: ¡por lo menos, no nos arrebataréis el último pedazo! ¡Oh, qué alemanes éstos! Y si los franceses lograran apoderarse del Rin, todavía estaríamos gritando, con el más ridículo de los orgullos: ¡No, no lo tendréis! ¡No lograréis apoderaros del libre Weser alemán, y así sucesivamente hasta el Elba o el Oder, hasta que Alemania quedara repartida entre los franceses y los rusos, y entonces sólo podríamos entonar esta canción: ¡No, no os apoderaréis del río libre de la teoría alemana, mientras siga fluyendo tranquilamente hacia el mar de la infinitud, mientras levante las alas, en sus aguas, un pez del pensamiento ajeno a la práctica! Pero que nadie hable de hacer penitencia en el saco y en la ceniza por los pecados que nos han llevado a perder todas aquellas hermosas tierras, por nuestra desunión y nuestra traición contra la idea, por nuestro patriotismo provinciano, que olvida la totalidad para ver solamente las ventajas locales, por nuestra falta de conciencia nacional. No cabe duda de que los franceses están obsesionados con la idea de que el Rin es propiedad suya, pero la única respuesta digna del pueblo alemán a tan arrogante pretensión sería gritarles, como lo hace Arndt: '¡Soltad la Alsacia y la Lorena!'"

Incluso en aquella preprimavera que anunciaba un nuevo auge nacional, fueron muy pocas las voces que en el seno de nuestro pueblo, dividido y desunido, clamaron por las provincias fronterizas perdidas. ¿No es acaso digno de ser recordado que, aparte del entonces coronel Moltke, su futuro reconquistador, uno de los que se hiciera eco de esta demanda fue el que más tarde habría de ser cofundador del internacionalismo proletario? En su ensayo sobre Arndt, tantas veces citado, decía, literalmente, que "la reconquista de los territorios de la parte izquierda del Rin en que se habla el alemán es una cuestión de honor nacional y la germanización de Holanda y Bélgica, separadas de nuestro país, constituye para nosotros una necesidad política".

En boca del demócrata revolucionario alemán, quien no podía ignorar que, al hablar así, se encontraba solo en las filas de la oposición radical, era ésta una intrépida confesión; en efecto, al emplear el concepto de la necesidad política desde el punto de vista internacional, lo hacía con un acento de convencimiento que, por aquellos días, muy pocos habrían exteriorizado incluso en el

amplio campo liberal. Pero no debemos olvidar que el sentido innato de la realidad que aquí se manifestaba iba en él inseparablemente unido a la necesidad de insertar los hechos de la experiencia y la realidad de la propia vida, enfocados todos ellos en una gran totalidad, en un mayor contexto sustantivo y necesario por sí mismo.

Este mismo recio sentido que le llevaba a ver la necesidad en la marcha objetiva de las cosas y que, en el futuro, le pondrá a salvo de todo subjetivismo, así en el mundo espiritual como en el de la práctica, salvó también a Engels, instintivamente, desde el primer momento, del error de enfocar los problemas internacionales con arreglo al cómodo esquema de un cosmopolitismo democrático doctrinal que mata en ellos toda fuerza propia y peculiar, toda vida. "¿Vamos —nos dice— a dejar que en aquellos países se ahogue totalmente la nacionalidad alemana, mientras en el Este se yergue, cada vez más poderoso, el eslavismo? ¿Vamos a comprar la amistad de los franceses, pagándola con el ser alemán de vuestras más bellas provincias; vamos a considerar una posesión que apenas llega a un siglo y que ni siquiera ha sabido asimilarse lo conquistado y ver todos los acontecimientos del año 1815 como un fallo inapelable del espíritu universal?"

Sin embargo, se equivocará quien, fiándose de las apariencias, crea que Engels se acercaba siquiera de lejos a un punto de vista que, viendo las cosas superficialmente, permitiera clasificarlo como un precursor de las aspiraciones pangermanistas, cosa que jamás, ni remotamente, fue. Una cosa es eso y otra muy distinta que palpitara en su corazón, desde siempre, un fuerte sentimiento nacional. Y si este sentimiento fue pasando, en él, cada vez más a segundo plano; si, a la postre, Engels llegó a formarse convicciones que le hacían considerar aquel sentimiento, ya superado, casi como algo rudimentario de su conciencia; si su sentido primigenio de lo tribal y lo nacional desapareció para siempre de su concepción del mundo, la razón de ello hay que atribuirlo, como más adelante se demostrará, al rumbo que la historia tomará en lo sucesivo.

Aquel joven de veinte años no podía prever que, tras un infructuoso levantamiento y después de quedar victoriosa la reacción, ésta desaprovechase los fecundos gérmenes para un grandioso desarrollo de la vida política en sentido liberal y nacional, que le ofrecía la juventud, por aquel entonces inclinada a la idea hegeliana del Estado. Siguió en pie el motivo trágico interior, tantas veces deplorado, de nuestra historia interna: cuantas veces la exigencia de unidad y el anhelo de libertad de este país trascendía de la conciencia individual a la vida pública, se abría infaliblemente una encrucijada en la que el individuo tenía que escoger entre dos ideales al parecer incompatibles: la fuerza de la nación o la libertad de la conciencia.

Tal era el dilema que ahora se le planteaba a Engels. Es posible que él se sintiera inclinado a reclamar la restitución de Alsacia, pero ¿podía Alemania ofrecer realmente a la población desprendida de ella lo que desde la Revolución francesa había conseguido con la unión a Francia, "una vida pública libre dentro de un gran Estado"? "No cabe duda", decía Engels, "de que entre noso-

tros y Francia estallará una nueva guerra, y entonces, se verá quién es digno de poseer la orilla izquierda del Rin. Mientras nuestra patria siga desmembrada, seremos, políticamente, un cero a la izquierda y la vida pública, el desarrollo del constitucionalismo, la libertad de prensa y todo lo que hoy reclamamos serán, simplemente, buenos deseos, cuya ejecución se quedará siempre a mitad de camino”.

Es decir, ¿primero unificarse y luego alcanzar la libertad? No; no era eso, ni mucho menos, lo que Engels sostenía. Comprendía claramente que una Alemania unida era la condición previa para una vigorosa política exterior, sin la que no sería posible tampoco recuperar Alsacia; pero sabía que la unificación sólo era deseable y factible sobre el terreno de las ideas modernas, asimilándose los resultados de la Revolución francesa y con una Constitución a la manera de la española de 1812. Y así lo manifiesta además, muy claramente, para poner bien de relieve el contraste irreductible entre sus posiciones y la de los estrechos sostenedores de aquel fanático patrioterismo que veía en Alemania el pueblo elegido.

Como es sabido, este nacionalismo hipertrofiado se traducía en un furor iconoclasta contra todo lo que viniese del extranjero, y sobre todo contra todo lo francés. Ciertamente también Engels combatía los extranjerismos superfluos, el acopio de traducciones que no venían a cuento, “los estúpidos hábitos y modas traídos del extranjero”; en las artes “los abortos del rococó, extraídos de los tiempos del más desafortunado absolutismo” y los muebles de estilo Renacimiento. También él quería que los alemanes “dejaran de imitar como payasos a los extranjeros y se aglutinasen en un pueblo unido, indivisible, fuerte y Dios quiera que, además, libre”. Pero no quería caer en el “callejón sin salida de aquel patrioterismo germánico” que aborrecía los “resultados eternos” de la Revolución francesa y sólo esperaba la salvación para el futuro del retorno a la espesura del bosque de Teutoburgo.

Aquellos patrioteristas rechazaban, como decía Engels, lo que no fuese árboles genealógicos con sesenta y cuatro ascendientes en línea recta, de sangre alemana pura y con raíces multiseculares. Todo lo que Napoleón había aportado, “la emancipación de los israelitas, el tribunal del jurado, un sano derecho privado en vez de las Pandectas” era condenable para ellos por el solo hecho de haberlo traído el usurpador. No le cabía la menor duda de que el patrioterismo se plegaba a la reacción con tal de sacar adelante sus miras. Era, sin embargo, lo bastante objetivo para ver en estas tendencias nacionalistas una “etapa necesaria en la plasmación del espíritu del pueblo alemán”. Y otro tanto opinaba también del cosmopolitismo, predicado principalmente por los liberales del sudoeste de Alemania, quienes, como reacción contra el patrioterismo germánico, olvidaban casi enteramente las diferencias nacionales y sólo se preocupaban de la creación de una humanidad grande, libre y unida. A su juicio, estas dos tendencias, cuyos extremos se tocaban, como es sabido, en las asociaciones estudiantiles, habían perdido su fuerza germinal con la revolución de julio. En efecto, “la importancia trascendente de la Semana Grande” estaba, según él, en

haber devuelto a la nacionalidad francesa su posición de gran potencia, y con ello obligaba a las demás naciones a encontrar también en sí mismas una mayor cohesión.

Sin embargo, la conciencia de esto no llevó a Engels, ni mucho menos, a ver en la cuestión oriental nacida de la rivalidad entre las grandes potencias, en la crisis de 1840, un problema vital para Alemania. No creía que Mohamed Alí representara un peligro para los alemanes por el simple hecho de que Francia lo apoyara. Recelaba que el odio nacional contra el "enemigo jurado", contra los franceses, pudiera traer como principal resultado "ampliar los territorios de los rusos y fortalecer el poder comercial de los ingleses, para que unos y otros juntos puedan acogotar y aplastar a los alemanes".

Ocho años más tarde, el redactor para asuntos extranjeros de la *Nueva gaceta renana* tomará como pauta, para sus juicios, ideales políticos muy diferentes, pero sin que lleguen a sufrir un cambio sensible las simpatías y antipatías que ahora habían surgido en él hacia las grandes potencias no alemanas. "El principio estable de Inglaterra y el sistema de Rusia", escribirá en las nuevas columnas, "son los enemigos tradicionales del progreso de Europa, pero no Francia y el movimiento francés". Y cuando Engels decía que la misión de Alemania hacia el exterior estaba en mantenerse en el fiel la balanza del equilibrio europeo, no pretendía tanto estimular el orgullo nacional, que entonces no necesitaba que nadie lo fomentase, como orientarlo hacia el papel decisivo que Alemania podía desempeñar el día en que llegara a conquistar, luchando, la unidad y la libertad.

Para él, como hemos visto, las metas de la humanidad estaban por encima de las miras limitadas de la propia nación; para él, como para Börne, el ideal del futuro no era el Estado nacional, sino la ciudadanía universal. Su pauta supranacional de valores ostenta todavía el inocente nombre de progreso de Europa; no obstante, se contienen ya en él, aguardando, los gérmenes que, al ser fecundados por complejos de pensamientos todavía, de momento, lejanos, tomarán cuerpo, un día, en el ideal de una revolución social llamada a estallar simultáneamente en todos los países.

CAPITULO IV

ENTRE LOS NEOHEGELIANOS DE BERLIN

Al cubrir las cátedras universitarias, el gobierno de Federico Guillermo III daba preferencia a la escuela de Hegel porque ésta rendía al Estado honores tan altos como cualquiera de sus predecesoras en los tiempos del cristianismo y, como el maestro había sabido encubrir los precipicios de su especulación con los emblemas del dogma cristiano, no le perjudicó mucho, al principio, el que los ortodoxos pusieran peros al concepto hegeliano de Dios. El Estado burocrático prusiano no era tampoco muy riguroso en este terreno, mientras ocuparan los puestos dirigentes hombres que se habían hecho famosos bajo el espíritu de la Ilustración y de Kant. Era en vano que K. E. Schubarth, Enrique Leo, Wolfgang Menzel y otros trataran de hacer ver al ministro de Cultura Altenstein que el Estado nutría con sus pechos una víbora venenosa. Estas llamadas de advertencia empezaron a encontrar eco cuando el éxito de Strauss con su *Vida de Jesús* puso de manifiesto ante todo el mundo que el ala izquierda de los hegelianos ya no creía en la incondicional divinidad de la Biblia.

Los *Anales de Halle*, dirigidos por Ruge, se habían convertido desde 1838 en el centro de todas las aspiraciones que, en la teoría y en la práctica, preconizaban la liberación del espíritu frente al exagerado concepto de autoridad de las potencias supranacionales. Comenzó así una "guerra por la libertad" de un carácter totalmente nuevo, que repercutía poderosamente, sobre todo, en la joven lírica política. Los *Anales* proponíanse infundir a la burguesía alemana, criada ya en la disciplina filosófica y bajo la forma abstracta y sistemática de que todavía, por entonces, gustaban estos sectores, la conciencia, a que ya nos hemos referido, de que la lucha contra una autoridad tozudamente encastillada en la indivisibilidad de su poder se hallaba dominada por el mismo pensamiento y el mismo interés en los campos de la ciencia, de la Iglesia y del Estado.

Según esto, la importancia de la escuela para el desarrollo de la vida espiritual de Alemania tal vez residía más bien en el campo de la política que en

el de la filosofía. Brindaba a la combativa joven generación, tomándolo de la filosofía de su tiempo, el arsenal teórico para dar la batalla al rígido dualismo reinante en el Estado y en la Iglesia. Poníase de manifiesto ante ella, por vez primera, que tampoco el mundo autárquico del pensamiento filosófico podía permanecer al margen de los cambios operados en la realidad política y social. Entre la multitud de problemas planteados en la vida espiritual, bajo la influencia cambiante de las distintas generaciones, se destacaban unas veces unos y otras veces otros o se daba preferencia a tal o cual faceta de un problema. Y cuando en la historia de la filosofía da el tono una personalidad genial, no por ello se limita a tender un puente entre dos riberas muy alejadas la una de la otra. "Tampoco los filósofos —escribirá Marx en 1842, en la *Gaceta Renana*— brotan de la tierra como los hongos, sino que son los frutos de su tiempo y de su pueblo, por los que circulan, en forma de ideas filosóficas, los jugos más sutiles, más valiosos y más invisibles".

A los jóvenes hegelianos, a quienes habían preparado para saber que también las estructuras del pensamiento están sujetas a la ley del cambio, esta enseñanza del maestro, como pronto había de comprobar Engels, se pondría de manifiesto en su propia filosofía. Así como una gigantesca catedral ofrece diversas imágenes a quien la contempla cambiando de sitio, la filosofía de Hegel abría nuevas perspectivas a quienes la veían con ojos diferentes.

La actitud resignada de la época de la Restauración no había sido la más adecuada para estimular a Hegel a extraer de su propia filosofía consecuencias revolucionarias para la práctica. La pusilanimidad de aquel período, que, saliendo a duras penas del formidable proceso de disolución de la época revolucionaria, se esforzaba por retornar a formas más estables, había llevado a Hegel a atribuir un carácter absoluto a estructuras percederas y puramente temporales. Pero la juventud, que había extraído nuevos ímpetus de la experiencia vivida en las jornadas de julio, sentíase animada por un anhelo más vivo de libertad. Reverdecía su fe en que el derecho de autodeterminación del individuo llegara a ser realidad en los campos de la religión y de la política. El hecho de que el Hegel histórico no hubiera sentido este impulso de avance no era obstáculo para que los jóvenes hegelianos intentaran liberar la enseñanza intemporal y eternamente valedera del filósofo de su escoria empírica y elevarla a su pureza esencial. Para lograr esta meta, desembarazaban Hegel de las trabas que la filosofía hegeliana de la religión y del derecho había puesto a su desarrollo ilimitado y trazaban una nítida línea divisoria entre la religión y el Estado como categorías absolutas y como manifestaciones históricas. Una vez desprendidas del carácter absoluto que el maestro había atribuido a estas esferas para lanzarlas de nuevo al flujo incontenible de la dialéctica, religión y política iban convirtiéndose para ellos, poco a poco, no en la forma, pero sí intrínsecamente, en productos de un proceso histórico. La especulación creía apoderarse totalmente, así, del cristianismo y el Estado, y la razón con sus fuerzas destructivas y constructivas se convertía en dueña y señora del mundo. Y a la razón y solamente a ella querían los neohegelianos entregarle la decisión

sobre el nacimiento y la caducidad de cuanto tenía existencia histórica, sobre las potencias que gobiernan el presente y trascienden al futuro.

También Engels vio "disiparse las mortecinas manchas de niebla de la especulación" y convertirse en "relumbrantes ideas-estrellas", cuando se convenció de que "el hálito fresco de la vida" creaba la doctrina hegeliana. Sentía gratitud por Eduardo Gans, recientemente muerto, quien había continuado hasta el presente la filosofía de la historia de Hegel y le entusiasmaba el ver que Ruge y Carlos Federico Köppen proclamaban públicamente el sentido liberal de la filosofía hegeliana. Estaba ya seguro de que aquel Hegel rejuvenecido saldría triunfante de las luchas de su tiempo y en nada podía menoscabar su "incommovible certeza en la idea inherente al neohegelianismo" el hecho de que, en Prusia, subieran al poder, ahora, las fuerzas orientadas en la dirección contraria.

Dos años atrás, la *Vida de Jesús* y la *Dogmática* de D.F. Strauss habían mostrado a Engels el camino para liberarse de la doctrina de la inspiración en la que se sentía encarcelado. Recordemos los colores mágicos bajo los que veía los prados de la dialéctica especulativa, al descubrirlos por vez primera. Por aquellos días, se sentía feliz ante el nuevo mundo del concepto, con su fuerza creadora sustantiva y con su necesidad inmanente; este mundo le devolvió la seguridad que había sentido vacilar en las luchas por la fe. Pero el desarrollo del tiempo, pugnando por liberar totalmente al pensamiento de todas las ataduras históricas, no se había detenido ante la mitología straussiana.

En efecto, si el dogma, por su propia historia, podía reducirse objetivamente al pensamiento filosófico y se proclamaba también en este campo bajo todas las formas la hegemonía del espíritu, ello quería decir que la filosofía se desembarazaba definitivamente de la tutela de la teología, de la que Hegel no había llegado a redimirla de un modo satisfactorio. Como es sabido, Strauss no negaba todavía que los relatos de la vida de Jesús tuvieran un meollo histórico, sino que seguía reconociéndolos como producto de la fantasía echada a volar en el seno de las primeras comunidades de sus discípulos.

Fue Bruno Bauer el primero que consideró los Evangelios como obra libre y consciente de la pluma de sus autores. Este teólogo se limitaba a comparar a los evangelistas con Homero y Hesíodo, quienes, según la famosa frase de Herodoto, habían creado los dioses de los griegos. Ahora bien, si la autoconciencia era la creadora de la historia sagrada, esta prueba venía a dar la última puñalada a la "hipótesis de la tradición" y la "putrefacción de la letra" se consumaba con ello.

Esto causó a Engels una impresión tremenda. Todavía medio siglo más tarde, dos años antes de morir, manifestó que Bruno Bauer, "como todos los que luchan contra los prejuicios", había disparado en su día más allá del blanco para lograr que se impusiera el origen helenístico del cristianismo, cuyas raíces judaicas casi negaba. Había sido, sin duda, la asimilación por Renan de la crítica bíblica alemana la que había hecho a Engels volver los ojos, una vez más, a la historia de los orígenes del cristianismo. Trataba de demostrar que el Evan-

gelio de Juan pertenecía a los tiempos del protocristianismo y conservaba, en toda su pureza, lo que el judaísmo había aportado a la nueva religión. Pero, en la década del cuarenta, la crítica radical de los Evangelios, escrita por Bauer a los veinte años, había brotado del torrente impetuoso de su juventud.

A partir del momento en que el genial teólogo procedente de la ortodoxia había expuesto sus radicales conclusiones, fue extendiéndose cada vez más entre los neohegelianos la idea de que alboreaba un período de las Luces tan fundamental como hasta entonces no lo había conocido la historia. Aquellos pensadores, con el arma de la dialéctica, se consideraban muy por encima del racionalismo no especulativo y dualista del siglo XVIII. De ahí que rindieran verdadero culto a Voltaire, Diderot y los héroes de la Convención.

Lo que ocurría era que los "Libres" berlineses, neohegelianos extravagantes, no se detenían a pensar en su candor político, al hacerse pasar por los herederos de los enciclopedistas, tratando incluso de descubrir en sus propias filas al Robespierre y al Marat alemanes. La verdad es que los neohegelianos, por lo menos al principio, se contentaban con que la razón legitimara las pretensiones de la burguesía culta y rica. Los *Anales de Halle* seguían viendo en el protestantismo el principio de la libertad espiritual y en Prusia, el Estado del protestantismo, el principio del desarrollo y del progreso, considerando, en cambio, como un principio sin futuro al rígido autoritarismo de los católicos y al riguroso tradicionalismo austríaco.

Este espíritu orientado hacia la fe en las Reformas llegó a su punto culminante con el centenario de la subida al trono de Federico II. La obra jubilar de Köppen, *Federico el Grande y sus detractores*, no se contentaba con aclamar al gran rey como al héroe de la libertad de pensamiento; veía además en él al heraldo de la soberanía del pueblo. El desarrollo de los principios fridericianos con arreglo a las exigencias de los nuevos tiempos era el programa que el autor, de acuerdo con muchos de quienes como él pensaban, brindaba ahora al nuevo rey, cuando éste se disponía a ocupar el trono. El más cercano de los amigos de Köppen era Marx, quien a la sazón contaba veintidós años y a quien estaba dedicado el libro. También el que se convertiría, con el tiempo, en el más peligroso enemigo de la dinastía de los Hohenzollern cifraba en aquel entonces ciertas y justificadas esperanzas en el espíritu de Federico II y en la era prusiana de las reformas.

Engels había sido iniciado directamente en la política por Börne y se manifiesta desde el primer momento como republicano y revolucionario; en cambio, Marx, al igual que el núcleo de los jóvenes hegelianos, vino a la política a través de la filosofía y dejó que la filosofía hegeliana del Estado influyese en él como una profunda experiencia espiritual. Cuando Engels conoció la teoría del Estado de Hegel, ya ésta había recibido por medio de Ruge, Köppen, Nauwerck y otros una interpretación que, dada su aversión tan hondamente arraigada contra Prusia, tenía necesariamente que ponerle en guardia.

Engels, a quien su aislamiento espiritual en Bremen se le hacía insupportable, veía con gran interés cómo las contradicciones internas iban agudizándose

cada vez más, desde que la denuncia de Enrique Leo contra los "hegelistas" había hecho estallar la guerra entre el romanticismo ortodoxo-pietista y los jóvenes hegelianos. El fragmento de su drama épico *Sigfrido carnívoro*, enviado a Federico Graeber en 1839, daba a entender que el poeta, pese a su aversión por el pietismo, aún no se incluía incondicionalmente en la tendencia neohegeliana. Leo, el "desenfadado fanático", y Michelet aparecen aquí insultándose y tirándose a la cabeza la Biblia y las obras de Hegel, y Sigfrido tiene que separar a los "áridos profesores", a los que dice que ni el uno matará al cristianismo ni el otro lo salvará con sus ciegas acometidas.

Poco después, Engels se declara abiertamente neohegeliano. Pero todavía el "moderno panteísta" habría rechazado, entonces, las palabras que, años más adelante, pronunciará, al decir que a él y a cuantos como él pensaban se les podía llamar, perfectamente, ateos. Al principio, todavía seguía adornando sus sentimientos, con vivos colores, el concepto hegeliano de Dios. La última carta que, desde Bremen, escribió a Federico Graeber, a fines de febrero de 1841, traslucía aún, por entero, la jovial esperanza que, desde la muerte del viejo rey, se había apoderado de la vehemente juventud, segura de que había llegado su hora. Se dirige a su otro camarada de escuela en tono de petulante sarcasmo, desafiándolo a destruir el maldito nido de avestruz* y a atravesar con su lanza de san Jorge todos los huevos de este ave:

"¡Lánzate a cabalgar por los páramos del panteísmo, oh, valiente matador de dragones! ¡Lucha a brazo partido con el *leo rugiens* Ruge, que anda suelto por ahí, buscando a quién devorar: aniquila la maldita cría de avestruces y planta la bandera de la cruz sobre el Sinaí de la teología especulativa! ¡Haz caso de nuestras súplicas, pues los creyentes llevan ya cinco años aguardando a quien aplaste la cabeza de la serpiente straussiana!... El peligro es cada día más apremiante, la *Vida de Jesús* se ha reeditado ya más veces que todos los escritos de Hengstenberg y Tholuck juntos, y ya se habla de expulsar de la literatura a todo el que no esté de acuerdo con Strauss. Los *Anales de Halle* son la revista más leída en Alemania, tan leída, que Su Majestad, el rey de Prusia, ya no puede prohibirla, aunque le gustaría hacerlo. La prohibición de los *Anales de Halle*, que todos los días le dice las mayores perrerías, convertiría en enemigos suyos, instantáneamente, a un millón de prusianos que todavía no saben qué pensar de él. Y no tenéis mucho tiempo que perder pues, de otro modo, y pese a las piadosas intenciones del rey de Prusia, os condenaremos al silencio eterno. La verdad es que debierais sentirnos un poco más animosos, por lo menos para que de una vez comience la danza. Pero, leyendo lo que escribís, se os ve tan tranquilos y serenos como si las acciones ortodoxas-cristianas se cotizaran con el cien por ciento de beneficio, como si las aguas de la filosofía discurrieran entre sus diques tan calmadas como en los tiempos del escolasticismo, como si entre la luna del dogmatismo y el sol de la verdad no se interpusiera la desver-

*Juego de palabras, como más abajo la mención de los huevos de avestruz. Strauss, nombre del autor de *Vida de Jesús*, significa, en alemán, avestruz.

gonzada tierra, produciendo un cruel eclipse. ¿Acaso no os dais cuenta de que la tormenta ruge en el bosque, derribando todos los árboles podridos, de que, en vez del demonio ya archivado, anda suelto hoy el satanás crítico-especulativo, seguido por gran tropel de gente? Todos los días os retamos, entre petulantes burlas, a que expongáis vuestro pellejo —que tiene, es verdad, una vejez de ochocientos años y está ya bastante amojamada— y os decidáis a montaros en vuestro rocín de guerra”.

Después de una estancia de dos años y medio, en la pascua de 1841, Engels abandonó Bremen, dejando tras sí un ambiente en que había conocido muchos amigos y muchas distracciones, pero sin llegar a encontrar el estímulo espiritual que era, para él, lo más importante. A comienzos de marzo, escribía a su hermana María: “Doy gracias a Dios de que, por fin, voy a perder de vista también este aburrido villorrio, donde no puede uno hacer más que manejar el florete, comer, beber, dormir y haraganear”. Aislado de todo contacto con el mundo viviente, le había atormentado muchas veces, allí, la sensación de que sus convicciones “se habían estancado”.

Ansiaba poder desarrollar libremente su espíritu. Y como ello apenas podía compaginarse con las actividades comerciales, confiaba en que tal vez el padre se decidiría, ahora, a dejarle estudiar. Sin embargo, en Barmen no había la menor posibilidad de ello. Parece que fue allí donde surgió el plan de que Federico se dedicara, primero, a perfeccionar su preparación comercial en Milán y de que el padre le recomendara personalmente a alguien en la capital de la Lombardía, como antes hiciera en Bremen. A comienzos de abril volvemos a verle instalado en la casa paterna, “enterrado entre libros italianos”, según escribe a su hermana. Un poco más tarde, quizás a comienzos de mayo, informa a María que tal vez el padre y él se pongan en viaje hacia Milán en un plazo de ocho a diez días. Este proyecto fracasó; ya no volvemos a oír hablar de él y el padre no llegó a acompañarle.

En mayo de 1841 emprendió Federico un viaje al norte de Italia, pasando por Suiza, viaje en el que esperaba, además, curarse de las penas de un amor del que, por lo demás, no sabemos absolutamente nada. La primera parte de un relato de sus paseos por la Lombardía apareció, en diciembre de 1841, en un semanario de los jóvenes hegelianos berlineses. A la cabeza de él figuraba esta frase: “¡Cruzando los Alpes!” Pero, como la revista *Athenäum* dejó de publicarse aquel mismo año, la continuación de sus artículos de viaje no ha llegado a nosotros.

Sabemos que el viajero, saliendo de Basilea, cuyo bienestar patricio no le gustó nada a nuestro joven demócrata, pasó por Zurich, que le encantó, aunque sin olvidar a los “guardianes de Sión” de aquella ciudad que habían torpedeado el nombramiento de D.F. Strauss para ocupar una cátedra universitaria; por Coira, donde su gran talento para las lenguas se ocupó por vez primera de las románicas, y por la Vía Mala, en la que su alma se sintió sobrecogida por “los furiosos torrentes que bajaban de la montaña, derribando pinos y arrancando rocas”, su constante imagen favorita. A medida que el mundo alpino se

erguía sobre él, cada vez más alto, soñaba con un combate de titanes entre los porfiados gigantes de las montañas y la fuerza todopoderosa de los hombres. Pero, en este solitario peregrinar, el discípulo de Hegel no tarda en recobrar el espíritu que en este camino indestructible de la naturaleza se imponía a su voluntad. Desde Espluga recorrió interminables superficies nevadas, un páramo "más prosaico que las praderas de Luneburgo", hasta llegar a la frontera austríaca, para descender, cruzando el valle del Liro, salpicado de flores de azafrán, hacia Chiavenna, desde donde, fascinado, bajó al Lago de Como, "en medio de una naturaleza jamás conocida y durante mucho tiempo soñada".

De esta narración de viaje, muy viva y lozana, queda grabada en la memoria una frase del pasaje que nos habla de la partida de Zurich: "En medio del lago se alza una isleta, Ufnau, la tumba de Ulrico de Hutten. ¡Luchar como él por una idea y descansar así del esfuerzo y de la lucha —envidiable final—, rodeado por las olas verdes del lago, que, como un lejano rumor de choque de armas y gritos de combate, vienen a morir junto a la tumba del héroe, tras la cual montan la guardia, acorazados de hierro, esos gigantes eternos que son los Alpes! Recuerdo aquí a Jorge Herwegh, quien visitó esta tumba como representante de la juventud alemana y recuerdo sus canciones, la expresión más bella de las ideas que entusiasman a la joven generación, depositadas sobre este sepulcro. Todo esto vale más que las estatuas y los monumentos". El joven Sigfrido, Ulrico de Hutten, Jorge Herwegh, quien con su *Poesía de un viviente* inflamaba entonces de entusiasmo a todos los liberales: vemos aquí al joven de veinte años incorporarse, con la espada flameante, la palabra encendida y la canción desafiante, a las filas de quienes, en el pensamiento como en la vida, quieren luchar por la libertad.

Sus padres no podían ignorar que, lejos de ellos, el hijo se había apartado de sus creencias, aun suponiendo que, entretanto, no se hubiesen enterado todavía de que habían salido de su pluma aquellas heréticas *Cartas del Wuppertal*. Podemos estar seguros de que, al volver Federico de Bremen, se entablarían entre padre e hijo vivos debates acerca de lo que éste debía hacer. Y seguramente fue el resultado de una transacción el que se acordara, entre ellos, despegar ante todo el problema del servicio militar.

En aquel entonces, seguía siendo fácil para los hijos de los ricos sustraerse por el soborno a esas obligaciones: pero ya sabemos que Federico no quería ni oír hablar de ello. Debía de satisfacer también un deseo de su padre con la decisión que el 9 de setiembre comunica a su hermana María: "De aquí a dos semanas saldré para Berlín, con objeto de cumplir allí con mis deberes cívicos, es decir, de liberarme, en lo posible, de mis obligaciones militares y regresar luego a Barmen". Todo hace indicar que estaba decidido de antemano a servir un año en filas, procurando hacerlo en una ciudad universitaria, donde le fuera posible seguir al mismo tiempo algunos cursos. Es posible que la sangre tirara de él hacia el Rin, atraído por los amables valles de su tierra natal, pero al cabo, tras maduras reflexiones, optó por Berlín. No le atraía, naturalmente, la capital del Estado prusiano, por la que no sentía simpatía alguna, sino la ciudad uni-

versitaria, situada como ninguna otra en el centro mismo del movimiento de las ideas y que se le representaba precisamente como la palestra de aquellas luchas espirituales en las que se sentía apasionadamente envuelto.

Hay en el bello ensayo comentando las memorias de Immermann, publicado en *El telégrafo* en abril de 1841 y escrito, probablemente, poco después de volver a la casa paterna, un pasaje que deja traslucir cuán doloroso se le hacía también a él el contraste entre sus propios puntos de vista, fortalecidos durante la larga ausencia, y la devota atmósfera con que volvía a encontrarse en su hogar.

La muerte prematura de aquel prusiano viejo, que "pese a abrigar ciertos prejuicios contra los renanos" había logrado aclimatarse en Duseldorf, representaba, según Engels, un duro golpe para la juventud literaria del Oeste, que por aquel entonces comenzaba a moverse y habría querido agruparse en torno a la valiosa personalidad de Immermann, haciendo de él su jefe. Un cálido poema escrito por él a la muerte de Immermann y publicado en el *Morgenblatt* de Stuttgart, el mes de octubre de 1840, pone de manifiesto hasta qué punto compartía también él la esperanza de que aquel escritor, un día romántico, pero que en obras como *Los epígonos* y *Münchhausen* había vuelto con tanto éxito los ojos a la realidad, pudiera llegar a superar sus "ideas antimodernas". "Precisamente ahora tenía que hundirse en el silencio eterno un corazón tan robusto como el suyo, plétórico de noble cólera. Pero nosotros descubrimos la rosa entre las espinas y nos inclinamos, ahora, reverentes, ante tu memoria" decía alguno de los versos del poema.

Ello no bastaba para que el poeta mostrase su reprobación por la preferencia del escritor muerto "hacia todo lo prusiano". No se explicaba cómo Immermann había podido compaginar su liberalismo en materia de religión con sus ideas prusiano-conservadoras en política. Y condenaba el que, al hablar de la familia, ensalzase en demasía el pasado a costa del presente y no fuese capaz de emitir un juicio imparcial acerca del tipo de familia creado en la última década. Para Engels, debía considerarse como una ventaja el hecho de que la complacencia patriarcal y el apego al hogar paterno hubiese cedido en los últimos tiempos a la insatisfacción con los goces familiares, ya que ello había venido a borrar también el nimbo del patriarcalismo de los filisteos. Y si la familia actual no podía sustraerse a cierto desasosiego, ello se debía simplemente a que se exigían de la familia cosas que ella no podía conciliar con sus derechos actuales. Lo que ocurre, añadía, es que la sociedad era ya otra, a partir del momento en que había entrado en escena la vida pública. Había que pasar, concluía, por un proceso de regeneración, y la familia lo necesitaba mucho.

El estado de ánimo del joven que regresaba transformado al hogar de sus padres explica por qué este artículo sobre Immermann se convirtió en una vehemente profesión de fe en la nueva juventud, que habría de ser la encargada de decidir sobre las contradicciones cada vez más agudizadas. Sigue insistiendo en la necesidad de que la vieja generación comprenda esto, pero su tono no es ya respetuoso y suplicante, ni siquiera humilde, sino que aparece ahora cargado de

la convicción de que marcha por el único camino capaz de llevarle hacia adelante.

"Es cierto que los viejos", escribe, "se quejan amargamente de la juventud y no puede negarse que ésta es bastante rebelde; pero, dejadla que siga su camino, y ya veréis como se encuentra, y si se equivoca, no tendrá que culpar de ello a nadie. Nuestra piedra de toque para la juventud es la nueva filosofía: hay que trabajar en ella y por ella, pero sin perder el entusiasmo juvenil. Quien se asuste de la espesura del bosque en medio del cual se alza el palacio de la idea y no sepa abrirse paso, espada en mano, y despertar con un beso a la princesa durmiente, no es digno de ella ni de su reino; puede marcharse y hacerse pastor rural, comerciante, consejero o lo que quiera, casarse, tener hijos y criarlos en la paz y respeto a Dios, pero el siglo no lo reconocerá como hijo suyo".

Engels estaba dispuesto, naturalmente, a vivir y a morir como hijo del siglo que, con la filosofía de Hegel, había entronizado el espíritu como "rey eterno" y se siente jubiloso al ver cómo de entre la corteza que cubre los frutos de aquel árbol brotan, espléndidas, las semillas del sistema. La unión de la ciencia y la vida es, para él, la gran tarea de su generación. El resolverla requiere un entusiasmo juvenil "que, como el águila, cruzando las turbias nubes de la especulación, no se asusta de penetrar en la atmósfera sutil de las altas regiones de la abstracción, cuando se trata de remontarse hacia el sol de la verdad". A un espíritu intrépido como el suyo no le arredraba el que el partido de la juventud se viese desafiado a vida o muerte por las fuerzas que se hallaban en el poder, precisamente en Prusia. Lo que él ansiaba era la lucha. "Luchemos por la libertad", exclama aquí, "mientras seamos jóvenes y fuertes; cuando los años nos venzan, quién sabe si podremos ya hacerlo".

A los liberales prusianos no podía sorprenderles el que el nuevo rey, llevado de sus inclinaciones religiosas y de su actitud ante la cultura, optara por los portavoces más caracterizados de la ortodoxia y de la concepción romántica de la historia. Llegaron a esperar, sin embargo, muy firmemente, que su gobierno abriría una era de grandes reformas. El hecho de que Federico Guillermo IV fuese, en sus creencias personales, profundamente afecto a la iglesia no era, pensaban ellos, ninguna razón para que no diese oídas a las exigencias políticas más apremiantes del liberalismo. Y a juzgar por sus primeros actos de gobierno, podría creerse que trataba de influir favorablemente a la opinión pública. Imaginémos el desengaño producido por las declaraciones en que el nuevo rey cerraba estrepitosamente la puerta a las voces que le pedían una Constitución, las más ruidosas de las cuales eran las que venían de la Prusia oriental. A lo largo del año 1841 se hizo patente a los ojos de todos lo que ya, en octubre de 1840, había visto con horror el conde de Brünneck, a saber: que el rey había caído por entero en manos de los pietistas. Ya no era posible ocultar que al monarca le repugnaban las metas del liberalismo en el campo cultural, en el eclesiástico y en el político. No podía aprobar que el espíritu del hombre tratara de sobreponerse a los poderes consagrados por la revelación divina.

Los neohegelianos veíanse, ahora, obligados a revisar a fondo su actitud ante el Estado prusiano. Tampoco a ellos se les había pasado por la mientes que el nuevo rey tuviera el valor y sintiera la inclinación de oponerse públicamente al espíritu de la época, que ellos consideraban irresistible; que se atreviese a defender con los medios del Estado un cristianismo concebido en términos rigurosamente dualistas y a imponer el mundo de los sentimientos histórico-románticos que impregnaban su alma. Tuvieron que ver cómo eran llamados a los consejos reales hombres como Savigny y Federico Julio Stahl, al paso que se suprimían los *Anales de Halle*. Los estudiantes de esta universidad eran amonestados por haberse atrevido a proponer para una cátedra a D.F. Strauss. Y lo que venía a coronar los males era que Schelling, el gran adversario de Hegel, fuese designado para una cátedra en Berlín, con el mandato expreso de contrarrestar desde ella la influencia de los neohegelianos. Ya no podía caber la menor duda: la filosofía de Hegel, con la que hasta ahora había coqueteado Prusia, estaba llamada a convertirse, allí, en una *ecclesia pressa*. Y, si el Estado "del futuro" y "del progreso" traicionaba la misión que los neohegelianos le habían asignado, para convertirse no en "el Estado de la inteligencia", sino en "el Estado cristiano" y tratar de recaer en un catolicismo embozado, ¿podían estos elementos seguir haciendo hincapié en la tesis de que la idea hegeliana del Estado habría de realizarse precisamente en Prusia?

Al principio, estas dudas sólo llegaban al público con sordina; esto no se debía solamente a la rigurosa censura. Había también razones de orden táctico que aconsejaban prudencia. Los neohegelianos sólo se interesaban por la política de un modo reflejo hasta el momento en que el rey, con la Instrucción sobre la censura dada en la navidad de 1841 hizo algunas concesiones a la libertad de la palabra escrita. En cambio, consideraban como un asunto muy suyo la lucha contra la religión positiva. Sentíanse pertrechados para el asalto contra el cristianismo a partir del momento en que Luis Feuerbach, con *La esencia del cristianismo*, les había dado el santo y seña. En un momento en que se disponían a acometer una hazaña tan intrépida, no habría sido aconsejable suscitar dudas acerca de sus ideas sobre el Estado. Y si Eichhorn, el nuevo ministro de Cultura, servidor leal de su señor, profesaba ahora pública y solemnemente la tesis del Estado cristiano, esto era para ellos, a lo sumo, una razón más para mantenerse ante el público firmes en la tesis contraria de que Estado y religión constituían campos distintos y de que era perfectamente posible ser un buen miembro del Estado sin necesidad de ser, al mismo tiempo, un buen cristiano.

Todavía en el verano de 1842 aseguraban los "Libres" de Berlín que, "de momento, al menos", deseaban seguir siendo la legión tonante del Estado. Es posible que algunos de los componentes del grupo, del que ahora había pasado a formar parte Engels, sólo hubieran cifrado, al principio, esperanzas acerca de los rumbos liberales de Prusia porque especulasen con la segura reacción que habría de producirse. Al ponerse de manifiesto que el nuevo gobierno no se proponía, ni mucho menos, empalmarse a las tradiciones liberales de la era de las reformas, los escépticos coincidieron con los realmente decepciona-

dos en la idea de que no habían sabido ahondar lo bastante en su punto de vista opositor, de que no habían mantenido con la energía necesaria la oposición contra el principio de autoridad.

Era en la esfera filosófica donde, sobre todo, podían aventurarse los pensamientos revolucionarios; de ahí que se manifestara antes que nada en el campo de la teoría la lucha contra todo "lo existente", considerada ya como inevitable por Bruno Bauer y Carlos Marx, representantes del ala más radical. Ante aquella generación que, a la par que se embriagaba con la línea consecuyente e incontenible de la dialéctica, se sentía arrastrada de un escollo en otro hacia lo ilimitado, se hundía con el protestantismo, al que bajo Federico Guillermo IV veía retroceder hacia el catolicismo, no sólo el cristianismo, sino cualquier otro positivismo, de la clase que fuera. Hoy, sabemos que el espíritu disolvente de Stirner se acercaba ya entonces, silenciosamente, al anarquismo, ante el que todos los ideales estaban hechos para engañarse a uno mismo y que, al ahondar en ellos, se desgarraban como telas de araña.

Pero Stirner estaba solo, pues Bruno Bauer y Marx, quienes desde Bonn proclamaban la "Montaña" y disputaban a Ruge el puesto de guía de este movimiento, se contentaban, por el momento, con inscribir en un escudo el derrocamiento de Dios y del dogma de la inmortalidad. Y si la "teoría" a que la juventud se lanzaba envolvía también a la monarquía en la hecatombe de los poderes autoritarios, sin detenerse siquiera ante la idea del Estado, no quedaba ya en realidad margen para ninguna otra creencia que no fuera la creencia en la humanidad, tal como acababa de proclamarla Feuerbach. El autor de *La esencia del cristianismo*, al desentrañar los ideales terrenales como simple reflejo de los fenómenos producidos en la tierra, suministraba a esta juventud, ya de suyo orientada hacia la conjunción de roncamiento y realidad, un poderoso estímulo para nutrir con materia terrenal sus afanes éticos, ante los que se cerraban las puertas del cielo. De este modo, se planteaba también en el campo de la concepción del mundo el problema de la acción, que aquella generación veía alzarse poderosamente ante ella en el mundo de los fenómenos. Y esto la hizo sensible a los gérmenes de las ideas socialistas y comunistas, que, arrastrados de largo tiempo atrás por los vientos del Occidente, tenían que florecer con gran fuerza tan pronto como en Prusia demostraran ser definitivamente engañosas aquellas esperanzas en torno a la libertad que habían vuelto a reanimarse con la Instrucción liberal sobre la censura.

Este proceso turbulento de cambio revolucionario desatado en el seno del radicalismo filosófico prusiano se llevó a cabo precisamente durante el año que Engels pasó junto al horno al rojo vivo, caldeado por él, al mismo tiempo que soplaban con todas sus fuerzas para atizar las llamas. Había llegado a Berlín en el otoño de 1841, en el preciso instante en que aquellas tremendas contradicciones se disponían a explotar con toda su fuerza. Estaba preparándose un enfrentamiento como tal vez Alemania no lo había conocido desde los tiempos de la Reforma.

La vivienda que ocupaba en la Dorotheenstrasse y el cuartel del regi-

miento de artillería de guardia no montada, en que ingresó como voluntario, quedaban muy cerca de la Universidad, la "ciudadela del Berlín intelectual", cuyo vestíbulo pisó ahora con reverente respeto. Pensaba ordenar, redondear y perfeccionar, en los momentos de ocio que el servicio militar le dejara, los conocimientos que adquiriera como oyente asiduo de famosos profesores, completando así los ya adquiridos durante los momentos de ocio de su trabajo comercial de Bremen.

Es realmente de lamentar que las fuentes de que disponemos para estudiar esta importante etapa de su vida sean menos abundantes que las anteriores. Las dos únicas cartas que desde Berlín escribió a su hermana están redactadas en aquel tono entre humorístico y fanfarrón que gustaba de adoptar ante aquellos a quienes quería, pero que no podían seguirle en las cosas que más le interesaban. Charla en ellas de muy diversas cosas: habla de su uniforme, azul, con cuello negro, con dos anchas franjas amarillas, vivos gualda y negros y faldones rojos. "Añade a esto las hombreras rojas con bordes blancos; te digo que la cosa es impresionante y creo que podría presentarme en una exposición. El poeta Rückert, que está ahora aquí, se moría de envidia. Me senté delante de él, en los primeros bancos, cuando estaba dando su lección. El pobre hombre no quitaba la vista de mis relucientes botones, hasta que perdió el hilo de su pensamiento".

Vuelve a regañar a su hermana por haberle preguntado si ya había visto al nuevo rey: "No sé para qué te pones a parlotear tanto, en tu carta, acerca del viejo Federico Guillermo y del joven Federiquito Guillermito. Las mujeres no debierais meteros en política, pues no sabéis una palabra de ello". Le cuenta con gran complacencia que, hasta ahora, "se ha fumado", fuera de una, todas las visitas a la iglesia de ordenanza una vez al mes: le anuncia que le han hecho bombardero y que ahora usa galones y trencillas y un cuello azul con presillas rojas; le cuenta, entre chanzas, que la 12.^a compañía, en la que él sirve, se hunde en la arena hasta la rodilla cuando maniobra en el campo de instrucción, cerca de Berlín; le escribe la anécdota de la dama de Berlín, una condesa que, como "el gran Liszt", cuya caricatura dibuja a su hermana, dejara en su taza parte del té, lo vertió en un frasquito de agua de colonia como recuerdo. Le dice también que un coterráneo suyo le ha regalado un perro faldero, al que ha enseñado a ladrar a quienes él le diga que son aristócratas.

Todas estas cosas debieron de hacer las delicias de su hermana, internada en un colegio para señoritas de Mannheim; pero a nosotros nos gustaría poseer testimonios más interesantes acerca de su vida en Berlín y de los hombres realmente importantes con que aquí se encontraba, por fin, después de ejercer, en Bremen, sus artes dialécticas de esgrima con alumnos de Instituto y meritorios comerciales.

Por fortuna, algunos de estos esbozos, trazados por su pluma, han llegado a nosotros. Su "Diario de un oyente", publicado como folletón en la *Gaceta renana*, recoge las semblanzas de algunos profesores a cuyos cursos asistía. Entre los de la Universidad, parece que Michelet llegó a interesarse bastante

por el soldado de artillería; nos describe con cierta simpatía a Marheinecke, el protector de Bruno Bauer; sabemos que seguía los cursos de Leopoldo von Hennig y de Werder y que, en noviembre, asistió al famoso curso inaugural de Schelling. De los cofrades que se sentaban con él a la mesa en que se bebía y discutía nos traza Engels imágenes muy animadas, aunque más o menos alegóricas, en el gran poema épico cristiano sobre "El triunfo de la fe"; "en que se contiene la historia del que un día fue licenciado Bruno Bauer" y "de cómo éste, seducido por Satanás, desertó de la verdadera fe, fue convertido en Diablo mayor y, por último, destronado en toda regla".

Nos enteramos aquí de la naturaleza y el carácter de aquellas luchas que, en lo espiritual, tenían como centro la capital y que, en lo político, seguían las directivas de la Prusia del Este y de la provincia renana. Engels, impulsado por sus deseos cada vez más fervorosos de ver implantados la libertad de palabra y el derecho de codeterminación del pueblo, seguía con gran pasión aquellas luchas y abogaba en la prensa a favor de ellas. Pero, al principio, más todavía que estos debates políticos, le interesaban, en Berlín, las controversias provocadas en el terreno filosófico y que estallaron con toda su fuerza cuando Schelling, desde la nueva cátedra, a instancias del rey, desató sus ataques contra el ala radical y Eichhorn, el ministro de Cultura, abrió expediente disciplinario al jefe de esta tendencia, Bruno Bauer, profesor en la Universidad de Bonn, por su crítica demoledora contra los Evangelios.

La voz de Engels fue una de la que más alto resonaron en contra de la autoridad en estas dos grandes batallas intelectuales, a las que todo el cotarro de los neohegelianos atribuía una importancia histórica mundial. Sentíase orgulosísimo de poder asistir a un encuentro tan grandioso, en el que parecía ventilarse la suerte misma del cristianismo. No cabe duda de que el filósofo del romanticismo menospreciaba claramente la tenacidad y la fuerza espiritual del movimiento neohegeliano cuando, en sus cartas a Eichhorn, y al ministro bávaro von Abel, expresaba la esperanza de que, para desarmar al adversario, no sería necesaria una larga polémica, sino que bastaría con que él demostrara, desde la cátedra, la posibilidad de lo que ellos consideraban imposible.

Lo que los hegelianos consideraban sencillamente imposible era que la filosofía de la revelación, desde hacía varias décadas enunciada por el viejo Schelling sin que se decidiera a exponerla, pudiera ser un medio mágico para colmar el abismo que Strauss y Feuerbach habían abierto entre la ciencia y la fe. La noticia de que Schelling, en su curso inaugural, se proponía realmente exponer la filosofía de la revelación era, para todos los jóvenes hegelianos, el toque de clarín convocándolos al palenque. Y su certeza de la victoria no abría ni el menor resquicio a la duda. Estaban seguros de poder hundir de nuevo en el averno al "desvergonzado aparecido" que había vuelto al mundo como una sombra y que se había convertido ya, para ellos, en una figura mítica.

El joven Engels siguió con una ansiedad incontenible el tan esperado curso inaugural. He aquí como él mismo nos lo cuenta: "Si preguntáis, aquí, en Berlín, a cualquier persona que tenga siquiera una idea aproximada acerca de la

fuerza del espíritu en el mundo, cuál es el escenario en que hoy se ventila la lucha en torno al poder sobre la opinión pública de Alemania en materia de política y de religión, es decir, la lucha en torno a Alemania misma, os dirá que este escenario es la Universidad y, concretamente, al auditorio núm. 6, donde Schelling da su curso sobre la filosofía de la revelación".

El joven había aguardado con verdadera impaciencia lo que "un muerto", Schelling, podía decir contra "un viviente", Hegel. Y luego, intentó despojar de su lenguaje curialesco, para los lectores de *El Telégrafo*, "la sentencia de muerte pronunciada contra el sistema hegeliano" por el ilustre profesor. Como es sabido, Schelling sostenía aquí que Hegel no había llegado a poseer, en rigor, un sistema propio, sino que se había ganado trabajosamente la vida con los desperdicios de su pensamiento. Mientras él, Schelling, se entregaba a la filosofía positiva, el otro, Hegel, habíase expansionado en la filosofía negativa, haciéndose cargo, por mandato suyo, de elaborarla y perfeccionarla. Y si a pesar de ello Hegel ocupaba un lugar entre los grandes pensadores, se debía simplemente a que era el único que reconocía la idea fundamental de la filosofía de la identidad, que todos los demás concebían tan sólo de un modo superficial. Pero había cometido el error imperdonable de querer convertir una filosofía a medias en la filosofía total.

A pesar de todos estos "insultos" proferidos sobre la "losa sepulcral de Hegel", Engels no dejaba de reconocer al viejo Schelling, en quien respetaba al descubridor de lo absoluto, aunque hubiera repudiado resueltamente la causa de la libertad, al antecesor de su maestro. Su antecesor, pero no su sucesor, pues como tal no podía acatarlo. Y lo que más le sublevaba era el que Schelling se hubiese atrevido, primero a presentarse como supeditada a él toda la moderna evolución de la filosofía: Hegel, Gans, Feuerbach, Strauss, Ruge, los *Anales alemanes*, para denostarlos luego como una galería de inadmisibles extravíos.

Por el tono de estas páginas, nos damos cuenta de cómo su autor se sintió tentado, incontinentemente, a proteger a su venerado maestro, ante el público, contra los ataques del poderoso adversario. Pero cabe preguntarse si no era un reto, rayano en la megalomanía, aquél que un joven dedicado a actividades comerciales y que jamás había hecho estudios filosóficos en regla lanzaba a un hombre como Schelling. Su capacidad inagotable de trabajo y el extraordinario dinamismo de su espíritu le habían permitido sacar de sus lecturas incesantes, y que se adentraban hasta en los campos más remotos, frutos muy maduros para su formación intelectual. Su tenacidad física y sus templados nervios le habían ayudado a aprovechar en estudios serios todas las horas libres. Se había engolfado con toda profundidad en la filosofía de Hegel y había seguido con el mayor celo todas las controversias mantenidas por esta escuela, en su propio seno y contra sus adversarios.

Pero, es legítimo preguntarse, una vez más, si las armas que por estos caminos había logrado reunir le autorizaban a lanzar semejante reto. Estaba poco informado acerca de la filosofía prehegeliana y, para convencernos de cuán ligero era el bagaje filosófico de Engels, no tenemos más que recordar có-

mo Marx, ya entonces, pasaba las noches en vela, debatiéndose a brazo partido, agotadoramente, con los pensadores griegos, con Espinoza y con Leibniz. Pero así eran las cosas, y nuestro joven, que no pecaba precisamente de infatuación, extraía su valor de la confianza en que "la espada del entusiasmo era tan buena como la espada del genio". Había en su atrevimiento algo de la temeridad con que David retaba a Goliat y ambos se dejaban llevar por la fe en la victoria de una buena causa, en la que él no se empeñaba, ciertamente, como pensador original, sino como combatiente.

El hecho de que saliera enseguida a la palestra contra Schelling con dos folletos publicados casi al mismo tiempo revela la vehemencia con que Engels se veía impulsado a ocupar un puesto en la vanguardia de esta lucha. En el primero de estos dos folletos, el joven autor nos habla con toda la hondura de sus convicciones. En el segundo, se disfraza con la túnica de un pietista, como poco antes que él hiciera Bruno Bauer, en un folleto también anónimo titulado *El trompetazo del Juicio final contra Hegel, el ateo y anticristo*. Con la diferencia de que Bauer fulmina aparentemente a Hegel, al demostrar que todas las herejías de los discípulos aparecen ya en el maestro, mientras que Engels trata de comprometer a Schelling a los ojos del público filosófico mediante los elogios que el fingido ortodoxo le tributa.

Ruge lamentó ante Engels que éste no hubiera publicado en su revista, los *Anales alemanes*, el primero de estos dos trabajos. Engels le contestó que, hasta ahora, la revista de Ruge se había mantenido más bien cauta ante Schelling y que su manuscrito, que originalmente tenía una extensión casi del doble, había sido resumido a instancias del editor. Ignoramos si el segundo de los dos folletos se proponía recoger los materiales eliminados. Es digno de hacerse notar, en todo caso, que el que lleva por título *Schelling y la revelación* se propone asumir la defensa de Hegel frente a Schelling, mientras que el segundo, *Schelling, el filósofo en Cristo* expone como motivo central la filosofía cristiana positiva del "aparecido".

El título completo del libro primerizo de Engels, publicado en abril y seguido en mayo por el otro, rezaba así: *Schelling y la revelación. Crítica de la más reciente tentativa de la reacción contra la filosofía libre*. Era, entre las numerosas manifestaciones de la tendencia neohegeliana contra Schelling, al irrumpir éste en su aprisco, la primera en que se llegaba a consecuencias totalmente radicales. "Este amable joven deja atrás a todos los viejos asnos de Berlín": tal era el juicio de Ruge, comentando el libro, que él atribuía a Bakunin, a quien Engels acababa de conocer en Berlín. En julio, "Federico Oswald" se dio a conocer como autor de la obra en los *Anales alemanes*, y al año siguiente, Engels reveló su verdadera personalidad en *The New Moral World*, órgano de los owenianos, como testimonio de que, con este libro, su autor era el primero que había reconocido públicamente a sus adversarios el derecho a llamar ateos a los jóvenes hegelianos.

Schelling y la revelación comienza diciendo que han pasado ya unos cuantos meses sin que el nuevo Elías traído desde la noche cimera de Munich haya

logrado expulsar del templo a los sacerdotes de Baal. La filosofía hegeliana sigue viviendo en la cátedra, en la literatura y en la juventud; su influencia sobre la nación va en rápido ascenso y prosigue tranquilamente su propia trayectoria.

A la vista del modo en que Schelling se manifestaba acerca de Hegel, Engels se consideraba relevado de todo miramiento hacia él. Siguiendo un principio democrático, quería proceder sin fijarse en la persona y atendiendo solamente al fondo del problema y a su historia. El joven autor reconoce que Hegel ha hecho poco por popularizar su filosofía. Fiándose de la fuerza de la idea, se había preocupado solamente de rechazar todo lo imaginativo, fantástico y sentimental, esforzándose en captar el pensamiento puro en su proceso de autocreación. Fue en manos de sus discípulos donde la doctrina adoptó una forma más plástica y más humana, pues ellos supieron poner a discusión los problemas vitales más trascendentes de la ciencia y la práctica, ganando de ese modo ascendiente sobre la juventud.

Censuraba en la concepción hegeliana del mundo, coincidiendo con los demás, el que bajo la presión de la época de la Restauración hubiera querido poner diques al torrente de consecuencias juvenilmente desbordantes que se desprendían de su propia doctrina. Su filosofía de la religión y del derecho, sobre todo, habrían sido muy otras si Hegel las hubiera sustraído a las influencias de su tiempo, para desarrollarlas a base del pensamiento puro. Los principios de Hegel habían tenido siempre vida propia y un carácter liberal, pero las consecuencias extraídas de ellos ofrecían de vez en cuando un cariz antiliberal.

De ahí que el ala izquierda de su escuela, agrupada en torno a los *Anales* de Ruge, se haya limitado a retener los principios, recusando las conclusiones, allí donde éstas no le parecían justificadas. Sin embargo, todavía después de aparecer la *Vida de Jesús* creía esta tendencia mantenerse dentro del cristianismo y, cuando se dio cuenta de las insoslayables consecuencias de su punto de vista, comenzó a meditar si no haría mejor en guardar para sí, como propiedad esotérica, la nueva doctrina, manteniéndola en secreto ante la nación. Fue el ataque de Enrique Leo contra "los hegeliastrós" el que le hizo abrir plenamente los ojos a su propio punto de vista, despertando en ellos el valor y el orgullo de llevar la verdad hasta sus últimas consecuencias y proclamarla, además, abierta y claramente, cualesquiera que fuesen los resultados.

La esencia del cristianismo de Feuerbach, la *Dogmática* de Strauss y los *Anales alemanes* demostraban mejor que nada los frutos que había dado la denuncia. Los jóvenes hegelianos ya no se recataban ahora en decir que el cristianismo no era, a sus ojos, ninguna barrera. La crítica inexorable de la razón se había apoderado de los principios fundamentales del cristianismo al igual que de todo lo que hasta ahora venía llamándose religión. De ahora en adelante, la idea absoluta se afirmaba como la fundadora de una nueva era en la conciencia de la humanidad. Aquella gran revolución cuyos precursores habían sido los filósofos franceses del siglo XVIII encontraba aquí su remate en el campo del pensamiento; la filosofía del protestantismo, iniciada con Descartes, dejaba

paso a una nueva época. Y cuantos habían seguido el desarrollo del espíritu por su propia virtud tenían el deber sagrado de llevar resultados tan formidables a la conciencia de la nación y convertirlos en principio vital de Alemania.

Después de esta introducción, animada, como vemos, por el espíritu más radical, Engels, quien procura no hablar directamente del cambio de monarca, se detiene a demostrar cómo, después de la muerte de Altenstein, habían comenzado a acentuar cada vez más tajantemente sus respectivos principios, de una parte el Estado y, de otra parte, la filosofía. A partir del momento en que ésta ya no se recataba para proclamar "lo necesario", también el Estado monárquico-cristiano de Prusia formulaba sus consecuencias cada vez con mayor decisión y, por último, hasta acabaría encomendando a Schelling la misión de destruir la filosofía hegeliana con lo que invadía su propio territorio filosófico más privativo.

Con ello, entra el autor en el tema propiamente dicho de su folleto, tema que, sin embargo, para nosotros como para él, pasa a segundo plano ante las consideraciones que le sirven de preámbulo y que, al final, reitera como conclusión. Aquí, en el meollo de sus reflexiones, Engels le dice a Schelling que meta de contrabando en la libre ciencia del pensamiento la fe en la autoridad, la mística de los sentimientos y las fantasías gnósticas, con lo cual desgarra en un dualismo insatisfactorio la totalidad que toda concepción del mundo requiere. Al elevar a principio de la filosofía a la contradicción de que adolece el cristianismo en el plano de la historia universal, demuestra su incapacidad para concebir el universo como algo total y racional. Los alemanes tienen, sin embargo, que agradecerle a su filosofía el que no alcance más meta que ésta, en la que, según su propia confesión, el mundo se entrega a la razón prendido con alfileres.

"La formidable dialéctica" hegeliana, esa fuerza propulsora interior que "obliga a las distintas determinaciones del pensamiento a desarrollarse más y más y a regenerarse como si fuera la conciencia acusadora de su imperfección y unilateralidad", era concebida por Schelling, no como la autoconciencia de lo general, sino solamente como la autoconciencia de las categorías particulares. En él, la razón mantenía ante el ser real una actitud apriorística; no era capaz de demostrar que algo existía, sino simplemente que, caso de existir, debía necesariamente estar constituido así, y no de otro modo. Y ello hacía que lo real cobrase en él una existencia anterior al mundo y separada de las demás existencias. Pues bien; Feuerbach acababa de llevar al hombre, con toda nitidez, la conciencia de que la razón sólo existe en cuanto espíritu y de que éste no existe más que en la naturaleza y con ella. La existencia de la razón prueba al mismo tiempo la existencia de la naturaleza y que la potencia del ser tiene que transformarse inmediatamente, por la fuerza de la necesidad, en el acto del ser. Jamás podrá hablarse de la existencia en general mientras se haga caso omiso de toda existencia.

Los hegelianos consideran como la base de la filosofía la existencia de la razón, la prueba de la cual es su propia actividad. Engels le reprocha a

Schelling el no reconocer la existencia de la razón como premisa de toda filosofía y tender, por el contrario, hacia una inmanencia abstracta del pensamiento. La necesidad del mundo, le decía, no encaja en su positivismo. Poseído por la obsesión de presentar lo absoluto como el final de la filosofía, no comprendía que Hegel había alcanzado realmente este objetivo. Si poseyera una filosofía de la historia, el espíritu que se sabe a sí mismo aparecería ante él como resultante, y no como postulado. Pero tampoco el espíritu que se sabe a sí mismo distaba mucho de ser, como Schelling afirma de la idea, el concepto de un Dios personal. En Hegel, la realidad de la idea no es otra cosa que la naturaleza y el espíritu, y lo absoluto meramente la unidad de naturaleza y espíritu en la idea. Por primera vez desde los escolásticos, vemos, con Schelling, a un corifeo de la ciencia proclamar abiertamente el derrocamiento de la razón pura, para convertirle en esclava de la fe. Su construcción de un Dios personal y de la Trinidad cristiana se limitan a trivializar pensamientos hegelianos en la más evidente carencia de contenido.

En cada una de las páginas del folleto podemos apreciar la profunda impresión que en Engels había causado *La esencia del cristianismo*, de Feuerbach. Desde la aparición de esta obra, consideraba demostrada la incompatibilidad entre la filosofía y el cristianismo. A su juicio, en la filosofía hegeliana sólo aparentemente se halla presente aquél y lo que Schelling ofrece no es reconocido por él ni como cristianismo ni como filosofía. En sus doctrinas florece a sus anchas el extravío de la libertad y la voluntad. Para Hegel, fiel en esto al espíritu de la escuela y a su propia experiencia, sólo es verdadera libertad la que entraña, al mismo tiempo, la necesidad.

El Dios de Hegel, ajeno a todo lo voluntario, jamás ni bajo ningún concepto puede ser una persona individual. Si quiere hablar de Dios, Schelling tiene que recurrir al pensamiento "libre", ya que el pensamiento necesario, sujeto a la consecuencia lógica, excluye toda posibilidad de una persona divina. La incansable fuerza propulsora del pensamiento en la dialéctica hegeliana lo hace todo por sí misma y no necesita de ninguna personalidad deificada. Al llegar a la vejez, Schelling fondeó en el puerto poco profundo de la fe, lo que hizo que el barco de su filosofía, otrora orgulloso, se varara irremediabilmente en la arena. No hay otro puerto que el de la razón; toda una flota de airosas fragatas aguardan en él a lanzarse a la alta mar.

Hegel, al dar cima a la vieja era de la conciencia, ha abierto los caminos a una era nueva. Y cuando su más joven seguidor le reprocha que siga demasiado aferrado todavía a lo viejo, Feuerbach debe pararse a pensar que precisamente la conciencia de lo viejo es ya lo nuevo, que lo viejo entra en la historia cuando la conciencia lo revela plenamente como tal. En este sentido, Hegel es, cabalmente lo nuevo en cuanto viejo y lo viejo en cuanto nuevo: y la crítica del cristianismo por Feuerbach debe ser considerada como el complemento necesario de la doctrina especulativa de la religión fundada por Hegel.

Al final de su combativo escrito, el joven deja fluir en fogosas imágenes poéticas el entusiasmo por la nueva verdad que la rehabilitación feuerbachiana

del mundo de los sentidos ha despertado en él. Por última vez, antes de que los rasgos de la cara en que podemos leer esto se oculten tras la visera de una fría objetividad, podemos asomarnos directamente a la vida de su alma. Despuntada una nueva vida, exclama jubiloso, un amanecer de la historia universal como aquel en que del ocaso del Oriente se desprendió la luminosa y libre conciencia helénica. Todo ha cambiado: el mundo que tan ajeno nos era, la naturaleza, cuyos poderes ocultos nos aterrorizaban como espectros, son hoy otros, afines a nosotros y familiares. "El mundo, que antes nos parecía una prisión, nos muestra ahora su verdadera faz, como un espléndido palacio de reyes en el que todos podemos entrar y salir libremente, ricos y pobres, altos y bajos. La naturaleza se despliega ante nosotros y nos dice: ¡no huyas de mí, pues no me he apartado de la verdad; ven y mira, es tu más íntima y más peculiar esencia la que también a mí me da plenitud de vida y belleza juvenil!"

El cielo ha descendido sobre la tierra. Todo desgarramiento, toda angustia, toda tensión han desaparecido. El mundo vuelve a ser una totalidad, independiente, dueño de sí, libre. Ya no necesita justificarse ante la ignorancia, incapaz de comprenderlo; su esplendor y su magnificencia, su plenitud, su fuerza, su vida son su propia justificación.

También el hombre, retornando al seno materno tras una larga enajenación, ha superado en sí mismo la separación albergada en su propio pecho. "Comienza a revelársele ahora la verdadera vida. Aquello a que antes aspiraba con oscura intuición lo alcanza actualmente con plena y libre voluntad. Lo que parecía estar fuera de él, en una nebulosa lejanía, lo encuentra ahora en su propia carne y en su propia sangre". Y la joya, el santuario, que ha descubierto tras tan largo peregrinar valía la pena del penoso éxodo. Esta corona, este santuario, "es la autoconciencia de la humanidad, el nuevo Grial en torno a cuyo trono se congregan los pueblos, jubilosos, y al que todos se entregan, pues los hace a todos reyes".

"Esta es nuestra misión: ser puntales de hierro de este Grial, ceñirnos por él la espada al cinto y empeñar alegremente nuestra vida en la última guerra, en esta guerra santa, que abrirá el reino milenarío de la libertad. Y en eso consiste la fuerza de la idea, en que nadie que haya llegado a conocerla puede dejar de hablar de su esplendor y de exaltar su omnipotencia; en que todos, una vez que la han conocido, están dispuestos a sacrificarle el cuerpo y la vida, los bienes y la sangre. Quien la ha visto una vez ante sí y en el silencio nocturno de su gabinete, quien la ha contemplado en todo su brillo, ya no puede apartarse de ella, tiene que seguirla a donde le conduzca, aunque sea a la muerte. Pues sabe que su fuerza es más poderosa que cuanto se mueve en el cielo y en la tierra y que se impone a todos los enemigos que le salgan al paso. Esta fe en la omnipotencia de la idea, en la victoria de la eterna verdad, esta certeza inmovible de que jamás pueda ceder ni vacilar, aunque el mundo entero se levante contra ella, es la religión de todo auténtico filósofo, la base de la verdadera filosofía positiva, de la filosofía de la historia universal. Es la mejor de las revelaciones que el hombre puede hacerle al hombre, en la que toda negación de la crítica es positi-

va. Este empuje arrollador de los pueblos y los héroes, sobre los que la idea flota en una perenne paz, para descender por último entre los contendientes y convertirse en el alma más entrañada, más viva y más autoconsciente de la lucha, es la fuente de toda salvación y de toda redención, al reino en que cada uno de nosotros puede ocupar el lugar que le corresponde. La idea, la autoconciencia de la humanidad, es el fénix maravilloso que se construye unido con lo más precioso que hay en el mundo, para convertirlo luego en hoguera y rejuvenecerse entre sus llamas, en las que perece un mundo viejo. ¡Dejemos, pues, que este fénix transporte a su hoguera lo que, antes de ser libres, teníamos por más caro y valioso! ¡No precisamos que ningún amor, ningún lucro, ninguna riqueza nos importen tanto que no podamos sacrificarlos a la idea, pues ésta nos devolverá mil por uno! ¡Luchemos y vertamos nuestra sangre, miremos frente a frente a los coléricos ojos del enemigo y mantengámonos erguidos hasta el final. ¿No veis cómo nuestras banderas tremolan en las cimas de las montañas? ¿No veis las espadas de nuestros camaradas brillar y los bosques de cascos despedir destellos? Afluyen a nosotros de todas las montañas, de todos los valores, cantando himnos de guerra y haciendo sonar el clarín; el día de la gran decisión, de la batalla de los pueblos, se acerca, y la victoria será nuestra!"

Poco después de aparecer *Schelling y la revelación*, la obra fue comentada en los *Anales alemanes*, donde Ruge elogió la fuerza y la claridad del folleto, pero haciendo notar, al mismo tiempo, que su carácter y el punto de vista desde el que estaba escrito presentaban la impronta de la juventud, como lo revelaba el gusto por el lenguaje recargado de imágenes al principio y al final y la vehemencia del entusiasmo con que se abrazaba el gran proceso de transformación propio de nuestro tiempo. Y no cabe duda de que es absolutamente juvenil, en sus páginas, la pasión que se desborda en estos pletóricos ditirambos, pero la obra revela, además, una rara pureza, una autenticidad y una alegría de sentimientos poco comunes. Quien era capaz de poner todo su ser a los pies de la idea en un tono tan penetrante de verdad, quien podía entregarse a ella, con un arrebató tan abnegado como sacerdote suyo, mejor dicho, no como sacerdote, sino como caballero del ideal, consagrándose a su servicio de por vida, tenía que ser un hombre que se hubiera remontado para siempre sobre el estrecho círculo de una existencia meramente privada. Es posible que Engels no viera claro todavía cuáles eran la significación y el contenido de aquel Grial al que hacía voto de su sangre, lo que era y en lo que podía convertirse la mira a que se consagraba; no importa: sus energías, su pensamiento, su acción pertenecerán desde ahora, inquebrantablemente, a las potencias del futuro.

Junto al *Schelling y la revelación*, pasa a segundo plano, desde el punto de vista biográfico, el otro folleto, de menor extensión, *Schelling, el filósofo en Cristo, o la transfiguración de la sabiduría universal en verdad divina. Para cristianos creyentes ignorantes de la terminología filosófica*. Aunque el autor representa consecuentemente el papel de sacerdote que se ha asignado, no era su propósito que el público no se percatara de la mixtificación, y, dos semanas después, sus amigos denunciaban en la *Gaceta renana* que el tono pietista aparecía "muy diestra-

mente formulado". Ruge, en los *Anales*, apuntaba certeramente hacia la estrecha afinidad entre el primer panfleto "polémico" y este otro, "apologético".

El segundo proponíase, según las propias palabras del autor, exponer, "en breves y sencillas palabras, para aquellos que no tienen ni ganas ni tiempo de entregarse al árido estudio de la sabiduría universal, qué era lo que había detrás del famoso Schelling".

Dios, se dice en seguida, ha dado a toda la cristiandad un signo consolador, al devolver a las enseñanzas fundamentales del cristianismo a un hombre como Schelling, en otro tiempo lamentablemente hundido hasta la raíz en el panteísmo. Con ello, había humillado la soberbia de la razón y puesto en manos de su iglesia un arma acerada. Engels expone aquí, fingiendo hacerlo con toda complacencia, la filosofía cristiana positiva de Schelling. Pero, ¡cuán poco digno de admiración tenían que considerar los berlineses lo que aquel pensador, así interpretado, les brindaba! "Esperaban que Schelling les dijera algo nuevo y fruncían el ceño cuando veían que se limitaba a ofrecerles el viejo Evangelio." Al final, el autor, disfrazado de devoto creyente, pinta la caída general del reino de Dios, que había comenzado ya "con la espantosa Revolución francesa", para convertirse ahora, en el presente más reciente, en un peligro real. "No se trata de simple indiferencia y dureza de corazón ante el Señor, no; es ya una hostilidad abierta y declarada, y todos los partidos y sectas se reducen, hoy, simplemente, a dos: el de los cristianos y el de los anticristianos".

Al publicar estos dos folletos, Engels rompía las últimas ataduras, muy tenues, que aún le unían a la fe de su infancia y de sus mayores. Pero no por ello quedaba, ni mucho menos, desamparado. Basta fijarse, para comprenderlo, en la sesión con que se proclama devoto de la "omnipotencia de la idea", del mundo como totalidad, de la historia como la suprema revelación, en la que toda negación crítica es positiva. Tenía todavía un largo trecho que recorrer hasta llegar a su concepción definitiva del mundo y de la historia. Pero ya vemos dibujarse aquí, a grandes rasgos, por vez primera, la que será su estructura. Engels no puede perdonar a Schelling el que no tenga una filosofía de la historia; le reprocha que sólo vea en la historia un continuo desfile de toda clase de injusticias, una serie de sucesos externos y contingentes, en los que sólo la mano salvadora de Dios cierre el paso al mal. Schelling —dice Engels— no ve a Dios donde lo veía Hegel, en el desarrollo del concepto de la especie. Como vemos, Engels, aunque desde ahora se proclamará ateo, había transferido una parte de su anterior fervor religioso al culto de la historia, es decir, del agitado proceso cosmológico y teórico-dialéctico, del que, como más adelante veremos en el contexto, jamás se apartará.

La tónica fundamental del estado de ánimo dominante en Engels desde los primeros meses de 1842 había ganado en profundidad. Este espíritu había cobrado vigorosa expresión poética en sus artículos sobre Immermann y Arndt. Sentíase feliz de pertenecer a la juventud de una época en cuyo seno se estaban gestando cambios históricos de alcance universal. Deja traslucir la alegre serenidad que ahora siente, después de encontrar, tras duras y solitarias luchas

interiores, firmeza y seguridad en una formidable concepción del mundo y ve en quienes con él la compartían hombres que están a la altura de él.

Ahora, considerándose ya a salvo, deja traslucir también cuánto había sufrido ante el desdoblamiento, que había llegado a creer insalvable, entre un Dios vuelto de espaldas a la humanidad y un mundo terrenal desdivinizado. Encuentra ahora en sí mismo, en su sangre y en su carne, lo que había llegado a creer que flotaba en una nebulosa lejanía. En su lucha para liberarse del mundo de los sentimientos y las ideas del pietismo, el concepto hegeliano de Dios se presentaba ante él bajo una transfiguración tan supraterrrenal, que no se daba cuenta de cómo gran parte de aquella belleza que creía descubrir estaba en su propia mirada de poeta y en el espíritu religioso que la educación recibida había implantado en su corazón y que aún no se había borrado del todo.

Pero con la tendencia del desarrollo propia del juvenil movimiento espiritual a que Engels se había adscrito ocurría lo mismo que con la esencia del concepto hegeliano de Dios, a saber: que el elemento racional, a medida que su flujo dialéctico se hacía más turbulento, iba despojándose más y más del ropaje con que el sentimiento lo vestía. La dialéctica, al afirmarse sin traba alguna, no podía detenerse ante un panteísmo lógico como el de Hegel; tenía necesariamente que arrollar con cuanto cerrara el paso a su autoconciencia soberana.

Con el tiempo, la idea hegeliana de Dios fue disolviéndose también para Engels en la idea dialéctica del desarrollo que los jóvenes de Berlín a cuyo círculo se incorporó y que todo lo veían a través del prisma intelectual, expresaban con fría indiferencia. En Engels, seguía todavía tan impregnada por los sentimientos nacidos de su experiencia religiosa, que el paso del culto a Dios al culto al hombre, en que Feuerbach le inició, no volvió a representar para él una vivencia dolorosa, sino, por el contrario, estimulante. La idea se presentaba ante él bajo un brillo supraterrrenal y ello hacía que no se considerase menoscabado al ver que el concepto de Dios ardía ahora en llamas. La divinidad, al ser destronada, se refugiará en adelante en su voluntad.

Nuestro joven siente, con gran contento, cómo de las cenizas de la vieja fe surge en él la nueva fe en la humanidad, que al principio le parece idéntica a la fe en la capacidad infinita de desarrollo de la autoconciencia. No percibía aún que, el seguir las huellas de Feuerbach, su fe en la dialéctica de la autoconciencia se trocaría necesariamente por la fe en la capacidad imprevisible de desarrollo de la realidad humana y que el formidable optimismo, que era uno de los rasgos esenciales de su temperamento, sin que su talento poético bastara para darle un escape satisfactorio, encontraría allí el camino para salir de la esfera de la pura razón, en que no hallaba satisfacción plena y le llevaría a descubrir la necesidad de buscar la consumación de la idea en la realidad social.

No sabemos exactamente quién fue el que introdujo a Engels en el círculo del radicalismo filosófico berlinés. Los literatos agrupados en este círculo gustaban de llamarse a sí mismo "los Libres", y éste es también el nombre bajo el que adquirió cierta notoriedad dicho grupo de bohemios de gran ciudad, el primero que hay que tener en cuenta en nuestra historia de la intelectualidad y de

los partidos. Los artículos publicados en *El telégrafo* y que no eran leídos y comentados solamente en el Wuppertal bastaban para dar a "Federico Oswald" voz y voto en aquel cenáculo. Y pronto lo encontramos plenamente acomodado a aquel ambiente, del que, al irse descomponiendo cada vez más la doctrina hegeliana, laboraron y se expandieron los más diferentes fermentos. En carta escrita en noviembre a Juan Jacoby, de la familia de un fabricante renano, por el hijo mayor del consejero Flottwell, un alto funcionario atraído también por este ambiente, seguramente que no con el agrado de su padre, le cuenta que había participado con Engels, Stirner, Eichler y Meyen en una francachela estético-política, regada con mucha cerveza.

Pero, aunque se reuniesen bajo el mismo techo, los Libres, al igual que ocurría con la Joven Alemania, no eran una asociación en regla, que se rigiera por sus estatutos y tuviera un programa oficial. Los rumores de que se habían constituido en partido para agitar sistemáticamente en pro del ateísmo eran propalados por enemigos que trataban de perjudicarles y, a veces, por ellos mismos, para darse importancia. Nada más lejos de su ánimo que el jugar a la revolución —lo que, por lo demás, los habría puesto enseguida detrás de las rejas—, pues la mayoría de aquellos contertulios literatos, periodistas, profesores y estudiantes, cuyo radicalismo teórico se mezclaba con una buena dosis de sensacionalismo, no se distinguían precisamente por su bravura. Ni el apacible profesor de Instituto Köppen, a quien todo el mundo consideraba como un hombre "buenísimo", ni el profesor de un colegio de señoritas Gaspar Schmidt, "el circunspecto enemigo de todas las barreras", como le apodaba Engels, ni Nauwerck, en el fondo de su alma tan moderado, ni el medroso Luis Buhl, ni hombres como Rutenberg y Meyen, que acabarían en redactores de la prensa nacional-liberal, eran temperamentos de empuje revolucionario. Como auténticos productos de la apatía de la vida pública anterior a las jornadas de marzo, aquellos diletantes eran incapaces de aconsonantar en sus personas el pensamiento y la conducta, y ello les llevaba a aferrarse con mayor firmeza a la idea central de la filosofía religiosa hegeliana, que sobrevaloraba el poder de la razón. De este modo podían resistir mejor a la tentación, por lo demás no muy fuerte, de descargar sobre la cara del enemigo, a quien la razón no ennoblecía como a ellos, el puño que dejaban caer furiosamente sobre la mesa del café cuando no veían a un confidente observarlos desde un velador cercano.

Igual a Engels en años y con él el miembro más joven, más vehemente y más revolucionario del grupo, su cofrade más querido era Edgar Bauer. Bruno, hermano de Edgar, mucho mayor que él, daba clases en la Universidad de Bonn y juzgaba bastante despectivamente las charlatanerías de aquellos "literatos de café" a quienes visitaba en los períodos de vacaciones y que lo veneraban como a su monitor. Al ser destituido de su cátedra e instalarse de nuevo en Berlín, entró en relaciones más estrechas con ellos y, personalmente, con Engels, coetáneo y amigo de su hermano. A diferencia de lo que ocurría con la mayoría de los asiduos al cenáculo, su bienestar personal importaba poco a los hermanos Bauer cuando se trataba de la causa a que se habían consagra-

do. Lo malo para ellos era que casi nunca se mantenían mucho tiempo afectos a la misma causa. Eran fanáticos de la razón, pero débiles de carácter y, en la inseguridad de su instinto, tenían la voluntad política en tanto menos aprecio cuanto más escasos de ella se hallaban. No se recataban para proclamar su indiferencia en materia de convicciones; eran indiferentes a ellas por principio, pues en su egoísmo se daban por satisfechos con que fuese su espíritu el palenque en el que las contradicciones de su tiempo se debatieran y dirimieran en combate dialéctico.

Descollaba por sobre todos aquellos radicales berlineses, en cuanto a fuerza y atención de voluntad y de espíritu, el joven doctorado Carlos Marx, que había abandonado Berlín unos cuantos meses antes de que llegara allí el hombre llamado a ser su camarada de armas, para trasladarse a la Renania; se hallaba todavía estrechamente unido a Bruno Bauer y empeñado con él en revolucionar la conciencia religiosa. La experiencia por la que más tarde pasaría como alma de la *Gaceta renana* acabó alejándolo definitivamente del cenáculo de los "Libres". De allí en adelante, será inmovible su convencimiento de que la política como palenque de lucha está por encima de todo lo demás. Los berlineses, por su parte, sólo la consideraron como un campo de acción digno del espíritu filosófico mientras pudieron abrigar ilusiones acerca de la contradicción irreductible entre sus arrogantes pretensiones y las condiciones reales del poder.

En las condiciones en que el joven Engels se encontraba, ansioso de salir de su soledad espiritual, aquellos nuevos amigos, que se adelantaban a la marcha de su tiempo porque se creían muy listos y maquinaban siempre travesuras contra los filisteos, colmaban con creces sus esperanzas. No había, en los países más adelantados de Europa, un movimiento, ni siquiera un pensamiento, del que estos lectores voraces de periódicos y revistas no estuvieran al tanto. Y la exaltación, la juvenil temeridad y la deliberada burla de todas las formas burguesas que flotaban en aquel ambiente representaban, para su alma sedienta de libertad, una liberación, después de la tiesura y el decoro hanseáticos y como contrapeso a la disciplina militar.

Cuando Bruno Bauer, primero provisionalmente, en octubre de 1841, y luego definitivamente, en marzo de 1842, se vio separado de su cátedra, los "Libres" de Berlín sintieron que el mundo se estremecía. Aquella agresión a la libertad de cátedra, algo verdaderamente inaudito en el Estado prusiano, aportaba ahora a los jóvenes hegelianos la prueba irrefutable de que Prusia había unido su suerte al carro del cristianismo histórico, de que se unía a él en la vida y en la muerte, de que estaba firmemente decidida a ser un Estado cristiano: el caso de Bruno Bauer se convertía, para ellos, pura y simplemente en "el acontecimiento del siglo".

En aquellos momentos, Engels se sintió enteramente solidario con Bruno Bauer y los "Libres", como lo demuestra el hecho de que, con la ayuda de Edgar Bauer, quien probablemente se limitaría a transmitirle los materiales, redactara con este motivo el poema épico cristiano titulado *La Biblia, insolentemente asediada, pero milagrosamente liberada, o el triunfo de la fe*. Este atrevido

libelo fue redactado en el verano de 1842, aunque apareció más tarde y, naturalmente, también sin mención de autor, en Neumünster, cerca de Zurich, bajo el nombre de cobertura editorial de J.F. Hess, uno de los cajistas de la "Oficina Literaria" de que Fröbel se valía como "pararrayos" cuando se trataba de publicaciones nuevas expuestas a los golpes de la censura. Se trataba de una parodia del *Fausto* de Goethe compuesta en el estilo de los viejos poemas teológicos y sus intenciones se traslucían claramente bajo el manto poco convincente de un pietismo ortodoxo.

En el preámbulo, el autor implora hipócritamente para su obra la bendición de todos los grandes de la ortodoxia, los Leo, los Hengstenberg, los Sacks, los Krummacher y de un autor de canciones devotas del Wuppertal llamado Knapp. Dice que el propósito que persigue es barrer implacablemente "las abominaciones de la blasfemia". Y al fondo, escuchamos el rumor de las almas piadosas pidiendo a Dios que el autor fulmine de una vez al tropel cada vez más desvergonzado de los réprobos y librepensadores. Pero el Señor les pide paciencia. Les dice que aún no se ha colmado la medida del sacrilegio y que precisamente en Berlín hay todavía algunos que no han dejado, a pesar de todo, de buscar a Dios, siquiera lo hagan a su manera. Y como Goethe hablando de Fausto, Dios apunta aquí a Bruno Bauer:

*"Aún tiene fe, pero medita,
Y si su carne propende al pecado,
Su espíritu es también débil"*.

El Señor no ha perdido todavía la esperanza de que Bauer abjure de la "locura del pensamiento y encuentre el camino para volver al regazo de la fe". Pues lo tiene precisamente reservado para encabezar el último y decisivo combate de los creyentes, defensores del trono y el altar.

Al diablo, que ahora entra en escena, le parece que el señor licenciado sirve a Dios de un modo muy singular. Y, parodiando graciosamente el Prólogo en el Cielo del *Fausto*, se relata la apuesta entre Dios y Mefistófeles. Este está seguro de su victoria, pues cree conocer bien a Bruno Bauer:

*"Sigue llevando en todo a Hegel dentro del caletre
Y ya verás cómo logro agarrarle de la coleta"*.

Entretanto, ha estallado entre los condenados en el infierno, acaudillada por Hegel, Voltaire, Danton y Napoleón, una revolución. Los réprobos no están dispuestos a tolerar que vuelva a desacreditarse sobre la tierra el ateísmo, que todos ellos han proclamado, y Hegel "con todas sus fuerzas" acusa al diablo de incuria, pero éste los tranquiliza, diciéndoles que en Bruno Bauer ha encontrado, por fin, al hombre llamado a cortar la cabeza a la hidra de la impiedad. Y la parodia sigue su curso.

Para tentar al licenciado, aparece Mefistófeles en el sombrío cuarto de

estudio, donde el autor de la crítica de los Evangelios, "con gran ardor" como en el *Fausto*, habla de la autenticidad de la Biblia y de la conciliación entre la ciencia y la fe. Pero, como en su *Trompetazo del Juicio final acerca de Hegel, el ateo y anticristo* había acusado públicamente al filósofo del Estado prusiano de ateísmo y archijacobismo, Mefistófeles le anima, aquí, a seguir el ejemplo de Hegel, "el intrépido negador de Dios", que había arrojado por la borda, sin grandes miramientos, a la fatalidad y no se prestaba a reconocer a la tradición frente a la razón. Pero el gran tentador sólo logra lo que se propone con su segundo argumento: en las áridas arenas del creyente Berlín, Bauer jamás sentirá el optimismo necesario para proclamar, libre y abiertamente, el ocaso de la fe. Hay que hacer que se traslade a Bonn, junto a las orgullosas y verdes aguas del Rin, donde el zumo de la vid le ayudará a levantar al pensamiento libre un altar sobre las ruinas de las viejas barreras derruidas.

El "insensato Bauer", que proclama desde la cátedra todo lo que el demonio le inculca, sembrará en seguida en Bonn la discordia más enconada entre los devotos y los incrédulos, entre estudiantes y profesores. Sack, el más devoto profesor de la más devota de las facultades de aquel tiempo y el más celoso adversario de Bauer, recibe, cual nuevo Balaam por boca de su burra, el mandato divino de hacer de árbitro en la contienda.

Mientras tanto, se reúnen en Leipzig, muy abatidos, Arnoldo Ruge, el director, Otto Wigand, el editor y Roberto Prutz, el poeta de los *Anales de Halle*, que acaban de ser proscritos de Prusia, para llegar a un acuerdo acerca de la futura suerte de esta revista. Ya Ruge se dispone a contentarse, en lo futuro, con publicar solamente el *Almanaque de las musas*, Wigand parece decidido a no editar, de allí en adelante, más que amable y amena literatura y el poeta del "Rin" se muestra resignado a componer simplemente poemas de amor. En esto, aparece Mefistófeles, trayendo la solución: lo que deben hacer es rebautizar la revista con el nombre de *Anales alemanes* y hacer que siga ejerciendo su influjo bienhechor sobre la difusión del ateísmo. Se interpone Sack, montado en su burra, para exhortarlos a postrarse ante el trono de Dios, amenazándolos con que, si no lo hacen, el Señor los condenará a ser devorados por Hengstenberg y sus legiones de devotos.

Pero, al final, la voz de Mefistófeles se impone: Ruge llama a todos los "Libres", "la hez de Germania", a las armas contra el sombrío romanticismo, que sueña con suprimir de la tierra la palabra "libertad", y los "Libres", acudiendo de todos los puntos cardinales de Alemania, marchan a un congreso en Bockenheim, muy cerca de la sede de la Dieta federal, siguiendo a la llamada del demonio. Los más desvergonzados, ateos peores todavía que los jacobinos, proceden de Berlín: empuñando el báculo de la escuela y con las gafas cabalgando sobre la nariz, desfila Köppen, a quien Ruge ha corrompido, y junto a él el pequeño Meyen, "quien ya desde el vientre de su madre leía diariamente a Voltaire". Y, en seguida, vienen los siguientes versos:

*"El que, a grandes trancadas, avanza a la izquierda, patilargo,
Es Oswald, con chaqueta gris y pantalón pimienta,
Pimienta también por dentro, Oswald, el montañard,
El más recio de todos, por su piel y su cabello.
Toca un instrumento llamado guillotina,
Con el que se acompaña, en una cavatina;
Su voz resuena, horrisona, infernal, cantando el ritornelo:
Formez vos bataillons! Aux armes, citoyens!"*

A su lado camina muy aprisa, "la misma sed de sangre", Edgar Bauer, "por fuera hombre a la moda, por dentro *sansculotte*". También vemos allí a Stirner, el debelador de las normas y las leyes, que desbanca a los demás, pues mientras éstos sólo gritan: "*à bas les rois!*", él clama: "*à bas aussi les lois!*" Tras él trota su amigo Luis Buhl, reacio al jabón y a la sangre, que es, en política, la cabeza más ilustrada del cotarro, pero "en su interior suave y delicado" y sólo "por fuera desastrado". A todos los capitanea, marchando en auxilio de Bauer, el salvaje Arnoldo, el "zar de los ateos", Ruge. Envuelto en el humo y los vapores infernales, marcha hacia ellos el hombre perseguido y acosado, tremolando como estandarte en pliege de su "infamante crítica de la Biblia". Pero,

*"¿Quién avanza, allá atrás, impetuoso y desgreñado?
Un mozo moreno de Tréveris, un verdadero monstruo medular.
No marcha, sino brinca, salta sobre la zanja
Parece una fuerza desencadenada, que quisiera agarrar
La alta bóveda del cielo y arrastrarla hasta la tierra,
Extendiendo los brazos por el aire.
Cuando esgrime su vigoroso puño, parece temblar todo
Como si cien demonios le tiraran de las greñas"*

Así describe Engels aquí al que más tarde será su amigo de toda la vida, pero a quien todavía no conoce personalmente y a quien presenta como si siguiera figurando entre los "Libres", que le admiraban; vienen detrás de él, "con andares de patricio", el vecino de Colonia Jorge Jung, el gerente, y, fumando la pipa y regañando, el cuñado de los dos Bauers, Rutenberg, el redactor de la *Gaceta renana*, tan sobreestimado por la censura. Por último, desde el Sur, solo como su alma, "pero personificando a todo un ejército de insolentes ateos", "un feroz meteoro envuelto en los vapores del infierno", avanza Luis Feuerbach, ruidosamente aclamado por el resto.

Como de costumbre, los conmlitones le arrastran enseguida a su taberna, donde al principio se levanta un gran estrépito de voces, que Köppen, "tan amante del orden" trata en vano de acallar. Quienes más gritan son Oswald y Edgar, y no bastándoles ya las palabras, se trepan sobre una mesa y reclaman,

a grandes voces, hechos llenos de energía y decisión. Sus gritos son coreados con grandes aclamaciones por la enloquecida grey. Sólo Ruge, quien entretanto ha engullido como si tal cosa tres bosteques, sonrío desdeñosamente al escuchar sus gritos, firme en su opinión de que durante mucho tiempo todavía las palabras deberán suplir a la acción y de que hay que tener paciencia hasta que llegue la hora y la práctica se pliegue por sí misma a la abstracción.

Pero Oswald y Edgar, "impulsados por el fuego de la acción", levantan ahora al loco Bruno sobre una silla, donde se pone a vociferar: Marx, "el monstruo" se encarama sobre los hombros de Rutenberg —la *Gaceta renana*— y los dos, Bruno Bauer y Marx, apremian, gritando desde allí, a Ruge con la pregunta de cuánto tiempo cree que podrá seguir acallando su sed con simples palabras. Le dicen que debe fijarse en cómo los devotos se disponen al ataque y que su dualidad con la policía es tan peligrosa como la Trinidad.

Feuerbach, el ermitaño, no es partidario de juntas y deliberaciones; le parece que lo más digno de todo es que el hombre libre obre por sí y ante sí. Pero el hombre de la Marca, Köppen, adorador de Federico el Grande, no piensa como el hijo de la Franconia. Ensalza la organización, que pone coto al desorden y evita derramamientos de sangre. Sus palabras revierten contra él, en labios de Edgar y Oswald, el mote de despreciable girondino que se hace pasar por ateo. Por su parte, "el muy digno" Stirner no quiere admitir que se ate la voluntad del hombre con chillidos. Acusa a Oswald y Edgar de que, obrando así, se dejan arrastrar a la esclavitud.

Y cuando parece que aquel congreso infernal, a medida que la disputa se enardece, va a disolverse en medio del caos, aparece por los aires, en un artificio volante hecho con ejemplares de los *Anales alemanes*, el editor Wigand, quien exhorta al coto a tomar ejemplo de la unidad y la paz que reina en la cercana Francfort, sede de la Dieta confederal. Y si alguien creyera que los "Libres" no pueden vivir donde soplan vientos de la Confederación, pueden encaminarse a Leipzig, donde él, el editor de la oposición alemana ha levantado las más hermosas barricadas de papel, que ningún devoto podrá tomar. La propuesta encuentra la aprobación de los reunidos y todos le siguen, menos Feuerbach, que desaparece entre la espesura.

Mientras tanto, las "gentes distinguidas", "los elegidos" se habían congregado en Halle, residencia de Enrique Leo, el feroz enemigo de los hegelistas, para recogerse en oración. Lo primero que hicieron fue entonar el edificante salmo que comienza así: "¡Oh, Señor, somos, postrados a tus pies, una carroña, un hedor apestoso, pasto de cuervos, una basura en el horrendo culo del pecado". Después de escuchar a un zapatero tísico, anunciando el fin del mundo, Leo se pone a predicar contra la diosa Razón, la gran ramera de Babilonia, y contra la revolución. Compara a Bauer con Robespierre, a Ruge con Danton y a Feuerbach con Marat y exhorta a los fieles a orar, orar y orar. En el momento oportuno reaparece, montado en su burra, Sack, para anunciar que Dios le ha ordenado proclamar la guerra santa contra las astucias y engaños del demonio, atrincherado tras los fardos de libros de Wigand. Y si los

príncipes y los ricos entregados a los placeres terrenales no le escuchan, tendrán que hacerlo los pobres, los ciegos y los tullidos y marchar detrás de Leo, su capitán, en la batalla final.

Wigand se había adelantado a la turba infernal de los Libres a quienes Bruno Bauer conducía por los aires, "siguiendo los caminos de Dios" hacia Leipzig, donde a toda prisa el editor quería convertir su casa, "el Gutenberg", en una fortaleza. Eran sus bastiones los fardos de impresos prohibidos, principalmente las obras de Bruno Bauer y Feuerbach. La columna de Bauer servía de estandarte a los devotos, que venían lanzados al ataque desde Halle, y traían consigo, para asaltar la fortaleza, la Escala de Jacob.

Todas las regiones de Alemania en que aún florecía la fe estaban representadas en aquella legión: a los de Bremen los capitaneaba el pastor Mallet; a los de Berlín, Hengstenberg; a los de Bonn, Nitzsch; a los de Zurich, Hirzl, el adversario de Strauss; a los del Wuppertal, naturalmente, Krummacher. Sack, cabalgando sobre su burra, ataca con el grito de guerra de los pietistas: "¡A mí la espada del Señor y de Gedeón!" y es el primero que se lanza contra las defensas de los impíos, seguido por los demás. Los Libres se batían con gran bravura. Stirner lanza desde lo alto, como proyectiles, fardos enteros de libros, que dejan aturridos a los atacantes; Ruge, por su parte, descarga sobre ellos volúmenes de sus *Anales*, mientras el loco Bruno hace sonar su trompeta; "desde un lugar seguro, donde ningún dardo le amenaza", Buhl lanza hacia atrás montones de folletos; Köppen, sin dejar de luchar, fieramente, se siente torturado por la idea de que no corra la sangre, Edgar pelea a brazo partido con Brauerkraft, la chaqueta de Oswald se tiñe de rojo, toda ensangrentada, Marx agita los brazos, animando a los combatientes.

Pero todos los esfuerzos son baldíos; resuenan cada vez más cerca los gritos de ¡aleluya! de los atacantes. Buhl y Köppen abandonan el campo, la florida barba de Wigand es desgarrada por Hengstenberg y Ruge y Edgar se ven en graves apuros. Bruno, casi solo, sigue peleando con gran denuedo y, afortunadamente, desmonta a Sack con un fardo de libros. Pero, en este momento, Leo, cual segundo Sansón, derriba las columnas de libros de la fortaleza que arrastran en su caída a Bruno Bauer; éste es atado y se encarga de vigilarlo a Sack, quien entretanto se ha puesto de nuevo en pie. Y, mientras esto ocurre, los fieles han arrollado completamente la fortaleza de los "Libres", a quienes se les han acabado las municiones.

Pero, cuando el demonio, después de haber animado a los impíos, parapetado detrás de las defensas de libros del "Gutenberg", huye a sus antros infernales se encuentra allí con una acogida aún peor. Hegel y sus amigos lo zahieren porque ha huido como una liebre, sin recurrir a sus vapores de azufre. Ya nada contiene a los moradores del infierno, que vuelan hacia Leipzig, en ayuda de los Libres. A la cabeza de ellos marcha Hegel. El maestro se había sentido siempre incomprendido por sus discípulos; ahora, abraza a Bruno, a quien Marat acaba de desatar, y le dice: "Sí, tú me has entendido y eres mi hijo bien amado". En vista de que el demonio, "personaje místico", no se ha

atrevido a hacerlo, Bruno Bauer se encargará en lo sucesivo de capitanear la lucha contra los devotos y será promovido a Diablo mayor.

Inmediatamente, cambia el curso de la batalla, los pietistas huyen y Sack, montado en su burra, vuela hacia el cielo, seguido entre aullidos por la turba infernal. El demonio, asustado porque sus criaturas, los Libres, lo han dejado a un lado como a "personaje místico", juzga prudente reconciliarse con Dios y aliarse a él. El Señor, en su infinita bondad, le promete su perdón, siempre y cuando que se lave las manos en la sangre de los blasfemos. Mefistófeles se lanza de nuevo a la lucha, pero esta vez en contra de los Libres, que amenazan con asaltar el cielo. Bruno, inflamado de ardor, vuela de estrella en estrella, sin que los evangelistas, quienes tratan de cerrarle el paso, puedan contenerle.

Flotan ya sobre las nubes los revolucionarios evadidos del infierno. Hegel siega con su espada de fuego las alas de los ángeles y Voltaire amenaza con exterminarlos; Ruge pone fuera de combate a los Padres de la Iglesia y Bruno abate a trompetazos, no sólo al arcángel San Miguel, sino también al diablo. El divino Cordero opone la cruz al furioso Marx, pero éste "esgrime su puño y amenaza con descargar fieros golpes". María, abandonando su santuario, trata de incitar a los ángeles a resistir a Bauer, el titán, cuya victoriosa legión se acerca cada vez más a la morada del Señor. Cuando los defensores de la fe se ven más apurados, descendiendo suavemente desde lo alto, nimbado de resplandor celestial, un pergamino. Bauer lo toma con manos temblorosas y palidece, al leer lo que está escrito en él. Es una sola palabra, escueta y categórica: "¡Destituido!" Cuando los Libres la escuchan, sus filas vacilan, se sienten sobrecogidos por el terror y, salen huyendo hacia la tierra, perseguidos por los coros jubilosos de los ángeles ¡La Biblia se ha salvado, ha triunfado la fe!

Este panfleto rebelde, escrito con trazos tan plásticos como sólo habría podido hacerlo un relato directo y vivido, y rebosante además de espíritu y humorismo, nos presenta a los Libres berlineses y a sus aliados y padrinos tal como su autor los veía y valoraba por aquellos días en que se contaba como uno de ellos. También para él seguía siendo, entonces, Bruno Bauer el jefe indiscutido del ala extrema de la izquierda hegeliana que tendía a remontarse sobre las posiciones de los *Anales alemanes*, en vista de que esta revista seguía considerando como patrimonio esotérico del mundo científico la revolución, consumada ya en el reino de la teoría. Arnaldo Ruge, el robusto pomeranio, es diseñado por Engels con fina ironía; nos hace ver que sus simpatías estarán siempre del lado de quienes permanezcan indecisos. Presenta lisa y llanamente como girondinos a Köppen y Buhl, de cuyo valor personal se permite dudar, entre chanzas y veras. Y diseca también con su escalpelo en las entrañas del mismo Stirner, quien teóricamente desbanca en radicalismo a todos los demás, plenamente convencido de que este prudente y moderado caballero tampoco se expondrá personalmente, cuando llegue la hora de la verdad. En Feuerbach sigue viendo a un hombre grande, pero solitario y asocial, a quien es mejor venerar desde lejos. En el partido de la Montaña, afanoso por ver al pensa-

miento revolucionario trocarse cuanto antes en acción, incluye a Bruno y Edgar Bauer, a Carlos Marx, y también a sí mismo.

De los hombres de la *Gaceta renana* cita aquí, además de Marx, a Jorge Jung y Rutenberg, pero, cosa digna de ser notada, no hace mención de Moses Hess. Y se explica, pues aunque se le haya llamado con cierta razón el padre del socialismo alemán, había llegado por otros caminos que los "hegelistas" a la conciencia de que era ya hora de transferir la libertad del mundo de la ciencia al mundo de la realidad. Nadie había proclamado antes de él con palabras tan claras que la filosofía idealista, incluso en sus representantes más avanzados, marchaba a la zaga de la vida y que sólo podía encontrar su complemento necesario y su resultado lógico en el comunismo. Más difundido se hallaba, en cambio, otro sentimiento: el de que, a medida que se acercaba a su fin la gran época de la poesía alemana, también la filosofía tendría que ceder su hegemonía a la política. El mismo Carlos Biedermann denunciaba "la esquizofrenia de la filosofía para con la realidad", al criticar en 1841 las posiciones de la filosofía alemana ante la vida pública y la moderna sociedad. Y, en la dedicatoria a Dahlmann del tomo cuarto de su *Historia de la literatura*, Gervinus daba expresión programática a quienes pensaban que sobaban ya las palabras y había llegado la hora de orientarse hacia el "mundo real". Así como Engels, desde los días de la adolescencia, ensalzaba al joven Sigfrido, el historiador de la literatura destacaba ahora al Enrique Percy de Shakespeare como "el divino trasunto del hombre hecho para la acción".

La conciencia de que entre la palabra y la acción se abría un abismo podía borrarse fácilmente en las condiciones anteriores a las jornadas de marzo, en que una y otra, la acción y la palabra, eran perseguidas casi por igual. La joven Alemania, aunque también ella llamara a la acción, se había quedado igualmente en las palabras. Y esta flaqueza, en un movimiento tan apreciado por él, no había pasado desapercibido para Engels, que tenía más del espíritu de Jorge Büchner que del de Gutzkow y el de Laube. En julio de 1842, se desligó definitivamente de aquel grupo de escritores. Escribió para los *Anales alemanes* un artículo en el que abogaba resueltamente por que los puntos de vista estéticos se subordinasen a la lucha de los principios y al movimiento político. Le dieron pie para formular esta posición, atenta a las exigencias de la época y con el fin de que, en lo futuro, no se sobreestimara aquel poquito de literatura, las lecciones "Sobre la moderna literatura alemana" publicadas por el director de la Hoja literaria de Königsberg, Alejandro Jung.

Como más tarde hará Lassalle con Julián Schmidt, Engels combatía ahora en el esteta de Königsberg "la languidez y pobreza" de una valoración literaria eternamente conciliadora, en la que se embotaban los principios y que tenía necesariamente que horrorizar a un temperamento como el suyo, preocupado siempre por encontrar claridad y nitidez. Aquel Jung, por lo demás no carente de méritos, era para él una especie de alcahuete literario, con sus constantes zalemas a los "modernos". "¿Qué le importa a la literatura", exclamaba, "el que este o aquel autor tenga un poco de talento, el que de vez en cuando

aporte una pequeñez, si en lo demás no sirve de nada, si su tendencia, su carácter literario, su obra, vistos en conjunto, no tienen el menor interés?" "En literatura" decía Engels, "cada cual vale, no por lo que es, sino por su posición ante la totalidad. Si yo me prestara a ese modo de ver, tendría que avenirme a tratar al propio señor Jung con mayor indulgencia, porque tal vez haya en su libro cinco o seis páginas que no están mal escritas y revelan cierto talento".

Engels adscribía a Jung, "espíritu nostálgico y desmedulado", que no se sentía tranquilo "si no se sometía a una autoridad ajena", a aquella tendencia liberal conservadora que ponía el grito en el cielo contra la "horrible negación" de los jóvenes hegelianos y clamaba por un Mesías positivo, creyendo, al parecer, haberlo encontrado en Schelling. Estos "anfíbios, portadores de charretas" eran insoportables para él, entre otras cosas porque no se atrevían a confesar que la negación que tanto los indignaba tenía también, a su vez, lados muy positivos.

A sus ojos, el progreso sólo era negativo para quienes se resistían a considerar como positivo lo racional solamente porque se movía, sin detenerse jamás y que, como la yedra, necesitaban una grieta en el muro, un hecho, para agarrarse a él. Todavía seguía considerando "al pensamiento, en su desarrollo, como lo único eterno y positivo", y la "exterioridad del acaecer" simplemente como "lo negativo, lo expuesto a la crítica, lo llamado a desaparecer". Ante el debatidísimo problema de si lo negativo puede ser, al mismo tiempo, lo positivo adoptaba, pues, aquí, una posición tan resueltamente afirmativa como en las columnas de la misma revista habría de mantener poco después el joven Bakunin. Mejor que las de Jung le parecieron las lecciones pronunciadas también en Königsberg por Walesrode, "Glosas y notas marginales a textos de nuestro tiempo". No le gustaba, sin embargo, que no tuvieran el vigor necesario para recortarse sobre el fondo de una gran concepción del mundo, "ya que solamente en ella puede resolverse satisfactoriamente toda burla y toda negación".

Engels hallábase también animado por la certeza de que el meollo positivo que se encerraba en las convicciones de la resuelta oposición, en cuyas filas se contaba él, marchaba hacia un despliegue incontenible y ello hacía sentirse también seguro de la victoria en cuanto a la lucha contra las ideas feudales, que en Prusia propugnaban ahora por entronizarse de nuevo en el poder.

Influido por Börne, Engels era ya, como hemos visto, cuando partió de Bremen, un revolucionario que había perdido la confianza en que la transformación de Alemania en consonancia con la libertad pudiera llevarse a cabo por la vía pacífica. Cuando se sentía alemán se consideraba, y así fue a lo largo de toda su vida, como hijo de una vieja cultura que miraba con recelo y no disimulado desprecio a todo lo prusiano. Ya de muchacho aborrecía a "la fría y desalmada burocracia" que no dejaba a los renanos disfrutar en paz su procedimiento judicial oral y público, del que él se sentía orgulloso. Recordémos el odio con que en sus cartas desde Bremen hablaba del viejo rey, porque éste había violado la promesa de una Constitución solemnemente hecha a su pueblo

y por haber defraudado tan ignominiosamente las esperanzas que le había hecho concebir en los días en que se sintió apurado.

Esta aversión se vio fortalecida al aparecer el panfleto de su coterráneo renano Venedey titulado *Prusia y el prusianismo*, que cayó en sus manos, allá en Bremen, a poco de publicarse. Venedey sólo admitía una diferencia en los rusos y los "borusos"*, la de que los segundos seguían usando el knut. El antiguo editor de *Los proscritos*, a quien una larga permanencia en Francia había abierto los ojos a las contradicciones de clases, examinaba en este folleto la situación interior de Prusia desde este nuevo punto de vista, que para Engels era todavía nuevo. Decía del gobierno prusiano que permitía a los comerciantes ricos, a los intelectuales y a los terratenientes nobles y plebeyos participar de la explotación de las grandes masas.

Pero no se crea que Engels había llegado a asimilar por entonces, en Bremen, todo lo que el escrito de Venedey tomaba del mundo de ideas del socialismo. Su carta a Federico Graeber de 29 de octubre de 1839 resume así lo que consideraba como el meollo del asunto: "Favorecer a la aristocracia del dinero con respecto a los pobres y esforzarse por fortalecer el absolutismo, por los medios conducentes a ello: opresión del pensamiento político, embrutecimiento de la mayoría del pueblo, embellecimiento de la fachada, fanfarronería sin límites y apariencias de favorecer a la intelectualidad". El hecho de que, en un principio, los *Anales de Halle* abogaran con tanto entusiasmo por el "Estado del futuro" no indujo a engaño a Engels ni en su aversión a Prusia ni en sus convicciones republicanas. Recordemos cómo hubo de mostrar su repugnancia por las ideas del viejo prusiano de Immermann y por los sentimientos rígidamente monárquicos de Arndt.

Lo que más irritaba a Engels en los nuevos rumbos de Prusia era, tal vez, la tendencia a "favorecer todos los llamados gérmenes históricos". Rechazó desde el primer momento y siguió rechazando siempre, por principio, cuanto viniese de la "Escuela histórica" de los juristas. No podía tolerar los "oropeles sofisticados" de la llamada concepción orgánica del Estado ni los postulados derivados de ella. Las "frases" de desarrollo histórico, organismo, utilización de los momentos dados y otras por el estilo no eran, para él, más que bellas palabras que nada tenían que ver con su verdadero significado. Y consideraba como un intolerable sofisma el que el concepto del "Estado orgánico" se empleara para envolver lo que en realidad era el régimen estamental y, con él, por consiguiente, el predominio de la nobleza y todo lo que lógicamente esto llevaba consigo.

"Quiénes propugnan una vida orgánica del Estado", leemos en un artículo sobre Moritz Arndt, "no son los partidarios de la división de la sociedad en estamentos, sino que somos nosotros, sus adversarios. Por el momento, no se trata, ni mucho menos, de una construcción teórica; se trata de algo con lo que se pretende seducirnos: del desarrollo de la nación por sí misma. Solamente

*Los prusianos.

nosotros hablamos de esto en serio y sinceramente; en cambio, esos señores ignoran que todo organismo se convierte en algo inorgánico desde el momento en que muere; hacen a los cadáveres del pasado moverse con sus hilos galvánicos y quieren convencernos de que ese movimiento no es mecánico, sino vivo. Dicen que tratan de fomentar el desarrollo de la nación por sí misma y le atan al pie el grillete del absolutismo, para que camine más aprisa. No quieren saber que lo que ellos llaman teoría o ideología, o Dios sabe qué, hace ya mucho tiempo que circula en la savia y la sangre del pueblo y, en parte, se ha incorporado ya a la realidad y que, al pensar así, no somos nosotros, sino ellos quienes vagan en las utopías de lo teórico. En efecto, lo que hace medio siglo podía ser una teoría, ha ido desarrollándose, de la revolución para acá, hasta convertirse en el elemento propio y sustantivo en la vida del Estado".

Mucho antes de llegar a Berlín, Engels pedía, con los liberales, "una nación grande, única e igual en derechos, formada por ciudadanos". En los primeros momentos de su estancia en la capital de Prusia se había visto absorbido por su actuación en contra de Schelling y en favor de Bruno Bauer. A fines de 1842 se promulgó el ya citado edicto liberal sobre la censura, que tras mucho pensarlo se decidía a dar el rey y que brindaba un asidero para llevar al pueblo, sacándola de la esfera esotérica de la teoría, la lucha por la libertad y la autodeterminación. Ante aquel hecho, era evidente que, como tantos otros, también Engels debía recurrir a la prensa diaria para la difusión de sus ideas. Es posible que lo que por aquellos días escribió para la *Gaceta de Königsberg* no revistiera gran importancia. Pero colaboraba también en la *Gaceta renana*, el primer gran periódico de la oposición que podía ver la luz en Prusia, rompiendo los estrechos horizontes del provincialismo. Sabemos cuán poco duró el esplendor, cuando Marx hizo oír al rey, desde sus columnas, verdades que sus nervios, estragados por la censura, no podían todavía soportar. Los corresponsales berlineses del periódico eran casi todos elementos del cenáculo de los Libres, quienes, gracias a ello, disponían de pronto de un importante órgano, al parecer dispuesto a servir de portavoz a sus opiniones y a acoger regularmente sus artículos. Y todos ellos, Buhl, Stirner, Meyen, Eichler, Edgar Bauer, Eduardo Flottwell, Teodoro Mügge, bombardeaban a la redacción de Colonia con sus colaboraciones.

Los artículos enviados por Engels a la *Gaceta renana* pueden no revestir una importancia descolante, pero permiten seguir la marcha de su pensamiento político durante aquellos años ricos en acontecimientos.

Apenas había llegado a Berlín, cuando se produjo aquí una manifestación política muy comentada y cuyas consecuencias fueron más allá de lo que tal vez se proponían quienes en ellas participaron. Un grupo de liberales progresistas llevaron una serenata a Welcker, el dirigente de la oposición en Baden, quien visitaba Berlín en una especie de viaje de propaganda, y el acto provocó el enojo del monarca, poco acostumbrado todavía a manifestaciones de alcance político y de signo independiente. Los neohegelianos, probablemente siguiendo un

plan trazado de antemano, decidieron aprovechar el banquete que siguió a la serenata para manifestarse en contra del culto exagerado que en Prusia se rendía al liberalismo parlamentario sudalemán. Bruno Bauer pronunció un brindis en honor de la concepción del Estado profesada por Hegel, de la que dijo que superaba considerablemente en audacia, libertad y firmeza a la de los liberales del sur de Alemania. Sus palabras dieron la señal para que los componentes del círculo berlinés se lanzaran a un debate de principios con las doctrinas del constitucionalismo sudalemán, que luego se hizo extensivo al constitucionalismo en general. Ello dio pie al artículo publicado por Engels en la *Gaceta renana*, el 12 de abril de 1842, sobre el liberalismo en el norte y el sur de Alemania. Para que sus manifestaciones pudieran pasar por la censura, es evidente que hubo de abstenerse de exteriorizar allí sus pensamientos con la misma claridad con que poco después lo haría Edgar Bauer, al publicar en una editorial suiza su crítica de la oposición liberal en Baden y en la Prusia oriental.

Ocupa el centro de las preocupaciones, en los albores de nuestra vida política de partidos, el problema de las relaciones entre la teoría y la práctica en el campo de la política. Tanto los kantianos como los hegelianos sentían la necesidad, que más tarde se perdió, de supeditar sus ideas políticas a la concepción que se formaban del mundo, compaginándolas con ella. El más importante precursor del liberalismo en el norte de Alemania, para Engels, era Börne, quien había destilado su teoría política de la práctica, convencido de que la más bella floración de la práctica era siempre la teoría. Engels no regateaba al liberalismo sudalemán el mérito de haber creado una oposición alemana, haciendo posible, con ello, la existencia de una oposición política en el país. Le reprochaba, sin embargo, el no haber sabido remontarse sobre la práctica. Consideraba exagerado, al igual que Bruno y Edgar Bauer, la importancia que se daba al desarrollo de la vida parlamentaria entre los alemanes del Sur. Dice que, en vez de plasmar en un pensamiento armónico la práctica, en que se aglutinan toda una serie de elementos heterogéneos tomados de Francia, Inglaterra, Alemania y España, su teoría es, desde 1830, una mediocridad que, en general, no ha salido de vaguedades en el aire. Según él, para alcanzar su fin más alto, que es la libertad legal, ese liberalismo se vale de medios que se contradicen y excluyen los unos a los otros. Tan pronto persigue hacer a los diferentes Estados más independientes de la Confederación como implantar al lado de ésta una representación general del pueblo.

Estas deficiencias han hecho —sigue diciendo Engels— que el centro de gravedad de la oposición tienda, en los últimos tiempos, a desplazarse hacia el Norte. La superioridad de la tendencia que aquí se manifiesta reside en que no se enlaza a un hecho singular, como la revolución de julio, sino a la historia del mundo y, en especial, a la de Alemania. Su fuente no se halla tampoco en el extranjero, sino en el corazón de la patria. Y, como esta fuente es la filosofía alemana, el liberalismo del norte de Alemania posee un sentido más consecuente, mayor precisión en sus postulados, una coordinación más firme entre los medios y los fines. Como producto necesario de las aspiraciones nacionales, son

también nacionales sus ideas, mientras que las del liberalismo sudalemán oscilan entre el cosmopolitismo y el nacionalismo. El liberalismo de los del Norte quiere dignificar a Alemania en el interior y en el exterior, razón por la cual no se le plantea el grotesco dilema de si hay que ser primero liberal y luego alemán o a la inversa. Y alcanzará sus metas, porque sigue el camino contrario que el del Sur, porque avanza de la teoría a la práctica.

Sus experiencias de 1840 habrían podido precaver a Engels del peligro de no apreciar debidamente la posibilidad, a que aquí se refiere, de una colisión entre el ideal liberal y el nacional. Y lo que señala acerca de los problemas concretos y del enjuiciamiento de la relación entre teoría y práctica no es de su peculio personal. Sabemos, en efecto, cómo toda la escuela estaba convencida de que la lucha que apasionadamente estaban librando en el terreno teórico encerraba una significación histórica universal. "La teoría es, hoy, la más vigorosa de las prácticas", escribía Bruno Bauer a Marx en marzo de 1841, "y aún no podemos predecir hasta qué punto tan importante llegará a ponerse en práctica". Y Buhl, en su folleto recién publicado *Sobre la misión de la prensa alemana*, llama a la teoría el san Juan que precede siempre a Cristo, a la nueva práctica.

Creo que no acreditaríamos mucho sentido histórico si viéramos en esta exaltación de la teoría política, despectivamente, una especie de necio doctrinalismo. La lucha de los espíritus, como la de los cuerpos, se adapta en todas las épocas a la técnica de las armas, adecuada al tiempo en que se vive. En aquel entonces, no podía concebirse una revolución si previamente no se revolucionaba el modo de pensar. Lo que más tarde habría de embrollar a hombres como Köppen, Bruno Bauer, Stirner y otros entre la espesura de la que ya no lograrían salir no fue precisamente la sobrevaloración de la teoría para comprender las fuerzas inherentes a la vida real, y su error en cuanto a la identidad del pensar y el ser, al que jamás se sobrepondrían, estribaba sencillamente en que se empeñaban en que el gran ser del mundo danzase al son que les tocaba su pensamiento personal.

Pero, para Engels no había el peligro de caer en semejante atolladero. Por muy fuerte que fuese en él la necesidad de una teoría, se hallaba demasiado arraigado en el mundo de los sentidos, de la experiencia vivida, de la intuición, para que fuese capaz de meterse en el rincón del enojo y una helada de marzo matase la simiente de su esperanza. Tanto él como Marx se reían de aquellos "entusiastas sentimentales" que, por respeto a las ideas, rehuían "todo contacto de su ideal con la vulgar realidad" (Marx). La idea, para ellos, no fue nunca la estrella de un ideal inasequible. Y no concebían la libertad como un ente que morase en "el reino de los sueños".

Estimulado por el curso de Henning sobre la organización financiera de Prusia, Engels emprendió en la *Gaceta renana* la tarea candente y actual de examinar lo que Prusia podía esperar de las ideas de la época y lo que las ideas prusianas de su tiempo podían ofrecer. Arremetió también aquí contra la doctrina orgánica del Estado de la escuela histórica, en la que ve solamente "la fra-

seología hueca de una tendencia caduca". Prusia, dice, es un Estado que no puede avanzar demasiado aprisa y que, sin embargo, se presta muy bien para un rápido desarrollo, ya que no arrastra, atada a sus pies, desde los días de la invasión, ningún grillete medieval. Quien ahora hable, en Prusia, de desarrollo histórico sólo puede aspirar a la vuelta al antiguo régimen, negando cobardemente los años más gloriosos de la historia prusiana y traicionando a la patria, ya que trata, con ello, de hacer surgir una nueva Jena.

Prusia, precisamente porque no es un Estado "natural", sino que ha nacido por obra de la política, persiguiendo determinados fines y por la acción del espíritu, no puede —dice Engels— buscar su salvación únicamente en la teoría, en la ciencia, en un proceso de desarrollo espiritual. Y, si se lo sabe utilizar, esto no constituye una falla, sino que puede convertirse, por el contrario, en una gran fuerza. El espíritu consciente de sí mismo está muy por encima de la naturaleza carente de conciencia y Prusia, si lo quiere, puede descollar muy alto por encima de los Estados "naturales". Precisamente porque en este Estado reina una diferencia tan grande entre las diversas provincias, es un postulado de la justicia que la Constitución prusiana emane pura y exclusivamente del pensamiento. Solamente así se fundirán rápidamente las diferentes provincias en una unidad superior pues de otro modo tendrían que pasar varios siglos antes de que pudiera fraguarse una unidad real. El camino que mayoría de los otros Estados debieran seguir aparece predeterminado por su carácter nacional, pero Prusia se halla al margen de esta coacción. Puede, haciendo caso omiso de otras consideraciones, seguir exclusivamente los dictados de la razón, aprender de las experiencias de sus vecinos y convertirse en el Estado ejemplar, en cuyas instituciones se plasme la perfecta conciencia estatal del siglo.

Tampoco estos pensamientos eran, como a primera vista se advierte, propiedad exclusiva del autor. No es necesario hacer referencia a la fuente de las ideas generales en que se inspiraban. Que Prusia, con la era de las reformas, había roto definitivamente con la Edad Media, lo afirmaban todos los publicistas liberales; que una Constitución moderna sería el medio más eficaz para superar de un modo orgánico el particularismo provincial lo había expuesto recientemente Luis Buhl en un libro sobre la importancia de los estamentos provinciales en Prusia. Además, no debemos tomar a Engels al pie de la letra cuando parece entregarse aquí a la apariencia de creer en la misión liberal de Prusia. Hacía mucho tiempo que estaba convencido de que los poderes personales y suprapersonales que decidían de la suerte del Estado cerraban el paso de éste hacia una democratización por la vía pacífica. Lo más probable es que sólo señalara esta meta luminosa para marcar como algo muy dolorosamente sensible el contraste entre la realidad prusiana y el ideal. Al argumentar así, seguía la táctica revolucionaria consabida: presentar como prácticamente asequible un ideal político absoluto para desdeñar con ello reformas de menor envergadura y contrarrestar de este modo su influencia conciliadora sobre las masas.

Ninguna otra de las reivindicaciones liberales era tan sentida por los

escritores radicales berlineses como la de la libertad de prensa. Y Engels aportó también su grano de arena a esta campaña con un extenso artículo escrito para la *Gaceta renana*, titulado "Contribución a la crítica de las leyes prusianas de imprenta". En él, analizaba con escueta objetividad las normas contenidas en el derecho general prusiano, parte II, cap. 20, art. 51 y en el edicto sobre la censura de 18 de octubre de 1819 sobre la relación entre los conceptos "insolencia" y "falta de respeto" que servían de pauta para castigar lo que las leyes vigentes calificaban como "burla".

No era justo, decía, que ambas cosas se fundieran en un concepto único. "Insolencia" implicaba mala intención y "falta de respeto", a lo sumo, un juicio precipitado. Y aún era más condenable que se castigaran con la misma pena la "falta de respeto" y la "burla", ya que se trataba, incluso, de cosas cualitativamente distintas. Mientras se mantuviera en la ley el término "falta de respeto", ello significaba declarar punible cualquier censura de la vida del Estado nacido de la irritación y el descontento. Pero ello entraría en contradicción con las nuevas condiciones de la censura, más liberales. Una ley, mientras no se derogase, no debía depender para nada del flujo y el reflujo de la práctica política. Y asimismo resultaría ilógico castigar "la instigación al descontento", ya que esto era precisamente el fin ostensible de toda oposición. No era posible censurar algo sin proponerse convencer a otros de los defectos de lo que se censuraba, suscitando en ellos, por lo tanto, el descontento. La circular sobre la censura de 24 de diciembre de 1841 había sancionado el derecho a incitar al descontento, y honraba mucho a la nación prusiana el hecho de que, en los meses transcurridos desde su publicación, hubieran sucedido realmente muchas cosas capaces de sembrar en ella el descontento. Si, en sus manifestaciones, los publicistas prusianos, con mucho tacto, no habían querido mezclar en ello a la persona del rey, no habían hecho más que anticiparse al principio constitucional sobre la inviolabilidad del monarca. Claro está que, cuando el autor, en un periódico como aquél, en momentos en que se veía ya muy acosado por la censura, recurriera a este argumento, no significaba, ni mucho menos, que hiciera suyo semejante principio constitucional. Hacía mucho tiempo que, siguiendo a Börne, se había desentendido de él; mucho antes, desde luego que los otros Libres, quienes habían esperado bastante para ponerse a criticar la insuficiencia del "justo medio".

Hacía pocos meses que Marx había escrito sus "Observaciones a la reciente Instrucción prusiana sobre la censura", publicadas bastante más tarde. Por primera vez, vemos moverse en el mismo terreno a los dos hombres cuyos nombres pasarán unidos a la historia. Engels, quien se proponía tocar en un artículo periodístico solamente un aspecto del problema, no pudo llegar a decir todo lo que pensaba, por lo delicado de la situación en aquel año de libertad de prensa restringida y, además, directamente maniatado por la misma censura, mientras que el estudio de Marx afirma todo el peso de sus ideas y convicciones y se propone ser una investigación a fondo del problema en toda su anchura y profundidad.

Esta temprana y vigorosa manifestación del genio de Marx encierra gran importancia para nuestra biografía, ya que en ella se manifiesta por vez primera en uno de los futuros camaradas de armas el pensamiento de que el Estado, al promulgar leyes inspiradas en una tendencia, se enfrenta a la oposición como un partido a otro y que, por tanto, las leyes tendenciosas no son tales leyes, sino privilegios. Basta generalizar, hacer funcionar dialécticamente y enfocar de un modo coherente esta contraposición, que ya de largo tiempo atrás los franceses y los ingleses consideraban bajo forma antagónica, para descubrir la lucha de clases como la ley motriz inmanente de la sociedad. Este mismo contraste entre ley y privilegio lo encontramos en otro artículo de Marx, escrito algo más tarde, pero publicado con anterioridad, también en la *Gaceta renana*. En él se postulaba la sustantividad del concepto de Estado, cuyas leyes naturales tenían un fundamento en la razón y la experiencia, y no en la teología. Claro está que, con ello, nada nuevo se enseñaba a Engels, quien a diferencia de Marx, no había llegado a la política a través de la filosofía.

Cuán de otro modo se expresaba Engels acerca de la Prusia de su tiempo cuando podía manifestarse sin miramientos hacia la censura, nos lo dice su artículo sobre Federico Guillermo IV, escrito en el otoño de 1842, probablemente en Barmen, para ser publicado en *El mensajero alemán de Suiza*. Era el nombre que se proyectaba dar a una revista en cuya aparición cifraban entonces grandes esperanzas los radicales. Con el fin de conseguir colaboradores para ella hizo Herwegh aquella gira por Prusia que comenzó como una cruzada triunfal y terminaría tan lastimosamente, marcando el fin del breve período de relativa libertad de prensa para los prusianos. Cuando, "por razones poderosas", resultó ser irrealizable el plan de la proyectada revista, los artículos reunidos para ella fueron publicados en Zurich, en el verano de 1843 como colección, en un librito, bajo el título, desafiante para la censura, de *Veintiún pliegos desde Suiza*.

En este trabajo, Engels describía, en lenguaje muy crudo, los orígenes y la historia de la lucha entre la "libertad absoluta" y la "autoridad absoluta". Solamente sobre el fondo de este antagonismo puede comprenderse, nos dice, la enigmática personalidad de Federico Guillermo IV. En este monarca el principio prusiano cuya consecuencia más extrema se personifica en él, vuelve a erigirse, por última vez, antes de que sucumba definitivamente ante la consecuencia libre del propio país. Llegará de este modo a su final el desarrollo de la vieja Prusia a tono con la trayectoria del pensamiento.

Para realizar el Estado cristiano —sigue razonando Engels—, el monarca querría infundir ideas cristianas al Estado burocrático racionalista que, bajo el cetro de su padre, casi había llegado a convertirse en un Estado pagano. Pero, lógicamente, este camino lleva a la separación de la Iglesia y el Estado y, con ello, según Hegel, conducirá muy lejos del Estado protestante, cuyo *summus episcopus* es el rey y que tiene como meta final la fusión del Estado y la Iglesia. Como el protestantismo en general, también el episcopado del monarca representa una concesión a la secularidad, una supeditación de lo espiritual a lo tem-

poral. Si el Estado quisiera tener derecho a ser llamado cristiano, tendría que restituir a la Iglesia su independencia. Pero como, en Prusia, sería imposible, sin socavar los fundamentos del Estado, volver al catolicismo y resultaría irrealizable la emancipación absoluta de la Iglesia, a Federico Guillermo IV no le quedaría otro camino que el del sistema intermedio seguido por él en el conflicto de Colonia, en el que, obrando de un modo auténticamente teológico, revocó los principios que le estorbaban, para contentarse con una solución de la que el Estado salió con un hueso roto, sin que la curia cediese en nada.

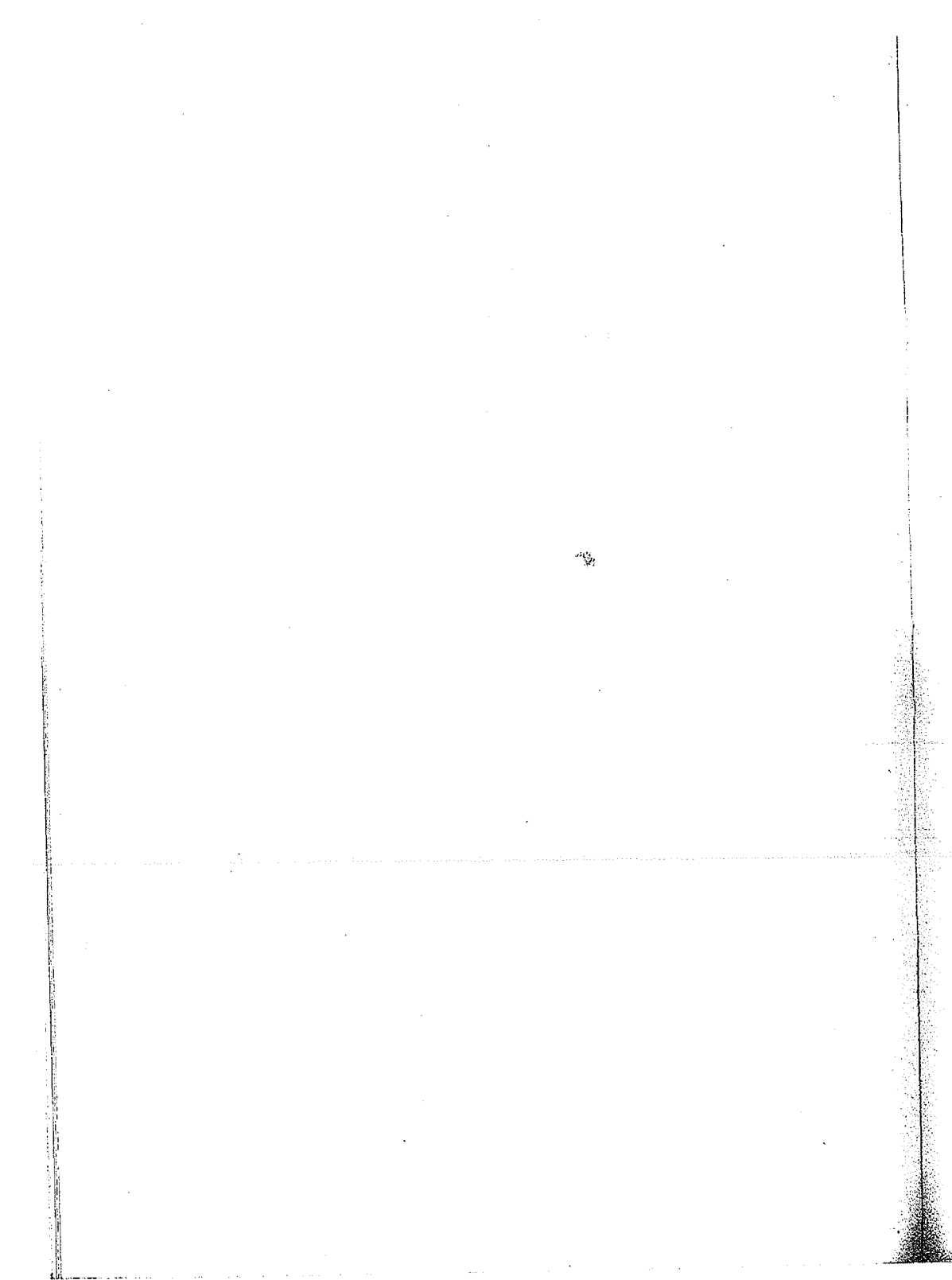
Y también la política interior del rey, al igual que su política eclesiástica, presentaba, en el análisis de Engels, contradicciones cubiertas bajo una envoltura muy superficial. Nada demostraba más claramente por el punto de vista medieval del monarca que la especial predilección de éste por el régimen corporativo. Las fuerzas que animaban al viejo Imperio habían ido disgregando hasta su disolución la coexistencia de corporaciones privadas, asistidas en su vida interna de cierta libertad e independencia, pero que, por lo demás, luchaban entre sí y se engañaban las unas a las otras.

Federico Guillermo —apuntaba el autor de este artículo— debe guardarse de llevar a sus últimas consecuencias el Estado cristiano que se cree llamado a restaurar. Aunque él sólo aspira, en realidad, a la apariencia teológica, y no a la miseria, a la opresión, al desorden y a la autodestrucción que este Estado lleva aparejadas. Apetece solamente una Edad Media razonable, lo que hace que sus aspiraciones no sean absolutamente liberales: quiere que su Prusia disfrute de todas las libertades posibles, pero, bien entendido, bajo la forma de la carencia de libertad, del monopolio y el privilegio. Ve en la prensa libre el monopolio del estamento preferentemente científico y en la representación un monopolio estamental, y no un derecho de los ciudadanos. No reconoce, por tanto, derechos generales, derechos humanos, derechos cívicos, sino solamente derechos corporativos, privilegios.

Está dispuesto a otorgar cuantos privilegios pueda sin coartar su poder absoluto con disposiciones legales positivas. Pero la chirriante maquinaria del frío Estado burocrático prusiano no quiere saber nada de un brillante y confiado romanticismo, y el pueblo, atendiendo al promedio de él, se halla a un nivel político demasiado bajo para poder penetrar en el sistema del rey cristiano. Esto hace que el monarca, desmintiendo su carácter abierto y jovial, tenga que recurrir a medios teológicos y explorar con ayuda de ellos la opinión pública, para eludir medidas excesivamente escandalosas. De ahí que en sus discursos emplee tan hábilmente la terminología del constitucionalismo, aunque, sin retirarle su nombre honorífico, diga de él cosas bastante zafias y superficiales.

Esta manera de acomodarse a las exigencias de la época la llamaba Bruno Bauer hipocresía. Ahora bien, ¿lograría Federico Guillermo IV hacer triunfar su sistema? Engels contesta a esta pregunta con un rotundo no. Y dice que de las dos exigencias en que la opinión pública de Prusia se concentra cada vez

más, el pueblo arrancará al rey, por mucho que éste se resista, la libertad de prensa; logrado este objetivo, no tardará más de un año en ir seguido de la Constitución. Y, una vez que Prusia sea un Estado representativo, no resultará fácil prever el rumbo que seguirán las cosas, pues la situación actual de este país presenta una gran semejanza con la de Francia en vísperas de la revolución.



CAPITULO V

RUMBO AL COMUNISMO

Es el propio Engels quien nos dice que fue Feuerbach, con su disolución del concepto especulativo, quien le abrió al camino que habría de conducirle del asalto revolucionario al principio de autoridad a la revolucionización de la realidad. Pero sólo paso a paso pudo darse cuenta de todo el alcance del nuevo modo de ver que Feuerbach le transmitió. Hubo de pasar, pues, algún tiempo antes de que se revelase ante él el comunismo como el meollo de la nueva y más real concepción. Y son muy escasos los elementos de juicio que nuestro biografiado nos ofrece para saber cómo fue operándose en él, en detalle, este proceso.

Mientras que Bruno Bauer se dedicó exclusivamente a investigar los orígenes del cristianismo, Feuerbach se planteó, como es sabido, el problema de su esencia, dando así a la juventud filosófico-revolucionaria el santo y seña para repudiar, no sólo el cristianismo, sino la religión en general. Del derrocamiento de Dios y de la inmortalidad sacaba este pensador consecuencias que iban más allá de las sostenidas por los neohegelianos propiamente dichos, cuyo intelectualismo, heredado de Hegel, espiritualizaba totalmente al hombre, convirtiéndolo en autoconciencia. Feuerbach, por el contrario, reivindicaba la fuerza de la voluntad y la plenitud de corazón, que colocaba al lado del vigor de pensamiento. Sus *Principios para una filosofía del futuro* situaban en el mismo plano la verdad, la realidad y la sinceridad y ello permitía a este filósofo crear una imagen del mundo orientada hacia un sensualismo positivista. Feuerbach echaba de menos en Hegel la intuición; deploraba que este pensador tan ensalzado tendiera a divorciar el contenido y la forma, que partiera de lo infinito, y no de lo finito. Y, para sobreponerse a esta concepción unilateral, proponía retornar a lo terrenal, despojar de su hegemonía a la razón y sustituir a ésta por el amor y la voluntad. En el prólogo a la segunda edición de su *Esencia del cristianismo*, leemos: "Para mí, la erudición y la filosofía son simples medios para desentrañar el tesoro soterrado en el hombre". "La verdad —dice el mismo prólogo— es el hombre, no la razón en abstracto, es la vida, y no el pensamiento, pues éste se queda sobre el papel y solamente en él cobra plena existencia". Por tanto,

para Feuerbach el hombre dejaba de ser un ser pensante. Con él, asistimos a la estruendosa resurrección filosófica de la acción, que desde Fichte había ido relegándose a segundo plano, pero que para Engels había sido siempre la coronación de la vida.

Ningún indicio nos permite afirmar que influyera poderosamente en Engels el espíritu de Fichte, desechado como anticuado por la escuela hegeliana. Sabemos, en cambio, que nuestro biografiado tenía en gran estima el concepto tan alto de la acción proclamado por Goethe, aunque el final del Fausto lo decepcionara, pues él, con su aguda sensibilidad social, habría querido "un Fausto no egoísta, sino sacrificándose por la humanidad" como el lema de redención de sus eternos afanes. El final de *Schelling y la revelación* nos hace ver cuánto le impresionó el que Feuerbach descubriera la verdadera vida del hombre en las relaciones entre el individuo y la especie. Este concepto de la especie, tan preñado de sentido para Engels, le decía, indudablemente, mucho más que el panteísmo, ya declinante para él, y los lazos profundos de lo terrenal venían a sustituir con gran ventaja los lazos de lo trascendente, llamados a desaparecer definitivamente en su pensamiento.

Es cierto que Engels, fascinado por todo lo que Feuerbach le ofrecía de nuevo y de magnífico y grato para su modo de pensar, no se percató enseguida de que este pensador minaba poderosamente los fundamentos de la filosofía hegeliana y, para explicárnoslo mejor, no debemos perder de vista que aquel pensador se limitaba a hacer una crítica demoledora de la religión, sin trascender a otros campos del espíritu. Esto explica por qué, al principio, la aparente coincidencia de los resultados encubría la diferencia en cuanto a los puntos de vista y las metas, en Feuerbach y Bruno Bauer. Engels aclamaba a Feuerbach sin sospechar que su pensamiento atentaba contra la hegemonía universal de Hegel, que se extendía por sobre todas las ciencias particulares para afirmarse en el reino del espíritu. Pero lo que más tarde proclamará en su libro sobre Luis Feuerbach lo pensó desde el primer momento: no era posible dar de lado sin más a una construcción como la hegeliana, cimentada sobre sillares tan inmovibles; quien pretendiera destruir la forma de semejante sistema tenía que sentirse también lo bastante fuerte para salvar su contenido, cuyo valor era permanente e inatacable. El ensayo publicado por Engels en *El telégrafo* sobre la lección inaugural de Schelling echaba en cara al positivismo romántico que el principio de toda la filosofía moderna, el *cogito, ergo sum*, no podía tomarse por asalto. Y tampoco se prestaba a entregar el cetro al positivismo sensualista de Feuerbach, mediante la autonomía de la autoconciencia, mientras viera que, en la pacífica escena alemana, la idea era algo desamparado e impotente frente a los robustos poderes de la vida económica.

Poco antes de aparecer *La esencia del cristianismo* había visto la luz, con el título de *La triarquía europea*, un libro notable que trataba de tender de un modo todavía más directo que la obra de Feuerbach el puente entre la filosofía y el problema de la acción. Si Gervinus había llevado a los alemanes de la literatura a la política, Moses Hess, el autor del libro a que nos referimos, pre-

tendía llevarlos de la filosofía a la práctica social. Unos cuantos años mayor que Engels y que Marx, pero renano al igual que ellos, de ascendencia judía como Marx y, lo mismo que Engels, hijo de un industrial de cuyas ideas religiosas y conservadoras disentía, este hombre, llamado a abrir a aquellos dos el camino hacia el socialismo, respondía a una orientación distinta de la de ellos. Movido por otras valoraciones y encaminado también hacia otras metas, sus caminos no tardaron en bifurcarse. Muchas veces se ha dicho de Marx que era la personificación potenciada de la fuerza dialéctica del espíritu judaico. Con mucha más razón podría afirmarse de Moses Hess que vivían en él, elevadas a una potencia superior, aquellas fuerzas secretas que fermentan en el interior del pueblo judío, aguardando la hora de manifestarse y realizarse, fuerzas que pugnan en vano por abrirse paso, con fervor verdaderamente trágico. Moses Hess, altruista soñador, cuya mirada dulce y amable no podía pasar desapercibida ni al más acerbo adversario personal, pisaba con menor firmeza que Marx y Engels sobre el suelo de la realidad. Engels no podía perdonarle a este "buen muchacho", condenado por su incurable inocuidad a ser el blanco de la burla y el sarcasmo de sus compañeros, el que se dejara llevar casi siempre de ilusiones. A través de todas las mutaciones espirituales a que un hombre tan fácilmente influenciable como él se veía sometido a cada paso, no le abandonó nunca, ostentándola unas veces con orgullo y otras veces reconociéndola veladamente, la inmemorial fe mesiánica de sus antepasados en la futura redención de la raza humana. Y para alimentar este sueño, regado por la sangre de su corazón y que trató de plasmarse, primero en el cristianismo y luego en el comunismo, para dar por último en el sionismo, su alma, consciente o inconscientemente, se nutría en la tradición de su tribu ancestral, cuya savia sentía latir en sus venas el "rabino comunista", como sus compañeros le llamaban. Su personalidad se dejaba llevar más por los impulsos del corazón que por el acicate del conocimiento, y esto le diferenciaba profundamente de Marx y Engels, quienes acabaron viendo en él solamente al hombre atolondrado, olvidando que alguna gratitud debían a su intuición extraordinaria, más aguzada en él que la capacidad dialéctica. A la diferencia de las dotes intelectuales venía a unirse, además, la diferencia de temperamentos. En una polémica con Marx, Hess ponía de relieve, y con razón, el contraste entre el carácter "disolvente" de su adversario y su propio carácter "conciliador" y, tratando de ser justo, añadía que tal vez ambos exageraran sus dotes. Hay que decir que Hess, aun sabiendo captar con aguda sagacidad los enlaces entre las cosas, no era capaz de plasmar, cohesionar decididamente y eliminar con la necesaria energía lo que había captado con gran fuerza y vitalidad; no era el hombre para decantar en claros y diáfanos conocimientos los anhelos de su alma.

La triarquía europea, obra publicada sin el nombre del autor, revelaba sus defectos y sus virtudes. Eran muchos los que clasificaban a Hess entre los neohegelianos, ya que empleaba su terminología y manejaba sus fórmulas tricotómicas. Pero Hess no pretendía, como Hegel, subordinar la naturaleza al espíritu y se profesaba discípulo de Espinoza, quien, al paralelizar el mundo

espiritual y el mundo corporal, se ajustaba visiblemente a la tendencia monista innata al modo de ser de su admirador. Solamente el gran filósofo de su raza podía aplacar la insoslayable necesidad, tan vivamente sentida por Hess, de unificar la concepción del mundo y la ética, y solamente en él descubría también Moses Hess la fuerza necesaria para tender un puente sobre el abismo que en Hegel parecía separar los mundos del pensamiento y de la acción. La meta que desde el primer momento flotaba ante los ojos de este hombre no era el salvarse a sí mismo, sino el salvar a la humanidad. Hess, quien más que un pensador original era un místico, atraído por las culturas y los grandes genios del pasado, en quienes ahondaba para rebuscar, movido sobre todo por las afinidades electivas, entre su tesoro de ideas aquéllas que pudiera amalgamar con sus propios sentimientos, poseía un don maravilloso para emparejar lo que, a la luz de las más profundas necesidades de los tiempos, parecía encerrar un paralelismo lleno de posibilidades creadoras. Había errado de joven por Inglaterra y Francia, y estos viajes le habían hecho todavía más sensible a la misión que se proponía. Se grabó en él, imborrable, la impresión de que en estos países la vida económica discurría con fuerza mucho mayor que en Alemania y de que la vida política podía desarrollarse también con mayor vitalidad que en su propia patria. Y ello le llevó a la convicción de que había sonado para la filosofía alemana la hora de poner fin al aislamiento y a la sobrestimación del pensamiento, que amenazaba con ahogarla. Pero, al tratar de poner en pie una filosofía de la acción, se dio cuenta de que era necesario hermanar el espíritu de Espinoza con el de Saint-Simon. Y, con ello, en el momento mismo en que Feuerbach se encargaba de acercar a los neohegelianos al problema de la especie, Hess abría a la vanguardia de aquellos pensadores el camino hacia la ciencia social de los franceses. Poseemos un testimonio de Engels, fechado en noviembre de 1843, en que se reconoce expresamente que Hess fue el primero que les hizo ver a él y a sus afines que el comunismo era la solución adecuada y el desarrollo necesario y consecuente de la doctrina neohegeliana. No se pudo sin embargo lograr que, consecuentes con su pensamiento, diesen un paso tan decisivo las personalidades que hasta entonces encabezaban este grupo, Bruno Bauer, Arnold Ruge y el propio Feuerbach.

No cabe duda de que Feuerbach ejerció, en el terreno filosófico, una influencia profundamente revolucionaria. Pero este solitario, marginado de la vida del Estado y de la sociedad, era el hombre menos indicado para abordar de un modo fecundo el problema de la acción. "La verdad está —decía Feuerbach— en lo que coincide con la esencia de la especie, y la falsedad en lo que la contradice". Pero no sospechaba siquiera hacia dónde debía arrastrar el viento de los tiempos la semilla desprendida de su filosofía, una vez que su concepto de la especie se concretase y se pusiera en íntimo contacto con los problemas sociales de una época ascendente, aunque en Alemania sólo la percibieran muy pocos.

Pues bien; allí donde Feuerbach fallaba acudía a cubrir el flanco Moses Hess. Este reprochaba a la filosofía neohegeliana de la historia el que ni

quiera se planteara el problema de derivar de las dos magnitudes conocidas de la historia, el pasado y el presente, la tercera magnitud, que era el futuro, para influir así, de la mano de esta nueva conciencia, sobre la estructuración del porvenir. Es una idea de Saint-Simon, llamada a convertirse en uno de los grandes pilares del sistema de Marx y Engels. Y todo parece indicar que fue aquí, en el libro de Hess, donde por vez primera este pensamiento se le reveló a Engels con toda su fuerza.

El interés por el gran fecundador francés de la ciencia social había ido decayendo gradualmente desde mediados de los años treinta. Al igual que hacía Engels con Börne, a quien tanto respetaba, Moses Hess, pero con mayor razón, situaba a Saint-Simon al lado de Hegel. Y a la luz de las diferencias existentes entre el desarrollo contemporáneo de Francia y el de Alemania, exponía el autor de esta obra las que mediaban entre sus dos héroes. Con afán de conocimiento, decía Hess, Hegel había llegado a comprender el pasado, mientras que Saint-Simon, movido por su impulso hacia la acción, atisbaba el futuro. Lo que para los alemanes de su tiempo significaba el mundo del pensamiento, era lo que para los franceses representaba el mundo de la ética. El movimiento alemán de la Reforma había implantado la libertad de pensamiento; la Revolución francesa, por su parte, había hecho realidad el principio ético. Pues bien, la tendencia fundamental de los nuevos tiempos iba encaminada a entrelazar y, dentro de lo posible, a fundir estas dos formas de la libertad, la francesa y la alemana. Por suerte, el continente elegido, Europa, albergaba, además, un tercer pueblo, llamado a compartir con los alemanes y los franceses la responsabilidad de velar por el futuro de la humanidad. La misión de compendiar la Reforma alemana y la Revolución francesa, llevando a su remate la libertad mediante la realización de la igualdad en el terreno político-social, se la asignaba Hess a la revolución inglesa, anunciada por él como inminente. El cometido de esta revolución sería acabar con el contraste entre el pauperismo y la aristocracia del dinero y llevar a su término la metamorfosis de la historia universal en cuanto a las relaciones del mundo presente entre la clase dominante y la clase postergada.

Con estas tesis, Moses Hess fue, dentro del círculo del radicalismo filosófico alemán, el primero que puso de relieve la lucha omnifacética contra la autoridad de los poderes históricos como un fenómeno común a los Estados dirigentes en el mundo de la cultura y sentó la afirmación de que esta lucha histórico-universal sólo podía ventilarse en la esfera social. Veía en una segura perspectiva la revolución político-social en Inglaterra, donde el nivel del movimiento cartista era ya muy alto: en cambio, la *Triarquía* no esperaba con igual certeza que las contradicciones de clase llegaran a alcanzar también en Alemania una aspereza amenazadora. El hombre que primero llamó la atención hacia el proletariado industrial como fenómeno internacional y hacia los peligros que este fenómeno anunciaba tanto para Alemania como para Inglaterra y Francia fue, probablemente, Lorenzo Stein.

El propio autor de la obra había opuesto los obstáculos más imaginables

a la rápida difusión de los fecundos pensamientos encerrados en *La triarquía europea*. El lector veíase obligado, en efecto, a extraer estos pensamientos de un páramo de fantasías histórico-filosóficas y de elucubraciones místico-sentimentales. Suponemos que Engels leyó el libro cuando ya en Berlín habían llegado a él por otros canales las nuevas ideas a las que luego, por la impresionante manera como las exponía, le ganó definitivamente Moses Hess. Uno de los primeros que señaló la importancia de la *Triarquía* fue Luis Buhl, quien, en el comentario que hizo a la obra en la revista *Athenaeum*, en marzo de 1841, declaró que también consideraba las aspiraciones del cartismo y de los owenistas como las primeras manifestaciones de la revolución social que se avecinaba.

Y, como también Berlín tenía su proletariado, cuya total "deshumanización" sólo podría prevenirse por la vía de las reformas sociales, un autor anónimo invitaba a los filósofos, desde las páginas de la misma revista, el 24 de julio, a ocuparse del socialismo, a la par con la ciencia de los franceses y los ingleses, ya mucho más desarrollada, pero ahondando al mismo tiempo en la práctica y haciendo algo en este terreno. También en *Athenaeum* y por aquellos mismos días sonó la advertencia del joven Constantino Frantz: "¡Organizad a las masas, si no queréis que se organicen ellas mismas, pero para el asalto!" Frantz, atendido a la situación espiritual de Alemania, sólo confiaba en la ayuda del Estado, quien, según él, debía amparar al proletariado contra los abusos y convertir a los trabajadores en ciudadanos. Pero los únicos que leían *Athenaeum* eran el puñado de pensadores "libres" que colaboraban en él y dos o tres docenas de amigos suyos. Las voces sueltas de alarma llamando a la conciencia social del Estado y de las clases poseedoras que se alzaban desde sus páginas se perdían en el desierto. Si de ellos hubiera dependido, no cabe duda de que, en su infatuación doctrinaria, aquellos escritores "libres" hubieran desdeñado los problemas reales por ellos planteados y difícilmente se habrían decidido a descender a este terreno, saliendo de las nubes del yo absoluto en que moraban. La verdad es que el mundo de las ideas socialistas no ofrecía gran aliciente a la infatuada dialéctica de estos empedernidos intelectualistas e individualistas.

A quien menos podía ocurrírsele hermanar enérgicamente a la filosofía y el proletariado mediante el concepto de la emancipación, era a Bruno Bauer. Tan pronto como él y su hermano se percataron de que estaban ante un problema que les habría obligado a revisar a fondo todo lo que sabían, afirmaron la existencia de un abismo infranqueable entre la masa, para ellos reacia a la razón, y el espíritu, de que se consideraban depositarios exclusivos. Cuando el radicalismo filosófico berlinés se prestaba a escuchar las sugerencias que le llegaban del socialismo francés, haciéndolo a su manera, daban vueltas y más vueltas alrededor de lo mismo, sin moverse del sitio, demostrando que eran incapaces de descubrir nuevos horizontes.

Es característico, en este sentido, el ensayo publicado en *Athenaeum*, el 21 de julio y el 7 de agosto de 1841, acerca de las posiciones mundiales de la revolución. El autor se declaraba partidario del principio de la libertad, alma del socialismo francés, y demandaba que, después de organizar el Estado, se

procediera también a la organización de la sociedad. Pero, como en lo más profundo de su corazón era un pequeñoburgués, estaba convencido, y así lo expresaba, de que la decadencia de la escuela sansimoniana venía a demostrar que aún no había llegado la hora de la realización de este gran ideal. Este medroso progresista viene a decir que la idea de elevar al trono a la chusma y de abrir las compuertas a la violencia desatada no tiene sus simpatías y que el derribar las barreras entre las clases es incumbencia de la cultura. Y este tipo de socialismo es rechazado más resueltamente todavía por Eduardo Meyen en un trabajo publicado en *Athenaeum* el 23 de octubre y escrito para servir de epílogo a una reedición del informe de Gozlau sobre la expedición de los furieristas al Brasil. Según él, era suficiente con la igualdad en el plano de la cultura y de la Constitución, pues la igualdad de bienes había sido rechazada siempre por la historia como una abstracción. La historia quería la libertad, pero no la igualdad; más aún, necesitaba de la desigualdad para que entre los hombres reinara la misma gradación y funcionaran los mismos resortes propulsores que en la naturaleza.

Si en la literatura alemana de revistas y folletos se había apagado de largo tiempo atrás el interés por el sansimonismo, habían encontrado eco aquí, en cambio, las manifestaciones socialistas posteriores producidas en el extranjero. Rochau había publicado en 1840 una exposición crítica de la teoría social de Fourier y las *Cartas a un creyente*, de Lamennais, que los artesanos alemanes itinerantes leían con gran entusiasmo, habían sido traducidas al alemán por Börne y las revistas alemanas hablaban también de los ingleses, principalmente de Godwin y Owen. Ultimamente, la intentona blanquista del 12 de mayo de 1839 había concitado la atención de las gentes hacia los manejos de las sociedades secretas guiadas por la idea comunista. En 1840 y 1841 vieron la luz en la revista *Freibafen* dos artículos de Franz Schmidt titulados "Proyectos modernos para una regeneración de la sociedad" y "Los elementos hostiles a la sociedad", que, de haberlos leído Federico Engels, como es de suponer que lo hiciera, pudieron haberle brindado valiosas sugerencias. Estos artículos hablaban extensamente de los diversos movimientos socialistas y de los objetivos prácticos de cartistas y blanquistas. La táctica de estos partidos es, para el autor, indicio de que se dibuja ya claramente en el horizonte la lucha de la multitud desposeída contra el poder y la riqueza. Se tributa aquí un vivo elogio a los esfuerzos teóricos y prácticos de los "nobles corazones" de los grandes utopistas de Inglaterra y Francia, "inflamados de ardor por el bien de la humanidad" y se reconoce la superioridad de la idea cooperativa sobre la forma dominante de la producción. Sin embargo, Schmidt no está seguro de que fuese posible generalizar las doctrinas de ciertas sectas comunistas alemanas, y esto le lleva a mostrarse, al final, perplejo ante "la tempestad que se avecina".

Al final del año 1841 y durante los meses siguientes, este interés de los publicistas alemanes por el problema social quedó de nuevo relegado a segundo plano, al ampliarse la libertad de prensa y abrirse, en Prusia, un cauce algo más ancho a la discusión de los problemas puramente políticos. También los neohe-

gelianos creyeron al principio que marchaban ya en línea recta por el camino de la teoría a la práctica, del pensamiento a la acción; también ellos se las prometían muy felices, pensando en la libertad y en la publicidad de la vida política. Ahora iba a demostrarse si corría realmente por las venas del Estado empírico la savia capaz de convertirlo en un Estado racional. El entusiasmo por el Estado y por la misión que estaba llamado a cumplir florecía opulentamente. El mismo Marx ensalzaba al Estado como "el gran organismo en que debe hacerse realidad la libertad jurídica, ética y política". Tan levantadas esperanzas tenían que caer por tierra para que pudiera abrirse paso de nuevo aquel escepticismo ante el Estado que Moses Hess había traído de Francia, donde la decepción ante la monarquía burguesa había llevado a grandes masas del pueblo y a los espíritus alertas que ya se ocupaban seriamente de los problemas sociales, a apartarse de la política.

Ideales tan vastos y tan confusos como los que flotaban ante el espíritu de Moses Hess no podían alentar esperanzas de realización en el Estado prusiano, ni en el que la fría realidad mostraba ni siquiera en el Estado idealizado con que habían soñado los pensadores neohegelianos. Muy alejados se hallaban de la realidad incluso los deseos de los liberales, afanados por encontrar, en la unidad, metafísicamente concebida, un puente que pusiera fin al tajante dualismo político reinante en Prusia. La idea de "acabar prácticamente con el aislamiento del hombre" estaba muy por encima de todo lo que el Estado y la Iglesia podían arriesgarse a prometer: de ahí que Moses Hess viera, en ambas, formas repudiables de la vida social. Ahora que el Estado había frustrado las esperanzas de cuantos pensaban libremente y que había vuelto a sus cabezas la razón, Hess creyó que había llegado realmente el momento de que también en Alemania se abriera paso la convicción de que el verdadero palenque en que se ventilan los grandes problemas de la historia universal no es el Estado, sino la sociedad. Estaba seguro de que ya no caería en oídos sordos su convencimiento de que, en Alemania, lo mismo que en Inglaterra y Francia, la emancipación que abarcara a todo el pueblo sólo podría lograrse en el seno de la sociedad. La experiencia francesa e inglesa se había encargado de hacer ver también a los alemanes, con gran elocuencia, la importancia del problema social al lado del problema político o incluso por encima de él. Pero la Joven Alemania, tan grande a la hora de atacar los problemas como pequeña a la hora de realizarlos convirtió este punto de vista en una serie de frases vagas y no supo sacar los frutos de él, ni en el terreno científico ni en el práctico. Sin embargo, como recordaremos, fue la influencia del sansimonismo sobre estos círculos intelectuales la que movió a Engels a meditar ya desde muy pronto sobre las limitaciones de la propiedad y del derecho hereditario.

Qué eran las contradicciones de clase había podido observarlo Engels, ya de niño, en el Wuppertal, y cómo estas contradicciones repercutían sobre la Constitución lo había comprobado en Bremen, en el Estado de los notables. El panfleto de Vanedey contra Prusia le hizo ver cómo, en un gran Estado, los privilegios políticos descansan siempre sobre el privilegio de la propiedad.

Pero, dado su carácter, era natural que esta clase de experiencias y observaciones sólo echaran raíces en él al calor de la lucha por una concepción del mundo, partiendo del centro de su pensamiento para poner luego en marcha su voluntad. Antes que la Joven Alemania y con mayor fuerza que ella había sabido comprender la crisis social, con gran clarividencia, el genio de Enrique Heine, captando certeramente su gran trascendencia para la historia universal y expresando su sentido en cristalinas frases. La idea de las dos naciones, la de los ricos y la de los hambrientos, que luchan denodadamente entre sí en el seno del mismo pueblo, idea que encontramos ya en 1821 en "Ratcliff" y que aflorará de nuevo, para no desaparecer ya nunca en él, cuando la revolución de febrero le lleva a París. Desde entonces, miraba con ojos muy abiertos y casi angustiados a la caldera de las brujas de la que se alzaban los nuevos y extraños vapores y algunos de los resultados de sus observaciones encontraron su curso a los artículos enviados por él a la *Allgemeine Zeitung* sobre la situación de Francia bajo la dinastía de julio.

El furor de lectura de Engels, unida a la importancia de aquel periódico y a la fama de su corresponsal, nos llevan a creer que no se le pasarían desapercibidas las cartas en que el poeta, llamando la atención de sus lectores hacia el carácter europeo de la revolución que se avecinaba, pintaba a sus compatriotas el comunismo como el héroe sombrío dispuesto, en cuanto recibiera el santo y seña, a desempeñar un papel muy importante, aunque transitorio, en la escena universal. Pero no sería ya aquélla la primera vez que Engels rechazara una nueva doctrina porque su conciencia filosófica le ponía el veto, aunque le presentase bajo una luz muy sugestiva los graves problemas tratados en ella. Le habría ocurrido lo que en otra ocasión, al verse tentado por la bondadosa doctrina de Schleiermacher: podemos estar seguros de que tampoco habría aceptado ésta, de que el ideal redentor del socialismo jamás habría hecho profunda mella en él, si la evolución de su pensamiento hubiera soplado en otra dirección. Pero Engels se hallaba precisamente entonces torturado por el problema de cómo llevar a la realidad la conciencia perfecta de la especie proclamada por Feuerbach, que a él le sugería tantas cosas, y que tan poderosamente le atraía. En este momento, los escritos de los socialistas franceses encontraron en él terreno muy propicio y las palabras de Moses Hess fueron escuchadas por oídos afanosos. El comunismo no era, según aquellas palabras, otra cosa que la continuación en línea recta del camino por el que Feuerbach había comenzado a liberar a la filosofía alemana del intelectualismo unilateral en que los neohegelianos habían caído.

En abril, había publicado Moses Hess en la *Gaceta renana* una declaración de los socialistas "racionalistas" franceses que llevaba por título "Manifiesto comunista". Se contenía en ella un resumen sobre el desarrollo del comunismo en Francia. Se trataba de hacer ver al público alemán la importancia de aquel fenómeno histórico que estaba produciéndose al otro lado del Rin. Un movimiento que había ganado ya a numerosos adeptos tanto entre las gentes cultas como entre el pueblo; no era posible, por tanto, mandarlo al manicomio

con unas cuantas frases hechas, sino que era necesario estudiarlo y valorarlo en lo que significaba. A Hess le preocupaba mucho, como ya hemos visto, precaver a los alemanes contra la sobreestimación de las luchas políticas, que aún tenían para ellos el encanto de la novedad. Estaba persuadido de que sólo podría propiciar el interés por el comunismo, en su país, cuando se consiguiera convencer al público culto de la "vacuidad del formalismo constitucional", lo que, para quienes marchaban a la cabeza de los neohegelianos, no ofrecía ya la menor duda. Por su parte, Hess no ocultaba tampoco las razones por las que el comunismo estaba en contra del constitucionalismo; no se recataba para decir que ninguna forma de gobierno sería capaz de curar los males sociales existentes y de suprimir las profundas contradicciones de que adolecía la sociedad.

En su primera llamada, Hess se había contentado con sugerir los problemas. Algunos meses más tarde, el 11 de septiembre, en un artículo publicado por la *Gaceta renana* y que despertó un gran interés en el grupo de Berlín de que formaba parte Engels, desarrolló más a fondo sus pensamientos. Exponía aquí cómo las dos revoluciones francesas no habían beneficiado, ni mucho menos, a todo el pueblo, sino que se habían limitado a entregar el poder a la burguesía. Lo que la época moderna tenía que hacer era emancipar al pueblo en su conjunto, haciendo triunfar así en la historia un principio totalmente nuevo. Hay, decía, ciertas ideas que flotan en el aire de una época histórica y que no es posible rechazar. "Hasta hace poco, nadie pensaba que en las constituciones republicanas de nuestro tiempo la libertad fracasa al chocar con la miseria que priva a gran parte de nuestra sociedad de toda posibilidad de desarrollar libremente sus capacidades. El pauperismo, el empobrecimiento del pueblo, ha empezado a llamar la atención hace poco y ha venido a dar una dirección totalmente nueva y muy esencial a las aspiraciones de la época. Nos damos cuenta de que las aspiraciones liberales han sido, hasta ahora, insuficientes para liberar a la mayoría de los hombres de un estado de cosas que en nada se diferencia, prácticamente, de la esclavitud; de pronto, hemos descubierto que en pleno siglo XIX existen ilotas. Ya no es la aristocracia feudal ni es tampoco solamente el absolutismo lo que se halla en contradicción con los tiempos en que vivimos: toda la organización o, mejor dicho, la desorganización de nuestra vida social clama por una reforma. Es necesario que la legislación tome contacto con la clase pobre y desamparada del pueblo de otro modo que por medio de la policía, de la justicia correccional, las penas y las cárceles. Esta clase apenas conoce los dulces frutos de la civilización, pero, en cambio, conoce sobradamente sus frutos más amargos. Es una injusticia muy grande, y una desgracia mayor aún. Todos los Estados libres del mundo, desde la República francesa hasta las Repúblicas de la antigüedad, se han estrellado contra este escollo, y si la Unión norteamericana mantiene en pie sus libres instituciones sin que sus instituciones sociales se inspiren en absoluto en la tendencia a abolir la contradicción entre el pauperismo y la aristocracia del dinero, no debe su suerte precisamente al espíritu que anima a su sociedad, sino a la naturaleza de sus relaciones".

Ocho días después, el 18 de septiembre de 1842, publicaba la *Gaceta*

renana un artículo sobre la centralización y la libertad, marcado con el signo que Engels utilizaba como corresponsal de dicho periódico. Si, como es de suponer, era realmente su autor, este artículo nos permite echar una valiosa ojeada a sus ideas durante las semanas en que Engels abrazó definitivamente el camino del comunismo. La referencia a la concepción historiográfica de los franceses que veían en la sociedad el verdadero sustrato de la historia ganó su convencimiento más aprisa y con menor resistencia que en aquellos otros compañeros suyos, afines a él en ideas, a quienes, habiendo penetrado profundamente en la filosofía hegeliana de la historia no les era fácil, por ello mismo, desembarazarse de la valoración exagerada en que tenían la misión del Estado. En este artículo se combate la idea hegeliana de que el Estado es la realización de la libertad absoluta. El Estado, se nos dice, puede, si acaso, realizar la libertad objetiva, pero la verdadera libertad, la subjetiva, se realiza solamente en la historia. Sólo la historia es soberana, pues es la acción de los hombres, la vida de la especie, el derecho absoluto. El poder del Estado recae solamente sobre lo que tiene validez general, no sobre lo que afecta meramente al individuo. De ahí que los trabajadores ingleses que padecen hambre tengan derecho a quejarse de su Constitución y de sir Roberto Peel, pero no de la historia, "que hace de ellos los exponentes y representantes de un nuevo principio jurídico".

Otro testimonio de que ya en el verano de 1842 prestaba Engels atención a los problemas sociales y trataba de ahondar en ellos lo tenemos en la invectiva contra los detractores del tribunal del jurado, gentes apegadas "al derecho abstracto y muerto", publicada también en la *Gaceta renana*, y que seguramente había salido de su pluma. Ciertos juristas, se decía allí, ponen el grito en el cielo y declaran en peligro la seguridad de la vida y de los bienes cuando, alguna que otra vez, los jurados, en Francia o Inglaterra, absuelven al pobre proletario que ha hurtado un pan y confiesa su delito. Ya en 1840, en las páginas de un periódico de Stuttgart, recordando a la "canalla" hacinada en la cubierta baja del barco de excursionistas de Bremerhaven, había calificado Engels a la plebe, a los que no tienen nada, como lo mejor que un monarca podía poseer en su reino. Como se ve, no era solamente el entendimiento el que generaba la solidaridad con el proletariado en el hombre llamado a ser campeón de sus derechos.

Con la misma fuerza con que las nuevas ideas socialistas se adherían a su inteligencia se grababan en su alma las imágenes del mundo de la miseria que, por aquellos días, le salían al paso, en la lectura de las revistas inglesas y francesas y de las novelas de Eugenio Sue, de Jorge Sand, Dickens y Disraeli. Estas imágenes cobraban para él gran plasticidad, pues se fundían inmediatamente con sus imborrables recuerdos infantiles de la región natal donde había podido vivir diariamente en las calles, con repelentes rasgos, las espantosas secuelas del temprano capitalismo. Sus *Cartas del Wuppertal* revelan con cuanta viveza habían despertado y mantenían vigilante la sensibilidad social del muchacho las escenas con que todos los días tropezaba al ir a la escuela y al volver de ella y la indignación que en él habían provocado.

Su abuelo, van Haar, había aconsejado destruir todas las máquinas, conservando algunos modelos de ellas en los gabinetes de arte (véase acerca de esto Raumer, *England im Jahre 1833*, II, p. 11) y esta aversión contra las máquinas se transmitió al nieto, aunque éste se percatara, por otra parte, de que no debía hacerse responsables a las creaciones de los hombres, sino a los hombres mismos. Y debemos recordar también las protestas que, acumuladas en su pecho a lo largo de los años, se desbordaron de él cuando tenía dieciocho, la amargura con que denunciaba la explotación de los niños, el que se matara a trabajar a los adultos, todo lo que, como un azote mataba, en la fábrica y en el trabajo a domicilio, la alegría de vivir. Comprenderemos así cómo aquellos sombríos cuadros grabados en su fantasía inflamaron revolucionariamente la mente de Engels cuando, al prender en él la idea comunista, en agosto de 1842, le llegó la noticia de que, en los gigantescos distritos textiles de Inglaterra, un proletariado carente de derechos se lanzaba a la acción y proclamaba la huelga general. Por aquellos días, cuando parecía que iba a cumplirse literalmente la predicción de Hess de que en Inglaterra se avecinaba la revolución social, debió de tomar Engels la resolución de aprovechar la circunstancia de que su padre fuera socio de una fábrica en Manchester para conocer personalmente aquella zona volcánica de Lancashire, después de cumplir sus compromisos con el ejército. Y en nada contradice a esto el hecho de que un informe policíaco de los años cincuenta nos dé a conocer que su padre, al enviarle a Inglaterra, quería retirarlo de la atmósfera subversiva de Alemania y le había amenazado con cortarle todos los subsidios si no se trasladaba a Manchester.

En un trabajo escrito en Inglaterra al año siguiente para el órgano de los socialistas ingleses, afirma Engels que los artículos publicados por Hess en la *Gaceta renana* para llamar la atención hacia el comunismo no habían dado el resultado apetecido. Pero, ¿podemos asegurar que este juicio fuese fundado? ¿Acaso podía esperarse otra cosa y creer que unos cuantos espíritus avanzados fueran a volver los ojos, de repente, hacia un mundo de pensamientos tan nuevos, entonces, para Alemania? ¿No podemos considerar ya como un éxito el hecho de que Hess consiguiera convencer a hombres como Marx y como el propio Engels de la importancia del comunismo y hacerles ver la necesidad de conocerlo más de cerca?

Y he aquí que, de pronto, en su intento de deslizar la nueva teoría en la prensa alemana y de arrastrar a ésta a la discusión, Hess se encontraba con una asistencia con la que no habría podido contar. Por los mismos días en que este apóstol del comunismo comenzaba a predicar con gran ardor su doctrina, daba cima el joven Lorenzo Stein, tras una larga estancia de estudios en París, animado por el frío espíritu del erudito, pero de un modo sistemático, a su obra sobre *El socialismo y el comunismo en la Francia actual*. A la vista de todo lo que ya sabemos, nos parece una burda exageración seguir afirmando, como algunos hacen, que fue este libro, publicado a medidados de septiembre, el que interesó a un grupo avanzado de alemanes por el socialismo francés y le reveló su importancia. Sin embargo, justo es reconocer que este compendio facilitó a

círculos más extensos de lectores cultos una idea del socialismo francés bastante cabal haciéndole ver, a este tipo de público, la importancia de los nuevos problemas.

Entre los lectores de la obra, seguramente no había ninguno a quien ésta comunicara tan pocas cosas nuevas y ninguno tampoco que pudiera mostrarse menos de acuerdo con la repulsa del comunismo a que Stein llegaba, como Moses Hess. A pesar de lo cual él mismo recomendaba la lectura de este libro, que llegaba tan a punto para difundir entre los lectores alemanes el material de hecho que a él le interesaba dar a conocer en Alemania; y, andando el tiempo, hubo de reconocer que había sido precisamente el "reaccionario Stein" quien había legitimado en Alemania los estudios sobre el socialismo y que dicho autor había contraído, en este terreno, mayores méritos que los neohegelianos, quienes retrocedían ante estas doctrinas porque amenazaban con echar por tierra su ídolo del Estado racional.

Es cierto que también Lorenzo Stein procedía de la escuela hegeliana. Pero al igual que Hess, había tomado de Saint-Simon fecundas sugerencias acerca de las limitaciones prácticas con que tropezaba el punto de vista de Hegel y le permitían enfrentarse a éste con cierta libertad. A Hegel y a Saint-Simon debía Stein, en efecto, la superioridad con que sabía enfocar los problemas particulares desde un punto de vista general, la luminosa concentración con que, al comparar diferentes culturas, sabía enfocar el reflector sobre los puntos más esenciales. Stein no se dejó llevar ni por un momento de la tentación de convertirse, como político, en propagador de las ideas que como conocedor documentado se había propuesto estudiar y exponer. Era hombre vinculado a la burocracia y orientado hacia la carrera académica que, mientras componía en París su obra, compaginaba estas tareas con el envío de informes al ministro de Policía de Prusia. Descubría con mirada sagaz los puntos en que la ciencia social francesa y la alemana coincidían y discrepaban, pero no se sentía inclinado a levantar sobre el pavés al comunismo como heredero de la filosofía alemana, a la manera de Hess, cuya argumentación, por lo demás, repercutía fuertemente en él. Por el contrario, consideraba como un "deber sagrado" abrir los ojos a los gobiernos y a la opinión pública de Alemania acerca de este peligro que diariamente se iba acercando a su patria y que también aquí representaría, con el tiempo, una amenaza "mayor que el más temible enemigo exterior" contra los fundamentos del Estado y la sociedad que él deseaba que se mantuvieran en pie.

También Stein había sacado de sus contactos con el sansimonismo la convicción de que la filosofía alemana, que era solamente una filosofía del conocimiento, y no una filosofía de la acción, no estaba en condiciones de trazar metas al futuro. No había podido comprender oportunamente "la más formidable contradicción de nuestro tiempo" porque, en Alemania, al contrario de lo que ocurría en Francia, se mantenía indemne la fe en el carácter moral absoluto del Estado y la vida de la sociedad aún no había logrado adquirir allí un desarrollo propio e independiente. Pero la difusión del comunismo en Francia e

Inglaterra acabaría obligando también a Alemania a conceder en lo futuro mayor importancia a la situación de la sociedad y a la vida de las clases, que iban cristalizando cada vez más claramente en este país. Al igual que en aquéllos, también en Alemania tendría, en adelante, que ser la sociedad la que estructurara al Estado, en vez de ser éste el que imprimiera su estructura a la sociedad. Lo que para los alemanes representaba la filosofía del derecho lo representaba para los franceses el socialismo: el punto de que había que arrancar para desarrollar, a partir del ser, la ley del deber ser. En Francia, no había tenido nunca la abstracción la fuerza necesaria para transformar realmente la certeza sensible, en su vinculación directa con el mundo exterior. Mientras que la ciencia alemana partía de la tendencia a liberar el espíritu de la materia y al pensamiento de la impresión, la ciencia francesa había tomado desde el primer momento como base al hombre total, a la unidad de espíritu y vida. Los alemanes habíamos comenzado, lentamente todavía, pero de un modo tanto más resuelto, a poseer una voluntad, a saber querer, cosa que no podemos negar, "y, de este modo, la ley de nuestra propia voluntad surgirá del conocimiento de la marcha de la historia".

Todavía en la segunda mitad de los años cuarenta, Marx supo encontrar palabras de reconocimiento para una obra de la que algunos afirman que le abrió las puertas hacia los problemas en que más tarde sería maestro. Engels, en cambio, expresaba, ya en 1843, un juicio desdeñoso acerca de "la insulsa pobreza del libro de Stein", del que decía que no estaba llamado a hacer época.

Sabemos que en la terminología alemana de aquellos años se entendía por socialismo los deseos más o menos radicales, expresados en una forma más o menos académica, de llegar a una renovación pacífica de la sociedad, y por comunismo las aspiraciones encaminadas a revolucionarla, aspiraciones que tenían su exponente en las asociaciones secretas de los proletarios. Stein, por su parte, formulaba la diferencia afirmando que el socialismo trataba de crear una nueva sociedad exclusivamente por la fuerza de las verdades que proclamaba, mientras que el comunismo quería subvertir la sociedad existente mediante la fuerza de la masa, por medio de la revolución y el crimen. El socialismo era, para él y para quienes como él pensaban, una doctrina apta para presentarse en los salones, y el comunismo, en cambio, una peste que debía ser exterminada. Engels, cuando hablaba de la realidad alemana, no distinguió jamás entre socialismo y comunismo, sino entre el comunismo filosófico, sostenido por los miembros de las clases cultas, y el comunismo de los artesanos, de los proletarios. El precursor del comunismo filosófico, en Alemania, era para él, como hemos visto, Moses Hess. Ahora, en este momento precisamente, surgía ante sus ojos, como el fundador de un movimiento comunista nacido de la entrada misma del proletariado alemán y cuya existencia ni siquiera sospechaba, la figura de Guillermo Weitling. Fue a fines del verano de 1842 cuando Engels se enteró por vez primera de que aquel nuevo evangelio que él trataba de comprender como el desarrollo lógico de la doctrina neohegeliana comenzaba ya a prender en la misma masa a la que trataba de llevar la salvación.

A partir de la segunda mitad de la década del treinta comenzó a llegar al público alemán culto, gracias a ciertos viajeros que retornaban a su patria, a los informes policíacos que se filtraban o a las correspondencias enviadas de vez en cuando a los periódicos desde Francia y Suiza, la noticia de que cierto número de oficiales artesanos emigrantes se habían adherido en el extranjero a las sociedades secretas de los comunistas, acerca de las cuales corrían tantos rumores. La cosa no retenía demasiado la atención y era más bien una remota curiosidad, pues realmente no se poseía, dentro del país, de ningún punto de apoyo para poder enjuiciar el asunto. El mismo Hess nos cuenta que, al trasladarse a París en el invierno de 1842 a 1843, existían allí sociedades comunistas formadas por artesanos alemanes. Antes que a la burguesía llegó la noticia a conocimiento de los gobiernos, quienes, con su mirada de polizonte, seguían de cerca estas manifestaciones, tratando de mantener alejados de toda clase de ideas subversivas, cualesquiera que ellas fuesen, a sus pasivos súbditos, sumidos en un sueño involuntario. Apenas llegó a oídos del ministro de Policía von Rochow que un joven estudioso natural de Schleswig y persona de fiar, residía en París, dedicado al estudio del socialismo y el comunismo francés, le hizo saber la conveniencia de "observar allí los manejos de las sociedades que agrupaban a los artesanos alemanes y sus posibles relaciones con los comunistas". Y Stein, a quien la cosa no le inspiró ningún recelo, no era un estudioso tan rigurosamente apegado a su tema como para no poder enviar al señor ministro informaciones confidenciales sobre la diferencia entre el movimiento de oposición de los alemanes y los franceses en general y el de la clase de los trabajadores manuales de Alemania y de Francia, en particular. Más discutible fue que, llevado de su celo, se aventurara a asegurar que nadie que en Alemania quisiera pasar por persona un poco razonable podía comprender cómo un pueblo, hasta el más insaciable, podía apetecer más libertad de la que los franceses disfrutaban bajo el cetro de su rey burgués.

También la diplomacia prusiana ayudaba en lo que podía al gobierno de Berlín a vigilar la difusión de las herejías comunistas entre los hijos del país residentes en el extranjero. Y el propio rey en persona se dignaba prestar atención a la "funesta influencia" que aquellas doctrinas pudieran "llegar a ejercer sobre la clase desposeída de los artesanos y obreros", aunque se decía, y con razón, que, "por ahora no hay que temer que estas maquinaciones representen un peligro serio". Todavía la prensa radical del país no sabía siquiera escribir con buena ortografía el nombre de Weitling, y ya el gobierno prusiano escribaba por medio de sus confidentes al peligroso oficial sastre y, cuando en enero de 1841 la obra de Weitling *La humanidad tal y como es y cómo debiera ser*, fue descubierta en las maletas de algunos oficiales artesanos del Rin que regresaban a la patria, expresó inmediatamente, en informe dirigido a las autoridades de Francfort, la sospecha, muy acertada, de que aquel folleto tuviera algo que ver con la Liga de los Proscritos.

Nada tendría de particular que la primera noticia acerca de la existencia de Weitling la hubiera tenido Engels por su viejo protector Gutzkow, quien

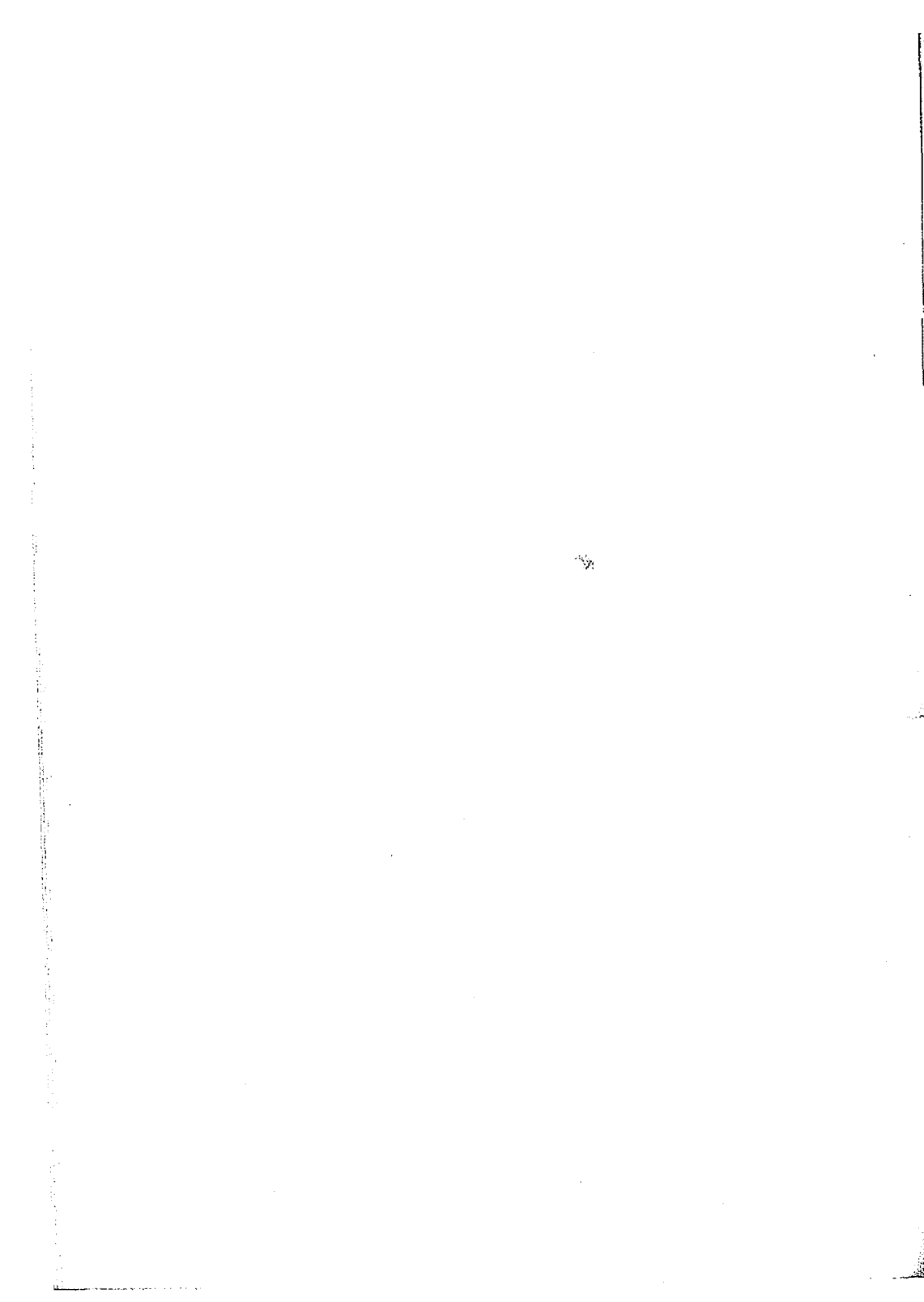
seguía complaciéndose en presumir en público de haber descubierto nuevos valores literarios. Estando en París le habían puesto en las manos los comunistas, un día, el *Grito de auxilio de la juventud alemana* y su segunda parte, *La joven generación*. Su espíritu de *gourmet* supo enseguida apreciar el bocado exquisito de los nuevos pensamientos, aunque confesara que para él había pasado ya la edad de las ilusiones. Por lo demás, Georg Büchner, prematuramente muerto, le había asegurado una vez que la libertad no se conquistaría nunca por la literatura, sino por el hambre. ¿Se acordaría Gutzkow de su genial amigo cuando ahora, en su *Cartas de París*, publicadas al final del verano de 1842, volvió la vista al pensamiento weitlingiano y cuando, en su número de agosto, *El telégrafo* reprodujo del libro sobre *La joven generación* el artículo acerca de la forma de gobierno del principio comunista? Durante aquel verano, habían comenzado a circular entre los agrupados en el círculo de los literatos berlineses algunos números de la revista de Weitling, que se turnaban cautelosamente de una peña literaria opositorista en otra. Y seguramente que Gutzkow habría tenido también ocasión de ver *El mensajero alemán de Suiza*, del mes de agosto, con una carta del corresponsal de Lausana, en que se presentaba a los comunistas como "un nuevo partido europeo" que trataba de reclutar a los "descamisados" de los diferentes países y tenía ante sí un porvenir, porque la miseria reinante iba a ser la madre de grandes cosas. Cuando en diciembre aparecieron las *Garantías de la armonía y la libertad*, ya Engels no se encontraba en Alemania. Pero inmediatamente se hizo con el libro. Cuán grande era el aprecio en que tenía la obra maestra de Weitling lo demuestra el hecho de que diera a traducir al inglés grandes partes de ella y presentase a los socialistas británicos a su autor como el fundador del socialismo alemán.

Transcurrido el año de sus deberes militares, el jefe de la compañía certificó que el soldado de artillería había tenido "un excelente comportamiento, tanto en el aspecto humano como en cuanto al servicio". A comienzos de octubre de 1841, se separó Engels del círculo de los llamados "Libres", a cuyo lado había pasado tantas horas de francachela, pero con los cuales había aprendido también muchas cosas de provecho, y abandonó Berlín, ciudad que sólo volvería a ver ya en la ancianidad. Camino de Barmen, se detuvo en Colonia para visitar la redacción de la *Gaceta renana*. Allí conoció personalmente a Moses Hess. "Hablamos de problemas de actualidad y Engels, revolucionario del año uno, se separó de mí como comunista entusiasta". Así escribía, meses más tarde, el "rabino comunista" a su amigo Berthold Auerbach, hablándole de aquella memorable entrevista con el joven adepto que pronto habría de dejarle muy atrás en su marcha veloz hacia la meta.

Pasó las siguientes semanas en la casa paterna, afanosamente ocupado, preparando su traslado a Inglaterra. Abandonó su hogar en la última decena de noviembre de 1842 para perfeccionar su preparación comercial—así, al menos, lo esperaba su padre— en la empresa de hilados Ermen & Engels, de Manchester. Pero su designio era otro: estudiar en su mismo centro el movimiento obrero industrial, del que estaba seguro que pronto se convertiría en el eje de la

historia contemporánea y, a ser posible, vivir activamente la revolución social, que veía alzarse amenazadora en el horizonte de la Gran Bretaña. Y tampoco esta vez hizo el viaje sin detenerse en Colonia, llamando a la puerta de la redacción del periódico colocado a la cabeza de la oposición y para el que se proponía escribir desde Inglaterra.

Pocos días antes, la *Gaceta renana* había tenido una desavenencia con sus corresponsales berlineses, del grupo de los "Libres", que acarreó también, cuando Bruno Bauer, colaborador del periódico, tomó partido por ellos, la ruptura total entre el hombre que había decidido marchar resueltamente por el camino de la política y el radical estancado en la religión y la filosofía. La redacción, según la versión que más tarde dio Engels, basada en sus recuerdos, se negaba a "ser, fundamentalmente, un vehículo de propaganda teológica, ateísmo, etc., en vez de abogar por la discusión y la acción políticas". Marx, por su parte, en carta a Ruge de fecha 30 de noviembre, le hacía saber que "consideraba inadmisibile y hasta inmoral el meter de contrabando ideas comunistas o socialistas, es decir, una nueva concepción del mundo, sin venir a cuento, en críticas teatrales, etc." y que exigía, cuando hubiera que plantear estos problemas, "un examen muy distinto y a fondo del comunismo". Y, como Engels había vivido hasta hacía poco entre los "Libres" y seguía carteándose íntimamente, en una correspondencia que, desgraciadamente, no se ha conservado, con los hermanos Bauer y tal vez también con Stirner, los redactores, a quienes Ruge y Herwegh acababan de poner muy en guardia contra todo lo que viniera de Berlín, vieron en este visitante a un secuaz de la tendencia puesta por ellos en entredicho. Sobre todo el redactor-jefe, receloso por naturaleza, estaba seguro de tener ante sí, cuando el viajero de paso le saludó, al embajador de aquella pandilla. A ello se debió el que este primer encuentro entre Engels y Marx discurriera, al parecer, tan fríamente.



CAPITULO VI

APRENDIZAJE POLITICO Y SOCIAL EN INGLATERRA

Al pisar suelo inglés, Engels cambió el aire de los debates puramente teóricos, en los que había participado en Berlín, sin que su temperamento hecho para la acción se sintiera satisfecho con ellos, por la poderosa realidad inherente a las grandes luchas políticas y sociales que daban vida a la industrializada Inglaterra. En el joven recién desembarcado despertaba envidia y admiración ver que allí todo el mundo leía el periódico, asistía a mitines y pagaba la cuota a su organización, mientras los alemanes seguían viviendo "en un ambiente de apatía antediluviana", en la infancia social, como si para ellos "aún no existiera la sociedad, ni la vida, ni la conciencia, ni la acción". Y no cabe duda de que debió de considerarse feliz por el solo hecho de poder moverse en aquel nuevo medio, de mayor libertad y dinamismo político.

Había procurado prepararse acerca de la Inglaterra contemporánea y de las impresiones que en ella le aguardaban con el estudio de las pocas publicaciones que en la Alemania de su tiempo circulaban en torno a estos problemas. En el mejor de los casos, estos libros, muy insuficientes, contenían algunas descripciones útiles y unas cuantas cifras y, como el punto de vista de Engels era ya bastante avanzado, necesariamente tenían que parecerle eclécticas y pobres las ideas que en ellos encontraba.

Al llegar a Inglaterra, lo vemos cautivado por la idea central expuesta en la *Triarquía* de Moses Hess, la idea de las tres revoluciones que habrían de decidir la suerte de la humanidad: la revolución política de Francia, la revolución religiosa de Alemania y la revolución social de Inglaterra. Ahora bien, una revolución social, según Engels, tenía que ser más extensa y más profunda que cualquier otra, pues debían refluir a ella e integrarse en ella los más remotos campos del conocimiento y la vida del hombre.

Como recordaremos, la filosofía de la historia de Hegel, que Engels admiraba, señalaba como la más alta contradicción cuyo desarrollo formaba desde el primer momento el contenido de la historia la existente entre la sustancia y el sujeto, entre la naturaleza y el espíritu, entre la necesidad y la liber-

rad. Según Hess, esta contradicción había sido llevada a su máxima tirantez por el siglo XVIII. De la revolución general que así se había iniciado y que, a su juicio, habría de culminar en Inglaterra, esperaba él, y con él coincidía en esto Engels, la solución de las contradicciones de toda la sociedad anterior. Su conversión al comunismo había llevado a Engels, simultáneamente, a la convicción de que aquella revolución social que Inglaterra debía a la humanidad compendiaría en unidad universal y en una etapa superior la revolución filosófica alemana y la revolución política francesa. Como adepto de aquel nuevo humanismo que Feuerbach le había enseñado, esperaba ahora la realización de su ideal humano de la trayectoria de Inglaterra. De este modo, los hilos urdidos por las aspiraciones alimentadas por él en Berlín venían a entrelazarse ahora con los de estas otras, aparentemente distintas, de que se dejó llevar en el nuevo ambiente, con el entusiasmo que ponía en todo.

Había cruzado el Canal con la firme e inquebrantable convicción de que la revolución social inglesa allanaría el camino para la realización de un nuevo ideal de la humanidad. No podía, pues, asimilarse las nuevas impresiones libre de todo prejuicio. Hasta cierto punto, daba por descontado de antemano el resultado a que sus observaciones habrían de conducirle. Desde el momento mismo en que salió del barco, se puso a buscar por todas partes los signos de la tormenta, de la revolución social, de cuya inminencia estaba seguro. Es posible que siguiera atormentándole todavía la tabla de valores de la vieja fe en la libertad y el progreso, recibida de la filosofía alemana, pero ahora ya no esperaba de las ideas de los pensadores alemanes, sino de la rebeldía de los proletarios ingleses, aquella revolución universal en que cifraba sus esperanzas. Había quedado ya atrás la sobreestimación de la razón abstracta, a la que seguían rindiendo culto la mayoría de los neohegelianos berlineses; pero "la buena dosis de petulancia filosófica" que todavía llevaba encima era suficiente para que le asustara la alianza con el "estrecho" comunismo igualitario que aquellas dos juntas de los obreros revolucionarios alemanes emigrados en Londres le proponían. Aquellos revolucionarios a los que aquí se refiere, José Moll, Enrique Bauer, Carlos Schapper, "tres hombres de verdad" a quienes más tarde se sentiría muy unido, causaron una impresión imborrable a quien "comenzaba apenas a ser un hombre"; eran, como él mismo dice, los "primeros proletarios revolucionarios" a quienes conoció. Pero ello no fue obstáculo para que instintivamente sintiera que no debía ingresar en la Liga de los Justos, de que ellos formaban parte.

Pero, aun más que el punto de vista primitivo y candoroso de aquellos hombres, le resultaba difícil comprender, educado como estaba en la disciplina hegeliana del pensamiento, las constantes y pretenciosas apelaciones al empirismo con que se encontraba en casi todas sus conversaciones con los ingleses. Por muy inclinado que se hallase a asombrarse ante las dimensiones que revestía la vida política y social de aquel pueblo; por mucho que admirase cómo todo, allí, cobraba vida y cohesión, cómo era todo acción y las gentes pisaban terreno firme, se le hacía un tanto deprimente, al principio, el ver que los ingleses carecían de la formación filosófica más elemental. Cuando comprobaba hasta qué punto

se atenían en todo a la realidad tangible y a la práctica diaria, sin preocuparse para nada de las ideas en que se pudieran inspirar, tenía la impresión de que aquellas gentes sólo veían la superficie de las cosas sin penetrar en su fundamento, de que los árboles les impedían ver el bosque.

Peró, a medida que se adentró en el estudio de la historia de Inglaterra, fue comprendiendo poco a poco aquel tosco empirismo de los ingleses que al principio encontraba inexplicable. Lo que más le sublevaba, en los primeros tiempos de su estancia en el país, era el que no hubiera modo de hacer comprender a los obstinados ingleses "que los intereses que llamamos materiales no aparecen nunca en la historia como algo aparte, sino que sirven siempre, consciente o inconscientemente, a un principio que guía los hilos del progreso histórico". Era éste un axioma del que no había visto dudar a nadie en Alemania.

Otra cosa que causaba asombro al hombre criado en la filosofía especulativa alemana era la beatería religiosa de los burgueses respetables de Inglaterra. No acertaba a creer que, en aquel país, casi toda la gente culta siguiera creyendo en los milagros y que los mismos naturalistas tergiversaran los hechos de su especialidad para no atentar contra el mito de la cosmogonía mosaica.

Pero estas experiencias de sus primeras semanas en Inglaterra tuvieron, por lo menos, la ventaja de poner ante sus ojos, ostensiblemente, las relaciones entre las fuerzas materiales, políticas, sociales y espirituales, es decir, el problema fundamental de su futura concepción de la historia. Estos pensamientos ya no lo dejaron en paz y se sintió impacientemente apremiado, de allí en adelante, aunque tales fenómenos chocaran con su idiosincrasia intelectual, a encontrar la ley que los gobernaba. Al principio, le vemos entregado por entero al afán de indagar cómo se comportaban entre sí aquellas fuerzas, en el país en que cifraba sus más grandes esperanzas revolucionarias.

Mientras no se hubo revelado ante él, en su plenitud, la necesidad dialéctica de las conexiones, le preocupaba ver cómo en contra de lo que enseñaba su vieja filosofía, los factores espirituales aparecían subordinados a los materiales y el principio era tributario de la materia. Y, sin embargo, la realidad sensible que le rodeaba en su nuevo medio le gritaba por todas partes, a donde quiera que mirase, esta brutal verdad.

En Manchester, como más tarde dirá en el prólogo a la obra de Marx, *Revelaciones sobre el progreso de los comunistas en Colonia*, "di de bruces contra la realidad de que los hechos económicos, de los que la historiografía anterior hacía caso omiso o a los que sólo asignaba un papel insignificante, desempeñan, por lo menos en el mundo moderno, un papel histórico; de que sirven de base para el nacimiento de los antagonismos de clase de nuestros días; de que estos antagonismos de clase, en los países en que adquieren su pleno desarrollo al calor de la gran industria, como ocurre, concretamente, en Inglaterra, sientan a su vez las bases para la formación de los partidos políticos, para las luchas entre los partidos y, por consiguiente, para la historia política en su conjunto".

Quando Engels nos dice esto, mirando hacia atrás, las cosas estaban ya claras para él; pero, en los días a que se refiere, es natural que un joven como él,

orientado en un sentido tan distinto, tuviera que irse acomodando lenta y dolorosamente a la nueva posición, adoctrinado por las experiencias recogidas en el nuevo ambiente. No bastaba con reconocer que, en la Inglaterra que tenía ante sus ojos eran los intereses, y no los principios, los que llevaban la batuta; de ello a elevar esta experiencia vivida a una teoría filosófico-histórica había todavía un gran trecho. Sacaba de ello, a lo sumo, la conclusión de que, aunque los intereses abrieran el paso a la inminente revolución, de los intereses emergerían más tarde los principios. Por el momento tenía bastante que hacer con penetrar en la plétora de la inmensa realidad en el centro de la cual se veía de pronto colocado y con encuadrar sistemáticamente toda aquella realidad nueva en el punto de vista revolucionario que había traído consigo y en el que se mantenía inquebrantablemente firme.

El joven Engels no rehuía nunca las joviales discusiones y esgrimía la dialéctica con la misma pasión que el florete y la espada que había aprendido a manejar en Bremen. Entre los estudiantes y meritorios de la ciudad comercial, se había dado a conocer como el "Prómacos" de las nuevas ideas y, más tarde, en Berlín, habíase destacado como el campeón del ala más radical de los Libres, ansiosos de llevar las ideas al terreno de la acción. En Inglaterra, le impresionaba ahora la habilidad en la discusión, fomentada por una larga tradición entre los ingleses de la clase media. Pero, al mismo tiempo, le irritaba la fría repulsa con que tropezaba entre los ingleses, inclinados a mirar a las cosas serenamente y sin prejuicios dogmáticos, cada vez que exteriorizaba su firme creencia de que el país estaba abocado a una revolución inevitable. Y se negaba a aceptar y reconocer "el punto de vista nacional inglés de la práctica inmediata" con tanta mayor obstinación cuanto que, de otro modo, tal vez habría tenido que confesarse derrotado en un punto como éste, para él tan esencial. Recurría, pues, a todos los argumentos encaminados a refutar la opinión que, con gran enojo de su parte, le salía al paso constantemente y en todas partes, a saber: que la Constitución inglesa tenía la suficiente elasticidad para resistir los más rudos ataques en una lucha de principios y podía someterse sin peligro alguno para sus fundamentos a cuantos cambios le fueran impuestos por las circunstancias.

No parece que, por mucho que deseara pintar con los más negros colores las realidades políticas y sociales de Inglaterra, tuviera un crítico recién llegado de Prusia, como Engels, los elementos de juicio necesarios para acusar a Cobden y Bright, como Engels lo hacía en los primeros artículos enviados desde allí a la *Gaceta renana*, de que su país estaba todavía metido hasta el cuello en la Edad Media, de que la única libertad que allí reinaba era la arbitrariedad y de que el feudalismo pesaba más en Inglaterra que en el continente.

No cabe duda de que Engels se inclinaba, en aquel tiempo, a ver las cosas desde grandes y simples puntos de vista, sin admirar, al hacerlo, la diversidad y el aparente desorden de realidades plasmadas a lo largo del tiempo, antes bien lleno de recelos contra todo lo que sonara a derechos históricos. Y así, se explica que no quisiera ver en las leyes inglesas más que un embrollo de normas con-

fusas y contradictorias, en la Cámara de los Comunes simplemente una asamblea de representantes elegidos por el soborno y distanciados del pueblo y en el gobierno, ante los problemas generales, un grupo de hombres carentes de influencia. Y cuando, al estudiar más a fondo la historia constitucional inglesa, se inclinó a ver con mejores ojos algunas de sus facetas y a reconocer lo que en fin de cuentas no podía negarse, que Inglaterra poseía de largo tiempo atrás una libertad de reunión mayor que ningún otro pueblo de Europa, que en ninguna parte era tan amplia la libertad de prensa, aunque ninguna ley la amparara, y que regía también allí el derecho de asociación, se percibe claramente que hacía estas concesiones de mala gana. Todo el ensayo sobre la situación de Inglaterra que escribió en la primavera de 1844, poco antes de su regreso al continente, culmina evidentemente en la afirmación, apoyada en pruebas, de que la Inglaterra contemporánea era un infame Estado de clase, en el que la legislación, el gobierno y la administración de justicia rebosaban por todas partes el espíritu de las capas poseedoras.

En la Inglaterra de los años cuarenta, la opinión pública estaba acostumbrada desde ya largo tiempo a mirar también a los partidos políticos desde el punto de vista realista de las luchas sociales de intereses. Ya en la década subsiguiente al final del período de la guerra era allí una verdad trivial la de que detrás de la lucha entre los *tories* y los *whigs* se ocultaba el antagonismo de intereses entre la propiedad territorial y el poder del dinero. Al principio, Engels, que por primera vez se enfrentaba a un sistema de partidos plenamente desarrollado, trataba de abordarlo con ideas inspiradas simplemente en las luchas entre los partidos teológicos y filosóficos de su patria. Veíase obligado a examinar en todos sus detalles una nueva experiencia, para enjuiciar hasta qué punto la vida económico-social influía, en Inglaterra, sobre la vida política, y solamente el estudio del pasado inglés podía suministrarle los elementos para llegar a comprender la trabazón del presente.

Cuando la creciente industrialización del país convenció a la aristocracia terrateniente de que no podía seguir desoyendo las pretensiones de una clase media, que, a pesar de su acrecentada riqueza, carecía de toda influencia en el parlamento y en la dirección de los asuntos públicos, los *whigs*, impulsados por la pequeña burguesía y los obreros, lograron, como es sabido, que se aprobara la Ley de reformas de 1832. Esta ley entregó a los comerciantes y a los industriales, que daban su fisonomía al partido liberal y lo dirigían, los distritos electorales de las grandes ciudades y de la mayoría de las zonas en que se hallaba enclavada la industria; pero la fuerza de la aristocracia se mantuvo indemne en el campo y en la mayor parte de las pequeñas ciudades.

Al principio, Engels veía en los *tories*, un poco unilateralmente, la copia de los *junkers* prusianos. Los describe como un partido medieval, consecuentemente reaccionario, que fraternizaba con la escuela histórica alemana y servía de puntal al Estado cristiano. Y creía ver realizado en la Inglaterra contemporánea este Estado cristiano al que en su patria había combatido a muerte, por el hecho de que la Iglesia evangélica estaba considerada allí como parte inte-

grante de la Constitución y porque los jueces de paz llevados de su beatería podían dictar penas contra quienes no asistían a la iglesia o dudaban de la existencia de Dios. Sin embargo, la natural hostilidad de los *tories* contra las apetencias de poder de los industriales liberales, a quienes él odiaba cordialmente como los explotadores de los obreros de las fábricas, hizo que Engels, con el tiempo, se fuese acostumbrando a ver en ellos el mal menor. Mostraba, sobre todo, un merecido reconocimiento al grupo de filántropos *tories* que se agrupaban en torno a lord Ashley, entre los que figuraba Disraeli y que tomaban bajo su amparo a los obreros carentes de derechos contra la expoliación de los fabricantes. El hecho de que considerara irrealizables los designios de estos "románticos" no era obstáculo para que elogiara sus buenas intenciones y el valor con que se rebelaban contra los prejuicios de su clase. No incluía entre ellos, por lo demás, a Carlyle, "el inglés-alemán", quien por entonces se mantenía completamente aislado.

Aunque concidía con los *whigs* en algunas de las cuestiones actuales más importantes, fue distanciándose de ellos a medida que se le revelaron, cada vez más a fondo, como el típico partido patronal. No tardó en convencerse de que los obreros fabriles, que en su gran mayoría comenzaron siguiéndoles, tendrían que llegar lo antes posible a una organización totalmente independiente, basada en sus aspiraciones políticas. Pero, en virtud del censo electoral indirecto a que se condicionaba el derecho de voto, las masas trabajadoras seguían privadas de influencia política directa, aun después de implantarse la Ley de reformas. Solamente en unos cuantos centros industriales del norte y el centro de Inglaterra lograban pesar decisivamente en la balanza electoral. En estas condiciones, era inevitable que saliese de sus filas, con renovada fuerza, el clamor del sufragio universal y que en torno a él se desencadenara un movimiento cada vez más pujante.

Pero, antes de hablar del movimiento cartista, debemos tratar de comprender claramente qué pensaba Engels de las grandes luchas por el poder que, sobre todo desde el final de la década del treinta, se libraban entre las viejas capas de los señores de la tierra y los nuevos sectores industriales en torno al problema de los aranceles aduaneros, sobre todo el de los aranceles sobre el trigo. La ciudad en que él residía, Manchester, era precisamente la cuna de la Liga antiarancelaria, centro de agitación del movimiento librecambista.

Se imponía imperativamente al huésped de Inglaterra el nuevo problema del Estado industrial, cuyo prototipo era el país que lo acogía, y ya desde muy pronto le vemos preocupado por descubrir "la contradicción que el concepto del Estado industrial lleva consigo". El hijo de un fabricante del próspero Barmen formulaba un horóscopo poco halagüeño para la hegemonía industrial de Inglaterra. Para proteger las fuentes de su riqueza, el Estado típicamente industrial aspiraba a cerrar las fronteras de su país a los productos extranjeros mediante aranceles prohibitorios en constante ascenso. Pero, a la larga, ni el extranjero ni la gran masa de consumidores de dentro se resignaban a ello. La industria francesa, la belga y, sobre todo, la alemana le iban pisando los talones

a la inglesa en la producción de artículos de consumo para las masas y le darían el golpe final tan pronto como Inglaterra renunciara a los altos aranceles, que arrastraban a sus finanzas a la ruina. Inglaterra, decía Engels, podía dar por perdido, con toda seguridad, el mercado del continente europeo; le quedaban todavía, es verdad, América y las colonias, pero tampoco el mercado americano era seguro para ella, y la capacidad de compra de las colonias era reducida. La industria alemana no amenazaba a la inglesa solamente en el mercado interior: su competencia pesaba también cada vez más en el comercio mundial, pues podía producir más barato, mientras que en Inglaterra los aranceles productores encarecían el costo de la vida y elevaban, muy especialmente, los salarios.

Mantener o suprimir los aranceles sobre el trigo: tal era, en Inglaterra, el dilema combativo a partir del momento en que Cobden comenzó a desplegar su asombrosa actividad y la Liga se lanzó a una agitación de masas de proporciones hasta entonces desconocidas.

Los medios de que la Liga se valía y los impresionantes argumentos empleados por ella en pro de la libre importación de cereales no dejaban de hacer cierta mella en Engels. Pero su interés por el movimiento librecambista terminaba allí donde se interponía ante las esperanzas revolucionarias que impulsaban inquebrantablemente a su espíritu. Como no era posible negar que, en el problema de los aranceles sobre los víveres, la clase obrera estaba embarcada en la misma nave que los fabricantes, consideraba oportuno hacer ver a los dirigentes de los *whigs* lo mucho que les interesaba conservar bajo sus banderas a los proletarios y apoyarse en su poderosa fuerza.

Adoctrinado por las enseñanzas que había sacado con motivo de la Ley de reformas, el proletariado no estaba dispuesto a posponer la lucha por la ampliación del derecho de voto, más importante para él que el librecambio, para dejarse uncir el carro de los librecambistas. Y sus dirigentes, principalmente O'Brien, le repetían una y otra vez que toda la agitación desplegada por "los agentes de bolsa y explotadores del pueblo" iba sencillamente encaminada a elevar enormemente la deuda pública y hacer bajar los salarios de la industria textil inglesa al nivel de la prusiana. Como es natural, los obreros se hallaban aún menos interesados a dar, al servicio de los *torries*, una batalla por el mantenimiento de los aranceles sobre el trigo.

Engels consideraba la libre importación de cereales tan necesaria como la eliminación, "por la vía pacífica o por la fuerza", del gobierno conservador encastillado en el poder. Previó acertadamente que, a pesar de la violenta resistencia de una parte de su partido, sir Robert Peel se vería obligado a dar los primeros pasos hacia la supresión de los aranceles cerealistas. Pero ni de Peel ni de los liberales esperaba otra cosa que medidas a medias, fuera del pequeño grupo de los radicales, cuyo órgano más notorio en la prensa era la revista *Examiner*; sólo advertía una actitud resuelta en favor de la libre importación de trigo en los cartistas, cuya furia contra los encarecedores del pan nos describe detalladamente. Y estaba convencido de que esta disputa abriría el paso a la

revolución, tan impacientemente esperada por él. Daba por descartada la posibilidad de que la aristocracia, viendo como veía amenazada su hegemonía social, capitulara voluntariamente, como había hecho en el caso de la Ley de reformas; esperaba que, esta vez, se mantendría firme "hasta que le pusieran el puñal al cuello".

No veía la posición dominante de la aristocracia amenazada solamente por el lado de la industria, sino también, en el campo, por la acción de los arrendatarios de la tierra. Estos habían tratado de hacer ver a los agitadores de la Liga antiarancelaria que sus intereses eran totalmente opuestos a los de los terratenientes, los cuales sólo defendían sus egoístas intereses, pero no, ni mucho menos, los de toda la población agrícola. De la emancipación política de los arrendatarios, todavía en verdad muy lejana, esperaba Engels la definitiva eliminación de la mayoría conservadora en la Cámara de los Comunes. Reconocía, así, como un mérito de la Liga antiarancelaria su aspiración de poner fin al dominio exclusivo de los *tories* en el campo.

Pero, pese a todas sus simpatías por la Liga, éstas terminaban allí donde, como en 1843 ocurrió en Lancashire, entraba en colisión con la *National Charter Association*. Inmediatamente vio en ella una organización de hilanderos y tejedores ricos que, atenta a sus intereses, se proponía activar el comercio mediante la supresión de los aranceles sobre el trigo. Y, mirando al campo, le preocupaba, mucho más que la contradicción entre grandes terratenientes y arrendatarios, la nueva pugna que veía surgir entre los terratenientes y la "clase miserable" de los jornaleros agrícolas.

Parece que Engels tendía a enjuiciar la situación política interior de Inglaterra por aquellos años de modo parecido a como Lassalle juzgaría, veinte años más tarde, la situación de Prusia: veía dibujarse un partido obrero independiente que se sentía tentado a aprovecharse de la pugna entre los dos viejos partidos históricos y que, con esta actitud, se apartaba con creciente desconfianza del partido cuyas filas había venido fortaleciendo hasta ahora y cuyos jefes eran sus patronos. Y, a la vista de esta constelación de fuerzas, consideraba ahora con mayor pesimismo que meses atrás el futuro de los *whigs*. "Han pasado los tiempos de las soluciones intermedias", escribía en *El Republicano suízo* el 23 de mayo de 1843, "y la fuerza de todo el país se divide entre los extremos".

El proletariado industrial sentíase irritado en aquellos días por la oposición de los liberales a la propuesta de ley del ministro del Interior sir James Graham para que se limitase la jornada de trabajo de los niños en las fábricas. Y Engels, quien asistía asiduamente a los mitines en que los cartistas de Lancashire se enfrentaban a los *whigs*, con este motivo, se indignaba de que la policía apoyara a los fabricantes liberales, cuando éstos subían a la tribuna, en medio del tumulto. La cosa estaba ya clara para él: los *whigs* eran el partido de los patronos y no podía, por tanto, contar con sus simpatías.

A primera vista, puede parecer extraño que Engels no sintiera el mismo fervor que otros entusiastas de la libertad en el continente por la campaña de

agitación de O'Connell, quien, desde la mala cosecha de 1842, volvía a inflamar con sus discursos a la masa de los irlandeses pobres. Y es que la tendencia nacionalista de aquel agitador le parecía, coincidiendo con el *Northern Star* y O'Connor, una chapucería en comparación con las metas del nuevo e innumerable partido de los desposeídos que se agrupaba bajo la bandera de la Carta del Pueblo. No compartía la ilimitada admiración por el gran agitador a la que entonces no escapaba ni el propio Bismarck y coincidía más bien con la opinión de Sebastián Seiler, afín en ideas a Weitling, quien tildaba de "comediante" al agitador irlandés. Le molestaba el que el "astuto demagogo" malgastara sus energías y su inmensa influencia personal al servicio de "los pobres y mezquinos fines y soluciones a medias" que se recataban detrás de todo aquel ruido del *repeal*, en vez de luchar por el bienestar real del pueblo, por la abolición de la miseria.

Lo que él admiraba era el entusiasmo revolucionario de las masas, que seguían ciegamente al agitador: "¡Qué gentes!", exclamaba, "hombres que no poseen ni un centavo, que en su mayoría no tienen ni una chaqueta que ponerse, auténticos proletarios y descamisados, y además, irlandeses, gaélicos salvajes, indómitos y fanáticos. Quien no haya visto a un irlandés no se lo puede imaginar. Dame 200 000 irlandeses y haré añicos a toda la monarquía británica".

Las relaciones íntimas que por aquel entonces mantenía Engels, llamadas a durar muchos años, con la joven trabajadora irlandesa Mary Burns y que, al parecer, le abrieron el camino a los círculos proletarios, infundieron un calor muy especial a sus simpatías por aquellas víctimas "de una opresión multiseccular" y reforzaron con lazos humanos el interés que sentía por el mejoramiento de su suerte. Era increíble la fuerza plástica con que sabía colocarse en la situación de aquellos "despreocupados y alegres hijos de la naturaleza, comedores de patatas", "a quienes el hambre había obligado a salir de sus prados natales, arrastrándolos a Inglaterra, a la civilización". Metidos en el engranaje mecánico, egoísta y desalmado de ésta, sentían despertar sus viejas pasiones; no eran ahorrativos, se apresuraban a beber lo que ganaban y estaban irremisiblemente condenados al hambre y la miseria. Engels sospechaba que O'Connell marchaba de acuerdo con los liberales ricos para derribar al ministerio *tory* de sir Robert Peel, pues no veía en él a un demócrata convencido. Pero lo que menos podía perdonarle era que pusiera a sus irlandeses en guardia contra "el peligroso socialismo". Y jamás dejaría de ser, a lo largo de su vida, un ardiente abogado de los proletarios irlandeses.

Dos generaciones largas tardó la gran industria en abrirse paso en Alemania. A fines de la década del treinta, los escritores alemanes que visitaban y describían Inglaterra se inclinaban, por lo general, a creer que su amada patria se mantendría al margen de la transformación técnica y social que tan dolorosamente veían operarse en la Gran Bretaña. Podría uno suponer que, por lo menos, un historiador de cierta talla dedicado a examinar a fondo la realidad inglesa no podía pasar de largo ante esta interrogante. Nos referimos a Federi-

co von Raumer, el autor de la *Historia de Europa a fines del siglo XV*. Pero este viejo y ocupado señor, que por dos veces, en 1835 y en 1841, hizo viajes de estudios a Inglaterra, incluyendo en ellos a los distritos fabriles y que gozaba de la inmerecida fama de hallarse muy concienzudamente documentado acerca de las cosas inglesas, no llegó a manifestar nunca aquellos temores. Imbuido del dogma del *laissez-faire, laissez-aller*, ni siquiera emitió juicio sobre el sistema del *truck*. Y la cruel explotación del trabajo de los niños en las fábricas, que a Engels le sublevaba, sólo le parecía injusta porque coartaba indebidamente el tiempo que debía dejar libre a la infancia para su educación.

Con la infatuada miopía del académico anquilosado, Raumer ponía de modelo a los ingleses el atraso de la realidad alemana: si era cierto —decía— que producíamos menos fustán o menos muselina, en cambio producíamos más pensamientos y más sentimientos y la poesía de la vida infantil no se veía aún, en Alemania, ahogada por el estrépito de la maquinaria. El historiador de los Hohenstaufen ni siquiera sospechaba que en las zonas industrializadas de Alemania los niños se veían obligados ya a ejecutar también 15 horas diarias o más de trabajo fabril. Engels, en cambio, estaba muy al tanto de lo duramente que tenían que trabajar los muchachos en el Wuppertal. No debemos, por ello, extrañarnos de que hablara con tanto desprecio de la "pobreza" de la tan ensalzada obra de este historiador. En su segundo viaje a Inglaterra, Raumer se dio ya más cuenta del abismo "infranqueable" que allí mediaba entre pobres y ricos. Lo consideraba, sin embargo, "franqueable" si se mejoraban tres cosas: la educación religiosa, las leyes de beneficencia y el régimen fiscal. Y se consuela de lo que ve, pensando que, en el pasado, la miseria no era menor, sino distinta, y que no era posible descartar de la civilización la causa que la engendraba, las manufacturas.

Lo que este sabio no alcanzaba a comprender debieran haberlo comprendido los industriales y comerciantes, a saber: que sus negocios llevaban al país hacia el camino de Inglaterra. Pero no sabemos de ninguno que sacara entonces conclusiones de la trayectoria que permitía ver en el presente social de Inglaterra el futuro social de Alemania. Gustavo Mevissen, quien escribía en la *Gaceta renana* acerca del movimiento cartista era, entre las gentes de posición social, como Engels, una *rara avis*, pues, al igual que él, compaginaba los estudios filosóficos e histórico-políticos con su profesión comercial.

A Mevissen, que había vivido personalmente la gran crisis del verano de 1842 en Inglaterra, no se le ocultaba, ni mucho menos, la desgarradura que allí se advertía entre las clases poseedoras y las desposeídas. Pero no creía en el peligro de una revolución mientras la clase media no se declarara solidaria con los anhelos radicales del proletariado. Como liberal que era, también él veía la raíz más profunda del mal en la pésima educación del pueblo y consideraba la absoluta ignorancia como la fuente de la miseria. Y se lamentaba de que los dos viejos partidos del país no quisieran darse cuenta de que sólo podrían salir al paso de una hécatombe mediante reformas muy profundas. Al movimiento cartista le reprochaba, sobre todo, el que no se dejara guiar por un principio gran-

de y claro. Como no enjuiciaba la política y la economía, ni mucho menos, exclusivamente desde el punto de vista de las clases desposeídas, entendía que la corrección de los peores males era un deber del Estado, atento a su propia conservación. "No es la ley cerealista, sino una revolución sangrienta la que puede liberar a este país de la maldición del pasado", escribiría años más tarde, ciertamente, en 1846, bajo la abrumadora impresión de la miseria que había visto con sus ojos en Leeds.

Pero ha llegado la hora de detenerse a examinar lo que eran el cartismo y el socialismo inglés, que distaban mucho de ser idénticos, para saber qué influencias ejercieron estos movimientos sobre la trayectoria ideológica del joven Engels.

Desde fines del siglo XVIII, el proletariado fabril, al que la revolución industrial había ido convirtiendo poco a poco en la clase más numerosa del país sin llegar a cohesionar todavía sus fuerzas en una organización seria formulaba de vez en cuando, pero con insistencia cada vez mayor, postulados democráticos y socialistas. En 1819 desfilaron por las calles de Manchester una enorme manifestación pidiendo el sufragio universal. Desde entonces, el movimiento obrero había cambiado muchas veces de contenido y de táctica, pasando de las reivindicaciones políticas a las sociales y de éstas a las políticas, recurriendo en ocasiones a la fuerza y otras veces a los medios pacíficos, pero ganando constantemente en importancia, hasta que, despertando en otros el miedo y haciendo ver el peligro, logró atraer la atención hacia sí y hacia las causas profundas que lo impulsaban.

Ya hemos visto que este nuevo poder social que saltaba a la palestra política había comenzado actuando como una tropa auxiliar de la clase media ansiosa de llegar al poder. Las cosas cambiaron cuando vio que se la dejaba a un lado, al triunfar la reforma electoral que ella había ayudado a imponer. En vista de ello, los trabajadores comenzaron a prestar oídas a una minoría hasta ahora poco influyente, que predicaba como la misión esencial del proletariado la lucha de clases contra los poseedores. Y, en los años treinta, fue creciendo entre quienes se sentían desengañados por la esterilidad de la agitación política la tendencia a dejarse atraer por las consignas antiparlamentarias, revolucionario-sindicalistas o a escuchar las prédicas socialistas pacíficas de que era portavoz Roberto Owen.

Pero esta reacción, muy natural, no podía ser duradera. Ya en 1837 se reanudó, y llegó a adquirir tremendas proporciones para derrumbarse luego antes de llegar a la meta, el asalto hacia el logro del sufragio universal y paritario, llamado a abrir al proletariado las puertas de la Cámara de los Comunes. En la gran huelga general desatada en el norte de Inglaterra en el año de miseria de 1842, huelga provocada por causas económicas, pero que, en su curso, se dejó arrastrar por una gran pasión revolucionaria, alcanzó su punto culminante el movimiento cartista. El centro de este movimiento de huelga fue Manchester. Cuando en diciembre llegó Engels a esta ciudad, todavía vibraban las masas obreras ante la emoción de aquellos sucesos, en los que se produ-

ieron violentos choques, pero sin que las bajas causadas en los encuentros fuesen considerables, gracias a la prudencia del general sir Carlos J. Napier, que, en el fondo de su alma, simpatizaba con el proletariado.

En su primer artículo escrito desde Inglaterra para la *Gaceta renana*, Engels habla de estos acontecimientos, y el juicio que acerca de ellos formula ilustra bastante bien las ideas con que abordaba el estudio del movimiento cartista. Comienza afirmando que la tercera parte y hasta tal vez la mitad del pueblo inglés pertenece a la clase de los pobres absolutos creada por la industria y que crece de un modo vertiginoso, sin llegar a tener una posición económica estable. Cuando la deja sin pan una crisis comercial aguda como la que acaba de transcurrir, no le queda más salida que la revuelta. Es, por su número, la clase social más poderosa del país, pero no tiene todavía la conciencia de su poder. Se halla, sin embargo, en camino de adquirirla, como lo demuestra la sublevación del verano último, que en Alemania no se llegó a comprender debidamente, ya que se creía en la posibilidad de que condujera, ya esta vez, a resultados serios.

Engels trata de explicar al lector por qué esto no era posible. En primer lugar, el choque, en esta ocasión, se había producido por un error: todos los obreros de la industria del algodón, del carbón y del hierro creyeron amenazadas sus posiciones por el hecho de que algunos fabricantes trataran de reducir los salarios. En segundo lugar, los trabajadores se lanzaron a la lucha sin una preparación previa, sin organización, sin contar con una dirección única. Estas huelgas, superfluas desde el punto de vista económico, se vieron privadas, además, de perspectiva a partir del momento en que, sobre la marcha, los cartistas les dieron una orientación política.

Para Engels, la causa fundamental del fracaso del movimiento estaba en que era prácticamente imposible la idea fundamental a que respondía, o sea la creencia en la posibilidad de una revolución por la vía legal. Este falso ídolo paralizó la energía de las masas y las empujó de nuevo al trabajo, después de haberse gastado sus ahorros.

Sin embargo, aquellas semanas no habían sido infructuosas para los desposeídos, pues les habían ayudado a comprender, por experiencia propia, que el único camino para mejorar su situación material era la transformación por la fuerza de las condiciones antinaturales existentes, el derrocamiento radical de la aristocracia noble y de la aristocracia industrial. Y aunque su característico temor a la ley siguiera retrayendo a los ingleses, por ahora, de una revolución violenta, acabaría imponiéndose en ellos el temor a morir de hambre.

Engels no dudaba de la inminencia de la revolución, porque la deseaba, y no cabe duda de que contribuía a fortalecer sus esperanzas el hecho de que los cartistas, en sus publicaciones, agitaran también esta predicción. Con frecuencia habrá de ocurrirle, a lo largo de su vida, lo mismo: que su fogoso temperamento se deje llevar a falsas profecías revolucionarias, sin dar la debida importancia a las fuerzas sociales y políticas imperantes.

El sufragio universal era, desde luego, la reivindicación fundamental de

los cartistas, que prevalecía sobre cualquiera otra. Sabían que "ante el asalto de una Casa de los Comunes de mayoría democrática se derrumbaría por sí mismo todo el podrido tinglado de la corona, los lores y lo demás". Como Macaulay, aunque éste llegara a conclusiones antagónicas, Engels estaba convencido de que ningún gobierno, fuese conservador o liberal, se decidiría jamás por obra de una agitación pacífica a implantar una reforma que entregara el Estado, de golpe, a la gran masa de los desposeídos. La lucha por el sufragio universal abriría, pues, el camino a la revolución social. La supresión de los aranceles sobre el trigo obligaría a la aristocracia de la nobleza a ceder el campo a la aristocracia del dinero, y la aprobación de la Carta del Pueblo obligaría a la aristocracia del dinero a capitular ante la democracia del trabajo. Se acercaba, según el modo de ver de Engels, la crisis que "acabaría con la hegemonía mundial cristiana", y el momento de esta crisis, aunque no cuantitativamente, en años, podía predecirse cualitativamente con toda precisión.

Engels daba por descartado que el futuro inmediato de Inglaterra sería la democracia, pero ya no simplemente la democracia política. Que las fuerzas de ésta ya no bastaban para resolver los grandes problemas de la humanidad venían señalándolo desde hacía mucho tiempo, en Alemania, las hojillas publicadas por los oficiales artesanos convertidos al comunismo. Weitling, que encabezaba intelectualmente estas aspiraciones, acababa de prevenir, en sus *Garantías de la armonía y la libertad*, contra la sobreestimación de aquel tipo de democracia, a la que llamaba el ancla necesaria, pero insuficiente y hasta peligrosa para el principio de la comunidad que un día habría de llegar indudablemente a realizarse.

No era la primera ni sería la última vez que la humanidad doliente denunciara el carácter limitado de toda acción política. También Engels consideraba caduca, ahora, una democracia cuyo contenido se reducía a enfrentarse a la monarquía y al feudalismo. Sólo reconocía como verdaderamente vital aquella que se declaraba en contra de la burguesía y la riqueza. La influencia de Proudhon que, tal vez a través de Moses Hess, se advierte aquí en él por primera vez, contribuyó a que se manifestara en el sentido de que la mera democracia no poseía la fuerza necesaria para acabar con los males sociales. No es la política, declaraba Engels, el palenque en donde va a ventilarse la lucha de los pobres contra los ricos. Por encima de la igualdad democrática, "último recurso puramente político" de que podía echarse mano, estaba, para él, el socialismo, principio que iba más allá de toda política.

Precisamente porque estaba convencido de que el movimiento cartista, al que él se adhería "abiertamente", tenía que desembocar, quisiera o no, en la revolución social, su idealismo alemán no podía comprender, al principio, por qué el cartismo encontraba tan pocos partidarios en las filas de las clases cultas. Si acaso, se explicaba este hecho no tanto por la repugnancia del instinto de clase de la burguesía inglesa como porque ésta no tenía fe en la fuerza del movimiento cartista. Para el inglés práctico, decía, la política era una cuestión de números, un asunto comercial; de ahí que no se aviniera a reconocer la fuerza del

cartismo, que por bajo cuerda iba creciendo poderosamente, mientras los números en que se manifestaba fuesen, para los efectos de la mayoría en el parlamento, ceros a la izquierda. Pero, al pensar así, se pasaban de listos, pues en el mundo hay cosas que no se miden por los números.

Ya antes de salir de Alemania, se negaba Engels a admitir la terminología usual, aplicada por ejemplo en el compendio de Lorenzo Stein, que distinguía rigurosamente entre socialismo y comunismo. Y, con mayor razón, procuraba abstenerse de atormentar a los círculos obreros ingleses con los que se hallaba en contacto con distinciones carentes en sí de objeto. Ellos sólo conocían el cartismo y, al lado de él, el socialismo inglés. Apenas si habían oído hablar del comunismo alemán, y tampoco el mundo de ideas del socialismo francés, que en vano pugnaba por abrirse paso con el prometeico Fourier, encontraba entre ellos eco importante. Jamás ha habido ni habrá un poderoso movimiento de masas del proletariado en el que no se haga oír la desigual distribución de la propiedad. Pero existe una enorme diferencia entre el hecho de que los postulados del movimiento se centren en la superación de esta desigualdad o sólo de vez en cuando salgan a la discusión, ocasionalmente, estas consideraciones y la meta más apasionadamente predicada por los dirigentes sean las reivindicaciones democrático-políticas.

Era lo que ocurría también con el cartismo, el primer gran movimiento de clase del proletariado industrial moderno. En la famosa "Carta" a que debía su nombre sólo se exigía la democratización del poder público. Todos sus argumentos estaban tomados del derecho natural, ya se invocase en su apoyo la autoridad de Thomas Paine y William Cobbet o se recurriese, remontándose muy atrás, a los textos de Locke o Rousseau. Ahora bien, aunque también los razonamientos jusnaturalistas sirvan para infundir a las masas la fe en la justicia de sus demandas, no pueden darles la certeza de que su causa está irremisiblemente llamada a triunfar en el futuro. Y cuando Engels criticaba en los enciclopedistas franceses su incapacidad para descubrir los cambios y veía en la filosofía del siglo XVIII, en general, solamente "el penúltimo paso hacia el conocimiento y la liberación del hombre por sí mismo", se limitaba a expresar con ello su profunda convicción de que era la filosofía dialéctica, a la que él se adscribía, la que podía encabezar a la humanidad por el camino que la llevará a la última etapa de su autoliberación. Así, pues, para que el proletariado revolucionario de Inglaterra llegara a ser el exponente de un grandioso movimiento hacia la realización de la libertad, estaba perfectamente convencido de que tenía que seguir los derroteros que trazaba la filosofía de Hegel y de Feuerbach.

Al margen del gran movimiento de clase del proletariado y en su punto álgido y decisivo, es decir, en la lucha de clases y precisamente en contraposición a ella, existía en la Inglaterra de aquellos años un movimiento socialista. Imprimía el sello de su genio a este movimiento un hombre movido por su fe en el futuro: Roberto Owen, a cuyo nombre van unidos realmente todos los movimientos sociales producidos en aquel tiempo y aun más tarde en Ingla-

terra. Owen, conmovido en lo más íntimo al ver que todos los nexos sociales de unión entre los individuos se desgarraban para dar paso, bajo la égida de la revolución industrial, al egoísmo y al atomismo más desenfundados, llevaba mucho tiempo cavilando para encontrar la solución a estos males y creyó, por fin, encontrar el remedio en la misma enfermedad. Partiendo del mismo mecanismo de la gran industria, llegó a formarse la convicción de que, si se le daba una dirección planificada, sería posible fomentar, sobre bases cooperativas, la solidaridad entre intereses que tan ferozmente pugnaban entre sí.

Owen se convirtió, así, en apóstol del cooperativismo y puso todo su empeño en encaminar a un mundo basado en el egoísmo hacia un "nuevo mundo moral" inspirado en el principio económico opuesto. Fundó colonias modelo que aspiraban a ser verdaderos oasis en donde pudieran germinar libremente los impulsos de convivencia y simpatía entre los hombres, demostrando mediante sus éxitos morales y económicos que en el futuro triunfaría la solidaridad y no el egoísmo.

El problema central de los males de la sociedad residía, según Owen, en que el formidable auge de la producción no llevaba aparejada un alza congruente del consumo, y ello le inducía a derivar toda la miseria de que adolecía el mundo existente de las deficiencias de la distribución. La lucha de clases predicada por el cartismo no era, a sus ojos, el medio para remediar los males; su inquebrantable optimismo le llevaba a creer que podría ponerse en práctica por medios pacíficos aquella armonía preestablecida de intereses de cuya posibilidad estaba seguro. La concepción del mundo de Owen tenía sus raíces todavía en el racionalismo del siglo XVIII. El mundo era para él un gran laboratorio y el hombre una complicada combinación química. Transformando radicalmente el mundo sería posible transformar también al hombre y una educación más racional lo haría más apto para vivir en régimen de cooperación.

Absolutamente convencido de la fuerza de persuasión y atracción de sus ideas, Owen se negaba por principio a apelar a las pasiones políticas y sociales de las masas. Creía, al igual que el joven Engels, que la historia de la sinrazón humana se acercaba rápidamente a su fin y estaba próximo el día del resurgimiento del espíritu. Desde el punto de vista sentimental, los dos se veían, pues, impulsados al socialismo por los mismos móviles. Pero pensaban de un modo totalmente distinto en cuanto al camino por el que la historia tenía que marchar hacia su realización.

Owen, cincuenta años mayor que Engels, había estado al frente de una gran fábrica de hilados y había descubierto el camino hacia el socialismo como director de empresa y patrono. Engels le tributó siempre respeto y admiración por haber sido el primero en rebelarse "contra su propia clase" y acabar con "el infame sistema" de explotación de la mujer y el niño en la fábrica. Todavía en 1871, al discutirse en el Consejo general de la Internacional si ésta debía o no adherirse a la celebración del aniversario del nacimiento de Owen, reiteró Engels su viejo punto de vista.

Durante su primera estancia en Inglaterra, Engels parecía inclinarse a

creer que tal vez el futuro le señalaría a él el mismo derrotero y una misión parecida a la de Owen. No sintió nunca, sin embargo, la tentación de sumarse a esta corriente. Comprendía demasiado bien que su temperamento y su concepción del mundo eran muy otros. El discípulo de Hegel tenía necesariamente que mirar con cierto desdén al idealismo jurnaturalista de Owen y ver en él una concepción primitiva, ya de largo tiempo atrás superada por la filosofía alemana. Más interesantes le parecían, en cambio, los experimentos sociales de Owen y sus resultados prácticos. Reconocía como una aspiración "importante" las deducciones teóricas de Owen, pero las tachaba de algo tan oscuro y tan mal expuesto como las doctrinas de cualquier "filósofo alemán". En cambio, le impresionaba la intrépida hostilidad de este inglés frente a la Iglesia y los teólogos, que le llevaba a denunciar "el matrimonio, la religión y la propiedad como las causas únicas de todas las desventuras desde el comienzo del mundo". Le parecía que los discípulos de Owen eran los únicos ingleses que se atrevían a servirse de su inteligencia en materias religiosas. Su lucha abierta contra las diferentes Iglesias le llevaba a ver en los socialistas ingleses personas más firmes y más prácticas que los franceses, quienes extraían sus pensamientos socialistas fundamentales del cristianismo y, siguiendo en esto las huellas de Saint-Simon, trataban de lograr una renovación de las doctrinas cristianas. Durante su estancia en Manchester, Engels solía asistir a las reuniones que, con la presencia de miles de personas, organizaban en el *Hall of Science* de aquella ciudad los owenistas y, al principio, ejercía gran encanto sobre él la nueva imagen de las cosas que allí se le ofrecía. Fácilmente podemos imaginarnos la impresión que a aquel joven educado en el Wuppertal tenía que causarle escuchar allí, los domingos, discursos e intervenciones salpimentados a cada paso con chistes contra los curas y en los que se llamaba a los cristianos, lisa y llanamente, "nuestros enemigos".

Nada preciso sabemos acerca de los quehaceres comerciales que en Manchester tenía que atender, como empleado de la casa Ermen & Engels, el hijo de uno de los dos jefes de la empresa. Estamos bastante mejor informados, afortunadamente, con respecto a las actividades que desplegaba fuera de la oficina, más interesantes para él, desde luego, como lo son también para nosotros.

Movido por la necesidad de orientarse y guiado por el seguro instinto que en todo le caracterizaba, se dedicaba en sus horas libres a adentrarse en la literatura de la época. Como sabía leer, encontraba ya un pasto muy jugoso, del que sacaba mucho fruto, en los periódicos y las revistas. A estas publicaciones no les impedía, allí, una medrosa censura ocuparse abiertamente de los asuntos públicos, y el oleaje de las luchas políticas y sociales les suministraba temas siempre sustanciosos. Se dedicó afanosamente, como sabemos, a estudiar el pasado de Inglaterra para comprender más a fondo su presente y poder atalayar con mayor claridad su futuro.

Ya desde muy pronto había sido Shelley, entre los ingleses, su poeta favorito, por su aversión al cristianismo y a la monarquía. De la amena literatura seguían atrayéndole, sobre todo, los autores que, estimulados por las

luchas de su tiempo, repercutían a su vez sobre ellas. Le interesaban sobre todo, por esta razón, las obras de Carlyle, las novelas de Disraeli, los poemas de Isabel Browning y Tomás Hood. Sentía palpitar en ellos la profunda conmoción social que sacudía a Inglaterra y que irresistiblemente le atraía.

Pero probablemente hablaban un lenguaje más elocuente para él las impresiones de la vida diaria que Manchester le suministraba y a las que se entregaba apasionadamente. Cuando volvía de sus visitas a la bolsa del algodón o, casi siempre, probablemente, en compañía de Mary Burns, se paseaba por las miserables barriadas obreras, no podía dejar de pensar que todo aquello que vivía, observaba e iba coleccionando en su conciencia habría de traer necesariamente, para él mismo y para el mundo que le rodeaba, los frutos apetecidos. Pero, para comprender todo aquello había que estudiar, además, profundamente, como él comenzó ahora a hacerlo, la literatura económica, floreciente por aquel entonces en Inglaterra. Hasta entonces, su formación cultural había descuidado estos problemas. De pronto, advirtió que el conocimiento de la teoría económica le era tan necesario y aún más que el de la filosofía, a que hasta entonces se había confiado casi exclusivamente.

Tuvieron que ser impresiones tremendas las que allí, en lo que entonces era el centro del mundo industrial, se grabaran hondamente en el sensible espíritu del joven Engels. Ya desde niño habían sido muy poderosas en él las motivaciones éticas. Dentro de la concepción del mundo que más tarde se formó, estas motivaciones encontraron, a su juicio, una solución científica que le impulsaba a dar a sus sentimientos una expresión pública directa. Un temperamento como el suyo, altruista y proyectado hacia los grandes ideales, anhelaba una humanidad plétórica de impulsos encaminados a alentar todo lo que fuera unidad y armonía y a ahogar cuanto dividiera y separara a los hombres. Pero el mundo era otra cosa, y su mirada insobornable, su afán insaciable de saber y su diáfana honradez intelectual querían ver la realidad tal y como era, aunque los resultados no respondieran a sus deseos.

Trasplantado de pronto de la estrecha realidad de su tierra natal, dominado todavía en muchos aspectos por los rasgos patriarcales, a las calles de Londres, sentíase aterrado ante "la brutal indiferencia y el desalmado egoísmo con que cada cual se encastillaba en sus intereses particulares", ante aquella "disolución de la humanidad en mónadas" con que se encontraba por todas partes. Ya algunos de los autores socialistas leídos por él antes de trasladarse a Inglaterra le habían hecho ver algo de esto; pero, una vez aquí, pudo percatarse con toda fuerza de que el principio fundamental sobre el que descansaba la sociedad existente no era otro que el del "mezquino egoísmo". Y las impresiones recibidas en la gran ciudad cosmopolita se vieron reforzadas por las que más tarde vivió en las ciudades fabriles inglesas, distintas a las anteriores y, sin embargo, muy parecidas: "Por todas partes la misma bárbara indiferencia, la misma dureza de corazón, de un lado, y la misma miseria indescriptible del otro, donde quiera la guerra social..., la explicación mutua, todo al amparo de la ley".

En ninguna otra parte del mundo había llegado a tales extremos como en

la industria algodonera inglesa el desplazamiento del trabajo manual por la máquina y la división del trabajo. En ninguna parte, por tanto, podía estudiarse la miseria del proletariado industrial con rasgos clásicos tan acabados como en Manchester y sus alrededores. Se explica, pues, que la simpatía con los atropellados y el afán de llegar por el conocimiento a la verdad imprimieran, a quien ya por sus recuerdos de infancia se hallaba bien preparado para esta tarea, el mismo rumbo, cuando decidió dedicarse a estudiar la situación social y económica de la nueva clase de la sociedad de cuya liberación estaba ya seguro de que dependía la suerte de la humanidad. Cuanto más arraigaba en él la decisión de consagrarse a esta obra con todas sus energías, más iba inclinándose el plan de elaborar en un libro las impresiones y los conocimientos reunidos y de los que estaba seguro que ningún otro alemán de formación filosófica podía disponer en la misma extensión que él. El campo en que aquí se movía era todavía un continente casi inexplorado para la anquilosada ciencia económica alemana. Y, a medida que su campo visual iba ensanchándose, veía con mayor claridad y mayor extensión los conceptos bajo los que debía enfocar la materia. Lo que él aspiraba a trazar no era una imagen casual, sino un cuadro típico, que diese pie a conclusiones. Pronto pudo ufanarse de conocer Manchester mejor que la mayoría de sus habitantes, tan al dedillo como su ciudad natal. Acostumbrado a saber mirar y escuchar, no tardó en reunir y ordenar un material variadísimo; pero su estancia en Inglaterra no duró lo bastante para que pudiera, como había pensado, elaborar allí los materiales reunidos.

¿Llegó Engels, durante estos quince meses de aprendizaje social en Inglaterra, a sentirse fuertemente atraído por el socialismo inglés o por el cartismo? Sólo las grandes lagunas de los datos de que hasta hace poco se disponía puede excusar una pregunta como ésta, tan poco psicológica. Sabemos que Engels, al llegar de Alemania, abrigaba ya la convicción de que la simple democracia política no podría poner fin a la miseria de las clases trabajadoras, sino que la emancipación del hombre exigía la superación de la propiedad privada. Reconocía que los cartistas seguían exagerando la eficacia de los medios meramente políticos; pero confiaba en que ellos mismos se percatarían de ello y que su propia experiencia y la fuerza de las circunstancias los llevarían infaliblemente al camino del socialismo.

Pero, al mismo tiempo, sus convicciones revolucionarias no podían hacerle ver con buenos ojos la táctica incondicionalmente pacífica de los socialistas ingleses. Seguía con vivo interés, ciertamente, sus experimentos cooperativos, pero sin ocultarse a sí mismo ni ocultarles a ellos que tal vez podrían tener algún valor para el futuro, pero no encerraban ninguna importancia considerable para el presente. Nada podía socavar su convicción de que, por lo menos en Inglaterra, la meta final a que él aspiraba sólo podía alcanzarse por medio de la fuerza. Y, siendo así, era natural que se viera animado de un doble deseo: que el cartismo se impregnase de espíritu socialista y el socialismo, a su vez, se vitalizase con la energía de los cartistas. La primera tendencia le parecía que iba avanzando en la teoría y la segunda en la práctica. Simpatizaba con las

dos, pero sin entregarse a ninguna. Sus esperanzas se cifraban en la fusión de ambas corrientes. Seguía con idéntico interés y el mismo afán de documentarse las doctrinas del *Northern Star*, órgano de los cartistas, y las de *The New Moral World*, portavoz de los socialistas, y se esforzaba por conocer personalmente a las personalidades dirigentes de ambas tendencias.

Entre los socialistas, trabó relaciones, especialmente, con el profesor John Watts, de Manchester, "sastre y doctor en filosofía", como le llama el "San Max", dominado totalmente por el escepticismo de Hume, que gustaba de filosofar sobre la existencia de Dios, sin descuidar tampoco los problemas económicos y publicando folletos en torno a sus temas favoritos. Este John Watts se le revelaría, andando el tiempo, como un filisteo, pero por aquel entonces lo consideraba un hombre muy importante y le gustaba discutir con él, ya que a su interlocutor le agradaba partir siempre de hechos tangibles, para urdir en torno a ellos sus consideraciones de principio. El profesor inglés no quería, en modo alguno, dejarse convencer por aquel arrapiezo alemán de que la existencia de Dios pudiera probarse por otra vía que la de los hechos escuetos. Engels, por su parte, no se creía ya llamado a erigirse en defensor de la divinidad y le importaba mucho, en cambio, el principio de la dialéctica, cuya necesidad apriorística no se prestaba el buen Watts a reconocer. Su sentido trivialmente práctico se daba, sin embargo, por satisfecho ante el argumento de que la existencia de Dios no tenía ya por qué interesar a quien había renunciado a la fe y de que, por lo demás, resultaba de todo punto indiferente desde el momento en que no pudiera probarse a base de hechos.

De los cartistas, Engels mantenía trato, entonces, con Jaime Leach, obrero de una fábrica en Manchester y al que sus conocimientos prácticos y su sano sentido común habían hecho popular entre los trabajadores. Más importante fue que, en el verano de 1843, en la redacción del *Northern Star* en Leeds, trabase amistad con Julián Harney, quien poco después, bajo la égida de O'Connor, asumiría la dirección de aquel influyente periódico obrero. Harney era solamente tres años mayor que Engels, pero tenía ya un pasado político bastante movido. En los años turbulentos, había militado en la extrema izquierda del cartismo y, al igual que Engels entre los Libres, había luchado contra los "girondinos" dentro de su partido, rindiendo culto a Marat y pidiendo hechos heroicos en vez de palabras. Pero la malograda huelga general del verano de 1842 le había hecho pensar. Sin ser un hombre de pensamiento original como O'Connor o Lovett ni poder compararse a ellos en influencia o en elocuencia, figuraba, sin embargo, entre los dirigentes del cartismo que menos usaba las anteojeras insulares y estaba versado también en los asuntos sociales y políticos del continente.

Todavía cincuenta años más tarde, al morir Engels, no se había borrado de su memoria la impresión que le produjo aquel joven hijo de un fabricante alemán, el día que le conoció: se presentó ante él un mozo alto, con cara juvenil, casi aniñada, hablando un inglés muy correcto, a pesar de haber nacido y haberse educado en Alemania. Le dijo que era asiduo lector del *Northern Star* y

se interesaba vivamente por el movimiento cartista. Así comenzó su amistad. Y Harney, ya en su ancianidad, añadía que, a los 72 años, seguía siendo un hombre tan modesto y deseoso de figurar en segundo plano como cuando, a los 22, le había conocido en el *Northern Star*. Hasta en la vejez se mantuvo Engels esbelto y elástico, como aquí se le describe. Cuando, algunos años después que Harney, le conoció Lessner, el sastre, éste creyó tener ante sí más bien a un joven y apuesto teniente de la guardia que a un intelectual.

En su trato con Watts y otros socialistas ingleses, pudo convencerse de que aquellos insulares no tenían ni la más remota idea de lo que eran y propugnaban sus correligionarios del continente. Se ofreció, pues, a exponerles en su periódico las posiciones del socialismo continental. El artículo, publicado en *The New Moral World* en noviembre de 1843, se titula "Los progresos de la reforma social en el continente". Su lectura nos enseña hasta dónde su autor conocía entonces las diferentes corrientes del socialismo y el comunismo y cómo las enjuiciaba. Nos hace ver también, sin dejar lugar a dudas, que ya en aquel entonces consideraba inminente, no sólo en Inglaterra, sino también y por obra de la misma necesidad en Francia y en Alemania, la transformación revolucionaria de la sociedad que conduciría a la implantación de la comunidad de bienes.

El hecho de que la trayectoria siguiera camino distinto en cada uno de estos tres países y, sin embargo, tendiera en los tres a la realización del comunismo era precisamente lo que le daba la certeza de que las fuerzas propulsoras inmanentes a la civilización trazaban ese rumbo a la historia. Explicaba las innegables diferencias existentes entre los comunistas de los tres pueblos porque habían llegado por diversos caminos a la convicción de que el futuro de la humanidad era el comunismo: los ingleses por la práctica, los franceses por la política y los alemanes por la filosofía. Pero la coincidencia en cuanto a la meta final le animaba a creer que, con el tiempo, desaparecerían también las diferencias de opinión. Ya en el momento presente opinaba que nada se oponía a que se entablasen relaciones amistosas entre las tres ramas y, una vez que había llegado a este convencimiento, se creía llamado a colaborar personalmente en el logro de este objetivo. A su juicio, las simpatías brotarían por sí mismas cuando los comunistas de cada uno de los tres países conocieran las metas por las que luchaban los demás.

Engels explica a los owenistas por qué caminos se había desarrollado el comunismo en Francia y Alemania. Francia, dice, había recibido de la historia de la humanidad la misión de pasar por todas las formas del desarrollo político antes de arribar al comunismo. Su gran revolución había encendido la aurora de la democracia en Europa; pero la democracia política por sí sola era una contradicción consigo misma, una "hipocresía", una forma "teológica", en el sentido que daban a esta palabra Feuerbach y Bruno Bauer. La libertad política e incluso la igualdad política no significaban, en el fondo, otra cosa que la esclavitud. Todo tipo de gobierno encerraba una contradicción que pugnaba por resolverse y que tenía que conducir, necesariamente, a una de dos solucio-

nes: o el despotismo desembozado o la verdadera libertad e igualdad, realizables solamente con el comunismo. Napoleón y Babeuf —seguida argumentando Engels— representan los dos polos que en la revolución francesa marcan estas dos posibilidades antagónicas de desarrollo.

Engels no necesitaba extenderse en su artículo acerca de la Conspiración de Babeuf, ya que O'Brien había traducido al inglés, en 1836, la historia de este complot, escrita por Buonarotti. El fracaso de Babeuf se explicaba, según él, a partes iguales, por dos razones: la inmadurez de las condiciones de la época y el carácter tosco y superficial que entonces tenía el comunismo.

Lo que dice acerca del sansimonismo, que sólo reconoce como "poesía social", no indica precisamente —que es lo que aquí nos interesa— que ya entonces hubiera estudiado de primera mano estas doctrinas ni, mucho menos, que se sintiera inclinado a ellas. El ropaje místico de la escuela de Saint-Simon no podía atraer a una inteligencia tan diáfana como la suya y a su principio de la distribución seguía oponiendo, bajo la invocación expresa de Börne, las mismas objeciones que en su día había leído en las *Cartas de París* de este autor.

Mucho mayores eran sus simpatías por Fourier, de quien decía que su pensamiento era más científico y sistemático y contenía, aunque no del todo libre de misticismo, una verdadera filosofía social. Se ve que las ideas fundamentales de Fourier encontraban eco en él. Lo que más le fascinaba era su "descubrimiento" de que había que dejar que cada cual se entregara tranquilamente a la ocupación que mejor le pareciera, ya que ello no impediría que encontrasen satisfacción adecuada las necesidades de todos. Toda coacción salía sobrando si se demostraba la verdad de este aserto. A lectores que habían encontrado en Owen a un maestro venerado no era necesario encarecerles las pruebas que Fourier aducía en pro de la necesidad de una libre coexistencia cooperativa entre los hombres. Engels censuraba en Fourier el que éste defendiera la propiedad privada y que, tras las más violentas declamaciones contra los males de la competencia, acabase metiéndola de contrabando, con todo su deplorable séquito, por la puerta falsa. Y también le censuraba el que no hiciese valer sus postulados en el campo político. Consecuencia de ello era —decía— que sus doctrinas sólo se discutieran en los cenáculos, en vez de ser patrimonio de la nación. Y consideraba esta táctica especialmente errónea en un país como Francia, en donde los ideales sólo podían realizarse por el camino de la política.

El partido comunista de Francia —seguida diciendo Engels— había sabido comprender esta característica francesa. Se había formado cuando, después de la revolución de julio, los obreros adquirieron la conciencia de que no era cambiando la forma de gobierno, sino derrocando el orden social como podían cambiar radicalmente su situación. Después de algunas breves noticias sobre las asociaciones secretas que, en la segunda mitad de la década del treinta, se sucedieron rápidamente unas a otras, Engels se detenía a hablar de Cabet, en cuyo comunismo icariano destaca, como es natural, las coincidencias con las ideas de Owen. Señala, asimismo, cómo Cabet se ingenia de todas las maneras posibles

para asegurar la libertad del individuo, contra la que el comunismo atentaba, según los enemigos de éste.

Como a Engels le interesaba muy especialmente hacer perder a los trabajadores ingleses la fe en la posibilidad de una revolución estrictamente apegada a la ley, trató de explicarles por qué los comunistas de Francia, adoctrinados por el curso de la revolución francesa, eran republicanos, por qué se inclinaban a crear asociaciones secretas y no rehuían el empleo de la violencia para llegar a sus fines. A él mismo acababan de invitarle Schapper y Moll a ingresar en la Liga de los Justos, sin lograr convencerle. Ya en este trabajo se manifiesta por principio en contra de las sociedades secretas, ya que la existencia clandestina e ilegal complica inútilmente las persecuciones policíacas con el inconveniente de la ilegalidad.

Trata también de explicar a sus lectores la táctica revolucionaria de los franceses haciéndoles ver que la Constitución y las leyes de Francia sancionan la opresión de los pobres por los ricos y que allí no está autorizada, ni sería tampoco oportuna, la creación de colonias comunistas por el estilo de las inglesas. En efecto, dado el carácter nacional de los franceses, a éstos les tiene sin cuidado el que se les demuestre que planes como los de Owen son realizables, pues no les preocupa que el camino propuesto sea viable sino que sea justo. Hay que hacerles ver, por consiguiente, por qué la libertad y la igualdad sólo pueden alcanzarse a través del comunismo.

A este propósito, Engels no oculta su desagrado de que algunos franceses sigan identificando el comunismo con el cristianismo. Entendía que no valía la pena haber luchado por desembarazarse de la religión de su infancia para volver a encontrarse con ella en el comunismo. El socialismo cristiano de un Lamennais estaba tan distante de él como el "cristianismo de los pobres pecadores" que profesaban los artesanos comunistas alemanes. No podía negar que algunos pasajes de la Biblia podían interpretarse en un sentido socialista, como tampoco podía negarlo su antípoda Leo, quien, sin embargo, se consolaba diciendo que "un vaso de vino, al verterse en una sentina, inmediatamente dejaba de ser un vaso de vino". Pero estaba convencido de que el espíritu general de las Sagradas Escrituras se oponía resultantemente al comunismo, "lo mismo que a cualquier otra doctrina racional".

Más interesante le parecía que mostraran simpatías por el comunismo Pedro Leroux y Jorge Sand, "la valerosa campeona de los derechos de la mujer". Y elogia como la obra más importante y más filosófica que a favor del comunismo se ha escrito en francés el libro de Proudhon titulado *Qu'est ce que c'est la propriété?* Más tarde, censurará el hecho de que no se haga en él una crítica a fondo de las relaciones sociales vigentes, pero por el momento expresa el deseo de que la obra fuese traducida al inglés para que se conociera al otro lado del Canal, ya que ninguna otra expone con la misma fuerza intelectual y la misma auténtica cientificidad la esencia de la propiedad privada y pone al desnudo sus contradicciones.

La teoría anarquista de Proudhon influyó visiblemente sobre Engels, a

partir del momento en que éste comenzó a ver claro en el carácter de clase del Estado. No se detiene, sin embargo, a explicarla en el artículo a que nos estamos refiriendo, porque se proponía hacerlo más despacio en relación con los comunistas alemanes, parte del trabajo que no llegó a abordar. En los ensayos de Engels escritos en este periodo se habla ya con frecuencia de "la próxima desaparición del Estado", de que éste va "socavándose", de que debe desaparecer por ser "inhumano". Algo parecido predicaba ya Proudhon y, antes de él Godwin, a quien Engels cita una vez. Pero, más que todas las influencias literarias, probablemente fortalecería este modo de ver, en él, la conciencia a que de pronto llegó de que las fuerzas económicas estaban por encima de las políticas.

Para Engels era más fácil que para otros el minar la alta estimación en que se tenía al Estado como el portador de la historia universal, pues jamás había participado en el culto al Estado propio de la filosofía hegeliana del derecho. Si la propiedad, cosa de que ahora le había convencido Proudhon, era realmente el elemento más poderoso de toda la historia anterior, el germen y el pivote de todas las revoluciones, no cabía duda de que el Estado tenía que subordinarse a la sociedad, y no ésta al Estado, que la ciencia social debía prevalecer sobre la política y que la esfera en que el hombre tenía que "recobrarle a sí mismo" y debía hacerse realidad "la asociación voluntaria y libre de los hombres" era la sociedad, y no el Estado.

A la vista de lo anterior, no debemos comprender inmediatamente por qué en Engels tenía que arraigar, ante todo, la idea de que el "Estado cristiano" era la última forma posible de manifestación de este órgano de poder caído, desaparecía el Estado como tal, el cual no era otra cosa que "el miedo de la humanidad a sí misma. Y, a partir de ahora, Engels se mantendrá para siempre firme en su desprecio por "toda esa pacotilla del Estado", en el que veía una categoría social que tuvo un origen, que no ha existido "eternamente" y que, por tanto, está llamada a desaparecer. Y cuando el conflicto ideológico se hubo materializado "todo definitivamente para él en los conflictos económicos, la superación del Estado, incluyendo, por tanto, la democracia", pasó a depender, en su manera de ver, del triunfo de la revolución proletario-comunista, llamada a abolir las contradicciones de clases.

En el bosquejo que traza para *The New Moral World*, Engels se remonta hasta las guerras de los campesinos. Cuenta a los ingleses cómo Tomás Münzer, el caudillo de los campesinos en armas, orientado hacia el comunismo popular, invocaba en apoyo de sus postulados socialmente radicales al cristianismo primitivo, al paso que Lutero no acertaba a desprenderse, ni en lo político ni en lo social, de los prejuicios de su tiempo. Y se detiene a hablar con más detalle del comunismo artesanal, al que en varias ocasiones se había referido la prensa inglesa desde la detención de Weitling y el informe de Bluntschli sobre los disturbios producidos en Suiza. Presenta a Weitling, según sabemos ya, como el fundador del comunismo alemán, a cuya joven generación pone por encima de todas las publicaciones comunistas de Francia, incluyendo al

Populaire, la revista de Cabet. Fustiga, naturalmente, la parcialidad del informe policíaco de Zurich; pero, al igual que Moses Hess y otros correligionarios suyos, se alegra de que, gracias a la policía, el comunismo, de que hasta ahora los alemanes apenas habían oído hablar, se convirtiera en tema de conocimiento general.

Llevado de su entusiasmo aún no entibiado por los desengaños, expresa la certeza de que el movimiento puesto en pie por Weitling se extenderá pronto a toda la clase obrera alemana. No obstante, por el momento, no cifra, en cuanto al triunfo del comunismo, tantas esperanzas en el proletariado como en los intelectuales alemanes, a los que, de un modo un tanto peregrino, juzga por él mismo y por quienes como él piensan. Sabe que fracasaría si intentara hacer comprender a fondo a sus lectores, hombres pertenecientes a la pequeña burguesía y a la clase obrera, la trayectoria recorrida por el pensamiento neohegeliano desde el radicalismo filosófico hasta el social, pasando por el político. De ahí que se limite a unas cuantas referencias.

Ensalza la filosofía de Hegel como el sistema más vasto que jamás haya existido y dice que su gran mérito consiste en haber sabido reducir los muchos campos sobre los que se proyecta a un solo principio fundamental. Siendo como es inatacable desde fuera, sólo desde dentro podía encontrar su superación. Las luchas del año 1842 han llevado a los jóvenes hegelianos a la conciencia de que el desarrollo consecuente del pensamiento de su maestro conduce al ateísmo y el republicanismo. Habían podido apoderarse de la dirección, en estas luchas, porque contaban, directa o indirectamente, con la prensa liberal. Pero, aun sin la supresión de la *Gaceta renana* y de los *Anales alemanes*, un movimiento como éste, que al principio sólo había logrado con presiones al público y al gobierno por el empuje y la firmeza con que comenzó, estaba condenado, en fin de cuentas, a fracasar. No tenía detrás ningún partido fuerte y la gran masa de la población, no suficientemente preparada todavía para una transformación radical, se mantuvo indiferente. Por fortuna, los príncipes y los gobernantes no pudieron cantar victoria. En el momento mismo en que creían poder confiar en haber aplastado definitivamente al movimiento republicano, se levantó de entre las cenizas de la agitación política el comunismo, que demostró ser la secuela consecuente de la filosofía neohegeliana. Ahora bien, una nación filosófica, como lo era la alemana, jamás puede renunciar a una posición cuando se ha demostrado que ésta se desprende inevitablemente de su filosofía.

También en lo sucesivo tomará Engels muy a pecho el esclarecer reiteradamente y con los argumentos más completos e impresionantes, hasta despejar todas las dudas, que el comunismo es el legítimo heredero de la filosofía alemana. En este artículo de *The New Moral World* señala como misión de su partido "aportar la prueba de que no han sido estériles todos los esfuerzos filosóficos del pueblo alemán desde Kant hasta Hegel o que estos esfuerzos tienen necesariamente que desembocar en el comunismo: que los alemanes tienen que abrazar el comunismo, si no quieren renegar de sus grandes pensadores".

Y para Engels no es dudoso qué posición adoptará el pueblo alemán ante este dilema. Coincidiendo con Moses Hess, quien meses más tarde se expresará de un modo parecido en las *Nuevas anécdotas* de Grün, sigue poniendo sus esperanzas, por lo que se refiere a la creación de un partido comunista alemán, principalmente en los hombres cultos. Los alemanes, dice, son un pueblo altruista y cuando se hallan ante un conflicto entre los principios y los intereses, podemos estar seguros de que optarán —y, con ello, trata de contrastar su conducta con la de los “egoístas” ingleses— por los principios. El amor por los principios abstractos, el desdén por la realidad y el propio interés, a los que hay que culpar de la desmembración política del país, garantizan en este caso la victoria del comunismo filosófico. Por muy extraño que ello resulte para el sentido práctico de los ingleses —dice Engels—, es verdad: en Alemania, el comunismo recluta sus adeptos entre personas de los medios universitarios y comerciales.

Moses Hess, por su parte, seguía manteniendo entonces la idea de que en Alemania, a diferencia de Francia, el “sufrimiento físico” no constituía un elemento esencial del movimiento socialista y calificaba de error propagado por la reacción, principalmente por Stein, el que el socialismo emanaba solamente del proletariado y era simplemente una cuestión de estómago. No debemos pensar, sin embargo, que Engels coincidiera en un todo con esta manera de ver del hombre por el que todavía, en aquel entonces, sentía gran respeto. No obstante, es evidente que también él, que en un país como Inglaterra sólo confiaba en la acción revolucionaria de las masas para llevar al triunfo el comunismo, tratándose de Alemania, donde la masa se hallaba todavía tan rezagada política y económicamente, daba mayor importancia, por el momento, a la labor teórica y a la propaganda comunista de una vanguardia intelectual.

Esto explica también la fruición con que explicaba a sus lectores ingleses que en Alemania estaban en marcha todos los preparativos para desplegar una eficaz agitación en pro de las reformas sociales, fundar una revista y asegurar la difusión de las publicaciones comunistas. De esto y de muchas otras cosas que le interesaban debió Engels de enterarse más a fondo cuando, en septiembre de 1843, hizo un viaje de Manchester a Ostende. Sabemos que se reunió aquí con Herwegh, quien se hallaba en estrecha relación con Fröbel y Ruge. También conoció allí a Gervinus. Pero los esfuerzos que éste hizo por convencer al joven revolucionario de la posibilidad de una Prusia liberal, que impulsara a Alemania en el interior y en el exterior, resultaron infructuosos.

Engels seguía manteniéndose al tanto de la marcha de aquellas aspiraciones radicales en que tan arduosamente había participado en Berlín. No sabemos a ciencia cierta cuáles fueron las razones que le llevaron, a fines de 1842, a dejar de colaborar en la *Gaceta renana*. Es posible que el periódico, ya condenado a muerte, no pudiera atreverse a seguir sometiendo a la triple censura, de la que su corresponsal tanto se quejaba, artículos de “tendencia tan atrevida” como los suyos. Pero también cabe la posibilidad de que Engels suspendiera voluntariamente su colaboración bajo las presiones del círculo de Bauer, que había roto con la redacción de la *Gaceta renana*. Y cuando, poco después, este

periódico dejó de publicarse, después de haber corrido la misma suerte los *Anales alemanes*, ya no había en toda Alemania una sola publicación que pudiera ofrecer sus columnas al pensamiento de un revolucionario como Engels.

El intento de llevar al Estado prusiano por medios pacíficos al camino de las reformas, había fracasado. El liberalismo había sido derrotado; una vez más triunfaba la reacción. Y de los elementos que se habían sumado a la oposición radical en 1842 sólo parecían mantenerse en sus posiciones, por el momento, aquellos altivos doctrinarios que desde el primer día habían descendido con repugnancia al terreno de la política y que ahora podían decir orgullosamente que todo había sucedido tal y como ellos lo habían previsto. Los otros, principalmente Ruge y Marx, las cabezas dirigentes de los dos órganos suspendidos, llegaron a la conclusión de que era perder el tiempo tratar de fundar, dentro de las fronteras de Alemania, una nueva publicación. Marx, por su parte, estaba firmemente decidido a no escribir, en lo sucesivo, nada que tuviera que pasar por la censura alemana. De aquí que llegara con Ruge a un acuerdo para fundir las aspiraciones de la *Gaceta renana* y los *Anales alemanes*, editando en el extranjero, a cara descubierta, una revista revolucionaria militante. Para llevar a cabo este plan desde el punto de vista administrativo se les ofreció Julio Fröbel, director de una editorial de Zurich, que había sacado a la luz las *Poesías de un viviente*, las *Anécdotas* y los *Veintidós pliegos desde Suiza*.

Tras algunas vacilaciones, se decidió que la nueva revista apareciera en París, a ser posible con la colaboración de las plumas más destacadas de la democracia francesa. Entre tanto, para que no se viesan condenados al silencio, Fröbel puso a disposición de los radicales alemanes *El republicano suizo*, que acababa de pasar a manos de su editorial y que se proponía asumir en Zurich la lucha contra el movimiento reaccionario encabezado por Bluntschli.

Recordemos que, precisamente por aquellos meses, comenzaba el comunismo alemán a atraer fuertemente la atención del público. Bruno Bauer atestigua que, a comienzos de 1843, el comunismo se había convertido en un tópico muy extendido. Görres veía en él "la punta de lanza de la negación" de la Iglesia universal e invisible de Cristo y Enrique Leo despotricaba contra el hedor contaminante "de esa bazofia del arroyo". A gentes de esta calaña tenían que antojárseles ya como "una tenue sombra de comunismo" las palabras programáticas con que Ruge se despedía de los lectores de los *Anales alemanes*.

Marx, entre tanto, se había adentrado en la nueva doctrina mucho más a fondo todavía que Ruge. Y Fröbel, quien, influido por Moses Hess, esperaba que la salvación del futuro inmediato vendría de la fusión del radicalismo filosófico alemán y el socialismo francés, simpatizaba en Suiza con las ideas comunistas. Protegía a Weitling y no tenía empacho en invitar a colaborar en su periódico a hombres tan señalados en el campo de la revolución social como Bakunin y Federico Engels, en el empeño de que sus páginas informaran "por medio de autores políticos prestigiosos" acerca de las vicisitudes de los partidos democráticos hermanos en Inglaterra, Francia y Alemania. En julio de 1843 se

publicó en *El republicano suizo* el que probablemente fue, si prescindimos del recogido en la hojilla de Weitling, el primer programa socialista impreso en un periódico de lengua alemana.

Lo mismo que hacían Moses Hess y Engels, en esta declaración se sostenía que la política en el sentido estricto podía hacer muy poco o nada para dar satisfacción a las necesidades más apremiantes de una sociedad verdaderamente humana. El programa a que nos referimos deploraba "el desahogado egoísmo imperante en nuestra vida pública", donde sólo regían los criterios de lo mío y lo tuyo y pronosticaba que la humanidad se lanzaría muy pronto a una lucha ante la que los mezquinos peitos políticos desaparecerían como las mezquinas riñas de unas cuantas comadres chismosas ante el fragor de la gran batalla de los pueblos. Se denunciaba también el empedernido cerrismo de los poseedores que en Inglaterra y Francia mantenían dividida a la sociedad en dos campos enemigos dispuestos a despedazarse y se anunciaba la inminencia de "una catástrofe social generalizada", que estallaría tan pronto como el pueblo, oprimido y pisoteado, se diese cuenta de que era la inmensa mayoría y se lanzase a la lucha.

Esta especie de proclama publicada en *El republicano suizo* no veía más que un camino de salvación: quitar de en medio los "obstáculos económicos" que se interponían ante el desarrollo de la democracia. Era, a pesar de todo, un programa por el que Engels podía sentirse atraído, aunque, en aquel tiempo, consideraba la "abolición de la propiedad privada" preconizada por Proudhon y la comunidad de bienes "no libre" de Weitling incompatibles con la libertad personal y el valor moral del hombre y veía en el comunismo solamente el polo contrario del egoísmo y en la propiedad una especie de feudo que la sociedad encomendaba al individuo.

Como Fröbel conocía a Engels por su contribución a los *Ventiún pliegos desde Suiza* y por su artículo sobre la poesía épica del cristianismo, le nombró corresponsal de su periódico radical en Inglaterra. Lo fue solamente durante poco tiempo, pues la primera de sus "Cartas desde Inglaterra", fechada por lo demás en Londres, vio la luz el 16 de mayo y la última el 27 de junio de 1843. La catástrofe de Weitling arrastró también a Fröbel quien tuvo que presentar su dimisión como director del *Republicano* al verse acusado de estar en connivencia política con los comunistas y de haberles prestado ayuda en su labor de propaganda.

Engels perdía así la última tribuna publicitaria desde la que podía ir exponiendo al día, en forma suelta, tal como la realidad se las ofrecía, las impresiones recogidas en su atalaya de Manchester. Sus ideas acerca del pasado y el futuro de Inglaterra fueron expuestas por él, aparte de los artículos escritos para la *Gaceta renana* y el *El republicano suizo*, en los estudios que estaba preparando para una obra histórica extensa sobre la historia social de Inglaterra, a la que dedicó mucho tiempo, pero que, al igual que otros proyectos literarios, se quedó sin realizar y de la que sólo han llegado a nosotros los trabajos preliminares que, con el título de "La situación en Inglaterra", se publicaron al final

del verano de 1844 en un periódico de vida fugaz que en lengua alemana se publicó en París, el *Vorwärts*.

No cabe duda de que el libro que Engels se proponía escribir habría venido a llenar, entonces, una laguna científica. En el prólogo a su obra sobre el socialismo y el comunismo en Francia, Lorenzo Stein hablaba de la necesidad de un estudio sobre las capas populares de la sociedad inglesa y su historia.

Más importantes, por su cohesión interna y externa, que aquellos esbozos escritos a vuelapluma eran los dos trabajos que, aparte de la obra sobre *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, representan el fruto literario perdurable de la primera estancia de Engels en aquel país. Le ofrecía una favorable oportunidad para la publicación de estos trabajos el hecho de que estuviese a punto de aparecer la revista dirigida, en París, por Marx y Ruge. Es posible que fuera éste, y no Marx, quien se dirigió a él, recabando su colaboración. Pero tampoco a Marx podía ocultársele que las ideas y convicciones de Engels de la bancarrota del radicalismo político en Prusia habían ido orientándose en la misma dirección que las suyas. He ahí por qué los primeros trabajos que Engels dio a la publicidad bajo su verdadero nombre, los primeros también que reflejaban su auténtica personalidad, vieron la luz en los *Anales franco-alemanes*.

CAPITULO VII

TRABAJOS DEL PERIODO DE SU PRIMERA ESTANCIA EN INGLATERRA

Al gobierno prusiano le habría gustado matar antes de nacer a los *Anales franco-alemanes*, cuyo primero y único número vio la luz a fines de febrero de 1844. Sus agentes públicos y secretos en París le habían anunciado a su debido tiempo la batalla que importantes intelectuales se disponían a dar allí contra él y contra los principios en que se inspiraba. Y no se le ocultaba tampoco que los autores de aquella empresa no perseguían solamente fines filosóficos y políticos, sino que se proponían como meta la revolución social.

El ministro del Interior de Prusia, conde Arnim-Boytzenburg tenía clara conciencia de la peligrosidad de lo que se tramaba, como lo revela su decreto "sobre la punible difusión de las teorías comunistas por medio de la imprenta", dictado en enero de 1844 y en el que, invocando un fallo del alto tribunal de la censura, acusaba a "aquellas perniciosas teorías" de atentar contra "el carácter sagrado de la propiedad, base de todo el orden político, social y moral de todos los Estados, cualquiera que sea su forma de gobierno".

El tristemente célebre panfleto difamatorio contra el comunismo publicado por el jurista suizo Bluntschli, lejos de hacer mella en la nueva doctrina, sólo había logrado, como decían Engels, Moses Hess y muchos más, reclutar para ella numerosos adeptos. El embajador de Prusia en París, Enrique Federico de Arnim, encargado de oficio de vigilar celosamente en aquella capital los manejos de los oficiales artesanos alemanes emigrados, envió también un informe a su gobierno en septiembre de 1843.

Aún no habían llegado a converger, es cierto, las dos corrientes de cuya fusión saldría más tarde la socialdemocracia alemana: el radicalismo filosófico, ahora orientado en un sentido realista y materialista, y el comunismo sentimental, elemental, pero todavía torpe y desmañado, de los artesanos trashumantes. Pero comenzaban ya a mantener contactos, y flotaba en el aire la necesidad de esta alianza entre la vanguardia de los intelectuales revolucionarios y los dirigentes de los proletarios en quienes despertaba la conciencia de clase. Engels, como sabemos, se daba ya clara cuenta de ello cuando Marx, en su crítica de la

filosofía hegeliana del derecho publicada en los *Anales franco-alemanes*, demostró esta necesidad con rigurosos argumentos dialécticos. El discípulo de Hegel no podía, naturalmente, renunciar a esta clase de argumentación, si quería sentirse seguro en el camino que resueltamente había abrazado. Cuando Engels la tuvo ante sus ojos, ya claramente perfilada, esta síntesis de Marx le produjo una gran impresión. Hay que reconocer, sin embargo, que los artículos enviados por él a los *Anales*, en los que se recogían y encontraban su más valiosa expresión las impresiones de su año de aprendizaje en Inglaterra, eran una clara prueba de la consecuencia inexorable con que su propio desarrollo intelectual se orientaba hacia la misma meta.

La tosquedad y desmoralización de los obreros ingleses, que a él no se le ocurría paliar en sus juicios, no eran obstáculo, como sabemos, para que Engels considerase que la salvación de Inglaterra sólo dependía "de aquella parte de la nación aún desconocida en el continente". Y recordamos también cómo veía con buenos ojos aquella apetencia de cultura del socialismo británico que, como es sabido, encontraba adeptos en las filas de la pequeña burguesía y en las capas altas de la clase obrera. En cambio, nuestro joven no se recataba para mostrar su desprecio por la burguesía inglesa, que, con su materialismo empedernido, elevaba el egoísmo a principio general y veía en él el único nexo capaz de unir a los hombres. Irremediabilmente corrompida por esa mezquindad, la consideraba incapaz de todo progreso y cerrada a cal y canto contra cuanto no fuese dinero contante.

Los periódicos liberales de Alemania encomiaban mucho la libertad e independencia de la burguesía inglesa, pero la realidad distaba mucho de aquella imagen tan halagüeña. Sería ridículo negar —decía— que los ciudadanos ingleses gozaban, en materia política, de una libertad envidiable para un súbdito del rey de Prusia. Pero ¿no se encargaba la sociedad de apretarle con tanta mayor fuerza las ataduras que el Estado aflojaba?

Un espíritu tan independiente como el de Engels tenía que sentirse literalmente aterrado ante las barreras casi infranqueables que las costumbres imponían a la burguesía inglesa al parecer tan libre, ante la uniformación de las cabezas que sólo parecían tener dos respuestas para cada pregunta, la de los *tories* y la de los *whigs*, ante el imperio indiscutido de aquella estrecha monotonía que inmediatamente se sentía perdida ante quien no se plegara a los prejuicios tradicionales, sobre todo en materia religiosa. ¿Qué eran —tenía que preguntarse Engels— la Constitución, los debates del parlamento, la prensa libre, las elecciones e incluso los turbulentos mítines que tanto le impresionaban, si ni siquiera servían para crear hombres con un sentido de la independencia?

En lo tocante a la forma más noble de la libertad, que es la libertad del espíritu, no estaban mejor las cosas, a juicio del joven Engels, en el paraíso del liberalismo que en el Wuppertal de sus años de infancia. Aunque no se hallara bajo la tutela de un Estado policiaco, tampoco allí la libertad de la opinión pública había conducido a otra cosa que al predominio de los prejuicios públicos. Ante ellos doblaban el espinazo los ingleses, a ellos se sacrificaban

diariamente y lo hacían con tanta mayor humildad cuanto más liberales querían ser. Podemos estar seguros de que Engels, dejándose llevar de su temperamento franco y juvenilmente apasionado, que no ponía sordina a sus pensamientos, tuvo algunos encuentros desagradables con la *respectability* inglesa, que se traslucen bastante claramente en estas reflexiones generales. Seguramente que el inglés culto a quien declaraba sus convicciones de cartista o demócrata rehuiría en lo sucesivo su compañía o dudaría de su salud mental. Y si se atrevía a manifestar, además, que no creía en la divinidad de Cristo, su interlocutor se consideraría vendido y traicionado. Y no digamos "si le declaráis francamente que sois ateos: en ese caso, cuando volváis a encontraros, se hará el desconocido".

Este juicio totalmente reprobatorio de la burguesía inglesa reforzaba en el joven alemán la imagen que de sus compatriotas acababa de trazar uno de los primeros escritores de Inglaterra. Todavía al escribir *La situación de la clase obrera*, describiendo a la burguesía inglesa, invocaba Engels expresamente la obra de Carlyle, *Past and Present*. Este autor es, según él, el único representante de las capas cultas de Inglaterra a quien el aspecto ético de la cuestión social no le preocupaba solamente desde hacía poco y de pasada. De todos los libros que en Inglaterra se habían publicado mientras él estuvo allí, solamente éste merecía, a su juicio, ser analizado seriamente ante el público alemán. De la necesidad que sentía de explicar lo que tenía de común con Carlyle y lo que de él le separaba nació el hermoso ensayo titulado "La situación de Inglaterra. *Past and Present* de Tomás Carlyle", Londres 1843.

Carlyle, veintitantos años mayor, se había criado en un ambiente todavía más impregnado de severísimo calvinismo que el de los años de infancia de Engels. Con la diferencia de que el austero escocés, tan profundamente imbuido de puritanismo como historiador, no se dejó dominar como el mundano hijo de la Renania por el anhelo de sobreponerse a la sombría fe de sus padres y asomarse a la luz de las cosas terrenales. Carlyle, a quien su carácter y sus dotes unían con fuertes lazos a la religión paterna, sintió la necesidad de armonizar el profundo contenido del viejo calvinismo, buscando para él nueva encarnación con las exigencias anímicas de una nueva época. Pero el ambiente a que se entregaba para acometer esta audaz empresa era casi exclusivamente el de su intensa vida interior. De ahí que lo esencial de toda religión fuese, para él, la actitud del creyente no la fe en la eternidad de un dogma ni siquiera la creencia en un Dios personal, sino sencillamente la fe en la existencia de valores supra-personales.

Veía esfumarse en sus días aquella fe que había hecho grande a Inglaterra bajo la égida de Cromwell. La clase dominante había abrazado como su filosofía el materialismo y como su ética el utilitarismo; un atomismo desenfrenado mataba todas las formas vivas del pasado y un brutal culto al Becerro de Oro aniquilaba en el hombre toda sensibilidad social. ¿Y qué era este mammonismo sino la carencia de todo ideal, que, a su vez, sólo podía calificarse de ateísmo?

Como Goethe, a quien debía cosas tan esenciales, y como Saint-Simon, a quien le unían hilos muy visibles, Carlyle distinguía en la historia épocas de fe,

a las que ésta infundiría fecundidad, y otras que, por su falta de fe, eran estériles. El presente en que él vivía, presidido por el espíritu de la Revolución francesa, se le antojaba demoledor, negativo, caótico, hasta el momento en que apareció en escena el idealismo alemán, que anunciaba para él "la restauración de Dios" y que vino a revelar el espíritu positivo de su época. Es posible que un hombre profundamente religioso como él sintiera siempre que la concepción atomístico-mecanicista del mundo dominante en su medio estaba llamada a estrellarse contra "el punto oscuro del Yo". Pero Kant lo libró de "la pesadilla del materialismo", la vida y la obra de Goethe fortalecieron en él la fe en la divinidad de todo lo viviente, Novalis apuntaló su confianza en que no podía haber nada más poderoso que el alma y, por último, Fichte encauzó el torrente del nuevo espíritu hacia el mundo de la historia y de la sociedad. Se sintió profundamente impresionado al ver cómo todos aquellos pensadores alemanes dignificaban con la más alta consagración la vida activa. Ello le permitió trasladar tranquilamente la fuerza redentora del trabajo del mundo de Calvino al de Goethe y aventar como fecunda simiente en los surcos del futuro este símbolo, unido al de la capacidad de conversión del hombre, al que, proyectado especialmente sobre el alma individual, no quería renunciar.

Aunque él se considerara, a veces, como el médico de una época enferma, sólo era, en realidad, el predicador que la exhortaba a la penitencia. "Entre dolores y llamas infernales", anunciaba la pérdida de Inglaterra, si a última hora no encontraba el camino del arrepentimiento. La insurrección del verano de 1842, tal como Carlyle la veía, había planteado ante Inglaterra la cuestión de vida o muerte en un tono que no podía pasar desapercibido para ningún "oído pensante". Y el país tenía que contestar a ella o perecer.

Como es natural, el joven Engels no podía declararse solidario con "el punto de vista particular" del "gran rapsoda", del que tantas cosas le separaban, pero no cabe duda de que su profunda crítica le impresionó entonces muy vivamente y fecundó provechosamente sus ideas. Encontraba tan maravillosamente hermosos algunos pasajes de la obra *Past and Present* que los tradujo para sus lectores alemanes, principalmente aquellos que pintaban con mucha fuerza la miseria del proletariado y tendían a demostrar que la estructura de la sociedad implantada por el orden vigente era insostenible.

Apropiándose y resumiendo el juicio de Carlyle sobre la situación de Inglaterra, veía una aristocracia terrateniente holgazana, una gran burguesía que no dirigía el trabajo, sino que se limitaba a explotarlo y que, además, se había fundido totalmente en el culto a Mammon; un parlamento elegido por el soborno, una religión acartonada y carcomida, una completa desintegración de todos los intereses humanos generales, una desesperación universal de la verdad y la humanidad y, como consecuencia de todo ello, el aislamiento total del hombre, encastillado en su tosca individualidad. Y, en la acera de enfrente de este orden social, viejo y apollado, una clase obrera rebelde, entregada a la miseria, oprimida y aislada.

En el modo de enjuiciar lo que era el presente de Inglaterra, coincidía,

pues, con Carlyle. Pero, ¿coincidía también en cuanto al futuro y al camino que debía seguirse para llegar a él? Suscribe todavía la afirmación de que no hay un remedio universal para los males sociales. Y añade, complementando esto por su cuenta, que toda filosofía social resulta muy incompleta si "se limita a decir unas cuantas frases generales acerca de su resultado final". En seguida salta a la vista la sima que separa al político del moralista, al revolucionario del reformador, al dialéctico del pragmático voluntarista, al realista del idealista, al alemán aleccionado por la práctica de Inglaterra del inglés reeducado por el idealismo alemán. Todo esto abría ante ellos, en cuanto al pensamiento, el juicio y la sensibilidad, un abismo todavía más infranqueable de lo que Engels se podía, entonces, imaginar.

El dialéctico consciente no podía admitir la posibilidad de "llegar a resultados escuetos sin pasar por el desarrollo conducente a ellos". Aunque Carlyle proclamara vigorosamente algunas cosas esenciales, para Engels aquello era como una espada sin empuñadura, porque no sentaba las premisas para un desarrollo ulterior. Aunque Carlyle se levantara como una torre por encima del craso empirismo del inglés medio, no tenía en sus manos la clave mágica de la filosofía de la identidad, y ello le privaba, a los ojos de su joven crítico, de la posibilidad de librar su lucha científicamente. Incapaz de conciliar íntegramente el pensamiento y la realidad, caía en una clamorosa contradicción, y el único camino para resolverla era que se decidiera a abrazar hasta sus últimas consecuencias el punto de vista teórico alemán. Y, entre las últimas consecuencias a que se refería figuraba, para Engels, el ateísmo, orlado de humanismo, tal como lo proclamara Feuerbach. Engels se hallaba ahora tan fascinado por Feuerbach que no se avenía a permitir que Carlyle dejara traslucir la idea de Dios ni siquiera bajo la forma sublimada de un Goethe y un Novalis. Consideraba que las *Testis provisionales para una reforma de la filosofía* de Feuerbach y *El cristianismo descubierto* de Bruno Bauer habían llevado a fondo la crítica del cristianismo tan exhaustivamente que el punto de vista "panteísta-alemán" de Carlyle sólo podía aceptarse ya como una etapa preliminar, superada por la marcha posterior del pensamiento, hacia las posiciones de los *Anales franco-alemanes*.

El crítico se mostraba totalmente de acuerdo con el escritor inglés allí donde éste denunciaba la oquedad de la época y la putrefacción de todas las instituciones sociales. Pero, ¿cuál era, según Carlyle, la fuente de esta inmoralidad, que emponzoñaba todas las relaciones de la vida? Carlyle, según Engels, ignoraba totalmente que la ideología religiosa era el prototipo de todas las demás hipocresías y mentiras y que, más que denunciar la ausencia de Dios, había, por el contrario, que denunciar la presencia excesiva de Dios en la vida de aquel tiempo. La filosofía alemana vigente —y, al decir esto, Engels se refería, naturalmente, a Feuerbach— había dado ya una respuesta satisfactoria a la pregunta de ¿qué es Dios? Dios es el hombre. Si quiere descifrar el enigma de su tiempo, el hombre debe conocerse a sí mismo, medir por sí mismo todas las relaciones de la vida, enjuiciarlas con arreglo a su propia esencia, estructurar de un modo verdaderamente humano el mundo a tono con las exigencias de su

propia naturaleza como hombre. Carlyle afirma que el hombre, habiendo perdido su alma, comienza ahora a echarla de menos. Según Engels, este pensamiento, debidamente interpretado, debiera expresarse así: el hombre había perdido en la religión su propia esencia, pero su propia vacuidad e insostenibilidad sólo se le revelan cuando lo estremecen los progresos de la historia de la religión. Y sólo puede salvarse y reconquistar su esencia perdida a condición de superar a fondo y abandonar sus prejuicios religiosos, es decir, regresando sinceramente, no a Dios, sino a sí mismo. Eran éstas —decía Engels— ideas que estaban ya en Goethe, a quien Carlyle ensalzaba como el profeta de la nueva religión futura y quien leyera sus obras con atención podía encontrarlas en ellas. Ahora bien, seguía argumentando, el desarrollo y la fundamentación de lo que Goethe sólo había anunciado de modo indirecto, “proféticamente”, en cierto modo, debían buscarse en la novísima filosofía alemana. Quien se detuviera en el panteísmo, como hacía Carlyle, sólo había dado el último paso preliminar hacia una concepción libre y humana del mundo.

Engels no se quedaba atrás de Carlyle en su lucha contra la falta de fundamentos y la muerte espiritual de la época en que vivía. “Luchamos a vida o muerte”, decía, “contra todo esto, lo mismo que Carlyle, y tenemos mayores probabilidades de éxito que él, pues sabemos lo que queremos. Queremos acabar con el ateísmo, tal como Carlyle lo describe, devolviendo al hombre el contenido que ha perdido con la religión... Queremos borrar del mundo cuanto se hace pasar por sobrehumano y sobrenatural..., pues en la pretensión de elevar a divino lo que en realidad nace del hombre y de la naturaleza radica toda mentira y toda falsedad. De ahí que hayamos declarado también la guerra de una vez para siempre a la religión y a las ideas religiosas, sin preocuparnos en lo más mínimo de que puedan llamarnos ateos o lo que sea”.

Vuelve a traslucirse claramente aquí el autor de los panfletos contra Schelling. Engels rechaza, como se ve, la definición panteísta que Carlyle da del ateísmo. Pero, aun suponiendo que respondiera a la verdad, nos dice, los verdaderos ateos no serían él y quienes como él piensan, sino sus adversarios cristianos:

“A nosotros no se nos pasa por las mientes atacar a las causas eternas e interiores del universo... Ni se nos ocurre declarar ficticio ‘el mundo de los hombres y la vida en este mundo’... No puede estar en nuestro ánimo dudar de la ‘revelación de la historia’ o despreciarla, pues la historia lo es, para nosotros, todo y la ponemos por encima de cualquier tendencia filosófica anterior, incluso por encima de Hegel, a quien, en definitiva, la historia sólo le sirve de ejemplo para demostrar su regla lógica de cálculo”.

Engels reivindicaba así, con ardoroso impulso, el contenido de la historia, pero no veía en ella la revelación de Dios, sino la del hombre y solamente ésta. La idea que Carlyle se formaba de la historia como un libro divino y eterno, en el que cada hombre podía ver escrito el dedo de la Providencia, era, para Engels, tan forzado como su deseo de que se rindiera culto al trabajo, que no era tampoco más que una incumbencia puramente humana. Le repugnaba que

se colocase siempre en primer plano una palabra que, en el mejor de los casos, limitándose a expresar lo infinito y lo indeterminado, mantenía en pie la apariencia del dualismo e implicaba, en realidad, la nulificación de lo natural y lo humano. Para reconocer en su plenitud la magnificencia de la esencia del hombre, el desarrollo de la especie a través de la historia, su progreso incontenible, su victoria segura sobre la sinrazón del individuo, no era necesario recurrir a la abstracción de Dios. ¿Acaso la propia esencia real del hombre no era mucho más grande y más sublime que la esencia imaginaria de un Dios, la cual se reduce, en fin de cuentas, a una imagen oscura o deformada del hombre mismo? Quien así argumentaba a través del joven Engels no era otro que Luis Feuerbach, cuyo humanismo es el que se opone en las páginas de aquél al panteísmo "alemán" del escritor escocés.

Engels veía en su panteísmo la raíz de las ideas políticas de Carlyle, de las que diferían radicalmente las suyas; por eso se manifestaba tan rotundamente en contra de él. ¡Cuánto había cambiado el espíritu de los tiempos desde los días en que Robespierre podía anatematizar el ateísmo como un pensamiento aristocrático y hacer triunfar en el Club de los Jacobinos el voto según el cual Dios y la Providencia constituían el fundamento de toda política! Engels repudiaba el panteísmo precisamente porque reconoce algo por encima del hombre y porque quien no se sobrepone a él corre el peligro de no librarse tampoco en política de la fe en la autoridad.

A Carlyle le salía del alma la crítica implacable del *tory* de otros tiempos contra la concepción de la sociedad y los pecados de omisión político-sociales del partido liberal, pero Engels no podía avenirse con su aristocratismo. Tampoco el profeta del culto al héroe negaba que el desarrollo de Inglaterra apuntara hacia la democracia, pero se obstinaba en seguir creyendo que la reorganización del caos no sería misión de la masa misma, sino de los capitanes de industria y de otros hombres nacidos para mandar, capacitados para gobernar a sus semejantes y, por consiguiente, llamados a ello. Y esta concepción denotaba seguramente mayor conocimiento de la sociedad y del hombre que la de Weitling quien, llevado de su semicultura, proponía que el derecho a gobernar debía encomendarse a quien desarrollara con mayor brillantez un tema científico de concurso.

No cabe duda de que Carlyle daba prueba de su intuición genial cuando consideraba el problema del dirigente, en la moderna democracia, como el problema más importante que jamás se le planteara a la humanidad. Veía, en esto, más allá que Engels, para quien el asunto planteaba solamente dificultades ante las cuales pasaba como sobre ascuas. Su despreocupado optimismo se desembarazaba de este espinoso problema, cuya solución pretendía el historiador confiar a la esforzada labor de los siglos. Entendía que, si Carlyle hubiese sabido ver al hombre como tal en toda su infinitud, no se le habría ocurrido dividir a la humanidad en dos campos, el de las ovejas y el de los pastores, el de los gobernantes y el de los gobernados, el de los aristócratas y el de la canalla, el de los sabios y el de los necios, y se habría dado cuenta de que la verdadera:

misión social del talento no consiste en gobernar por la fuerza, sino en sugerir y marchar por delante.

Engels circunscribía la función del talento a una cosa: convencer a la masa de la verdad de sus ideas, dejando que éstas se encargaran por sí mismas de convertirse en realidades, sin necesidad de que él hiciera nada. Vista bajo el aspecto de su ideal comunista, la democracia política, como sabemos, no era, para Engels, más que una etapa de tránsito. Carlyle deseaba que la democracia abriera las puertas al más perfecto aristocratismo; Engels, por su parte, le asignaba la misión de franquear el camino al reino de la auténtica libertad humana. Volvemos a encontrar aquí las huellas de la influencia que los primeros escritos de Proudhon ejercieran sobre el pensamiento engelsiano. No hacía mucho que Moses Hess, el infatigable pionero, llegando una vez más a la hora buena, había tendido el primer puente entre el humanismo feuerbachiano y el anarquismo proudhonista.

Si las posiciones políticas de Carlyle desagradaban a Engels, tampoco podían satisfacerle sus propuestas prácticas. No podía, sencillamente comprender cómo alguien, denunciando con tanta fuerza las fallas de un sistema económico basado en la libre competencia, no llegaba, sin embargo, a la conclusión de que la raíz de todos los males estaba en la propiedad privada. Para él, la organización del trabajo, recomendada por Carlyle bajo la sugerencia de Saint-Simon, no estaba en condiciones de prometer nada mientras no pudiera implantarse "cierta identidad de intereses", estableciéndose con ello "el único estado de cosas verdaderamente humano". Le maravillaba, sobre todo, que el escritor inglés no mencionara para nada a los socialistas compatriotas suyos, a los que le unían, por lo menos, la crítica de los abusos capitalistas y la repulsa de toda lucha de clases.

El hecho de que un positivista romántico como él no pudiera comulgar con el escepticismo materialista no era obstáculo para que se debatiera críticamente con el único partido que en Inglaterra tenía un porvenir.

Como es natural, el mismo Engels consideraba necesario comparar entre sí ambas tendencias, para llegar al resultado de que Carlyle era tan unilateral como los socialistas. Tanto uno como otros sólo acertaban —como su crítico lo expresaba, empleando todavía términos rigurosamente hegelianos— a superar la contradicción dentro de la contradicción, "los socialistas en el campo de la práctica, Carlyle en el de la teoría, e incluso aquí sólo de un modo mediato, mientras que los socialistas, a través de la contradicción práctica, han sabido ir hacia adelante, decididamente, por medio del pensamiento".

Engels se lamentaba de que los socialistas ingleses se empeñaran en seguir siendo ingleses, cuando debieran ser simplemente hombres, que sólo hubiesen asimilado de la trayectoria filosófica del continente el materialismo francés, pero no la filosofía alemana. Parecíale, sin embargo, que se orientaban directamente en el sentido de colmar esta laguna, ya que se trazaban como meta la "superación de las diferencias nacionales". Por primera vez aparece aquí en él, vagamente, la idea de un internacionalismo proletario, lo que nos mueve a

recordar que ya por aquel entonces se preocupaba Engels, afanosamente, de fomentar un entendimiento entre las tendencias comunistas de los diversos países. La agrupación de numerosos emigrados políticos de sentimientos liberales procedentes de los países continentales gobernados todavía por las fuerzas de la Restauración había ido preparando en Inglaterra, de largo tiempo atrás, el clima propicio para que surgiera, poco después, allí, la asociación de los *Fraternal Democrats* y, algo más adelante, se dieron los pasos que conducirían al *Manifiesto comunista*.

De empuje todavía más vigoroso, de trazo más genial y de forma más nueva y peculiar que el ensayo sobre Carlyle era el "Esbozo para una crítica de la economía política", el segundo trabajo escrito por Engels para los *Anales franco-alemanes*. Y tal vez en él se acuse de un modo todavía más directo la experiencia central vivida por su autor en este año de aprendizaje en Inglaterra.

El ver cómo allí, en el centro de la industria mundial, los nuevos inventos técnicos habían provocado un auge incontenible de la producción, pero lanzando a la pobreza a la gran masa del pueblo carente de los medios para apropiarse en su consumo los productos de su propio trabajo, causó una impresión realmente estremecedora en la mirada limpia y en el alma sencilla e íntegra del joven Engels. Carlyle había acuñado, para expresar esto, la frase de "la maldición de Midas". ¿Y acaso no era, en realidad, "más milagroso que todos los milagros de todas las religiones juntas el que una nación pudiera morir de hambre en medio de la riqueza y la abundancia"?

Pero, tan pronto como hubo tomado plena conciencia del absurdo que envolvía el sistema de la libre competencia, Engels, como era su costumbre, comenzó a buscar precursores y pensadores coincidentes con él, para aprender de los unos y aconsejarse de los otros sobre la manera de abatir al dragón. Ya sabemos que, cuando se vio acicateado por esta necesidad, se abalanzó sobre las obras de los economistas. Es posible que el joven autodidacta, carente de guía, procediese en sus estudios de un modo poco sistemático y no sabemos bien por qué orden leyó y estudió a sus autores, pero quien sabe lo que busca se abre siempre camino.

Cuando se puso a escribir su "Esbozo", había estudiado ya una serie de libros fundamentales de los economistas clásicos y de los críticos ingleses y franceses de la sociedad, adentrándose también en la literatura especializada sobre la industria textil y su población obrera. Y también de estos estudios creyó poder sacar la conclusión de que el frío y desalmado engranaje de la libre concurrencia, cuya eliminación deseaba ansiosamente, había encontrado codificación y santificación en las doctrinas de Adam Smith y sus sucesores. ¿No era, en aquellas condiciones, un vano empeño confiar en la abolición de la propiedad privada, la única medida que, a su juicio, podía acabar con "la maldición de Midas" emponzoñadora de la sociedad burguesa, mientras no se arrojara del trono a esta teoría, que la burguesía inglesa consideraba incommovible? Volvemos a encontrarnos con la vehemencia y la inquebrantable confianza en sí mismo del joven de veintitrés años. Llevaba unos cuantos meses debatiendo-

se en el mundo de los problemas de la economía política y ya se lanzaba audazmente, por su cuenta, a la tarea, no ya de poner de manifiesto las fallas de los grandes economistas —cosa que, desde Sismondi habían hecho ya otros—, sino de hacerlos comparecer ante el tribunal de la dialéctica, el único en que él confiaba, para desenmascarar en toda forma sus doctrinas como un “sistema del fraude legalizado”.

La revolución de la economía, lo mismo que la revolución política del siglo XVIII, se había estancado, a su juicio, en la contradicción. Aquella se había olvidado de examinar las premisas del Estado y ésta, por su parte, no se había cuidado de indagar la legitimidad de la propiedad privada. Algún progreso significaba, ciertamente, el que la economía liberal mostrase sus preferencias por el consumidor, ya que el mercantilismo, atento solamente al superávit de la balanza comercial, sólo favorecía unilateralmente al productor. No dejaba de ser, hasta cierto punto, una ventaja el que el comercio se considerara, ahora, como un lazo de unión entre los individuos, cuando bajo el mercantilismo había sido la fuente de todas las guerras. Pero la filantropía de oropel de que la nueva economía se jactaba era un puro embuste: veíase obligada a renegar de sus propias premisas, a recurrir a los sofismas y la hipocresía, para velar las contradicciones en que se embrollaba y llegar así a conclusiones a las que no la empujaban sus propias premisas, sino el espíritu humano de su tiempo. Pero las premisas no tardaron en imponerse de nuevo, engendrando la teoría malthusiana de la población, un sistema nacido de la desesperación que echaba por tierra todas aquellas frases retóricas de filantropía y cosmopolitismo, creando, con el sistema fabril, una moderna esclavitud, cuya crueldad e inhumanidad no tenían nada que echar en cara a la antigua.

Hay que decir, sin embargo —seguía razonando Engels— que el sistema de la libertad de comercio basado en la *Wealth of Nations* de Adam Smith había representado un progreso necesario. “El sistema mercantilista, con sus monopolios y sus trabas al intercambio, tenía que perecer para que se pusieran de manifiesto las verdaderas consecuencias de la propiedad privada; tenían que ser relegadas a segundo plano todas aquellas mezquinas consideraciones locales y nacionales, para que la lucha de nuestro tiempo adquiriera un sentido más general y más humano; la teoría de la propiedad privada tenía que abandonar el camino de investigación puramente empírico y meramente objetivo y adoptar el carácter científico que la hiciera también responsable de las consecuencias, desplazando con ello el problema a un campo humano general”. Pues bien, sólo la fundamentación y el desarrollo de la libertad comercial abrían la posibilidad de “ir más allá de la economía de la propiedad privada”. Pero ello, al mismo tiempo, autorizaba “a poner de manifiesto toda la nulidad teórica y práctica de la misma libertad de comercio”.

En vista de que Ricardo y Mill no habían dado pruebas de la honradez necesaria para ello, Engels hacía suyo el deber de someter al más riguroso análisis las premisas de todo este sistema, cuyas contradicciones creía ver claras. A su juicio, la economía moderna ni siquiera podía enjuiciar acertadamente el

sistema mercantilista, porque no había sabido desembarazarse de los supuestos de que partía. Si nos remontamos sobre la antítesis entre estos dos sistemas a un punto de vista que critique las premisas comunes de que ambos parten, podemos demostrar que los defensores de la libertad de comercio profesan un monopolismo todavía peor que los mercantilistas. Así como la teología tiene que recaer en la fe ciega o avanzar hasta la libre filosofía, ante la libertad de comercio se abren dos caminos: el de la restauración de los monopolios, que últimamente preconiza Federico List, o el de la abolición de la propiedad privada. En cualquier caso, la inconsecuencia y duplicidad de los economistas liberales no tiene más remedio que disolverse de nuevo en sus elementos fundamentales. El único avance positivo logrado por ellos fue haber desarrollado y proclamado claramente, aunque sin llegar a sus últimas consecuencias, los límites de la propiedad privada. De ahí que, en todas las controversias estrictamente económicas, en que, por tanto, se trataba de la manera más rápida de enriquecerse, esos economistas, al enfrentarse a los monopolistas, tuvieran de su parte la razón. En cambio, hacía ya mucho tiempo que los socialistas ingleses habían demostrado, práctica y teóricamente, que también frente a los problemas económicos eran capaces de llegar a soluciones económicas más acertadas.

En su audaz empeño de poner al descubierto la contradicción implantada en la economía política por el sistema de la libertad de comercio y de extraer las consecuencias implícitas en los dos polos de esta contradicción, a Engels sólo le incumbía analizar las categorías fundamentales de esta ciencia, arrancando del comercio, que creía conocer bastante bien por propia experiencia y acerca del cual, además, le suministraba Fourier vigorosas ideas, acogidas por él con gran entusiasmo. Se remitía al testimonio de cualquier comerciante que quisiera hacer honor a la verdad para comprobar que la práctica del comercio no era mejor que su teoría y que, hablando en plata, la práctica comercial no era otra cosa que un fraude legal. Por lo menos, el mercantilismo, con una cierta rectitud católica y abierta, había puesto de manifiesto la inmoralidad del comercio, mientras que Adam Smith, el Lutero de la economía, trataba de probar su moralidad con hipocresía protestante.

Estos fariseos se ufanan "de haber acabado con la barbarie de los monopolios, de haber llevado la civilización a los confines del mundo, de haber hermanado a los pueblos y reducido las guerras". Y es verdad que han hecho todo eso, pero ¿cómo lo han hecho?

"Habéis acabado con los pequeños monopolios para que se imponga más libremente y sin trabas el gran monopolio fundamental, que es la propiedad; habéis civilizado los confines de la tierra para que vuestra sucia codicia tenga más terreno en donde desplegar; habéis hermanado a los pueblos, pero en una fraternidad de ladrones, y habéis hecho que disminuyan las guerras para poder enriqueceros más con la paz, para llevar a su apogeo la guerra entre los individuos, la infame competencia. ¿Cuándo vosotros habéis hecho algo movidos por un sentimiento de pura humanidad, por la conciencia de lo negativa que es la oposición entre el interés general y el interés individual? ¿Cuándo os

habéis sentido vosotros morales sin que os mueva a ello el interés, sin sentirnos acicateados, en el fondo, por un impulso egoísta, inmoral?"

Ya aquí, como vemos, se muestra Engels reacio a reconocer la influencia pacificadora del libre cambio, y traza la línea entre los actos egoístas y los actos morales casi con la misma rotundidad con que, unos años antes que él, lo hiciera Schopenhauer frente al problema fundamental de la ética.

Después que la economía liberal, sigue diciendo, "mediante la disolución de las nacionalidades", había hecho cuanto estaba de su parte "por generalizar la hostilidad, para convertir la humanidad en una horda de bestias feroces, pues no otra cosa son los competidores", hecha esta labor preliminar, procedió a la "disolución de la familia" con "su hermosa invención del sistema fabril", y borró así el último rastro de los intereses comunes, implantando el "aislamiento" total. Y cuando un principio se pone en marcha, llega como sea, por sí mismo, hasta sus últimas consecuencias, gusten o desagraden a los economistas. Ignorantes de la causa a que servían, éstos, con todos sus razonamientos egoístas, forjaron un eslabón en la cadena del progreso general de la humanidad. Al disolver los intereses particulares, allanaron el camino hacia la gran revolución a la que marcha nuestro siglo, que es la conjunción de la humanidad con la naturaleza y consigo misma. De este modo, Engels, con mayor claridad todavía que en el artículo del *New Moral World*, profesaba su adhesión a la idea evolutivo-dialéctica de que la era del comunismo brotaría necesariamente de la realidad de su tiempo; pero su fórmula quedaba muy por debajo de aquella, tan penetrante, con que Marx había dado expresión a este gran pensamiento.

La siguiente categoría condicionada, a sus ojos, por el comercio es la del valor. Y también ante este problema tan difícil asume la tarea de poner de nuevo de pie, con ayuda de su formación dialéctica, las cosas que una falsa abstracción venía colocando de cabeza y de volver a integrar en unidad los cabos sueltos del asunto que se habían desarticulado violentamente, queriendo presentar a cada uno de ellos como la totalidad. Trata de demostrar que el valor abstracto y su determinación por los costos de producción son abstracciones y, por tanto, según la concepción feuerbachiana de la abstracción, disparates. Aunque ya Bruno Hildebrand había tratado de hacerle ver que estaba en un error, al pretender que los economistas ingleses, especialmente MacCulloch y Ricardo, querían investigar el valor abstracto de todas las cosas, por oposición al valor de cambio.

Como es sabido, los ingleses hacían mayor hincapié en los costos de producción, mientras que el francés J.B. Say insistía en la utilidad. Engels encontraba fallidas ambas definiciones, que, entre otras cosas, no podían satisfacerle porque razonaban en base al factor de la competencia, que él quería ver eliminado del concepto del valor. Y creía que era posible superar el carácter unilateral de dichas definiciones viendo en el valor la relación entre el costo de producción y la utilidad. Para él, los economistas caían abiertamente en la deshonestedad al no trazar una nítida línea divisoria entre el valor y el precio. Para poder aplicar el valor al cambio, lo primero era saber si la utilidad compensaba

o no el costo de producción. No había otra base justa para el cambio. Pero, aun partiendo de ella, el cambio era siempre el resultado de una coacción, en la que cada parte se sentía engañada. Y el único modo de evitar esto era suprimir la propiedad privada, aunque aiarde ésta que, cuando se diera este paso, ya no se podría seguir hablando de cambio a la manera del que se conoce en la actualidad, y la aplicación práctica del concepto de valor se limitaría ya a decidir en lo tocante a la producción.

Engels toma la teoría clásica de los costos de producción de la versión de Ricardo, quien reduce a la misma raíz el capital y el trabajo, ya que sólo distingue el factor natural, objetivo, que es la tierra, y el factor humano subjetivo, o sea el-trabajo. Este incluye el capital, pero entraña, además, un tercer elemento. En esto, Engels se revela como un auténtico alemán de su tiempo, ya que, además del elemento físico, "del trabajo puro y simple", señala la existencia del elemento espiritual, "obra del pensamiento", al que asigna un lugar aparte entre los elementos y entre los costos de la producción. Para el economista inglés, dice, "las condiciones de la riqueza son la tierra, el capital y el trabajo; con eso le basta. La ciencia no le dice nada. Le tiene sin cuidado el que sabios como Berthollet, Davy, Liebig, Watt, Cartwright y otros hagan al capitalista regalos que le elevan en gigantescas proporciones a él y a su producción. Esos factores no entran en sus cálculos; los progresos de la ciencia no tienen cabida en sus cifras".

Bajo la égida de la propiedad privada —tal es el curso que siguen sus pensamientos—, todo lo que no puede ser monopolizado carece de precio. Si la tierra pudiera conseguirse con la misma facilidad que el aire, nadie pagaría renta por ella. La definición que Ricardo da de la renta de la tierra —dice Engels— sería prácticamente exacta "partiendo del supuesto de que la baja de la demanda reaccionara inmediatamente sobre la renta y dejara en seguida fuera de cultivo una cantidad proporcional de las tierras peor cultivadas". Pero dicha definición no es sostenible porque no ocurre así y, además, porque no incluye el mecanismo determinante de la renta de la tierra. De ahí que esta definición sea tan unilateral e inadmisible como la de Adam Smith, sostenida y desarrollada últimamente por el coronel T. Perronet Thompson, miembro radical del parlamento.

Al igual que ocurría con los conceptos del valor de Ricardo y Say, era necesario combinar las diversas definiciones "para encontrar la determinación que responde al desarrollo de las cosas y que abarque, por tanto, todos los aspectos de la práctica". Y esto lleva a Engels a definir la renta de la tierra como la relación entre la capacidad de rendimiento de la tierra, que constituye el elemento natural (constituido, a su vez, por las condiciones naturales y el trabajo humano empleado en mejorar la tierra), y el lado humano, la competencia. No importa, dice, que los economistas meneen la cabeza al escuchar esta "definición", pues tendrán que convencerse, espantados, de que engloba realmente todo lo que guarda relación con el asunto. El capitalista nada tiene que echarle en cara al comerciante; también él roba, al monopolizar la tierra. El último

paso que el hombre dio al convertirse en un chalán fue el convertir en objeto de chalaneo la tierra, "que es para nosotros el uno y el todo, la condición primordial de nuestra existencia". Sólo aboliendo la propiedad privada sobre la tierra podremos reducir la renta que por ella se percibe a su verdad y el valor de la tierra, separado de ésta como renta, refluirá entonces a la tierra misma.

"A donde quiera que miremos, vemos que la propiedad privada engendra por doquier contradicciones." Para Engels, esta tesis, impregnada del espíritu de Proudhon, y que es el *leitmotiv* de su crítica de la economía política, acreditaba su verdad, sobre todo al tratar de las relaciones entre el capital y el trabajo. Es cierto que la economía política liberal —ciencia que "en las condiciones actuales" debiera llamarse más bien economía privada— reconocía la identidad de ambos factores; pero como, para ella, las relaciones públicas sólo existían en función de la propiedad privada, apaciguaba sus inquietudes viendo en el capital el "trabajo acumulado" y no preocupándose en lo más mínimo de superar de algún modo el desdoblamiento del trabajo en dos que esta definición sin duda implicaba.

Una vez operada esta separación, el capital se dividía, a su vez, en capital originario y ganancia y la ganancia, por su parte, se subdividía en ganancia propiamente dicha e interés. El concepto del interés llevaba a su apogeo el carácter irracional de estas distinciones. La conciencia sencilla del pueblo, que en estas cosas suele acertar, se había percatado hacía ya mucho tiempo de lo inmoral que era el cobro de intereses, que permitía a ciertas gentes recoger frutos sin trabajar. El divorcio entre el capital y el trabajo culminaba en la separación de la humanidad en capitalistas y trabajadores, la cual se acentuaba diariamente y, como luego se vería, estaba llamada a exacerbarse más y más.

Ahora bien, para Engels, tierra, capital y trabajo son magnitudes incomensurables, razón por la cual le parece equivocado tratar de calcular qué parte corresponde a cada uno de estos tres elementos en el rendimiento obtenido. Pero ello será inevitable mientras exista la propiedad privada, y en el reparto intervengan, necesariamente, factores fortuitos, y se haga valer la competencia, que es el derecho refinado del más fuerte. El trabajo, "factor fundamental de la producción y fuente de la riqueza", la "libre actividad humana", es, desde luego, el elemento que sale peor parado. Si antes se separaba el capital del trabajo, ahora vemos que el trabajo se escinde por segunda vez. El producto del trabajo se enfrenta a él como salario y, como no existe una medida fija que indique la parte que al trabajo le corresponde en la producción, se determina por la competencia. Sólo con la abolición de la propiedad privada desaparecerá esta división antinatural, el trabajo será entonces su propio salario y se pondrá de manifiesto la verdadera significación del salario antes enajenado: la significación del trabajo para determinar los costos de producción.

Engels sostiene, pues, que mientras exista la propiedad privada, la categoría fundamental del economista será la competencia. Y su tarea más importante, su mira más afanosa, su deber sagrado es poner de manifiesto lo que llama "su rostro de medusa". Ya ha hecho ver cómo, bajo el imperio de la propie-

dad privada, la producción se desdobra en dos polos antitéticos, el natural y el humano, y cómo la actividad humana, a su vez, se escinde de nuevo en dos hemisferios enemigos, el trabajo y el capital. Ahora, se detiene a explicar cómo y por qué la propiedad privada, avanzando en su obra corrosiva, separa cada uno de estos dos elementos, aislando a cada uno de ellos en su tosca individualidad y sembrando, precisamente por su igualdad, la hostilidad entre intereses iguales. Y en este desgarramiento hostil de intereses iguales precisamente por razón de su igualdad, alcanza su cima la inmoralidad del estado de cosas a que la humanidad ha llegado: esta culminación de la inmoralidad y del absurdo, es la competencia.

Los economistas liberales, prosigue Engels, no se daban cuenta de la contradicción tan hueca que estaban construyendo al oponer al monopolio, grito de guerra del mercantilismo, el santo y seña de la competencia. ¿Acaso no es el monopolio la meta de todo competidor, sea trabajador, capitalista o terrateniente? ¿No tiene necesariamente que desear cualquier pequeña agrupación de competidores lograr el monopolio frente a los demás? La competencia se basa en el interés, y el interés engendra el monopolio, lo que quiere decir, por tanto, que el monopolio es aquello en que desemboca la competencia. Al razonar así, parece apuntar ya a la era de los *cartels* y los *trusts*. La "contradicción" dialéctica de la competencia se manifiesta en el hecho de que todo individuo tiene necesariamente que aspirar al monopolio, al paso que la colectividad en cuanto tal se ve obligada a combatirlo; es decir, en que se enfrentan aquí diametralmente el interés general y el interés individual. Pero la competencia presupone el monopolio de la propiedad; es, por tanto, una hipocresía y una lamentable mediocridad el que los economistas, a la vez que atacan a los pequeños monopolios, quieran dejar en pie este monopolio determinante, fundamental.

También en la competencia encuentra Engels desgarrados en la más aguda contradicción los dos polos de ella, la oferta y la demanda. La oferta jamás consigue cubrir exactamente la demanda porque "en el estado actual de cosas de la humanidad, en que domina la inconsciencia", nadie conoce las proporciones de la una ni de la otra. De ahí que presenciemos una constante alternativa entre la exaltación y la depresión, una perpetua oscilación, que impide todo progreso. Lo cual no es obstáculo para que los economistas liberales pongan por las nubes la maravillosa belleza de esta ley. Ignoran que se trata de una mera ley natural, y no de una ley del espíritu, y no se dan cuenta de que lleve en su entraña la revolución. El economista cree demostrar, con su hermosa teoría, que no puede haber exceso de producción, pero la práctica le responde con las crisis comerciales, que desde hace ochenta años se repiten con la misma regularidad que los cometas y traen consigo más miseria y mayores desastres que las grandes pestes de otros tiempos. También estas revoluciones comerciales vienen a corroborar la ley de la oferta y la demanda, pero de un modo completamente distinto que el de los economistas en sus explicaciones.

"Se trata, en efecto, de una ley natural, basada en la *falta de conciencia* de los interesados. Las fluctuaciones de la competencia y su propensión a la crisis

no se darían si los productores, en cuanto tales, supieran cuánto y qué necesitan los consumidores, si pudieran organizar la producción, repartírsela entre ellos". Y esta reflexión lleva a Engels, una vez más, a su postulado fundamental: "Producid conscientemente, como personas, y no como átomos dispersos sin conciencia de la especie de que formáis parte, y os sobrepondréis a todas esas contradicciones artificiales e insostenibles. Pero, mientras sigáis produciendo como ahora lo hacéis, de un modo inconsciente, sin pararos a pensar, a merced de los caprichos del azar, las crisis comerciales serán inevitables. Y cada una de las que vengan será más universal, más desastrosa que las precedentes, arrastrará a la ruina a un número mayor de pequeños capitalistas y engrosará en proporción ascendente la clase de los que viven exclusivamente de su trabajo". Y ello desencadenará necesariamente, a la postre, una revolución social, aunque no les quepa en la cabeza a los economistas, cegados por su sabiduría académica.

Tal vez era necesario ser o haber sido un empleado comercial en contra de su voluntad para poder poner así al desnudo, con una mirada aguzada por el odio, todos los excesos del comercio, como logró hacerlo Fourier, seguido en este camino, con gran celo, por Engels, quien, con respecto a tales problemas se mantendría todavía una serie de años bajo la influencia de los franceses. Pero también se remite a los socialistas ingleses, al pintar aquí con vivos colores cómo las continuas fluctuaciones de los precios matan en el comercio hasta el último vestigio de moralidad, cómo convierten a todos en especuladores que se enriquecen con la ruina de otros, cosechando sin sembrar, y cómo los efectos envilecedores de la competencia alcanzan su punto culminante en la especulación bursátil de fondos y valores, en la que "la historia, y con ella la humanidad" sirven de vehículo para alimentar la codicia de los especuladores que medran con el cálculo o con el azar. Esa es la competencia de hoy. En un estado de cosas digno de la humanidad, ésta se limitaría exclusivamente a la relación entre dos fuerzas: la de producción y la de consumo. Engels, como Owen y Fourier, encomienda a la colectividad el cometido de establecer una proporción entre la productividad y la masa de los consumidores. No se le ocurre proponer que la reglamentación general corra a cargo del Estado.

Es sabido que la economía política burguesa trataba de explicar las crisis y su secuela, la miseria, en base a la teoría malthusiana de la población. Contra este intento de explicación se rebelaron, desde Godwin y Hall hasta Fourier, cuantos, llevados de su fe optimista en la capacidad de superación de las instituciones humanas, no se resignaban a aceptar como fruto de las leyes naturales lo que consideraban simplemente resultado de un falso orden social. Sabemos que Engels sentía ahora su optimismo innato fortalecido por el estudio de las obras del socialismo inglés. No cabe duda de que creía con redoblada fuerza en la inagotable capacidad de producción de la tierra, llevada hasta el máximo por los progresos científicos. Como veía acrecentada también su fe, ya estimulada por Feuerbach, en la elevada misión del hombre sobre ella. Y, como es natural, todo esto le llevaba a rechazar con la mayor indignación aquella "doctrina infa-

me y vil". La teoría malthusiana se le antojaba aún más absurda que la viva monstruosidad de la contradicción entre la riqueza y la miseria puesta al descubierto en la misma época en que él vivía. Le parecía "una asquerosa blasfemia contra la naturaleza y la humanidad" y la digna clave de bóveda del sistema liberal del librecambio.

A su modo de ver, bastaba con manejar de un modo consciente y en interés de todos la inmensa capacidad de producción existente para que se redujera a una cantidad mínima el trabajo exigible de cada cual. La fusión de los intereses mantenidos en el aislamiento haría desaparecer el contraste entre la superpoblación y la superriqueza, dando con ello un mentís a "la insensata afirmación" de que la tierra no brinda los recursos necesarios para alimentar a sus habitantes. El discípulo de Bruno Bauer y Feuerbach veía en esta tesis el colmo de la "economía cristiana" ("y que nuestra economía es esencialmente cristiana podría yo probarlo a la luz de cada una de sus tesis y categorías, y a su tiempo lo haré"—). De este modo, la teoría malthusiana es para él, pura y simplemente, "la expresión económica del dogma religioso que proclama la contradicción entre el espíritu y la naturaleza y la consiguiente depravación de ambos". Contra este dualismo había luchado Engels mucho tiempo en la esfera religiosa y Strauss y Feuerbach le habían ayudado poderosamente a superarla; en su "Esbozo" esperaba ahora poner de manifiesto la insostenibilidad de esta misma contradicción en el campo económico, prestando con ello un servicio a la humanidad en su marcha desde la teoría a la realización.

Pero no le bastaba con condenar la teoría malthusiana por razones éticas: quería refutarla también en el terreno económico, para demostrar hasta qué punto esta teoría suministraba los mejores argumentos a los postulados del socialismo. La doctrina de Malthus había hecho ver a la humanidad su más profunda humillación, al demostrarle que estaba dominada por la competencia y que la propiedad privada convertía al hombre en una mercancía, cuya producción y destrucción dependía, como la de cualquier otra, de la demanda. Pues bien, esta humillación de la humanidad sólo podía eliminarse mediante la abolición de la propiedad privada, de la competencia y del antagonismo de intereses.

Por el momento —decía Engels— luchan capital contra capital, trabajo contra trabajo, propiedad de la tierra contra propiedad de la tierra, y cada uno de estos elementos contra los otros dos. En esta lucha sólo puede vencer el más fuerte. Frente al trabajo, la fuerza está siempre del lado de la propiedad de la tierra y el capital, ya que el obrero necesita trabajar para vivir, mientras que el terrateniente cuenta con su renta y el capitalista con sus intereses. Resultado de ello es que al trabajo sólo se le asigna lo estrictamente necesario, los medios más escuetos de sustento, y la mayor parte del producto se reparte entre el capital y la propiedad de la tierra. Y la misma superioridad afirman el gran capital y la gran propiedad de la tierra sobre los capitalistas más modestos y los terratenientes menos poderosos. Estos son devorados por aquéllos, con arreglo al derecho del más fuerte.

Engels se halla ya perfectamente familiarizado con la ley que podríamos llamar de la estrangulación de la pirámide social, formulada primeramente, al parecer, por Sismondi y que más tarde ocupará un lugar importante en el *Manifiesto comunista*. Es, como las demás, una ley inmanente a la propiedad privada y según la cual las clases medias tienden cada vez más a desaparecer, hasta que el mundo quede dividido solamente en millonarios e indigentes, en grandes terratenientes y jornaleros pobres. "De nada servirán todas las leyes, toda división de la propiedad sobre la tierra, toda fragmentación del capital, cualquiera que ella sea: este resultado tiene que advenir y advendrá, a menos que le cierre el paso una transformación total de las relaciones sociales, la fusión de los intereses antagónicos, la abolición de la propiedad privada".

Y resume una vez más la resultante de sus acusaciones: la libre competencia, que ha impregnado todas nuestras condiciones de vida y a la que se debe la servidumbre mutua a que actualmente se ven sometidos los hombres, está llamada a desaparecer. Es cierto que sirve de acicate a nuestro cada vez más viejo y podrido orden o, por mejor decir, "desorden" social; pero en cada nuevo esfuerzo devora una parte de las fuerzas desfallecientes.

Ni siquiera el campo de la moral se halla a salvo de los estragos de la competencia. La regularidad con que estos fenómenos se manifiestan en la estadística de la delincuencia estudiada por Quetelet parece demostrar, según Engels, que la sociedad fomenta, incluso, la demanda del crimen, a la que la correspondiente oferta da satisfacción. Y es que la propiedad privada degrada cada vez más al hombre. Hasta los progresos de la ciencia se vuelven, en las condiciones imperantes, en contra del trabajo. El último gran invento de la industria de hilados de algodón, la *self-acting mule*, ha hecho que el trabajo mecánico desplace en grandes proporciones al trabajo manual, destruyendo con ello el último residuo de la fuerza con que el trabajo podía todavía afrontar la desigual lucha con el capital. El argumento de los economistas liberales de que, en última instancia, la generalización de la maquinaria beneficiará al trabajador no es sostenible mientras la generación de la fuerza de trabajo se regule por la competencia y la división del trabajo, fomentada hasta el infinito por nuestra civilización, siga encadenando al obrero "a esta máquina determinada para la realización de este determinado y mezquino trabajo".

Pero los resultados del sistema fabril, de cuya profunda inmoralidad estaba Engels perfectamente convencido, no entraban ya, para él, en el marco de esta investigación teórica. Era en otro lugar donde se proponía poner de manifiesto implacablemente "la hipocresía del economista, que aquí brilla en todo su esplendor".

Por el propio Engels sabemos que su ensayo sobre la obra de Carlyle *Past and Present* se proponía servir de introducción general a un estudio más amplio sobre la situación en Inglaterra, al que ya nos hemos referido y que el autor, después de la rápida desaparición de los *Anales franco-alemanes*, dio a la estampa en otra publicación igualmente efímera, el *Vorwärts* de París. Estos trabajos guardan, asimismo, una relación tan estrecha con su crítica de la economía polí-

tica, que trataban, en realidad, de probar a la luz de un paradigma histórico las conclusiones a que aquí se llegaba; de allí que sus resultados más importantes, en aquello en que no aparece ya entretreído en la exposición anterior, se acomodan fielmente a aquéllas.

Ya más arriba lo hemos hecho notar. En un principio, Engels se sintió un tanto inquieto al observar que la vida histórica de Inglaterra se regia, al parecer, por fuerzas muy distintas de las que prevalecían en el continente; pero confiaba demasiado en la razón immanente de la historia para aceptar en seguida como la verdad plena esta primera apreciación puramente empírica. Y la conclusión a que llegó fue, sobre poco más o menos, la siguiente: hasta entonces, solamente Inglaterra había tenido una historia social. Sólo allí se habían convertido en principios los intereses, antes de poder influir en la historia de Inglaterra. Mientras que en el continente el elemento social seguía soterrado bajo el elemento político, en Inglaterra —según esta manera de ver— toda la política se hallaba ya dominada por los factores sociales. Y si éstos seguían manifestándose bajo un ropaje político, ello se debía simplemente a que, por el momento, aún no se había ido más allá del Estado.

La mayor parte de Francia y, principalmente, Alemania —tal era el razonamiento— no habían salido todavía del período de la infancia social, en el que “aún no existían sociedad, ni vida, ni conciencia, ni actividad”. Inglaterra, en cambio, había superado esta etapa desde la aparición del moderno feudalismo industrial, que trajo consigo la división de la sociedad en poseedores y no poseedores. Toda la política interior se convertía, con ello, inmediatamente, en “socialismo recatado”. Era ésta la forma que las cuestiones sociales adoptaban para poder cobrar vigencia nacional. La revolución social había instaurado definitivamente en el trono el interés subjetivo erigido en principio general por el Estado católico levantado sobre las ruinas del feudalismo. Mediante la propiedad privada, las nuevas fuerzas ahora creadas y que en derecho pertenecían a toda la humanidad se convirtieron en monopolio de unos cuantos capitalistas ricos y, por tanto, en medios para sojuzgar a la masa.

El nuevo poder hubo de empezar volviéndose, necesariamente, contra el Estado y disolverlo o, por lo menos, ya que le era indispensable, socavarlo. Adam Smith reducía la política, los partidos, la religión, lo reducía todo, a categorías económicas, lo que equivalía a reconocer la propiedad como la esencia y el enriquecimiento como el fin del Estado. Tras él vino Godwin, quien puso en tela de juicio la necesidad del Estado mismo y Bentham llegó hasta el punto de conferir los derechos de la especie, no al hombre libre, consciente de sí mismo y obra de su propia creación, sino al hombre primitivo, ciego y devorado por las contradicciones. Con ello, llegaba a su apogeo el viejo estado universal de cosas, cristiano y natural: la contradicción alcanzaba su punto más notable, en el que ya no le sería posible mantenerse durante mucho tiempo. Y la crisis llamada a echar por tierra al estado de cosas cristiano en que vivía el mundo ya no podría hacerse esperar mucho, a partir del momento en que, con la implantación victoriosa de la Carta del Pueblo, subiera al poder la democra-

cia trabajadora. El hombre plenamente consciente de sí mismo comenzaría, entonces, a construir su mundo en total libertad.

Debemos insistir con toda fuerza en que Engels no asignaba misión alguna al Estado en la realización de este ideal del futuro, en el que creía con ardorosa fe. Ninguno de los Estados que conocía despertaba el menor entusiasmo en él: ni el Estado absoluto prusiano, que los renanos, en su infancia, consideraban casi como una potencia extranjera, ni el plutocrático Estado municipal de Bremen, ni el Estado de clase con que ahora se encontraba en Inglaterra. De ahí que creyera, con Proudhon, en "la imperfección o, mejor dicho, en la inhumanidad de todas las formas del Estado". Pero fue, probablemente, el estudio del pasado y el presente de Inglaterra el que con más fuerza le llevó a la conclusión de que el Estado, "causa de toda inhumanidad", era él mismo "inhumano" y debía desaparecer. Le arraigó en esa convicción la conciencia, extraída por él de aquel estudio y que llegó a generalizar en ideas, de que, en Inglaterra, el Estado y todas sus instituciones no eran otra cosa que instrumentos puestos en manos de las clases poseedoras para oprimir a los desposeídos.

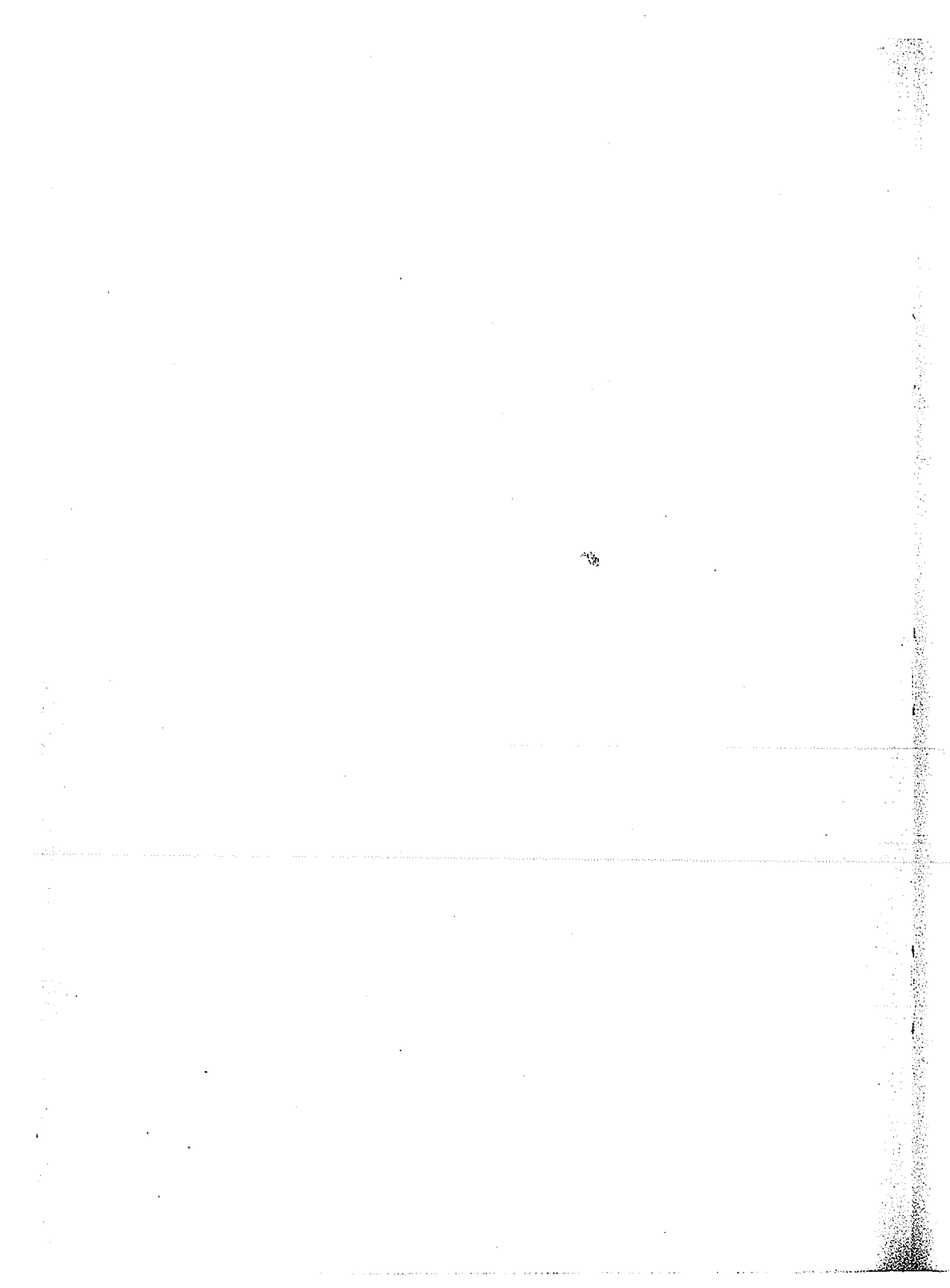
Es posible que fuera el estudio de la administración de justicia lo que, antes que nada y con mayor claridad le afirmara en esa convicción. Los fallos pronunciados en los numerosos procesos seguidos contra los dirigentes cartistas que habían participado en la huelga general de 1842 le demostraron tangiblemente que el pobre no es juzgado nunca por sus iguales, sino siempre por sus enemigos innatos ("pues en Inglaterra se hallan en guerra abierta los ricos y los pobres"). Se había dado cuenta de que un jurado imparcial era una quimera y creía poder afirmar, por haberlo visto, que el tribunal del jurado, como todo lo relacionado con el derecho, no era una institución jurídica, sino una institución política. Ello le convenció de que, bajo la férula de la propiedad, gravitaba sobre los proletarios la losa de "todo el universo de la barbarie legal" y de que la legislación y la judicatura sólo intervenían en favor de los delincuentes "respetables".

Ya lo hemos visto: toda la Constitución y toda la opinión pública de Inglaterra eran, para este inexorable crítico, una trama de embustes francos o encubiertos. Y este estado de cosas no podía durar. Había comenzado ya la lucha llamada a destruirle. El futuro inmediato de Inglaterra sería la democracia, y no una democracia puramente política, incapaz de desarraigar los males sociales, sino una democracia social. La lucha de los pobres contra los ricos no podía ventilarse en el campo de la democracia ni en el campo de la política, en general. Estaba en marcha un nuevo principio, que trascendía de todo lo político: "el principio del socialismo".

La bandera del socialismo fue plantada por Engels ya en 1844. Al partir de Inglaterra, en agosto de dicho año, se hallaba en posesión de un acervo tan grande de ideas acerca de las relaciones entre el Estado y las clases, acerca de los resultados sociales de la revolución industrial y de las perspectivas del futuro, que, en el continente, seguramente nadie, dentro del círculo de quienes más cerca de él se hallaban en el campo del pensamiento, se le pudiera com-

parar en cuanto al conocimiento y la profunda comprensión de estos problemas; que allí iban madurando muy lentamente.

Los hombres más serios con quienes él había mantenido contacto allí parece que mostraron verdadero asombro al leer ahora sus geniales artículos publicados en los *Anales franco-alemanes*. He aquí lo que una persona tan inteligente como el médico berlinés Dr. Julio Waldeck escribía por entonces a su primo Juan Jacoby, residente en Königsberg: "Engels ha obrado en sí un verdadero milagro, si comparamos la madurez y virilidad de sus ideas y de su estilo con lo que eran hace un año". El agudo observador no se equivocaba. No importaba que su temperamento de hombre del Rin conservara toda la vehemencia de su mocedad; el joven se había hecho hombre. Y como un hombre que había sabido elegir con gran firmeza su camino en la vida y la misión a que quería consagrarse, podía enfrentarse ahora a otro hombre superior a él, que sería de allí en adelante su compañero de luchas insustituible y que, como amigo y camarada de una vida entera, dejaría en su destino una impronta imborrable.



CAPÍTULO VIII

LA ALIANZA CON MARX. LA SITUACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN INGLATERRA. EL COMUNISMO EN SU TIERRA NATAL.

Engels partió de Manchester uno de los últimos días de agosto de 1844, de regreso a su patria. Esta vez, hizo el viaje por París. Después de haber vivido tanto tiempo bajo aquel "cielo espantosamente plomizo", respirando el aire cargado de humo de Lancashire, sus sentidos, hechos para el goce y la alegría, revivieron con el tráfano y el colorido de los bulevares parisinos.

Pero no fueron las impresiones de la animada ciudad, por mucho que le agradaran, ni fue el encuentro con hombres como Bakunin, Bernay y Ewerbeck, con quienes pasó horas muy gratas, ni su primera visita a los lugares que le evocaban las figuras de Babeuf, Marat o Robespierre, lo que hizo de aquellos días de París un acontecimiento para él, sino la alianza que, a su paso por la capital de Francia, selló con Carlos Marx.

Fue ahora cuando, al conocerse como lo que realmente eran, tuvieron ambos coterráneos la plena conciencia de cuán maravillosamente se completaban el uno al otro y de que, durante los pasados años, aunque moviéndose en campos distintos, su trayectoria espiritual había tomado el mismo derrotero. Con satisfacción no exenta de asombro, se dieron cuenta de que podrían, de allí en adelante, transitar por el mismo camino, ya que habían llegado, cada uno por su cuenta, a resultados coincidentes en cuanto a la meta por la que había que luchar y a los medios necesarios para alcanzarla.

Ante los dos grandes promotores del comunismo alemán se acumulaban, al ponerse de acuerdo, inmensidad de tareas, próximas unas, lejanas otras. Y se dieron perfecta cuenta de que sólo podían confiar en llegar a realizarlas trabajando en común, ya que ellas requerían una suma de capacidades y conocimientos que ninguno de los dos, por separado, poseía. Claro está que aquella alianza sellada por la plétora desbordante de energías de su fecunda juventud sólo podría llegar a dar frutos a condición de que se acreditara como estable y duradera. Las amistades no se contraen nunca por un plazo más o menos largo y son muy pocas las que resisten a los cambios que gobiernan el mundo. Lo que sorprende en esta unión no es que los dos amigos considerasen ya de antemano

como definitiva la comunidad de estudio y lucha sellada entre ellos; lo verdaderamente maravilloso es que esta conjunción de dos grandes personalidades hiciese frente, sin quebrantarse jamás, a todas las vicisitudes de los años y los decenios, que la obra de estas dos vidas llegara a fundirse en una unidad orgánica de un modo tan íntegro y tan perfecto como tal vez jamás había ocurrido hasta entonces entre dos espíritus creadores.

Marx, vástago también de las tierras del Rin, nacido en la sede arzobispal de Tréveris e hijo de un abogado convertido del judaísmo al protestantismo por los sentimientos que su cultura liberal despertó en él, era dos años y medio mayor que Engels. Llevaba en la sangre, por sus ascendientes paternos y maternos, una dedicación a la sabiduría que le incitaba a inclinarse largas horas sobre los libros. Sus ascendientes, rabinos versados en las Sagradas Escrituras, habían cultivado, a la manera antigua, aquel tipo de estudio e investigación que agudiza extraordinariamente el entendimiento y acicatea no pocas veces la dialéctica hasta el virtuosismo.

Mientras que en la casa de comerciantes de Barmen en donde se crió Engels se enfocaban los asuntos políticos, preferentemente, desde un punto de vista fríamente utilitario, Marx podía percibir en su padre, hombre de elevados sentimientos, una cálida simpatía por la monarquía fridericiana, cosa entonces bastante rara en la provincia del Rin. Pero el interés político no había despertado todavía en el prematuro joven, cuyo extraordinario talento llamaba la atención a cuantos le conocían. Una sed insaciable de saber espoleaba con una fuerza elemental el espíritu de aquel muchacho, a quien su demonio sacudía con trágico apremio llevándolo a luchar por su concepción del mundo.

No era fácil que pudiera colmar sus afanes el estudio de la jurisprudencia, la carrera elegida por él para ganarse la vida, al comprometerse con la que habría de ser su esposa, una muchacha por todos conceptos extraordinaria. Por nada del mundo se habría apartado de su gran posesión, que era sumergirse en las doctrinas filosóficas de las grandes épocas de la cultura, hasta llegar a encontrar la perla por la que con titánica obstinación luchaba. Y sólo al vencerse de que no podría construir por su propio esfuerzo la concepción del mundo que respondiera a sus aspiraciones, capituló ante la de Hegel. Le hicieron volver los ojos al pensador más universal de la época los mismos sentimientos y las mismas apetencias intelectuales que al joven Engels: la necesidad de encontrar la idea en la misma realidad, de sobreponerse al torturante dualismo entre el mundo de los valores y el mundo de los hechos.

No podemos seguir aquí en detalle la trayectoria del joven Marx. De 1836 a 1841 perteneció al mismo cenáculo al que Engels se incorporó poco después de abandonarlo él. Sabemos que ya se le consideraba allí como una personalidad del mismo rango que Bruno Bauer y Köppen cuando, fuera de unos cuantos poemas, apenas había publicado una sola línea. Sus poesías, más pesadas que las de Engels, carentes de valor literario, sólo tienen interés en cuanto nos dan la clave para pulsar la vida instintiva de un genio que, por lo demás, con su poderoso intelecto, convertía los sentimientos inmediatamente

en ideas. Si Engels encontraba el símil de su vehemencia juvenil en el torrente impetuoso que baja de la montaña, y se miraba en el bruñido espejo de los héroes de los Nibelungos, la imagen más congenial con Marx es la de la tormenta que brama sin descanso y que ella misma no sabe si es la suya una fuerza creadora o destructiva. Marx recuerda más a Fausto y a Ahasvero, el judío errante, que al joven Sigfrido.

Engels se considera ya casi salvado cuando, evadiéndose de la atmósfera irrespirable del pietismo de su infancia, logra tomar contacto con la teología y la filosofía especulativas. Se consideraba satisfecho de haber saltado al tren arrastrado por la locomotora cuya fuerza de vapor era el espíritu de su tiempo y en viajar un trecho en él; no sentía el impulso de "dar al espíritu de la época un puntapié tras otro, para que marchara más aprisa". Marx, en cambio, debatía con el espíritu de su tiempo como Jacob con el ángel, cara a cara.

Marx trabaja lentamente y pare con dolor, pues su pensamiento cala muy hondo, porque se debate con los problemas derribando y construyendo, de un modo soberano y creador. Engels es por naturaleza un hombre práctico y dotado de gran capacidad de captación y orientación, pero sin una formación filosófica a fondo ni una gran originalidad dialéctica. Su instinto sutil para percibir lo que flota en el aire sabe desentrañar de la materia que tiene ante sí los elementos utilizables y construir con ellos nuevas combinaciones.

Y la distinta manera de abordar los problemas intelectuales se refleja claramente en la diversidad de su estilo. En las frases estampadas por Engels advertimos en seguida que las llevaba rápidamente al papel sin luchar a brazo partido con el pensamiento o la expresión: sus períodos fluidos, elegantes, claros y transparentes, expresan perfectamente y sin residuo alguno lo que el autor se proponía decir. Los rayos de sol de un sano humorismo iluminan sus cartas y se traslucen incluso en sus polémicas; y los escritos de su primera juventud abundan en vigorosas imágenes poéticas, alumbradas por la fantasía. La prosa de Marx, en cambio, delata, como ya acertadamente decía de ella Köppen, el esfuerzo del pensamiento por salir a borbotones, una cosecha de ideas que rebosa del granero por todas partes. Presta un encanto irresistible a su modo de expresarse, brillante, enigmático, aguzado, el hecho de que su riqueza de imágenes, que se dirían grabadas en relieve y quedan adheridas al pensamiento, parezcan salir espontáneamente, aunque no sin lucha, ni mucho menos, de las sombras del taller dialéctico y, por muy ingeniosas que sean, no producen nunca el efecto de meros adornos literarios. Y también las antítesis en que tanto parece complacerse tratan de captar como con garfios de hierro los nuevos resultados obtenidos en un ímprobo esfuerzo discursivo para incorporarlos definitivamente al acervo mental del lector y del propio autor. Es como si los períodos de su prosa, brillantes, con frecuencia densos, pero nunca impenetrables, salieran de su pluma todavía inflamados por la ardorosa lucha que ha precedido a su alumbramiento.

Y tan distintos como los estilos eran los hombres. El contraste se manifiesta inmediatamente en su respectivo sentimiento familiar: en Engels se

exterioriza de un modo natural y espontáneo, mientras que en el joven Marx aparece todavía impregnado de la hipersensibilidad, históricamente tan explicable, de aquella generación de judíos alemanes. Engels era, desde todos los puntos de vista, el menos nervioso, el más espiritualmente equilibrado, el más elástico de los dos, física e intelectualmente, el menos complicado, el más armónico, el más optimista. ¡Cuántas veces hubo de regañar afectuosamente a su amigo, lleno de inhibiciones y que, dejándose "dominar" por su sentido exacerbado de la responsabilidad, no daba nunca cima a sus trabajos, no se sentía nunca satisfecho!

Dotes comunes a ambos eran la indoblegable tenacidad, una fuerza de resistencia y una perseverancia increíbles, una laboriosidad y una alegría de trabajo inagotables. Y sus temperamentos coincidían asimismo en otras cosas: una extraordinaria objetividad y una entrega total a lo que hacían, la rigurosa seriedad, la honestidad inatacable, la intransigencia rayana en el fanatismo y la invencible repugnancia por todo lo que fuera simulación y vanidad personal con que sirvieron siempre a la causa a que se consagraron. Los identificaba, asimismo, la repulsa a todo lo irracional, la hostilidad contra cualquier clase de romanticismo, el rechazo implacable a todo lo tradicional, la aversión contra el sentimentalismo y la sensiblería. Testimonios de todo ello nos encontramos también en su correspondencia, a partir de ahora fuente importantísima para el biógrafo. El tono desenfadado, agresivo, vigoroso y genial de sus cartas, en las que asiduamente intercambian juicios y pensamientos, era el que mejor cuadraba al pudor intelectual característico de ambos corresponsales, manifestado con viril dureza y rigor implacable contra sí mismos y contra los demás.

En una de sus cartas, habla Engels de su "pereza *en fait de théorie* bien conocida" de su amigo, que le llevaba a acallar los gruñidos de su conciencia, pero sin decidirse a ir nunca al fondo de las cosas. Engels era una de esas contadas personas que se conocen bien. Aunque sentía la necesidad, muy apremiante, de armonizar bajo un gran punto de vista dinámico la multiformidad política, social y cultural de la vida histórica, no se hallaba dotado por su modo de ser de la capacidad necesaria para desarrollar sistemáticamente estos pensamientos ni de la inclinación a plasmarlos científicamente.

El hecho de que encontrara en Marx este formidable talento para la síntesis que a él le faltaba le hizo tributario de él. Era capaz, muchas veces, de aportar valiosas piedras para el edificio e incluso de echar una mano cuando se trataba de levantar los planos, pero jamás habría conseguido, solo, levantar la casa en la que un hombre como él, que había aborrecido siempre el no sostener un techo intelectual sobre su cabeza, sentía la necesidad invencible de vivir.

Guillermo Liebknecht, que tan bien le conocía, elogia la aguda y certera mirada de sus claros ojos azules. Y ya nos hemos referido, más arriba, a su instinto innato de perro cazador, que clavaba rápidamente los dientes en lo esencial sin soltarlo; a aquel sentido de orientación, maravillosamente rápido y cambiante, que servía al semiautodidacta de segura brújula para encontrar el rumbo entre todas las corrientes intelectuales de su tiempo, hasta llegar en dere-

chura al puerto buscado, donde le esperaba la carga que habría de servir de fleite a su nave discursiva. Sabía tomar siempre lo que le era útil y desechar lo carente de valor.

Pero esta asimilación y eliminación se operaban en él, originariamente, de un modo instintivo, intuitivo; era necesario que el impulso para el debate polémico viniera de fuera o le acometiera desde dentro y le sacudiera, para aguzar su sentido crítico, plenamente consciente y discursivo. Pero la crítica rara vez era, incluso en estos casos, el timón que dirigía su nave, pues las verdaderas decisiones habían sido tomadas ya antes, en una esfera inmediata y casi inconsciente. Pero, cuando se trataba de criticar, estaba siempre a la altura y se enfrentaba a su adversario manejando la espada con pericia y alegría. En estos casos solía ser, no obstante, más bien polémico que crítico; el combate era, para él, una verdadera pasión y no cabe duda de que había heredado una buena dosis de la acometividad de los viejos germanos. Muchos fueron los que, en la vida, se sintieron heridos por él, al clavarse en sus carnes el aguijón de su juicio mordaz, y en sus años jóvenes no siempre rehuyó los retos a batirse en duelo. Todavía en los años avanzados, "el General", como le llamaban por su apasionada afición a los estudios militares, pasaba por ser, a los ojos de sus amigos, el Carnot de la futura revolución alemana.

Hay que decir que Engels, pese a su educación pietista, no era muy dado a la meditación. Su espíritu vehemente se inclinaba más bien a las decisiones rápidas y, a veces, un tanto precipitadas; gustaba de fiarse de sus experiencias vividas y prefería las ideas semiimprovisadas y lanzadas velozmente sobre la meta a los estudios de largo aliento, que requerían una capacidad de rigurosa abstracción y sistemática penetración. Y aquí, en lo que a él le faltaba y a lo que renunciaba, porque le interesaba más sugerir que ejecutar, estaba precisamente la fuerza de Marx. Fue de él, como dirá más tarde Bebel, de quien Engels aprendió cómo había que trabajar científicamente.

Mucho significaban los libros para Engels, pero su temperamento no le llevaba a encerrarse días, meses y años enteros en una biblioteca, buscando allí trabajosamente los asideros teóricos para su concepción de la sociedad y de la historia; prefería el trato de la gente, de la que aprendía, buscar contactos y anudar relaciones útiles para la causa a que se había entregado. Pero, así como su cuerpo esbelto y elástico necesitaba movimiento y la hostilidad política y social, por acerba que fuese, no llevaba al apasionado jinete y cazador a renunciar a las partidas de caza del zorro de la *gentry* inglesa, tampoco se negaba, cuando se veía obligado a ello, a "cazar en el escabroso terreno del pensamiento abstracto". Pero también en el campo intelectual prefería ejercitar las capacidades prácticas que había heredado de sus antepasados. Y, con la conciencia tranquila, creía poder limitarse a estas actividades en que brillaba su talento, ya que la suerte le había deparado en Marx, verdadero devorador de libros, al hombre en quien descollaban genialmente las dotes menos desarrolladas en él y que tan necesarias eran para llevar a cabo su obra.

La facilidad con que Engels sabía asimilarse cualquier ciencia no debe

engañarnos. Era un hombre extraordinariamente trabajador, y sólo su maravillosa capacidad para aprovechar todas las horas, su amplitud de horizontes y su formidable flexibilidad hicieron de él una personalidad intelectualmente creadora. Pero tampoco debemos perder de vista que la trayectoria irregular de su formación dio también pie, en él, a cierto diletantismo, al que, en ciertos campos, sobre todo en el de la filosofía, jamás llegó a sobreponerse del todo. Sin embargo, aunque hubiese dispuesto del tiempo y la ocasión necesarios para consagrarse más ampliamente a los estudios filosóficos, creemos poder afirmar que sus dotes nunca habrían llegado a desplegarse exactamente en el campo del pensamiento abstracto.

Engels no poseía, evidentemente, la capacidad creadora de un Marx y jamás habría podido, como hizo éste, desintegrar y volver a aglutinar, con soberano dominio, las masas de conocimientos heredados de una generación anterior. Dio una verdadera prueba de modestia al sentir, ya desde muy pronto, la necesidad de subir a bordo a un piloto cuando trató de explorar nuevos mares. Sabía ventear los rumbos, pero no se sentía a gusto cuando se hallaba él solo al timón. Recordemos cómo siempre procuró encontrar quién le guiase: primero fueron Strauss y Borne, luego se encomendó a Hegel; cuando, por último, encontró a Feuerbach, se sentía ya, intelectualmente, lo bastante seguro para seguir marchando hacia adelante, cruzando por su cuenta las fronteras trazadas por aquel pensador antisocial. Descubrió entonces a Marx, quien precisamente se disponía a hacer lo mismo; se unió gozosamente a él y, en lo sucesivo, se contentó con "hacer de segundo violín", que era, según él, lo que correspondía a su capacidad, encantado de haber encontrado a quien llevara la voz cantante y de mantenerse junto a él.

¿Acaso aspiró alguna vez a ser algo más o llegó a sentirse, en alguna ocasión, molesto, herido en su amor propio por no ser el primero? Engels, por su parte, habría rechazado con palabras poco corteses esta pregunta, a la que no nos ha dejado ninguna respuesta. No encontraremos una sola manifestación suya de la que se desprenda ni remotamente que en el fondo de su alma levantara cabeza esta suspicacia. Jamás el pensamiento de Federico Engels giró en torno a su persona ni se sintió torturado por la ambición personal. A los dieciocho años, se resignó en seguida a la conciencia de que no había nacido para poeta; y, más tarde, cuando se conocía aún mejor, como el hombre de cuerpo entero que era, prefirió poner plenamente en práctica, con gran alegría, las fuerzas pleróticas de que estaba dotado, sin alargar la mano hacia lo imposible. En 1880, refiriéndose a Marx, escribía a Bernstein que no acertaba a comprender cómo nadie podía sentirse envidioso de un genio. "Es algo tan excepcional, que quienes no lo poseemos sabemos de antemano que se trata, para nosotros, de algo perfectamente inasequible". Debemos, pues, guardarnos muy mucho de añadir rasgos de resignación a un retrato cuyo original nada tiene que ver con ellos.

Pero lo decisivo, en la inteligencia entre los nuevos amigos, era lo que en cada momento podían ofrecerse mutuamente para su desarrollo intelectual.

Estupidez y superstición se llamaban los titanes contra los que Marx había disparado sus primeros dardos, como discípulo del más grande de los pensadores de la Ilustración griega. Aunque políticamente impotentes y privados de influencia, los intelectuales alemanes consideraban el mundo del espíritu como el mundo en general y la verdadera práctica, para ellos, era la teoría. Marx se rebeló desde muy pronto contra esta "mística identidad". Despreciaba a aquellos hombres que, temerosos de cualquier contacto de su ideal con la realidad, habían convertido la libertad de los alemanes en una pura cuestión sentimental. Ya en su tesis doctoral proclamaba que el espíritu, al liberarse, debía salir del reino de las sombras de Plutón, convertido en voluntad, para trocarse en energía práctica y revolverse contra la realidad terrenal que existía a espaldas de él. Sin embargo, incluso en su modo de pensar de entonces, bastaría con que la atmósfera política se despejara con el cambio de trono en Prusia para que ante él se revelara la concatenación inseparable entre la política y sus propias y más profundas necesidades espirituales.

Con las poderosas armas de su inteligencia, Marx participó al lado de los demás jóvenes hegelianos en la lucha contra las ingerencias de la Iglesia en la órbita del Estado; también él combatió la concepción del Estado imperante, que tildaba de "inmoral y material", combatió las "leyes contra las intenciones", que amordazaban al escritor, la fosilización de los privilegios, el estancamiento del espíritu de casta, el temperamento insoportablemente devoto del alemán, que, llevado del respeto a las ideas, no se preocupaba en lo más mínimo de su realización.

Comprende plenamente, desde su puesto de redactor-jefe de la *Gaceta renana*, que la filosofía "no vive fuera del mundo", sino que, por ser la quintaesencia espiritual de su época, tiene la misión de entrar en contacto y en intercambio con el mundo real. Pronto se da cuenta de que los problemas políticos son inseparables de los sociales. Aún no había aparecido el libro de Lorenzo Stein cuando decía que era un hecho "visible a los ojos de cualquiera en las calles de Manchester, París y Lyon" la exigencia del proletariado de tener acceso a la riqueza de la burguesía. Y, como hiciera un año antes Constantino Frantz en las páginas del *Athenaeum*, también él se lamentaba ahora —en octubre de 1843— de que la clase pobre no ocupara el puesto que le correspondía en la estructura consciente del Estado.

Sería absurdo pensar que el dirigente de aquel gran periódico radical ignorase la existencia de Proudhon, de Fourier, de Considerant y de Leroux. No cabe duda de que intuía ya que pronto tendría que vérselas con los problemas por ellos planteados. Es indudable, sin embargo, que en los momentos en que ya Engels había tomado resueltamente partido por el comunismo, todavía **Marx no se ocupaba de estas** doctrinas. Tenía ya conciencia de que la lucha de clases era la fuerza motriz de la vida histórica, como lo revelaba su famosa crítica de la ley sobre el robo de leña, pero le habría movido a indignación la tesis de que "los estamentos trataran de degradar al Estado a la idea del interés particular", pues ello atentaba contra el culto a la concepción del Estado que toda-

vía profesaba. Se ajustaba, pues, plenamente a la verdad cuando, veinte años después de haber sellado su alianza, decía a su gran amigo: "Tú sabes bien que, en primer lugar, en mí todo tarda en venir y, en segundo lugar, que en todo marchó siguiendo tus huellas".

Al producirse la nueva represión de la prensa libre en Prusia, Marx no vio despectivamente en la práctica, como los hermanos Bauer, Köppen, y Stirner, una esfera en que los espíritus filosóficos debían abstenerse de pisar, porque en ella reinaba la violencia y no la razón. Teniendo presente lo que había dicho Feuerbach de que lo teórico era lo que, por el momento, sólo vivía en la propia cabeza y lo práctico lo que bullía ya en las cabezas de muchos, sacó la conclusión cabalmente contraria, a saber: que la teoría se convertiría en una fuerza material cuando prendiera en las masas, razón por la cual era necesario que los hombres que pensaban y los que sufrían se pusieran de acuerdo para implantar un mundo nuevo en que el hombre llegara a alcanzar realmente el rango de tal.

Y vemos cómo el desengaño sufrido en sus esperanzas acerca del Estado le lleva también, ahora, a una crítica de la política. En lo sucesivo, tiende a poner de manifiesto la verdadera relación entre el Estado y la sociedad civil, que concibe con mayor realismo de lo que había hecho Hegel. Así se le revelan plenamente la importancia del mundo material y la necesidad de revolucionarlo, para que su ideal de humanidad llegue a realizarse. Se da cuenta de las limitaciones de toda revolución meramente política y del carácter necesariamente fragmentario de la democracia formal. Y reconoce el que hasta ahora ha sido principio rector del Estado como el fundamento de los males sociales. La arrolladora importancia del mundo del pensamiento socialista para los rumbos de sus propias ideas fue comprendida rápidamente por él cuando, en noviembre de 1843, se trasladó a París para editar allí, en unión de Ruge, los *Anales franco-alemanes*. Tan pronto como el problema de la masa entró en su horizonte visual, comenzó a investigarlo en la historia. Y ninguna otra época podía resultar más fecunda para ello que la de la primera revolución francesa. De ahí que se dedicara arduosamente a su estudio.

Vio ahora con toda claridad cuánto pesan en las luchas de los partidos las pugnas de intereses entre las clases sociales. También en Francia, como en Inglaterra, se había extendido, ya para entonces, la convicción de que los antagonismos de los bandos políticos, en el pasado, encubrían en realidad contradicciones de clases. Marx reconoció siempre los méritos de los grandes historiadores franceses, principalmente Thierry y Guizot, por haber sabido destacar esta visión en todos los tiempos. Y aunque Luis Blanc no tuviera tanta talla de historiador como ellos, su *Histoire de dix ans*, que acababa de aparecer, ponía de relieve sin ninguna clase de subterfugios el antagonismo entre burguesía y pueblo como el verdadero contenido de la historia francesa contemporánea. En un ambiente como aquél, Marx no podía abrigar la menor duda: una revolución puramente política, como a su juicio lo había sido la francesa, hace que "una determinada clase emprenda la emancipación general de la sociedad des-

de el punto de vista de su propia situación", aunque el pueblo, en su conjunto, crea revolucionar con ello la sociedad en nombre de los derechos humanos. También para él, como para Engels, era el humanismo feuerbachiano la Escala de Jacob invertida por cuyos peldaños, en vez de ascender, descendió del "más allá de la verdad" a la "verdad del más acá", de la crítica del cielo a la crítica de la tierra.

¿Cómo habría podido el más grande de los discípulos de Hegel razonar como no fuera a base de una síntesis universal de todos los contenidos espirituales? La idea de la emancipación dominaba su época. Ya hemos visto cómo se debatía con ella Engels. Este hallábase entonces impregnado, en forma más sublime todavía, pero de un modo ostensiblemente parecido al de Godwin, Owen, Fourier y Cabet, por la concepción, frecuentemente proclamada desde Vico por los filósofos sociales del siglo XVIII, de que las verdaderas leyes de una convivencia racional de la humanidad se habían mantenido ocultas hasta ahora y de que bastaría cobrar conciencia de ellas para acabar con todas "las contradicciones artificiales e insostenibles". Con ello, se superaría la enajenación del ser humano que Feuerbach había puesto de manifiesto en el campo de la religión y que Marx, por su parte, había demostrado en el campo de la economía y podría manifestarse así el verdadero hombre.

No cabe duda de que, por aquellos días, también Marx pugnaba porque llegara a ser realidad "la verdadera esencia humana"; también él postulaba vehementemente la necesidad de hacer del hombre el hombre real y verdadero, la especie humana. Pero su dialéctica creadora innata no podía conformarse con unos cuantos conceptos generales que anunciaran, como el arco-iris, un remoto futuro. Construyendo sobre aquel don de crítica productiva con que el genio le había dotado ya desde la cuna, no podía prestarse a anunciar dogmáticamente un mundo, sencillamente porque creyera poder desarrollar un universo nuevo a base de la crítica del viejo.

No creía que hubiera llegado aún la hora de plantar una bandera dogmática, ni siquiera la del comunismo, en el que, por lo demás, por el momento, sólo veía una manifestación aparte del principio humanista. Consideraba que el mandato de la hora era exclusivamente la crítica implacable de todo lo existente, sin temor a los resultados a que se llegara y sin miedo tampoco a desafiar con ello a los poderes imperantes.

Pero esta crítica no quería ni podía seguir un camino arbitrario, caprichoso. Marx se hallaba dominado tal vez más imperiosamente todavía que Engels por el afán de captar la trayectoria histórica en la razón inmanente que la movía y con ayuda de una dialéctica consciente. Aspiraba, al igual que Engels, a una reforma de la conciencia, pero estaba en condiciones de definir esta meta con mayor claridad. Para él, no se trataba de "trazar una gran divisoria del pensamiento entre el pasado y el futuro", sino de que la época viera claramente ella misma por qué luchaba y qué quería. No pretendía decirle a su tiempo: "Abstente de esas luchas, que son una necedad; nosotros te daremos la verdadera consigna del combate", sino que quería hacerle ver por qué luchaba real-

mente. Partiendo de las propias formas de la realidad existente, pretendía desarrollar, de un modo crítico-dialéctico, la "verdadera" realidad como su deber ser y su meta final, poner de manifiesto el futuro como lo que estaba gestándose ya en el presente y entrelazar, así, con férreos garfios, el valor y el devenir, el conocimiento y la acción.

Recordemos cómo el problema de la acción había preocupado ya desde muy pronto a Engels. Pues bien, ¿podía un discípulo revolucionario de Hegel concebir una solución más perfecta de este problema que la que Marx le brindaba en sus memorables artículos de los *Anales franco-alemanes*? Fácilmente podemos imaginarnos la fascinación que tuvo que causarle a Engels el ver plasmado aquí, en toda su arrolladora grandeza y con una sorprendente originalidad, aquel íntimo acoplamiento del pensamiento y la acción, aquella integración total de la teoría y la práctica, aquella entrega total de la emancipación de la humanidad al curso de la historia. Era, para él, la confirmación de la famosa frase de Hebbel: ninguna nueva verdad es capaz de conmover al hombre si el embrión de esta verdad no latía ya previamente en él de algún modo.

Así era, en efecto. Hacía ya mucho tiempo que Engels veía en la historia el uno y el todo, que esperaba firmemente de ella, de su férrea trayectoria, el triunfo de la revolución llamada a conciliar al hombre consigo mismo y con la naturaleza. Cierta es que ya entonces creía haber encontrado en el proletariado inglés la tropa de choque de la revolución de la humanidad; en cambio, la mirada y el pensamiento de Marx se concentraban todavía en su propio país, que había abandonado para poder, desde fuera y sin seguir amordazado por la censura, imprimir a las condiciones de su patria, petrificadas por debajo del nivel de la historia, la orientación que, a su juicio, debían adoptar. Como es sabido, el análisis que hace de la situación de Alemania en su famoso ensayo "En torno a la filosofía hegeliana del derecho" llega al resultado de que, en aquel país, una revolución parcial, meramente política, que mantenga en pie "los cimientos del edificio", sería un sueño utópico, pero que, en cambio, sí tendría allí perspectivas de éxito "una emancipación general humana".

Tal es la tesis que Marx razona con fascinante dialéctica en el artículo citado. En un pueblo, dice, la teoría sólo llega a realizarse en la medida en que es la realización de sus necesidades. Una revolución radical debe ser, por tanto, la revolución de necesidades radicales. Y estas necesidades radicales no las representa, en Alemania, ninguna clase de la sociedad burguesa. El único exponente de estas necesidades es, allí, una clase que se halla todavía en formación: el proletariado. Y, en realidad, éste sólo puede llegar a emanciparse a condición de emanciparse él mismo de todas las demás esferas de la sociedad, emancipándolas también, simultáneamente, a ellas. Por donde, en Alemania, no es posible acabar con ninguna modalidad de servidumbre sin acabar con toda la servidumbre, en general. No es posible revolucionar a fondo a Alemania sin revolucionarla en la misma raíz. Ahora bien, la emancipación del alemán es la emancipación del hombre. La cabeza de esta emancipación es la filosofía, su corazón el proletariado. La filosofía no puede realizarse sin superar al proletariado, el

cual, a su vez, no puede superarse sin la debida realización de la filosofía.

Recordemos con qué celo se había esforzado Engels en hacer ver que el comunismo brotaba de la filosofía hegeliana como el fruto brota de la flor y cuán celosamente también le preocupaba el problema de por qué en Alemania, en contraste con Inglaterra, eran las capas cultas de la sociedad las exponentes del socialismo y con qué tenacidad y cuánto éxito seguía el rastro de las relaciones entre la política y la economía. Es fácil comprender, así, por qué aquel genial ensayo del joven Marx tenía que influir tan poderosamente en su pensamiento. Los dos artículos publicados por él en el único número de los *Anales franco-alemanes* que llegó a editarse demuestran que también él, al igual que Marx, buscaba la realización del ideal feuerbachiano de la humanidad, la superación "del conflicto entre la existencia individual-sensorial y la existencia de la especie", la "reconciliación de la humanidad con la naturaleza y consigo misma", como Engels lo expresaba, en la eliminación del proletariado. Engels quería que el proceso material de la producción se pusiera bajo el control consciente del hombre, ya que sólo así podría superarse la propiedad privada, en la que él veía la raíz de todo el orden social invertido. Marx, por su parte, esperaba la "disolución del orden vigente en el mundo actual" de la necesaria armonía entre los intereses materiales de la masa y los intereses espirituales de la filosofía. Pero ambos coincidían en la convicción de que la gran obra de la emancipación por la que constantemente suspiraban trascendía muy por encima de la esfera del Estado.

Ahora bien, ya desde que la filosofía hegeliana del derecho había calado en la ciencia alemana, tenía ésta la conciencia de que Estado y sociedad no eran lo uno y lo mismo. Pero la incipiente situación social del país no había permitido profundizar en esta conciencia, y el exagerado culto del Estado profesado por Hegel había venido a potenciar, al mismo tiempo, la fe en la omnipotencia del Estado. Bajo la influencia de los franceses y los ingleses, Engels se había dado cuenta de que el desarrollo económico y social se movía en su esfera primaria propia, frente a la del Estado, pero incluso ante un problema de principio tan importante como éste, lo que él llamaba su "pereza en *fait de théorie*" se había contentado con reconocer esto, apoyándose en ello para ver a su manera las nuevas relaciones inglesas. El mismo nos dice expresamente que fue Marx quien le llevó al convencimiento de que la política y su historia deben explicarse, en general, en base a las relaciones sociales, generalización que más tarde se convertirá en la palanca de su concepción común de la historia.

Las concatenaciones que le revelaba su investigación crítica de los derechos del hombre en la revolución francesa respondían, ciertamente, a su propia concepción de las relaciones entre Estado y sociedad, pero fue gracias a Marx como estas relaciones llegaron a presentarse ante él con aquella profundidad y aquella fundamentación a que jamás había querido renunciar desde el momento en que las descubrió. Recordemos cómo Engels había dicho que la democracia era el último intento político que había que hacer antes de que, con el socialismo, triunfara un principio suprapolítico.

Esta concepción, aun siendo esencialmente la misma, la encontraba ahora, desarrollada de un modo mucho más profundo, en Marx. Este sentía ahora, como él, pero con mayor fuerza, la necesidad de comprobar cómo el desarrollo de las cosas se hallaba presidido por la misma ley inmanente y se orientaba hacia las mismas o parecidas metas en los países que marchaban a la cabeza de la cultura. Sin embargo, Marx parecía estar en condiciones de reclamar para lo que definía como la relación entre Estado y sociedad una validez tanto más general cuanto que creía haber llegado a la conciencia de que entre un Estado cualquiera y una sociedad determinada existía una contradicción cuyo despliegue dialéctico revelaba la verdadera ley motriz de toda vida social. Ciertamente que también él había llegado a la conclusión de que, incluso en el Estado democrático sólo cobraba soberanía el hombre "corrompido por toda la organización de nuestra sociedad", el hombre que no era todavía un ser genérico y que, en la sociedad burguesa existente, todo hombre tenía que ver en el otro, no la realización, sino, por el contrario, la barrera puesta a su libertad. Pero esta conciencia no podía llevar a Marx, como no llevaba tampoco a Engels, siguiendo en esto a la mayoría de los socialistas franceses e ingleses, a apartarse de la política como de un mundo de actividades que no se hallaba a la altura de los principios. Tanto uno como otro tenían una conciencia muy clara de que el "Estado, dentro de su forma *sub specie rei publicae*, expresaba todas las luchas, necesidades y verdades de la sociedad".

La afinidad de puntos de vista a que había llevado a Marx el estudio de la revolución política francesa y a Engels el de la revolución económica inglesa se manifestaba también en el escepticismo con que ambos contemplaban la importancia de la emancipación de la sociedad burguesa en la historia universal. Ni Engels ni Marx abrigaban la menor duda acerca de la acción histórica del liberalismo, que había disgregado la vida civil en sus partes integrantes, sin haber llegado a revolucionar estos elementos ni haberse hecho la reflexión crítica de que la "emancipación del hombre" en la que cifraban sus esperanzas sólo podía llegar a ser una realidad cuando el hombre reconociera el carácter social de sus fuerzas y fuera capaz de organizarlas. La culpa de que la sociedad burguesa hubiera desgarrado todos los lazos genéricos entre los hombres, suplantándolos por el egoísmo descarado, la atribuían ambos amigos, con Feuerbach, a la enajenación de todas las relaciones nacionales, naturales, morales y teóricas de los hombres por obra del cristianismo. Engels no podía por menos de apreciar como una coincidencia de largo alcance el hecho de que también Marx proclamara como misión de la época el acabar con la atomización de la sociedad, mediante la supresión del "chaleneo".

Es a la luz de lo anterior como podemos darnos cuenta cabal de que los artículos escritos por Marx para los *Anales franco-alemanes* brindaban a Engels exactamente lo que más necesitaba en aquellos momentos, sin que pudiera confiar en llegar a ello por sí mismo y a su entera satisfacción. Encontraba aquí la prueba convincente en apoyo de su hipótesis de que el comunismo era la continuación en línea recta y la realización de la filosofía alemana, una solución fas-

cinante para él al problema de la contradicción aparentemente polar entre el espíritu y la masa.

Engels sentíase intelectualmente seguro y, además, más feliz y con mayor alegría para el trabajo que nunca al lado de este vigoroso pensador, capaz de ordenar y demostrar sistemáticamente, con penetrante dialéctica, lo que él sólo había conseguido atisbar como en esbozo en sus trazos generales. Pero para el propio Marx representaban, a su vez, una aportación de importancia inapreciable los ensayos publicados por Engels en los *Anales franco-alemanes*, y, naturalmente, más aún lo que su autor podía suministrarle en cuanto a capacidad de intuición, a conocimientos y experiencias.

Hasta llegar a la *Gaceta renana*, Marx se había movido exclusivamente en el terreno de la ciencia abstracta, lejos del mundo práctico. Y tampoco a partir de aquel momento estaba en condiciones de llegar a tener ante sí la multitud de rostros de la realidad que necesita contemplar quien atribuye al factor económico un papel primario en la historia. Por eso era tan preciosa para él la colaboración de un hombre como Engels, quien, además de aportarle valioso material, le familiarizaba con el instrumento que necesitaba para el estudio de los problemas sociales y económicos. Habiendo nacido y habiéndose criado en el mundo de la práctica, dotado de grandes dotes para conocerlo, Engels sabía, sin embargo, remontarse por encima de él, para atalarlo y sintetizarlo intelectivamente desde la plataforma del pensamiento. No conocía lo que eran la política y la economía solamente por la letra de imprenta, sino que estaba familiarizado con ellas por su contacto personal con la gran industria, con las finanzas, el comercio y el capital y, mediante una concienzuda observación que a otros alemanes no les había sido dado todavía adquirir, había podido ver lo que era el proletariado moderno, apreciar su existencia corpórea como clase. Y todo ello hacía de él el compañero indicado para ayudar a un espíritu eminentemente abstracto como el de Marx a adentrarse en la realidad viva y a dotar de paredes y de ventanas a la audaz y férrea construcción que estaba llamado a levantar.

Incluso en un terreno como el de la economía política, que, más adelante, habría de dominar y revolucionar Marx como ningún otro, fue Engels, en un principio, decididamente, quien aportó, en vez de recibir. El hecho de que su amigo, en el campo de esta ciencia, que hasta entonces había desdenado la escuela hegeliana y remontándose, además, por encima de Proudhon, se lanzara a la intrépida empresa de desenmascarar todas las categorías económicas como otras tantas modalidades de la propiedad privada y de razonar, al mismo tiempo dialécticamente, partiendo de aquí, el necesario advenimiento de un orden social comunista, tuvo que impresionar profundamente a Marx. ¿No era eso mismo, en realidad, lo que Marx se proponía hacer? No cabe duda de que necesitaba concentrar su atención en el mundo de los fenómenos económicos y en las leyes que lo gobernaban, si pretendía demostrar que no era en el orgulloso reino de las ideas, sino en el reino terrenal de la materia donde estaba el eje del acaecer histórico, y estos eran, realmente, los pensamientos que bullían ya

literatura, que se publicaba en Charlottenburg y cuyas manifestaciones constituían la verdadera piedra de escándalo, llevaba una vida bastante precaria, sin que el público le prestara apenas atención.

Pero, ya lo hemos dicho: a Marx le interesaba, ante todo, "ver claro ante sí mismo" y, así enfocada la cosa, puede uno comprender que arremetiera con tal ímpetu contra aquellos amigos de ayer, los cuales, con una arrogancia verdaderamente pontificia, no sólo canonizaban la autoconciencia, sino que, marchando hacia atrás, llevaban el idealismo especulativo a un subjetivismo extremo, para convertir "la crítica", detrás de la cual sólo estaban, en realidad, ellos mismos y un par de cofrades tan rezagados como ellos, en una potencia transcendente.

Esta fe del cenáculo bauciano en las prerrogativas absolutas y en la existencia extraterrenal del espíritu, de la que ellos se consideraban apoderados generales, era el verdadero blanco de las demoledoras burlas que llenan la obra *Crítica de la crítica crítica*. Tal era, en efecto, el título que el panfleto habría de llevar. El otro título, el de *La sagrada familia*, que Engels le daba en la intimidad, pero que el editor de Francfort prefirió porque le parecía más llamativo y epigramático y que le puso por sí y ante sí, no fue conocido de Engels hasta que, en marzo de 1845, recibió en Barmen un ejemplar impreso, y no le agradó nada. Temía que un nombre tan intencionalmente equívoco pudiera crearle inútiles complicaciones con su devoto padre, que, por lo demás, como más adelante veremos, ya estaba prevenido en contra de él. Y tampoco le gustó ver que su nombre figurara, sin reserva alguna, como coautor, al lado del de Marx. "Yo no he escrito casi nada", le decía en carta a su amigo, "y todo el mundo puede identificar fácilmente tu estilo. Además, no deja de ser cómico que yo haya aportado pliego y medio y tú hayas escrito más de veinte". Engels objetaba, por otra parte, la extensión excesiva de la polémica. El soberano desprecio que manifestaban hacia la *Gaceta literaria* no parecía avenirse muy bien, como señalaba muy razonablemente, con el hecho de dedicarle nada menos que veintún pliegos. Por último, expresaba el temor, nada infundado, de que "la mayor parte de la crítica que se hace de la especulación y del pensamiento abstracto en general resulte ininteligible para el gran público y no le interese en lo más mínimo". No obstante, y dejando eso a un lado, encontraba que el libro estaba maravillosamente escrito y le hacía a uno retorcerse de risa. "Los Bauers no se atreverán a decir ni una palabra". Y expresaba el deseo de que, en alguna nota bibliográfica, se explicara por qué él había aportado "tan poco a la obra, y solamente aquello que era posible escribir sin entrar a fondo en el asunto". En realidad, toda su colaboración se limitaba a las escasas páginas que había podido redactar durante su breve estancia en París.

Como vemos, Engels ahorra al biógrafo, por lo menos en este primer trabajo emprendido de acuerdo con Marx, el esfuerzo de averiguar lo que realmente le corresponde a él. En sus páginas, se debate principalmente con Edgar Bauer y Julio Faucher, los dos contertulios de aquel círculo de los Libres de su misma edad.

Engels, profundo conocedor de la situación social de Inglaterra, toma pie de buena gana a manera de preámbulo a discusiones más serias que en su momento oportuno seguirán, de algunos errores e imprecisiones que a Faucher se le han deslizado en la *Gaceta literaria*. Por ejemplo, "la crítica crítica en la persona del señor Julio Faucher" ignoraba que los obreros ingleses gozaban del derecho de coalición ya desde 1824 y que la centralización de la propiedad y sus consecuencias constituían, para las clases trabajadoras, un problema frecuentemente discutido al otro lado del Canal. Y le tiraba también de las orejas porque, a pesar de existir muy buenos estudios sobre la historia de la industria inglesa, el "crítico crítico" incurría en algunas "pifias" al hablar del orden histórico en que se habían introducido allí los progresos técnicos de la industria textil. De todo lo cual saca Engels inmediatamente, muy seguro de sí y generalizando con gran audacia, la conclusión de que la crítica crítica no puede atenerse a la historia tal y como realmente ha sucedido, ya que ello equivaldría a reconocer a la detestable masa en toda su masiva masividad. La crítica, comportándose libremente hacia su objeto y dando a sus propias leyes efecto retroactivo, grita a la historia: ¡te ordeno que hayas ocurrido de tal o cual modo! Y, en estas condiciones —sigue argumentando Engels— nada tiene de extraño que la "historia crítica" proclamada por la *Gaceta literaria* difiera considerablemente de la historia real.

Engels tiene razón al indignarse de que el futuro abanderado alemán del librecambio presente a los obreros británicos, sin andarse con rodeos, como entusiastas partidarios de la Liga antiarancelaria. Pero se pasa de la raya cuando afirma que la Liga veía en ellos a su único enemigo. Y aún es más injusto al imputarle a Faucher poco menos que como un crimen el considerar una pobre medida a medias la propuesta de lord Ashley sobre la ley de las diez horas, cuando los fabricantes, los cartistas, los terratenientes, "en una palabra, toda la masividad inglesa" había venido considerando hasta ahora esta medida como la expresión, ciertamente muy suave y moderada, de un principio totalmente radical, "ya que levantaba el hacha sobre las raíces del comercio exterior, y no sólo la levantaba, sino que les daba un profundo hachazo". Era injusto al decir esto, porque —según el testimonio de Victor Amado Huber, quien en julio de 1844 se había informado concienzudamente acerca de ellos— los obreros industriales, por lo menos, veían aquella ley más bien con recelo y con burla que con confianza y gratitud, y el propio Engels se negaba a reconocer que la aprobación de dicha ley fuera a beneficiar notablemente al proletariado, y en un artículo escrito en 1850 para la *Democratic Review* de Harney calificaba la nueva ley de medida intempestiva, insostenible y reaccionaria.

Engels penetra más a fondo en el meollo del tema de *La sagrada familia* cuando llama a capítulo a "la crítica crítica como la quietud del conocer a la crítica crítica en la persona del señor Edgar" y arremete contra el cómodo esnobismo de quienes sólo ven "algo" en las creaciones del pensamiento, sobre todo en las suyas propias, despreciando en cambio, muy especialmente, el trabajo manual. La "crítica" considera acrítico y masivo cuanto nace de la reali-

dad y de la vida, que no significa para ella "nada", y esto la lleva a mirar por encima del hombro al obrero que sólo crea objetos "concretos", es decir, sensibles, tangibles, carentes de espíritu y de crítica. Pero si, en realidad, el trabajador de hoy no crea nada, ello se debe exclusivamente a que su trabajo se ve condenado a ser un trabajo individual y concreto, cortado a la medida de las necesidades del individuo, a que las ramas del trabajo pertenecientes a un mismo tronco encuentran en el orden social vigente obstáculos insuperables para articularse entre sí, a que el trabajo no se halla aún organizado. En realidad, el trabajador lo crea todo, hasta el punto de que debiera sacar los colores de la vergüenza a la cara de toda la "crítica" por sus creaciones espirituales, y de ello podrían atestiguar los trabajadores ingleses y franceses.

La actividad de la crítica —sigue diciendo Engels— se limita, como ella misma reconoce, a "crear formas extraídas de las categorías de lo existente", es decir, de la filosofía hegeliana vigente y de las aspiraciones sociales de la realidad. No es otra cosa que la filosofía hegeliana marchita y apolillada, que trata de maquillar su cuerpo acartonado, convertido en las más repugnantes abstracciones, volviendo a todas partes los ojos para ver si encuentra, en Alemania, un pretendiente. Jamás ha logrado salir de la jaula en que la manera hegeliana de ver la tiene recluida y no ha acusado para nada el empujón dado por Feuerbach al pensamiento alemán.

Engels aprovecha de muy buen grado la ocasión para entonar un canto al gran promotor de quien él había aprendido el camino hacia la especie y hacia los problemas del hombre genérico. "¿Quién ha acabado", se pregunta, "con la dialéctica de los conceptos, que era la guerra de los dioses, la única que los filósofos conocían? Feuerbach. ¿Quién ha colocado, no precisamente a 'la significación del hombre' —; como si el hombre pudiera tener otra significación que esa, la de ser hombre!—, sino 'al hombre' en lugar de toda la vieja pacotilla, incluyendo en ella también a la 'autoconciencia infinita'? Feuerbach y solamente Feuerbach. Y aún ha hecho más. Dio al traste, ya desde hace mucho tiempo, con esas mismas categorías que la crítica lanza ahora a diestro y siniestro, con 'la riqueza real de las relaciones humanas, el contenido inmenso de la historia, la lucha de la Masa contra el Espíritu', etc." Una vez que se había reconocido al hombre como esencia y base de todas las capacidades y todas las situaciones humanas, solamente "la crítica" podía ser capaz de volver a convertir a aquel hombre en una categoría.

En realidad —dice Engels— no es "la historia" la que libra las luchas, la que obra y actúa, sino el hombre; es el hombre vivo y real el que lucha y lo hace todo. No es "la historia" la que se vale del hombre como medio para obrar sus propios fines —como si ella fuese una persona aparte—, pues la historia no es sino la actividad del hombre que persigue sus fines. Y cuando "la crítica" presentaba la lucha de la masa contra el espíritu como la meta de toda la historia anterior y contraponía el espíritu, como lo verdadero, a la materia, opera con ello una repugnante recaída en el dualismo cristiano-germánico con el que Feuerbach ha acabado de una vez para siempre. Al identificar de este

modo la antítesis de espíritu y masa con la que enfrenta a "la masa" con "la crítica", sólo dice una cosa, y es que, para ella, la inmensa riqueza de la historia se reduce a la actitud que la humanidad adopta ante el señor Bauer.

Este hilo sacado del ovillo por Engels fue recogido después por Marx para hacer ver claramente que detrás de aquella deformación de la filosofía hegeliana de la historia se escondía, pura y simplemente, el más estrecho de los subjetivismos.

Antes de posar la pluma, Engels creyó oportuno administrar a los señores de la *Gaceta literaria*, que realmente lo necesitaban, algunas enseñanzas acerca del movimiento socialista y comunista en Francia e Inglaterra. Les previno contra la ligereza de confundir el desleído furierismo de la *démocratie pacifique*, el cual no era otra cosa que la doctrina social de una parte de la burguesía filantrópica, con el comunismo francés y dar a éste por liquidado, como se imaginaba Bruno Bauer, porque apareciera todavía escindido en multitud de fracciones. Su hora habría de llegar y, cuando llegara, no desembocaría, para darle gusto a la crítica crítica, en la teoría abstracta, sino en una praxis muy práctica, sin preocuparse en lo más mínimo de las categóricas categorías de la crítica. La crítica de los franceses e ingleses no era, ni mucho menos, una personalidad abstracta trascendente al margen de la humanidad, sino la real actividad humana de individuos que pensaban y actuaban como miembros activos, actuantes de la sociedad. De ahí que su crítica sea, al mismo tiempo, actuación práctica, que su comunismo sea un socialismo; de ahí que la crítica viva de la sociedad existente sea el conocimiento de las causas que conducen a su "desaparición".

Este último pensamiento cobra todavía mayor claridad, amplitud y empuje en las páginas de *La sagrada familia* en que Marx expone y argumenta la misión del proletariado en la historia universal y anuncia, con ademán profético que es éste, el proletariado, el llamado a ejecutar la sentencia que la propiedad privada ha pronunciado sobre sí en el momento mismo de crearse y que puede y debe liberarse a sí mismo; lo hará y, al desaparecer él, desaparecerá también la contradicción de la propiedad privada que lo condiciona.

Marx traza ya aquí una rigurosa línea divisoria entre la conciencia del proletario individual y el ser del proletariado como clase y con ello expresa *in nuce* la peculiar idea marxista de que el proletariado, para liberarse, tiene que llegar a la plena conciencia de su situación de clase y de su misión universal. Marx no pretendió jamás haber sido el primero en "descubrir" la teoría de la lucha de clases. Lo que sí afirma es que fue el primero en demostrar que la existencia de clases va unida a determinadas luchas por el desarrollo de la producción y que la lucha de clases conduce necesariamente a la dictadura del proletariado, pero que ésta sólo constituye una etapa de transición hacia la sociedad sin clases.

Hasta ahora, Marx y Engels no habían llegado a desarrollar con la nitidez con que lo hacen en estas páginas de *La sagrada familia* —en que, hasta cierto punto, se esboza ya la línea del *Manifiesto comunista*— las ideas fundamentales que en los años siguientes se esforzarán por formular con claridad

cada vez mayor. A Engels le faltaba, como ya hemos visto, aquella tendencia férrea hacia la concentrada claridad de conciencia que pone en movimiento la energía intelectual potenciada del pensador sistemático. Se complacía, sin prisas, en la riqueza de detalles, una vez que vislumbraba con una claridad más o menos grande el resultado prometido, sin sentirse acicateado por la necesidad de desentrañar de la plétora de elementos la fórmula correspondiente. Muchas veces se ha dicho que tanto él como Marx tenían algo de artistas plásticos. Empleando este símil, nosotros diríamos que Engels era más bien el pintor y Marx, de preferencia, el escultor.

Hasta qué punto dominaba Engels, de mano maestra, el trazo y el color lo demuestra mejor que nada su obra *La situación de la clase obrera en Inglaterra, en base a la propia experiencia y a las fuentes auténticas*. Ya en marzo de 1844 un coterráneo suyo, más joven que él y que le admiraba profundamente, Jorge Weerth, que trabajaba comercialmente en Bradford y que pasó con él no pocos alegres domingos en Inglaterra, había informado en los *Anales renanos* que "una de las mejores plumas filosóficas alemanas" se ocupaba en un amplio estudio sobre la vida de los obreros ingleses, obra que llegaría a tener, sin duda, una importancia incalculable. El libro a que aquí se refiere Weerth apareció el verano de 1845 en la editorial de Otto Wigand, en Leipzig.

El autor había dado cima a la obra durante los meses del otoño y el invierno anteriores en su ciudad natal de Barmen, a donde se trasladó desde París con el propósito de volver lo antes posible a la capital francesa para trabajar al lado de Marx. Acababa de llegar a la imprenta el manuscrito de su obra cuando recibió el primer ejemplar de *La sagrada familia*. No podemos pensar, por tanto, que las ideas expuestas allí por Marx en torno a su concepción de la historia influyeran en la nueva obra de Engels. En su prólogo común a *La sagrada familia* se anunciaba que los dos autores seguirían publicando —"y bien entendido que cada uno por su cuenta"— las obras propias e independientes que consideraran necesarias para contribuir a su debate polémico, exponiendo sus concepciones positivas y, con ello, su actitud también positiva ante las modernas doctrinas filosóficas y sociales.

Ignoramos si Engels, al formular esta promesa, tendría, además, otros propósitos. Pero, desde luego, en esta obra, que es la fundamental de su juventud, acertó de un modo muy logrado a entretrejer impresionantemente sus ideas positivas con el relato que les sirve de base. Gracias a ello, alguien quiso elogiarle, posteriormente, como el fundador de la economía política descriptiva, si bien él señala, en esta dirección, los nombres de Petty, Boisguillebert y otros y se cuida de indicar que ya, antes de él, algunos autores franceses e ingleses habían descrito la situación de los proletarios. Y sólo reclamaba para él la suerte de haberse visto colocado en el centro de la gran industria moderna y de haber sido el primero que "había abierto allí los ojos para observar las conexiones, por lo menos las más superficiales". Lo cual, ciertamente, no era poco.

Precedía a la obra una dedicatoria, redactada en inglés, a la clase obrera de la Gran Bretaña, cuyos sufrimientos, luchas, esperanzas y perspectivas había

querido exponer con la mayor fidelidad a sus compatriotas alemanes. Se remite, en esta dedicatoria, a los documentos oficiales y no oficiales consultados por él, pero, sobre todo, a las impresiones personales que había podido recoger, con verdadero fervor, acerca de sus luchas contra el poder social y político de sus opresores. Era, para él, una alegría y un orgullo haber podido dedicar sus horas de ocio, en Manchester, no a sentarse a las mesas de los industriales, bien abastecidos de vino de oporto y champaña, sino a disfrutar de la compañía de los simples y sencillos obreros, para estudiar su situación. Alegría, porque ello le había permitido tener la suerte de conocer las realidades de la vida; y orgullo, porque había encontrado así la oportunidad de hacer justicia a una clase oprimida y calumniada y de salvaguardar al pueblo inglés contra el creciente desprecio a que el continente se ve expuesto por la política brutalmente egoísta de su burguesía dominante. También a ésta había tenido abundantes oportunidades de conocerla; por eso comprendía y le agradaba que el proletariado no esperara la menor ayuda de una clase cuyos intereses eran diametralmente opuestos a los suyos, que sólo aspiraba a explotar su trabajo y de la que sólo podía esperar una cosa: la muerte por hambre. La burguesía —decía Engels aquí— ni siquiera había sido capaz de escribir un libro más o menos legible sobre la situación de la gran mayoría de los británicos nacidos, según ella, para ser libres; dejaba que fuese un extranjero quien informara al mundo civilizado acerca de las indignas condiciones en que vivía la clase obrera inglesa. Claro está que, en lo tocante a los trabajadores, él no era ningún extraño, pues había podido apreciar con gran satisfacción que no pesaba sobre ellos la aniquiladora maldición de los prejuicios y las quimeras nacionales, detrás de los cuales sólo se oculta el más mezquino de los egoísmos.

“He encontrado”, son sus palabras, “que sois algo más que simples ingleses, simples miembros de una nación sola y aislada; he descubierto en vosotros a seres humanos, miembros de la gran familia universal de la humanidad, que saben que sus intereses coinciden con los de toda la raza humana. Y como a tales, como a miembros de esta familia de la humanidad una e indivisible, como a seres humanos en plena acepción de la palabra, saludo, y conmigo saludan muchos más en el continente, vuestros progresos en todas las direcciones y os deseo y os deseamos el más rápido de los éxitos. Seguid avanzando, como hasta ahora lo habéis hecho. Mucho os queda todavía que padecer, y debéis ser fuertes y perseverantes. Vuestra victoria es segura y ninguno de los pasos que déis en vuestra marcha hacia adelante será un paso perdido para nuestra causa común, que es la causa de la humanidad”.

En el prólogo a los lectores alemanes que sigue a la dedicatoria, dice Engels que este estudio había sido concebido originariamente como parte de una obra más amplia sobre la historia social de Inglaterra, pero que la importancia del asunto le había obligado a convertirlo en un libro aparte. La situación de la clase obrera —decía— es realmente la base y el punto de partida de todos los movimientos sociales del presente, la ostensible punta de flecha de toda la miseria social imperante y su estudio y su conocimiento, por tanto, una

necesidad inexcusable para dar un fundamento sólido a las teorías socialistas y a los juicios acerca de su legitimidad, poniendo fin a todos los sentimentalismos y fantasías en pro y en contra.

La exposición de las condiciones clásicas del proletariado británico revestía una importancia grande y actual, sobre todo, para Alemania. En efecto, el socialismo y el comunismo alemán partían, más que cualquier otro, de premisas teóricas; los teóricos alemanes conocían demasiado poco del mundo real como para que las condiciones de la realidad pudieran impulsarles directamente a proponer reformas con el fin de mejorar esta "realidad negativa". Entre los adeptos públicos de estas reformas, casi nadie había venido al comunismo más que a través de la disolución de las especulaciones hegelianas promovida por Feuerbach. Se conocía tan poco acerca de las condiciones reales de vida del proletariado, que incluso las bien intencionadas asociaciones que se creaban para la elevación de las clases trabajadoras y en las que, últimamente, la burguesía alemana trataba la cuestión social, partían constantemente de las más ridículas opiniones en torno a la situación de los obreros.

Ahora bien —seguía argumentando Engels— si la situación del proletariado alemán no había alcanzado aún la clasicidad de la existente en Inglaterra, el orden social allí reinante era, en el fondo, el mismo y se vería, más temprano o más tarde, llevado a la misma agudización que había cobrado ya al otro lado del Canal, si la perspicacia de la nación no adoptaba a su debido tiempo las medidas necesarias para dar una nueva base a todo el sistema social. Las mismas causas fundamentales que en Inglaterra habían conducido a la miseria y la opresión del proletariado se daban en Alemania y engendrarían aquí a la larga idénticos resultados. "Pero, por el momento, la miseria inglesa, ya comprobada, debe brindarnos la ocasión para comprobar también nuestra miseria alemana y darnos una pauta con que podamos medir la extensión y la magnitud del peligro —ya puesto claramente de manifiesto en los disturbios de Silesia y la Bohemia— que por este lado amenaza a la paz directa en nuestro país".

Y, al final de su prólogo, Engels subraya que en su libro emplea como sinónimos los términos de clase obrera, clase desposeída y proletariado y que el término de "clase media" corresponde, en él, al significado que le da la terminología inglesa y que equivale a lo que los franceses llaman burguesía o clase poseedora y, en especial, aquella que se distingue de la llamada aristocracia, es decir, la clase que, en Inglaterra y en Francia directamente, y en Alemania de un modo indirecto, bajo la forma de opinión pública, tiene en sus manos el poder del Estado.

El autor hacía hincapié en la afirmación de que los ingleses no poseían aún un libro en que se estudiasen, como en el suyo, todas las categorías de trabajadores. Y cita profusamente los trabajos ingleses por él utilizados, las encuestas parlamentarias y, muy especialmente, las monografías. No parece conocer, en cambio, en aquellos momentos, la literatura francesa sobre el asunto. No cita ni el *Tableau de l'Etat physique et moral des ouvriers* del doctor Villermés ni tampoco —cosa que algunos le han reprochado— la obra, excelente

en ciertos aspectos, de Eugenio Buret, cuyo autor murió prematuramente y que se titulaba *De la misère des classes laborieuses en Angleterre et en France*. Ambos libros habían visto la luz en 1840.

Un autor afamado como científico, Carlos Andler, ve en la obra de Engels solamente *une refonte et une mise au point* de la de Buret. Nosotros sólo encontramos entre ambas una coincidencia en cuanto que una y otra, como no podía ser menos, se basan en parte en las mismas fuentes y en los mismos datos para describir la situación inglesa. Pero, en lo tocante a la disposición de cada una de estas dos obras, a su concepción, al punto de partida y al punto de llegada, no encontramos la menor afinidad entre ellas. Buret, que era un moderado reformador social de la escuela de Sismondi, influido en algunas cosas por Carey, pinta, como él mismo nos dice, "sin pasión, aunque a veces con tristeza" la misma miseria que a Engels le arranca tonos de inflamada indignación y protesta contra todo el orden social imperante. Los criterios valorativos del escritor francés siguen anclados en el derecho natural y sus puntos de vista fundamentales aparecen impregnados de reflexiones morales y de la fe en la omnipotencia de una sabia legislación, mientras que Engels ve las cosas a través de un prisma histórico y se apoya, para explicar el pasado, el presente y el futuro, en las tendencias que informan el desarrollo económico y social, y a las cuales se sobrepone el otro autor, llevado de una confianza optimista en el sentido de justicia y en el interés bien entendido de la sociedad. Engels ve en el comunismo el único camino de salvación para cerrar el paso al desarrollo de la realidad existente; Buret, en cambio, cifra sus esperanzas en la movilización total de la propiedad sobre la tierra, en la política social y en un completo sistema fabril constitucional.

A pesar de que ya Lorenzo Stein citaba el libro de Buret, parece que Engels no llegó a tomar en sus manos esta obra, que realmente no podía ofrecerle ya nada decisivo, durante su estancia en París. Y él mismo consignó, más adelante, los puntos de coincidencia que encontraba entre ella y sus propias impresiones.

La introducción a *La situación de la clase obrera* describe los decisivos inventos técnicos de aquella época y su repercusión económica, política y social. Traza un brillante y dramático resumen, rico en hechos, de la historia de la economía política inglesa durante el período de la revolución industrial, historia sin paralelo en los anales de la humanidad. Ve en el nacimiento del proletariado moderno la secuela más importante de este formidable proceso de transformación y fustiga duramente la incomprensión de la clase media, que ni siquiera fue capaz de ver que pisaba sobre un terreno minado, llamado a derrumbarse a corto plazo, con la certeza de una ley matemática.

El cuerpo central de la obra, como corresponde a su título, se dedica a describir la situación de aquel proletariado en sus diferentes capas: primero, la clase obrera industrial, y en seguida los trabajadores de las minas y los del campo. Capítulos especiales se consagran a los inmigrantes irlandeses, a las grandes ciudades, y a los efectos de la competencia sobre el proletariado. Bajo la rúbrica

ca de "Los movimientos obreros" trata del cartismo y del socialismo inglés. El capítulo final de la obra estudia las relaciones entre la clase media y el proletariado. Y, después de haber expuesto profusamente la enfermedad social, formula en cuanto a su curso ulterior el pronóstico que ya conocemos.

Al agrupar el abundante material descriptivo bajo un punto de vista de conjunto, basado en una convicción firme y arraigada, brota de la pluma del autor un cuadro de una pujanza estremecedora, increíblemente compacto y de una fuerza de atracción irresistible, en el que los trazos de la verdad no se borran ni se desdibujan por el hecho de que para nada se recaten en él las posiciones de partido de quien lo pinta.

No sería justo objetarle a Engels el que tal vez habría podido describir con mayor justeza la pavorosa miseria del proletariado inglés en el período del incipiente capitalismo, si la hubiese pintado con colores menos sombríos. Las encuestas oficiales y las obras de numerosos ingleses que distaban mucho del comunismo revolucionario, nos enseñan cuán inhumanas eran las realidades que entonces se ofrecían a la vista. Media, sin embargo, un abismo entre el hecho de que el autor de la descripción no admita ya la posibilidad de corregir la situación por la vía pacífica y el de que considere viables todavía y oportunas ciertas reformas.

En este segundo sentido pensaban Victor Amado Huber, quien en 1844 visitó los distritos industriales de Inglaterra, y Bruno Hildebrand, que los vio por sus propios ojos en 1846. Ninguno de los dos consideraba infructuoso lo que el mismo proletariado pudiera hacer por medios pacíficos para mejorar su situación. No veían en el proletariado, como Engels, simplemente el objeto inerte de todas las posibles combinaciones, que, mientras perdurara el orden social presente, no llegaría a convertirse de un tropel de esclavos en señores de sus condiciones de vida, ni por medio de la autoayuda sindical, que sólo podía lograr algo luchando contra causas sueltas y menores, ni recurriendo a otros expedientes o medidas. Reconocían que, "en general", la exposición de Engels coincidía con lo que ellos mismos habían podido comprobar tras reiteradas observaciones y un estudio bastante minucioso de las fuentes auténticas. Pero le reprochaban el que lo pintara todo, incondicionalmente, con las tintas más negras, el que acentuara con la mayor crudeza los rasgos más sombríos y desdibujara y caricaturizara los lados mejores.

"Los detalles son exactos, pero el cuadro de conjunto es falso", decía Hildebrand. Y Huber se quejaba de que el libro estuviese escrito con bilis y que en él se mezclaran la sangre y el fuego, como incitando a la matanza y el incendio. Hildebrand opinaba que una pintura tan sombría, en la que sólo se señalaban los lados negros de la industria y el mundo obrero de la Gran Bretaña era tan insostenible como lo sería una estadística de salubridad formada solamente en base a las observaciones recogidas en los hospitales. Llamaba a Engels el más dotado y mejor informado de los escritores sociales de Alemania, reconocía que su obra, "sin armar mucho ruido, había acusado una gran influencia", pero le censuraba el no haber sabido ver "la saludable fuerza natural del orga-

nismo del Estado inglés” y el que —resumiendo— procediera de un modo no histórico, al ver en la historia anterior solamente el pecado original del género humano, que ha ido produciéndose gradualmente.

Como es natural, a ambos críticos burgueses, ético-histórico el uno y social-conservador el otro, les desagradaba la tendencia comunista proclamada en el libro, aunque Hildebrand reconociera “el calor moral” hacia el que habían ido evolucionando “la pasión y la ira” de anteriores trabajos del autor. A Huber le preocupaba, sobre todo, el que Engels asentara todos los sufrimientos impuestos a los desposeídos como partidas de cargo en la larga cuenta del odio proletario contra la riqueza y los ricos, contra el Estado y la Iglesia. Y, diciendo en voz alta, acerba y retadora lo que sentía, calificaba de cobardía moral el descartar de antemano, como inoperante, cualquier mejora, cualquier intento de salvación. Huber creía tener derecho a dar una respuesta negativa, no sólo para el presente, sino también para el futuro, en la medida en que era posible preverlo, a la pregunta de si “aquellos millones de hombres movidos por el odio” y puestos totalmente al margen de la civilización política y social podían representar un peligro para el orden existente y los favorecidos por él. Los argumentos del autor revolucionario no podían convencer a un conservador de tan alta estirpe como él de que los ordenados Estados europeos pudieran volver a conocer “la magnificencia de las barricadas”. Ante su mirada más de sacerdote que de político, aquella profunda miseria en que vivían los obreros fabriles de Lancashire no se explicaba tanto por las privaciones materiales como por la inseguridad de las oportunidades de trabajo y el atraso religioso y moral. Y estaba convencido de que, para hacer más humana, más dichosa y más digna, cristianamente hablando, la vida de esta clase, no era necesario subvertir el orden social ni recurrir a importantes medidas constitucionales.

Engels, por su parte, ya sabía, desde sus tiempos de Bremen, para qué servía el tan ponderado espíritu “misionero”. Y la indecible miseria de los pobres, la bárbara indiferencia y la dureza de corazón de los ricos, que primero conoció con una fuerza pavorosa en las calles de Londres, de Manchester y de Birmingham le habían convencido de una vez para siempre de que la sociedad burguesa se guiaba por un principio fundamental, su “miope egoísmo”, y de que la guerra social no terminaría mientras el poder estuviera en sus manos.

Firmemente persuadido de que el fuerte atropella siempre al débil y de que “un puñado de poderosos, los capitalistas, lo arrebatan todo, mientras la muchedumbre de los débiles, los pobres, apenas pueden malvivir”, Engels, cuando apenas había comenzado a escribir su “acta de acusación contra la burguesía inglesa”, se encontró con la obra genialmente paradójica de Stirner, *El único y su propiedad*, cuyas capillas le envió el editor común de ambos y que le pareció “la perfecta expresión de la locura imperante”.

En carta a Marx, el 19 de noviembre de 1844, le decía a su amigo que el egoísmo de Stirner no era otra cosa que la esencia de la sociedad y el hombre actuales elevada a conciencia. Pero como, al ser llevada a su máxima exaltación, revelaba a un tiempo su infatuación y su locura, no podía mantenerse ni

un solo instante en aquella posición unilateral, sino que tenía que trocarse inmediatamente en comunismo. Y opinaba que, para refutar aquella unilateralidad de Stirner, bastaba con hacerle ver que su hombre egoísta tenía que convertirse, por puro egoísmo, en comunista, que el corazón humano era ya, por sí mismo y llevado de su egoísmo, altruista y abnegado y que, por tanto, Stirner acabaría volviendo a aquello contra lo que decía que luchaba.

No deja de ser significativo, en cuanto al punto de vista que por aquel entonces adoptaba el autor de *La situación de la clase obrera* el que considerara tan acertado un aspecto del principio stirneriano, que llegaba a recomendarle a Marx incluirlo en su teoría. "Antes de hacer algo en su favor," le escribía, "tenemos que considerar una cosa nuestra, identificarla egoístamente con nosotros y, en este sentido y aun dejando a un lado cualquier clase de esperanzas materiales, somos comunistas también por egoísmo y por egoísmo aspiramos a ser *hombres*, y no meros individuos". Es decir, que el egoísmo, que antes rechazaba, es considerado ahora por él como inevitable punto de partida de los actos altruistas del hombre, pues de otro modo los impulsos filantrópicos flotarían en el aire. Ahora bien, Engels exige, para ello, que el egoísmo intelectual de Stirner sea complementado por el egoísmo del corazón.

Aprobaba la crítica stirneriana de Feuerbach en el sentido de que también él postulaba, ahora, que el humanismo de este pensador no podía negar que seguía derivándose de la teología. "Debemos partir del yo, del individuo empírico y corpóreo", pero no para quedarnos parados en él, como hace Stirner, sino "para elevarnos", partiendo de él, "al hombre". En una palabra "debemos partir del empirismo y el materialismo, si queremos que nuestras ideas y, sobre todo, nuestro 'hombre' encierren algo verdadero; debemos derivar lo general de lo particular, y no de sí mismo o del aire, a la manera de Hegel".

Como se ve, este fugaz programa, esbozado en una carta, planteaba, frente al mundo espiritual de la Alemania de aquel tiempo, una verdadera revolución de la ciencia; Engels no sabía aún cómo iba a debatirse Marx con Feuerbach, pues todavía no había tenido ocasión de conocer *La sagrada familia* y las famosas *Tesis sobre Feuerbach* aún no se habían escrito. La "abstracción materialista" de Stirner era, para él, simplemente una sugestión para poner en marcha los pensamientos que ya se proyectaban.

Así, pues, si Engels se liberaba ahora por entero de aquellas "pamplinas idealistas" que tanto le molestaban en Moses Hess, con quien acababa de reunirse, debía esta aceleración de un proceso discursivo que ya estaba en marcha y para el que contaba con todos los elementos, fundamentalmente, al trabajo intensivo sobre los datos de la realidad a que la preparación de su libro le obligaba.

En la citada carta a Marx, le confiesa que cada vez le aburren más "los comedros teóricos" y que todas las palabras inútiles que siguen pronunciándose o escribiéndose acerca "del hombre" y respecto de la abstracción y la teología, le producen verdadera irritación. "¡Cuán distinto es ocuparse, no de todas esas quimeras —pues no otra cosa es 'el hombre' aún no realizado, hasta llegar a

su realización—, sino de las cosas vivas y reales, de los desarrollos y los resultados históricos! Esto es, por lo menos, lo mejor que podemos hacer mientras tengamos que limitarnos a usar la pluma y no podamos realizar nuestros pensamientos con los brazos y, si no hay otro remedio, con los puños”.

Engels se siente repelido por la vaguedad de los conceptos generales en torno “al hombre”, “al verdadero hombre”, “al hombre real”, “al hombre genérico”, que todavía él mismo y el propio Marx manejaban sin reparo en sus artículos de los *Anales franco-alemanes*. Y se muestra también cansado del modo como abusan de estas abstracciones la mayoría de los escritores empujados por Feuerbach al socialismo. De ahí que en su obra sobre *La situación de la clase obrera* rehúya ya conscientemente esos giros del humanismo feuerbachiano. Ya no le cuesta trabajo hacerlo, pues cree ver claramente el camino y sabe que de la imperfección del orden social imperante nacerá, necesariamente, un orden nuevo y mejor. No olvidemos cuán grandes eran las esperanzas que cifraba en la gran revolución social inglesa, de cuya inminencia no dudaba. Y si acaso la economía monopolista alargara un poco su imperio, la teoría de la centralización del capital, de cuya justeza estaba seguro, garantizaba que la fuerza cada vez más devastadora de las crisis comerciales lo condenaba irremisiblemente al desastre. El proletariado crecía en proporción geométrica con la ruina progresiva de la baja clase media y no tardaría en abarcar a la nación entera, con excepción de unos cuantos millonarios. Llegaría entonces el momento en que se vería cuán fácil era derrocar al poder social imperante y llevar a cabo la revolución.

En Inglaterra, había descubierto Engels que la palanca para el ascenso del proletariado era la lucha de clases. Pero este hecho brutal no podía aceptarse ni era posible avenirse a su necesidad histórica sin caer en contradicción con el pensamiento humanista fundamental del idealismo clásico, que seguía dominando todavía los más íntimos sentimientos y la más alta tabla de valores de nuestro pensador. Mientras rigiera el orden social capitalista —se decía Engels—, a la masa inmensa de hombres que formaban la clase obrera no le quedaba otra alternativa que esta: o resignarse a su destino y servir fielmente a los intereses de la clase obrera, lo que los hundiría en la animalidad, o luchar por su personalidad humana y salvarla, lo que sólo podían hacer luchando contra la burguesía.

Sólo a partir de ahora y arrancando de aquí se consideró Engels con derecho a preconizar la lucha de clases como el único camino por el que los trabajadores podían seguir adelante y a considerar este medio, para la Inglaterra de su tiempo, como un medio más fecundo que “la filantropía y el amor en general”. Y lo que le molestaba, ahora más todavía que antes, era el origen burgués del socialismo británico, ya que le impedía amalgamarse con la clase obrera. Sentía, en cambio, más cerca de él a los cartistas como los verdaderos representantes del proletariado. Pero de lo que está seguro es de que la clase obrera sólo llegará al poder, en Inglaterra, cuando el socialismo se haya hecho proletario y el proletariado haya abrazado el socialismo. Y cree percibir los signos anunciadores de que esta fusión se acerca.

Tres años antes de morir, escribió Engels un prólogo para la segunda edición de su obra de juventud. En él, se creyó obligado a justificar ante la generación de lectores no iniciados en la filosofía que tenía ante sí en la época guillermina por qué su libro mostraba por doquier las huellas del entronque entre el moderno socialismo y la filosofía clásica alemana y daba tanta importancia a la afirmación de que el comunismo no era simplemente la doctrina del partido de la clase obrera, sino que se proponía como meta final la liberación de toda la sociedad. "En un sentido abstracto", también el viejo Engels, al cabo de medio siglo de luchas contra la burguesía, entendía que seguía vigente esta verdad, aunque para la práctica la consideraba ahora, "en la mayoría de los casos, peor que inútil". Mientras las clases poseedoras no sólo no sientan ninguna necesidad de liberarse ellas mismas, sino que incluso se opongan por todos los medios a la liberación de la clase obrera, ésta se verá obligada a iniciar y llevar a cabo ella sola la transformación social. Pero esto fue ya al final de su vida. El joven Engels, del que aquí nos ocupamos, profesaba todavía, indemne, la creencia de que el comunismo no era "solamente la causa de los obreros, sino la de la humanidad"; de que estaba, con arreglo al principio que la guiaba, por encima de la división entre burguesía y proletariado, división que él sólo reconocía para aquella etapa histórica y a cuya desaparición aspiraba como meta final.

Al final de su obra, Engels volvía a referirse, más a fondo, al carácter de la futura revolución social, que su ideal de la sociedad veía triunfar en Inglaterra. Si esta revolución estallaba antes de que el cartismo se impregnara de espíritu comunista, la guerra de los pobres contra los ricos sería la más sangrienta de la historia.

"De nada servirá siquiera el paso al proletariado de una parte de la burguesía, ni un mejoramiento general de ésta. Por lo demás, el cambio general de la actitud de la burguesía no puede pasar de las medias tintas; quienes más resueltamente se sumen a los obreros formarán una especie de nueva Gironda, condenada a perecer, como tal, en el curso de la acciones sangrientas. Una clase entera no puede cambiar de prejuicios como se cambia de traje".

Y prosigue diciendo: a medida que el proletariado vaya asimilándose a los elementos comunistas y socialistas, irá perdiendo la revolución su carácter sangriento, vindicativo y colérico. Los comunistas saben perfectamente que, individualmente, el burgués no puede, en las condiciones en que actúa, conducirse de otra manera, y ello hace que los pasos dados contra la burguesía, en la revolución, sean menos violentos y brutales. Ayudado por los acontecimientos, el partido comunista estaría en condiciones de superar, a la larga, el elemento de brutalidad inherente a la revolución y de prevenir un nuevo Termidor.

Engels llegó a la casa de sus padres, evidentemente, resuelto a abandonar lo antes posible la carrera comercial, para poder consagrarse, en unión de Marx, a la labor científica y al trabajo de agitación en pro del comunismo. Pero, una vez en Barmen, advirtió en seguida que, en el mejor de los casos, necesitaría algunos meses para lograr que su familia aceptase hasta cierto punto un plan como aquel, que rompía con todas las tradiciones familiares. Un asunto

amoroso vino a frenar, en los primeros tiempos, su impaciencia de volver cuanto antes al lado de Marx. Recibió, al parecer, un desengaño, que le afectó muy en lo vivo, y, para consolarse de él, se entregó de lleno a la preparación de su libro.

Ambos amigos ansiaban poder colaborar, reunidos en el mismo sitio. No se hacían ninguna clase de ilusiones. Sabían que tendrían que crear por sí solos un nuevo comunismo, en cuanto sistema y en cuanto partido. No admitían la posibilidad de adherirse a ninguno de los grupos comunistas o socialistas existentes. Ya los primeros contactos que tomó con quienes en las ciudades del Rin se llamaban a sí mismos comunistas fortalecieron a Engels en la convicción de que los resultados de la agitación se hallaban también condicionados por el desarrollo de la teoría. "Mientras los principios no se desarrollen, lógica e históricamente, partiendo de la concepción y la historia anteriores y se expongan en dos o tres obras como la necesaria continuación de ellas, no haremos más que vegetar y la mayoría de la gente pensará que se trata de tanteos a ciegas".

Lo que más urgente le parecía era refutar las dudas en cuanto a la viabilidad práctica del comunismo, que todos los días le salían al paso desde su vuelta a la tierra natal. Le parecía que tenía que ser una "minucia" deshacer tales objeciones. Y estaba dispuesto a escribir, en tres o cuatro días, un folleto poniendo en claro las cosas. Sin embargo, pasaron varios meses antes de que, en una conferencia pronunciada por él en Elberfeld, tuviera ocasión de referirse públicamente a los éxitos obtenidos mediante la fundación de asociaciones comunistas en los Estados Unidos. Hasta ahora, no ha sido posible demostrar que procediera de él una descripción, desarrollada en términos muy populares, de aquellas colonias comunistas experimentales publicada en diciembre de 1844 en el primer tomo de un *Libro cívico alemán*, confiscado inmediatamente de aparecer.

En la primavera de 1844 se lanzaron a la revuelta, empujados por el hambre, los tejedores de la Silesia y los estampadores de telas de algodón de la Bohemia. Estos sucesos hicieron que la cuestión social, hasta entonces lamentablemente descuidada, atrajera sobre sí la atención de toda Alemania. Incluso la prensa liberal, que hasta entonces había ignorado elegantemente el pauperismo, estaba llena de tópicos como los de organización del trabajo, reforma de la sociedad, efectos dañinos de la competencia y los monopolios, y otros por el estilo. Hasta el propio Marx hizo notar que los periódicos de Tréveris, Aquisgrán, Colonia, Wesel, Breslau e incluso Berlín, publicaban de vez en cuando artículos con un razonable contenido social. De que los suyos no se pasaran de la raya se cuidaban tanto el censor como el editor, éste en defensa de sus intereses. Al gobierno no le parecía mal que, con este motivo, se desviara la atención del público de problemas que, por el momento, eran más candentes para él, como los de la libertad de prensa y el régimen representativo. La *Gaceta de Colonia*, siempre más atenta a seguir a la opinión pública que a guiarla, organizó una suscripción para ayudar a los deudos de los proletarios sediciosos que habían caído, luchando contra las tropas, en la zona montañosa de los Sudetes.

Lo que no fue obstáculo para que despidiera de la redacción a uno de sus miembros, Püttmann, persona relacionada con Engels, tan pronto como en sus artículos comenzó a predicar el socialismo.

A comienzos de junio, había escrito Jorge Jung a Marx que la *Gaceta de Colonia* hablaba ahora más del comunismo que en su tiempo la *Gaceta renana*. "Todos los días", le decía, "pauperismo, socialismo, etc.; los unos lo creen y los otros se lo quieren hacer creer al filisteo alemán, quien acabará convencido de ello, si se lo siguen diciendo así, día tras día, sin asustarle; todo consiste en que, durante dos años, le aseguren diariamente que la cosa es necesaria".

Por aquellos días, bajo la impresión de la torturante lucha a vida o muerte de la industria casera contra la máquina, lo mismo que ocurriría más tarde, en los años ochenta y noventa, una parte selecta de la burguesía se mostraba transitoriamente asequible a un socialismo moderado. Estas tendencias, a las que no llegó a ser enteramente ajeno incluso Federico Guillermo IV, encontraban su expresión más característica en la fundación de asociaciones en pro del bienestar de las clases trabajadoras. Movimiento que el gobierno apoyaba, mientras no representaban para él ningún obstáculo y podía sentirse seguro de que no encontraban acogida en él las ideas comunistas, que ya empezaban a germinar. Sobre ellas se clavaba, como es natural, su mirada vigilante. Bunsen, el diplomático prusiano, muy afecto al monarca, había llegado en Inglaterra a la conclusión de que sólo se obtendría "una solución satisfactoria" mediante una educación verdaderamente religiosa y "si los dueños de las fábricas y los gobiernos se esforzaban seriamente en llevar a los obreros, como la época exigía, a una relación humana entre ellos mismos y con sus patronos". Pero el gobierno prusiano no veía el peligro tan cercano como para dar oídos a los consejos de su embajador en Londres.

El estado de ánimo de los renanos daba bastantes preocupaciones al gobierno, sobre todo desde la supresión de la *Gaceta renana*. Y no contribuyó precisamente a apaciguarlo el hecho de que les anunciara la presentación de un nuevo proyecto de Código penal que pretendía ofrecerles, como un gran regalo, la pena de azotes y otros beneficios culturales importados de la Prusia oriental. En enero de 1844, el ministro de Policía indagó cerca del Presidente superior de la Renania si, en caso de disturbios, el gobierno podía confiar en las tropas, indagación que el presidente, Schaper, interpretó en el sentido de que Arnim temía especialmente que estallaran revueltas comunistas. Y le contestó que el general en jefe no compartía las preocupaciones de que las tropas estuvieran influidas por los comunistas, que estas ideas no se manifestaban en ningún lugar de la provincia renana y que él no creía probable que encontrarán allí terreno propicio. La clase baja del pueblo se hallaba, para ello —le decía— demasiado influida por el clero católico. Y las tendencias jerárquicas de esta iglesia eran tan diametralmente opuestas a las doctrinas comunistas, que se la podía considerar francamente como una garantía contra la difusión de este veneno. En general —seguida informando el presidente—, el descontento, en el Rin, no anidaba precisamente en el proletariado, sino en la burguesía culta. Y

no descartaba la posibilidad de que ésta quisiera servirse del comunismo para atizar una efervescencia que más tarde pudiera volverse contra ella misma.

Acercas de la actitud de indiferencia del proletariado renano hacia el comunismo, es de creer que el presidente, meses más tarde, no habría podido expresarse en términos tan optimistas. La impresión que Engels tuvo al regresar a su tierra natal, como revela su primera carta escrita desde allí a Marx, fue la de que sería fácil promover entre los obreros un movimiento favorable a sus ideas, si la falta de libertad no impidiese toda posibilidad de influir directamente sobre el pueblo. Durante los años de ausencia, había hecho "vertiginosos progresos" la industria en el Wuppertal, al que antes tanto aborrecía por su atraso, y esto podía convertirlo en terreno abonado para sus ideas, si se lograba poner en movimiento a sus fogosos blanqueadores y tintoreros. Desde hace dos años —escribía a su amigo—, estos obreros han entrado en la etapa final de la vieja civilización y protestan contra el orden social vigente por medio de un incremento vertiginoso de crímenes, robos y asesinatos. Pero si los proletarios alemanes se desarrollan con arreglo a la misma ley que los ingleses —añadía—, pronto se convencerán "de que esta manera de protestar individualmente contra el orden social por medio de la violencia no conduce a nada y que, usando de su capacidad general como hombres, deben protestar por medio del comunismo. ¡Ah, si pudiéramos enseñar el camino a estos muchachos! Desgraciadamente, es imposible".

La verdad es que todos los intentos hechos por Engels para lograr que los proletarios de su comarca fuesen, por lo menos, tan allá como los ingleses y para sacudir y empujar a la lucha social por la liberación a quienes todavía estaban políticamente dormidos, se estrellaron contra la vigilancia de las autoridades, que no se hallaban dispuestas a tolerar ni la más modesta reunión obrera, y contra el sentido conservador de los maestros de los gremios y los dueños de las fábricas, los cuales no sólo estaban tácitamente de acuerdo en mantener a sus hombres a salvo de la infección comunista, sino que, por regla general, los obligaban, incluso, a asistir a las numerosas reuniones pietistas que allí se celebraban.

Así, pues, a Engels y a Hess, con quien por aquellos días, y pese a ciertas diferencias que ya se marcaban entre ellos, le vemos estrechamente unido, no les quedaba, por el momento, otro camino que aprovechar para sus fines, en la medida de lo posible, la permeabilidad a las nuevas ideas sociales que encontraban en algunos sectores de la burguesía culta. Para fundar asociaciones encaminadas al fomento de las clases trabajadoras, era posible convocar reuniones sin consultar a la policía. Engels participaba, siempre que podía, en las discusiones en torno a los nuevos problemas. Se sentía a gusto en ellas, porque le brindaban una magnífica ocasión para ponerse en contacto con personas ya decididamente inclinadas al radicalismo social.

A raíz de una reunión celebrada en Colonia, en noviembre de 1844, con el fin de fundar una de aquellas asociaciones locales, informaba a Marx de que iba descubriendo, poco a poco, algunas pandillas comunistas sueltas que se

habían desarrollado por debajo de cuerda "y sin nuestra intervención directa". Y con aquel optimismo desbordante que le caracterizaba, exclama: "A donde quiera que miremos y nos volvamos, por todas partes encontramos comunistas".

Su artículo titulado "Rápidos progresos del comunismo en Alemania" publicado en *The New Moral World* el 14 de diciembre de 1844 revela cuán exageradamente apreciaba, en las primeras semanas que siguieron a su regreso, las perspectivas de un acelerado desarrollo del movimiento. En este artículo anuncia a los socialistas ingleses que, en el breve periodo de un año, se ha formado en Alemania un fuerte partido socialista. Es cierto, dice, que este partido sólo se apoya, por ahora, en la clase media, pero espera entrar pronto en contacto con la clase obrera, que debe ser siempre y en todas partes la fuerza y el núcleo de un partido socialista. Vienen luego algunas indicaciones bastante vagas acerca de un pretendido plan para fundar en Alemania una colonia socialista por el estilo de las de Harmony y Queenwood, noticias sobre los periódicos socialistas, entre los que se señalan *La gaceta de Tréveris* y *El vocero de Wesel* y la mención de las personalidades más importantes del movimiento, entre los nombres de Marx, Hess, Carlos Grün, Lüning y Püttmann, además del suyo propio. Y, al final del artículo, se inserta una traducción suya al inglés de la "Canción de los tejedores" de Heine, recientemente dada a conocer por el *Vorwärts* de París. El hecho de que diga que también "este poeta, el más importante de Alemania" era socialista, indica que entre tanto había perdonado a Heine "su obra indigna sobre Börne".

Para el joven Engels, era "una diversión aparte" el hacer algo por aclimatar en Alemania la literatura comunista. Aunque los periódicos burgueses, fieles a la moda, se ocupasen de problemas sociales, Engels sabía muy bien que el nuevo tratado comercial con Bélgica, la construcción de ferrocarriles, la rebaja de los portes de franqueo postal y otras cuestiones preocupaban a la burguesía mucho más que la lucha contra la explotación de la mano de obra infantil y contra los salarios de hambre que se pagaban en la industria casera. Para que el movimiento comunista pudiera extenderse, era necesario que dispusiera de órganos propios e independientes. Provisionalmente, y de un modo pasajero, creía haber encontrado uno de estos órganos en el *Semanario de interés común de la Asociación industrial de Colonia*, que en su tiempo había estado conectado con la *Gaceta renana* y que, en febrero y marzo de 1845, bajo la jefatura de redacción de d'Ester había publicado dos artículos, uno sobre la libre competencia y otro sobre las asociaciones industriales, favorables a sus ideas. Pero, aun suponiendo que hubiera seguido por este camino, es claro que un periódico esencialmente técnico como aquél no podía bastar para "ofrecer un punto de apoyo conveniente a los muchos semiignorantes, ansiosos de hacer algo, pero que no pueden decidirse por sí solos". Y la censura no tardó en cortar las alas y el cuello a dos publicaciones proyectadas como revistas trimestrales, el *Libro cívico alemán* y los *Anales renanos para una reforma social*, cuyo editor, Püttmann, era una especie de hombre de paja detrás del cual estaban Engels y Hess. El

libro de Engels, reputado como hombre "de una cultura verdaderamente científica" había despertado en las autoridades, al principio, la esperanza de que el comunismo francés fuese desplazado, en la prensa alemana, tal vez por el comunismo inglés, un poco más pacífico y razonable. Pero ahora se pusieron en guardia, ante la "consecuencia casi diabólica" con que los *Anales* trataban de aplicar el más estridente de los comunismos a la situación política y social de Alemania, y aquellas publicaciones fueron declaradas, naturalmente, sediciosas y se las suprimió.

A mediados de noviembre, Engels hizo un viaje a Westfalia, relacionado también con el plan de abrir al naciente partido una ventana al público. Se trataba de establecer relaciones con el Dr. Otto Lüning, de Rheda, editor de un semanario titulado *El vapor del Weser* y el círculo de socialistas burgueses que se agrupaba en torno a él. Dos años después, en una pequeña sátira, durante algún tiempo inédita, Engels reprochaba al *Vapor* el ser un periódico pusilánime "que prefería el arroz con leche al pimiento picante".

Sin embargo, por el momento y cuando se trataba de lograr ciertos fines de orden práctico, el propio Engels procuraba no trazar una nítida línea divisoria entre su punto de vista revolucionario y el de los que creían poder tratar la enfermedad social con cataplasmas pacíficas. Por su parte, Moses Hess seguía ensalzando con gran calor la filantropía como la fuerza motriz de la historia y sosteniendo que era necesario dejarla manifestarse libremente.

Engels se dio cuenta claramente de los abundantes recursos pecuniarios de que disponían los socialistas westfalianos, dueños, además, de una imprenta. Pero, aunque pasaban por ser editores de ideas radicales, no resultaba fácil decidirlos a que publicaran en su editorial obras condenadas con frecuencia a ser confiscadas en la misma imprenta, o prohibidas y retiradas de la circulación al salir de las prensas. Duncker, el jefe de policía de Berlín, que en octubre de 1845 se había infiltrado subrepticamente en aquel grupo, informaba a sus jefes que Lüning y sus correligionarios, un tal Baer, de Rietberg, y Julio Meyer, de Schloss Holle, aparte de otros "comunistas" de quienes se hace mención, mantenían muy estrechas relaciones "con un fabricante de Barmen llamado Federico Engels". Pero el ministro de Policía, quien había sido Presidente de la provincia de Coblenza, se percató de que el informante confundía al padre con el hijo y puso al margen de la denuncia esta acotación: "El Federico Engels de Barmen es persona absolutamente respetable y tiene un hijo que es comunista rabioso y se hace pasar por literato; es posible que el hijo se llame también Federico".

Al principio, las negociaciones con los socialistas westfalianos, continuadas después de Moses Hess, parecían anunciar buenos resultados. Se acordó fundar una revista trimestral, que dirigirían Marx, Engels y Hess. También se convino en publicar una colección de obras traducidas de los socialistas ingleses y franceses, con unas introducciones que escribirían Engels, Marx y Hess. Esta idea, con la que estaban muy ilusionados y que tardaron bastante tiempo en abandonar, se les había ocurrido a Marx y a Engels casi al mismo tiempo. Al

parecer, Marx pensaba más bien en una colección de fuentes en torno a la historia del socialismo, al paso que Engels hacía hincapié en "comenzar desde el primer momento con cosas que pudieran influir práctica y poderosamente sobre los alemanes", relevándoles a él y a su amigo del trabajo de "tener que repetir lo que ya habían escrito otros". Al principio, Marx proponía hacerse cargo de los franceses y Engels de los ingleses. Pensaba comenzar por Owen y prescindir de Godwin, por considerar antisociales los resultados a que este autor llegaba. Parece que, más tarde, cambió de idea y se había decidido a empezar por la traducción de Fourier, cuya crítica de la sociedad existente podría, según él, llegar a ejercer una gran influencia en el terreno de la agitación por su carácter tan general. Pero la única versión que llegó a efectuarse fue el "Fragmento de Fourier sobre el comercio", publicado en el *Libro cívico alemán*, en 1846, con una introducción de Engels.

Mejor suerte corrió otro proyecto literario que por aquellos días había concebido. Proponíase, en unión de Hess, aprovecharse del creciente interés del público por los problemas sociales para crear una revista mensual, que, sin acusar una clara tendencia comunista, ya que ello podría echarla a pique desde el primer día, informase regularmente acerca de la situación de la clase obrera en Alemania, hasta entonces totalmente ignorada, tanto por la ciencia como por el público.

Huber dice que fue éste el primer intento consciente y consecuente de llevar a la prensa la crítica destructiva, haciendo extensiva a las relaciones entre la propiedad y los desposeídos, entre patronos y obreros, la acción que hasta entonces se limitaba, fundamentalmente, a los problemas políticos o religiosos. "Era", son las palabras de Huber, "un empeño que, puesto en mejores manos, habría venido a llenar una verdadera necesidad de la época y habría podido difundir la conveniencia de posibles mejoras, pero que aquí, con una pasión condenable y al servicio del comunismo, mezclaba la verdad con la mentira, con las verdades a medias y la exageración" (*Janus*, 1847, pág. 727).

Engels y Hess presentaron el proyecto al editor Julio Baedeker, de Elberfeld, un señor muy medroso, como si se tratara de crear un periódico apolítico para el pueblo, que se limitaría a dar a conocer los hechos, a trabajar por la elevación material y espiritual de las clases bajas y a servir de órgano a las nuevas asociaciones organizadas con este fin. Pero no era esto, en realidad, lo que los promotores se proponían, como se deduce de una carta escrita por Hess a Marx con fecha 17 de enero de 1845, en que se invocaba el lema de Buhl: "Los hechos, cuando hace falta, deben desvirtuarse". La jefatura de redacción de la nueva revista, titulada *El espejo de la sociedad*, fue encomendada a Hess, quien con este motivo trasladó su residencia a Elberfeld. El subtítulo, que rezaba "Órgano en defensa de las clases pobres del pueblo y para ilustrar las realidades sociales del presente", respondía a los deseos de Baedeker, el editor, de hacer ver al gobierno que la nueva publicación se limitaría a servir de vocero a los intereses del proletariado, pero sin ser órgano suyo.

El gobierno, sin embargo, estaba perfectamente al tanto de los peligros

que para él representaba aquella empresa. No podía tolerar que se difundiera en los mismos medios obreros una publicación que, por el solo hecho de exponer la detestable realidad, incitaba a la masa, indirectamente, a actuar por cuenta propia. Cada número que aparecía aumentaba su irritación. Contra el libro de Engels "como tal" no había nada que oponer; pero "la cosa cambiaba si sus ideas se hacían llegar a la gente por aquellos canales".

Por fin, el gobierno formuló su amenaza conminatoria y el editor sacrificó a Hess, quien se apresuró a cruzar la frontera belga; aquél pidió al ministro que designara él mismo un nuevo redactor-jefe y se dio por muy contento cuando le mandaron para ocupar ese puesto a un exteniente del ejército.

Cuando todo esto ocurría, Engels se hallaba ya en el extranjero. Sin duda por miramientos hacia su familia, que vivía en el mismo lugar en que la revista se publicaba, había creído oportuno, ya desde el primer momento, abstenerse de colaborar bajo su nombre en *El espejo de la sociedad*. Creemos reconocer los trazos de su pluma en el prospecto anunciando la aparición de la revista, en uno de cuyos párrafos se satiriza ese "sedicente socialismo" que se escandaliza hipócritamente ante los sufrimientos de la humanidad cuando éstos, de vez en cuando, estallan en forma de tumultos políticos, pero que, una vez que las aguas se calman, dejan que las pobres gentes sigan muriéndose de hambre en medio del silencio. La revista se limitó a publicar algunos extractos de *La situación de la clase obrera*, en uno de los cuales, en gracia a la censura, hubo de sufrir algunas amputaciones la "Oda al Rey Vapor". Después de su partida, Engels, a pesar de que Hess pedía insistentemente su colaboración, sólo intervino en *El espejo de la sociedad* cuando se trataba de ataques formulados contra *La sagrada familia* y *La situación de la clase obrera*.

En la zona industrial del Wuppertal, donde las lacras sociales se manifestaban de un modo tan patente e innegable, el interés por la situación de penuria en que vivían las clases pobres del pueblo, una vez que hubo despertado, se sostuvo con mayor fuerza y tenacidad que en las ciudades comerciales del valle del Rin. El pietismo hacía que el terreno estuviese allí mejor abonado para las discusiones basadas en postulados morales. Y si los fabricantes alegaban que en aquella comarca se pagaban salarios más altos que en la mayor parte de Alemania, se les hacía ver que el costo de la vida era muy alto en las dos ciudades gemelas, Barmen y Élberfeld.

Estos temas y otros parecidos no tardaron en romper el círculo de las discusiones privadas. Fue trascendiendo a círculos cada vez más amplios la conciencia de que era necesario hacer cambiar la situación y de que ello sólo se conseguiría por medio de reformas profundas. Pero ¿qué había que hacer, realmente? Acerca de esto, diferían mucho las opiniones. Para el modo de pensar de los grandes burgueses del Wuppertal, las más recomendables eran, naturalmente, las medidas de caridad inspiradas en los sentimientos cristianos. Pero, ya en las primeras reuniones celebradas allí, al igual que en otros lugares, con vistas a crear una asociación para el estudio de estos problemas, surgieron —con gran regocijo del joven Engels— tajantes choques de criterio entre los pastores y sus

prósperos adeptos, quienes no reconocían más base para elevar el nivel de las masas del pueblo que la Biblia y la religión cristiana, y los "racionalistas", partidarios de que se desterrara de los estatutos puestos a debate todo lo relacionado con la religión. Surgió la escisión y cada uno de los bandos se fue por su lado.

Engels y Hess aprovecharon con habilidad la excitación creada por estos sucesos en el ambiente provinciano de las dos ciudades, Elberfeld y Barmen, para tratar de hacer conocer sus ideas, naturalmente mucho más audaces, a un auditorio algo más extenso que el reducido círculo de sus adeptos, ya que éste se hallaba formado principalmente por empleados comerciales, dependientes y algún que otro literato, sin que entre ellos hubiera obreros ni patronos. Los dos amigos y un pintor llamado Köttgen, que se unió a ellos, se pusieron de acuerdo con un grupo de empleados y jóvenes comerciantes, descosos de informarse más en detalle acerca de lo que era el comunismo, de sus fines y su viabilidad, para organizar una reunión privada en una acreditada cervecería de Elberfeld.

El auditorio que se reunió resultó ser más nutrido de lo que sus organizadores esperaban y, varios días después, en que volvieron a juntarse para seguir discutiendo, los oradores tomaron la palabra ante más de cien personas. Todo Barmen y Elberfeld, "desde la aristocracia del dinero hasta los tenderos, estaba allí representado". Son palabras de una carta de Engels a Marx. A la policía no le gustó nada la cosa, a pesar de que, llevados de la curiosidad, asistieron también a la reunión los abogados del Estado y el tribunal de justicia en pleno y de que el procurador del distrito intervino, incluso, personalmente, en la discusión. Al principio y en ausencia del más alto dignatario, que era el Consejero de la provincia, las autoridades municipales no sabían qué hacer, teniendo en cuenta, sobre todo, que, como cuenta Engels, los oradores "se habían mostrado muy astutos, sin ofrecerles el menor asidero". Pero cuando, en la nueva reunión anunciada que debía celebrarse el 22 de febrero, se vio que la afluencia crecía demasiado, el alcalde de la ciudad prohibió al dueño de la cervecería que siguiera cediendo el local para aquellos fines, y una orden del gobierno, dictada el 28 de febrero y notificada a Engels, Hess y Köttgen, los organizadores —decíase que ello se debía, principalmente, a que corría el rumor de que a la reunión siguiente asistiría una delegación obrera—, conminaba a éstos con serias penas si persistían en celebrar aquella clase de asambleas.

Todo parece indicar que fueron aquéllas las primeras asambleas de carácter socialista celebradas en suelo alemán. Poseemos acerca de ellas un interesante informe de un músico de Wuppertal, llamado Adolfo Schults, que asistió a las reuniones celebradas. Para dar a la cosa el aspecto más inofensivo, se había contratado a una muchacha que debía tocar el arpa. De este modo, podía presentarse la reunión como una velada musical-declamatoria. La sesión se abrió, después del preludio de la citada arpista, con la recitación de algunos poemas de Wolfgang Müller y Pützmann sobre temas de actualidad social, que no dejaron de surtir sus efectos sobre el ánimo del auditorio. Luego, se concedió la palabra a Hess y a Engels (Schults habla de Federico Oswald). Pero, como

ninguno de los dos estaba dotado, en realidad, del don de la elocuencia, sus palabras tuvieron menos éxito que los discursos pronunciados a continuación por dos abogados renanos, que hacían causa común con los organizadores. Uno de ellos era un abogado de Colonia llamado Bergenroth, muy activo en la campaña de creación de asociaciones sociales, quien se ocupaba por entonces, entre otras cosas, de un plan encaminado a fundar una caja de ahorros para obreros, cuyos fondos pensaban destinarse al establecimiento de talleres cooperativos con el nombre de "almacenes industriales".

Los fabricantes, que, atraídos por el sensacionalismo de la cosa, habían acudido en gran número a las dos sesiones que llegaron a celebrarse, limitáronse a manifestar su descontento con lo que escuchaban mediante ruidosas exclamaciones y risas sardónicas. Dejaron que asumiera la defensa del orden capitalista el director del teatro municipal, un comediógrafo de nombre Roderico Benedix. Tal fue el contrincante encargado de convencer a Federico Engels, en su primera aparición ante el público, como orador, de la imposibilidad del comunismo. Como es natural, los "ricos" y los notables de la ciudad aplaudían ruidosamente a medida que el comediógrafo acumulaba sus argumentos en contra de la necesidad y la posibilidad de cambiar las realidades vigentes y levantaban sus copas, ostentosamente, en honor del bravo defensor de la propiedad privada. Huelga decir que a las rotundas objeciones del director teatral siguieron las inflamadas réplicas de los comunistas, hasta que el debate fue calándose.

Conocemos los discursos pronunciados en estas veladas por Engels y Hess gracias a una información que ellos mismos se encargaron de redactar para los *Anales renanos*. Como no se había levantado acta de las sesiones, Engels se consideró autorizado para ampliar y redondear un poco sus palabras antes de entregarlas a la imprenta. Y es de suponer que otro tanto haría Hess. Juzgaron oportuno, asimismo, unificar en un solo texto lo que habían dicho a lo largo de tres sesiones. Hess, a su manera y de un modo muy vago, ensalzaba el comunismo como la ley vital del amor y hacía un canto a la revolución, que consideraba inevitable para hacer triunfar la humanidad. Por su parte, Engels, que conocía mejor al público a quien se dirigía, consideró más indicado apoyarse en los hechos y agruparlos fríamente, para apelar al entendimiento de sus coterráneos, a su sentido práctico y a su espíritu, educado en el comercio. Con pinceladas claras y nítidas y un gran rigor objetivo, trataba de convencerlos de que el sistema de la libre competencia era disparatado, ya que su trama caótica hacía imposible cualquier intento de organizar la producción y la distribución, arruinaba a la clase media, provocaba las crisis, empujaba a la concentración de los capitales y acabaría haciendo que se enfrentaran brutalmente un puñado de ricos y una masa de pobres, hasta que, por último, la penuria general obligara a implantar una reorganización de la sociedad sobre principios más racionales. A este estado actual de cosas, cuya insostenibilidad no ofrecía para él la más leve duda, enfrentaba el otro, al que estaba reservado el futuro, el de la sociedad comunista, que, en vez de divorciar los intereses de los individuos, por el

contrario, los enlazaba, suprimiendo las diferencias de clase y eliminando las crisis y su secuela, el despilfarro de capital y de trabajo; colocándose en la mente de los fabricantes que le escuchaban, calculaba la nube de especuladores, exportadores, comisionistas, agentes de casas de expedición y otros parásitos que, sin añadir nada a sus mercancías, se lucraban con las balas de algodón antes de que éstas llegaran a la fábrica, y trataba de hacer ver a su auditorio cómo este desbarajuste terminaría tan pronto como un centro estadístico de la administración pública organizara debidamente la necesaria información.

Y, al terminar las gradaciones y diferencias sociales, terminarían también, lógicamente, los delitos contra la propiedad, saldrían sobrando la justicia civil y la penal y funcionarían solamente los tribunales de arbitraje. La policía y los órganos del poder ya no tendrían nada que hacer en una sociedad en la que el interés colectivo se confundiría totalmente con el de cada individuo. Ni harían falta tampoco los ejércitos permanentes, pues ya no habría por qué temer los disturbios interiores, si se tenía en cuenta que el miedo a la revolución sólo puede nacer del enfrentamiento de los intereses. No podrían ya estallar guerras ofensivas, pues nadie iba a exponerse a arriesgar la vida de los hombres y los capitales para conquistar, en el mejor de los casos, un pedazo de territorio poblado por gentes reacias a la ocupación; y, para las guerras defensivas, bastaría contar con la milicia y el armamento del pueblo. Llegada la hora de defender lo que sí sería ya el verdadero hogar de los ciudadanos, cada cual lo haría con una bravura y un tesón ante los cuales volaría como la paja aventada por el aire el adiestramiento de los ejércitos modernos que convierte a los hombres en máquinas.

Tampoco es cierto, aunque muchos lo afirmen —seguida argumentando Engels—, que el comunismo repugne a la naturaleza humana o que sea una teoría nacida simplemente de la imaginación. Hay diferentes caminos para llevarlo a la práctica. Los ingleses comenzarían fundando colonias y dejando que cada cual decidiera si quería o no ingresar en una de ellas; los franceses, por su parte, probablemente preferirían preparar e implantar el comunismo por la vía del Estado. ¿Cómo procederían los alemanes? Poco podía decirse aún acerca de esto, ya que en Alemania apenas comenzaba a nacer el movimiento social. Engels, coincidiendo en esto con lo que en aquel tiempo preconizaba Hess, aconsejaba tres medidas, cada una de las cuales conduciría necesariamente al comunismo práctico.

La primera de estas medidas era la educación general e igual, a costa del Estado, de todos los niños sin excepción. Esto daría como resultado una clase obrera perfectamente instruida, que jamás se prestaría a permanecer en su situación actual de opresión; y de su cordura y serenidad, así educada, había que esperar que triunfara por medios pacíficos la transformación de la sociedad. La segunda medida era la reforma total del sistema de beneficencia, alojando a todas las personas carentes de recursos en colonias, en las que su trabajo, dedicado a la agricultura y a la industria, se organizaría en provecho de todos los agrupados. De este modo, empleando la fuerza de trabajo de cuantos carecían

de pan en beneficio de la sociedad y convirtiéndolos de indigentes desmoralizados y oprimidos en hombres activos e independientes, se sentarían las bases firmes para una reorganización total de la comunidad. La tercera medida aconsejable era reunir el dinero necesario para hacer posibles las otras dos mediante un impuesto general y opresivo sobre el capital, que eliminara los impuestos injustos vigentes en la actualidad. En realidad, ya el hecho de que los individuos tributarán al Estado era de por sí un principio comunista; pues bien, bastaría con que el Estado aplicara este principio de un modo consecuente, con que se declarara propietario general de la nación y se erigiera, a título de tal, en administrador de la propiedad pública para el bien de todos.

Sabemos por Schults que Engels se proponía hablar de la viabilidad práctica del comunismo en la cuarta velada, que no llegó a celebrarse. Su discurso, tal como se publicó en los *Anales renanos*, termina con la aseveración de que no se trataba de implantar el comunismo de la noche a la mañana y en contra de la voluntad de la nación, pero que sí podía asegurarse que el futuro le pertenecía y que ese era el camino por el que marchaban todos los países civilizados.

Cuando hoy leemos el discurso de Elberfeld, no debemos olvidar ante qué público y en qué circunstancias se pronunció. De una parte, a Engels le interesaba dejar bien sentado ante las numerosas personas a quienes conocía y que estaban presentes que el ideal a que él se había consagrado no era simplemente la quimera de un soñador juvenil, sino que los tiempos marchaban hacia su realización, razón por la cual incumbía a todos, ricos y pobres, informarse acerca de él. Y, de otro lado, tenía que guardarse mucho, por su propia seguridad y para no cerrar el paso a las posibilidades de agitación que tan inesperadamente se abrían ante él, de mezclar en sus palabras la política y la religión. Así pues, el hecho de que en este discurso, para comenzar, no hable de lo que era su esperanza, de llegar a la meta por la vía revolucionaria y de que, aunque con menos fuerza que Hess, claro está, también él entone hasta cierto punto la salmodia de la paz, no quiere decir, como en seguida veremos, que considerara evitable en Alemania aquella revolución que con tanto aplomo predecía para Inglaterra. También esto dejaba traslucir la intención de no trazar una divisoria de principios entre el Estado del futuro que veía ante sí y el Estado vigente, del que exigía una radical transformación tributaria. No debemos, pues, interpretar el pronóstico que en este su primer discurso hacía Engels del desarrollo de Alemania como si, con él, hubiera tratado el lobo de revestirse con la piel del cordero.

A Engels se le reprochaba que, en la segunda velada de discusión, no había sabido razonar con la fuerza de convicción necesaria por qué el comunismo representaba una necesidad económica tan necesaria en Alemania como en Francia y en Inglaterra. Es posible que, al contestar en la tercera reunión a esas objeciones, supiera ya que los días de aquellas asambleas estaban contados y que, firmemente decidido a marcharse de su patria dentro de poco, pudiera permitirse el lujo de dejar traslucir claramente sus verdaderas ideas. Aunque lo más probable es que fuera al redactar su discurso para darlo a la imprenta cuando se definieran con toda claridad sus intenciones.

Pero, ¿acaso era necesario que procurase demostrar a sus oyentes que también en Alemania había un proletariado y que éste aumentaba sin cesar? Los sucesos de Silesia y Bohemia habían hablado ya claramente, y la *Gaceta renana* se había ocupado de describir a sus lectores la pobreza reinante en la comarca del Mosela; en los Montes Metalíferos reinaba ya desde tiempo inmemorial una miseria espantosa y todo el mundo sabía que las cosas no estaban mejor en la zona westfaliana de Senne y en los distritos cultivadores de lino de aquella provincia. Por lo demás, en las zonas propiamente industriales, el proletariado era demasiado numeroso y estaba demasiado a la vista para que nadie pudiera negar su existencia, como muchos hacían con respecto al campo. Pero, así era patente que los grandes terratenientes no podían prescindir del proletariado agrícola y que, en las zonas de pequeña propiedad de la tierra este sistema engendraba la continua disgregación de la tierra, en unas partes, y en otras, por virtud de los mayorazgos, y otros privilegios hereditarios, multiplicaba también infaliblemente las filas del proletariado.

La incontenible concentración del capital y el empobrecimiento no menos incontenible de la clase media hacían que el proletariado, sin cesar creciente, representara una amenaza cada vez mayor. Y tenía que llegar un momento en que alcanzara una fase tal de poder y de conciencia, en que ya no se resignara a seguir soportando la presión de todo el edificio social que gravitaba sobre sus hombros. Cuando ese momento llegara, exigiría una distribución más equitativa de las cargas sociales y los derechos y —a menos que entretanto cambiara la naturaleza humana— sería inevitable una revolución social. En estos problemas es evidente que no se ocupaban, hasta entonces, los economistas de la nación, que hacían caso omiso de la distribución y estudiaban exclusivamente lo relacionado con la producción de los bienes.

Después de exponer lo anterior, Engels, con transición un tanto abrupta, pasaba a hablar de las luchas en torno a la política comercial, tema candente por aquellos días, gracias sobre todo a la genial propaganda de Federico List. Ya en 1844 había pensado en criticar a este economista, pero renunció a ello al saber que Marx se proponía hacer algo parecido. Posteriormente, se había enterado de que su amigo trataba de analizar más bien las premisas que las consecuencias del gran agitador. Y lo que a él le interesaba era hacer ver a qué consecuencias prácticas conducía un sistema de economía política de corte nacional. Esto le movió a desarrollar, en la redacción escrita de su discurso, lo que de palabra tal vez había apuntado ante su auditorio, a saber: que ni los precursores del librecambio ni List, ni los defensores del sistema vigente de "los aranceles de medias tintas" serían capaces de cerrar el paso, con medidas de política comercial, a una futura revolución social en Alemania.

Como adversario que por principio era de la sociedad capitalista, Engels tenía que mantenerse al margen de una discusión que giraba en torno a un punto: si la economía nacional alemana, con su fisonomía actual, saldría más beneficiada con los aranceles protectores o con el librecambio. Pero ello no le impedía reconocer, en esta coyuntura, que toda la industria alemana, exceptuando

unas pocas ramas, iría hacia la ruina si se la despojaba de la protección arancelaria, cuya necesidad para la Alemania de su tiempo no podía ocultársele. La masa obrera, repentinamente privada del pan, se abalanzaría sobre la agricultura y las contadas industrias que subsistieran, el pauperismo se extendería por todo el país y la crisis aceleraría la concentración de la propiedad y provocaría necesariamente la revolución social.

¿Quiere esto decir que valdría más seguir los consejos de List, quien se limitaba a erigir las apetencias de los capitalistas en un sistema consagrado? En este caso, contaríamos con aranceles suficientemente altos para asegurar a los fabricantes el mercado interior, lo que, según List, permitiría luego rebajar los aranceles en la medida necesaria para que la industria alemana pudiera ser competitiva en los mercados neutrales. Pero, ¿qué sucederá si la industria inglesa convierte una vez más el mercado alemán en un "depósito de quincalla" y, a partir de este momento, la industria de nuestro país se ve obligada a hacer frente a todas las oscilaciones y todas las crisis de la industria inglesa, pero sin poder reponerse tan rápidamente como ésta, ante la que se abre como mercado el mundo entero? En este caso, opina Engels, nuestra industria tendría que apurar hasta las heces todos los períodos malos de la inglesa, pero sin participar más que en una medida muy exigua en sus períodos de prosperidad. Y ello traería como consecuencia el mismo estado de depresión en que ya se encuentran en la actualidad las industrias semiprotegidas; perecerían unas empresas sin que surgieran otras nuevas, la maquinaria envejecería y ramas industriales enteras languidecerían y acabarían desapareciendo. "Tendríamos, en esas condiciones, un numeroso proletariado, creado por la industria y privado de medios de vida y de trabajo, que se enfrentaría a la clase poseedora, exigiendo que se le ocupara y se le alimentara".

Entonces, ¿sería lo mejor dejar los aranceles tal cómo están, no tocarlos? Tampoco con ello, exclama Engels, se evitará la revolución social. Por este camino, el auge de la industria alemana se paralizaría, una vez que hubiera conquistado el mercado interior y, no progresando, no podría tampoco perfeccionarse. En cambio, la industria inglesa, que seguía hacia adelante, podrá, gracias a sus progresos, vender lo suficientemente barato para competir en nuestro propio mercado con la atrasada industria alemana, pese a los aranceles que la amparan. En este caso, nuestra derrota sería inevitable, y un proletariado artificialmente creado plantearía a los poseedores, como en el caso anterior, reivindicaciones que éstos, mientras se limitaran a seguir poseyendo lo suyo, no podrían satisfacer.

La última posibilidad, aunque muy poco probable, se daría si los alemanes, gracias a la protección arancelaria, lograran fortalecer tanto su industria que ésta pudiera competir con la inglesa, en los mercados neutrales, sin necesidad de aranceles protectores. Pero Engels, que conocía ya bien a los ingleses, no consideraba muy verosímil que la industria inglesa y la alemana pudieran coexistir pacíficamente. Toda industria necesita conquistar nuevos mercados, necesita crecer y expandirse, si no quiere quedarse atrás y perecer. Y como, des-

de que China se había abierto al mundo, ya no era posible conquistar nuevos mercados, y lo único que cabía hacer era explotar mejor los ya existentes, de allí en adelante Inglaterra podría permitirse aún menos que antes el tolerar a su lado un competidor.

Engels opinaba, coincidiendo en ello con Luis Blanc y otros socialistas franceses, que Inglaterra, para proteger su industria, necesitaba sujetar a la de otros países. Para Inglaterra —decía— la afirmación del monopolio industrial no era simplemente un problema de ganar más, sino una cuestión realmente vital. Era, por tanto, inevitable que entre ambas industrias estallase una lucha a vida o muerte. “Los ingleses apelarían a todas sus fuerzas para mantenernos a nosotros alejados de los mercados hasta ahora abastecidos por ellos; no tienen más remedio que hacerlo, porque se sienten amenazados allí en su punto más crucial”.

Y partía, además, del supuesto de que, pertrechados con todas las ventajas de una industria ya secular, conseguirían derrotarnos. “Circunscribirán a nuestra industria dentro de nuestro mercado propio y harán, con ello, que se estacione”. Alemania volverá a encontrarse, así, en la situación de antes, con una industria decadente, incapaz de alimentar al proletariado artificialmente creado por ella: estallará la revolución social.

Pero, ¿qué ocurrirá si, contra lo que es de esperar —se pregunta Engels—, la industria alemana triunfa sobre la inglesa? En el mejor de los casos —esa es su respuesta—, nuestro país repetirá la carrera industrial de Inglaterra, para acabar, a la postre, donde ésta se encuentra ahora, en vísperas de una revolución social. Y lo más probable será, incluso, que la ruina de Inglaterra venga a acelerar el levantamiento en masa de su proletariado contra las clases poseedoras y que esta revolución social se convierta rápidamente en la de toda Europa. Si esto ocurre, el levantamiento de un proletariado engendrado por una industria lanzada a marchas forzadas hará que se derrumben también los sueños de los fabricantes alemanes acerca del monopolio industrial de su país.

La lucha de la competencia entre las naciones —razona— es una lucha concentrada, una lucha de masas, que sólo puede conducir a la victoria decisiva de uno de los contendientes y a la definitiva derrota del otro. Y cualquiera que sea el desenlace de una lucha así entre ingleses y alemanes, no cabe duda de que el resultado no favorecería a los unos ni a los otros; la revolución social sería inevitable. “Con la misma seguridad con que, partiendo de principios matemáticos dados, podemos desarrollar un nuevo teorema, podemos afirmar, arrancando de las relaciones económicas existentes y de los principios de la economía política, que la revolución social se acerca”.

Ahora bien, ¿qué cariz presentará la revolución social alemana? Si en ella actúan, abiertamente, los resortes y las causas que en los anteriores conflictos sociales permanecían oscuros y recatados, todo parece indicar que esta lucha será más violenta y más sangrienta que todas las que la han antecedido. Y se llegará a uno de dos resultados: o las fuerzas que se pongan en pie se limitan a atacar la manifestación, y no la esencia, la forma de la cosa y no la cosa misma,

o va al fondo del problema y ataca al mal en su raíz. En el primer caso, se dejará en pie la propiedad privada, limitándose a cambiar la distribución, lo que hará que perduren las causas que han determinado la revolución social. Pero, como la gran revolución francesa y la gran revolución inglesa han alcanzado realmente las metas que se proponían, Engels cree poder afirmar, ateniéndose a la experiencia histórica, que tampoco la sublevación de los pobres descansará hasta suprimir radicalmente la pobreza y sus causas.

Al final de su obra sobre *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, había pronosticado que la futura revolución inglesa acarrearía menos horrores cuanto más impregnadas de espíritu comunista se hallasen las masas proletarias antes de que la revolución estallara. Y no otra cosa quiere decir cuando, en su discurso de Elberfeld, aconseja "la implantación o, por lo menos, la preparación pacífica del comunismo" como el único camino "por el cual podemos prevenir un cambio violento y sangriento de la situación social", como único medio para impedir que la violencia brutal, la exasperación y el afán de venganza se hagan cargo de la misión de "humanizar a los ilotas modernos".

Engels vuelve a precisar en este pasaje el ideal que le guía y que le ha traído al comunismo. Postula la necesidad de que todo hombre viva de tal modo que cada cual pueda desarrollar libremente su naturaleza humana, mantener relaciones humanas con sus semejantes y se halle a salvo de cualquier temor de que su situación de vida pueda sufrir una conmoción violenta. Está decidido a consagrar su vida entera al comunismo, porque sólo de su victoria espera la realización de este ideal de la humanidad al que se adhiere con toda su alma. Aspiramos a "una vida verdaderamente humana, con todas sus condiciones y necesidades"; por eso —asegura a quienes temerosamente le escuchan— "es tan poco lo que queremos destruir, que, en realidad, sólo aspiramos, por el contrario, a construir". Lo que el individuo tendrá que sacrificar no será ningún goce verdaderamente humano, digno del hombre, sino solamente la falsa apariencia de él, suscitada por las condiciones detestables en que hasta ahora hemos vivido, algo que es, en realidad, contrario a la propia razón y al corazón de quienes hasta ahora vienen disfrutando de esos aparentes beneficios.

Creemos, naturalmente, que Engels hacía muy bien en expresar públicamente lo que le llegaba tan al corazón. Al día siguiente de la última de las reuniones, escribía a Marx y le decía cuán distinto era hallarse delante de seres humanos reales y corpóreos y hablarles directamente, con y a los sentidos, sin tapujos, que dedicarse a aquella maldita faena abstracta de escribir para un público abstracto, al que sólo se veía con "los ojos del espíritu". Si Engels hubiera estado dotado de la fuerza innata de la elocuencia, que tantas veces arrebató y seduce al propio orador, se le habría hecho más duro, con el tiempo, refrenar el impulso de ponerse en contacto político directo con este proletariado para el que vivía de lo que, careciendo de dichas dotes, pudo hacerlo, dentro de la trayectoria general de su vida y con un compañero permanente de trabajo y de lucha como Marx. Que un hombre como él sabía renunciar a un éxito rápidamente conseguido y ostensible lo revelan las consideraciones de su carácter, que

el biógrafo puede apreciar a cada paso: la reciedumbre de su temperamento, la fuerza y la pureza de sus convicciones y su total inmunidad a las tentaciones del más peligroso de los enemigos, el peor seductor del hombre, que es la soberbia.

Nunca, desde 1838, en que salió por vez primera al extranjero, había permanecido tanto tiempo en la casa paterna como ahora. Y nunca tampoco había podido percatarse con tanta claridad de cuán inseparable era el abismo que separaba sus anhelos y convicciones de las ideas tradicionales que seguían imperando en aquella casa. Todo parece indicar que, hasta entonces, había tratado, hasta cierto punto, de mantener oculta ante ella la actividad que como publicista desarrollaba al servicio de una manera de pensar que su padre, conservador hasta el tuétano, jamás habría aprobado. Al referirse a la aparición de los *Anales franco-alemanes*, en los que, como sabemos, se presentaba con su verdadero nombre, la *Gaceta de Barmen*, respetando los deseos de la prestigiosa familia, seguía llamándolo por su viejo seudónimo de Federico Oswald.

Había llegado, sin embargo, la hora de que tratara de llegar con su padre a un acuerdo acerca de los rumbos de su futuro y, tratándose de esto, no era posible que guardara demasiados miramientos. Poco después de su regreso, se había dejado convencer de la conveniencia de intentar de nuevo trabajar en la oficina de la fábrica de su padre. Diversos motivos le impulsaron a ello: la idea de casarse, que no llegó a cuajar, las persuasiones del prometido de su hermana María, persona a la que estimaba personal y políticamente, y, por último, las caras tristes y hurañas de sus padres, que sospechaban cuáles eran sus intenciones. Pero le bastaron dos semanas para convencerse de que lo que se proponía no era fácil.

“Esto de los negocios es abominable”, le confesaba a Marx en carta de 20 de enero de 1845, “Barmen es abominable, pero lo más abominable de todo es el hecho de ser uno, no sólo burgués, sino incluso fabricante, es decir, un burgués activo en contra del proletariado. Solamente con pasar dos días en la fábrica del viejo ha sido suficiente para representarme de nuevo toda esta realidad abominable, de la que me había olvidado un poco. Había llegado a creer, naturalmente, que podría seguir en los negocios hasta que me conviniera y escribir luego algo que me malquistara con la policía, para cruzar luego la frontera como el que no quiere la cosa, pero ni siquiera pensando así puedo resistir. Si no tuviera que dedicarme a registrar diariamente en mi libro las cosas más atroces de Inglaterra, tal vez me hubiera apoltronado un poco, pero, por lo menos, esto me hace bullir la sangre. Tal vez un comunista pueda ser hacia afuera burgués y traficante, a condición de no escribir. Lo que ya no puede concebirse es hacer propáganda comunista en gran escala y dedicarse, al mismo tiempo, a los negocios y la industria. En resumen, para Pascua me iré de aquí”.

Ningún hombre que sienta el mandato indeclinable de marchar hacia el futuro se libra de luchar contra el mundo en que vive, cuando la nueva ley a que quiere ajustarse choca con la tradición en que ha sido educado. La “vida embotadora en el seno de una familia acérrimamente cristiano-prusiana”, en un

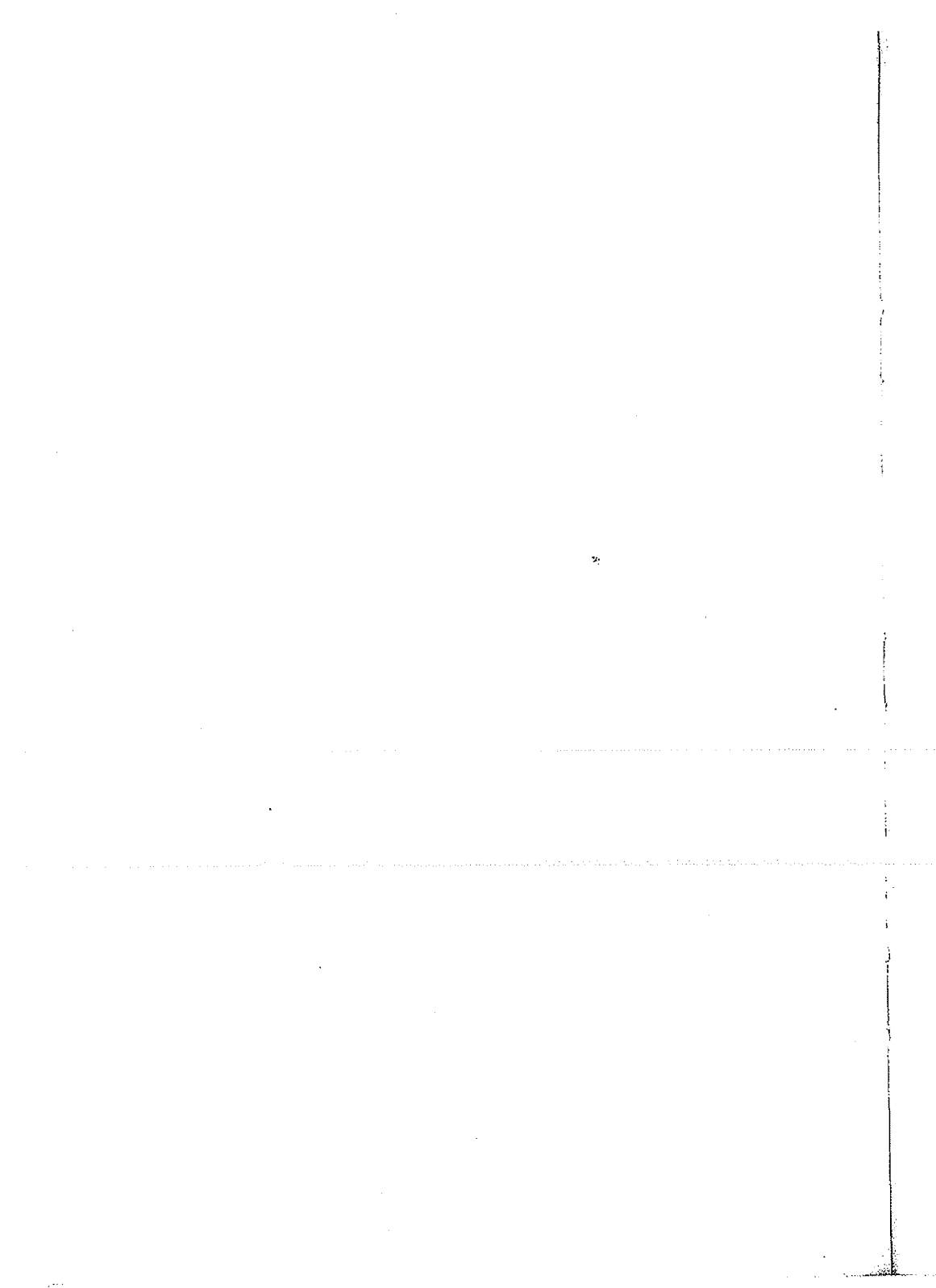
ambiente del que temía que pudiera llevarle, si no se sacudía su influencia, a contaminar el comunismo con el filisteísmo, se le hacía a aquel joven vehemente tanto más insoportable cuanto más había ido acumulándose, en los últimos años, el material conflictivo entre sus ideas y las de "su fanático y despótico padre". Este hubo de comprender, al fin, que su obstinado empeño en educar al hijo mayor para que le sucediera al frente de la empresa industrial de la que era propietario se estrellaba contra la realidad. Se mostró dispuesto a costear los estudios científicos de Federico en la cercana ciudad universitaria de Bonn. Lo que bajo ningún concepto toleraría era que su hijo se dedicara, con su ayuda, a trabajar en pro del comunismo. Estaba ya perfectamente enterado de que el mozo no se recataba para hacer propaganda en favor de sus ideas bajo el propio techo paterno y que la policía seguía el rastro de quienes lo visitaban en su domicilio.

El conflicto estalló abiertamente cuando el hijo hizo a un hombre como su padre, un fabricante respetable y el patriarca de la congregación eclesiástica de la ciudad, la afrenta de dirigir la palabra a una asamblea pública como orador comunista. El 17 de marzo, Engels se quejaba amargamente, en carta a Marx, de la "apenada vida" que se veía obligado a llevar en su casa y de "las caras tan largas" con que la familia le miraba. "No puedes hacerte idea", le decía, "de toda la perfidia que ponen en la cacería que han desatado para rescatar mi 'alma'. En cuanto mi padre descubra la existencia de la *Crítica crítica*, puedes estar seguro de que me pone de patitas en la calle".

Aparte del "fanatismo religioso" y de la rabia que le da saber que estoy "definitivamente resuelto a dejar los negocios", en su padre —le decía— "se ha declarado un feroz fanatismo burgués". Pero, como estaba decidido a irse de allí "más o menos en un par de semanas", procuraría no armar jaleos y dejar que todo le resbalase. "Si no fuera por mi madre, a la que amo de veras, que tiene gran fondo humano y se deja llevar en todo del jefe de la casa, te aseguro que no haría ni la menor concesión a mi fanático y despótico padre".

Las relaciones entre padre e hijo acabaron haciéndose tan desagradables, que podemos decir que la providencial policía le hizo tal vez un gran favor al segundo al mostrarse alarmantemente interesada por su persona. Si llegaban a detenerle en Barmen, tal vez incluso en la casa paterna, sería un escándalo y una vergüenza para el orgulloso fabricante. Por eso éste no tuvo gran cosa que oponer cuando Federico decidió ponerse a buen recaudo al otro lado de la frontera belga.

Entre los filisteos del Wuppertal corrió el rumor de que aquel joven a quien no acababan de comprender había tomado un barco para América. Naturalmente, no había tal cosa. Engels se había apresurado, sencillamente, a trasladarse a Bruselas, donde, desde febrero de 1845, se encontraba ya Marx, expulsado de París a instancias de la policía prusiana. Una vez lejos, ya no volvió a pensar ni por asomo en regresar, como no fuera de visita, a la casa paterna. Y en nada quebrantó su firme decisión el hecho de que el padre le cortara toda ayuda financiera.



CAPÍTULO IX

LA IDEOLOGÍA ALEMANA

Si Engels se sentía atraído por la capital de Bélgica era, exclusivamente, por la presencia allí de Marx. Fuera de esto, nada podía interesarle de un país en que el capital y la Iglesia gobernaban sin cortapisas, sin necesidad de recurrir a medidas de violencia contra un proletariado al que no se reconocía ni el más mínimo derecho.

En junio, todavía pensaba volver a Barmen para asistir a la boda de María con Emilio Blank, coterráneo y amigo suyo. Pero, el 31 de mayo, comunicaba por carta a su hermana que sintiéndolo mucho no podría estar presente en la ceremonia, ya que, "en las circunstancias en que se encontraba", el viaje podía exponerle a contratiempos si trataba de cruzar la frontera sin pasaporte y el señor Haudy, director de la policía de seguridad de Bélgica, le disuadía de ello, ya que los papeles que tenía eran buenos *pour sortir de la Prusse, mais pas pour y rentrer*.

"Me veo, pues, obligado —decía la carta a la hermana—, sintiéndolo mucho, a quedarme aquí y a celebrar tu boda desde lejos y con la imaginación. Lo que sobre todo os deseo es que ese amor que os ha unido y que hace de vuestra unión algo tan hermoso y tan puro os acompañe a lo largo de toda la vida. Puedes estar segura de que, entre las muchas felicitaciones que recibiréis, no habrá ninguna más sincera, más calurosa y cordial que la mía. Ya sabes que, para mí, has sido siempre, entre mis hermanos, la preferida, que siempre he tenido en ti la mayor confianza... ¡Que seáis muy felices!"

En Bruselas, Engels sentíase, por primera vez en su vida, libre de toda traba. Ninguna actividad profesional desagradable le agobiaba, nadie le obligaba allí a guardar consideraciones a su posición social o al juicio de otros. ¡Y con qué irrefrenable ardor disfrutaba de aquella libertad! Fue ahora cuando Marx y él, en el trato diario, aprendieron a conocerse el uno al otro en todas sus cualidades humanas y a estimarse y respetarse mutuamente en su valor intelectual. Vivían los dos, puerta con puerta —Marx, con su esposa— en el suburbio Seint Josse ten Noode, habitado principalmente por pobres y que

todavía hoy queda a pocos minutos del centro de la ciudad. Nunca su comunidad de trabajo volvería a ser tan completa ni verse tan favorecida por las circunstancias como durante aquellos años anteriores a la revolución, en los que, inseparablemente unidos, sentaron definitivamente, en la teoría y en la práctica, los fundamentos de su posición histórica.

En el verano de 1845, a poco de llegar Engels a Bruselas, hicieron ambos un viaje a Inglaterra. Engels pretextó ante su familia que iba a recoger los libros dejados por él en Manchester, pero es muy probable que le moviera sobre todo el deseo de reunirse con Mary Burns, la mujer que, sin haber llegado a formalizar matrimonialmente su unión, habría de ser la compañera inseparable de su vida.

Marx le acompañó para conocer Inglaterra bajo la experta guía de su amigo y para consultar algunos viejos libros ingleses, que era difícil encontrar en el continente y que necesitaba conocer con vistas a sus estudios económicos, en los que estaba engolfado y que ya jamás abandonaría. Fueron para los dos semanas muy fructíferas. Todavía en 1870, recordaba Engels a su amigo aquel ventanal de la biblioteca de Manchester por cuyos cristales de colores veían a todas horas un cielo claro y despejado.

Pero aquella estancia en Inglaterra tuvo también sus lados políticos. Engels, que cuidaba mucho sus viejas relaciones con el ala izquierda del cartismo, puso a Marx en contacto con Harney y con sus amigos más cercanos. A partir de ahora, se convirtió en colaborador regular del *Northern Star*.

En las columnas de este periódico cartista refutó, en setiembre de 1845, un punto de vista que él mismo sostuvo anteriormente en *The New Moral World*, órgano de los owenistas, cuya publicación se había suspendido. Era falso —decía ahora— que, en Alemania, la revolución pudiera partir de la juventud intelectual. Aunque también en el campo de la burguesía hubiera, entre los alemanes, demócratas e incluso comunistas, opinaba que su posición social de explotadores y gentes dedicadas al lucro se encargaría muy pronto de curarles del comunismo. La llamada a llevar a cabo la gran revolución sería la clase obrera, la que desde los disturbios de los tejedores se preparaba activamente para ella mediante huelgas y revueltas. Y terminaba con esta categórica afirmación: "Nosotros no creemos en las clases medias".

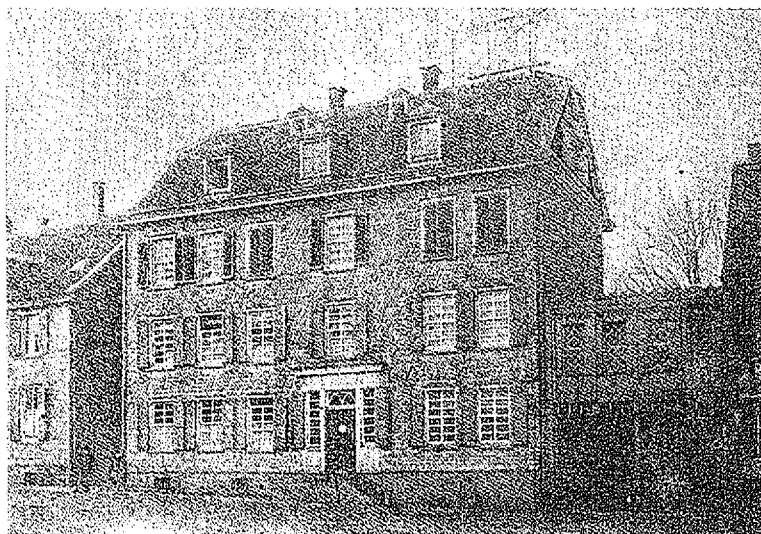
Fueron, al parecer, estas manifestaciones las que movieron a Harney a rogar a su corresponsal que hiciera a los obreros ingleses, en el periódico, una detallada exposición de la situación en Alemania, de la que sabían muy poco. A este deseo respondió Engels con dos artículos publicados en el *Northern Star* a comienzos de noviembre, en los que se reflejaba con toda claridad el gran cambio que en él se había operado. Pero, al enjuiciarlos, no debemos olvidar que sólo se trataba de un estudio de circunstancias, escrito a vuela pluma y para lectores bastante primitivos. Estudio que, desde luego, no puede compararse con las páginas que sobre el mismo tema, y casi por los mismos días, hubo de redactar Marx, tras una meticolosa investigación.

Engels ofrece aquí a los trabajadores ingleses, que no tenían ni la más



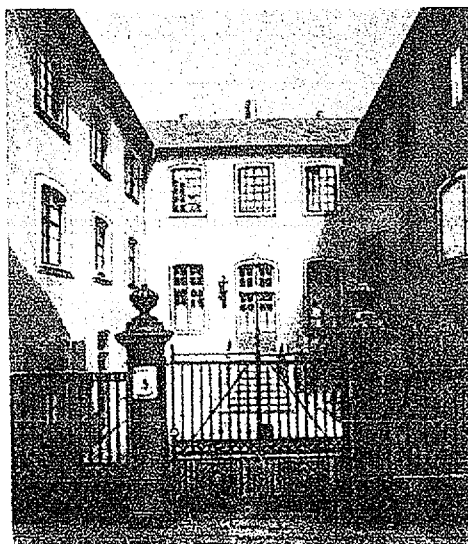
Friedrich Engels

Friedrich Engels a la edad de 19 años.



La casa donde nació Engels, en Barmen.

Alte
Geschichte
nach dem Vortrage d
des
Herrn Dr. Clausen
ausgegeben
von
FR. ENGELS.



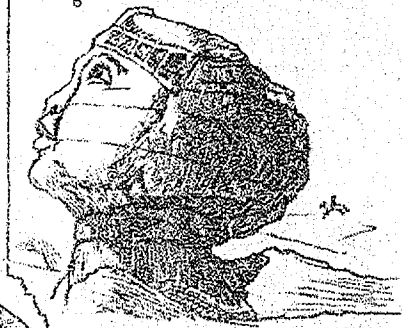
Portada de un cuaderno escolar
de historia de Engels.

Instituto de Enseñanza Media
de Elberfelder.



Los padres de Engels.

Die colossale Sphinx bei Cairo.



Die Pyramiden bei Cairo in Aegypten



Waldschmied

Handwerker

Fräulein

Der tolle, wilde Kavalier



Imagination
des Flakisches

Wir Friedrich
oberster Post im Bremen

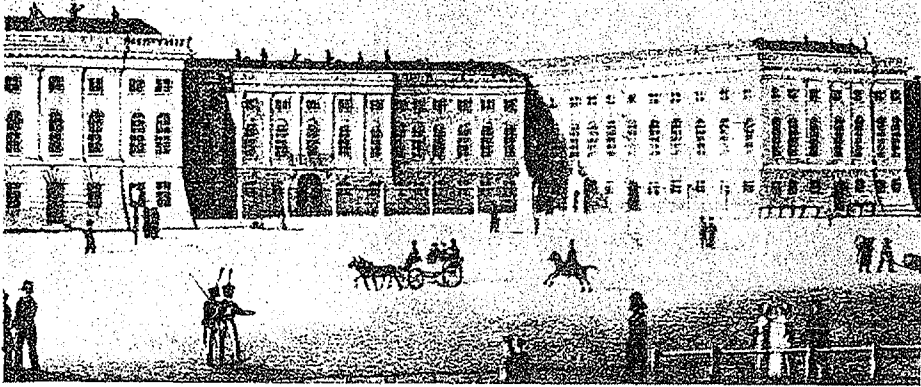
Z E C H E R

Ihren Kund und zu wissen allen Bergangenen,
Abwesenden und Zukünftigen
Dass für sämtliche Welt sind faule Menschen,
Widerstand zu eignen Exzellenz Dahnische
beabsichtige Cavalieren sind so wider

Gegeben auf unsern Comptoir book,
Zur Zeit da wir nicht den Kätz jagung
sein und fangen



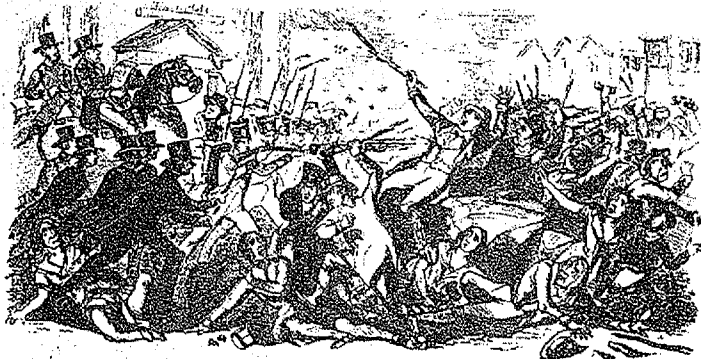
Andersheit des Nationalmanns



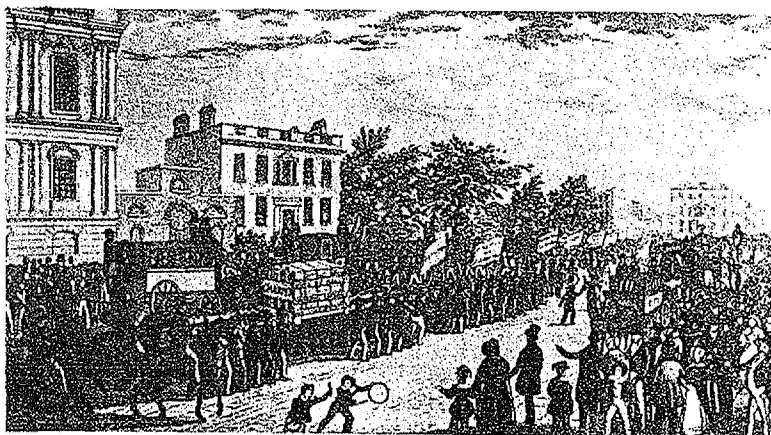
La Universidad de Berlín en 1840.



Los jóvenes hegelianos de Berlín, los llamados libres,
caricaturizados por Engels.



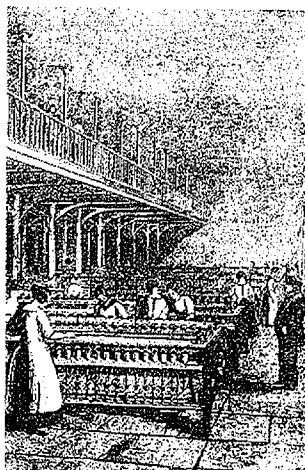
Combate callejero
entre soldados
y huelguistas cartistas,
en Preston, 1842.



Manifestación cartista
rumbo al Parlamento,
portando
una petición, 1842.



Portada de
la primera edición
de *La situación de
la clase obrera
en Inglaterra*.



Nave de
una hilandería
en Inglaterra,
alrededor de 1850.



Ludwig Feuerbach



Georg W. F. Hegel



David Ricardo



Georg J. Harney



Ernst Dronke



Ferdinand Freiligrath



Wilhelm Wolff



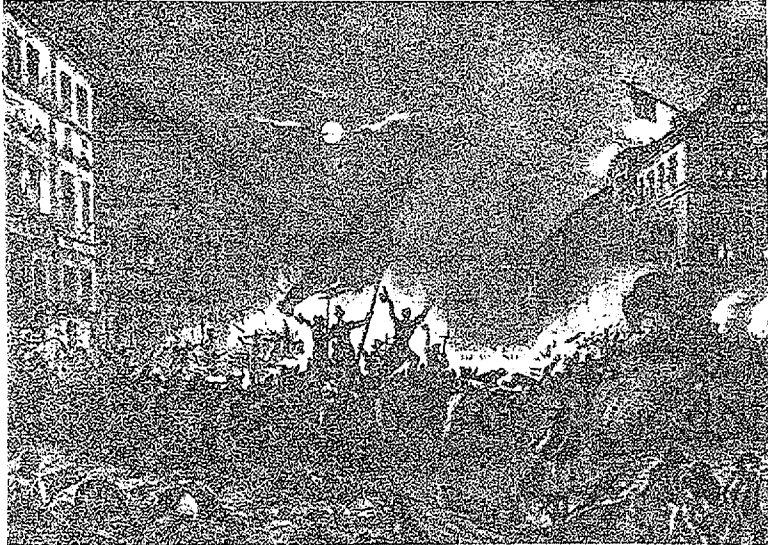
Georg Weerth



Ernst Jones

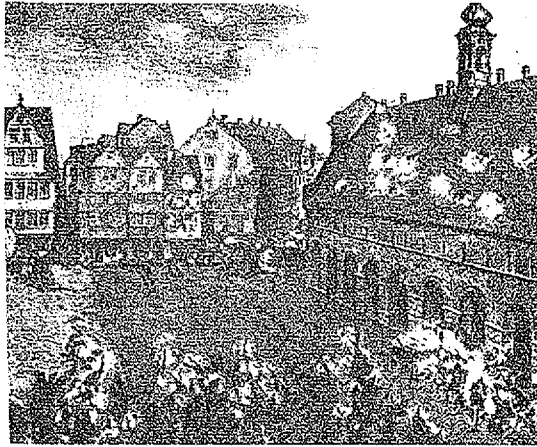


Friedrich Engels en 1845.

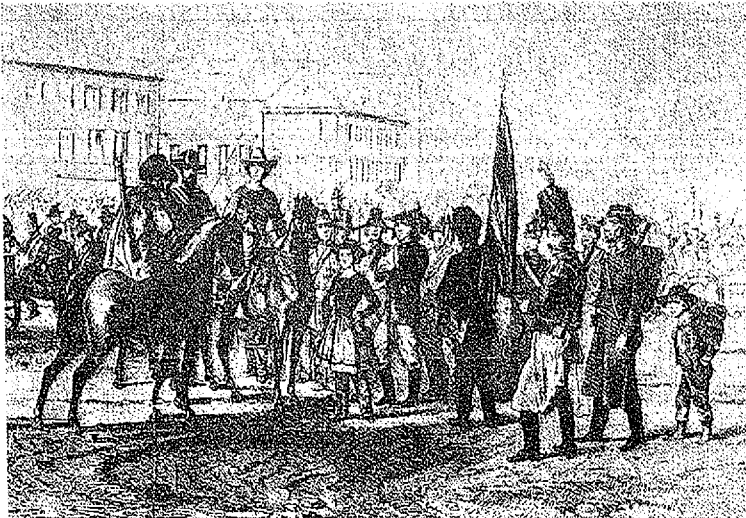


Luchas y barricadas en las calles de Berlín, en marzo de 1848.

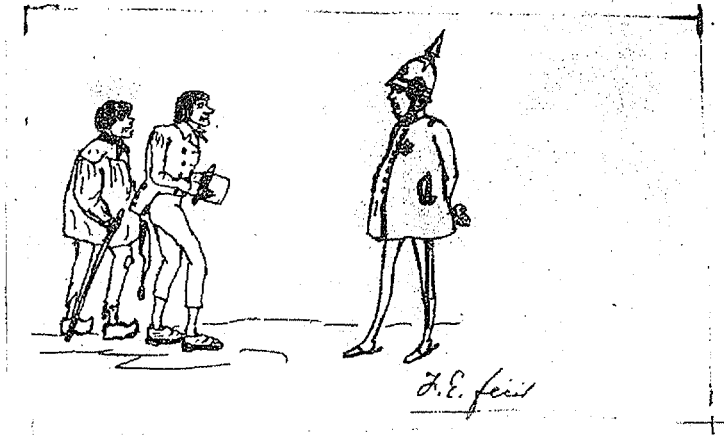




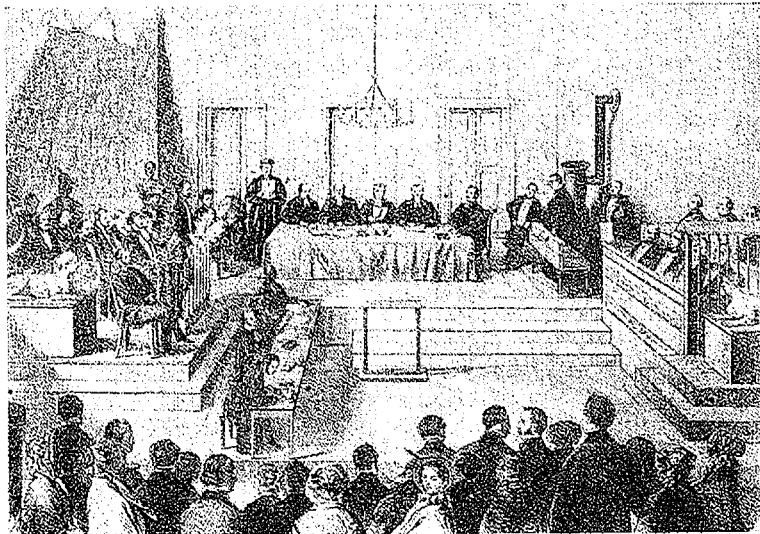
Rebelión en Franckfort del Meno.
18 de septiembre de 1848.



Entrada de las guerrillas del Palatinado en Karlsruhe, en junio de 1849.



Caricatura de Engels sobre Federico Guillermo IV y la burguesía prusiana.



Proceso de Colonia contra los comunistas, ante el tribunal de jurados, en octubre/noviembre de 1852.

Stedbrief. Auf Grund der durch den königl. Instructionsrichter erlassenen Vorführungsbefehle ersuche ich die betreffenden Civil- und Militär-Behörden, auf folgende Personen, und zwar: 1) Friedrich Engels, Redacteur der „Neuen Rheinischen Zeitung“, geboren in Barmen, jetzt wohnhaft in Köln; 2) Peter Paul Franken, angeblich Professor der Magie, hieselbst geboren und wohnhaft; 3) Carl Christmann, Summarrichter, hier wohnhaft, welche sich der gegen sie wegen des im Art. 96 des Straf-Gesetz-Buches vorgesehenen Verbrechens eingeleiteten Untersuchung durch die Flucht entzogen haben, und deren Signalement ich nachstehend mittheile, vigiliren und sie im Betretungsfalle verhaften und mitzuführen zu lassen.

Elberfeld, 6. Juni 1849. Für den Ober-Procurator,
Der Staats-Procurator, Eichhorn.

Signalement. 1) Engels. Alter 26 bis 28 Jahre, Größe 5 Fuß 6 Zoll, Haare blond, Stirn frei, Augenbrauen blond, Augen blau, Nase und Mund proportionirt, Bart rötlich, Kinn oval, Gesicht oval, Gesichtsfarbe gesund, Statur schlank. Besondere Kennzeichen: spricht sehr rasch und ist kurzichtig.

Orden de busca y captura contra Engels, publicada en la *Gaceta de Colonia* el 9 de junio de 1849.

En virtud del auto de comparecencia emitido por el Juez de su Majestad, pido a las autoridades civiles y militares competentes que localicen a las siguientes personas: 1) Federico Engels, redactor de la *Nueva Gaceta Renana*, nacido en Barmen, últimamente con domicilio en Colonia; 2) Peter Paul Franken, supuesto profesor de magia, nacido y domiciliado en ésta; y 3) Carl Christmann, trabajador en la industria de la goma, con domicilio en ésta, los cuales, después de haber incurrido en falta según los delitos previstos en el artículo 96 del Código Penal, se han sustraído a la instrucción de la causa, dándose a la fuga; y que en caso de ser sorprendidos se les aprese y haga comparecer ante mí.

ELBERFELD, 6 de junio de 1849. Por el Procurador General,
El Procurador de Estado, EICHHORN

Señas personales: 1) Engels, edad entre 26 y 28 años, estatura 5 pies 6 pulgadas, el pelo rubio, frente despejada, cejas rubias, ojos azules, nariz y boca proporcionada, la barba rojiza, barbilla ovalada, cara ovalada, color de (la) cara sano, tipo delgado, señas especiales: habla muy rápido y es miope (corto de vista).

Portada de la edición de marzo de 1848 del *Manifiesto del Partido Comunista*.



Manifest

der
Kommunistischen Partei.

Veröffentlicht im Februar 1848.

Proletarier aller Länder vereinigt euch.

London.

Schreibt in die Office der „Bildungs-Gesellschaft für Arbeiter“
von J. C. Gutzford,
25, Liverpool Street, Dorotheenstr.

Neue Rheinische Zeitung. Organ der Demokratie.

Number 1, Bonn, Saturday, June 1, 1848. The page contains the masthead, publication details, and the beginning of the text of the Communist Manifesto, including the famous opening line 'Proletarier aller Länder vereinigt euch.' The text is arranged in columns and includes various sub-sections and headings.

Primera página del número 1 de la *Nueva Gaceta Renana*, con fecha 1 de junio de 1848.

remota idea de ello, una síntesis de la historia de Alemania desde finales del siglo XVIII. Aunque los príncipes y la nobleza salen, una y otros, muy mal parados de su pluma, no les culpa exclusivamente a ellos, sin embargo, de la pérdida de tantas hermosas provincias ni del embrollo interior y la privación de derechos imperantes en Alemania. Si la burguesía —dice—, durante la decadencia del Sacro Imperio Romano, hubiera aprovechado las circunstancias, como hizo en Inglaterra entre 1640 y 1688 y en Francia durante la revolución, para aliarse el pueblo bajo en contra de los opresores, habría sido posible acometer una obra de transformación del país, al derrumbarse los viejos poderes. Pero la burguesía, en Alemania, había fallado y los siervos del campo y el pueblo trabajador se habían visto en la imposibilidad de acometer nada por su cuenta.

El más fiel reflejo del desengaño producido por este indigno estado de cosas eran —decía Engels— el *Götz de Berlichingen* y *Los bandidos*. Pero aquellos habían sido poemas juveniles de Goethe y Schiller, quienes, más adelante, al hacerse viejos, no confiaban ya en el futuro de su país. La revolución francesa, comparable al retumbar del trueno, había venido a sacudir el caos de Alemania, y si las capas bajas del pueblo eran todavía demasiado ignorantes y se hallaban demasiado sojuzgadas para moverse, toda la burguesía y la parte más ilustrada de la nobleza se entusiasmaron con la Asamblea Nacional y los poetas cantaron al vecino pueblo que había sabido conquistar la libertad. El cuadro cambió cuando, con la caída de la Gironda, trató de convertirse en realidad la soberanía del pueblo; entonces, lo que había entusiasmado a aquellos alemanes como teoría, los aterrorizó, al verlo convertido en práctica. Vino luego la inundación de Alemania por los ejércitos franceses, que, a su paso, desmontando la selva virgen de la sociedad cristiano-germánica, derruían por todas partes señoríos feudales, obispados y abadías. Napoleón se encargó enseguida de completar la obra. Engels, quien en 1841 había llegado a componer un poema en honor del gran corso, cuando su cadáver fue sepultado bajo la cúpula de los Inválidos, veía en él, al igual que tantos renanos, no solamente a la manera de los viejos prusianos, al opresor de la independencia nacional, sino, sobre todo, al hombre que personificaba la revolución, al abanderado de sus principios y al destructor del feudalismo. El código que llevaba su nombre era, para él, "la consagración del principio de igualdad".

Y con la misma marcada unilateralidad trataba Engels, aquí, el levantamiento nacional contra el conquistador. El odio a Napoleón obligó a los alemanes, absorbidos hasta entonces en sus intereses privados, a ocuparse de los asuntos públicos. Aunque el bloqueo continental sentó las bases para una industria alemana, el pequeñoburgués sólo veía en él la causa de que tuviera que pagar más caros el café y el azúcar y el rapé, y ello bastaba para enfurecerlo contra Bonaparte. Maldecía a Napoleón por que llevaba a sus hijos a la guerra y, en cambio, simpatizaba con la aristocracia y la burguesía inglesas, es decir, con las verdaderas causantes y beneficiarias de todas aquellas guerras. Nada más falso que llamar a la "guerra de liberación" el período más glorioso de la historia alemana. Más justo sería considerarla como la más equivocada de las

empresas que debiera sacar para siempre los colores de la vergüenza a la cara de cualquier alemán honrado e inteligente. Ciertamente entusiasmó a muchos. Pero, ¿a quiénes? En primer lugar, a los campesinos, la clase más atrasada del pueblo, aferrada a los prejuicios de la época feudal y que preferían morir en el campo de batalla a retirar la obediencia a quienes sus padres y sus abuelos habían reverenciado como a señores. En segundo lugar, a los estudiantes y otros sectores de la juventud, que veían en aquella guerra una guerra religiosa y de principios. Enseguida, a una minoría de personas ilustradas, para quienes las ideas de la guerra iban unidas a ciertas concepciones en torno a la libertad y a las reformas liberales. Por último, a los hijos de los traficantes, mercaderes y especuladores, que luchaban por el derecho a comprar en el mercado más barato y a beber café sin achicoria, aunque envolviesen estos deseos en el ropaje de la fraseología patriótica.

Pero los resultados vinieron a demostrar que la meta de aquella guerra no era precisamente el liberar al país del despotismo. De haber sido así, los pueblos victoriosos, después de haber derrocado a Napoleón, habrían proclamado los principios de la igualdad y habrían disfrutado de sus bendiciones. Pero lo que en todas partes ocurrió, después de haber triunfado los viejos poderes, fue cabalmente lo contrario. Alemania siguió desmembrada y condenada con ello a la impotencia en el exterior, lo que precisamente la convertía en el mejor mercado para dar salida a las mercancías de la industria inglesa, que ahora se resarcía con creces de los subsidios pagados por ella durante la guerra. El despotismo siguió en pie. Las reformas implantadas en Prusia, la más importante de las cuales fue la creación de un ejército del pueblo, que en su día podría utilizarse también en contra del gobierno, han sido, simplemente, impuestos por el medio. Austria y Prusia siguieron mandando en Alemania de mutuo acuerdo y guiadas ambas por el mismo espíritu reaccionario; las Constituciones impuestas por ellas a los Estados medios tendían solamente a debilitar a sus gobiernos, pero sin asegurar a la burguesía, y mucho menos al pueblo, participación alguna en el poder.

Los empeños de la burguesía alemana carecieron de importancia mientras estuvieron limitadas a los Estados del Sur; sólo comenzaron a significar algo a partir del momento en que la burguesía prusiana despertó de su letargo. La monarquía había vivido durante varios años en la incuria y la apatía, sin hacer el menor caso de las promesas hechas al pueblo, hasta que el miedo a Napoleón fue desplazado por el miedo a los cambios revolucionarios.

Engels aconsejaba a los cartistas, acostumbrados a recordar en sus fiestas y reuniones a los grandes demócratas de todos los países que, entre los alemanes, no evocasen la figura del ignorante y beato Andrés Hofer, sino la de Tomás Münzer, el glorioso adalid de las guerras campesinas, y la de Jorge Forster, el Tomás Paine de los alemanes.

Era su propósito dedicar un artículo especial, que no llegó a escribir, a la situación de Prusia desde la revolución de julio. Sabemos, sin embargo, que a su juicio, el atraso en el desarrollo económico de Prusia, alrededor de 1830,

había impedido que las formas políticas de Francia, adecuadas para el avance de la burguesía, se aplicaran allí más que bajo la modalidad de las ideas abstractas, de principios valederos en y de por sí y de buenos deseos. Hasta que, a partir de 1840, la creciente competencia del extranjero había ido aglutinando con mayor fuerza los intereses desperdigados y propiciando en una burguesía orientada hacia el nacionalismo y el liberalismo la apetencia de aranceles protectores y de una Constitución.

Este ensayo escrito para un periódico inglés denota claramente los esfuerzos que Engels hacía, en aquellos días, por explicar la historia política y hasta la historia cultural partiendo de causas económicas. Y es que el estudio intensivo de la vida social, política, económica y espiritual de Inglaterra había aguzado su mirada y le llevaba con gran sagacidad al entrelazamiento de todos los campos de la vida y la actividad humanas. La visión dialéctica con que abordaba la ordenación de todas las observaciones de largo alcance le permitía sintetizar en un gran proceso armónico, situándose en el nuevo punto de vista a que se había elevado, el pasado, el presente y el futuro del mundo cultural.

No tenemos para qué poner de manifiesto aquí hasta qué punto habían mostrado el rumbo a la nueva concepción de la historia en cuya fundamentación y en cuyo desarrollo vemos incansablemente empeñados a Marx y Engels desde el verano de 1845, los sociólogos franceses e italianos, los economistas ingleses y los historiadores y socialistas franceses. A una biografía, que no se propone entrar en la historia de las ideas, le incumbe la tarea de contemplar y exponer las influencias directas, tal y como se hayan presentando, como hechos funcionales en la vida y la obra del personaje biografiado. Y tampoco es misión del biógrafo, en nuestro caso, el señalar todas y cada una de las interpretaciones unilaterales en que Engels haya podido caer, al deslindar y remover la tierra que más adelante habría de contribuir tan fecundamente a cultivar con nuevos métodos. En la ciencia como en la realidad, las revoluciones dignas de este nombre no se producen nunca sin violencia. Esta biografía plantea, sin embargo, un problema de dificultad muy peculiar, al que en adelante no podremos sustraernos. A partir del momento en que los pensamientos y los trabajos de los dos amigos se fundieron en una comunidad tan completa, debemos procurar cuidadosamente no perder de vista tampoco, después de mezclarse con la otra, más poderosa, la vena originaria que hemos venido siguiendo desde su misma fuente.

Engels consideraba como "el embrión genial de la nueva concepción del mundo", llamada a convertirse para él en estrella polar, las *Tesis sobre Feuerbach*, que Marx acababa de esbozar precisamente por los días en que él llegó a Bruselas. En ellas, se despojaba por vez primera de su vestidura ideológica al humanismo feuerbachiano al que ambos habían rendido acatamiento hasta entonces, aunque sin caer en lo fraseológico. Aquel abstracto humanismo que Moses Hess, Carlos Grün y los dos o tres conventículos socialistas influidos por ellos no habían sido capaces de concretar, se revelaba ahora como el precipitado ideológico de una determinada forma de sociedad: la sociedad burgue-

sa. Marx enfrentaba al humanismo puramente contemplativo de Feuerbach el materialismo práctico, que ya no se contentaba con interpretar el mundo, sino que pretendía transformarlo; oponía a la sociedad burguesa, desenmascarada como el meollo de aquel culto a la humanidad, la humanidad socializada.

Ya desde Barmen había intentado Engels, no hacía mucho, atraerse por entero a Feuerbach a su causa, pero se convenció de que el solitario de Bruckberg no era hombre para preocuparse "de intereses reales" y que lo que los dos amigos llamaban comunismo jamás podría ponerse en consonancia con lo que él entendía por tal. Esta experiencia personal le allanaba el camino para poder, ahora, seguir a Marx en su réplica al autor de *La esencia del cristianismo*. Y también se sintió inclinado a ello por el hecho de que le parecía notar que los últimos trabajos de este filósofo, a quien tanto había ensalzado en *La sagrada familia*, acusaban una gran decadencia. En una carta dirigida a Marx en el otoño de 1846 le dejaba ya entrever que Feuerbach había perdido para él el interés. Claro indicio de cuán aprisa se desarrollaban las ideas de Engels durante este primer año de convivencia con su amigo.

Poco después de regresar de Inglaterra, Marx y Engels se pusieron a trabajar en una obra que, bajo la forma de un ajuste de cuentas con la filosofía de los neohegelianos y Feuerbach, se proponía en realidad desarrollar en todos sus aspectos su nueva concepción económico-materialista de la historia. Lo mismo que habían hecho en *La sagrada familia*, también aquí, al alzarse al combate contra Bruno Bauer, contra Stirner y ahora contra Feuerbach y los "verdaderos socialistas", daban la batalla a su propia "conciencia filosófica de otro tiempo".

La ideología alemana (Crítica de la filosofía posthegeliana en sus representantes Feuerbach, B. Bauer y Stirner y del socialismo alemán en sus diferentes profetas): era el título de un manuscrito calculado para dos volúmenes en octavo, que Marx y Engels dejaron casi terminado entre el mes de septiembre de 1845 y el de agosto de 1846. Las victorias externas de este libro no dejan de ser notables.

El ojo vigilante de la censura hacía cada vez más difícil que obras de cierta extensión y previsiblemente condenadas a ser prohibidas encontraran un editor suficientemente audaz para lanzarlas. El mercado, decía Engels, no era lo suficientemente extenso para que algunos editores se especializaran en el artículo libros prohibidos y la lucha de los libreros con la policía era una verdadera guerra de guerrillas, que sólo podía librarse con éxito si se hacía participar en ella a muchos intereses. Al principio, probablemente los autores confiaban en que se decidiría a editar la obra uno de aquellos escritores afines al grupo de socialistas westfalianos de que hemos hablado. Como esta esperanza resultara fallida, se dirigieron a distintas casas editoriales establecidas en Berna, Herisau, Constanza, Darmstadt, Bremen, etc. Todo fue en vano. Y de nada sirvió tampoco el que, aunque de mala gana, los autores se decidieran a desglosar el voluminoso manuscrito en varios libros cortos, con objeto de encontrarle salida. No tuvieron más remedio que resignarse a que la obra quedase inédita.

Entre tanto, Marx había dado cima a su obra contra Proudhon, para la

que tampoco encontraba editor. En marzo de 1847, Engels le escribía desde París: "Si la colocación de nuestro manuscrito entorpece la de tu libro, manda al diablo nuestro mamotreto, guárdalo en un rincón, pues es mucho más importante que tu libro aparezca". En vista de aquellas invencibles dificultades, decidieron entregar su trabajo, literalmente, "a la crítica roedora de los ratones". Algún tiempo antes, Marx había consultado a Engels si en su *Filosofía de la miseria* podía adelantar algunas de las ideas de su obra en colaboración. Su amigo le contestó que no necesitaba preguntarle, que podía hacer con su obra común lo que mejor le pareciera. Desde el primer momento consideraron sus trabajos como patrimonio indiviso de ambos, sin preocuparse de deslindar la propiedad intelectual de uno de la del otro, pues lo único que les interesaba era la meta. Y ésta seguiría ya siendo para siempre común a ambos. A ninguno de los dos le hacía ninguna gracia que un tercero se apropiara sus ideas sin decir de dónde las había tomado, pero no se preocuparon en lo más mínimo de facilitar a la posteridad la identificación del patrimonio intelectual de cada uno. Y probablemente en ningún otro período de su vida resulta tan difícil establecer este deslinde como en éste, en el que por primera vez se esforzaban ambos a una por desentrañar sistemáticamente su concepción de la historia.

Mucho más de la mitad del manuscrito que ha llegado a nosotros, una parte como borrador y otra puesta en limpio, aparece escrita de puño y letra de Engels, con correcciones e intercalaciones de Marx. Una parte del capítulo, muy extenso, en que se polemiza contra Stirner, fue puesta en limpio por un exoficial de artillería prusiano, llamado Weydemeyer, residente también en Bruselas y que había sellado con Engels y Marx una amistad llamada a perdurar.

Sin embargo, los manuscritos por sí solos, la mano que los escribió, no ayudan, en este caso, a identificar la paternidad de las distintas partes de la obra. Como la letra de Marx era verdaderamente ilegible y la de Engels, en cambio, muy clara, muchas veces éste no se limitaba a sacar en limpio las partes ya redactadas, sino que tomaba también la pluma para registrar sobre el papel, en una primera versión, las ideas previamente discutidas. Y no cabe duda de que, siendo él el más suelto y expeditivo de los dos, se encargaría de redactar por sí y ante sí, para ganar tiempo, tal o cual capítulo de la obra.

De Engels sabemos que llegó a escribir con una rapidez increíble ensayos y hasta folletos enteros, que luego echaba al cesto de los papeles por no encontrar editor, y que, muchas veces, ni siquiera se molestaba en poner a buen recaudo sus originales. Así pues, si queremos tratar de discernir la parte que a cada uno de los dos amigos corresponde en esta obra eminentemente colectiva, no tenemos otro camino que recordar lo que ya hemos dicho acerca de las cualidades de temperamento y la trayectoria de cultura de cada uno. Engels ha dicho y repetido insistentemente que fue Marx quien descubrió la fórmula general de su concepción de la historia, con la que él, Engels, se encontró, ya perfilada, al reunirse con aquél en Bruselas, en la primavera de 1845. Reconoce, sin embargo, lo que nosotros hemos podido confirmar plenamente, a saber: que también

él había ido acercándose paulatinamente a esta idea por su cuenta, varios años antes de 1845, y que su libro sobre *La situación de la clase obrera en Inglaterra* atestigüa hasta dónde había avanzado por sus propios medios en esta dirección.

En su último artículo escrito en mayo de 1845 para el *New Moral World*, que dejó de publicarse poco después, Engels llamaba a Bruno Bauer y Stirner "los únicos adversarios serios del comunismo". Quería decir con ello que eran los únicos que en Alemania habían tratado de combatirlo en el terreno de la teoría. Por eso, cuando él y Marx se decidieron a poner a prueba las nuevas armas que habían forjado, tenían que esgrimir las, naturalmente, contra quienes hasta ayer pensaban como ellos. Contra adversarios que se limitaban a perseguir el comunismo por la violencia seguían sobrando, naturalmente, las disquisiciones teóricas.

Sin embargo, para poder comprender la importancia que daban a este debate, la satisfacción que les causaba, el tiempo y el saber que derrocharon en él y toda la sagacidad de que hicieron gala, hay que tener presente una cosa, y es que, al proceder así, se consideraban como los mandatarios de una nueva época de la historia que alborcaba y se erigían en jueces frente a los epígonos de la filosofía especulativa ya periclitada. Y estaremos, así mismo, en mejores condiciones para sobreponernos al prolijo método, tan recargado y barroco, que creyeron oportuno emplear contra Stirner, Bauer y otros, si no perdemos de vista algo muy importante, y es que vemos desplegarse aquí ante nosotros, con gran fuerza plástica, una parte del proceso llamado a convertir a la Alemania del pensamiento puro en la Alemania de la acción revolucionaria y que nos permite percibir de un modo muy directo cómo el ocaso de la era filosófica está a punto de trocarse en la aurora de una nueva era, basada en luchas reales. "El problema de descender del mundo del pensamiento al mundo de la realidad se trueca en el problema de pasar del lenguaje a la vida". Son palabras de Marx y Engels en su obra durante tanto tiempo inédita. Nadie con más títulos que ellos para figurar en la pléyade de aquellos alemanes representativos que enseñaron a sus compatriotas, quienes con el tiempo llegaron a ser, tal vez, discípulos demasiado aprovechados, a contemplar todas las cosas de este mundo con los ojos de este mundo.

La verdad es que la respuesta que Bruno Bauer dio en la *Revista trimestral* de Wigand a los ataques de *La sagrada familia* había aportado muy pocas cosas concluyentes. Revelaba, además, una actitud tal de infalibilidad pontificia, que no valía la pena empuñar de nuevo la lanza para arremeter contra un caballero al que ya se había hecho morder el polvo. Bruno Bauer no ha hecho más que confirmar la sentencia de muerte pronunciada contra él por Marx y Engels, leemos en una breve, pero categórica réplica, que, en noviembre de 1845, publicó Engels, sin firma, en *El espejo de la sociedad*.

No ocurría lo mismo con Stirner, cuya obra fundamental aún no había aparecido al redactarse *La sagrada familia*. Marx y Engels consideraban que su libro, brillantemente escrito, brindaba un asidero muy bueno para ilustrar a la luz de todos los problemas posibles su radical inversión de las relaciones entre los pro-

cesos ideales y los materiales y un magnífico indicio que permitía aducir públicamente la prueba de que los neohegelianos berlineses se habían metido en un callejón sin salida. Lo que ya Engels había escrito a su amigo acerca de *El único y su propiedad* bajo la impresión fresca de la lectura de la obra, antes de que conociera las páginas de Marx de *La sagrada familia*, había sido como el preámbulo a su ajuste común de cuentas con la ideología alemana, cuya culminación era precisamente el libro de Stirner.

Stirner ponía al desnudo como abstracciones de origen teológico tanto la fe de Bruno Bauer en la majestad del espíritu como la de Feuerbach en el hombre genérico y la de los verdaderos socialistas en el hombre real, y, con ello, infligía una derrota vergonzosa a todos los filósofos del radicalismo que pasaban por ser a los ojos del resto del mundo enemigos mortales de la religión. Ahora bien, ¿qué pasaría si se daba quince y raya a tan blasfemas canonizaciones y se demostraba que también las cabezas de estos ultraiconoclastas se hallaba nimbada por la aureola de la santidad? Pasaría que "los últimos filósofos", contra los que últimamente, estimulado por Marx y Engels, se había lanzado Moses Hess y a quienes los autores de *La ideología alemana* convocaban ahora al "Concilio de Leipzig", se convertían con ineludible consecuencia lógica en los últimos Padres de la Iglesia.

"San Bruno" y "san Max" abogan aquí (es decir, en el volumen tercero de la *Revista trimestral* de Wigand publicada en Leipzig y correspondiente al año 1845); "es de esperar que por última vez, en defensa de lo más sacrosanto, alias lo absoluto". Ante estos dos grandes inquisidores tiene que comparecer el hereje Feuerbach para responder de una grave acusación de gnosticismo. "Además de la indagación de estas justas acusaciones, se ventila aquí un proceso incoado por los dos santos varones contra Moses Hess y el de san Bruno contra los autores de *La sagrada familia*. Pero, como estos reos se mueven entre las 'cosas de este mundo' y ello les impide comparecer ante la Santa Casa, son condenados en contumacia a verse eternamente desterrados, mientras dure su vida natural, del Reino del Espíritu. Y por, último los dos grandes inquisidores se dedican a urdir extrañas intrigas entre sí mismos y del uno contra el otro". Después de arrojar del templo a todos los detractores del Concilio de Leipzig, "los dos grandes Padres de la Iglesia" sellan una alianza, que es como un duelo en el que, como dos mandarines, se hacen reverencias el uno al otro y dan por terminado el Concilio.

Si este marco literario, manifiestamente urdido por Engels, se hubiera mantenido rigurosamente, tal vez habría resultado un libro legible. Pero, como los autores lo escribieron más para divertirse ellos mismos que pensando en los lectores y, aunque campeen en él mucho ingenio y un verdadero derroche de espíritu ante muchas cuestiones, no cabe duda de que la composición de la obra, tal como la tenemos a la vista es, en general, bastante descuidada y da la impresión de que la prolija polémica, tan morosa en cuanto a los detalles, se sale del marco originariamente trazado. No creemos ser injustos con los autores si decimos que este texto, que seguramente habría sufrido ciertos cambios al ser

corregido para la imprenta, es una especie de cantera de materiales con los que, debidamente amalgamados, podemos construir su concepción de la historia, tal como ellos la veían, en la versión primera y más detallada que nos han dejado.

La primera parte de la *Ideología* contiene el debate con Bruno Bauer, Stirner y Feuerbach. Pero estos pensadores no son colocados los tres en el mismo plano, ni mucho menos. En el capítulo consagrado a Feuerbach, que quedó en estado fragmentario, tal vez porque Engels se demoró más de la cuenta en extraer los últimos escritos de dicho pensador, se señalan las limitaciones del maestro, pero tratándolo con el debido respeto. En cambio, a Bauer y a Stirner se les trata con un desprecio soberano. Lassalle, cuya obra sobre Bastiat-Schulze imita bastante las carnicerías que Marx y Engels se complacían en hacer por aquellos años, habría dicho que eran "destripados".

De san Bruno, de quien ya no quedaba mucho por decir, se afirma que anda azacanado por lograr que el público no se olvide de su crítica ya rancia, pero sin conseguirlo. Sigue cabalgando sobre su viejo jamelgo de batalla hegeliano, sin comprender que el problema de las relaciones entre autoconciencia y sustancia sólo puede resultar litigioso dentro de las especulaciones de Hegel, pero no influye para nada en el equilibrio europeo. Este santo varón se empeña en seguir considerando la "fraseología" filosófica en que se envuelve el problema real como el problema real mismo; y en llevar en la sangre, irremediablemente, la teoría hegeliana acerca de la preexistencia de las categorías creadoras.

Al llegar aquí, los autores descargan una granizada de acerbas burlas sobre "toda la mitología de los conceptos sustantivos, con el omnividente Zeus, que es la autoconciencia, a la cabeza". Interpretan el intelectualismo de los hegelianos, que tratan de ridiculizar, como el horror a todo lo sensual: san Bruno —dicen— es un santo del espíritu y aborrece profundamente la mácula pecaminosa de la carne.

Pero aparte de esta importante vertiente filosófica, el debate con Bruno Bauer tenía también su vertiente política. Había que demostrale a este hombre que, después de la supresión de los *Anales alemanes* y la *Gaceta renana* se había retirado de la política y daba por muerto el liberalismo, que, lejos de ello, el liberalismo había cobrado, en Alemania, existencia práctica y contaba con ciertas probabilidades de éxito solamente a partir del momento en que la verdadera burguesía, es decir, la burguesía creada por las relaciones económicas, había adquirido conciencia de la necesidad de alcanzar el poder político.

La *ideología alemana* aplica su lupa crítica, con una minuciosidad que puede incluso rivalizar con la de la misma obra criticada, al *El único y su propiedad*, de Max Stirner. Los autores no se contentaban con desenmascarar como un santo al pretendido iconoclasta; querían demostrar, y no escatimaron esfuerzo por conseguirlo, que aquel "ignorante maestro de escuela" que se las daba de tan radical era, en realidad, el fiel representante del pequeñoburgués alemán, trastornado por su sueño de llegar a ser burgués. San Max es un santo porque, exactamente lo mismo que aquellos a quienes se figura haber refutado, se aferra

al señorío del pensamiento sobre el mundo empírico, porque también se empeña en creer que son las distintas ideas las que crean las distintas situaciones de la vida y que "los fabricantes al por mayor de esas ideas, los ideólogos", dominan el mundo; porque también para él es la idea especulativa la fuerza motriz de la historia.

A los ojos de quienes se empecinan en este punto de vista —nos dicen los autores de *La ideología alemana*—, la historia se reduce simplemente a la historia de la filosofía, se convierte en una historia de espíritus y fantasmas, y la historia real, la historia empírica, de la que se nutre aquella historia de los espíritus, sólo les sirve para tomar de ella los cuerpos que los espíritus encarnan. En el fondo, Stirner confunde el mundo con su forma del mundo, con su fantasía febril acerca de él; ése es su mundo y el mundo que se apropia. Ese mundo es lo que él se representa y, así representado, hace del mundo su propiedad imaginaria.

Al glorificador sensible y suprasensible del disfrute de sí mismo se le hace ver, tanto a la luz de ejemplos históricos como en su propio *corpus vile*, "el entronque de toda filosofía del goce con los goces reales que ante él se ofrecen". Se le hace ver que su concepción y su cultura no son solamente alemanes, sino perfectamente berlineses, que el buen burgués de que habla su libro es, sencillamente, el filisteo de las cervecerías de Berlín: "El resultado local berlinés a que llega nuestro bravo santo, a saber: que el mundo entero ha cobrado cuerpo en la filosofía hegeliana, le permite, sin grandes quebraderos de cabeza, figurarse que dispone de su 'propio' imperio ecuménico". La filosofía hegeliana lo ha convertido todo en conceptos, en lo sagrado, en espíritus, en espectros. Stirner supera estas entidades en su propia imaginación y sobre sus cadáveres levanta su imperio universal "propio", "único", "corpóreo", que es el mundo ecuménico de este buen señor.

Donde más claramente se revela en él el pequeño maestro gremial arruinado y "moralmente" sublevado por la libertad industrial es allí donde proclama como el ideal social del comunismo "el disfrute honradamente ganado". Esta burda tergiversación de lo que es su propio ideal hace montar en cólera a los críticos: ¿quién, fuera de Stirner y de unos cuantos maestros, sastres y zapateros berlineses piensa en un disfrute honradamente ganado? ¡Y no digamos, atreverse a poner este dislate en boca de los comunistas, para quienes esta contraposición entre trabajo y disfrute carece totalmente de base!

Como conocían al dedillo al pobre maestro de escuela, que jamás había salido de Alemania y que desde hacía muchos años no había puesto los pies fuera de Berlín, les resultaba relativamente fácil demostrar, de la mano de su método de interpretación realista, cómo había podido forjarse en su espíritu la loca fantasmagoría de *El único y su propiedad*. El pensamiento de un individuo cuya vida abarca un vasto círculo de multiformes actividades y relaciones prácticas con el mundo, que vive, por tanto, una vida multiforme, tiene el mismo carácter de universalidad que cualquier otra de sus manifestaciones de vida. "En cambio, tratándose de un maestro de escuela o de un escritor localizado en

Berlín, cuyas actividades se limitan a trabajar duramente, cuyo universo va de Moabit a Köpenick y se detiene ante la Puerta de Hamburgo y cuyas relaciones con su mundo se ven reducidas, por la posición que ocupa en la vida, a un miserable mínimo, es inevitable, si es que siente la necesidad de pensar, que piense en términos abstractos, tan abstractos como el individuo mismo de que se trata y como la vida que lleva y que el pensamiento se convierta para este hombre, carente de toda resistencia, en un poder arrollador, cuyo ejercicio da al individuo la posibilidad de liberarse momentáneamente del 'detestable' mundo en que vive, para disfrutar de un goce momentáneo".

Esta manera de "sondear" la personalidad espiritual del personaje analizado es posible que hubiese valido a Marx y Engels el aplauso de su antípoda Nietzsche. Así pues, su crítica de Stirner culmina en la demostración de que la rebelión predicada por él no pasaba de ser una fanfarronería sentimental, de que el verdadero egoísta era el más redomado conservador, el "Único" un filisteo cobarde e impotente y su ideal social algo perfectamente reaccionario.

A Feuerbach se le trataba con mayor indulgencia. En Bauer y en Stirner veían Marx y Engels, simplemente, charlatanes de feria filosóficos en los que se acusa un contraste tragicómico entre lo que realmente logran y lo que ilusoriamente creen lograr, pero en la filosofía de Feuerbach, incluso allí donde pasan por encima de ella, descubren siempre "gérmenes susceptibles de ser desarrollados". También a él le reprochan el que, en última instancia, no sepa qué hacer con el mundo sensible, ya que lo ve con las gafas del filósofo. No se da cuenta —le dicen— de que este mundo sensible no es algo perennemente igual e invariable, que nos haya sido dado de una vez para siempre, sino el producto de las sucesivas generaciones, cada una de las cuales se encarama sobre los hombros de la anterior. Lo acusan de absolutizar la naturaleza, sin comprender que también las ciencias naturales "puras" toman sus datos y sus materiales de la actividad sensible del hombre, por medio del comercio y la industria. Su concepción teórica del mundo sensible se circunscribe a la mera contemplación y a la mera sensación, y ello hace que se detenga en algo abstracto, en "el hombre", sin llegar al hombre que actúa y reconociendo al hombre real y corpóreo simplemente en la esfera de las sensaciones.

Las únicas relaciones humanas que Feuerbach descubre —le reprochan sus críticos— son el amor y la amistad; no se detiene a pensar ni de lejos en que la famosísima unidad del hombre con la naturaleza ha consistido siempre en la actividad humana de la producción. De ahí que Feuerbach recaiga en el idealismo precisamente allí donde "al materialista comunista" se le revela la necesidad y, al mismo tiempo, el factor condicionante de una transformación tanto de la industria como de la estructura social.

Marx y Engels reconocían a Feuerbach, sobre los "materialistas puros", el gran mérito de concebir al hombre como objeto sensible, pero sin saber llegar, ahondando más en ello, a la conciencia de que el hombre, además de objeto, es actividad sensible. De ahí que, en cuanto materialista, no tome en consideración la historia y de que, en su modo de ver la historia deje de ser

materialista. Materialismo e historia se bifurcan en él. Ahora bien, sus críticos se consideraban, según diría más tarde Engels, como "materialistas históricos", y no como materialistas "vulgares". Y no podían ver con buenos ojos, naturalmente, el que Feuerbach utilizase a la ligera la palabra comunista. Convertía de nuevo en una simple categoría el término que servía para designar a los adeptos de un determinado partido revolucionario. Demostrando que los hombres se necesitaban y siempre se habían necesitado los unos a los otros, trataba simplemente de crear la conciencia adecuada de una realidad existente, pero lo que al comunismo real y verdadero le interesaba era derribarla. En una palabra, Feuerbach llegaba tan allá como un teórico podría llegar sin dejar de ser teórico y filósofo.

El tomo segundo de la *Ideología* trataba de aquellos socialistas alemanes que, al igual que Engels y Marx, tendían a ir más allá del humanismo "teórico" feuerbachiano, pero que no encontraban el camino para salir de la maleza de la fraseología a la realidad, porque, llevados de su estrechez local, no acertaban a quitarse las anteojeras, mirar al otro lado de la frontera y asimilarse las enseñanzas de los países más adelantados de Occidente. Los críticos ajustan a estos socialistas las cuentas de modo parecido a como, poco antes, lo hiciera Engels en su introducción al fragmento de Fourier sobre el comercio, publicado en el segundo volumen del *Libro cívico alemán*.

En toda la *Ideología* y en todas las obras escritas por Engels y Marx durante este período y el siguiente, se expresa, de un modo reiterativo, la viva indignación de los autores ante el atraso económico, político y social de Alemania, ante la impotencia, la estupidez y el provincianismo de su burguesía, ante la mezquindad que acusaba todo el desarrollo del país desde la Reforma. Era un sentimiento que Marx y Engels compartían con todos aquellos alemanes de ideas radicales que por sus propios ojos habían podido ver, en Inglaterra y en Francia, estados de gran envergadura y sociedades de corte moderno. De ahí que la cerrazón de los enfiteutas retrasados, de un estrecho y acartonado patriotismo, los acusaran de traidores a la patria, como hacían con Börne, con Heine y con tantos otros buenos alemanes. El filisteo alemán no quería comprender que el amor que más beneficia a la patria no es aquel que, con grotesca ufanía, considera las instituciones de su país las mejores del mundo y no permite que nadie esté en contra de ellas, sino el que, con una visión a la larga mucho más fecunda, aunque, desde luego, más incómoda para los gobiernos, se desahoga en palabras coléricas y, a veces, incluso despectivas cuando ve que su país, al que le gustaría ver marchar hacia el ideal a la cabeza de todos, se queda muy rezagado y no dispone de otro medio que el de la crítica, por muy amarga que ésta sea, para hacerlo salir de su moralismo.

Engels, renano, demócrata y comunista, tenía en realidad poco que ver con el Estado de los Hohenzollern, nacido del reparto del poder económico y social imperante en la Alemania del otro lado del Elba. Pero era alemán en cuerpo y alma. Jamás olvidó que estaba entroncado con la sangre y la tierra alemanas, con la cultura y la ciencia del país en que había nacido. Y acarició

siempre como el deseo supremo de su vida el que este país, al que a su manera tanto amaba, marchase antes que cualquier otro hacia el ideal del futuro en el que tan arraigadamente creía.

En aquel preámbulo a su traducción del fragmento póstumo de Fourier a que más arriba nos referimos, Engels se lamentaba de que, ahora, los alemanes comenzaran a echar a perder también el movimiento comunista.

Los últimos y los menos activos, "en esto como en todo", creían poder encubrir su poltronería con el desprecio a sus predecesores y con la fanfarronería filosófica. Apenas existía el comunismo en Alemania y ya se veía acaparado por un tropel de mentes especulativas que creían hacer maravillas al traducir al lenguaje hegeliano tesis que en Francia y en Inglaterra eran ya lugares comunes, lanzando esta nueva sabiduría a los cuatro puntos cardinales como "la verdadera teoría alemana", a la vez que echaban lodo a la "detestable práctica", a los "ridículos" sistemas sociales de los estrechos ingleses y franceses.

Esta teoría alemana, siempre a la mano y dispuesta para todo, que había echado un vistazo a la filosofía hegeliana de la historia, ojeando después, si acaso, a Feuerbach, algunas obras comunistas y el libro de Lorenzo Stein, aderezaba a su modo y sin grandes dificultades el socialismo y el comunismo de los franceses y, por el solo hecho de asignarle un lugar inferior, creía haberlo "superado" "elevándolo" a la "esfera superior de desarrollo" de la "teoría alemana", que servía para todos los menesteres. No se les ocurría, naturalmente, ocuparse un poco de las cosas mismas que se trataba de "superar", de Fourier, de Saint-Simon, de Owen y de los comunistas franceses, pues "los escuálidos extractos del señor Stein le bastaban para alcanzar esta brillante victoria de la teoría alemana sobre los fallidos intentos del extranjero".

Entre todos los pomposos tópicos que se proclaman como principios fundamentales del verdadero y puro socialismo teórico alemán —según diciendo la *Ideología*—, no encontramos hasta ahora una sola idea que haya brotado en Alemania. Lo que los alemanes, que ya sería hora que dejaran de pavonearse tanto con su pretendida "fundamentalidad" han aprendido desde hace un año a retazos y, en el mejor de los casos, descubren hegelianizado o *a posteriori*, lo habían dicho ya mucho mejor y muy claramente los franceses desde hace diez, veinte y hasta cuarenta años.

Y Engels no exceptuaba de este juicio condenatorio en bloque ni siquiera sus propios trabajos anteriores. El mismo —nos dice— había tenido que pagar su tributo a la ideología del "verdadero socialismo", aunque sin caer nunca, es verdad, en su vacua fraseología. Y tenía toda la razón al hacerles ver a los socialistas alemanes que apenas habían tomado nada de los autores ingleses y de los franceses, sino solamente lo peor y lo más teórico, la esquematización de la sociedad futura, dejando a un lado tranquilamente la crítica de la sociedad existente, que constituye la base real, el principal objetivo de todo estudio de los problemas sociales y citando con desprecio, cuando lo citaban, a Weitling, el único alemán que realmente había aportado algo.

Engels se reía de las extravagancias cosmológicas de Fourier y, a pesar de

su admiración por el genial francés, del que, según él, habían partido muchas sugerencias llamadas a sobrevivir a los siglos, distaba mucho de seguirle más allá de su crítica de la sociedad burguesa. Ahora bien —nos decía aquí—, Fourier, antes de ponerse a construir especulativamente el futuro, había procurado llegar a conocer certeramente el pasado y el presente, mientras que el "socialismo absoluto" alemán aderezaba a su capricho la historia pasada y, sin más trámites, pasaba a ordenar al futuro el camino que había de seguir.

El socialismo alemán —había dicho Engels en aquel artículo del *Libro cívico*— era de una pobreza total: "Un poco de humanismo, como ahora se le llama a la cosa, un poco de realización de este humanismo o, por mejor decir, de este caos, un poco acerca de la propiedad, tomado de Proudhon —de tercera o cuarta mano—, un poco sobre las angustias del proletariado, la organización del trabajo, la deplorable pobreza de las asociaciones creadas para elevar el nivel de las clases bajas del pueblo, unido todo ello a una ignorancia absoluta en materia de economía política y en lo tocante a la sociedad real, y tenemos el asunto concluido".

Pero lo más intolerable para este juvenil y fogoso combatiente era que el socialismo criticado por él creyera poder abstenerse de la acción política, el que aquel ecléctico filantropismo que se atribuía el nombre de socialismo se declarase totalmente apolítico. Ello hacía que el "verdadero socialismo" perdiera, a sus ojos, hasta la última gota de sangre y hasta el último rastro de energía y demostrara de modo palmario que era una doctrina tediosa, incapaz de revolucionar a su país, de poner en marcha al proletariado, de enseñar a las masas a pensar por su cuenta y obrar.

De este modo, echaba Engels por la borda, con gran vehemencia, las doctrinas emanadas de los cenáculos de la *Gaceta de Tréveris* y de *El vapor westfaliano*. Y lo que en el citado artículo exponía habría de encontrar su plena fundamentación científica en el segundo volumen de *La ideología alemana*. La parte del manuscrito titulada "La filosofía del socialismo verdadero" vuelve a girar en torno al leitmotiv de toda la obra, al tomar a chacota a los "verdaderos socialistas", quienes no veían en la literatura comunista del extranjero la expresión de un movimiento real, sino una serie de manifestaciones puramente teóricas, emanadas todas ellas —al igual que pensaban de los sistemas filosóficos alemanes— de las fuentes del pensamiento puro. Desgajaban —vuelve a decir aquí Engels, repitiendo sus apreciaciones del *Libro cívico*— aquellos sistemas comunistas y socialistas del movimiento real, que sólo se limitaban a expresar para entroncarlos caprichosamente con la filosofía hegeliana y feuerbachiana; desglosaban lo que era la conciencia de determinadas esferas de vida históricamente condicionadas de estas esferas de vida mismas, y enjuiciaban dicha conciencia partiendo como fundamento de "la conciencia verdadera y absoluta, es decir, de la conciencia filosófica alemana".

Se ponía así de manifiesto, reiteradamente, que el verdadero socialismo era simplemente la traducción de las ideas francesas al lenguaje de los ideólogos

alemanes, la vulgarización bastardeada del comunismo para convertirlo en la ideología alemana. Estos ideólogos alemanes seguían creyendo que todas las escisiones reales producidas en la historia habían sido provocadas por la escisión de los conceptos. Y trataban de encubrir el deplorable papel que los alemanes habían desempeñado y seguían desempeñando en la historia real colocanco las ilusiones en que los alemanes habían sido siempre tan ricos en el mismo plano que la realidad. Y, como los alemanes se habían arrogado siempre y en todas partes el papel de conservar y revisar lo que hacían los otros, se consideraban llamados a erigirse en jueces del mundo entero y abrigaban la arrogante quimera de que Alemania era la que tenía que decir la última palabra acerca de toda la historia. Y si la estrechez nacional era siempre aborrecible, lo era mucho más todavía cuando se presentaba bajo la pretensión de estar por encima de la nacionalidad y de todos los intereses reales, pavoneándose con esta ilusión frente a los pueblos que confesaban abiertamente dejarse guiar por la realidad de los intereses.

Como todas las sectas de la ideología alemana, los "verdaderos socialistas" se consideraban como el partido fundamental de su época y, al devanar el largo hilo de sus propias fantasías, estaban seguros de que daban vueltas a la manivela del universo. No sospechaban siquiera que los verdaderos partidos radicales del extranjero, por encima de los cuales estaban seguros de remontarse, no tenían ni la más remota noción de su existencia. En realidad, este socialismo alemán no era otra cosa que la transfiguración del comunismo proletario y de los partidos y sectas franceses e ingleses más o menos afines a él, elevada al empíreo del espíritu alemán y del estado de ánimo de los alemanes. Como no le interesa nada el hombre real, sino solamente el hombre abstracto, cree poder suplantar todo lo que sea pasión revolucionaria por la filantropía general. Ya este sólo hecho indicaba que sus doctrinas no miraban tanto al proletariado como a las dos clases de hombres que eran todavía las que más abundaban en Alemania: los pequeñoburgueses, con sus ilusiones filantrópicas, y los ideólogos de esta misma pequeña burguesía, los filósofos y todos sus seguidores.

Donde más claramente se revelaba el carácter pequeñoburgués del "verdadero socialismo" era en el ropaje misteriosamente metafísico en que envolvía la teoría ya superada del sansimonismo acerca de la verdadera propiedad. Esta concepción totalmente ideológica expresaba clara y nítidamente —dice *La ideología alemana*— las ideas de una clase cuyos buenos deseos y piadosas aspiraciones tendían pura y simplemente a acabar con la carencia de propiedad. En las condiciones de hecho vigentes en Alemania y teniendo en cuenta, especialmente, la inexistencia de luchas prácticas reales de partidos, había respondido a una necesidad la aparición de una secta así, de carácter intermedio, que se proponía servir de mediadora entre el comunismo y las ideas imperantes. Pero este movimiento literario-social, que no nacía de intereses reales de partido, había perdido ya su razón de ser, a partir del momento en que se había creado un partido comunista. Si, a pesar de todo, se empeñaba en subsistir, se vería limitado cada vez más, forzosamente, a contar como público con los pequeñoburgueses.

burgueses, y como representantes de este público a impotentes y desmedrados literatos.

Era este un lenguaje que denotaba una gran conciencia de sí mismo en boca de dos hombres jóvenes, que se manifestaban así como los dirigentes del "partido comunista" alemán, acerca de cuya función tenemos aquí la primera noticia. En realidad, solamente podían contarse en este "partido", en aquellos momentos, dos personas, sus fundadores y, si acaso, media docena de intelectuales partidarios suyos; ningún obrero marchaba todavía tras ellos. Pero ello no era obstáculo para que afirmaran, con gran aplomo, que el programa, es decir, el conjunto de las metas de aquel partido, susceptibles de ser reducidas a una forma definida y clara, no podían responder a las ideas caprichosas de los fundadores de una secta, sino única y exclusivamente a las condiciones reales de vida de una clase social en disposición de aglutinarse para la acción política.

Y el resultado de su lucha teórica por esclarecer los problemas permitía a Marx y Engels remontarse a una concepción superior acerca de las necesidades del movimiento práctico. Sabían que las ideas más o menos utópicas de un Fourier o un Cabet, que hasta entonces habían prevalecido en el movimiento comunista en que militaban los oficiales artesanos alemanes, sólo respondían a la conciencia primitiva de un proletariado todavía incipiente. Sabían que dadas las relaciones de clase de un país entonces todavía subdesarrollado como Alemania, los fundamentos de su sistema sólo podían derivarse de las relaciones de la clase de que ellos mismos habían surgido. Les parecía natural que "el único sistema comunista alemán existente" el de Weitling, fuese la reproducción de las ideas francesas, aportadas a las concepciones necesariamente limitadas por las pequeñas relaciones artesanales. Y si los representantes teóricos del proletariado querían lograr algo con sus actividades literarias, debían decidirse a exponer las relaciones sociales tal y como existían en la realidad.

Pero, como Marx y Engels partían del supuesto de que también en Alemania se agudizaba diariamente la contradicción entre "los propietarios privados reales" y los proletarios carentes de propiedad, y de que esta contradicción empujaba necesariamente a una crisis, consideraban criminal el hecho de que los "verdaderos socialistas" trataran de paliar esta realidad por medio de frases. No es que no hubiesen considerado exagerado el temor de que el movimiento comunista alemán pudiera verse frustrado por unas cuantas frases. Pero en un país en el que la fraseología filosófica venía teniendo desde hacía siglos cierto poder y en donde la ausencia de las agudas contradicciones de clase que se daban en otras naciones no existía, borrando así los contornos de la conciencia comunista y paliando su fuerza y su firmeza, resultaba necesario salir con la mayor energía al paso de todos aquellos tópicos que podían contribuir a debilitar y diluir todavía más la conciencia del antagonismo total entre el comunismo y el orden mundial vigente.

Estos dos "materialistas prácticos", deseosos de salir de la sombría espesura de la ideología alemana, necesitaban un fundamento firme sobre el que construir un punto de partida empíricamente tangible, sólido y no obtenido por

medio de la abstracción. Pues bien, cuanto más ahondaban en el problema, más les parecía que la única premisa de que sólo era posible abstraerse en la imaginación la ofrecían "los individuos" reales, sus actos y sus condiciones naturales de vida, tanto aquellas con que se encontraban como las creadas por su propia acción; en otras palabras, los fundamentos naturales y las modificaciones sufridas por ellas en el curso de la historia.

De este modo, se descubre como el hecho histórico originario en la vida humana la producción de medios de vida, que es lo que comienza a distinguir al hombre del animal. Determinados individuos que se ocupan en producir de determinado modo contraen entre sí determinadas relaciones. Así, pues, Estado y sociedad se generan constantemente en base al proceso de vida de determinados individuos, no de aquellos que nosotros nos imaginamos u otros imaginan, sino de los individuos que realmente existen, es decir, tal y como viven y actúan y producen bienes materiales. Esta coherencia entre la estructura social y política y la producción puede ponerse de manifiesto en cada caso, irrefutablemente y sin caer en la especulación caprichosa ni en la mixtificación.

También la producción de las ideas y representaciones aparece directamente entrelazada, en los tiempos primitivos, con la actividad material y el intercambio material de los hombres. Los hombres son los productores de sus ideas y representaciones; los hombres tal como realmente actúan, condicionados por el determinado grado de desarrollo de sus fuerzas productivas y del intercambio congruente con ellas. El ser del hombre es su proceso real de vida, y la conciencia es siempre y no puede ser otra cosa que el ser consciente. El hecho de que, en cada ideología, los hombres y sus relaciones aparezcan invertidos como en la cámara oscura, es el resultado del proceso de su vida, histórico, exactamente lo mismo que la inversión de los objetos, al proyectarse sobre la retina, es el resultado directo de su vida física.

Los ideólogos parten siempre de lo que los hombres dicen, piensan, creen o se imaginan y, arrancando del hombre dicho, pensado, creído o imaginado, llegan al hombre real y corpóreo. Descienden del cielo a la tierra. Pero el camino certero es el contrario. Allí donde termina la especulación, es decir, en la vida real, allí comienza la ciencia real y positiva. Hay que partir del hombre activo, real y comprender, partiendo de él y de su proceso real de vida, los reflejos y los ecos ideológicos de este proceso de vida, entre los que figuran también las imágenes nebulosas que se forman en el cerebro de los hombres como sublimaciones necesarias de su proceso de vida material y sujeto a premisas materiales.

De este modo, la moral, la religión, la metafísica pierden toda apariencia de propia sustantividad y el derecho a vivir y evolucionar, a tener una historia propia y aparte. En efecto, al desarrollarse la producción y el intercambio materiales de los hombres, cambian también, con esta realidad, su modo de pensar y los productos de su pensamiento. Si se está de acuerdo en que la ciencia positiva real sólo comienza allí donde comienza la vida real, se llega a la conclusión de que la filosofía, en cuanto exposición de la realidad, pierde el

medio en que puede existir y, en su lugar, aparece, a lo sumo, una síntesis de los resultados generales que es posible abstraer del desarrollo histórico de los hombres. A este pensamiento dará más tarde forma definitiva Engels en su obra contra Dühring.

Sólo cuando la historia —leemos más adelante, en esta obra— expone el proceso activo de la vida, deja de ser una amalgama de hechos muertos, como los que presentan los empiristas, por muy abstractos que sean, o la acción imaginaria de sujetos imaginarios, como la que pintan los idealistas. Hasta aquí, la historiografía, o bien ha prescindido totalmente de la base real, materialista, o bien la ha considerado como algo accesorio que no guarda relación alguna con la marcha general de las cosas. La historiografía alemana, sobre todo, ha necesitado siempre recurrir a una pauta exterior de la historia, considerando como ahistórica la producción de la vida real y confiriendo rango histórico solamente a lo extra y ultraterrenal situado en un plano muy aparte de la vida común. Los franceses y los ingleses, por lo menos, veían la fuerza motriz de la historia en la ilusión política, "que es la más cercana a la realidad" e intentaron, hay que reconocerlo, escribir historias de la sociedad burguesa, del comercio y de la industria; en cambio, los alemanes buscaban el sujeto agente de la historia en la ilusión religiosa. Además, se olvidaban de todas las demás naciones y de todos los acontecimientos reales, y el teatro del mundo, para ellos, se reducía a la Feria del Libro de Leipzig y a los dimes y diretes de la "crítica", del "hombre" y del "único". Y, a la postre, creían haber reconquistado la Alsacia y la Lorena al apropiarse, en vez del territorio francés, de la filosofía francesa, y al germanizar, en vez de las provincias de Francia, sus pensamientos.

Ahora bien —prosigue el audaz razonamiento—, una vez que las ideas dominantes se han desgajado de las relaciones nacidas en una etapa dada del modo de producción, una vez que se llega, como resultado de ello, a la creencia de que en la historia gobiernan siempre las ideas, sólo hay que dar un paso más y estas diferentes ideas se convierten por abstracción en *la* idea, en *el* concepto dominante, y la historia es presentada, a la manera de Hegel, como una teodicea. Hasta ahora, la historiografía ha creído a cada época demasiado por su palabra, por lo que ella le decía y se imaginaba de sí misma, sin pararse a examinar hasta qué punto se dejaba llevar, en semejantes aseveraciones, por ilusiones de clase.

Afanosamente empeñados en poner de manifiesto la producción como el factor fundamental y determinante de la vida histórica y en llevar este postulado al conocimiento y reconocimiento general, los autores de *La ideología alemana* arrancan, en su argumentación, realmente *ab ovo*. La producción de la vida material es, para ellos, el hecho histórico primigenio, puesto que es la premisa indiscutible para producir los medios destinados a la satisfacción de las necesidades del hombre. La vida propia —nos dicen— se produce mediante el trabajo y la vida de otros mediante la procreación. Y la conciencia es, desde el primer momento, un producto social que sólo se manifiesta en el lenguaje. Conciencia y lenguaje nacen de la necesidad del intercambio con otros seres. Nece-

alidad que va haciéndose más y más apremiante a medida que el aumento de la población espolea la productividad y hace que, de manera constante, se desarrolle la división del trabajo.

Es esta división progresiva del trabajo la que crea las condiciones previas para que surjan la propiedad privada y las diferencias de clase. División del trabajo y propiedad privada son expresiones distintas de la misma cosa. Solamente allí donde se disocian la producción material y la producción espiritual puede llegar la conciencia a emanciparse de la práctica existente e imaginarse que representa algo, cuando no representa nada real. Solamente con la división del trabajo, que disocia la producción y el consumo, pueden entrar en contradicción entre sí los tres factores que son la fuerza productiva, la realidad social y la conciencia. La división del trabajo engendra la contradicción entre el interés del individuo o la familia y el interés común de todos los individuos relacionados por el intercambio y sólo ella condiciona la dominación de una clase sobre las demás.

Todas las luchas que se ventilan dentro del Estado, la lucha entre democracia, aristocracia y monarquía, la lucha por el derecho de sufragio y tantas más son formas puramente ilusorias bajo las que se debaten las luchas reales entre las distintas clases. Toda clase que aspira a dominar necesita, ante todo, conquistar el poder político. Y, para ello, se ve obligada, al principio, a presentar sus intereses como intereses comunes a todas las clases de la sociedad o, dicho en términos ideales, a dar a sus ideas la forma de ideas generales, extensivas a todos, a presentarlas como las únicas ideas racionales, que recaban y merecen el acatamiento general. Ya por el hecho de hallarse siempre frente a una clase, la clase revolucionaria no se considera como tal clase, sino como representante de toda la sociedad. Tampoco los liberales confesaban que sus tópicos eran, simplemente, la expresión idealizada de los intereses reales de la burguesía. La clase que domina materialmente es siempre, al mismo tiempo, la clase espiritualmente dominante. Quien dispone de los medios de producción material tiene también en sus manos los medios de producción espiritual. Las ideas dominantes en cada época no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales que en ella dominan.

Allí donde el poder se divide entre el rey, la aristocracia y la burguesía, se proclama como ley eterna la división de poderes. La forma del Estado es, pues, siempre la expresión práctica idealizada de la dominación de determinada clase y el Estado la forma en que los individuos de esta clase dominante hacen valer sus intereses comunes, en que se resume la clase burguesa de una época dada; es la sociedad burguesa en acción. Cuanto más se detalla el capitalismo y mayor es, por tanto, la influencia del Estado sobre la estructura de la propiedad, más tienden a desaparecer hasta las últimas apariencias de la independencia del Estado frente a la sociedad burguesa de una época dada. Estas apariencias se dan solamente en aquellos países en que los estamentos no se han desarrollado totalmente como clases y en que, por tanto, aún no ha conseguido una parte de población imponer su dominación sobre las demás. Es la fase de transición en

que se encuentra todavía Alemania, y esto explica esa conciencia honesta de los funcionarios que no se da en otros países y explica también todas las ilusiones que flotan con respecto a la burguesía.

La primera división importante del trabajo que revela la historia es, según Engels y Marx, la división entre la ciudad y el campo, que trae como consecuencia directa la división tajante entre el trabajo material y el espiritual. Ya el socialista francés Pecqueur había llamado la atención sobre los funestos efectos que la separación entre estas dos esferas acarrea para la civilización. En *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Engels hacía ver que, para él, una población campesina en cuya vida vegetativa no se acusa para nada el formidable movimiento que sacude al resto de la humanidad, es un conjunto de "máquinas trabajadoras", pero no de "seres humanos". Se trataba, partiendo de aquí, de ver cuáles eran las consecuencias sociales y políticas de aquella separación que él consideraba antinatural y repugnante, de poner de manifiesto cómo la ciudad llevaba aparejada, al mismo tiempo, la necesidad de la administración pública, de la policía, de los impuestos, en una palabra, del Estado y, por tanto, de la política y cómo la ciudad determinaba a su vez la concentración de la población, de los instrumentos de producción, de los goces y las necesidades, mientras que el campo aislaba a los hombres y los condenaba, bajo todas las formas, a vivir separados los unos de los otros. Había que demostrar ahora que era necesario acabar con esta tajante separación, ya que sólo de este modo era posible dar de lado a la división del capital y la propiedad de la tierra, coincidente con ella. Y para acabar con esta división, causa de todo el desarrollo capitalista, era necesario abolir la propiedad privada.

Una ojeada no muy concreta a la historia general de la economía, como la que esta obra ofrece desde el punto de vista de la división del trabajo, se propone aportar la prueba de que la abolición de la propiedad privada sólo será posible en la era de la gran industria. Cuando Engels, al cabo de más de cuarenta años, queriendo inspirarse para su libro sobre Feuerbach, relejó esta su primera exposición de la concepción materialista de la historia, le sorprendió, según nos dice, cuán deficiente era todavía, en aquel entonces, su conocimiento de la historia económica. No cabe duda de que esta impresión se basaba, principalmente, en el manuscrito de su crítica inacabada de Feuerbach y es posible que, al escribir lo anterior, pasara por alto las brillantes que, en este sentido, encontramos en "san Max".

El esbozo histórico a que nos referimos sólo expone muy a grandes rasgos, es verdad, cómo van extendiéndose, a través de la historia, los círculos que influyen por su producción unos sobre otros, cómo la división del trabajo es primero interlocal y acaba siendo internacional, y cómo la historia de las comarcas y los pueblos va convirtiéndose en historia universal. A medida que el desarrollo del modo de producción va uniéndose entre sí a las nacionalidades, más las coloca y coloca a los individuos, para la satisfacción de sus necesidades, bajo la dependencia del mercado mundial, más van volviéndose todas las relaciones naturales dentro del tráfico monetario. Claro está que, con ello, llega

también mucho antes, en el desarrollo de las fuerzas productivas, el momento en que la maquinaria y el dinero dejan de ser tales fuerzas productivas para convertirse en fuerzas destructoras, en que llega a su término la dependencia total y en que, con el nacimiento del proletariado, pasa a ocupar la escena de la historia el enterrador del viejo orden social. Todas las colisiones de la historia —se subraya— tienen su origen en esta contradicción entre las fuerzas productivas y las formas de intercambio

El triunfo de la ciudad sobre el campo y de la gran industria sobre las formas de explotación anteriores engendra en todas partes, por regla general, las mismas relaciones entre las clases de la sociedad, a la par que destruye la fisonomía peculiar de las diferentes nacionalidades. La burguesía se movía todavía por intereses nacionales aparte, pero con el proletariado surge una clase cuyos intereses son los mismos en todas las naciones y para la que, por tanto, desaparece la nacionalidad, una clase que se ha liberado realmente de todo el viejo mundo y se enfrenta hostilmente a él.

Esta clase, que no tiene intereses esenciales de clase que reivindicar frente a la clase dominante, será la portadora de aquella revolución llamada a poner fin a las clases y a la dominación de clase. Todas las revoluciones anteriores dejaban intacto el tipo de actividades de los hombres y sólo hacían cambiar su distribución. La revolución del proletariado, en cambio, transforma la actividad omnifacética, que es la primera forma natural de la cooperación entre los individuos dentro de la historia universal, en la fiscalización y el dominio consciente de los poderes económicos por el hombre a quien, hasta ahora, estos poderes, dominándolo, se le imponían como poderes extraños a él.

Esta revolución será comunista, porque la abolición de la división del trabajo, que convertía las relaciones entre personas en relaciones entre cosas, sólo puede llevarse a cabo en estado de comunidad. El individuo sólo alcanza a desarrollar y ejercer sin trabas sus dotes en todas direcciones en el seno de la comunidad; de ahí que la libertad personal sólo puede llegar a ser realidad bajo el comunismo. Solamente en una sociedad comunista dejará de ser una frase más el individual y libre desarrollo del individuo. En el Estado y en las otras suplantaciones de la verdadera comunidad que hasta ahora conocemos, la libertad sólo existía para los individuos desarrollados en el seno de las clases dominantes y en cuanto se trataba de individuos pertenecientes a estas clases. Pero, en la asociación real, los individuos, al asociarse y gracias a la asociación, adquirirán al mismo tiempo la libertad.

Hasta ahora, se llamaba libertad personal al derecho de poder disfrutar sin entorpecimiento, dentro de ciertas y determinadas condiciones, del azar. En la época de la sociedad burguesa había cobrado su forma más aguda y más universal el imperio de las cosas sobre las personas, la opresión de la individualidad por la casualidad. Pero, en el futuro, el imperio de las relaciones y el azar sobre los individuos será desplazado por el poder de éstos sobre aquéllas. Claro está que, para ello, hace falta que sea eliminada la división del trabajo y desaparezca la propiedad privada. Si los proletarios quieren cobrar también, por sí

y ante sí, vigencia personal, necesitan para ello abolir lo que hasta ahora venía siendo su propia condición de existencia y, al mismo tiempo, la condición de existencia de toda la sociedad, es decir, el trabajo asalariado. Enfrentándose directamente al Estado, que es la forma en que los individuos cobraban expresión colectiva en la sociedad anterior, tienen que derribarlo y hacer valer, así, su personalidad. Y esto sólo puede lograrse por la vía revolucionaria, porque la clase dominante no cede voluntariamente el poder y porque la clase ascendente sólo se capacita para crear una nueva sociedad en el curso de una revolución.

El comunismo se distingue de todos los movimientos anteriores en que revoluciona la base de todas las relaciones de producción e intercambio que han venido rigiendo hasta ahora y, por vez primera, despoja conscientemente de su carácter natural, para someterlas al poder de los individuos asociados, todas las premisas puramente naturales, es decir, que no se hallan supeditadas a dicho poder. Y la única manera posible de someter a los individuos el moderno intercambio universal es someterlo a todos ellos. La apropiación debe quedar reservada a una asociación de hombres, que, por el mismo carácter del proletariado, sólo puede ser una asociación universal. Solamente al llegarse a esta fase coincidirá el trabajo, convertido por fin en la misma manifestación del hombre, con la vida material. Solamente entonces podrá el desarrollo del individuo, despojado de todo lo que tiene de natural, convertirse en el desarrollo del individuo total, en el desarrollo del individuo en todos y cada uno de los aspectos.

El hecho de que la gran industria no avance en todos los países ni en todas partes dentro de cada país a un ritmo uniforme no representa ningún obstáculo para el movimiento de clase del proletariado. Los países más atrasados sufren la influencia de los más desarrollados, que, por medio del intercambio universal, los empujan a la lucha internacional de la competencia. Y, dentro de cada país, el proletariado industrial arrastrará tras sí al resto de la masa tanto más cuanto que los trabajadores descartados por la gran industria se verán llevados por el desarrollo de ésta a una situación de vida todavía peor. Sería, por ello, inadmisiblemente confundir el proletariado con el pauperismo. El pauperismo expresa solamente la situación de un proletariado arruinado e incapaz de hacer frente a la opresión de la burguesía, mientras que un proletariado revolucionario, que tiene conciencia de su situación y lucha por superarla, es una clase que pugna por elevarse y avanzar y en cuya misión revolucionaria coinciden la transformación de sí misma y la transformación de las circunstancias.

Pero, este proletariado para el que Engels y Marx levantaban esta nueva convención de la humanidad y de su historia que le auguraba el triunfo, sabía muy poco, por aquellos días, acerca de sus personas y no sabía nada aún acerca de su teoría. De ahí que Engels considerara como la tarea primordial y más importante que a él y a Marx se les planteaba el ayudar a los proletarios alemanes residentes en el suelo más libre de Francia y Bélgica, y que allí respiraban un espíritu más revolucionario, a superar la aversión contra los intelectuales que se les había inculcado en la Liga de los justos, para que abrieran los ojos a las doctrinas comunistas que ellos forjaban precisamente para ganar su con-

ciencia. Aquellos proletarios eran los que, al retornar a la patria, podían influir sobre el proletariado alemán como mensajeros de esas doctrinas, ya que sus creadores, por el momento al menos, no podían ponerse en contacto directo con él.

Claro está que un adelantado del internacionalismo proletario como era Engels reputaba igualmente importante el ganar también a los obreros ingleses y franceses para la nueva concepción de la historia y para la nueva política y la nueva táctica que de ella se derivaban. Pero el camino para llegar a ellos, como muy bien comprendió Engels, pasaba a través de sus dirigentes. Sabemos que en Inglaterra mantenía de tiempo atrás relaciones con algunos; se trataba ahora de trabar conocimiento con los de Francia.

Después de haber conquistado, luchando, un fundamento teórico tan firme para la revolución de la sociedad que tanto ansiaban, era natural que Engels y Marx consideraran como enemigos del comunismo a cuantos siguieran alimentando la quimera de querer llevar al proletariado a su liberación por otros caminos que los trazados por ellos.

CAPITULO X

EN BELGICA Y FRANCIA. LA LIGA DE LOS COMUNISTAS Y EL MANIFIESTO COMUNISTA.

El nuevo comunismo tenía frente a sí a dos rivales, a los que le era necesario abatir si quería dar la pauta a la vanguardia de un proletariado alemán consciente de sus intereses de clase. Estos dos rivales eran el comunismo artesanal de Weitling y el socialismo filosófico alemán, que tenía su agitador más activo en el westfaliano Carlos Grün, compañero de estudios de Marx. Las dos corrientes contaban con gran número de adeptos entre aquellos jóvenes artesanos alemanes residentes en París. Esta ciudad seguía siendo el principal centro de convergencia de todas las aspiraciones comunistas y socialistas, y precisamente por aquellos años, en que comenzaba a declinar la estrella de la monarquía burguesa, se manifestaban públicamente allí, bajo las más diversas formas, los esfuerzos encaminados al rejuvenecimiento de la sociedad.

Con la nueva filosofía de la historia que él y Marx acababan de edificar, Engels creía, como hemos visto, haber desentramado y liquidado para siempre lo que llamaban la "ideología alemana". Lo cual no era obstáculo para que siguiera creyendo en aquel ideal de la humanidad que, en sus años de esplendor, había infundido vida y fuerza al idealismo alemán. ¿Por qué, entonces, condenaba al orden social existente y aspiraba a que se implantase, en vez de él, otro mejor? Sencillamente, porque aquél hacía que el hombre degenerase en la unilateralidad por medio de la división del trabajo, mientras que la abolición de ésta, la supresión de la propiedad privada y de la libre competencia, abrirían ante él la perspectiva de un desarrollo armónico y total.

Si manifestaba su burla y su desprecio por el socialismo alemán, cuya insuficiencia teórica saltaba a la vista, era porque ese socialismo, en su ignorancia del mundo y en sus vacuas ensoñaciones armoneístas, no quería convencerse de que el único camino para realizar aquel ideal de la humanidad era la lucha de clases, la revolución. También Engels, cuando el ideal socialista permanecía encerrado, sin fundamentarse, en su corazón, había llegado a creer que un día podrían triunfar pacíficamente los impulsos de simpatía atesorados en el pecho

del hombre. Pero, de entonces acá, había tenido ocasión de conocer los estragos del temprano capitalismo inglés y de ver en el comunismo el único heredero legítimo de la filosofía clásica alemana. Quien ahora, bajo el manto del cristianismo o sin él, esperara la renovación social pura y simplemente de la filantropía general era, para él, un hombre atrasado y, además, si pretendía o lograba influir en las masas, un iluso peligroso. Y si esos hombres equivocados y falsos apóstoles llamaban "comunismo" a sus "ensoñaciones amorosas", se consideraba imperiosamente obligado a salir enérgicamente al paso de sus pretensiones, las cuales sólo podían conducir a un resultado: matar en el proletariado su energía revolucionaria.

A comienzos de 1845 había conocido en Barmen a un hombre estudioso llamado Germán Kriege, colaborador de *El vapor westfaliano*, que se hacía pasar por amigo personal de Feuerbach, y se lo había reexpedido a Marx con una cálida carta de recomendación. Después de una breve estancia en Bruselas, aquella cabeza atolondrada se vio acometida por el deseo de predicar también al nuevo mundo su doctrina redentora y se trasladó a Nueva York. Una vez allí, logró sacar algún dinero a un grupo de germano-americanos ricos y, con estos medios, fundó un periódico que él mismo ensalzaba como la continuación del *Tribun du Peuple* de Babeuf, pero que, en realidad, no era más que un exponente del "verdadero socialismo", cuyo diluido culto humanitario exaltaba hasta lo insoportable, mezclado con prédicas en torno al "espíritu santo de la comunidad".

Al mismo tiempo, Kriege abogaba por una reforma agraria, que, a juicio de Engels, sólo podía tener algún interés "para tenderos quebrados y maestros artesanos y colonos arruinados" ansiosos de alcanzar la dicha de volver a ser pequeños burgueses o campesinos, pero que para los trabajadores comunistas no significaba nada. Marx y Engels, ya dispuestos desde hacía mucho tiempo a ajustar las cuentas a fondo a una tendencia que, sin la menor noción de la estructura económica de la sociedad, amenazaba con convertir el comunismo en meras frases literarias, decidieron a la ruptura abierta y pública de su partido con el "verdadero socialismo".

Pero, ¿quiénes formaban, en realidad, su "partido", en aquel entonces? En los últimos años, la fumigación llevada a cabo contra los comunistas en Suiza y las medidas de represión decretadas por Guizot contra los escritores radicales alemanes en París habían hecho de Bélgica, donde la libertad personal era más respetada que en ningún otro país del continente, un centro importante de reunión para los comunistas alemanes. Fueron agrupándose poco a poco en torno a Marx, el primero que llegó a Bruselas, los principales representantes de esta tendencia: además de Engels y Moses Hess, figuraban entre los allí reunidos Weitling, quien en Londres no había podido entenderse con Moll, Schapper y los otros dirigentes del movimiento obrero alemán de aquella ciudad, el exactuario Sebastián Seiler, el exteniente de artillería José Weydemeyer, cuñado de Lüning, el editor de *El vapor westfaliano* y el silesiano Guillermo Wolff, hombre que conocía a fondo los calabozos prusianos y que acababa de narrar

en el *Libro cívico alemán*, con gran ardor revolucionario, la insurrección de los tejedores del año 44. Más tarde, se incorporó a ellos Jorge Weerth y también formaba parte del grupo el poeta Freiligrath, amigo personal de Marx y Engels, pero a quien no podía considerarse todavía, en rigor, miembro del partido. Si añadimos dos o tres cajistas de imprenta inteligentes y con aspiraciones y unos cuantos obreros alemanes más, es posible que el grupo, en su totalidad, no excediese de unas veinte personas, entre las cuales, además, no tardaron en producirse serias discrepancias.

Nadie como Engels había tributado a Weitling el reconocimiento que éste merecía, con tanto calor y tanta generosidad. Pero, cuando el autor de *Garantías para la armonía y la libertad* se presentó en Bruselas, tanto Marx como Engels tuvieron que reconocer que resultaba bastante difícil colaborar provechosamente con él. Este hombre, carente de cultura filosófica y de sentido histórico, no asequible ya a nuevas experiencias espirituales y a nuevas enseñanzas de la realidad, lleno de vanas veleidades y que no veía, además, con buenos ojos a aquellos dos jóvenes intelectuales, reacios a reconocer en él al gran jefe indiscutible del proletariado alemán orientado hacia el comunismo, era incapaz de comprender las profundas motivaciones que guiaban a los promotores del nuevo comunismo científico. Para él, Marx y Engels eran, sencillamente, unos "redomados intrigantes" que denigraban a todo competidor: en quien barruntaran un peligro para ellos.

Resultaba inconcebible para él, Weitling, que aquellos dos jóvenes preterenciosos condicionaran la realización del comunismo a la previa toma del poder por la burguesía, que rechazaran la propaganda secreta, hicieran chacota de todo lo sentimental y proclamaran rotundamente que era necesario "clarificar las filas del partido comunista". A su vez, Engels veía en Weitling al presunto y presuntuoso "grande hombre" que llevaba en el bolsillo la receta para realizar el cielo sobre la tierra y estaba convencido de que todo el mundo trataba de robársela.

La ruptura, en estas condiciones, era inevitable. Y se produjo cuando Marx y Engels, en mayo de 1846, en una conferencia de partido, lograron que se aprobase, a pesar del voto opuesto de Weitling, una circular en contra de los manejos de Kriege. Enfurecido por esta derrota y por la amarga miseria en que vivía, el genial sastre, dándose cuenta, seguramente, de que su papel en el movimiento obrero alemán se acercaba a su fin, se embarcó poco tiempo después para Norteamérica, donde se puso a la disposición del líder censurado. Pintó a éste, a su manera, el modo como se había zanjado el conflicto. Kriege tuvo, así, la explicable impresión de que la "buña de excomunión" lanzada contra él era "obra de Federico Engels". Y cuando, al llegar el año de la revolución, volvió a encontrarse en Alemania con Engels, arrastrados ambos por el torbellino revolucionario, le hizo ver que le guardaba un odio mortal por lo ocurrido.

El cargo fundamental que se le hacía al *Tribuno del Pueblo* de Kriege en aquella circular, el primer documento importante del joven partido, era que sus "hueras declamaciones" ejercían un efecto altamente desmoralizador sobre los

obreros y tenían necesariamente que comprometer "al partido comunista, tanto en Europa como en América". La circular protestaba contra el hecho de que Kriege tratara de reducir un movimiento revolucionario de alcance histórico-universal a la pugna entre el amor y el odio, entre el comunismo y el egoísmo, y de que se empeñara en volver a predicar la abnegación cristiana "bajo la muestra de hostería del comunismo"; en una palabra, de que presentara al comunismo como un movimiento que venía, no a destruir, sino a poner en práctica "las detestables relaciones existentes" y las ilusiones creadas por ellas.

Al publicar en el número de julio de *El vapor westfaliano* esta circular, que si bien en la forma iba dirigida solamente contra el que había sido su celoso colaborador, en el fondo se enderezaba también contra su director, Lüning reconoció que se hacía, así, un poquito de autocritica. Lo que Engels, en carta a Marx, comentaba mordazmente con estas palabras: "Después que nosotros hemos vapuleado todas sus porquerías, se sale hablando noblemente de autocritica". Lo cierto es que Lüning, en una nota crítica de la obra de Engels sobre la situación de la clase obrera, publicada en el segundo volumen del *Libro cívico alemán*, había expresado la esperanza de que el antagonismo entre burguesía y proletariado se resolviera satisfactoriamente al elevarse el concepto superior del humanismo. Y aunque de entonces acá hubiera hecho ciertas concesiones a la nueva teoría de la lucha de clases preconizada por Marx y Engels, se manifestaba en contra de la implacable y autoritaria decisión con que ellos trataban de imponer su concepción revolucionaria a todas las corrientes del socialismo alemán.

Como Lüning y como Weitling pensaba también, en este punto, Moses Hess. A pesar de que la concepción económica de la historia chocaba con su temperamento, inclinado al amor y la reconciliación, el veterano del socialismo alemán se había acercado tanto a ella que hasta se pensó, al principio, que colaborara en la obra polémica de Marx y Engels contra los ideólogos alemanes con algunas páginas en las que arremetiera, sobre todo, contra Arnoldo Ruge, su adversario personal. Pero Hess se sentía herido por la intransigencia y la seguridad en sí mismos con que los dos amigos, inferiores a él en años, criticaban sin miramientos todo punto de vista que no coincidiera con el suyo.

Moses Hess no había asistido a la sesión en que fue condenada la actitud de Kriege, pero probablemente había manifestado posteriormente sus objeciones contra la dureza del procedimiento. Lo cierto es que se produjo un distanciamiento entre Hess y Marx y Engels, quienes veían en cualquier vacilación un peligro para la causa. El 6 de mayo, en carta escrita desde Verviers, donde a la sazón residían él y Weitling, le mandó a decir a Engels por medio de Marx que "a pesar de la Biblia y del Pobre pecador, añoraba las ollas de carne del Egipto, es decir, una comilona en Bruselas, con Engels y Cía"; pero el 16 del mismo mes, cuando ya se había celebrado la sesión sobre Kriege, Weitling le informaba a éste: "Tanto Hess como yo hemos sido excomulgados". Y el 29, Hess escribía a Marx: "Tú tienes razón para sentirte molesto, pero Engels no; mi carta no iba dirigida a él, y los 'besos' los dejo para su Mary...

Contigo, personalmente, me gustaría seguir teniendo mucho trato, pero de tu partido ya no quiero seguir sabiendo nada”.

Sin embargo, no por ello llegaron a romperse, todavía, las relaciones entre Engels y Hess. Sabemos que, a fines de julio, el segundo pidió al primero, estando éste en Ostende, que tratase de ayudar a su mujer a cruzar la frontera de tapadillo, pues no tenía pasaporte, y que Engels le prometió que “haría lo que pudiera” por complacerle. En septiembre, Engels informaba a Marx desde París que “el papa de los comunistas le había escrito una carta tratando de reanudar las relaciones”, y en enero de 1847 recibió allí su visita. Pero, a raíz de ésta, hizo saber a su amigo que la había recibido fríamente. Engels no tenía ya el menor interés en reconciliarse sinceramente con este hombre notable, al que, a pesar de todo, debía algo. El joven dio a entender al viejo, sin grandes miramientos, que lo había arrojado ya el montón de la chatarra, y es natural que Hess sintiera contra él, a partir de entonces, una invencible aversión. Así era Engels, amable y atractivo cuando quería pero también, en ocasiones, cortante y despiadado y lo mismo sabía ganarse amigos que crearse enemigos.

Ya sabemos cómo, desde hacía mucho tiempo, le preocupaba el que “el único lado fuerte” de Marx y el suyo fuese “todavía por el momento, desgraciadamente”, el lado teórico. Desde que Weitling había visitado Inglaterra sin ser capaz de injertar a su pensamiento los impulsos de la gran industria moderna, su estrella había comenzado a declinar rápidamente también en los círculos de los oficiales artesanos alemanes emigrados, agrupados principalmente en la Liga de los justos. Había que darse prisa en hacer algo, pues los portavoces del “verdadero socialismo”, y a la cabeza de ellos Carlos Grün, quien, después de la partida de París de Marx, había pasado a ser el maestro de Proudhon en cuestiones de filosofía alemana, se esforzaban también celosamente en ganar la influencia entre los “erizos”, como Engels llamaba a aquellos artesanos emigrados, cerrados a las nuevas corrientes e ideas.

Moses Hess venía manteniendo de tiempo atrás trato asiduo con las comunas parisiñas de la Liga de los justos y Grün les llevaba a Marx y Engels, en este respecto, la ventaja de vivir en París y de mantener constantes relaciones con aquellos elementos. Ya en el mes de mayo había escrito Marx a Proudhon, previniéndole en contra de aquel “parásito” y “charlatán”. En vista de que Marx, expulsado de Francia, no podía volver a pisar el suelo de aquel país, Engels se decidió, en agosto de 1846, a trasladar su residencia a París, con la mira de ganar para el comunismo revolucionario a los proletarios alemanes residentes allí.

Hay que decir que aquellos trabajadores, sastres, ebanistas y oficiales curtidores, a quienes Grün trataba de adoctrinar, no correspondían ni de lejos al tipo de proletario con que Engels contaba para la realización de su ideal. La mayoría de aquellos hombres habían emigrado a París, la avanzada de la moda y de las artes industriales, para perfeccionarse en sus respectivos oficios y estaban todavía profundamente imbuidos del viejo espíritu gremial. Aunque, siempre y cuando que pudieran hacerlo sin correr peligro, alardearan y se entusias-

maran fácilmente hablando de cuestiones políticas y sociales, cuando camaradas suyos que habían leído el *Viaje a Icaria* de Cabet o las *Armonías* de Weitling les pintaban un país de las musarañas en el que no se conocería la pobreza ni habría arrogantes señores, seguían alentando en el fondo de su alma el deseo de regresar cuanto antes a la patria, de llegar a ser honrados maestros, casarse con una mujer respetable y tener a su servicio unos cuantos oficiales. La industria manual y los oficios seguían siendo el terreno del que brotaban sus necesidades de vida y sus ideas.

En un principio, el hijo de un fabricante del Wuppertal, impresionado por lo que había aprendido en Lancashire, no apreciaba debidamente las dificultades que aquel tipo de explotación del trabajo oponía a su labor de agitación, teniendo en cuenta que seguía siendo el predominante en Alemania. Se explica que las enseñanzas que trataba de transmitir a los oficiales artesanos alemanes de París y que, en lo esencial se inspiraban en la situación de Inglaterra, mucho más avanzada, hiciesen al comienzo poca mella en ellos. Por regla general, aquellos trabajadores todavía no veían cerrados ante sí los caminos hacia la independencia económica y hacia una existencia más o menos acomodada, y ello hacía que aún no hubiesen perdido, en realidad, todo interés en el mantenimiento del orden social existente.

Las frases de Grün sobre la dicha de la humanidad y la armonía general de intereses sonaban mejor a los oídos de aquellos elementos, guiados por ideales pequeñoburgueses, y no proletarios. Sin embargo, Engels se propuso decididamente ganar su convencimiento. Encontró algún apoyo para ello en un médico de Danzig llamado Ewerbeck, que figuraba entre las personalidades más influyentes de las comunas de la Liga de los justos, en París. Hombre de espíritu más bien receptivo que original. Ewerbeck se entregó de buena voluntad, pero con poco entusiasmo, a una tarea ante la que le había colocado la casualidad más que su capacidad o su vocación. Se había enemistado con Hess y Grün, no veía con buenos ojos a aquella pandilla de sastres que creía ciegamente en Weitling y los artículos de Marx y Engels en los *Anales franco-alemanes* habían influido decisivamente en él. En estas condiciones, la llegada de Engels le vino como anillo al dedo.

A mediados de septiembre, Engels pudo informar al comité de Bruselas que, para establecer contacto con "estos muchachos", les había explicado ya por dos veces cuál era la situación en Alemania después de la revolución francesa, tomando como punto de partida para ello las condiciones económicas. Estaba sacándolos un poco —decía— de su modo: pues no sabían oponer al "comunismo de los sastres" otra cosa que "la fraseología humanitarista de Grün y un proudhonismo grunianizado". Agregaba que Ewerbeck no había podido luchar contra esto más que atormentándolos con unas cuantas sutiles disquisiciones sobre el "verdadero valor" y aburriéndoles con cuentos sobre la tribu germánica de los cheruscos, Hermann, su caudillo, y sobre las viejas y abominables etimologías alemanas en torno a la palabra "nobleza", todas ellas falsas.

Poco después, Engels se dio cuenta de que el verdadero dirigente de

aquellos grupos no era tanto Ewerbeck como un carpintero de Duseldorf llamado Junge, que por aquellos días había sido señalado también al gobierno prusiano como uno de los comunistas más activos de París. Fue a él, persona inteligente, pero un tanto voluble y dado a forjar proyectos, quien también se quejaba de que aquellas gentes prefiriesen citar "las frases más absurdas que los hechos traducidos en argumentos económicos", a quien debió, probablemente en gran medida, que, al cabo de un mes, pudiera informar al comité de Bruselas de haber obtenido un éxito inicial en su trabajo.

Grün, el traductor de la obra, había ensalzado a aquellos trabajadores alemanes, en todos los tonos, el plan de asociación que Proudhon desarrollaba en sus *Contradictions économiques* y en el que Marx y Engels veían, sencillamente, una quimera nacida de los instintos pequeño-burgueses. Engels preguntó un día irónicamente, a sus oyentes, si realmente esperaban poder llegar a comprar, con sus ahorros, Francia y el mundo entero. Tres veladas seguidas se dedicaron a discutir aquel "plan de redención del mundo" que prometía a los trabajadores la "piedra filosofal" y les anunciaba "el reino celestial" sobre la tierra, en un círculo de ebanistas formado, en parte, por los restos de la Liga de los justos.

Al principio, cuando les habló de la necesidad de una revolución violenta y les dijo que Grün y Proudhon perseguían un ideal anti-proletario, pequeño-burgués, Engels se dio cuenta de que tenía en contra suya a toda la pandilla. Enojado por esta resistencia y enfurecido por los ataques lanzados contra el comunismo, propuso a quienes le escuchaban votar si estaban reunidos allí para comportarse como comunistas o simplemente para discutir. En el primer caso, debían procurar abstenerse de atacar al comunismo. En el segundo, él no tenía nada que hacer allí y no volvería a acudir a sus reuniones.

Los partidarios de Grün, asustados ante aquel lenguaje, aclararon que lo que les reunía era el deseo de laborar "por el bien de la humanidad" y que ellos eran partidarios del progreso, y no fanáticos de un sistema unilateral. Y que, antes de pronunciarse definitivamente en pro del comunismo, necesitaban saber exactamente lo que éste se proponía. En vista de ello, Engels les dio "una definición extraordinariamente simple". "Definí, pues, en los siguientes términos las exigencias del comunismo: 1.º hacer valer los intereses de los proletarios, por oposición a los de los burgueses; 2.º lograr esto mediante la abolición de la propiedad privada y su sustitución por la comunidad de bienes; 3.º no reconocer, para alcanzar estos objetivos, otro medio que la revolución democrática violenta". Por fin, en la tercera sesión logró ganar para sus puntos de vista a la gran mayoría de los asistentes, "salvo dos o tres grunianos irreductibles". Ahora sí esperaba poder "sacar algo de estos muchachos". Pero la cosa no era tan fácil, pues Grün y sus acólitos distaban todavía mucho de dejar el terreno libre, sin resistencia, al advenedizo.

Aparte de estas reuniones nocturnas en círculo cerrado, los artesanos alemanes de París gustaban, por aquellos años, de juntarse con sus familiares en un restaurante de las afueras. En enero de 1845, Adalberto von Bornstedt, exoficial de la guardia que por aquel entonces espiaba a los escritores y artesanos

radicales residentes en París por cuenta del gobierno prusiano, en una denuncia de las actividades de Marx y Hess, describía a sus mandantes una de estas reuniones, celebrada en un local de la Avenue de Vincennes, en la que, según él, se había predicado abiertamente el regicidio, el odio a los ricos y la abolición de la propiedad privada.

Como, en una de estas ocasiones, uno de los incondicionales de Grün atacase públicamente al comunismo, Junge cometió la imprudencia de replicarle acaloradamente. En el fragor de la discusión, alguien le lanzó a la cara la afirmación de que sus palabras, lanzadas allí como una bomba, expresaban las opiniones de un tercero. Ignoramos qué razones tendría para ello, pero es el caso que Engels vio en aquel reto a los comunistas una denuncia contra él, en la que andaba la mano de Grün. "Lo único que cabe hacer", escribía al comité, "es lograr que los allí reunidos declaren que no discutían de comunismo, ya que, de otro modo, pueden caer todos en manos de la policía".

Otra circunstancia que le movió a interrumpir por algún tiempo aquella labor de agitación fue la siguiente. La policía había detenido a unos cuantos artesanos alemanes acusados de haber intervenido en una refriega revolucionaria en el Faubourg St. Antoine, que, al ser interrogados, se fueron un poco de la lengua. Engels no tardó en darse cuenta de que era seguido por confidentes y, como no estaba dispuesto a ser expulsado de Francia por culpa de aquellos "erizos", en cuya posibilidad de enmienda, por lo demás, no confiaba gran cosa, les explicó que no podía seguir asistiendo a sus reuniones y que se daba por satisfecho, al menos, con haber desbancado a Grün. Pero a Marx le confesaba, en carta confidencial, que le estaba agradecido a la policía por haberle quitado de encima a todos aquellos zopencos y haberle recordado que la vida tenía también sus lados agradables. "Si los sospechosos sujetos que me siguen desde hace dos semanas son realmente *mouchards*, y lo sé con seguridad respecto de alguno de ellos, me parece que la prefectura habrá tenido que pagar, en estos últimos días, muchas entradas a los *bals* Montesquieu, Valentino, Prado, y otros locales por el estilo. La verdad es que le debo al señor Delessert conocimientos muy agradables entre las *grisettes*, y muchos placeres".

En sus memorias, escritas después de morir la persona a quien se refiere, Esteban Born dice que Engels, en su trato con los artesanos alemanes de París no supo encontrar, para llegar a ellos, el tono adecuado. Nunca tuvo —explica el autor de estas memorias— nada de obrero y le repugnaba ponerse una máscara, que, por otra parte, no le habría sentado nada bien. Born, quien más tarde, durante la revolución, desempeñaría un papel dirigente en el movimiento obrero alemán, se había presentado a Engels, en enero de 1847, con cartas de recomendación de sus amigos berlineses, entabló trato íntimo con él y no tardó en convertirse en su aplicado discípulo y en su más fervoroso partidario. Más tarde, al separarse sus caminos, la imagen del viejo amigo y maestro fue desdibujándose en su recuerdo hasta el punto de no querer ver en él ya más que "al hijo rico de un burgués", al que enseguida se le notaba que jamás había pasado apuros ni necesidades. Engels jamás fue un demagogo. Su honradez y el

orgullo, muy natural en él, de descender de una vieja y prestigiosa familia, lo que jamás ocultó, pues no tenía para qué disimular ni sabía hacerlo, no le permitían adular a quienes estaban por debajo de él en cultura y en carácter. En estas condiciones, es posible que hiciera ver con mayor claridad de la que tal vez habría sido aconsejable a aquellos oficiales artesanos, cuyo atraso tanto enojo le causaba, su superioridad intelectual. Pero, si así lo hizo, podemos estar seguros de que fue llevado de su inexperiencia juvenil y no, ni mucho menos, por arrogancia burguesa.

La segunda mira que le había llevado a París era el desco de entablar relaciones más estrechas con los dirigentes del movimiento obrero. Ya hemos dicho que el incipiente grupo del partido comunista alemán sólo podía atraer hacia sus ideas y sus objetivos la atención del proletariado francés e inglés si lograba afianzar los lazos que ya le unían a sus jefes y sus periódicos o trataba de crearlos, en los casos en que aún no existían.

En julio de 1846, todavía desde Bélgica, Marx y él, "como representantes de los comunistas de Bruselas", habían felicitado a O'Connor por su victoria electoral en Nottingham y, con este motivo, habían expresado al famoso dirigente cartista y al *Northern Star* su reconocimiento por comprender la formidable importancia del contraste que mediaba entre el liberalismo burgués y el democratismo proletario.

Por los mismos días, aproximadamente, concibieron los dos amigos el plan de promover una correspondencia regular entre los dirigentes del comunismo en los diversos centros de Europa y, con este fin, fundaron en Bruselas aquel Comité de correspondencia comunista al que Engels enviaba los informes de que hemos hablado más arriba. Los *Fraternal Democrats* eran la rama inglesa de este lejano anticipo de la Internacional comunista.

Pero, así como Harney y sus compañeros conocían y apreciaban certeramente al grupo juvenil de los emigrados de Bruselas, los dirigentes del partido radical de Francia, absorbidos por las luchas intestinas de su país, no le habían prestado todavía seria atención. Y no era tarea fácil para Engels explicarles a estos dirigentes parisinos que detrás de sus ideas y las de sus amigos había fuerzas con las que, llegado el momento de remodelar el futuro, sería necesario contar como aliados.

Marx y él habían tratado inútilmente de atraerse a Proudhon por correspondencia. Y sabemos de un intento infructuoso hecho ahora por Engels para interesar por la organización a que nos hemos referido al viejo Cabet, cabeza y jefe del comunismo utópico experimental en el continente, del cual, por cierto, ya no podía aprender nada. Menos inclinado se mostraba —aunque, a veces, los defendiera contra "otros asnos" como Ewerbeck, Bernays y consortes— a dar oídas a los consejos de los radicales franceses. Fue meses más tarde, después de haber pasado algún tiempo en Bruselas, cuando entabló relaciones más estrechas con el círculo de la *Reforma*, con Luis Blanc y, sobre todo, con Flocon.

A Luis Blanc le reconocía, "pese a todo su desvarío" un buen olfato; en su *Historia de la Revolución francesa* encontraba "una extraña mezcla de certeras

intuiciones e increíbles majaderías”, pero jamás llegó a confiar en su capacidad para evolucionar. “Pesaba sobre él un embrujo: la ideología”. No podía concebir que un hombre no tuviera ninguna religión, hasta el extremo de que, cuando Engels le explicó su punto de vista, le replicó: “Donc, l'athéisme, c'est votre religion!” Y, al hablar con él, chocó también, como tantas veces habría de sucederle más tarde, con aquella fuerte dosis de arrogancia nacional que se deslizaba en casi todas las manifestaciones públicas de tan presuntuoso político. En un artículo escrito para el *Northern Star*, mostraba Engels su indignación ante esta arrogancia, cuando decía que solamente los franceses eran a un tiempo nacionalistas y cosmopolitas; más aún, que, por su propia naturaleza, tenían que ser las dos cosas simultáneamente: “Si aplicáramos la pauta del señor Blanc, los verdaderos cosmopolitas serían los alemanes. Pero los demócratas alemanes han distado siempre mucho de manifestar semejantes pretensiones”.

Aunque los éxitos logrados por él fuesen muy escasos, Engels sentíase muy a gusto en medio del tráfago palpitante y vivo de una ciudad a la que llamaba “el corazón y el cerebro del mundo”, a la que rendía homenaje como “la reina de las ciudades” y cuya población elogiaba admirativamente, porque sabía hermanar de manera incomparable la pasión del placer con la pasión por la acción histórica. Cuando, en el otoño de 1848, volvió a París después de los estragos de la batalla de junio y encontró tantas cosas cambiadas, recordaba con añoranza aquellos viejos tiempos despreocupados “en que los jóvenes de la grande y la pequenoburguesía tenían aún dinero para divertirse y disfrutar y en que hasta una parte de los obreros lo pasaban bastante bien y podían participar de la alegría y la despreocupación generales”.

Entre las personas notables con quienes ahora entró en contacto, ninguna le produjo tanta impresión como Enrique Heine. ¡Cuán lejos estaban ya aquellos tiempos en que su juvenil entusiasmo presentaba a Börne (a quien la circular contra Krieger daba de lado en dos palabras como un fantaseador político catalizante) como modelo, contrastando a este tiránico cónyuge de la libertad con su caprichoso amante Heine! Ahora, sentía una gran admiración por el poeta de la Canción revolucionaria de los tejedores, traducida por él al inglés para los trabajadores de aquel país, por el visionario que, luminosamente, pronosticaba la inminente revolución alemana, llamada a relegar a la sombra a la gran revolución francesa, por el gran satírico que fustigaba toda podredumbre de su amada patria, por el confidente de su amigo Marx; admiración doblada de simpatía por el genio y de pena por el mártir. “Sale uno tremendamente impresionado viendo cómo un hombre tan formidable como éste se va muriendo a pedazos”, escribía en septiembre de 1846. E interpretaba como un signo fatal de lo mal que se encontraba el que, contra lo que era costumbre en él, se expresara con una gran benevolencia en sus juicios acerca de las personas.

Para resarcirse de la poca repercusión que su labor de agitación entre los trabajadores había encontrado, Engels decidió lanzarse de nuevo a la lucha teórica. En vista de que la *Ideología* continuaba inédita, se sintió movido, mientras Marx arremetía contra Proudhon, a volver a la carga contra el “verdadero

socialismo". En los últimos tiempos, estas corrientes habían cobrado cierto incremento entre los publicistas de Alemania, alentadas por la baja de la coyuntura económica. En carta de 15 de enero de 1847 da a conocer a Marx su propósito y le dice que piensa clasificar a sus adversarios "por los nombres de los astros y las constelaciones", idea que puso en práctica, humorísticamente. Püttmann, Kriege, Semmig, Lüning, Schnake, *El vapor westfaliano*, *El Espejo de la sociedad*, la *Gaceta de Tréveris*, a los que llama "la Vía Láctea de la mansedumbre, la caridad y la filantropía", son objeto de las más crueles chacotas, pero también salen bastante mal parados los poetas Mauricio Hartmann, Alfredo Meissner y Luisa Otto y hasta los futuros camaradas de lucha del autor, Freiligrath y Ernesto Dronke, quien acababa de publicar una obra de intención social-revolucionaria sobre el Berlín de entonces.

Por supuesto que lo que más interesaba a Engels, en aquellos días, era ajustarle las cuentas a Carlos Grün, en quien no veía solamente a un confusionalista y a un filisteo, sino también a un caballero de industria en el campo literario. Bornstedt había creado un periódico radical-revolucionario llamado *La gaceta alemana de Bruselas*, cuyas columnas fueron puestas a disposición de Marx y Engels. Estos, a pesar de las fundadas sospechas que su editor les infundía, decidieron utilizarlas para sus fines. Ello daba, por fin, a Engels la posibilidad de intervenir asiduamente en la lucha diaria entre los alemanes. Revisó y publicó allí algunos fragmentos del manuscrito contra los socialistas alemanes y sus cofrades preparado para la *Ideología alemana*.

A propósito de aquel Carlos Beck, cuyas "Canciones sobre el pobre" había ensalzado en otro tiempo, ponía de manifiesto ahora que aquellos "hipócritas y filantrópicos lamentos de pequeñoburgués" y aquel "socialismo pomposo y plañidero" estaban encantados con los que consideraban lados buenos de la sociedad existente y sólo deploraban que junto a ellos coexistiera necesariamente el lado malo, que era la pobreza. En realidad —decía Engels—, Beck y otros como él cantaban las miserias y las lacras de la cobarde pequeñoburguesía, del "pobre", del que los franceses llaman el *pauvre honteux* o vergonzante, pero no el orgullo, la entereza del proletario amenazador y revolucionario. Su voz de bajo forzado se trocaba a cada paso en un ridículo falsete y el dramático forcejeo del gigante encelado se convertía de pronto en los grotescos movimientos de un títere de trapo. Mientras en Alemania no cobren las contradicciones una forma más acusada mediante una separación más precisa de las clases y la momentánea conquista del poder político por la burguesía, lo mejor que podía recomendarse a todos los poetas del país dotados todavía de algún talento era que emigrasen a otros países más civilizados.

Una prueba todavía más palmaria de cómo, para los escritores de este jaez, "el hombre" se identificaba con el filisteo alemán la aportaba el libro de Carlos Grün sobre Goethe. Pero, más que lo que Engels pueda decir aquí sobre Grün nos interesa, naturalmente, saber lo que él y Marx, interesado también, aunque en menor medida por la concepción originaria de su amigo, pensaban acerca de Goethe.

Goethe, dice Engels —cuyo estilo se trasluce claramente en los artículos publicados por *La gaceta alemana de Bruselas* en noviembre y diciembre de 1847—, había mostrado, a veces, una actitud hostil ante la sociedad de su tiempo y, otras, se había plegado a ella. En el *Viaje a Italia* y en la *Ifigenia* procuraba evadirse de aquella realidad que le repelia; bajo las figuras de Götz, Prometeo y Fausto se rebelaba contra ella y bajo la de Mefistófeles la hacía objeto de sus burlas y su ironía. Pero enseguida se ponía a ensalzar esa realidad e incluso a defenderla contra las acometidas del movimiento histórico.

En Goethe —nos dice Engels— coexistían y pugnaban entre sí, constantemente el poeta genial, asqueado por las miserias que le rodeaban, y el hijo del funcionario, el consejero áulico de Su Majestad. Ni siquiera un Goethe había sido, pues, capaz de sobreponerse a la pequeñez alemana; él mismo se había dejado vencer por la pobre realidad, y esta victoria del medio deplorable sobre el más grande de los alemanes era la mejor prueba de que no era posible derrotar aquella realidad “desde dentro”. El temperamento de Goethe, sus energías, toda su orientación espiritual, lo empujaban a la vida práctica. Pero como la vida práctica con que se encontraba era algo muy lamentable, se veía constantemente ante el dilema de moverse en una esfera de vida que no podía por menos de despreciar o dejarse encadenar por ella, ya que solamente en ella podía manifestarse. Y a medida que iba envejeciendo, el poderoso poeta que había en él iba sintiéndose más cansado y tendía a pasar a segundo plano detrás del insignificante ministro.

Engels se negaba, desde luego, a enjuiciar a Goethe desde un punto de vista político y moral o desde cualquier otro que no fuese el punto de vista estético e histórico. No le indignaba, como a Börne, el que no sintiera entusiasmo por la libertad de Alemania. Le dolía, sin embargo, que el poeta, tan reverenciado por él, se comportase a veces como un filisteo, que no fuera capaz de sobreponerse a un temor de pobre hombre metido en su rincón ante los grandes movimientos de la historia y que incluso en la revolución francesa no alcanzase a ver más que la gigantesca riada que amenazaba con inundar su apacible retiro de poeta. Engels no acierta a comprender cómo Goethe, en el momento en que Napoleón limpiaba aquel gran establo de Augias que era Alemania, podía entregarse con solemne serenidad a los *menus plaisirs* de una diminuta corte alemana. Al final de su artículo, sin embargo, el autor se disculpaba en cierto modo con el genio:

“Si en las líneas anteriores nos hemos limitado a considerar a Goethe en una de sus facetas, la culpa de ello la tiene exclusivamente el señor Grün. Es él quien no nos deja ver en absoluto a Goethe en lo que tenía de colosal. O bien se desliza a toda prisa sobre las cosas en que Goethe era realmente grande y genial, como hace, por ejemplo, con las *Elegías romanas* del ‘libertino’ Goethe, o bien vuelca sobre ellas un torrente de trivialidades, con las que sólo demuestra una cosa: que no sabía qué hacer con todo eso... Las némesis de la historia para Goethe, por haber renegado siempre de ella cuando tuvo ocasión de mirarla cara a cara, no fueron los chismorreos de Menzel ni la polémica de

Börne. No. 'Así como Titania, al llegar al país de los encantos y las hadas, se encontró en sus brazos con los papeles de Klaus', así Goethe, una buena mañana, encontró en los suyos al señor Grün. La apología que de él hace este señor, la ardiente gratitud que vuelca sobre él por cada una de sus palabras de filisteo, es la venganza más cruel que la historia, ofendida, podía haber tomado contra el más grande de los poetas de Alemania".

Aunque ellos no lo quisieran, el "verdadero socialismo" y el comunismo artesanal eran las corrientes contra las que Marx y Engels tenían que luchar, si querían conquistar el alma del proletariado alemán. Pero las masas, que eran las que a ellos les interesaban en las vísperas de la revolución que en Alemania se estaba gestando, no marchaban precisamente detrás de aquellas sectas y pandillas, sino detrás de la democracia burguesa, que en todas las comarcas de Alemania crecía arrolladoramente, como un alud. Y lo primero que Engels y Marx tenían que hacer, para esclarecer sus relaciones con esa democracia, era mirar de frente, sin inmutarse, al enemigo común.

Cuando el antagonismo de intereses entre la burguesía poseedora y la clase desposeída comienza a agudizarse seriamente, lo primero que suele hacer la reacción es tratar de convencer a los proletarios que les iba mejor cuando vivían bajo la dependencia de los señores feudales, impuesta y bien vista por Dios, que ahora, bajo las alas de sus enemigos naturales, los patronos liberales. También en Alemania vemos cómo, desde la rebelión de los tejedores en 1844, gran parte de la prensa reaccionaria se desvive en demostrarles esto, en cantarles la vieja melodía de un movimiento liberal que avanza amenazando y a la zaga del cual confía en engrandecerse el enemigo malo.

Para poner este juego al descubierto, publicaron Engels y Marx en *La gaceta alemana de Bruselas*, el 12 de septiembre de 1847, un artículo sin su firma, pero que ambos, más tarde, invocaron como obra suya, en una manifestación común que creyeron oportuna hacer cuando ventearon el peligro de que el gobierno prusiano o la clase indisolublemente asociada con él se acercara a la socialdemocracia, tratando de tentarla. "El proletariado", decía el citado artículo, "no se pregunta si el bien del pueblo es para el burgués algo fundamental o secundario, si el burgués trata o no de emplear a los proletarios como carne de cañón. El proletariado no se pregunta lo que los burgueses quieren, sino lo que no tienen más remedio que hacer. Se pregunta qué le permitirá disponer de mejores medios para lograr sus propias metas, si la situación política actual, el poder de la burocracia, o aquello a que los liberales aspiran, es decir, el poder de la burguesía".

Bastaba con que el proletariado alemán echase una ojeada a la situación política de la clase obrera en Inglaterra, Francia y Norteamérica para convenirse enseguida de que el poder de la burguesía pondrá en sus manos armas totalmente nuevas para luchar contra esta burguesía y, al mismo tiempo, una posición totalmente distinta, su posición como un partido reconocido. Al igual que la clase feudal y el gobierno dominado por ella —seguida diciendo el artículo—, también la Iglesia cristiana aliada a ellos trataba de atraerse al prole-

tariado con sus reclamos. Pero ¿acaso sus principios sociales habían retraído al cristianismo de justificar la esclavitud antigua, de glorificar la servidumbre medieval y, en caso necesario, aunque poniendo cara de pena, de defender la opresión del moderno proletariado? ¿Acaso los principios sociales del cristianismo no predicaban la necesidad de una clase dominante y otra dominada y no presentaban todas las infamias de los opresores contra los oprimidos como el justo castigo por el pecado original y otros pecados de los hombres o como pruebas impuestas a éstos por Dios, en su infinita sabiduría? Los principios sociales del cristianismo —dicen Engels y Marx— predicán el desprecio de sí mismo, la humillación, el servilismo, en una palabra, todas las cualidades de la canalla, pero el proletariado, que no quiere verse tratado como la canalla, necesita de su valor, su dignidad, su orgullo y su sentido de la independencia más todavía que del pan. “Las enseñanzas sociales del cristianismo son buenas para mojígatos, y el proletariado es revolucionario”.

Y con la misma rotundidad con que a la Iglesia, se le hace saber aquí a la monarquía que perderá el tiempo si intenta, una vez más, seducir al pueblo. El recuerdo de Carlos I y Luis XVI debe servirles de ejemplo. El verdadero pueblo, el *puer robustus sed malitiosus* de que hablaba Hobbes, se encargará de arrancar a Su Majestad, entre otras cosas desagradables para ella, una Constitución que consagre el sufragio universal, la libertad de reunión y asociación y la libertad de prensa. Y cuando tenga todo esto, lo utilizará para dar de lado cuanto antes al poder, la dignidad y el halo poético de la monarquía.

Cómo habría de comportarse el grupo del joven partido comunista frente a los viejos poderes basados en la autoridad no debiera suscitar, en rigor, la más leve duda. Bastante más importante era para él, a medida que se acercaba la hora de ajustarles las cuentas a aquellos poderes, el poner en claro ante sí mismo y ante la publicidad cuál era su actitud ante la democracia burguesa. De una parte, razonar por qué ésta, por muy revolucionaria que se llamara, jamás podría llegar a realizar los verdaderos objetivos del proletariado y, de otra parte, despejar cualquier duda que pudiera existir acerca de que, al llegar la hora del ajuste de cuentas que se acercaba, los proletarios considerarían a los demócratas revolucionarios como sus más cercanos y más poderosos aliados.

Dio pie a Engels para esclarecer las cosas en ambos sentidos un ataque que partió de Carlos Heinzen. Este republicano burgués, metido a revolucionario desde hacía poco, alardeando de sentido común, se reía del “lenguaje hegeliano de pícaros” y no profesaba tener otra escuela que la de la vida. En el verano de 1846, en colaboración con Ruge —quien, desde su ruptura con Marx se había convertido en rabioso enemigo del joven movimiento comunista y de sus dirigentes— había publicado, bajo el título de *La oposición*, una antología de textos cuya ostensible finalidad no era otra que la de llevar agua al molino del “comunismo alemán”. Mientras que Ruge descargaba allí su cólera contra Moses Hess, quien no se hizo esperar con su réplica al “doctor Graziano”, dedicando de pasada dos o tres palabras de reconocimiento a Engels, Heinzen se encargaba de fustigar con voz tonante, en bloque, el materialismo

ayuno de ideales del comunismo y la fatuidad de sus dirigentes. Entre otras cosas y con mucha fuerza, calificaba de escandaloso el que consideraran demasiado estrecha la esfera política, porque no cabía la posibilidad de implantar, dentro de ella, verdaderas reformas sociales.

Por muy poco inteligentes que fuesen Heinzen y su estilo de polémica, no cabe duda de que algunas de las cosas que alegaba eran merecedoras de una seria réplica. Lüning, en un artículo prohibido por la censura y destinado al número de noviembre de *El vapor westfaliano*, quiso hacerle ver que tergiversaba totalmente el pensamiento de Marx y Engels, a quienes hasta entonces no había llamado por sus nombres, al atribuirles una actitud de desprecio hacia la política. Muy lejos de ignorar la realidad, se dedicaban a estudiarla muy a fondo y sabían de economía política mucho más que su detractor, quien confesaba él mismo su ignorancia en la materia.

Al principio, Marx y Engels habían dejado pasar inadvertidos los empujones del que fuera colaborador de *La gaceta del Rin*, ya que —según lo hubo de expresar Marx— pretendían ocuparse de adversarios más versados en economía y en filosofía y tal vez también porque ya Esteban Börn se había encargado de administrarle una buena respuesta, desde el punto de vista de partido. Pero cuando Heinzen, tal vez para provocar la réplica, desplazó los ataques a las columnas de *La gaceta alemana de Bruselas*, que algunos podían considerar como órgano suyo, Engels se decidió, por fin, a darle su merecido, aprovechando la ocasión para poner en claro la actitud de su partido hacia el radicalismo burgués, aunque el representante típico de esta corriente pasaba por ser, y con razón, no Heinzen, sino Juan Jacoby.

La réplica apareció en *La gaceta alemana de Bruselas* los días 3 y 7 de octubre de 1847, bajo el título de "Los comunistas y Carlos Heinzen". Se refutaba aquí, entre otras, la afirmación de Heinzen de que la causa de las miserias de Alemania eran los monarcas y de que, por tanto, los culpables de la podrida realidad imperante eran tales o cuales personalidades individuales, y no las mismas condiciones reales. El señor Heinzen —dice aquí Engels— jamás conseguirá desplazar a las testas coronadas el odio de los campesinos siervos contra sus terratenientes o el de los obreros contra sus patronos. Y Engels declara como un iluso embriagado por los colores de la bandera a quien, sin prestar atención al movimiento que se desarrolla en Francia y en Inglaterra ni al movimiento real de las clases en Alemania, crea poder implantar la república en este país por obra de una revolución inmediata.

Quien, como Heinzen, se dedicaba a bramar ante el mundo, sin ton ni son, el grito de la revolución, dañaba a la democracia alemana, en vez de favorecerla. La verdadera misión de los publicistas alemanes —le decía Engels— era muy distinta: consistía en exponer y razonar los postulados de su partido, refutando los de los adversarios. En demostrar la necesidad de la democracia, poniendo de manifiesto la indignidad del gobierno existente, que representaba más o menos a la nobleza, la insuficiencia del sistema constitucional, el cual sólo podía poner al timón a la burguesía, y la incapacidad del pue-

blo para poner remedio a sus males mientras no conquistara el poder político.

Los periódicos y los escritores —según diciendo Engels— debían hacer ver con razones la opresión de las capas que en Alemania formaban el pueblo de los proletarios, los pequeños campesinos y los pequeñoburgueses bajo la férula de la burocracia, la nobleza y la burguesía, y demostrar que la opresión sólo se acabará cuando estas clases sean desalojadas del poder. Debían investigar qué perspectivas existen para una victoria cercana de la democracia, de qué medios dispone ésta y a qué alianzas le es lícito recurrir, mientras no pueda imponerse por su propia fuerza y su propia voluntad.

Remitiéndose insistentemente a las enseñanzas de la historia, Engels refuta la afirmación de Heinzen de que la salvación pueda venir de los pequeños campesinos. La cima de la moderna democracia —dice— son los proletarios de las ciudades, y de su iniciativa dependen los pequeños campesinos y los pequeñoburgueses.

Las medidas prácticas que los comunistas proponen —explica— se desprenden necesariamente de la marcha de las cosas; lo que Heinzen aduce no son más que fantasías de un redentor del mundo, artificialmente urdidas y propias de un filisteo, invenciones ociosas de un ignorante que quiere suplir con una voz estentórea, buenas intenciones y buena voluntad la inteligencia que no tiene y la claridad de juicio que le falta. Si no fuese un mal escritor demócrata de partido, los comunistas no necesitarían manifestarse en contra de él. Pero los comunistas se consideran también demócratas, en todas las cuestiones prácticas de partido. Saben, evidentemente, que la democracia traerá consigo, como inevitable consecuencia, el poder político del proletariado y —esto, el poder político del proletariado, será, a su vez, la primera premisa para todas las medidas comunistas. Pero, hasta que la democracia triunfe, las diferencias entre ambas corrientes tendrán todas —aclara Engels— un carácter teórico y se podrá discutir en torno a ellas sin dañar en lo más mínimo, porque esto se haga, la acción común.

La réplica a las objeciones teóricas de Heinzen contra el comunismo la dejó Engels para el final. Se equivoca —le decía— al considerar el comunismo como una doctrina que parte como núcleo de determinado principio teórico, para sacar de él las consecuencias. El comunismo no es una doctrina, sino un movimiento; no parte de principios, sino de hechos. No tiene como premisa tal o cual filosofía, sino toda la historia anterior y, especialmente, los resultados efectivos a que ésta ha conducido en los países civilizados. Es el producto de la gran industria y de sus efectos, de la implantación del mercado mundial, de las crisis comerciales cada vez más generales y más violentas, de la creación del proletariado, de la concentración del capital y de la consiguiente lucha de clases entre proletariado y burguesía.

“El comunismo, en lo que tiene de teórico, es la expresión teórica de la posición del proletariado en esta lucha y la síntesis teórica de las condiciones de liberación del proletariado”.

La propiedad privada desaparecerá, no porque tal o cual escritor metido

entre las cuatro paredes de su cuarto lo quería así, sino porque se acerca el momento en que la exploración colectiva de los medios de trabajo se impondrá como una necesidad para la industria, para la agricultura y el intercambio. Y los últimos conatos fracasados de Proudhon habrían debido convencer a Heinzen de que es una quimera eso de querer reformar la propiedad sin tocar al orden económico existente. Repite la vieja monserga de que el comunismo destruye la individualidad, pero tendría que demostrarnos qué individualidad hace falta, hoy, destruir, con individuos convertidos por la división del trabajo y contra su voluntad en siervos de un determinado oficio o profesión y de las costumbres, prejuicios y limitaciones inherentes a ellos.

No era fácil que un genio del denuesto como Heinzen fuese a encajar silenciosamente golpes tan demoledores. Pocos días después, el 21 de octubre, recibía el "representante de los comunistas" una andanada interminable de ataques personales del más grueso calibre, de la que aquí entresacamos solamente dos frases que sobresalen del nivel, por lo general bastante trivial, de sus artes de púgil. "Guárdese usted su mirada de visionario", —exclama, dirigiéndose a Engels—, "agarre valientemente de los pelos a la abolición de la propiedad, esa 'consecuencia' que, al parecer, atroja ante sus pies la riada de los hechos, y muéstrenos la consecuencia de la consecuencia, demuéstrenos lo que la historia, esa gran amiga de usted, hará de esta consecuencia. ¿No quiere hacernos ese favor? ¡Es usted muy cruel!" Y, en otra parte, leemos: "Si el comunismo es un movimiento, un movimiento que marcha hacia una meta, cuando esa meta se realice, el movimiento, naturalmente, se detendrá o tendrá que convertirse en un nuevo movimiento. Por tanto, el comunismo terminará en el momento en que se realice".

Eran, en realidad, objeciones que iban dirigidas a la raíz quiliástica de la concepción de la historia de Marx y Engels, al punto en que, incluso en ellos, comenzaba la fe, porque allí tenía que acabar necesariamente la ciencia. Cualquiera se da cuenta de que, para atacar a hombres de la talla de un Marx y de un Engels, hacía falta disponer de mejores armas que este detractor, aunque se tratara de atacarlos en los puntos más vulnerables de sus posiciones. Engels se dio por muy satisfecho al saber que Marx se ofrecía para decirle a este "miserable chapucero y calumniador", por última vez y definitivamente, lo que merecía. Por su parte, reconocía sin andarse con rodeos que él sólo podría contestar, "cuando mucho, con unas cuantas bofetadas" a la "avalancha de basura" que Heinzen había lanzado contra él.

Usando del derecho que le daba el vuelo mucho más alto de su pensamiento, Marx empezaba por liquidar con soberano desprecio a su detractor como el restaurador de la literatura zafia y grosera del siglo XVI. No tenía —decíale— por qué preocuparse de "las dos o tres verdades pobres y escuálidas" que flotaban hasta en el agua sucia de Heinzen. Le parecía más conforme a su inclinación atacar el punto lirigioso por la misma raíz y darle a aquel contendiente indigno de él una lección tan seria acerca de las relaciones entre la violencia y la propiedad, que hasta este empedernido espadachín, con un poco

de buena voluntad, habría tenido que comprender por qué el mero hecho de luchar por la libertad no bastaba para borrar del mundo la dominación basada en la violencia.

El 3 de febrero de 1847 dictó Federico Guillermo IV la Real Orden convocando a la Dieta confederada. Engels, a quien el anuncio tan largamente esperado conmovió hondamente, saludó en ello el inicio de una nueva era. Se repetían en Prusia —escribió el 6 de marzo, en *The Northern Star*— los hechos de la Francia de 1789. La escasez de dinero obligaba al gobierno, a regañadientes, a reconocer a los Estados generales; comenzaba la revolución. La mayoría liberal de la Dieta condicionaría la aprobación del empréstito que se le solicitaba a la concesión de sus exigencias más importantes. Mientras la burguesía no conquistara el poder del Estado, el proletariado debía defender su causa como si se tratara de la suya propia. Sólo después de derrocados los viejos poderes comenzaría el combate decisivo entre burguesía y proletariado.

Cuando el monarca, el 11 de abril, en su mensaje del trono, volvió a renegar del espíritu constitucional de los tiempos y, lejos de abjurar de su ideal románico-cristiano, lo exaltaba de nuevo, diciendo: “Nos, yo y mi Casa, queremos servir al Señor”, Engels, en un arrebato de ira, de sarcasmo y decepción, echó mano del lápiz de dibujo y trazó una caricatura, parodiando la escena en el Salón Blanco de palacio. Vemos en ella el rey, rodeado del príncipe de Prusia, de Bodenschwingh, Boyen, Solms-Lich y otros Grandes de la Corona, contemplando cómo el monarca, con mirada de arrobamiento, levanta la mano para jurar y protesta de su devoción ante lo alto, mientras a los miembros de los estamentos allí presentes se los ponen los pelos de punta. El 6 de mayo este dibujo fue enviado por Marx, quien lo recibió, enviado por su autor a *La gaceta alemana de Bruselas*, que pasados algunos días dijo que se trataba de la obra de un ingenioso diletante.

En marzo, se había puesto Engels a escribir un folleto sobre el problema de la Constitución en Prusia, en el que Marx podría “añadir o quitar” lo que le pareciera. Pero, al igual que tantas otras cosas proyectadas y esbozadas por él en aquellos años —se habla, por ejemplo, de un manuscrito titulado “El presente de la raza rubia”, cuyo texto no conocemos, y de otro sobre “Las angustias de Alemania”, mencionado por Weerth en noviembre de 1846—, dicho trabajo no llegó a hacerse público. Marx le hizo saber, en mayo, que la detención en Aquisgrán del librero alemán Vogler, residente en Bruselas, hacía imposible, por el momento, la publicación del citado folleto, y le decía que la primera parte le había gustado, pero que el resto necesitaba ser corregido.

Entre los papeles inéditos de Engels se ha encontrado un manuscrito que, evidentemente, estaba destinado a aquel folleto. En su primera parte, vuelve a caracterizarse el “verdadero socialismo” —que entre tanto, según el autor, se había vuelto totalmente reaccionario— como una pandilla literaria, de la que debe apartarse resueltamente el comunismo alemán, el que de un modo muy tangible representa las necesidades del proletariado de este país. El “*status quo* alemán”, se dice aquí, “no puede explotar a favor suyo en modo alguno nues-

tros ataques, ya que éstos van dirigidos más contra él que contra la burguesía. Si la burguesía es, por así decirlo, nuestro enemigo natural, el enemigo cuyo derrocamiento llevará al poder a nuestro partido, nos sentimos todavía más enemigos del *status quo*, ya que éste nos impide atacar a la burguesía. De ahí que no estemos al margen de la gran masa que forma la oposición alemana contra el *status quo*. Somos simplemente la fracción que milita en su vanguardia y que abraza y no recibe la segunda intención de adoptar una posición muy clara contra la burguesía”.

Engels confiaba en que el puntapié dado a la Dieta confederada situaría a los partidos, sumidos todavía en la confusión y muy divididos por minucias ideológicas, ante la necesidad de ver las cosas con un sentido práctico y de ponerse de acuerdo acerca de sus intereses y de la táctica que debían seguir. Y añadía que también el más joven de ellos, el partido comunista, tenía el deber de ver claro acerca de su posición, de su plan de campaña y de sus medios.

El resto del manuscrito a que nos referimos caracteriza el *status quo* en Alemania y habla de la importante misión que la revolución inminente reservará a la burguesía de este país. Mientras que en Francia y en Alemania las ciudades dominan al campo, en Alemania ocurre lo contrario, el campo domina a la ciudad. Aunque no con tanta fuerza como en la época de las guerras de liberación, la agricultura sigue suministrando los alimentos decisivos a la masa del pueblo. El representante político de la agricultura es el terrateniente noble, al lado del cual aparece como la clase industrial predominante la pequeñoburguesía. La constitución alemana vigente es, sencillamente, una transacción entre estas dos clases, que tiende a poner la administración en manos de una tercera clase, la burocracia.

La pequeñoburguesía —sigue razonando Engels— jamás podrá derrocar a la nobleza ni siquiera equipararse a ella; podrá, a lo sumo, llegar a debilitarla. Para derrocarla, se necesita una clase movida por intereses más amplios, con mayores propiedades y mayor decisión: la burguesía. El pequeñoburgués representa el comercio interior y el del litoral, los oficios representan a la manufactura, basada en el trabajo manual: son todas ellas, por tanto, ramas de producción que se desenvuelven dentro de un radio reducido, requieren pequeños capitales de lenta rotación y engendran solamente una competencia local y amodorrada. En cambio, el gran burgués representa el comercio mundial, el cual exige una extensa zona, los mayores capitales posibles y una rápida rotación, y la competencia es, aquí, universal y acelerada. El pequeñoburgués siente su posición suficientemente asegurada si, influyendo indirectamente en la legislación del Estado, ejerce una influencia directa sobre la administración provincial y es dueño y señor de la administración local de su municipio. Por el contrario, el gran burgués no puede asegurar sus intereses a menos que ponga también bajo su control directo la administración central, la política exterior y la legislación. Y si la clase dominante le hace concesiones, el pequeñoburgués se mantiene conservador, mientras que el gran burgués tiene que seguir siendo revolucionario hasta que logre llegar al poder.

La gran burguesía alemana —Engels la llama siempre burguesía— había nacido gracias a Napoleón. El bloqueo continental y la libertad industrial impuesta por él en Prusia habían hecho posible en Alemania la existencia de una industria y la expansión de la minería. El primer reconocimiento oficial de la burguesía por el gobierno había sido la ley arancelaria prusiana de 1818 y el segundo la Liga aduanera. Las cosas —dice Engels— están actualmente de tal modo que, o la burguesía se erige en clase dominante o tiene que renunciar a sus conquistas anteriores. Siendo como es, de hecho, la clase dirigente de Alemania, toda su existencia depende de que llegue a serlo también de derecho. Cuanto más crece su influencia, más se endeuda la nobleza y más visiblemente se descompone la pequeñoburguesía. Esta es, según Engels, después de los campesinos, la clase más miserable que ha llegado a chapotear en la historia. Ni siquiera en lo que llegó a ser su época más gloriosa, en la baja Edad Media, pasó nunca de una existencia tolerada, sin lograr jamás alcanzar el poder político, en el pleno sentido de la palabra. Al nacer y avanzar la gran burguesía, perdía hasta la mera apariencia de una iniciativa histórica. Se divide y retrocede, sin que le quede más camino de salvación que concentrarse detrás de las nutridas líneas del proletariado y seguir las banderas de éste o entregarse a discreción a merced de la gran burguesía. Ciertamente es que, en Alemania, las cosas no han llegado todavía hasta este extremo; la pequeñoburguesía se encuentra aquí en una fase en que, llevada de su desesperación y su penuria de dinero, puede adoptar la resolución heroica de negarse a seguir a la nobleza y echarse en brazos de la gran burguesía.

Entre los campesinos cuenta aquí Engels a los pequeños agricultores independientes, a los arrendatarios y a los propietarios de tierras, pero no a los jornaleros agrícolas ni a los mozos de labranza. Para proteger los intereses de la agricultura frente al creciente poder de la industria y el comercio, los campesinos se supeditan a la nobleza y para defenderse contra la competencia de la nobleza y, sobre todo, de los terratenientes burgueses, se someten a la burguesía. De la naturaleza de su propiedad dependerá el bando al que definitivamente se unan. Los grandes campesinos de la Alemania oriental, que aún llegaban a ejercer privilegios feudales sobre sus jornaleros, tenían demasiados intereses en común con la nobleza para poder desentenderse de ella. En cambio, los pequeños campesinos del Occidente y los del Este, sujetos todavía a la jurisdicción patrimonial y, en parte, a las prestaciones personales y cuyos intereses se hallaban en directa contraposición con los de la nobleza, se hallaban al lado de la burguesía.

Engels era plenamente consciente de que ni la pequeñoburguesía ni los campesinos, ni siquiera el proletariado estaban, en Alemania, capacitados para la toma del poder. Entendía que la clase obrera no poseía aún la necesaria conciencia de la comunidad de sus intereses y que, además, su desmembración en mozos de labranza, jornaleros agrícolas, oficiales artesanos, obreros fabriles y lumpemproletarios y su dispersión a lo largo de un gran territorio con poca densidad de población y centros contados y débiles, le impedía constituirse en

clase. Seguía limitándose a sus aspiraciones cotidianas más directas, al deseo de obtener un buen salario por un buen trabajo. Los obreros identificaban todavía sus intereses con los de sus patronos, lo que hacía que cada fracción del proletariado fuese una especie de ejército auxiliar de la clase para la que trabajaba.

La falla fundamental de la situación, en Alemania —tal era el resultado a que llegaba Engels un año antes de que estallara la revolución—, era que ni una sola clase había sido, hasta entonces, lo suficientemente fuerte para imponer su modalidad de producción como la rama de producción nacional por excelencia, de tal modo que pudiera erigirse en representante de los intereses de toda la nación. A la impotencia y la indignidad general del sistema de gobierno imperante, cuyo reflejo era la burocracia y una de cuyas causas fundamentales residía en la pobreza de capital, correspondía en lo interior la desmembración del país en treinta y ocho Estados locales y provinciales y, en lo exterior, el bochornoso desamparo de Alemania contra la explotación y las humillaciones del extranjero.

La situación sólo podría mejorar si una clase llegaba a hacerse lo bastante fuerte para condicionar a su auge el de toda la nación. Y esta clase no podía ser otra que la burguesía. Era la única cuyo poder no se limitaba a principios abstractos y deducciones históricas, sino que pretendía imponer medidas muy concretas, muy tangibles y directamente viables; la única también que, por lo menos en el plano local y provincial, disponía de cierta organización y contaba con un plan de campaña. Por el momento, solamente ella tenía perspectivas de éxito.

Los motivos que obligarían a la burguesía alemana a tomar en sus manos el poder del Estado los exponía aquí Engels en un lenguaje cuyo realismo no podía agradar a un Juan Jacoby o a un Ruge, de una parte, ni, de la otra, a un Dahlmann o un Gervinus. Partiendo de su viejo punto de vista, en el que persevera, de que la industria alemana sucumbirá sin duda alguna ante la inglesa si no se ve protegida por aranceles más altos, afirma que la burocracia dominante, la cual no se ha preocupado en la medida necesaria del libre desarrollo y el rápido auge de las fábricas, no ha sentido hasta ahora la necesidad de un régimen fabril ni se ha molestado en fomentarlo. Ahora bien, el sistema arancelario y la administración interior son campos en los que la gran burguesía industrial se halla más directamente interesada en alcanzar una influencia determinante.

Sin embargo, también en otros aspectos reclamaban la legislación y la administración, en casi todos los Estados alemanes, una revisión sistemática a fondo, acometida desde el punto de vista de la clase que ya no podía seguir renunciando por más tiempo a la transformación del orden social existente. La gran burguesía prusiana necesitaba para sus procesos civiles en torno a la propiedad, por lo menos, la garantía de la publicidad y para sus procesos penales el tribunal del jurado, es decir, la fiscalización constante de la justicia por los representantes de los burgueses. Tampoco podía, como podía todavía el pequeño burgués, dejar al arbitrio de la nobleza la regulación de las relaciones sobre la propiedad en el campo; el desarrollo total de sus intereses reclamaba

que también la agricultura se explotara, en la mayor medida posible, con métodos industriales y requería la libertad de venta y la movilidad de la propiedad territorial. Ni podía darse tampoco por satisfecha con la legislación comercial prusiana, la que disponía que, en caso de quiebra, se descontaran de la masa las deudas cambiarias y, sobre todo, las que sólo figuraban en los libros de contabilidad. Semejantes normas defendían los intereses de los burócratas y de todos los elementos no burgueses en contra de la burguesía, ya que amparaban a quienes, como el terrateniente noble, sólo tenían algo que vender una vez al año y retiraban el importe correspondiente por medio de un documento cambiario. Y, a su vez, entre quienes se dedicaban al comercio, aquellas normas favorecían más a los banqueros y comerciantes al por mayor que a los fabricantes, que cobraban a todo el mundo en cheques y letras de cambio. Por último, la burguesía tenía que aspirar a influir de un modo preciso en la distribución de los impuestos y en la política exterior. Su instinto de conservación la obligaba a extender día tras día sus relaciones comerciales, sus mercados y sus medios de comunicación. Y también para ello necesitaba del poder político y de supeditar a sus intereses los de todos los demás. Pero la prueba más palmaria de que la gran burguesía necesitaba imponer su hegemonía política, si quería salvarse de la ruina era, para Engels, la situación en que la aguda crisis comercial declarada había sumido al mercado alemán de dinero y de mercancías.

Mientras trataba, como vemos, de poner al desnudo las raíces económicas de la revolución alemana que se avecinaba, Engels, siempre de buen humor, se divertía con una serie de temas picantes, que a manera de entremeses escogidos le abrían el apetito para la gran comilona que se preparaba. Por aquellos mismos días escribió, entre otras cosas, una sátira sobre los amores del anciano monarca de Baviera con la guapa bailarina Lola Montes, para darse el gusto de poner en evidencia, a la luz de aquel episodio, las flaquezas de la monarquía por la Gracia de Dios. No se sabe a ciencia cierta la suerte que corrió este "divertimiento". Pero no creemos que tenga nada que ver con esta efímera obra de Engels un panfleto citado por *La gaceta alemana de Bruselas*, cuya segunda edición vio la luz en Basilea en el otoño de aquel año y que —en la traducción libre de Bettina— llevaba por título *Lola Montes, o también los reyes son humanos*. La escena forense con que se abre la jugosa comedia recuerda de lejos el marco literario del Concilio de Leipzig, y también el tono de la obra, en que el autor se burlaba de toda gazmoñería, podría ser de Engels, quien en asuntos de esta naturaleza no se mordía la lengua; pero el "serio epílogo" con que termina la tercera edición, la única que conocemos de esta parodia, es, en cuanto a su contenido político, demasiado incoloro y tímido para que se le pueda atribuir a él.

Directamente entrelazado con la discusión puesta sobre el tapete en aquellos días se halla un artículo, probablemente escrito por Engels y publicado en *La gaceta alemana de Bruselas* el 6 de junio, en que se trataba de demostrar que todas las peticiones recibidas por la Dieta confederada iban encaminadas exclusivamente al poder de la gran burguesía. El proletariado —decía el artículo—, cuando llegue la hora, no presentará sus peticiones en una hoja de papel,

sino en unas cuantas balas de algodón preparadas para entrar en máquinas.

La más grande lucha que jamás haya visto la historia universal —leemos aquí—, la lucha entre las clases poseedoras y las desposeídas, sólo comenzará cuando la gran burguesía empuñe firmemente el timón del Estado y arroje al estercolero de la historia las supervivencias de la Edad Media. En los meses de que estamos hablando, Engels y Marx no se cansaron de componer, bajo todas las formas posibles, variaciones en torno a este tema. Pero, procurando subrayar, al mismo tiempo, cuán funesto era para la burguesía el hecho de que, en Alemania, tuviera que subir al poder precisamente en el momento en que su enemigo mortal, el proletariado, comenzaba ya a dar señales de vida.

De Engels procedía, sin ningún género de duda, el artículo publicado el 10 de junio sobre "Aranceles protectores o sistemas de librecambio". Este artículo no aporta ninguna idea nueva sobre el tema apuntado en el título, sino que se limita a reiterar la vieja convicción de que, en la burguesía alemana, prevalecerá el ala proteccionista sobre la librecambista, ya que, de otro modo, sin protección arancelaria, la industria de aquel país se vería acogotada y aplastada en diez años. La Real Orden del 3 de febrero era presentada, aunque envuelta todavía en los vapores y las nieblas del palacio de Potsdam, como el reconocimiento del poder de la burguesía, ante el que pronto se esfumarían todos los fantasmales poderes cristiano-germánicos. Las sesiones de la Dieta habían puesto de manifiesto que el gobierno prusiano era incapaz de comprender, proteger y fomentar los intereses materiales. En el fondo, al proletariado le era indiferente que prevaleciera el librecambio o el proteccionismo arancelario; con cualquiera de los dos sistemas seguiría teniendo que atenerse al salario ajustado a sus más estrictas necesidades. Pero sí le interesaba que la burguesía disfrutara de un poder sin cortapisas, ya que solamente después de su victoria podría lanzarse a la lucha final contra ella, contra su último y peor enemigo, echar por tierra la propiedad privada y acabar para siempre con todas las clases y con toda dominación de clase.

Curiosa consonancia con estas ideas guarda un artículo escrito después de clausurarse la Dieta confederada y publicado en septiembre de 1847 en el número de prueba de la *Revista comunista* de Londres, de cuya importancia hablaremos más adelante. El título del artículo era "La Dieta prusiana y el proletariado en Prusia y en Alemania, en general".

Suponiendo que fuese Engels el autor de este artículo, era el primero redactado por él en su lengua natal para una publicación obrera. Habría que decir, además, siempre bajo este supuesto, que su estilo reflejaba la novedad de la tarea planteada al autor. Al igual que en artículos escritos redactados para el *Northern Star*, se veía que el deseo de expresarse con mayor claridad le llevaba a utilizar un tono más fuerte que el habitual en él.

Este artículo entra ya directamente en los antecedentes del *Manifiesto comunista*. Resonaba en él un ardiente llamamiento a la agrupación de todos los trabajadores: "Aislados", se dice aquí, "somos y seguiremos siendo débiles esclavos condenados a la miseria, a merced de la soberbia y la misericordia;

pero, si nos unimos y organizamos, caerán ante nosotros como cañas secas las cadenas que nos imponen la propiedad privada y el gobierno cristiano-germánico”.

Para Engels, no era dudoso que la suerte de Alemania se decidiría en Prusia. El 23 de enero de 1848 resumía en palabras muy expresivas la concepción con que se lanzó a la revolución alemana: “El problema de quién debe gobernar en Prusia, si la alianza de la nobleza, la burocracia y el clero con el rey a la cabeza, o la burguesía, está ahora planteado en tales términos que tiene necesariamente que decidirse en uno de los dos sentidos. Con la Dieta unificada aún cabía la posibilidad de llegar a un entendimiento, pero ya no es posible. Ahora, se trata de una lucha a vida o muerte entre los dos bandos”.

En un momento de buen humor, había abocetado aprisa y corriendo una obra de teatro en un acto, puesta en escena por un grupo de aficionados de la Asociación obrera alemana de Bruselas, en septiembre de 1847. En una de sus escenas, se alza una barricada en un pequeño Estado alemán, en el que el monarca abdica y se proclama la república.

Engels dábase perfecta cuenta de que la ola revolucionaria que se acercaba no se circunscribiría a Alemania, sino que envolvería a la mayor parte de Europa. A medida que el ambiente se radicalizaba, se les abrían más anchas a él y a Marx las columnas de *La gaceta alemana de Bruselas*. Y, espoleado por el movimiento político cada vez más tenso que en todas partes se manifestaba, Engels examinaba desde allí la situación interior de toda una serie de Estados en que habían estallado ya o estaban a punto de estallar movimientos populares, siempre de la mano de su concepción económico-realista de la historia. El movimiento seguía perfilándose todavía, fundamentalmente, en aquellos países que en 1830 habían quedado rezagados y que ahora necesitaban alcanzar a los otros para que también en ellos llegara al poder la burguesía. En Italia, eran ya tan irresistibles las aspiraciones de libertad, que el Papa mismo, es decir, el hombre “que representaba la ideología medieval más empedernida”, había considerado prudente ponerse a la cabeza de las tendencias liberales y nacionales.

Engels comparaba aquellas metas y aquella política con las de la era de Stein-Hardenberg en Alemania, aunque preveía que, en Italia, la victoria de la gran burguesía conduciría a resultados mucho más decisivos. “Todas las clases ávidas de reformas”, escribía, “desde los príncipes y la nobleza hasta los *psiffiferari* y los *lazzaroni*, se comportan allí, provisionalmente, como burgueses, y el papa es, de momento, el primer burgués de la península. Pero todas estas clases se llevarán un gran desengaño en cuanto Italia hayase sacudido el yugo austríaco”. Los obreros de Milán, Florencia y Nápoles se darán cuenta, entonces —concluía—, que su tarea no ha hecho más que empezar.

En cuanto sonaron los primeros disparos entre sus montañas, Engels se sintió movido a analizar a fondo la guerra civil que acababa de estallar en Suiza. Este estudio se publicó el 14 de noviembre en *La gaceta alemana de Bruselas*. No era fácil, evidentemente, encuadrar este tema dentro del marco de su

concepción económica de la historia, y fue esto tal vez lo que le llevó a demostrar que esta manera de interpretar las cosas podía conducir también a juicios certeros en casos al parecer difíciles.

Suiza era, en efecto, un país en que aún no existía una industria importante, capaz de llevar a la burguesía al poder. El campeón del proletariado industrial moderno veía en los habitantes de los cantones primitivos simplemente los rudimentos de la vieja barbarie cristiano-germánica, cuya democracia nada tenía que ver con la de los países civilizados. Opinaba que, desde los tiempos de Guillermo Tell y Winkelried, aquella Suiza fosilizada se aferraba con terquedad verdaderamente zoológica a su estrechez local y a su barbarie primitiva. Los suizos de aquellos cantones —decía— se obstinaban en la testarudez de los germanos antiguos por mantener indemne su soberanía cantonal, es decir, el derecho a seguir siendo hasta la consumación de los siglos estúpidos, beatos, brutales, venales e intransigentes, sin preocuparse en absoluto de que aquello perjudique o no a sus vecinos. Han pasado, sin embargo, los tiempos en que estos tercos pastores, "con muy buenas pantorrillas, pero poca cabeza", puedan oponerse a los avances del desarrollo histórico.

Si la invasión de los franceses, que, al fin y al cabo, llevó algo de civilización a otros países, se estrelló allí contra sus rocas y sus cabezas, la invasión de los lores y los *squires* ingleses y la de los innumerables fabricantes de jabón y de velas, tenderos de especias y tratantes en huesos, que inundaron el país veinte años más tarde, lo han sacado un poco de su atraso. Han fomentado en los honrados vaqueros de las cabañas alpinas, que antes apenas sabían lo que era el dinero, una avaricia y una bribonería de primer orden, las cuales, por lo demás, se compaginan muy bien con las patriarcales virtudes de la castidad, el recato; la austeridad, la probidad y la lealtad, tan proverbiales en ellos. E incluso con su tradicional beatería, pues el cura los absuelve muy de buena gana sabiendo que las víctimas de sus estafas son los herejes británicos. A cambio de todo ello, los descendientes de Stauffacher y Winkelried son los lasquenetes, que, con su venal fidelidad, se dejan matar para defender a la reacción y a la beatería en cualquier país extranjero.

Pero, en pleno siglo XIX, los suizos ya no pueden seguir viviendo como dos partes diferentes de un mismo país, sin influirse la una a la otra. Aunque los cantones de la moderna Suiza industrial y demócrata, con sus ideas avanzadas, marchan a la zaga de la civilización europea más desarrollada, es natural que traten de acabar con el atasco y la barbarie de los cantones primitivos dedicados a la ganadería y de imponer en su país una centralización más sólida, como la que necesita la gran burguesía.

Dos meses más tarde, volvía Engels a ocuparse de Suiza. Se trataba, ahora, de saber por qué en la guerra de la pequeña Confederación, que ya había llegado a su final, habían podido triunfar los campesinos sobre las grandes ciudades. Su explicación era que aquellos campesinos que se sentían tan propietarios como los burgueses y estaban, por el momento, unidos a ellos casi por los mismos intereses, nada podían en contra suya, pero sí esperaban conseguir

muchos aliados entre ellos. Seguían siendo el brazo armado de los burgueses, riñendo sus batallas, tejiendo sus percales y sus cintas, sirviendo de base de reclutamiento para su proletariado. Claro está que, en el futuro, la parte explotada y empobrecida de los campesinos acabaría uniéndose al proletariado, que entre tanto se habría fortalecido, y declarararía la guerra a la burguesía, a la que ahora beneficiaba más que a nadie la expulsión de los *jeunites*.

En el artículo sobre "Los movimientos de 1847", en donde figuran estas apreciaciones, Engels sólo hacía breves alusiones a los Estados en que la burguesía empuñaba ya el timón. De la nueva Cámara de los Comunes de Inglaterra esperaba que diera cima a la victoria de la burguesía industrial y que acabara con los últimos vestigios de dominación del feudalismo. Y también en Francia, lo mismo que allí, se estaba ventilando, cada vez con mayor fuerza, la lucha entre las diferentes fracciones de la burguesía: en Inglaterra, luchaban los fabricantes contra los rentistas; aquí, en Francia, la lucha estaba entablada, de una parte, entre los rentistas y especuladores en bolsa, y, de otra, los armadores y un sector de los fabricantes, los que en los banquetes en pro de las reformas confraternizaban con la pequenoburguesía. Engels no sospechaba cuán cerca estaba ya Francia, por aquellos días, del estallido de la revolución. No obstante, en el *Northern Star* del 20 de noviembre de 1847 proclama que los trabajadores franceses sentían la necesidad de una revolución más radical y más profunda que ninguna de las anteriores.

Tampoco el problema de Austria parecía, a primera vista, prestarse mucho para que se le aplicase el nuevo método del conocimiento que Engels se sentía inclinado a experimentar, una y otra vez, en todos los terrenos. En un artículo titulado "El comienzo del fin de Austria", publicado en *La gaceta alemana de Bruselas* el 27 de enero de 1848, se preguntaba cómo era posible explicar que pudiera sostenerse en pie aquel caos organizado de diez lenguas y naciones, aquella caótica amalgama de las costumbres y leyes más contradictorias. ¿Qué era, en realidad, lo que servía de fundamento al poder, a la tenacidad y estabilidad de la Casa de Austria? He aquí su respuesta: la civilización, que impulsaba la industria y el comercio, elevaba la importancia de las ciudades y daba su importancia política a quienes habitaban en ellas, había seguido siempre en la historia la línea del litoral marítimo y el curso de los grandes ríos, al paso que las tierras interiores, sobre todo las zonas montañosas intransitables y estériles seguían siendo la sede del feudalismo. Aisladas de la civilización alemana por las montañas de Bohemia y Moravia y de la civilización, las regiones interiores del sur de Alemania y de los países eslavos formaban, además, la cuenca fluvial del único río reaccionario de Europa. El Danubio, que corría hacia el Sudeste, las mantenía en contacto con una barbarie todavía muy vigorosa.

De ahí que, al crearse las grandes monarquías, los bárbaros de todas las lenguas y nacionalidades se agrupasen, sobre todo para fines de defensa, en torno a la dinastía de los Habsburgo, que se mantenía en pie en tanto que los derechos de la barbarie no se sintieran lesionados. El único peligro que los ame-

nazaba era la irrupción de la civilización burguesa, a la que sin duda podría cerrarse el paso provisionalmente, pero que no era posible contener por mucho tiempo. Si en 1823 y en 1831 Austria había logrado todavía dispersarse a cañonazos a los rebeldes italianos, en 1846 hubo de enfrentar ya en las personas de los campesinos de Galizia a un elemento revolucionario incipiente y, en 1847, en Italia, tuvo que recurrir a medios aún más drásticos.

Pero el hecho de que Austria hubiera logrado defenderse así, provisionalmente, de las revoluciones, no quería decir que pudiera sentirse segura, al mismo tiempo, contra las causas de la revolución. ¿De qué le servía atrincherarse detrás de un sistema consecuentemente prohibitivo contra el maquinismo? ¿No era precisamente aquel sistema el que hacía que las máquinas entraran en el país? Y las consecuencias de ello no se harían esperar: los precios de los artículos industriales bajaban con tal rapidez y tan profundamente, que echarían a rodar, primariamente, a las manufacturas y luego, poco a poco, a la misma vieja industria casera feudal, arrancando a sus hábitos de vida tradicionales a toda la población de los distritos manufactureros.

Al verse los campesinos siervos privados de sus viejas fuentes de ingresos, mientras la nueva industria creaba en ellos nuevas necesidades, se ponía a la orden del día la abolición del régimen feudal. Y, a su vez, en las ciudades, cuyo nivel se elevaba rápidamente, los gremios constituían una losa para los consumidores, una carga insoportable para los industriales y un peso inútil para los propios gremios. Había sufrido un cambio radical la situación de todas las clases de la sociedad. Las viejas clases iban pasando cada vez más a último plano ante las dos nuevas clases: la burguesía y el proletariado; la agricultura perdía fuerza frente a la industria y el campo se veía supeditado a la ciudad.

Tampoco era posible seguir cerrando el paso a la construcción de ferrocarriles. Es cierto que, por el momento, se encargaba de tenderlos el mismo gobierno, para no reforzar todavía más el poder de la creciente gran burguesía; pero como, para ello, necesitaba tomar el dinero prestado de los Rothschild y cofrades, salía de un peligro para caer en otro peor. Ante las vías férreas caían por tierra las barreras montañosas que hasta ahora habían aislado a la monarquía del mundo exterior, que habían mantenido en pie la nacionalidad específica de cada provincia, permitiéndoles desenvolverse dentro de su estrecha existencia nacional. Ya no existían, prácticamente, la cadena de los Alpes ni los bosques de la Bohemia, y el Danubio, corriendo para atrás, había dejado de ser la arteria vital del imperio de los Habsburgo. Las nacionalidades austríacas se separaban en un punto para volver a unirse en otro; y del caótico conglomerado de provincias que se sentían extrañas entre sí se desglosaban grupos más extensos con intereses y tendencias comunes. El vapor había roto en pedazos la barbarie austríaca, pero, al hacerlo, había minado el terreno bajo los pies de la Casa de Habsburgo.

Engels deseaba la desmembración de Austria, entre otras cosas, porque había dado a los alumnos, entre todos los pueblos de ideas liberales, la fama de ser en todas partes los opresores de las naciones y los mercenarios de la reac-

ción. Y creía que se limpiarían de esta mancha infamante si ellos mismos se encargaban de destruir el Estado imperial y de quitar de en medio, con ello, los obstáculos que se interponían en el camino de la libertad de los esclavos y los italianos y en el de su propia unidad. Los alemanes debían atreverse a lanzar audazmente las palabras que el mismo Napoleón no había osado pronunciar: "La dynastie de Habsbourg a cessé de regner!" Cuatro semanas más tarde, Engels repetiría, desde las mismas columnas, la afirmación de que la caída de Austria interesaba tanto al pueblo alemán como al italiano; los alemanes, exclamaba, deben empuñar las armas para poner fin de una vez por todas a la dominación austríaca.

Como es sabido, la gran fermentación política que se advertía en la Europa central se agudizó considerablemente con la violenta crisis económica, las seguidas malas cosechas y la penuria social que varios países sufrieron en 1847 como consecuencia de estos fenómenos y que en Alemania, principalmente en Berlín, Breslau y Stettin, provocaron revueltas debidas al hambre. Levantaban el vuelo, cada vez con mayor frecuencia, los pájaros de la tormenta anunciantes de la inminente revolución.

Ante aquella situación, las democracias de todos los países europeos tenían el apremiante deber de armarse para que los acontecimientos no las pillaran desprevenidas y no las arrollaran. La coordinación de los dispersos cuerpos de ejército de la oposición definida, tanto en el terreno nacional como en el internacional, hasta hacía poco carente de perspectivas o poco prometedora, pasaba a ser una necesidad práctica inmediata, de cuya rápida realización, con el mayor alcance posible, podía depender en ciertas condiciones el desenlace de todo el movimiento europeo.

Se ponía a la orden del día la posibilidad de una concentración internacional de las fuerzas de la democracia, tal como ya la habían previsto, vagamente, Mazzini y la Joven Europa, y al lado de ella, desde el punto de vista del comunismo, la del ala más radical de la democracia, formada por la avanzada del proletariado que despertaba ya a la lucha de clases. Ambos movimientos, el más amplio y el más restringido, habían ido desarrollándose poco a poco, y adquiriendo cierta fuerza desde mediados de los años cuarenta y en los que se había destacado Engels, mirando a lo lejos y con gran abnegación, desde la primera hora. Si los dirigentes democráticos de los Estados continentales querían hacer algo provechoso en sus propios países, estaban obligados, a menos de abjurar de sus posiciones, a desplazar sus actividades al extranjero. Pero, ya trataran de influir sobre sus patrias respectivas desde Suiza, Francia o Bélgica, sus gobiernos pretendían por todos los medios que se les expulsara de cualquier país en que se refugiaran, viéndose obligados a empuñar, una vez más, el bastón del peregrino.

El único país al que, por sus viejas tradiciones liberales, no llegaba el brazo de la reacción continental, era Inglaterra. Pero también aquí se acumulaban los obstáculos que entorpecían la posibilidad de un estrecho contacto entre los emigrantes acogidos a la hospitalidad del país y los círculos sociales de éste así-

nes a ellos por sus ideas políticas y sociales. El aislamiento insular de los ingleses seguía manifestándose todavía en su gran importancia acerca de los acontecimientos del continente. Como recordaremos, nadie había reconocido esto antes de que lo hiciera Engels y nadie se le había adelantado a luchar contra ello. Es cierto que los cartistas, ya antes de que él señalara este problema, proclamaban de vez en cuando el destino común de los trabajadores y oprimidos de todos los países, saludando con ruidosas aclamaciones las tendencias liberales que se manifestaban en el continente. Pero es lo cierto que, no sólo las masas, sino incluso los dirigentes, no se mostraban muy enterados de esto, hasta que Harney, al dar este paso, muy influido por Engels, se puso a la cabeza de los esfuerzos encaminados a establecer un contacto más estrecho entre los cartistas y los emigrados establecidos en Inglaterra.

El espíritu que en los años treinta había dado vida en el continente a las sociedades secretas volvía a manifestarse ahora en los banquetes, menos expuestos que los mítines a las ingerencias de la policía: la comunidad de intereses y sentimientos de los demócratas y de los proletarios, para los cartistas inseparables de aquéllos, trascendía ahora a la publicidad en forma de discursos y resoluciones. El 22 de septiembre de 1845, aniversario de la proclamación de la República francesa, se había celebrado en Londres uno de estos actos, la "Fiesta de las Naciones". Tomaron parte en ella, junto a Harney, el alemán Weitling y el francés Berrier-Fontaine, seguidor de Cabet. Engels informó de este suceso, con gran entusiasmo, en los *Anales alemanes*. Ya el 10 de agosto del año anterior habían sido acogidos con grandes aclamaciones los brindis pronunciados en honor de las democracias en acto semejante, en el que habían intervenido también, con gran complacencia de los asistentes, oradores comunistas. "El mitin cartista ha sido una completa fiesta comunista", informaba, jubiloso, Engels, quien afirmaba a continuación que "la democracia, hoy en día, es el comunismo".

Esta afirmación, como el propio Engels habría de reconocer enseguida, se adelantaba considerablemente a la realidad, razón por la cual ni él ni su pequeño partido creyeron oportuno mantenerse al margen de la sociedad democrática titulada los *Fraternal Democrats*, creada por Harney en 1845. La dinámica Asociación pública de cultura de los obreros alemanes en Londres, que funcionaba como campo de reclutamiento para la subterránea Liga de los justos y a la que pertenecían también numerosos trabajadores de otros países que hablaban alemán, había sido, incluso, la fuerza motriz fundamental, en aquella agrupación de los demócratas de diversos países residentes en Inglaterra.

Seguían figurando a la cabeza de dicha Asociación y de la Liga de los justos, desplazada a Inglaterra en 1839 después de la última intentona fracasada de la *Société des Saisons*, de la que era exponente Carlos Schapper, hombre altísimo, hijo de un pastor protestante de Nassau y estudiante de una escuela forestal, que llevaba varios años ganándose la vida como cajista de imprenta, Enrique Bauer, zapatero de la Franconia, pequeño de estatura y muy despierto y el discreto relojero José Moll, nacido en Colonia, quienes ya en 1843 habían

intentado atraer a Engels a la Liga de los justos. En aquella ocasión, Engels, desde las cimas de su dialéctica inmanente, miraba todavía con cierto desdén y algunos prejuicios a la tosca ideología jusnaturalista de aquellos hombres. Pero no por ello rompió los lazos que más o menos le unían a revolucionarios tan probados y comunistas tan convencidos, y estos contactos habrían de dar más tarde sus frutos. Al encontrarse con ellos durante su estancia en Londres, por el verano de 1845, se mostraron dispuestos a asumir en Inglaterra la representación del Comité de correspondencia comunista fundado por Marx y por él. Y es posible que fuera Engels quien los puso en relaciones con Harney y Ernesto Jones.

Ya adentrados en las condiciones de vida de Inglaterra, Moll, Schapper y Bauer, con su clara conciencia de clase, sentíanse fascinados ante la gigantesca fuerza que revelaban las luchas del proletariado industrial británico. Y fue ganando terreno en ellos, como era natural, la convicción de que una interpretación tan primitiva de las grandes conexiones económicas como la que les ofrecían los Cabet y los Weitling no estaba a la altura de aquellos nuevos y profundos acontecimientos. Las propuestas prácticas del dirigente francés y el dirigente germano del comunismo continental ya no les decían nada. ¡Cuán distintas eran, en cambio, las ideas que les brindaba la obra de Engels sobre *La situación de la clase obrera*, en la que por vez primera veían encuadrada en el gran marco de la historia universal aquella revolución provocada por la gran industria que estaban viviendo en Inglaterra!

Los luminosos horizontes que este libro abrió ante ellos fueron ampliados y profundizados más tarde por las circulares, en parte litografiadas y en parte impresas, que Marx enviaba desde Bruselas, en nombre del Comité de correspondencia comunista. En ellas, se sometía a una crítica despiadada aquella "mescolanza de socialismo o comunismo franco-inglés y de filosofía alemana" que formaba la doctrina secreta de la Liga y se presentaba, en cambio, como el único fundamento teórico sostenible, la visión científica que penetraba en la estructura económica de la sociedad burguesa.

Schapper y sus dos compañeros, procedentes de las filas del artesanado, no tardaron en percatarse claramente de que Engels y Marx sabían extraer de la revolución económica que estaba operándose en Inglaterra conclusiones incomparablemente más sencillas y más profundas que los autores de *Armonías de la libertad* y del *Viaje a Icaria*. Se dieron cuenta, como dice Marx en su obra sobre *El señor Vogt*, de que no se trataba de implantar un sistema utópico, cualquiera que él fuese, sino de "participar con conciencia propia" en el proceso de transformación de la sociedad que se estaba llevando a cabo ante sus ojos. En circulares expedidas por los de Londres en noviembre de 1846 y febrero de 1847, se refleja ya claramente su repulsa a la "búsqueda de sistemas" y su creciente afán por esclarecer las ideas y fortalecer la estructura orgánica de todas las fuerzas comunistas. Como ya les había ocurrido antes con Weitling, se sintieron desengañados de Cabet cuando éste, en 1847, se presentó personalmente ante ellos para atraerlos a sus planes. La Nueva Jerusalén que ellos aspiraban

a construir no habría de levantarse en una utópica isla perdida en los mares, sino sobre la tierra firme de su propia patria; no habían participado, desde 1830, en incontables intentos revolucionarios en Alemania, Francia y Suiza, para marchar, en vísperas de un nuevo estallido de las fuerzas revolucionarias europeas, detrás de los utopistas franceses, empeñados en realizar en algún lugar remoto de América su castillo en el aire.

Ya antes de la visita de Cabet, el 20 de enero de 1847, el Comité central de la Liga de los justos o, más exactamente, el Comité de correspondencia comunista de Londres había adoptado una decisión preñada de consecuencias para el futuro. Se tomó, en efecto, el acuerdo de que Moll fuese enviado a visitar a Marx en Bruselas y a Engels en París para invitarlos en toda forma a participar en la reorientación teórica y la reorganización política que inaplazablemente necesitaba la Liga. No les había sido fácil a aquellos tres amigos y a sus compañeros más jóvenes, el miniaturista Carlos Pfänder y el sastre Jorge Eccarius, convencer a la mayoría de los miembros de la Liga de la justeza de semejante acuerdo. Así se desprende claramente del tenor literal del mandato otorgado a Moll.

Si Marx y Engels se quejaban a cada paso del bajo nivel político y de la escasa receptividad espiritual de los "erizos", el recelo contra los hombres de letras se hallaba más incomparablemente arraigado todavía en el comunismo artesanal. Había llegado, sin embargo, la hora de que confluyeran los dos movimientos de los que habría de nacer, al fundirse éstos, la social democracia alemana. "El rayo de la idea" había "prendido en el candoroso suelo popular" y la vanguardia de los combatientes por la libertad comenzaba a entrever, aunque todavía bajo la luz oscura del amanecer, la verdad de las palabras de Marx de que Alemania, mejor dicho, el mundo, sólo llegaría a ser libre cuando la filosofía fuese la cabeza y el proletariado el corazón de la gran lucha emancipadora.

Moll explicó a Engels y Marx que la Liga estaba convencida de la justeza general de sus concepciones, dispuesta a acabar con la vieja táctica conspirativa repudiada por ellos y decidida a fundar sus actividades sobre una base más en consonancia con las exigencias de la época. Pero, si los dos amigos deseaban participar de esta reorganización, como ellos consideraban apremiantemente necesario, tenían que aceptar la propuesta que Moll les transmitía de ingresar en la Liga y de transformar en una sección de ésta al Comité de correspondencia comunista. Solamente así estarían en condiciones de poder asistir personalmente al congreso en el que la Liga se proponía llevar a cabo su decisión.

No era necesario pararse a argumentar que la situación política reclamaba una organización de los trabajadores alemanes partidarios del comunismo y de que ésta debía tener su sede en el extranjero, mientras no rigiera dentro de su país la libertad de reunión y asociación. A Marx y Engels no les sería fácil poner en pie una organización propia; la Liga de los justos les brindaba la única ocasión que hasta ahora se les había presentado y se ofrecía, espontáneamente, a despojarse de todo aquello que pudiera prevenirlos en contra de ella. ¿Po-

dían Engels y Marx, en estas condiciones, negarse a estrechar la mano del proletariado alemán, hacia la que durante tanto tiempo habían tendido la suya en vano y que ahora se alargaba hacia ellos? No vacilaron, pues, en ingresar en la Liga. A Marx no le fue difícil convertir el círculo de sus amigos de Bruselas en una comuna de la Liga. Engels, por su parte, se puso en relación con las tres que aún existían en París.

El congreso que habría de poner en práctica la reorganización acordada había sido convocado en Londres para el mes de junio de 1847. Engels debería hacer todo lo posible por asistir a él como delegado de las comunas de París. Pero su posición en el seno de aquellas agrupaciones no era fácil, y Esteban Born, a quien le tocó presidir la votación decisiva, sólo logró dar cumplimiento a sus deseos mediante el truco de hacer que levantaran la mano, no los que votaran en pro, sino los que se pronunciaran en contra de la candidatura de Engels.

Le estuvo reservada a Engels la misión de ganar para su causa común la primera gran victoria, realmente trascendental, ya que de Bruselas sólo pudo asistir al congreso Guillermo Wolff, hombre de temperamento retraído, a quien los trabajadores idolatraban, y no se disponía del dinero necesario para que también Marx pudiera viajar a Londres.

Pero, antes de alcanzar la victoria, fue menester descartar, en largos y violentos debates, la desconfianza de la mano encallecida contra el hombre de estudio; sólo así se sentaron las bases para transformar la Liga en una sociedad de propaganda libre de todo aparato conspirativo y poner su dirección en las manos adecuadas. Una de las fundamentales condiciones a las que Engels y Marx habían supeditado su ingreso en la Liga era que los nuevos estatutos rompieran con la fe supersticiosa en la acción autoritaria. En el conflicto entre la forma de organización democrática y la basada en la autoridad, conflicto que había de manifestarse a lo largo de toda la historia de la socialdemocracia alemana, los dos amigos abogaron siempre por la forma democrática. Reconocían que, en una liga secreta, no era fácil renunciar a la existencia de un organismo central dotado de poderes dictatoriales. Pero, desde el momento en que, como ahora se hacía, se admitía el margen de publicidad lo más amplio posible, dentro del cauce que para ello ofrecía la legislación de los distintos países, podía exigirse que, en lo sucesivo, fuesen los acuerdos de la mayoría de los miembros los que designaran y removieran a sus dirigentes. La Liga de los comunistas—nombre que desde el momento mismo de su refundición se asignó a la Liga de los justos— se trazó como misión, tal y como Engels lo había propuesto, “el derrocamiento de la burguesía, la instauración del poder del proletariado, la abolición de la vieja sociedad burguesa, basada en el antagonismo de clases, y la implantación de una nueva sociedad sin clases y sin propiedad privada”.

De acuerdo con los nuevos principios, tanto los estatutos como el programa, antes de recibir su forma definitiva, debían ser sometidos a la discusión y aprobación de las diferentes comunas que formaban la Liga. De buena gana se habrían encargado de redactar el programa, que serviría de pauta a toda propa-

ganda futura y que en el orden del día del congreso figuraba como "Profesión de fe comunista", Schapper y los componentes de su círculo. Pero al poner manos a la obra, enseguida se dieron cuenta de que la empresa requería fuerzas teóricas superiores a las suyas. En vista de ello, hicieron saber a sus camaradas que consideraban más aconsejable someter el proyecto redactado por ellos a la consideración de "los amigos del continente" y que, una vez recibida su respuesta, introducirían en él las enmiendas y adiciones necesarias, antes de proceder a publicarlo. Su texto fue dado a conocer en el único número que llegó a publicarse de la *Revista comunista*, editado en septiembre, bajo la dirección de Schapper.

La letra de este proyecto revela con cuánta fuerza podía Engels influir en los espíritus, cuando encontraba oyentes realmente receptivos. En muchas de las frases del llamamiento a los proletarios publicado por la citada revista creemos estar oyéndole a él. Cuando Robespierre presentó al Club de los jacobinos su *Déclaration des droits de l'homme*, es sabido que el hebertista Boissel contrapresentó inmediatamente su texto de *Déclaration des droits des sans-culottes*. Algo parecido ocurrió ahora. Los *Fraternal Democrats* habían propuesto a la Liga de los justos que adoptara su viejo lema de "Todos los hombres son hermanos", en un momento en que en su seno pugnaba ya con fuerza cada vez mayor por cobrar expresión visible el sentimiento de comunidad de los proletarios. En el primer número de la *Revista comunista*, que no tuvo segundo, campea ya, por vez primera, el nuevo lema: "¡Proletarios de todos los países, uníos!" Este único número de la revista apareció inmediatamente después de haber intervenido Engels en el citado congreso de Londres. Casi aseguraríamos, sin que podamos confirmarlo documentalmente, que esta fórmula tan concisa y expresiva fue acuñada por Marx. El nuevo grito de combate no anulaba expresamente el anterior. Pero no deja de tener una profunda significación histórica el hecho de que la Liga de los comunistas, cuyo órgano trataba de ser la revista de referencia, se despojase de su envoltura racionalista y sustituyera la profesión general de fe en la fraternidad por el clamoroso y obstinado grito llamando a la unión del proletariado.

Desde Londres, vía Ostende, se trasladó Engels a Bruselas, donde, desde la segunda semana de agosto hasta octubre de 1847, representó a Marx en el movimiento democrático que, en los últimos meses, como en toda Europa, había crecido también en la capital de Bélgica, aunque no tanto en el resto del país.

El primer ministerio liberal homogéneo Rogier-Frère-Orban, que acababa de constituirse por aquellos días, era un típico ministerio burgués, y el *Débat social*, órgano del grupo radical poco considerable, con el que simpatizaban Marx y Engels, saludó el cambio de gobierno con estas palabras, que interpretaban bastante bien el espíritu general de indiferencia reinante: "*Le seigneur du fer et du coton va remplacer le seigneur terrien! L'ordre des avocats succède à l'ordre des jésuites*".

A fines de septiembre, al constituirse una sociedad democrático-cosmopolita, con la que, siguiendo el ejemplo de los *Fraternal Democrats*, se tra-

taba de propiciar a la agrupación de los demócratas de todos los países, Engels impidió bastante hábilmente que Bornstedt, a quien le molestaba que sus compatriotas de ideas comunistas se valieran de él, aristocrático *homme d'esprit*, como un mero instrumento, tratara de aprovecharse de la ausencia de Marx para eliminarlos a ellos dos con otras personas de su amistad. En el banquete celebrado con aquel motivo y al que asistieron belgas, alemanes, franceses, suizos, polacos y rusos, Engels, quien al principio se había resistido a aceptar el puesto, alegando que tenía un aspecto terriblemente joven, fue elegido vicepresidente con el francés Imbert e incorporado el comité organizador. En un discurso en francés, brindó por la revolución de 1792.

Esta sociedad se trazó como finalidad primordial, desde el primer momento, el bienestar de las clases trabajadoras y su solidaridad internacional. Y estos problemas eran también, más decididamente aún, los objetivos fundamentales de la Asociación alemana de cultura obrera, fundada a fines de agosto, también con la participación directa de Engels y que alcanzó un rápido auge. Antes de trasladarse de Bruselas a París en la segunda quincena de octubre, Engels logró que se tomara el acuerdo de reservar a Marx el puesto que él había ocupado al frente de la sociedad democrática. "Hemos conseguido, desde luego" escribía a su amigo el 30 de septiembre, "que se nos reconozca, en primer lugar a ti y en segundo lugar a mí, como los representantes de los demócratas alemanes en Bruselas".

Hacia las navidades del 47, Engels pasó unos días en Bruselas. Tomó parte allí en una discusión acerca de un congreso democrático general que, a propuesta de los *Fraternal Democrats*, habría de celebrarse en la capital de Bélgica en 1848. Representaba en esta reunión a los ingleses y le habían nombrado también delegado suyo los correligionarios franceses, principalmente el comité de la *Reforma*. Sabemos que sus intervenciones produjeron una gran impresión en Harney, y es muy posible que fuese iniciativa suya el acuerdo de aquel congreso internacional, cuya celebración quedó frustrado al estallar en el continente las revoluciones de 1848.

Si quiere tener éxito en su labor de agitación, el individuo tiene que poder actuar en nombre de la colectividad. Ni el hombre más prestigioso llega a lograr grandes cosas, en este terreno, cuando obra solamente con carácter personal. Esto había tenido ocasión de comprobarlo ya Engels durante su primer período de actuación en París. Ahora, en cambio, se le abrían de par en par las puertas. Como los socialistas franceses de casi todos los matices seguían reacios a aceptar la lucha política, Engels sólo podía buscar los compañeros de lucha para la batalla decisiva que se avecinaba en las filas de los demócratas más o menos inclinados hacia el socialismo de Estado que se agrupaban en torno a la *Reforma* y que, dirigidos por Luis Blanc y Ferdinando Flocon, propugnaban al igual que él la conquista del poder político por la democracia como primera condición de toda transformación social.

Dispuesto como estaba a marchar mano a mano con cualquier tendencia resueltamente democrática de la burguesía, Engels no tenía por qué repudiar la

colaboración con este partido, en cuyo programa figuraba la abolición del trabajo asalariado, aunque no ignoraba cuán adverso al comunismo era Ledru-Rollin, su líder parlamentario, y a pesar de que él, por su parte, no podía considerar como una fórmula mágica capaz de remediar todos los males la organización del trabajo preconizada por Luis Blanc.

Se entregó ahora con gran celo a establecer con esta extrema ala izquierda de la democracia francesa, a ser posible, las mismas estrechas relaciones que venía manteniendo de tiempo atrás con los cartistas. Adoctrinado por sus experiencias anteriores, se presentó a Luis Blanc como delegado oficial de los demócratas ingleses, belgas y alemanes y como "agente de los cartistas" y se atrevió, incluso, a afirmar que el grupo por él representado contaba entre sus aliados a hombres como Juan Jacoby y los demócratas de Baden. Le dijo que el jefe de "este ala, la más avanzada de la democracia alemana, era Marx y que tenía como programa la obra polémica de éste contra Proudhon, ya conocida de los franceses por su traducción". Con el fin de llegar a un acuerdo con el "pequeño sultán" acerca de los objetivos y la tendencia de la futura revolución, Engels se guardó mucho, naturalmente, de darle a entender en cuán poco aprecio le tenía, desde el punto de vista teórico.

Aún no había finalizado el año cuando los "prejuicios e ilusiones" nacionalistas que Blanc compartía con la mayoría de los franceses obligaron a Engels, claro está que sin firmar con su nombre, a manifestarse en contra suya, como alemán, desde las columnas del *Northern Star* y de *La gaceta alemana de Bruselas*. En uno de aquellos banquetes políticos que tanto menudeaban por entonces, Luis Blanc había sostenido, en Dijon, la consabida tesis de que los franceses habían sido siempre y en todas partes los verdaderos campeones del cosmopolitismo político. "Sí, es cierto", replicaba Engels, "en un mundo dominado por la influencia francesa, las costumbres, maneras, ideas y la política francesas y en el que todas las naciones habían adoptado como suyas las características de Francia". Esta pretensión provocaba siempre en Engels, donde quiera que la encontraba, un marcado enojo. "¡Pueden servir de ejemplo de esto", exclamaba, "los tiempos de Luis XI y Richelieu!" Y añadía: "Todo el mundo sabe que Alemania ha producido un número mucho mayor de ideas generosas y cosmopolitas que Francia e Inglaterra juntas. Pero, en la práctica, Alemania ha salido siempre humillada, defraudada en sus esperanzas. Nadie como ella podía decir qué clase de cosmopolitismo era el que practicaban los franceses... Si aplicáramos la pauta del señor Blanc, los verdaderos cosmopolitas serían los alemanes. Pero los demócratas alemanes han distado siempre mucho de manifestar semejantes pretensiones".

Ante Flocon, que era en realidad el redactor-jefe de *La reforma*, Engels se presentó, primeramente, como representante de los cartistas, enviado por Harney para averiguar por qué razones el *Northern Star* era ignorado por el periódico francés. Y cuando su entrevistado le contestó, sinceramente, que ninguno de sus redactores conocía el inglés, aprovechó la ocasión para hacer a aquel francés bien intencionado, "que no tenía ni la más remota idea" de todo

aquello, la proposición, muy bien acogida, de exponer a los lectores de su periódico, en un artículo semanal, la situación existente en Inglaterra y Alemania. "Si las cosas marchan bien", escribía, muy contento, a su amigo Marx, "ya verás cómo en cuatro semanas nos atraemos a toda esta tendencia". Y en la misma carta animaba a Marx para que, cuando asistieran juntos al segundo congreso de los comunistas en Londres, pronunciara ante los *Fraternal Democrats* un discurso en francés, que él se encargaría de publicar en *La reforma*: "Los alemanes tenemos, necesariamente, que hacer algo para poder actuar entre los franceses. Un discurso ayudará a ello mucho más que diez artículos y cien visitas".

El segundo congreso de la Liga de los comunistas, destinado a dar cima a la obra iniciada por el primero, debía celebrarse el 30 de noviembre de 1847. El proyecto de "Profesión de fe" redactado por Schapper y Moll había sido sometido, entre tanto, al dictamen de algunas comunas de la Liga y en otras había sido discutido sin conocerse exactamente el texto. La organización de París trató el asunto en base a una "Profesión de fe enmendada" que le había presentado Moses Hess. La crítica demoleadora a que Engels hubo de someter este proyecto movió a los reunidos a que, al final de la discusión, le encargasen a él redactar otro. Esta vez su elección como delegado no tropezó con ninguna dificultad y sólo para guardar las formas se presentó frente a la suya la candidatura de un obrero.

El 29 de noviembre se celebró, en los locales de la Asociación alemana de cultura obrera de Londres, una fiesta organizada por los *Fraternal Democrats* para celebrar el décimosexto aniversario de la insurrección de Polonia, en la que Engels pronunció el discurso que Marx le había animado a preparar y cuyo tema central era la unión inseparable entre la lucha por la liberación de las naciones unidas y la del proletariado por su propia emancipación. Fue aquí donde Engels trató por vez primera de la cuestión polaca. "Permitidme, amigos míos", dijo en su discurso, "intervenir ante vosotros, excepcionalmente, en mi calidad de alemán. Los demócratas alemanes estamos, en efecto, particularmente interesados en el bien de Polonia. Han sido los príncipes alemanes quienes se han beneficiado con el reparto de este país. Son soldados alemanes quienes todavía hoy tienen sojuzgadas a Galizia y Polonia. Por eso a nosotros, los alemanes, y ante todo a los demócratas alemanes, nos interesa borrar esta mancha que afea a nuestra nación. Una nación no puede ser libre y seguir oprimiendo a otros pueblos, de ahí que la liberación de Alemania no puede llevarse a cabo mientras Polonia no sea liberada de la opresión de los alemanes. Por eso Polonia y Alemania tienen un interés común, y ello hace que los demócratas polacos y alemanes puedan luchar juntos por la liberación de ambas naciones.

A continuación, expresaba Engels la esperanza, luego frustrada, de que la primera batalla decisiva que en los países europeos daría la victoria a la democracia la obtendrían los cartistas, a cuya lucha se había adherido él abiertamente durante su primera estancia en Inglaterra. Sus últimas palabras fueron para proclamar la igualdad de intereses de los proletarios en todos los países civiliza-

dos: en todas partes debían unirse fraternalmente los trabajadores para luchar contra la burguesía. Los artistas premiaron con una "gran ovación" la declaración del orador, quien, naturalmente, se expresaba en inglés, de que estaba con ellos "en cuerpo y alma".

El congreso de los comunistas colmó todas las esperanzas que Marx y Engels habían cifrado en él. Se les dio el encargo oficial de redactar definitivamente el programa del partido, cuyo anteproyecto había presentado Engels. Cómo fue elaborado el famoso documento es cosa que merece una minuciosa investigación. Ya a punto de tomar el tren para Londres, en París, Engels abocetó rápidamente la "Profesión de fe" que la comuna parisina de la Liga le había encargado redactar. Al hacerlo, encontró que el nombre que Schapper y Moll habían dado a su proyecto resultaba demasiado teológico. Y tampoco la forma catequística de preguntas y respuestas, usual por entonces en las manifestaciones programáticas destinadas a los trabajadores y de la que últimamente se habían valido también Considerant y Cabet, le parecía la más apropiada para un texto en el que, dada la orientación ideológica profesada por él y por Marx, era necesario "hablar más o menos de historia". De ahí que, el 24 de noviembre, le propusiera a Marx prescindir totalmente de la anterior estructura del documento y dar "a la cosa" el nombre de *Manifiesto comunista*; el cual había adquirido también carta de naturaleza en la literatura francesa de partido desde el *Manifeste des Egaux* de 1796.

Acerca del proyecto propiamente dicho, cuya forma y cuyo contenido debían atenerse con la mayor fidelidad posible al mandato recibido del congreso, escribía a Marx, pocos días antes de reunirse éste con Engels en Ostende para continuar viaje juntos hasta Londres, que el suyo era "simplemente narrativo, pero espantosamente redactado, con una prisa tremenda". El hecho de que en la misma carta, fechada el 24 de noviembre, dijese a su amigo: "Creo que deberías de preocuparte un poco de revisar la Profesión de fe" da a entender que no contaba con que el propio Marx hubiese redactado, por su cuenta, otro proyecto. Y no es probable tampoco que fuera así. Desgraciadamente, las cartas de Marx y Engels correspondientes a este período se han perdido. Estas cartas seguramente nos habrían ilustrado acerca de ciertos detalles que hoy aparecen oscuros.

En el manuscrito de los *Principios del comunismo* redactado por Engels en París, todavía en forma de catecismo, no figuran las respuestas a tres de las veinticinco preguntas. Después de la pregunta "¿En qué se distingue el proletario del artesano?", se dejaba en blanco el espacio para la respuesta. Pero a continuación de las otras dos preguntas "¿Cuál será la actitud de la organización comunista ante las nacionalidades existentes?" y "¿Cómo se comportará ante las religiones que existen?" figura, en trazos un tanto oscuros, la palabra "Falta". Ahora bien, esta indicación puede aludir, bien al proyecto de "Profesión de fe" de Schapper y Moll, o bien a un proyecto anterior del propio Engels, cuya nueva versión revisada y puesta en limpio sería, en este caso, el texto que ha llegado a nosotros.

Refiriéndose a la redacción del texto definitivo del *Manifiesto comunista*, Engels solía decir más tarde, cuando hablaba de esto, que tanto él como Marx se habían sentado a escribir, cada uno por su cuenta, su correspondiente proyecto, para establecer luego, entre ambos, la versión definitiva. *El Manifiesto comunista* ha pasado hoy a la historia de la literatura y del espíritu políticos y sociales de Alemania, como un documento cuya trascendencia sólo puede tal vez equipararse a los mensajes de Lutero llamados a tener tanto alcance histórico. Por la concisión y la fuerza de su contenido, que apreciamos en cada línea del texto definitivo y que relegan a la sombra todos los precedentes que de él han querido presentarse, y por lo cuidado de su estilo hasta en los más nimios detalles, esta obra da a entender bien claramente que no pudo ser redactada de una sentada, sino que los autores de ella, conscientes de su misión histórica, trabajaron empeñosamente antes de dar su redacción última a un texto destinado a llevar por vez primera sus ideas a las masas del proletariado alemán y a las del proletariado europeo. Por su parte, el proyecto de Engels era, como ya hemos dicho, un esbozo redactado a toda prisa, sin la pretensión de algo definitivo cuyo texto el propio autor, al trasladarlo al papel, encontraba inadecuado, habiendo renunciado a su reelaboración porque las circunstancias no le dejaban el tiempo necesario para ello.

El *Manifiesto* tiene más del doble de extensión que los *Principios del comunismo* y se dirige desde el primer momento a un círculo de lectores más amplio y más culto. Engels se había mantenido deliberadamente, al redactar este anteproyecto, en un nivel más bajo, porque tenía presentes todavía sus experiencias con los "erizos" alemanes de París, con aquellos "zopencos ya entrados en años" y "pequeñoburgueses en ciernes", que llevaban en la masa de la sangre "las monsergas de Weitling y de Proudhon" y a quienes trataba de librar de la influencia de Moses Hess. En cambio, en la Asociación alemana de cultura obrera de Bruselas, Marx tenía delante a hombres como Born y Wallau, ambos cajistas de imprenta de *La gaceta alemana de Bruselas*, el carpintero Junge, el pintor de brocha gorda Steingens y otros, a un grupo de proletarios alemanes; ello le permitía pulsar desde el primer momento a una capa obrera de ideas modernas y de una talla más elevada.

Tan pronto como Engels, en Londres y en Bruselas, se vio desembarazado de aquel proyecto de "Profesión de fe" que le agobiaba, rechazó tan enérgicamente como Marx la idea de que el *Manifiesto comunista* llamado a abrir las puertas del futuro pudiera adaptarse al punto de vista de una capa rezagada del proletariado. Por eso, mientras que un anteproyecto no suponía en el lector ninguna clase de cultura histórica y económica, el *Manifiesto* aparece, a pesar del visible esfuerzo que en él se hace por dar a las ideas claridad y plasticidad y pese a la pasión y la fuerza de sus palabras, redactado en un lenguaje revelador, en todas y cada una de sus frases, de que no fue escrito por hombres surgidos de la clase obrera. Si bien los principios arrancaban del proletariado vivo y corpóreo, de sus penurias y sus esperanzas, y sus autores procuraron no aturdir a nadie con un despliegue de erudición, el *Manifiesto* hace desfilar ante el lector

un panorama impresionante del pasado, el presente y el futuro y no se recata para presentarle, en formidable síntesis, una muchedumbre extraordinaria de hechos discursivamente elaborados. En su primitiva catequística, los principios se limitaban a dar escuetamente una respuesta a las preguntas. En cambio, el *Manifiesto comunista* trata de enseñar, de proclamar, de estimular, de atraer y convencer.

No cabe duda de que, en su forma definitiva, este documento excepcional ostenta, de manera predominante, la impronta del genio de Marx, quien aquí, con la fuerza poderosa del lenguaje proverbial en él, vierte las palabras, como bronce ardiente, en sus moldes grandiosos. Pero, aunque Marx ocupase el primer lugar en la labor de amonedar el oro, no cabe duda de que en la obra de acumular el tesoro entregado aquí a la posteridad, tuvo Engels, en una comunidad de dos cabezas geniales, su parte correspondiente.

El *Manifiesto comunista* toma gran número de ideas del manuscrito, durante mucho tiempo inédito, de *La ideología alemana*, en que los autores expusieron por vez primera de forma ordenada su interpretación del pasado, el presente y el futuro de la humanidad. Apenas encontramos aquí una sola serie de pensamientos que no aparezcan ya esbozados y más o menos desarrollados en la citada obra polémica. Todo lo que aquí se dice acerca de la historia y de las tendencias de la vida económica, acerca del nacimiento y la misión del moderno proletariado, acerca de la función de la lucha de clases, acerca de las relaciones entre economía e ideología en general y entre economía y política en particular, todo lo que se expone sobre el derrumbamiento de la esfera estatal que un día habrá de producirse, sobre el carácter necesario e inevitable de una revolución socialista, habría podido leerse, bajo otra forma, en *La ideología alemana*, si esta obra hubiese encontrado editor. Desde 1846, tal vez se había acentuado únicamente la insistencia de los autores en destacar el papel revolucionador del capitalismo. Lo único nuevo en el *Manifiesto comunista*, en cuanto al contenido, son, en rigor, los resultados de los estudios que entre tanto había emprendido Marx sobre la relación de trabajo asalariado y capital, en los que, partiendo de la ley del salario que ya anteriormente había tomado Engels de la escuela ricardiana, se llega a la conclusión de que esta ley conduce necesariamente a la depauperación de las masas y, por tanto, al derrumbamiento del orden social.

El primero de los cuatro capítulos que forman el *Manifiesto comunista* contiene una exposición histórica del auge de la burguesía, a la que, a pesar de su cruzada triunfal, se le pronostica un final desastroso, pues el verdugo, o sea el proletariado, llama a su puerta. Este capítulo, que lleva por título "Burgueses y proletarios" erige, con gigantescos sillares, la teoría de la lucha de clases y la teoría del salario sobre fundamentos histórico-económicos. El segundo, titulado "Proletarios y comunistas", se ocupa de las tareas presentes y futuras que, a la vista de la exposición anterior sobre la marcha económica de la sociedad, se le plantean al movimiento del proletariado, de sus relaciones con el comunismo, las objeciones más usuales en contra de él y, por último, señala los objetivos y

los resultados de la futura revolución proletaria. El capítulo tercero se dedica a criticar minuciosamente, en todas sus facetas, la literatura socialista y comunista anterior. El capítulo cuarto, por último, fija la posición de los comunistas ante los diferentes partidos de la revolución en vísperas de la revolución europea y traza un breve programa de acción con vistas a los países más importantes. El *Manifiesto* termina con la clara y terminante declaración de que los fines de los comunistas sólo pueden lograrse mediante la revolución violenta del orden social vigente. He aquí sus palabras finales: "¡Allá que las clases dominantes tiemblen ante una revolución comunista! Los proletarios sólo pueden perder en ella una cosa: sus cadenas. ¡Proletarios de todos los países, uníos!"

Dejando a un lado las diferencias de forma, la estructura del proyecto redactado por Engels no se distingue gran cosa, en lo fundamental, de la versión definitiva del *Manifiesto*. El proyecto de Engels comienza también definiendo lo que son el comunismo y el proletariado, describe el nacimiento de éste y su contraposición a la burguesía, delimita a la clase obrera de las categorías de trabajadores de anteriores épocas, desarrolla la teoría del salario y demuestra la necesidad de un orden social nuevo, el cual no puede ser otro que el comunismo. Aún no se desecha totalmente en él, para no espantar a los "erizos", la posibilidad de la realización del comunismo por medios pacíficos, aunque se señalan con toda claridad la trayectoria, las tareas, los resultados y el carácter de la futura revolución. Las objeciones de los adversarios del comunismo no se enfrentan aquí con tanta fuerza polémica, sino que se sale al paso de ellas exponiendo los beneficiosos resultados que la abolición de la propiedad privada llevará aparejados. Por último, se intenta también trazar una línea divisoria entre los objetivos de la Liga de los comunistas y los perseguidos por las otras tendencias sociales y los otros partidos políticos de los distintos países.

Y a la coincidencia en cuanto a la estructura corresponde la que encontramos con respecto al contenido. No se aprecian importantes contradicciones entre el proyecto de Engels y la versión definitiva del *Manifiesto*. Ambos textos se esfuerzan en demostrar que la época del capitalismo, de la libre competencia y la dominación de la burguesía se trocará necesariamente, por la acción de las mismas fuerzas productivas, en la época de la comunidad conscientemente dirigida, del comunismo, de la dominación del proletariado. Ambos ofrecen la misma ojeada de conjunto acerca de las tendencias de desarrollo hacia la gran industria, que se convierten en los Estados continentales del occidente y el centro de Europa, como factores que influyen ya de un modo decisivo en lo que será la fisonomía política del próximo futuro. Y ambos tienden, asimismo, a desdeñar en considerable medida la capacidad de resistencia de los viejos modos de explotación y de las formas políticas de poder que, con arreglo a su concepción de la historia, les corresponden.

De este error, que, desde el punto de vista de los fines de agitación que el documento perseguía, tal vez no lo fuera, adolecían por igual los *Principios* y el *Manifiesto*. No podría hacerse hincapié, en este sentido, en la circunstancia de que Engels, en su anteproyecto, haga resaltar con mayor fuerza el ideal del

desarrollo total de las capacidades del hombre, mientras que el texto definitivo da menos importancia al individuo y a sus necesidades ideales y sólo hace constar que, al desaparecer las contradicciones de clase, se ampliará y enriquecerá el proceso de vida del trabajador y el libre desarrollo de cada uno condicionará el desarrollo libre de todos.

Esta variante se explica exactamente lo mismo que todas las demás, si se tiene en cuenta que el *Manifiesto* presenta una forma más general, más rotunda y más amplia que aquel esbozo. El individuo aislado pasa aquí, muy consecuentemente, a segundo plano ante la sociedad y la clase incluso en el pasaje en que las más altas categorías de la filosofía clásica alemana, las de libertad y personalidad, reciben esta interpretación comunista: "En la sociedad burguesa el capital goza de personalidad e independencia, mientras que el individuo activo es dependiente e impersonal. Y al hecho de acabar con esta realidad es a lo que la burguesía llama abolir la personalidad y la libertad".

Aunque, teniendo en cuenta la situación en que entonces se hallaba la vida espiritual de Alemania, una acentuación tan unilateral de los poderes a que se veía supeditado el individuo pudiera representar una sana reacción, creemos que, por otra parte, esta manera de enfocar los conceptos de libertad y personalidad entraña el peligro de una exageración. Exageración política y económicamente muy comprensible, pero que se exponía tal vez a no captar las ramificaciones tan sutiles de la vida espiritual y al peligro de paralizar ciertas energías de que un organismo popular sano no puede prescindir sin verse arrastrado al borde de una catástrofe.

En el terreno práctico, el texto del *Manifiesto* viene a radicalizar las orientaciones del proyecto, ya que, entre las medidas llamadas a iniciar la realización del comunismo después de la implantación de la democracia, figura en él la expropiación de la propiedad sobre la tierra, pero sin advertir, como en el proyecto se señalaba expresamente, que esta medida deberá llevarse a cabo de un modo paulatino y, en parte al menos, mediante indemnización. Por lo que se refiere a los derechos hereditarios, el *Manifiesto* demanda sencillamente la supresión, mientras que el anteproyecto hablaba de restricción a fondo de estos derechos. En el texto del *Manifiesto* desaparecen las referencias a la organización del trabajo, concesión que el anteproyecto hacía a Luis Blanc, y la instalación, en bienes de propiedad de la nación, de grandes palacios colectivos que ayudaran a ir superando la contradicción entre la ciudad y el campo, idea del anteproyecto que representaba asimismo una concesión a los furieristas de la *Démocratie pacifique*.

Al criticar las diferentes tendencias del socialismo anterior y del socialismo de su tiempo, el *Manifiesto* ampliaba y ahondaba las manifestaciones simplemente esbozadas en los *Principios*. La parte dedicada a la crítica del "verdadero socialismo" está tomada de las diferentes polémicas escritas y no escritas con los autores de esta tendencia, en las que había llevado la voz cantante, sobre todo, Engels; en el apartado que versa sobre el "socialismo conservador y burgués", con sus duros ataques a Proudhon, se ve la mano de los autores de

la circular contra Kriege y la del autor de la *Miseria de la filosofía*.

No ayudaría gran cosa a los propósitos de nuestra biografía, en este caso como en otros anteriores, el tratar de recurrir a los métodos filológicos para averiguar con mayor o menor acierto qué partes del *Manifiesto comunista* proceden de Engels y cuáles de Marx. Toda nuestra exposición anterior ha ido encaminada, precisamente, a poner de relieve la aportación hecha por cada uno de los dos autores al patrimonio común y cómo, al cabo de varios años dedicados a desarrollar su concepción de la historia, en la que estaban plenamente identificados, llevaron a cabo su obra en una perfecta comunidad espiritual. Pero, dada la gran modestia con que Engels habla siempre de la participación que a él le correspondía en la elaboración de su doctrina común y también, por tanto, en la concepción y redacción del *Manifiesto comunista*, no creemos que sea inoportuno recordar, al final de estas consideraciones, que Engels, por su contacto anterior con los problemas económicos, se adelantó a Marx en la concepción del capitalismo moderno y de la posición antagónica que frente a él mantiene el proletariado y que fue también el primero en orientarse hacia la síntesis de la filosofía alemana y la economía política inglesa, en abrazar el comunismo y en postular y exigir la cooperación internacional entre los comunistas.

La redacción del *Manifiesto comunista* quedó terminada en enero de 1848. Pocos días antes, el 25 del mismo mes, el Comité central de la Liga en Londres, había hecho llegar a Marx un ultimátum, en el que se le conminaba con "otras medidas" si el texto del documento no era entregado para el 1 de febrero. El documento establecido en Londres estaba listo para ser enviado a las comunas pocos días antes de que estallara la revolución de febrero.

¿Qué significación tuvo el *Manifiesto comunista* para la historia de su tiempo? No ejerció ni podía ejercer, evidentemente, ninguna influencia directa visible sobre los acontecimientos revolucionarios de los años 48 y 49. Fuera de los miembros de la Liga de los comunistas, que aún no pasaban de unos cuantos centenares, muy pocas personas pudieron echarse a la cara este folleto, que ni siquiera fue puesto a la venta. Somos nosotros, hoy, quienes podemos apreciar en el *Manifiesto* un documento de alcance incalculable.

En vísperas de la revolución europea que, pese a todas sus divergencias en cuanto a los postulados, a las fuerzas que en ella participaban, a los medios empleados y a su trayectoria, enfocaba preponderantemente objetivos liberales, nacionales y, por consiguiente, de orden primordialmente político, vemos aquí a los proletarios del mundo civilizado fuertemente estimulados a la lucha por sus intereses comunes por encima de cualquier nacionalidad; vemos cómo, en nombre de la primera organización internacional de su clase, remontándose sobre el ideal nacional, que para ellos nada significa, puesto que los trabajadores no tienen patria, se les llama a agruparse en torno a un ideal más alto, para el que no existen fronteras, en nombre de la primera organización internacional de lucha de la clase proletaria e invocando por vez primera la solidaridad mundial del proletariado. Pero, al mismo tiempo, se exhorta a los proletarios de los diversos países a que, al acercarse la revolución, orienten su acción

política hacia esta meta supranacional propia de ellos. En el momento en que los antagonismos nacionales y de política interior pugnaban por dirimirse en casi todos los países de Europa, encontraba aquí su consagración, su fundamentación sociológica y su primera interpretación para los fines de la aplicación práctica, la primacía de la lucha de clases, oscurecida ante la conciencia de los tiempos, en muy buena parte, precisamente por aquellas pugnas.

El *Manifiesto* no se decidía aún a reconocer que los comunistas fueran y representaran un partido aparte, enfrentado a otros partidos obreros. Afirmaba, por el contrario, expresamente, que los comunistas no perseguían ninguna clase de intereses propios distintos de los que eran comunes a todo el proletariado. Y creemos poder afirmar que lo que movió a Marx y Engels a expresarse así, más todavía que sus miramientos hacia los cartistas, de quienes debía partir, según ellos, la señal para desencadenar la revolución, fue la falta de empuje del pensamiento socialista francés y el atraso en que se encontraba el desarrollo social y político de Alemania. Atizar la lucha de clases y, donde ello fuese posible, hacer que surgieran partidos políticos obreros independientes: esa era su preocupación y ése su propósito. Y no ofrecía para ellos la menor duda el que los partidos obreros, incluso allí donde no tuvieran de antes este carácter, debían convertirse necesariamente en comunistas. La constitución del proletariado como clase, el derrocamiento de la burguesía y la conquista del poder político por la clase obrera eran postulados valederos para todos los países. Pero, como no podían esperar que objetivos de tan largo alcance como éstos se realizaran inmediatamente, los autores del *Manifiesto comunista* abogaban en él, por encima de todo, muy claramente, por la victoria de la democracia, ya que ella y sólo ella allanaría el camino hacia las que realmente eran sus aspiraciones.

Estaban todavía, en aquel entonces, firmemente convencidos de que la dominación de la burguesía, cuya necesidad era para ellos indudable, sólo duraría unos cuantos años. Engels, sobre todo, creía prever con seguridad el futuro desde la atalaya de su nueva concepción de la historia y pronosticaba a la burguesía un final próximo e inevitable. En todas partes —manifestaba— se alza detrás de ella el proletariado, compartiendo sus aspiraciones y, en parte, también sus ilusiones, como en Italia y en Suiza; silencioso y retraído, pero preparando por debajo de cuerda el derrumbamiento de la clase obrera, como en Francia y en Alemania, o lanzado ya a la rebelión franca y abierta, como en Inglaterra y Norteamérica.

"Los burgueses deben saber de antemano", escribió Engels en *La gaceta alemana de Bruselas*, el 23 de enero de 1848, "que sólo trabajan en interés nuestro. Y, por ello mismo, no pueden renunciar a su lucha contra la monarquía absoluta, la nobleza y los curas; tienen que vencer o perecer, ya desde ahora. Más aún, no pasará mucho tiempo sin que, en Alemania, se vean obligados a recabar nuestra ayuda. Así, pues, seguid luchando valerosamente, amables señores del capital: por el momento nos sois necesarios, nos es necesaria, incluso, aquí y allá, vuestra dominación. Sois vosotros quienes tenéis que barrer de nuestro camino los vestigios de la Edad Media y la monarquía absoluta, acabar

con el patriarcalismo, centralizar el país, ir convirtiendo en proletarios, reclutándolas para nosotros, a todas las clases desposeídas; los que, con vuestras fábricas y relaciones comerciales tenéis que suministrar la base de los medios materiales que el proletariado necesita para su liberación, a cambio de todo lo cual os será permitido gobernar durante un breve período. Podréis, durante algún tiempo, dictar leyes, recrearos en el brillo de vuestra propia majestad, creada por vosotros, celebrar banquetes en el comedor y sala del palacio real y aspirar a la mano de la hija del rey, pero no lo olvidéis: el verdugo os está esperando a la puerta”.

CAPÍTULO XI

LA REVOLUCIÓN ALEMANA. LA "NUEVA GACETA RENANA" EN FRANCIA Y SUIZA.

Cuando Federico Engels se hallaba en la fuerza desbordante de los años, entre los veinte y los treinta y añoraba, a veces, poder entregarse a algo más directamente relacionado con la vida y con la lucha que la tarea de manejar la pluma, pensaba siempre en una cosa, en la revolución alemana. Y hay que decir que este anhelo suyo se vio colmado con creces por la realidad. Llegado el momento la vida le deparó cuanto, en este sentido, pudiera apetecer: combates de barricadas y guerras civiles, choques de masas y trágicos conflictos personales, procesos y persecuciones, profundos desengaños y jubilosas esperanzas. Y de todas estas vicisitudes, que habrían hecho plegar las alas, tal vez, a espíritus más débiles que el suyo, salieron triunfantes su recio e inabitable temperamento y su confianza inquebrantable en la verdad de su concepción de la historia. Jamás, gracias a ella, las derrotas y los desengaños de la hora hicieron flaquear en él la certeza en el triunfo final del comunismo.

En los primeros días del año 48, regresó a París para reanudar allí sus actividades en pro de la causa comunista. Al llegar a la capital francesa, encontró a Flocon tan dispuesto como antes a colaborar en una acción práctica, aunque un tanto inquieto por la resolución, tomada en Londres, de inscribir abiertamente el comunismo en la bandera de la lucha. El redactor-jefe de *La reforma* temía, no sin razón, que en un país de pequeños campesinos como Francia aquel grito pudiera ir en menoscabo de la idea revolucionaria. Cuando Engels vio que tampoco ahora lograban fruto sus esfuerzos para organizar sobre las nuevas bases a los oficiales artesanos de París, consoló a Marx y se consoló a sí mismo pensando en la próxima aparición del *Manifiesto comunista*. El 14 de enero anunció a *La gaceta alemana de Bruselas* para los próximos días un artículo sobre las finanzas de Prusia, y aún no había llegado a redactarlo cuando, el 29, le sorprendió la orden policíaca de su expulsión de Francia, no motivada, al parecer, por ninguna razón de orden político. Dos días después, se trasladaba de nuevo a Bruselas.

No había tenido tiempo de recibir el equipaje, cuando llegó la noticia de

que el rey burgués había sido destronado y de que en Francia se había proclamado la república. El mismo día en que debía celebrarse en París el banquete de la *Reforma*, Marx y Engels esclarecían en la Sociedad democrática de Bruselas, con motivo del segundo aniversario de la sublevación de Cracovia, como poco antes lo hicieran en Londres, a la luz del ejemplo de Polonia, la íntima conexión existente entre los postulados nacionales y sociales de la libertad. Ya en el *Manifiesto comunista*, coincidiendo con Mieroslawski y Lelewel, con quienes colaboraban ambos en la Sociedad democrática, habían afirmado que la liberación de Polonia dependía de su democratización por medio de la revolución agraria.

En su discurso, Engels aventuró la afirmación de que la liberación de los polacos ya no era solamente una cuestión de simpatía para los demócratas de todos los países, sino que se había convertido en una cuestión práctica, a partir del momento en que el levantamiento de Cracovia había puesto en vigor por vez primera, en aquel pueblo, la lucha de clases como "la causa motriz de todo progreso social". Y repitió que tanto Alemania como Polonia sólo podrían conquistar su libertad cuando se lograra hacer la revolución en Alemania, derrocar la monarquía en Prusia y en Austria y arrojar a Rusia al otro lado del Dniéster y del Dvina. El pueblo alemán, que hasta ahora sólo había podido ofrecer a sus hermanos polacos palabras de amistad, sellaría su alianza con él en el mismo Walstatt después de la primera batalla victoriosa sobre los rusos, sus comunes opresores.

Como Leopoldo I de Bélgica no quería seguir la suerte de su suegro, Luis Felipe, y temeroso de que los sucesos de París repercutieran en Bruselas, siempre abierta a las influencias de la capital de Francia, tomó una serie de medidas preventivas. Entre ellas figuraba, naturalmente, la de alejar del país a los numerosos revolucionarios extranjeros asilados en Bélgica. En los últimos tiempos se habían destacado notablemente, por sus actividades, los emigrados alemanes y ello hizo que se difundiera entre la apacible burguesía belga, temerosa por sus negocios, una marcada germanofobia. Los ministros liberales se aprovecharon de ello para detener, aparte de otros, a Carlos Marx y a Guillermo Wolff, quienes fueron conducidos hasta la frontera de la nueva república, cuyo suelo estaban, por lo demás, ansiosos de pisar. Engels no corrió la misma suerte, probablemente porque tenía un pasaporte que había sido expedido por las autoridades belgas.

Estaban también contados los días de *La gaceta alemana de Bruselas*. En su último número, este periódico saludaba las llamas de las Tullerías y del Palais Royal como la aurora del proletariado y expresaba la luminosa esperanza de que, en un mes más, Alemania se convirtiera también en república. Pero, por muy de color de rosa que Engels viera el futuro, ni él mismo podía sospechar que la revolución estuviera tan cerca en Alemania. "Si Federico Guillermo IV se mantiene terco, nos habremos salvado y en un par de meses tendremos la revolución en Alemania. Pero, ¡cualquiera sabe lo que se le ocurrirá hacer a ese caprichoso y loco sujeto!"

La revolución en Francia y la creciente conmoción que se advertía en Alemania y en Italia movieron a la Liga de los comunistas a acercar su centro de acción a los escenarios decisivos. Al recibirse las primeras noticias de la proclamación de la república en París, el Comité central de Londres transfirió sus poderes al comité de Bruselas. Pero, en vista de que, entre tanto, se vio privado de movimientos, éste traspasó sus facultades al de París. El 4 de marzo, al trasladarse al centro del nuevo movimiento revolucionario, Marx llevaba en el bolsillo los plenos poderes que se le habían otorgado para constituir un comité a su voluntad.

El hecho de que Engels acabara de ser expulsado de Francia no habría sido obstáculo para que le acompañara, sabiendo que su amigo Flocon formaba parte del Gobierno provisional. Pero una escasez momentánea de dinero retuvo a Engels en Bruselas. Hasta el 25 de marzo no se dio de baja en la policía como avecindado en el barrio de Saint-Josse ten Noode. Al llegar a París, donde los de Londres se le habían adelantado, se encontró ya con el Comité central, en el que Marx le había reservado un puesto, presidido por el propio Marx y con Schapper de secretario. Inmediatamente, el estado mayor del diminuto partido se puso a elaborar el plan de campaña para la participación de los alemanes en la revolución, que entre tanto, era también realidad en su propia patria. Las reivindicaciones del partido comunista alemán, que constaban de diecisiete puntos, se mantenían dentro del espíritu del *Manifiesto comunista*. Procuraban tener en cuenta, sin embargo, los efectivos todavía muy escasos del proletariado industrial, en un país en el que la victoria de la democracia dependía, primordialmente, del empuje y el empeño revolucionarios de la pequeño-burguesía y los campesinos y en donde, por tanto, importaba mucho estimular a estos sectores a un entendimiento con los trabajadores de los centros industriales, todavía poco numerosos.

Engels había calculado ya con toda precisión la estructura de la sociedad y la consiguiente correlación política de fuerzas, al estallar la revolución alemana y en el transcurso de ésta. La composición de clase —decía Engels— era más complicada en Alemania que en ningún otro país, el feudalismo alemán disponía todavía de enorme fuerza y la gran burguesía distaba mucho de ser allí tan rica y de hallarse tan concentrada como en Francia y en Inglaterra. La gran mayoría de los trabajadores asalariados, en Alemania, no dependía todavía de capitalistas modernos, sino de pequeños industriales.

En aquel sector y en el partido de los demócratas que políticamente lo representaba sólo podían cifrarse, y así lo hizo él desde el primer momento, escasas esperanzas. Y aún se hacía menos ilusiones acerca de la que, propiamente, constituía la mayoría de la población en una Alemania todavía predominantemente agraria, es decir, la formada por los pequeños campesinos libres, los colonos feudales y los jornaleros del campo. Estaba seguro de que estos elementos participaban en la revolución sin tener ni la más leve noción de los conflictos políticos y de que sólo sería posible ponerlos en movimiento si el impulso inicial venía de la población de las ciudades, más concentrada, más ilustrada

y más ágil. Al comenzar la revolución, Marx y Engels cifraban sus mayores esperanzas en la decisión de la gran burguesía. Basta leer, para darse cuenta de ello, el capítulo final del *Manifiesto comunista*. Estaban seguros de que la gran burguesía acabaría con los viejos poderes autoritarios sin necesidad de aguardar a una nueva revolución que pudiera producirse al cabo de varias décadas y que ya desde ahora quedaría en pie como el único adversario serio del proletariado. No sucedió, sin embargo, así, y ello fue uno de los más amargos desencuentros en la vida de Engels.

Al establecer las directrices de su plan, la Liga de los comunistas no tenía por qué guardar grandes miramientos por los intereses políticos, sociales y económicos de este aliado temporal, llamado a ser, sin embargo, su natural y último enemigo. Si esperaba algún refuerzo de las capas burguesas para sus fines, sólo podía contar con el que pudieran prestarle los pequenoburgueses y los campesinos. Ya la primera de las diecisiete reivindicaciones, la de que Alemania se convirtiera en una Alemania grande, una e indivisible, la hacía entrar en flagrante contradicción con el partido constitucional, el cual expresaba, fundamentalmente, los intereses de la gran burguesía. Pero la burguesía alemana no podía tampoco estar de acuerdo con la mayoría de los puntos que en este documento se sustentaban. Suponiendo que estuviese dispuesta a negociar acerca del armamento general del pueblo, de la separación total de la Iglesia y el Estado y del carácter gratuito de la enseñanza y la administración de justicia, no podía avenirse en modo alguno con propuestas como la abolición de todas las cargas feudales sin indemnización alguna y la expropiación de las grandes fincas; acceder a ello habría significado sentar un precedente muy peligroso. Y otro tanto ocurría con la estatificación de los medios de transporte, las minas y los bancos, cosas que tocaban ya muy en lo vivo a sus intereses. Y tampoco podía prestarse a discutir puntos como el de la equiparación de los sueldos de todos los funcionarios, la limitación del derecho de herencia, la implantación de impuestos progresivos a favor del Estado, la estatificación de las hipotecas y rentas de los campesinos y las medidas destinadas a garantizar un mínimo de existencia a todos los obreros. Era interés del proletariado alemán, al igual que de los pequenoburgueses y campesinos, terminaba diciendo esta declaración, firmada también por Engels, luchar con toda energía por la implantación de estas medidas, cuya aplicación haría de Alemania, hasta ahora explotada por un puñado de personas, patrimonio de millones de hombres, a quienes por derecho pertenecía, como productores que eran de toda la riqueza.

Engels ardía en deseos de volver a ver la patria, de cuyo atraso tanto se había burlado y había maldecido todos aquellos años y que ahora, por fin, parecía levantarse a la lucha por la libertad. Quería, en unión de los restantes miembros de la Liga de los comunistas, batallar en la propia Alemania, ahora liberada de la censura, levantando su voz pública en pro de los objetivos de su partido. Pero, por el momento Marx y Engels tenían que seguir aguardando pacientemente en París donde se enfrentaban con un problema al que no podían sustraerse.

Miles de alemanes que hasta entonces habían encontrado en Francia asilo o medios de vida suspiraban por volver a su tierra, unos porque la revolución francesa los había dejado sin pan, otros porque ansiaban tomar parte en la revolución alemana. El Gobierno provisional, encantado de quitarse de encima por las buenas a aquellos elementos, cuya presencia contribuía a aumentar la inquietud reinante, propició, mediante acuartelamientos de ruta y pluses de marcha, la formación de legiones revolucionarias de emigrados alemanes. Bornstedt, antiguo oficial de la guardia, que había tenido que trasladarse también de Bruselas a París, se puso al frente de dichas legiones y, como necesitaba de un nombre popular con arrastre entre las masas, pues el suyo era un tanto dudoso, asoció en la empresa a Jorge Herwegh. El célebre poeta revolucionario, cuya primavera lírica se había marchitado tan fugazmente, se jactaba de no tener la paciencia necesaria para ponerse al mortecino trote del parlamento: había que hacer marchar a la república, sin esperar a que votase.

Marx y Engels, por su parte, tomaron bastante más en serio la responsabilidad que semejante problema les planteaba y no se prestaron a que Herwegh, con sus ligerezas y su romanticismo de guerrillero, comprometiese la causa revolucionaria. Como Engels lo expresaría más tarde, aquello de lanzar sobre las fronteras de Alemania una invasión, en plena sacudida revolucionaria, sólo serviría para fortalecer a los gobiernos y entregar a los legionarios, indefensos, a merced de las tropas. Para tratar de disuadir al mayor número posible de trabajadores de aquella tentación, los dirigentes comunistas pidieron a Flocon que se otorgara a los miembros deseosos de regresar a la patria y agrupados en un club que se había formado con este fin, las mismas facilidades y ayudas que se había prometido conceder a los legionarios. Y así lograron reintegrar a Alemania como unos cien obreros, entre ellos la gran mayoría de los miembros de la Liga.

Llegó así la segunda quincena del mes de abril, en la que, por fin, Engels y Marx pudieron también regresar a la patria. Pero, ¿en qué lugar de Alemania, la Alemania de la revolución, podían desplegar con mayor perspectiva de éxito sus fuerzas y confiar en que se desarrollaran las cosas más favorablemente para sus fines?

Estando todavía en París, Andrés Gottschalk, el hombre cuya palabra más pesaba entonces entre el proletariado alemán, les había aconsejado por medio de Moses Hess que presentaran su candidatura a la Asamblea nacional prusiana por sus respectivas ciudades natales, Tréveris y Barmen. Pero a estos dos socialistas renanos no les atraía precisamente el ambiente de la capital prusiana, con su "burguesía, larga en palabras pero corta en actos, cobarde y servil" y "sus trabajadores, todavía totalmente atrasados". Todavía no los distanciaba de Berlín, con tanta fuerza como algún tiempo después lo manifestaría Engels, la consideración de que junto al Rin, gracias al Código de Napoleón, los delitos de prensa eran de la competencia del tribunal del jurado, del que, en las condiciones reinantes, había que esperar casi siempre un juicio absolutorio,

bastante menos probable en el caso de los jueces profesionales, instituidos por el derecho nacional prusiano.

Este argumento podría explicar, a lo sumo, por qué Marx y Engels se negaron a solicitar el favor de los lectores filisteos de Berlín, compitiendo con los periódicos que publicaban allí Gustavo Julius, Ruge y Held, pero no por qué rechazaron el consejo de rivalizar en los bancos de la Asamblea nacional con las lumbreras de la democracia burguesa, con hombres como Waldeck o Jacoby, y ser los primeros en hacer oír la voz de la socialdemocracia revolucionaria desde una tribuna parlamentaria europea. Si la naturaleza hubiera dotado a uno de los dos amigos de aquel don innato de la oratoria que quien lo posee sabe convertir en herramienta para sus designios, tal vez habría podido caer en la tentación de cubrirse con los laureles de un Mirabeau prusiano.

Pero, lo cierto es que Marx y Engels se plantearon muy fríamente y sin dejarse llevar de semejantes tentaciones, el problema de cuál sería, en Alemania, el lugar más indicado para trabajar por la difusión de sus ideas. En Berlín no habían tenido nunca contacto con las masas y no podía escapárseles que, dado el carácter predominantemente agrario de la monarquía, no podían encontrar tampoco mucho ambiente en la Asamblea nacional. Mucho más favorables eran las cosas, para ello, en la provincia del Rin, que constituía, "desde todos los puntos de vista", la parte más avanzada de Prusia. No tendrían más remedio, aun sintiéndolo mucho, que empujar a los banqueros y tratantes en trigo de Colonia y a los industriales del Wuppertal, con la labor de agitación que se proponían desarrollar y echarse de nuevo en brazos de la reacción. De todos modos, su pequeño grupo de partido tenía que contar de antemano con la hostilidad de estos círculos sociales. Pero, a cambio de ello, podían cifrar y cifraban, al principio, grandes esperanzas en la pequeñoburguesía y en los campesinos de su provincia natal, siempre y cuando que consiguieran, con su conocimiento del terreno, sus numerosas relaciones y cierto número de adeptos, todavía no muy crecido, poner en pie una nueva *Gaceta renana*, que no necesitara, como la otra, hablar en lenguaje figurado, sino que pudiera llamar a las cosas por su nombre, y plantear abiertamente los objetivos de la democracia radical al amparo de la libertad de prensa al fin conquistada. Aun sin perder de vista la amplexidad imprescindible de enrolarse en el amplio frente de la democracia, que en la Renania englobaba, por el momento, a la gran masa de la población, se sentían espolcados, a la vez, por el vivo deseo de poder difundir entre las masas las ideas fundamentales de su nueva concepción de la historia y las enseñanzas que extraían de ella.

Andrés Gottschalk sabía perfectamente lo que hacía al tratar de mantener a los autores del *Manifiesto comunista* alejados de la capital de la provincia del Rin, cuyo proletariado, en aquel tiempo, contaba todavía con una parte pequeña de obreros fabriles. También él pertenecía, es verdad, a la comuna renana de la Liga de los comunistas, recientemente fundada. Pero esta organización no formaba todavía una unidad gobernada por un espíritu común y por una voluntad concorde. Y Gottschalk, personalmente, distaba mucho de pisar

sobre el terreno del *Manifiesto comunista*, en el que se pedía a los adeptos que refrenaran los impulsos de su voluntad y se sometieran a los sentimientos sociales de un análisis histórico de la sociedad. Su socialismo no tenía nada que ver con ninguna concepción dialéctica de la historia ni se preocupaba de ninguna clase de directrices políticas generales inspiradas por ella.

El alma de este hombre, médico judío de pobres, que creía poder curar con los mismo remedios la enfermedad y la pobreza, rebosaba de compasión y filantropía. Consideraba un deber inaplazable abordar la acción social, pero sabía también que era inútil empeñarse en meter la cabeza por la pared. No conocía solamente quiénes eran y qué prejuicios abrigaban los proletarios renanos; conocía también a la burguesía de la Renania y sus prejuicios: dependía de aquella provincia, había vivido siempre allí y creía saber al dedillo lo que allí podía conseguirse y lo que era inasequible. Unos emigrantes como Marx y Engels no podían inspirarle la confianza ciega que en sí mismo tenía. Temía que quisieran sacrificar los intereses inmediatos del proletariado renano a metas revolucionarias muy lejanas.

Gottschalk tenía muchos puntos de contacto con aquel "verdadero socialismo" al que Marx y Engels habían acusado, no hacía mucho, de negar la comunidad política de intereses que momentáneamente unían a la clase obrera y a la burguesía democrática. El importante problema táctico que aquí se planteaba hizo brotar el enconado antagonismo planteado entre Gottschalk y Marx y Engels, a poco de llegar éstos a su tierra natal. Gottschalk acababa de fundar en Colonia una Asociación obrera independiente, enteramente dominada por él. Aconsejaba a sus seguidores que se abstuvieran de votar en las próximas elecciones a la Asamblea nacional de Francfort y no perdía ocasión para apremiarlos con la recomendación de que procuraran afirmar su independencia frente al partido socialdemócrata. Marx y Engels, por el contrario, se habían afiliado a la Sociedad democrática, donde —según hubo de demostrarse cuando ante ella habló Weitling como invitado—, incluso después de la batalla de junio, combatían toda forma de dictadura, incluso la del proletariado. Solamente al ser detenido Gottschalk, en julio de 1848, alejándole con ello de toda labor de agitación hasta que fue puesto de nuevo en libertad, en diciembre del mismo año, lograron Marx y Engels, Guillermo Wolff, Schapper, Moll y otros cercanos correligionarios suyos convencer a la Asociación obrera de Colonia de la conveniente necesidad de aceptar un acuerdo táctico con la democracia burguesa.

Tres años después expondría Engels, en la *New York Tribune*, cuál fue la situación con que se encontró en la Renania al retornar a la patria en la primavera de 1848. Reconoce aquí que la gran burguesía se vio desde el primer momento en una situación muy apurada. Si la revolución alemana —dice— hubiera madurado por sí y ante sí, y no a la zaga de la revolución en Francia, donde el proletariado proclamaba ya amenazadoramente sus objetivos sociales, habría pedido la burguesía, menos asediada por las masas y probablemente aliada al pueblo, derrocar íntegramente el feudalismo. Pero ocurría que la revolu-

ción francesa de febrero había venido a derribar precisamente la forma de gobierno que la gran burguesía prusiana se proponía instaurar. Y cuando vio que, en París, se ponían a la cabeza del gobierno hombres a los que ella consideraba como enemigos peligrosos de la propiedad, el orden, la religión y la familia, sintió de pronto enfriarse su ardor revolucionario y se agazapó bajo las alas de otro enemigo todavía más peligroso, llegando a un acuerdo con la monarquía. Indudablemente, no barruntaba, al obrar así, hasta qué punto esta constelación habría de ser fatal, durante mucho tiempo, para la burguesía alemana en su conjunto.

Tampoco Engels supo prever aquel resultado de las jornadas de febrero en París, cuyas consecuencias sólo se manifestaron claramente después de las sangrientas jornadas de junio. Cuando el *Manifiesto comunista* presentaba la inminente revolución burguesa en Alemania como el prelude inmediato de la revolución proletaria, no cabe duda de que lo hacía partiendo de la seguridad de que, antes, habría logrado la burguesía acabar íntegramente con la reacción. Pero la clase que Engels y Marx habían considerado como el más importante exponente de la revolución alemana en ciernes, veía al verdugo llegar ante su puerta antes de tiempo.

Ya antes de pisar el suelo patrio, había podido Engels darse cuenta, por aquella carta de Gottschalk a Moses Hess a que hemos hecho referencia, que en la misma Prusia, donde acababa de correr, en las barricadas, la sangre de los ciudadanos, la palabra "república" era, para los burgueses renanos, sinónima de "robo, asesinato e invasión de los rusos" y que la palabra "comunismo" se había convertido en "verdadera piedra de escándalo". Y Gottschalk no exageraba. El mismo Mevissen escribía, ya el 28 de febrero, que los estamentos del gobierno se verían pronto obligados a intervenir contra los manejos de los comunistas. Y Bakunin, al pasar por Colonia en abril, dijo que la burguesía, allí, rechazaba desesperadamente la "república". Por su parte, Dronke informaba en mayo a sus amigos, desde Francfort, que quien se declarara comunista se exponía a ser lapidado en la calle. Y no digamos quienes militaban en el campo autoritario, como Radowitz o el propio Metternich: éstos temían, incluso, que una monarquía constitucional condujera necesariamente a una república comunista. Por su parte, en aquella carta a Hess, Gottschalk manifestaba que, por el momento, se daría por contento con "una monarquía sobre bases cartistas" y llegaba a confesar que una monarquía constitucional uniría más a todas las ramas alemanas que "cualquier intento de republicanización que ahora pudiera emprenderse".

Quando Marx y Engels llegaron a Colonia, se estaba ya en tratos para fundar un gran periódico democrático, y la carta de Gottschalk a Hess les hacía ver que los iniciadores de aquella empresa se sentirían muy defraudados si los dirigentes comunistas recién reintegrados a la patria trataran de ampliar programáticamente, exponiéndolo con ello a innecesarios peligros, un proyecto concebido principalmente en vista de las condiciones locales y provinciales. Por su parte, Weerth y Enrique Bürger se encargaron de convencer a los dos ami-

gos, obligados a permanecer más tiempo que ellos lejos de Alemania.

Engels y Marx comprendían perfectamente que, para poner en pie un gran periódico, tenían que contar con los círculos izquierdistas de la burguesía adinerada. "En cuarenta y ocho horas", escribe Engels, "habíamos conquistado el terreno, gracias sobre todo a Marx, y el periódico era nuestro". La dirección de la nueva publicación había sido confiada al redactor-jefe de la vieja *Gaceta renana* bajo el supuesto de que el nuevo periódico abrazaría una orientación democrática. Esto era, cabalmente, lo que correspondía a la idea que ellos se formaban de la situación, y Marx y Engels tenían razones para confiar en que podrían hacer frente a los demócratas enemigos de clase y conciliadores del corte de Ruge y Carlos Vogt sin necesidad de apartarse para ello, en principio, del terreno de la democracia y con el margen necesario para exponer en el nuevo órgano sus propias ideas.

De momento, se les planteaba el problema, nada fácil, de reunir los medios materiales necesarios para llevar a cabo la empresa. En la segunda quincena del mes de abril, Engels se trasladó al Wuppertal para trabajar en esta dirección, mientras Marx actuaba en Colonia. Al hacerlo, procuraban no explicar con demasiada claridad a los hombres de dinero a cuyas puertas llamaban la orientación que pretendían dar al periódico. En todas partes se encontraron con el deseo, no recatado, de poder vivir pronto en un ambiente propicio para los negocios y fueron pocos quienes expresaron la inclinación a apoyar cualesquiera tendencias encaminadas a arrancar a los gobiernos nuevas concesiones.

Quienes peor les recibían eran los que estaban más o menos enterados de sus ideas e intenciones sociales. "Todos huyen como de la peste de la discusión de los problemas sociales, que consideran como algo subversivo", escribía Engels. "Si circulara por aquí un solo ejemplar de nuestros diecisiete puntos, estaríamos perdidos. El estado de ánimo de los burgueses es realmente bochornoso... El Club político de Elberfeld dirige mensajes a los italianos y aboga por el sufragio directo, pero rechaza resueltamente todo debate acerca de las cuestiones sociales, a pesar de que, cuando se habla con ellos a solas, estos señores confiesan que el problema social está ahora a la orden del día". Hasta los burgueses radicales —según informa Engels en la misma carta, en que cuenta a su amigo el poco éxito obtenido por él en las dos ciudades del Wuppertal— veían en ellos a sus grandes enemigos futuros y no se atrevían a ayudarles a forjar el arma que más tarde se volvería en contra suya. Marx había sugerido a Engels que tratara de convencer a su padre para que suscribiera algunas acciones. Sugestión un tanto peregrina, pues para Federico Engels padre hasta la mansa y dócil *Gaceta de Colonia* era ya un nido de gentes subversivas. "En vez de mil táleros" —escribe el hijo—, "no hay duda que de buena gana nos enviaría, si pudiera, mil cañonazos".

Para comprender los obstáculos invencibles con que Engels tropezaba en Barmen y Elberfeld, conviene tener presente que las familias pietistas dominantes en aquella comarca seguían siendo las de siempre, no habían sacudido su "servilismo temeroso de Dios" y creían arreglarlo todo con mensajes a Su

Majestad. Entre tanto, Marx, en Colonia, había logrado resultados un poco mejores.

Lo cierto es que el 1 de junio, aunque sobre bases financieras no muy saneadas, pudo salir a la calle el primer número de la *Nueva gaceta renana*. Mientras tanto, Engels había traducido al inglés el *Manifiesto comunista* y dado los primeros pasos para la fundación de una comuna de la Liga en el Wuppertal. Después de lo cual se trasladó también él a Colonia. La Liga de los comunistas tenía su sede allí, y Engels decidió aprovechar la nueva libertad de reunión y asociación para difundir entre las masas del pueblo alemán, con la mayor amplitud posible, desde la metrópoli renana, las ideas del *Manifiesto*. Hombres probados como Moll y Schapper asumieron la misión de crear en la Renania y en Westfalia una densa red de asociaciones obreras comunistas. Mientras ellos se concentraban en esta labor de agitación entre los trabajadores renanos, Engels y Marx trataban de enderezar sus ideas, fundamentalmente, hacia los avances de la revolución europea. No tomaron una parte muy activa, durante toda la revolución, en la labor de fomentar el movimiento obrero alemán, todavía muy atrasado y del que era difícil esperar un impulso decisivo, y lo que en este sentido hicieron se limitó a la provincia del Rin. No podían sentirse muy tentados a ello debido a que, fuera de los límites de su provincia natal, habla un proletariado dominado en casi todas partes por ideas gremiales y que aún no despertaba al modo de pensar y de obrar de los obreros industriales. Esta tarea la dejaron, al principio, sin el menor recelo, en manos de su discípulo, el escritor de veintitrés años Esteban Born. Born fue, por aquellos días, el alma de todos los esfuerzos encaminados a agrupar y organizar al proletariado alemán, sin dejarse llevar más de la cuenta, en esta labor, por las ideas fundamentales contenidas en el *Manifiesto comunista*. Andando el tiempo, Born hubo de quejarse de que Engels, por aquel entonces, le dejara las manos libres sin la menor muestra de reprobación y de que, más tarde, pasado ya mucho tiempo, opusiera una crítica fría a los vivos esfuerzos desplegados por él.

En la sala de redacción de la *Nueva gaceta renana* se reunía ahora un conjunto de brillantes talentos del periodismo, encargados de "dar vida a la publicación más radical y, al mismo tiempo, la más espiritual y temperamental de la primera revolución alemana". Cuando vio que la revolución no tomaba el rumbo que él habría deseado, Engels, en carta escrita a su viejo amigo Köppen el 1 de septiembre de 1848, la motejaba de "aburrida callejuela de filisteos" y decía que el más grande de los sacrificios que había hecho por la patria era haber vuelto a ella para escribir "editoriales destinados a un público de zoquetes". En cambio, Engels setentón recordaba con verdadero deleite el placer que le producía escribir para la prensa diaria en aquellos tiempos tan movidos, en los que veía uno claramente ante sus ojos —dice— los efectos de cada palabra. Y el viejo artillero escribía, lleno de orgullo, que los artículos estallaban literalmente como granadas, expandiendo su metralla.

Por primera vez en la historia se enfocaban bajo una nítida luz en aquellas columnas los sucesos que ocurrían dentro y fuera de Alemania desde el punto

dé vista de los intereses del proletariado revolucionario internacional. Bajo la jefatura de redacción de Marx, a cuyo espíritu superior se sometían de buen grado todos los compañeros, se agrupaban allí Federico Engels, Weerth, Dronke, Guillermo y Fernando Wolff. Bürger, a quien se había incluido en el grupo un poco a la fuerza, no influía mucho en el público; en cambio, producían gran impresión los poemas sobre temas políticos y sociales que Fernando Freiligrath publicaba en el folletón. Pero el poeta se incorporó a la redacción cuando ya Engels, voluntariamente, se había retirado de ella, en septiembre de 1848. Por lo demás, hay que decir que la política del periódico no se disentía y acordaba, ni mucho menos, en conferencias de redacción, bajo un espíritu democrático colectivo, sino que imperaba en él, como Engels reconocía, la dictadura indiscutible del genio de Marx. Cuando éste se hallaba ausente, debía representar lo Engels, pero no todos se sometían a él tan de buena gana y de un modo tan natural como a su amigo.

Marx dedicaba su trabajo de manera permanente a la política alemana. Con su penetrante análisis, en el que se combinaban la fría superioridad del sagaz observador que no exageraba los sucesos parlamentarios y la pasión del combatiente preocupado por la suerte de la revolución, seguía paso a paso los altibajos del movimiento alemán y prusiano en pro de la Constitución y los avances y retrocesos de las fuerzas revolucionarias y contrarrevolucionarias. Su dominio de las lenguas y sus grandes conocimientos de las realidades extranjeras, sobre todo las de la Europa occidental, hacían de Engels la persona más indicada para seguir el curso de la revolución en otros países, desde el punto de vista del joven partido. Ambas tareas eran igualmente importantes. Engels y Marx no necesitaban descubrir ahora el íntimo entrelazamiento entre la política interior y la exterior de los Estados y ninguno de los dos amigos dudaba en lo más mínimo de que la suerte de la revolución europea no se ventilaba en un solo país al margen de los demás.

Esta acción estrechamente unida al servicio de una causa común, que cada día planteaba nuevos requerimientos y no permitía aplazamiento alguno, les revelaba constantemente de qué modo tan excepcional se complementaban sus temperamentos. Marx, atormentado siempre por ciertas inhibiciones intelectuales y por el afán torturante de profundizar, se admiraba viendo a Engels, "dispuesto para el trabajo a cualquier hora del día o de la noche, bien comido o en ayunas, con la pluma siempre ágil y el pensamiento siempre en guardia", llevar sin tregua sus artículos al papel, recorrer con mirada rápida y segura los periódicos ingleses y franceses, belgas y daneses, italianos, españoles y austríacos, sin que se le escapara nada, reuniendo con pasmosa rapidez los materiales interesantes, para ponerlos a contribución de sus grandes puntos de vista comunes.

Como Marx no estaba dotado de estos talentos, tan necesarios para el periodista, cuando, después de pasarse un día entero sentado para escribir un artículo, se ponía a pulir una y otra vez sus frases, escuchaba, a veces, a su amigo decirle, en tono cariñoso, que no había nacido para el periodismo. Pero,

como estrategia político, estaba por encima de todos. Así como Engels se dejaba arrastrar fácilmente por su optimismo a enjuiciar una situación a la medida de sus deseos, Marx, por el contrario, conservaba siempre una frialdad y una seguridad imperturbables en sus juicios. Engels echaba de menos, en sí mismo, "golpes de vista con los que Marx, en los momentos en que era necesario obrar rápidamente, sabía encontrar siempre la salida indicada y descubría de un modo infalible el punto decisivo". En tiempos de calma —reconocería más tarde—, no cabía duda de que, a veces, los acontecimientos le habían dado a él la razón en contra de Marx, "pero en momentos revolucionarios, el juicio de Marx era inexpugnable". Su firme alianza se mantenía en el ardor de la lucha diaria, ni más ni menos que antes, por los días en que habían construido juntos su concepción de la historia, una concepción que ahora, por primera vez, tenía que demostrar su vigor ante los grandes acontecimientos de la historia universal. Su comunidad de trabajo y de lucha, forjada en el exilio, recibió su bautismo de fuego en el fragor de la revolución alemana.

La unidad, la continuidad y la compacta firmeza que en las posiciones de la *Nueva gaceta renana* se manifiestan desde el primer número hasta el último, la fuerza, la conciencia y la convicción con que supo sintetizar los problemas de la política interior e internacional y, sobre todo, la íntima comunidad de ideas y de vida de los dos hombres que dirigían el periódico, incompatible con todo lo que fuera una división esquemática del trabajo, hace que resulte punto menos que imposible para el biógrafo precisar con exactitud la parte que a Engels corresponde en el trabajo de conjunto de la redacción. De algunos artículos importantes sobre los problemas orientales, él mismo nos dice que fueron obra suya, pero incluso de ellos, como a la inversa sucede con otros atribuidos a Marx, hay razones para suponer que sus temas y orientaciones habían sido discutidos de antemano entre ambos. Por tanto, si en lo que a la labor de Engels se refiere debemos poner en primer plano, sobre todo, los temas de política exterior, como el campo propiamente reservado a él, ello no nos exime del deber de dedicar algunas consideraciones generales a la actitud de la *Nueva gaceta renana*, vista en su conjunto.

Al publicarse el primer número, en junio, diríase que todo sonreía a la burguesía liberal alemana. Apenas habían pasado dos semanas desde que por primera vez se habían reunido los parlamentos constituyentes en Francfort y en Berlín, y la gran masa del pueblo, carente todavía de formación política, se las prometía muy felices del resultado de aquellas deliberaciones. Eran muy pocos los que se daban cuenta de que la fuerza de la opinión pública no puede sustituir a la fuerza de las armas y de que la capacidad de resistencia y la apetencia de poder de las viejas formaciones históricas eran todavía muy grandes y se hallaban casi intactas. Y cuando la *Nueva gaceta renana*, llevada de la firmeza y la claridad que se había trazado como norma, comenzó a tomar a chacota a aquel parlamento recién nacido que la prensa liberal ponía por las nubes, su actitud le costó la mitad de los accionistas conseguidos a tan duras penas. La otra mitad volvería las espaldas al periódico cuando éste, casi él solo en la prensa alemana,

se atrevió a ensalzar la revolución de junio del proletariado parisino. Para que el periódico no se hundiera, los redactores tuvieron que renunciar a sus sueldos. Y por último, Marx tuvo que sacrificar, para pagar las deudas de la *Nueva gaceta*, el mermado patrimonio de que disponía.

Fiel a su programa, que demandaba una Alemania republicana y estrictamente unitaria, lo que lo distinguía de la democracia pequeñoburguesa en la que predominaba el federalismo, y también de Gottschalk y sus seguidores, la *Nueva gaceta renana* censuraba el que el parlamento de Francfort no rompiera inmediatamente con todas las ataduras que lo unían al pasado y afirmara por sí y ante sí el derecho a transformar la realidad con arreglo a este principio. Pero lo que más le indignaba era que no tomase ninguna medida para salvaguardar las conquistas de la revolución. De nada servía —argumentaba— deliberar acerca de la mejor Constitución del mundo, si mientras tanto los gobiernos ponían a la orden del día las bayonetas. Y veía también una falla de la causa revolucionaria en el hecho de que, por primera vez en la historia del mundo, la Asamblea nacional constituyente de una gran nación no se reuniera en la conmocionada capital del país y no se viera espoleada en sus trabajos por las masas revolucionarias. Esta falla, sin embargo, habría podido corregirse si el parlamento, no confundiendo el punto de partida del movimiento revolucionario con sus objetivos, se hubiera convertido realmente en el órgano central de las aspiraciones de la revolución y se hubiera lanzado, a vida o muerte, a la lucha contra los gobiernos reaccionarios de Alemania. La idea estratégica central de Marx y Engels, en aquellos momentos, estribaba en que lo importante era mantener el cráter en erupción el mayor tiempo posible, ya que las metas fundamentales de la revolución burguesa, la unificación del Estado y la liberalización y democratización del país y, por encima de todo, sus propias aspiraciones, menos inmediatas, sólo podrían alcanzarse mediante decisivas luchas interiores, dentro del marco de una guerra de los pueblos de la Europa revolucionaria contra la Europa reaccionaria.

Pero, como eran muy conscientes de que el pequeñoburgués alemán no podía convertirse de la noche a la mañana del filisteo miope y amodorrado que había sido hasta los sucesos de marzo en un jacobino, insistían en la necesidad de que lo primero que había que lograr antes de revolucionar a los Estados, era revolucionar a los individuos. ¿De qué servía que en Prusia, Estado que ellos exigían que fuera absorbido por Alemania, el pueblo hubiera conquistado "de hecho" su soberanía en sangrientos combates de barricadas? La monarquía seguía en pie, a pesar de ello, y, al empuñar la gran burguesía, transitoriamente, el timón del poder, se apresuró, por miedo a las masas, a entenderse con la nobleza y la burocracia y a oponer al principio de la soberanía del pueblo la teoría del pacto, para impedir que la revolución siguiera avanzando.

Ya en junio, al dimitir Camphausen, admitía la *Nueva gaceta renana* la posibilidad de que el príncipe de Prusia, autorizado a regresar al país por aquel gobierno y que era "el jefe de la contrarrevolución", llegara a formar el nuevo ministerio y que, al frente de un ejército integrado, entre tropas y gente del

pueblo, por una brutal soldadesca, entrenado en la guerra danesa y en la polaca y apoyado por las bayonetas rusas, repitiera en las ciudades renanas el bombardeo de Praga. Claro está que Marx y Engels esperaban, aunque no pudieran decirlo abiertamente, que, en una situación así, el resto de Alemania se pondría en pie contra el gobierno prusiano y que una parte de las provincias de Prusia, con la Renania a la cabeza, llegaría a tomar partido por Alemania. Y no descartaban, incluso, la posibilidad de una guerra de los campesinos en Prusia, dado el caso de que un gobierno reaccionario se atreviera a perpetuar las cargas feudales, en vez de abolirlas.

Cuando más tarde se puso de manifiesto que la gran burguesía, de momento al menos, no quería divorciarse de la Corona, Marx fugó inmediatamente al ministerio Auerswald-Hanseemann como el espolique de la reacción. Y, extrajo del modo como este "ministerio de la acción" pretendía abordar la regulación de las relaciones entre campesinos y terratenientes, la conclusión de que la gran burguesía alemana se disponía a traicionar a los campesinos, aunque necesariamente tenía que darse cuenta de que sin su apoyo sería impotente ante la nobleza. Marx consideraba imposible reconocer la revolución en principio, mientras en la práctica se alentaba la contrarrevolución. Si la gran burguesía quería realmente conquistar al poder, debía mantener en pie la alianza con las grandes masas del pueblo y actuar más o menos democráticamente, por lo menos mientras tuviera que luchar para aniquilar los restos del Estado policíaco y feudal y acabar con los terratenientes y la dominación de los militares y los funcionarios. Dar de lado al pueblo antes del triunfo definitivo sobre el feudalismo equivalía a querer resolver el problema de la cuadratura del círculo.

Los juicios de la *Nueva gaceta renana* acerca de la marcha de los acontecimientos en los otros países europeos, y de la multitud de conflictos reales o posibles de poder que se planteaban en toda la periferia de la Gran Alemania en relación con el movimiento revolucionario, ajustábanse por entero al postulado sostenido en el *Manifiesto* de que los comunistas debían apoyar en todas partes las aspiraciones de la revolución en contra de las realidades políticas y sociales existentes. La política exterior mantenida por este periódico se distinguía radicalmente de la que todos los demás partidos mantenían: de la de los constitucionales, porque se orientaba hacia la política de clase, y no hacia la política nacionalista; de la de los demócratas burgueses, porque confiaba más en la fuerza que en el sortilegio de la fraseología ideológica; de la de las derechas porque, aun compartiendo su apreciación del factor poder, enjuiciaba cabalmente al revés todos los problemas y lo que para ella era temor era para él esperanza, y viceversa.

Desconoceríamos, sin embargo, la realidad de las cosas si, a la vista del tipo de política exterior que la *Nueva gaceta renana* reclamaba, y partiendo de todo lo que sabemos, tratáramos de averiguar si dicha política se inspiraba en condiciones doctrinarias o respondía al criterio de la "política de fuerza". Engels no llegó a admitir nunca, y con toda razón, que los juicios y la táctica contenidos en sus artículos hicieran posible semejante distinción. No necesitaba

recurrir a ninguna "política realista" quien, como él, estaba absolutamente convencido de que las cosas se desarrollaban en consonancia con su ideal. La apreciación de los factores reales, especialmente de los factores económicos de la situación, era precisamente el fundamento sobre, que descansaban sus juicios acerca de lo que había sucedido, lo que sucedía y lo que tenía que suceder en la marcha de la historia.

En la "férrea realidad" veía también a la dueña y señora de todas las "categorías morales". Enfocadas así las cosas, podemos decir que Engels era un político realista y no cabe duda de que, en unión de Marx, supo señalar, mucho más claramente que muchos de los enrolados en el gremio de los críticos publicísticos de ayer e incluso de hoy —el que lo consiguiera o no es otra cosa— el camino por el que nuestro pueblo tiene que salir del reino de las nubes y descender a la tierra. "El ideólogo propone y el tendero dispone" escribía la *Nueva gaceta renana* cuando el gran debate sobre Polonia mantenido en el congreso de Francfort le dio pie para enjuiciar "el similismo ideológico" de Ruge, quien pretendía que los pueblos confraternizaran en el vacío.

Lo mismo que Marx, quien en su discurso de Londres se había expresado en términos muy precisos, Engels estaba convencido de que la fraternidad de los pueblos seguiría siendo una frase vacua mientras no se acabara con el régimen de la propiedad capitalista, que obligaba a los pueblos a explotarse y agredirse los unos a los otros. Era inevitable, sin embargo, que una doctrina como la suya, obligada a tener en cuenta, primordialmente, las grandes fuerzas económicas, tendiera ciertas emboscadas a sus propios autores. Eran todavía, en aquellos años, hombres jóvenes, fogosos, temperamentales, en quienes aún no habían hecho mella las decepciones. Querían que las cosas marcharan a un ritmo acelerado, y los obstáculos, las resistencias y las corrientes en contrario significaban poco para ellos. Y este ímpetu juvenil tenía que pagar, inevitablemente, su tributo político a la realidad.

Al principio, la *Nueva gaceta renana* esperaba que la revolución alemana fuese, por decirlo así, la planta eléctrica que suministraría el más vigoroso flujo a las energías revolucionarias de los otros países. Pero ello dependía en buena parte de la actitud que el nuevo poder central adoptase ante los movimientos de liberación de los pueblos extranjeros que lindaban con las dos grandes potencias alemanas y que eran, en parte, súbditos suyos. Para Engels, era evidente, como ya hemos visto, que la Alemania en lucha por su propia libertad no podía interponerse ante los anhelos de libertad de otros pueblos, aunque su liberación trajera como consecuencia menoscabar el territorio anexionado a los Estados alemanes. Y consideraba, desde luego, inexcusable que la Alemania revolucionaria rompiera definitivamente con las prácticas y los métodos de la vieja diplomacia, que le habían valido a los alemanes, entre los demás pueblos, la fama de ser en todas partes el instrumento y el esbirro de la reacción.

Mucho habían tenido que sufrir, bajo este reproche, especialmente, los alemanes residentes en el extranjero. Ya en los años treinta lo habían hecho notar republicanos alemanes como Wirth y Venedey. Este punto se hacía resal-

tar, asimismo, en la fiesta de Hambach y en las columnas de *El proscrito*. Engels estaba convencido de que los alemanes venían cargando desde hacia unos setenta años con una grave culpa y que, para expiarla, no tenían otro camino que adelantarse con su revolución a la lucha de los otros pueblos por la libertad. Mercenarios alemanes, a sueldo de los ingleses, habían combatido —declaraba— contra la independencia del pueblo norteamericano; tropas alemanas se habían dejado “azuzar como una jauría rabiosa” contra la revolución francesa; en Holanda, Suiza, Hungría y Portugal, los alemanes se habían hecho tristemente célebres como los verdugos de la libertad.

“Los congresos celebrados después de 1815, las expediciones de Austria contra Nápoles, Turín y la Romaña, el encarcelamiento de Ypsilanti, la guerra de represión de Francia contra España, impuesta por Alemania; el apoyo prestado por este país a los reyes portugueses don Miguel y don Carlos; las tropas hannoveranas que habían servido de brazo armado a la reacción en Inglaterra: la desmembración y la reacción termidoriana de Bélgica, en que andaba también la mano de Alemania; la presencia en el corazón de Rusia de alemanes para apuntalar la autocracia del zar y de los déspotas de rango inferior; la inundación de toda Europa con vástagos de la casa reinante de los Coburgo, eran todas ellas pruebas bien palpables del papel reaccionario de la Alemania gobernante en Europa.

Con ayuda de la soldadesca alemana había sido saqueada y desmembrada Polonia y alevosamente asesinada la población de Cracovia. Con ayuda del dinero alemán y de la sangre de los alemanes habían sido sojuzgadas y empobrecidas Venecia y la Lombardía, se había logrado ahogar en toda Italia, directa o indirectamente, todo movimiento en pro de la libertad, recurriendo a las bayonetas, la horca, la cárcel y las galeras.” Los franceses —afirma Engels— despertaban respeto y simpatía incluso allí donde intervenían como enemigos. Los alemanes, en cambio, no encontraban simpatía ni respeto en ninguna parte. Eran recibidos con befa y animadversión incluso en los casos en que se presentaban como generosos apóstoles de la libertad. Para Engels, esto era razonable y estaba justificado. Una nación que a lo largo de todo su pasado se había prestado a servir de instrumento de la reacción tenía que demostrar, si quería que se le viera con buenos ojos, que realmente había cambiado, transformándose revolucionariamente.

Pues bien, la política exterior que en Francfort, y no digamos en Berlín y en Viena, se mantenía desde la revolución no demostraba a la *Nueva gaceta renana*, ni mucho menos, que prevalecieran en ella los puntos de vista que correspondían, fundamentalmente, al reconocimiento de la independencia de las otras naciones. Al recibirse la noticia de que Windischgrätz había bombardeado la ciudad de Praga, Engels declaró que la Alemania revolucionaria estaba obligada a proclamar inmediatamente, con su propia libertad, la de los pueblos oprimidos por ella. Pero, lejos de ello, no había hecho más que ratificar, por medio de su soldadesca, la vieja opresión de Italia y Polonia y ahora la de Bohemia. Las guerras de restauración eran incompatibles con las revoluciones.

Y, como el saqueo común de Polonia había estrechado los lazos entre los Estados de la Santa Alianza, dando su punto de apoyo más firme a la reacción europea, la revolución polaca serviría de punto de partida para la estructuración democrática de las relaciones internacionales.

Unos cuantos meses más tarde, en febrero de 1849, Engels vuelve a hablar del "deplorable papel" que Alemania ha desempeñado en la historia, "gracias a su nobleza y a su burguesía, por culpa de su pobre desarrollo industrial". Pero, en este nuevo planteamiento del problema, le vemos influido por el hecho de que, entre tanto, los pueblos eslavos de Austria se habían enrolado definitivamente en el campo de la contrarrevolución. Los ejércitos de Diebitsch y Paskiewitsch estaban formados exclusivamente por tropas eslavas; a la cabeza de efectivos eslavos, fundamentalmente, había avanzado Windischgrätz sobre Praga, y las unidades militares de los austríacos que servían de dócil instrumento para la opresión de Italia y cuyas brutalidades se imputaban a los alemanes, estaban integradas por eslavos.

La política internacional preconizada por la *Nueva gaceta renana* culminaba en la exigencia de una guerra popular alemana contra Rusia. Solamente en una guerra de este tipo, que impulsaría a la nación a centralizar rígidamente sus fuerzas, veía Engels el camino para romper total, abierta y definitivamente con el bochornoso pasado y para salvar el honor y los intereses de Alemania frente a sus vecinos eslavos, especialmente frente a Polonia.

Y no se crea que eran éstos los únicos móviles importantes que llevaban a Engels a sobreponerse a todos los reparos, al tratar de enderezar a la revolución alemana por un camino tan peligroso. Pensaba, además, que una guerra como la que él preconizaba tendría necesariamente que convertirse en una guerra mundial, en cuyos embates se hundirían necesariamente las dos monarquías alemanas, cuyo aniquilamiento apetecía él, por el bien de Alemania. En cuanto a Austria, tenía sus razones para esperar que este desenlace fuese el resultado de las desintegradoras luchas de nacionalidades. Y, en lo tocante a Prusia, el final esperado se produciría, desde su punto de vista, por la irremediable escisión entre el pueblo y la dinastía, que estallaría de modo incontenible, sobre todo cuando Federico Guillermo IV se aliase con el zar en contra de la nación alemana.

La conducta de los generales prusianos en la provincia de Posen había demostrado a Engels que nada había que esperar de la ayuda de los Hohenzoller en un levantamiento de los polacos contra los Romanov. Engels trataba de hacer ver al Estado prusiano que Polonia "no sólo tenía derecho a recobrar sus territorios, sino también las desembocaduras de sus grandes ríos" y de que "debía poseer, por lo menos, una gran faja de litoral en el mar Báltico". Es verdad que Engels sólo sostuvo una concesión de tal envergadura, difícilmente conciliable con los intereses vitales de Prusia y de toda Alemania, mientras pudo confiar, bajo el fuego de la revolución, en que una revolución agraria daría a Polonia la libertad. Más tarde, al verse defraudado en esta esperanza, no siguió cerrando los ojos al peligro que para Alemania representaba el que

“su frontera, ya muy débil, resultara totalmente minada desde el punto de vista militar”, al dejar “desamparada toda la costa del Báltico hasta Stettin”.

Los combates de junio en París vinieron a cambiar el panorama. Palaron en buena medida las desbordantes esperanzas que Engels había cifrado en una explosión bélica en el Este, basadas en la perspectiva de que el pueblo francés apoyaría al alemán en contra del zarismo y “libraría junto a él la guerra del Oeste contra el Este, de la civilización contra la barbarie”. Llevado de aquel profundo sentimiento cultural que el hijo del Rin creía poseer por encima de quienes vivían al Este del Elba, Engels subrayaba con gran energía las dudosas cualidades que hermanaban a los auténticos “borusos o prusianos y a los rusos”. Ya en su juventud estaban acostumbrados los renanos, incluso los de ideas conservadoras, a ver en aquella “mezcla de estrechos horizontes e infalibilidad”, en aquella “increíble infatuación que no sabía ver más allá de sus narices” y en aquella apodíctica tosquedad del funcionario prusiano un indeseable artículo de importación; desde entonces, el viento reaccionario que constantemente soplabla desde el Este y que, año tras año, le daba en la cara desde Berlín, hacía que el Estado prusiano provocara siempre en él un sentimiento de invencible hostilidad. Y cuando, el 22 de junio, la *Gaceta alemana*, dirigida por Gervinus, se consolaba con el argumento de que, en el peor de los casos, Prusia se resignaría a perder momentáneamente la provincia del Rin, la *Nueva gaceta renana* replicó inmediatamente a aquella publicación pequeñoburguesa, haciéndole saber que a la Renania aún le asustaba mucho menos “la posibilidad de una pérdida permanente” de la dominación prusiana.

De la disolución de Prusia como consecuencia de una guerra contra Rusia no sólo esperaba Engels una simplificación de la embrollada situación interior de Alemania, sino algo más: que el desarrollo de las cosas se vería, de ese modo, impulsado en una dirección que favoreciera a sus metas. Si se planteaba la alternativa de autocracia o república, entre las ruedas de molino de los dos extremos quedaría triturado el constitucionalismo. La gran burguesía constitucionalista echaría a la democracia, y con razón, la culpa de la guerra, y esto bastaría para que se arrojara en brazos de sus adversarios. La espantosa derrota del proletariado francés no llevó a Engels a renunciar a la esperanza de que pudiera llegarse a esta guerra de los pueblos; todavía en los meses de agosto y septiembre, expresaba la *Nueva gaceta renana* la convicción de que solamente una guerra así podría lograr la liberación y unificación efectivas de Alemania, implantar el poder de la democracia sobre las ruinas del feudalismo y hacer realidad el breve sueño de dominación de la burguesía.

Engels condenaba, de un modo muy consecuente, las campañas en Italia, Bohemia y Posen como intentos encaminados a encadenar a ella por la fuerza a las poblaciones que no deseaban seguir unidas a Alemania. Aprobaba, en cambio, por enérgicamente que rechazase toda contaminación con “el estrecho patriotismo burgués”, la guerra contra Dinamarca, que consideraba como la primera guerra revolucionaria sostenida por Alemania. Para poder defender la anexión del Schleswig, establecía, sin embargo, un principio que cerraba las

puertas a toda arbitrariedad. Según él, la posesión de territorios litigiosos debía adjudicarse a la nación que defendiera el derecho de la civilización contra la barbarie, del progreso contra la estabilidad. Cuán impugnable e insostenible era casi siempre este criterio, en apariencia tan atractivo, lo demostraba el hecho de que, en obsequio al principio invocado, debería adjudicarse el Schleswig a los alemanes y concederse a los franceses la Alsacia y la Lorena, otorgándoseles además el derecho de reclamar, algún día, la posesión del territorio de Bélgica.

En el complejo de problemas planteados por el armisticio de Malmö, lo que más le interesaba a Engels era que en él parecía vislumbrarse el camino que en su día pudiera conducir a la guerra de los pueblos contra Rusia, tan anhelada por él, a pesar de que, entre tanto, se había puesto en tela de juicio la iniciativa francesa, en la que antes tanto confiara. En efecto, si el parlamento de Francfort acordaba rechazar el citado armisticio, ello provocaría, a juicio de Engels, una guerra en la que Alemania, aliada a Polonia y a los italianos, se vería involucrada contra "las tres grandes potencias de la contrarrevolución", Prusia, Rusia e Inglaterra. Guerra que pondría "a la patria en peligro", pero que precisamente la salvaría, al condicionar el triunfo de Alemania a la victoria de la democracia. Sabemos ya que el triunfo de Prusia y Rusia, en esa guerra, representaba, para Engels, un peligro tanto para la revolución europea como para la alemana y, por consiguiente, para la unificación de Alemania. Pero, ¿cómo explicar que presentara, ahora, bajo un ángulo tan diferente a Inglaterra, la misma Inglaterra en la que poco antes veía la cuna de la revolución social?

Hombre como era dado a las más exaltadas esperanzas, no había dudado, cuando aún no habían amortiguado su optimismo las decepciones, que las llamas de la revolución parisina de febrero saltarían inmediatamente sobre el Canal de la Mancha, para encontrar en Inglaterra verdaderas montañas de material inflamable. Fue indecible su desengaño cuando vio que la convención cartista convocada en Londres se mostraba impotente y que el viejo Wellington, el 10 de abril, podía demostrar irrefutablemente a los obreros que, en Inglaterra, unas cuantas disposiciones militares muy simples bastaban para dar al traste con las más grandiosas manifestaciones políticas del proletariado.

Al ver cómo, más tarde, fracasaban también rotundamente los intentos revolucionarios de O'Brien en Irlanda, al igual que los de O'Connor en Londres, Engels hubo de hacerse, aunque de mala gana, a la idea de que no era posible contar en corto plazo con la caída de la "tiranía librecambista-presbiteriana" y de que la revolución europea, fuera de Rusia, no contaba con ningún enemigo tan poderoso como "la incommovible roca contrarrevolucionaria bañada por los mares". No se cansó de indagar cuál era la fuerza que movía a Inglaterra a desempeñar aquel papel despótico que ejercía en el sistema mundial de los Estados. Y llegaba a la conclusión de que lo que llevaba al país del monopolio capitalista a colocarse al lado de las potencias contrarrevolucionarias era la defensa de este monopolio específicamente moderno y el mantenimiento del orden político y de la sociedad de clase existentes. La misma presión que cada burgués inglés de por sí ejercía sobre el proletario inglés indivi-

dualmente considerado deseaba la burguesía inglesa ejercerla como un todo sobre las burguesías de Alemania, Francia e Italia en su conjunto.

A juicio de Engels, la revolución alemana había provocado en Inglaterra el temor de perder el mercado de Alemania, si este país llegaba a unificarse políticamente. Conocía demasiado bien a la burguesía inglesa para no burlarse de la "ingenuidad ideológica" de Ruge, quien, obsesionado con el objetivo de una federación de los pueblos, proclamaba en el parlamento de Francfort, el 22 de julio, la idea de la triple alianza de Alemania, Francia e Inglaterra, ya predicada por los sansimonistas, apoyándola en la afirmación de que las tres naciones pensaban y querían, en el fondo, lo mismo.

"Puesto que en Francia, en Inglaterra y en Alemania domina la burguesía, los tres países son aliados naturales: así razona el ciudadano Ruge" —escribía Engels—. "Pero, ¿y si los intereses materiales de estos tres países son diametralmente opuestos, si la libertad de comercio con Alemania y Francia es condición de vida inexcusable para Inglaterra, si la protección arancelaria es condición de vida inexcusable para la burguesía alemana y francesa, si esta triple alianza equivale, en la práctica, al sojuzgamiento de Francia y Alemania?" El "portero de la filosofía alemana", como ahora llamaban Engels y Marx a su antiguo aliado, debía comprender —"¡trágica ironía de la historia!"— que su proyecto filantrópico-cosmopolita tenía que fracasar, al estrellarse contra "las sordidas almas de los tenderos". Defraudadas sus esperanzas en la proximidad de la revolución proletaria en Inglaterra, Engels se consolaba pensando en que Francia, fiel a su tradición revolucionaria, se pondría de nuevo y se mantendría a la cabeza del movimiento.

La *Nueva gaceta renana* veía con aprensión cómo el gobierno provisional implantaba impuestos que podían conducir a empujar a la contrarrevolución a un país predominantemente campesino, cuyo proletariado industrial se limitaba todavía a unas cuantas grandes ciudades y a unos pocos centros fabriles. Sin embargo, cuando en junio se recibieron las primeras noticias sobre los primeros combates librados en los bulevares parisinos, Engels se dejó llevar de la esperanza de que aquella gran "batalla decisiva entre burguesía y proletariado" pudiera ser la lucha final librada por la burguesía. Pero, al día siguiente, como no llegara la esperada nueva sobre el desenlace de la lucha, con palabras visiblemente emocionadas, habló de los dos Parises, el del Este y el del Oeste, a los que llamaba los símbolos de los dos grandes campos enemigos en donde por vez primera se escindía la sociedad.

Pero las malas noticias se sucedían las unas a las otras, hasta que hubo que resignarse a la terrible verdad: la burguesía había salido victoriosa. El periódico revolucionario rindió, entonces, un emotivo y vibrante homenaje a "las víctimas de la primera batalla decisiva del proletariado". La lucha se había librado entre republicanos nominales y en el seno de una república; ello llevaba aparejado, por tanto, el peligro de que, a la vista de lo ocurrido, los comunistas pudieran pensar que el luchar por la forma de gobierno era algo puramente ilusorio e inoperante. Saliendo al paso de esto, la *Nueva gaceta renana*, publicó el

29 de junio, el fogoso artículo redactado por Marx en el que se hacía el balance de la semana sangrienta y se proclamaba sin reservas el ideal republicano, sin preocuparse en absoluto de que, asustada ante los acontecimientos de París, la mayoría de la prensa burguesa de ideas liberales, dando marcha atrás, volviera los ojos hacia la imagen de la monarquía firmemente arraigada, capaz de defender a la sociedad de la dictadura de un comité de Salud pública. A la vuelta de muchos años, Engels recordaría todavía con orgullo como en aquellos momentos en que los burgueses y fariseos de todos los países descargaban sus maldiciones y sus calumnias sobre los vencidos, la *Nueva gaceta renana* había tenido el valor de levantar en alto la bandera del proletariado parisino pisoteado.

Al recibirse las primeras noticias, que parecían anunciar una victoria inminente, Engels dio de lado a todas las dudas que en momentos de mayor tranquilidad habían podido asaltarle. Cuando en la marcha de la historia, los grandes acontecimientos se acercan a las cruciales decisiones, cabe explicarse fácilmente que el corazón, conmovido, silencie la voz del entendimiento y sus titubeos entre lo posible y lo imposible. Y, al llegar antes de lo que él había esperado el momento en que el conflicto se acercaba, en París, a su desenlace, la vehemente juventud de Engels se dejó arrastrar por el vértigo de la hora. Tomó el espejismo por la realidad tangible y pensó confiadamente que una revolución, siempre y cuando llegue a durar el tiempo necesario, es capaz de hacer madurar con asombrosa rapidez todas las contradicciones. Tal vez había llegado la hora de que, en un período revolucionario, aunque fuera largo y lleno de vicisitudes, se librara la gran batalla decisiva que condujera al triunfo del proletariado.

Es posible que fuera el recuerdo de aquellas jornadas de junio, que Engels vivió en una tensión febril, lo que le llevó, años más tarde, a la constante preocupación de que el proletariado, por un conjunto favorable de circunstancias, llegara a tomar el poder antes de que se dieran todos los factores económicos y políticos necesarios para asegurar el triunfo de su misión. En el verano de 1848, todavía Marx y Engels no llegaban a pensar que la derrota de los obreros parisinos pudiera resultar fatal para el movimiento revolucionario europeo. Hasta la elección de Luis Napoleón para ocupar la presidencia de Francia, y más aún, hasta las elecciones reaccionarias de mayo de 1849, siguieron esperando con plena certeza que la revolución europea se reavivase mediante una nueva erupción del volcán de París.

Esta esperanza era también la que iluminaría más adelante el juicio que a Engels le merecía el movimiento revolucionario italiano. No era posible que esperara de él consecuencias directas importantes, a partir del momento en que las armas austríacas demostraron su superioridad en la batalla de Custoza. Pero, si los italianos no eran lo bastante fuertes para liberarse por sí mismos, Engels los prevenía contra una posible alianza con la burguesía francesa, a la que ahora consideraba como el puntal de la reacción en toda Europa, y les aconsejaba aguardar al nuevo levantamiento del proletariado francés. La república democrático-social que este levantamiento implantaría en Francia abriría

el camino hacia la victoria de la democracia, tanto en Italia como en Alemania, Polonia y Hungría.

Pero, por muy optimista que siguiera siendo, Engels no podía desconocer que, durante los meses del verano de 1848, la revolución no había tomado el rumbo que hasta hacía poco había esperado. También en Alemania había ido saliendo la reacción, entre tanto, de su transitoria modorra, gracias al tiempo que, con su indecisión y su falta de cabeza, le hacía ganar la burguesía. Mientras se ahondaban las divisiones en el campo burgués y las masas, en los centros de la vida política, se comportaban de un modo cada vez más levantisco, el rey de Prusia, como hoy sabemos, había llegado ya a pensar si "no sería más aconsejable" obligar "a los rojos a levantarse prematuramente", antes de que "la guerra civil estallara bajo los pliegues de la bandera roja".

La agitación que en el mes de septiembre se apoderó de amplios circuitos de la democracia, en momentos en que en Berlín y en Francfort se manifestaba simultáneamente una situación de grave crisis, vino a favorecer a la reacción. La dimisión de Hansemann marcaba en la capital, según la *Nueva gaceta renana*, la hora de la batalla decisiva entre la reacción y la revolución. Y Engels aconsejaba al parlamento de Francfort que era mejor que se desentendiera definitivamente de la revolución, si se prestaba a humillarse hasta el punto de ratificar el armisticio con Dinamarca. Ya a mediados de agosto, en una sesión de las asociaciones democráticas de la provincia del Rin celebrada en Colonia, había dado rienda suelta al odio que experimentaba por la burocracia y el recalitrante prusianismo, y la excitación de las últimas semanas le empujó ahora a la tribuna de los oradores.

El miedo a las fuertes corrientes democráticas que se manifestaban e iban ganando terreno en la provincia del Rin hizo que el gobierno se adelantara a trasladar a aquella zona fuertes contingentes de tropas llevadas de las provincias del Este, para estar en condiciones de sofocar en germen cualquier levantamiento armado. Pero Marx y Engels, que se daban cuenta de cuáles eran los designios del rey, trataban de evitar que un levantamiento frustrado hiciese el juego de la reacción. Consideraban, con razón, descabellada, absurda e "irrealizable" cualquier intentona provocada en Colonia, mientras la provincia estuviera erizada de bayonetas prusianas. Consciente de su responsabilidad, la *Nueva gaceta renana* no cesaba de advertir a los obreros contra el peligro de que se dejaran arrastrar a la provocación.

Sin embargo, la tensión entre el pueblo y la tropa era ya tan aguda, que la situación podía tornarse peligrosa si saltaba la chispa de cualquier acontecimiento político que excitara los ánimos. Marx y Engels recelaban que el propio ministerio Auerswald-Hansemann pudiera prestarse a llevar de nuevo a la nave del Estado prusiano "al puerto común del Estado policíaco y de la política cristiano-germánica". Y si aquel gobierno caía, consideraban ya totalmente imposible aplazar por más tiempo la decisión acerca del dilema de si triunfaría en Prusia la contrarrevolución o la soberanía del pueblo. El conflicto entre la Asamblea nacional, que por vez primera se proclamaba como Asamblea consti-

tuyente, y la Corona estaba en pie, escribía Marx el 12 de septiembre. Todo giraba en torno a un punto: ¿se atrevería el rey a disolver la Asamblea? La disolución sería el golpe de Estado. Y cómo respondía el pueblo a los golpes de Estado lo indicaban dos fechas: el 29 de julio de 1830 y el 24 de febrero de 1848. Si la Asamblea nacional triunfaba y se imponía el ministerio de las izquierdas, se asestaría un rudo golpe al poder de la Corona junto al de la Asamblea. Pero, si triunfaba la Corona y se imponía un ministerio encabezado por el príncipe de Prusia, sería disuelta la Asamblea al amparo de los cañones y las bayonetas, bajo una dictadura militar, suprimido el derecho de asociación, amordazada la libertad de prensa e impuesta una ley electoral en base al censo de fortuna. La decisión dependería de la actitud del pueblo y, concretamente, de la que mantuviera el partido democrático.

En el mismo sentido que este artículo se manifestó, al día siguiente de su publicación, un gran mitin celebrado en la plaza de los Francos, en Colonia, en el que intervinieron como principales oradores varios redactores de la *Nueva gaceta renana*. El mitin aprobó por unanimidad una declaración dirigida a la Asamblea nacional de Berlín y redactada por Engels, en la que se la exhortaba a cumplir con su deber si la reacción intentaba disolverla, sin retroceder ni ante la fuerza de las bayonetas. La Asamblea nacional —decía dicha declaración— había dado al ministerio el mandato de ejecutar, sin contemplaciones, en contra de las tendencias reaccionarias de los oficiales del ejército, las órdenes encaminadas a evitar una ruptura con la Asamblea. Pero, en vez de obrar así, el gobierno había retrocedido y el rey había conferido al ministro Beckerath, que acababa de dimitir, el encargo de formar un nuevo ministerio, cuyos designios contrarrevolucionarios no ofrecían garantía alguna, sino que, por el contrario, hacían temer que procediera a la disolución de la Asamblea. Una Asamblea nacional elegida por el pueblo para pactar, según se decía, una Constitución entre el rey y el pueblo, no podía ser disuelta unilateralmente por la Corona, ya que ello equivaldría a suponer que ésta no coexistía con el parlamento, sino que se hallaba por encima de él. A propuesta de Guillermo Wolff y con el apoyo de Engels, Becker y Dronke, se acordó instituir un Comité de seguridad, que asegurara la representación de los sectores de la población de Colonia no representados en los organismos oficiales existentes.

La declaración, redactada por Engels, fue también aprobada por un mitin al que asistieron muchos miles de personas y que se celebró el siguiente domingo en una pradera cerca de Worringer, junto al Rin, y al que acudió también mucha gente de Colonia transportada en grandes barcas cuya proa ostentaba ya la bandera roja en vez de los colores republicanos. Asistió también a este mitin, con la bandera roja a la cabeza, una delegación de Duseldorf. La presidió un hombre de veintitrés años, Fernando Lassalle, con el que seguramente se encontró allí por vez primera Engels, secretario, a su vez, del mitin, presidido por Schapper. Acudieron, asimismo, delegaciones de Neuss, Krefeld y otros lugares de la Renania.

Los oradores, entre los que, con Guillermo Wolff, Schapper y Lassalle,

figuraba también Engels, se pronunciaron abiertamente en pro de una república democrático-social. Engels hizo que el mitin acordara dirigirse al parlamento alemán, además del prusiano, pidiéndole que defendiera por todos los medios la causa de Alemania, en el caso de que el gobierno de Berlín opusiera resistencia a los acuerdos de la Asamblea nacional y del poder central. Cuando estos acuerdos de Worringer fueron propuestos y redactados, aún no se conocía que el parlamento de Francfort había ratificado, el día anterior, en segunda votación, el armisticio de Malmö. Al saberse que la noticia de dicha votación había provocado disturbios en Francfort, un nuevo mitin convocado en Colonia por el Comité de seguridad y las Asociaciones democrática y obrera acordó declarar traidores al pueblo a los miembros del parlamento alemán y expresó su solidaridad con quienes en la ciudad del Main peleaban en las barricadas.

También en el Rin iba agudizándose, día tras día, la situación, y aunque la *Nueva gaceta renana* aconsejaba insistentemente a los trabajadores que no se precipitaran y aguardasen a que en Berlín se desenmascarara abiertamente la contrarrevolución, no pudo impedir que también allí estallaran, en el 25 de septiembre, disturbios de poca monta.

En la mañana de dicho día, fueron detenidos los presidentes de la Asociación obrera Schapper y Becker, quienes formaban, con Moll, el Comité central de la Asociación democrática. En la tarde, Moll, a quien la policía no había logrado detener, pidió en un mitin convocado por medio de anuncios en las paredes y celebrado en el Mercado Viejo de la ciudad, que los detenidos fueran puestos en libertad. Entre tanto, el director de policía Geiger había ordenado la movilización de las tropas y la captura de Moll. Cuando, en la noche del mismo día, éste volvió a presentarse en el Mercado Viejo para dirigir la palabra al pueblo, corrió el rumor de que avanzaban "los prusianos", nombre con el que, naturalmente, se designaba a las tropas. Los reunidos comenzaron a levantar barricadas. Pero las tropas no se presentaron. A pesar de que las cosas se habían desarrollado sin que estallara la violencia, el comandante de la plaza decretó al día siguiente el estado de sitio sobre Colonia. Se declaró disuelta la Milicia cívica, fue suspendida la libertad de reunión y se prohibió, mientras durara el estado de sitio, la publicación de la *Nueva gaceta renana* y de otros tres periódicos de la localidad.

Como las autoridades habían privado a Marx de la ciudadanía prusiana y éste sabía perfectamente que el gobierno acechaba la ocasión para desterrarlo, procuró mantenerse alejado de todos los mitines y reuniones públicas. Se incoó un proceso por alta traición contra los redactores de la *Nueva gaceta renana* que más se habían destacado, aunque no llegó a presentarse la querrela oficial, por falta de pruebas.

Los revolucionarios, como es natural, no querían pasar el período revolucionario. Guillermo Wolff, que tenía menos de qué responder, se trasladó al Palatinado; Engels, por su parte, consideró prudente ponerse también a buen seguro. Su padre había recibido un rudo golpe al conocer la actuación revolucionaria de Federico en aquellos días de turbulenta agitación. Y, aunque Engels

no había necesitado estampar su firma en los artículos escritos para el periódico rebelde de Colonia, su nombre estaba en todos los labios, lo mismo en el Wuppertal que en la Renania. No obstante, aprovechó la circunstancia de que sus padres habían ido a pasar unos días a Engelskirchen, donde se levantaba la fábrica paterna, para ocultarse por corto tiempo en Barmen. Fue por entonces cuando debió de quemar gran parte de su correspondencia privada, que venía archivando con meticulosidad de comerciante, entre ella las primeras cartas de Marx, pérdida realmente irreparable para los biógrafos del futuro.

Parece que llegó a ver a su padre y que el encuentro dejó una huella muy penosa para ambas partes; en vano procuró la madre, tratando de apaciguar ánimos, de interponer una vez más sus métodos suasorios entre los dos hombres y de influir amorosamente para que Federico se apartase del camino que amenazaba separarle definitivamente de una familia tan unida como la suya.

Engels partió de Colonia en unión de Dronke. En Bruselas, donde tenía que cobrar un giro enviado de su casa, los dos amigos, siguiendo la práctica liberal del país, creyeron innecesario ocultar sus verdaderos nombres. Pero la policía belga, que no se había olvidado de su anterior estancia en aquella ciudad, los depositó por primera providencia en la cárcel de Petits Carmes, desde donde, en coche celular, fueron trasladados a la estación y remitidos en conducción ordinaria a la frontera francesa.

El 12 de octubre, día en que reapareció en Colonia la *Nueva gaceta renana*, Engels se encontraba en París. ¡Cuánto había cambiado aquella ciudad a la que tanto amaba, desde los días, no tan lejanos, de la pasada primavera, en que la había abandonado, lleno de esperanzas! "Entre el París de entonces y el de hoy", escribía en un diario de viaje destinado, evidentemente, a ser publicado en el folletón de la *Nueva gaceta renana*, "se interponían el 15 de mayo y el 25 de junio, se alzaba el más espantoso combate que había presenciado el mundo, se abría un mar de sangre, yacían quince mil cadáveres. Las granadas de Cavaignac habían acabado con la insuperable alegría parisina; habían enmudecido la *Marsellesa* y el *Chant du Départ* y sólo los burgueses musitaban entre dientes su *Mourir pour la Patrie*, mientras los obreros, hambrientos y sin armas, rechinaban los dientes en contenida cólera. Después de pasar por la escuela del estado de sitio, la retozona república se había convertido en seguida en una republiquita honesta, mansa, de buenos modales, moderada. Pero París estaba muerto, ya no era París".

No sabemos con quiénes se entrevistaría Engels en la capital francesa durante aquellos días. El 14 de octubre publicaba la *Nueva gaceta renana* una crítica suya del folleto recién editado por Thiers sobre la propiedad, en la que se proponía demostrar que la movilización de la propiedad territorial preconizada por el autor se hallaba ya muy extendida en la economía inglesa, tan ensalzada por él.

Podría uno pensar que Engels habría podido esperar en París a que se esclareciera su situación y, entre tanto, informar desde allí al periódico sobre el curso de las luchas que precedieron a la elección de Luis Napoleón para la pre-

sidencia de la República. Pero no se acomodaba a aquel "París muerto" que se disponía a la resurrección del bonapartismo. Sentía el deseo de alejarse de allí, a donde fuera. Y se decidió por Suiza. "Como no disponía de mucho dinero", dice, "había que hacer el viaje a pie. Por el primer camino que se ofreciera, no importaba cuál, pues no es fácil separarse de Francia".

Mientras la contrarrevolución se preparaba para descargar el golpe final en Berlín, mientras Hungría se desembarazaba de los Habsburgo y en Viena volvían a alzarse las llamas de la revolución, Engels se veía constreñido por las circunstancias a emprender, a través de las más hermosas tierras de Francia, una excursión que le colmaba de deleite, salud y alegría. Por la pintura tan amorosamente cuidada que en su diario de viaje nos hace del paisaje y de la gente podemos darnos clara cuenta de cuán grato le resultaba, tras las turbulencias de los últimos meses, bañar el alma y el espíritu en unas comarcas cuya belleza y cuya riqueza capta con todos sus sentidos despiertos.

Al encontrarse con un tropel de trabajadores procedentes de los disueltos Talleres nacionales y empleados en construir un dique contra las inundaciones, le entraron ganas de trocar durante unos cuantos días la pluma por la pala. Pero no tenía papeles y podía salir mal librado de la aventura. Le asombraba ver cómo a aquellos hombres les habían bastado dos meses de alejamiento de París, de fatigoso trabajo y buena soldada para desinteresarse de la política. Y aunque le encantara la bondadosa, hospitalaria y alegre acogida que en todas partes le dispensaban los campesinos de las comarcas enclavadas entre el Sena y el Loira por las que cruzaba, le disgustaba, en cambio, hasta qué punto se hallaba desarrollado en ellos el sentido de la propiedad sobre el terruño que sus padres habían logrado rescatar de entre las uñas de la nobleza y de la Iglesia. El campesino en cuanto tal —escribía—, lo mismo en Francia que en Alemania, es "el bárbaro en medio de la civilización" y su horizonte espiritual se encierra dentro de los más angostos límites de la sociedad moderna. Los grandes movimientos de la historia pasan de largo por delante de él y sólo de vez en cuando se ve arrastrado por ellos, pero sin que él tenga ni la más leve noción acerca de la naturaleza de la fuerza motriz que los impulsa, de cómo han nacido ni a dónde conducen.

Engels estaba profundamente convencido de que el futuro de la república y de la revolución en Francia, más aún, en Europa, dependía de aquellos campesinos franceses que tenía delante y trataba de ahondar, a través de su diario contacto con ellos, en los móviles que habían trazado los caminos de esta clase durante los meses que siguieron a la caída de Luis Felipe, el rey burgués. A su juicio, la república no había tenido para ellos otro sentido que una rebaja de los impuestos y, si acaso, aquí o allá, una guerra de conquista y el Rin como frontera. Pero, en cuanto estalló la guerra entre el proletariado y la burguesía y la crisis del comercio y la industria repercutió sobre la agricultura, haciendo que bajaran los precios de sus productos y éstos resultaran invendibles y, sobre todo, cuando la batalla de junio sembró el espanto y el terror hasta en los más remotos confines del país, los campesinos se sintieron acometidos de una furia

fanática contra el París revolucionario y, sobre todo, contra los obreros parisinos, que, según la burguesía les repetía, día tras día, estaban dispuestos a repararlo todo.

Engels escuchaba por doquier que los campesinos eran los únicos que podían salvar a Francia. ¿Acaso no salían del campo todos los productos, no vivían todas las ciudades de su trigo y no se vestían gracias a su lino y a su lana? ¿Y también si no los campesinos podía restablecer un orden de cosas conveniente? El atento excursionista se paraba a meditar y se daba cuenta enseñada de que, al hablar así, estaban refiriéndose a su decisión de elegir presidente de la república a Luis Bonaparte. El entusiasmo por aquel "hombre pequeño, vanidoso, necio y confuso" rivalizaba en todos los campesinos con el odio que sentían contra la capital. Por eso no le causó ninguna sorpresa el enterarse de que en diciembre había sido favorecido por las elecciones el sobrino de Napoleón el grande. Aquella excursión por tierras de Francia le enseñó que fueron los campesinos quienes se opusieron a la victoria del proletariado francés y de que el choque violento entre las dos clases sería inevitable, a la larga, aunque se cancelaran todas las deudas hipotecarias. Después de pasar dos semanas en contacto con ellos, sin ver otra cosa, Engels sacó una impresión deprimente de su "recalcitrante estupidez" y de su "absoluta ignorancia de todo lo que se saliera de los linderos de la aldea en que vivían".

Del valle del Loira siguió el camino hacia la Borgoña, donde se regaló "con las uvas más dulces y las muchachas más bonitas", y en Auxerre contribuyó a festejar la República roja de la vendimia borgoñona, cuyos "vampiros" eran honrados republicanos. Como buen degustador de todo lo relacionado con el vino y las mujeres, Engels despliega ante nosotros toda su alegría de vivir en esta especie de *intermezzo* lírico. Entona un verdadero himno al vino francés "desde el Burdeos hasta el Borgoña, desde el Borgoña hasta el denso St. Georges, el Lunel y el Frontignan del Sur, terminando por el espumante Champagne". Ensalza las variedades del blanco y el rojo, desde el Petit Maçon y el Chablis hasta el Chambertin, el Château Larose y el Sauternes, el Rusillonés y el Aï Mousseux. Y, después de haber degustado a conciencia todos los tipos, descubre que "cada uno de estos vinos produce una embriaguez distinta y que, con unas cuantas botellas, se puede pasar desde la 'cuadrilla' de Musard hasta la 'Marsellesa', desde el frenético cáncan hasta el fuego de la fiebre revolucionaria y volver a transportarse, por último, con una botella de Champagne al más alegre y caprichoso carnaval mundano". ¿Y qué decir de las mujeres? Que sus compatriotas no se lo tomen a mal, pero la verdad es que a él no le gustan aquellos "cuerpos vacíos y robustos de que huyen los franceses" y que, exagerando la nota negativa, llama "el orgullo de la raza germánica". No encuentra gusto en el "vestido a cuadros verdes y rojos ceñido a un vigoroso talle" y confiesa su preferencia por las esbeltas borgoñonas de Saint Brie y Vermanton, con las que ahora se tiende en el césped, chupando uvas, bebiendo vino, riendo y charlando.

Y todo aquello sucedía precisamente por los días en que Windischgrätz

tomaba por asalto la Viena revolucionaria y Jellachich entraba triunfante, a la cabeza de sus croatas, en la devastada ciudad. ¿Acaso se impone la pregunta de si podríamos concebir al hombre con el que en todo momento se le compara, Carlos Marx, viviendo tan agradables horas, tumbado al sol otoñal como el tunante de Eichendorff, en un paisaje bellissimo, en el momento mismo en que el férreo destino estaba decidiendo para un próximo porvenir la causa a que había consagrado su vida?

El mismo Marx, a quien estas expansiones no le cuadraban, hubo de censurar cariñosamente, no pocas veces, a su amigo, dotado de notable capacidad para entregarse con tanta vida y alegría al momento fugaz, el que no concentrara más sus ricas dotes para trabajar en pro de la humanidad. Hay que decir, en honor a la justicia, que Engels se enroló con la misma lealtad y la misma abnegación que Marx bajo la bandera que abrazó con tanta pasión desde sus años mozos y que un hombre como él, en el que había mucho de soldado, no vacilaría, poco después, cuando la ocasión se presentó, en empeñar su vida en la revolución. Lo que ocurre es que su profunda modestia, llevada incluso a veces hasta la exageración, no le permitía creer que de su cooperación personal dependiera precisamente el provocar o evitar acontecimientos importantes.

Engels, dotado de nervios muy bien templados, como pocos, y de un increíble dinamismo, era capaz, en ocasiones, de contemplar impasible las cosas y tal vez se debiera a un residuo de la fe religiosa de su infancia el hecho de que jamás le asaltara la idea de que su intervención personal podía ser decisiva o indispensable. Una vez que se veía metido de lleno en un movimiento o envuelto en una empresa, nadie era capaz de mostrar tanto ardor y tanto entusiasmo como él; no se sentía, sin embargo, espoleado por ese demonio que tiene a ciertos hombres siempre en ascuas y que privaba a su admirado amigo del talento que él tenía para perderse en el abigarrado torbellino del mundo. Sobre Marx mandaba tiránicamente el genio; Engels, en cambio, obedecía al poder, menos tiránico, de su rica naturaleza humana.

Terminaba el mes de octubre cuando el caminante llegó a Ginebra, desde donde enseguida pasó a Lausana y de allí, cuando Marx, por medio de Dronke, le aconsejó que lo hiciera y le envió los medios necesarios para ello, se trasladó a Berna. La carta de Marx da a entender que, entre tanto, alguien había tratado de sembrar la discordia entre los dos amigos. De otro modo, una persona como él, tan parca en expansiones sentimentales, no habría necesitado escribir estas palabras: "Como puedes suponer, el que yo pueda dejarte a ti en la estacada ni por un momento, es pura fantasía. Para mí seguirás siendo el íntimo amigo de siempre, como yo el tuyo".

Los intentos encaminados a sembrar la desavenencia provenían de dos conductos diferentes. Alguien de la familia de Engels creyó que podía volver a congraciarse al rebelde con los suyos si llevaba a su ánimo la convicción de que Marx, a quien los de Barmen y Engelskirchen tenían por su seductor, se había apartado de él. De otra parte, ciertos miembros de la Liga de los comunistas, encabezados por Ewerbeck y Hess, a quienes Engels no había tratado precisa-

mente con guante blanco, urdieron una intriga para malquistarlo con Marx. Ewerbeck llegó, incluso, a prevenir contra Engels a los miembros de la Liga en Londres, Berlín y Suiza. El cuñado de Engels, que era un burgués de origen noble, confesaba en su carta que, antes de la revolución, le repelía "la presencia de quienes entonces eran adoradores del rey", pero que, ahora, todo esto le parecían malos sueños, que el estado de ánimo de la burguesía de su región había cambiado de raíz y que el proletariado, saliendo de su embriaguez, padecía "resaca". Al parecer, sin conocimiento de su padre, quien, sin embargo, había averiguado por Dronke sus señas en París, el cuñado de Engels quería asustarle con la amenaza de que, si seguía llevando su vida de exiliado, tendría que renunciar a la ayuda financiera de su familia. "¿Qué es lo que te propones hacer?", le preguntaba su pariente, "¿seguir dedicado a escribir, como hasta ahora, o qué? Lo que sí puedo asegurarte es que si no dejas pronto esa detestable situación en que andas metido, en unos cuantos años más acabarás totalmente hipocondríaco".

Después de haber descansado un poco en Suiza de sus "fatigas y aventuras", a Engels se le hizo tan insoportable aquello de estarse mano sobre mano en el extranjero, "donde realmente no se puede hacer nada y está uno al margen de todo el movimiento", que antes de seguir en la libre Suiza prefería, según sus palabras, volver a Colonia y someterse por su voluntad al arresto preventivo. Pidió a Marx que le informase exactamente de cómo se hallaba su asunto; estaba dispuesto, le decía, a someterse a diez mil jurados, aunque "no quiero ir a la cárcel preventiva, donde no le dejan a uno fumar".

En solicitud para que se le otorgara permiso de residencia, dirigida desde Berna, el 15 de noviembre, a la dirección de policía de este cantón suizo, se alegaba como principal causa de su destierro voluntario el deseo de sustraerse a una "condena de cárcel por largos años". Deseaba —hacía constar— dedicarse en la capital de la Confederación suiza a estudiar los resultados prácticos de una Constitución de la que Alemania tenía algo que aprender, cuando llegara el momento de que el pueblo alemán estuviera en condiciones de darse un régimen constitucional semejante al suizo en alguno que otro respecto.

En Berna, procuró pasar el tiempo lo mejor que pudo, pero sin sentirse muy complacido en aquella "dulce Arcadia", donde no había ninguna clase de política exterior ni conflictos sociales y reinaba una vida tranquila y apacible de "gentes satisfechas con su recatada existencia al margen de la historia". Suspiraba por volver a tener ocupaciones y alternativas que le brindasen mayor satisfacción que el trasladarse al cercano Neuenburg, para pasearse allí, a salvo de toda molestia, en un territorio que legalmente seguía siendo prusiano. Marx le aconsejó que, para distraerse, se pusiera a escribir "contra la República federativa" y sobre "la cuestión húngara". Asistió a algunas sesiones del Consejo nacional de la Confederación, tal vez para volver a documentarse acerca de las realidades suizas y obtener puntos de vista que pudiera aprovechar. Y creyó poder recomendar a los Estados confederados que no se sintieran muy seguros de que aquel modelo estaba a salvo de revoluciones y luchas de clases.

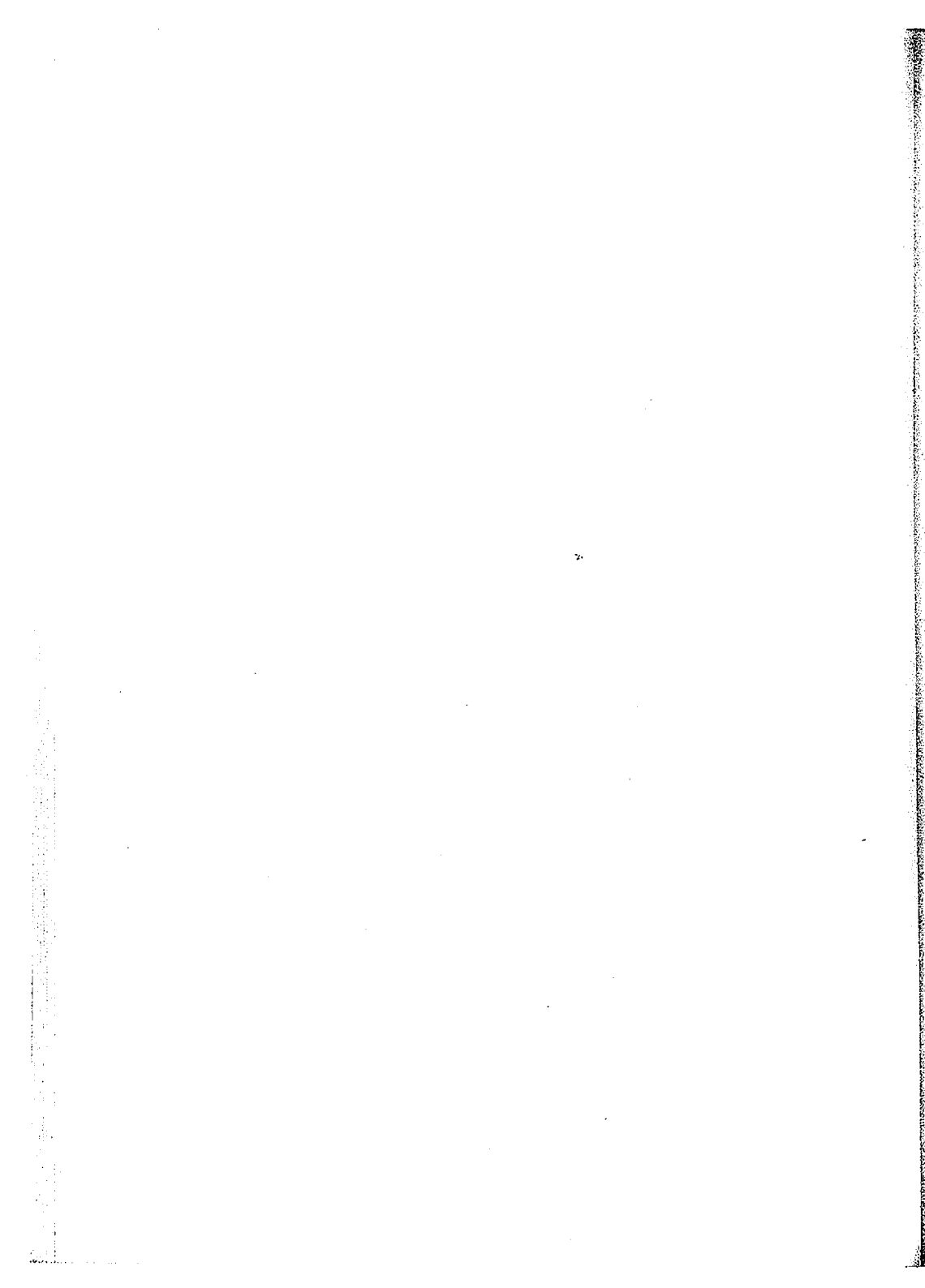
cuando descubrió que la reaccionaria república se iría a pique si en lo sucesivo los hijos menores de los campesinos, en vez de seguir prestando servicios en Roma y en Nápoles como mercenarios, pasaban a engrosar de fronteras adentro el ejército del pauperismo.

En diciembre de 1848 intervino Engels en Berna, como delegado de la Asociación obrera de Lausana, en una asamblea de las Asociaciones obreras de Suiza. Estando en Berna, escribió también el artículo sobre Hungría que Marx le había encargado. Al aparecer el artículo en la *Nueva gaceta renana*, el 13 de enero de 1849, ya Engels se encontraba de vuelta en Colonia y había reanudado plenamente sus actividades en la redacción del periódico. Aunque se había dictado orden de prisión contra él, el 26 de enero el juez de instrucción le aseguró que "no había nada en contra suya". No se cree, sin embargo, que fue un exceso de prudencia lo que en septiembre del año anterior lo había movido a salir del país; lo que ocurre es que, entre tanto, las autoridades habían llegado a la conclusión de que el mandato de captura expedido contra él y sus compañeros obedecía a informes de policía exagerados.

Al reaparecer Engels, se encontró hasta convertirse en franca hostilidad la inquina de Gottschalk contra Marx y sus partidarios. Después de recobrar su libertad, en diciembre, el que un día fuera portavoz del proletariado de Colonia trató en vano de recobrar la posición dominante que había tenido en la Asociación obrera, cuyo presidente era ahora Marx, apoyado por Moll y Schapper. Este fracaso acabó de enfurecer a Gottschalk contra la *Nueva gaceta renana*. Se quejó a Herwegh del tono "populachero" del periódico y de los dos hombres descollantes que lo dirigían. Engels tenía a Gottschalk por un perfecto botarate. Por su parte, éste, en la carta abierta, llena de bilis, dirigida a Marx y publicada el 25 de febrero de 1849 en un periódico titulado *Libertad y trabajo*, achacaba a Engels modales y lenguaje de camorrista. En esta carta, Gottschalk condenaba furiosamente el frío evolucionismo de ambos amigos, quienes pedían que los obreros "se precipitaran de buen grado al purgatorio de una decrepita dominación capitalista" para ascender desde allí al "nebuloso cielo de una profesión de fe comunista". Acusaba, incluso, a los profetas de la *Nueva gaceta renana* de ser unos farsantes, cuando hablaban de la emancipación del proletariado. "La miseria de los trabajadores, el hambre de los pobres", decía, "sólo les interesa desde el punto de vista científico, doctrinal. Ellos están por encima de todas esas miserias. Son como soles de sabiduría que proyectan sus rayos luminosos sobre los partidos. En nada les conmueve lo que estremece los corazones de los hombres". Los obreros, explicaba Gottschalk, "no necesitan de historiadores que escriban lo que aún no han hecho". "El pueblo trabajador debe saber que hombres como éstos no son ni pueden ser amigos suyos ni amigos de la revolución".

Con acusaciones de esta naturaleza, mal podía dar en el blanco de Marx y de Engels el exdirigente obrero que ahora se exasperaba al encontrarse privado de su influencia. Cuando se veían atacados por argumentos de esta naturaleza, les resultaba difícil esclarecer sus puntos de vista ante obreros carentes de

una formación histórica y dialéctica. Su lucha contra Gottschalk fue solamente el prelude de la que más tarde, ya en el exilio, habrían de sostener contra Willich y Schapper. El *Manifiesto comunista* pedía que los impulsos emocionales se sometieran a los resultados del frío conocimiento, aunque a los temperamentos impulsivos les resultara difícil penetrar en ellos. Y los que tropezaban con mayores dificultades para marchar con este camino, para practicar el ascetismo de la ciencia que esta demanda postulaba eran precisamente los militares que en el transcurso de la revolución se incorporaron al círculo de Marx y Engels. Pero, para quien lograba hacerlo resultaba ya, ciertamente, difícil salirse de la firme y compacta estructura de la concepción por ellos profesada.



CAPÍTULO XII

EL DESENLACE DE LA REVOLUCIÓN ALEMANA

Esperanzas en Hungría y Francia. En el Elberfeld revolucionario.
La campaña por la Constitución alemana en el Palatinado y en
Baden

Siempre al borde de la bancarrota financiera, la *Nueva gaceta renana*, aun durante la ausencia de Engels, había seguido enseñando los cojillos, como ningún otro periódico alemán, a la reacción que se avecinaba. El día final del año encontró Marx palabras muy vigorosas para expresar las esperanzas y expectativas que ellos cifraban en 1849. A su juicio, el ametrallamiento de los obreros franceses en junio de 1848 había significado el triunfo del Este sobre el Oeste, de la barbarie sobre la civilización. El zar, por el momento, acusaba su presencia en toda Europa. Pero la tierra volvería a ser libre bajo la consigna del derrocamiento de la burguesía en Francia, de la victoria de la clase obrera francesa, de la emancipación de la clase obrera en general.

Había arraigado en Marx, cuyo pensamiento coincidía íntegramente con el de Engels, la firme convicción de que la transformación de las "condiciones económicas" en el continente europeo seguiría siendo una tempestad en un vaso de agua mientras la revolución no sacudiera también a Inglaterra, la roca contrarrevolucionaria en medio del mar. Pero, para poder derrocar a los tiranos del comercio mundial, que convertía a naciones enteras en proletarios suyos, era necesario el estallido de una guerra mundial. Solamente ésta podría crear una situación que hiciese posible un levantamiento victorioso contra los gigantes opresores.

Engels, quien acababa de retornar a Alemania, podía suscribir plenamente estas "perspectivas para el año 1849", aunque, después de lo que acababa de ver en Francia, cifrara sus esperanzas para el futuro inmediato no tanto en el Oeste como en la repercusión del inflamado levantamiento de Hungría sobre los territorios alemanes que acababan de ser sustraídos a la revolución. Pese a todos los retrocesos de los últimos meses, confiaba en que, con la expulsión del Papa en noviembre de 1848, con "la nueva rebelión, la rebelión total", que su amigo Freiligrath anunciaba en su canto de año nuevo, comenzaría el acto final y decisivo de la revolución europea. Desde Hungría resonaba ahora la clamorosa señal: "Por vez primera desde 1793 se atreve, una nación cercada por

la supremacía contrarrevolucionaria, a oponer a la cobarde furia de la contrarrevolución la pasión revolucionante, enfrentar al terror blanco el terror rojo. Por vez primera desde hace mucho tiempo, vemos ante nosotros a una figura realmente revolucionaria, a un hombre que se atreve a recoger, en nombre de su pueblo, el guante de una lucha a vida o muerte, que representa, dentro de su nación, a Danton y Carnot unidos en una sola persona”.

Más tarde, veremos a Engels emitir juicios condenatorios sobre Kossuth. Pero, en estos momentos, su corazón, vehemente y juvenil, ensalza al organizador revolucionario, e incluso cuando ya Windischgrätz había entrado triunfador en Budapest, plenamente confiado en que la revolución europea había encontrado allí su verdadero fondo, dirige la mirada del lector de la *Nueva gaceta renana* hacia las ciudades de Debrecen y Oradea, hacia el cuartel general de Bem, de Görgey y de Klapka. Ningún otro periódico alemán siguió entonces de un modo tan concienzudo los dramáticos acontecimientos que tenían por escenario a Hungría.

La necesidad de seguir paso a paso las campañas tan variables de esta guerra revolucionaria para informar acerca de ella día tras día, despertó en Engels su vivo interés por los problemas propios de un oficial de Estado Mayor, para lo que tenía un gran talento, y que ya no le abandonaría a lo largo de toda la vida. Este interés, nutrido por incesantes lecturas e investigaciones, le valió el sobrenombre de “General” con el que más tarde le conocerían en Londres sus íntimos y le ganó el reconocimiento incluso de publicaciones militares alemanas de altas pretensiones.

Cuando, en enero de 1848, esperaba que la penetración en el país de las máquinas y el ferrocarril significara el comienzo del fin de Austria, Engels acariciaba el deseo de que fuesen los alemanes quienes derrocasen a la dinastía de los Habsburgo, ayudando con ello a eliminar los obstáculos que cerraban el camino de los eslavos y los italianos hacia la libertad. Como tantas otras veces, exageraba el ritmo con que una revolución económica, una vez iniciada, podía traducirse en una revolución política. En cambio, no valorizaba debidamente, en sus cálculos, la vitalidad de las diferentes nacionalidades que formaban el “caos organizado” de la monarquía del Danubio.

En la liberación del Véneto y la Lombardía por las armas de los austríacos alemanes revolucionarios ya no podía seguir confiando Engels desde que los “morteros eslavos” empezaron a vomitar granadas incendiarias contra la catedral de San Esteban y, sobre todo, a partir del momento en que el “triumfante croata” puso a los pies del emperador de Olmütz, como botín, la Viena sojuzgada. Después de haber restituido a los alemanes a la servidumbre, ¿podían los eslavos de Austria esperar de ellos la libertad? Si, en horas tan decisivas, había naciones tan retrógradas como para atacar por la espalda a los pueblos más avanzados que luchaban por la libertad, esas naciones quedaban condenadas, a los ojos de Engels, para el presente y para el futuro.

En sus consideraciones sobre la filosofía de la historia, Hegel había dejado a un lado a los pueblos eslavos, alegando como razón de este menosprecio

que "su influencia sobre la marcha gradual de los progresos del espíritu no era suficientemente activa e importante". Aquellos pueblos, según él, habían llegado "al sentimiento fundamental del yo subjetivo" tan lentamente y con tantas dificultades, que "no podían participar en el orto de la libertad". El mismo Engels calificaba de modo constante a "búlgaros, servios y albaneses" de "añicos de restos bárbaros".

Pero, tal vez Engels fuera todavía más allá que su gran maestro al negar ahora todo futuro a la mayoría de los pequeños pueblos eslavos. En diciembre de 1848, Bakunin dirigió a los pueblos eslavos un llamamiento, que habría de hacer realidad la fraternidad general de los pueblos, en el que lanzaba la consigna de la revolución popular, democrática y social, sobre los escombros de los imperios de los Habsburgo y los Romanov. Engels declaró que, a la vista de todo lo sucedido, era absurdo manifestarse así "sin tener en cuenta la situación histórica y el grado de desarrollo social de los distintos pueblos". Y, en flagrante contradicción con Bakunin, proclamaba la alianza de los pueblos revolucionarios contra los pueblos contrarrevolucionarios. Y rechazaba la fraternidad con naciones contra las que sólo abrigaba sentimientos de venganza.

Con respecto a los eslavos de Austria en particular, trazaba una tajante línea divisoria entre los polacos revolucionarios, "para quienes la libertad era más importante que el esclavismo", y todas las otras nacionalidades. Incluso a los checos no les reconocía otra función histórica que la de perecer "en la tormenta revolucionaria mundial". En junio de 1848, después del bombardeo de Praga había anunciado el inminente derrumbamiento de esta nación como una "desventurada fatalidad", de la que sólo podían culpar a los cuatro siglos de su opresión por los alemanes, que los habían arrojado en brazos del despotismo. Ahora, en cambio, no se avenía a reconocer que los alemanes o los magiars hubieran cometido un "desafuero multiseccular" contra los checos ni contra ningún otro pueblo eslavo del imperio danubiano. Tres años más tarde, al escribir sus artículos sobre "Revolución y contrarrevolución en Alemania", retiró ya aquella absurda aseveración a que se dejó arrastrar, ciego de furia, al afirmar que la nación checa había carecido siempre de historia.

La historia se ha encargado de echar también por tierra otra teoría sostenida entonces por Engels, en relación con estos problemas. Según manifestaciones suyas de aquel período, carecían de fuerza vital y jamás podrían llegar a la independencia los pueblos que, en el momento de elevarse a la primera etapa de la civilización, se sometieron a un dominador o fueron obligados a entrar en aquella fase de desarrollo por el yugo extranjero. Nadie habría de demostrar con argumentos tan agudos y tan fecundos como sus propios discípulos austríacos, andando el tiempo, que tan temeraria hipótesis contradecía a la concepción de la historia que él mismo había contribuido a crear. Resulta verdaderamente peregrino ver con cuánta parcialidad entra Engels a discriminar a unas nacionalidades austríacas de otras, reconociendo vitalidad a éstas y negándosela a aquéllas. No parece encontrar palabras bastantes de arrogancia y desprecio para condenar a aquella "hez de los pueblos", aquellas "ruinas de nacio-

nes" que "tan deplorable papel han desempeñado en la historia", y para burlarse de los ideólogos que reputan "la conservación de una absurda nacionalidad en medio de un territorio extranjero" más importante que las grandes leyes económicas y sociales de la vida histórica.

En junio de 1848, todavía no era posible saber cómo las distintas nacionalidades austríacas se comportarían, en definitiva, ante la única alternativa que servía de pauta para su juicio, y no sólo en el pasado, sino también en el futuro. Hasta entonces —según Engels— se habían dividido claramente en dos campos: "Unos, los alemanes, polacos y magiars, al lado de la revolución; los demás, los eslavos en su conjunto, exceptuando los polacos, los rumanos y los sajones de la Transilvania, en el campo de la contrarrevolución".

Preocupado por explicar históricamente esta división por nacionalidades, que, según su veredicto, representa para ellas la muerte o la vida, reserva toda la iniciativa histórica, incluso en el pasado, "desde hace mil años", para los alemanes, quienes bajo los embates de la revolución habían comenzado a expiar los viejos pecados, y los magiars, en quienes deposita ahora su gran esperanza revolucionaria. Sólo ellos habían salvado a todo el desarrollo europeo de sucumbir ante la avalancha de los turcos, y el servicio que con ello habían prestado incluso a las "nacionalidades derruidas ahora impotentes" de los eslavos de Austria "no lo pagarían éstos lo bastante caro ni siquiera trocando su nacionalidad por la alemana o la magiar".

Engels dista mucho, esa es la verdad, de reconocer como un principio incondicional el derecho de autodeterminación de las naciones, norma suprema e intangible de la democracia burguesa. Pesaban mucho en la balanza, según él, para que pudiera hacerlo, los problemas económicos "vitales" de los pueblos. Cuando estaban sobre el tapete "la existencia y el libre desarrollo de todos los recursos de las grandes naciones", parecía absurdo guardar miramientos, por mero sentimentalismo, a "las mezquinas limitaciones nacionales". Y aunque el odio al paneslavismo acicateara su temperamento, siempre dispuesto al combate, no cabe duda de que lo primario y lo determinante, para él, al formular de un modo tan tajante estos antagonismos, eran las ideas expresadas en el *Manifiesto comunista*, para las que toda concesión a las veleidades nacionalistas estaba vedada allí donde el interés revolucionario del proletariado industrial de los países de la cultura europea señalaba otros caminos.

De todas las objeciones que entonces oponía al que más tarde sería su enemigo mortal, Bakunin, ninguna le parecía, probablemente, más contundente que la de que, fuera de los polacos, los rusos y, "a lo sumo", los eslavos de los Balcanes, los demás eslavos carecían de las condiciones históricas, geográficas, políticas e industriales primarias de la independencia y la fuerza vital y de que su propio interés bien entendido les aconsejaba, incluso, no interponerse en el camino de la centralización, impuesto por toda la marcha económica técnica de los tiempos. La proclamación del paneslavismo había partido de Praga y de Zagreb y perseguía como finalidad la alianza de todas las pequeñas naciones y

nacioncitas eslavas de Austria y de Turquía para luchar contra los alemanes austríacos, los magiares y los turcos.

Los turcos eran, para Engels, "una nación completamente venida a menos", que no tenía ante sí porvenir alguno, y sólo de mala gana se los imaginaba haciendo frente común con los alemanes y los magiares. Pero la tendencia antialemana y antimagiar del paneslavismo le bastaba para denunciar su carácter contrarrevolucionario. En vista de que aquellos pueblos eslavos, a cuya cohesión política aspiraban los paneslavistas, se hallaban a niveles culturales distintos y obedecían a intereses contrapuestos, no acertaba a concebir bajo la unidad de los eslavos más que una de dos cosas: "o una pura ensoñación o el *knut* de los rusos".

Pensaba de un modo muy consecuente al rebelarse contra la idea de que, para malcoser una nación fuerte e independiente con los "harapos desgarrados" del sudeslavismo austríaco, se quisiera cortar la arteria vital de Alemania y Hungría, privándolas de la salida al mar Adriático. Reinvicaba a Trieste y Fiume para la gran Alemania, lo mismo que, llevado de su paroxismo revolucionario, reclamaba, por aquellos días, para la futura república polaca la costa del Báltico, desde Danzig hasta Riga. No quería reconocer como determinantes las categorías morales, "que no prueban nada, ni en historia ni en política", sino solamente los "hechos de la historia universal". Precisamente por aquel entonces acababan los Estados Unidos de arrebatarse a los mexicanos las minas de oro del norte de California, recién descubiertas. Y aunque reconocía que ello atentaba contra la "justicia", Engels aprobaba dicha anexión, alegando que los "enérgicos yanquis" sabrían desarrollar las latentes fuerzas productivas mejor que los "indolentes mexicanos" y que ello serviría para abrir el Océano Pacífico a la civilización.

En la crisis de 1840, habían podido apreciarse en Engels ciertos rasgos evanescentes indicadores de que, en sus años de adolescencia, habían rondado en torno suyo algunos sentimientos pangermanistas, procedentes tal vez de los medios de las asociaciones estudiantiles en que militara. Ahora, creía a la democracia alemana curada para siempre de semejantes "fantasías". Y si Engels consideraba el pangermanismo como algo "pueril y reaccionario", ¿podía emitir un juicio más favorable acerca del paneslavismo? ¿Acaso el congreso paneslavo de Praga era otra cosa que una reedición de la Fiesta de Wartburg? ¿Y qué era el llamamiento de Bakunin sino una traducción a prosa eslava de un himno pangermanista?

Engels fue siempre enemigo irreconciliable de quienes se empeñan "en borrar de la realidad histórica lo que una historia de mil años ha creado"; una historia que había impuesto a Europa, como de tanto tiempo atrás venía afirmando él, esta alternativa: o dejarse sojuzgar por los eslavos o acabar con Rusia. En el año de la revolución, consideraba rematadamente reaccionario querer invertir la manecilla del "movimiento europeo", que no marca de Oeste a Este, sino por el contrario, de Este a Oeste, simplemente para que todos los eslavos, "sin atender a las leyes más materiales" de la historia, pudieran unirse

en Estados nacionales independientes. Engels daba a entender a los eslavos del imperio de los Habsburgo que un desmoronamiento de la monarquía como secuela de la revolución alemana y húngara triunfante, no les beneficiaría en nada. Pues los alemanes y los magiares jamás les perdonarían el que, en la hora en que la suerte de la revolución austríaca dependía de la posición que adoptaran los checos y los sudoslavos, éstos, dejándose llevar de sus mezquinas miras nacionales, traicionaran la revolución, entregándola a Petersburgo y Oimütz. Les harían sentir a los eslavos contrarrevolucionarios el terrorismo de las naciones revolucionarias. No tolerarían que en propio corazón de Alemania se levantara un reino checo contrarrevolucionario, cuya misión no podía ser otra que abrir brecha en el poder de la revolución alemana, polaca y magiar mediante puestos avanzados de los rusos emplazados junto al Elba, los Cárpatos y el Danubio. Claro está que si ahora era derrotada la revolución en Hungría, la monarquía se vería inundada momentáneamente por la contrarrevolución eslava con toda su barbarie. Pero, a la señal de la primera sublevación victoriosa del proletariado francés, los alemanes de Austria y los magiares se vengarían cumplidamente. Y la guerra mundial, que entonces estallaría, se encargaría de borrar de la faz de la tierra hasta el nombre de "todas esas testarudas nacioncillas", no sólo sus clases reaccionarias y sus dinastías, sino incluso todos sus pueblos reaccionarios.

Sin embargo, durante estos primeros meses de 1849, Engels no estaba tan obsesionado por la cuestión oriental como para jugar exclusivamente a la carta de Hungría sus esperanzas en la nueva llamarada de la revolución, que, según él, sólo podría triunfar en un asalto mundial. Seguía atentamente, para el periódico, el desarrollo de los acontecimientos en Italia, y tampoco allí escapaba a su mirada alerta nada que de algún modo pudiera influir en aquel giro de la situación que tan ansiosamente aguardaba.

En marzo de 1849, denunció Cerdeña el armisticio del 9 de agosto. Ello le hizo concebir la esperanza de que el Estado habsburgiano no poseía ya la fuerza necesaria para defender el frente italiano, además del húngaro. Pero, como desconfiaba de la casa de Saboya, conociendo la "cobardía inevitable de la monarquía", incapaz de recurrir a las medidas revolucionarias extremas, preparó a sus lectores para la noticia de que Radetzky volvía a tomar el vacilante gobierno de Milán; como había sucedido en agosto, la burguesía, como era de temer, paralizaba el levantamiento en masa de la población. Pero, esta vez, los franceses, "pasando por encima de los cuerpos de Barrot y de Napoleón", acudirían en ayuda de los italianos.

Cuando, el 23 de marzo, la fortuna guerrera volvió a favorecer a los austríacos cerca de Novara, la *Nueva gaceta renana* atribuyó a este suceso mayor importancia que a la "farsa imperial alemana", relegada al folletón. Engels confiaba en que esta "derrota de toda la revolución italiana" sería la señal que desencadenase otra revolución europea. Pero, cuando llegara, el pueblo de París comprendería que no podía tolerar la presencia de los austríacos en Turín y en Génova. El pueblo de París se levantaría y el ejército se uniría a él.

Engels llevaba varias semanas esperando que una nueva revolución francesa corriera en ayuda de la revolución húngara, amenazada por los rusos, arrastrando con ella a toda Europa. En abril de 1849, visitó Hoffman von Fallersleben la redacción del periódico y cuenta que oyó a Engels afirmar que los renanos eran franceses y no querían ser alemanes, pues el Código Napoleón era también suyo y el feudalismo no estaba hecho para ellos. Claro está que esta explosión sentimental, suponiendo que fuera cierta, no podría ser tomada muy en serio.

El primer aniversario de la revolución de febrero y marzo dio pie a la *Nueva gaceta renana* para precisar sus deseos y sus temores. A ella no podía sorprenderle el que Rusia se dispusiera a aplastar por las armas la revolución húngara y, si fuera necesario, también la alemana. Había previsto claramente este peligro y tratado de mover a la joven revolución alemana a salir al paso de él. Si Austria se sometía, ahora, voluntariamente a la férula del zar, si pagaba este precio tan alto, sólo se salvaría del desastre, a pesar de todo, por unos cuantos meses. Cuando las tropas rusas apostadas en la Valaquia, a fines de enero, cruzaron la frontera austríaca y ocuparon Hermannstadt y Kronstadt, Engels calificó este hecho como "la más infame violación del derecho internacional que haya visto la historia". "A un año de distancia de la revolución europea, vuelve a alzarse ante nosotros la Santa Alianza, preparada y completa, con todo su aparato de pelotones de fusilamiento y hermandad de bandidos y policías... y Europa entera lo contempla, sin mover un dedo".

Eso escribía el 21 de febrero. Y volvía a quejarse amargamente de que, tanto en Francia como en Alemania, la revolución, después de estallar, había procedido con demasiada benignidad, sin decidirse a impedir que la contrarrevolución, confabulada con la burguesía, volviera a poner el pie sobre la cerviz del pueblo. Pero, ahora, oía acercarse la otra oleada, la oleada más vigorosa de la revolución europea, su marea aka. "El año 1848", escribía en un artículo sobre el aniversario de las luchas en las barricadas berlinesas, que no llegó a publicarse, "fue el año de la decepción ante las reminiscencias, las ilusiones y la fraseología revolucionarias. El año 1849 es el año de la decepción ante la omnipotencia de la dictadura militar". En vez de postrarse de hinojos y con gesto implorante ante la mera frase de república o de regatear acerca de las miserables concesiones de marzo, la nueva revolución —eso esperaba él— no envainaría la espada antes de haberse vengado de todas las traiciones y todas las infamias de los nueve meses anteriores.

Y, realmente, parecía como si los acontecimientos quisieran, una vez más, autorizar a Engels a concebir esperanzas tan desbordantes. En los últimos meses había señalado, una y otra vez, dos zonas de alta presión llamadas a fundirse, si las esperanzas no resultaban fallidas, en la misma Alemania: estas dos zonas eran Hungría y Francia. Y Engels daba por sentado que esta fusión sería inevitable y la fuerza de la explosión general europea irresistible, si la revolución estallaba de nuevo, alimentada ahora por fuentes autóctonas, en las tierras centrales de Alemania.

No cabe duda de que la burguesía alemana, la grande y la pequeña, había depositado firmes esperanzas en la implantación de un régimen constitucional. Y como este régimen, ya a punto de llegar a buen puerto, se estrelló, al parecer, contra las grandes potencias de Alemania, las masas desengañadas —que, por lo demás, distaban mucho de entusiasmarse con el imperio de los Hohenzoller— se aferraron a la Constitución imperial que Austria, Prusia y Baviera rechazaban, como a la única bandera a la sombra de la cual podían unirse burgueses, campesinos y obreros de todas las regiones de Alemania para salvar, en la hora final, lo que podía salvarse del naufragio de la unidad alemana. La *Nueva gaceta renana*, que, con ostentativo desprecio, llamaba al parlamento de Francfort un “club de debates”, sólo tenía palabras de befa para una Constitución imperial bajo la que se uniera la “pequeña Alemania”, con Federico Guillermo IV a la cabeza, como emperador. Declaraba imposible “la implantación de la dominación de la burguesía bajo la forma de la monarquía constitucional”. Su táctica le aconsejaba, sin embargo, propiciar todo movimiento que ahondase la revolución, agudizara las contradicciones, radicalizara los sentimientos y agitase a las masas.

A mediados de abril de 1849, Marx, Schapper, Guillermo Wolff y el exteniente del ejército prusiano Anneke renunciaron a sus puestos en el Comité regional de las Asociaciones democráticas y, poco después, asumieron la dirección provisional de una liga creada para aglutinar las Asociaciones obreras de la Renania y Westfalia. La democracia obrera se desglosaba así, dando un paso llamado a tener grandes consecuencias, de la democracia burguesa, y, paralelamente con ello, desde las columnas de la *Nueva gaceta renana* se procuraba destacar con gran fuerza el contraste entre la bandera roja y la bandera tricolor. Sin embargo, estos antagonismos, que apuntaban al futuro, pasaban realmente a segundo plano, en los momentos en que la lucha común contra la reacción imponía imperativamente la unidad y el entendimiento de todas las fuerzas democráticas.

En la segunda quincena de abril y la primera semana de mayo, Marx tuvo que alejarse de Colonia, en gira destinada a allegar fondos para reponer un poco las finanzas del periódico. Durante su ausencia, corrió a cargo de Engels la redacción de los editoriales sobre la política alemana. Estos problemas parecían entrelazarse muy alentadoramente, para él, con los movimientos políticos que se producían al otro lado de las fronteras.

Con la disolución de la Segunda Cámara prusiana, Radowitz, “el alma de la contrarrevolución en Prusia”, había prestado —según las apreciaciones de Engels— un gran servicio a la revolución húngaro-polaco-alemana que estaba en marcha. Los planes encaminados a la restauración del viejo régimen eran cada vez más descarados y Engels no dudaba que la nueva revolución estallaría enseguida. A la vista de las victorias de los húngaros, de la desintegración del conglomerado austríaco y de la furia del pueblo prusiano “contra la traición de los Hohenzollern, los Manteufel y los Radowitz”, confiaba en que Francfort y el sur de Alemania, pronunciándose en pro de la Constitución alemana, podrían

ofrecer el punto de apoyo provisional para el nuevo alzamiento revolucionario, basado en Hungría. Ello requería, naturalmente, que, en el momento de adoptar una decisión irrevocable, el parlamento de Francfort no se asustara de lanzarse a la guerra civil y, en el caso extremo, se decidiera a proclamar la república, una e indivisible, frente a la restauración de la vieja Dieta confederal. Y aunque no reconocía una gran energía revolucionaria a los hombres de Francfort, Engels confiaba en que también ellos verían las cosas de otro modo cuando entraran en la liza los húsares húngaros, los lanceros polacos y el proletariado vienés.

El rumor de que tropas rusas se disponían a marchar sobre Bohemia, cruzando la provincia de Silesia, provocó en Engels, el 4 de mayo, una explosión de furia que haría palidecer a cuanto hasta entonces había escrito el periódico renano sobre los prusianos o los "rusos = alemanes". He aquí algunas de sus palabras, inflamadas de ira: "Solamente la violencia nos ha atado a Prusia y nos mantiene encadenados a ella. Jamás hemos sido prusianos. Y ahora, en que se nos conduce contra Hungría y el territorio prusiano es hollado por las hordas de los bandoleros rusos, sentimos la enorme afrenta que significa llamarse prusiano".

El alto mando del ejército de Prusia, pertrechado para todas las posibilidades imaginables y que podía invocar el peligro de un ataque francés, había tomado a tiempo las medidas más extensas para hacer frente por las armas a un posible levantamiento general de la provincia del Rin. Los focos de la agitación revolucionaria, Colonia y Cöblenza, eran plazas fuertes; en otras ciudades, como Aquisgrán y Dusseldorf, se reforzaron considerablemente las guarniciones. La Renania, ocupada aproximadamente por la tercera parte del ejército prusiano, cruzada en todas direcciones por vías férreas y con una flota entera de vapores al servicio de las tropas, sólo podía contar con posibilidades favorables para un levantamiento armado si las guarniciones de las fortalezas se pasaban al lado de los revolucionarios o se veían aterrorizadas y perdían la cabeza ante el empuje de los acontecimientos producidos al otro lado de las fronteras.

Exactamente lo mismo que habían hecho en septiembre de 1848, quienes llevaban el timón de la *Nueva gaceta renana* ponían en guardia a la gente contra cualquier "revuelta" desesperada. Hacían saber a los trabajadores de Colonia que no era misión suya iniciar la nueva revolución mediante una batalla decisiva. Viena, Bohemia, el sur de Alemania, Berlín estaban en ebullición, acechando el momento decisivo. Pero debían guardarse muy bien de sacar las castañas del fuego a la burguesía y lo que tenían que hacer era aguardar tranquilamente a la decisión que adoptaran los consejos municipales renanos, a quienes el de Colonia acababa de citar a una reunión extraordinaria. Pero la excitación, en la provincia, aumentaba de día en día, y las cosas llegaron al punto culminante cuando el gobierno prusiano llamó a filas al ejército territorial, lo que colocaba a numerosos ciudadanos ante un "conflicto de deberes" que no tenía en absoluto fácil solución.

El ejército territorial podía haber estado dispuesto a marchar contra un

enemigo extranjero, pero no era tan fácil que se prestara a ser utilizado para aplastar un movimiento en el que se esperaba que todos los alemanes lucharan por una Constitución de su país, que en el reino de Sajonia era ya una realidad. El 5 de mayo, los consejos municipales de la provincia del Rin, reunidos en Colonia, adoptaron una resolución bastante atrevida. En ella se decía que la movilización del ejército territorial, en aquellas circunstancias, ponía muy en peligro la paz interior del país y que "la existencia de Prusia, tal como actualmente se hallaba formada" se vería amenazada, caso de que no fuera revocada aquella orden.

Al mismo tiempo, la junta de los municipios, celebrada en Colonia, exhortaba al parlamento alemán a que hiciera sin pérdida de tiempo los mayores esfuerzos para dar a la resistencia del pueblo, en los diferentes Estados alemanes, pero sobre todo en la provincia del Rin, la fuerza y la unidad sin las cuales no sería posible cerrar el paso a la contrarrevolución organizada.

El hecho de que los consejos municipales de cerca de treinta ciudades renanas se expresaran en tales términos podía dar a las masas descontentas de la pequeña burguesía la sensación de que, llegado el caso, también "la flor y la nata del liberalismo renano de los días anteriores a marzo", es decir, la gran burguesía, estaría dispuesta a sacar las necesarias consecuencias revolucionarias de la situación, si ésta se agudizaba. Sin embargo, las verdaderas ideas de este sector se manifestaban más fielmente a través de su órgano permanente, que era *La gaceta de Colonia*. Es cierto que también este periódico, rival de la *Nueva gaceta renana*, dejándose llevar de su desesperación, hacía responsable de toda la sangre que pudiera derramarse a la "pérfida contrarrevolución", pero, al mismo tiempo, exhortaba a los ciudadanos a no salirse del terreno de la moderación y la legalidad. Ahora bien, ¿cómo podían atenerse a la legalidad los ciudadanos llamados a enrolarse bajo las banderas del ejército territorial, si no querían prestarse a que corriera la sangre alemana? ¿No tenía Engels razón al sostener que, al dar aquella orden de movilización, el gobierno se había adelantado a romper las hostilidades?

La movilización de las tropas territoriales condujo a la rebelión abierta en los centros de la región industrial de Berg y la Marca, en Iserlohn, Solingen, Hagen y Elberfeld. Realmente, los reyes de Prusia habían sido poco precavidos, al contar hasta hacía poco con la lealtad incondicional del devoto Wuppertal. Desde marzo de 1848, también allí había terminado la indiscutida hegemonía de la plutocracia, que, apoyándose en el pietismo, reverenciaba el principio de la legitimidad. El más sagaz e influyente de sus hombres de negocios, Augusto von der Heydt, se había percatado de la necesidad de poner oportunamente, por medio de prudentes concesiones, un dique a la riada, inevitable incluso en una comarca como aquélla de tan funesta tradición conservadora. El previsor industrial se había puesto allí a la cabeza del movimiento constitucionalista y había logrado que el Wuppertal enviase al parlamento, como sus representantes, a hombres de ideas moderadas. Federico Guillermo IV pudo hacer acto de presencia personal en aquella comarca, durante el verano.

Pero, a la postre, tampoco von der Heydt fue capaz de evitar que en el Wuppertal, como en todas partes, se agudizasen las contradicciones, que se pusieran en movimiento grandes contingentes de tintoreros, estampadores y tejedores y que ganase constantemente terreno la democracia, encabezada por un director de banco, Hecker, y el procurador de justicia Höchstler. Empujado de nuevo hacia la derecha, von der Heydt acabó convirtiéndose en el más importante instrumento de la contrarrevolución en el Bajo Rin y en Westfalia. En premio a sus servicios por haber fomentado el golpe de Estado, fue nombrado ministro de Comercio, y su alejamiento de Elberfeld favoreció allí la causa de la democracia. Creció la agitación, propiciada por la falta de trabajo, cada vez más extendida, y la movilización de las reservas territoriales fue la chispa que hizo estallar la explosión. Un profesor de dibujo de Elberfeld llamado Körner, uno de los principales encargados de tirar de los hilos del complot, que se extendía a toda la provincia, se entrevistó el 6 de mayo con Engels para ganar su adhesión y la de sus amigos, tratando de vencer sus reparos. No podemos tomar al pie de la letra lo que Körner dice de que Engels era el único a quien "había sido necesario apartar del punto de vista limitado de un doctrinario radical". Claro está que, lo mismo para él que para Marx, Guillermo Wolff y los demás, no podía ser fácil el adoptar como escudo y bandera de lucha simplemente la divisa constitucional.

El 9 de mayo empezaron a levantarse barricadas en Elberfeld, fue alzada la cárcel desde Barmen, donde se mantuvo la paz, para alegría del rey, y desde otros lugares afluyó gran cantidad de gentes levantiscas; el alcalde hizo gala de cobardía e incapacidad; vinieron tropas de Duseldorf, retiradas más tarde; las autoridades municipales se metieron en sus casas, y un Comité de seguridad, encabezado por los corifeos de la democracia, asumió el mando de la unidad, al paso que el presidente de la provincia, von Eichmann, comunicaba a Berlín que en Elberfeld se habían sublevado los pobres contra los ricos.

Como es natural, en las ciudades que no constituyen de antemano centros de fuerza militar o política, un levantamiento revolucionario, aunque resulte victorioso, sólo puede llegar a tener perspectivas, suponiendo que se afirme, se consolide y se extienda, siempre y cuando que se convierta, a su vez, en un centro de fuerza revolucionaria o se conecte con otro punto que lo sea. Y lo cierto es que, a la par con la noticia según la cual los centros de la zona industrial del Berg y de la Marca se hallaban en franca sublevación, en la *Nueva gaceta renana* se recibían informes de que en Dresde se mantenía el levantamiento, de que en Breslau se estaba luchando en las barricadas, de que el movimiento revolucionario se consolidaba en el Palatinado, de que una revuelta militar había puesto en fuga al Gran Duque de Baden y de que, además de todo lo anterior, los húngaros se disponían a cruzar la barrera montañosa del Leitha. Jamás, desde marzo de 1848, parecían tan favorables los auspicios para el triunfo de la revolución. En tales condiciones, y venciendo todos los reparos que el propio Engels no recataba, ¿no había llegado tal vez el momento de empujar también

a la insurrección a toda la provincia del Rin? Si ello se lograba, tal vez el movimiento resultara incontenible.

Profundamente impresionado por todas aquellas noticias y, sobre todo, probablemente por las que a cada paso le llegaban de su comarca nativa del Wuppertal, Engels, ya a punto de tirar la pluma para sumarse a los insurgentes de Elberfeld, esbozó a toda prisa y sometió a sus amigos un plan de campaña revolucionaria. Para sostener a las comarcas sublevadas, consideraba necesario lograr a toda prisa que la orilla izquierda del Rin no dejase en la estacada a la derecha. Había que hacer algo allí, en las pequeñas ciudades, en los centros fabriles y en el campo, por mantener en jaque a las guarniciones. Rehuendo cualquier choque en las plazas fuertes y en las ciudades dotadas de fuertes retones, donde otra cosa sería insensata, se podrían lanzar todas las fuerzas disponibles sobre las zonas sublevadas de la orilla derecha, intentando extender la insurrección desde ellas y tratando de organizar un ejército revolucionario en base a las tropas de la reserva territorial.

Este plan, bastante bien concebido, pecaba, como todos los que en aquella situación trazaban los audaces revolucionarios, de una falla, y es que el autor medía por su propia pasión revolucionaria la decisión y el espíritu de lucha y sacrificio de las grandes masas. Pero, en realidad, no era fácil encuadrar a toda prisa en una organización militar a los medrosos y melindrosos pequeño-burgueses y a los proletarios, muy distantes todavía del verdadero espíritu de solidaridad y que por primera vez se veían impulsados por las exigencias de una organización política. Y, como no existía un plan general de insurrección como el que Engels tenía en mente, la energía revolucionaria de los grupos carentes de cohesión, que se habían levantado espontáneamente, se evaporó antes de que la insurrección llegara a tener una dirección única. La sublevación de las tierras renanas nunca llegó a perder su carácter parcial y fue fácilmente dominada.

Engels jamás lo había dudado: la única posibilidad de que el levantamiento prosperara era que tanto republicanos como comunistas silenciaran hasta nueva orden sus propias reivindicaciones y se sumaran al gran partido constitucional que, bajo una dirección pequeño-burguesa, había empuñado la bandera de la revolución. Y si a él le resultaba difícil relegar a segundo plano sus verdaderas metas, aún se le hacía más duro, siendo quien era, aconsonantar su temperamento con el de una pequeño-burguesía incapaz de sobreponerse a su filisteísmo ni siquiera una vez lanzada a la lucha revolucionaria.

Para que los soldados rebeldes de la reserva territorial, cuyos efectivos, después de la aglomeración de los primeros días, no habían aumentado considerablemente, llegasen a formar el núcleo del ejército revolucionario del Rin, era necesario apoderarse de los cuarteles de esta tropa. Ello se consiguió en Prüm, a la orilla izquierda del Rin, bajo la dirección de dos hombres: un revolucionario de Krefeld llamado Imandt y Schily, un abogado de Tréveris; en cambio, el asalto de Anneke sobre el cuartel de Siegburg fue un fracaso. Engels no tomó personalmente parte, como rezaba la denuncia, en el asalto de

los obreros de Solingen al arsenal de Gräfrath, aunque no cabe duda de que tuvo conocimiento de ello. Fue él quien el 11 de mayo, al ponerse a disposición del Comité de seguridad de Elberfeld, le hizo entrega de dos cajas de municiones capturadas allí.

Engels había partido de Colonia muy optimista, animado por la esperanza de que la comarca del Wuppertal en que había nacido le resarciría ahora, con creces, de todo aquel atraso que tantas veces le había echado en cara. Pero, una vez sobre el terreno, se dio cuenta de que las cosas distaban mucho de ser lo que él se imaginara. No es que se hubiera dejado llevar de la tonta creencia de que, de la noche a la mañana, aquel proletariado "arrancado de las tinieblas del aguardiente y el pietismo" y que no tenía ni la menor idea de las condiciones de su emancipación, pudiera ser el dirigente del movimiento. Lo que le decepcionó fue la increíble indecisión que encontró allí y la profunda desconfianza que su persona suscitaba en aquellos pequeñoburgueses arrellanados en las poltronas del ayuntamiento que al huir de Duseldorf acababan de dejar libres los grandes industriales. El "partido de las gentes decididas", entre las que él se contaba, el único que tomaba en serio la defensa de la plaza, no pasaba de ser una exigua minoría, que, además, debía proceder con mucha cautela para no verse en apuros. Se le asignó a la Comisión militar del Comité de seguridad encargado de velar por la defensa de la ciudad y la inspección de las barricadas y de completar las obras de fortificación; lo primero que hizo, al frente de su nuevo cargo, fue tratar de organizar una compañía de zapadores. Al día siguiente, teniéndose en cuenta que había hecho el servicio militar como bombardero de la guardia, se le ampliaron atribuciones, encomendándosele que emplazara los cañones donde mejor le pareciera, con poderes para que requisara los trabajadores necesarios para ello. Siguiendo su consejo, se designó general en jefe de la plaza al exoficial prusiano de artillería Otto von Mirbach, que se había distinguido como ingeniero en la revolución polaca y en Grecia y había prestado buenos servicios en Egipto como organizador militar. Se puso bajo sus órdenes y asistía, como ayudante suyo, a las sesiones del consejo de guerra presididas por Mirbach.

Consultado por el Comité de seguridad, cuando se presentó a él, acerca de sus propósitos, Engels contestó que, como hijo de la comarca, había considerado cuestión de honor ocupar el puesto que le correspondiera en el primer levantamiento del pueblo del Ducado de Berg. Lo único que deseaba era ser útil a las tareas militares, sin intervenir para nada en las cuestiones políticas del movimiento; para él, era evidente —manifestó— que el levantamiento debía tener un carácter exclusivamente republicano y que, por tanto, debía evitarse toda actuación en contra del gobierno nacional.

Sin embargo, la noticia de que había llegado a Elberfeld, centro de la insurrección, el célebre hijo de un prestigioso fabricante de Barmen y de que a un redactor de la *Nueva gaceta renana* se la habían conferido importantes atribuciones suscitó entre muchos elementos de la población el temor de que "la chusma comunista" pudiera apoderarse de la dirección del movimiento. Como

diría más tarde el autor de un panfleto satírico, un legitimista del Wuppertal, "los hombres de la Constitución alemana habían devanado los hilos de la trama", pero "los diablos rojos andaban en el ajo y se encargaron de undirla a su gusto". Y el autor del escrito anónimo añadía que a las gentes ricas de la ciudad les habría ido muy mal si los republicanos tricolores metidos en el lío del Consejo de seguridad no hubieran cortado las alas al intruso.

Corrió el rumor de que Engels, por sorpresa y sin avisar a nadie, había quitado la bandera tricolor de una serie de barricadas para sustituirla por la bandera roja, utilizando en parte para ello las cortinas de ese color procedentes de la casa demolida de von Carnap, el alcalde de Elberfeld, atadas con cintas rojo-turquesa. Lo que sí podemos asegurar es que se intentó azuzar contra Engels a la población pequeñoburguesa y que los integrantes del Comité de seguridad aprovecharon la primera ocasión que se les presentó para desembarazarse de aquel "joven exaltado", que tomaba las cosas demasiado en serio.

Mientras ellos se empeñaban en que, a pesar de todo lo sucedido, no se cortaran los puentes para el repliegue, Engels por su parte les pedía que se procediera a desarmar a la milicia cívica, deseosa de mantenerse neutral, y se distribuyeran sus armas entre los obreros revolucionarios. Y, algo sin duda todavía más espantoso: que se impusiera a todos los vecinos de la ciudad un atributo forzoso para costear el sustento de los combatientes. La espuela que trataba de acicatearlos resultaba insoportable para aquellos hombres, que, más tarde, al llegar la hora del peligro, no sólo emprendieron la fuga, sino que hicieron que los industriales les pagasen su voluntaria retirada en dinero contante, ni más ni menos que los lumpenproletarios aficionados al aguardiente hicieron con los ochenta fusiles que Engels había sacado del ayuntamiento de Cronenberg. El 14 de mayo, al pasar revista a las tropas insurgentes, Höchstler hizo saber a Engels que su presencia allí inquietaba en alto grado a la burguesía, temerosa de que tratara de proclamar la república roja, y de que se le consideraba inde-seable.

En un bando que el Comité de seguridad mandó fijar el mismo día en las esquinas se anunciaba lo siguiente a la población: "Al ciudadano Federico Engels, de Barmen, últimamente avencidado en Colonia, se le dan las gracias por los servicios prestados hasta ahora y se le ruega que en el término del día de hoy abandone el perímetro de esta ciudad, ya que su presencia podría dar pie a malas interpretaciones acerca del carácter del movimiento en que estamos empeñados". Y el Comité, a renglón seguido, aprovechaba la ocasión para recordar que sólo reconocía como su enseña la bandera tricolor y combatiría por todos los medios cualquier clase de propósitos encaminados a otro fin que no fuera el implantar una Constitución alemana.

A Engels se le hacía muy duro abandonar su puesto y se negó a salir de la ciudad mientras el Comité de seguridad no le hubo confirmado por escrito la orden y exigió, además, que fuera ratificada por Mirbach. Este, acosado por muchos conductos, lo hizo al día siguiente. A los obreros en armas, a quienes el episodio indignó, les hizo saber el expulsado, ya de vuelta en Colonia, desde las

columnas de la *Nueva gaceta renana*, que el movimiento en marcha no era más que el preludio de otro mil veces más importante, en el que se ventilarían sus propios intereses, los de los obreros. Y, cuando ese momento llegara, los trabajadores de Berg y de la Marca podían estar seguros de que le encontrarían ocupando su puesto y que ningún poder de la tierra sería entonces lo bastante fuerte para obligarle a abandonarlo.

A aquellos días de la insurrección de Elberfeld vinieron encadenados, para Engels, una serie de acontecimientos acerca de los cuales estamos mal informados, a pesar de que hicieron en su vida una mella más honda que su breve estancia entre los héroes de las barricadas, aderezada por él, al relatarla, con su habitual dosis de humorismo. En la mañana del día 13 de mayo, el único domingo que pasó en Elberfeld por aquel entonces, se le ocurrió, como tentado por el demonio, trasladarse de allí a Barmen ciñendo su banda roja. Tal vez tratara solamente, como inspector que era de las barricadas, de echar un vistazo al otro lado desde el puente que separaba a Elberfeld del Barmen de abajo. O tal vez se propusiera levantar a los obreros de Barmen, a quienes la milicia cívica, dominada por los fabricantes, no dejaba moverse. Cuenta Alejandro Pagenstecher, quien vio acercarse a aquel "hombre hermoso, de talento, pero depravado", encontrándose muy satisfecho al mando de las barricadas, artilladas con morteros, que defendían la entrada al puente de Haspeler, que el inspector le preguntó si creía que las tropas, al avanzar, podrían reducir a ruinas la ciudad, previamente evacuada por la población no beligerante, a lo que él le contestó que no podría ocurrir semejante cosa pues los rebeldes tenían en su poder, como rehenes, a la madre y el hermano del ministro von der Heydt. Y, según informa otro testigo presencial, Engels ordenó que "se diera una forma angular a aquella barricada, para que las balas rebotaran".

Allí, en los linderos de Barmen, cuya población, más apática, no participaba en las luchas de los de Elberfeld, dicen que tropezó también con su devoto padre, tal vez en el momento en que éste se dirigía a la iglesia. Así lo cuenta, por lo menos, Ernesto von Eynern, quien asegura que "el viejo y digno Engels" se encontró por casualidad con su hijo, "el luchador de las barricadas", encuentro que produjo gran indignación en todos los buenos y honrados vecinos, quienes se lo imputaban al réprobo como una verdadera "infamia". Algunas cartas familiares del año siguiente, que se han conservado, dan también a entender que por aquellos días surgió entre padre e hijo una grave desavenencia con tintes dramáticos. Del recuerdo de Engels no llegaron a borrarse jamás, al parecer, las huellas de lo que allí debió de ocurrir ni la conciencia de lo que ya irremediablemente le separaba de su padre.

El fracaso de los intentos de insurrección en la provincia del Rin, que, bajo el estado de sitio, estaba más que nunca erizada de bayonetas, arrastraron también a la vorágine a la *Nueva gaceta renana*. El partido militar triunfante no podía permitir que delante de las mismas narices de la casa del cuerpo de guardia de Colonia siguiese funcionando la redacción de un periódico que día tras día azuzaba a la población, en tan insolente lenguaje, a rebelarse contra Prusia.

"La mitad de los redactores", contará más tarde Engels, "estaba sujeta a proceso y la otra era expulsable, por no tener personalidad prusiana... No tuvimos más remedio que rendir nuestra fortaleza, pero nos retiramos con armas y bagajes, con la espada desenvainada y agitando la bandera del último número, impreso en tinta roja".

Al frente de este famoso número final, que vio la luz el 19 de mayo, aparecían los famosos versos de despedida al periódico de Freiligrath, jurando eterna fidelidad "al pueblo debelador del trono" y odio y venganza perennes "al sucio calmuco occidental":

*"¡Dejemos que espolvoreen sal sobre mi tumba
El prusiano y el Zar!
¡Pero, mientras tanto, Hungría y el Palatinado
Disparan tres salvas de honor sobre mi féretro!"*

Como es natural, las palabras que en las columnas de este último número del periódico dirigía Engels a sus coterráneos estaban también impregnadas de espíritu de rebeldía. Volviendo la vista sobre los sucesos de Elberfeld, lamentaba que los obreros en armas no hubieran sabido valerse más implacablemente de su poder para "aplantar a una burguesía bochornosamente cobarde, pero todavía, si cabe, más páfida", que, evidentemente, no tendría el menor sonrojo en entregar "a los sicarios, asesinos y torturadores al servicio de los Hohenzollern a los combatientes apresados por los campesinos", entre los que se encontraba Mirbach. Pero, por fortuna, el sur de Alemania se había "convertido en un bocado amargo", "que no podrían fácilmente digerir los beneficiarios de la gracia de dios".

Engels, en estas líneas, asigna el lugar más glorioso de la historia alemana del año 1849 a los soldados de Baden y el Palatinado que habían tenido el valor de "quebrantar el juramento que se les había obligado a rendir a los granujas coronados". Y deploraba la caída de Liorna, ya acaecida, y la de Bolonia, también amenazada. Pero veía, "no ya en ebullición, sino a punto de explotar, el gigantesto volcán de la revolución europea total". Pronto los ríos de su lava ardiente se encargarían de sepultar para siempre a todo el tinglado rapaz de los reyes y sus cortes de bandoleros; y, a su vez, la infame, hipócrita, podrida, cobarde y, al mismo tiempo, arrogante burguesía se vería precipitada al cráter en ignición, como víctima propiciatoria a la que nadie lloraría, por la acción de las masas proletarias, el día en que éstas afirmaran, por fin, su unidad y su conciencia.

El 6 de junio, las autoridades prusianas dictaron orden de prisión contra Engels, el cual, barruntando lo que había de suceder, había procurado alejarse de Colonia, con Marx y otros redactores del periódico, antes de que el "número rojo" saliera a la calle. Se trasladaron primeramente a Francfort, confiando que tal vez el parlamento alemán, reunido en aquella ciudad, imperiosamente obligado a ello, se decidiría a optar entre los gobiernos, dispuestos a dar el

zarpazo de la contrarrevolución, y las fuerzas del pueblo que levantaban la bandera de la Constitución, y abrazaría de una vez el camino revolucionario.

Marx y Engels querían, procuraban, por lo menos, intentar que de aquella masa perpleja y pasiva de diputados reunidos en Francfort, cuya impotencia era cada vez más patente, brotara alguna chispa. Sostenían que aún podía ganarse la batalla si el parlamento y los jefes del movimiento del sur de Alemania daban ahora alguna prueba de valentía y decisión. Ignoramos cuáles serían los dirigentes de las izquierdas a quienes iban dirigidas sus apremiantes propuestas. Según ellos, bastaría con que la Asamblea nacional lo acordase así para que el ejército revolucionario de Baden y el Palatinado corriera hacia Francfort para ponerse a su lado.

Muchos años más tarde, rememorando la situación de aquellos días, Engels se mantenía convencido de que un acuerdo en aquel sentido habría podido salvar la situación. El parlamento —decía— habría reconquistado con ello la confianza entera del pueblo. En aquellas condiciones, cabía esperar con seguridad la deserción de las tropas de Hessen y Darmstadt y la adhesión de Württemberg y Baviera a la nueva revolución; también se habrían dejado arrastrar a ella los pequeños Estados del centro de Alemania; Prusia habría tenido bastante en qué ocuparse con su situación interior, y, ante un movimiento tan poderoso dentro de Alemania, Rusia no habría tenido más remedio que mantener quietas en Polonia una parte de las fuerzas movilizadas más tarde para sojuzgar a Hungría. Hasta la misma libertad húngara habría podido salvarse, entonces, en Francfort. Y, bajo la impresión de una revolución en marcha hacia la victoria dentro de Alemania, el estallido revolucionario de París, en el que Engels y Marx seguían confiando firmemente por aquellos días, no habría conducido, como condujo, a la derrota infligida el 12 de junio de 1849 a los "filisteos radicales", sin disparar un tiro.

Pero, pronto hubieron de convencerse de que, en un ambiente como el de Francfort, sus palabras se las llevaba el viento. Eran muy pocos los diputados que, como Juan Jacoby, reconocían y hacían saber a otros que un movimiento revolucionario a la defensiva está siempre condenado al fracaso. La inmensa mayoría de aquellos representantes del pueblo estaba formada, como el 19 de mayo escribía este eriguido prusiano oriental a un paisano suyo de Königsberg, por "hombres incapaces de entusiasmarse o sacrificarse por una idea y a quienes sólo mantenía en sus puestos cierto sentimiento de dignidad". "Nada más lejos de sus intenciones —añadía— que el ponerse al frente del movimiento que tenía como bandera la implantación de una Constitución alemana".

Precisamente por los días que Engels pasó en Francfort, se extendían contagiosamente las deserciones de diputados del parlamento. De Enrique von Gagern, "el parlamento de Francfort encarnado", decía Jacoby, a quien trataba de empujar hacia adelante, que era hombre de buena voluntad, pero que carecía de las dotes necesarias para encabezar el movimiento. El 20 de mayo, Marx y Engels se fueron de Francfort sin haber conseguido nada y dejaron allí como representante de su partido a Guillermo Wolff, quien se incorporó ahora

al parlamento. Confiaban encontrar en otras partes de Alemania, en donde la ruptura con el gobierno era ya un hecho consumiado la decisión que les faltaba a los de Francfort.

Se trasladaron a toda prisa al foco de la insurrección en Baden. Pero, en cuanto traspusieron las fronteras de este Estado, se dieron cuenta de la improvisación y ligereza con que establecían sus preparativos militares. En Mannheim tuvieron la impresión de que el movimiento comenzaba ya a declinar; por todas partes se oían quejas de que faltaba una dirección enérgica y capaz. A poco de llegar a Karlsruhe se malquistaron con el Comité regional porque se atrevieron a calificar de error garrafal el que las tropas federales no hubiesen marchado desde un principio sobre Francfort y censuraron el que no se hicieran los esfuerzos necesarios para arrastrar al movimiento al resto de Alemania. No tuvieron el menor empacho en hacer saber a Brentano y sus compañeros de Comité que, a su juicio, el movimiento del sur de Alemania estaba condenado a fracasar si no se veía reforzado por alguna victoria decisiva en Hungría o por una nueva revolución en París. Los únicos miembros del Comité que asintieron a las críticas de Marx y Engels fueron Carlos Blind y Amando Gögg. Los dos amigos, desengañados de todo lo que habían podido vivir y observar, prosiguieron viaje, sin tardanza.

Ocupaba un puesto importante en el Gobierno provisional del Palatinado el diputado de la Asamblea nacional D'Estér, de Colonia. Marx y Engels trataron de ponerse al habla con él en Speyer, pero lo encontraron en Kaiserslautern. Aunque "la flor y nata de la democracia alemana" se había agrupado como una "camarilla roja" en torno a los moderados regentes del Palatinado, Marx y Engels no pudieron sustraerse a la impresión de que el movimiento del sudoeste de Alemania no representaba una fuerza seria y sí un mundo demasiado ajeno a ellos, en su esencia, para que pudieran pensar en que el pequeño partido comunista estuviera oficialmente representado en aquel organismo. Pero ello no era obstáculo para que algunos de los miembros de este partido, una serie de gentes procedente de las reservas territoriales de Elberfeld y una parte de los cajistas de la imprenta que habían trabajado en la *Nueva gaceta renana* se enrolaran en las guerrillas revolucionarias de la región, que en aquellos momentos eran atacadas por el ejército prusiano.

Marx y Engels no pasaron allí muchos días. En el viaje de vuelta, fueron detenidos en Hesse, como sospechosos de tomar parte en la insurrección. Llevados a Darmstadt con escolta militar y conducidos de allí a Francfort, donde se les puso en libertad. El 31 de mayo, los encontramos en Bingen. Entre tanto, sus planes acerca de lo que debían hacer se habían definido. Marx, provisto de plenos poderes del Comité central democrático del Palatinado, salió para París, donde estaban a punto de celebrarse las elecciones a la Cámara de diputados, de las que los dos amigos esperaban que servirían de incentivo a una nueva revolución.

Engels, por su parte, regresó a Kaiserslautern, para seguir desde aquel centro revolucionario la marcha de las cosas en Alemania, en interés de su par-

tido. Su prestigio personal como refugiado de la democracia y la escasez de personas que se hallaran a la altura de las circunstancias hizo que se le encomendaran constantemente los más diversos puestos civiles y militares en la organización revolucionaria. Al principio, dadas sus "ideas avanzadas", trató de no actuar en aquella "soi-disant revolución", pues cada día se convencía más de que sólo se trataba de una insurrección local e intrascendente, de tendencia puramente pequeñoburguesa. Sin embargo, para demostrar, por lo menos, su buena voluntad, puso su pluma al servicio del *Mensajero de Kaiserslauten*, una hojilla impresa que el Gobierno provisional del Palatinado difundía en grandes cantidades. Esta vez, estaba dispuesto a no poner "sordina" a sus opiniones y se dijo que tal vez, al leer su primer artículo, a aquellos pacíficos señores que llevaban allí la batuta no les quedarían ganas de pedirle el segundo. En efecto, este artículo escrito para el *Mensajero*, con fecha 2 de junio de 1849, fue el único que llegó a ver la luz; el segundo lo encontró el propio D'Ester demasiado "atrevido".

En su primera y única colaboración para aquel periódico, Engels defendía la revolución de Baden y el Palatinado de la acusación de traición nacional, que le dirigía la contrarrevolución. "El que toda Alemania, desde el Niemen hasta los Alpes, sea entregada y vendida al zar por una taifa de cobardes déspotas, no es traicionar al país. En cambio, es traicionar a la nación, un delito de alta traición, vender Alemania a Francia, al 'enemigo jurado', al 'enemigo de la patria', que el Palatinado goce de las simpatías del pueblo francés y, principalmente, del pueblo alsaciano y no rechace con necia infatuación las pruebas de esta solidaridad; el que envíe gentes a París para pulsar la marcha de las cosas en Francia, para informarse acerca del nuevo rumbo que la política de la república francesa se propone adoptar".

Si esto fuera alta traición —según diciendo el artículo—, habría que llegar a la conclusión de que todo el pueblo de Baden y el Palatinado, es decir, un pueblo de tres millones y medio de personas, estaba formado por traidores. En efecto, este pueblo no había hecho la revolución, ciertamente, para tomar partido por los déspotas, cuando llegara la hora de la batalla decisiva entre el Oeste libre y el Este despótico. Ni los paisanos ni los militares querían verse enrolados en las filas de los croatas y los cosacos para luchar contra la libertad. Si los tiranos de Olmütz, de Berlín y de Munich encuentran todavía soldados lo suficientemente estúpidos para marchar bajo la misma bandera con baskires, panduros y otra canalla de la misma ralea, nadie puede pedirnos —decía Engels—, que acojamos a esos mercenarios como germanos nuestros y, menos aún, que respetemos al traidor, exministro de la Guerra de Alemania, que los encabeza.

"En pocas semanas, tal vez dentro de pocos días —añadía el artículo—, se enfrentarán los ejércitos del Oeste republicano y del Este esclavizado, para librar la gran batalla en suelo alemán. A Alemania —hasta ese extremo han llegado los monarcas y los burgueses— ni siquiera se le preguntará si así lo quiere. Alemania no hace la guerra, sino que la guerra se hace en ella, en su territorio, sin su consentimiento y sin que ella pueda impedirlo. Tal es la gloriosa situa-

ción a que nuestro país se ve abocado, gracias a los gobernantes de marzo y a las Cámaras de marzo, sin excluir a la Asamblea nacional, ante la inminente guerra europea. Frente a lo que aquí se ventila, cesan todas las cuestiones nacionales y sólo se plantea un problema: si queremos ser libres o queremos ser súbditos de los rusos”.

Si Alemania —como él y Marx exigían— se hubiera decidido a lanzarse a la batalla contra la opresión zarista el año anterior, la batalla se habría librado en suelo de Rusia; ahora, la situación había cambiado. Alemania, privada de iniciativa y poder de decisión, se había convertido en terreno de lucha entre los dos ejércitos contendientes y la guerra europea por la libertad era, al mismo tiempo, la guerra civil de los alemanes. Alemania podía dar las gracias por esta felonía a sus monarcas y a la poltronería de sus representantes populares. “Esto sí que es una verdadera traición nacional”.

Pero, ¿qué pasaría si aquella gran batalla decisiva entre el Oeste libre y el Este sojuzgado cuya inminencia obsesionaba a Engels, no se entablaba, si había que llegar a la conclusión de que, en Francia, el material explosivo revolucionario, que no se repone tan fácilmente, se había agotado ya en los combates de junio?

En la hostería “Zum Donnersberg”, donde Engels se alojó en Kaiserslautern, durante la primera década de junio que pasó en aquella ciudad como observador, se ofrecía un espectáculo hartamente interesante para sus ojos azules, que sabían mirar con sagacidad todo lo que le rodeaba. “Era como un ambiente general de tarde dominguera, teñido de un humorismo optimista de *picnic* muy agradable, pero poco acorde con la idea que yo tenía de la seriedad de aquella situación revolucionaria”.

Era, sobre poco más o menos, la misma impresión que Carlos Schurz reflejaba, hablando de aquellos días de Kaiserslautern. Parecía, según la imagen que había quedado grabada en él, como si todo el Palatinado se hubiera convertido en una gran taberna. Hasta en las comarcas reaccionarias del sur, donde se vivía bien y no se cifraba ninguna esperanza en la revolución, parecía que los acomodados y satisfechos campesinos se habían dejado arrastrar también por el ambiente de francachela. No se notaba nada, allí, de “la estirada solemnidad que el carácter filisteo del movimiento imprimía a quienes en Baden tomaban parte en él”. En el Palatinado —escribía Engels—, el “entusiasmo” y la “seriedad” sólo contribuían a atenuar un poco la alegría general. “Eran muy pocos los que creían que se presentarían los prusianos, y todo el mundo estaba seguro de que, si llegaban a presentarse, serían arrojados de allí con la mayor facilidad”.

Una revolución tan inofensiva y apacible como la que se vivía en el Palatinado no podía concebirse más que en una pequeña ciudad como aquella del sur de Alemania, en la que corría abundantemente el vino. Con una amabilidad un poco desmañada, los apacibles gobernantes se resignaban a que la gente tomara a broma “su cómoda manera de hacer una revolución” y sus “tímidas medidas impotentes”. Pero, con este modo de proceder, desarmaban por regla

general hasta a un crítico tan riguroso como Engels. Cierto es que éste no perdía ocasión para recordarles lo mucho que ya no podía ser remediado y de llamarles la atención hacia tantas cosas que aún era posible hacer, sin encontrar, cuando mucho, más que una insolente aquiescencia. Pero todo ello ocurría junto a un vaso de buen vino y de la manera más amable. Sólo alguna que otra vez, cuando se dejaba llevar de su espíritu crítico, se daba cuenta de que había tirado de la cuerda más de lo debido.

Fue pocos días antes de que avanzaran los prusianos cuando Engels acompañó a su amigo José Moll en una misión que éste había asumido y que les llevó a la villa fronteriza de Kirchheim-Bolanden. Encontró allí, sentados a la mesa de la taberna, entre los guerrilleros, a unos cuantos "hombres de acción entusiastas" que, según él cuenta, "no veían el menor inconveniente en rechazar, con pocas armas y mucho entusiasmo, a cualquier ejército del mundo". Cuando le pareció que se pasaban de la raya, Engels les replicó con aquella aguzada ironía con que tantas veces había herido a la gente y, por si ello fuera poco, se burló, encima, de la "santa indignación" que sus palabras habían provocado. De pronto, obedeciendo a una orden de Greiner, allí presente y que era el único miembro del Gobierno provisional que no le conocía personalmente, se le declaró preso.

Tras un interrogatorio bastante "cómico" a que le sometió Zitz, "colérico parlamentario", quien, en unión del "valiente" Luis Bamberger había hecho venir a la "Legión renana", fue conducido al día siguiente a Kaiserslautern, esposado y bajo la acusación de haber proferido palabras de desprecio contra el pueblo del Palatinado y de haber incitado a la rebeldía contra el Gobierno de la revolución. Los componentes de éste, indignados contra el evidente desaguado de su colega, aún ausente, querían poner en libertad al preso, bajo palabra de honor, entre tanto llegaba Greiner, para informar del incidente. Pero Engels se negó a ello y pidió que se le condujera —sin guardia, así lo exigió expresamente— a la prisión cantonal.

Indignado por el trato que se daba a un camarada de su partido, D'Ester amenazó con dimitir. La indignación se apoderó también de Tschirner y de cuantos formaban parte de la fracción más decidida. Llegó, al mismo tiempo, la noticia de que en el cuerpo de tropas renanas había descontento y protestas por lo sucedido. "No habría sido necesario llegar tan lejos", observa Engels, con ojillos de malicia, "para hacer comprender a los gobernantes provisionales, con quienes yo había estado en contacto diario, de la necesidad de darme una explicación". Después de haber pasado veinticuatro horas "muy divertidas" en la cárcel, fue puesto en libertad sin ninguna condición y, además, se le rogó con encarecimiento que siguiera participando en el movimiento. Después de lo cual "a una y otra parte se les iluminaron los rostros, y el jueves bebimos unas copas juntos".

En medio de este paisaje idílico, explotó de pronto la irrupción de los prusianos. Cuán mal andaba el servicio de información, tanto en el gobierno como en el Estado Mayor, había podido advertirlo Engels cuando, un día, dio

a aquellas gentes despreocupadas, a las que pilló totalmente desprevenidas, la noticia que entre Saarbrücken y Kreuznach se habían concentrado veintisiete batallones prusianos, nueve baterías y nueve regimientos de caballería, con su localización precisa. Había encontrado la importante noticia en un número de la *Gaceta de Colonia*, recibido por él hacía varios días. Grandes fueron la sorpresa y el desconcierto cuando se supo que, en efecto, los prusianos avanzaban desde Saarbrücken. Engels, como más tarde confesaría a Marx, no vio en ello más que "el giro" interesante que tomaban las cosas y, al conocerlo, no pudo resistir a la tentación de enrolarse en la guerra y, además, de representar *honoris causa* a la redacción de la *Nueva gaceta renana* en el ejército de Baden y el Palatinado. Se ciñó, pues, "la espada de combate y se presentó a Willich".

A su juicio, Augusto von Willich era, con Techow, jefe de Estado Mayor del Palatinado, entre los oficiales prusianos de artillería de aquel tiempo, "el único que valía para algo". Y aunque los talentos de Willich sólo alcanzaran para una guerra de guerrillas, al frente de un cuerpo de voluntarios de seiscientos o setecientos hombres podía jugar un buen papel. "Valiente en el combate, hombre de sangre fría, hábil y de rápido golpe de vista y, fuera del combate, ideólogo más o menos tedioso y socialista verdadero". He aquí la pintura que de él haría Engels, en una carta a la esposa de Marx, después de haber sido su ayudante durante un mes, desde el 13 de junio hasta el 12 de julio. Hablando de él mismo, le dice que, después de haber participado en cuatro combates, había llegado a formar por su propia experiencia la opinión de que "la tan famosa bravura en dar mandobles era la cualidad más vulgar que un hombre podía poseer". Acerca de su sangre fría y de su desprecio del peligro, según nos cuenta Guillermo Liebknecht, se hacían lenguas cuantos le vieron pelear. Engels, por su parte, no creía que valiera la pena hablar de ello, ya que, para él, la valentía pura y simple no merecía mayores elogios que la mera buena voluntad. Lo del silbido de las balas era —escribe— cuestión de poca monta y, durante toda la campaña y a pesar de la abundancia de cobardía, no había visto ni a una docena de hombres que se comportaran cobardemente a la hora de pelear, aunque también había que reconocer que, si cada individuo era un héroe en cuanto a valor personal, batallones enteros se dispersaban y salían corriendo a toda prisa.

A Willich le habían asignado la tarea de mantener a toda costa las dos fortalezas de Landau y Germersheim que la revolución no había podido dominar. El primer servicio encomendado a su nuevo ayudante era abastecerse en Kaiserslautern de munición, de la que los soldados rebeldes andaban muy escasos. Al llegar a Neustadt, Engels se encontró con que el ejército del Palatinado, en franca retirada, había abandonado ya la ciudad a que él se dirigía. Después de informarse rápidamente de todo, cargó en una carreta la mayor cantidad posible de pólvora, plomo y cartuchos ya listos y emprendió el camino de vuelta, tratando de llegar lo antes posible al puesto de mando de Willich. Al fin, tras largo rodeos y algunas paradas, logró encontrar a su jefe. El Estado Mayor había cambiado de emplazamiento y se encontró allí con las avanzadas del ejér-

cito en completa retirada y con los componentes del Gobierno provisional.

Al registrar más tarde sus recuerdos, dijo que resultaba difícil darse cuenta de que aquellas tropas iban en retirada, pues "el desorden había reinado siempre entre ellas, desde el primer momento". Los fanfarrones de las tabernas seguían echando bravatas contra los prusianos, pronosticando el próximo final del enemigo que avanzaba. Mientras tanto, cualquier observador imparcial podía percatarse claramente de que bastaría con un regimiento de caballería y unos cuantos cañones ligeros para poner en fuga rápidamente a todo el ejército del Palatinado. Y si los jefes de la tropa prusiana avanzaban lenta y metódicamente era, principalmente, por no enfrentarse con el espíritu de sus soldados. En efecto, el menor éxito de la insurrección habría bastado para hacer devastar a los regimientos de la reserva y, con ellos, a la mitad de las tropas de línea y a una parte de la artillería.

Mientras que el grueso de las tropas rebeldes trataba de alcanzar el puente de Knieling para pasar a tierras de Baden, el cuerpo de Willich marchaba al encuentro del enemigo que se acercaba desde Pirmasens, con objeto de detenerlo, pero los prusianos lo obligaron a replegarse. Para Engels fue una suerte, ya que una columna prusiana acababa de tomar Landau y, de haber permanecido los rebeldes más tiempo en el valle del Weiden, habrían quedado cercados y a merced del enemigo. El 18 de junio, después de haber cubierto la retirada del resto del ejército en el cruce del Rin, el cuerpo de Willich se replegó también sobre Karlsruhe, donde completó sus pertrechos y efectivos.

Entre quienes aquí se incorporaron al ejército revolucionario vio Engels, junto a varios obreros que habían participado en la insurrección de Elberfeld, a un profesor llamado Kinkel, quien como es sabido, sería tomado más tarde prisionero en el valle del Murg, donde encontró la muerte Moll. De él dice Engels que "se portó muy bien"; no habla, en cambio, con el mismo aprecio de estudiantes, que desertaban de sus banderas cuando no se les concedía el rango de oficial, querían que se les iniciara en todos los planes de operaciones y murmuraban cuando la campaña no tenía todos los atractivos de un viaje de vacaciones. Ensalza, por el contrario, la bravura y la abnegación de los obreros, que se hallaban fuertemente representados en el ejército revolucionario, a pesar de que sabían muy bien "que la lucha, por ahora, no iba dirigida a favorecer su propia causa". Los comunistas más convencidos eran los más valiosos soldados, si bien la "democracia oficial" no era en los combatientes proletarios otra cosa que carne de cañón.

De las operaciones bélicas llevadas a cabo en Baden tenía Engels, y la expresó, la impresión de que sería imposible encontrar otras ejecutadas con mayor descuido y necesidad que las mandadas allí por Franz Sigel. "Todo se efectuó en medio del mayor barullo, desaprovechando las buenas ocasiones y los momentos preciosos a cambio de urdir proyectos gigantescos, pero irrealizables". Es posible, sin embargo, que Engels juzgue aquí a Sigel demasiado duramente y le atribuya, sin razón, la principal responsabilidad de todo lo sucedido. Al haber traspasado el alto mando a Mieroslawski, el 10 de junio, con un ejér-

cito desorganizado, derrotado, abatido y mal pertrechado, frente a un enemigo cuatro veces más poderoso, opinaba que al jefe polaco, "hombre de gran talento", no le quedaba otro camino que dar en Waghäusel una batalla gloriosa, aunque perdida de antemano, emprender una hábil retirada, ofrecer un último y desesperado combate bajo los muros de Rastatt y luego dimitir. Tanto Engels como otros combatientes revolucionarios, entre ellos Juan Felipe Becker y Borckheim, no le perdonaron nunca al viejo polaco Sznayda, su incapaz jefe, el que la división del Palatinado permaneciera al margen de la batalla de Waghäusel. No cabe la menor duda de que Sznayda se aferró al encargo que se le había dado de cubrir la plaza de Karlsruhe contra el cuerpo de ejército de Hirschfeld, que había cruzado el Rin cerca de Germersheim. Willich, que mandaba las avanzadas de su centro, tomó la "pasablemente intrépida" decisión, como la califica Engels, de atacar al amparo de la noche al enemigo, acerca de cuya fuerza no estaba informado, tratando de romper a través de sus filas, llegar a Bruchsal y, a ser posible, penetrar en esta fortaleza.

Engels, siempre dispuesto a sacarle faltas a la estrategia prusiana, se burla de ella, diciendo que, "a pesar de una gigantesca superioridad numérica", había aplicado también aquí "hasta el detallismo más minucioso" sus pedantescas ordenanzas sobre los puestos avanzados. Pero, hay que decir que Becker, con cuyo modo de enjuiciar la campaña se mostraba, por lo demás, de acuerdo en todos los puntos esenciales, le reprochaba a Willich y, por tanto, indirectamente, también a él, precisamente lo contrario, el descuido con que procedía en este respecto.

Siempre en primera línea, Engels, de pronto, oyó que le daban voces, cuando estaba a treinta pasos de las avanzadas prusianas. "Oí los gritos y di un paso hacia adelante. Escuché a uno de mis camaradas decir: ése está perdido; ya no volvemos a verlo. Y fue precisamente mi modo de proceder el que me salvó". La tropa había caído en medio de un nutrido fuego de pelotón del enemigo y los propios soldados del campo revolucionario, como para coronar el desconcierto, comenzaron a disparar unos contra otros en medio de la oscuridad. Ello hizo que los prusianos no persiguieran a los que huían y permitió al grupo rehacerse. Se les dio la orden de incorporarse al ala derecha de la división, cuyo alto mando ostentaba ahora Willich y que había podido restablecer a toda prisa, el 22 de julio, su formación en Bruchsal, de nuevo abandonado por los prusianos. Becker y otros hacían responsable del desdichado desenlace de una batalla que Anneke, quien mandaba el centro, tuvo que afrontar al día siguiente, al propio Willich, que en vez de apoyarle, como se había convenido, se había replegado sobre el monte. Engels, en cambio, afirma que Willich se limitó a seguir las órdenes de cubrir por aquel lado el flanco de los suyos y que, además, él mismo había movido a Anneke a aceptar, poco después, cerca de Ubstadt, aquel combate, que, de por sí poco importante, había entretenido a las tropas prusianas, a juicio de Becker y del propio Schurz, el tiempo necesario para que el grueso de la fuerza de Mieroslawski, derrotado cerca de Waghäusel, pudiera efectuar su retirada sobre Rastatt. En constante peligro de caer en

manos de los prusianos o de los bávaros, Willich logró llevar hasta Rastatt, marchando él el último, a sus tropas ya muy mermaidas por la desertión.

Engels participó también, presente en todas partes, en la batalla por la línea de Murg, al lado de Willich, quien operó en el ala derecha de sus tropas como jefe del Estado Mayor de división de Mersys. Y atribuye la derrota del ejército revolucionario, desmoralizado y con contadas excepciones, "lamentablemente dirigido", a la violación de la neutralidad wurtemberguesa por los prusianos y al abandono de Gernsbach por Sigel, quien no cumplió la orden recibida de Mieroslawski de defender a toda costa aquella posición clave. Reunir de nuevo a un ejército completamente disperso resultaba una tarea condenada a fracasos, pues tanto los jefes militares como los de la administración civil confiaron el movimiento, de allí en adelante, a su propia suerte y, sin saber qué hacer, ya totalmente derrotados, emprendieron la fuga.

Engels recuerda como una verdadera excursión de placer la retirada, sin ser hostilizados en lo más mínimo por el enemigo, de su propio grupo, cruzando las alturas bellamente floridas de la Selva Negra, desde Bühl, pasando por Todos los Santos y la Cabeza de Perro, hasta llegar a Wolfach. Aquí se enteraron, el 3 de junio, con gran indignación, que el Gobierno provisional se había retirado a Friburgo y que después de encomendar de nuevo el alto mando militar a Sigel, había entregado sin lucha la capital de Brisgovia. Para tratar de impedirlo, en lo posible, el grupo de Willich decidió trasladarse inmediatamente allá. Pero, en Waldkirch recibieron la noticia de que el cuartel general estaba ya en Donaueschingen. A pesar de todo, Willich y Engels querían a todo trance que el resto del ejército a su mando, disponiendo todavía de una artillería considerable, diera al enemigo una última batalla, a ver si podía hacerlo caer en la tentación de violar la neutralidad suiza. Pero, en el consejo de guerra celebrado en Rieden el 10 de julio, fue Willich el único que abogó con gran empeño por seguir adelante con aquella lucha ya sin objeto, mientras que Sigel, Becker y los demás votaron por cruzar la frontera hacia territorio neutral. En vista de ello, también los restos de la tropa de Willich, después de vivaquear por última vez en Alemania, pasaron a tierra de Suiza en la mañana del 12 de julio, entregando sus armas. Era, como dice Engels, "el último de los ejércitos de Baden y el Palatinado" que daba por terminada la batalla.

En la pasada primavera, nuestro biografiado había llegado a Suiza con la segura esperanza de volver pronto a su tierra. En aquel entonces, estaba todavía indecisa la definitiva victoria de la reacción y no tenía tantas cosas de que responder como ahora, en que llegaba allí, por segunda vez, como refugiado. El mismo cuñado que la primera vez le había enviado necias cartas llenas de reproches, volvió a enviarle ahora, en vez del dinero que le había pedido, consejos y censuras no solicitados. Griesheim le escribió, en una prosa en que se mezclaban desagradablemente la burla, la compasión y la protección y que dejaba traslucir con harta claridad la complacencia que la derrota de la revolución le producía, las siguientes palabras:

"Realmente, parecen un perro acosado, que no encuentra lugar en que

guarecerse. No es necesario que me digas que la actual revolución no responde a tus ideas. Ya sé que la consideras simplemente como un preparativo y que te has metido sólo a medias en ella, porque la apruebas y deseas favorecerla. Los perjuicios que ha causado a la realización de tus opiniones es incalculable, pues ha ayudado a las personas inteligentes a comprender con toda claridad cuán increíblemente atrasada... se halla todavía nuestra amada Alemania y qué caos ruso traería consigo una conmoción social... Es explicable que no puedas dirigirte a tu padre, pero ¿por qué no tratas de entenderte con tu madre?" "Por lo demás, si tuvieses familia y te preocuparas de ella, como hago yo", continúa sermonando el buen burgués autor de esta carta, "no cabe duda de que tendrías que dejar de vivir tan desordenadamente y, en el círculo de los tuyos, obtendrías de esta vida tan breve mayores satisfacciones de las que pueden ofrecerte esa taifa de escandalosos cobardes y desagradecidos".

Pero lo mejor de la carta quedaba para el final: "Parece que abrigas todavía la descabellada idea de sacrificar te a la incorregible humanidad, de convertirte en una especie de Cristo social y de sacrificar todo lo que sea egoísmo a conseguir esta meta. Piénsalo bien, pues todavía estás a tiempo y puedes, sin exponerte a ninguna clase de humillaciones, evitar que un día te encuentres completamente solo y termines como un amargado hipocondríaco".

Lo más probable es que, al recibir esta carta, conservada para la posteridad, Engels la doblase cuidadosamente, sin acordarse más de ella. Le parecía, sin duda, perfectamente natural que, "en medio de los dolores del parto de la nueva época histórica" que él mismo anunciara al comenzar el año en un artículo escrito para la *Nueva gaceta renana* desde la misma Suiza en donde ahora se hallaba, le tocara su parte de quebraderos de cabeza al individuo que plerótico de espíritu creador como él, no quería quedarse cobardemente al borde del camino. Y podía soportar con corazón alegre esta parte que a él le correspondía en los tormentos del gran proceso del mundo porque conservaba, a pesar de todo, intacta la fe en que el porvenir vendría por el camino que sus ideas anunciaban.

CAPÍTULO XIII

REACCIÓN Y PROSPERIDAD

*Colaboración en la "Revista" de la "Nueva gaceta renana".
La circular de la Liga comunista. Ruptura con la democracia burguesa*

Engels permaneció en Suiza de julio a septiembre de 1849. Primero en Vevey, donde fue alojada la tropa desarmada de Willich, con la que estuvo acantonado durante un mes largo; luego en Lausana, donde "recobró ya su propia iniciativa"; y, por último, en Ginebra y Berna. Aquí se encontró por última vez con Esteban Born, el que un día fuera su discípulo, a quien le contó indignado, cómo, en una excursión al Jura, un gendarme suizo, al que no pudo o no quiso mostrar sus papeles, le detuvo y le llevó esposado a la ciudad más cercana. En Ginebra conoció a Guillermo Liebknecht, que más tarde seguiría sus enseñanzas. Era más joven que él y se quedó asombrado al ver con qué soberano desprecio juzgaba aquel jefe guerrillero, cuyo carácter, a pesar de todo, le fascinaba, la campaña revolucionaria en la que también él había tomado parte.

Desde Vevey pudo Engels ponerse de nuevo en comunicación con Marx, muy preocupado por su suerte. Le escribió que no había estado mal, en fin de cuentas, que un redactor de la *Nueva gaceta renana* hubiese tomado parte en la campaña, ya que "toda la chusma democrática se había reunido en Baden y el Palatinado y se jactaría, ahora, de hazañas heroicas jamás sucedidas"; de otro modo, no habrían faltado quienes dijeran que su partido no había sido "lo bastante valiente para pelear". "Tu intervención personal en la guerra", le contestó Marx, coincidiendo con su opinión, "nos ha permitido mantener nuestros puntos de vista acerca de esa mascarada". Y animaba a su amigo a escribir una historia o un panfleto sobre la revolución en que había tomado parte activa. "Si lo haces, podrás destacar brillantemente la actitud que la *Nueva gaceta renana* mantiene ante el partido democrático".

En efecto, Engels parece haberse puesto inmediatamente a la tarea de registrar sobre el papel sus experiencias vividas. Al principio, proponíase publicar en Suiza, en forma de folleto, su relato sobre la campaña en pro de la Constitución. Pero cuando, a fines de agosto, Marx le hizo saber que el gobierno francés le había expulsado del país y que, no pudiendo conseguir pasaporte

para Suiza, se disponía a salir para Londres, donde contaba con algunas posibilidades de publicar una revista en alemán, se decidió a reservar su manuscrito para enviarlo a la proyectada publicación.

Ninguna otra de las narraciones sobre la revolución de Baden y el Palatinado escritas a raíz de los acontecimientos por actores de ella puede compararse, por la vivacidad del relato, la brillantez del estilo y, sobre todo, por su agudeza de observación y la altura y amplitud de visión, a este relato, sin duda alguna una de las obras maestras de la literatura narrativa alemana. Como es fácil comprender, cuando Engels se puso a redactarlo, era muy escaso todavía el material disponible para sus fines y, además, tan embrollado, que el autor prefirió limitarse exclusivamente a relatar lo que personalmente había visto y oído. Por otra parte, consideraba que ello era suficiente para trazar cumplidamente el carácter de toda la campaña.

Consideraba que este movimiento revolucionario era tan significativo en cuanto al grado de desarrollo político y social de Alemania, sobre todo del sur del país, en la primavera de 1849 como las jornadas de junio de 1848 en París lo habían sido en relación con el de Francia. Lo que al autor le importaba era dejar bien sentado que el alma del levantamiento y la clase que lo había dirigido y se había impuesto a todo lo largo de él era la pequeñoburguesía, a la que los alemanes gustaban de llamar la clase burguesa. Ella había sido, como mordazmente observaba Engels, la que en incontables asambleas y publicaciones había prestado a la Constitución alemana juramentos tan exaltados como inoperantes, para entregar luego la dirección oficial del movimiento, cuando vio que éste se agudizaba, al parlamento y a los gobernantes de Alemania. Pero, si de ella hubiese dependido, difícilmente se habría salido del marco jurídico de la lucha legal, pacífica y virtuosa para emplear, en vez de las llamadas armas del espíritu, el mosquete y el fusil de chispa.

La historia de todos los movimientos políticos, a partir de 1830, tanto en Alemania como en Francia y en Inglaterra, fortalecían a Engels en la concepción de que la pequeñoburguesía poseía ya una fuerza de acción revolucionaria muy escasa y de que su carácter sólo cobraba mayor decisión y energía cuando otras clases asumían los movimientos provocados en su interés y, a ser posible, se apoderaban de ellos y los dirigían. Si el proletariado urbano o una parte de los campesinos se decidían a proceder así, podía el ala más avanzada de la pequeñoburguesía adherirse a ellos durante algún tiempo. Y, en este caso concreto, no cabía duda de que, en efecto, aquellos elementos, con el proletariado de las grandes ciudades a la cabeza, había tomado más en serio de lo que tal vez habría debido hacerlo el juramento de los agitadores pequeñoburgueses de derramar su sangre y empeñar su vida por la Constitución alemana, empujando con ello a la pequeñoburguesía a la ruptura franca y abierta con el Estado existente. Y, aunque las capas verdaderamente revolucionarias no hubieran logrado impedir que sus aliados con espíritu de tenderos traicionasen en plena lucha la causa por la que se habían juramentado, tuvieron, por lo menos, la satisfacción de ver que esta traición, cuando la contrarrevolución hubo triunfado, era casti-

gada por los propios reaccionarios. Al iniciarse el movimiento, se había unido también al levantamiento de la pequeñoburguesía descontenta frente a la contrarrevolución, el sector más decidido de la grande y media burguesía. Pero la burguesía alemana, infinitamente más vacilante que la inglesa y la francesa, se había retirado, empavorecida, del escenario de la lucha, tan pronto como barruntó que por este camino podía retornar lo que ella llamaba la anarquía, "es decir, el combate real y decisivo".

En Karlsruhe, Engels y Marx habían tratado en vano de convencer a los jefes de la revolución de la necesidad de centralizar la insurrección y de imprimirle un carácter más enérgico. Para ello, habría sido necesario, como ya allí hubieron de poner de manifiesto, interesar en la insurrección a la gran mayoría campesina de la población del sudoeste de Alemania, mediante la inmediata abolición de los gravámenes feudales sobre la tierra. Al no dar este paso, la insurrección había perdido, a juicio de Engels, su carácter general. Brentano era, para él, la más perfecta personificación de la pequeñoburguesía de Baden. Había adoptado las medidas que salvaguardaban el poder de esta clase y con ello, precisamente, había echado por tierra la insurrección. Como en el sur de Alemania no existía apenas la gran burguesía y, por ello mismo, sólo había un proletariado muy disperso y poco desarrollado, se explicaba que en aquella región no llegara a manifestarse nunca una agitación socialista propiamente dicha, puesto que no se daba un marcado antagonismo entre estas dos clases. Allí, incluso la cinta roja y la bandera roja eran, simplemente, símbolos de la república burguesa, si acaso un poco teñidos de terrorismo.

Para los pequeñoburgueses y los campesinos de Baden, sobre todo, el supremo ideal fue siempre una pequeña república campesino-burguesa, a la manera de la que regía en Suiza desde 1830: "Un pequeño campo de acción para hombres pequeños y modestos, y el Estado un municipio algo más extenso, un 'cantón'; una industria pequeña y estable, basada en el trabajo manual, que hiciese posible una sociedad igualmente estable y adormilada; menos riqueza y menos pobreza, todo clase media y mediocridad, sin monarca, sin lista civil, ejército permanente ni impuestos; nada de participar activamente en la historia, nada de política exterior; puros chismes locales de puertas adentro y pequeñas discordias de familia; ni gran industria, ni ferrocarriles, ni comercio mundial, ni colisiones sociales entre millonarios y proletarios, sino una vida tranquila y apacible en el santo temor de Dios, en la honradez y la humildad": así describe Engels la "venturosa Arcadia" a cuya imagen y semejanza se representaban el pequeñoburgués y el campesino de Baden el futuro de su patria chica y de su patria grande. Pues bien, añadía Engels, si Alemania pudiera llegar algún día a convertirse en esta "república federada de tabaco y cerveza" caería en una fase de humillación como jamás había podido imaginarse ni en sus tiempos más bochornosos.

A juicio de Engels, la revolución, tanto en Baden como en el Palatinado, sólo podía llegar a triunfar bajo una condición: que consiguiera proyectar el movimiento hacia el exterior. La estructura de la sociedad no era, allí, tan

homogénea como en los territorios situados a la derecha del Rin: en las comarcas agrarias repartidas por el pequeño país tenía muchos partidarios, desde el primer momento, al igual que en las ciudades, el partido reaccionario. Esta confusa trama de partidos habría podido eliminarse favoreciendo a los pequeños campesinos mediante un ataque directo a la propiedad privada asentada en las hipotecas y en el crédito hipotecario. Una medida radical de este tipo habría interesado inmediatamente en la insurrección a toda la población rural. Pero esta medida requería un terreno mucho más extenso y condiciones sociales más desarrolladas para poder consolidarse, razón por la cual sólo habría sido posible extendiendo la insurrección hacia el Mosela y el Eifel, donde regían las mismas condiciones en el campo y, además, se complementaban con el desarrollo industrial de las ciudades del Rin.

Engels no se sentía, ni mucho menos, inconsolable ante el fracaso del movimiento insurreccional, que ya había previsto. El fiasco del 13 de junio, en París, y la negativa de Görgey a marchar sobre Viena habrían cerrado las perspectivas de éxito a la insurrección, aunque se hubiera logrado que el movimiento se extendiera a Hesse, Würtemberg y Francortia. La derrota habría sido más honrosa, pero una derrota, al fin y al cabo. La campaña revolucionaria en pro de la Constitución se hundió por su propia mediocridad y por sus propias culpas. El problema que a la parte civilizada del continente europeo se le planteaba, desde las jornadas de junio, era éste: ¿dominación del proletariado o dominación de las clases que gobernaban antes de febrero? No había término medio.

Concretamente, en Alemania —seguida razonando Engels— la burguesía había demostrado su capacidad para gobernar a partir del momento en que, para mantener su dominación frente al pueblo, había vuelto a entregarla a la nobleza y a la burocracia. Con la fórmula de la Constitución, la pequeñoburguesía trataba de encontrar un camino transaccional imposible, para dar largas al combate decisivo. Este intento estaba llamado a fracasar, pues quienes tomaban en serio el movimiento no tomaban en serio la Constitución, y viceversa: aquellos para quienes la Constitución era lo importante no daban importancia al movimiento.

A pesar de todo, una campaña como ésta, condenada desde el primer momento a fracasar política y militarmente, había logrado algunos resultados importantes. En primer lugar, había venido a simplificar la situación: una vez que la campaña había fracasado, no quedaba más que uno de dos caminos: o se imponía la monarquía burocrático-feudal, un tanto constitucionalizada, o triunfaba la verdadera revolución. Y la revolución, en Alemania, no podría ya llegar a su desenlace mientras el proletariado no triunfara en toda la línea.

Incluso en aquellas regiones de Alemania, como Baden, en las que aún no se manifestaban de un modo agudo las contradicciones de clase, se cuidarían los obreros y campesinos, vengando a sus hermanos caídos y asesinados en la insurrección, de que, en el próximo levantamiento fuesen ellos, y no la pequeñoburguesía, quienes empuñaran el timón del movimiento. Y si era cierto que

ninguna experiencia insurreccional, por grande que ella fuera, podía suplir el desarrollo de las clases, no cabía duda de que, gracias a la insurrección y a sus consecuencias, Baden se había incorporado a las provincias alemanas llamadas a ocupar uno de los puestos más importantes en la "inminente revolución".

Y Engels ponía punto final a sus consideraciones recordando el trágico final de la comedia. El pueblo alemán —decía— no olvidará los fusilamientos ni los calabozos de Rastatt; no olvidará a los altos señores que ordenaron estas infamias, ni olvidará tampoco a los traidores que, con su cobardía, las hicieron posibles, a los Brentano de Karlsruhe y de Francfort.

El 17 de agosto de 1849, Marx había hecho llegar a su amigo, desde París, un enjuiciamiento de las perspectivas revolucionarias en Francia e incluso en Inglaterra, que más tarde no se habría confirmado por la realidad, pero que, en el momento en que lo recibió, pudo significar para Engels una voz de aliento. Es posible que, a pesar de su optimismo inabitable, sus perspectivas revolucionarias necesitaran verse fortalecidas en aquellos días de agosto, en que, después del levantamiento frustrado del Rin, Sajonia y el sur de Alemania, se derrumbaba también la insurrección húngara, en la que había cifrado sus mayores esperanzas. Hoy, cabe preguntarse cómo pudo Marx dejarse llevar de aquellas ilusiones que, incluso después de la capitulación de Villagos ante las tropas rusas, le inducían a admitir la posibilidad de que "la triste Prusia" se mezclara en los asuntos de Hungría y de que ello hiciera estallar una guerra mundial.

El hecho de que su amigo Marx le hiciera saber, al mismo tiempo, refiriéndose al foco más viejo de la revolución continental, que el bonapartismo se había comprometido para siempre, que en la opinión pública de Francia volvían a soplar vientos antirreaccionarios que hacían prever, en corto tiempo, un nuevo levantamiento revolucionario y de que le informara de que, en Inglaterra, habían llegado a un entendimiento cartistas y librecambistas para enderezar la política exterior del país contra las potencias continentales de la reacción, hizo que Engels se dejara llevar alegremente de la esperanza de que la revolución europea, que no se resignaba a creer que se hubiera extinguido o estuviera a punto de extinguirse, podía ser asumida y llevada adelante por los obreros industriales más avanzados del Occidente.

Y, pensando así, no le costó ningún trabajo acceder a los deseos de su amigo cuando éste, expulsado de Francia por el gobierno de Bonaparte, le comunicó a Engels que había decidido trasladarse a Inglaterra, instándole insistentemente a que tomara también él, sin tardanza, el camino de Londres. Después de todo, ¿qué iba a hacer allí, en Suiza? A Alemania no podía volver, si no quería que los prusianos le fusilaran dos veces, una por lo de Baden y otra por lo de Elberfeld. Marx suponía que no le sería difícil conseguir de la embajada francesa en Berna un documento para viajar a Londres, pasando por Francia. Pero a Engels le pareció más seguro y más agradable para él hacer el viaje por mar. Se embarcó en un velero que partía de Génova y pasó a bordo cinco semanas. Y, siempre ávido de aprender, aprovechó aquella "gran circunnavega-

ción del mundo" para adquirir algunos conocimientos náuticos. Entre sus papeles póstumos se ha encontrado un diario de navegación, en el que fue anotando los cambios del sol, las direcciones del viento, el estado del mar y el perfil de las costas.

Reunido de nuevo con Marx, Engels se dedicó, en Londres, al lado de su gran amigo, desde el otoño de 1849 hasta el de 1850, principalmente a dos tareas: poner en marcha la publicación mensual titulada *Nueva gaceta renana. Revista político-económica*, para la que Marx había conseguido, en Hamburgo, un editor en comisión y a reorganizar en la Liga comunista las fuerzas de su partido, dispersas y desarticuladas después de la revolución.

Mientras la *Nueva gaceta renana* se había publicado en Colonia, como diario, ostentaba el subtítulo de "Órgano de la democracia". La revista mensual editada en el exilio combatía a la democracia burguesa, la cual se arrogaba la pretensión de trazar el camino a la segunda revolución, que, según Marx y Engels, se acercaba a paso ligero. El prospecto de lanzamiento de la revista expresaba la esperanza de que la publicación llegara a convertirse pronto en semanario y en que, no tardando, pudiera ver de nuevo la luz en la patria como diario. Pero las cosas no resultaron así. Ni siquiera como revista mensual llegó esta empresa publicística, la última que Marx y Engels llevarían a cabo con carácter independiente, a sobrevivir más allá del año 1850.

Engels escribió para esta revista dos trabajos un poco extensos, aparte de otro más corto sobre la jornada de diez horas en Inglaterra. Uno de ellos, *La campaña por una Constitución alemana*, vio la luz en los tres primeros cuadernos, a la vez que el estudio de Marx sobre *Las luchas de clases en Francia*. El otro, sobre *La guerra de los campesinos en Alemania*, ocupó la mayor parte de los dos últimos números.

Por el momento, Engels seguía considerando todo lo ocurrido "entre Debrecen, Berlín y Palermo", en los años 1848 y 1849, solamente como los primeros tiroteos sueltos que anunciaban la lucha final por la emancipación social, que habría de venir y que se extendería durante un período más largo, hasta llegar a su desenlace. Ahora bien —de ello estaban ahora firmemente convencidos Marx y Engels—, aquella lucha estaría condenada al fracaso, degeneraría y se estancaría mientras la encabezara la pequeñoburguesía, de cuya incapacidad revolucionaria había podido convencerse con tanta fuerza Engels en Baden y el Palatinado y que ahora, en su relato, ponía en evidencia con tanto desenfado.

No tiene nada de extraño que los círculos democráticos tendieran muchas veces a condenar como un testimonio de arrogancia la superioridad con que el autor emitía sus juicios. Su afirmación de que la *Nueva gaceta renana* había sido la única que había defendido los intereses del proletariado, no sólo con frases y con buena voluntad, sino con actos, atrajo también sobre Engels el enojo de Otto Lüning. Este portavoz del "verdadero socialismo" consideraba la nítida delimitación de las clases como una prueba de esquematismo y defendía en contra de Engels las directrices tácticas con que el propio Engels se había incor-

porado a la revolución, enfrentándolas a las que ahora, en el momento actual, sostenía.

Lüning seguía proclamando, en el verano de 1850, la necesidad de que todos los partidarios de la revolución se agruparan para cerrar al paso a la reacción. Engels, en cambio, afirmaba la exigencia imperiosa y fundamental de romper con los revolucionarios que compartían a medias o por entero las posiciones de la burguesía, con los que Lüning sostenía que había que marchar mientras se mantuvieran en la misma línea de batalla que ellos. Tanto él como Marx trataban de hacer valer la superioridad teórica que su concepción de la historia les aseguraba frente a quienes, ante los acontecimientos del pasado y ante los del futuro, sólo consultaban a sus deseos personales y a sus puntos de vista subjetivos. Creían haber descubierto el secreto de las grandes transformaciones históricas y que ello les permitía penetrar en el fondo de las cosas en el momento mismo en que estaban sucediendo o, por lo menos, reconocer con seguridad el rumbo que necesariamente habrían de tomar.

Sólo se dieron cuenta clara y cabal de hasta qué punto el giro de los sucesos políticos había sido determinado también por la esfera económica durante la turbulencia de la revolución cuando, saliendo de nuevo a la superficie desde el torbellino revolucionario y a la vista de todo lo que en él habían vivido y aprendido, se dispusieron a ver claro ante sí mismos, en un examen introspectivo vigoroso y a fondo, como el que ahora podían ya afrontar. Vieron entonces, con toda claridad, que la verdadera matriz de la revolución de febrero y de marzo había sido la crisis comercial de 1847 y que de los rumbos que tomara a partir de ahora el mercado mundial, y exclusivamente de ellos, dependía el que la erupción del gran volcán volviera a producirse en fecha próxima o lejana.

Lo mismo que Marx hizo con su estudio sobre *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, Engels aprovechó su trabajo sobre *La campaña por la Constitución* para poner en claro el condicionamiento de los sucesos políticos en que personalmente había participado por causas que tenían en última instancia un carácter económico. Y si ahondó en la historia de *La guerra de los campesinos alemanes* fue también, primordialmente, sin duda alguna, para aguzar su mirada y descubrir, por debajo de las formas políticas de manifestarse la vida histórica, el verdadero corazón del que partían las arterias de las fuerzas económicas. Además, aquel movimiento revolucionario, el más importante de la historia de Alemania, tenía que ayudarle, naturalmente, a comprender mejor el movimiento revolucionario del presente de su país. Les ayudaría a él y a los compatriotas que compartían su modo de pensar a remontarse sobre la miseria y las fallas de la revolución que tenían ante sí, volviendo la vista hacia los tiempos en que también Alemania sabía forjar personalidades revolucionarias capaces de parangonarse con las más grandes de otros países y en que los campesinos y plebeyos alemanes abrigaban planes e ideas ante los que las generaciones posteriores habían retrocedido, muchas veces, aterradas. Frente al momentáneo amodorramiento que observaba por doquier después de dos años de lucha, Engels trataba de sacudir el ánimo de sus compatriotas con la evocación de las recias

figuras de la guerra de los campesinos y de esclarecer su mirada, aguzar su conciencia y espolear su acción con el recuerdo de las numerosas coincidencias que se advertían entre la revolución pasada y la que él seguía creyendo que aún no se había cerrado.

"Las clases y fracciones de ellas que por todas partes han traicionado en 1848 y 1849 las encontramos ya como traidoras en 1525, aunque en una fase de desarrollo todavía inferior". En estas palabras se contiene tal vez la tesis fundamental de su estudio, que no tenía la pretensión de suministrar datos investigados por su propia cuenta, sino que tomaba éstos, principalmente, de los referentes a las insurrecciones campesinas y a Tomás Münzer, de la obra histórica de Zimmermann, terminada en 1843.

Trazando un paralelo entre la estructura de clases de la sociedad alemana durante la revolución social del siglo XVI y la del XIX, Engels aprecia que la primera se hallaba todavía más fragmentada que la segunda. Príncipes, nobleza, prelados, patricios, burgueses, plebeyos y campesinos formaban, en la sociedad del siglo XVI, una masa muy caótica todavía, con intereses muy heterogéneos y necesidades que se bifurcaban y entrecruzaban en todas las direcciones. Cada estamento se interponía ante los otros y sostenía con ellos una continua guerra, ora franca, ora encubierta. Como en 1848, tampoco en 1525 había una clase de la sociedad lo bastante desarrollada para poder imponer su propia estructura a toda la realidad. Y, como el fraccionamiento del país corría parejo con el de las clases e incluso, tal vez, lo aventajaba, ninguna de las dos revoluciones entre las que establece un paralelo había logrado llegar a fundirse en un grande y poderoso movimiento.

"Las cien revoluciones locales que, tomando pie de ello, provocaron cien reacciones locales, llevadas a cabo con el mismo desembarazo que aquéllas, y el mantenimiento de la desmembración en multitud de pequeños Estados son pruebas harto elocuentes. Quien, después de las dos revoluciones alemanas, la de 1525 y la de 1848, siga hablando de república federativa merece ser recluido en un manicomio". A Engels no le cabía la menor duda de las causas que en Alemania habían estorbado una centralización como la impuesta en Francia por la monarquía burguesa constitucional.

El autor de este estudio hace hincapié, a cada paso, en la supeditación de las ideas religiosas y políticas a la estructura económica de la sociedad, y la concepción ideológica de la historia de la Reforma encuentra en él a uno de los primeros y más sagaces contradictores. "Estos ideólogos", dice, "son tan simples que aceptan como moneda buena todas las ilusiones que una época se hace acerca de sí misma o que los ideólogos de una época se hacen acerca de ella". También las llamadas guerras religiosas desencadenadas en el siglo XVI giraban, fundamentalmente, en torno a intereses materiales de clase muy positivos, también ellas eran guerras de clases, ni más ni menos que las colisiones que, con el tiempo, se producirán en Inglaterra y en Francia. El hecho de que estas luchas de clases se manifestaran entonces bajo una forma religiosa, de que los intereses, las necesidades y las exigencias de aquellas clases se envolvieran bajo el

ropaje de la religión, tenía su explicación en las condiciones de vida de su tiempo. Precisamente la difusión de ideas revolucionarias de carácter político-religioso —decía Engels— llenaba el importante cometido de empezar a agrupar a la nación en torno a grandes directrices políticas.

En Lutero y en Tomás Münzer veía la personificación de la oposición burguesa y proletaria, respectivamente, frente a la "barbarie medieval" y las situaciones sociales correspondientes a una y otra. Según él, Lutero había acusado, en 1517 y 1525 exactamente los mismos cambios por los que pasa todo partido burgués, que, colocado momentáneamente a la cabeza del movimiento, se ve luego sobrepasado en él por el partido proletario o plebeyo situado a sus espaldas. En los primeros momentos de su actuación, era necesario aglutinar a todos los elementos de la oposición, poner en marcha las energías revolucionarias más decididas, representar al conjunto de las corrientes consideradas hasta entonces como heréticas en contra de la ortodoxia católica. "Exactamente lo mismo que ocurrió en 1847 con nuestros burgueses liberales, cuando éstos se llamaban socialistas y comunistas y se entusiasmaron con la emancipación de la clase obrera".

Pero, cuando descargó el rayo de la tormenta fulminado por Lutero y entró en acción el pueblo entero, sobre todo el pueblo bajo, el protegido del Gran Elector de Sajonia, el prestigioso predicador, que de la noche a la mañana había subido al poder y a la fama y se veía rodeado de aduladores, dejó en la estacada a las gentes de abajo, lanzadas al movimiento, para unirse a la cohorte de la burguesía, la nobleza y los monarcas. Los llamamientos a la guerra de exterminio contra Roma enmudecieron y Lutero comenzó a predicar la evolución pacífica y la resistencia pasiva. El credo de Ausburgo fue la base negociada sobre la que, a la postre, se levantó la Iglesia burguesa reformada. Exactamente la misma componenda que últimamente habría de repetirse, bajo forma política, hasta la saciedad en las asambleas nacionales, las asambleas en torno al pacto constitucional por cámaras de revisión y parlamentos de Erfurt. Se ponía de manifiesto, así, el carácter pequeñoburgués del movimiento oficial de la Reforma. El pueblo —declara Engels— sabía muy bien lo que decía cuando afirmaba que Lutero se había convertido en un servidor de los monarcas.

Sin embargo, Lutero había opuesto al cristianismo feudalizado de los primeros siglos y a la sociedad feudal en descomposición, en la Biblia, la imagen de una sociedad que no conocía ni remotamente la compleja y artificiosa jerarquía feudal. Y los campesinos habían esgrimido esta arma, por todas partes, contra los príncipes, la nobleza y el clero. Y cuando el reformador de Wittenberg, aterrado ante la tormenta de la revolución plebeyo-campesina, se puso a dar a la Biblia una interpretación reaccionaria, tratando de sancionar con sus textos la monarquía por la gracia de Dios, la obediencia pasiva y hasta la servidumbre, traicionaba con ello, al servicio de los príncipes, no sólo al movimiento proletario, sino también al de la burguesía.

Por Tomás Münzer, el antípoda de Lutero, siente y expresa Engels una simpatía más calurosa. Ya en 1843 había hecho en *The New Moral World* el

elogio de esta figura. Ahora, se valía de ella para hacer ver claramente que, sin que lo dijera de un modo expreso, ponía las aspiraciones que le movían al unísono con las que él y Marx persiguieran en su tiempo. "Cuando hablaba del reino de Dios, Münzer", dice aquí Engels, "quería referirse, en realidad, a una sociedad sin diferencias de clase, sin propiedad privada y en la que no existiera un Estado independiente y por encima de la misma sociedad. Debían ser derrocados todos los poderes vigentes que no se plegaran y sumaran a la revolución, proclamarse la comunidad del trabajo y de los bienes e implantarse la más completa igualdad".

Y Tomás Münzer no se proponía, a su manera, implantar el comunismo solamente en la tierra en que él vivía, sino crear también una organización internacional, por el estilo de la Liga comunista: "Era necesario poner en pie una agrupación que hiciera realidad aquellos objetivos, no sólo en toda Alemania, sino en toda la cristiandad; los monarcas y los señores deberían ser invitados a unirse a ella y, donde no lo hicieran, la agrupación debía encargarse, en cuanto la ocasión se presentara, de derrocarlos por la fuerza de las armas o de matarlos".

Pero la clase representada por Tomás Münzer apenas comenzaba a nacer, cuando él proclamaba estas miras, y distaba todavía mucho de estar en condiciones de someter y transformar a toda la sociedad. El giro social a que él aspiraba, empujado por su fantasía, se hallaba todavía tan distante de las condiciones materiales de su tiempo, que éstas apenas comenzaban a preparar el orden social que representaba cabalmente el reverso de la sociedad que aquel jefe revolucionario preconizaba. La transformación social que tanto aterraba a los protestantes burgueses de su siglo no pasó nunca de ser un débil e inocente intento encaminado a instaurar precipitadamente la sociedad burguesa posterior. Lo que la fantasía se representaba como el comunismo no era, en realidad, más que la imagen anticipada de las modernas relaciones burguesas.

En este anticipo descubre Engels, sin embargo, un hecho importante. Los plebeyos —dice— eran entonces la única clase situada totalmente al margen de la sociedad oficial existente. Carecían de privilegios y de propiedad; no tenían ni siquiera, como tenían los campesinos y los pequeñoburgueses, una posesión que pudieran llamar suya, aunque sobre ella pesaran abrumadores gravámenes. Se hallaban despojados de toda posesión y de toda clase de derechos y esto hacía de ellos el síntoma vivo y acusador de la descomposición de la sociedad feudal y gremial, como los primeros precursores de lo que sería la moderna sociedad burguesa. Partiendo de esta situación, explicaba Engels por qué la fracción plebeya podía limitarse, en aquel movimiento, simplemente a combatir al feudalismo y a los habitantes privilegiados de las ciudades y por qué, al menos en la fantasía, quería remontarse, incluso, más allá de la alboreante sociedad burguesa moderna y tenía que poner en tela de juicio instituciones, concepciones e ideas comunes a todas las formas de sociedad basadas en los antagonismos de clases. Engels deja entrever que, así como el *Manifiesto comunista* iba más allá de las pretensiones y las ideas del promedio de los rebeldes

alemanes de su tiempo y "había formado por vez primera un partido con la *élite* de los elementos revolucionarios que se hallaban a mano, los cuales, cuando supieron mantenerse a la altura de sus ideas y compartir su energía, siguieron representando siempre una pequeña minoría de la masa insurgente", así también Tomás Münzer se había remontado por encima de las concepciones y pretensiones directas de los plebeyos y los campesinos de sus días.

Y este hecho, el de que sus ideas fueran mucho más allá de las posibilidades de su tiempo era precisamente lo que explicaba, según Engels, la trágica suerte de Münzer. Es —nos dice— lo peor que puede ocurrirle al dirigente de un partido extremo: el que se vea obligado a tomar el poder en una época en que el movimiento no se halla todavía para la dominación de la clase a la que representa y para la implantación de las medidas que la dominación de esta clase exige. He aquí sus palabras:

"Lo que *puede* hacer no depende de su voluntad, sino del nivel a que ha llegado el antagonismo entre las diversas clases y del grado de desarrollo de las condiciones materiales de existencia, de las relaciones de producción y de intercambio sobre las que descansa el grado de desarrollo de las contradicciones de clase, en un momento determinado. Y lo que *debe* hacer, lo que de él exige su propio partido, no depende tampoco de él, no depende, por otra parte, del grado de desarrollo de la lucha de clases y de las condiciones que ésta impone; se ve atado por las doctrinas y las exigencias que anteriormente ha sostenido, las que, a su vez, no surgen del estado momentáneo, más o menos fortuito, de las relaciones de producción y de intercambio, sino de la división acertada o equivocada que el dirigente tiene acerca de los resultados generales del movimiento político y social. Y ello le coloca inevitablemente ante un dilema insoluble: lo que *puede* hacer se halla en contradicción con toda su actuación anterior, con sus principios y con los intereses inmediatos de su partido, y lo que *debe* hacer no es, por el momento, viable. En una palabra, se ve obligado a representar, no a su partido y a su clase, sino precisamente a aquella para la que, en el momento de que se trata, está maduro el movimiento".

El propio Engels se habría visto ante el dilema por él formulado. Esta profesión política de fe, en la que, tomando pie de Tomás Münzer, apunta a las condiciones de su propia época, explica una vez más con toda claridad por qué él no quiso nunca participar en la revolución a la manera de un Esteban Born. Es el mismo rasgo de carácter que volverá a revelarse más tarde en su actitud ante la conducta de Lassalle y de Schweitzer. "Quien se ve colocado en esta equívoca situación", tal es su juicio categórico, "está perdido de manera irremediable".

Pero Engels distaba todavía mucho de augurar al movimiento que él estaba viviendo el mismo final trágico a que había llegado la guerra de los campesinos. La revolución de 1525 —según la conclusión a que llegaba el paralelismo establecido por él— había sido un asunto local alemán; en cambio, la revolución de 1848 era un fragmento suelto de un gran acontecimiento europeo. Sus causas motrices no debían buscarse dentro de los estrechos límites de un deter-

minado país, y los países que le servían de escenario eran precisamente los que menos habían intervenido en su génesis. "Han sido como materias primas más o menos inconsciente e involuntariamente remodeladas en el curso de un movimiento en que ahora participa el mundo entero y que, bajo las condiciones sociales existentes en la actualidad, nos hace a nosotros parecer, ciertamente, como una potencia extraña, aunque sólo sea, en definitiva, nuestro propio movimiento".

La total reorganización de la Liga comunista se imponía como una necesidad, a partir del momento en que, al fortalecerse de nuevo las fuerzas reaccionarias, se había visto obligada a refugiarse en la clandestinidad. Como, en el transcurso de la revolución, también los comunistas podían abogar públicamente por sus metas, ello había aflojado y embotado, poco a poco, las relaciones de los distintos círculos y comunas con el Comité central. Mientras que la democracia pequeñoburguesa trataba de organizarse cada vez mejor, el partido obrero había ido perdiendo casi por completo la cohesión que apenas había comenzado a establecer. Los miembros del Comité central, que a fines del año 49 habían vuelto a reunirse casi en su totalidad en Londres, contaban al principio, sin excepción todavía, con que la revolución volvería a estallar en plazo no lejano, y lo más importante, para ellos, era que el próximo movimiento se encontrara con un partido obrero independiente, lo suficientemente capaz para no volver a marchar a la zaga de la burguesía. Enrique Bauer, hombre probado, asumió la tarea de volver a Alemania para ponerse en contacto con las asociaciones de obreros, de campesinos, de jornaleros y de gimnasia que seguían funcionando en el país y tratar de infundir nueva vida, en el seno de ellas, a las comunas de la Liga antes existentes o, en otro caso, crearlas. El programa que habría de servir de base a sus actividades y que él debía difundir en todas partes se habían encargado de trazarlo conjuntamente Marx y Engels, en marzo de 1850.

En este programa de acción, los proletarios alemanes recordaban cómo la burguesía de su país, apenas tuvo el poder en sus manos, se valió de él para volver a colocar a sus aliados, los trabajadores, en la posición subordinada de antes, y que, para este fin, se había confabulado con el partido feudal eliminado por el movimiento de marzo, al cual había acabado cediéndole de nuevo el poder. Ciertamente es que, para renunciar a él, había puesto condiciones que, dados los apuros financieros del régimen, devolverían a sus manos la dominación, siempre y cuando que se lograra encauzar ahora el movimiento revolucionario por los derroteros de una llamada evolución pacífica.

Pero las cosas —aseguraba el programa— no se desarrollarían por esta vía. La nueva revolución estaba a la vista. El papel de traición que en 1848 había correspondido a la gran burguesía liberal lo desempeñarían en la nueva revolución los demócratas pequeñoburgueses, que ocupaban ahora en la oposición el mismo lugar que la gran burguesía liberal ocupara antes de 1848. Sin embargo, su partido, el partido democrático, representaba para los obreros un peligro mucho mayor que el anterior partido liberal. Seguían a este partido, en

la nueva situación, no sólo la gran mayoría de la población burguesa de las ciudades, los pequeños industriales y comerciantes y los artesanos, sino también los campesinos e incluso el proletariado rural que no había encontrado apoyo en el proletariado urbano independiente.

Muy lejos de querer transformar toda la sociedad en interés de las clases desposeídas, los demócratas pequeñoburgueses aspiraban a introducir en la realidad solamente aquellas modificaciones que la hicieran compatible con sus propios intereses. Necesitaban, para ello, implantar en el Estado un régimen político constitucional o republicano que les asegurara la mayoría a ellos y a sus aliados, los campesinos, y un régimen municipal democrático, que pusiera en sus manos el control directo sobre la propiedad comunal y otra serie de funciones. Los obreros, por su parte, seguirían siendo trabajadores asalariados al igual que antes, aunque se les garantizaran una existencia más segura y mejores salarios; es decir, se les corrompería su espíritu revolucionario mediante una política que hiciera su situación momentánea más llevadera.

Peró semejante programa no podía, ni mucho menos, dar satisfacción al partido proletario. Mientras que los demócratas pequeñoburgueses aspiraban a poner término a la revolución lo antes posible, era interés y misión de aquel partido convertirla en una situación duradera, hasta que todas las clases más o menos desposeídas, desplazadas del poder, conquistaran el poder político proletario y hasta que la unión de los trabajadores, no sólo en un país, sino en todos los países importantes del mundo, hubieran dado los pasos necesarios para que, por lo menos, las fuerzas decisivas de producción se concentraran en manos de los proletarios. No podían ni debían contentarse con que la propiedad privada cambiara, sino que debían aspirar a su total abolición: no se trataba precisamente de paliar las contradicciones de clase, sino de eliminarlas; no de introducir mejoras en la sociedad existente, sino de fundar otra nueva.

Como la democracia burguesa estaba llamada, indudablemente, a ejercer, por el momento, una influencia decisiva en la próxima fase de la revolución, la Liga comunista consideraba pertinente dar respuesta a tres preguntas: ¿cómo debía comportarse ante dicha democracia, mientras ésta sufriera también la opresión? ¿Cuál debía ser la actitud que el partido proletario tenía que adoptar ante ella en el transcurso de la inminente lucha revolucionaria que le daría la supremacía? Y, ¿qué trato se le debería aplicar después de esta lucha, cuando ejerciera el poder tanto sobre las clases derrocadas como sobre el proletariado?

En el momento actual, los demócratas pequeñoburgueses tendían la mano al proletariado con vistas a organizar un gran partido de oposición. Les gustaría enrolar a los trabajadores en una organización de partido en la que sus intereses específicos se envolvieran y escondieran en una fraseología socialdemócrata, sin hablar en absoluto de las reivindicaciones concretas de los obreros. Si el proletariado se dejaba embaucar por ellos, perdería su independencia, a tan duro precio conquistada, para volver a renquear a remolque de la democracia como apéndice suyo. En vez de servir de coro ovacionador a los demócratas burgueses, la Liga comunista aspiraba a que los trabajadores organizaran su

partido obrero propio e independiente, público y secreto, junto a los demócratas oficiales y a que cada comuna de la Liga fuese el eje y el núcleo de una serie de asociaciones obreras, en cuyo seno se discutieran la posición y los intereses del proletariado, al margen de toda influencia burguesa.

En caso de lucha contra el adversario común, no se necesitaría contar con ninguna agrupación especial. En esa coyuntura, coincidirían por el momento los intereses de ambos partidos y cada uno de ellos se preocuparía, al igual que antes, de establecer por sí mismo las relaciones impuestas por la situación. Como es natural, en esta lucha la masa pequeñoburguesa se mantendría pasiva, pero tan pronto como la victoria se decidiera a su favor, procuraría apoderarse de ella, exhortaría a los obreros a la paz y a la vuelta al trabajo y trataría por todos los medios de excluirlos de los frutos de la victoria.

No estaba en manos de los trabajadores evitar que los demócratas pequeñoburgueses procedieran de este modo. Pero sí podían hacer que el proletariado armado se opusiera a ese estado de cosas y les dictara las condiciones necesarias para evitar que la democracia burguesa llevara ya en su seno, desde el primer día de la victoria, el germen del descalabro. Y, sobre todo, los trabajadores, inmediatamente después de la lucha y por todos los medios posibles, debían salir al paso de la marcha hacia atrás de la burguesía y pugnar por que la agitación revolucionaria directa no fuese reprimida inmediatamente después de la victoria. Debían hacer a todo trance que, al lado de las reivindicaciones de la democracia burguesa, se mantuvieran sin perder ocasión sus propias reivindicaciones. Debían exigir garantías para los trabajadores, tan pronto como los demócratas burgueses se dispusieran a tomar el poder en sus manos. Y debían imponer por la fuerza estas garantías y velar por que el nuevo gobierno se comprometiese, arrancándole todas las promesas y concesiones posibles.

Debían procurar a todo trance no dejarse llevar alocadamente del entusiasmo por las nuevas conquistas y no perder la tranquilidad y la sangre fría, la reserva y la desconfianza ante los nuevos depositarios del poder. Al lado de los nuevos gobiernos oficiales, debían crearse gobiernos obreros revolucionarios con iniciativa propia, bien en forma de comités y consejos municipales, bien mediante clubs o comités obreros, de tal modo que el gobierno demócrata-burgués perdiera inmediatamente el apoyo de los trabajadores y se sintiera vigilado de antemano y amenazado por autoridades que tuvieran detrás a toda la masa obrera.

Para poder hacer frente, con toda energía, a la democracia victoriosa, que empezará a traicionar al proletariado al día siguiente de la victoria, es necesario —dice este programa de acción— que los obreros se armen y se organicen. Hay que imponer sin pérdida de tiempo el armamento del proletariado y oponerse a que se organicen las viejas milicias cívicas, dirigidas contra los obreros. Y cuando esto no pueda conseguirse, los trabajadores deberán tratar de organizarse por su cuenta como guardia proletaria, con sus propios mandos y su propio estado mayor, pero no a las órdenes del Estado, sino de los consejos municipales revolucionarios instituidos por los obreros.

Tan pronto como el nuevo gobierno democrático empezara a sentirse consolidar, comenzaría sin pérdida de tiempo la ofensiva contra los trabajadores. Para poder hacer frente a ella, éstos deberían hallarse organizados por su cuenta en clubs obreros y centralizados. El Comité central de la Liga comunista se proponía trasladarse a Alemania tan pronto fuera derrocada la reacción, convocar un congreso y proponer a éste las medidas necesarias para centralizar los clubs obreros bajo una dirección establecida en el centro del movimiento.

Ahora bien, ¿qué política debería seguir el partido obrero ante las elecciones a la representación nacional, cuando éstas se convocaran, a raíz de la victoria de la revolución democrática? Debería velar, fundamentalmente, por que, al lado de los candidatos demócratas burgueses se presentasen y fuesen elegidos en todas partes candidatos obreros, a ser posible miembros de la Liga. Estas candidaturas debían presentarse aun en aquellos lugares en que no hubiera la menor probabilidad de éxito, para afirmar la independencia del partido proletario, hacer un recuento de sus fuerzas y exponer ante las masas sus puntos de vista revolucionarios.

El primer punto en el que el partido obrero chocaría con la democracia burguesa sería, probablemente, la liquidación del feudalismo. En efecto, los pequeñoburgueses tratarían de entregar a los campesinos las tierras de los señores feudales en forma de propiedad libre, es decir, dejando en pie el proletariado rural y pretendiendo crear una clase de campesinos pequeñoburgueses. El partido obrero, por el contrario, deberá exigir que la propiedad feudal confiscada pase a ser patrimonio del Estado y sea cultivada por el proletariado agrícola en forma cooperativa y con todas las ventajas de la explotación en gran escala.

En segundo lugar, los demócratas lucharían directamente por la república federativa o, por lo menos, si no podían evitar la estructuración unitaria del país, tratarían de entorpecer la acción del gobierno central asignando a los municipios y a las provincias la mayor independencia o autonomía posibles. Los trabajadores, por su parte, no sólo deberían afirmar la consigna de la república alemana una e indivisible, sino reclamar, dentro de ella, la más completa centralización de los poderes en manos del Estado, sin dejarse embaucar por las chácharas democráticas acerca de la libertad municipal y del gobierno autónomo. No deberán permitir que se mantenga en pie un estado de cosas en que los alemanes tendrían que seguir peleando en cada ciudad y en cada provincia por conquistar en todas partes los mismos avances.

Una vez en el poder, los demócratas no tendrían más remedio que proponer una serie de medidas de carácter más o menos socialista. Pues bien, ¿qué reivindicaciones deberán oponer en ellas los obreros en los inicios del movimiento, cuando no sea posible todavía reclamar transformaciones directamente comunistas?

El partido proletario deberá obligar a los demócratas a atacar el orden social existente en cuantos aspectos sea posible hacerlo, transformar la marcha regular del orden establecido y hacer que el propio gobierno se comprometa en

esta dirección. Los obreros deberán concentrar en manos del Estado la mayor cantidad posible de fuerzas productivas, medios de transporte, fábricas y carriles. Deberán impulsar hasta el máximo las propuestas de reformas de los demócratas y tratar de convertirlas en ataques directos contra la propiedad privada. Cuando los pequeñoburgueses propongan la compra de fábricas y ferrocarriles, deberán exigir que sean confiscados por el Estado sin indemnización, como propiedad del Estado. Deberán forzar en un sentido anticapitalista y confiscatorio todas las medidas fiscales propuestas por los demócratas y, si éstos reclaman la regulación de la deuda pública, presionar hacia la bancarrota del Estado.

Aunque los trabajadores alemanes no podrán llegar a la dominación y a la implantación de sus intereses de clase sin pasar por un prolongado desarrollo revolucionario, esta vez tendrán, por lo menos, la certeza de que el primer acto de la nueva revolución coincidirá con la victoria del proletariado francés y de que esta victoria acelerará la suya propia. Claro está que ellos mismos tendrán que contribuir fundamentalmente a ella con una gran claridad de conciencia acerca de sus propios intereses de clase, no dejándose engañar por la hipócrita fraseología de los pequeñoburgueses, afirmando la organización independiente del proletariado y lanzando el grito de batalla de revolución permanente.

Es cierto que el curso inmediato que las cosas siguieron en Alemania habría de desengañar a los autores de este primer programa detallado de acción destinado al partido obrero alemán todavía en ciernes. Pero sería un error creer que el programa aquí trazado fuera una colección de palabras lanzadas al viento. La historia de los partidos proletarios nos enseña que el programa que hemos resumido sigue todavía conservando su actualidad, y no sólo en Alemania.

Cuando Marx y Engels hicieron llegar a su país este "plan de guerra contra la democracia", como Marx llamaría más tarde al programa de acción de que acabamos de hablar, esperaban que la revolución, que aún no daban por terminada, volvería a encenderse con el levantamiento de los obreros, como secuela de una guerra europea. En febrero de 1850 estaban firmemente convencidos de que, en el transcurso del año, la que ellos consideraban la Santa Alianza reconstituida lograría la estabilización de los viejos poderes mediante la fuerza de las armas.

Un resumen político que figura al final del segundo cuaderno de la revista, probablemente redactado en lo fundamental por Engels, hace hincapié en cómo los dos años de la revolución habían embrollado a Rusia en la política europea y en que ello obligaría al régimen zarista a apresurarse a poner en práctica sus planes sobre Constantinopla, si no quería que fracasaran para siempre. El organismo del Estado austríaco —decía este resumen— iba deteriorándose a pasos acelerados. Y era en vano que el gobierno tratara de contenerlo mediante una convulsiva centralización. "Sólo podía pensarse, con alguna probabilidad de éxito, para salvar la situación, en un golpe desesperado: la guerra hacia el exterior; pero esta guerra, hacia la que Austria se ve inexorablemente empujada, conducirá rápidamente a su total desintegración".

En el curso de esta guerra futura, Rusia —se pronosticaba— pondrá el pie en Alemania, dará cima enérgicamente a la contrarrevolución y, aliada a Prusia, emprenderá desde aquí la nueva cruzada contra la moderna Babel. Inglaterra, acusada por las circunstancias, no tendrá más remedio que enfrentarse a Rusia. Del modo como las cosas se desarrollen en París dependerá que el ataque a Francia vaya o no precedido de acciones diversionistas contra Suiza o Turquía. La burguesía dominante en Francia aspira a la supresión del sufragio universal, pero el conflicto que ello provocaría no haría más que acelerar el triunfo de la revolución. Engels sigue mostrando poca simpatía hacia los Estados pequeños y débiles. El Consejo federal suizo, que, por servilismo a los gobiernos reaccionarios, había expulsado de su suelo a la mayoría de los refugiados políticos alemanes era, para él, “el ejemplo más patente y es de esperar que el último de lo poco que significaba la supuesta independencia y autonomía de los pequeños Estados entre las grandes potencias modernas”.

Mientras el continente se dedicaba a la revolución y la contrarrevolución, Inglaterra, según indicaban Marx y Engels en su revista, se ocupaba en producir un artículo completamente distinto: la prosperidad. Los dos amigos no creían todavía en que pudiera ser duradera. Pronosticaban para fines de la primavera de 1850 o para el mes de agosto, a más tardar, la crisis económica, preludio de la revolución inglesa, que ellos seguían creyendo inevitable.

Todas estas constelaciones europeas, sin embargo, quedaban ahora relegadas para ellos a las sombras ante un acontecimiento que consideraban más importante que la revolución de febrero y al que atribuían una trascendencia aún mayor que al mismo descubrimiento de América: el descubrimiento de las minas de oro de California, realizado diecisiete meses antes. Todos los proyectos para abrir un canal en el istmo de Panamá habían fracasado hasta entonces, al chocar contra la recelosa miopía de los países comerciales. La parsimonia con que durante tres siglos se había comerciado por el Océano Pacífico y el Cabo de Buena Esperanza tocaba a su fin. El oro californiano se derramaría como un torrente sobre América y las costas asiáticas del Pacífico y arrastraría al comercio mundial y a la civilización a los pueblos bárbaros reacios al intercambio. Lo que en la antigüedad habían sido Tiro, Cartago y Alejandría y en la Edad Media Génova y Venecia, lo que hasta ahora venían siendo Londres y Liverpool, los emporios del comercio mundial, están llamados a serlo ahora Nueva York y San Francisco, San Juan de Nicaragua y León y Chagres, en Panamá.

“El centro de gravitación del intercambio mundial, que en la Edad Media fuera Italia y en la época moderna era Inglaterra, lo sería ahora la parte sur de la península norteamericana. Y la industria y el comercio de la vieja Europa tendrían que hacer un poderoso esfuerzo, como el que a partir del siglo XVI hicieron la industria y el comercio de Italia, si Inglaterra y Francia no quieren verse reducidas a lo que hoy son Venecia, Génova y Holanda”.

La única perspectiva que se abre ante los países civilizados de Europa, si el Atlántico queda reducido al papel de un mar interior como el Mediterráneo y no quieren caer en la misma situación de subordinación industrial, comercial

y política en que hoy se hallan Italia, España y Portugal, es —dicen aquí Marx y Engels— una revolución social. Tienen, mientras aún estén a tiempo para ello, que transformar el modo de producción y de intercambio para ponerlo en consonancia con las necesidades de la producción planteadas por las nuevas fuerzas productivas, abriendo con ello el paso a fuerzas productivas nuevas y más altas, que garanticen la superioridad de la industria europea, para contrarrestar así los perjuicios que ahora acarrea su situación geográfica.

Volvemos a ver aquí, una vez más, que Marx y Engels eran mejores profetas más a largo plazo que a plazo corto. La supresión del sufragio universal, llevada a cabo el 31 de mayo, no provocó en Francia ninguna explosión revolucionaria. El proletariado parisino, diezmado por la matanza de junio, contempló esta amputación política a que se le sometía con la misma indiferencia con que, poco después, se resignaría a las restricciones impuestas a la libertad de prensa. En Inglaterra y en el mundo entero, el auge económico no sufrió, ni mucho menos, un rápido colapso. Tampoco llegó a ser realidad la anunciada guerra de las potencias de la Santa Alianza contra el Occidente. En el verano de 1850, las cosas habían ido tan allá, que el partido revolucionario había desaparecido de la escena en todos los países de Europa y los vencedores podían, sin tenerlo en cuenta para nada, disputarse entre ellos los frutos de la victoria.

En Alemania, sobre todo, ya nadie podía dudar que los poderes feudales festejaban clamorosamente y sin el menor pudor su resurgimiento y que, como Lassalle hubo de expresarlo un año más tarde, en carta a Marx, el capital se resignaba a "servir de palafrenero, junto a la carroza del gran terrateniente". A la vista de todo esto, también para Engels y para Marx había llegado la hora de detenerse a meditar sobre una realidad objetiva ya incuestionable.

Cuanto más a fondo analizaban, en meticulosos estudios, los años de la dura depresión económica que habían seguido al breve período de auge económico de los años 1843 a 1845, más nítida e incuestionable se revelaba a ellos, en todos sus detalles, la conexión causal entre la curva del mercado mundial y la curva política de los avances y los repliegues de los últimos años. Como se subrayaba cuidadosamente en el resumen de los acontecimientos de mayo a octubre publicado en el último número doble de la *Revista de la Nueva gaceta renana*, la exposición universal que los ingleses preparaban para 1851 encerraba una importancia bastante mayor "que los congresos absolutistas de Bregenza y Varsovia, que tanto desazonaban a nuestros filisteos democráticos continentales, o que los congresos democráticos europeos que constantemente estaban organizando los gobiernos provisionales *in partibus* para salvar al mundo". Aquella exposición era, para él y para Marx, una prueba patente de la fuerza concentrada con que la gran industria moderna derribaba en todas partes las barreras nacionales e iba borrando cada vez más las particularidades locales en la producción, en las relaciones sociales y en el carácter de cada pueblo. La exposición de Londres condensaba y desplegaba en un pequeño espacio la masa global de las fuerzas de producción de la moderna industria, cuando ya las

modernas relaciones burguesas se veían minadas por todos lados. Y, al hacerlo, ponía ante los ojos el material que en medio de esta sociedad socavada había ido acumulándose y seguía juntándose día tras día, para levantar sobre ella otra nueva.

La burguesía se erigía su panteón en el momento mismo en que todo su esplendor estaba a punto de derrumbarse, y el derrumbamiento le haría ver de un modo inexorable que las fuerzas creadas por ella se le escapaban ya de las manos. Si el nuevo ciclo de desarrollo industrial, iniciado en 1850, seguía el mismo curso que el de 1843 a 1847, la nueva crisis comenzaría a manifestarse en 1852. La importancia del descubrimiento de las minas auríferas de California no radicaba solamente en el acicate de la producción de oro, sino también en el impulso que las nuevas riquezas minerales habían venido a significar para los capitales del mundo entero, empujándoles a abrirse nuevos caminos.

Las crisis empezaban manifestándose en el campo de la especulación y de allí pasaban más tarde al de la producción. La tendencia a lanzarse a la navegación transoceánica a vapor y sobre la canalización del istmo sudamericano convertía a Nueva York, hacia donde afluía la gran masa del oro californiano, en el centro de estas especulaciones y con ellas en el del gran descalabro que se acercaba. Pero, por muchas compañías que llegaran a dar en quiebra, seguirían navegando los vapores que duplicaban el intercambio atlántico, que habían abierto a la navegación el mar Pacífico, que servían de nexo de unión entre Australia, Nueva Zelanda, Singapur, China y América y que habían reducido a cuatro meses la circunnavegación del mundo. Y aunque Engels admita como probable el que la dirección económica del mundo civilizado se desplace a América, por el momento sigue viendo en Inglaterra al "demiurgo del cosmos burgués". Y señala que también deberá buscarse siempre en Inglaterra la base de las crisis que comienzan engendrando revoluciones en el continente. La medida en que estas revoluciones continentales repercutan en Inglaterra es, a su vez —nos dice—, el termómetro encargado de marcar hasta qué punto dichas revoluciones hacen estremecerse realmente los fundamentos burgueses o afectan solamente a sus formas políticas.

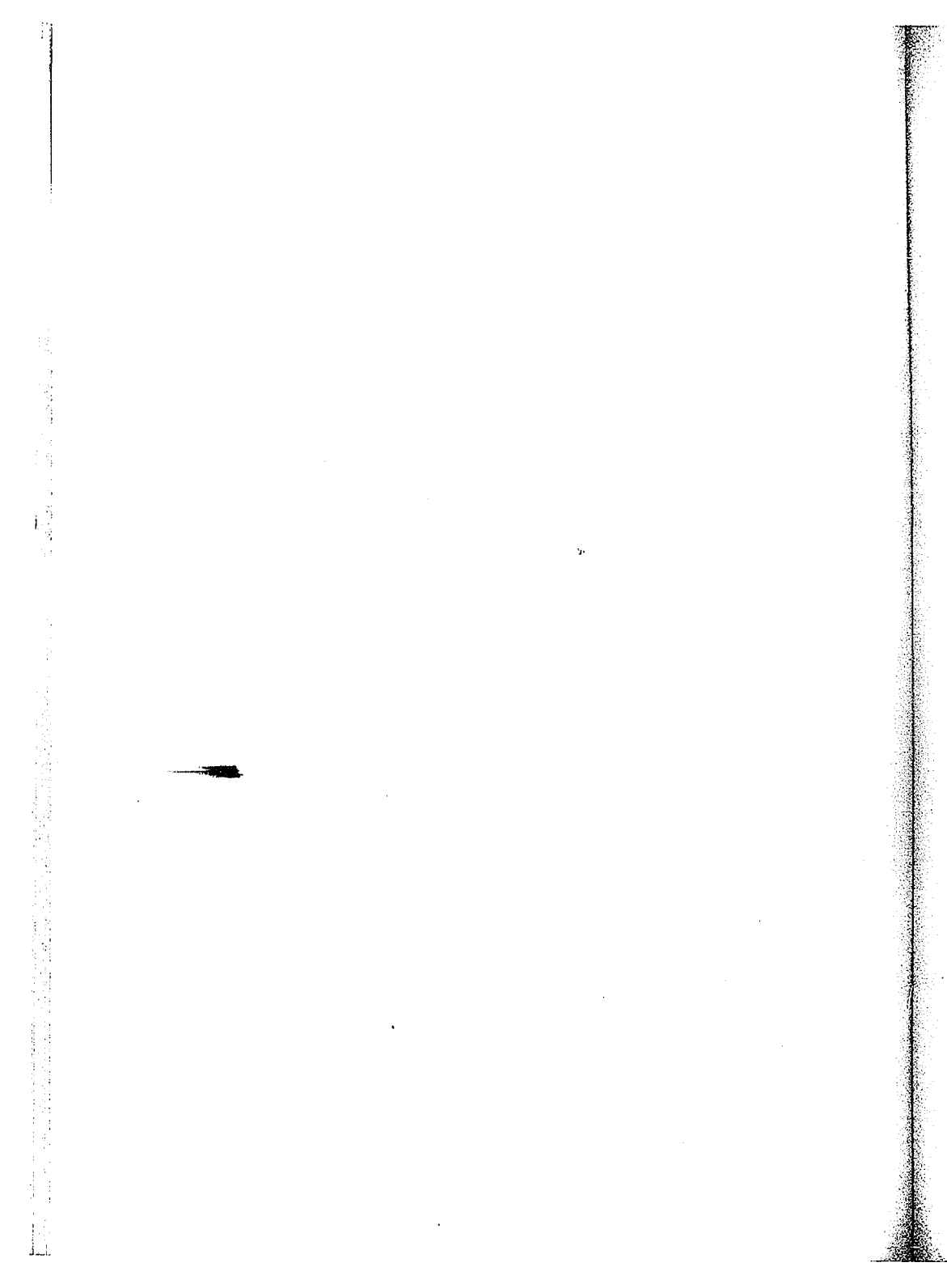
Así, pues, aunque tampoco ahora ve Engels catalogarse en una remota lejanía la crisis mundial, de la que habrán de irradiar los efectos revolucionarios, no cabe duda de que, por el momento, veía desarrollarse con tal opulencia la prosperidad general de la sociedad burguesa, que no le parecía que, en aquellas condiciones, pudieran darse las premisas necesarias para una verdadera revolución. Una revolución —así lo proclamaban Marx y Engels sin empacho, aun a costa de que esta confesión pudiera hacerles perder la simpatía de los partidarios que aún les quedaban entre los refugiados de Londres— sólo podía anunciarse en el horizonte con trazos claros siempre y cuando que estallara una contradicción entre las modernas fuerzas productivas y las formas burguesas de producción. "Una nueva revolución", tales eran sus palabras, "sólo puede surgir como secuela de una nueva crisis. Pero indudablemente es tan segura e inevitable como ésta".

En una fiesta de año nuevo celebrada en Londres bajo la presidencia de Harney y en la que estaban representadas numerosas organizaciones de refugiados habló públicamente Engels del retorno de la prosperidad como la causa más profunda del fracaso de la revolución de 1848 y 1849. Más adelante, la arrogancia con que Marx y él miraban desdeñosamente desde la roca inabitable de su concepción de la historia a la pléyade de los ideólogos que seguían enjuiciando erróneamente la situación real y no se apeaban de la creencia en que las revoluciones pueden fabricarse a voluntad, los hizo caer en aislamiento. Negaban ante quien quisiera oírlos que fuese posible ni que tuviera perspectivas de éxito el empeñarse en llevar al triunfo a una revolución "mediante la organización de un ejército de la fe y la fundación de una religión". Y en el último número de la *Revista de la Nueva gaceta renana* condenaban como "un modo de pensar propio de filisteos" el hecho de que la mayoría de los refugiados negara la existencia de la lucha de clases y considerara todas las contradicciones existentes simplemente como otras tantas consecuencias de la existencia de sistemas divergentes, que resultarían fácilmente conciliables.

Engels sintió siempre una aversión invencible por los conspiradores profesionales, por los "hábitos disolutos" de una emigración dedicada a vagabundear en el extranjero, institución "en la que cada uno se convierte necesariamente en un necio, un asno y un bribón, que se siente muy a gusto en ella", por los románticos de la revolución, que, sin penetrar a fondo en el juego de los factores determinantes de la historia, creen poder poner en pie los movimientos revolucionarios apetecidos mediante conspiraciones espontáneas. Por muy celoso que se sintiera de su libertad personal, llevaba demasiado en la sangre la tradición en que se había educado para que no le repugnara la bohemia, cualquiera que fuese y como quiera que se llamase. Un día, en Amberes, para dar en la cabeza a la colonia alemana de aquella ciudad, se presentó con su amiga Mary en una reunión en la que sabía que los filisteos fruncían el ceño ante semejante osadía. Y fue la aversión que sentía, por razones de principio, contra el matrimonio como institución burguesa, la que le llevó a no querer legitimar ante la autoridad su unión con la obrera irlandesa que fue su compañera de toda la vida.

En el fondo, reconocía los poderes objetivos como lo que eran; respetaba su fuerza, en cuanto estimaba que la tenían, y hacía cuanto estaba en sus manos por socavarlos, si consideraba necesario obrar así. Pero sentía verdadero desprecio por la arrogante infatuación de los individuos que se tenían en mucho por sí solos y ni siquiera sabían en qué juego figuraban. Tan pronto como llegó, estudiando las cosas, a la conclusión de que no había razones para esperar que se produjera una crisis económica en plazo no lejano, sacó de ello consecuencias que serían decisivas tanto para la conformación de su vida personal como para sus posiciones políticas.

SEGUNDO TOMO



CAPITULO I

TRASLADO A INGLATERRA. TRABAJO ENTRE LOS EMIGRADOS DISOLUCIÓN DE LA LIGA COMUNISTA.

Veintisiete años contaba Engels al estallar la revolución y se creía ya cercano a la meta anhelada. Grande fue su decepción al ver que ante ella se levantaban todavía densos nubarrones. La vehemente vitalidad de Engels se avenía mal con el silencio, y su carácter viril era incompatible con la acomodación agazapada como para que pudiera permanecer en su tierra natal, donde la policía y el ejército volvían a poner coto a la palabra hablada y escrita; aun suponiendo —cosa poco verosímil— que el revolucionador de los trabajadores del Wuppertal y el teniente de la sublevación armada de Baden no se viese amenazado de procesamiento y grave condena. Pero el hombre que volvía a desembarcar en Inglaterra en noviembre de 1849, ahora como refugiado, no podía sospechar que había abandonado de por vida el suelo de su patria y que jamás volvería a empuñar la pluma o la espada en una revolución alemana.

Al principio, la gran mayoría de los refugiados políticos habían preferido esperar en otros países del continente el surgimiento de la revolución, que daban por cercano. El grupo de hombres de *La nueva gaceta renana* fue, por esta razón, el primero que, unido a la Asociación alemana de cultura obrera, afín a él, emprendió la tarea de ayudar a sus compatriotas expulsados de Alemania por la contrarrevolución.

Engels, celoso, entusiasta y seguro en cuanto tomaba en sus manos fue nombrado secretario del Comité socialdemócrata de refugiados. A comienzos de marzo de 1850, en llamamiento firmado por Marx, Engels, Willich, Bauer y Pfänder, dicho Comité se dirigió a quienes en Alemania comulgaban con sus ideas, solicitando una aportación económica. Pero no tardaron en presentarse en Londres gran número de refugiados alemanes de otras tendencias, quienes acusaban de parcialidad a la acción solidaria emprendida por los comunistas. Engels y sus amigos se apresuraron a enviar a los pocos periódicos alemanes que aún daban acogida a sus declaraciones, notas explicativas de que su Comité prestaría ayuda a cuantos refugiados demostraran estar necesitados de ella, sin tener en cuenta en absoluto sus ideas políticas.

Cuando se vio que los recursos pecuniarios escaseaban cada vez más, al paso que el flujo de los necesitados de socorro crecía sin cesar, el Comité de ayuda alquiló en Great Windmill Street, de la City, una espaciosa casa donde el contingente más pobre de los refugiados encontraba albergue y comida y, si lo deseaba, podía obtener también trabajo en un taller de cepillado y otras pequeñas industrias del barrio.

Estos "refugiados de bajo nivel" eran, en su mayoría, elementos de escasa cultura, que sólo apetecían una cosa: poder regresar cuanto antes a la patria. Su ídolo era Willich, siempre dispuesto a asegurarles que la hora del retorno estaba próxima. En cambio, Marx y Engels eran mal vistos por ellos, pues no se recataban para poner en duda la aseveración de quienes anunciaban para fecha cercana el resurgir de la revolución.

El conflicto latente estalló en abierta ruptura en la sesión del Comité central de la Liga comunista celebrada el 15 de septiembre de 1850. Marx y Engels, viéndose casi solos en las ideas que sustentaban, propusieron y lograron que el Comité central de la Liga se desplazara a Colonia. En Londres, mientras tanto, se enfrentaban dos facciones: la más numerosa, encabezada por Willich y Schapper, se manifestaba en un sentido activista e incluso golpista; en la otra, más reducida, militaban Marx, Engels y los demás cercanos a ellos. La división llegó a tales extremos, que los dos amigos tuvieron que abandonar la Liga de cultura obrera, al manifestarse ésta totalmente identificada con las posiciones de Willich y Schapper.

Durante el año que vivió en Londres como refugiado político entre otros compatriotas emigrados como él, sabemos por algunos indicios cuán vivo era el odio que sentía Engels contra la victoriosa reacción prusiana, ante la que *La nueva gaceta renana* había tenido que abandonar el campo. En la primavera de 1850, un soldado licenciado había disparado contra Federico Guillermo IV sin llegar a herir al monarca; según creían saber los refugiados, el gobierno prusiano se valió del atentado para mover a las autoridades inglesas a aplicar en contra de ellos la ley sobre los extranjeros.

El 15 de junio —exactamente tres meses después de haberse producido la escisión de la Liga comunista—, Marx y Willich hicieron pública una declaración común en la que se decía que no eran los revolucionarios, sino, por el contrario, el partido ultrarrealista el interesado en elevar al trono cuanto antes al príncipe de Prusia. Era pues absurdo que el gobierno diera claramente a entender, con la nueva ley contra la libertad de prensa y con los manejos de su embajada en Londres, que trataba de hacer a la oposición radical responsable del frustrado regicidio.

En septiembre del mismo año, ocurrió en la capital de Inglaterra el conocido suceso de que fue víctima el general austríaco von Haynau, a quien toda la Europa de sentimientos liberales conocía bajo el nombre de "la hiena de Brescia y Budapest". Quien como él se había atrevido a ordenar que su soldadesca azotase a latigazos a indefensas mujeres, recibía ahora una saludable lección, al verse físicamente maltratado por hombres de un país políticamente libre. En su

visita a una fábrica de cerveza de Londres, acompañado por un miembro de la familia Rothschild, el odiado general fue reconocido por un refugiado alemán y severamente golpeado y casi linchado por los trabajadores de la fábrica. El suceso produjo tremenda sensación. Aunque a regañadientes, Palmerston no tuvo más remedio que presentar excusas al gobierno austríaco. Por su parte, los *Fraternal Democrats* celebraron en el mismo escenario de los hechos un mitin muy concurrido, en el que los oradores trazaron la verdadera imagen del personaje agredido como un enemigo empedernido del género humano, a quien la justicia del pueblo había aplicado el castigo merecido. En este mitin tomó también la palabra Engels, saludado con fuertes aplausos cuando, con profunda emoción, dio las gracias a los obreros ingleses por su acción justiciera.

El viejo príncipe de Metternich, quien compartía ahora con muchas de las que fueran sus víctimas el exilio londinense, aunque no sus privaciones, había descubierto, tarde ya, naturalmente, para sus actividades políticas, que Inglaterra era un excelente observatorio sobre los horizontes del mundo. Con resultados incomparablemente más importantes para el futuro, se establecieron Engels y Marx, a partir de ahora, en esta atalaya, desde la que podían columbrar la lejanía en el espacio y en el tiempo. Engels sabía ya desde su primera estancia en aquel país cuán amplias eran las perspectivas que desde allí se abrían.

Probablemente desde el continente no habrían llegado a darse cuenta tan pronto de que comenzaba una nueva era de prosperidad. Pero entre el resto de los refugiados, tanto Marx como él encontraron oídos sordos y una porfiada resistencia cuando les hicieron saber que la crisis económica tendía a calmarse y que, como consecuencia de ello, era de prever que, por el momento, se aquietara también la crisis política. Y la misma hostilidad que sus camaradas más cercanos de partido manifestaron, a los dos amigos, quienes militaban en el campo democrático-burgués de la emigración, los alemanes y los de otros países.

Todos ellos se empeñaban en convertir sus deseos en realidad y difícilmente habría entre ellos ni uno solo que, empeñado como Marx y Engels en ampliar incansablemente su horizonte visual, tuviera el valor de ir revisando y reajustando sus puntos de vista al calor de las observaciones a las que no podían sustraerse. La mayoría de los refugiados se daban por contentos con tal de ir saliendo adelante, en medio de sus estrecheces, en tierra extranjera. Y se aferraban a la esperanza de que su permanencia entre los orgullosos ingleses, quienes los veían con despectiva tolerancia, no habría de durar mucho, de que no tardaría en sonar la hora de la nueva revolución, que los devolvería a la patria y pondría en sus manos la dirección del movimiento popular, esta vez incontenible. Aquellos hombres tendían a exagerar, a veces hasta lo grotesco, lo que habían hecho en su país antes de salir al desierto y lo que en éste hablaban o escribían, y sus actos y sus palabras sólo eran tomados en serio por quienes se veían obligados a desempeñar un papel semejante al suyo.

Hasta Lassalle hubo de hacer notar, por aquel entonces, en carta a Marx, hasta qué punto apartaba la nación sus ojos de aquellos expatriados y de sus

desplantes "infantiles" y, no pocas veces, incluso contraproducentes. Engels, por su parte, era demasiado generoso para no sentir desprecio por aquellos "arribistas" y demasiado amigo de la verdad para no juzgar como se merecían a quienes vivían solamente de ilusiones. No alcanzaba a comprender cómo, después de las duras lecciones recibidas, podía haber todavía necios que cifraran sus más altas ambiciones en llegar a ocupar un puesto en cualquier gobierno imaginario que se formara después de la primera insurrección victoriosa, para verse barrido a las pocas semanas, cubierto de oprobio.

Por mucho que discreparan entre sí las ideas e intenciones de los refugiados, casi todos ellos se sentían unidos por algo que los hacía elevarse sobre las fronteras de las peculiaridades nacionales o las aspiraciones de orden personal: la fe en la fuerza mágica de la democracia y el convencimiento de que la segunda revolución, ya cercana, se encargaría de implantar definitivamente esta forma de gobierno en sus países respectivos. Las metas de la lucha en las que podían ponerse de acuerdo, en lo esencial, la gran mayoría de los emigrados eran arriar la bandera de los Habsburgo en Budapest, Milán y Venecia y la delzar en Varsovia y, a ser posible, en el mismo Petersburgo; lograr, en París, la elección de un hombre seguro para presidente de la república, como sucesor de Luis Napoleón y, en Alemania, poner en vigor la Constitución votada por el parlamento de Francfort.

Sólo una minoría socialista exigía, además de lo anterior, una serie de reformas de carácter social. Pero, incluso esta minoría, si exceptuamos al reducido grupo congregado en torno a Marx, se mostraba, a pesar de todo, dispuesta a unirse en un frente común con el resto de la emigración democrática con el fin de llegar a la realización de la democracia, como primera etapa en el camino hacia el socialismo. Y quienes pensaban de este modo no comprendían ni perdonaban el hecho de que los autores del *Manifiesto comunista* no compartieran semejantes ilusiones, sino que, por el contrario, las llamaran por su nombre, de que se mostraran escépticos ante todo lo que fuesen aspiraciones democráticas puramente políticas, rechazaran sin contemplaciones los regateos eclécticos de todas clases y los manejos y aspavientos conspirativos y se mantuvieran, al parecer, inactivos y mirasen despectivamente el ajeteo en que se afanaban los demás, incluso cuando sus antiguos partidarios y aliados se apartaban de ellos. Eran todos motivos más que suficientes para convertir a Marx y Engels en los miembros peor vistos de la emigración.

Quienes urdían asociaciones y comités tratando de crear una organización que representara, en sus aspiraciones, una potencia política, preferían no contar con "el Napoleón de la crítica, que de todos se apartaba y a quien nadie echaba de menos" ni con "su pequeña Iglesia marginal e incorregible", para emplear las palabras estampadas en aquellos días por Eduardo Meyen. Y Marx y Engels correspondían cumplidamente a la aversión que por ellos manifestaban los "piojosos demócratas", los "impotentes grandes hombres de la pequeño-burguesía" cuyo Waterloo en la insurrección de Baden había celebrado Marx, ya en julio de 1849, como una victoria de su propia causa.

Desde que veían en la democracia burguesa, sobre todo, el enemigo del mañana, les importaba más señalar claramente las diferencias que desdibujar las contradicciones. ¿Qué importancia podía tener, a sus ojos, esforzarse por agrupar en una organización amalgamada aquel abigarrado tropel de refugiados, obsesionados por la quimera de "hacer" una revolución, como si las revoluciones pudieran "hacerse"? No les inquietaba en lo más mínimo el que la actitud de soberbia que toda aquella pléyade de ideólogos en el destierro les atribuían los mantuviera aislados, sin influencia alguna entre la emigración. Si hasta los más cerucanos a su modo de pensar se mostraban, muchas veces, incapaces de asimilar sus ideas, ¿cómo podían esperar que se dejaran convencer por ellas quienes seguían creyendo que las luchas entre las diferentes clases y fracciones de clase eran simplemente el triste resultado de la existencia de diferentes sistemas de pensamiento, que había que esforzarse por conciliar, y que el derrocamiento de los gobiernos existentes acabaría con el movimiento, el desarrollo y la lucha, para implantar "la edad de oro de la república europea"?

No faltaban los motivos y las ocasiones para que los diferentes grupos nacionales de la emigración trataran, por lo menos, de llegar a un acuerdo y de coordinar sus fuerzas y sus empeños. Durante aquellos años, Engels hubo de mantener contacto, no siempre amistoso, con gran número de elementos de la emigración, de diversas nacionalidades, y ello nos obliga a detenernos un poco en estos enredos. La emigración italiana, la húngara y la francesa contaban con hombres prestigiosos en Europa. Pero, ¿a quién podían los alemanes poner al lado de un Mazzini, un Kossuth, un Ledru-Rollin o un Luis Blanc? Los más llamados a ocupar este lugar de honor eran, desde luego, de creerlos a ellos mismos, dos exprofesores universitarios exiliados: G. Kinkel y A. Ruge.

Son bien conocidas las circunstancias románticas en que Carlos Schurz había logrado que Kinkel saliera de la cárcel de Spandau. Esto había hecho de él una figura bastante popular, no sólo entre la burguesía alemana, sino también entre la inglesa; gracias a ello, aquel profesor aficionado a la poesía se convirtió, al llegar a Londres, en la "atracción de la temporada". Su esposa, que no perdía el tiempo, supo aprovechar celosamente la fugaz fama para procurar a su marido un puesto más o menos rentable. La gran mayoría de los emigrados alemanes, condenados a la estrechez de una ciudad gigantesca y hostil, no veían con buenos ojos a aquel compatriota suyo, un renano vital y optimista. Pero también otros en quienes no tenía por qué morder la envidia, expresaban claramente su opinión de que no era posible tomar en serio a Kinkel como político y que lo único que le interesaba de los asuntos públicos era lo que le sirviera para brillar y para lucirse.

Si hasta un hombre tan mesurado como Jacobo Burkhardt, quien le había conocido a fondo en los tiempos de Bonn, opinaba que "buena parte de sus necesidades políticas nacían de su afán de celebridad", no puede extrañarnos que Engels, en carta a Freiligrath, hable de él como de un "necio, huero, fatuo y presuntuoso" por quien siempre había sentido el mayor desprecio. Por su parte, un hombre tan pagado de sí mismo y tan ensalzado como Kinkel no podía per-

donarles a Marx y Engels el que, hallándose en el cénit de su popularidad, criticaran acerbamente desde las columnas de su *Revista de la Nueva gaceta renana* el discurso de defensa pronunciado por él ante el consejo de guerra, cuando todavía estaba entre rejas, dándole de lado despectivamente como a un "hombre totalmente inocuo" que sólo por equivocación había ido a parar el partido en que militaba.

El rival de Kinkel en la pugna por encabezar a la emigración alemana en Londres era Arnoldo Ruge. Este personaje había logrado una gran popularidad durante la revolución, pero ni él mismo estaba convencido de que el dirigir hábilmente una revista filosófica capacitara a una persona, sin más, para ponerse al frente de un partido político. Y, por mucho que en lo sucesivo intentara colocar a su personal en primera fila, jamás llegó a recobrar, a los ojos de la nación, un puesto comparable al que había ocupado durante los años 1838 a 1843, en el período en que sus *Anales de Halle* y sus *Anales alemanes* llegaron a ser realmente el centro de una profunda conmoción revolucionaria del espíritu alemán.

Como recordaremos, Marx y Engels, dentro del movimiento de los jóvenes hegelianos, habían luchado durante algún tiempo unidos a Ruge, pero rompieron definitivamente con él cuando en los *Anales franco-alemanes*, marchando hacia adelante, se sobrepusieron a la esfera político-filosófica, para declararse comunistas. "Este burgués de vida desahogada no quería bromas con el comunismo", dice, refiriéndose a Ruge, el historiador de la literatura Julián Schmidt, que no tenía, por cierto, nada de comunista. Después de una serie de escaramuzas literarias, la hostilidad que Marx y Engels sentían por Ruge se hizo ya franca y manifiesta cuando, en el transcurso de la revolución, la *Nueva gaceta renana* arremetía una y otra vez contra él "con una especie de predilección literaria", reprochándole su ignorancia y llamando al portavoz de la idea de la liga de las naciones en el parlamento de Francfort una especie de Atta Troll filosófico. Por su parte, el agredido no se mordía tampoco la lengua: desde las páginas de algunos periódicos alemanes y germano-norteamericanos, había contestado con toda suerte de ataques ideológicos y personales a aquellos osados críticos. Llegó, incluso, a caer, según la calificación de Engels, en el terreno de la "perfidia infame" contra ellos, sobre todo cuando, en enero de 1851, se atrevió a atacar, en un periódico de Bremen, su vida privada.

Tanto o más que las cabezas académicas de la emigración alemana le disgustaban a Engels aquellos exoficiales prusianos pasados al campo de la revolución que ahora trataban de desempeñar en el exilio un papel dirigente. Desde que había tomado parte en la insurrección de Baden, se sentía seguro de sus dotes militares y estaba decidido, tan pronto como las circunstancias se le permitieran, a entregarse al estudio sistemático de estas cuestiones. Deseaba demostrar a aquel "hatajo de militares", cuyo "repugnante espíritu de cuerpo" había tenido ocasión de conocer de cerca en la campaña de la Selva Negra y, más tarde, en Suiza, que "había, por lo menos, un paisano" capaz de medirse teóricamente con ellos.

A ninguno de aquellos oficiales revolucionarios conocía Engels tan bien como al que fuera su jefe en el mando. Willich era, para él, militarmente, un comandante de batallón que, "en determinadas circunstancias, podía hacer un buen papel", pero, por lo demás, lo despreciaba como un hombre atolondrado y charlatán. En cambio, su antiguo jefe se sentía muy poseído de la fe en su misión y se consideraba como el hombre fuerte que necesitaba el pueblo alemán. En los "hombres de principios" que se reunían alrededor de él en los locales alquilados de la Great Windmill Street y en las cervecerías de Schärttner y Göhringer veía Willich al núcleo del ejército del futuro que le permitiría erigirse en dictador militar de Alemania cuando triunfara el gran golpe de mano a cuya preparación decía estar entregado día y noche. El excapitán de artillería no tenía ni la más remota idea de lo que era trabajar sistemáticamente; Engels decía de él que confundía la ociosidad pura con la pura actividad.

Al igual que a la emigración alemana, Marx y Engels se sentían extraños a los emigrados de otros países por su convicción, abiertamente mantenida, de que la rueda motriz de la revolución eran "las condiciones reales", y no "la voluntad caprichosa" de los hombres. Y sus ideas, firmemente basadas en los factores económicos, su franca y ostensible repulsa de la pretendida omnipotencia de la voluntad absoluta, tenían que resultar totalmente incomprensibles, sobre todo, para un hombre como Giuseppe Mazzini, el gran entusiasta y fogoso apóstol de la comunión fraternal de la idea republicana y la idea nacional. Para quien como él, con su alma de místico, esperaba que la redención viniera de la "acción sagrada", era un principio democrático la mera negación de lo existente. El "Papa de la Iglesia democrática *in partibus*", como le llamaba sardónicamente Marx, imbuido de la fe en el derecho de autodeterminación de las naciones, dirigente de un Comité central europeo creado en Londres por él, Ledru-Rollin, Ruge y otros, sostenía que los emigrados entregados a la acción —como lo estaban casi todos, con excepción de Marx, Engels, y unos cuantos francotiradores del tipo de Lotario Bucher— debían, al principio, marchar de acuerdo, aunque estuvieran convencidos de tener que separarse más tarde.

Mazzini había expuesto una vez a Malvida de Meysenbug su creencia de que en él valía más el corazón que la inteligencia, mientras que en los demás prevalecía casi siempre la inteligencia sobre el corazón, lo que les impedía actuar. De haber escuchado estas palabras del que un día fuera miembro de los carbonarios, podemos estar seguros de que se habría visto retratado en ellas. Le irritaba hasta enfurecerle que el "redomado sentimental" considerara las fuerzas económicas como algo subalterno o de menor cuantía en la vida histórica de los pueblos y sentía una especie de gozo maligno cada vez que comprobaba cómo estas fuerzas, de las que nadie podía burlarse, dejaban en la estacada al incómodo ideólogo de un país en que el número de los *lazzaroni* era todavía considerablemente mayor que el de los proletarios. Engels sabía muy bien que también él se había visto, es sus días juveniles, impulsado a la acción por el sentimiento y el instinto y creía que ello precisamente le daba derecho a rechazar como inadmisibles lo que llamaba "la furia insurreccional abstracta" de Mazzini.

Y, sin embargo, el altruista genovés no ocupaba en la estimación de Engels un lugar tan bajo como Luis Kossuth, el caudillo de la emigración húngara. Para la sencillez y el recato de Engels resultaba chocante la teatralidad del exdictador, siempre rodeado de incondicionales que le hacían la corte. En su relato de la insurrección húngara escrito en 1849 para la *Nueva gaceta renana*, había ensalzado las hazañas de Kossuth, a quien llamaba "un Danton y un Carnot reunidos en una sola persona". Pero su admiración por este personaje descendió bastante al estudiar más de cerca aquella acción militar de los años revolucionarios para un estudio que proyectaba escribir y conocer más las interioridades de quienes habían participado en ella. Y cuando, en los años posteriores, tuvo ocasión de ver cómo se comportaba Kossuth a ambos lados del Océano, la estimación que por él había sentido se dispó hasta el punto de que, en 1852, lo acusaba de ser "un verdadero estafador".

Tanto Mazzini como Kossuth sabían y manifestaban que, para sus países, el socialismo no representaba todavía un problema y, preocupados solamente por el giro inminente de las cosas, no creían necesario prestar la menor atención a estos problemas. En cambio, Marx y Engels sólo podían concebir la revolución a escala europea y con un contenido social. A fines de noviembre de 1851, en un artículo escrito para un periódico cartista, decía Marx que los ingleses, los alemanes y los franceses entendían por revolución la cruzada del trabajo contra el capital y no estaban dispuestos a descender al nivel intelectual y social de un pueblo oscuro y semibárbaro como los magiares. Exactamente lo mismo que él pensaba Engels.

Entre los emigrados franceses, se disputaban la hegemonía Ledru-Rollin, quien se veía ya y era visto por sus seguidores como el futuro presidente de la República, y Luis Blanc, que trataba de hacerse pasar por el caudillo del proletariado francés o "el Napoleón del socialismo", como lo llamaba Marx. Ledru-Rollin, buen orador pero mediocre político, editaba en Londres una revista titulada *Le Proscrit, journal de la République universelle*, cuyo solo título evidenciaba ya que, para él, lo mismo que para Mazzini y Kossuth, el problema político estaba por encima del problema social. La obra que publicó sobre la bancarrota inminente de Inglaterra, en la que los conocimientos económicos brillaban por su ausencia, no podía acrecentar la estimación de Engels por aquella celebridad de la democracia francesa.

Aunque Luis Blanc, el apóstol del socialismo de Estado, se considerara "por sus creencias" muy por encima del radical burgués que aspiraba a ser presidente de la República, Engels se sentía separado de él por un abismo infranqueable. Le repugnaban la vanidad y el patetismo de aquel hombre "pequeño, hambriento de popularidad". Seguía indignándole que un pretendido socialista como este "pigmeo" considerara la misión cultural y revolucionaria de Francia como un dogma inatacable y le irritaba verle siempre atento a reclutar adeptos entre los elementos de la emigración democrático-burguesa.

Los únicos refugiados franceses con quienes Engels y Marx mantuvieron, al principio, un contacto más estrecho eran los partidarios de Blanqui, quien

purgaba su larga condena en el presidio de Belle Ile. En unión de Willich y Harney proyectaban crear con los blanquistas Vidil y Adam, antes de que en 1850 se disolviera la Liga comunista, una "Federación mundial de socialistas revolucionarios", que se trazaría como meta el sometimiento de las clases privilegiadas a la dictadura del proletariado, manteniendo la revolución prácticamente constante hasta la realización del comunismo. Y aunque el proyecto abortara, merece ser citado, pues es ésta la primera vez en que Engels declara públicamente la necesidad de la dictadura del proletariado para poder llegar a implantar la forma final que debe tener la organización de la sociedad humana.

Era ésta la enseñanza que Engels y Marx habían extraído de la marcha de las cosas en Francia de febrero a junio de 1848 y a la que Marx había dado ya expresión en su *Revista*. Ambos habían llegado a la conclusión de que el camino revolucionario hacia el comunismo exigía la dictadura del proletariado. Pero una manifestación contenida en un artículo escrito por Engels para la misma *Revista* sobre la ley inglesa de la jornada de diez horas, casi por los mismos días que el de Marx, revela la elasticidad que daban a dicho concepto. En Inglaterra, con una población formada por dos terceras partes de obreros industriales, había que esperar —decía Engels— que el poder político omnímido de la clase obrera viniera por vía del sufragio universal.

Pero, volviendo al tema de la emigración, diremos que también los blanquistas, con sus ideas radicales revolucionarias, se apartaron de Marx y Engels, al igual que el resto de los refugiados en Londres, cuando se convencieron de que, en contra de lo que su tradición jacobina demandaba, supeditaban la revolución a los factores económicos.

Poseemos del período inmediatamente anterior a la escisión de la Liga comunista el relato de una entrevista política en la que tomaron parte Marx, Engels y el exteniente prusiano Techow, quien había desempeñado un papel dirigente en el asalto al arsenal de Berlín y al que Marx y Engels hubieran querido ganar para su causa. Y, a pesar de los términos críticos en que Techow se expresa en la información de la entrevista que hizo a su amigo y compañero de profesión Alejandro Schimmelpfennig, se advierte a través de ella el respeto que sentía por la superioridad intelectual de Marx. De Engels traza, en cambio, una imagen menos halagüeña. Reconoce que Marx es, entre los refugiados, el único que tiene madera para mandar y por quien él —dice— se lanzaría al fuego si demostrase tanto corazón como inteligencia. De Engels dice, muy al contrario, que es "un soplón, siempre en acecho, encargado de ejecutar los bajos servicios, mentiroso, amante de la discordia y desvergonzado". La semblanza no podía ser más torcida y alejada de la verdad.

Aunque los adversarios de Marx y Engels hablaban, y no sin razón, de que representaban a "un partido sin fuerza alguna", en aquella entrevista los dos amigos se presentaban como los dirigentes de un partido en el sentido grande e histórico de la palabra, que, con el tiempo, llegaría a contar con millones de afiliados. Esta aseveración se ha convertido hoy en realidad, pero, cuando leemos la información de la citada entrevista, resulta impresionante ver que

Marx y Engels, en aquella fecha tan remota, declararan a Techow, llenos de orgullo y seguros de la victoria, que, aunque por el momento su "partido" se redujera a la "fuerza de las cosas", no deseaban para sus personas nada mejor que figurar de por vida en la oposición. Y de Engels podemos decir que no alardeaba de este modo de sentir, sino que lo mantenía muy seriamente. Así lo indica la satisfacción con que, a raíz de la escisión de la Liga, es decir, muy poco tiempo después de la entrevista que relatamos, hiciera saber a su amigo que, ahora, confiados a sus solas fuerzas, renunciaban también exteriormente, como interiormente lo habían hecho siempre, a toda popularidad y podían prescindir tranquilamente de toda clase de puestos oficiales en el partido, de los que siempre habían huido como de la peste.

¿Qué haría Federico, ahora que el retorno a la patria era una posibilidad cada vez más remota para él? Eso se preguntaban constantemente las gentes de su familia, en Barmen. Su hermana María, a la que siempre estaba bien dispuesto a escuchar, le escribió, probablemente por encargo de la madre y a sabiendas del padre, que el hecho de fijar su residencia en Londres, centro de confluencia de todos los refugiados, podía ser poco conveniente para él. Y le aconsejaban que se estableciera en algún lugar donde pudiera vivir un poco más apartado de aquellas "aficiones" a las que, con tanto placer y tanto amor, había consagrado ya varios años de su vida. Por los días en que recibió esta carta, Engels estaba ya decidido, después de bien pensada la cosa, a reintegrarse a la carrera comercial.

"Pensamos", le escribía la hermana, que le entendía muy bien pero que no hablaba aquí por su cuenta, "que tal vez por el momento hayas decidido seriamente en dedicarte al comercio para ganarte la vida, pero que quizá, tan pronto creas que vuelven a presentarse condiciones favorables para vuestro partido, volverás a colgar los libros comerciales para dedicarte de nuevo al partido; en una palabra, que no quieres hacerte comerciante de corazón ni te propones dedicarte a ello toda la vida".

Para que no recayera en las actividades revolucionarias, al padre le habría gustado, por aquellos días, que Federico asumiera un puesto comercial en Calcuta. Pero más que el trópico, él habría preferido ser destinado a Nueva York, a donde Marx le habría acompañado de buen grado. Pero también este proyecto fracasó, con gran satisfacción de su parte, a comienzos de enero de 1851. Al final, se adoptó la solución que desde el primer momento era la más viable. En la gran fábrica de hilados de Ermen y Engels, establecida en Manchester, los Ermen se hallaban representados por los dos hermanos Godofredo y Pedro, pero la familia Engels no tenía ninguna representación personal. Se decidió, pues, incorporar al negocio a Federico Engels.

En un informe secreto enviado a la policía prusiana con fecha de septiembre de 1850, se aducía la escisión producida en la Liga comunista como razón de que Engels adoptara la decisión de dedicarse de nuevo, para decirlo con su expresión habitual, "al maldito comercio". Pero la realidad era otra. Si, tal como lo veía el hijo, dada la irreductible incompatibilidad de ideas y después

de todo lo que había sucedido, una reconciliación con su padre no podía llegar a calar hondo, ella era, a pesar de todo, de desear, pensando en su madre, por la que había sentido siempre un gran amor. Pero en su decisión no influyó para nada el frío cálculo, la preocupación de que, como decía el citado informe policiaco, de no tomar esta determinación "se vería privado de medios de existencia". No creemos que semejante temor pudiera hacer mella en un hombre como él, que manejaba la pluma con tanta soltura y podía ganarse la vida fácilmente escribiendo.

La razón decisiva que sin duda le movió a renunciar a una vida libre de escritor para dedicarse al comercio, fue el deseo de ayudar a Marx, de cuyas grandes dotes tanto esperaba para la causa que los unía. Había que evitar a todo trance que su gran amigo, a quien, cargado de familia, se le hacía difícil abrirse camino, sucumbiera a la miseria del destierro. La reacción, victoriosa en su país, no conseguiría hacerle morder el polvo. Engels prefería una y mil veces verse atado de nuevo a la mesa de una oficina comercial.

Lo que más chocaba contra el riguroso punto de vista del padre era el diletantismo en cosas a que él consagraba todas sus energías. Cuando, en noviembre de 1850, Federico se prestó a establecerse en Manchester y comenzó a enviar desde allí, con toda regularidad, excelentes informes, la actitud de Engels *senior* empezó a cambiar. "Comprendo muy bien", escribía a su hijo el 22 de enero de 1851, "que la estancia en esa ciudad no sea muy agradable para ti; para nosotros y para el negocio sería, desde luego, en las condiciones de que se trata, lo más conveniente". Y el 13 de febrero, los términos en que le escribía no dejaban ya lugar a dudas: "Me proporcionas una alegría con tu ofrecimiento de seguir ahí, ocupando el lugar que te corresponde y representándome mejor de lo que nadie podría hacerlo. Si Dios quiere, estaré ahí para junio".

En uno de los últimos días del mes de junio de 1851 volvieron a encontrarse en Manchester padre e hijo, quienes no habían vuelto a verse después de aquel trágico domingo en que se habían visto por última vez en el puente de Haspel de su tierra natal. La madre, a quien Federico había visitado antes en Londres, donde pasaba unos días en la casa de su hija María, veía con cierta aprensión este encuentro de los dos hombres tan firmemente entregados a sus convicciones, cada cual a su manera. Muy contenta de que Ermen, el socio de la empresa, hubiera invitado a Engels padre a alojarse en su casa, escribía a su hijo, confidencialmente: "Creo que es mucho mejor que no estéis siempre juntos, ya que no vais a estar hablando todo el tiempo de negocios y vale más que no toquéis el tema de la política, puesto que pensáis de manera tan diferente".

Esta preocupación maternal estaba muy justificada. Federico no toleraba que su padre, en su presencia, aunque no se dirigiera a él personalmente, elogiara al gobierno que le había declarado reo de alta traición. "Dos o tres palabras y una mirada colérica" informaba Engels, muy enojado, hablándole de uno de estos choques, "bastaron para volverle a la razón, pero no fue necesario más para que nuestras relaciones volvieran a enfriarse inmediatamente". Y.

tomando las cosas tal y como realmente eran, añadía: "Aunque el asunto no acarree directamente ningún perjuicio de orden práctico, es decir, en lo tocante a mi posición económica, prefiero, naturalmente, una fría relación de negocios a un enjuague sentimental".

Como se ve, el padre y el hijo ya no volvieron a entenderse interiormente pero llegaron, por lo menos, a un acuerdo en el terreno de los negocios. A Federico le interesaba ser representante oficial de la empresa alemana en Inglaterra, sin recibir un sueldo de la casa inglesa ni depender, por tanto, de ella. Solamente sobre estas bases podía confiar en llegar a disponer del tiempo libre necesario para no perder el contacto permanente con aquellas otras actividades que tanto le interesaban. Y así fue, en efecto. "En conjunto, no tengo motivos para estar descontento del resultado de mi entrevista con el Viejo", informaba a Marx a comienzos de julio. "Me necesitará aquí, por lo menos, durante tres años y no he tenido que asumir, ni se me han exigido, obligaciones que me absorban durante todo este tiempo, apartándome de las actividades literarias ni obligándome a permanecer aquí, en caso de una revolución. Por lo demás, en esto ni siquiera piensa, pues se sienten, ahora, muy seguros. Por mi parte, he estipulado los gastos de representación y manutención que debo percibir, como unas doscientas libras al año, cantidad que me ha sido asignada sin la menor dificultad. No cabe duda de que podré desenvolverme con este salario, y si las cosas van bien hasta el próximo balance y el negocio se desenvuelve, mis condiciones mejorarán".

La esposa de Marx, que acababa de perder a su hijo menor, según las palabras de su marido, "víctima de la basura burguesa", añadió a la carta de respuesta al pésame de su amigo, unas palabras en las que expresaba su satisfacción al ver a Engels, ahora, en camino de llegar a convertirse "en un gran señor algodónero". Aquella gran dama, de elevadas ideas, a quien el destino obligaba a librar una lucha tan dura con las penosas estrecheces de la vida impuestas a su esposo y a ella por el exilio, sabía mejor que nadie que Marx no tenía ni podía haber encontrado jamás un amigo tan comprensivo ni tan abnegado como aquél, nadie de quien su orgullo y su integridad pudieran aceptar sin desdoro la generosa y constante ayuda, pues con nadie en el mundo le unía una comunidad tan íntima de pensamientos y de metas como con él.

No cabe duda de que Engels tasaba muy por bajo el alcance y la perseverancia de su renuncia, al instalarse de nuevo, en aquel mes de noviembre de 1850, en la ciudad en la que, ocho años antes, alegre y optimista, había dado los primeros pasos de su carrera comercial en el extranjero. Seguía convencido de que la primera crisis comercial que estallara se encargaría de devolverle su libertad personal, y estaba seguro de que esta crisis no tardaría en sobrevenir.

Su libro sobre *La situación de la clase obrera en Inglaterra* revela claramente que la ciudad de Manchester no era de su agrado y, aunque la presencia de Mary lo llenara de alegría, le resultaba muy penoso su alejamiento de Marx. Cuán duro se le hizo aclimatarse de nuevo en Manchester lo indican algunas de las cartas escritas por él en los primeros meses a viejos amigos desde aquella

ciudad fabril "en que el agua se convierte toda en fétida podredumbre". "No me extraña", le contestó Harney en diciembre de 1850, "que pintes con tan vivos colores el asco que Manchester te produce, pues esa ciudad es, verdaderamente, un estercolero. Yo preferiría ser ahorcado en Londres que morir de muerte natural en Manchester".

El poeta Jorge Weerth, quien ya en 1844 se había paseado con Engels por los barrios obreros de Manchester, se mostraba de acuerdo con el *spleen* que allí sentía su amigo. También a él le había reservado la vida muchos infortunios, pero su serio humorismo sabía reprimir las lágrimas antes de que brotasen. Después de su prematura muerte, Engels ensalzó a Weerth como el primero y más grande poeta del proletariado alemán. Al igual que él, se había visto obligado por la revolución, después de la derrota, a refugiarse de nuevo en las actividades comerciales, entrando a trabajar como viajante de comercio para una casa germano-inglesa de Bradford. He aquí lo que, en marzo de 1851, escribía a su amigo y compatriota: "El tiempo es precioso y el futuro se paga caro. Haces, pues, muy bien en aburrirte en Manchester, pues el aburrimiento da dinero y nadie, hasta ahora, se ha hecho rico con lo que le agrada. Y el dinero es lo único que hasta mañana o pasado mañana puede interesarnos". "Bebo ron y agua, doblo el espinazo, juego al *whist* y me aburro", escribía Engels, el 9 de julio de 1851, a Ernesto Dronke, otro de los redactores de la *Nueva gaceta renana*, refugiado por entonces en Suiza y que, más tarde, apartándose poco a poco del socialismo, se dedicaría también en Londres al comercio.

Pero, comparadas con lo que era el verdadero contenido de su vida, las cambiantes vicisitudes de su existencia personal le importaban poco a Engels. Desde este punto de vista a que él lo supeditaba todo, Lancashire, con sus humeantes chimeneas, era, para Engels, un campo de observación donde podía aprenderse mucho. Como en los años pasados en que había acopiado allí los materiales para su libro, seguía bullendo por las calles de Manchester aquel proletariado fabril al que su concepción de la historia asignaba el papel determinante. La capital clásica del librecambismo inglés era, al mismo tiempo, uno de los grandes puntos de concentración del proletariado inglés. Aún estaba lejos de la mente de Engels la idea de que la falla de los cartistas ante la revolución continental, que también él consideraba como "una grave y decisiva derrota", no había hecho más que iniciar el declive definitivo de aquel movimiento con el que Engels mantenía relaciones más antiguas y más estrechas que ningún otro revolucionario alemán. Por aquellos días, habría salido todavía muy mal parado ante él quien se atreviera a sostener que el único gran movimiento de la clase proletaria existente en el mundo, el único que ofrecía perspectivas revolucionarias en el país más industrializado de Europa, estaba condenado a estancarse.

Todavía recientemente, en la *Revista* de la *Nueva gaceta renana* y, simultáneamente, en la *Democratic Review* de Harney, reflexionando acerca de la ley británica sobre la jornada de diez horas, había puesto de manifiesto, una vez más, cómo su espíritu optimista, lleno de esperanzas en el futuro, sabía libar

miel de todas las flores. Una sentencia del Tribunal del Tesoro, decía, había bastado para echar por tierra, "de hecho", aquella ley social. Pero, confiaba en que el sector del proletariado que durante tanto tiempo había luchado, junto a lord Ashley y Oastler, por la promulgación de aquella ley, aleccionado por el desengaño, acabaría uniéndose a los cartistas y lucharía con ellos por conquistar la hegemonía política del proletariado, "como medio primordial para revolucionar toda la sociedad existente". El restablecimiento de dicha ley sólo podía esperarse, ahora, según él, de la consecución de lo que era la meta fundamental de los cartistas: si se implantaba el sufragio universal, en una población como la de Inglaterra, formada en sus dos terceras partes por obreros fabriles, no cabe duda de que ello traería consigo el poder omnímodo de la clase obrera. Y el impulso para este viraje político y social lo daría la crisis comercial que se avecinaba y que coincidiría con un período de nuevos y grandiosos choques sociales en el continente.

Muchas cosas habían cambiado en el movimiento cartista desde la última vez que Engels había tenido ocasión de ponerse en contacto personal con sus dirigentes. La estrella del que un día fuera omnipotente O'Connor estaba declinando y no tardaría en eclipsarse totalmente. Otros dirigentes más jóvenes iban destacándose con fuerza cada vez mayor; entre ellos, sobresalían dos: Julián Harney y Ernesto Jones. Secundado por su coetáneo Jones, para cuyo periódico *The Red Republican* había traducido al inglés el *Manifiesto comunista*, hacía ya años que Engels venía esforzándose en establecer y consolidar el contacto entre los grupos socialistas y comunistas de los países más avanzados.

Pero, por mucho que antes de la revolución alemana, en el transcurso de ella y en los tiempos inmediatamente posteriores, pudiera fiarse de Harney en todas las cuestiones tocantes a la agitación, Engels no había logrado a pesar de todo que este hombre, en el que dominaba por encima de todo el agitador dispuesto siempre a dejarse llevar por los vientos que en cada momento soplaban en el movimiento obrero, se convirtiera en un adepto convencido de la concepción materialista de la historia. Después de fijar su residencia en Inglaterra, Engels consideraba como su misión histórica personal el ganar a los dirigentes de la clase obrera inglesa y de su partido para la teoría de la lucha de clases. En unión de un grupo escogido de cartistas, organizaba en Manchester reuniones regulares, para discutir con ellos el *Manifiesto comunista*. Pero los frutos logrados fueron escasos.

Y, sin embargo, el momento no dejaba de ser, según él, bastante propicio. La repulsa de los planes pequeñoburgueses de colonización urbana sobre los que O'Connor, en su declive, se había replegado, debía, a su juicio, impulsar a Harney y al último dirigente cartista de cierta importancia, el abogado y poeta social Ernesto Jones, a insistir con más fuerza en el papel de la lucha de clases. Jones había ido a la escuela en Berlín y el hecho de que supiera alemán le ayudaba a tener más fácil acceso que los demás dirigentes obreros, sin excluir a Harney, al pensamiento de los dos grandes pensadores alemanes. Marx y Engels atribuían a su influencia sobre él el que Jones siguiera manteniendo en

pie la idea de la lucha de clases cuando ya la gran mayoría del proletariado había sellado desde hacía largo tiempo las paces con la burguesía.

Y es cierto que Jones siguió todavía algunos años soplando, en el terreno de la agitación y de la organización, sobre las cenizas del un día poderoso movimiento obrero, para tratar de avivar entre ellas el rescoldo de la lucha de clases. No se avenía a reconocer, como tampoco lo aceptaba Engels, que el exuberante desarrollo del comercio y la industria ingleses beneficiara en tan grande medida a los trabajadores del país, que éstos no podían por menos de atribuir la elevación de sus salarios y la rebaja de los precios a la implantación del libre-cambio y al fortalecimiento de los sindicatos y las cooperativas. También a él, como a Engels, le encorajinaba el ver que las masas achacasen al liberalismo, como mérito suyo, el mejoramiento de su situación y se engancharan a su carro.

En 1852 se celebró en Manchester una Conferencia cartista, en la que se trató de la reorganización del partido. La Conferencia llegó incluso a rechazar, a propuesta de Jones, toda colaboración con la *National Reform League* creada por O'Brien y Reynolds y proclamó que la base de la propaganda debería ser el odio instintivo de clase de los trabajadores contra la burguesía industrial de Inglaterra. Este acuerdo produjo a Engels tal satisfacción que, al conocerlo, se mostró de muy buen grado dispuesto a colaborar en las *Notes to the People*, la revista de Jones. Sin embargo, los trabajos escritos por él para esta publicación respondían simplemente a un deseo de complacencia, sin que en ellos se contuvieran más que las ideas sostenidas por su autor en otros sitios.

Los refugiados políticos tienden siempre, cosa muy comprensible, a mantener estrechas relaciones con los partidos del país de asilo que más simpatizan con las metas por ellos perseguidas. Ello explica que los dirigentes cartistas, sobre todo aquellos que hablaban el alemán, como Jones, o el francés, como Harney, se viesan asediados por los emigrados demócratas y socialistas. A medida que Marx y Engels iban apartándose de cuantos no pensaban como ellos, veían con malos ojos que Harney siguiera dando hospitalidad, en los pequeños periódicos dirigidos por él, a elementos de la emigración democrática, principalmente de la francesa, y se prestara a contar entre sus colaboradores incluso a Willich y Schapper. El "Dear", como solían llamarle Engels y Marx, solía participar también como orador en los mítines organizados por los refugiados con motivo de los aniversarios de las revoluciones continentales, dando motivo con ello, muchas veces, a que la prensa inglesa se hiciese eco de tales celebraciones. No tiene pues nada de extraño que un día, en febrero de 1851, Marx le dijera a Engels, en una carta, que Harney tenía una doble personalidad: una, la creada en él por Federico Engels, y otra la del Harney verdadero. La primera le sentaba como una camisa de fuerza; la segunda era él mismo *in puris naturalibus*.

Aunque Engels no se sentía muy contento de haber cambiado la vida de Londres por la atmósfera de Manchester, en la que reinaba el espíritu de la bolsa de mercancías, reconocía sin embargo que una cosa por lo menos había salido ganando en el cambio. En efecto, gracias a él había podido librarse del sór-

dido ambiente de la emigración, que tanto odiaba y en el que todo eran intrigas y disputas estériles.

Durante su estancia en Londres, aunque sólo apareciera a intervalos muy irregulares, la *Revista de la Nueva gaceta renana* suministraba al exiguo grupo de los hombres que formaban el partido comunista, por lo menos, el consuelo de ver que aún seguía ondeando su bandera. Al trasladarse a Manchester, Engels confiaba todavía en que, a pesar de las circunstancias desfavorables de la hora, su pequeña publicación podría seguirse sosteniendo. Y proyectaba, por aquellos días, publicar en ella un estudio en el que se redujese a sus debidos límites la importancia de la obra de Luis Blanc, *Historia de los diez años*, que, todavía, al no verse atacada por quienes veían más allá que su autor, seguía siendo un importante elemento de formación para cuantos militaban en el campo revolucionario.

Solamente al frustrarse aquellas esperanzas y fracasar también un proyecto de revista concebido por los amigos con que aún contaban en Colonia y que a Engels le habría gustado ver convertido en realidad, sobre todo para contar con un órgano de lucha contra los adeptos de la democracia burguesa, fue ganando terreno en él la convicción de que, dados lo vientos contrarios a la causa de la revolución que constantemente soplaban en Europa, sería más conveniente, por el momento, que los dos amigos, o por lo menos Marx, expusieran sus puntos de vista "en voluminosos libros". "¿Qué quedará de todos los chismes y enredos que la chusma de la emigración urde a cada paso en torno a tu persona", escribía a su amigo en febrero de 1851, "cuando les contestes con tu *Economía*?" Esta opinión, que por primera vez vemos manifestarse aquí en su correspondencia con Marx, deja ver claramente cuánto era lo que él esperaba para el futuro del comunismo de la preparación y publicación del *Capital* de Marx.

En esta carta a Marx, que lleva fecha de 13 de febrero de 1851, expresa Engels con una claridad maravillosa las ideas y el estado de ánimo que en él bullían por aquellos días, en que se veía obligado a retirarse de la vida política activa:

"Al fin, y por primera vez desde hace mucho tiempo", confesaba a su amigo, "tenemos ocasión de demostrar que no necesitamos de ninguna clase de popularidad ni de apoyo alguno por parte de ningún partido de cualquier país que sea, y que nuestra posición es independiente de todas esas basuras. A partir de ahora, somos responsables solamente ante nosotros mismos, y cuando llegue la hora en que esos señores nos necesiten, podremos imponerles nuestras propias condiciones. Entre tanto, disfrutaremos por lo menos de tranquilidad. Claro está que también nos veremos un poco solos... Por lo demás, en el fondo no tenemos razones para quejarnos porque los *petits grands hommes* nos rehúyan; ¿no hemos pasado, al fin y al cabo, muchos años teniendo que oír que Fulano o Zutano pertenecían a nuestro partido, cuando en realidad no teníamos partido alguno y cuando los individuos a quienes considerábamos, por lo menos oficialmente, como miembros de nuestro partido, *sous réserve de les*

appeler des bêtes incorrigibles, no entendían ni siquiera los rudimentos de nuestras enseñanzas? No; hombres como nosotros, que siempre hemos huido como de la peste de los puestos oficiales, no encajamos en 'partido'. ¿Qué nos dice a nosotros, a quienes no se nos da un ardite la popularidad y que recelamos de nosotros mismos en cuanto empezamos a ser un poco populares, un 'partido', es decir, un hatajo de asnos que nos ponen por las nubes sencillamente porque creen que pensamos como ellos? Verdaderamente, no salimos perdiendo nada con que ya no nos sigan considerando la 'expresión adecuada' y certera de las gentes limitadas con quienes nos habían venido mezclando y confundiendo durante los últimos años. Una revolución es un puro fenómeno natural, regido más por leyes físicas que por las reglas que, en tiempos normales, gobiernan el desarrollo de la sociedad. O, mejor dicho, estas reglas adoptan en la revolución un carácter mucho más físico, se manifiesta con mayor fuerza en ellas el empuje material de la necesidad. Y cuando uno tiene que actuar como representante de un partido, se ve arrastrado por el torbellino de la incontenible necesidad. Sólo manteniéndose independiente y siendo, en realidad, más revolucionario que los demás, puede uno afirmar, por lo menos durante algún tiempo, su independencia frente a ese torbellino, aunque a la postre acabe, por supuesto, viéndose arrastrado por él. Esta posición es la que nosotros podemos y debemos mantener ante lo que se avecina. No sólo rehuir todo puesto oficial dentro del Estado, sino también, mientras sea posible, todo puesto oficial en un partido, no participar en ningún comité, etc., y además, con la alegría que no serán capaces de quitarnos todas las conspiraciones de mentecatos juntas. Y podemos, además, hacerlo. Siempre podremos ser, en la realidad de las cosas, más revolucionarios que los fraseólogos, porque hemos aprendido algo y ellos no, porque sabemos lo que queremos, y ellos lo ignoran".

Cuando las condiciones están suficientemente maduras, "siempre se encuentran por sí mismos los soldados"; este convencimiento, que expresaba a su amigo también en dicha carta, animaría a Engels durante todo el "cautiverio egipcio" al que desde ahora y durante largos años se vería condenado en Manchester.

Cuando cumplió treinta y dos años, su hermana María le anunció el deseo de regalarle algo y le preguntó qué le gustaría. La respuesta de Federico aparece impregnada de un sentimiento de resignación que rara vez encontramos en él, pero que arroja cierta luz sobre el modo en que veía su situación de entonces. "*Ma chère soeur*", le decía, "hace ya mucho tiempo que no acaricio ninguna clase de deseos, pues el desear no sirve de nada. Además, no tengo talento alguno para ello, pues cuando, por excepción, siento la debilidad de desear una cosa, es siempre algo que no puedo alcanzar, razón por la cual creo que lo mejor para mí es acostumbrarme a no desear nada. Como ves, también en esta carta me dejo llevar enteramente del tono moral de los sermones de Salomón, de modo que *the less we say about it, the better it will be*".

Solamente una persona tan cercana a él como esta hermana, con la que se sentía muy compenetrado, tuvo ocasión de percibir por una sola y única vez el

leve tinte melancólico que asomaba, como una nubecilla velando el sol, por entre su habitual humorismo. "Hace ya seis meses", prosigue la carta, "que no he encontrado la posibilidad de poner a prueba mi reconocido genio para aderezar una ensalada de langostas. *Quelle horreur!* Es para desesperarse". Pero la desesperación era lo más incompatible con un hombre del temple de Engels. Tan pronto como advirtió que tendría, probablemente, que pasar largos años en Manchester, mandó a pedir los libros que aún tenía en Bruselas y comenzó, en las horas de asueto que este virtuoso en el arte de aprovechar el tiempo sabía siempre encontrar, a "empollar", como él gustaba decir. Era necesario que la futura revolución encontrara bien preparado al Estado mayor de los comunistas. Y como daba una "enorme importancia", para cuando el caso llegara, a la "*partie militaire*", lo primero que hizo fue entregarse, fundamentalmente, a estudiar la estrategia de la guerra.

Con el tiempo, la emigración fue dándose cuenta de que sin dinero no es posible preparar una revolución. En septiembre de 1850 rompió la marcha Mazzini, lanzando un empréstito revolucionario. Como es sabido, los acontecimientos de 1848 y 1849 empujaron a miles de alemanes a emigrar a los Estados Unidos. Entre los emigrados cundió con mucha fuerza el deseo de ver pronto instalada en su patria de nacimiento la democracia con la que rápidamente se habían encariñado en su patria de adopción. Entre los nombres de los alemanes empeñados en la lucha por la libertad ninguno aparecía citado más veces en los periódicos que el de Kinkel. En otoño de 1851 se le invitó a hacer una gira por diversas ciudades de la Unión con el fin de recabar aportaciones para constituir un fondo de ayuda a la revolución. El empeño dio ciertos resultados, aunque hay que reconocer que los fondos reunidos no habrían durado mucho si realmente hubiera llegado a estallar la revolución.

El ejemplo de Kinkel no tardó en ser imitado por Kossuth. Engels y Marx, quienes contaban al otro lado del Océano con tantos detractores como del lado de acá, tenían también en Norteamérica algunos adeptos, quienes les informaban acerca de las andanzas de aquellos dos personajes. Sus dos corresponsales más asiduos eran Adolfo Cluss, de Heilbronn, que en Maguncia había creado la Asociación de cultura obrera durante la revolución y ahora ocupaba un puesto en el depósito de artillería del departamento de Marina de Washington, y el exteniente de artillería José Weydemeyer, quien desde hacía varios años mantenía estrecha amistad con Marx y Engels. Por Cluss supieron que Kinkel, en presencia de otro exoficial prusiano de artillería llamado Anneke, que durante la revolución había seguido, en Colonia, a Gottschalk, adversario de aquél, los había calificado en Cincinnati de ser unos bribones a quienes los trabajadores habían tenido que expulsar, en Londres, de las tabernas en que se reunían. Marx llamó a capítulo, por carta, al desvergonzado difamador y cuando Kinkel, altivamente, le contestó amenazándole con llevarle a los tribunales, le replicó que su cobardía era tan grande como su vileza.

Ya para aquel entonces habían concebido Marx y Engels la idea de relatar satíricamente en un folleto anónimo, para deleite y edificación de los lec-

tores alemanes, la vida y milagros de *Los grandes hombres del exilio*. Les ayudaban a seguir los pasos, las intrigas y los enredos de aquellos personajes algunos amigos suyos mezclados entre la emigración, como Conrado Schramm, hermano de Rodolfo, el filólogo Guillermo Pieper, profesor particular de los Rothschild, viejo amigo de Miquel, y Guillermo Liebknecht, quien había sido expulsado de Suiza y en Londres se había hecho amigo de la familia Marx. En enero de 1851, Engels había escrito para *The Friend of the People* de Harney tres artículos en los que se ponía al proletariado inglés en guardia contra los manejos de todos los personajes del campo democrático de la emigración y se desmascaraba, sobre todo, a italianos, húngaros y polacos. No accedió, sin embargo, a que los artículos fuesen publicados en aquel periódico, al enterarse de que, en un mitin celebrado con motivo de la muerte de José Bem, Harney había vuelto a presentarse en público identificado con los capitostes de la emigración a quienes en ellos se combatía.

Marx había conocido en 1850 a un coronel del ejército húngaro llamado Bangya, quien se presentó a él con un nombramiento de jefe secreto de la policía al servicio de la revolución húngara, extendido por Kossuth, antes de llegar éste a Londres. A fines de abril de 1852, tras algún tiempo de ausencia, Bangya reapareció en Londres y, hablando con Marx, le recordó "algunos bocetos" trazados por él de las figuras de refugiados alemanes más conocidos, que en la visita anterior le había confiado para que los hiciera llegar a manos de Szemere, el último presidente del Consejo de ministros de la Hungría revolucionaria. Bangya comunicó a Marx que había leído aquellos asuntos, sin mencionar al autor, a un editor alemán, quien estaba dispuesto a publicarlos en un folleto sobre aquel tema, mediante la correspondiente remuneración.

La propuesta era tentadora para Marx, en medio de su penuria económica. En vista de ello, consultó a Engels si no se decidiría a colaborar con él en aquellas páginas "humorescas". A Engels se le había ocurrido ya la idea de formar un índice alfabético de los personajes de la emigración y de lanzar a la publicidad un folleto sobre este tema, en el momento oportuno. Tenía sin embargo, lo mismo que Marx, sus reparos. A éste no le cabía duda de que en Alemania, bajo la férula del gobierno entronizado, la cosa sería interpretada como una ayuda a la reacción. Tal vez sería más viable —opinaba— si la sátira se circunscribiera a algunos de "los asnos más prestigiados", ya que entonces, podría conjeturarse que el folleto habría partido del campo reaccionario. Engels, por su parte, entendía que si se lograba mantener en secreto la paternidad de la sátira, la cosa sería magnífica. Animaba a Marx a proseguir las negociaciones para la publicación del folleto y le proponía que, si se llegaba a un acuerdo favorable, fuera a pasar una semana con él en Manchester, para redactar el texto entre los dos.

Marx no tardó en comunicar a su amigo que el editor aguardaba el manuscrito y que incluso metía prisa y pedía que, una vez listo, le fuera entregado a Bangya, en cuyo poder obraba ya el dinero para pagar los honorarios. Como por aquellos días estaba en Manchester el padre de Engels, Marx le pro-

puso redactar por sí mismo entre tanto un proyecto del folleto en Londres, con ayuda de Dronke, para desfigurar un poco su propio estilo, antes de que los dos establecieran en Manchester la versión definitiva. Engels se mostró de acuerdo. Pero cuando a fines de mayo se reunieron en Manchester, el esbozo apenas estaba comenzado. En el borrador que se ha conservado aparecen escritas de puño y letra de Dronke ocho páginas en cuarto solamente, y de las setenta y una páginas en folio restantes sesenta y ocho fueron escritas por Engels y tres por Marx. Pero, como en el caso de la *Ideología alemana*, no puede inferirse de ello la participación que cada cual tuviera en la redacción de la obra. La letra de Marx ofrecía tremendas dificultades para los cajistas y Engels, en cambio, escribía con letra mucho más clara y probablemente más aprisa. Y como se hallaban ya perfectamente compenetrados, no cabe duda de que concibieron y redactaron juntos, con gran fruición, el panfleto sobre *Los grandes hombres del exilio*.

Los autores presentan la emigración como una heteróclita mescolanza de exmiembros del parlamento de Francfort, de la Asamblea nacional de Berlín y de la Cámara de diputados, señores de la campaña en Baden, titanes de la comedia constitucional, literatos sin público, charlatanes de los clubs y congresos democráticos, periodistas de duodécimo rango, etc.

Estos "grandes hombres" del año 48 estaban a punto de caer en la ignominia cuando la victoria de los "tiranos" se encargó de convertirlos en mártires y en santos. Trataban de evitar a todo trance que a nadie pudiera ocurrírsele pensar que la historia podía dar un paso hacia adelante sin intervención suya.

"No importaba que su propia impotencia o la realidad de las condiciones existentes impidieran a estos detritus hacer nada efectivo; ello era una razón más para que redoblaran sus estériles actividades y para que los propios interesados trompetearan con estridencia tanto más pomposa sus actos imaginarios, sus imaginarios partidos, los intereses y las luchas que sólo existían en su imaginación. Cuanto mayor era su impotencia para poner en pie realmente una nueva revolución, más obligados se veían a descontar en el espíritu esta futura eventualidad, repartiéndose de antemano los puestos y disfrutando por anticipado de las delicias del poder".

Este pretencioso dinamismo —segúan diciendo los autores del folleto que resumimos— se manifestaba bajo la forma de una sociedad de seguros mutuos; unos a otros se aseguraban su categoría de grandes hombres y se garantizaban los futuros puestos de gobierno, cuando llegara la gran hora. La verdadera acción de la comedia en que los "grandes hombres" de la democracia burguesa alemana, pretendidos caudillos de la revolución posible del mañana, se ponen en evidencia ante el público versa en torno a los esfuerzos que se hacen para asegurar a los contingentes de la emigración el papel que les está reservado y organizarlos con vistas al grande y, según ellos, cercano porvenir que la historia les tiene asignado.

Marx y Engels trazan aquí, con malignos pero ingeniosos trazos, la semejanza de los corifeos que se afanaban por crear entre sí y los unos contra los

otros la que los autores llaman "la Iglesia común de la emigración": los Kinkel, los Ruge, los Willich, Gustavo Struve, Rodolfo Schramm, Juan Ronge, Amador Gögg y, junto a ellos, numerosos *dii minorum gentium*. El hecho de que su blanco principal, en estos ataques, fuera desde el primer momento la persona de quien tan villanamente los había calumniado, lo denota el que, en carta a Manchester fechada el 18 de junio de 1852, Freiligrath, que algunos meses antes había logrado salir de Dusseldorf para incorporarse al exilio de Londres, manifestara a Engels que ardía en deseos de conocer el panfleto sobre Kinkel y sólo de pasada preguntase cuáles eran las otras figuras del retablo.

Ya en Londres había dicho Marx de Kinkel que su verdadera vocación interior era "el carnaval", puesto que, "carente de fondos propios", gustaba de disfrazarse con ropas de otros. Cuando, en Manchester, los dos amigos, en colaboración, se dedicaron a "poner en salmuera a los bacalaos", para emplear la expresión de Marx, extrajeron del carnet del eteólogo la conclusión de que "Godofredo", que era el nombre de pila de Kinkel, no buscaba conocimientos históricos, sino que aspiraba a instaurar un sistema cerrado, viendo en ello "la clave de bóveda de su vida". "Como si la filosofía alemana no se hubiera encargado ya de disipar los sistemas cerrados a la luz del conocimiento histórico y de destruir todo el contenido dogmático transmitido por la historia eclesiástica". Pero más interesante que la personalidad de Kinkel, aunque tan meticulosamente la analizaran, consideraban Marx y Engels el papel que este "demócrata contrarrevolucionario" había desempeñado, después de la victoria de la reacción en el desarrollo del filisteísmo alemán. Los filisteos, amargamente desengañados en sus más caras ilusiones, se echaron a buscar "un Cristo democrático" en el que pudieran encontrar milagrosa redención todas sus penas y melancolías crónicas. Y para representar este papel en la gran comedia de la Pasión filisteá, nadie más adecuado que "el pasiflora Kinkel atado a la rueda, ese inagotable y enternecedor manantial de lágrimas". Y, en efecto, fue proclamado enseguida por todo el coro de los filisteos como el hombre providencial. "Ante el Cordero celestial se esfumaron inmediatamente todas las otras víctimas inmoladas en el movimiento, los fusilados, los caídos, los presos... ante él y sólo ante él fluyeron, incontenibles, los ríos de lágrimas, a las que Kinkel, por su parte, supo naturalmente corresponder". Y se sintió inmediatamente muy a gusto en este papel, en el que brillaba no tanto por lo que hacía como por lo que dejaba de hacer.

Ruge aparece en estas páginas como el antípoda de Kinkel. Así como "Godofredo" personifica los sentimientos, "Arnoldo" personifica la inteligencia o, más exactamente, "la falta de inteligencia del filisteísmo pequeñoburgués alemán". A Ruge, en cuyos *Anales* colaborara en un tiempo Engels, se le llama aquí "el portero de la filosofía alemana", encargado de anunciar a grandes golpes de trompeta, y también de "explotar con cierta habilidad", a los grandes en ciernes y se le acusa de estar ayuno de conocimientos y talento dialéctico. Se echó en brazos de la filosofía hegeliana, según sus críticos, porque creía que con sólo ojear la *Enciclopedia de las ciencias del espíritu* quedaría relevado del deber

de estudiar las demás ciencias. Engels no había tardado en descubrir en París que este hombre, que aunaba en su persona a un "absoluto ignorante" y un "absoluto filisteo" y que había "traducido a Hegel al pomeranio", no poseía talento alguno, pero sabía por lo menos ostentar con éxito la careta del personaje. Por eso, aunque Ruge no se hubiera inmortalizado con ninguna obra grande durante su estancia en París, tenía por lo menos el mérito, que había que reconocerle, de que Heine lo había hecho por él, al tomarlo como modelo de su Atta Troll.

A Willich se le caricaturiza como el jefe de "los refugiados de menor cuantía", entregado sobre todo a la tarea de reclutar las tropas para el golpe futuro. Mantenía acuarteladas a estas tropas, formadas por los restos de su vieja Legión y por la chusma de la emigración y trataba de darles una consagración ideológica mediante un comunismo de cuartel, cuyo verdadero significado se cifraba en el desprecio por todo lo que fuera trabajar dentro de la cochina sociedad burguesa. Como antes anunciara la victoria, anunciaba ahora la certeza moral y la necesidad física de una revolución a dos semanas vista. A Willich, "el caballero de la noble conciencia", se le pinta aquí como "Don Quijote y Sancho Panza en una sola persona, tan enamorado de la botella de aguardiente como de la idea fija que bulle en su cabeza".

El colaborador y corregente civil de Willich, Carlos Schapper, que tenía bajo su mando a la mayoría de los miembros de la Liga comunista enfrentados a Marx y Engels, ya había sido presentado ante el público por Engels como héroe de una novelilla humorística, que dejó sin concluir cuando vio que "la historia misma se encargaba, con el golpe de Estado de Luis Napoleón, de escribir por su cuenta novelas cómicas".

Para el sector de la emigración que seguía a Willich, la exposición universal de Londres fue —se nos dice aquí— algo sensacional: los amigos procedentes de Alemania se solazaban, después de haber recorrido fatigosamente la exposición, en las tabernas de Schärttner o de Göhringer, "donde se debatía al amor del tarro de cerveza y entre nubes de humo, trazando apaciblemente la estrategia de café". Allí había que ver a los grandes hombres de Alemania. Cualquiera que se sentara a aquellas mesas podía informarse al minuto de cuándo iba a estallar el golpe. Nunca la emigración empuñó el codo y creyó en sus glorias como durante aquellos días, en que todavía los filisteos emigrados tenían dinero para pagar sus rondas.

"El verdadero núcleo organizador de la emigración era precisamente aquella organización de compadres de cervecería, reunida bajo la égida del Sileno-Schärttner en Long Acre, al calor de la exposición. Allí se reunía, en sesión permanente, el Comité central de la revolución. Los demás comités, organizaciones y partidos eran puras pamplinas, adornos patrióticos de aquella tertulia de figón de protoalemanes tumbados a la bartola". Una cosa, sin embargo, había salido ganando la emigración de estos comités, organizaciones y partidos, "un rinconcito aparte, al margen de la historia del mundo, una historia para andar por casa, hecha de sus querellas intestinas y que nutría al senti-

miento de mutua importancia de quienes en ellos militaban". Pero su "trascendental rivalidad" no tardó en trocarse en una "competencia vulgar y corriente" porque, en el fondo de todas estas querellas y ambiciones, latía "la especulación en torno al Santo Grial de los dineros del partido".

Una vez terminado el manuscrito, fue dictado por Marx en Londres a su mujer y a Dronke y entregado a Bangya, a cambio de los honorarios convenidos. Pero pasaban los meses sin que saliera a luz el folleto, cuya publicación, según se había informado a los autores, le corría tanta prisa al editor. Fue Engels el primero que empezó a sospechar del intermediario. "No quiero", escribía a Marx en octubre de 1852, "que nuestro trabajo caiga en malas manos. Lo que hemos escrito está destinado al público, y no al regodeo privado de los berlineses o de cualquier policía". Caso de que sus sospechas se confirmaran, consideraba incondicionalmente necesario hacer una declaración pública. El propio Engels abrió sin tardanza averiguaciones en Alemania, de las que resultó que el editor de que les había hablado el húngaro no existía y que todas las referencias aportadas por Bangya eran una pura invención. A los amigos ya no podía caberles la menor duda de que habían trabajado *pour le roi de Prusse*. Al principio, se inclinaban a publicar el borrador de manuscrito que obraba en su poder en Suiza o en los Estados Unidos, pero no se decidieron a hacerlo, no sabemos si porque, entre tanto, después de haber dado rienda suelta a su ira, ya no concedieran tanta importancia a sus adversarios ni a sus organizaciones en la emigración, o porque no desearan echar más leña al fuego del escándalo que estaba preparándose con motivo del gran proceso incoado contra los comunistas.

Pero la cosa cambió cuando Willich, quien había emigrado a Norteamérica en enero de 1853, emprendió contra Marx y Engels una campaña calumniosa. Marx, en vista de ello, decidió poner las cosas en claro en un artículo que vio la luz en un periódico de Nueva York, denunciando como confidente de la policía al aventurero húngaro que los había defraudado y del que más tarde se supo que tomó parte como general turco en la guerra contra los cherqueses. Acusación que Marx repetiría en 1860, en su panfleto contra Carlos Vogt. Engels estaba seguro de que el verdadero comprador del manuscrito había sido Stieber, el jefe de la policía política prusiana. Muchos años más tarde, en 1888, se burlaría de él en carta a un camarada del partido por haber sido tan necio como para suponer que pudieran contenerse revelaciones confidenciales interesantes para la policía en un texto destinado por ellos a la publicación. "Es cierto que se nos estafó al no publicarse el manuscrito, pero la que resultó realmente estafada fue la policía prusiana, la que se guardó muy bien, por supuesto, de gloriarse de su hazaña y, de paso, también el señor Kossuth, ya que lo sucedido sirvió para que se percatase de la clase de pájaro al que protegía, aunque la verdad es que siguió fiándose de él a pesar de la lección recibida".

Engels había demostrado a la emigración que la perspectiva más o menos lejana de la revolución no le impedía trabajar firmemente. Pero seguía creyendo, al igual que antes, que la crisis económica que se avecinaba desencadenaría

de nuevo la revolución en el mundo político. A la oficina de Ermen & Engels de Manchester llegaban constantemente noticias sobre las previsiones de las cosechas y las expectativas sobre el mercado del algodón. El hombre sentado impacientemente detrás de aquel escritorio y retenido allí de mala gana tomaba nota de todo lo que pudiera ser interpretado como indicio anunciador de la tormenta. Cuanto peor se anunciaran los negocios, más optimista se sentía este extraño hombre de negocios. A fines de julio de 1851, anunciaba a Marx que era inminente una perturbación seria del mercado y, como las predicciones revolucionarias amenazaban también tormenta en la política internacional, manifestaba su alegría ante la posibilidad de que las luchas continentales previstas para la primavera siguiente se complicaran irremediabilmente con una crisis económica.

Sin embargo, ni él ni Marx miraban a lo que trajera el año 1852 con la misma ciega confianza que casi todo el resto de la emigración, sobre todo la francesa. Esta creía a pies juntillas que la elección de presidente y diputados anunciada para el 2 de mayo le abriría el camino a París. Todos aclamaban las palabras de la canción de Pierre Dupont: "*C'est dans deux ans, deux ans à peine que le coq gaulois chantera*". El desprecio que Engels sentía por Luis Bonaparte no le permitía prever que las cosas habrían de ocurrir como ocurrieron. Se inclinaba más a bien a creer que sería elevado a la presidencia de la república el general Cavaignac. "Aunque este granuja", escribía a Marx el 19 de mayo de 1851, "demorara la revolución, no sería, en fin de cuentas, tan peligroso. Unos cuantos años de decidido desarrollo industrial y la superación de una crisis y un nuevo período de prosperidad no harían ningún daño, sobre todo si fuesen acompañados de reformas burguesas en Francia, etc."

De la elección de Cavaignac temía, en cambio —y ello le preocupaba enormemente—, "la invasión contra Alemania, que llevaba tanto tiempo preparándose". Escribía a Marx que una guerra de Francia, apoyada de nuevo en su tradición revolucionaria, contra las potencias del Este coaligadas "podría arrebatar nos la frontera del Rin, lo que sería, por otra parte, el mejor medio para acallar el croar de los sapos socialistas con un anticipo de *gloire*". Y si Engels no deseaba que los *junkers* prusianos tomaran las riendas de Alemania, menos aún le apetecía ver sometido su país a la férula de Francia. Obsesionado por la pesadilla de las coaliciones, escribía a su amigo: "Si las cosas se enzarzan el año que viene, Alemania se verá en una situación endiablada. Francia Italia y Polonia están interesadas en desmembrarla. Como has visto, hasta Mazzini ha prometido a los checos su rehabilitación. Fuera de Hungría, Alemania sólo contaría con un posible aliado, Rusia, suponiendo que estallase allí una revolución campesina. En otro caso, nos encontraríamos con una *guerre à mort* con nuestros nobles amigos en los cuatro puntos cardinales, y nadie sabe cómo terminaría la cosa".

En un estudio que estaba escribiendo a fines de 1851 y que dejó sin terminar cuando le sorprendió el golpe de Estado de Luis Napoleón examinaba las posibilidades y las previsiones de una guerra de la Santa Alianza contra

Francia en 1852. Es un estudio en el que dominan los puntos de vista de la ciencia militar y que revela cuánto había ahondado ya, para aquel entonces, en una materia que, dentro de su simbiosis intelectual con Marx, se convertiría de allí en adelante en su especialidad. Ya en julio del mismo año le había pedido a Weydemeyer indicaciones bibliográficas precisas, petición que razonaba con la consideración de que el autodidactismo no estaba nunca justificado y de que "sólo un estudio sistemático y a fondo de los problemas puede llevarnos a conclusiones fundadas".

En su correspondencia con este cercano amigo de la carrera militar podemos apreciar con cuánta energía y acuciosidad se había entregado Engels a estos estudios. No se limitaba, ni mucho menos, a la alta estrategia, sino que ponía también gran empeño en asimilarse "hasta lo más simple y elemental que se enseña en sus escuelas a los sargentos y a los tenientes".

Sabemos ya que estaba decidido a estudiar la guerra húngara desde el punto de vista de la ciencia militar y, aunque abrigaba grandes dudas de que un hombre como él, proscrito por la burguesía y por los gobiernos, pudiera encontrar editor en la Alemania de aquellos días —los esfuerzos de Freiligrath y de Weerth por dar con uno resultaron vanos—, perseveró en este plan durante largo tiempo. Todavía se refería a él en carta a Marx de junio del 54, y no podríamos decir a ciencia cierta por qué renunció a llevarlo a cabo. Al igual que las guerras a que asistía en vida, estudiaba las de las grandes revoluciones y las de Napoleón I, en las que ahondaba con ayuda de todos los libros que en Manchester era posible reunir. En sus cartas a Marx, encontramos muy a menudo juicios muy agudos y razonados, como de mano de experto, sobre los grandes generales, ora sobre Napoleón, Wellington y Blücher, ora sobre Görgey, Bem y Microslawski.

A comienzos de agosto de 1851 publicó Techow, bajo el título de *Lineamientos generales de la próxima guerra*, un manifiesto de cuyo contenido se enteró Engels por Marx. Renunciando a polemizar con la exposición de Techow, "increíblemente superficial y en ocasiones falsa", que, llevada de un frívolo optimismo, subestimaba la importancia de las fuerzas reaccionarias, este manifiesto le dio pie para tratar por su cuenta el problema candente. El eje de la cuestión estaba, para Engels, en saber de qué fuerzas dispondrían, en caso de guerra, una revolución francesa victoriosa y una coalición contrarrevolucionaria en contra de ella. Pero, más que estos cálculos numéricos, nos interesan hoy, en este estudio, los juicios y consideraciones generales que el autor extraía.

No era posible predecir —exponía Engels— cuál sería la actitud de Inglaterra ante la eventualidad de una guerra de este tipo. Si resultara elegido presidente Cavaignac, era de suponer que Inglaterra apoyaría a Francia. De otro modo, se inclinaba a creer que los únicos aliados de Francia, aparte de Hungría, donde volvía a encenderse la revolución, serían tal vez los ejércitos revolucionarios que en unos cuantos días podrían llegar a formarse en Alemania. Engels prevé que, a raíz de una revolución victoriosa, al nuevo gobierno francés le faltarían buenos cuadros. Por esta razón, Francia, al comienzo, tendría

que mantenerse a la defensiva o limitarse a ataques insuficientes, y por tanto perjudiciales, a menos que —cosa con la que en modo alguno podría contarse de seguro—, en la Prusia revolucionaria desquiciada, los primeros dejaran inertes las fortalezas del Rin o que incluso Berlín y Viena llegaran a convertirse en centros revolucionarios. Engels estaba convencido de que, esta vez, a la revolución francesa no le sería tan fácil como en los días de la Convención batir a la coalición contrarrevolucionaria. El propio Napoleón había reconocido que, en aquella ocasión, habían sido las fallas de sus adversarios las que más habían contribuido a los éxitos de la Francia revolucionaria. Por otra parte, las fuerzas de la primera coalición distaban mucho de estar tan centralizadas como lo estarían las de la próxima. Desde entonces, el desarrollo de la contrarrevolución había colocado al continente, con excepción de Francia, frente a Rusia, en la misma situación en que, en el pasado, se hallaban Italia y la Confederación del Rin frente a Napoleón I.

La revolución francesa había sentado las premisas políticas y sociales del sistema militar moderno, al emancipar política y socialmente a los campesinos parcelarios y a la burguesía. Los burgueses aportaban el dinero y los campesinos suministraban los soldados. La posibilidad de poner en pie gigantescos ejércitos se debía a que una de estas dos clases había sido emancipada de las trabas del feudalismo y la otra liberada de las ataduras de los gremios, y el grado de riqueza y de cultura que la nueva fase de desarrollo social hacía posible permitía al ejército contar con el suficiente número de oficiales cultos y con soldados aptos para las armas y la táctica modernas. Y sólo ello, al mismo tiempo, hacía posible acopiar en las proporciones necesarias los pertrechos para los grandes ejércitos; las armas, municiones y vituallas. La nueva revolución, al poner el poder en manos de una nueva clase, hacía que se convirtiera en patrimonio común de todos los grandes ejércitos europeos la estrategia moderna totalmente desarrollada por Napoleón. La acción niveladora de la época burguesa se manifestaba también —segua diciendo Engels— en el ejército: ya nadie podía afirmar ahora una estrategia y una táctica superiores a los demás, ni los franceses ni sus enemigos. Por muy distinto que fuera el valor combativo de los diferentes ejércitos, sólo ocupaba un lugar aparte el semibárbaro ejército ruso, no preparado todavía para el sistema plenamente desarrollado de la guerra moderna.

Y así como la estrategia de los ejércitos modernos —manifestaba Engels— era la expresión militar de la emancipación de los burgueses y los campesinos, la emancipación del proletariado provocaría, a su vez, un nuevo método estratégico. Claro está —añadía— que la estrategia militar de la futura revolución social quedaría, al principio, muy por debajo de lo que un día llegaría a ser la del proletariado realmente emancipado. Este sólo se desarrollaría en plenitud mediante la total abolición de las diferencias de clase y la concentración total de los medios de producción. Y el nuevo tipo de estrategia potenciará todavía más sus posibilidades, su carácter de masa y su dinamismo, con ayuda de los ferrocarriles y del telégrafo. Ello permitirá llegar a poner sobre las armas hasta

la mitad e incluso las dos terceras partes de la población masculina de un país. Pero, como esta potenciación cuantitativa y cualitativa de los ejércitos no podría alcanzarse sino en un plazo de largos años. Engels abrigaba todavía la esperanza de que, entre tanto, por falta de un enemigo adecuado, no se presentara en realidad una situación que diera pie a estas guerras de masas.

Ahora bien, las cosas, en Francia, se desarrollaban por otro camino que el previsto por Engels. Aunque también, como hubo de manifestar a Marx el 3 de diciembre de 1851, viese en el golpe de Estado del "hombre más insignificante del mundo" simplemente "una parodia carnavalesca del 18 Brumario", que no estaba llamado a sostenerse "por muy bajo que hubieran caído los franceses", veíase obligado a reconocer que el cambio producido era "realmente desesperante". El pueblo sentíase como niño con zapatos nuevos con el sufragio universal que había sido otorgado por decreto, y lo más probable era que, sin prensa y sin reuniones públicas para abrirle los ojos, lo utilizase también como un niño. "Lo que se destaca con bastante claridad en todo este asunto", escribía Engels a manera de complemento, una semana más tarde, es "que los rojos han abdicado totalmente", y al día siguiente añadía que el proletariado no se había batido en masa porque estaba totalmente convencido de su aplanamiento y de su impotencia. Ya el hecho de que se invocaran constantemente los hechos de 1852 había sido una prueba de esto. "Y ello solo bastaría, a menos que se produzca una crisis comercial, para que también en lo tocante al año 1852 formulemos un pronóstico bastante malo". No puede negarse —proseguía Engels— que si el partido revolucionario sigue desaprovechando momentos de viraje decisivos en un proceso revolucionario sin pronunciar ni una palabra, o se mete en la danza sin llegar a triunfar, saldrá casi seguramente maltrecho durante algún tiempo".

Llevado del estado de ánimo en que entonces se encontraba, Engels manifestó rabiosamente a Marx que el espíritu universal tenía razones para enojarse con la humanidad. Tal parecía como si el viejo Hegel, desde su tumba, llevara de la mano al espíritu universal en la historia y trabajara concienzudamente por hacer que las cosas sucedieran dos veces, una como una gran tragedia y otra como una comedia grotesca. "Así se explicaba —le decía— que sustituyera a Danton por Caussidière, a Robespierre por Luis Blanc, a Saint-Just por Barthélémy, a Carnot por Flocon, y al pequeño Caporal y a su cohorte de mariscales por una docena cualquiera de tenientes comidos de deudas". Cuán íntima y absoluta era la compenetración espiritual entre los dos amigos y hasta qué punto habían suprimido la propiedad intelectual entre ellos lo indica elocuentemente el hecho de que Marx tomara de esta carta de Engels, fechada el 3 de diciembre, no sólo el título, sino casi al pie de la letra el párrafo con que comienza su estudio sobre *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, escrito para la revista *La revolución*, editada por Weydemeyer y de tan fugaz duración.

No poseemos muchas noticias acerca de la vida de Engels durante los primeros años de su trabajo de siervo comercial en Manchester. Sabemos que vivía con Mary Burns, su compañera inseparable. Pero, por razones de respecta-

bility, véase obligado a mantener en la ciudad una residencia oficial en la que pudiera recibir a sus amigos del mundo de los negocios y alojar a su padre y a sus hermanas, cuando viajaban a Manchester desde Alemania. Dedicaba sus horas de asueto al estudio de la ciencia militar y, en ocasiones, a problemas de fisiología y antropología. Se entregó también al estudio de las lenguas, principalmente del ruso. "Aparte del interés lingüístico que esto tiene para mí", escribía a Marx, "entra también en ello la consideración de que, uno de nosotros, por lo menos, cuando llegue la hora de las grandes acciones, conozca la lengua, la historia, la literatura y los detalles de aquellas naciones con las que surja inmediatamente el conflicto".

De vez en cuando, percibimos en sus cartas al amigo una nota de melancolía en que se traslucen la soledad y el hastío. Pero estos momentos se veían interrumpidos agradablemente cuando podía conversar a sus anchas, en el ceno Bradford, con su amigo Weerth o con Dronke y tenía, por lo menos, la alegría de pasar los domingos entretenido con quienes pensaban como él. Más tarde, se estableció en Manchester como profesor de idiomas Guillermo Wolff, quien fue allí, hasta su muerte en 1864, aunque no se mantuviera ya muy activo, el más íntimo y tal vez el único confidente político de Engels. Con él se explayaba en todo lo referente al partido. Lupus, como sus amigos le llamaban, o el Lobo de las casamatas, como solía apodar el grupo de comunistas de Bruselas a su veterano, que ya desde sus tiempos de estudiante había rodado de prisión en prisión y que, en unión de Federico Reuter, había purgado una larga condena, había sido en la Colonia revolucionaria el más popular de los redactores de la *Nueva gaceta renana*, y Marx y Engels lo consideraban como el más seguro y valioso de sus correligionarios.

En 1852 volvió a visitar Manchester su padre. Por aquellos días, se firmó un nuevo contrato en que se disponía que Federico Engels hijo se dedicaría principalmente a trabajos de oficina, sobre todo a llevar la correspondencia, percibiendo por ello un emolumento anual de 100 libras esterlinas. Además, se estipulaba a su favor un pago del cinco por ciento sobre los beneficios para los primeros cuatro años, del siete y medio por ciento para los cuatro años siguientes y del diez por ciento para el tercer cuatrienio y los años sucesivos. Mejoraba, pues, considerablemente su situación económica, cosa muy importante para él, ya que hasta entonces no había podido hacer por Marx, ni mucho menos, todo lo que deseaba.

Hubieron de pasar sin embargo, incluso ahora, largos años antes de que los ingresos de Engels fueran lo bastante elevados para poder librar a su amigo de las situaciones desesperadas en que a cada paso se veía metido. Jenny Marx, su esposa, era mujer de elevadas dotes morales y espirituales, pero, criada en los medios de la aristocracia y hermanastra del ministro del Interior, señor de Westfalia, no se acostumbró nunca a mantener las necesidades de su hogar dentro del estricto y modestísimo límite que en realidad imponía la precaria situación económica de su marido. Marx no contaba con ninguna clase de ingresos fijos; el matrimonio tenía que acudir constantemente a la casa de empeños, des-

pojándose de muebles, enseres y hasta de las prendas de vestir más indispensables para poder pagar, no sólo la renta, sino hasta cosas de tan poca monta como los periódicos o el papel para escribir.

De ahí que Marx considerara como una gran suerte el que, en agosto de 1851, el *New York Tribune*, prestigioso diario de los Estados Unidos, el más avanzado, por sus ideas sociales, de cuantos se publicaban en Norteamérica, le ofreciera una corresponsalía regular por medio de su redactor-jefe, C.A. Dana, quien le conocía personalmente y le estimaba. Pero como Marx no dominaba a la perfección el estilo inglés, tenía que atenerse, al principio, para la redacción de sus artículos o por lo menos para su traducción, a los cuidados de su amigo de Manchester. Y, más tarde, muchos de los artículos publicados bajo el nombre de Marx salieron también de la pluma de Engels. La redacción del periódico de que Marx era redactor jamás supo que gran parte de los brillantes trabajos enviados por él desde Londres tenían por autor, en realidad, a un industrial establecido en Manchester.

Se cumplía el plazo en que debían ser entregados los primeros trabajos para el periódico y Marx se hallaba entregado de lleno a sus estudios económicos. Recurrió a Engels, pidiéndole que escribiera una serie de artículos sobre la Alemania de 1848, y añadía: procura que sean "ingeniosos y desenfadosos", pues estos señores de Norteamérica se sienten "bastante insolentes en cuestiones de política extranjera". A Engels le resultaba muy penoso tener que abordar un trabajo así a pecho descubierto —no disponía de material alguno fuera de un ejemplar de la *Nueva gaceta renana*—, pero inmediatamente puso manos a la obra sin más ayuda que unas cuantas notas que Marx le pasó. Desde agosto de 1851 hasta octubre de 1852, fue redactando la serie de artículos publicados en el *New York Tribune* bajo el título de *Germany, Revolution and Counter-Revolution*, que más tarde fueron editados en Alemania en un folleto titulado *Revolución y contrarrevolución en Alemania*, traducidos por Kautsky y con el nombre de Marx al frente, como autor.

Engels partía, en estos artículos, de la afirmación de que no cabía concebir derrota más completa que la sufrida en el continente europeo por los partidos revolucionarios. Durante el período de calma, probablemente muy corto —decía— en que nos encontramos, es una necesidad ineludible analizar las causas que han provocado "de un modo necesario" el levantamiento, primero, y luego la derrota. Causas que no deben buscarse —aclaraba— en las ideas, los talentos, los errores, las fallas o las traiciones fortuitas de tales o cuales dirigentes, sino en las realidades generales de la sociedad y en las condiciones de vida de cada una de las naciones que tomaron parte en el movimiento. Seguía a estas palabras preliminares un panorama de Alemania en el momento de estallar la revolución, comenzando por una ojeada sobre las diferentes clases del pueblo, parecido al que Engels había trazado en el inconcluso folleto de 1847. Hace resaltar expresamente aquí el papel decisivo que en el transcurso de la revolución le estaba asignado a la pequeñoburguesía, mientras que la clase de los trabajadores asalariados había significado muy poco y los campesinos no habían

llegado a afirmar su independencia. En seguida, pasaba a narrar los orígenes del movimiento, hablando de la oposición liberal en Alemania y explicando a sus lectores norteamericanos el nacimiento y el significado de las aspiraciones en torno a la unificación de Alemania. Se refería de pasada al movimiento de la Joven Alemania y al de los jóvenes hegelianos, el primero de los cuales, en su día, le había arrastrado a él a la política y el segundo a la lucha revolucionaria. Señalaba los obstáculos que la policía y la censura oponían a la difusión de las ideas políticas, y las circunstancias que habían obligado a la burguesía poseedora a ponerse a la cabeza del movimiento. La introducción terminaba afirmando que la revolución alemana se habría producido aunque no hubiera venido a acelerarla la revolución francesa de Febrero.

Al tratar de las explosiones revolucionarias en Viena y en Berlín, Engels se fija en la conducta seguida por las distintas clases de la población al iniciarse el movimiento y en el transcurso de él. Dice que es destino de toda revolución el que la unión entre las diferentes clases, hasta cierto punto premisa necesaria de ella, no pueda mantenerse durante largo tiempo. Y se ve que, en este punto, toma muy a pecho el argumentar, para aportar la prueba de ello, en base al desarrollo de las relaciones entre pequeñoburguesía y proletariado al filo de la revolución alemana. Y aduce el hecho de que el gobierno Camphausen, instituido después de las jornadas de marzo, no hubiese destituido a un solo funcionario u oficial del ejército, como la causa fundamental del rápido desarrollo adquirido por el partido revolucionario, al que, además de los pequeños industriales y comerciantes afluyó también la gran masa de los obreros, y que mantenía como fundamental reivindicación la del sufragio universal y directo.

Tres puntos señala Engels en los que la acción política del pequeño "partido proletario" de Alemania se diferenciaba de la mantenida por el llamado partido democrático: la democracia se manifestaba en contra del partido de la extrema izquierda de París, mientras que el proletariado revolucionario simpatizaba con él; los revolucionarios proletarios exigían para Alemania la república una e indivisible y, en cambio, los demócratas, hasta los más radicales, se conformaban con la república federativa; por último, los obreros estaban muy por encima de los pequeñoburgueses en cuanto a energía revolucionaria. Engels fustiga implacablemente la indecisión, la debilidad y la cobardía de los líderes democráticos. La pequeñoburguesía —nos dice— se sentía tan aterrada como la gran burguesía ante todo lo que pudiera atentar a la propiedad privada, y traicionó a sus mejores aliados al dejar a los campesinos en la estacada en su lucha contra el feudalismo.

La toma a sangre y fuego de Viena por las "hordas eslavas" fue —señala Engels— la contraimagen de la batalla parisina de junio. El partido revolucionario se veía, así, empujado a la defensiva y el país puesto en manos del ejército, que en un país dividido y desgarrado como Alemania vuelve a ser la potencia decisiva. En noviembre de 1848 ¿era ya demasiado tarde para intentar en Prusia una resistencia armada? Era ésta, según Engels, una pregunta a la que jamás podría contestarse.

El autor de estos artículos ardía en deseos de estudiar las enseñanzas de la revolución pasada, en provecho de quienes tuvieran que enfrentarse a la futura. Y, basado en ellas, afirmaba que en toda guerra, como en toda revolución, es ineludiblemente necesario, cualquiera que sea el pro o el contra, saber arriesgarlo todo en el momento decisivo. Cabía sin duda, en aquellos días, la posibilidad de que Berlín fuera bombardeado, de que encontraran la muerte cientos de personas sin que nadie pudiese asegurar que, con ello, se hubiera impedido la victoria del partido de la monarquía. Pero esto no era, en modo alguno, razón para rendir las armas sin lucha. Una derrota sufrida después de una lucha tenaz vale, revolucionariamente, tanto como una victoria fácilmente lograda. En toda revolución merece ser tratado como traidor quien, mandando una posición decisiva, la entrega, en vez de obligar al enemigo a tomarla por asalto. Y eso no eran vanas palabras en la pluma de un hombre firmemente convencido de que llegada de nuevo la hora de la revolución, tendría que poner a prueba sus talentos militares en un puesto decisivo.

El combate final del Parlamento de Francfort y los movimientos armados en pro de la Constitución alemana dan pie a Engels para mostrar su desprecio hacia "los miserables cobardes, infestados de cretinismo parlamentario" que se reunían a hablar, sin atreverse a obrar. Aquellos hombres no veían nada de lo que sucedía fuera de los muros de la iglesia en que deliberaban: "ni las guerras, ni las revoluciones, ni la construcción de ferrocarriles, ni la colonización de continentes enteros, ni los yacimientos de oro de California, ni los canales abiertos en la América central, ni los ejércitos rusos; nada que pudiera tener la pretensión de influir de algún modo en la historia de la humanidad. Resultado de ello fue una derrota tan dura de la clase capitalista entregada a la industria y el comercio, que en adelante se hizo imposible en Alemania cualquier régimen liberal, fuese monárquico o republicano".

Al igual que el liberalismo, había fracasado —escribe Engels— la democracia pura; a la misma altura habían quedado, en la ignominia, la burguesía y la pequeñoburguesía. Esta, arrogante para hablar, pero incapaz a la hora de actuar, se mostró cobarde, miedosa, cuando las insurrecciones de mayo de 1849 pusieron el poder en sus manos. La mezquindad de sus negocios comerciales y de sus operaciones de crédito imprimía a su carácter falta de energía y de espíritu de empresa. Donde quiera que un choque armado provocaba una crisis seria, la pequeñoburguesía se aterraba ante la peligrosa situación, ante el pueblo que tomaba en serio sus jactanciosas apelaciones a las armas, ante el poder que se ponía en sus manos y, sobre todo, ante las consecuencias que pudieran derivarse para su posición social y sus bienes de la política en que se veía obligada a embarcarse. Si era derrotada, la burguesía vería peligrar sus propiedades y, si triunfaba, sabía de antemano que los proletarios, que formaban —en Baden y en el Palatinado— el contingente principal de su ejército, la arrojarían a puntapiés de los puestos que ocupaba y la privarían de toda influencia política decisiva.

Cuando Engels, al avanzar en la serie de sus artículos, se acercaba al

momento en que tenía que emitir un juicio acerca de la actitud de la izquierda en el Parlamento de Francfort y Marx lo animaba a pegar duro, le contestó que le daría el trato merecido. Hemos advertido ya que toda su concepción acerca del partido liberal y del partido democrático durante la revolución conducía al resultado de que tanto uno como otro habían demostrado, durante la revolución, ser incapaces de encabezar el movimiento general del pueblo. Pues bien, ¿qué otra clase social podía considerarse llamada a poner su impronta en la futura revolución alemana? A esta pregunta responde Engels, sin velar apenas su pensamiento: solamente la clase obrera. Al empuñar las armas, el proletariado sabía que en esta vuelta, por sus consecuencias directas, la lucha no beneficiaría todavía a su propia causa. Pero ello no fue obstáculo para que participara en la revolución de 1848 y en las insurrecciones del siguiente año, en la esperanza de que quitarían de en medio algunos de los obstáculos que se interponían en el camino hacia su poder político y hacia la revolución social.

Era, exactamente expresado, el pensamiento del *Manifiesto comunista*. Engels volvía a aprovechar la ocasión que se le brindaba para poner de relieve su posición ante algunos problemas tácticos que podrían llegar a cobrar importancia decisiva en la futura revolución. Insistía en que la clase obrera no debía permitir que ninguna clase encaramada sobre sus hombros afianzase su poder de clase sin dejar al proletariado, por lo menos, campo libre para luchar por sus propios intereses, sin llevar las cosas hasta un punto crítico en el que sólo pudiera haber dos caminos: o arrastrar a la nación, decidida irrevocablemente, a la vía de la revolución, o restablecer en lo posible el *status quo* anterior a ella, haciendo así inevitable una nueva revolución.

Desde que, entre los germano-norteamericanos se habían sumado a Weitling y a Heinzen, en su labor de agitación contra Marx y Engels, primero Kinkel y luego Willich, los dos amigos se vieron obligados a prestar mayor atención a la actuación de los demócratas y obreros al otro lado del Océano. No disponían, en ninguno de los dos continentes, de la posibilidad de manifestarse ante el público en su propia lengua. En cambio, sus detractores del campo democrático en los Estados Unidos tenían a su disposición una prensa cuyo radio de acción crecía sin cesar y que no se veía entorpecida en sus manifestaciones por ninguna ley restrictiva. Vieron de mala gana que Weydemeyer cruzara el Océano, pero podían alegrarse de tener en él, al otro lado, un hombre de confianza que, teóricamente, estaba con ellos y que, desde el punto de vista humano, se sentía identificado también con Marx y Engels.

A comienzos de 1852, Engels abrigaba la esperanza de que su padre pudiera enviarle a los Estados Unidos para inspeccionar allí personalmente los campos de producción algodonera. Sin embargo, como aquella coyuntura favorable "increíblemente larga" se mantenía, con leves oscilaciones, los empresarios de Barmen no sintieron la necesidad de organizar aquel viaje de orientación. Con gran celo, pero sin apreciables resultados, Weydemeyer trató de atraer hacia el comunismo revolucionario a los obreros alemanes, que, en Norteamérica, tendían a aburguesarse cada vez más. En enero de 1852 logró fun-

dar un semanario político en lengua alemana, titulado *La revolución*, del que sólo llegaron a aparecer dos números; y tampoco habría de gozar de larga vida al convertirse, a partir de mayo, en revista mensual. Weydemeyer se había asegurado desde el primer momento la colaboración de Engels, quien le prometió que todas las semanas le enviaría algún trabajo de tema político, económico o de folletín. Se dio la desafortunada circunstancia de que los dos primeros artículos remitidos por él se perdieran por el camino y de que otros dos sólo llegaran a su destino cuando ya el editor, obligado por las circunstancias, había tomado la decisión de publicar los trabajos más valiosos recibidos por él en forma de folletos sueltos. Engels no consideraba valiosos los suyos, escritos solamente, según él, para "las circunstancias del momento". Veredicto condenatorio del que tampoco absolvió a un artículo escrito por él sobre la posibilidad de una invasión francesa a Inglaterra, tratando un tema favorito de las cábalas y conversaciones políticas, sobre todo en la isla británica, desde el golpe de Estado de Luis Napoleón.

Engels consideraba, coincidiendo en ello con todos, que la subida al poder de Luis Bonaparte había agudizado el peligro de una guerra europea. Pero, con ello sólo había cambiado, para él, la agrupación de las potencias que podían enfrentarse entre sí. El nuevo gobernante de Francia podía verse tentado a sellar una alianza tanto con Rusia como con Inglaterra. Eran muchos los ingleses que, por aquellos días, abrigaban el temor de que Napoleón III quisiera tomar la revancha de Waterloo, teniendo en cuenta que Inglaterra no contaba todavía, a la sazón, con un ejército ni con una flota preparados para hacer frente a una guerra seria. Engels consideraba deliberadamente exagerada la alarma que en la opinión pública del país se levantó, poniendo de manifiesto el precario estado de sus medios de defensa; sin embargo, no la condenaba, pues también él reputaba deseable que se hiciera todo lo posible para impedir que el aborrecido "Boustrapa", como Engels y Marx gustaban de llamar al nuevo gobernante francés, derrotara a Inglaterra. En este sentido se manifestó Engels, en carta a Marx, en enero de 1852 y, entrando en una serie de pormenores militares, volvió a expresar la misma opinión tres días más tarde, en carta a Weydemeyer, a la que atribuía más importancia que a los artículos escritos por él sobre el mismo tema.

Al hablar de la posibilidad de un desembarco francés en las costas inglesas, Engels distinguía entre un golpe de audacia y una guerra en toda regla. Consideraba tan expugnables las fortificaciones marítimas inglesas, que no descartaba la eventualidad de que pudieran lograr su objetivo los ataques franceses sobre algunos puntos y conjeturaba que, en el mejor de los casos para ellos, podían incluso destruir Woolwich. Pero no podrían pasar de ahí. En cuanto a una guerra real, todo dependería en ella de la rapidez con que pudieran actuar los atacantes y del número de tropas que estuvieran en condiciones de enviar a Inglaterra. Engels, por su parte, opinaba, evidentemente, que los ingleses podrían concentrar su flota de guerra, muy diseminada, y poner en pie de guerra un ejército importante antes de que los franceses consiguieran hacer cru-

zar el Canal a un número tan grande de tropas para lanzarse con ellas a la conquista de Inglaterra. A su juicio, la escuadra gala se vería, al principio, bastante ocupada en impedir que los barcos británicos atacaran a los barcos de transporte franceses y, en una etapa posterior de la guerra, difícilmente podrían evitar que los ingleses cortasen las líneas de comunicación de un ejército de desembarco con el continente.

Los franceses se darían cuenta de que el tiempo trabajaba a favor de Inglaterra aun cuando realmente lograsen desembarcar un ejército importante en ella, tomando al enemigo por sorpresa con rapidez evidentemente necesaria. Aunque, por cierto, Inglaterra no podría poner bajo las armas, inmediatamente, a una gran masa de hombres, no cabía duda de que el país se hallaba animado por un apreciable espíritu guerrero y disponía de elementos militares muy estimables; desde luego, los mecánicos y obreros de máquinas eran más aptos para las fábricas de armamento y los servicios de artillería e ingeniería militar que los de cualquier país del continente.

Las reflexiones de Engels en torno a la fuerza del ejército continental capaz de conquistar realmente Inglaterra tenían para él, sin duda alguna, un carácter puramente teórico. Eran simplemente ejercicios aritméticos de un principiante que aprovechaba la primera ocasión que le salía al paso para convencerse ante sí mismo de que comenzaba a sentirse seguro del nuevo campo de investigación en que se había aventurado. Solamente en caso de que los franceses lograran poner en Inglaterra a 400 000 hombres consideraba factible que pudieran llegar a apoderarse de todo el territorio enclavado entre Dover y el Clyde y desplegar un frente respetable junto a este río.

Había, sin embargo, razones más profundas que llevaban a Engels a desear decididamente la victoria de los ingleses, en la eventualidad de la guerra en cuestión. En el artículo escrito con destino a Norteamérica, se pronunciaba de antemano en contra de la posible objeción de que el asunto interesaba solamente a los aristócratas, rentistas y burgueses británicos. Hacía ver con mucha fuerza que la lenta, pero concienzuda, confrontación entre burguesía y proletariado, que en Inglaterra se había desarrollado más a fondo que en ningún otro país, tenía la más alta importancia para el desarrollo de toda Europa. Aunque el peculiar y metódico desarrollo de Inglaterra se hubiese interpuesto algunas veces, como en 1793 y en 1848, ante las revoluciones victoriosas del continente, no cabía duda de que, vista la cosa a fondo, el desarrollo de Inglaterra entrañaba un contenido revolucionario mayor que el de todas las pasajeras luchas del continente juntas.

Mientras que la gran revolución francesa había fracasado en la conquista de Europa, Inglaterra había revolucionado la sociedad con la máquina de vapor, había conquistado el mercado mundial, iba desplazando del poder, cada vez más, a todas las clases históricamente caducas y preparaba el terreno para la gran lucha decisiva entre los capitalistas de la industria y los obreros industriales. Canning primero y después Peel habían iniciado, durante el período de la restauración —decía Engels— la labor de zapa que fue minando la Constitu-

ción inglesa, que prosiguió después de ellos y que tendría que llegar, sin tardanza, al punto en que todo el carcomido edificio se derrumbaría entre grandes crujidos. Este socavamiento de las viejas instituciones inglesas y, como base de él, el proceso incesante de revolucionización de la sociedad inglesa por medio de la gran industria proseguía su curso —aseguraba Engels— de un modo seguro y tranquilo, sin preocuparse de que en el continente triunfara, de momento, la revolución o la contrarrevolución. Y, aunque su curso fuese lento, avanzaba sin detenerse y sin retroceder un solo paso.

Las grandes palancas del desarrollo, en Inglaterra, no son las conmociones políticas, sino las crisis mundiales del comercio, los golpes materiales directos que amenazan la existencia de cada cual. En el momento en que la expulsión definitiva del poder político de todas las clases tradicionales desplazadas por la burguesía inglesa hace que vaya acercándose el día de la batalla decisiva entre ella y el proletariado industrial, representaría un alto muy lamentable en este proceso de desarrollo el hecho de que Inglaterra pudiera ser sojuzgada, ni siquiera momentáneamente, por los pretorianos del segundo Diciembre, ávidos de botín.

Inglaterra es —afirma Engels— el único país en donde la industria ha cobrado una extensión tal, que en ella se concentran todo el interés nacional y todas las condiciones de vida del conjunto de las clases de la nación. La industria es por una parte la burguesía industrial, pero también, por otra, el proletariado industrial, y en torno a estas dos clases antagónicas se agrupan, en mayor o menor medida, todos los demás elementos del país. Es aquí, pues, más que en ningún otro sitio, donde puede decidirse la lucha de clases bajo la forma que adopta en la sociedad moderna, donde el proletariado dispone del poder necesario para conquistar el poder político y encuentra, al mismo tiempo, las fuerzas productivas que le permitirán llevar a cabo una revolución social completa y, en última instancia, la abolición del antagonismo de clases imperante. Por todas estas razones, se halla el proletariado de toda Europa muy altamente interesado —concluye Engels— en que el desarrollo de las contradicciones de clase, en Inglaterra, no se vea interrumpido por el avasallamiento de ningún país extranjero.

Ahora bien, del estado general de indignación en torno a la situación tan deplorable de las defensas de Inglaterra Engels no esperaba solamente que se pusiera fin a la despreocupación por el estado del ejército y la marina en aquel país, sino que esperaba, asimismo, algo que a él le interesaba mucho más, a saber: que sufriera una ruda sacudida aquella ideología pacifista que el victorioso movimiento del librecambio había inculcado en la burguesía y, con ella, en importantes capas del proletariado y de la que él siempre se había burlado; la burguesía industrial, escribía al final de su artículo, "se sobrepondrá por fin a su vaga mentalidad de los Congresos de la Paz y las Sociedades de la Paz, que con razón suscita tantas modas y que tanto ha estorbado a sus avances políticos y, consiguientemente, al desarrollo de Inglaterra en su conjunto. Y si la guerra llegara a estallar, no nos extrañaría que la consabida ironía de la historia uni-

versal, hoy más floreciente, pusiera a los señores Cobden y Bright, en su doble condición de miembros de la Sociedad de la Paz y de ministros, en un cercano porvenir, a encabezar una guerra porfiada, tal vez con todo el continente”.

Entre los artículos que se perdieron cuando viajaban a los Estados Unidos figuraba uno sobre la caída de Palmerston, que se produjo porque este ministro había dado su visto bueno demasiado pronto al golpe de Estado en Francia. Se ha conservado, en cambio, el manuscrito de otro artículo dedicado a comentar la reforma electoral prometida hacía un año por el gobierno Russel y que no llegó a implantarse por haber sido derribado el gabinete poco después de formular dicha promesa. Para Engels, la ampliación del derecho de sufragio giraba solamente en torno a la cuestión de saber qué parte de su poder político tendrían que ceder las “clases reaccionarias o estables” a la gran burguesía industrial que en realidad dominaba ya el país y que ahora pugnaba por imponer el reconocimiento político de su hegemonía. A su juicio, también el proletariado se hallaba interesado en que se convirtiera cuanto antes en realidad la hegemonía política de los industriales. A este punto de vista de que el camino hacia la dominación del proletariado tenía que pasar por un período más o menos largo de predominio de la burguesía se atuvo a todo lo largo de su vida, en diferentes momentos y en diferentes situaciones, no sólo en lo referente a Inglaterra, sino también en lo tocante a los países del continente. Como el *Manifiesto comunista*, seguía viendo en la burguesía a la clase realmente revolucionaria, reservando al proletariado el papel de ocupar con su acción el primer plano de la escena, como el destino en la tragedia antigua, en los grandes momentos históricos decisivos.

Y si Engels prescribía esta directriz a Inglaterra, con mayor razón tenía que preconizarla para Prusia, donde la gran burguesía había vuelto a poner las riendas del gobierno en poder de la Corona y de la nobleza tan pronto como en la revolución habían comenzado a agitarse las clases bajas del pueblo. Al rey, sin embargo, no le parecía la burguesía lo bastante sumisa, aun después de haber triunfado en toda la línea la reacción, y, para abatir el último resto de sus veleidades, si aún le quedaban algunas, recurrió al ardid de amenazarla una vez más con el espantapájaros del comunismo. Con el fin de montar un complot y llevar ante los tribunales a los presuntos culpables, el monarca consideró, y con razón, que resultaba una “valiosa personalidad” el ministro Stieber, nuevo director de la policía de seguridad en Berlín.

En mayo de 1851 fue detenido en Leipzig el sastre Nothjung, emisario de la Liga comunista, y por los papeles que se le encontraron se descubrió la existencia del Comité central de la Liga en Colonia. Pero, con gran satisfacción de Engels, resultó que esta vez el espectro rojo no volvía a sembrar el espanto entre los burgueses alemanes, temerosos únicamente de que el sistema de los registros domiciliarios pudiera extenderse también a ellos. En junio, escribía Engels a Marx que la reacción feudal galopó “con tal furia y tal ceguera, que el tiro con que se había pretendido aterrorizar a la burguesía no ha surtido ningún efecto”.

Entre el material de agitación que la policía encontró en poder de Nodding figuraba la circular en que Marx y Engels prevenían a los miembros de la Liga, en marzo de 1850, sobre la conducta que debían seguir en caso de que la burguesía democrática subiera pronto al poder en Alemania. En el verano de 1851, las autoridades, para predisponer a la opinión en contra de los comunistas, ordenaron que dicha comunicación fuese publicada por la prensa, lo que Engels juzgaba "enormemente beneficioso" para los efectos de la propaganda. Se inclinaba a creer que los muchos grupos de comunistas silenciosos que, después de todo lo sucedido, tenían necesariamente, según él, que existir en toda Alemania, encontrarían en aquel documento una magnífica ayuda, lo que consideraba tanto más necesario cuanto ello abría la perspectiva de que su pequeño partido, en el que escaseaban los dirigentes capaces, llegara a reunir, si las cosas se ponían feas, el Estado Mayor necesario.

No pensaba lo mismo Miquel, casi el único que, con Lassalle, entre los correligionarios que seguían en libertad dentro de Alemania, seguía manteniendo el contacto con Marx y Engels. Miquel temía, en efecto, que la publicidad dada a aquella circular antes de que estallara la revolución podía enemistar a la pequenoburguesía con el movimiento y con el proletariado, impidiendo llegar a una acción común. A Engels no le desagradaban del todo las cartas que este correligionario suyo, más tarde ministro de Guillermo II, escribía a Marx y a su coterráneo Guillermo Pieper, miembro también de la Liga comunista y que por entonces trabajaba de secretario con Marx. Pero "la democracia natural del campesino medio que imperaba en la Baja Sajonia", la única que Miquel alcanzaba a ver en Hannóver quedaba, a sus ojos, muy por debajo de "la democracia filisteá de las grandes ciudades", que impera sobre ellas. Opinaba que "la democracia pequenoburguesa normal" era demasiado medrosa y apocada para no agachar la cabeza ante la necesidad de que momentáneamente se impusiera el poder terrorista del proletariado. Como resultado de lo cual, a juicio suyo, la circular publicada en los periódicos llevaría a dichas gentes, cuando mucho a la creencia de que no era posible ni hablar de que aquellas fuerzas llegaran a ejercer duraderamente el poder ni a implantar semejantes principios. Claro estaba que el campesinado hannoveriano grande o mediano se guardaría mucho de cruzar el Mar Rojo, antes de verse obligado a ello.

Miquel sostenía, además, que los demócratas comenzarían, ahora, a "sobreponerse a su entusiasmo revolucionario, nacido de la placentera sensación de haber desaparecido el antagonismo". A lo que Engels replicaba: "Si los demócratas alemanes prorrumpieran en gritos tan revolucionarios precisamente por no existir antagonismo, no hemos sido nosotros quienes lo hemos borrado, sino que han sido los comunistas alemanes dentro del país. En eso parece que está, desde luego, la madre del cordero. Cualquier demócrata un poco inteligente tenía que saber de antemano qué podía esperar de nuestro partido, y el documento publicado no le enseña muchas cosas nuevas. Si se aliaban temporalmente con los comunistas, sabían perfectamente cuáles eran las condiciones de nuestra alianza y cuánto habría de durar ésta, y sólo a los abogados y campesinos

medios hannoverianos se les podía ocurrir creer que, de 1850 para acá, los comunistas hubieran abjurado de los principios y la política de la *Nueva gaceta renana*. No creo que a Waldeck ni Jacoby les haya pasado por las mientes semejante cosa. En todo caso, esta publicidad en nada hará cambiar, para decirlo en el lenguaje de Stirner, ni 'la naturaleza de las cosas' ni 'el concepto de las relaciones', y la vocinglería y las intrigas de los demócratas no tardarán en florecer de nuevo y en marchar de la mano con los comunistas. Que estos sujetos nos jugarán todas las malas partidas que puedan al día siguiente del movimiento lo sabemos nosotros desde hace ya mucho tiempo y no habrá diplomacia capaz de impedirlo".

Poco después de ser detenidos los miembros del Comité central de la Liga comunista, Marx dio a entender a Engels la conveniencia de que pusiera a salvo sus papeles en poder de Mary o de un empleado de confianza de sus oficinas. Y tampoco descartaba la posibilidad de que Stieber y sus criaturas, que no reparaban en medios, reclamaran la ayuda de la policía inglesa contra los alemanes partidarios de la subversión. Ambos amigos seguían en los periódicos con ardiente interés las noticias acerca de la instrucción del sumario, que duró más de un año. Y se lanzaron a la palestra con gran brío cuando vieron que el asunto se convertía claramente en un duelo entre su pequeño partido y la policía y la justicia prusianas. Los incansables esfuerzos de Marx se encargaron de amargar cada vez más los goces de Stieber y de su agente Schliche, lo que fue dando pábulo en él a la esperanza de que tal vez se pudiera infligir a la reacción prusiana, a los ojos del mundo, una sensible derrota moral.

"Ya puede usted imaginarse", escribía el 28 de octubre la esposa de Marx a Cluss, residente en los Estados Unidos, "que el partido de Marx no descansa de día ni de noche y trabaja con la cabeza, las manos y los pies". Engels hacía todo lo que los miramientos hacia la posición social que ocupaba y el alejamiento de Londres le permitían; su aportación más importante consistía en suministrar direcciones de comerciantes y cartas comerciales supuestas, gracias a lo cual se consiguió que, a pesar de las contramanoobras de las autoridades prusianas, que hacían lo posible y lo imposible por interceptar aquellos envíos, pudiera llegar a poder de los abogados de los reos el material documental para su defensa.

Ninguno de los componentes de aquel círculo de amigos dominaba el inglés tan a la perfección como Engels, razón por la cual era él el encargado de dar la última mano, y a veces la primera, a las comunicaciones que, en su nombre, en el de Marx, Guillermo Wolff y Freiligrath, se hacían llegar a los periódicos, a veces sin resultado, para influir sobre la opinión pública inglesa en contra del gobierno prusiano y de sus métodos. Consideraban como un deber de honor el denunciar a la prensa británica todos y cada uno de los actos de ilegalidad y represión perpetrados en los países del continente en los que no existía ya una prensa independiente y libre. Una comunicación publicada a fines de 1852 en cinco periódicos de Londres llamaba la atención del público, por adelantado, sobre las revelaciones que en el proceso de Colonia haría la defensa

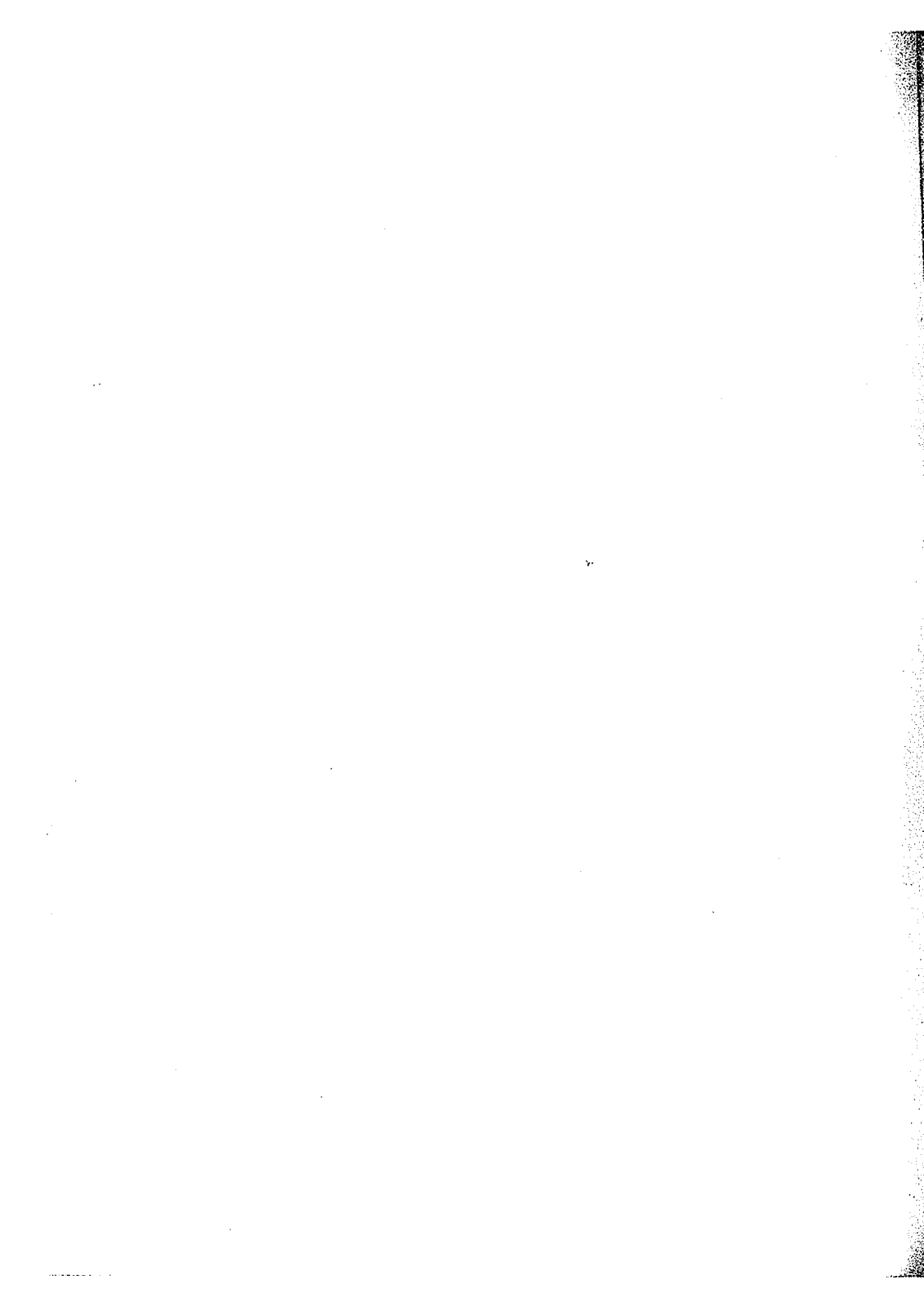
acerca de los perjurios y falsificaciones de documentos cometidos por la policía prusiana.

Después de haber logrado Marx poner en claro la falsificación del libro de actas presentado por el fiscal como prueba de cargo y la mendacidad de ciertos testigos de Stieber, Engels veía el desenlace del proceso con optimismo. "Si los abogados se portan valientemente y son hábiles", escribía a Marx el 28 de octubre, "la cosa terminará poniéndose en libertad a los procesados y encarcelándose al señor Stieber por perjurio y otros delitos prusianos contra el malhadado *Code pénal* francés, aquí en vigor". No ignoraba, ciertamente, que los componentes del jurado habían sido seleccionados con una parcialidad increíble, pero sus sentimientos renanos confiaban, a pesar de todo, en que los miembros del jurado, coterráneos suyos, aceptarían las pruebas de la defensa y cederían a la presión de la opinión pública.

Pero se equivocó. La mayoría de los procesados fueron condenados a penas de presidio por intento de alta traición. En un artículo escrito para el *New York Tribune* después de la sentencia, Engels sostenía la afirmación de que, para conseguir este resultado, el gobierno había dado a entender a la opinión pública que la absolución de los encartados en aquel proceso traería consigo la represión de los tribunales del Jurado y sería considerada por él como una prueba de que la oposición liberal-burguesa estaba dispuesta a coaligarse incluso con los revolucionarios más extremos.

Como la cosa era urgente, Marx redactó el texto titulado *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas*. Engels se proponía, al principio, colaborar en él, pero no llegó a hacerlo, ignoramos por qué razones. Y el 13 de noviembre, y obedeciendo a las mismas causas, se acordó, a propuesta de Marx, la disolución de la Liga comunista. Se dio como razón de este paso el que, con la detención de los miembros del Comité de Colonia, habían quedado destruidos todos los contactos de los refugiados con el continente y de que, por otra parte, ya no correspondía a las circunstancias existentes una sociedad de propaganda como la Liga.

Terminaba así lo que Engels considera como el primer período del movimiento obrero comunista. A partir de ahora, Engels y Marx se sienten plenamente desligados de todo compromiso de partido y libres de toda responsabilidad. Pueden, en vista de ello, dedicar a sus estudios y trabajos científicos todo el tiempo que les deje libre la tarea para ganarse el pan. Pero con la conciencia de que, al proceder así, sirven de la mejor manera posible a la causa a que han consagrado sus vidas.



CAPITULO II

LA GUERRA DE CRIMEA. ESLAVISMO Y GERMANISMO. LA CRISIS ECONÓMICA MUNDIAL DE 1857.

A partir de la restauración del Imperio en Francia, Engels estaba firmemente convencido de que la depresión política reinante en Europa desde 1849 llevaba ya durando demasiado tiempo. Condenaba como el aborto de un delirio insurreccional alocado y puramente abstracto la intentona a que en marzo de 1853 se habían aventurado los partidarios de Mazzini en Milán, pero veía incluso en este acontecimiento un síntoma de que las barreras puestas a la acción de las fuerzas revolucionarias comenzaban a ceder.

También contra Mazzini abrigaban Engels y Marx, al igual que contra Kossuth, la sospecha de que, llevado por tantos reveses y desengaños, el dirigente italiano pudiera cifrar sus esperanzas, para liberar a su patria del yugo extranjero, en el aventurero entronizado en París. Engels no quería que fuera el nuevo gobernante de Francia, enemigo a muerte de la democracia y el socialismo, el encargado de conquistar la independencia de los pueblos que todavía gemían bajo la férula de los ocupantes del exterior. Prefería confiar esta misión a una guerra general preparada por las condiciones de la época, en el curso de la cual salieran de su sopor y pudieran desplegarse victoriosamente las fuerzas revolucionarias.

Desde el primer momento en que empezaron a manifestarse en el Oriente los síntomas de un choque entre las potencias por la hegemonía sobre aquella región, vio en él la mina que, caso de estallar, podría, en ciertas y determinadas condiciones, conducir al resultado apetecido. Su modo de ver el problema se contraponía ya desde los inicios al de los liberales ingleses. A sus ojos, como a los de los cartistas, sólo la necesidad del filisteo o la limitación del burgués podían abogar en pro de la integridad territorial de Turquía. Ya en marzo de 1853 expresa la certeza de que sólo una revolución continental podrá resolver el problema del Oriente. Y cuando se agudizaron las contradicciones entre las potencias y, más tarde, y en rigor contra la voluntad de todos, estas contradicciones condujeron a la guerra, Engels se entregó a un estudio concienzudo de los problemas geográficos, etnológicos, económicos, políticos y militares sobre

los que se proyectaba ahora la atención general. Con ello, prestaba también un gran servicio a Marx. Estos estudios le permitían, en efecto, descargar a su amigo de una parte considerable de los artículos que, comentando los acontecimientos de actualidad, tenía que escribir para el *New York Tribune* y, más tarde, para la *Nueva gaceta del Oder*, de Breslau.

En el período anterior a 1848, y sobre todo durante la revolución, como redactor de la *Nueva gaceta renana* para asuntos extranjeros, había trazado Engels, de acuerdo con Marx, algunos lineamientos que, en lo fundamental, seguirían teniendo validez también en adelante como pauta para su enjuiciamiento de la política internacional. Pero, como la política mundial y la ciencia militar se hallan íntimamente entrelazadas y con ellas se hermana también la política comercial, estos tres horizontes se integraban para Engels en una unidad fecunda, en la que se concentraba su atención. Y la posteridad, que sólo ahora puede abarcar con la mirada sus incontables apreciaciones en torno a estos problemas no puede por menos de considerarlo, haciéndole justicia, como uno de los conocedores más agudos y más originales de tales asuntos en la segunda mitad del siglo XIX.

Engels pudo predecir con una claridad extraordinaria, en aspectos muy importantes, el rumbo que habrían de seguir las cosas andando el tiempo y que inquietaban y perturbaban la paz de Europa. Es cierto que, en algunos casos, se equivocó en sus previsiones, acentuando demasiado ciertas tendencias y subestimando, en cambio, otras. Fue lo que le ocurrió, principalmente, con los pueblos eslavos del Sur y del Oeste, por la mayoría de los cuales, como hubo de confesar a Kautsky todavía en 1881, sentía, evidentemente, "poca simpatía". Puede uno explicarse, por la pasión ardorosa del revolucionario, que en plena explosión de la lucha de los pueblos, en 1848, cayendo en la parcialidad, negase todo porvenir histórico, en bloque, a aquellas nacionalidades eslavas cuyos hijos formaban el gran contingente de las tropas de Jellachich que ayudaron a restaurar en el trono a los Habsburgo e hiciera a los polacos concesiones difícilmente compatibles con los intereses vitales de Alemania, por los que más adelante tendría que preocuparse.

Pero, muchísima más importancia que esto tiene el hecho de que, al correr de los años, Engels tuviera que rectificar relativamente pocas cosas en estas posiciones suyas. A los checos, a quienes en la *Nueva gaceta renana* había llegado, incluso, a negarles una historia propia, hubo de reconocerles más tarde grandes reminiscencias en su pasado; pero todavía en los artículos escritos para el *New York Tribune* sobre la revolución y la contrarrevolución en Alemania presentaba a este pueblo eslavo, influido primero que ningún otro y con mayor fuerza por la cultura y la economía alemanas, como una "nación a la deriva" que, aunque cierta parte de la población conservara su lengua propia a través de los siglos, sólo podría sobrevivir integrada a Alemania. Al acercarse ahora la crisis oriental y decirle Marx que los problemas planteados eran de su incumbencia, ya que se trataba, sobre todo, de problemas militares y geográficos, Engels tuvo que volver a ocuparse, con este motivo, de los pueblos sudoslavos.

Lo que más a fondo hubo de revisar Engels después de la revolución, desde su punto de vista, para el que "polaco y revolucionario" eran sinónimos, fueron sus juicios acerca del futuro de Polonia. Este pueblo, en efecto, había defraudado sus esperanzas y, contra lo que él esperaba entonces, no había arrastrado al movimiento a todo el Este de Europa, mediante un levantamiento de los campesinos. Y no deja de ser digno de mención el que esta reacción se produjera en Engels en el momento en que se percató de la misión asignada a Rusia en el Este. Ya el 23 de mayo de 1851 escribía a Marx:

"Cuanto más medito sobre la historia, más claro me parece que los polacos son *une nation foutue*, que sólo servirá de medio mientras Rusia misma se vea arrastrada a una revolución agraria. A partir de este momento, perderá toda razón de ser. Lo único que los polacos han hecho en la historia son necesidades de valientes camorristas. No puede citarse un solo caso en que Polonia haya representado con éxito al progreso frente a Rusia".

Rusia, en cambio, según Engels, representaba un papel realmente progresista ante el Oriente. La dominación rusa, con toda su vileza y su basura esclava, constituía, a su juicio, factor de civilización para el Mar Caspio y el Mar Negro, para el Asia central, los baskires y los tártaros; Rusia se había asimilado muchos más elementos de cultura, y sobre todo muchos más elementos industriales, que Polonia, un país totalmente haragán y caballeresco, que jamás había sido capaz de asimilar elementos de fuera. Los alemanes de las ciudades polacas —decía Engels— eran y seguían siendo alemanes, mientras que Rusia había sabido rusificar a los alemanes y los judíos. A lo que hay que añadir —proseguía— que la mayor parte de Polonia, la llamada Rusia blanca, es decir, Bielostock, Grodno, Vilna, Smolensk, Minsk, Mohilev, Volinia y Podolia, con contadas excepciones, viene dejándose gobernar desde hace siglos por los rusos. En cambio, una cuarta parte de los polacos hablan lituano, otra cuarta parte rutenio, una pequeña parte algo parecido al ruso, y la parte propiamente polaca se halla germanizada en no menos de la tercera parte. Engels confesaba aquí a su amigo que le gustaría no haber asumido en la *Nueva gaceta renana* más compromiso positivo hacia Polonia que el inevitable de restaurar su nación con unas fronteras tolerables y esto, además, a condición de que los polacos llevaran a cabo su revolución agraria. Y añadía:

"Estoy seguro de que esta revolución se producirá en toda su extensión en Rusia antes que en Polonia, por razón de carácter nacional y del desarrollo de los elementos burgueses en aquel país... Resultado: quitarles a los polacos en el Oeste todo lo que se pueda, hacer que sus fortalezas, sobre todo Posen, so pretexto de la defensa del país, sean ocupadas por alemanes, dejar a los polacos gobernar, mandarlos al fuego, comerse su territorio, alimentarlos con la perspectiva de Riga y Odesa y, en caso de que sea posible, poner en marcha a los rusos, aliarse con ellos y obligar a los polacos a ceder. La menor pulgada que cedamos a los polacos en la frontera que va desde Memel hasta Cracovia sólo servirá para arruinar militarmente por completo esta frontera ya débil de suyo y dejará prácticamente inerte toda la costa del Mar Báltico, hasta Stettin".

Pocos meses después de que se expresara en privado de un modo tan increíble acerca de la misión revolucionaria de los polacos, los artículos para el *New York Tribune* le daban ocasión de dejar traslucir también en público sus nuevas ideas. El entusiasmo que los demócratas alemanes sentían por la restauración del Estado polaco le explicaba por qué los polacos, en 1848, se consideraban con derecho a esperar que los alemanes les devolvieran los territorios adjudicados a éstos al ser repartido su país. Después de lo cual agregaba: "Debe preguntarse, por otra parte, si deberán cederse fajas enteras de territorio pobladas principalmente por alemanes y ciudades enteras completamente alemanas a un pueblo que, hasta ahora, no ha podido aportar prueba alguna de que sea capaz de pasar por encima de una situación feudal, basada en la servidumbre de su población campesina".

Las ideas de Engels acerca de las fronteras de una Polonia restaurada habrían de volver a cambiar, en lo sucesivo, una y otra vez. Pero, a partir del momento en que comenzaron a pesar con gran fuerza en él los criterios militares, no se desvió jamás del punto de vista de que no deberían abandonarse las partes realmente germanizadas del antiguo reino polaco. He aquí lo que escribía a Lassalle en 1859: "No deberemos ceder ni una pulgada de la Prusia polaca". Y cuando, en 1893, se mostraba dispuesto a traspasar a los polacos, y además como una especie de dote, un trozo de la Polonia prusiana incluido en la Polonia restaurada por las tropas alemanas, sólo accedía con ello, a lo sumo, a modificar ligeramente su criterio anterior, mantenido en pie. Engels concebía esta Polonia como un Estado estrechamente coaligado con Alemania en el terreno militar.

Lo mismo que Marx bromeaba al decir que no comprendía nada de la suerte que habría de correr el imperio otomano, declaraba a su amigo, que se venía ocupando desde antes que él de los problemas planteados por la política de poder, de momento, la autoridad competente en relación con Rusia. Y cuando, más tarde, él mismo tuvo ocasión de ahondar en la historia diplomática de los últimos veinte años, se lamentaba, en carta a Engels, de que hasta entonces hubiesen "abandonado demasiado este punto": "Hay que saber, le decía, con quién tiene uno que vérselas".

Hasta el golpe de Estado de Napoleón Bonaparte, Engels se representaba la cercanía de la guerra europea partiendo del supuesto de que desde Francia se extendería sobre Europa una ola revolucionaria. Y aunque la marcha de las cosas le decepcionase, no por ello cambió, en lo esencial, sus pronósticos militares; sólo modificó su modo de pensar en cuanto a la agrupación de las potencias y el contenido ideológico del choque que se avecinaba. Si, como antes se inclinaban a pensar Marx y Engels, hubiera estallado la guerra entre una Francia jacobina y las potencias de la Santa Alianza, las cosas habrían sido, para su actitud y su criterio como hombres de partido, más sencillas que ahora, en que el conflicto que surgía entre el zar y el "estafador, borracho y tramposo en el juego", como Engels llamaba al vencedor del 2 de diciembre, y en que de otra parte, el reino insular, por donde, según ellos, tenía que comenzar "la verda-

dera revolución de la sociedad moderna", sellaba una alianza con el *bas empire*, mortalmente odiado por Engels.

Cuando Inglaterra y Francia desenvainan la espada lo hacen siempre convencidos de que obran en pro de la cultura y en contra de la barbarie. Tampoco en esta ocasión admitían más disyuntiva que ésta los aliados del Sultán y, como el 9 de junio de 1854 informaba Marx al *New York Tribune*, no era posible salir a la calle en Londres sin encontrarse con grupos de londinenses embobados delante de los periódicos patrióticos en que se veía a "los tres caballeros defensores de la civilización": el Sultán, Bonaparte y la reina Victoria. Marx y Engels se oponían con todas sus fuerzas a semejante campaña de extravío de la opinión pública. Proclamaban en voz muy alta que aquella guerra iba encaminada paladinamente a mantener el equilibrio de las potencias y a mantener en vigor los tratados de Viena que habían estrangulado la libertad y la independencia de las naciones.

No era posible que Engels simpatizase con una coalición en la que participaba Luis Bonaparte. Se consolaba, sin embargo, con la esperanza de que, cuanto más durase aquella guerra que, por el momento, era sólo una amenaza, y cuantos más Estados se vieran envueltos en ella, más contribuiría a desencadenar en todas partes las fuerzas revolucionarias. Apenas los pigmeos gobernantes habían tenido tiempo a vanagloriarse, en su miopía, de haber liberado a Europa de los peligros de la anarquía, cuando se ponía sobre el tapete el problema del futuro de Turquía, leemos en el primero de los artículos sobre la crisis del Oriente. Este país venía siendo, desde hacía mucho tiempo, el punto flaco de la Europa legitimista. Nuestro revolucionario veía en la aspiración de los diplomáticos a dejar estar las cosas tal y como aproximada y fortuitamente eran, la confesión de que las potencias dominantes eran incapaces de fomentar en lo más mínimo el progreso o la civilización y se burlaba de la carencia de ideas y la ignorancia de aquellos gobiernos que idolatraban el *status quo* establecido por ellos mismos con la plena conciencia de su chapucería. Ni Turquía ni nada en el mundo —según diciendo— se mantenía en situación invariable; se ponían de manifiesto nuevos problemas, nuevas relaciones, nuevos intereses y, como el cadáver de un caballo muerto y putrefacto, seguiría envenenando el ambiente con sus gases fétidos, pese a todos los congresos y protocolos, mientras se empeñaran en mantener en pie el sistema del equilibrio europeo y el *status quo*.

Engels previó que, si Turquía era desmembrada, Egipto pasaría necesariamente a poder de Inglaterra. En cambio, Asia Menor y Armenia eran, para él, el asiento de toda la fuerza de la nacionalidad turca y del fanatismo mahometano. En cuanto al conglomerado de razas y nacionalidades que moraba en los Balcanes, reconocía que, hasta hacía poco, podía dudarse si no eran los turcos los llamados a imponer su hegemonía en aquella región. Se ha revelado, sin embargo, que su presencia allí representa un serio obstáculo para el desarrollo de las fuentes de recursos de la península. Numéricamente, predomina la población eslava, pero la diferencia de credos y alfabetos entre serbios y

croatas entorpecerá —dice Engels— la formación de una nación servia y servirá de freno a cualquier desarrollo nacional en todo el territorio sud eslavo. Engels afirma que, pese a todos los esfuerzos que hacen los entusiastas nacionalistas de Zagreb y de Praga, los serbios y los búlgaros, el rajá de Bosnia y los campesinos eslavos de Macedonia y Tracia siguen manteniendo mayor afinidad intelectual con los rusos que con los yugoslavos católico-romanos. Lo cual, a su juicio, no impedirá en modo alguno que en estos territorios y los que ya han sido semiliberados del yugo turco se forme tan pronto lleguen a conquistar su autonomía política, un partido progresista antirruso.

Por miedo a una guerra mundial, "la cobarde rutina de los diplomáticos" defiende —se nos sigue diciendo— el *status quo*, que perpetúa la opresión de los pueblos balcánicos por los turcos y que lleva a los muchos millones de cristianos ortodoxos que hay en la península a seguir viendo en el azar su protector y su libertador.

"Quien haya seguido la marcha inexorable de la historia, cuyas ruedas pasan, implacables, sobre las ruinas de los grandes imperios, triturando sin piedad a generaciones enteras; quien, en una palabra, sepa abrir los ojos a la realidad de que ningún llamamiento demagógico, ninguna proclama subversiva, tiene tanta fuerza revolucionaria como los hechos escuetos de la historia de la humanidad; quien sepa ver el carácter formidablemente revolucionario de la época actual, en la que el vapor, la electricidad y la tinta de imprenta, la artillería y las minas de oro, combinadas entre sí, provocan en un año más cambios y revoluciones de las que antes se producían en todo un siglo, no se asustará al plantearse esta interrogante histórica simplemente porque su única solución certera pueda dar paso a una guerra en Europa".

Así escribía Engels el 21 de abril de 1851 mucho antes de que la guerra comenzara, contestando en el *New York Tribune* a la pregunta: ¿cuál será la meta de la Turquía europea? Engels estaba convencido, como lo estaban también Marx y Lassalle, de que sólo una revolución europea podía resolver el problema turco. La revolución —decía en el citado periódico norteamericano— va extendiendo cada vez más su esfera de influencia, desde los grandes acontecimientos revolucionarios de Francia. "Sus grandes piedras miliare se llaman Varsovia, Debrecin, Bucarest, y los puntos más distantes de la próxima revolución serán Petersburgo y Constantinopla".

Engels consideraba como un juego ocioso de la fantasía el tratar de predecir cómo se dispondría, cuando ese momento llegara, el reparto de la Turquía europea, aunque ciertos puntos de vista generales podían inferirse ya desde luego de los hechos incontrovertibles. Por lo pronto, consideraba como los herederos naturales de la península balcánica a los yugoslavos, que, aun no siendo todavía una nación hecha, constituían sin embargo el núcleo vigoroso y ya relativamente plasmado de ella. Los cristianos de la Tracia, de Bulgaria, de Bosnia y Macedonia consideraban ya a los serbios como el eje en torno al cual podrían agruparse todos, cuando llegaran las luchas por la independencia. Razonamientos de orden económico le llevaban a considerar probable que Yugoslavia, al

liberarse, no se incorporara a Rusia. Un país de tierra adentro tan compacto como Rusia producía bienes agrarios y tal vez con el tiempo, llegara a producir también bienes industriales. En cambio, la península balcánica, aunque no careciera tampoco de capacidad para llegar a tener una producción propia, era, preferentemente, un país comercial de tránsito. En realidad, los turcos y los yugoslavos tenían mayor comunidad de intereses con la Europa occidental que con Rusia, y en esta dirección era de suponer que tendieran a desarrollarse con más fuerza las líneas ferroviarias. Además, la historia moderna de Servia demostraba que las instituciones autocráticas y absolutistas no respondían al carácter yugoslavo. Todo parecía indicar que sobre las ruinas del imperio musulmán estaba llamado a levantarse un Estado cristiano libre e independiente.

Al contrario de Cobden, el campeón del librecomercio, cuyos ojos se encandilaban pensando en el inmenso mercado de consumo que se abría en Rusia y enfrentándose en general a los diversos partidarios que en Inglaterra tenía el partido de la paz, Engels hacía hincapié en el interés vital que la Gran Bretaña debía tener en mantener a Rusia alejada de los Dardanelos y del Bósforo. "Si es axiomático", escribía en el *New York Tribune* el 12 de abril de 1853, "que una conquista sigue a la otra y que una anexión provoca otra nueva, podemos asegurar que la conquista de Turquía por Rusia será solamente el preludio de la anexión de Hungría, Prusia y Galizia y conducirá, en fin de cuentas, a la implantación de ese reino eslavo con el que sueñan tantos filósofos paneslavistas".

Desde 1789 —aseguraba Engels—, sólo hay en el continente dos potencias: Rusia, con su absolutismo, y la revolución, con la democracia. Entre estas dos potencias se viene gestando de largo tiempo atrás un tremendo choque. Si llegara a estallar, Inglaterra no tendría más remedio que aliarse con la democracia revolucionaria. La posesión de la salida del Mar Negro daría a Rusia, infaliblemente, la supremacía sobre toda Europa. Y esto no podría tolerarlo ningún gobierno inglés, cualquiera que fuera el partido gobernante. De ahí que todos los enemigos del zar estén llamados, infaliblemente, a convertirse en aliados de Inglaterra.

Marx había hecho llegar a Engels, para este artículo, algunas indicaciones, en las que se decía entre otras cosas, que, llegada la hora en que fuera necesario disolver el imperio musulmán, sus territorios caerían, de un modo o de otro, en manos de la civilización europea. También Engels llamaba ahora a cuantos en Alemania defendieran la idea democrática a impulsar por todos los medios el desarrollo del comercio, de la ley y del instinto de la libertad y la independencia de los Estados cristianos vasallos de Turquía. Y, para hacerse entender claramente de los librecomerciantes ingleses hablando en su lenguaje añadía, en el periódico norteamericano: "Si se expulsara de Europa a todos los turcos, el comercio no saldría perjudicado".

Pero con ello, no sólo se enfrentaba a Cobden, sino también al publicista turcófilo Urquhart, con el que Marx habría de trabar contacto más adelante, ya que ambos sospechaban que Palmerston estaba a sueldo de Rusia.

Urquhart, "romántico por su tendencia y librecambista por su formación", como Engels le llamaba, estaba considerado en Inglaterra como una autoridad de primer orden en cuestiones orientales. Ante la división de criterios que en 1853 seguía existiendo entre los círculos dominantes de Inglaterra acerca de la política que debía seguirse, Engels consideraba oportuno tratar de hacer ver una y otra vez, a la opinión pública, que las necesidades vitales de la Gran Bretaña exigían poner coto a la voluntad expansionista de Rusia y no se recataba para recargar las tintas sobre todo allí donde hacía resaltar los puntos de vista económicos.

En noviembre de 1853, Turquía declaró la guerra a Rusia y en enero del 54, antes de que se cambiara entre las grandes potencias la última palabra, entró en el Bósforo una escuadra anglo-francesa. Desde aquel momento, Engels consideraba ya inevitable aquella guerra general europea por la que tanto suspiraba. Convencido sin razón de la firmeza de la "Santa Alianza", daba por descartado que Prusia y Austria se alinearían al lado de Rusia. Pero, al mismo tiempo, se consideraba en el caso de advertir a la opinión pública que en Europa existía, además, una sexta gran potencia, que, en el momento decisivo, podía echar por tierra, con su empuje y su ímpetu juvenil, todos los planes de las viejas potencias, como lo había hecho en los años 1792 a 1800. Si ahora llegaba a estallar "una verdadera guerra en gran estilo", como las napoleónicas, bien porque los rusos y los austríacos se enfrentaran unos a otros, bien porque se lanzaran a la contienda unidos, es posible que estas luchas —escribía todavía el 31 de octubre de 1854— sean solamente el preludio de otras, mucho más decisivas, a saber: las luchas de los pueblos europeos contra los déspotas de Europa que, por el momento, se consideran todavía muy seguros.

Llevado de la creencia de que se estaba fraguando una gran guerra, que provocaría acontecimientos revolucionarios, en los que él mismo se vería arrastrado por el torbellino, Engels había abandonado un poco su trabajo de oficina; cayó en la cuenta de ello, con cierta pena, cuando su padre le anunció que visitaría Manchester el verano siguiente. La idea de que Prusia, caso de entrar en la contienda, no saldría ganando nada y se expondría a perderlo todo, no era óbice para que expresara a Marx, de vez en cuando, el deseo de que las complicaciones belicosas entre Prusia e Inglaterra pudieran impedir que su padre se presentara allí, pues su visita podría conducir, esta vez, a un grave disgusto.

Tan pronto como la guerra estuvo a la vista, trató de hacer de sus conocimientos en materia militar, que entre tanto había ido perfeccionando, una fuente de ingresos que le permitiera deshacerse de aquellas ocupaciones comerciales que tanto lo agobiaban. Marx alentaba en él esta esperanza, diciéndole que, con la proximidad de la guerra, la demanda de buenos críticos militares estaba en alza y que no le sería difícil, por esta razón, conseguir que uno de los grandes periódicos de Londres le ofreciera un puesto de colaborador fijo. Y, al principio, parecía en efecto que el *Daily News*, un diario liberal, se inclinaba a aceptar sus servicios. Ya estaba en las prensas, con destino a este periódico, un pri-

mer artículo de Engels sobre las fortificaciones de Cronstadt, cuando, a última hora, se rompieron las negociaciones. Engels recelaba que ello se debía a las intrigas de algunos refugiados alemanes, pero Marx sospechaba más bien de los rusos Herzen y Golowin. También el *Times* rechazó, poco después, un artículo de Engels sobre "Napoleón, teniente de artillería". Hubo de resignarse, pues, a hacer gala de sus conocimientos militares exclusivamente en los trabajos enviados al *New York Tribune* con la firma de Marx. En los Estados Unidos, dichos artículos causaron, por aquel entonces, gran sensación; Dana hizo saber a Marx que algunos se los atribuían al general Scott, quien había alcanzado celebridad en la guerra contra México y en 1853 había presentado su candidatura a la presidencia. Y sabemos que, de modo parecido, en 1859, al publicarse en alemán el folleto de Engels titulado *El Po y el Rin*, había querido verse en él la pluma de un general prusiano.

Como es natural sólo podemos aquí referirnos muy de pasada a los trabajos de Engels sobre la guerra, en donde se revelan los juicios de un verdadero experto. Cuando comenzó a estudiar estas materias, dio con la obra del general inglés W. P. Napier sobre la campaña de Wellington en España, y su mirada sagaz percibió enseguida hasta qué punto y en qué sentido había abierto Napoleón una nueva época en la ciencia militar. Leyó a Iomini, a Willissen y algo de ese "genio natural" llamado Clausewitz, en el que más tarde llegó a ver "una estrella de primera magnitud". Ejercía un hechizo especial sobre él la campaña de Napoleón contra Rusia. En sus cartas a Weydemeyer encontramos observaciones muy certeras acerca de las razones que, a su juicio, llevaron al desastre dicha campaña.

Como es sabido, la guerra a cuya gestación asistía ahora Engels con expectante atención se vio determinada de un modo decisivo por el hecho de que, mientras la actitud dubitativa de Prusia y Austria en sus luchas por tierra impedía que se formase en torno a ellas un amplio frente, la movilización decretada por Austria entretenía a gran número de tropas rusas y despertaba en los franceses e ingleses esperanzas que les llevaban a aplazar el planteamiento de acciones decisivas. Poco antes de que la guerra estallara, Engels admitía aún la posibilidad, y así lo expresó, de que si se obraba con rapidez y con energía, las escuadras aliadas destruyeran la flota rusa en el Mar Negro y desmantelaran las fortalezas emplazadas en aquella costa conquistando la Crimea, ocupando Odesa y llevando la revolución al Cáucaso, y de que, en el Báltico, con el apoyo voluntario o forzado de Suecia y Dinamarca, fueran conquistadas Cronstadt y Riga y se levantara una insurrección en Finlandia. Si esto se lograba, el imperio de los zares, cuya derrota apetecía Engels, se convertiría en "un gigante sin ojos". Pero las cosas no ocurrieron así. Había sido un error imperdonable de los aliados, a juicio de Engels, el que dejaran pasar cinco meses antes de iniciar el ataque a Rusia. E influido por Marx, quien veía y seguiría viendo en Palmerston a un aliado secreto del Zar, expresó también él la sospecha de que ni el gobierno británico ni el francés se proponían seriamente causar el menor daño a "su amigo Nicolás".

Cuando, por fin, partió la expedición a Crimea, Engels vio en ella "uno de los problemas más interesantes de la estrategia moderna, que, caso de ser coronada por el éxito, marcaría el comienzo del fin del desarrollo que Rusia venía siguiendo desde Pedro el Grande". "Todo parece indicar que estamos en vísperas de grandes acontecimientos", escribía en el *New York Tribune* el 21 de octubre, "tal vez muchísimo más importantes que nada de lo que ha sucedido de 1815 para acá".

Engels analizaba atentamente las características organizativas y tácticas de las distintas armas en los ejércitos de los Estados beligerantes y aportaba datos muy precisos sobre el modo de luchar de la infantería francesa, inglesa y rusa. Hasta la batalla de Inkerman —decía—, sólo había brillado la superioridad de la artillería y la caballería aliadas, pero allí pudo convencerse de que también la infantería rusa, acostumbrada a la victoria, había quedado rezagada con respecto a la táctica moderna. Dicha infantería —a juicio suyo— era buena para ser lanzada en masa al campo de batalla, pero no sabía adaptarse a las maniobras tácticas ni era capaz de avanzar en pequeños grupos.

Todavía en 1892, en carta al economista ruso Danielson, caracterizaba la guerra de Crimea como la lucha sin perspectivas de una nación en la que regían formas de producción primitivas frente a naciones dotadas de producción moderna. Pero tampoco los ingleses y los franceses se habían mostrado entonces a la altura de la misión que la guerra les planteaba, y Engels, en sus artículos, dirigía a dichos países, con este motivo, los más duros reproches. Hacía, sobre todo, objeto de una crítica aplastante, que todavía hoy aprueban los especialistas militares modernos, a la organización del ejército inglés, por el gran abandono en que tenía todo lo relacionado con la alimentación, el vestido, el techo y la sanidad de las tropas. La opinión pública inglesa seguía con apasionado interés por aquellos días las causas de los males, que no podían mantenerse ocultas. Engels, por su parte, atribuía la principal responsabilidad de lo que estaba sucediendo a la oligarquía dominante, mientras que los investigadores modernos se inclinaban más bien a buscar el culpable en la Corona, que no se decidía a confiar al parlamento el derecho a intervenir en los asuntos relacionados con el ejército y que trataba de justificar un sistema irracional invocando como única razón en su apoyo el que había permitido obtener grandes victorias al duque de Wellington. Daban su sello a esta guerra las fortificaciones y los asedios, lo que permitía a observadores superficiales llegar a la conclusión de que la estrategia había vuelto a remontarse de la época moderna a los tiempos de Federico el Grande.

"En realidad, no hay nada más contrario a la verdad de los hechos", escribía Engels, saliendo al paso de esta objeción a propósito de la caída de Sebastopol, con la superioridad del razonamiento, en un artículo publicado en el *New York Tribune*. "Hoy día, las plazas fortificadas y los grupos de fortificaciones no tienen otro papel que el de ser puntos fijos en los que, en sus movimientos, puede apoyarse un ejército en campaña... Su valor es, actualmente, muy relativo. No se trata de factores independientes en la suerte de la guerra,

sino de posiciones sujetas a las reglas de cálculo y que pueden ser defendidas hasta el punto extremo, con éxito o sin él”.

Partiendo de aquí, llegaba a la conclusión acertada de que, para los rusos, la salvación de su ejército era más importante que el camino abstracto de la plaza fortificada y que hacían bien al rehuir una batalla tras otra en campo abierto. No ocultaba a sus lectores cuán grande y difícil sería el problema a que se enfrentaría la Entente si, mientras Prusia y Austria siguieran manteniéndose neutrales, una vez conquistada la Crimea, decidiera seguir atacando a Rusia. Reconocía, con razón, que los ingleses y franceses tenían buenas razones para ver terminada la guerra. La *ultima ratio* de las potencias occidentales —escribía el 4 de febrero de 1856— habría consistido en mantener una guerra de principios de carácter más o menos revolucionario, en la que tuvieran que intervenir Alemania y sus satélites, Hungría, Polonia e Italia. Por su parte, la razón suprema de Rusia habría sido apelar al paneslavismo. Pero tanto Nicolás como Napoleón Bonaparte habían preferido reservar para el caso extremo estos medios, en los que ambos encontraban un desagradable sabor revolucionario, razón por la cual habían llevado la guerra, hasta el momento presente, con una rara urbanidad. Pero, si ahora no se establecía la paz, no habría más remedio, aunque sólo fuese por miramiento a las tropas, que introducir también un cambio en esto.

El modo en que Engels enjuiciaba la situación no podía ser más acertado. Si, bajo la presión de Austria, que ya no podía seguir soportando la neutralidad armada, y bajo los apremios de Napoleón, no se hubiera llegado a la paz, en marzo de 1856, apenas habría sido posible llevar adelante la guerra —como por entonces hizo saber el emperador francés a la reina de Inglaterra— más que llamando a ella a las naciones que aspiraban a su independencia, “a Polonia, Finlandia, Circasia, Hungría e Italia”. Y podemos estar seguros de que Engels nada habría tenido que objetar a que las cosas tomaran este rumbo. Eran los monarcas quienes tenían miedo a poner en peligro tan seriamente el *status quo* reinante en Europa y a sellar alianzas con las emigraciones revolucionarias que, desde la caída de Sebastopol, encabezadas por hombres como Mazzini, Kosuth y Ledru-Rollin, llamaban de nuevo a sus gentes a concentrarse, aunque chocaran, ciertamente, con los recelos de los socialistas, tanto de los franceses como de los alemanes.

Como sabemos, Engels había tropezado por primera vez durante la época revolucionaria con el paneslavismo, del que hubo de ocuparse a fondo en el transcurso de los años a que nos estamos refiriendo. En la etapa anterior, veía en este movimiento, “independientemente de las ofuscaciones bien intencionadas de Bakunin y otros místicos de la democracia”, una invención de los eslavos de Austria, quienes lo necesitaban como punto de apoyo contra la hegemonía de los alemanes y los magiares. Entonces, estaba convencido de que la consecución de los objetivos paneslavistas equivaldría al patronato de Rusia sobre Austria. Para él, aquella nacionalidad común a los eslavos que los paneslavistas afirmaban haber descubierto, no pasaba de ser una fantasía. No creía que bene-

ficiase en nada al partido revolucionario el aliarse al pequeño grupo de los paneslavistas demócratas, quienes se ofrecían a la revolución bajo la condición de que se concediera la independencia a todos los eslavos sin excepción y haciendo caso omiso de las leyes materiales y necesarias de la historia. No podía estar de acuerdo con ello, ni como alemán ni como revolucionario. Y tampoco podía acrecentar sus simpatías por el paneslavismo el ver que el centro de gravedad de este movimiento, en el terreno de la agitación, se desplazaba a Rusia y que, durante la guerra de Crimea, se hacían temerarios esfuerzos encaminados a ganar al zar Nicolás para objetivos y aspiraciones que perdían toda razón de ser a partir del momento en que se mataba en ellos la idea del derecho de las nacionalidades a la autodeterminación.

Engels volvió a enfrentarse ahora con el paneslavismo cuando observó que en la redacción del *New York Tribune* se hacía perceptible una tendencia antirrusa. Dicha tendencia era alentada por un exrevolucionario polaco, que ahora predicaba furiosamente la misión histórica del eslavismo y, en especial, la de Rusia. Fue el conde Adán Gurowski probablemente el primero que levantó la bandera de este paneslavismo auténticamente ruso ante el mundo de la cultura occidental. Ya en 1848 había publicado, en francés, una obra sobre la historia y los elementos religiosos, sociales, filosóficos y políticos del paneslavismo, que, inspirada por ideas sansimonistas, sostenía la tesis de que el ruso era, de todos los pueblos eslavos, el dotado de mayor capacidad para desarrollar una industria importante. Este inteligente polaco seleccionaba ahora con bastante habilidad los argumentos con que, en los Estados Unidos, podía influir en los medios del partido republicano, recién fundado, y en su órgano más prestigioso, que era el *New York Tribune*.

Gurowski entendía que Rusia y los Estados Unidos, los dos imperios jóvenes, sentían necesidades comunes, diferentes de las de Europa occidental: su numerosa población y la enorme extensión de su territorio los impulsaban a crear lo antes posible una gran industria. Y para ello necesitaban contar con una política proteccionista y abolir la esclavitud y la servidumbre. Turquía no podría sobrevivir, porque mantenía dentro de sus fronteras la esclavitud; el camino más seguro para el desarrollo de las fuerzas comerciales e industriales en este país sería que cayera bajo la dependencia de un pueblo tan democrático por naturaleza como el ruso.

Al principio, Marx y Engels no podían ni siquiera mencionar el nombre de la persona que laboraba con tanto éxito en contra suya dentro de la redacción del periódico, tan poderosamente influido por ellos. Y se decidieron sin vacilación a darle la batalla de frente. Engels, en carta a su amigo, se mostraba dispuesto a ello ya en septiembre de 1853, pero los acontecimientos producidos en el frente de batalla le impidieron, durante algún tiempo, enviar al *Tribune* otros artículos que los consagrados a temas estrictamente militares. En la primavera de 1855 pudo ya escribir una serie de trabajos sobre el paneslavismo. Y se encontró con que la redacción introducía en el primero importantes intercalaciones y se abstenía de publicar los restantes.

Cuál era el verdadero punto de vista de Engels nos lo indican de manera fidedigna dos artículos suyos publicados en alemán por la *Nueva gaceta del Oder* en abril de 1855 y los fragmentos que se han conservado de un folleto sobre *Germanismo y eslavismo*, en el que venía trabajando desde fines de 1854 y al que Marx le ayudó mediante indagaciones bibliográficas hechas en el British Museum. Este folleto debía publicarse en alemán, pero también esta vez mostraron los editores a que se recurrió el temor de que el nombre del autor pudiera tildarlos de revolucionarios. El demócrata de Breslau, *Elsner*, informó de ello a Marx. En este folleto, Engels se proponía, principalmente, refutar las teorías rusófilas de los "pusilánimes reaccionarios europeos", quienes, al igual que Bruno Bauer, que un día fuera compañero suyo de luchas, se complacían ahora en contraponer la unidad y la fuerza de Rusia a la desmembración y al exceso de civilización de Europa, la obediencia imperante en el imperio de los zares a los sentimientos e ideas de rebeldía de que Europa hacía gala. Estos críticos —decía Engels— veían hundirse en el Occidente todo lo que ellos, por sus inclinaciones personales, reputaban venerable. La servidumbre de la gleba, la economía patriarcal, la colectividad de la tierra, instituciones todavía vigentes en Rusia, pasaban a sus ojos —argumentaba Engels— por ser lo normal, mientras que la libertad de los campesinos, la propiedad privada moderna y el desarrollo del comercio y la industria, imperantes en el Occidente, eran consideradas por ellos como fenómenos de degeneración. Quienes así escribían —seguía diciendo—, ya lo hicieran en el Este o en el Oeste, no comprendían que la juventud, la unidad, la fuerza, la credulidad y la docilidad de los rusos eran, sencillamente, signos de inmovilismo.

Engels seguía condenando, como años atrás lo hiciera ya en la *Nueva gaceta renana*, que el paneslavismo se empeñara en borrar de la historia la obra de un milenio y que siguiera su camino sin preocuparse de ver que, si sus objetivos se realizaran, se borraría del mapa a Turquía, Hungría y media Alemania y Rusia se convertiría en dueña y señora de Europa. Si el paneslavismo llegara a convertirse de una profesión de fe en un programa político, estaba convencido de que Europa tendría que optar por una de dos cosas: o acabar con Rusia o someterse a ella.

Las cartas de Engels a Marx correspondientes a este período nos permiten echar una ojeada a los profundos estudios a que aquél se entregó para llegar a dominar su tema. Adquirió así la convicción de que habían sido las investigaciones literarias y lingüísticas las que habían llevado a los pueblos eslavos del Oeste, fecundados por la cultura alemana, a conocer las épocas más gloriosas de su historia, a exaltar su orgullo nacional y a predicar a esos pueblos la unidad eslava. Pero, echaba de menos en aquel paneslavismo los dos factores fundamentales del éxito: la masa y la unidad, ya que se circunscribía a una parte de las clases cultas y hacía caso omiso de la diversidad de las lenguas eslavas. No obstante, apreciaba en sus justos términos la fuerza latente que el eslavismo austríaco llevaba implícita. En un artículo publicado por el *New York Tribune* el 7 de mayo de 1855, trataba de hacer comprender a sus lectores por qué

Francisco José vacilaba en lanzarse a una guerra en la que el enemigo encontraría dentro de sus fronteras a millones de aliados movidos por el fanatismo. Pero, a sus ojos, el paneslavismo sólo llegaría a convertirse en un peligro para Europa cuando el zar comenzara a explotar su protectorado sobre la religión otodoxa-griega con el fin de ganar a los sudeslavos para la causa de Rusia mediante la agitación paneslavista.

En su esbozo de estudio sobre *Alemania y el eslavismo*, Engels destacaba como rasgo característico del paneslavismo el odio contra Alemania. Este odio era compartido también por Bakunin, Golowin y Herzen, quienes parecían simpatizar con el Occidente aunque, en realidad, explotaban la credulidad de los occidentales. El camino para llegar a la instauración del reino mundial eslavo era el sojuzgamiento de Alemania. Ahora bien, los inicios de la lucha contra Napoleón I demostraban que ese propósito no era fácil de realizar.

Engels declara aquí, en nombre del "partido extremo", de que él forma parte, que este partido "no glorifica a Alemania, pero no es tampoco, como los demócratas, un detractor partidario de los alemanes". Teóricamente, a su partido le tiene sin cuidado —dice Engels— que ocupe el centro del movimiento Francia, Alemania o Inglaterra, que el desarrollo histórico triture o elimine a tal o cual nación. Sin embargo, la teoría no le indica que Alemania se halle condenada a esta suerte. La práctica le indica que toda gran nación, para desarrollar sus fuerzas, necesita de cierta expansión territorial y que el hecho de que una nación crezca demasiado a costa de las demás, va en contra del desarrollo general.

Francia —concreta, a manera de ejemplo— ha llegado ya, sobre poco más o menos, al límite de su expansión territorial y, "pese a las razones estratégicas" que se invocan, el apoderarse de la orilla izquierda del Rin contribuiría a debilitarla más que a fortalecerla. Este territorio se ha convertido definitivamente en patrimonio de Alemania desde la revolución de 1848 que es además, aunque por el momento solamente como postulado, la que ha hecho de Alemania una nación. Solamente a partir de 1848 comenzaron los alemanes a pesar algo, no sólo teóricamente, sino también en la práctica, frente al extranjero. El partido extremo —escribía Engels— podía decirles a los alemanes la verdad, por amarga que ella fuera, pero ello no menoscababa en lo más mínimo su posición de dignidad y de orgullo ante las potencias de fuera. Su partido, el partido más decidido de Alemania, era, al mismo tiempo, el más nacional de todos. Y no podía ser de otro modo, puesto que, en Alemania, la lucha por la unidad del país y el terreno nacional en donde debía librarse el movimiento eran inseparables de la lucha de clases. Las fronteras orientales y la independencia del país se veían amenazadas por el paneslavismo, cuyas manifestaciones reales habían acusado, hasta entonces, un carácter reaccionario. Una prueba de ello la ofrecía la actitud mantenida por los eslavos austríacos durante la revolución. Lo que, claro está, no impedía a los eslavistas austríacos sostener, ahora, que el Occidente había cumplido ya con su misión y que el eslavismo estaba llamado a conquistar Europa y a proclamar desde su capital, Constantinopla, el reino

milenario de la comuna rural y del *artel*, tomados de los rusos.

De aquí arranca la polémica de Engels con Alejandro Herzen, quien, según él, había plagiado del historiador alemán del problema agrario, Haxthausen, el argumento según el cual la verdadera cuna del comunismo era Rusia. Con la diferencia —dice Engels— de que el barón westfaliano había comprendido la diferencia existente entre el comunismo campesino ruso y el comunismo revolucionario del Occidente mejor que el gran terrateniente ruso. Marx y Engels no quisieron que sus nombres “figuraran jamás ni en parte alguna” junto al de este “literato paneslavista con ínfulas de revolucionario”, que residía también en Londres y que tan distanciado se hallaba de ellos, pues era partidario de Comte y de Proudhon y, como idealista, despreciaba los problemas económicos. El juicio que les merecía se encontró todavía más cuando comenzó a coquetear con la Rusia de los eslavófilos y a adoptar una actitud despectiva ante la revolución del Occidente de Europa. Engels trata a Herzen con bastante desprecio, como típico ejemplar de aquellos intelectuales rusos procedentes de la nobleza que trataban de imponerse a los demás sin dejar que nadie se les impusiera, a la manera de los viajantes de comercio alemanes de Bradford, atormentados con la nacionalidad de su nueva patria “como esos animales que se torturan a sí mismos” y de los que se burlaba precisamente porque él se hallaba a cien lenguas de distancia de esas actitudes. Este tipo de rusos se caracterizaba, según él, por su multifacético diletantismo, que empujaba a algunos de ellos al ateísmo y el comunismo, de los que hacían gala en Europa, mientras que en Rusia lo hacían pasar simplemente por un juego y un entretenimiento teórico. “Y lo mismo que los individuos, la nación. Sólo se trata de pavonearse ante Europa, mientras por dentro les remuerde la conciencia de su barbarie interior”.

Engels veía el origen de aquella teoría de la vieja genealogía de los pueblos, a la que tan importante lugar asignaban los paneslavistas, en la antigüedad oriental, en la que era siempre una nación la que desempeñaba la hegemonía mundial. Pero la cosa cambió, a medida que Europa se vio arrastrada a la historia. El auge de la industria vino a poner fin para siempre a estas primacías. Aquellos pueblos antiguos se hundieron, a pesar de su venerable vejez, cuando se hubieron agotado totalmente sus posibilidades de producción; las condiciones de producción de la época moderna llevan en sí su propio desarrollo, que se impone luchando. Y también a los rusos hay que hacérselo ver. Basta comparar el desarrollo de Rusia con el de Inglaterra en el último siglo para darse cuenta de donde está el empuje juvenil. Y si la Rusia meridional y la Siberia son más jóvenes que el resto del imperio zarista, lo deben a la industria y a las necesidades de consumo de Europa. Son precisamente las peripecias a que Europa se ve expuesta las que demuestran su capacidad vital. “Cuanto mayor y más universal es una crisis, con mayor frecuencia se repiten los conatos de ella”. En Rusia reina una estabilidad total, interrumpida de vez en cuando por insurrecciones campesinas carentes de conciencia y fracasadas, que son por doquier las mismas, pero que nunca se unen entre sí. En Europa, por el contrario, todo apare-

ce unido y entrelazado por los fundamentos materiales comunes y por la conciencia común que a ellos corresponde.

No era esta la primera vez que Engels había denunciado como una "esta-fa paneslavista" el que se presentara a los campesinos rusos como comunistas natos y se quisiera hacer pasar la vieja propiedad colectiva de los eslavos por auténtico comunismo. En 1853 había mediado un intercambio de ideas entre él y Marx en torno a la estructura económica de los imperios orientales, provocado sin duda, entre otras cosas, por el deseo de esclarecer sobre bases históricas y geográficas el verdadero carácter del *mir* ruso.

La obra de un sacerdote inglés sobre la geografía histórica de Arabia llevó a Engels, por aquellos días, a la opinión de que los antiguos imperios del Oriente habían nacido al calor de las invasiones periódicas de las tribus beduinas. Y se formó también, enseguida, una idea propia acerca del nacimiento del pueblo judío y de sus Sagradas Escrituras. Al hacérselo saber a Marx, éste le contestó que, en lo tocante a la religión, esta pregunta había que trocarla en otra, a saber: ¿por qué la historia del Oriente se manifiesta bajo la forma de una historia de religiones?

Marx creía haber descubierto la clave para alzarse al cielo oriental. Remitió a Engels a la obra del francés Francisco Bernier sobre su viaje al imperio del Gran Mogol, que "veía, con razón, la forma fundamental de todos los fenómenos del Oriente" en el hecho de que no se conociera allí la propiedad privada "sobre la tierra". Engels se mostró convencido por esta razón. No cabía duda —manifestaba— de que la inexistencia de la propiedad privada sobre la tierra era la clave para comprender la historia política y religiosa de todo el Oriente. Pero, ¿por qué —se preguntaba a su vez— los orientales no han llegado a conocer la propiedad sobre la tierra, ni siquiera la feudal? Y contestaba:

"A mí me parece que es algo relacionado, en aquel clima, con las condiciones de la tierra, especialmente en las grandes zonas desérticas que se extienden interminablemente del Sahara hasta la Arabia, Persia, la India y la Tartaria, hasta llegar a la más alta meseta asiática. La irrigación artificial es, en tierras como éstas, condición primordial para la agricultura e incumbe a las comunidades, a las provincias o al gobierno central. Ello explica por qué los departamentos de los gobiernos del Oriente eran siempre tres: el de las finanzas (saqueo interior del país), el de la guerra (saqueo de los de dentro y de los de fuera) y obras públicas, el trabajo de velar por la reproducción". La agricultura hindú va hacia la hecatombe, porque el gobierno británico en la India ha hecho caso omiso de esta última preocupación. "La libre competencia no sirve de nada, allí".

Tales eran las ideas y los razonamientos que Engels desarrollaba en su folleto sobre el germanismo y el eslavismo, en el que, aun concediendo a Haxthausen que el zarismo servía de complemento a la democracia, subrayaba que en ningún país oriental existía la propiedad privada sobre la tierra, eslabón intermedio entre la comunidad y el Estado y que, en contraste con esta realidad, la estructura cantonal de los germanos constituía un progreso orgánico.

Este estudio, que recusaba tanto la supuesta superioridad cultural de los paneslavistas como sus reivindicaciones territoriales, iba dirigido con igual fuerza contra los pueblos eslavos de la monarquía del Danubio que contra los rusos. Hasta entonces, Engels había combatido las aspiraciones nacionales de los checos recurriendo, de preferencia, a consideraciones históricas y políticas. Ahora, bajo la influencia de sus estudios militares, destacaba también y ocupaba lugar primordial en sus razonamientos el punto de vista geopolítico. Un Estado checoslovaco representaba —decía— una imposibilidad, que Alemania y Hungría jamás permitirían que se creara. La tercera parte de su territorio estaría poblada por alemanes y húngaros. Los moravos y los eslovacos habían vivido siempre separados de los bohemios. Empeñarse en crear un Estado semejante sería algo así como si los granjeros alemanes de Pensilvania trataran de esforzarse en un Estado libre e independiente.

Para la creación de un Estado polaco se contaba, por lo menos, como en el caso de los magires, con un núcleo compacto. Sin embargo, este núcleo sólo bastaría para implantar una especie de "Bélgica en el Este", ya que una parte de los polacos de la Alta Silesia y los masurianos habían perdido desde hacía varios siglos todo contacto histórico con Polonia, y el resto de la población polaca vivía en países con una población nacionalmente mixta. Entre los polacos y los habitantes de la Pequeña Rusia y de la rusia blanca no había ni visos de integración pacífica. ¿Acaso existían razones para pensar que una Polonia restaurada fuera a ser capaz de asimilarse elementos extranjeros?

La respuesta a esta pregunta dependía, tal como Engels veía ahora las cosas, de que los polacos fueran capaces de crear una población campesina libre y, en los términos generales, de desarrollar un Estado campesino con libertad y de seguir oponiendo resistencia también en el futuro a la rusificación. Por lo que se refiere a la población de las provincias prusianas, cuya absorción por Polonia se negaba a admitir bajo ningún concepto, consideraba inevitable, ahora, llegar a un "arreglo amistoso".

Como vemos, Engels, en rigor, fuera de los rusos, sólo asigna un futuro nacional a los polacos y a los serbios. Y llega a esta conclusión no sólo por razones revolucionarias, sino movido también por sentimientos nacionales alemanes, aunque trate de no ver esto él mismo con el argumento de que, en todos los países occidentales, incluyendo a Hungría y Polonia, el levantamiento nacional había brotado al calor de una revolución social, de la que no se encontraba el menor rastro entre los bohemios y los croatas.

Engels era europeo occidental hasta el tuétano. Cuando se trataba de delimitar las fronteras del gran imperio ruso y de esclarecer la misión de este imperio en el futuro, se mostraba firmemente convencido de la inferioridad de los rusos frente a otras naciones dotadas de un nivel de cultural igual o superior. Reconocía, sin embargo, que los grandes rusos habían sabido asimilar-se, preferentemente, a pueblos semibárbaros. En cambio, a los pequeños rusos no les concedía "el ser algo". Estaba convencido, además, de que Rusia, hacia el Oeste, había rebasado sus fronteras naturales, y no sólo con respecto a Polo-

nia. Para sus exportaciones de cereales, Rusia no necesitaba de Riga ni de Odesa, ya que disponía de puertos propios en el Dniéper, el Bug y el Liman. en Kertsch y en el Mar de Azov, en Petersburgo y en Reval. A medida que fueran desarrollándose sus medios de comunicación y su industria y elevándose su cultura, iría imponiéndose cada vez más la importancia de Moscú como capital de Rusia, frente a Petersburgo.

Engels llegaba a la conclusión de que, con respecto a Europa, para la que ahora representaba una amenaza, Rusia tenía necesariamente que avanzar o retroceder. O intentaba conquistar las provincias del Este de Prusia, Galizia, Moldavia, Hungría y los Balcanes, o se vería obligada a desprenderse de Polonia y Lituania. La guerra de Crimea demostraba —según Engels— la incapacidad de alejarse mucho de su centro de gravedad hacia el Oeste y el Sur. Su verdadero futuro está en el Asia, afirmaba el trabajo que resumimos. Y si Rusia se resistía a comprenderlo por sí misma, habría que hacérselo comprender por la fuerza. Por lo demás, Polonia costaba dinero, la conquista de Constantinopla costaría aún más y Siberia, por el contrario, rendiría beneficios. Los territorios del Amur y la Manchuria caerían necesariamente en poder de Rusia, y en la Siberia contaba ya con una posición en el gran Océano, que era el mar del futuro. Desde el punto de vista en que aquí se colocaba para enjuiciar el problema ruso, no cabe duda de que Engels se acercaba a la realidad futura mucho más que aquellos a quienes rebatía, y, para convencerse de ello, basta echar un vistazo a los numerosos folletos con que Bruno Bauer, “a la vieja manera hegeliana y cruzándose de brazos ante los hechos”, como acertadamente decía la *Gaceta nacional*, pretendía demostrar que Europa ya no podía sustraerse a la dictadura de los rusos y que en Alemania sólo los campesinos aferrados a la tierra se defendían contra la nivelación general. Engels decía que este “nuevo giro romántico” del que un día fuera su amigo resultaba “bastante divertido”.

Engels tenía que consagrar a esta vasta actividad de publicista las obras de la noche y los domingos, pues durante el día solía estar absorbido por las ocupaciones a que debía atender en su oficina. Marx, mucho más premioso para llevar sus ideas al papel, admiraba a su amigo, dispuesto siempre a trabajar a cualquier hora del día o de la noche y cuya portentosa memoria era una enciclopedia viva, que estaba también, en todo momento, a su disposición. Admiración a la que se hermanaba, con sobrada razón, la gratitud. Desde 1859, en que había desaparecido su *Revista*, casi nada de lo que Engels escribía circulaba por el mundo bajo su nombre; todo se destinaba, en realidad, a permitir que Marx pudiera salir adelante con su familia en Londres, en el gravoso y despiadado emporio del capitalismo, entregarse a los estudios y dejar madurar las ideas para hacer posible la publicación de la gran obra encargada de hacer entrar a martillazos, en la cabeza de aquel mundo implacable que le rodeaba, la conciencia de que una inexorable necesidad lo llevaría un día hacia la tumba.

Marx jamás habría podido sostenerse con lo que le suministraba su pluma. Y, cuando se producían acontecimientos imprevistos y sus ingresos quedaban interrumpidos, cosa que sucedía con frecuencia, la tabla de salvación era

Engels. Fue una verdadera suerte para la causa a la que vivían consagrados estos dos refugiados políticos el que uno de ellos, por lo menos, contara con medios de vida propios. En vista de que no se rompió la paz entre Prusia e Inglaterra, el padre de Engels se presentó en Manchester, como estaba previsto, en el verano de 1853. Durante su estancia allí, firmó un nuevo contrato acerca de sus derechos como socio de los hermanos Ermen. Uno de éstos, Pedro, se salió del negocio en sus dos ramas, la alemana y la inglesa, y al año siguiente el otro hermano, Godofredo, el más joven de los dos, cedía también la empresa alemana, en su totalidad, a Federico Engels padre, manteniendo sus derechos como socio suyo en la casa de Manchester.

Con los años, había ido haciéndose más importante para el padre el que su hijo se encargara de vigilar los negocios de la compañía y le mantuviera regularmente al tanto de su funcionamiento. Aunque los ingresos del hijo habían ido aumentando con el tiempo, como sabemos, no bastaban ni con mucho para subvenir a las múltiples necesidades a que tenía que atender. Por los libros comerciales de la casa de Engelskirchen ha podido saberse que Federico Engels hijo percibió como porcentaje en los beneficios obtenidos en Manchester 168 libras esterlinas en 1854, 163 en 1855, 408 en 1856, 837 en 1857, 840 en 1858 y 978 en 1859. No poseemos datos en cuanto a los años siguientes. Esto quiere decir que los ingresos totales de Engels, durante estos años, oscilaban sobre poco más o menos, entre los 3500 y los 21500 marcos al año. Esta última suma era bastante respetable, pero hay que tener en cuenta que el beneficiario fue remontándose a ella poco a poco. Por las cartas cruzadas entre los dos amigos de 1868 a 1870, podemos calcular que, durante estos años, Engels facilitó a Marx cantidades superiores, desde luego, a lo que aquél gastaba personalmente al cabo del año.

Para formarse una idea de la ayuda financiera prestada por Engels a su amigo, hay que tener en cuenta que debía velar también por Mary y sus parientes más cercanos y que su posición de hombre de negocios le obligaba a mantener el nivel de vida que, por otra parte, respondía también a sus gustos y hábitos personales. Para poder ayudar a Marx todavía con mayor largueza, se mudó a vivir provisionalmente a una casa más barata, de la que se trasladaba a otra de mayor categoría cada vez que sabía que su padre o un hermano se disponían a visitarle. No le gustaba despilfarrar, pero procuraba vestir decorosamente, no despreciaba los goces de este mundo, no exigía de nadie ni tampoco de sí mismo una austeridad ascética y, como buen renano que era, le gustaban el buen vino y los licores de marca y sentarse a una mesa a beber y charlar con compañeros animados.

Estos le buscaban y rodeaban con mayor frecuencia que la que él habría deseado. Era uno de los poquísimos que, entre los refugiados políticos, gozaba de una posición respetable y acomodada; en estas condiciones, era natural que fuesen muchos los que llamaban a su puerta, la mayor parte de ellos, como es natural, con la bolsa vacía, buscando albergue y comida, mientras trataban de ganarse la vida con lecciones, buscando empleo. Rara vez y muy de mala gana

se negaba a estos requerimientos, sobre todo, por supuesto, cuando venían de viejos camaradas de redacción de la *Nueva gaceta renana*, como el rudo y digno solterón Guillermo Wolff, quien, con el tiempo, acabó haciéndose independiente en el terreno pecuniario, o el retorcido pero ingenioso Dronke, quien había empezado siendo un "agradable haragán" y acabó convirtiéndose en un *smarter businessman*.

Cuando Marx se enteraba de aquellas alegres comilonas, sobre todo si sabía que también Weertk se había presentado en Manchester o en el vecino Bradford, le daba a entender a su amigo que se sentía celoso. Pero Engels se las arreglaba siempre para apaciguarlo. En 14 de diciembre de 1853, Marx decía a Engels, disculpándose: "Ya estás acostumbrado a *some jealousy* y *au fond*; lo único que me molesta es que ahora no podamos trabajar y reír juntos, mientras que tus 'protegidos' están cerca de ti". En carta a Weydemeyer, escribía el mismo Marx, algún tiempo más tarde: "Tengo que llegar a lo que me propongo contra viento y marea, sin permitir que la sociedad burguesa me convierta en una *money making machine*". Y si, en efecto lo logró, aunque fuera bajo indecibles tormentos y privaciones fue, sobre todo, gracias a Engels. Sin la ayuda material que su amigo le prestaba, Marx no habría podido realizar su obra.

Pero seríamos injustos para con Engels si, al lado de esta cooperación tangible prestada a su gran amigo, olvidáramos o relegáramos a segundo plano la otra, mucho más valiosa que aquélla. Fue, en efecto, la existencia de Engels la que corroboró y fortaleció la propia vida espiritual de Marx. El hecho de que él, con su firmeza indomable, no llegase jamás a dudar de la realidad y la dignidad de la misión que los había unido ya desde la temprana juventud, ayudó también a Marx a resistir las tentaciones de los demonios que lo asediaban. El solo hecho de oír hablar a Engels y escuchar la voz de éste lo animaba a mantenerse erguido ante la miseria de la vida, que lo acosaba, y ante "la conciencia burguesa" que alzaba la cabeza en su interior y le torturaba con la pregunta de si un hombre como él, que tenía mujer e hijos, podía permitirse el lujo de pasarse los días metido en el Museo Británico, dedicado a estudios teóricos. En la primavera de 1855 perdió Marx a su único hijo, un niño al que adoraba como a nada humano en el mundo. He aquí un fragmento de la carta que con este motivo escribió a Engels: "Bajo los golpes de los tremendos infortunios por los que he pasado estos días, me ha mantenido siempre en pie el pensamiento de ti y de tu amistad y la esperanza de que todavía tenemos los dos algo importante que hacer en el mundo". Eran palabras efusivas que sólo salían del pecho de este hombre duro —al que sus enemigos, con gran indignación por parte de Engels, solían denigrar como "carente de sentimientos"—, cuando realmente la desgracia se cebaba en él o en su amigo.

En el exilio no abundan las ocasiones en que el corazón del hombre se ve invadido por cálidas efusiones. Los revolucionarios radicales enviados al destierro sólo suelen emplear con un dejo de ironía en los labios palabras como las de "patria" y "nación", que envuelven como un velo cosas que las que ellos

nada tienen que ver. En el proceso político de la Alemania de los cincuenta, no había absolutamente nada que no contara, con razón, con la crítica más acerba de hombres como Marx y Engels. El movimiento obrero había sido exterminado... Se había disuelto el partido democrático, al que la burguesía, en su vesania, tachaba de "rojo". Marx y Engels se hallaban enemistados con la mayoría de los dirigentes; en la circular que la policía había descubierto en poder de Nothjung y hecho pública, se trataba a la burguesía democrática como el enemigo del mañana. Podían contarse con los dedos de una sola mano las personas que profesaban sus ideas. Los pocos que en Alemania figuraban aún entre sus amigos difícilmente podían arriesgarse a cambiar cartas con ellos, salvo excepciones muy contadas, y ellos mismos se abstendían de intentarlo. Sus propias familias, en quienes las ideas burguesas se hallaban firmemente arraigadas, se habían alejado de ellos, debido a su radicalismo. Entre los compatriotas que compartían con ellos el exilio, vivían casi totalmente aislados, acosados por una aversión a la que correspondían y expuestos a todas horas a la calumnia.

Engels hubo de elogiar, alguna vez, este aislamiento, por considerarlo beneficioso para la obra de creación intelectual a que se habían consagrado. Pero, al pensar y hablar así, sacaba fuerzas de flaqueza, y la verdad es que sentía una gran alegría cuando las manifestaciones de alguno que otro les daban a él y a Marx la ilusión de que tenían detrás un pequeño partido. En realidad, la soledad en que vivían era total, hay que reconocerlo, y ello explica sobradamente por qué llegó a desarrollarse en ellos con tanta fuerza esa vieja "virtud democrática" que es la desconfianza, el recelo, el "sistema hecho de burla y desprecio", de que Marx se vanagloria en una de sus cartas.

Era natural que viesan también con malos ojos, por lo general, aquel mundo inglés en que se hallaban sumidos. Al principio, contaban por lo menos con los cartistas, a quienes podían considerar como amigos y compañeros de lucha. Pero este movimiento, un día tan poderoso, había quedado reducido, como ya sabemos, a la insignificancia por la fabulosa prosperidad del comercio y la industria. Y Engels y Marx veían en la Inglaterra capitalista, con su industria enseñoreada del mundo y su flota dueña de los mares, a la moderna Cartago, a la que era necesario domeñar para que pudiera triunfar el comunismo. También en el país que les había brindado asilo parecía, pues, que todo se confabulaba para hacer que estos dos hombres se replegasen sobre sí mismos.

La verdad es que no se les deparaban muchas ocasiones de mostrar miramiento, tolerancia o benevolencia. Quien no estaba con ellos estaba en contra de ellos. ¿Y de quién podemos decir que estuviera con ellos, en las luchas políticas de aquellos años? Engels no se hacía ninguna clase de ilusiones ni se recataba para afirmar que él y Marx estaban poco menos que solos, cercados por un mundo de incompreensión y hostilidad, y que cuanto hicieran, quisieran o pronosticaran se les tomaría a mal, sencillamente porque nadie luchaba en el mismo terreno que ellos, porque nadie entendía ni aprobaba las premisas de que ellos partían y sin las cuales no podían ser comprendidos, porque nadie compartía la concepción del proceso histórico del pasado, el presente y el futuro

que a ellos les daba una base de sustentación tan segura donde tantos otros vacilaban. De ahí que casi todo el mundo viera en ellos a unos egotistas fanáticos, a los que a toda costa había que rehuir.

Pero, si nos esforzamos por adentrarnos en el espíritu de estos dos hombres, que, convencidos de emplear pautas históricas más certeras y de atalayar el desarrollo de las cosas con mayor claridad que el resto de sus contemporáneos, seguían su camino sin que los apoyara ninguna fuerza, ningún partido merecedor de este nombre, comprendemos que, para poder afirmar su convicción ante sí mismos, no podían hacer otra cosa que parapetarse en sus concepciones, rechazar todo lo que no fuese, incondicionalmente, su propio modo de ver y enjuiciar lo que la sociedad quería y necesitaba, no a tono con los criterios usuales, sino desde su propio punto de vista. ¡Empresa harto temeraria, en verdad, esta de tremolar una bandera que no flotaba todavía desde ninguna torre y que un día habría de ondear, según se aseguraba, sobre el palacio de Buckingham y sobre el Louvre, sobre la residencia real de Berlín, sobre el Kremlin y sobre el Vaticano! Era difícil, realmente, que nadie ajeno a sus ideas pudiera comprender en qué se basaba la pretensión de infalibilidad de esas ideas que debía reinar. ¿Puede nadie condenar a estos hombres que echaban sobre sus espaldas una misión sin paralelo en la historia del mundo por el hecho de que en su correspondencia privada o en sus conversaciones íntimas no se mantuvieran siempre dentro de los límites de la urbanidad burguesa y se dejaran llevar —sobre todo, ciertamente, en mayor medida Marx que Engels— de un resentimiento al que sin duda daban pábulo los acontecimientos de cada día? ¿De que en sus cartas, que no estaban destinadas a nadie más que a ellos, se apostrofase abundantemente a innumerables coetáneos suyos, sin excluir a quienes les eran afines políticamente, con calificativos tomados del reino animal? ¿Que fueran verdaderos virtuosos en el empleo del tratamiento de “señor” cuando querían distanciarse de una persona —y eran contadísimos aquellos de quienes ellos no querían distanciarse— y que recurriesen también con gran largueza a epítetos que es aconsejable no emplear por escrito? Pero lo cierto es que todo eso significa poco, si lo comparamos con la originalidad, el alcance, la profundidad, la fecundidad y el rigor de ideas que hacen de esta correspondencia un documento histórico sin igual. Ni el *Cortegiano* de Baltasar Castiglione ni la obra *Sobre el trato humano*, de Knigge tenían vigencia alguna para estos heraldos del proletariado que se habían trazado como norma de su vida llevar a las masas avasalladas la nueva clamorosa del advenimiento de un mundo mejor, llamado a imponerse por la acción del pleno desarrollo de las fuerzas productivas de nuestro planeta.

Hasta un amigo y correligionario como Freiligrath hubo de quejarse una vez, del “tono insolente” empleado en sus cartas por Engels. Pero, en otra ocasión, elogiaba en cambio “el noble descaro” con que se expresaba. Engels hubo de apuntar como uno de los rasgos fundamentales del carácter de Marx el que “era, en todo y por todo, cabalmente el reverso de un filisteo alemán”. Y lo mismo habría podido decir de sí mismo. Impulsivo y vehemente, seguro de sí

mismo y apasionado en cuanto hacía, podía fácilmente, sin quererlo, herir a otros. Pero, como en el trato humano se sometía de buen grado a los usos de la sociedad burguesa y, en estos asuntos, no se arrogaba el derecho a infringirlos, se mostraba, al mismo tiempo, dispuesto, cuando había ofendido a alguien sin el deliberado propósito de hacerlo, a reconocerse culpable. En cambio, rehuyó siempre el afán de popularidad; era algo tan incompatible con su modo de ser, que sentía por esa vanidad "una aversión rayana a la cólera". Jamás esperó ser tratado con "afecto" por "la chusma democrática, roja o, incluso, comunista". El buscar el aplauso de la multitud era, verdaderamente, algo que repugnaba a su temperamento, y aborrecía con todas sus fuerzas a quienes se dejaban llevar por semejante veleidad.

Hombre alto y esbelto, Engels era más bien delgado y de constitución endeble. Pero, a fuerza de montar a caballo, nadar, hacer gimnasia y pasear al aire libre, su cuerpo, ya desde los años mozos, se endureció y fortaleció, como él nos dice, poniéndose en condiciones de responder a cuanto de él pudiera exigirse. Pero, cuando caía enfermo, lo que raras veces sucedía, no se limitaba a llamar al médico, sino que echaba mano a algún libro de medicina, tratando de averiguar por sí mismo el modo de curarse.

Así sucedió cuando, en el verano de 1857, tal vez por vez primera en su vida, enfermó seriamente de una larga y difícil infección de los ganglios linfáticos, con frecuentes recaídas y complicaciones. Al principio, no le cabía en la cabeza que también él tuviera que abandonar el trabajo por razones de salud. Marx no le dejó en paz hasta que, por fin, logró que dejase de andar a vueltas entre la oficina y la cama y se decidiese a curarse, yéndose una temporada junto al mar. Lo vemos, durante aquellos días, primero en las cercanías de Liverpool, luego en la isla de Wight y, por último, en Jersey, atormentado por los dolores y con las fuerzas disminuidas bajo los efectos de la enfermedad.

En vista de que las noticias de su amigo —según le escribía— le hacían sufrir tanto, por lo menos como si él mismo padeciera el mal, Marx decidió emprender personalmente en su pupitre del Museo Británico, "concienzudos estudios de medicina". "No hay, naturalmente, remedio mejor que el mar", le escribía en agosto. "Sin embargo, hacen falta, además, algunos medicamentos" y, "basándose en la más reciente literatura francesa, inglesa y alemana" que sobre la enfermedad en cuestión había consultado, le prescribió a su amigo un tratamiento que, si quería, podía someter al criterio "de cualquier colegio médico o químico". Sin embargo, el interesado manifestó que el empeño de atribuir todas las enfermedades, incluyendo la escrofulosis, a falta de hierro en la sangre, no pasaba de ser una moda imperante desde hacía algún tiempo y replicó a Marx con largas deducciones en torno a los efectos curativos del aceite de hígado de bacalao y del yodo. El médico que atendía a Engels en Manchester estaba convencido de que el paciente sabía más que él acerca de su enfermedad y se aplicaba el tratamiento adecuado. Y cuando, en octubre, Engels le expresó el temor de que pudiera tener algo en los pulmones, el Dr. Heckscher le escribió una carta, desechando sus temores y el peligro de una recaída, con el que Marx

le había amenazado. Engels tardó bastante en curarse de las secuelas de esta enfermedad; habían pasado ya varios meses y todavía su amigo se quejaba de la sobriedad de sus partes médicos y le rogaba que tomara más en serio el atender contra su salud.

Durante su enfermedad, Engels no había podido abandonar totalmente la pluma, porque la situación material de su amigo no se lo permitía. Al empeorar la crisis económica, los honorarios que Marx percibía como corresponsal del *New York Tribune* se vieron reducidos a la mitad. Gran alivio representó para él que, en la primavera de 1857, Dana lo invitara a colaborar en un diccionario enciclopédico que proyectaba editar en los Estados Unidos. Engels, quien aún no había caído enfermo y se regocijaba ante la perspectiva de tener ocupación regular para sus veladas, en las que se quejaba de estar "demasiado ocioso", se sintió entusiasmado con la oferta y escribió a su amigo que se comprometiera para el mayor número de artículos que pudiese conseguir. Lo mejor de todo —le decía— sería que aceptara encargarse de toda la enciclopedia. "Ya vería como la sacábamos adelante", le comentaba. Podía hacerse cargo —le animaba— de los artículos relacionados con la filosofía alemana, las biografías de estadistas modernos ingleses y franceses; cartismo, socialismo, comunismo, Aristóteles, Epicuro, el Código Napoleón y algunas cuestiones financieras. El mismo podría encargarse de los temas referentes a la literatura germánica, la del medio y antiguo alto-alemán, la románica y, especialmente, la provenzal. Sin embargo, para materias como éstas los norteamericanos no pensaban precisamente en Marx. En cambio, se le encomendaron los temas militares.

Valiéndose de un diccionario sobre la materia y en base a los materiales reunidos por Marx en el Museo Británico, Engels se entregó inmediatamente a la redacción de numerosos artículos sobre batallas, ejércitos, generales, plazas fortificadas, la infantería, la artillería, la caballería, etc. Y llegó a encontrarle gusto a este curso enciclopédico. No podemos detenernos aquí en esta serie de artículos. El propio Engels dice de estos trabajos que se trataba de meras recopilaciones y no creyó, más tarde, que valiera la pena desenterrarlos. Podrían incluirse, si acaso, en una colección especial de sus estudios militares. A propósito del artículo *Army*, señala elogiosamente Marx, con fuerza plástica se pone de relieve aquí la trabazón entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales. Pero la impronta del autor aparece claramente estampada también en muchos otros artículos, por ejemplo en la brillante semblanza que traza de Blücher. Y lo mismo ocurre con los artículos que Engels hubo de escribir desde agosto de 1875 hasta abril de 1858 para el *New York Tribune* sobre la gran insurrección de la India que por entonces sacudía la dominación de la Gran Bretaña en su inmenso imperio colonial, y en los cuales fustigaba, entre otras cosas, el lenguaje sanguinario empleado por la prensa inglesa y los métodos feroces y crueles que los dominadores aplicaban en su guerra.

El fenómeno de las crisis comerciales de carácter general era el que más había convencido a los primeros socialistas modernos de que el sistema de la libre competencia era insostenible. Cuando, durante su primera estancia en

Inglaterra, se entregó a los estudios económicos, este juicio se grabó inmediatamente en Engels. En su *Esbozo de crítica de la economía política*, síntesis que Marx, mucho tiempo después de escrita, llamaría genial, afirmaba, a la edad de veintitrés años, que la ley de la competencia, de la que nacían las crisis, no era una ley del espíritu, sino una ley natural. Ya por aquel entonces abrigaba la idea de que las crisis comerciales se repetían cada cinco a siete años y de que cada una de ellas tenía necesariamente un ámbito más universal y efectos más asoladores que las precedentes. Esta concepción fue desarrollada más tarde por él en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, la obra principal de su juventud. La idea de que cada nueva crisis sería "más violenta y espantosa" que la anterior se entrelazaba en estas páginas con la creencia de que el proletariado inglés no toleraría más que una sola crisis.

Tres años más tarde, al redactar su anteproyecto para lo que sería el *Manifiesto comunista*, los *Principios del comunismo*, seguía atribuyendo a la crisis la misma importancia para el futuro derrocamiento del orden social capitalista. Las crisis, decía allí, se repiten "casi regularmente cada cinco a siete años" y afirmaba, una vez más, que la gran industria no cabía ya dentro de la libre competencia e imponía la necesidad de una nueva organización, en la que se encargase de dirigir la producción la misma sociedad, con arreglo a un plan fijo y a tono con las necesidades de todos. Y cuando, más tarde, el texto del *Manifiesto comunista* proclamaba que la burguesía, con los medios empleados para salir de las crisis comerciales sólo lograba provocar ~~otras~~ nuevas, más generalizadas y más intensas, se limitaba a ampliar la idea fundamental ya formulada por Engels en el *Esbozo*. Antes, sólo consideraba las crisis como una de las más poderosas palancas de la revolución política. Fue el desenlace de las revoluciones de 1848 y 1849 el que le enseñó que, a la inversa, la prosperidad refluente estrangula las revoluciones y abre paso al triunfo de la reacción.

Al principio, Engels se hallaba más familiarizado que Marx, a grandes rasgos, con los problemas del mundo económico y, por esta razón, debemos estimar muy importante la contribución aportada por él a la síntesis que sobre estos asuntos se publicó, en 1850, en la *Revista de la Nueva gaceta renana*. De mantenerse el ritmo anterior del desarrollo industrial, podía predecirse —se exponía allí— que la siguiente gran crisis comercial se produciría en 1852. En el país industrialmente más desarrollado del mundo, en Inglaterra —leemos también en dicho resumen—, se manifiesta siempre "el proceso originario", pero también es mayor aquí la posibilidad de una compensación, lo que explica por qué la revolución ha estallado antes en el continente.

En su artículo acerca de la ley sobre la jornada inglesa de diez horas, formula Engels, en 1850, la conjetura de que en el futuro, bajo la presión de las fuerzas productivas incrementadas con exceso y que seguirán manifestándose, las crisis sólo se verán separadas unas de otras por breves períodos de una actividad industrial apagada y mortecina. Es una idea que reaparecerá con frecuencia en él más adelante, pero sin que se aferre porfiadamente a ella. En cambio, mantuvo siempre el punto de vista, expresado también aquí, de que la industria,

el comercio y toda la sociedad moderna en general están condenados a perecer, de una parte por la plétora de fuerza vital ociosa y, de otra, por la total extenuación, si la revolución proletaria no se interpone para salvarlos. Y, por los mismos días, escribía en la *Democratic Revue* de Harney:

“Hemos pasado por diferentes recaídas de éstas, que hasta ahora ha sido posible superar felizmente mediante la apertura de nuevos mercados (el de China, en 1842) o gracias a la mejor explotación de los mercados existentes, en base a reducir los costos de producción (como ha ocurrido con la aplicación del librecambio al trigo). Pero ya no hay la posibilidad de abrir nuevos mercados y el único medio con que se cuenta para rebajar los salarios es una reforma financiera radical y la reducción de los impuestos con el desconocimiento de la deuda pública. Y si los fabricantes librecambistas no se atreven a ir tan lejos o si incluso este recurso temporal acaba embotándose, no tendrán más remedio que hundirse por exceso de abundancia. Es evidente que, ante la imposibilidad de seguir extendiendo los mercados, en un sistema basado en esto, y de que la producción se extienda así cada día, habrá llegado a su fin la prepotencia de los señores de las fábricas. ¿Y qué vendrá, entonces? La ruina general y el caos, dicen los librecambistas. Y nosotros decimos: la revolución social y el poder del proletariado”.

Su predicción de la nueva crisis comercial para 1852 hacía más llevadera para él la esclavitud de la oficina. Ya en octubre de 1851 creía percibir síntomas claros de que la crisis se acercaba y daba casi por seguro que “los espasmos continentales de la próxima primavera”, con los que contaba, “coincidirían con una crisis muy bonita”. A fines de febrero de 1852, viendo que la crisis no acababa de producirse, en carta a Weydemeyer investigaba las razones que pudieran explicar su aplazamiento —así lo veía él— hasta el otoño. Hablaba, a este propósito, de las medidas librecambistas rápidamente implantadas, unas tras otras, de la apertura de las colonias holandesas, de la reducción de los aranceles en España, Cerdeña y otras partes y de la baja de los precios del algodón. Durante los meses siguientes, estuvo dándole vueltas al problema de si no habría que pronosticar al período de prosperidad, que parecía no terminar, una duración extraordinariamente larga. Y hablaba, por oposición a Marx, de la inesperada elasticidad del mercado de las Indias Orientales, que era entonces el más importante comprador de los artículos algodoneros ingleses, de “la confusión provocada por California y Australia”, de lo baratas que se cotizaban la mayor parte de las materias primas y artículos industriales y, por último, de la ausencia de toda especulación.

A pesar de todo, creía que hacían bien en seguirse ateniendo, sobre poco más o menos, a sus cálculos anteriores, ya que, en fin de cuentas, una diferencia de seis meses en más o menos no iba a ninguna parte. En mayo, creía ver revolotear más claramente y en mayor cantidad los “pájaros anunciadores de la tormenta”. En agosto, seguía convencido de que la crisis sobrevendría en el otoño, pero se preguntaba ya si sería lo bastante fuerte para provocar inmediatamente, “es decir, en seis u ocho meses” una revolución. Confesaba a su amigo

que casi preferiría disponer todavía de un año libre, pues tenía mucho que hacer.

Por lo demás, la creación de grandes mercados en base a la nada, como los que habían hecho surgir las minas de oro de California y Australia, ponían de relieve dos casos que el *Manifiesto comunista* no había previsto y que debían hacer encajar en él. En septiembre, seguía creyendo que la crisis amenazaba con ser endemoniadamente seria. No hay —decía— peor crisis que aquella en que la superespeculación va desarrollándose lentamente dentro de la producción, razón por la cual tienen que pasar tantos años para que sus resultados maduren, como meses se necesitan en el comercio de productos y valores. Pero la certeza de la predicción comenzó a vacilar visiblemente cuando, a fines de noviembre, aún no se había agudizado la situación. Los mercados australianos y californianos, que brotaban como los hongos, el nuevo mercado que acababa de abrirse en Birmania, la expansión del comercio de Bombay y Karachi hacia el Noreste de la India y los grandísimos países fronterizos, todas estas condiciones tan “anómalas” pesaban como una losa de plomo sobre sus expectativas, hasta el punto de que, incluso para 1853, sólo se prometía algo decisivo en el caso de que llegara a producirse una cosecha realmente mala de cereales.

Es característico de Engels el que enumere muy certeramente todos los factores que contribuían a extender la prosperidad de los negocios, sin perjuicio de lo cual, y empujado por su impaciencia revolucionaria, y por su confianza en la periodicidad fija de las crisis, introduzca en sus cálculos un elemento aleatorio, para hacer que, en fin de cuentas, el resultado corresponda a sus deseos. En una carta a Weydemeyer, escrita el 12 de abril de 1853, pasa lista a los muchos combustibles políticos con que en Europa se encontrará la próxima revolución. Después de lo cual dice que es, a su juicio, sencillamente imposible, “aun vista la cosa de la manera más fría” que la situación pueda sostenerse hasta más allá de la primavera de 1854: “Europa se halla formidablemente preparada y sólo necesita el empujón de la crisis”. Pero la crisis no se produjo, y el río de oro que desde las nuevas minas manaba incesantemente hacia Inglaterra, regando el comercio y la industria, hizo que ni siquiera la guerra de Crimea afectase seriamente a esta larga prosperidad de los negocios.

Desde el otoño de 1853 hasta la primavera de 1856, las cartas de Engels a Marx no hablan para nada de aquellas esperanzas de crisis que tantas ilusiones revolucionarias habían despertado en él. Es cierto que de sus cartas a Marx correspondientes a dicho período sólo se han conservado unas cuantas, y no está descartada la posibilidad de que compartiera el error de su amigo cuando, en los periódicos en que colaboraba, llegó a dar por declarada ya, en Inglaterra, una falsa crisis comercial, burlándose además de que la escuela de los librecambistas, pese a su maravilloso talismán, no hubiera sido capaz de evitar la catástrofe.

Fue a fines de 1857 cuando, por fin, se produjo el acontecimiento tan ardientemente esperado por Engels. A fines de dicho año estalló realmente la primera crisis mundial efectiva, haciendo crujir los cimientos del orden económico que, en los años anteriores, había hecho crecer las fuerzas productivas del

mundo a un ritmo sin precedentes hasta entonces. Lo mismo la Confederación alemana que los Estados Unidos resultaron beneficiados con su neutralidad en la guerra de Crimea. En Alemania asistimos, sobre todo, a la fundación de los modernos bancos de crédito, siguiendo el ejemplo del *Crédit mobilier* que fomentaron en este país, como lo expresaba Marx, "la especulación dentro de la especulación". ¿De qué le sirvió al gobierno prusiano el tratar de entorpecer la rápida difusión del sistema bancario? Cuando dicho gobierno negaba la concesión a un nuevo banco, se apresuraban a otorgársela sin reparos los pequeños Estados alemanes. Al paso que el ministro prusiano, el señor de Westfalia, hermano de la mujer de Marx, se quejaba, en carta a ésta, del "vértigo producido por las sociedades de créditos, de valores y en comandita", Engels, por su parte, estaba feliz con aquel tráfago vertiginoso, que anunciaba resultados tan brillantes. "Mevisen", escribía a Marx, el 14 de abril, "es rey de la provincia renana; ha comprado, en unión de Morny, la 'Indépendance' y ha fundado en Luxemburgo (!) un banco internacional (¡hurra!)". Lo que no consigán —añadía— los *Crédits mobiliers* que han surgido en Hannover, en Leipzig y en todas partes, se logrará por debajo de cuerda mediante las operaciones fraudulentas. "Se abre ahora la etapa final del vértigo: Rusia importa capital y especulación, y a estas distancias y con ferrocarriles de cientos de millas, las turbias especulaciones llegarán a tal punto que no tardarán en romperse la espina dorsal. No te quepa duda: cuando oigamos hablar de *the grand Irkutsk Trunk Line with branches to Peking*, etc., ya podemos ir haciendo las maletas".

Esta vez, sí creía Engels estar completamente seguro. Declaraba que sobrevendría un crac sin precedentes. Se daban todos los factores del caso: intensidad, expansión universal y confabulación de todos los elementos sociales poseedores y dominantes. No encontraba palabras suficientes para mofarse de los ingleses que se habían creído muy seguros de la fortaleza de su mercado interior y la prosperidad de su industria, sin pararse a pensar que, sin sus capitales, jamás habrían llegado a producirse las orgías de la especulación en los Estados Unidos y en el continente. Para él, era evidente que la especulación en valores ferroviarios y en acciones navieras había servido también para hacer que la producción industrial se desbordara.

En septiembre de 1856, la superespeculación provocó, en Alemania, una penuria angustiosa de capital, que por aquel entonces alcanzó todavía a ser remediada. A la vista de ello, Engels se inclinaba a creer que se trataba solamente, por el momento, de un anuncio previo. Pero si se producía el crac —escribía a Marx el 26 de septiembre— vendría un *Dies irae* jamás visto. "Toda la industria europea se irá al diablo; todos los mercados del mundo, sobresaturados (por lo pronto, ya no pueden enviarse a la India más mercancías); todas las clases poseedoras en quiebra; bancarrota total de la burguesía; guerra y desastre en grado superlativo". Su carta se cruzó con otra de su amigo, fechada el mismo día, que hablaba igualmente de "las dimensiones, esta vez europeas", de la crisis y en la que opinaba que ya no les quedaba mucho tiempo para seguir siendo espectadores, pues pronto sus personas serían "movilizadas". Por su

parte, Engels no se lamentaba en modo alguno de que todavía no hubiera estallado la hecatombe. Si la crisis financiera iba arrastrándose de manera crónica y en creciente ascenso hasta el invierno, estaba seguro de que, al llegar la primavera, la hecatombe traería consecuencias todavía más espantosas. Cuantos más pagos a cuenta absorbieran las compañías que ahora existían solamente sobre el papel y más capital flotante se fijara, tanto mejor; la tendencia al alza de la tasa de descuento de los bancos se encargaría de impedir que llegara a reembolsarse en efectivo ni siquiera una parte de lo desembolsado en aquellos pagos.

En el continente, entre tanto, comenzaba a percibirse que se estaba amasando una tormenta pavorosa. Por ejemplo, la *Gaceta comercial de Francfort*, recientemente fundada por Sonnemann, se preguntaba con tono de alarma, en enero de 1857, cómo terminaría, en Alemania, la lucha entablada entre las nuevas formas económicas y la fuerza del capital y si "la nueva era" —como se llamaba a la rápida expansión de los valores bancarios y las acciones— tendría un futuro, "después de superadas las primeras conmociones". Bajo el aflujo del capital europeo, sobre todo del inglés y del alemán, éste llevado a los Estados Unidos por los emigrantes o enviado allí por la especulación, habían subido los precios en aquel país y, atraídas por este reclamo, habían crecido considerablemente las importaciones, pero sin que ello pusiera freno a la producción interior. Por muy aprisa que el mercado interno aumentara, la demanda tenía, en fin de cuentas, que quedar rezagada; como consecuencia de ello, se produjo un fuerte estancamiento de las ventas y, a la zaga de él, una peligrosa e inaudita tensión del crédito. Sólo hacía falta que llegara la noticia de que la cosecha de cereales de Europa se presentaba bajo brillantes auspicios, para que la crisis estallara en todas las bolsas de los Estados Unidos. Como Engels había predicho, los ingleses se vieron desagradablemente sorprendidos por los acontecimientos y no comenzaron a preocuparse hasta que vieron que la fuerte alza de la tasa bancaria de descuento anunciada en Nueva York atraía el capital de Inglaterra y que, como consecuencia de ello, en la segunda semana de octubre empezaban a bajar de un modo alarmante los precios de las mercancías en la Gran Bretaña.

Cuando esto ocurría, Engels se encontraba todavía, aunque ya en franca mejoría, reponiéndose junto al mar; no pudo, por tanto, seguir personalmente los acontecimientos en la Bolsa de Manchester. Sin embargo, llegaron hasta él, en Jersey, donde a la sazón se hallaba, cartas enviadas desde la oficina en que tenía su puesto hablándole de la fuerte depresión general, de la situación desfavorable por la que atravesaban los negocios, de las numerosas quiebras y lamentando su ausencia en aquellas circunstancias. Pero volvió todavía, en la primera semana de noviembre, a tiempo para poder presenciar de cerca el pánico provocado por la bancarrota de algunos grandes bancos escoceses.

El 15 de noviembre, comenzó a enviar a Marx informes regulares sobre la marcha de la crisis. Esta vez, las cosas se desarrollaban con rasgos un tanto peculiares. Hacía ya casi un año que la especulación en materia de acciones se

hallaba, provisionalmente, en crisis en Francia y Alemania; era ahora cuando dicha especulación había conducido a un colapso en Nueva York, poniéndolo todo en tela de juicio. Lo curioso era que los norteamericanos habían especulado, como siempre, con dinero extranjero y, esta vez, principalmente, con dinero procedente de los países continentales. El hecho de que los fenómenos norteamericanos no hubieran repercutido todavía directamente sobre la especulación continental, lo explicaba Engels por la precrisis que Alemania había vivido en septiembre y por la insignificancia de los puntos de contacto directos. Predecía, sin embargo, que la crisis no tardaría en extenderse también al continente. Y no le entibiaba sus ardorosas esperanzas el hecho de que llegaran de las Indias orientales a Manchester noticias halagüeñas y de que pudieran lanzarse sobre aquel mercado todas las cantidades posibles de mercancías. "También allí", pensaba, "se está preparando una crisis de reserva, para el caso de que esta primera embestida no llegue a echar por tierra toda la vieja porquería". El espectáculo que la aterrorizada Bolsa brindaba aquellos días llenaba de júbilo a nuestro peculiar hombre de negocios. "Estos tunantes se indignan de verme, de pronto, de tan buen humor", informaba a Marx y añadía que la Bolsa era, ahora, el único sitio en que podía curarse de los rastros de quebrantamiento que le había dejado la enfermedad y sentirse fuerte y animoso. "Como es natural, mis profecías son de lo más negro, lo que acaba de exasperar a estos años".

El hecho de que se hubiera recurrido, "ya al primer embate" a dejar en suspenso por largo tiempo la ley bancaria de Peel le infundía especial confianza en que la crisis "se desarrollaría brillantemente". Al principio, llegó incluso a pensar que el propio Banco de Inglaterra se viese arrastrado a la vorágine, ampliando la emisión de billetes. Y su optimismo no se vio menoscabado al saber que el mercado algodonero, que él podía pulsar tan de cerca, preveía para los próximos meses una cierta recuperación. Incluso era deseable —explicaba— que esta "mejoría" se sumara a la crisis crónica, antes de que se descargara el segundo gran golpe, que sería el decisivo. Jamás una crisis de estas proporciones había azotado de una sola embestida, y menos aún había que esperarlo de ésta, que venía después de diez años de prosperidad y de vértigo y que estaba llamada a cobrar proporciones insospechadas, después de la enorme producción de oro y de la congruente y gigantesca expansión de la industria. Esta vez, no habría una nueva Australia y una nueva California que tendieran una tabla de salvación, y China tenía ante sí diez años de miseria.

La revolución estaba a la puerta: así lo creía Engels, seguro de no equivocarse. Con la mirada puesta en ella, anhelaba que las masas se vieran empujadas a la lucha por la presión de la escasez. "El proletariado se bate así mejor, con mayor *connaissance de cause* y mayor cohesión; exactamente lo mismo que un ataque de caballería promete mejores resultados cuando los caballos tienen que galopar quinientos pasos antes de llegar a la distancia de sable del enemigo".

Ya en su estudio sobre la guerra de los campesinos alemanes y, más tarde, en diversos períodos de su vida, había expresado Engels la preocupación de

que la revolución se produjera prematuramente o en un momento inadecuado. La perplejidad de la burguesía —razonaba— podía colocar a su partido en la situación forzada de tener que tomar el poder y llevar a cabo un programa que no responda al interés del proletariado, sino al interés revolucionario general y, específicamente, al de la pequeñoburguesía o lanzarse a “experimentos y saltos comunistas” de los que nadie mejor que uno mismo sabe que son prematuros.

Y también en esta ocasión escribía a Marx: “No me gustaría que ocurriera algo antes de tiempo, sin esperar a que toda Europa se halle perfectamente preparada, pues la lucha sería luego mucho más dura, más complicada y más llena de alternativas”. Le asaltaba el temor de que el largo período de prosperidad hubiera podido quebrantar la fuerza combativa de las masas. Pero, por otra parte, le entusiasmaba el pensar, como se trasluce en todas sus cartas durante esas semanas, que pronto tal vez podría perder de vista la Bolsa de Manchester para ir de nuevo al campo de batalla y trocar la pluma del oficinista por el caballo del combatiente. Su vitalidad rezuma por todos los poros; vuelve a despertar en él el hombre de acción. “El sábado”, le escribe a su amigo, “monté doce horas a caballo, en la caza del zorro. Estas correrías me emocionan endiabladamente y ando agitado dos o tres días, después de la hazaña; es el placer físico más grandioso que conozco”. Tenía ahora la impresión de que, durante los últimos siete años, se había adherido demasiado a él “la porquería burguesa” y de que, por fin, volvía a ser otro hombre. He aquí lo que escribe a Marx: “En 1848, decíamos: ha llegado nuestra hora y, hasta cierto punto, no puede negarse que llegó, pero esta vez sí va a llegar de verdad; ahora, nos jugamos la cabeza. Mis estudios militares podrán ponerse ahora inmediatamente en práctica y me lanzaré sin demora a estudiar la organización vigente y la táctica elemental de los ejércitos prusiano, austríaco, bávaro y francés, y, además, me entregaré a la equitación, es decir, a la caza del zorro, que es la verdadera escuela”.

Por aquel tiempo, los dos amigos se conocían ya perfectamente; uno de ellos sabía que, pese a su eterna penuria pecuniaria, jamás, desde 1849, se había sentido tan a gusto como ahora; el otro, que por nada del mundo dejaría de sentirse “enormemente leal” a sus compromisos, al llegar el momento de la hecatombe final. Marx pasaba las noches trabajando sin descanso en la redacción de sus escritos económicos. Quería poner en limpio, cuando menos, los lineamientos generales antes de que estallara el movimiento. Aquel hombre, hambriento de datos, trataba de sistematizar todos los materiales sobre la crisis, y Engels se ofreció a informarle de cuanto supiera o averiguara. En lo que ponía mayor empeño era, naturalmente, en los signos anunciadores de catástrofe. Sabemos de él que se azacana constantemente entre la gente informada, tratando de seguir el curso de la crisis. En diciembre, le propuso Marx escribir en colaboración, allá para la siguiente primavera, un panfleto sobre la historia, “para recordar al público alemán que todavía existimos y volvemos a dar señales de vida, *always the same*”.

Hasta los últimos días del año, los comunicados que llegaban desde Man-

chester a Londres sobre los derroteros de la crisis seguían siendo estimulantes para las esperanzas de ambas partes, la que los escribía y aquélla a la que iban destinados. El mismo Engels se daba cuenta de que su irritabilidad había ido en aumento, como consecuencia de la enfermedad que había padecido. Cuando supo que el mercado cerealista y el mercado colonial habían sido arrastrados también por la crisis, anunciaba que ello tendría "conclusiones gigantescas". Mientras la superproducción se había limitado a la industria —opinaba—, la historia quedaba todavía a medias, pero ahora que abarcaba también la agricultura, lo mismo la de los trópicos que la de la zona templada, el asunto alcanzaría proporciones "grandiosas".

De "grandioso" calificó también Engels el hecho de que la crisis se extendiera a Hamburgo y, en unas cuantas semanas, llevara a la quiebra a docenas de empresas, entre ellas algunas de primer rango. "Gran número de bribones", escribía a su amigo, jubiloso, el 7 de diciembre, "se han visto envueltos en las mallas por el simple hecho de no poder reunir efectivo para hacer frente a una sola letra vencida, a pesar de tener seguramente en el cajón de su escritorio, en aquel mismo momento, una cantidad cien veces mayor en efectos incobrables. Jamás ha habido un pánico tan completo ni tan clásico como el que actualmente reina en Hamburgo. Todo, fuera del oro y la plata, son papeles absolutamente carentes de valor". Por el momento, concluía, Hamburgo era una ciudad comercialmente liquidada.

Y en términos parecidos a lo que ocurría en la más grande de las plazas marítimas de Alemania, pintaba Engels la situación reinante en uno de los grandes puertos ingleses. Las cosas en Liverpool tienen una pinta espantosa, escribía a Marx el 9 de diciembre: "Estos tunantes se hallan a la cuarta pregunta y no tienen siquiera la fuerza necesaria para declararse en quiebra. Las caras, en la Bolsa de Liverpool, según me ha dicho alguien que el lunes estuvo allí, son tres veces más largas que las de aquí". Por lo demás, también en Manchester son —decía esta carta— cada vez más negros los nubarrones. "Los hilanderos y fabricantes gastan el dinero que reciben por las mercancías vendidas en salarios y en carbón y, en cuanto se ven con las manos vacías, se quitan de en medio". Ahora se dan cuenta —añadía— de que las turbias especulaciones con dinero son lo menos importante de la crisis.

Dos días después, Engels hace ver a su amigo cómo la forma bajo la que se esconde la superproducción es, indudablemente, en mayor o menor medida, el crédito, pero muy especialmente, esta vez, el peloteo de las letras de cambio. "En la actual crisis —le dice— podemos estudiar hasta en los menores detalles cómo el crédito y la falsa especulación conducen a la superproducción". "La crisis —anuncia el 17 de diciembre— me tiene infernalmente en ascuas; cada día bajan los precios". Su propio padre se había visto apurado, en aquellos días, y hubo que enviarle fondos desde Manchester. "No creo", añadía, "que la cosa sea seria, pero después de todo esto no tiene, ahora, la menor importancia". Y más adelante, el mismo día: "Manchester se hunde cada vez más. La constante presión sobre el mercado se manifiesta de un modo enorme. Nadie puede ven-

der. No pasa día sin que las ofertas bajen de precio, y el que conserva todavía un poco de decoro no ofrece sus mercancías a nadie. La situación de los hilanderos y los fabricantes es pavorosa". "Viviremos todavía", añadía, seguro de la victoria, "cuatro crisis distintas: 1) la de las mercancías coloniales, 2) la del trigo, 3) la de los hilanderos y fabricantes, y 4) la del comercio interior, que no se producirá, cuando muy temprano, hasta la primavera próxima".

Sin embargo, la segunda fuerte oleada de la crisis, que Engels había pronosticado con tanta certeza, no se producía. A fines de diciembre empezaron a calmarse las cosas y la tasa de descuento bancario bajó con la misma rapidez con que antes había subido. Engels, en Manchester, se burlaba de los círculos comerciales que daban la crisis por vencida simplemente porque había pasado su primera fase, la de la crisis monetaria, con sus consecuencias inmediatas. Seguía convencido, hasta nueva orden, de que la verdadera hecatombe estaba todavía en puerta y, llevado de esta convicción, felicitó a Marx y a su familia el nuevo año de todo corazón, muy confiado de que el año entrante, 1858, traería consigo la revolución.

También el desarrollo del mercado vino a frustrar sus esperanzas: el segundo golpe, del que tanto esperaba, no llegó a descargarse. Las olas encrespadas se aquietaron enseguida, sin que la "crisis crónica" condujera a la revolución. Engels siguió buscando durante mucho tiempo la explicación al hecho de que una tormenta tan dura hubiera podido calmarse tan pronto, tratando de comprender las causas por virtud de las cuales había sido absorbida la superproducción generadora de la crisis. La única explicación que encontró fue la de que el milagro se debía al hambre de mercancías de la India y China. Marx, por su parte, opinaba que, con la colonización de California y Australia y la apertura de China y el Japón, había llegado a su término la instauración del mercado mundial y de una producción basada en él. La sociedad burguesa, según Marx, había cumplido con ello su misión específica y ya podía descender a la tumba. Sólo abrigaba dudas acerca de la rapidez con que lo haría. Si la sociedad burguesa seguía manteniendo su auge en una parte tan grande del planeta, ¿podría mantenerse en este "pequeño rincón" del mundo, en fecha próxima, una revolución que estallara en el continente europeo, para adoptar, inmediatamente, un carácter socialista? No sabemos, desgraciadamente, la respuesta que Engels diera a esta inquietante pregunta de su amigo, quien hace referencia aquí, quizá por vez primera, al mundo de las otras razas, considerándolo como un factor que contribuye también a marcar los rumbos de la historia.

Como es sabido, el atentado del italiano Orsini contra el emperador de Francia, urdido en suelo inglés, condujo, en los primeros meses de 1858, a un enfriamiento pasajero de las relaciones entre estas dos grandes potencias occidentales. Dicho enfriamiento alcanzó su punto culminante cuando la Cámara de los Comunes rechazó la propuesta de ley sobre la conspiración, dirigida contra los revolucionarios residentes en Inglaterra y presentada por Palmerston a instancias de Francia. Todo el coro de los filisteos esperaba, como dice Engels en carta a la esposa de Marx, escrita en abril, que "en Francia estallara la

guerra, la revolución y ocurrieran cosas todavía más feroces". Pero el propio Engels volvía a estar convencido de que se preparaba "la gran danza". Y en marzo, pintaba a su amigo la situación de Napoleón III como desesperada. Confiaba en que, antes de terminar el año, triunfaría en Francia una revolución sostenida por todos los partidos enemigos del sistema imperante y en la que se pondría de manifiesto la gran cantidad de terreno que había sido ganado por la inundación desde la última riada del año 48. Retiró sin embargo su predicción cuando, en los meses siguientes, supo que el curso de las cotizaciones del crédito mobiliario tendía al alza.

El período de calma de que, mal que les pesara, disponían todavía Engels y Marx, volvía a permitirles pensar más sosegadamente en sus estudios. Marx había avanzado tanto en la preparación de su obra económica, que podía ya disponerse a ponerla en limpio. A lo largo de los años anteriores, había pedido a su amigo, con el que estaba acostumbrado a discutirlo todo, frecuentes informaciones acerca de puntos relacionados con la práctica económica y también en lo tocante al problema de la renta de la tierra, el valor de la moneda y a la obra de Proudhon titulada *Idée générale de la Révolution*; habían mediado entre ellos prolijos intercambios de ideas. Estas pláticas por carta van menudeando, ahora, cada vez más. En una de ellas, Marx consulta a Engels sobre la rotación del capital, las diferencias que acusa en las diferentes ramas de negocios y los efectos que tiene en cuanto a la ganancia y los precios; otra vez, le expresa su deseo de saber cómo el capital de una fábrica se distribuye entre las materias primas y los salarios y cuál es el período medio del funcionamiento de las máquinas.

En abril de 1858, Engels recibió, por fin, el plan de la primera parte de su obra, tal como entonces se proponía desarrollarlo Marx. Para llegar al fondo de estas concisas indicaciones, se veía obligado a encontrar, a veces con gran esfuerzo, las transiciones dialécticas, y ello le obligaba, según confesaba, a reconocer cuán ajeno se le había hecho todo lo que fuera pensamiento abstracto en torno a las actividades de los negocios. Sin embargo, no tardó en adentrarse en los problemas, pudo compenetrarse con el plan de su amigo, que elogió mucho, y le prometió entrar a enjuiciar en detalle el esquema formulado por él, en carta que, desgraciadamente, no ha llegado a nuestras manos.

A partir de ahora, después de sentirse repuesto en su quebrantada salud, montando a caballo y dedicándose a la caza, Engels decidió consagrar sus horas de ocio a ir profundizando cada vez más en los problemas relacionados con las ciencias naturales y su filosofía, en estudios de los que más tarde saldría su obra inacabada sobre la *Dialéctica de la naturaleza*.

CAPITULO III

LA GUERRA ITALIANA DE 1859. ENGELS Y LASSALLE. EL CENTENARIO DE SCHILLER.

Desde que el triunfo de la reacción había expulsado a Engels de Alemania, procuraba éste rehuir, dentro de lo posible, el ocuparse en detalle de los asuntos de su país e incluso le repugnaba la lectura de los periódicos alemanes. De la situación reinante en su patria se enteraba mejor que por la *Gaceta de Colonia*, que de vez en cuando tomaba en sus manos, de preferencia a otros órganos de prensa, por las cartas que recibía de Jorge Weerth, aunque este buen amigo le asegurara, con melancólico humorismo, que en los tiempos que corrían volvía a ser preferible para un escritor alemán, como en el pasado, publicar poemas amorosos bajo un seudónimo de conde o de marqués. Otras veces, le contaba cuán sórdidamente atendían los fabricantes y los industriales a sus negocios, en la Bolsa de Barmen, su ciudad natal, con el *sandwich* de jamón en una mano y en la otra un vaso de vino del Mosela.

Le asaltaba la vergüenza, cuando se ponía a pensar en las pueblerinas querellas de Alemania, donde la gente seguía peleándose por "las viejas basuras", mientras en Manchester, alrededor de él, se hacían brillantes negocios con la India, China y los Estados Unidos y se debatían los problemas de la política mundial. Había confiado en que la guerra de Crimea sacaría al pueblo alemán de su largo sopor. Pero hasta en esto se había engañado. A quien como él pensaba con una mentalidad de europeo occidental y, además, de revolucionario, no podía por menos de sublevarle hasta en el fondo de su alma la idea de que la futura Alemania unificada pudiera tener su centro en Berlín. El "patriotismo local prusiano" le merecía el mismo juicio que a Marx, quien, al detenerse ahora por vez primera en el detalle de la historia alemana, con motivo del conflicto de Neuenburg, decía que sería difícil encontrar en el mundo nada más "asqueroso" y barruntaba que la marcha que llevaban las cosas en la metrópoli prusiana podría colocar a los dos amigos, sin tardanza, en una posición parecida a la que en 1792 ocuparan Jorge Forster y sus cofrades del Club de Maguncia.

Al instaurarse la Regencia, Engels volvió a sentirse más interesado por la

política interior de Prusia. No porque esperara grandes cosas del "Sargento", como él llamaba a Federico Guillermo I, ni compartiera las hiperbólicas esperanzas con que "burgueses y filisteos" saludaban la "Nueva Era". Sabía que aquellas capas de la población no tendrían ni la valentía ni la fuerza necesarias "para enfrentarse a un tiempo, de una parte a la aristocracia y la burocracia y, de otra, a las manifestaciones de vida del proletariado". Lo que él, en aquel período, habría pedido al liberalismo prusiano se encargaría de proclamarlo públicamente él mismo más adelante. Ahora que Prusia, que desde 1849 había quedado bastante relegada a último plano, volvía a atraer las miradas del mundo, Marx creyó que podía decidirse a publicar en el *New York Tribune* una serie de artículos sobre el Estado de los Hohenzoller. Y pidió a Engels que contribuyera a ella con uno sobre el desarrollo de la industria alemana durante la última década. A Engels, por su parte, le venía como anillo al dedo este estímulo, que lo obligaba a documentarse en detalle acerca de los cambios económicos y sociales producidos en Alemania desde que él se había visto obligado a permanecer en el extranjero.

Después de la disolución de la Liga comunista, no había en Alemania ningún grupo de partido que Marx y Engels pudieran considerar como suyo. Los únicos a quienes los métodos de espionaje del gobierno Manteuffel-Westfalia no retrajeron de mantener comunicación con ellos por carta, eran, como ya sabemos, las dos mejores cabezas políticas y las dos personas que aún seguían considerándose correligionarios suyos: Lassalle y Miquel. El primero residía por entonces en Gotinga y el segundo en Duseldorf. El auge industrial de Alemania podía seguirse mucho mejor junto al Rin que en Hannover, donde la agricultura seguía siendo la actividad predominante. Por otra parte, Miquel escribía poco y sus cartas iban menudeando, como es natural, a medida que se apartaba cada vez más del comunismo y se inclinaba hacia el renaciente movimiento nacional y liberal. En la última carta que, por lo que sabemos, Marx recibió de él, Miquel le hacía saber que tenía ya muy pocas esperanzas de que en Alemania llegase a producirse pronto una revolución y que, por su parte, el proletariado, todavía inmaduro, no podría hacer gran cosa sin contar con el entusiasmo pequeñoburgués por la causa de la libertad.

Bastante más importante para los dos amigos, no sólo como fuente de información, sino también como posible camarada de armas, si las cosas se ponían serias, era Lassalle, quien ya durante los años de la revolución había colaborado desde Duseldorf en la *Nueva gaceta renana*. Se había creado por aquel entonces, entre él y Marx, una relación de amistad, basada sobre todo en el gran respeto que el más joven de los dos sentía por el veterano. Pero Marx no percibía solamente los lados buenos, sino también los lados malos de Lassalle, lo que le llevaba a mantener ante él cierto retraimiento, de que el otro, ante las muchas cosas que los unían, apenas se daba por enterado.

Marx y Lassalle se tuteaban; en cambio, las relaciones de éste con Engels eran simplemente las de dos camaradas de partido, cada uno de los cuales depositaba su confianza en la seguridad política del otro. Aunque Engels consi-

deraba a Lassalle como el más capaz y el más útil de los correligionarios políticos que había dejado junto al Rin y reconocía su "*esprit de parti*", no dejaba de guardar una desagradable impresión de él. Pero sólo hubo de manifestarla abiertamente ante Marx cuando, en 1856, se presentó en Londres, procedente de Dusseldorf, Gustavo Lewy y describió a Lassalle como el hombre que, provisto ya de una buena renta gracias a su triunfo en el proceso de la condesa de Hatzfeld, había vuelto la espalda a los trabajadores, para coquetear con los liberales.

Ni Marx ni Engels dudaban en absoluto de esta versión. Las referencias que se les daban no hacían más que confirmar las prevenciones que siempre habían sentido en contra de Lassalle. Nunca les había caído bien aquel "auténtico judío de la frontera eslava", siempre en acecho para explotar a cualquiera, al servicio de sus fines particulares, ~~tomando como~~ pretexto al partido y dispuesto a insinuarse en el mundo de las gentes distinguidas. "Sin embargo, todo esto no pasaban de ser cosas que le obligaban a uno a aguzar los ojos. Pero, cuando se mete en historias que conducen directamente a desviar los rumbos del partido, la verdad es que no puede uno tomarles a mal a los obreros de Dusseldorf el que tanto lo odien".

A partir de ahora, las confidencias que Engels hacía a Marx acerca de Lassalle fueron cobrando un tinte marcadamente antisemita. Y el hecho de ser un judío de la Renania no obstaba para que el propio Marx hablara del "hebreo polaco", como Engels lo llamaba y que los dos, en parecido tono y a cual más, le dedicaran los epítetos peor intencionados, tales como el de "el listo Efraín", el "barón Itzig", "el judío Braun" y otros por el estilo.

La verdad es que quien se empeñara en buscarle faltas a Lassalle encontraría en él mismo las mayores facilidades. Era de un amor propio desbordante, no refrenado ni velado siquiera por el buen gusto. Pero, a cambio de ello, tenía una idea muy alta de la amistad, como lo vemos en sus cartas a Marx, en las que se manifestaba abiertamente, sin sospechar siquiera la cicatería y la malicia con que en Manchester y en Londres se pasaban por el tamiz todas y cada una de sus palabras. A quien como Engels hacía totalmente caso omiso de su propia persona cuando se trataba de algo objetivo, no le cabía en la cabeza que alguien pudiera ser "tan necio" como para "afirmar o descartar las cosas de un modo tan rotundo y categórico". Tanto él como Marx estaban dispuestos en todo momento a mofarse de cuanto Lassalle escribía, a poco que se apartara de su línea o de su modo de pensar. Y esta actitud se convirtió ya en algo rutinario cuando Lassalle, después de acabar con el célebre proceso, comenzó a publicar libros y, según ellos, a "empeñarse a todo trance en conquistar la fama". Naturalmente, la aversión por él alcanzó su apogeo cuando "la insolencia judaica" que tanto le echaba en cara Engels llegó al extremo de atreverse a meter las manos en el movimiento obrero alemán, sin preocuparse en absoluto —lo que ellos consideraban como un sacrilegio— de la tradición que Marx y Engels habían establecido y de la que se sentían orgullosos.

Lassalle no sospechaba nada de los chismes de Lewy ni de la mella que

habían hecho en los dos amigos. En la primavera de 1855, tras un dilatado silencio, volvió a escribirle a Marx, testimoniándole la seguridad "de su invariable afecto y respeto". Marx, un poco perplejo ante aquellas manifestaciones, preguntó a Engels cómo creía que debía tratarlo. Engels partía del supuesto de que la persona de quien recelaban, al trasladarse a Berlín, no mantenía ya ninguna clase de relaciones con los obreros renanos y aconsejó a Marx que le preguntara cuál era la situación del movimiento obrero en la Renania y qué actitud mantenía hacia él. Engels había llegado a creer que Lassalle era tan poco de fiar, políticamente, que sospechaba, incluso, de que pudiera hacer llegar a la policía las cartas de Marx.

Sin embargo, la confianza de los dos amigos en la lealtad de Lassalle y, sobre todo, su convicción de que era conveniente mantener buenas relaciones con él mejoraron un poco cuando, en 1858, se ofreció a encontrar editor y lo encontró realmente en Franz Duncker, para la *Crítica de la economía política* de Marx. Repetidas veces habían llamado desde el exilio a las puertas de Alemania, buscando acomodo para sus escritos, sin encontrar respuesta, y era natural, por ello, que el éxito logrado en sus gestiones por aquel hombre a quien tanto habían denostado, causara en ellos cierta impresión. La esposa de Marx, escribiendo a Engels por encargo de su marido, elogiaba "al judío berlinés" que había sabido manejárselas tan hábilmente, elogios que hubo de repetir en carta al "judío" mismo, aunque, naturalmente, sin llamarlo así. Y, en febrero de 1859, Lassalle les hizo saber, asimismo, que el editor Duncker había aceptado también la publicación del folleto sobre *El Po y el Rin*, con el que Engels, sin que su nombre figurara en la portada, volvía a comparecer en persona ante el público alemán, desde los días de la *Revista de la Nueva gaceta renana*.

Como es bien sabido, el inminente ataque de Napoleón III contra la dominación de Austria sobre el norte de Italia dio pie a una enconada lucha de opiniones sobre la actitud que sus intereses vitales dictaban a Alemania, caso de que la guerra llegara a estallar. Pero recordemos brevemente la situación.

En diciembre de 1858, Napoleón III concertó una alianza secreta con Cavour y el día de año nuevo de 1859 hizo saber al mundo, en su mensaje al embajador de Austria en París, que la paz de Europa volvía a estar amenazada. También en Inglaterra, como en Alemania, se dividían las opiniones: los conservadores eran partidarios de Austria, mientras que Palmerston y los liberales abogaban por la liberación de Italia. La disolución de la Cámara de los Comunes daba largas a una decisión y obligaba también a Napoleón a mantenerse cauto en sus preparativos militares. No tuvo más remedio que resignarse a que los austríacos le tomaran la delantera. Y, como quienes llevaban las riendas en el palacio de Viena estaban decididos a aprovechar esta ventaja, a fines del mes de abril se tomó la resolución de declarar una guerra que parecía ya inevitable. Los pareceres estaban divididos, incluso en el seno de los diversos partidos, acerca de las intenciones de Luis Bonaparte y de la actitud que el gobierno prusiano debía adoptar. Hasta entonces, aún no se había manifestado ninguna contradicción entre Marx, Engels y Lassalle; pero ahora, a la vista de la situa-

ción, los dos emigrados aconsejaban a la democracia revolucionaria alemana una política distinta de la sostenida por sus correligionarios dentro del país.

Originariamente, Engels había pensado en dar a su folleto sobre el Po y el Rin el título de *Estudios militares*, al que luego renunció en vista de que Marx opinaba que ese título debilitaría su fuerza. El texto fue redactado a fines de febrero y los primeros días de marzo y salió de las prensas el 5 de abril. Qué se proponía el autor con este escrito nos lo dice por primera vez la carta en que Marx pedía a Lassalle que convenciera a Duncker de la conveniencia de editarlo. Engels, basándose en sus estudios sobre el arte de la guerra, trataba de demostrar que las razones alegadas por muchos, aquellos días, de que Alemania debía exigir que no se tocaran las obras de defensa de Austria junto a los ríos del norte de Italia, lo mismo y aun mejor podían invocarse en apoyo de la tesis de que Francia necesitaba, para su defensa, contar con la línea del Rin. El escrito iba dirigido, principalmente, contra los estrategas de la *Gaceta general de Augsburgo*, que, como siempre, lo veían todo a través de los colores nacionales y sostenían que el mantenimiento de la dominación austríaca sobre la Lombardía era algo que incumbía muy de cerca a Alemania. En su carta, Marx sugería la posibilidad de que el folleto en cuestión pasara por ser una obra salida de la pluma de alguno de los más prestigiosos escritores militares de Prusia. Y añadía que Engels deseaba reservarse, personalmente, la indicación del momento en que se le debía anunciar como autor del folleto.

Pocos eran todavía, a la sazón, quienes opinaban que Alemania, colocada ante el trance de tomar una decisión histórica, debía rehuirlo, como había hecho ante la guerra de Crimea. El problema que, como se sabe, ocupaba el centro de la atención y dividía las opiniones en aquel conflicto, era el saber hasta dónde llegaba la comunidad de destino que unía a la Confederación alemana en general y a Prusia en particular con la monarquía de los Habsburgo. ¿Era realmente la causa de Austria, como entonces afirmaba Juan Bautista de Schweitzer, hasta tal punto la causa de Alemania, que ésta, para salvar la posición habsburgiana en Italia, debiera llegar hasta la guerra con Francia, aun exponiéndose a perder la orilla izquierda del Rin? ¿O acaso la verdadera Alemania procedería más de acuerdo con el interés nacional si, aprovechando el apuro en que se hallaba ahora Austria, se unía firmemente bajo la égida de Prusia y mantenía, como preconizaba Lassalle, una política fridericiana?

En Inglaterra, Palmerston, de nuevo en el poder, favorecía a la nación italiana en la lucha por su autodeterminación. Austria, con su conducta en la guerra de Crimea, se había enajenado la amistad de Rusia, que ahora coquetaba con Napoleón. El imperio de los Habsburgo, viéndose solo, no podía esperar otra ayuda que la de Prusia. De ahí que la verdadera mira de todos los manifiestos y llamamientos lanzados al público en aquellos momentos fuera influir sobre el príncipe regente, sobre su ministerio semiliberal y sobre el ambiente de Berlín.

Cuando Marx leyó el folleto de Engels, elogió en él, ante todo, la habilidad extraordinaria con que abordaba el aspecto político del problema. Tam-

bién a él la parecía "endiabladamente difícil" decidir, desde su rincón revolucionario, cómo comportarse, ante el conflicto inminente, entre el emperador francés y el Estado imperial centroeuropeo. Por vez primera desde que vivían en el extranjero, volvía a ponerse en movimiento la vida pública alemana y era muy importante para ellos, con vistas a las metas de su partido, hacerse presentes ante amigos y enemigos. Al igual que Marx y que Lassalle —a quien no hay que olvidar—, Engels era partidario convencido de una gran Alemania unificada. Pero, en sus juicios acerca de la política internacional, lo que decidía era la consideración de qué potencias se interponían más en el camino hacia las metas más importantes para ellos. Y consideraban que su pauta no podía ser otra que la de provocar la derrota de estas potencias.

El gran obstáculo para la acción y la difusión de las fuerzas democráticas seguía siendo el zarismo ruso, y el nuevo auge del socialismo revolucionario encontraba un escollo muy importante en el cesarismo de Napoleón III. Engels estaba seguro de que entre estas dos potencias existían tratados secretos. Y, por mucho que condenara la dominación de las bayonetas extranjeras en el norte de Italia, no podía ver con buenos ojos que Austria abandonara una posición de poder sólo para que se adueñara de ella Napoleón.

Ante una situación tan embrollada como ésta, de la que nadie podía pronosticar cómo habría de desenredarse, es posible que Engels el político hubiera optado por aguardar a que estallara el conflicto y a ver cómo se desarrollaba en sus inicios, antes de manifestarse. Pero el especialista militar que ahora preveía en él sentía la necesidad de entrar a indagar como un experto los tópicos que pugnaban entre sí ante la opinión pública. Y si quería contribuir a esclarecer la mentalidad de las gentes, en esta dirección, no tenía tiempo que perder.

Para él, la verdadera finalidad de su estudio era analizar, a la luz del conflicto planteado, la teoría de las fronteras naturales, a la que atribuían una importancia tan grande los estrategas de la *Gaceta de Augsburgo*. La alta Italia venía siendo, con Bélgica, desde hacía varios siglos —nos dice— el campo de batalla en que reñían sus guerras los franceses y los alemanes. Nadie podía garantizar la neutralidad de aquellas fronteras, y ello hacía que existiera siempre el peligro de una invasión de Francia por los alemanes o, por el contrario, de una invasión de Alemania por los franceses, a menos que el atacante se asegurara de antemano la posesión de Bélgica o del valle del Po. Desde el punto de vista estratégico, Alemania contaba, frente a Italia, con una frontera meridional favorable. Ningún soldado austríaco necesitaba apostarse en suelo italiano para resguardar a Alemania. La dominación sobre las tierras del bajo Po y del Mincio sólo le interesaba a Austria como gran potencia europea autónoma e independiente de Alemania, ya que el Tirol no tiene defensa, si se ve atacado desde el norte y desde el sur. Cierto es que también Alemania pierde una posición defensiva muy poderosa si se ve obligada a renunciar a la línea del Mincio; sin embargo, para Alemania la ventaja que supone la posesión de la Lombardía no contrarresta los inconvenientes que, en una guerra con Francia, representaría el tener a los italianos en frente, al lado de un enemigo, mientras

dicha provincia siguiera arrebatada por Austria al territorio de una futura Italia independiente. ¿Y cómo podían los alemanes negar a los italianos la capacidad para unificarse y afirmar su independencia, en vísperas de acontecimientos que podrían ser decisivos para la libertad o el avasallamiento de la propia Alemania? Una Alemania unida y fuerte ejercerá —asegura Engels— una influencia notable sin necesidad de poseer la Lombardía. Más aún, la influencia natural de Alemania se convertirá, incluso, en una verdadera hegemonía, si deja que los italianos sean dueños en su propia casa.

Ahora bien, si los alemanes reclaman el Po y el Mincio para sentirse protegidos contra los franceses, los franceses, a su vez, para sentirse resguardados contra ellos, podrían reclamar también las líneas del Rin. Su frontera septentrional representa para Alemania una línea muy desfavorable, y a ello se debe el que Bélgica se vea convertida a cada paso en campo de batalla entre alemanes y franceses. "Bélgica ciñe toda la Francia del Este desde Verdún y el alto Marne hasta el Rin, lo que quiere decir que un ejército que avance desde Bélgica puede llegar a París antes de que regrese a la capital de Francia, pasando por Verdún o Chaumont, un ejército destacado en el Rin; por tanto, el ejército descolgado desde Bélgica podrá siempre, si despliega una ofensiva victoriosa, incrustarse como una cuña entre París y el ejército francés del Rin o del Mosela; con tanta mayor razón cuanto que el camino que va desde la frontera belga hasta los puntos del Marne decisivos para el cerco... es todavía más corto que el que conduce al mismo París".

La verdadera defensa del norte de Francia sólo comienza, a pesar del sistema defensivo que representa el Sena y sus afluentes, cerca de Compiègne y Soissons; la primera posición defensiva que cubre a París contra el norte dista sólo doce millas de la capital.

En vista de que no es fácil concebir para un Estado frontera más endeble que la que separa a Francia de Bélgica, los franceses se han visto obligados a buscar una buena posición defensiva más allá de su frontera norte, lo mismo que quienes defienden la teoría de la Alemania central como gran potencia la reclaman al otro lado de su frontera sur. La línea del Mosa les da en unos sitios demasiado y en otros demasiado poco. En cambio, la posesión de la frontera del Rin les asegura, en lo tocante a las premisas naturales, un sistema defensivo que no deja nada que desear. Todos los puntos importantes del Rin, con unas cuantas millas de diferencia, se hallan a la misma distancia de París y en ninguna otra zona de Europa puede la defensa contar, en caso de una rápida concentración de fuerzas, con una red ferroviaria tan densa como la enclavada entre el Rin y el Sena. Desde París pueden enviarse inmediatamente refuerzos al frente en que presione un contingente mayor del enemigo. La naturaleza y la ingeniería se encargan de fortalecer aquí la capacidad de maniobra, sin ninguna clase de fortificaciones, razón por la cual una posible invasión de Francia tendría que contar, en el futuro, con una resistencia muy diferente de la que encontró en 1814 y 1815. Claro está que si los franceses pretendieran dominar totalmente el Rin, tendrían que disponer también de cabezas de puente en la otra

orilla, para poder oponerse enérgicamente al cruce del río por las tropas enemigas. Contando con ellas, sería igualmente perfecto para el ataque y para la defensa el sistema geográfico-militar de Francia y "Alemania se vería en la impotencia total frente a los franceses, como actualmente lo está Italia con respecto a Alemania".

El hecho de que Bélgica sea, en virtud de los tratados europeos, un país neutral —dice Engels— no guarda relación alguna con las consideraciones estratégicas. "En primer lugar, tendrá que ser la práctica histórica la que se encargue de demostrar si esta neutralidad, llegada la hora de una guerra europea, es algo más que un pedazo de papel y, en segundo lugar, Francia no podrá, en manera alguna, fiarse de ella hasta el punto de considerar militarmente su frontera con Bélgica como si este país fuese un golfo marítimo que la separara de Alemania".

Después de haber perdido su "frontera natural", que había conservado durante diecisiete años, los franceses decidieron fortificar París, con lo que, por vez primera en la historia moderna, se convirtió la capital de un país en un campo fortificado de enormes proporciones. En estas condiciones, Francia ya no necesita de la línea del Rin. En caso de guerra, se verá obligada, como Alemania en Italia, a defenderse en la frontera norte, luchando desde el primer momento a la ofensiva. "Si esta ofensiva es rechazada, se verán inmovilizados, y además definitivamente, los ejércitos del Oise y el Aisne, toda vez que no tendría finalidad alguna que el enemigo siguiera avanzando, ya que un ejército invasor procedente de Bélgica no sería nunca lo bastante poderoso para atacar París. El ejército francés del norte podría esperar la llegada del resto de las tropas, emplazado en posición ofensiva de flanco, detrás del Aisne, en contacto seguro con París. Y al enemigo no le quedaría otro camino que avanzar sobre Château-Thierry y hostilizar las comunicaciones entre los ejércitos franceses del Mosela y del Rin... En una palabra, la fortificación de París ha roto la espina dorsal a una posible invasión de Francia a través de Bélgica, que ya no tiene en la actualidad un valor decisivo, y no sería difícil calcular los perjuicios que representa y los recursos que podrían utilizarse en contra de ella".

Alemania —razona Engels— debe aprender en el ejemplo de Francia y, renunciando a sentar el pie en posesiones avanzadas ajenas a su territorio, cada día más insostenibles, construir a su debido tiempo las únicas obras de fortificación que pueden detener a un ejército: campos atrincherados y grupos de fortalezas emplazadas junto a los ríos. Y llega a la conclusión de que, si bien es miope el empeñarse en trazar las fronteras de un país ateniéndose exclusivamente a consideraciones militares, quienes tal cosa pretenden tendrían que conceder a Francia la línea del Rin por la misma razón que les lleva a reivindicar para Alemania la línea del Po. A tono con la teoría de las fronteras naturales, también Dinamarca —dice— podría reclamar la línea del Eider y Rusia los territorios de Galizia, la Bucovina y, por lo menos, toda la orilla derecha del Vístula, que se halla en poder de Prusia. El autor precave a Alemania contra los peligros de invocar semejante teoría y le recuerda que la mejor defensa es la de

luchar a la ofensiva y que, frente a los franceses y a otras naciones, los alemanes han mostrado no pocas veces su superioridad en el ataque.

Engels pasa ahora a hablar del problema de Italia en su aspecto político. Todos los franceses, "de Luis Napoleón para arriba" —nos dice— "reputan como una verdad incommovible que jamás podrán tolerar una Italia unida e independiente. Lo que bastaría para que este país no fuese nunca un servidor sumiso de Italia, aunque no se hallase bajo la dependencia directa de Alemania". La disputa en torno a la posesión de la Lombardía no era —según él— un litigio entre Italia y Alemania, sino entre Austria y Luis Napoleón. Se trataba, en cuanto a Bonaparte, simplemente de mantener o abandonar una posición militar. El mapa de Europa aún no estaba definitivamente trazado. El territorio de todas las grandes potencias tenía adheridos trozos de otra nación. "Los cambios requieren largo tiempo cuando se van asignando cada vez más a las grandes naciones europeas, dotadas de fuerza vital, sus verdaderas fronteras naturales, basadas en la lengua y la simpatía, y no en factores puramente militares. Las ruinas de pueblos privados ya de una existencia nacional deben ser incorporadas a las grandes naciones, asimiladas por ellas, o convertirse en monumentos etnográficos sin significación política".

"Ahora bien, si el mapa de Europa se revisa, los alemanes tenemos derecho a reclamar que se haga a fondo y de modo imparcial y que no se exija, como está de moda, que sea Alemania solamente la que se sacrifique, mientras las demás naciones se benefician a costa de ella, sin dar nada a cambio". Engels no se limitaba a escribir esto, en el estudio de que hablamos, sino que lo pensaba realmente. Y proseguía:

"Podríamos prescindir de algo de lo que cuelga en torno a nuestras fronteras y que nos complica en problemas en los que haríamos mejor en no mezclarnos. Pero otro tanto les ocurre a otros, y lo que deben hacer es darnos ejemplo de generosidad o callarse". La meta suprema de Alemania, por la que podría renunciar a toda la morralla italiana, debiera ser su unidad: "Cuando hayamos conseguido esta unidad, para nada necesitaremos las medidas defensivas ni tendremos por qué preocuparnos del Mincio". Y, citando una frase de Federico el Grande, recuerda que el genio alemán está "en el ataque" y que "todavía quedan algunas manchas oscuras en que es necesario atacar".

El revolucionario se quita aquí la careta del oficial alemán, para demostrar que Alemania no necesita de la posición estratégica de Italia, pero que no tiene por qué entregársela a los franceses. Con lo que, según afirma Marx, los alemanes podían, por primera vez, manifestarse con la conciencia tranquila en pro de la liberación de Italia. Pero, las dificultades de la situación política le obligan a recurrir a un ardid. Su estudio estratégico no se refiere para nada a la situación real ni a las condiciones de hecho vigentes en Alemania. No habla en ningún sitio de Prusia, sólo alude al pasar a Austria, y argumenta desde el punto de vista de que una Alemania unificada se hallará inmediatamente en condiciones de velar por sus propios intereses.

Cuando vio que su folleto encontraba eco y que diversas voces se alzaban

en favor de sus ideas, Engels decidió darse a conocer como su autor. Marx acababa de lograr una influencia decisiva sobre un periodiquito en alemán titulado *El pueblo* y, por primera vez desde la desaparición de la *Revista* de la *Nueva gaceta renana*, disponía de un órgano propio, aunque hay que decir que la precaria vida de esta publicación sólo podía sostenerse mientras Engels la financiara. Alegando que se proponía descargar a la prensa alemana del trabajo de encontrar entre el generalato prusiano, en el que trataban de buscarlo la *Gaceta nacional*, la *Gaceta de Colonia*, el señor Vincke y otros, el nombre auténtico del experto estratega, *El pueblo* hacía saber públicamente que el estudio sobre *El Po y el Rin* se debía a la pluma del redactor de la *Nueva gaceta renana*, Federico Engels, cuyo nombre seguramente se recordaba.

Engels siguió en el *New York Tribune* y en *El pueblo*, en artículos de experto, el curso de las operaciones bélicas. Se recordará que los austríacos rompieron las hostilidades, en los últimos días de abril de 1859, con el paso del Tesino, que fueron derrotados el 4 de agosto en Magenta y el 8 de julio en Solferino y que la guerra terminó el 8 de este mismo mes con las negociaciones preliminares de paz de Villafranca. Cuando los austríacos tomaron la ofensiva, Engels pronosticaba que derrotarían por separado, primero a los piemonteses y, luego, a los franceses, que avanzaban por los varios pasos de los Alpes. Se había percatado de cuáles eran los planes del inteligente general von Kuhn, jefe del Estado Mayor austríaco; pero no podía contar, como le ocurría al mismo general, con que las influencias emanadas del palacio real de Viena y del Belvedere harían que el ataque sobre el enemigo, que aún no se había concentrado, sufriera una fatal demora. Ello hizo que la ofensiva austríaca se paralizara y que el famoso sistema de grupos de fortalezas diera a los franceses y piemonteses la posibilidad de agrupar sus fuerzas. A pesar de ello, Engels seguía creyendo que, en el curso ulterior de las operaciones, el ejército austríaco haría valer su organización y su velocidad, superiores a las del enemigo. Consideraba como el más grande estratega viviente al barón de Hess, general de alta graduación y se sintió muy defraudado cuando vio que no se le nombraba general en jefe a él, sino a un favorito de la Corte, el conde de Gyulay, quien no tardó en demostrar que no se hallaba a la altura de su misión. A su juicio, la victoria de Magenta había sido un regalo hecho a los franceses y, si no fue completo se debió a la valentía de las tropas austríacas y a los errores cometidos por el "general secreto" de los franceses. Las modernas investigaciones han venido a confirmar, en efecto, que Magenta fue, sencillamente, una batalla no librada hasta el final, porque Napoleón no quiso que se persiguiera al enemigo hasta desbaratarlo.

Después de la derrota fue nombrado jefe de Estado Mayor Hess, pero asumiendo el mando como general en jefe el propio emperador Francisco José. Como quienes estaban al frente de la cosa eran unos necios, todo dependía de lo que marcara el termómetro nervioso, y los planes mejor concebidos se convertían en juguete de impresiones subjetivas, casualidades y ocurrencias personales. Y aunque los franceses tenían a un emperador, éste era el hombre cuyos nervios habían sido templados en la escuela de los jugadores profesionales de

Saint James Street. Engels desdeñaba las dotes estratégicas del tercer Napoleón y valoraba sus nervios en más de lo que valían, pues le fallaron en cuanto presencié la primera batalla sangrienta, y se apresuró a pedir la paz.

El desbarajuste que se produce siempre en el interregno entre dos revoluciones —dice Engels— no podía estar mejor representado en los campos de batalla que por aquellos dos emperadores. Y también la culpa de la segunda derrota infligida a los austríacos y de las “infantiles marchas y contramarchas” que la precedieron se la atribuía Engels, en su totalidad, no tanto a las titubeantes decisiones del jefe de Estado Mayor como “al caballeresco Francisco José”, a quien no le dejaban conciliar el sueño los laureles del “apócrifo Napoleón”. En cambio, la ordenada y secreta retirada de las tropas austríacas después de la derrota de Solferino venía a demostrar, según él, que a fuerzas iguales no sólo estaban por encima de las francesas, sino incluso de la necedad de sus propios generales.

Opinaba, por aquellos días, que la guerra estaba todavía en sus comienzos. Sabía que las poderosas fortalezas levantadas por los austríacos en la Lombardía serían un hueso duro de roer para sus adversarios, y cuando supo que había abandonado el mando “el héroe de la juventud”, volvió a cifrar sus esperanzas en el viejo Hess. Creía que la movilización decretada por Prusia era, para el desenlace de la guerra, un factor más importante que la batalla de Solferino. Y cuando ya el “caballeresco” príncipe regente había dado las mismas pruebas de vacilación y pusilanimidad como político que el emperador como general, seguía afirmando que estos fiascos no representaban un peligro para el pueblo alemán. A su juicio, éste era, desde la revolución de 1848, lo bastante fuerte para vérselas, no ya con los franceses y los rusos, sino incluso con los treinta y tres monarcas que gobernaban sus territorios.

Cuando se vio sorprendido por la noticia de que se había concertado la paz, comenzó a analizar, en *El pueblo* del 13 de agosto, los motivos militares que podían explicar el precipitado proceder de Napoleón: una guerra en que había que conquistar campos fortificados y batirse contra un general como el viejo Hess, una guerra como aquella, que requería una concentrada atención reflexiva, no era —decía Engels— una guerra para el Napoleón de la Porte St.-Martin. Un paso más habría podido llevar a la guerra junto al Rin y, con ello, a complicaciones que inmediatamente habrían puesto punto final a las muecas heroicas y las melodramáticas *poses plastiques*. Y nuestro hombre trataba de sobreponerse a su propia decepción diciendo que, de no llevarse la guerra hacia adelante, no podía esperarse un final más plausible que aquella paz, en la que sólo salían ganando los rusos y los revolucionarios, mientras que todos los demás, Francia, Austria, Prusia, Inglaterra y el vulgar liberalismo italiano quedaban en ridículo. En estos términos escribía a Marx. Y añadía que, ante lo sucedido, no se había cubierto precisamente de gloria Su Excelencia, Efraín el Listo.

Es interesante detenerse en la polémica mantenida entre Engels y Lassalle en torno a la interpretación de los sucesos políticos y militares y de la

trayectoria que, en interés de la democracia revolucionaria, debía desearse e impulsarse. En este choque de pareceres con el futuro rival se revela con toda claridad cómo enjuiciaba Engels, desde el punto de vista político, la crisis del año que estaba transcurriendo.

El estudio sobre *El Po y el Rin* dejaba a un lado el problema de las relaciones entre Austria y Prusia y se abstenía, deliberadamente de formular reivindicaciones concretas a los gobiernos alemanes. Lassalle, por su parte, no creyó necesario mantener esta misma actitud de reserva cuando, dos meses después de publicar el suyo Engels, dio a las prensas, manteniéndose también, al principio, en el anonimato, su folleto titulado *La guerra italiana y la misión de Prusia*. Siendo como era y pretendía ser, por encima de todo, un político alemán, no podía contentarse con mantener sus puntos de vista en el terreno de los principios. Quería mezclarse en el conflicto vivo planteado por la realidad y señalar caminos que los gobiernos pudieran seguir.

Tal vez sea aquí donde por vez primera se manifiesta, en la concepción de los dirigentes del partido socialista alemán —partido que, por el momento, aún no se había constituido— una disparidad de criterios en cuanto a la táctica y las metas trazadas. Disparidad que habría de cobrar marcado relieve y dar origen a las dos tendencias principales que aún prevalecen en nuestro tiempo, una de las cuales se orienta hacia las exigencias tangibles del presente, mientras que la otra hace hincapié en la necesidad de combinar las necesidades del presente con las perspectivas del futuro.

Lassalle consideraba el Imperio de los Habsburgo como el peor enemigo, al que el movimiento revolucionario debía aplastar. Este Estado erigido sobre una amalgama de nacionalidades, unidas solamente por la fuerza, personificaba, para él, el principio reaccionario. La monarquía del Danubio representaba este principio de un modo todavía más férreo y más consecuente que el despotismo de Napoleón III. En efecto, éste veíase obligado, por lo menos, a apoyar su régimen transitorio en principios democráticos. Lassalle estaba convencido de que la monarquía habsburguiana, mientras subsistiera, obstruiría la unificación de Alemania y que, si la casa de Habsburgo perdiera sus territorios no alemanes, ello facilitaría la unificación de Alemania, convirtiendo a la Austria alemana en parte integrante de la Alemania unificada. De donde Lassalle infería que Napoleón III, al arrebatar a los austríacos el norte de Italia, trabajaba en pro de la unificación de Alemania. Consideraba muy improbable que los franceses se quedaran con aquellos territorios. Si Prusia ayudaba a Austria a defender la Lombardía para seguirla avasallando, atentaría contra el principio de la libertad de las nacionalidades. En cambio, obraría en consonancia con él si daba paso al renacimiento de Alemania y se aprovechaba del apuro en que se veían los Habsburgo para arrebatarles a los dinamarqueses el Schleswig-Holstein. Caso de que no se apresurara a llevar a cabo la unificación de Alemania a expensas de los Habsburgo, la dinastía de los Hohenzoller sólo demostraría con ello una cosa, a saber: que la monarquía, en Alemania, no era ya capaz de mantener una causa nacional.

Fue el propio Lassalle quien hizo saber a Marx y Engels que, al sostener este punto de vista, se dejaba llevar de "argumentos subterráneos". Le indignaba el hecho de que algunos influyentes periódicos de orientación popular como el *Diario del pueblo*, abogasen en pro de que Prusia prestara ayuda a Austria y temía que una guerra franco-alemana apoyada por las masas pudiera conducir a las peores consecuencias contrarrevolucionarias. En cambio, dicha guerra no le parecería mal siempre y cuando que fuese antipopular. Ello le llevaba, en su folleto, a proponer al gobierno prusiano un camino altamente popular y nacional, que éste podía, evidentemente, abrazar en abstracto, pero que jamás se decidiría a seguir en concreto. Proponíase así, como él mismo confesaba, hacer de él un gobierno impopular, preparando con ello el terreno a la revolución. Pero Lassalle se equivocaba de medio a medio, si creía que, con una argumentación tan capciosa como ésta, iba a convencer a Marx y a Engels de lo acertado de su política.

También el que fuera dirigente de las izquierdas en el parlamento de Francfort, Carlos Vogt, en sus estudios sobre la situación de Europa, publicados a fines de marzo, calificaba de crimen el que Prusia y Alemania ayudaran a Austria. Pero Marx y Engels, y con ellos algunos otros, atribuían a los manejos bonapartistas esta actitud del prestigioso demócrata burgués, a la sazón profesor de geología en Ginebra. Sostenían que, con aquella publicación, Vogt trataba de demostrar a sus correligionarios alemanes la inocencia de las intenciones de Luis Bonaparte. Las cartas escritas por Engels a Marx por aquellos días, hasta marzo, se han perdido. En la única que ha llegado a nuestras manos, Engels se mofa de Lassalle, quien en privado se hace pasar por aliado suyo y en público se muestra de acuerdo con Vogt. También Marx consideraba como un tremendo fiasco el folleto de Lassalle. En interés de la misma existencia de Alemania, había que exigir que los gobiernos alemanes no se mantuvieran neutrales.

Lassalle había querido dar a su ensayo cierto aire revolucionario, al hacer en él mayor hincapié en la oposición a Rusia que en la actitud mantenida frente a Napoleón III. Pero Marx esperaba que, en el transcurso de la guerra, Rusia se volviese en contra de Austria, obligando a los gobiernos alemanes a "traicionar a Alemania". Esto empujaría al pueblo a levantarse. Caso de que la revolución estallara prematuramente en Alemania, sólo serviría para llevar la desorganización a sus ejércitos, ayudando con ello a Rusia y a Francia.

Marx, al igual que Engels, daba por segura la alianza franco-rusa, de la que, según ellos, dependería toda la trayectoria ulterior de la guerra. El mismo 18 de mayo, día en que Marx le decía al amigo lo que opinaba de su folleto, aún inédito, Engels expresaba, en carta a Lassalle, la creencia de que el entendimiento de Rusia con Francia constituía la mejor base que podría encontrarse para una revolución alemana.

"A los alemanes", decía Engels en esta carta, "tiene que llegarnos el agua al cuello para que nos veamos arrastrados en masa por el *furor teutonicus*, y esta vez parece que sentimos bastante cerca el peligro de ahogarnos. *Tant mieux*. En

una crisis como ésta, tienen que salir mal parados todos los poderes existentes y desgastarse todos los partidos, desde la *Gaceta de la cruz* hasta Godofredo Kinkel y desde el conde de Rechberg hasta Hecker, Struve, Blenke, Zitz y Blum. En una lucha de esta naturaleza, necesariamente tiene que llegar un momento en que solamente el partido más implacable y más decidido esté en condiciones de salvar a la nación y tienen que darse, además, quierase o no, las condiciones que permitan echar por la borda toda la vieja morralla, de una parte la división interna y, de otra, las secuelas polacas e italianas que Austria trae consigo”.

Hay que decir que no eran del todo infundadas, ni mucho menos, cuando esto se escribía, las expectativas que Engels manifiesta aquí. Coincidiendo con la fecha en que le escribía a Lassalle en los citados términos, el príncipe Gortzchakoff aseguraba, en Petersburgo, al embajador prusiano von Bismarck que si la guerra, por el momento localizada, llegaba a generalizarse, sería necesario alentar todas las fuerzas y todos los recursos que pudieran encerrarse en las insurrecciones nacionales y en los anhelos de libertad, desde el cercano Oriente hasta el extremo más occidental de Europa. Ya mediaran realmente, en aquel entonces, entre Francia y Rusia, convenios escritos tan explícitos como Engels suponía o simplemente compromisos verbales menos categóricos, como parece deducirse de las manifestaciones de Gortzchakoff al diplomático acreditado en Petersburgo, no cabe duda de que Rusia no podía ver ni veía con buenos ojos el que Austria lograra victorias decisivas, y que Alejandro II sólo habría aceptado de mala gana el derrocamiento del hombre a quien su canciller le pintaba como “el más seguro cerrojo de la caja de Pandora de la revolución”, para desatar las trabas que el tratado de paz de París había impuesto a Rusia. Lo que quiere decir que, en la primavera de 1859, dependía en gran medida de la decisión de Prusia el que también las otras grandes potencias echasen mano de las armas. Se comprende, pues, a la vista de estas consideraciones, que Engels hiciera sus cálculos contando con la posibilidad de una guerra en dos frentes, con Alemania como campo de batalla.

En la argumentación de Lassalle no se admitía en absoluto la posibilidad de una ingerencia de Rusia, ya que esta eventualidad no era de prever si Prusia adoptaba la política que él le aconsejaba y que movía a Marx y Engels a acusarle de bonapartismo. En la respuesta a Engels, Lassalle le decía, que, después de meditar la cosa a fondo y por todos sus lados, estaba dispuesto a mantener su opinión contra quien fuese. Nadie podría convencerle —aseguraba— de que Napoleón, en aquella guerra, tuviera miras sobre la frontera del Rin; y si, a pesar de todo, trataba de apropiársela por las armas, iría al desastre, pues encendería en Francia un odio nacional tan poderoso, que la posición del emperador alemán en todo el territorio adquiriría con ello la fuerza de que ahora carecía.

Mientras Austria siguiera ocupando el Mincio —argumentaba Lassalle—, las tropas alemanas se verían obligadas a defender este río para los austríacos. Y si Engels aseguraba que, en el transcurso de la revolución, se encontraría el momento oportuno en que Alemania se desentendiera de la ocupación de los

territorios italianos, habría que preguntarle si era realmente una política aconsejable el tratar de arrastrar a la nación (a diferencia del gobierno) a una guerra simplemente para defender algo de lo que más tarde pensaba desentenderse. ¿No se exponía la nación alemana a convertir en enemigas suyas a las naciones oprimidas si empuñaba las armas, faltando a la solidaridad de los pueblos, que ella misma había predicado? Engels —seguía arguyendo Lassalle— hablaba de la futura revolución. Pero, para que pudiera contarse con ella, hacía falta que el pueblo estuviera convencido de que los gobiernos sostenían una guerra contrarrevolucionaria. Por el contrario, si Marx y Engels se empeñaban en hacer que la guerra fuera popular, si trataban de inculcarle la convicción de que era la existencia nacional de Alemania la que obligaba a los gobiernos a la guerra, el pueblo se agruparía en torno a ellos y costaría mucho trabajo y mucho tiempo hacerle cambiar de actitud, aunque la guerra resultara desastrosa. Al final de la carta, Lassalle pedía a Marx y Engels que le contestaran a vuelta de correo, aunque fuera en términos muy breves, precisando la diferencia que separaba sus respectivos puntos de vista y, sobre todo, aclarando si, caso de que Prusia se decidiera a tomar realmente las armas al lado de Austria, estaban dispuestos a sostener el carácter popular de esta guerra.

El contestar a los argumentos de Lassalle no era, al parecer, muy fácil. No obstante, hay que decir que Marx y Engels se tomaron bastante tiempo para hacerlo. ¿No se creerían obligados a dar la razón a Lassalle, precisamente desde su propio punto de vista, en lo que él temía que pudieran ser las consecuencias contrarrevolucionarias de una victoria de Alemania sobre Francia y en su tesis de que era lógico suponer que la revolución estallaría en París más bien si Napoleón atacaba a Alemania que si toda Francia se agrupaba en torno a él, para hacer frente a una invasión? Cuando Lassalle puso su carta en el correo, Marx se hallaba en Manchester, pasando unos días con Engels; más tarde, le hizo saber que la carta había tardado varias semanas en llegar a sus manos. ¿Era cierto? Por él mismo sabemos que, en sus tratos con Lassalle, se creía siempre en el caso de emplear “un poco de diplomacia”. En julio, le contestó en términos muy escuetos y evasivos. Fue ya a fines de noviembre cuando, ante la insistencia del otro, le explicó por qué él y Engels veían en una alianza ruso-francesa el más grande de los peligros para sus metas y estaban dispuestos a volcar todos sus esfuerzos contra esta coalición de potencias. Despachos del ministro del Exterior von Schleinitz, publicados entre tanto, habían venido a confirmarlos en la creencia de que la gran potencia de Alemania del norte no movería un dedo mientras Napoleón no atacara las fronteras alemanas. Y, en el supuesto de que Prusia se hubiera lanzado a la contienda a pesar de ello, habría encendido una guerra ruso-alemana, lo que sería “el más deseable de los acontecimientos”.

Cuanto más se esforzaba Marx en convencer a Lassalle, por aquellos días, de los fines personales por él perseguidos, mayor era el resentimiento que sentía hacia este hombre, que llevaba una vida tan holgada y libre de cuidados, cuyo prestigio en los medios intelectuales se cotizaba tanto desde la publicación

de "su Heráclito pasado de moda" y que afirmaba cada vez más claramente ante el propio Marx, es decir, ante el jefe del partido, sus pretensiones de independencia política. Sobre todo desde que, embrollado en el conflicto con Vogt, sentía amenazada su existencia moral, Marx, atormentado siempre por la penuria cotidiana, vivía en tal estado de irritabilidad, que sus cartas a Engels abundan en acusaciones e improperios contra Lassalle. Tal vez Engels habría debido tratar de convencerle de que algunas de aquellas inculpaciones carecían de fundamento. Pero era de gran necesidad, para ello, que eliminase la aversión que sentía por el genial advenedizo, a quien acusaba de creerse el ombligo del mundo, y cuya soberbia frente a la dialéctica del proceso histórico objetivo le exasperaba. Conocía, además, demasiado bien al "Moro" para no saber que no era precisamente su fuerte el juzgar serena y desapasionadamente a las personas, sobre todo cuando montaba en cólera por los ataques injustificados de que era objeto. Y la verdad es que, en aquellos momentos, tenía razones sobradas para sentirse agredido.

Sabemos que Carlos Blind, que había formado parte del Gobierno provisional de Baden, y con el que Marx se relacionaba de vez en cuando, le había hecho saber de palabra que poseía pruebas de que Vogt había recibido dinero de Bonaparte, información que Liebknecht se encargó de divulgar en la *Gaceta general*, de la que era corresponsal en Londres. Esto involucró a Marx en polémicas y procesos que vinieron a reverdecer y enconar la animadversión que contra él sentía la emigración democrática alemana, la cual veía en Vogt, íntimo amigo de Kinkel y que había llegado a ocupar un alto puesto en el gobierno de Alemania, una respetable personalidad. Marx temía que "aquella partida de bribones" y "la banda alemana de la Asociación nacional" se valieran de esta ocasión para "destruirlo en los medios de los filisteos alemanes", ahora en que parecía estar en puerta una nueva guerra, de consecuencias incalculables para la política interior.

En estas condiciones, consideraba imperiosamente necesario contar en Alemania, a poder ser en el mismo Berlín, con una persona de confianza en quien pudiera fiarse, tanto desde el punto de vista político como en el terreno práctico. Y creyó que la persona más indicada para ello era Lassalle, por su gran energía y por la devoción que le manifestaba: por otra parte, le aconsejaba entenderse con él la habilidad de que daba muestras en su trato con los editores. Pero ello no era obstáculo para que cada una de las cartas de aquel hombre tan amable provocara en él verdaderas explosiones de ira, que encontraban siempre eco en Engels. Si Marx llamaba a Lassalle "el menos griego de todos los judíos de la Alta Silesia", Engels hacía notar, en respuesta, su "insolencia judaica". Pero, como "Efraín, el Profundo" era, indudablemente, persona valiente y valiosa, recomendaba a su amigo que, a pesar de todo, siguiera utilizando sus servicios y le escribiera "en el tono enigmático habitual", para que tuviera que profundizar en sus cartas a ser posible durante semanas enteras.

Una vez que se hubo convencido de lo que Napoleón exigía de Víctor Manuel a cambio de la ayuda que le prestaba, Engels se decidió a escribir una

especie de continuación de su folleto sobre *El Po y el Rin*, titulada por él *Saboya, Niza y el Rin*, lo que hizo en la primera semana de febrero de 1860. De nuevo se recurrió a Lassalle, para que éste hiciera gestiones con el editor Duncker. Pero, esta vez, el editor de la *Gaceta del pueblo* se mostró remiso, sospechando, no sin razón, que las manifestaciones de Engels pudieran alentar a los partidarios de Austria en Berlín y romper una lanza en contra del folleto de Lassalle, publicado en la misma editorial. Duncker se mostró de acuerdo con editar aquel trabajo, pero condicionando su asentimiento a la exigencia de que, esta vez, figurara en la portada el nombre del autor. Engels, quien entre tanto había encontrado otro editor, le contestó a Lassalle que el autor de *El Po y el Rin* prefería asegurarse una posición en la literatura sobre temas militares y no quería empañar, con su nombre de paisano en la cubierta, la gloria de los tenientes del ejército.

El nuevo folleto comienza resumiendo cómo estaban las cosas cuando, un año atrás, el estudio sobre *El Po y el Rin* llegaba a conclusiones que, de entonces acá, nadie había tratado de rebatir. Decía que los esfuerzos hechos por la *Gaceta general de Augsburgo* y sus correligionarios para lograr que Alemania se solidarizara con la dominación y la política de Austria en Italia habían dado pie a todo el coro de filisteos de la Alemania del norte que figuraban en el Gotha para aclamar una guerra llamada a debilitar a Austria y hacer posible la instauración de un Imperio de la pequeña Alemania o la gran Prusia. A los del Gotha —seguía diciendo— se unía la masa de la democracia vulgar del norte de Alemania, que, después de haber sido aplastada Austria por Napoleón, aguardaba la autorización para unificar a Alemania bajo la égida de Prusia. Y a ella se aliaba, además, una parte de la emigración alemana en Francia y en Suiza lo suficientemente descarada para entenderse abiertamente con el bonapartismo. Pero los mejores aliados con que contaban los de Gotha eran la cobardía de los burgueses filisteos alemanes, quienes, con tal de ir tirando un año más, dejaban a Austria en la estacada, y aquellos “supersabios de Berlín” que en su día se habían mostrado jubilosos con la paz de Basilea y que jamás se paraban a pensar que pudiera llegarles también a ellos su Jena. Y la verdad es que esta coalición se salió con la suya y consiguió que Alemania no acudiera en ayuda de Austria.

Tras esta breve introducción política, Engels entra en materia y aborda el problema estratégico. Hace un resumen de las operaciones militares llevadas a cabo en Italia, coincidiendo en todo lo fundamental con lo que ya había expuesto en el *New York Tribune* y en *El pueblo*. La magra gloria de Magenta y Solferino —repetía— se había debido a que los austríacos habían sido derrotados más por sus propios generales que por Napoleón III. Este no podía esperar que las cosas fuesen a seguir por el mismo camino. Alemania había decretado la movilización, entre tanto que su propio ejército del Rin y los rusos se preparaban para intervenir. El emperador francés se decidió, pues, a concertar una paz con la que no saldría ganando ni un palmo de tierra. De ella surgió, en cambio, un reino en la alta Italia. Este reino tenía, aproximadamente, la mitad de la

población con que contaba la península, y su poder financiero y militar y el grado de cultura de sus habitantes le asignaban, en Europa, un puesto inmediatamente después de Prusia. Pero, la política francesa entendía por la independencia y la libertad de Italia una especie de Confederación del Rin italiano bajo el protectorado de Bonaparte, es decir, la suplantación de la hegemonía austríaca por la suya propia. Cuanto más claramente se veía que no era posible impedir la unificación de la Italia del norte, con mayor claridad se dibujaba la "idea" que había llevado a Napoleón a la guerra y que haría posible la incorporación de la Italia central a la Italia septentrional. Lo que él descaba era anexionarse Saboya y Niza, dos provincias "francesas" que —decía irónicamente Engels— "volvían sus llorosos ojos, llenos de nostalgia, hacia la gran patria de la que se las mantenía separadas por la fuerza". Nada tenía, pues, de extraño que la mercenaria prensa parisina acusara ahora al gobierno de Víctor Manuel de impedir que la voluntad del pueblo se manifestara en dichas provincias y que pretendiera demostrarse, abiertamente, el derecho de Francia a apropiárselas con el argumento de que los Alpes eran la frontera natural de Francia.

¿Tenía fundamentos la pretensión napoleónica de anexionarse Saboya y Niza? La investigación del problema que esta pregunta entraña constituía el meollo del segundo folleto de Engels sobre problemas de tipo militar. Antes de la guerra —decía— casi nadie reclamaba en Saboya la anexión a Francia, a pesar de que los saboyardos sólo hablaban el francés. Había que reconocer, sin embargo, que aquellos habitantes, como los de otros territorios anexionados a Francia durante la revolución y bajo el primer Imperio —y, al decir esto, Engels pensaba en su propia tierra— se habían asimilado los frutos de la primera revolución. No obstante, el recuerdo dejado allí por la rígida centralización administrativa, por las tropelías de los prefectos y por los pujos de infalibilidad de los apóstoles de la civilización enviados de París hacían que la población no sintiera la menor veleidad de cobijarse de nuevo bajo las alas del águila francesa.

La Primera República había encontrado por doquier, al otro lado de sus fronteras, provincias oprimidas y esquilgadas, naciones desmembradas, en las que se habían ahogado todos los intereses comunes. Los franceses surgidos de la revolución habían llevado a ellos la emancipación de los campesinos, de la tierra, de la industria y el comercio. En cambio, el Segundo Imperio se encontraba en todas sus fronteras con mayores libertades de las que él podía ofrecer; tropezaba, tanto en Italia como en Alemania, con un sentimiento nacional fortalecido y en los pequeños países con intereses aparte ya consolidados e incorporados al comercio mundial. Lo único que él tenía que ofrecer era el poder despótico del cesarismo romano, el bloqueo del comercio y de la industria, confinados dentro de la gran cárcel de sus líneas aduaneras y, cuando mucho, la posibilidad de viajar libremente por el país en el que crece la pimienta.

Ahora bien, aunque la Saboya está separada del Piamonte por la gran cadena de los Alpes, la metrópoli comercial de aquella región no es precisamente una ciudad francesa, sino una ciudad suiza, Ginebra. No se advierte allí, en

general, la menor aptencia de cambiar el *status quo* y, si se consultara a la población, probablemente serían más los que votaran a favor de Suiza que a favor de Francia. Si, a pesar de todo, se le adjudicara la Saboya, esta gran potencia ganaría, con ello, militarmente, una brillante posición ofensiva frente a Italia, pero, a cambio de ello, se privaría a la Confederación helvética de la posibilidad de defender a la Suiza occidental contra un ataque de los franceses. Incluso aun cuando se entregara la Saboya a Suiza, saldría este país militarmente debilitado. En efecto, el cantón de Vaud podría seguir incluido en el sistema defensivo suizo, pero no así Valais ni el norte de la Saboya, cantones que se hallarían expuestos a un ataque por parte de Francia, tan pronto como la Saboya dejara de ser neutral. Engels aporta, a este propósito, datos geográficos e históricos minuciosos, encaminados a demostrar que los cambios territoriales a que Napoleón III aspiraba fortalecerían considerablemente la posición estratégica de Francia a costa de debilitar la de sus vecinos.

En seguida, el autor pasa a analizar las características nacionales del condado de Niza. Se vale para ello de los amplios estudios de filología comparada a que se había entregado desde los tiempos de Bremen y de los que nunca llegó a apartarse. Quienes le conocían de cerca admiraban sus asombrosos conocimientos acerca de las lenguas europeas e, incluso, de los dialectos. En marzo de 1859 le decía a Lassalle, en una carta, que había llegado a acariciar la osada idea de llegar a escribir una gramática comparada de las lenguas eslavas, pero que renunció al proyecto al aparecer la famosa obra de Miklosich. Desde que, siendo un muchacho, cruzó por vez primera los Alpes, había prestado siempre una amorosa atención "a la lengua francesa de los trovadores, ramificada y transfundida en los mil *patois* de la decadencia".

Eran aquellos estudios los que ahora le permitían aventurar la afirmación de que la mayoría de los dialectos del sur de Francia estaban tan alejados de la lengua escrita del norte de Francia como el piemontés, razón por la cual la nacionalidad francesa de Niza jamás podría demostrarse en base a un *patois* provenzal, que, además, sólo se hablaba en media provincia.

El descubrir simpatías hacia Francia resultaba más difícil todavía en Niza que en la Saboya. Y, desde el punto de vista militar, la tierra natal de Garibaldi era todavía más importante para la defensa del Piemonte. En efecto, si Niza llegara a caer en poder de Francia, los italianos tendrían que desplazar el punto de concentración de sus fuerzas militares hasta la plaza de Alessandria, renunciando por tanto a la defensa del Piemonte propiamente dicho. Los Alpes caerían bajo la dominación de Francia y dejarían de ser una muralla defensiva para Italia. Poner Niza y la Saboya en manos de Francia equivaldría a la anexión, si no política, por lo menos militar, del Piemonte por aquel reino. Y Francia no necesitaría estos territorios para su propia defensa, ni aun suponiendo que en la alta Italia llegara a crearse un poderoso estado militar. Incluso una Italia plenamente unificada no estaría en condiciones de atacar a Francia más que con la ayuda de Alemania. Y, en este caso, Alemania tendría que empeñar en esta guerra la gran masa de sus fuerzas militares, ya que el flanco más vul-

nerable de Francia seguiría siendo la frontera con Bélgica.

También Lassalle daba por admitido, en su folleto, que la posesión de Saboya sería reclamada algún día por Francia y se mostraba de acuerdo con ello, siempre y cuando que a Alemania se le ofrecieran las compensaciones correspondientes. Pero, para Engels, mediaba una gran diferencia entre el hecho de que este cambio de territorios se efectuara libre y voluntariamente, una vez que Alemania e Italia hubieran llegado a realizar la unidad nacional, y el de que un dominador, por derecho de conquista, le arrebataste esta provincia a una Italia todavía desunida. En efecto, si Napoleón sentaba el primer precedente en favor de la teoría de las fronteras naturales, no tardaría en ir seguido de otro, esta vez en el Rin.

Engels consideraba importante para Alemania "el chalaneo de Saboya y Niza" en tres sentidos. En primer lugar, la ventaja que para Napoleón III representaba la división de Italia en diversos Estados equivalía, en caso de una guerra por el Rin, a un ejército entero, aun suponiendo que no llegara a dominar los Alpes occidentales. Austria encontraría en ello el mejor pretexto para aportar, a lo sumo, su contingente confederal de tropas. Esta sola razón le llevaba a abogar por un cambio total de la política de Alemania con respecto a Italia. Por su propio interés, Alemania debía procurar que se constituyera una Italia unificada, capaz de mantener una política propia. A una Italia así podría ofrecer Alemania, en las circunstancias existentes, más que Napoleón. En segundo lugar, un gobierno francés apoyado en las tradiciones y en los apetitos de conquista que se mantenían tan vivos en aquella nación, no se daría por satisfecho simplemente con la anexión de la Saboya y Niza. Por tanto, el reverdecimiento de esta teoría de las fronteras naturales por orden directa del gobierno representaba una amenaza para Alemania y justificaba el sentimiento nacional que, desde 1859, se manifestaba entre los alemanes.

Pero Engels, coincidiendo con Marx, hacía especial hincapié en el tercer punto, que eran las intenciones de Rusia. Según él, Rusia quería ver destruida a Austria, porque ésta había opuesto siempre tenaz resistencia a sus veleidades de conquista sobre el Vístula y el Danubio. Rusia seguía aferrada a su idea fija de apoderarse de Constantinopla y, desde la guerra de Crimea, no le quedaba otra opción que aliarse con Francia. Durante la guerra italiana y mientras Prusia se mantuviera fusil al brazo, le había bastado con movilizar cuatro cuerpos de ejército en la frontera austríaca. Pero, de haber entrado Prusia en la contienda, y con ella Rusia, como Engels daba ahora por seguro, el zar y Napoleón habrían tenido, mutuamente, las manos libres en el Este y habrían insistido en la orilla izquierda del Rin. Para la política zarista, representaba una gran suerte que ocupara el trono francés un dominador, que, obligado a guerrear para poder sostenerse en él, necesitaba de un aliado y no podía encontrarlo en otra parte. Es decir que aquel hombre misterioso que tanto pavor infundía al filisteo alemán no era, en el fondo, más que un instrumento en manos de Gortschakoff. Sin la autorización de éste, jamás habría llegado a erigirse en el libertador de Italia.

Cuando las noticias que llegaban del espíritu reinante en la Polonia rusa eran demasiado malas para que en la vecina Hungría pudiera esperarse aquel proyectado levantamiento armado con el que se había negociado en París con Kossuth, cuando la movilización de los cuatro cuerpos de ejército vino a demostrar que el pueblo ruso había salido demasiado exhausto de la guerra de Crimea, y cuando el movimiento campesino y la resistencia de la nobleza cobraron dimensiones que podían llegar a ser peligrosas en caso de guerra exterior, Rusia impuso al Cuartel general francés la paz de Villafranca. Ya había conseguido bastante, por el momento. Austria había recibido un duro escarmiento por la "ingratitude" de 1854, sus finanzas habían quedado arruinadas para varias décadas, su sistema interior de gobierno se había derrumbado, su territorio se veía menoscabado, el ejército había perdido la confianza en sus jefes, y húngaros, eslavos y venecianos se sentían alentados en sus aspiraciones de desmembración. Por su parte, Napoleón volvía a casa con los bolsillos vacíos, sin más logro que la muy insegura expectativa de anexionarse la Saboya y Niza. ¿Hasta cuando podría ir dando largas a sus planes ulteriores? Todo dependería de dos cosas: del tiempo que lograra mantener quieto a su ejército de pretorianos y de Rusia.

Cuáles eran los designios del Imperio de los zares con respecto a Alemania lo delataba bien claramente, según Engels, el "desvergonzado" mensaje que en mayo de 1859 había osado dirigir a los pequeños Estados alemanes, "prohibiéndoles" acudir en ayuda de otro Estado alemán atacado, caso de que esta eventualidad se presentase. El autor del folleto pedía a sus compatriotas que no olvidaran este agravio ni otros muchos cometidos por Rusia contra Alemania. Y debían recordar también que, al anexionarse el que un día fuera Gran Ducado de Varsovia, el Imperio de los zares se había emplazado frente a Alemania en una posición ofensiva "por la que nos sentiremos amenazados, mientras no lo hayamos expulsado de ella".

Francia sólo podría representar una amenaza para Alemania en determinados momentos, y siempre mediante una alianza con Rusia. Rusia, en cambio, —dice el folleto de Engels—, nos amenaza y ofende continuamente y, si los alemanes tratan de rebelarse contra ello, en seguida echa manos de los gendarmes franceses para amagar a la orilla izquierda del Rin. ¿Hasta cuándo deberá Alemania seguir soportando esto? ¿Acaso la Renania no tiene más misión que ver cómo se cierne sobre ella la guerra, simplemente para que Rusia tenga las manos libres en el Vístula y el Danubio? A esta pregunta sólo podía contestar la propia Alemania, espada en mano. Si Alemania se une, pronto se darán cuenta de esta realidad los pretorianos franceses y los reclutas rusos.

Al final del folleto, fiel al espíritu en que se había inspirado siempre la política exterior de la democracia revolucionaria alemana, desde los proscritos de Venedey hasta la *Nueva gaceta renana*, se auguraba la futura victoria de Alemania sobre la Rusia zarista, victoria que rehabilitaría a los alemanes a los ojos del movimiento revolucionario de todos los países y pondría fin a siglos enteros de oprobio político.

Sabíase que el sucesor de Nicolás I en el trono de los zares meditaba seriamente abolir la servidumbre, lo que, a los ojos de Marx y Engels, anunciaría "el comienzo de una historia interna propia" en aquel país. La convocatoria de una asamblea de notables en Petersburgo, en el otoño de 1858, constituía, según ellos, un síntoma "de que en Rusia había comenzado la revolución". En diciembre de 1859, al ver que en Rusia crecía el movimiento constitucional en las filas de la nobleza y tomaba incremento la revolución campesina, Marx proclamaba desde su pobre departamento londinense, con voz en la que resonaba el acento del general en jefe de la revolución mundial: "En la próxima revolución, nos hará el honor de participar también la Rusia revolucionaria". En enero de 1860, poco antes de ponerse a escribir su segundo folleto, Engels asentía vivamente a la afirmación de su amigo de que el movimiento de los esclavos en Rusia y el de los esclavos de Norteamérica eran "lo más grande que hoy ocurre en el mundo".

En *Saboya, Nirja y el Rin* se hace saber a los lectores alemanes la conclusión a que Marx y Engels habían llegado, en el esclarecimiento de estos problemas:

"La lucha que actualmente se está librando en Rusia entre la clase dominante y la clase dominada de la población campesina socava ya hoy todo el sistema de la política exterior rusa. Este sistema sólo podía mantenerse en pie mientras Rusia carecía de un desarrollo político interno. Pero estos tiempos han pasado. El desarrollo agrícola fomentado por el gobierno y por la nobleza ha llegado actualmente a un punto en que ya no puede seguirse tolerando las condiciones sociales existentes. La abolición de estas condiciones es, de una parte, necesaria y sería, de otra parte, imposible sin un cambio violento. Al desaparecer la Rusia que se mantuvo en pie desde Pedro el Grande hasta Nicolás, desaparecerá también la política exterior de aquella Rusia".

De este modo, la futura revolución rusa, posibilidad que hasta entonces sólo llegaba a considerar Engels muy al pasar, se convierte ahora y se mantendrá ya de ahora en adelante como un factor importante en sus especulaciones sobre la política mundial. Tanto él como Marx comprendían perfectamente hasta qué punto el futuro del comunismo dependía del ascenso de las masas de Rusia hacia la autodeterminación política y social.

En el estudio sobre *Nirja, Saboya y el Rin*, había algunas cosas de las que disentía Lassalle. Aunque no se refiriera directamente a ellas en sus cartas a Marx y Engels, daba a entender claramente a los dos amigos que, caso de que, como parecía entonces probable, estallara una segunda guerra con Italia, él volvería a manifestarse, en nombre de la democracia alemana, contra quienes pretendían que los alemanes derramaran su sangre en pro de los intereses de dominación de una dinastía. Si Napoleón se lanzaba ahora a la guerra por la frontera del Rin, Lassalle —decía— lo consideraría como una gran coyuntura para el levantamiento nacional y revolucionario de Alemania. No le cabía duda —y así se lo escribía a Marx y Engels— de que este hecho, si llegaba a producirse, empujaría al pueblo alemán a levantarse como un solo hombre e inundaría una

fuerza arrolladora al impulso de la unidad nacional. La derrota en esta guerra conduciría necesariamente al derrocamiento del gobierno, pero incluso su victoria, de todo punto inverosímil, traería consigo poderosas consecuencias. Y, en apoyo de su modo de ver, Lassalle se remitía al criterio del propio Engels, quien en mayo de 1859 había escrito que, si los franceses estuvieran a las puertas de Colonia y los rusos delante de Königsberg, las perspectivas de la nación alemana serían las mejores del mundo.

El que mantuviera ideas divergentes acerca de la situación en nada afectaban, según el modo de ver de Lassalle, a su pertenencia al partido. Y el hecho de que Marx y Engels le llamaran a la "disciplina de partido" indica mejor que nada que sus ideas no diferían, en lo fundamental, de las del otro. De ahí que Lassalle considerara oportuno subrayar que, por ahora, la diversidad de opiniones entre ellos sólo tenía un significado teórico y que, por lo demás, no estaba en sus manos influir de un modo efectivo sobre la marcha de los acontecimientos. Y también Engels reconocía que hombres como ellos, que profesaban aquellos puntos de vista, no podían, en efecto, ejercer una influencia real y que las condiciones reinantes en Alemania no les permitían ni a él ni a Marx actuar públicamente en la línea de su "partido".

La suerte corrida por *El pueblo* de Londres había venido a corroborar ante él cuán poco era posible influir sobre Alemania con periódicos alemanes publicados en el exilio. Para que el público de su país no los olvidara, no tenían más que dos caminos: publicar libros y entregarse a la ciencia. Marx debía, pues, procurar —escribió Engels a su amigo con fecha 31 de enero de 1860—, contra viento y marea, venciendo todos los obstáculos externos e interiores, que el primer cuaderno de su *Crítica de la economía política*, que entre tanto había salido a la luz, fuera seguido sin demora del segundo, antes de que la situación se complicara: "A ver si, por fin, te decides a ser un poco menos meticoloso con tus cosas. Lo fundamental es que te decidas a escribirlo y que se publique".

A Lassalle no le sirvió de nada, en la consideración de quienes tenía por sus amigos, el que el litigio sobre la política exterior entablado entre ellos llegara a un punto muerto. El lío de Vogt volvía a ofrecer a Marx y Engels motivos para preocuparse de otras cosas. Ya sabemos que a Engels le sublevaban el amor propio tan insinuante de Lassalle, su falta de tacto, su incontentible vanidad y, en general, su inquieto afán por hacerse valer. No obstante, aunque arrugara la nariz, habría dejado las cosas estar si hubiera creído que un político tan enérgico y tan capaz como era Lassalle se hallaba unido a él y a Marx por una concepción común acerca de la historia, que les garantizara la posibilidad de una coincidencia en cuanto a las posibilidades de acción. Pero era precisamente esta afinidad la que él echaba de menos en Lassalle.

No sabríamos decir con certeza si Engels llegó a leer el *Heráclito* de Lassalle o se limitó a darse por enterado de la opinión que le hizo llegar Marx en el sentido de que el autor de aquella obra interpretaba la dialéctica de otra forma que como ellos la entendían. Sí sabemos que tuvo delante el otro libro grande

publicado por Lassalle, *El sistema de los derechos adquiridos* y que, a la vista de él, llegó a la conclusión de que quien lo había escrito no comprendía que sólo por medio de la crítica es posible llevar a una ciencia a expresarse dialécticamente. Para Engels y para Marx, quien se aferrara al idealismo hasta el punto de seguir creyendo en la "idea jurídica" del derecho absoluto, sin identificarla con el proceso histórico mismo, estaba teóricamente liquidado. Entre su concepción del Estado y la de Lassalle se abría un abismo tan profundo como entre sus respectivas concepciones del derecho. Y sus relaciones sufrieron el golpe final cuando Lassalle, al entregarse a su labor de agitación, invocaba "la idea del Estado" y sacaba de su actitud socialista ante este problema, para su táctica, las consabidas conclusiones.

En cuanto al asunto Vogt, los dos amigos censuraban a Lassalle el que éste no se solidarizara con Marx desde el primer momento y sin reservas. Veamos lo que Engels escribía a Marx el 2 de febrero de 1860: "Este fulano está metido hasta el cuello en toda la basura del espíritu absoluto de los viejos hegelianos; y exactamente lo mismo que en economía se considera como la unidad superior entre dos términos antagónicos finitos, entre ti y los economistas, ahora se erige ya en la síntesis superior entre ti y Vogt. Toma de ti el 'principio' y de Vogt 'la política italiana', ¿cabe nada más hermoso?" A lo que Marx responde, sin tardanza: "Sí, sería muy hermoso, ahora que está en puerta la crisis, que el rey de Prusia se dispone a morir, etc., hacernos morder el polvo ante Vogt y Cía., y tanto mejor si pudieran —autor, Lassalle— estrangularnos".

Pero la verdad es que no resultaba justo exigir de Lassalle, en un asunto cuyos detalles aún no conocía y del que aún no sabía la importancia que había llegado a adquirir para Marx gracias a la ligereza de Blind y Liebknecht, que opinara exactamente lo mismo que él, es decir, que quien se consideraba víctima de un complot encaminado a anularlo moralmente ante los ojos de los "filisteos alemanes". Esta fue la idea que Marx se formó a partir del momento en que, a través de una serie de artículos publicados en la *Gaceta nacional de Berlín*, conoció el contenido fundamental del folleto en que Vogt, para vengarse del corresponsal de algunos periódicos alemanes que primeramente le habían acusado de corrupción, sacaba de nuevo a relucir chismes de emigración que habían circulado en los años 1850 a 1852, reproduciendo la carta de Tschow a Schimmelpfennig sobre su encuentro con Marx y Engels y presentando a Marx como el cabecilla de una banda de chantajistas que cotizaban en dinero su silencio en torno a ciertos crímenes políticos cometidos por alemanes obligados a permanecer en su patria. Al conocer el asunto, Engels opinaba que para Marx era imperativo, por su propia conservación, comparecer ante los tribunales como acusador y defenderse ante la opinión pública contra sus calumniadores.

En los días en que ambos andaban constantemente a vueltas con Kinkel, Ruge y sus secuaces, Engels había tomado la precaución de organizarse un archivo para futuras contingencias. Este archivo, mantenido al día en Manchester bajo su vigilancia directa, prestó ahora buenos servicios. No les conve-

nía —manifestaba— mantenerse a la defensiva y que “el público igual al coro de filisteos” tomara desde el primer momento partido en contra de ellos: “No se nos acusa de *odium generis humani*, pero sí de *odium generis bourgeois*, que viene a ser lo mismo”, escribía Engels a Marx. Era como un perro de caza que jamás pierde el rastro de su presa y la persigue sin cejar jamás, hasta que cae en sus fauces.

La meticulosidad de su amigo cuando trabajaba en cuestiones científicas llegaba, a veces, a desesperarle, dado que sus temperamentos eran muy diferentes. Y con mayor razón ahora, cuando veía a su amigo, empeñado en la redacción de un panfleto político, del que lo más importante era que saliese cuanto antes de las prensas, indagando con la misma meticulosidad que si se tratara de su *Economía*. Lo mismo que Engels pensaba la esposa de Marx, a quien aquél escribía, a mediados de agosto de 1860: “Ya podemos poner sobre el papel las cosas más formidables del mundo, pero si no nos preocupamos de que aparezcan a su debido tiempo, no servirán de nada... Por favor, trate usted de meterle un poco de prisa”.

Un mes más tarde, Engels apremiaba a su amigo para que no publicase el opúsculo en cuestión fuera de Alemania: “Cien veces hemos pasado ya por la experiencia de la literatura de emigrados, y sabemos que todo es un fracaso, dinero y trabajo tirados a la calle, y encima disgustos”. ¿De qué serviría contestarle a Vogt, si nadie puede leer la respuesta? Si se lograba encontrar un editor domiciliado en Alemania, sería más fácil romper aquella conspiración del silencio que siempre creían ver fraguada contra sus escritos. Sin embargo, Marx, que no quería andar llamando a las puertas de Alemania en busca de editor, llegó a un acuerdo con un librero alemán establecido en Londres y volvió a correr con su *Señor Vogt* todas aquellas experiencias que el amigo, a quien generalmente hacía caso, le había pronosticado.

Por lo demás, también Engels había echado su cuarto a espadas en la redacción de aquel texto. Para que Marx pudiera ajustarle las cuentas a Vogt en cuanto a los problemas de los eslavos del Oeste, puso a contribución de su amigo, cosa entre ellos sobrentendida, sus grandes conocimientos geográficos y estratégicos. En sus estudios, Vogt había asimilado la Bohemia y la Moravia a aquellas provincias de Austria no alemanas que Alemania no tenía derecho a reivindicar frente a Francia y a Rusia, añadiendo a esto que, “con los checos, los polacos, los húngaros, los croatas y los italianos, a su lado”, los alemanes saldrían siempre derrotados. Así pues, Vogt no tendría nada que objetar si el zar liberaba a Austria de aquellas provincias eslavas: tal era la conclusión a que llegaba Engels. A Vogt le tenía sin cuidado lo que, desde el punto de vista estratégico, ocurriera si una provincia enclavada en medio de Alemania, como Bohemia, pasaba a ser rusa. “Pero, como desde el río Eger hasta Lauterburg en Alsacia sólo hay, en línea recta, veinticinco millas alemanas, la Alemania del norte quedaría totalmente separada de la Alemania del sur por la cuña francesa, de una parte, y mucho más aún, de otra parte, por la cuña rusa, con lo que la división de Alemania resultaría, ahora, completa. El camino directo de Viena a

Berlín pasaría, entonces, por Rusia... Ocuparíamos frente a los eslavos, por lo menos en el sur, la misma posición en que nos encontrábamos antes de Carlo-magno... y podríamos borrar mil años de nuestra historia”.

Engels atribuye al paneslavista Vogt el designio de trazar las fronteras eslavo-germanas, “a tenor de las consabidas tesis del principio de la nacionalidad”, de tal modo que Alemania pierda la Prusia oriental y occidental, Silesia, una parte de Brandeburgo y Sajonia, toda Bohemia, la Moravia y el resto de Austria, excepto el Tirol, es decir, “nuestra propia existencia nacional”.

Tal vez, en su polémica, Engels presentara a los eslavos excesivamente favorecidos por su adversario, pero es lo cierto que la posteridad ha demostrado palmariamente que no se equivocaba al prever los peligros que acechaban por este lado. Ya durante la guerra de Crimea había declarado incompatible con la existencia nacional de Alemania la posición de quienes sostenían, tremolando la bandera de la nacionalidad, que aquellos territorios originariamente eslavos, pero germanizados durante la Edad Media, eran parte vital de la Rusia aliada a Francia o debían constituirse en nuevos Estados eslavos independientes, aliados a Rusia. Aunque en 1848 opinaba de otro modo, consideraciones de orden estratégico, cultural y económico le habían llevado a pensar que Alemania tenía derecho a conservar casi todos aquellos territorios de largo tiempo atrás germanizados. Y difícilmente habría podido avenirse su concepción acerca de este problema con las fronteras trazadas en 1919, aun tomando en consideración en todo su alcance la nueva posición que ahora ocupa Rusia.

Szemere, quien en 1849 fuera presidente del Consejo de ministros de Hungría, le preguntó a Engels, en diciembre de 1860, cuál sería su actitud si, al derrumbarse la monarquía austríaca, la Austria alemana se incorporara a Alemania, manteniéndose los Habsburgo como reyes de Hungría. A lo que Engels contestó que a su partido le parecería muy bien esa solución y que incluso “regalaría a Hungría con mucho gusto toda aquella banda de facinerosos”. En esta respuesta, formulada de palabra, se trasluce hasta qué punto estaba seguro de que también en el futuro se afirmaría la superioridad política y económica de las viejas y grandes naciones civilizadas. Esta realidad era, para él, algo absolutamente necesario, dentro de fronteras militar, económica y culturalmente sostenibles.

Aunque, desde la disolución de la Liga comunista, Marx y Engels no contaban en realidad con un partido propio, gustaban, no obstante, de calificar así al pequeño grupo de quienes se mantenían fieles a ellos. La muerte, la deserción y el aburguesamiento habían ido abriendo grandes huecos en el círculo de los ex redactores y ex colaboradores de la *Nueva gaceta renana*, y Engels decía, con razón, que la nueva hornada de quienes se habían sumado a ellos durante “aquel lamentable período de paz” era “bastante pobre”. Las cosas estaban, sobre poco más o menos, como cuando Marx, en mayo de 1859, hubo de declarar sin ambages a una delegación de “señores zopencos” que le visitaba: “Nuestro nombramiento de representantes del partido proletario no lo hemos

recibido de nadie más que de nosotros mismos. Pero este nombramiento aparece rubricado por el odio furibundo que despertamos en todos los partidos y fracciones del viejo mundo”.

Engels confiaba, en verdad, que cuando sonara para ellos la hora del retorno a la patria, se encontrarían en Alemania con bastantes jóvenes de talento que, llegado el momento de reconstituir las Asociaciones comunistas, se encargarían de difundir las enseñanzas del *Manifiesto comunista* entre las masas. Pero, por el momento, Marx y él tenían bastante que hacer ya con el puñado de partidarios con que contaban en Inglaterra. No resultaba fácil habitar a aquellas personas a un trabajo regular y a una vida metódica y ordenada. Hasta el más devoto y fiel de todos, que era Guillermo Liebknecht, dejaba, para ellos, bastante que desear, lo mismo entonces que más adelante. Entre los viejos camaradas de lucha, los más cercanos a Engels, después de morir Weerth en 1856, eran Guillermo Wolff y Freiligrath. Wolff pocas veces se decidía a actuar políticamente, pero las pocas veces que intervenía, este amigo suyo, más joven que él y a quien perdonaba sus numerosas extravagancias, le daba motivos, muchos más motivos para admirar sus juicios casi siempre instintivamente certeros acerca de la realidad vivida.

Engels, y más aún Marx, que vivía en el mismo barrio que él, se sentían unidos a Freiligrath por el recuerdo de los días en que habían trabajado juntos durante la revolución, en la sala de redacción de la *Nueva gaceta renana*. Pero las relaciones humanas, cuando tienen más raíces en el pasado que en el presente, son siempre quebradizas. La amistad que entre estos hombres existía se vio seriamente enturbiada cuando, al sobrevenir el choque entre Marx y Vogt, Freiligrath no se mostró en absoluto dispuesto a tomar partido, públicamente, por su amigo.

Freiligrath era, desde 1856, gerente de la sucursal londinense de la Banca Générale Suisse, con sede en Ginebra y cuyo director general, Jaime Fazy, mantenía amistad con Vogt. El poeta Freiligrath no quería arriesgar lo que era la base material de su existencia y procuró no dejarse involucrar en aquel pleito. No llegó a renegar, ciertamente, de su pasado revolucionario, pero Engels se inclinaba a pensar que el director de la sucursal bancaria, con el tiempo, se había ido aburguesando visiblemente. Aunque Freiligrath llevaba ya años retraído de la política, no cabe duda de que Marx, considerándose víctima de un complot, confiaba en que su viejo camarada de luchas se solidarizaría con él en aquella ocasión, y se sintió profundamente herido cuando el poeta le declaró que llevaba ya varios años alejado del “partido” y que la relación que mantenía con él, como amigo y antiguo correligionario, era puramente personal. Marx le replicó que él no entendía por partido la Liga comunista, disuelta desde hacía ocho años, sino “el partido, en el gran sentido histórico de la palabra”.

Engels se mostró totalmente de acuerdo con Marx, rivalizó con él en improperios contra la indecisa actitud del “gordo filisteo” y “sus pruritos literarios, cada vez más fuertes”, pero ambos coincidían en que, por razones políticas y personales, era preferible no llegar a una ruptura abierta con él.

El enojo de Engels contra Freiligrath hubo de manifestarse con bastante acritud en una carta navideña enviada por él a Jenny Marx, quien, con una reacción muy femenina, no estaba dispuesta a perdonar ni a conceder circunstancias atenuantes a un viejo amigo que, en un momento de apuro, había dejado al "Moro" en la estacada. A estos "granujas literatos", bramaba Engels en dicha carta, les interesa más cualquier miserable versucillo que el acontecimiento histórico más gigantesco y no están dispuestos a despegarse de su pandilla, para no verse privados del incienso periodístico, sin el que no pueden vivir. Ya de 1849 a 1858 —decía aquí—, Freiligrath había dejado de figurar en la literatura y su nombre sólo contaba en las historias literarias. Y, como su poesía se había marchitado desde hacía ya varios años, sentía la necesidad de una publicidad cada vez mayor. "Desgraciadamente, nosotros, pobres comunistas, no servimos para eso, peor aún, conocemos muy bien toda esa basura, nos mofamos de todo lo que sea *l'organisation du succès* y sentimos una aversión casi punible contra cuantos se desviven por popularizarse".

Marx y Engels le habían pedido, además, a Freiligrath que, al igual que ellos se abstuviera de figurar en el homenaje que con motivo del centenario de Schiller se preparaba en Londres, teniendo en cuenta que la organización del acto estaba en manos de Jorge Kinkel, su viejo adversario común. También en esto encontraron la repulsa de Freiligrath, y ya por este solo hecho le habría gustado a Engels, según decía, "darle un escarmiento serio". Engels no desaprobaba el hecho de que los emigrados alemanes en Inglaterra quisieran celebrar el centenario del gran poeta de la libertad. Pero decidió mantenerse, en lo personal, al margen de aquella fiesta jubilar, no sólo porque le repugnaban los afanes publicitarios y la vanidad de Kinkel, Freiligrath y otros corifeos de la emigración, sino, además, porque no podía compartir homenajes retóricos burgueses como el que los organizadores y los oradores de aquel acto preparaban.

Por una carta que escribió a la esposa de Marx días antes del 10 de noviembre, sabemos que no sólo la emigración alemana de Londres, sino también la colonia alemana de la ciudad en que residía, Manchester, le tomaron muy a mal que "no quisiera mezclarse para nada en el barullo schilleriano". La personalidad del hombre de negocios que visitaba asiduamente la Bolsa, que cabalgaba con la *gentry* en la caza del zorro y era hijo del copropietario de una gran fábrica de hilados, transcendía, como él mismo reconoce, mucho más allá de los círculos de la colonia. Era, con dos o tres médicos alemanes, uno de los pocos miembros de la colonia de quienes se sabía que tenían algo que ver con los asuntos intelectuales. Por todas estas razones, a muchos les habría gustado ver su nombre figurar a la cabeza del comité organizador de la fiesta jubilar en homenaje a Schiller, el cual, como él mismo hubo de expresar a Marx, en carta de 4 de noviembre, "estaba integrado todo él por una colección de asnos, sin una sola excepción". Sabemos, sin embargo —lo que por cierto no era contrario a la celebración en sí— que tomó parte en la dirección artística y en los ensayos de una representación del *Wallenstein*, montada en Londres, en aquella ocasión, por un joven del Wuppertal, lejano pariente suyo, Carlos Siebel.

Las querellas políticas no eran entre los alemanes de Manchester tan encrespadas como en Londres, pues la colonia manchesteriana estaba formada casi exclusivamente por comerciantes y hombres de negocios. Las fiestas del centenario de Schiller, que dieron pábulo al sentimiento de comunidad de los alemanes emigrados, sirvieron, entre otras cosas, para que en Manchester se fundara un Centro schilleriano, convertido desde entonces en el lugar de reunión de los alemanes residentes en aquella ciudad. Engels se mostró, al principio, bastante escéptico hacia este centro, en cuya fundación tomó parte activa Siebel. Le prevenía en contra de él, probablemente, el temor a la tónica pequeño-burguesa que en las capitales del Occidente de Europa solía prevalecer, con aire mohoso, en las actividades sociales organizadas por la colonia alemana. Federico Engels, esclarecido europeo occidental, no quería tener nada que ver ni mantener el menor contacto con aquel ambiente alemán, tan extendido.

Un testimonio de esto que decimos lo tenemos en una carta contestando, en mayo de 1861, a una exhortación que el bibliotecario del Centro schilleriano le había dirigido para que, sin demora, restituyera a la biblioteca un libro que había tomado en préstamo. Nada tenía que objetar —decía la citada carta— contra el hecho de que se castigara con una multa la falta de puntualidad en la devolución de los libros. Pero le había irritado el tono en que aparecía redactada la conminación. “Había creído encontrarse, de pronto” —escribía—, “con una intimación categórica e insolente emanada de un comisario alemán de policía” y, de repente, “creía verse de nuevo en el amado y patriótico Estado-policía, aquella especie de gigantesco orfelinato o asilo de menesterosos”. Hasta aquí, la ironía. Pero, a continuación, advertimos las veras mezclas con las bromas. “Mientras siga floreciendo este estilo epistolar curialesco —seguida diciendo la carta—, no hay que temer que la patria se vea privada de ninguno de los miembros afiliados al Centro schilleriano. Sin embargo, no faltará entre ellos alguno que se sienta decepcionado al comprobar que en ese espíritu alemán en el pleno sentido de la palabra que creyó ver plasmado en el Centro schilleriano, con arreglo a la finalidad para la que se decía creado, alienta también el espíritu del burocratismo que, dentro de nuestras fronteras, monopoliza casi todo el poder político. El *fortiter in re* estaba muy bien —añadía—, pero los miembros del Centro tenían también derecho a ser tratados *suaviter in modo*”. Y, por esta razón, rogaba a los directivos de la institución que, en lo sucesivo, procuraran que en la correspondencia oficial con sus socios no se cultivaran tanto las formas ordenancistas de las oficinas administrativas de Alemania cuando se dirigen a sus súbditos como las formas urbanas y corteses obligadas en la correspondencia entre gentes cultas.

Con los años, la actitud de Engels para con el Centro schilleriano y para con otras asociaciones y establecimientos alemanes que funcionaban en Manchester fue mejorando. Sabemos que, de vez en cuando, se avenía a participar en las excursiones organizadas por las tertulias alemanas de aquella ciudad y por la Asociación alemana de gimnasia. Las gentes de la colonia sabían perfectamente lo bien que aquel compatriota suyo se desenvolvía en cuestiones prácti-

cas y su superioridad intelectual estaba a la vista de todos y era natural, por ello, que se viese siempre muy solicitado. Por otra parte, Engels no era lo bastante presuntuoso para negarse a intervenir en aquello en que creía poder ser útil. En 1864, aceptó ser elegido presidente del Centro schilleriano, cargo que desempeñó con gran éxito hasta poco antes de ausentarse de la ciudad. Formaba también parte de los organismos directivos de otras asociaciones alemanas de cultura y beneficencia.

En el verano de 1859 volvió a visitar Manchester, como casi todos los años, Federico Engels padre, esta vez acompañado de su esposa. En septiembre, nuestro Federico acompañó a sus padres en un viaje por Escocia. No volvería a ver a su padre; seis meses después, en marzo de 1860, recibió la noticia de su muerte. El duelo y los negocios reclamaban ahora con igual apremio la presencia del hijo mayor en la patria, que no había vuelto a pisar desde que se separara de ella, reclamado por la policía como desertor. Aún no se había decretado la amnistía, pero las autoridades no le molestaron.

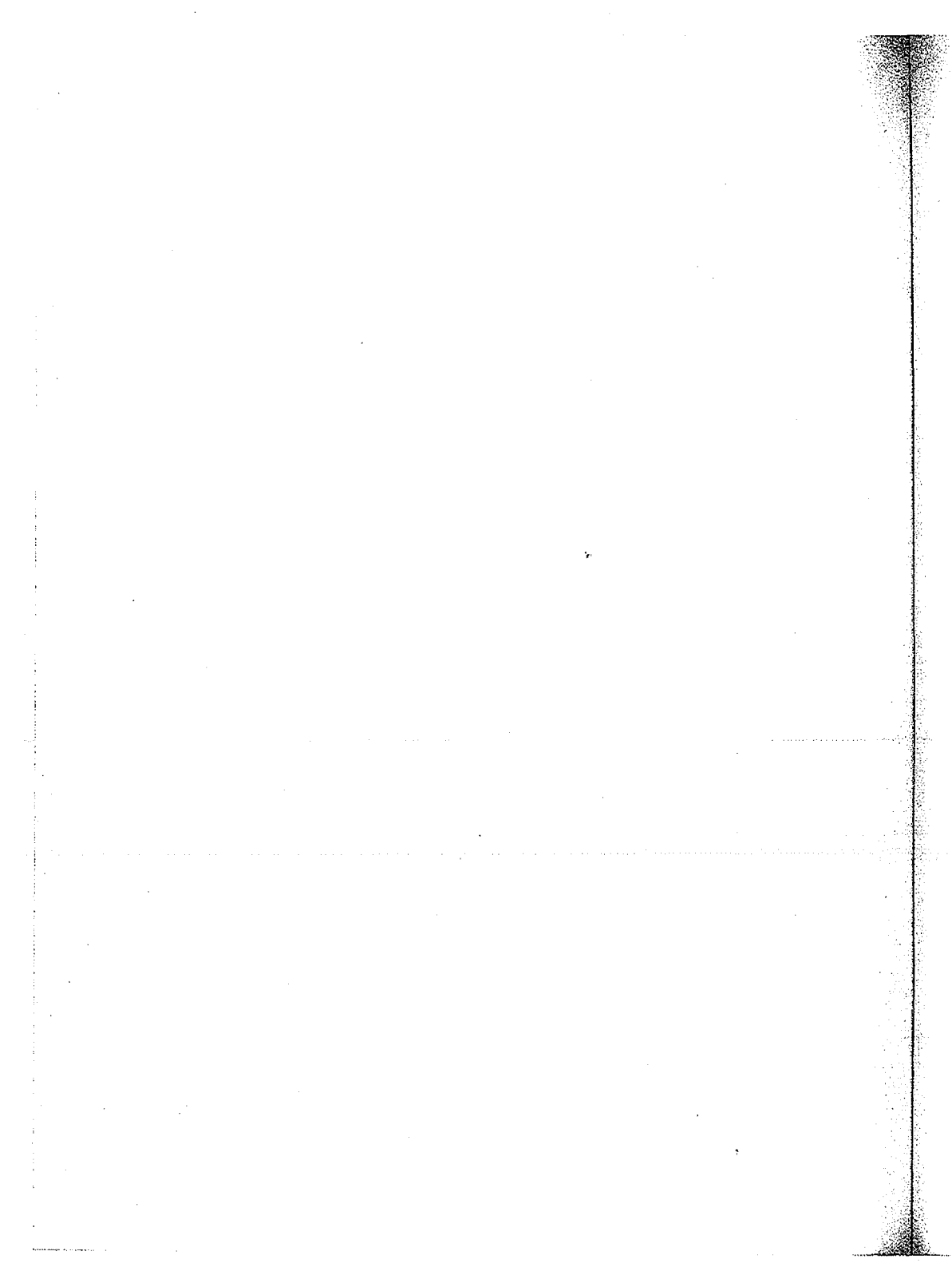
De vuelta en Manchester, informó a su amigo del gigantesco desarrollo de la industria en la cuenca del Rin y de cómo el constitucionalismo había prendido allí entre la burguesía. La sucesión hereditaria provocó serias discrepancias entre Federico y sus hermanos. Estos consideraban como algo evidente el ser llamados a heredar en común la fábrica paterna de Engelskirchen, en cuya dirección venían participando. Por su parte, Federico, quien a juicio de ellos ya no podía sentirse a gusto en Prusia ni en los medios de los fabricantes renanos, sería liquidado en Manchester. No contaban con dos cosas importantes: una, era que el hermano mayor, aun residiendo en el extranjero, podía quedar interesado en la empresa alemana, y otra, que sus perspectivas en Manchester no eran seguras, ni mucho menos. En efecto, la ley inglesa, cuando moría uno de los propietarios, no garantizaba sin más a sus herederos el derecho a la propiedad de la empresa. Ello hacía que, a la muerte del padre de Federico, Godofredo Ermen se considerara como único y exclusivo propietario de la firma Ermen & Engels, de Manchester.

Por estas razones, Federico Engels hijo no podía contar, en aquel momento, con otra herencia paterna, asignada con seguridad a su familia, que la de la empresa de Engelskirchen. Y le disgustó profundamente que sus hermanos dieran por supuesto, como la cosa más natural del mundo, "que él fuera a renunciar incondicionalmente y sin razón alguna a sus derechos, en favor de ellos". La razón de que, a pesar de todo, accediera a sus deseos la expone él mismo, al enviar a su madre el contrato de cesión de derechos, con su firma: "Por nada del mundo quiero contribuir ni en lo más mínimo a que los últimos días de tu vida se vean amargados por pleitos de familia en torno a la herencia... No quiero, por nada del mundo, que te sientas preocupada y atormentada con estos asuntos. Y tampoco a mis hermanos les guardaré rencor ni les mencionaré para nada estas cosas, si no me obligan absolutamente a ello, pues doy el asunto por liquidado y no quiero presumir de haber hecho un sacrificio".

Es lamentable que no se haya conservado la respuesta de la madre a esta

carta, en la que su hijo mayor, políticamente tan descarriado del redil y que tanto la había hecho sufrir, demostraba el amor tan grande que sentía por ella. Ha llegado en cambio a nuestras manos, otra que, dos semanas más tarde, le escribió Federico, en la que volvía a asegurarle que no guardaría a sus hermanos el menor resentimiento y que no era su estilo el presumir de grandeza de alma no reconocida. "Podría volver a tener otros cien negocios, pero nunca una madre como tú", le aseguraba. Diríase que este temperamento inflexible de luchador, que jamás cedía cuando creía tener razón, se sentía feliz de poder demostrarle a su madre, a un ser que vivía en un mundo tan distinto del suyo, que su ruptura casi total con las tradiciones familiares no proyectaba ni la menor sombra sobre su amor de hijo.

Sus hermanos se hallaban tan interesados como Federico en que la posición familiar saliera indemne en la empresa inglesa. Los de Engelskirchen se mostraron dispuestos, por esta razón, a mantener en la fábrica de Manchester una suma de 10 000 libras esterlinas. En base a esta inversión, se aseguró a Engels, aunque por el momento Godofredo Ermen figurara como único propietario de la empresa, una participación en los beneficios netos mayor que antes. Y, como también había heredado de su padre algún dinero contante, sus rentas aumentaron de pronto considerablemente. En 1864, fue nombrado copartícipe de la fábrica. Al saberlo, se reafirmó en él la decisión de volver para siempre la espalda a la empresa y a toda la vida de los negocios en general, tan pronto contara con el capital necesario para asegurarse el porvenir, no sólo el suyo, sino también el de Marx y su familia. Pero, para ello, tendría que seguir trabajando en los negocios unos cuantos años más.



CAPITULO IV

LA GUERRA CIVIL NORTEAMERICANA. LA INSURRECCIÓN POLACA. MUERE LASSALLE. EL PROBLEMA MILITAR PRUSIANO Y EL PARTIDO OBRERO ALEMÁN. SE FUNDA LA PRIMERA INTERNACIONAL.

La *Revista de la Nueva gaceta renana* afirmaba ya en 1850 que la industria algodonera inglesa se basaba en la subsistencia de la esclavitud en los Estados norteamericanos del Sur y que una revuelta de los negros en aquellas tierras podría dar al traste con el sistema de producción vigente. El citado órgano de Marx y Engels opinaba entonces que la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos sobrevendría el día en que los ingleses decidieran acabar con el monopolio norteamericano del algodón. Con objeto de sacudir esta dependencia, Gran Bretaña se decidiría alguna vez a producir en masa esta imprescindible materia prima en sus propios países coloniales, recurriendo a la mano de obra de trabajadores libres. Y si lograba abastecer el mercado con algodón más barato, Norteamérica no tendría más remedio que emancipar a sus esclavos, ya que, entonces, la mano de obra servil no sería rentable.

Qué importancia tan formidable atribuían ya entonces Marx y Engels a esta medida, cuando llegara a ser realidad, lo revela la frase que pone fin a las citadas consideraciones, en la que se dice que, lo mismo que allí la esclavitud, aquí cesaría de existir el trabajo asalariado tan pronto como dejase de representar una forma necesaria de la producción y se convirtiese en una traba para ella. Engels y Marx consideraban la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos, al igual que la supresión de la servidumbre en Rusia, como una etapa decisiva en el proceso de la realización de la libertad en que, siguiendo a Hegel, veían ellos el proceso histórico. "Así comenzó el movimiento 'social' en el Occidente y en el Este", decía Marx a su amigo, el 11 de enero de 1860, y añadía: "Cuando las cosas vayan, poco a poco, poniéndose serias, ¿qué será de Manchester?" Mientras que Lassalle, como hegeliano más o menos ortodoxo, no consideraba interesante lo que sucediera en los Estados Unidos, ya que los norteamericanos carecían de "ideas", Marx y Engels reconocieron desde el primer día la "importancia revolucionadora" que para el mundo tenían los acontecimientos que se avecinaban en aquel hemisferio.

Y si Engels, ya desde 1850, contemplaba bajo un ángulo tan decisivo de la historia universal la futura abolición de la esclavitud en Norteamérica, fácil

es imaginarse con qué interés tan apasionado hubo de seguir la marcha de las cosas cuando, en la primavera de 1861, sobrevino la ruptura entre los Estados del Sur y los del Norte de la Unión norteamericana precisamente en torno a este problema. El feudalismo sureño exigía que la esclavitud se extendiera a los nuevos Estados que se creasen; los Estados del Norte, por su parte, reclamaban, primero la restricción y más tarde la supresión del esclavismo. Once de los treinta y tres Estados se retiraron con este motivo de la Unión. Y comenzó así aquella memorable guerra civil, que, al cabo de cuatro años de luchas libradas con diversas alternativas, acabó con el triunfo de los enemigos de la esclavitud, más poderosos en hombres y en recursos industriales que sus adversarios. El curso de los acontecimientos mantuvo a Engels, durante aquellos años, en constante tensión desde el punto de vista político, en el terreno de la estrategia militar y también en lo tocante a los negocios, puesto que aquella guerra afectaba profundamente al mercado algodonero.

Desde el punto de vista político —tal como lo veía Engels, cuyas ideas compartía Marx—, el problema estaba planteado de tal modo que los Estados del Sur libraban una guerra de conquista encaminada a la difusión y perpetuación de la esclavitud. La oligarquía que llevaba la batuta en aquellos Estados sabía muy bien que si se prohibía la fundación de nuevos territorios esclavistas, como exigía el programa en base al cual acababa de acceder a la presidencia Lincoln, la esclavitud estaba también condenada a muerte en todos aquellos sitios en que todavía, por aquel entonces, se hallaba en vigor.

Ahora bien, los círculos políticos y económicamente dominantes de la Gran Bretaña no veían con buenos ojos el rápido crecimiento de los Estados Unidos y temían que el Norte de aquel país, en el que imperaban la industria y el proteccionismo arancelario, llegase a ser, con el tiempo, una amenaza para el monopolio del comercio mundial, que por el momento seguía aún en manos de Inglaterra. En cambio, los Estados del Sur suministraban la materia prima para la más importante de las industrias inglesas. Surgió así y fue extendiéndose cada vez más el temor de que la escuadra de los Estados del Norte, mucho más poderosa que la de sus enemigos, bloqueara los puertos del Sur y paralizara, por falta de algodón, los husos y los telares de Lancashire.

A la Gran Bretaña y a sus intereses no les convenía, al parecer, que la gran República norteamericana volviera a cohesionarse, razón por la cual se apresuró a reconocer como potencia beligerante a los Estados confederados. En octubre de 1862, el ministro de Finanzas de Inglaterra Gladstone declaró públicamente en Newcastle-on-Tyne que en el Sur, al que auguraba la victoria, no había surgido solamente un nuevo Estado, sino una nueva nación. Pero, como en la liberal Inglaterra no se habría visto con buenos ojos que los periódicos abogaran abiertamente en favor de la esclavitud, lo que hicieron para poder crear, primero, y justificar después, la simpatía unánime de la opinión pública burguesa, fue encubrir el verdadero objetivo de la guerra. Presentaban las cosas como si el Norte, por razones de poder, tratara de retener al Sur en una unión de Estados que éste tenía pleno derecho a rechazar.

Una gran parte de la burguesía sólo se enteró de que se trataba de una lucha a vida o muerte en pro o en contra de la esclavitud gracias a las grandes manifestaciones que, desde diciembre de 1862, venían celebrando los obreros en Londres, Manchester y Sheffield a favor de la paz con los Estados del Norte, amenazada a la sazón por el hecho de que la industria inglesa de construcción de barcos apoyaba enérgicamente la guerra de piratería sostenida por los Estados del Sur, lo que empujó a los del Norte, enfurecidos por aquella actitud provocativa, a detener a varios diplomáticos confederados que viajaban como pasajeros a bordo de un vapor británico. Engels condenó aquellos "accesos de locura" de los yanquis: "Tomar por la fuerza a prisioneros políticos a bordo de un barco extranjero", escribía a Marx ya a comienzos de noviembre de 1861, "constituye el *casus belli* más claro de la historia".

Hacia diez años que Engels ayudaba incansablemente a Marx en su corresponsalía del *New York Tribune*, escribiendo para él innumerables artículos. La guerra de Secesión interrumpió estas actividades periodísticas y privó a Marx del único ingreso fijo con que contaba. Menos mal que pudo lograr, gracias a Lassalle, algunas colaboraciones regulares en la prensa de Viena. También en esta labor contaba con la ayuda de Engels, dentro del campo en el que, según la división del trabajo a que los dos amigos habían llegado, le cabía a él mayor autoridad. Y eso era lo que sucedía, precisamente, con los artículos consagrados a la guerra civil norteamericana.

La buena acogida dispensada a sus estudios sobre *El Po y el Rin y Saboya, Niza y el Rin* animaron a Engels a perseverar en sus estudios de estrategia militar y a seguir publicando trabajos sobre estos temas. Ni cabe duda de que le agradaba verse reconocido como un especialista en estas materias, pero mucho más debía de tentarle a mantenerse en este camino el deseo de poder hacer valer sus conocimientos, algún día, en el Estado Mayor de la futura revolución alemana. Los acontecimientos de la actualidad se encargaron de que Engels siguiera escribiendo constantemente, bajo la rúbrica de la corresponsalía encomendada a Marx, artículos relacionados con la ciencia militar. Entre los consagrados a la guerra de Italia y los que trataban de la guerra de Secesión, publicó en el *New York Tribune* varios que se ocupaban de los cambios técnicos introducidos por aquel entonces en las armas de fuego y en la artillería, de los proyectos de reforma de los ejércitos que se advertían en algunos Estados de Alemania, principalmente en Prusia, de la guerra de Inglaterra en China, de la campaña de Garibaldi contra Sicilia, de los armamentos de Francia, de las perspectivas de un desembarco francés en Inglaterra y de las medidas que para defenderse de él estudiaban los británicos. Un artículo escrito por él para el *New York Tribune* sobre la iniciación de la guerra civil en los Estados Unidos, en que el autor se hacía pasar por un oficial extranjero, no llegó a publicarse.

Colaboraba, además, en algunos periódicos especializados, tales como la *Gaceta militar general* de Darmstadt y el *Volunteer Journal for Lancashire and Cheshire*, cuyo director, Isaac Hall, residente en Manchester, le insistía constantemente para que le enviara artículos. Algunos de los trabajos publicados en

este periódico fueron reunidos por él mismo en un folleto editado en marzo de 1861 bajo el título de *Essays addressed to Volunteers*. Llevaba un prólogo breve, en que el autor hacía resaltar que los hechos por él expuestos no tenían pretensión alguna de originalidad, pero sí las conclusiones que de ellos sacaba y las opiniones que sostenía.

En el periódico de Darmstadt, una publicación militar bastante prestigiada, trataba Engels de la gestación, la organización y el progreso del ejército de voluntarios que por aquellos días estaba surgiendo en Inglaterra. Engels simpatizaba más o menos con este movimiento, llamado de los *Riflemen* o Rifleros, en el que participaban principalmente gentes acomodadas, cultas e iniciadas en los deportes y en el que, por tanto, la disciplina militar era menos severa que en los ejércitos profesionales. Pero ello no era obstáculo para que pusiera de manifiesto, asimismo, las fallas de que adolecían esta clase de formaciones militares. Habían surgido a raíz de la guerra en Italia, cuando Napoleón III decidió transformar y aumentar su ejército y construir nuevos buques de guerra. Cuando los franceses intensificaron el empleo del vapor en los barcos de guerra y de transporte, los ingleses sintieron flaquear su confianza en la seguridad que hasta entonces venían cifrando en su situación insular.

La opinión pública e incluso el gobierno, encabezado por un hombre como Palmerston, tan afecto a Napoleón, sentían profundo recelo, en Inglaterra, contra una política exterior que había comenzado a poner en práctica la teoría de las fronteras naturales con la anexión de Saboya y Niza. Los ingleses se preguntaban, preocupados, contra qué vecino levantaría ahora el brazo Napoleón. "Inglaterra, al igual que Alemania, se arma y se prepara para hacer frente a las veleidades agresivas de Luis Bonaparte", escribía Engels en septiembre de 1860, desde las columnas de la *Gaceta militar general* y manifestaba que el movimiento inglés de los *Volunteer Riflemen* respondía a la misma causa que la decisión de elevar al doble el número de batallones de línea, en Prusia. Tanto por su origen como por la idea fundamental en que se inspiraba, aquel ejército de voluntarios era, evidentemente —decía—, enemigo del bonapartismo y aliado de los alemanes. Si los voluntarios ingleses —añadía en 1861, en el *Volunteer Journal*— llegaban a trabar batalla con algún enemigo, éste no podría ser otro, y todo el mundo lo sabía, que la infantería ligera francesa.

Sin embargo, en campo abierto, los voluntarios ingleses, según él, no podrían hacer frente a "la mejor organización militar de Europa" —así definía en el *New York Tribune* al ejército francés—, y esta era la razón de que combatiera, en el *Volunteer Journal*, un plan presentado al parlamento británico por la Comisión nacional de Defensa para fortificar poderosamente una serie de grandes puertos militares, pero no el de Londres. Su crítica se basaba en el razonamiento de que la dotación de aquellas fortificaciones absorbería un gran contingente del ejército regular, sin tener en cuenta que la suerte de la capital y del país podría decidirse en una sola batalla perdida a campo abierto.

A comienzos de la década del sesenta, emitía todavía juicios muy desfavorables acerca de los mandos del ejército prusiano. De haber entrado en la

guerra italiana al lado de Austria, habría sufrido Prusia —afirmaba en el *New York Tribune*— otro descalabro como el de Jena y sólo las fortalezas emplazadas junto al Rin habrían podido salvar al Estado. Prusia disponía, evidentemente, de las mejores tropas del mundo, pero en los últimos diez años había llegado allí al colmo la errónea idea de que las paradas militares tenían más importancia que las batallas. El 1 de octubre de 1860, abundando en la misma consideración, escribía Marx que la lectura de los escritos del príncipe Federico Carlos y de Waldersee le había convencido definitivamente de que los prusianos habían organizado y amaestrado un ejército tan brillante, que necesariamente tendría que ser derrotado en el campo de batalla. Reconocía, sin embargo, a Federico Carlos como a un buen soldado.

Era natural que la intrépida marcha que había llevado a Garibaldi desde Marsala hasta Palermo entusiasmara a nuestro estratega revolucionario. “Se trata, evidentemente de una de las más asombrosas hazañas militares de nuestro siglo”, decía, lleno de gozo, en el *New York Tribune* del 22 de junio de 1860, “y sería casi inexplicable si la noticia no hubiera llegado precedida por la fama del victorioso general”. Hasta entonces —manifestaba— conocía a Garibaldi solamente como un jefe de guerrillas muy experto, que incluso en el cerco de Roma había tenido pocas oportunidades de mostrarse por encima de aquel nivel. Pero ahora, en la toma de Palermo, había puesto a prueba también su maestría en el arte de la estrategia. Nunca le había inspirado la misma confianza, sin embargo, el Garibaldi político, y cuando en la primavera de 1864, con motivo de su visita a Londres, vio que se dejaba admirar y festejar por la aristocracia y la burguesía, se dio cuenta de que “aquel señor era un burgués en toda la extensión de la palabra”.

Como hemos visto, el gobierno y las clases dominantes de Inglaterra pronosticaban y deseaban la victoria de los Estados del Sur, que al principio habían tomado la ofensiva y llevaban, en efecto, las de ganar. Engels, en cambio, daba por seguro que la democracia del Norte haría valer cada vez más poderosamente, a medida que la guerra se alargase, su superioridad en hombres y en material y que acabaría triunfando. Sin embargo, a diferencia de Marx, llegó a dudar a veces de este punto de vista, al ver cómo los improvisados ejércitos y los inexpertos generales norteamericanos sufrían un revés tras otro. Diversos factores contribuían a entorpecer sus apreciaciones militares. Eran pocos los mensajes que llegaban a Londres, con noticias de las operaciones, por la vía telegráfica, y los periódicos norteamericanos y las informaciones enviadas desde allí a los de Europa tardaban varias semanas en llegar a su destino y, cuando llegaban, no siempre daban cabal respuesta a las preguntas que el experto en cuestiones militares se planteaba. Añádase a esto que no se disponía, en Londres, de mapas ni de croquis geográficos y planos de los escenarios de guerra más importantes, que permitieran seguir las operaciones con cierta precisión.

Sé daba el caso, además, de que aquella guerra era, en algunos aspectos esenciales, muy distinta de todas las que hasta entonces había vivido o estudiado Engels. La enorme extensión de las regiones por las que se luchaba, los dila-

tados frentes de las líneas de operaciones, la masa numérica de los ejércitos contendientes, los fabulosos gastos, el modo de conducir la guerra y las directrices generales tácticas y estratégicas que se imponían hacían de esta guerra, a sus ojos, "un espectáculo sin paralelo en los anales de la historia de las guerras". Era, como se sabe, la primera vez en que el ferrocarril y los barcos acorazados se empleaban estratégicamente en notables proporciones; al principio, ninguno de los dos bandos disponía de un verdadero ejército; escaseaba tremendamente la oficialidad adiestrada, y a no ser por el gran volumen de experiencia militar desplazado a los Estados Unidos por los acontecimientos de 1848-49 —como lo hacía resaltar Engels en la prensa de Viena—, el ejército de la Unión habría tardado mucho más tiempo en organizarse.

La mayoría de los oficiales norteamericanos instruidos en su profesión procedían del Sur aristocrático y se pusieron a las órdenes de los Estados confederados, que llevaban ya mucho tiempo preparándose en secreto para la guerra y donde la maquinaria social era menos complicada que en el Norte, cuyos soldados iban al campo de batalla "adormilados" y "de mala gana". Engels, como él mismo hubo de confesar a su viejo amigo Weydemeyer cuando ya la guerra se acercaba a su final, no tenía "ni la más remota idea" acerca del grado de disciplina imperante en el ejército norteamericano, de su cohesión bajo el fuego, de su capacidad y disposición para soportar las penalidades de la guerra, en una palabra, de todo aquello que era posible exigir de aquellas tropas, sin llegar a desmoralizarlas.

Había algo que preocupaba a Engels todavía más que los constantes y sostenidos reveses de los Estados del Norte, y era el que no parecían darse cuenta con la seriedad necesaria de la gran meta por la que se estaba luchando. Le parecía que los yanquis no daban pruebas de "energía revolucionaria". Le dejaba perplejo ver que se confiaban demasiado al desenlace de las grandes batallas, que se sentían poco inclinados a echar ellos mismos mano de las armas, que el grito de ¡guerra a muerte! era, en sus labios, "pura fanfarronería". No tenía más remedio que reconocer que el general Lee, el talentoso general en jefe de las tropas del Sur, era, militarmente, mucho más capaz que Mac Clellan, que al principio mandaba el ejército del Norte y que, según Engels, no se preocupaba tanto de derrotar al enemigo como de no ser derrotado por él.

La derrota infligida a MacClellan en Virginia y los demás reveses que los generales de Lincoln sufrieron durante el verano de 1862 no le habrían desalentado —como él mismo confesó a Marx— si no hubiera creído apreciar en las poblaciones del Norte una total "ausencia de elasticidad" y le asaltaba, por ello, el temor de que el Norte tratara de poner en pie simplemente un ejército ficticio "como recurso demostrativo durante las negociaciones de paz". Y, en contraste con "aquella actitud de flojera", creía observar que los Estados del Sur tomaban ferocemente en serio el asunto. Mientras el Norte no se decidiera a actuar revolucionariamente —escribía a Marx el 30 de julio de 1862—, se vería apaleado sin remedio y, además, lo merecía. Por su parte, Marx censuraba tam-

bién el hecho de que los Estados del Norte trataran de conducir constitucionalmente una guerra que requería métodos revolucionarios. Pero no se dejaba llevar tanto como Engels, en sus juicios, de impresiones momentáneas y hacía saber constantemente a su amigo que no debía atenerse exclusivamente al lado militar de las cosas. Pese a las circunstancias momentáneamente desfavorables, hay que reconocer que Marx supo predecir acertadamente, en su conjunto, el giro que habrían de tomar los acontecimientos: "El Noroeste y Nueva Inglaterra quieren forzar y forzarán al gobierno a que abandone la conducción diplomática de la guerra que hasta ahora viene llevando... Si Lincoln no cede (pero lo hará), estallará la revolución". Lincoln, en efecto, cedió, como Marx lo había previsto, y el 1 de enero de 1863 proclamó la libertad de todos los negros. Era, por fin, un hecho revolucionario. Solamente ahora se dio Marx por convencido de que la reconstrucción de los Estados Unidos sobre la base exigida por el Sur era imposible. Tampoco a él se le escapaba lo que entre los yanquis había de "repelente en la forma del movimiento", pero trataba de explicárselo por la misma naturaleza de la democracia burguesa.

Engels comprendía claramente que los mismos del Sur "no saldrían ganando nada del poder" de una gran batalla victoriosa, pero hubo de pasar mucho tiempo para que desechara el temor de que la guerra, en vez de llevar a una decisión clara y terminante sobre la cuestión de la esclavitud, condujera a una paz amañada. "Todo lo que, por una parte, tiene de bueno", escribía a Marx a mediados de noviembre de 1862, "el que también en los Estados Unidos se cubra de ridículo la democracia burguesa..., le indigna a uno ver cómo una repugnante oligarquía que sólo abarca la mitad de la población resulta ser tan poderosa como esa torpe, extensa e impotente democracia". Pero ya habían pasado varios meses y estaba convencido de que no había de esperar una paz prematura; ya habían empezado a recibirse noticias de que los Estados del Norte comenzaban a armarse como era debido, y aún seguía sin confiar plenamente en su decisión, en su voluntad de vencer y en sus probabilidades de triunfo. Esta confianza fue naciendo poco a poco en él cuando vio que el general Grant pasaba cada vez más a primer plano y que, por fin, era designado general en jefe de las tropas. Aunque ahora estaba seguro de que las fuerzas de los Estados del Sur tendían a agotarse, seguía reconociendo la superioridad estratégica del general Lee, y se confirmó en ello cuando, en el verano de 1864, organizó la magistral defensa del campo atrincherado de Richmond. "Si la soberbia y la jactancia de los prusianos no les impidiera tomar lecciones de estos generales improvisados —decía, en carta a Marx—, podrían aprender aquí, con todo detalle, cómo debiera organizarse una campaña para tomar el campo fortificado de Coblenza".

Willich, Sigl, Anneke, Weydemeyer y muchos otros ex oficiales alemanes emigrados a Norteamérica después de la revolución ocupaban ahora puestos importantes o ejercían mando en el ejército del Norte. He aquí lo que escribía a Weydemeyer, el 24 de noviembre de 1864: "No cabe duda de que la guerra que estáis librando es una de las cosas más grandiosas que puedan vivirse. A

pesar de las muchas necesidades que se dan en el ejército del Norte (también abundan en el del Sur), la ola de la victoria va avanzando lenta pero segura, y hay que suponer que en el transcurso del año entrante llegará el momento en que la resistencia del Sur se desmorone en mil pedazos y su ejército se convierta en un tropel de partidas, como en la guerra carlista de España, y últimamente, en Nápoles". En la primavera de 1865, Lee, cercado por los ejércitos del Norte, se vio obligado a rendir la plaza asediada de Richmond y a deponer las armas. Engels, relatando los hechos, veía en ellos, por su disposición estratégica, la repetición exacta de la batalla de Jena: Grant había cerrado sus garras sobre todo el ejército enemigo, con la diferencia de que no había necesitado emprender una marcha tan larga para recoger los frutos de su victoria.

Engels se mostraba descontento con la política que, después de asesinado Lincoln, su sucesor en la presidencia, Johnson, seguía en los Estados sostenedores del esclavismo reincorporados a la Unión. Condenaba las vigentes manifestaciones del odio racial contra los negros y el que se dejara pasar tanto tiempo antes de concederles el derecho de voto, en contraste con la indulgencia con que se trataba a los "bandoleros secesionistas". Habría visto con mejores ojos que se hubiera dejado hundirse a la oligarquía sureña, que, según él, no podría sostenerse sin la esclavitud, y le decepcionaba el ver que su agonía iba prolongándose, en vez de conducir rápidamente a la muerte. Por lo demás, sus pronósticos en cuanto al futuro de aquel gigantesco país, soldado de nuevo, fueron bastante acertados: una vez soltadas las amarras de la esclavitud, que entorpecían el desarrollo político y social de los Estados Unidos —escribía a su amigo Weydemeyer—, Norteamérica experimentaría un auge que en poco tiempo le llevaría a ocupar una posición totalmente distinta en la historia del mundo. Pero anticipaba, además, que la Unión norteamericana abrazaría, más tarde o más temprano, una política de signo imperialista, en la que encontrarían ocupación el ejército de tierra y la escuadra que la guerra de Secesión le habían ayudado a crear.

Como es sabido, la larga duración de la guerra norteamericana provocó una aguda escasez de la materia prima con que trabajaba la industria algodonera inglesa, a pesar de que, previsora, había procurado acopiar grandes existencias. Fue necesario restringir y, en algunos casos, incluso suspender la producción, lo que trajo como consecuencia despidos de obreros y una grave penuria entre los trabajadores de esta industria. En las oficinas de la empresa Ermen & Engels, de Londres, se seguía día a día el desarrollo gradual y la virulencia de la *cotton famine*. Engels podía observar los impactos de la crisis en su propia persona, pues se veía obligado a trabajar cada vez más, al paso que sus ingresos disminuían.

En el primer tomo de *El Capital*, describe Marx con trazos muy plásticos las manifestaciones de la "penuria algodonera". Su amigo estaba en aquellos días demasiado absorbido por ella como para poder entregarse a estudiarla en sus cartas a Marx o en otra clase de trabajos literarios. Pero, de las escuetas observaciones suyas que acerca de esta situación han llegado a nosotros se des-

prende claramente que no llegó a cifrar en esta crisis, ni mucho menos, aquellas vehementes esperanzas que había puesto en la de 1857, cuyas raíces eran, desde luego, muy diferentes. La decepción sufrida en el pasado había dejado en él huellas muy marcadas. En lo sucesivo, se cuidó mucho, sobre todo, de no precipitarse a atribuir consecuencias políticas inmediatas a una crisis, ni siquiera en los casos en que ésta naciera de la superproducción. Cuando, en noviembre de 1864, se vio que había pasado lo peor, se lamentaba, en carta a Marx, de que "estas cosas, ahora, no lleguen a madurar como es debido". Su amigo se apresuró a consolarle, diciéndole que las crisis, en los tiempos que corrían, suplían con la frecuencia lo que habían perdido en intensidad.

En 1857, con ayuda sobre todo de una pequeña herencia que había recibido su esposa, Marx se había decidido a alquilar y amueblar un piso. Poco después, la crisis económica comenzaba a nublar las halagüeñas perspectivas con que había contado para recibir honorarios por los trabajos literarios enviados a los Estados Unidos. Como Engels creía que los asuntos de su amigo marchaban, ahora, "viento en popa", había hecho que su padre, con motivo de las navidades de 1856, le enviara dinero para comprarse un caballo de silla. Y al conocer la realidad de la situación, se quejaba de haberse permitido el lujo, cuando Marx volvía a pasar estrecheces. Pero, después de decir esto, volvía a invocar su principio de siempre: "Estoy dispuesto a hacer todo aquello que de mí dependa".

Pero, a pesar de su ayuda, siempre generosa y abundante, sus ingresos no alcanzaban para sacar a flote a Marx y a toda su familia. Engels jamás llegó a manifestar, ni de palabra ni por escrito, el menor asomo de impaciencia, pero Marx no podía por menos que expresar su desazón ante la angustiada penuria en que a todas horas vivía. Engels trataba de consolarle y se lamentaba únicamente de no saber "encontrar palabras más efusivas". "Te lo habría tomado a mal", le escribía Marx el 31 de marzo de 1857, "si no me hubieras informado acerca de la intervención armada de los soberanos". Pero a cada paso volvían a presentarse situaciones en que el padre de familia, asediado por los acreedores, se veía acosado por deudas y en que Engels no alcanzaba a tapan los muchos agujeros. Fue lo que ocurrió en febrero de 1861, cuando de pronto el *New York Tribune* decidió reducir considerablemente las partidas de gastos de sus servicios en Europa y Dana se vio obligado a suspender la publicación de su enciclopedia.

Ante esta situación, Marx trató de sanear a fondo sus finanzas. Con este propósito decidió ir a visitar a su madre en Tréveris, y a un tío que tenía en Holanda, el cual administraba los bienes de su hermana y que en varias ocasiones había hecho al sobrino importantes anticipos a cuenta de su parte en la herencia. Resolvió, incluso, darse una escapada hasta Berlín, donde Lassalle, hacía mucho, le había hecho concebir esperanzas que, de realizarse, podrían haberle valido un puesto fijo o, por lo menos, algunos ingresos estables.

En Berlín, se instaló unos días en casa de Lassalle, lo que les permitió hablar a sus anchas de los proyectos de éste, encaminados a la fundación de un

periódico radical en aquella ciudad. Lassalle concebía este periódico, según le dijo a Marx, como una especie de resurrección de la *Nueva gaceta renana*, que esperaba que fuese dirigida conjuntamente por los dos. Las divergencias entre la Corona y la Cámara de diputados de Prusia se acentuaban rápidamente por aquellos días. Sin embargo, a Marx no le entusiasmaba mucho, de momento, la idea de participar personalmente en aquella empresa; sólo acuciado por la desesperada situación financiera en que se hallaba se paró a meditar si, caso de que se viera muy apurado a pesar de todas sus reservas, podría acceder a la propuesta.

Engels no creía, por el momento, que saliera nada en limpio de todo aquello. Y no sólo porque le pareciera dudosa una comunidad de trabajo tan estrecha con Lassalle, sino porque abrigaba, además, reparos de orden práctico. Hacía ver a su amigo, entre otras cosas, que la considerable suma que la condesa de Hatzfeldt estaba dispuesta a desembolsar para fundar el periódico podría ser suficiente para una revista semanal, pero no alcanzaba para un diario. Contra la revista no tenía nada que objetar, siempre y cuando que Marx pudiera permanecer en Londres como corresponsal bien remunerado.

Durante el tiempo que Marx estuvo alojado en casa de Lassalle, procuró no comprometerse con respecto a la oferta que le había hecho su anfitrión.

En lo poco que pudo ver de Berlín, muy por lo alto, tuvo la impresión de que la situación política de Prusia tendía a agudizarse y de que tal vez en un año más podría tener cabida allí un periódico dirigido por ellos. Pero, como también él tenía reparos en solidarizarse tan estrechamente con Lassalle, le hizo saber que, en caso de llevarse a cabo la idea, debería compartir la dirección del periódico, con ellos dos, Federico Engels; pero no podría darle una respuesta definitiva acerca de su proposición hasta haber hablado a fondo del asunto con él y con Guillermo Wolff.

Engels, al ser consultado, manifestó que no se inclinaba, en momentos como aquéllos, que no eran todavía revolucionarios, a abandonar la situación libre que tenía en Inglaterra para trasladarse a Berlín y pasar a depender más o menos de Lassalle. En vista de ello, a fines de mayo, Marx escribió a Lassalle que Engels no quería abandonar Manchester, romper su contrato y salir económicamente perjudicado para volver a caer, tal vez, a los tres o cuatro meses, en las garras del derecho nacional prusiano. Que sólo en momentos políticamente decisivos estaba dispuesto a hacerlo. La actitud de Engels hizo más fácil, para Marx, rechazar en términos definitivos la propuesta de Lassalle.

Algo fue lo que Marx obtuvo entonces de sus parientes, pero sin que alcanzara, ni mucho menos, para poner fin a las "remesas de Manchester" o, por lo menos, para saldar todas sus deudas. Sabemos que en diciembre de 1861, éstas volvían a ascender a 100 libras esterlinas. Esta vez, era para él una verdadera tortura volver a confesar a su amigo lo desesperado de su situación, y prefirió callarse durante algún tiempo. Hasta que por fin, se decidió a decirle la verdad. "Después de tantos y tan grandes esfuerzos como has hecho por mí", decía la carta, "incluso por encima de tus fuerzas, me repugna, natural-

mente, tener que fastidiarte a cada paso con mis apuros". Medio año después, veíase obligado a recurrir de nuevo a él: "Me disgusta profundamente tener que volver a hablarte de mis miserias. Pero, *que faire?* Mi mujer me dice todos los días que preferiría estar bajo tierra con los hijos, y la verdad es que no puedo tomárselo a mal, pues no hay realmente pluma para describir las humillaciones, las torturas y los temores por los que uno tiene que pasar en esta situación". Volvieron a transcurrir unas cuantas semanas y el 7 de agosto de 1862, en otra carta a Engels, leemos: "Te aseguro que, si no fuera por las *family difficulties*, preferiría con mucho mudarme a una *model lodging-house* que estar aseando constantemente tus bolsillos".

No cabe duda de que también para Engels tenía que resultar doloroso estar oyendo constantemente a su mejor amigo y camarada de luchas quejarse de que él y su familia eran una carga para él. Trataba de mitigar en Marx la sensación de que dependía de él, diciéndole que, para la causa por la que ambos luchaban, tanto daba quién de los dos fuera el "íncubo" y quién el "súcubo", ya que, en el momento menos pensado, podían trocarse los papeles. A lo que Marx contestó: "*Dear boy*, digas lo que quieras, la verdad es que me resulta muy penoso que mis miserias pesen tanto sobre ti. ¡Ojalá pudiera yo emprender algo para ganarme la vida!". Y, en efecto, en septiembre de 1862 trató de obtener un puesto en las oficinas de una compañía ferroviaria inglesa. Pero no fue aceptado, porque tenía muy mala letra.

Precisamente por los días en que la penuria económica de Marx llegaba a su apogeo, en el verano de 1862, se presentó en Londres Lassalle, atraído por la Exposición Universal. Desde que, en la pasada primavera, había tenido a Marx en su casa de Berlín y creía haber reanudado la vieja amistad con él, se hacía la ilusión de pensar que sus relaciones volvían a ser las de los mejores tiempos. En realidad, lo mismo ahora que antes, Marx se limitaba a mantener una actitud "diplomática" hacia el "barón Efraín el Listo", siguiendo el consejo que le diera Engels; se valía de sus servicios, pero no se le ocultaba la falsedad que envolvía aquel trato. Retenido por los trabajos de oficina, Engels no volvió a ver ni una sola vez a Lassalle, a pesar de que las noticias de Marx, llenas de resentimiento hacia los actos y los gestos del "negro judaico", le inducían al deseo de encontrarse con él. "Si hubieras podido acercarte a Londres un par de días", le escribía su amigo, "habrías tenido para reírte durante un año".

La última entrevista que tuvo con él representó para Lassalle, como se sabe, el punto decisivo en la ruptura de sus relaciones con Marx. A éste le indignó saber que, en Londres, se había presentado a Mazzini y a otros revolucionarios extranjeros como el representante de la clase obrera revolucionaria alemana. Pero lo que le convenció de que seguían caminos muy distintos fue la decisión de Lassalle de poner de nuevo en marcha, en aquellos momentos, el movimiento político de los obreros alemanes, extinguido desde los días de la revolución, de colocarse a la cabeza de él y de levantar como bandera del partido la consigna del sufragio universal igual y secreto. Es cierto que le propuso

que ambos asumieran conjuntamente la dirección del movimiento proyectado. Pero la detenida conversación sostenida por ellos en Londres, la última, reveló a Marx, en toda su extensión, la divergencia total de sus puntos de vista, sin que pudiera caberle ni la menor sombra de duda de que no había entre ellos nada de común, ni en cuanto al punto de partida ni en cuanto a las metas. Por otra parte, "este cardenal Richelieu revolucionario" como Marx llamaba a Lassalle en una carta dirigida a Engels, habría sido el último en compartir con nadie, y menos aún con un Marx, la presidencia de un partido necesariamente amaestrado. En vista de todo lo cual, Marx le hizo saber, sin andarse con rodeos, que ni él ni Engels querían, en lo sucesivo, políticamente, tener nada que ver con él. Sin embargo, esta repulsa de los autores del *Manifiesto comunista* no fue óbice para que Lassalle dirigiera, el 1 de marzo de 1863, la famosa *Carta abierta* que, de nuevo y definitivamente, pondría en marcha en Alemania la agitación política entre los obreros.

Engels manifestó su satisfacción ante el hecho de que, al cabo de tantos años de interrupción, el interés por los problemas sociales volviera a encontrar en Alemania "terreno para hacer cosas antiburguesas"; pero, poco después, en mayo de 1863, la cosa comenzó a "resultarle desagradable". ¡Ojalá Marx hubiera dado ya cima a su obra de economía, para que no fuera precisamente Lassalle quien "tratara de colocarse con ello" y se dedicara, como Marx decía, a hacer su inventario!

Engels mantuvo siempre la ficción, que sólo hasta cierto punto encierra algo de verdad, de que Lassalle debe ser considerado como discípulo de Marx. Tanto él como su amigo criticaban al agitador, ahora sobre todo, haciendo resaltar que no seguía las tesis que se establecían en las obras anteriores de ambos. El atraso teórico de Lassalle, que Marx y Engels habían podido comprobar ya a la luz de su *Sistema de los derechos adquiridos*, se manifestaba también, ahora, en la práctica. El Estado no se había disuelto, para él como para los otros dos, al contacto con el agua regia de la idea de la lucha de clases, para dejar al descubierto su realidad dialéctica; ello le permitía seguir rindiendo culto a la idea del Estado, y por ese camino, en caso necesario, como la democracia burguesa, hacer juegos malabares con el señuelo del Estado del Pueblo.

Hacía ya mucho tiempo, como más adelante habremos de ver más a fondo, que Engels sabía a qué atenerse teóricamente acerca del Estado. Desde el punto de vista práctico, le desagradaba el que Lassalle tratara de fundar un partido luchando precisamente contra el socialpolítico liberal Schulze-Delitzsch, el apóstol del cooperativismo. Le parecía muy plausible que "Schulze-Delitzsch y otra gentuza trataran de elevar a los zopencos, aprovechando la coyuntura burguesa, a la altura de las ideas de la burguesía", impidiendo así que, en la futura revolución, nadie pudiera ensalzar como algo nuevo y práctico esas "mojigan-gas". Pero no podía estar de acuerdo con que Lassalle dirigiera siempre los tiros, con especial furia, contra el campo del progreso empeñado en dura lucha contra el gobierno, y predecía muy por adelantado las desastrosas consecuencias a que esta táctica habría de conducir. ¿Acaso Lassalle no había aprendido

en el *Manifiesto comunista* cómo había que conducirse ante la burguesía, cuando ésta se hallaba empeñada en la lucha contra la reacción?

Engels aún no podía saber, en aquel entonces, que entre el agitador y el presidente del Consejo de ministros de Prusia se habían urdido ya hilos muy reales que lo mismo podían volver a romperse que, por el contrario, reforzarse. Sin embargo, el 11 de junio de 1863 escribía a Marx: "Ese granuja trabaja ahora exclusivamente al servicio de Bismarck y puede llegar un día en que Monsieur Bismarck se canse de él, lo mande a un calabozo y tenga que vérselas con el derecho nacional prusiano, que él tiende siempre a confundir con el Código de Napoleón".

Pero por muchos reparos que Engels tuviera que poner a la labor de agitación de Lassalle, estaba a pesar de todo de acuerdo con Marx en que, hasta nuevo aviso, debían darle una oportunidad y no actuar en contra de él. Lo que naturalmente no quería decir, ni mucho menos, que fueran a manifestarse públicamente a su favor. ¿Acaso iban a dejarse explotar años y años "por ese necio" y, encima, darle las gracias por todas sus majaderías?

Antes de partir de Londres, una letra de cambio librada por Lassalle con el aval de Engels había ayudado a Marx a salir transitoriamente de sus apuros económicos. Pero, a fines de 1863 todos los bienes de la familia Marx que podían moverse del sitio, incluyendo los vestidos y el calzado de los niños, habían ido a parar de nuevo a la casa de empeños. Volvieron a montar guardia a la puerta de su casa el panadero, el lechero y el tendero de comestibles, y los niños no podían ir a la escuela porque, a pesar de repetidas amonestaciones, no había podido pagarse su colegiatura. Ya se disponía Marx a poner en conocimiento de su amigo la catástrofe, esta vez, según él, inevitable, cuando recibió de éste la noticia, totalmente inesperada, de que la mujer que había sido su fiel compañera desde hacía cerca de veinte años y en cuya casita solía descansar de las fatigas de la City para concentrarse en los trabajos que a él realmente le gustaban, acababa de morir repentinamente.

Engels había llegado a encariñarse muy en lo hondo con aquella inculta trabajadora irlandesa, tan ardientemente compenetrada con su clase y con su pueblo y que, desde que la conoció, siendo ella tan joven todavía, había alegrado su vida con su ingenio maternal y con su jovial temperamento. "No acierto a escribirte lo que siento", le decía a Marx al comunicarle la triste noticia. "La pobre muchacha", añadía, "me quería con todas las fuerzas de su alma".

En aquellos momentos, se hallaba Marx tan obsesionado por el drama que amenazaba su existencia que, en vez de un efusivo testimonio de cariño y de condolencia por la muerte de un ser tan querido para su amigo, sólo acertó a extraer de su pluma embotada unas palabras escuetas, asegurando que la noticia le había sorprendido y apenado. Y después de añadir que "la Mary" había sido una mujer muy buena y muy chistosa, que quería mucho a Engels, pasaba a explicarle a renglón seguido, muy prolijamente, la situación desastrosa en que se encontraba. Sabía —seguía diciendo Marx a su amigo— que era "espantosamente egoísta" de su parte el contarle en aquellos momentos cosas de este jaez,

pero le tranquilizaba y creía que también a él le tranquilizaría la idea de que aquella manera de proceder era una especie de recurso homeopático para espantar a una desdicha con otra. Y, *au bout de compte*, agregaba, queriendo calmar a Engels, "¿Qué puedo hacer yo? No hay en todo Londres, fuera de ti, un solo ser con quien pueda explayarme"; en aquellas condiciones —decía— le era de todo punto imposible trabajar. Y, en una postdata, preguntaba a su amigo cómo iba a arreglárselas de allí en adelante, habiendo perdido el hogar que tenía bajo el techo de Mary, en el que cuantas veces le apeteciera "podía sentirse libre y retirado del mundo y de todas las basuras humanas".

No poseemos ningún testimonio de que Engels se sintiera, nunca ni en ninguna otra ocasión, tan profundamente dolido con Marx. Su disgusto fue tremendo. Al recibir aquella carta, no pudo resistir la tentación de pensar que su amigo, casado con mujer digna de él en el plano social y el espiritual, era incapaz de sentir lo que la muerte de Mary, cuyo cuerpo aún no había sido sepultado, representaba para él. Dejó pasar una semana antes de decidirse a contestarle y, cuando encontró fuerzas para ello, hizo un borrador de la carta, por miedo a exteriorizar con demasiada irritación sus pensamientos. "Espero", dice el borrador, "que no te parecerá raro el que, esta vez, mi mala suerte y tu frialdad en deplorarla me hayan hecho positivamente imposible contestarte antes. Todos mis amigos, incluyendo a los filisteos que apenas me tratan, me han demostrado, ante este golpe que tanto me ha afectado, y no podía ser por menos, mayor simpatía y amistad de las que de ellos podía esperar. Tú, por tu parte, encontraste el momento propicio para hacerme sentir la superioridad de tu manera de pensar, fría e imperturbable. Puedes recrearte en tu triunfo, que nadie te disputa". Pero al copiar la carta le asaltaron dudas y remordimientos acerca de la dureza de sus palabras; tachó la última frase y suavizó la versión inicial. Dicho lo anterior, pasa a hablar de los apuros de su amigo, le explica lo que de momento podía hacer por él y termina con estas palabras: "Haré todo lo que pueda".

Marx consideró oportuno dejar pasar algún tiempo antes de contestarle, porque para los dos se hacía muy difícil "abordar la situación fríamente". Cuando por fin se decidió a escribirle, le confesaba sin rodeos que se había sentido arrepentido y avergonzado de su carta tan pronto como la había puesto en el correo y suplicaba a su amigo que no lo acusara de insensibilidad. "Mi mujer y mis hijos", le decía, "son testigos de que, al recibir tu carta (que llegó aquí por la mañana a primera hora), la noticia me estremeció tanto como la de la muerte del ser para mí más querido. Pero, cuando me puse a escribirte, ya por la noche, me hallaba bajo la impresión de circunstancias muy desesperadas": el casero le había mandado al agente ejecutivo, para desahuciarle, el carnicero le había devuelto una letra protestada, en la casa faltaban el carbón y los víveres, uno de los niños estaba enfermo en la cama. En situaciones tan desesperadas como aquéllas — le explicaba— sólo sabía, generalmente, recurrir "al cinismo". Y, encima de todo lo demás, le había enfurecido más que nada —escribía— el oír a su mujer acusarle constantemente de que no había sabido explicar a

Engels la situación con la fuerza y la claridad necesarias. Ahora, por fin —según diciendo la carta—, Jenny, su esposa, había accedido a una propuesta que él le había hecho ya muchas veces: que sus dos hijas entrasen a trabajar como niñeras y que los dos, con el hijo más pequeño, alquilasen un cuarto en cualquier barriada obrera.

Apenas hubo echado Engels una ojeada a aquella carta, en la que Marx se reconocía sin ambages culpable, su enfado se vino a tierra, aunque en la respuesta hiciese ver a su amigo que lo sucedido le había afectado profundamente y que había llegado a poner en tela de juicio por espacio de algunas horas sus relaciones con él. “Agradezco mucho”, le decía, “tu sinceridad. Tú mismo puedes darte cuenta de la impresión que en mí produjo la tuya anterior a ésta. No puede uno vivir años y años con una mujer sin que su muerte deje en quien la quería un vacío espantoso. Siento como si con ella hubiese enterrado el último resto de mi juventud... De veras te digo que durante una semana entera, tu carta pesó sobre mi cabeza como una losa, no podía olvidarla. *Never mind*, tu última carta la he borrado, y estoy contento de no haber perdido con Mary a mi más viejo y mejor amigo. Y ahora, pasemos a hablar de tus asuntos...”

No podía consentir —le decía— que llevara a cabo aquel descabellado propósito que le anunciaba y, “gracias a un golpe muy aventurado”, había conseguido cien libras, que le enviaba adjuntas. Marx le contestó con protestas de la más honda gratitud por aquella nueva prueba de amistad y abnegación. Y enseguida confesaba, en tono cuya sinceridad no deja lugar a dudas: “Puedo decirte ahora sin ceremonias que, a pesar de todos los apuros en que me he visto durante las pasadas semanas, nada me apenaba, ni de lejos, tanto como el temor de que nuestra amistad pudiera haberse agrietado. Muchas veces he dicho a mi mujer que toda esta basura me tiene sin cuidado cuando pienso que, por culpa de estas miserables preocupaciones burguesas y de la excéntrica irritación que en mí causan, en un momento tan amargo como aquél, en vez de consolarte, te acometé brutalmente con mis asuntos privados...” En las semanas siguientes, al ver que su amigo permanecía en silencio más tiempo de lo que acostumbraba, volvía a temer Marx que pudiera haberle dado motivos de enojo por haberle pedido algunas informaciones de orden técnico para su libro de economía, que ahora, durante el año en curso, marchaba ya a velas desplegadas, a pesar de sus grandes estrecheces. Y le aseguraba que sólo lo había hecho para distraerle y librarle de sus preocupaciones. Engels le hizo saber que su silencio se debía a que se había sentido “muy hastiado”. Que, para salir del pozo, había tratado de dedicarse al estudio de las lenguas eslavas, pero que la soledad se le hacía insoportable. “No he tenido más remedio que distraerme violentamente. Lo he conseguido y vuelvo a ser el mismo de siempre”.

A la rápida recuperación de Engels debió de contribuir en muy buena parte el que sus relaciones con Lizzy Burns, quien al parecer había pasado algunas temporadas en casa de su hermana Mary, fueran adquiriendo gradualmente un carácter más íntimo. Pero también contribuyeron a levantar su espíritu, sin duda alguna, los acontecimientos que se estaban produciendo en el mundo,

especialmente la insurrección de los polacos de Rusia, que despertaban su interés por los asuntos militares y reanimaban sus esperanzas revolucionarias. Confiaba en que aquella insurrección, si lograba mantenerse el tiempo necesario, trascendiera a la Rusia propiamente dicha y condujera a una revolución europea que, esta vez, se comunicase desde allí al Occidente.

En junio de 1863, llegó a expresar a Marx su esperanza de que, en caso necesario, se lanzara también a la palestra la burguesía, que había perdido ya el miedo a los comunistas. El argumento de Proudhon y sus seguidores de que Rusia emanciparía a sus siervos, mientras que los nobles y los curas polacos se negaban a hacer otro tanto, le parecía muy endeble. Se atenia a su punto de vista de que la restauración de Polonia empujaría más hacia el Este a la Rusia zarista, el enemigo más peligroso de la revolución en Europa. Le parecía "infame, como siempre" la actitud del gobierno prusiano, el cual, como más tarde pudo confirmar, veía en la insurrección polaca una ocasión propicia para asegurarse a poca costa la gratitud de Alejandro II con vistas a futuros conflictos más decisivos. No consideraba probable, sin embargo, una intervención militar de Prusia para sofocar aquella insurrección. "Los rusos no intervendrán mientras no sea necesario y, si llegara a serlo, los prusianos se guardarán de hacerse presentes allí". No obstante, tanto Marx como él deseaban hacer llegar sus ideas a la opinión pública, en aquel momento en que la Prusia del conflicto constitucional volvía a concitar la animadversión de los pueblos de Europa por su rusofilia y en que el liberalismo alemán, que en otro tiempo había mostrado tanto entusiasmo por Polonia y que en el Schleswig-Holstein entonaba los al derecho de autodeterminación de las naciones, sin ocultar su desagrado por la convención sellada entre Bismarck y el zar, procuraba mantenerse muy cauto frente a los polacos insurrectos, alegando que, como por aquellos días escribía a Sybel Enrique Kruse, jefe de redacción de la *Gaceta de Colonia*, no quería poner en peligro a "la pequeña Venecia de las orillas del Warthe".

A los dos amigos se les ocurrió al mismo tiempo la idea de publicar, con este motivo, un nuevo folleto. Engels pensó, al principio, escribirlo él solo, pero enseguida se mostró de acuerdo con Marx cuando éste se ofreció para tratar la parte diplomática del asunto, dejando que Engels se encargara de analizar el interés de orden político-militar que Alemania tenía en la restauración de Polonia. En los primeros momentos, Engels se manifestaba vehementemente entusiasmado con el plan. El folleto debía titularse *Alemania y Polonia. Consideraciones político-militares en torno a la insurrección polaca de 1863*.

Ignoramos por qué este proyecto no se llevó a cabo. No debió de ser por el hecho de que contra lo que los dos amigos pensaban y deseaban, la insurrección polaca no asumiera un carácter social, sino más bien tal vez por la preocupación de que, a los ojos de sus lectores, pudiera parecer que justificaban la política de Bismarck al sostener que la existencia de una Polonia independiente podía ser compatible con una Alemania democrática, pero no con la Prusia de los Hohenzoller. Marx había hecho hincapié, desde el primer momento, en que el folleto proyectado no les cerrara el camino hacia Alemania, caso de que en

Prusia siguiera agudizándose la situación. No creía, por esta razón, que sus nombres debieran figurar en la portada.

La Asociación alemana de cultura obrera, que funcionaba en Londres y con la que Marx había hecho las paces en 1860, debía protestar en un manifiesto contra los servicios de esbirro que el gobierno de Prusia estaba prestando a los rusos en la represión de la revolución polaca. Un llamamiento a organizar colectas de ayuda a los polacos revolucionarios, redactado por Engels, probablemente con algunas correcciones de mano de Marx y que llevaba las firmas de Lessner, Eccarius y otros miembros de la citada Asociación, levantó "ruidosas protestas contra quienes habían traicionado a Polonia", traicionando con ello, al mismo tiempo, a Alemania y Europa. Sin embargo, como Marx se había propuesto desde el primer momento, este llamamiento no iba dirigido en primer término contra el gobierno prusiano, sino contra el liberalismo alemán, que había borrado de su bandera la consigna de la "restauración de Polonia", aunque no podía ignorar que sólo este heroico pueblo seguía sirviendo a Alemania de parapeto contra el diluvio moscovita. Sin una Polonia independiente —aseguraba Marx—, no podría existir una Alemania independiente y unificada ni era concebible la emancipación de Alemania de la hegemonía rusa.

La intención antiprusiana del llamamiento sólo se traslucía en las siguientes palabras de crítica contra la actitud de la Asociación nacional: "Una parte de la burguesía se percata del peligro, pero sacrifica de buena gana el interés de Alemania al interés de los Estados alemanes disgregados, cuya subsistencia está condicionada por la desmembración de Alemania y el mantenimiento de la hegemonía rusa... Hoy en día, los más furiosos detractores de Polonia, por tanto, y los más eficaces instrumentos de Rusia hay que buscarlos entre los corifeos liberales de la llamada Asociación nacional. Cada cual puede juzgar por sí mismo si esta rusofilia liberal se halla conectada o no con las cumbres prusianas".

Engels volvió a encontrar ocasión de ocuparse extensamente del problema polaco, esta vez en su propio nombre, cuando, a comienzos de 1866, a los dos años de fundada la Asociación obrera internacional, se manifestaban en el seno de ella opiniones divergentes acerca de Polonia y Marx rogó a su amigo que contestara con otra serie de artículos a los que sobre ese tema había publicado el economista belga Héctor Denis, un proudhoniano.

Dio motivo a la polémica la pregunta de si el proletariado obraría mejor optando, como Proudhon proponía, por una Rusia que se abriera a la civilización en vez de tomar partido por la restauración de Polonia o si, por el contrario, debía considerar como algo medular en su política exterior la restauración de aquel país y la lucha contra el zarismo. En varios artículos sobre este tema, de los que sólo llegaron a publicarse tres, entre marzo y mayo de 1866, en el periódico londinense *The Commonwealth*, el autor abordaba, en primer lugar, en el terreno de los principios, el problema de qué actitud debía mantener el proletariado ante el principio de las nacionalidades, que la escuela de Proudhon denostaba, viendo en él una invención bonapartista. De por sí, saluaba el hecho de que en Europa no existiera apenas un solo país que no alber-

gara diversas nacionalidades dentro de sus fronteras, ya que ello permitía que las minorías existentes en cada Estado tendieran un puente hacia los vecinos y mitigaran así la uniformidad del carácter nacional, que de otro modo resultaría demasiado monótona.

Engels aprobaba, partiendo de aquí, el que los suizos que vivían en Alemania y los alsacianos no quisieran ser alemanes, ni se prestaran a ser franceses los valones ni los suizos que hablaban esta lengua. Según él, no se debía a una casualidad el que Napoleón III proclamara el principio de las nacionalidades, mientras que la democracia y su heredero, el movimiento proletario europeo, inscribían en sus banderas el principio de las naciones, que era muy distinto; fiel a este espíritu, del que nunca se había apartado, preconizaba que las naciones históricas tuvieran el derecho a desarrollarse, libres e independientes. Y lo que valía para los franceses, los ingleses, los españoles y los escandinavos no tenía por qué no valer también para los alemanes, los italianos, los polacos y los húngaros.

Engels, sin embargo, distinguía entre las naciones que él llamaba históricas y las nacionalidades a las que no reconocía una historia propia. Por oposición a quienes sustentaban el principio de las nacionalidades, no se prestaba a conceder a los vácacos los mismos derechos nacionales que a los italianos. Sería como si los galeses quisieran afirmar el principio de la nacionalidad frente a Inglaterra. Este principio, aplicado a Polonia, no era —decía Engels— una invención bonapartista con vistas a la restauración del Estado polaco, sino, por el contrario, una invención rusa para no restaurarlo. En efecto —argumentaba—, el paneslavismo no era otra cosa que el principio de las nacionalidades aplicado por Rusia y en interés de Rusia a los pueblos eslavos; Rusia aspiraba a anexionarse Galizia y una parte del territorio polaco incorporado a Prusia y a instaurar por esta vía una Polonia que tuviera como rey al zar. Para Engels, la Rusia zarista no era una nación, sino un conglomerado de pueblos monstruosamente amalgamado por el saqueo y que, cuando llegara “el día del ajuste de cuentas” se vería obligada a escupir.

Su delicadísima posición con respecto “a la futura dictadura de la clase obrera” obligaba imperativamente a Marx y Engels a observar muy de cerca los manejos de su rival, en la medida en que podían hacerlo desde Inglaterra. En este sentido, fue una suerte para ellos que, en 1862, al amparo de la amnistía, decidiese regresar a Alemania y establecerse en Berlín Guillermo Liebknecht, el partidario más seguro con que contaban.

Liebknecht se afilió a la Asociación general obrera alemana, la organización creada por Lassalle, y seguía con ojo vigilante las actividades de este partido, pero, al mismo tiempo, estaba atento a la señal que le llegase de Inglaterra autorizándole para alertar la conciencia a los trabajadores alemanes, poniéndolos al tanto de las posiciones mantenidas por los dos dirigentes emigrados en Londres. Durante su estancia en Inglaterra, sus amigos, que se distinguían por un sentido crítico exacerbado, lo consideraban, sin duda, como un fiel correligionario y un buen camarada, pero sin llegar a ver en él una personalidad lla-

mada a desempeñar un día un papel importante en la vida política. De ahí que les sorprendiera gratamente ver que "Guillermo" comenzaba, y no sin cierta habilidad, a desempeñar frente a Wallenstein Lassalle el papel de Octavio Piccolomini. Sabían, sin embargo, que aquel inquieto periodista, no muy aficionado por cierto a pasarse largas horas sobre los libros, propendía, en su vehemencia, a dejarse llevar de ilusiones, y ello los inducía a sopesar bien, antes de aceptarlas, las informaciones de su apoderado en Alemania, pues como tal lo consideraron de allí en adelante, al igual que lo hacían él mismo y sus adversarios.

Al parecer, mientras vivió Lassalle, Liebknecht no se decidió a informar a los de Londres que aquel mantenía determinados contactos con Bismarck. Ni él mismo lo creía capaz de traicionar la causa de los obreros, por muy peligrosa que considerara su política y por mucho que deseara poder menoscabarla, ya que le fuera dado eliminarla. Creyó que el mejor camino para conseguirlo era participar en un cambio de impresiones que pudiera dar al movimiento otra orientación y tal vez poner a la cabeza de él a Marx. Con este fin, propuso Liebknecht, en julio de 1864, pero sin recabar la previa autorización de Marx y Engels, celebrar en septiembre una entrevista de los cuatro, los dos de Londres, Lassalle y él, para decidir de un modo definitivo si en el futuro debían marchar de acuerdo o combatirse. En este sentido se manifestó también, poco antes de que muriera el agitador, hablando con Vahlteich, quien había sido secretario de Lassalle y ahora se hallaba enemistado con él. Y a Marx le escribió, a fines de agosto, atentando burdamente contra las verdaderas órbitas de competencia que regían en el pequeño partido, para preguntarle si deseaba asumir la dirección de la Asociación obrera, en cuyo caso no tenía más que decirlo.

Por mal que Engels pensara de Lassalle vivo, la inesperada noticia de su muerte venía a dar al político desaparecido, a sus ojos, una consagración póstuma y a asegurarle una dimensión histórica. He aquí lo que, a este propósito, escribía a Marx: "Fuera lo que fuese en lo personal, en lo literario y en lo político, no cabe duda de que, políticamente, era uno de los sujetos más valiosos de Alemania. Para nosotros era, en el presente, un amigo bastante inseguro, llamado a convertirse con el tiempo en un seguro enemigo... No importa... Su muerte producirá un gran júbilo entre los fabricantes y los cerdos que alardean de progresistas pues Lassalle era, en Alemania, a pesar de todo, el único individuo al que tenían miedo".

A Engels no le cabía en la cabeza que "un político como él pudiera haberse batido a tiros con un aventurero de la Valaquia". Era algo —le decía a Marx— que "sólo podía pasarle a un Lassalle, extraña mezcla de frivolidad y sentimentalismo, de judaísmo y fanfarronería caballeresca". Muchas veces, en vida de Lassalle, se había sentido repelido Engels por su "respeto judaico al éxito momentáneo", pero ahora surgía ante él la severa pregunta de "si su labor de agitación era simplemente una llamarada fugaz o si realmente había algo detrás de ello".

Hoy sabemos que, por muy menguados que fueran sus resultados inmediatos, sí había en verdad algo detrás de aquel hombre, algo que resultó ser lo

bastante poderoso para impedir que, al morir él, Marx y Engels, o sus mandatarios, se adueñaran del joven movimiento obrero en Alemania y lo llevaran por sus derroteros. Cuando Engels se hubo convencido de esto, empezó a darse cuenta de que el Lassalle muerto, el Lassalle mítico, podía convertirse para él y para Marx en un enemigo mucho más peligroso de lo que había sido el Lassalle vivo y de que era necesario que su rival desapareciera, no sólo físicamente, sino también históricamente, para que el proletariado alemán abriera los ojos y se agrupara en torno a la bandera del *Manifiesto comunista*.

Engels hablaba muy seriamente cuando, dirigiéndose a Weydemeyer, le decía que la pérdida de Guillermo Wolff, "recio como un roble" y al que la muerte había arrebatado en Manchester el 9 de mayo, representaba para el partido "otro golpe muy distinto" que la del propio Lassalle. De aquel "intrépido, leal y noble luchador de vanguardia del proletariado" inmortalizado por Marx en estas palabras con que le dedica el primer tomo del *Capital*, había asegurado Engels que "siempre se le encontraría, en los momentos más difíciles, ocupando su puesto". No le inspiraba, ni mucho menos, la misma confianza el carácter de Lassalle, sobre todo a partir del momento en que Liebknecht, ahora consejero de la condesa de Hatzfeldt, les hizo saber a Marx y a él, en enero de 1865, con pruebas muy fidedignas, hasta qué punto había llegado el agitador a comprometerse en sus cabildos con Bismarck, el hombre a quien ellos consideraban como la personificación tangible de cuanto era reacción en Alemania.

Esta revelación fue determinante en cuanto al juicio definitivo de Engels acerca de la personalidad de Lassalle. Ellos dos —escribía a Marx— siempre habían juzgado a los hombres por lo que eran, y no por lo que se figuraban ser. Y no había por qué hacer una excepción con Lassalle. "Subjetivamente", decía, "es posible que su vanidad le llevara a creer que estaba haciendo algo plausible, pero, objetivamente, era una canallada, una traición a todo el movimiento obrero alemán para entregarlo a los prusianos". Y proseguía: "Al parecer, este pavo real ni siquiera le arrancó a Bismarck nada a cambio, nada concreto, y mucho menos llegó a exigirle la menor garantía, sino que se limitó a fiarse de su palabra; seguramente creyó matar con ello a Bismarck, pero le falló el tiro, lo mismo que en el duelo con Rakowitz. Aquí tenemos al barón Itzig de cuerpo entero".

Muerto Lassalle, Liebknecht se reafirmó en su propósito de hacer que Marx se pusiera al frente de la Asociación general de obreros alemanes. Este mismo deseo le fue transmitido al propio Marx, probablemente por iniciativa de Liebknecht, antes de que se diera a conocer que Lassalle, en sus disposiciones testamentarias, había nombrado sucesor a Bernardo Becker, su subalterno, por iniciativa de Juan Bautista Schweitzer, quien se disponía por entonces a fundar en Berlín un periódico que sirviera de órgano permanente al partido.

Pero Marx no mostró la menor prisa en responder a la propuesta que se le hacía y en la que ni siquiera era posible cerciorarse de si tenía detrás a elementos realmente proletarios. Liebknecht demostró ser tan mal psicólogo, que incluso trataba de convencer a la condesa de Hatzfeldt de que ayudara a salvar

al pequeño partido, amenazado de perecer por la incapacidad de Becker, apoyando la presidencia de un hombre con el que estaba resentida porque, en vida de Lassalle, "lo había dejado en la estacada". A Marx le tentaba tan poco como a Engels el tener que librar una lucha sórdida con la policía prusiana, en las condiciones en que por el momento se hallaba el país, a la manera como lo hacía Liebknecht y cómo probablemente se verían también obligados a hacerlo ellos. No vacilaban nunca en ponerse al frente de sus puestos cuando se trataba de una situación revolucionaria; pero, hasta tanto que esta situación se presentase, preferían dejar los puestos a otros, menos capacitados que ellos para luchar en el campo teórico.

Por otra parte, el propio Liebknecht se inclinaba a creer que el momento no era muy propicio, pues había muy pocas razones para confiar en el éxito si se ponía a la orden del día la lucha abierta contra los "lassalleanos". Marx y Engels hubieron de convencerse de que eran precisamente los elementos netamente proletarios dentro del movimiento quienes más se dejaban seducir por el culto al hombre que los había "pertrechado para la lucha" y que la influencia que los dos amigos ejercían sobre los afiliados a la Asociación obrera alemana era poco menos que nula. Las cosas habían resultado, sobre poco más o menos, tal y como públicamente lo habían manifestado Bernardo Becker y Moses Hess, el viejo enemigo personal de aquéllos: el partido de Marx sólo contaba en sus filas con el "maestro", con su "secretario" Engels y con su "agente" Guillermo Liebknecht. Los elementos preponderantes en la Asociación de obreros alemanes no tenían el menor interés en que se hiciera resaltar el entronque del nuevo movimiento con las tradiciones del que, en la revolución de 1848, había girado en torno a la *Nueva gaceta renana*.

Como Marx y Engels tenían conciencia de que sus posiciones, en aquellos momentos, no eran fuertes, no podían permitirse el lujo de rechazar la ocasión que, poco después, les brindaba Schweitzer para hacerse presentes ante el proletariado alemán, con sus personas y sus ideas. En noviembre de 1864, aquel hábil discípulo de Maquiavelo volvió a dirigirse a Marx, con grandes muestras de respeto, con objeto de invitarles a él y a Engels a colaborar en el periódico que estaba a punto de lanzarse con el título de *El socialdemócrata* (Engels, dicho sea entre paréntesis, habría preferido el de *El proletario*). El hecho de que Liebknecht hubiera de figurar en la redacción parecía ofrecerles ciertas garantías.

Engels opinó, sin embargo, que no debían apresurarse a aceptar, dejando traslucir su entusiasmo; Liebknecht —decía— dejaba mucho que desear como diplomático; no podían fiarse de su clarividencia y no cabe duda de que la condesa Hatzfeldt trataría de convertir el nuevo periódico, por encima de todo, en el pedestal de su admirado Lassalle. Los dos amigos seguían pensando que la Asociación de obreros alemanes "descansaba sobre bases falsas" y que, con el tiempo, como Marx escribía a Siebel, habría que "hacerla saltar". Pero, si no querían quedar totalmente marginados del movimiento obrero alemán, no tenían más remedio que poner al mal tiempo buena cara, mientras las cosas no

cambiasen. El "inatacable" programa que Schweitzer les dio a conocer ofrecía, por lo menos, al parecer, la garantía de que el nuevo dirigente no pensaba embarcarse tan abiertamente en la grave reacción. Ya habían dado los dos su consentimiento a colaborar en *El socialdemócrata* cuando se enteraron por Liebknecht de cuán vinculado a Bismarck había llegado a estar Lassalle y de que la condesa Hatzfeldt seguía siendo bismarckiana.

Faltando a la promesa expresa que Schweitzer hiciera tanto a Liebknecht como a Marx, no tardó en adoptar en el nuevo periódico la misma táctica que había seguido Lassalle. Su frente de lucha iba dirigido exclusivamente contra el partido progresista y prestaba a la "sensacional política" bismarckiana una comprensión rayana en la benevolencia. Al principio, Liebknecht esperaba, y así se lo hizo saber a Marx y a Engels, que, poco a poco, lograría ir inclinando a *El socialdemócrata* hacia "una actitud correcta"; lo conseguiría, según les manifestaba, si ellos le ayudaban yendo en sus artículos "directamente a los problemas". Para poner a prueba a la redacción, Engels accedió a enviar el artículo sobre la reforma del ejército prusiano que le habían pedido. Marx, por su parte, temía que, al tratar aquel tema, su amigo pudiera enredarse en un conflicto unilateral con los progresistas que, en aquel punto y momento, no era deseable. Pero Engels le manifestó que arremetería a la vez contra la oposición burguesa y contra el gobierno. Le tentaba la idea de tomar posición ante los lectores alemanes como experto militar en los problemas del ejército y como político revolucionario en el conflicto constitucional, manteniendo desde las columnas del órgano de la Asociación de obreros alemanes, frente a la táctica de Lassalle, la que el *Manifiesto comunista* preconizaba para situaciones como aquélla.

Había seguido con concentrada atención, desde el primer día, la reforma del ejército prusiano. Desde el extranjero, sin embargo, no le era posible apreciar cabalmente qué grado de combatividad infundiría la reforma al ejército del rey de Prusia. Y menos aún podía sospechar la suerte que para la casa de los Hohenzollern sería encontrar personalidades como las de Moltke y Bismarck. Estando de visita en casa de su familia, en el Wuppertal, se enteró de que Bismarck había sido puesto al frente del gobierno y, a la vuelta del tiempo, escribiría a Marx con qué sonoras carcajadas había acogido la burguesía aquel nombramiento. Los burgueses volvían a actuar "muy seguros de sí y, hasta cierto punto, con intrepidez": "Por fin han logrado apresar al rey Guillermo y saben que, a la larga, no tendrá más remedio que ceder ante ellos; pero se imaginan que la cosa marchará idílicamente y creen que el muchacho vendrá por sí mismo a ellos, si lo zarandean durante algún tiempo. Saldrán chasqueados. En todo caso, ya verás cómo, para la primavera, llegan las cosas a una situación crítica".

Le alegraba mucho comprobar que "la burguesía liberal, catorce años después de 1848, se veía obligada a enfrentarse con el más agudo dilema revolucionario"; no tenía "ninguna fe" en el "gris democratismo progresista" y esperaba que "el inevitable jaleo" vendría más bien "del soldado de filas, quien

daría las gracias cuando se encontrara con que tenía que servir tres años en vez de dos". De manera parecida a los adversarios de Bismarck en el campo progresista, quienes se daban cuenta de que difícilmente podría resolverse el conflicto por la vía parlamentaria, Engels, acostumbrado de siempre a tomar en cuenta estas cuestiones, cifraba sus esperanzas en la política exterior. Si los Hohenzollern se dejaban envolver aquí en alguna estupidez —escribió a Marx el 11 de junio de 1863— "podría ocurrir que las tropas, repartidas por mitades en la frontera polaca y en la del Rin, dejasen a Berlín descubierto y recibieran un golpe. Y si Berlín se ponía a la cabeza del movimiento, las consecuencias serían peores, para Alemania y para Europa". Era tan profunda la aversión de aquel hijo de la Renania contra todo lo que viniera de Prusia, que ni siquiera confiaba en una revolución que tuviera allí sus raíces.

Al comenzar los complicados manejos diplomáticos en torno al Schleswig-Holstein en los primeros días de diciembre de 1863, pensó en escribir un folleto en el que se declararía que el único camino viable para que Alemania liberase aquellos dos ducados era que emprendiera una guerra contra Rusia a favor de Polonia. Este plan cayó a tierra en su mente, probablemente, ante el derrumbamiento de la revolución polaca y la entrada en Polonia de las tropas prusianas. A comienzos de enero de 1864, admitía la posibilidad de que, caso de que la guerra estallara, se apoyase a Dinamarca, Francia, Italia, Suecia y tal vez también a Inglaterra, y de que Prusia y Austria pudieran quizás atraer a su lado a Rusia. De ocurrir así las cosas, las tropas rusas se encargarían de reemplazar en Berlín a las prusianas, enviadas al frente de batalla, y de desempeñar en la capital las funciones policíacas, en cuyo caso "nos veríamos traicionados y Bonaparte se convertiría en el gallito del corral".

La eventualidad de que la población de la capital, trabajaba por el conflicto constitucional, se lanzase a la revolución después de la evacuación de las tropas, le parecía ahora menos probable. Cuando la guerra estalló, atribuía a la suerte, y no a los méritos "del espantoso" Bismarck, el que Prusia no tuviera que hacer frente a una coalición. No tardó en descubrir que el nuevo jefe de la política prusiana había puesto su mira en la anexión del Schleswig-Holstein, pero confiaba en que la Conferencia europea con la que contaba acabaría con el fiasco de la diplomacia prusiana. Aquella soberbia no tardaría en caer en la celada.

Engels seguía muy de cerca las noticias que llegaban del teatro de la guerra. A mediados de febrero de 1864, en un artículo enviado al *Manchester Guardian*, afirmaba que la superioridad numérica de la infantería alemana sobre la dinamarquesa era solamente la necesaria para poder tomar el canal de Dana, Duppel y Fridericia. La rapidez con que los prusianos se apoderaron de la primera de dichas plazas les causó asombro —decía— "más de lo que podía esperarse de aquellos muchachos" y el 29 de abril recordaba a Marx que siempre había dicho que "las armas de fuego prusianas —tanto el fusil como los cañones— eran las mejores del mundo".

Aún no había terminado la Conferencia de Viena cuando Engels decidió

escoger como meta del viaje de vacaciones que solía hacer todos los años las tierras del Schleswig-Holstein reconquistadas por los alemanes. Las recorrió, tratando de observar de cerca las condiciones lingüísticas y nacionales allí existentes, cosa que le interesaba mucho pues se había dedicado en sus horas de asueto a estudiar los dialectos que allí se hablaban, el frisón, el anglo, el jutés y el escandinavo. Los daneses sostenían ya entonces que toda la parte situada delante de Flensburg pertenecía a Dinamarca. Engels lo rebatía, en base a sus propias observaciones. Sólo al norte de aquella ciudad —escribía a Marx, el 2 de noviembre— comenzaba la gente a hablar un dialecto bajo-danés. También en el Sunderwitt y en Sonderburg cuando hablaba en danés, le contestaban en alemán. Llegaba a la conclusión de que resultaría más fácil germanizar al Schleswig septentrional que volverlo danés totalmente. Le parecía que los habitantes de la nueva frontera alemana pertenecían a una raza física y moralmente superior a la danesa. Su espíritu revolucionario los veía como “grandes fanáticos” que no se dejarían fácilmente llevar del roncal por “la burocracia prusiana”. Le sorprendió el buen aspecto de las tropas de ocupación alemanas. Decía que los oficiales de artillería y del cuerpo de zapadores lo habían acogido con mucha cordialidad, pero que los de infantería y caballería manifestaban una actitud de aristocrático retraimiento. Había extraído la impresión de que la oficialidad saldría beneficiada con el considerable reforzamiento de los cuadros que la reorganización del ejército hacía necesaria y de que el buen comportamiento ante el enemigo se debía precisamente a esta transfusión de sangre nueva. Creía haber observado que los suboficiales mantenían una buena actitud ante los soldados viejos; sólo había podido apreciar lo que él llamaba “chapurcerías” en el cuerpo de ejército brandeburgués.

El artículo o la serie de artículos que comenzó a escribir para el periódico de Schweitzer fue convirtiéndose sobre la marcha en un folleto. Entre tanto, sus relaciones y las de Marx con *El socialdemócrata* habían empeorado hasta el punto de que el jefe de la redacción probablemente se habría negado a publicar aquellas cuartillas de Engels, en las que se polemizaba duramente con su táctica, aunque sin mencionar su nombre. Apremiado por la situación, Engels le decía a Marx que “había tenido que amañar el folleto tal como las ideas le salían de la cabeza, sin el menor aderezo literario”. Se publicó a fines de febrero de 1865 en la editorial Otto Meissner, de Hamburgo, bajo este título: *La cuestión militar prusiana y el movimiento obrero alemán*. En carta a su fiel amigo Siebel, cuya pluma estaba siempre dispuesta, lo mismo que sus relaciones, cuando se trataba de llamar la atención de los lectores alemanes hacia los escritos de Marx o de Engels, escribía el 27 de febrero que estaba seguro de que aquel trabajo indignaría tremendamente a la pandilla de Schweitzer pero también a los progresistas y al señor de Bismarck. Que había en él algunas cosas muy insolentes, que generalmente se procuraban pasar por alto.

En este folleto, Engels partía de la idea de que no tardaría en estallar la crisis latente en torno al problema militar entre el gobierno y el partido feudal, de una parte, y de la otra la burguesía radical y liberal, y de que había llegado.

por tanto, la hora de que también el partido obrero se manifestase. El hecho de mantenerse al margen del conflicto le daba a este partido la ventaja de poder pronunciarse serena e imparcialmente ante los problemas de que se trataba: "históricamente, como si pertenecieran ya al pasado, y anatómicamente, como si se tratara de cadáveres". Y antes de abordar el aspecto militar del asunto, afirmaba que el gobierno prusiano, tal como las cosas estaban en Alemania y en Europa, sólo podía dejarse llevar del punto de vista de Prusia, al igual que la oposición burguesa estaba obligada a dejarse guiar solamente por sus propios intereses.

Con un dominio total de la materia, Engels echa una ojeada a la historia de la organización del ejército prusiano a partir de las guerras de liberación. Remitiéndose a las experiencias aparejadas a la movilización general de 1859, reconoce que es una necesidad implantar una organización más sólida del primer Cuerpo de ejército. A su juicio, no se toma debidamente en consideración los ascensos de los cuadros previstos en el plan de reorganización, a la vista del considerable aumento de población producido, si es que el gobierno, fiel al espíritu que lo guía, pretende desarrollar el sistema de reclutamiento obligatorio de tal modo que este principio se abra paso cada vez más. El proyecto —observa— da una extensión anómala al concepto de la inutilidad para ingresar en filas, debido al hecho de que Prusia ha dispuesto siempre de más reclutas de los que podía encuadrar, pero deseaba mantener en pie, a pesar de ello, la apariencia del reclutamiento general. Pero ello envuelve el peligro de que, en un caso de guerra sería, sea ya tarde para darse cuenta de los muchos hombres aptos para el servicio que se han desaprovechado.

No puede existir reclutamiento obligatorio —dice Engels— sin contar con las fuerzas encuadradas en un gran ejército de reserva. Aparentando recurrir de nuevo al sistema primitivo de reclutamiento general, el plan de reorganización presentado por Roon oscila ahora hacia el sistema de cuadros austríaco y francés, introduciendo con ello en la organización militar prusiana una inseguridad que podría conducir a las peores consecuencias. No cabe duda de que un sistema de cuadros en base a un período largo de servicio y de permanencia en el puesto representa grandes ventajas para comenzar una guerra. Pero este sistema no permitirá a Prusia reclutar el número de tropas necesario para afirmarse como gran potencia. Para llegar a reunir un ejército sobre poco más o menos tan fuerte como el de las grandes potencias fronterizas, necesitaría contar con tres cosas: servicio militar obligatorio, un período de servicio más corto, pero más intensivo, y un período relativamente mayor de permanencia en la reserva. No cabe duda de que, con este sistema, habría que sacrificar, en los primeros momentos de una guerra, algo de la combatividad e incluso de la capacidad de ataque de las tropas y que, con ello, el Estado y su política adquirirían un carácter neutral y defensivo; pero el espíritu petulante de ofensiva propio del sistema de cuadros condujo de Jena a Tilsit, mientras que la tónica modesta del sistema de reservas, combinado con el reclutamiento obligatorio, llevó a los prusianos del Katzbach hasta París. Ninguna nación europea podría echar sobre los

hombros de su pueblo, primero la carga del sistema de conscripción y, luego, la del sistema de las reservas.

La alta calidad moral e intelectual del soldado de que dispone Prusia permite —prosigue Engels— dar a la infantería la instrucción suficiente con dos años de servicio. Los motivos que el gobierno alega para decir que “el verdadero espíritu del soldado” se forma en el tercer año de su permanencia en filas responden —según Engels— más a consideraciones políticas que a razones militares, pues el verdadero espíritu del soldado tiene que demostrarse más del lado de acá del Düppel que del lado de allá. Reconoce que en el arma de caballería se necesitan cuatro años de servicio. En la caballería, no cabe duda de que es bueno que haya capitulantes; cuantos más auténticos lasquetetes sean tanto mejor, siempre y cuando que tengan apego a su oficio. La oposición podía objetar que esto equivaldría a una caballería de mercenarios, siempre dispuestos a tomar parte en cualquier golpe de Estado. Es posible. Pero, en las actuales condiciones, la caballería será siempre un arma más reaccionaria que la artillería, por las mismas razones que ésta, la artillería, será siempre más liberal. La suerte de todos los golpes de Estado la deciden los combates de barricadas en las grandes ciudades y, sobre todo, la actitud que ante ellos mantienen la infantería y la caballería. Por lo demás, ante una eventualidad así, no habría posibilidad de emplear la caballería.

Si un Estado como Prusia tratara de acortar todavía más el período normal de servicio cometería —cualquiera que fuese el partido gobernante— el mayor de los errores: “Mientras el país tenga a un lado al ejército francés, al otro lado el ruso y exista la posibilidad de un ataque combinado en ambas fronteras, precisará contar con tropas que no necesiten aprender del enemigo los rudimentos del arte de la guerra”. “De ahí que no tomemos en consideración esas fantasías de quienes hablan de un ejército de milicias, en el que, según se dice, no se impondrá deber alguno de permanencia en filas; como quiera que la cosa se vea, no cabe duda de que, en la actualidad, para un país de 18 millones de habitantes y con fronteras muy comprometidas, incluso aunque las condiciones fueran otras, no puede resolverse el problema por esos medios”.

Engels llega, como vemos, a la conclusión de que la Asamblea de diputados, debe, tanto por razones militares como por razones políticas, aprobar el proyectado aumento de los cuadros del ejército bajo la condición de aplicar con todo rigor el sistema de servicio militar obligatorio y de que la ley implante un período de permanencia en filas de dos años, más tres años en la reserva y encuadramiento en ella hasta los treinta y seis de edad y de que se restablezcan los cuadros de la reserva para los incluidos en el primer llamamiento. Todo lo cual sería perfectamente realizable bajo lo que se llamaba la “Nueva Era” y tal vez incluso más tarde.

Ahora bien, ¿qué posiciones mantenía, ante el problema, la oposición burguesa? Engels le reprocha aquí a la burguesía prusiana el tratar de ir tirando, políticamente, con una falta de decisión sin precedente incluso en una clase tan pusilánime como ésta. La “Nueva Era”, que había sobrevenido para ella ines-

peradamente como un regalo llovido del cielo, le trastornaba la cabeza. Creía volver a empuñar el timón y no se daba cuenta de que los que estaban ahora realmente en el poder, ni más ni menos que antes de 1848, eran las fuerzas enemigas de ella y a las que ella misma había restaurado. La historia de la burguesía inglesa y francesa habría podido enseñarle que la burguesía sólo tiene dos caminos para conquistar el poder político. Como un ejército de oficiales sin soldados, que necesita encontrar los soldados en la clase obrera, tiene que hacer una de dos cosas: o asegurarse la ayuda del proletariado o comprarle el poder político, a retazos y mediante regateos, a la monarquía y a la nobleza. La burguesía prusiana ya no podía abrazar sinceramente el primer camino, desde que le había tomado miedo en 1848; de entonces acá, era tradicional en ella el sagrado pánico a los trabajadores. No le quedaba, pues, otro camino que el de regatear con el gobierno.

El poder real de la burguesía —le decía Engels— estaba en su derecho, además muy estrictamente reglamentado, a autorizar el cobro de impuestos. Ese era el punto de apoyo de la palanca. Lo que ocurre —seguía diciendo— es que, en Prusia, la oposición burguesa quiere regatear el poder sin pagar dinero. Si hubiera valorado acertadamente sus propias fuerzas, habría podido darse cuenta de que no disponía del poder necesario para impedir la implantación efectiva de la reforma del ejército y que cada sesión que transcurría infructuosamente le hacía más difícil descartar los cambios ya implantados y que el gobierno, a cada año que pasaba, ofrecería cada vez menos por obtener la aprobación de la Cámara. Debía aprender que estaban ya muy lejos los tiempos en que podía nombrar y separar ministros y que, cuanto más durase el conflicto, menos se encontraría con ministros dispuestos a negociar con ella. Debía saber, por último, que estaba en su propio interés el no llevar el conflicto hasta el extremo, creando con ello una situación en la que, en condiciones mucho más desfavorables que las de 1848, tuviera que volver a optar entre aliarse con los obreros o mostrarse de hinojos ante el gobierno. Habría debido, por tanto, sopesar serenamente la organización del ejército y la prolongación del estado de paz que llevaba inseparablemente aparejado y decirse que no era posible impedir la implantación provisional y la definitiva consolidación de aquellas innovaciones, tanto más cuanto que el plan contenía, en realidad, muchos elementos buenos. En vez de mantener una actitud abiertamente hostil frente a la reorganización proyectada, habría tenido que negociar para obtener un poder político mucho mayor, bajo la "Nueva Era", a cambio de los millones en nuevos impuestos que se le pedían.

El propio autor nos dice, en términos muy concretos, qué quería significar. Allí estaban toda la legislación dictada por Manteuffel sobre la prensa y el derecho de asociación, los poderes policíacos y burocráticos transferidos en su integridad por la monarquía absoluta al nuevo gobierno, los estamentos provinciales y regionales, las restricciones puestas por la burocracia a la autonomía municipal, la interpretación de la Constitución clamando por una nueva práctica constitucional, y cien cosas más, que cualquier otra burguesía, en la misma

situación, habría sabido abordar con un aumento de contribuciones de medio tálero por cabeza. Para conseguir todo eso, habría bastado con un poco de habilidad. Lo que ocurre es que la menor ampliación del derecho de prensa y de asociación y reunión habría beneficiado a los obreros mucho más que a la burguesía. Ello explica por qué ésta, antes que obtener la menor libertad e independencia de movimientos para los obreros, prefirió aceptar un poco más de coacción desde arriba. Pero, si la burguesía creía que con el gobierno de la "Nueva Era" había hecho morder el polvo a la burocracia, perdía completamente de vista que ésta era, ahora, mucho más poderosa y más vital que cualquier ministerio proburgués.

Ahora bien, ¿acaso no se fortalecía a la reacción, al redoblar lo que le servía de instrumento fundamental? Tal era el principal dilema ante el que se encontraban los burgueses progresistas. Querían que Prusia hiciera el papel del Piamonte alemán. Pero ello requería un ejército fuerte y combativo. Y este ejército era precisamente el que le negaban al gobierno de la "Nueva Era", el mejor gobierno imaginable, en las circunstancias existentes. Se pasaban el día, de la mañana a la noche, llenándose la boca con frases sobre la gloria, la grandeza, la expansión de poder de Prusia, pero le negaban un reforzamiento del ejército perfectamente congruente con la trayectoria que las demás grandes potencias habían seguido desde 1815. Por miedo a dar armas al partido burocrático-absolutista para un golpe de Estado contra la Constitución, desaprovechaban la mejor oportunidad que se les ofrecía para poner al ejército bajo el control de la Cámara. Si se hubiesen mostrado dispuestos a aprobar el reforzamiento del ejército en ciertas y determinadas condiciones, habría sido posible obtener, bajo el gobierno más afecto a la burguesía que Prusia podía llegar a imaginarse en tiempo de paz, las garantías necesarias que dieran a la oficialidad un carácter más burgués.

Es cierto que el reforzamiento de un ejército de paz venía a facilitar el golpe de Estado. Pero, ¿es que la fuerza militar que un gran Estado necesita va a juzgarse por las mayores o menores perspectivas de golpes de Estado que habrá, en vez de fijarse en el poderío de los ejércitos de los otros grandes Estados? Si en 1848 la burguesía liberal se hubiera comportado con mayor valentía y mayor acierto, es muy probable que Prusia estuviera ya muy lejos de los tiempos de los golpes de Estado. Cada nuevo paso dado en la efectiva implantación del servicio militar obligatorio hace que el ejército prusiano resulte más inadecuado para esta medida. A medida que en el país se extiende la educación política, más tiene que ir impregnándose la mentalidad de los relutas del espíritu opositor. Cuanto más crecen en el seno del ejército, al reforzarse éste, los recursos para dar un golpe de Estado, más necesario se hace, para tratar de cerrar moralmente el paso a éste, reducir a dos años el servicio en filas. Un ejército prusiano de paz podría, en ciertas circunstancias, ser un mero instrumento en manos del gobierno, pero un ejército prusiano de guerra no lo será jamás. Mediante la movilización, un ejército gana mucho en importancia militar; en cambio, desde el punto de vista político, es totalmente inseguro para los desig-

nios absolutistas. La organización militar prusiana, tanto antes como después de la reorganización, tiene, por lo menos, la ventaja de que no sirve ni para emprender una guerra impopular ni para lanzarse a un golpe de Estado de resultados más o menos duraderos. Cuando los periódicos reaccionarios dicen que el ejército es la verdadera organización del pueblo, se refieren solamente a los militares; los ejércitos de la *Gaceta de la cruz* se darían cuenta de la mentira tan grande que es eso de la "verdadera representación popular" si dieran un golpe de Estado y se vieran obligados a recurrir a las tropas móviles.

Por otra parte, no habría ejército prusiano capaz de procurarse por medio del golpe de Estado una Cámara que le autorizase nuevos impuestos y nuevos empréstitos y, aun suponiendo que lo lograra, ningún banquero de Europa le abriría crédito en base a los acuerdos de la Cámara que tal cosa hiciera. En cuanto a la alta finanza, ésta sólo descuenta letras avaladas por tres firmas, y si estas letras aparecen firmadas por el gobierno y por la Cámara de senadores solamente, sin que figure en ellas la firma de la Cámara de diputados o figure la de una Cámara de mentirijillas, acusarán al Estado que haga eso de librar letras en falso y le darán las gracias por el negocio.

Pero, cualesquiera que sean los errores y embrollos que hayan empujado a la oposición burguesa a la situación en que ahora se halla —seguíá diciendo Engels—, si no quiere perder el resto del poder político que aún le queda, no tiene más remedio que seguir batallando y perseverar hasta que, tarde o temprano, el gobierno se vea obligado a hacer las paces con la Cámara. La burguesía, creyéndose más fuerte de lo que en realidad era, se había colocado en una situación en la que no tenía más remedio, ahora, que probar ante el planteamiento de la cuestión militar si era en realidad, como ella creía, la pieza decisiva del Estado. Si triunfaba, se le concedería el derecho de nombrar y separar ministros. Pero, si salía derrotada, jamás volvería a significar nada por la vía constitucional.

Un observador tan sagaz como Engels no podía sobrevalorar la fuerza y la perseverancia de la clase de la que él había salido: "Las condiciones en que vive y los horizontes visuales en que se mueve son hártos mezquinos; nada tiene, pues, de extraño que sea también mezquina toda su manera de pensar. ¿De dónde va a sacar esa clase el arrojo para llevar una empresa hasta sus últimas consecuencias?" Engels sabía muy bien que, lo mismo en la política que en sus actividades industriales, la gran burguesía prusiana se sentía subordinada al gobierno, que, gracias al conflicto con la Cámara, había logrado conquistar una posición como ni siquiera había llegado a soñar Manteuffel. Esta burguesía, a la vista de un movimiento obrero tan absolutamente independiente de ella como del gobierno, no vacilaría ni por un momento en volver a traicionarse a sí misma, exactamente como lo había hecho ya en 1848.

Ahora bien, ¿qué actitud debía mantener el joven partido obrero alemán ante la reforma del ejército y ante el conflicto planteado por ella entre el gobierno y la oposición burguesa? Se da uno cuenta de los esfuerzos que hacía Engels por llevar a la conciencia de quienes por aquel entonces dirigían este

movimiento que el camino por el que los había conducido Lassalle y por el que ellos mismos marchaban ahora no podía conducir a nada bueno. Para la clase obrera —razonaba—, la multiplicidad de Estados entorpecía económica y socialmente el movimiento, y lo primero que tenía que hacer era limpiar el camino de problemas como el de la Constitución unitaria, la hegemonía de Prusia, etc. No tenía por qué preocuparse del número de soldados que el Estado prusiano creyera necesitar para seguir vegetando como gran potencia; en cambio, no podía ver con indiferencia el hecho de si se implantaba o no el servicio militar obligatorio en su totalidad, de si se incorporaba a filas a muchos trabajadores o a pocos. Cuantos más se incorporaran a ellas, mejor. El servicio militar obligatorio —decía Engels— es el complemento natural y necesario del sufragio universal, que permite a los votantes pronunciarse con las armas en la mano en contra de cualquier golpe de Estado. Era éste —opinaba— el único punto en que la organización del ejército prusiano podía interesar a la clase obrera alemana.

Mayor importancia tenía para él el conflicto existente entre el gobierno y la Cámara. En países que habían llevado ya a cabo una revolución industrial completa, el obrero sólo se enfrentaba al capitalista, al burgués. No ocurría así en Alemania, donde la revolución industrial se hallaba todavía en marcha. Aquí, podía uno ver, flotando en medio de una atmósfera que iba modernizándose día tras día, los más extraños fósiles antediluvianos: señores feudales, jurisdicción exenta, hidalgüelos raídos, penas de azotes, consejeros de gobierno, consejeros territoriales, gremios, conflictos de competencia, y por ahí adelante. Y, en la lucha por el poder político, todos estos fósiles vivientes seguían agrupándose en contra de la burguesía, que, en nombre de la nueva época, trataba de disputarles el mando.

En esta lucha —argumentaba Engels—, tendrá que llegar el día en que ambos contendientes recaben la ayuda del proletariado. Por regla general —dice—, esto sucede cuando la clase obrera comienza a moverse por su cuenta y se remonta a la conciencia de que es una clase aparte, con intereses propios y con un futuro propio e independiente. Al llegar ese momento, los representantes feudales y burocráticos de la clase agonizante procuran tentar a los obreros para que éstos se batan a su lado contra los capitalistas, tratándoles de hacer creer que son éstos los únicos enemigos del trabajador, mientras que la burguesía quiere atraerlos con el señuelo de sus intereses comunes frente al viejo orden social declinante. ¿Cómo debe la clase obrera comportarse ante uno y otro adversario? Ello dependerá ante todo de las metas que, en interés de la clase obrera, persiga el partido de los trabajadores. Ya aquí, siguiendo un giro que Marx le había enseñado, Engels, sin mencionar a la Asociación general de obreros alemanes, describe el programa trazado por ella. Ni la reacción ni los liberales estaban decididos a cumplir este programa —aseguraba— y sólo se mostrarían dispuestos a hacer concesiones reales o aparentes si existiera un partido obrero independiente que se vieran obligados a reconocer como un factor de fuerza.

Al dar respuesta a la pregunta de cuál de las dos partes podría hacer mayores concesiones a los obreros, Engels emite un juicio demoledor sobre la política de Schweitzer y de la condesa Hatzfeldt, sin citar ningún nombre. Toda victoria de la reacción —explica— se interpone en el camino del desarrollo social, con lo que, infaliblemente, alarga el día en que los trabajadores están en condiciones de llegar al poder. En cambio, cualquier triunfo de la burguesía sobre la reacción es, de una parte, al mismo tiempo, un triunfo de los trabajadores, ya que ayuda a simplificar las contradicciones de clase, acercando con ello el momento en que el proletariado puede triunfar sobre la burguesía. La clase obrera sólo puede llegar a constituir la mayoría predominante dentro del Estado a condición de que ayude a engrosar el poder de la burguesía. En Inglaterra, la clase obrera ha llegado ya a ese punto, pero en Alemania tiene que vérselas todavía con toda clase de campesinos, en el campo, y en las ciudades con los pequeños maestros, los tenderos, etc. La reacción jamás hace concesiones políticas a los obreros: jamás amplía voluntariamente el derecho de voto u otorga por su propia iniciativa la libertad de prensa ni la libertad de reunión y asociación. A lo que sí puede la clase obrera obligarla es a respetar estrictamente los preceptos sobre la duración de la jornada de trabajo en las fábricas y tal vez también el derecho de coalición.

Un tipo especial de reacción que ha tenido mucho éxito últimamente y que parece estar de moda entre ciertas gentes —Engels alude, naturalmente, a Bismarck— es el bonapartismo. Esta forma de gobierno impide las luchas entre obreros y capitalistas, priva a cada una de estas clases de todo vestigio de poder político, les arrebató la libertad de prensa y el derecho de reunión y asociación y somete el derecho general de sufragio a una presión burocrática tal, que hace punto menos que imposible un triunfo electoral de la oposición. Una parte de la burguesía y una parte de los obreros es, bajo este régimen, directamente comprada por el gobierno. El bonapartismo halaga el orgullo nacional mediante ficticias guerras heroicas, pero que siempre se libran con el permiso de las altas autoridades europeas contra el que en cada caso resulta ser el chivo expiatorio. Lo más que, bajo un sistema así, pueden lograr los obreros o la burguesía es un alto en la lucha durante el cual se desarrolla considerablemente la burguesía y se acumulan los elementos para un nuevo choque, más violento que el anterior.

En el conflicto que en Prusia se está librando —nos dice Engels— se ventila solamente una cosa: si todo el poder efectivo debe concentrarse en el gobierno o si éste debe compartirlo con la Cámara de diputados. No se piensa ni remotamente en arrancar el poder de manos de la burguesía, para entregarlo luego al proletariado. La aristocracia feudal y la burocracia no necesitaban, para retener el poder efectivo, de ninguna clase de parlamento: su posición tradicional radicaba en la Corte, en el ejército y en la administración pública. La burguesía y los obreros, en cambio, necesitan de una representación parlamentaria para ejercer un poder político real y reglamentado. Pero esta representación parlamentaria sólo tiene algún valor a condición de que sea capaz de

“apretar los cordones de la bolsa”. El proletariado no tiene el menor interés en arrebatarse el poder a este parlamento. Ahora bien, si el gobierno —como sabemos que Lassalle pretendía— otorgara el sufragio universal y directo, es decir, si imitara en esto a Luis Bonaparte y los obreros se prestaran a ello, al hacerlo reconocerían también al gobierno el derecho a abolir el sufragio universal por un acto omnímodo de voluntad. Por otra parte, este gobierno podría, asimismo, reglamentar el ejercicio del derecho de sufragio de tal modo que las elecciones celebradas bajo su égida se desarrollaran tan mansamente como en la Francia bonapartista, con su numerosa y estúpida población campesina, su burocracia perfectamente organizada, su prensa tan bien amaestrada y su policía, encargada de estrangular el derecho de reunión.

En Alemania —dice Engels— la población campesina es, por ahora, doblemente numerosa que la urbana. Los feudales explotan dos veces más trabajadores que la burguesía, razón por la cual son, por lo menos, enemigos tan directos del proletariado como los capitalistas. La economía patriarcal, los curas, el embrutecimiento sistemático, la mala enseñanza que dan las escuelas, el aislamiento con respecto al mundo, hacen que el proletariado agrícola sea la parte de la clase obrera que durante más tiempo se mantiene como instrumento inconsciente en manos de la clase privilegiada que lo explota. ¿A qué resultados conduciría, pues, en definitiva, el sufragio universal en un país donde por cada obrero industrial hay dos jornaleros agrícolas, donde la reacción feudal y la reacción burocrática se hallan aún inseparablemente unidas y la lucha en contra de ellas equivale a la lucha por la emancipación espiritual y política del proletariado rural? Mientras no se logre arrastrar al movimiento a los trabajadores del campo, el proletariado urbano por sí solo no conseguirá nada, y el sufragio universal y directo, en estas condiciones, no será para él un arma sino una trampa.

El movimiento obrero alemán, por el momento, sigue su marcha, sin que nada ni nadie lo perturbe. Pero el gobierno sabe, como lo sabe también la burguesía, que este movimiento sólo se mantendrá vivo mientras el gobierno lo quiera. A partir del instante en que este movimiento llegue a ser tan independiente que represente una amenaza para el gobierno, éste pondrá coto a la agitación. Y es de la más alta importancia el que los obreros comprendan esto claramente y no caigan en las mismas ilusiones que la burguesía bajo la “Nueva Era”. No hay movimiento obrero posible sin libertad de prensa y sin derecho de reunión y asociación. Los que actualmente gobiernan en Alemania no son tan necios como para poner ellos mismo el cuello bajo la cuchilla. Y si la reacción se decidiera a arrojar al proletariado unas cuantas aparentes concesiones políticas como cebo, el proletariado —escribe Engels— debería contestarle con las orgullosas palabras de la Canción de Hildebrando: “Los regalos deben aceptarse lanza en ristre”.

La inevitable lucha entre el partido obrero y la oposición burguesa sólo podrá llevarse a cabo y hasta su término cuando, en el futuro, puedan enfrentarse entre sí. Antes de “disponerse al combate” decisivo entre ellos es nece-

sario echar por la borda toda la vieja morralla. La burguesía no puede conquistar el poder político sin poner, al mismo tiempo, las armas en manos del proletariado. Si fuese consecuente, debería exigir la abolición de todas las leyes de excepción contra determinadas clases del pueblo, el sufragio universal y directo, la libertad de prensa y el derecho de asociación. Y esto es precisamente lo que el partido obrero necesita para librar su propia lucha emancipadora. De ahí que se halle interesado en apoyar a la burguesía contra la reacción, mientras ésta se mantenga fiel a sí misma y a sus principios.

Pero si la burguesía traicionase sus propios intereses de clase y los principios congruentes con ellos, a los obreros sólo les quedaría uno de dos caminos: o empujar hacia adelante a la burguesía en contra de su voluntad, como hicieron los trabajadores ingleses después de la Ley de reformas y los franceses desde la revolución de julio, o encomendar a la burguesía a su suerte, como ocurrió en Francia y en Alemania ante el fracaso del movimiento obrero de 1848 a 1850. Sin embargo, esta abdicación política total sólo sería posible allí donde tras esfuerzos violentos y momentáneamente estériles, el proletariado sintiera una apremiante necesidad de reposo. Fuera de este caso, al partido obrero no le quedará otra opción que llevar adelante con sus solas fuerzas la agitación en pro de las libertades burguesas, traicionadas por la propia burguesía. Estas libertades, en efecto, significan para él el aire que necesita para poder respirar. En todo caso, hay que tener presente siempre que el proletariado debe contar con un partido y una organización absolutamente independientes de la burguesía y enfrentarse a ella como un poder a otro poder. Solamente así llegará a conquistar una posición que imponga respeto, ilumine la conciencia de los trabajadores acerca de su interés de clase y estar en condiciones de actuar, llegada la hora del siguiente embate revolucionario.

Al final del folleto, vuelve a resumir Engels, con trazos elocuentes, el programa que, en la situación dada, aconseja a la Asociación general de obreros alemanes que haga suyo. El objetivo debe ser —afirma— impulsar el partido progresista a que dé todos los pasos posibles hacia adelante, fustigar implacablemente y poner en ridículo todas sus flaquezas e inconsecuencias y dejar estar el problema de la reforma del ejército, en la seguridad de que el proletariado, cuando la hora llegue, sabrá poner en pie, en Alemania, su propia organización militar.

Ya de antemano, cuando, antes de enviar su manuscrito a la imprenta, cambió algunas cartas con Marx a propósito de las modificaciones de su texto, más bien secundarias, que éste le propuso, hubo de ponerse de manifiesto qué cuidado tan exquisito ponía Engels en evitar que el joven movimiento obrero se dejase llevar, en Prusia, de las tentaciones bismarckianas y de otras que pudieran surgir en el futuro. He aquí lo que Engels escribía a su amigo, el 13 de febrero: "Lassalle ha impreso al movimiento un carácter tory-cartista que será difícil de borrar, y ha puesto en pie, en Alemania, una tendencia que hasta ahora jamás se había conocido entre los obreros. Por todas partes vemos manifestarse ese repugnante servilismo ante la reacción. *We shall have some trouble*

with that". Y, refiriéndose a las posibles repercusiones de su folleto sobre los proletarios alemanes, añadía: "Puedes estar seguro de que los zopencos dirán: ¿qué se propone Engels, qué ha estado haciendo durante todo el tiempo, cómo puede permitirse hablar en nuestro nombre y decirnos lo que tenemos que hacer, un hombre como él, que vive en Manchester, sentado a su escritorio y explotando a los obreros, etc.? A mí se me da un ardite de todo eso, pero ya verás cómo ocurre así, y tendremos que agradecerérselo al barón Itzig". Se trasluce en estas palabras una nueva razón entre las que fortalecían en Engels el deseo de verse libre cuanto antes de sus ataduras comerciales.

Aún se hallaba el folleto en gestación cuando se vio que ya no sería posible aplazar por mucho tiempo la ruptura franca y abierta entre Engels y Marx y el movimiento creado por Lassalle. A fines de enero, les pedía Liebknecht que no pusieran en tela de juicio la "honradez" de *El socialdemócrata*, mientras él siguiera formando parte de la redacción. Pero Marx le contestó que no daba ni un ochavo por una "buena voluntad" que se encargaba de ejecutar los mandatos de la "mala voluntad". La política de aquel periódico sublevaba cada día más a los dos amigos, quienes hablaban de "los cobardes coqueteos de Schweitzer con Bismarck y de su constante adulación a Lassalle".

Sin embargo, las críticas que Marx hizo a Schweitzer, en cartas personales, resultaron ser infructuosas. Ya el 3 de febrero había querido Marx aprovechar un artículo enviado al periódico desde París por Moses Hess y de cuya publicación resultó ser culpable el propio Liebknecht para dar "un golpe de Estado" que purificase la atmósfera y aircase el partido, "limpiándolo del hedor que en él ha dejado Lassalle". Pero se dio cuenta de que un paso así podía acarrear consecuencias muy penosas; de ahí que expresara el deseo de redactar la declaración que habría de poner fin a su colaboración en *El socialdemócrata* de acuerdo con Engels, a quien la lectura de este periódico "le repugnaba cada día más" y que clamaba impaciente para que la crisis estallara de una vez. En aquellos momentos, se recibió en Londres el número en que aparecía el único artículo enviado por Engels a *El socialdemócrata*. Era la traducción de una vieja balada danesa, "El señor Tidmann", con la que Engels trataba de ilustrar ante los lectores berlineses la decisión con que los campesinos de la Edad Media trataban de poner un alto a la arrogancia de la nobleza. Y, para que no pudiera haber ni sombra de duda acerca de los motivos a que obedecía la publicación de dicho documento literario, Engels hacía la siguiente advertencia, textualmente estampada: "Hemos creído que esta vieja balada cobra vigorosa actualidad en un país como Alemania, en donde la clase poseedora engloba tanta nobleza feudal como burguesía y el proletariado tantos o más proletarios agrícolas que obreros industriales". El mismo número de *El socialdemócrata* publicaba el final de una implacable necrología de Proudhon por Marx, en la que se contenían, aunque perfectamente encubiertos, algunos mandobles contra Lassalle.

Esta circunstancia movió a los dos amigos a esperar a que volviera a presentarse otra ocasión, que, bien aprovechada para abrir los ojos a las masas.

diera pie a la ruptura. Por el momento, se limitaron a enviar a la redacción una declaración conjunta, redactada por Marx, en contra de Hess, en la que, haciendo referencia a las condiciones de Francia, se precavía también a los obreros alemanes, en lenguaje figurado, para que no vendieran por un plato de lentejas su primogenitura revolucionaria. Por razones de orden táctico, creyeron oportuno seguir silenciando el hecho de que Schweitzer se había negado a publicarla.

Marx y Engels se decidieron a romper públicamente con las gentes de *El socialdemócrata* cuando supieron que también Liebknecht se había separado de la redacción y coincidiendo casi con el momento en que Schweitzer enviaba una carta a Marx negando a éste toda competencia para inmiscuirse en los problemas de la "táctica actual", toda vez —le decía— que un movimiento consolidado como el de la Asociación general de obreros alemanes se sentía, hasta cierto punto, obligado por sus tradiciones.

"Cuanto antes, mejor", decía Engels, apoyando la ruptura y estampando su firma bajo la declaración conjunta de renuncia, redactada por Marx. En ella se hacía constar que *El socialdemócrata*, en el que se negaban a seguir colaborando, no creía oportuno mantener frente al gobierno y al partido feudal absolutista el mismo osado lenguaje que empleaba para dirigirse al partido del progreso. Y añadía que, en cuanto a ellos, habían tenido ocasión de expresar, ya en 1847, en las columnas de la *Gaceta alemana de Bruselas*, sus opiniones, de las que no tenían por qué retractar ni una tilde, acerca del "socialismo gubernativo monárquico-prusiano y de las certeras posiciones del partido obrero frente a semejante fantasmagoría". Schweitzer contestó con un artículo editorial de *El socialdemócrata* en el que contraponía la figura de Lassalle, "el hombre de los hechos de la vida" a las de los hombres de las "teorías doctrinarias y estériles".

A Engels ya no le cabía, ahora, la menor duda de que "aquel granuja zafio y de la nueva hornada" estaba a sueldo del gobierno; se sentía como si le hubiesen quitado una losa de plomo de encima, al verse libre de "aquella mafia". Un mes más tarde, escribía a los Estados Unidos, a su amigo Weydemeyer, explicándole las razones que les habían llevado a Marx y a él a romper con Schweitzer. Entre ellas, subrayaba especialmente el porfiado culto lassalleano que se imponía en aquel periódico, tanto más escandaloso —decía, en esta carta— cuanto que Schweitzer no podía ignorar que entre el difunto y Bismarck se había pactado una alianza en toda regla.

No era necesario que a la ruptura con el periódico se hiciera seguir, formalmente, otra con la Asociación general de obreros alemanes, a la que Marx y Engels nunca habían pertenecido. A Engels le pareció que lo más cuerdo era dejar que el partido fundado por Lassalle se fuera al diablo por el falso derrotero en que se había sumido y esperar tranquilamente a que, poco a poco, fueran aproximándose a ellos, bajo la influencia de Liebknecht, los elementos aprovechables que hubiera en sus filas.

Pero, ¿qué sucedería si la gente, en Alemania, les pedía que alguien que sustentara sus ideas se pusiera a su cabeza? Engels, por su parte, no abrigaba el

menor deseo de asumir una misión a la que no se sentía llamado por las condiciones políticas existentes ni dentro ni fuera de Alemania. Tanto él como Marx se daban por contentos, de momento, con que Liebknecht se encargara de ajustarle las cuentas debidamente a los "lassalleanos" y se esforzara en poner de manifiesto "los principios" y de colocar también en el lugar que les correspondía a sus "envejecidos creadores", como los llamaban los agitadores del partido de Lassalle.

Las masas de la Asociación obrera alemana no les perdonaban que no hubieran apoyado abiertamente a su héroe, cuando aún vivía. De ahí que no fuera ninguna hombrada el que Hess, el 9 de marzo de 1865, publicara en *El socialdemócrata* un artículo denostando a los doctrinarios, que acorralados en su sistema, no podían resignarse a que Lassalle los hubiera condenado a la jubilación. Hess, en este artículo, acusaba a Engels de no haberse atrevido, en su folleto, a exponer su verdadero pensamiento más que con "timidez de liebre", sin llegar abiertamente a la conclusión de que Lassalle se había adelantado a los acontecimientos con su labor de agitación y de que no había más que cruzarse de brazos y acudir en peregrinación a la Meca-Londres, hasta que un día Alemania amaneciera convertida en república y volvieran a aparecer la *Nueva gaceta renana*.

En términos muy parecidos a éstos trataba también Schweitzer de explicar a sus lectores y secuaces la "deserción" de los autores del *Manifiesto comunista*, a quienes él acababa de cubrir de halagos. Marx y Engels —les decía— no habían podido sobreponerse al golpe de no haber logrado apoderarse del partido de Lassalle, a la muerte de éste. Por último, la condesa Hatzfeldt se creyó también en la obligación de incitar a los trabajadores contra Marx, "enemigo jurado de Lassalle" y sus "agentes, muy pocos en verdad, pero extraordinariamente dinámicos y astutos, hay que reconocerlo", empeñados "en dar totalmente al traste con el movimiento obrero".

Tan escasa era, por aquellos días, la popularidad de Marx y Engels entre los obreros socialistas alemanes, que un partidario suyo de otros tiempos, Röser, obrero de la industria cigarrera, que había figurado entre los condenados en el proceso contra los comunistas, con motivo de una fiesta obrera renano-westfaliana celebrada el 12 de agosto de 1865 en la ciudad natal de Engels, pudo acusar a los dos de que ya en la *Nueva gaceta renana* habían hecho más daño que beneficio al proletariado y de que ya en aquel tiempo predicaban ideales irrealizables, sin preocuparse en absoluto de las verdaderas condiciones de la realidad.

Schweitzer no arriesgaba nada cuando se burlaba de la "anticuada camarilla marxista", a la que acusaba de no influir en nadie. La nave que él capitaneaba marchaba, en cambio, viento en popa. El problema alemán se acercaba a su decisión sangrienta y le brindaba a este "político realista" la perspectiva de que Bismarck proclamara el sufragio universal igual y directo, que había sido la gran bandera de Lassalle, convirtiéndose así en su ejecutor testamentario. Marx y Engels no querían ser, en modo alguno, políticos realistas a

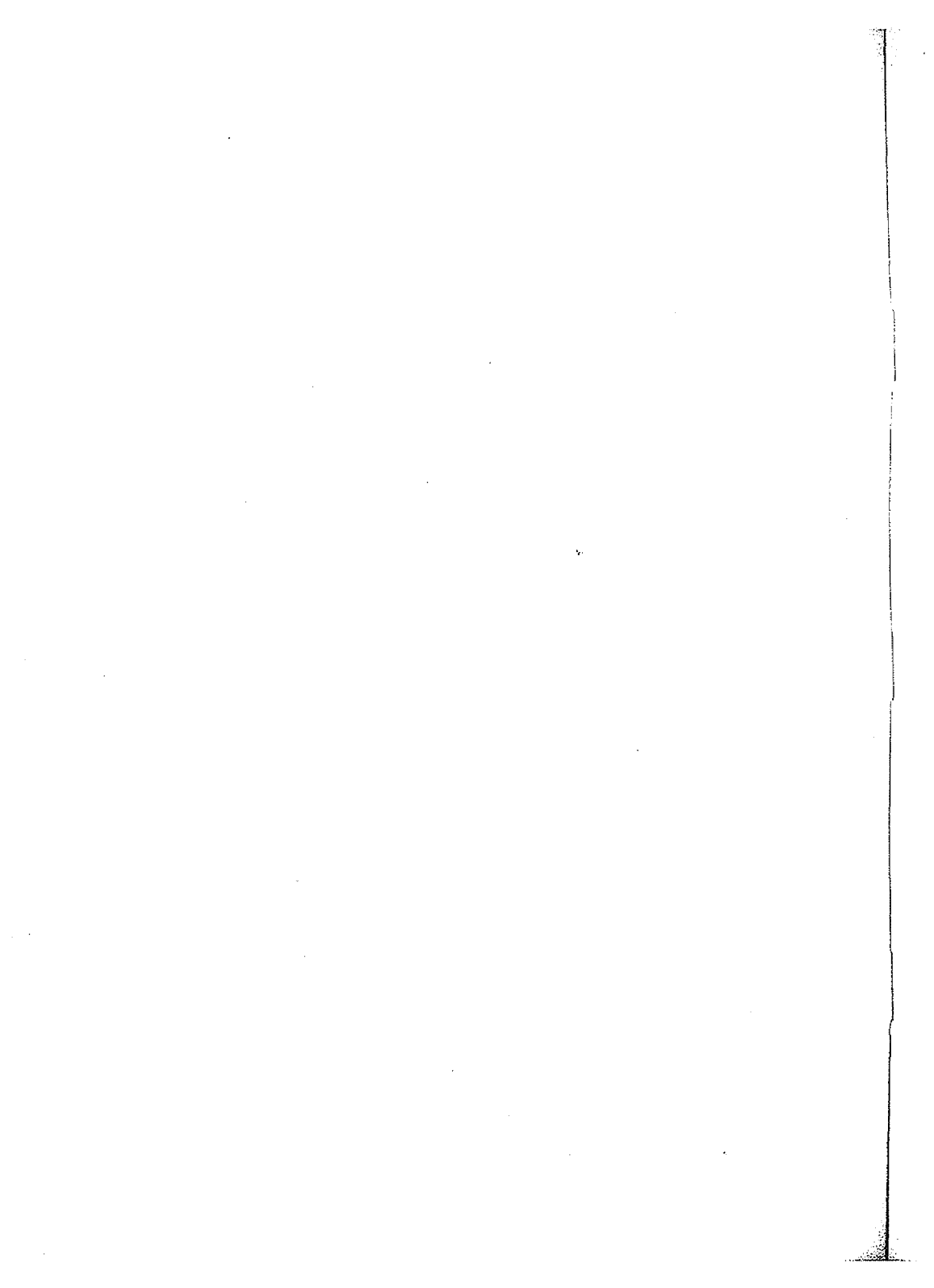
la manera de Schweitzer. Una labor de agitación obrera a la que sólo se dejaba en libertad "mientras adoptara una forma conveniente para el señor Bismarck" no tenía atractivo alguno para ellos. Marx tomaba perfectamente en serio lo que por aquellos días escribía en carta al Dr. Kugelmann, de Hannover, que había sido viejo amigo de Miquel y admirador suyo, al decirle que prefería una y mil veces la labor de agitación que podía realizarse desde Londres por medio de la Asociación obrera internacional. Y lo mismo pensaba Engels.

La Asociación obrera internacional se había fundado en Londres cuando Engels se hallaba viajando por las tierras del norte de Alemania, y tardó varias semanas en enterarse de aquel acontecimiento.

Recordamos que, al disolverse la Liga comunista, Marx se había negado a participar en ninguna clase de organizaciones, de las muchas que recababan su presencia. Pero esta vez, según hizo saber a su amigo, ya de vuelta en Londres, se decidió a aceptar porque intervenían en el asunto "fuerzas reales y efectivas", tanto por parte de los franceses como de los ingleses.

En la biografía de Engels no pesaron gran cosa ni la fundación ni los primeros años de existencia del nuevo partido mundial de los trabajadores. Copropietario de la fábrica de hilados de Manchester desde hacía poco tiempo y obligado a vivir lejos de Londres, se limitó, durante los comienzos de la Internacional, a aportar dinero y a pedir el carnet de la nueva organización para él y para Lizzy. Pero, adelantándose a los hechos, predijo ya desde el primer día a su amigo que aquel organismo estaba llamado a escindirse "tan pronto como las cosas se pusieran un poco en claro". "El asunto tendrá que atravesar por una serie de fases y te robará mucho tiempo, pero hay que reconocer que se trata de algo muy distinto a la Asociación de Lassalle", escribía a Marx el 12 de abril de 1865.

Para sus adentros, Engels temía que el esfuerzo consagrado a la Internacional, cuya alma acabó siendo Marx en poco tiempo, retrasara la terminación del *Capital*, del que tanto esperaba. Comprendía, sin embargo, que Marx no podía regatear su tiempo ni sus energías a una empresa como aquélla, que tan vastas perspectivas abría a la meta que les era común, aunque las exigencias que le planteaba pesaran sobre él, ya desde ahora, por temporadas, "como una verdadera pesadilla". Si había alguna idea que fascinara a los dos amigos era la de haber encontrado, por fin, una manera de infundir de nuevo al movimiento obrero inglés un espíritu revolucionario. Si se lograba "reelectrizar" a los obreros ingleses, le decía Marx a Engels el 1 de mayo de 1865, la Internacional, con este solo hecho, habría hecho más por el movimiento obrero europeo que lo que pudiera conseguirse por cualquier otro camino. Pero, como sabemos, fueron precisamente estas esperanzas las que fallaron. Marx no alcanzó a vivir el tiempo suficiente para volver a ver en el país en que vivió y murió un movimiento obrero de carácter político, independiente, extenso y llamado a tener éxito, y tampoco a Engels le fue dado contemplar, tras abundantes desengaños, más que los primeros inicios de ese movimiento.



CAPITULO V

EL AUGE DE PRUSIA. APARECE EL CAPITAL.
 LUCHAS EN EL SENO DE LA
 SOCIALDEMOCRACIA ALEMANA.
 ENGELS SE RETIRA DE LOS NEGOCIOS.
 EL PROBLEMA IRLANDÉS.

Engels estaba acostumbrado a mirar con un gran desprecio cuanto guardara relación con Prusia y con la dinastía prusiana. Su información acerca de lo que ocurría dentro del país provenía casi exclusivamente de la prensa inglesa y de la *Gaceta de Colonia* y no pudo percibir tan a tiempo como Lassalle y Schweitzer, para incluirla en sus cálculos, la fuerza política que Prusia había encontrado en la personalidad de Bismarck. Viendo que, en la Convención de Gastein, éste volvía a tomar un rumbo contrario a Austria, sacaba de ello la equivocada conclusión de que el presidente del Consejo de ministros de Prusia estaba en las últimas y no podría embarcarse en una guerra sin exponerse a ser inmediatamente derrocado.

Seguía viendo en el Canciller prusiano a un aventurero por el estilo de Luis Napoleón y, como a tantos otros contemporáneos suyos, su política le recordaba la del caudillo francés. Le dijo a Marx, muy malhumorado, que los filisteos ya no le exigían a su ídolo más éxitos momentáneos y que les bastaba con los obtenidos para alardear de que su Bismarck era casi una figura tan imponente como la de Napoleón III. Confiaba, sin embargo, en que la gran burguesía, de la que él había salido, mandaría al diablo "las últimas ilusiones que aún abrigaba acerca de la posibilidad de que el desarrollo histórico llegara a sus metas pacíficamente", por la vía legal.

De modo parecido a cómo pensara ya a comienzos de 1863, transitoriamente, también a comienzos de 1866 consideraba posible que estallara una revolución en Berlín, si la movilización alejaba las tropas de la capital. "Cualquier incidente podía echar la cosa a rodar cuando los soldados se hallaran concentrados en la frontera. Y si los berlineses descargaban el golpe en el momento oportuno, la cosa podría salir bien, pero ¿cómo fiarse de ellos?"

El 2 de abril, Engels ya no dudaba de que Bismarck se había puesto de acuerdo con Rusia y de que estallaría la guerra. Las concentraciones de las tropas rusas en la frontera occidental servirían para ocupar la ciudad de Posen y sofocar una revolución en la capital prusiana. Y temía que Napoleón se valiera

de esta ocasión para establecerse en la orilla izquierda del Rin, consolidando con ello su poder de por vida. Habría que colgar —decía Engels— a todos los culpables y cómplices de esta guerra, que lanzaría a unos alemanes contra otros. El éxito de Prusia en este intento provocaría, según él, la intervención de Bonaparte, y ello le llevaba a desear antes que nada que los compatriotas más cercanos a él pudieran “mantenerse como simples espectadores”.

Coincidiendo con la mayoría de los demócratas alemanes dentro del país, consideraba como un malabarista a aquel Bismarck que se hacía pasar por “el restaurador de los derechos fundamentales de Alemania” y que proponía a la Dieta confederal convocar a una representación popular. “¡Qué clase de buey debe de ser ese granuja!”, escribía a Marx, dejándose llevar de la primera impresión. Pero, dos días después, estaba ya convencido de que los burgueses liberales de Alemania, tras alguna resistencia, se resignarían a que la monarquía prusiana se encargara de ejecutar su programa. Se daba cuenta, ahora, de que el bonapartista bismarckiano era “la verdadera religión de la moderna burguesía”. Lo que Bismarck podía ofrecer al liberalismo alemán le había abierto definitivamente los ojos acerca de la vacuidad de las perspectivas de una política de poder de la burguesía, principalmente de la alemana.

“Cada vez veo más claro”, escribía a Marx el 13 de abril, “que la burguesía no tiene los arrestos necesarios para gobernar directamente y que, por tanto, donde no hay, como aquí, en Inglaterra, una oligarquía que pueda encargarse, a cambio de una jugosa remuneración, de gobernar el Estado y la sociedad en interés de la burguesía, la forma normal indicada es una semidictadura bonapartista que regente los grandes intereses materiales de la burguesía incluso en contra de ella misma, pero sin cederle la más pequeña parcela de poder. Por otra parte, esta dictadura se ve obligada a adoptar de mala gana los intereses materiales de la burguesía. Ahí tenemos al señor de Bismarck, haciendo suyo el programa de la Asociación nacional. Su aplicación será, por supuesto, otro cantar, pero si Bismarck fracasa no será precisamente por los obstáculos que los burgueses alemanes pongan en su camino”.

En esta hora en que todo parecía vacilar dentro de Alemania, Engels abrigaba grandes esperanzas. Si hay guerra —opinaba el 16 de mayo, en carta a Marx—, Bismarck tendrá que agitar las aguas del Aqueronte, que sin duda alguna le arrastrarán, pero incluso una victoria del partido progresista revestiría en estas circunstancias un carácter revolucionario y haría avanzar las cosas. “A pesar de todo”, confesaba a su amigo, “no acierto a pensar todavía que, a mediados del siglo XIX, pueden guerrear entre sí la Alemania del norte y la del sur, solamente porque así lo quiere Bismarck, en interés de los rusos y de Bonaparte”. Y se consolaba pensando que el Canciller prusiano se había metido en un “atolladero” del que ni él ni todo el régimen acertarían a salir.

En caso de guerra, Engels consideraba desfavorables las perspectivas de Prusia: “Suponiendo que Prusia saliera victoriosa, no sería, a la larga, lo bastante fuerte para emprender una ofensiva que la llevara, cruzando el Danubio, hasta Viena, y no digamos a través de Pest. Austria podría obligar por sí sola a

que Prusia hiciera la paz, pero Prusia no estaría en condiciones de hacer lo mismo con Austria. Por tanto, cualquier victoria prusiana sería, para Bonaparte, una tentación a intervenir”.

Aunque, en sus cartas a Marx, decía que ambos ejércitos valían, sobre poco más o menos, lo mismo, tenía más confianza en Benedek que en el príncipe Federico Carlos, el cual no disponía —aunque Engels se equivocaba al pensar así— de “excelentes e influyentes oficiales de Estado mayor”. Además, Engels estimaba que Prusia, con su movilización, llevaba dos semanas de retraso con respecto a Austria. Y, sobre todo, abrigaba serias dudas en cuanto a la confianza que pudiera depositarse en las reservas.

“Si los austríacos —escribía a Marx el 25 de mayo— son lo bastante listos para no atacar, no cabe duda de que se armará la gorda en el ejército prusiano. Ninguna movilización ha encontrado tanta rebeldía entre los soldados como ésta”.

Esta vez, al apreciar militarmente la situación, se equivocaba como nunca ni antes ni después, en la creencia de que el conflicto constitucional había quebrantado la disciplina del ejército prusiano, al que, por tanto, no consideraba capaz de hacer una guerra ofensiva: “En esta guerra, las reservas serán tan peligrosas para Prusia como en 1806 lo fueron los polacos, que representaban también la tercera parte de las tropas y que lo desorganizaron y echaron a perder todo antes de que comenzara la batalla”. Así escribía Engels el 11 de junio. Le aseguraba a Marx que a fines de mes estallaría en Prusia una revolución militar, y declaraba: “Si no se aprovecha esta ocasión y la gente se resigna, sin hacer nada, ya podemos dedicarnos a hacer las maletas como revolucionarios y consagrarnos a la alta teoría”. Al decir esto, no cabe duda de que describía acertadamente el incalculable alcance que la decisión que iba a recaer tendría para el futuro del partido revolucionario: en los campos de batalla de la Bohemia iba a decidirse, en efecto, si el revolucionario tendría que plegar su bagaje de luchador, en el terreno de la práctica, para replegarse, por lo menos en cuanto a sus conocimientos militares, al campo de la teoría pura.

Marx había expresado, como sabemos, el deseo de que Engels afirmara en la gran prensa inglesa su fama de escritor especializado en cuestiones militares. Sus colaboraciones en el *Volunteer Journal* y en la *Gaceta militar* de Darmstadt le abrían fácilmente el acceso a las columnas del más prestigioso periódico de la ciudad en la que era una figura destacada. Del 20 de junio al 6 de julio aparecieron en el *Manchester Guardian* cinco artículos suyos sobre los efectivos y las perspectivas de los beligerantes y, en relación con ello, sobre la marcha de los acontecimientos. Vemos reflejarse fielmente aquí las sorpresas que la campaña de 1866 y sus resultados depararon a Engels. Con aquella imprevisión solamente explicable por el profundo desprecio que sentía por todo lo prusiano, augura en su primer artículo la derrota de los Hohenzollern. Reconoce la superioridad de las armas y la intendencia prusianas, pero da por supuesto que estas ventajas se verán contrarrestadas por los mejores mandos, la más alta moral el adiestramiento y formación más cuidadosos de los austríacos.

Estos, según él, aleccionados por las duras experiencias de la campaña de 1859, habían aprendido mucho, mientras que los prusianos llevaban cincuenta años sin foguarse en una guerra grande. Es cierto que en los últimos tiempos se había hecho mucho, en Prusia, por el ejército, pero sus tropas seguían apegadas a la pedantería y al detallismo cicatero del período de paz. Estaba firmemente convencido de que la infantería prusiana, al igual que la rusa, de haber entrado en la guerra de Crimea, habría avanzado en columnas cerradas, para verse segada por los cañones del enemigo antes de que hubiera podido alcanzar el frente de éste.

De los mandos prusianos había llegado a formarse una idea verdaderamente peregrina y resultaba grotesco ver hasta qué punto el odio empañaba su mirada, siempre limpia y sagaz para enfrentarse cara a cara a las cosas. Decía que el rey Guillermo, oficial de parada de una capacidad, en el mejor de los casos, bastante mediocre y, además, bastante testarudo, tendría que dar oídas, como general en jefe, al Estado mayor, al gabinete militar y a los altos oficiales de su séquito. Cada uno de estos tres elementos trataría, evidentemente, de imponer su propio plan de operaciones y, como resultado de ello, quedarían anulados los tres. "Todo serían órdenes y contraórdenes y, como consecuencia de ello, el desbarajuste; el rey, irresponsable, asumiría toda la responsabilidad; nadie se sentiría responsable de nada y nadie se atrevería a hacer lo que no se le ordenara desde arriba. No cabía concebir sistema que se prestara mejor que éste para asegurar la derrota desde el propio cuartel general. En política, Guillermo I se encomendaba tácitamente a la dirección de Bismarck, pero en el ejército faltaba el hombre capaz de asumir, de modo semejante, la carga exclusiva del mando. Para evitar una derrota —era la conclusión a que llegaba Engels—, sería necesario que las tropas prusianas se lanzaran al combate animadas por un ardor que, en realidad, nadie podía esperar de un ejército como aquél, adiestrado para la paz.

En el segundo de esta serie de artículos analizaba las razones por virtud de las cuales esta guerra obligaría a los prusianos a luchar a la defensiva y a los austríacos a tomar la ofensiva. El tercero trataba del teatro de operaciones de Italia. En él, afirmaba Engels que el entusiasmo nacional, por bueno que fuera, no podía suplir al adiestramiento militar.

El cuarto artículo vio la luz el mismo día en que se libró la batalla de Königgrätz. El autor criticaba duramente en él el plan de campaña de los prusianos, en la medida en que era posible tener una idea del mismo. Se recordará que Moltke, al saber que el ejército austríaco se movía desde Moravia hacia Bohemia, ordenó que avanzasen sobre esta región, por distintos lados, los dos ejércitos prusianos, el mandado por el príncipe de la Corona y el que capitaneaba el príncipe Federico Carlos. La orden era que los dos ejércitos efectuaran su unión en aquella zona, es decir, en terreno enemigo. Al obrar así, Moltke infringía —según Engels— las leyes de la estrategia, según las cuales las fuerzas combatientes no podían separarse a menos que pudieran acudir en cualquier momento en ayuda la una de la otra y que, además, esas leyes vedaban la unión

de las tropas en terreno ocupado por el enemigo. Pero la estrategia de Moltke se distinguía precisamente de la de Napoleón, que Engels tenía presente, en que prefería ordenar la reunión de los ejércitos disponibles en plena batalla y no antes de ella, ya que esto ofrecía una posibilidad muy favorable de caer sobre el enemigo de flanco y derrotarlo.

Al día siguiente de haberse publicado su crítica, Engels hubo de reconocer que la estrategia prusiana, aunque atentara al parecer contra "las leyes supremas del arte de la guerra", no había dado malos resultados. La noticia de la victoria decisiva lograda allí por Moltke produjo una tremenda impresión en Engels, que había pronosticado un resultado tan distinto. "Una batalla decisiva así, lograda en ocho horas, no tiene precedente", le confesaba a Marx, "pero el fusil de pistón es un arma tremenda, y hay que reconocer que esos demonios se batían con una bravura que yo no había visto nunca en tropas habituadas a la paz". Desde las mismas columnas en que pocos días antes había juzgado tan desdeñosamente al ejército prusiano, expresaba ahora, en su último artículo, el 6 de julio, la gran admiración que sentía por él:

"Está bien decir que el fusil de pistón es formidable, pero no se dispara por sí solo y requiere, para su manejo, corazones valientes y un ejército poderoso. Los prusianos han luchado casi siempre en inferioridad de número y han sido, por lo general, la parte atacante: los austríacos podían, por tanto, elegir el terreno. Y cuando hay que atacar fuertes posiciones y plazas fortificadas, casi desaparecen las ventajas de este tipo de fusil; en estos combates, el arma decisiva es la bayoneta, como muchas veces lo ha sido aquí".

A juicio de Engels, y no se recataba para hacerlo saber así a sus lectores ingleses, el ejército prusiano se había elevado en una semana a una posición tan alta como casi nunca había llegado a ocuparla y bien podía asegurarse —decía— que el vencedor de Königgrätz podría, en el futuro, medir sus fuerzas con cualquiera. En tan alta estima tenía Engels, ahora, la capacidad y experiencia guerrera de estas tropas, que "podrían, mañana mismo", aseguraba, "enfrentarse a los franceses, aunque éstos estuviesen pertrechados con fusil de retrocarga". La bayoneta francesa había pasado a la historia, como en su día la pica de los españoles.

Engels se dio inmediatamente cuenta de cuáles serían las consecuencias políticas de la victoria lograda en la Bohemia. A raíz de la batalla, el 4 de julio, escribió a Marx: "No cabe duda de que Bismarck intentará ahora instaurar su imperio alemán, incorporando a él la Bohemia, que les ha arrebatado a los austríacos y uniendo así las tierras de Silesia con las de Baviera". Como en el caso del golpe de Estado de Luis Napoleón, que también le había sorprendido, envolvía su asombro en la frase de que la historia del mundo se volvía cada vez más irónica. Resulta —decía— que este hidalguillo de aldea que es Bismarck ha dejado chico a su maestro Napoleón y ha demostrado al mundo cuán poco tiene que ver con este árbitro de Europa. "¿Cómo explicarse a este Bismarck, que, para poder gobernar a su país, en el interior y durante unos cuantos meses, con los métodos feudales y absolutistas, aplica felizmente en el exterior la polí-

tica de la burguesía, prepara el poder de ésta, sigue caminos en los que sólo puede avanzar recurriendo a medios liberales e incluso revolucionarios, aunque para ello tenga que abofetear diariamente a sus propios hidalgos rurales y a sus mismos principios?"

Así escribía el 9 de julio. Y, a renglón seguido añadía: "El hecho simple y escueto es éste: Prusia cuenta con 500 000 fusiles de pistón y el resto del mundo sólo dispone de 500. Pasarán dos, tres y tal vez cuatro años hasta que cualquier otro ejército pueda estar armado con fusiles de retrocarga. De aquí a entonces, Prusia tendrá la supremacía. ¿Crees que Bismarck no se aprovechará de esta ventaja? No te quepa duda que lo hará".

Da por supuesto que la súbita y enorme expansión de poder logrado por Prusia empujará a Bonaparte y a los rusos a ponerse de acuerdo. Y nada le parece tan peligroso para la paz de Europa, en esta coyuntura, como la "limitada y fanática aversión" que los franceses sienten contra una Alemania fuerte. No cree, sin embargo, que por ahora se dejen arrastrar a la guerra, ya que una invasión francesa sería la mejor manera de "echar a los alemanes del sur en brazos de Prusia y hacer que se olvidara la guerra civil". Por otra parte, considera a Bismarck lo "bastante inescrupuloso" para amenazar a los rusos, en caso necesario, con una nueva insurrección polaca.

A Engels le sirvieron de escarmiento los desengaños que hubo de sufrir durante estas semanas de verano. Jamás, a lo largo de toda su vida, había dejado que el resentimiento nublara hasta tal punto su límpida mirada como en esta ocasión. Mientras que Liebknecht se resistía a ver en la victoria prusiana de Königgrätz algo decisivo e inapelable y se embarcaba ahora en una política que rayaba en términos muy dudosos con los particularistas y clericales de todos los matices, Engels se percató en seguida de que a él y a Marx no les quedaba otro camino que reconocer el hecho consumado y contar con él de allí en adelante. El 25 de julio, volvía a escribir a Marx que Bismarck implantaría un Imperio de la pequeña Alemania en la envoltura a que la burguesía liberal aspiraba. Aunque de momento contara con el poder que necesitaba, gracias a su prestigio personal y al ejército, más adelante se vería obligado a apoyarse en la burguesía para hacer frente al monarca. "Y la marcha natural de las cosas le pondrá a él o a su sucesor cada vez más en el trance de apelar a los burgueses, de tal modo que, aunque Bismarck, probablemente, no dará a los burgueses más que lo que puede darles, se verá cada vez más arrastrado al campo de la burguesía". "Lo bueno de esto es que simplifica la situación y facilitará la revolución, dejando a un lado las querellas entre las pequeñas ciudades y, desde luego, acelerando el desarrollo".

El movimiento —decía Engels— acabará con la maldición de los pequeños Estados y ello hará que los partidos dejen de tener, por fin, un carácter local y se conviertan en partidos nacionales. "Lo peor de todo es la inevitable inundación de toda Alemania por los prusianos, lo que no deja de ser un grave inconveniente. Y también es mala la separación momentánea de la Austria alemana, que traerá como consecuencia el avance inmediato del elemento eslavo

en Bohemia, Moravia y Carintia. Dos cosas contra las que, desgraciadamente, no hay nada que hacer". Engels expresaba, sin embargo, su esperanza de que no pasaría mucho tiempo antes de que los territorios alemanes de Austria fueran incorporados al nuevo Imperio. A lo que Marx replicó: "Siendo como son, ellos mismos, un conglomerado paneslavista, opondrán un antagonismo tanto mayor a los moscovitas". En diciembre de 1866, el mismo Engels admitía la posibilidad de que los rusos consideraran el momento propicio para meter en un puño a Austria, contando con la ayuda de Bismarck, anexionarse la Galizia y desmembrar a Turquía, convirtiéndola en un montón de Estados eslavos.

Como es natural, a Engels le preocupaba mucho el problema de cómo repercutiría la victoria de Königgrätz en cuanto al desarrollo del movimiento político obrero alemán. Tanto para él como para Marx, estaba fuera de toda duda que debían aprovecharse hasta el máximo las nuevas posibilidades que, al crearse la Confederación de la Alemania del Norte, surgían para unir y organizar al proletariado en el ámbito nacional. Para llevar a cabo estos propósitos, se tropezaba, sin embargo, con diversas dificultades. Una de las primeras era que la sola persona de confianza con que contaban en el movimiento obrero alemán se vería embriagada durante los próximos años por la obsesión de acometer furiosamente contra los resultados de la paz de Nikolsburg. De ahí la paradójica circunstancia de que durante este período, la política de Schweitzer encontrara mayor comprensión en el ánimo de Marx y Engels que la de Liebknecht, a pesar de que, en el orden personal, confiaban mucho más en su amigo que en la problemática figura del desclasado aristócrata de Francfort.

Mientras en Alemania se llevaban a cabo y repercutían estos grandes cambios, Marx hallábase ocupadísimo con su trabajo en la Internacional, cuya dirección, según hubo de decirle a Engels ya en marzo de 1865, se hallaba en sus manos, y por los últimos esfuerzos para dar cima al primer tomo de su gran obra, *El Capital*, tras largos años de fatiga.

Aunque Engels, por las razones más arriba expuestas, no podía aún participar activamente en la vida de la Internacional, Marx le tenía constantemente informado, con toda minuciosidad, acerca de las alternativas de aquella organización y recababa su consejo en todas las ocasiones importantes.

Pero a su amigo le interesaba todavía más la suerte de aquel "maldito libro", cuya aparición fue dilatándose hasta última hora por las enfermedades, la meticulosidad, los escrúpulos y la penuria material del autor de la obra. En febrero de 1866, Marx, que por aquellos días padecía lo indecible de una aguda carbunculosis, complicada con la crónica miseria, escribió a su amigo una carta en la que le decía que no le importaría "estirar la pata" mañana mismo, con tal de haber terminado su libro y de dejar un poco atendida a su familia. A lo que Engels contestó:

"Sabes bien que estoy dispuesto a hacer cuanto de mí dependa, y en este caso extremo aún más de lo que sería capaz de hacer en otras circunstancias. Pero, por favor, procura ser un poco razonable y complacernos a tu familia y a mí en lo único que te pedimos, que es que atiendas tu salud y dejes que los mé-

dicos te curen. No quiero pensar en lo que sería de todo el movimiento si te ocurriera algo, y me temo que, si sigues haciendo lo que haces, sucederá lo que tenemos. De veras te digo que no encontraré sosiego ni de día ni de noche hasta que no sepa que has salido, por fin, de esa pesadilla”.

Pero aún hubo de pasar su amigo por otra de aquellas espantosas crisis financieras, que recordaba —decía, bromeando— los peores tiempos de la de los años cincuenta y en la que hubo de hacer por él cuanto estaba en sus manos “y aún más”, como Marx, agradeciéndoselo, reconocía, hasta que, al cabo de tantos sinsabores, en noviembre de 1866 fueron enviados al editor los primeros manuscritos de *El Capital*. La feliz nueva le quitaba a Engels “un gran peso de encima”. Y, como seguía siendo aficionado a rociar con vino las noticias agradables, bebió “una copa muy especial” a la salud del autor. El 27 de abril de 1867, escribía Engels a Marx, con este motivo: “Siempre he creído que ese maldito libro que tantos años has llevado a costas era el principal culpable de todos tus apuros y desazones, de los que no podrías librarte hasta que te lo sacudieras. No cabe duda de que esa obra eternamente inacabada pesaba sobre ti y te abatía física, espiritual y financieramente. Por eso puedo imaginarme perfectamente que ahora, después de quitarte esa losa de encima, te sientas como otra persona completamente distinta”.

También él estaba convencido, como el propio autor de la obra, no sólo de que *El Capital* causaría “un gran efecto” cuando apareciera, sino que vendría a mejorar los ingresos de Marx en el futuro. Pero a ello iba unida además, para Engels, la esperanza de que, ahora, le sería posible abandonar, sin tardanza, aquel tipo de vida que temía acabara con él. Sentía, como decía en carta a Marx, grandes ansias de redimirse de aquellos “repugnantes negocios”, cuyo despilfarro de tiempo le tenía totalmente desmoralizado: “Mientras esté metido en esto no valdré para nada; sobre todo desde que soy el principal de la empresa la cosa está para mí mucho peor, por la mayor responsabilidad que pesa sobre mí”. Le contaba que dentro de unos cuantos años expiraría su contrato con Ermen y que no pensaba renovarlo. Pero, al abandonar la profesión comercial, los ingresos se harían más reducidos, “y eso es lo que siempre me ha preocupado, lo que fuera a pasar contigo. Pero si las cosas, ahora, empiezan a marchar tan bien como parece, también esto se arreglará, aunque entre tanto no estalle la revolución y dé al traste con todos los proyectos financieros”.

De la respuesta de Marx, fechada el 7 de mayo, interesa destacar las siguientes líneas, llenas de emoción: “De no haber sido por ti, jamás habría podido terminar mi obra, y puedes estar seguro de que siempre ha estado sobre mi conciencia como una pesadilla el saber que tenías que malgastar y embotar tus fabulosas energías, por mi causa, en negocios comerciales y, encima, verte obligado a participar de todas mis *petites misères*”.

Basta recordar cómo Engels, desde el primer día, había confiado en los estudios económicos de Marx, cómo había procurado estimularlos y qué esperanzas cifraba en ellos para la causa, para el partido, para el autor y para sí mismo, y comprenderemos enseguida lo que sentía por la obra de su amigo, ya

terminada: lo que un padre siente por el hijo adorado. Recordemos también cómo él mismo, ya durante su primera estancia en Inglaterra, se había adentrado en la teoría económica y cómo estos tempranos esfuerzos de aprendizaje dieron como fruto aquel audaz ensayo del que el futuro autor de *El Capital* reconocía que le había prestado, por aquel entonces, un estímulo casi decisivo. Al sellar con Marx aquella alianza de ideas tan profundas y tan duraderas y cuando se hubo convencido de que las inclinaciones y la capacidad de su amigo para las investigaciones teóricas sobrepasaban a las suyas, le reservó, en la especie de división del trabajo que poco a poco fue estableciéndose entre ellos, el campo de la economía, lo mismo que el de la filosofía, que también a él le interesaba mucho. Pero esto no quiere decir que Engels no fuera, a su modo, un maestro en teoría económica y que, cuando la necesidad se presentara, no pudiera revelar sus propias aptitudes, muy respetables en este campo teórico.

Del éxito de venta que alcanzara el primer tomo de *El Capital* dependía mucho: no sólo el saneamiento de las finanzas de Marx, sino también la posibilidad de preparar y publicar el resto de los volúmenes de esta obra maestra. Cuando en 1859 salió a la luz pública la *Crítica de la economía política*, la primera obra de Marx sobre estos problemas, fue casi totalmente silenciada por la prensa y por los publicistas alemanes. Esta historia no debía repetirse, ahora. Engels estaba dispuesto a hacer cuanto estuviera a su alcance por conseguir que *El Capital* encontrase lo antes posible el reconocimiento que la importancia de la obra merecía, por que la edición se agotase y por que el libro fuera traducido a otros idiomas. Para lograr lo que se proponía, no tuvo empacho, considerándolo lícito, con el asentimiento de Marx, en recurrir a "pequeñas maniobras". Abrieron el camino a la divulgación de la obra, en la prensa burguesa, las reseñas anónimas sobre ella salidas principalmente de la pluma del leal amigo Siegel, ahora enfermo de muerte, y del Dr. Kugelmann, médico ginecólogo de Hannover y fervoroso admirador de Marx. Y a ellas siguieron otras muchas escritas por Engels desde el anonimato. A fines de 1867, estas reseñas anónimas redactadas por Engels llegaron a diversos periódicos de Duseldorf, Duisburgo, Elberfeld, Francfort, Mannheim, Stuttgart y Hannover. Y, como es natural, Liebknecht movilizó también con este fin al pequeño *Semanario democrático* que desde 1868 se publicaba en Leipzig bajo su dirección. Otra pluma que se mostró muy dispuesta a ayudar en esta tarea fue la de Guido Weiss, redactor del periódico *El futuro*, recientemente fundado en Berlín por Jacoby, en torno al cual se reagruparon los escasos sobrevivientes de la democracia del año 48 y que no quería ni oír hablar de un entendimiento con Bismarck.

Sin embargo, un libro científico de la envergadura de éste no podía llegar a imponerse, por mucho que se lo empujara, tan pronto como Marx y Engels pensaban, sin encontrar grandes resistencias. Mucho más tiempo todavía que en Alemania hubo de pasar en Inglaterra hasta que la gente se enteró de la aparición de *El Capital*. El historiador Beesly, uno de los fundadores de la Internacional, que mantenía relaciones amistosas con Marx, había prometido publicar en la *Fortnightly Review* de la que era redactor, un artículo sobre el

libro, que Engels se encargó de escribir. Pero el jefe de redacción de la revista era Juan Morley, y este político liberal devolvió el original del artículo, en que Engels había puesto un gran esmero, alegando que era aquel un tema demasiado pesado para una revista como la suya.

Estas "recensiones disfrazadas" que se han encontrado entre los papeles póstumos de Engels y que han sido publicados en Alemania tenían como finalidad dar a un público no preparado una primera idea de lo que era el mundo del pensamiento económico de Marx. Pero nos dan a conocer, al mismo tiempo, lo que más admiraba Engels en la magistral obra científica de su amigo y cuáles eran las ideas que trataba de grabar especialmente en la mente de un público de lectores predominantemente burgués. Al hacerlo, no ocultaba el desprecio que sentía por los economistas alemanes de aquel tiempo, cuyo nivel científico "no llegaba siquiera a Lassalle", ni recataba tampoco su opinión acerca de éste, a quien él consideraba como "un discípulo fracasado" de Marx, aunque en Alemania le pusieran por las nubes, exagerando sus méritos, tanto la burguesía como el proletariado.

En cada uno de estos artículos dedicados a divulgar *El Capital*, Engels se ponía, como con acertada frase dice Jenny, la hija de Marx, "una careta distinta". En *El observador* de Stuttgart, órgano de los particularistas demócratas suabos, subrayaba —en este caso, literalmente inspirado por Marx— que aquella obra, escrita por un prusiano del Rin o del Mosela, honraba al espíritu alemán, y no precisamente al prusiano, que, en lo político, lo histórico y lo social, se hallaba ahora más cerca del espíritu ruso. En el *Anunciador del Estado de Wurtemberg*, publicación oficial, hacía saber a los industriales que, leyendo el libro de Marx, podrían instruirse acerca de la historia y los resultados de la legislación fabril inglesa, punto menos que desconocido en Alemania. A los banqueros, comerciantes y fabricantes de su nativa Wuppertal trataba de tentarles a la lectura del libro diciéndoles que, según la teoría desarrollada en sus páginas, todo su capital representaba simplemente la acumulación del trabajo no retribuido de la clase obrera, de donde se deducía, lógicamente, que el capital debía transferirse en su integridad a los trabajadores. Al mundo de los negocios de Duseldorf se le daba a conocer que el autor no se limitaba a preconizar la creación de asociaciones obreras con capital del Estado, como el difunto Lassalle, sino que predicaba, sencillamente, la abolición del capital. Para el *Semanario democrático*, dirigido por Liebknecht, Engels no necesitaba ponerse careta. En este caso, comenzaba el artículo declarando que, desde que en el mundo existían capitalistas y obreros, jamás se había escrito un libro que encerrara tanta importancia como éste para los trabajadores: "Por primera vez se analiza científicamente, aquí, la relación entre capital y trabajo, que es el eje en torno al cual gira todo el sistema social hoy vigente".

En diferentes lugares de sus artículos sobre *El Capital*, elogia Engels la finura científica de la investigación, la disposición artística de la estructura dialéctica en que se basa, la erudición y la agudeza con que allí se exponen las realidades históricas de la sociedad y sus condiciones de existencia. Aquí, se

limita a considerar como un progreso del análisis económico la categoría de la plusvalía "introducida en la ciencia por Marx" y de la que más tarde dirá que ha permitido descubrir el mecanismo interno, hasta entonces recóndito, del modo de producción capitalista y el carácter necesario de este sistema para una determinada época histórica, a la par que la inevitable necesidad de su desaparición, al llegar una época posterior.

Señala también como un gran paso de avance el que *El Capital* no presente como la mercancía que se lleva al mercado precisamente el trabajo, sino la fuerza de trabajo, que no es lo mismo, y ensalza con mucha fuerza el espíritu histórico que campea en todo el libro y que no permite al autor ver en las leyes económicas verdades eternas, sino simplemente la expresión de las condiciones de existencia de ciertas realidades sociales determinadas y transitorias. La obra contiene —dice de ella Engels, en estas notas— una crítica de toda la economía política anterior a ella y sienta por fin la base científica sobre que pueden descansar las aspiraciones socialistas y que "no habían sabido dar a estas aspiraciones ni Fourier ni Proudhon, ni tampoco Lassalle".

Al decir esto, Engels apuntaba tal vez la razón más profunda de por qué esta obra, además de grandes sacrificios de orden material, había costado irreparables sacrificios de tipo ideal que, a la larga, ni él mismo hubiera podido justificar en su fuero interno con la simple amistad personal. Y también Marx debía sentir así, como lo revelan las palabras escritas a su amigo, en carta de 22 de junio de 1867: "Tu satisfacción es más importante para mí que nada de lo que puedan decir los demás, quienes quiera que ellos sean. En todo caso, espero que la burguesía se acordará, mientras viva, de mis carbunclos".

Para despertar en amplios círculos de la burguesía la curiosidad en torno a *El Capital*, a Kugelmann, quien resultó ser un magnífico jefe de propaganda de la obra marxista en el continente, se le ocurrió la peregrina idea de que uno de los órganos más acreditados de la pequeñoburguesía alemana, conocidos por los títulos de *El cenador* o *El bogar*, publicara una biografía del temido revolucionario. Creyendo contar con las amistades necesarias para lograr este propósito, convenció a Engels de que escribiera unas cuartillas adecuadas para encontrar cabida en *El cenador*. "Espero que esos garrapatos que te adjunto resultarán aptos para el periodiquito a que se destinan", le escribía el autor de la semblanza, al enviársela, el 31 de julio de 1868. Pero pasó un año sin que el artículo viera la luz y, al serle devuelto, Engels lo retocó para enviarlo a *El futuro*, en donde finalmente salió a la prensa este documento, que todavía hoy reviste importancia para la biografía de Marx. El autor de este esbozo biográfico vuelve a ensalzar a Marx, en detrimento de Lassalle, como la cabeza verdaderamente original y el auténtico dirigente del socialismo alemán.

Ya en enero del año anterior había tratado de lo mismo, en un folleto destinado a los lectores obreros, que llevaba por título *Marx y Lassalle*; pero Marx se opuso a que lo publicara, por considerarlo prematuro. Engels expresaba aquí lo que realmente pensaba acerca de Lassalle, no sin antes manifestar lo que creía justo reconocer en él. Y, a continuación, escribía:

"Lassalle no fue ni el verdadero iniciador del movimiento obrero alemán, ni era tampoco un pensador original. El contenido de todos sus escritos era un plagio, no exento de errores; tenía un predecesor y un superior intelectual, que él trataba de mantener oculto, a la vez que vulgarizaba sus obras, y este superior intelectual se llama Carlos Marx". Nada demuestra mejor el prestigio incommovible de que todavía gozaba Lassalle entre los obreros alemanes que el hecho de que el propio Liebknecht, director del *Semanario democrático*, a que este artículo estaba destinado, creyera oportuno recortar y suavizar la citada frase, que, realmente, se pasaba de la raya. He aquí la versión recortada que del mencionado pasaje se publicó en el periódico de Liebknecht: "Lassalle no fue el verdadero iniciador del movimiento obrero alemán. Tuvo un predecesor, que rompió la marcha y que se llama Carlos Marx".

En vista de que ellos, personalmente, no mantenían aún ninguna clase de relaciones con la clase obrera alemana, parecía que debieran mostrarse complacidos de que su más fiel partidario, el hombre que personificaba "el único enlace seguro" de que en Alemania disponían, editara, desde enero de 1868, un periódico en cuyas columnas podían hacerse presentes también ellos, siempre que lo desearan. Y, en el fondo, Engels se alegraba en efecto de que fuera así. ¡Lástima que Liebknecht hiciera tan difíciles las relaciones con él! Acostumbrado como estaba, después de penosos esfuerzos para lograrlo, a despachar sus asuntos comerciales, como propietario de una fábrica de hilados en Manchester, con gran escrupulosidad, se escandalizaba al ver la ligereza y negligencia con que su amigo, periodista y agitador, que llevaba —según decía de él— la bohemia en la masa de la sangre, trataba los negocios de orden práctico. Como político y hombre de ciencia que era, le enfurecía el que aquel hombre, metido a publicista, "no quisiera ver los hechos" y diera poco valor a los "conocimientos positivos". Un espíritu filosóficamente educado como el suyo no podía perdonarle que diera tan poca importancia a la teoría como instrumento para la política práctica y que incluso llegara a "despreciar un poco" a Hegel, que jamás se había tomado el trabajo de leer y por el que no sentía la menor atracción.

Al principio, Engels no acababa de comprender cómo Marx y él podían encomendarse a él, como la cosa más natural del mundo, recabando su ayuda espiritual, moral y material para la ejecución de sus planes políticos en Alemania. El *Semanario democrático*, por su contenido, le desagradaba profundamente: "No encontraremos en él más que federalismo disfrazado, el federalismo de la Alemania del sur": tal era el juicio que emitía el 2 de febrero, después de haber leído tres números del periódico. Lo encontraba "vacuo", "espantosamente necio", "mal hecho", con artículos que eran casi todos "una sarta de necedades" y cuando, en enero de 1869, dejó de recibirlo, le escribía a Marx que se sentía enormemente contento de no tener que leer todas las semanas la misma monserga: que "no podremos hacer la revolución hasta que no logremos restaurar la Dieta confederal al güelfo ciego y al honrado Gran Elector de Hesse, y de que hayamos tomado legítima venganza del malvado Bismarck".

Desde que, después de la victoria de Königgrätz, tomara Liebknecht

aquel rumbo tan "obstinado", Engels había tratado de hacerle ver con toda claridad y repetidas veces que no era posible enjuiciar toda la situación política exclusivamente desde el punto de vista del resentimiento y que al permitirle a Bismarck meter al partido realmente revolucionario en el mismo saco que a los austríacos, los federalistas de la Alemania del sur, los ultramontanos y los monarcas destronados, no se hacía más que favorecer su política. Perdía el tiempo tratando de convencerle de que los acontecimientos de 1866 no debían "verse de un modo puramente negativo, es decir, reaccionario, sino de un modo crítico" y que no había que atacar solamente a Bismarck, sino también a sus enemigos. Engels creía, incluso, observar que "una manera de ver algo más crítica y dialéctica podía causar verdaderos estragos en la cabeza de aquel hombre". De ahí que le causara gran alegría el ver cómo, una vez convertido en diputado del parlamento de la Alemania del norte, Liebknecht, "lleno de santa indignación contra cuanto olierá a Bismarck", era capaz de "votar contra todo y contra todos".

Sin embargo, para justipreciar la posición que entonces mantenía Liebknecht, hay que fijarse también en los argumentos en que apoyaba su punto de vista frente a la de Engels. "Si Prusia se consolida", le contesta, por ejemplo, el 11 de diciembre de 1867, "ninguna fuerza exterior será capaz de detenerla, ni siquiera una insurrección producida al calor de la revolución francesa que se avecina, y sólo se vendrá a tierra cuando el proletariado alemán esté en condiciones de tomar el poder por el número y la inteligencia. Pero, hasta entonces, tendríamos que esperar durante toda una generación. *Il faut corriger la fortune*. Hay que acelerar el proceso histórico e impedir que Prusia se consolide. Yo parto de la idea de que la caída de Prusia representa el triunfo de la revolución alemana".

Desde que veía declinar la estrella de Napoleón III, Engels volvía a admitir la posibilidad de una revolución en París. En cambio, meneaba la cabeza en señal de incredulidad cuando Liebknecht trataba de hacerle ver que Austria estaba al borde de su 1789 y no tardaría en servir de incentivo a una revolución alemana, la cual, sin embargo, habría de decidirse en Prusia. Las anexiones, según Liebknecht, en vez de fortalecerla, la habían debilitado. Y cuando Engels le decía que había elegido muy mal a sus aliados, el otro le contestaba hablándole de "la triste situación de impotencia y desamparo de los obreros en Prusia" y asegurándole que, por ahora, no podía hablar a sus partidarios de la necesidad de romper con el partido popular federalista de la Alemania del sur. "Yo no tengo que vérmelas aquí con comunistas bien adoctrinados", le decía el 20 de enero de 1866, "sino con simples reclutas comunistas, en los que anidan todavía muchos prejuicios con los que debemos ser tolerantes. Y tú debes comprender esto, si no quieres pecar de injusto". Al final de la carta pedía a su amigo, no sin razón, que "no se limitase a censurar". Y le decía: "Yo me he conquistado aquí una posición. El mantenerla y afianzarla me corresponde a mí; el saber aprovecharla en interés del partido es misión vuestra. De modo que ¡manos a la obra!"

Con estas palabras, quería referirse Liebknecht a la influencia que su amigo Bebel y él habían logrado adquirir sobre el partido popular de Sajonia, formado en su mayoría por obreros fabriles. Los sentimientos particularistas y antiprusianos de estos trabajadores se rebelaban todavía contra la fundación de la Confederación de la Alemania del Norte, que, en cambio, contaba con la adhesión absoluta de la Asociación general de obreros alemanes dirigida por Schweitzer.

En su esbozo biográfico de Marx, publicado en *El futuro*, decía Engels, con cierto dejo de amargura, que la generación obrera de aquellos días había "olvidado" los acontecimientos vividos por el movimiento obrero en 1848-49. Y, por su parte, como recordaremos, la Asociación general de obreros alemanes se mantenía conscientemente alejada de las tradiciones de la *Nueva gaceta renana*. Esta organización tenía su programa propio, nítidamente delineado, al que se atenia como a su canon después de la muerte de Lassalle.

Ahora bien, a partir del momento en que la Constitución promulgada por la Confederación de la Alemania del Norte había implantado el sufragio universal y en que Bismarck se había reconciliado con la burguesía liberal, el frente de lucha de los tiempos de Lassalle había cambiado. Era obligado, por tanto, revisar las metas que el proletariado alemán consciente de sus intereses de clase debía trazarse.

Engels se mostraba de acuerdo con Liebknecht en una cosa: en que lo primero de todo era quebrantar la influencia de Schweitzer y acabar con la rigidez de organización de la Asociación obrera que presidía. Pero no podía asentir en modo alguno a la táctica que para ello seguía Liebknecht.

Kugelmann, que conoció a Liebknecht en 1868, decía de él que era un "republicano cortado por el patrón francés", y es cierto que, sobre todo en aquellos años, tenía más de demócrata republicano que de socialista. Más de una vez, en este período y más tarde, se ganó el enojo de los amigos de Londres porque postergaba los problemas sociales a los políticos. La meta en torno a la cual giraba toda su existencia era contrarrestar la revolución bismarckiana desde arriba por la revolución desde abajo, y ésta sólo sería posible, según él, a condición de que el proletariado llevara a remolque a la pequeñoburguesía. Y creía que la mejor manera de impulsar a los dos sectores era lanzar el grito de ¡Contra el Estado militar, el Estado del pueblo! ¡Contra la Prusia de los Hohenzollern, la República alemana!

En otro libro, al que nos permitimos remitirnos aquí, hemos expuesto las enconadas luchas que hubieron de librarse en el seno del movimiento obrero alemán durante los años transcurridos entre la guerra austríaca y la guerra francesa. A la Asociación general de obreros alemanes, sujeta a la dictadura plebiscitaria de Schweitzer y que seguía manteniendo la rígida organización centralista que le impusiera Lassalle, le había salido un peligroso competidor en la Liga de Asociaciones obreras de cultura, que al principio era un conjunto de agrupaciones sin gran coherencia, sin el menor contacto con la política propiamente dicha, pero que, poco a poco, fue convirtiéndose en un partido político

de orientación democrática-radical, cuya hostilidad contra el gobierno prusiano era irreductible. Estas Asociaciones, en cambio, aunque lentamente y con no pocas resistencias, iban acercándose cada vez más, gracias sobre todo a la influencia de Liebknecht, al mundo ideológico de la Internacional.

Engels sólo reconocía con reservas y a regañadientes los méritos innegables que Liebknecht había contraído en esta labor, al servicio de sus metas comunes y ello se debía a que, como más adelante habremos de ver, ni él ni Marx estaban de acuerdo con los compromisos que el dirigente obrero residente en Alemania se veía obligado a aceptar. El periodista que nunca había pisado terreno firme dentro del país, había concebido, al volver del destierro, el ambicioso proyecto de oponer al partido lassalleano, cuyo principal contingente estaba en Prusia, mediante un trabajo paulatino, otro partido obrero cuyos militantes se reclutaran en la Alemania no prusiana. Propósito que, como es bien sabido, logró prosperar, gracias a que Bebel, entroncado desde muy pronto con los círculos de las Asociaciones obreras, empeñó su creciente influencia y toda su ardorosa y firme personalidad en lograr dicho objetivo. Este joven político, metódico, consecuente y tan concienzudo como afanoso de aprender, supo ganarse mucho antes de que le conocieran personalmente la confianza de Marx y Engels, pues enseguida se dieron cuenta de que poseía, precisamente, aquellas cualidades que echaban de menos en Liebknecht. Lo único que sentían, sin poder remediarlo y que durante mucho tiempo consideraron como una contrariedad, era que Bebel hubiera encontrado su "teórico" en "Guillermito".

En las primeras elecciones al parlamento de la Confederación de la Alemania del Norte, celebradas en 1867, la Asociación obrera acaudillada por Schweitzer pudo comprobar por experiencia propia que el derecho de sufragio universal distaba mucho de ser la llave que pudiera abrir a los trabajadores, inmediatamente, la puerta hacia el poder público. "Los obreros, en vez de 'empuñar el timón' y ponerse a decretar la 'ayuda del Estado' que Lassalle prescribe, sólo logran, muy a duras penas, enviar al parlamento a media docena de diputados". Así escribía Engels en el *Semanario democrático*. Manifestaba, además, que este resultado ya lo había previsto él en su folleto de 1865, en el que se hacía ver cómo la razón de ello estaba en que Lassalle y sus seguidores se equivocaban al despreciar aspiraciones, para ellos tan secundarias, como la libertad de prensa y el derecho de reunión y asociación.

Poco antes de que Engels escribiera este artículo, la policía había decretado la disolución de la Asociación general de obreros alemanes. Este hecho parecía propiciar la posibilidad de un acercamiento entre las masas obreras que venían siendo dirigidas por Schweitzer y las que seguían las orientaciones de Bebel y Liebknecht. Según Engels, la medida represiva decretada por el gobierno de Sajonia se debía, sencillamente, a que el partido de Lassalle, en su última asamblea general, había optado por seguir una política democrática más firme y decidida. El hecho de que dicha organización obrera, en su reunión, se hubiera pronunciado en pro de la conquista del poder político y de la colaboración con la Internacional representaba, según Engels, una ruptura total con "su

posición sectaria anterior" y daba a entender claramente que la Asociación encabezada por Schweitzer quería abrazar "el ancho camino del gran movimiento obrero". ¿Acaso —seguida diciendo este artículo sin firma—, no había previsto ya esto Engels, en su folleto de 1865, cuando aseguraba que dicha Asociación obrera se vería perseguida tan pronto como el gobierno la considerara peligrosa? Las altas autoridades parecían considerar "más o menos subversivos" los acuerdos tomados en aquella asamblea obrera. Y nada tenía ello de extraño, ya que, después de la implantación del sufragio universal, el gobierno estaba decidido a velar por que no se le rebelasen aquellos sectores del proletariado formados por los trabajadores del campo y de las pequeñas ciudades que aún le eran fieles. Mucho honraba a la Asociación general de obreros alemanes —decía Engels— aquella medida represiva, en que se la castigaba por romper "con el limitado lassalleísmo" que le ataba las manos. Y terminaba manifestando que ya no se interponía ningún obstáculo en el camino hacia la fusión de todos los obreros socialdemócratas de Alemania en un gran partido.

No ignoraba, por supuesto, que, al expresarse así, se dejaba llevar por el optimismo. El mito Lassalle seguía vigente en el espíritu de la mayoría de los obreros socialistas prusianos; entre los afiliados a la Asociación general de obreros alemanes se mantenía incommovible la devoción por la organización centralista que el gran agitador creara, y Schweitzer, quien luchaba por que la medida policíaca de disolución fuese revocada, no pensaba ni de lejos en renunciar a su puesto de jefe ni a compartirlo con Liebknecht y Bebel.

Entre tanto, Engels había tenido ocasión de apreciar mejor las flaquezas y los lados buenos de este dirigente obrero; ahora, sabía que aquel alumno de los jesuitas era "más astuto y más activo que todos sus adversarios juntos", que su sagacidad política estaba bastante por encima de la de Liebknecht y que, en su actitud teórica, cometía menos errores que éste. Comparada con los esfuerzos de Liebknecht para condenar a sus aliados de la pequeñoburguesía particularista en cuanto al socialismo inofensivo, consideraba como un mal menor la "masa reaccionaria compacta" que Schweitzer predicaba, aunque tuviera, como es natural, graves reparos contra ella. Ciertamente Liebknecht era amigo personal suyo, mientras que de Schweitzer no se fiaba ni un pelo. Pero tampoco podía perderse de vista que éste había estudiado a fondo *El Capital* y había publicado en *El socialdemócrata* un buen artículo sobre esta obra mientras que Liebknecht no parecía haberla siquiera leído. En carta a Marx, por el mes de marzo de 1868, le decía, bromeando, que "la reprobable conciencia" de Schweitzer era, a pesar de todo, más aprovechable que "la conciencia noble de Guillermito" y que Hegel se había olvidado de incluir la pereza entre los elementos esenciales de la "conciencia noble".

Precisamente porque consideraban a Schweitzer como la personalidad más influyente, más inteligente y más activa en el movimiento obrero alemán, Marx y Engels, que hasta entonces tenían poca influencia en él, no podían darle con la puerta en las narices cuando de nuevo se acercó a ellos, ya como diputado al Reichstag, para recabar el consejo de Marx acerca de la posible

reducción de los aranceles sobre el hierro, mostrándose inclinado a la Internacional y ensalzando a *El Capital* como formidable aportación teórica y obra de importancia histórica salida de la pluma del "verdadero jefe del movimiento obrero europeo".

Como secretario de la Asociación obrera internacional para los asuntos de Alemania, Marx estaba obligado a mantenerse neutral ante los diferentes grupos del proletariado organizado existentes en este país. Hubo de mostrarse, pues, de acuerdo con el armisticio sellado en la primavera de 1868 entre Liebknecht y Schweitzer; según la impresión que el primero tenía del mismo y que comunicó a Engels el 17 de julio, podía salir "algo así como una alianza", pero en realidad no pasó de ser algo semejante a la Convención de Gastein, en cuya solidez no creía ninguna de las partes signatarias.

El acuerdo a que se había llegado se fue enseguida a pique cuando, en el verano de 1868, empezó a dar señales de vida en Alemania el movimiento sindical y Schweitzer trató de meter la mano en él, a pesar de que Lassalle había mantenido siempre una actitud de repulsa ante los sindicatos. Poco después del Congreso de la Asociación celebrado en Nuremberg, lograron Bebel y Liebknecht atraerse a una parte de los dirigentes medios que seguían a Schweitzer y ganar para la Internacional a la mayoría de las Asociaciones de cultura obrera. En vista de ello, Schweitzer, viendo su posición en peligro, decidió, bajo banales pretextos, expulsar de la Asociación dirigida por él a los dirigentes del nuevo partido obrero en gestación, en un Congreso convocado por él mismo el 26 de septiembre, en Berlín, con la mira de apoderarse del prometedor movimiento sindical. El 21 de septiembre, Engels rogó a Marx que se dirigiera a Schweitzer, haciéndole ver que un Congreso obrero sólo tiene sentido cuando en él pueden estar también representados otros elementos, además de los lassalleanos.

Engels y Marx se daban cuenta de que tanto Schweitzer como Liebknecht querían valerse de los servicios del Secretario de la Internacional para los asuntos de Alemania con el fin de minarle el terreno a su rival. Pero, habiendo aceptado ambas tendencias el programa de la Internacional, los dos amigos consideraban más obligado que nunca mantenerse totalmente neutrales, "por lo menos, en el terreno oficial", como Engels añadía, tratando de paliar un tanto aquella decisión. "Por lo que yo sé", decía Engels a Marx el 30 de septiembre, contestando a una consulta suya, "los lassalleanos han aprobado en Hamburgo nuestro programa y más no se puede pedir. Debemos dejar que Schweitzer se rompa el cuello él mismo; la cosa sería distinta si nosotros estuviéramos en Alemania" y expresaba, al mismo tiempo, el temor de que si el Consejo general de la Internacional daba con la puerta en las narices a los lassalleanos, sólo se conseguiría con ello que se aglutinaran más firmemente "las fuerzas que, de otro modo, se desintegrarán".

Grave error era, según Engels, el que Schweitzer cometía al empeñarse en dar a los sindicatos, puestos en pie por él, la misma organización rígidamente centralista que imperaba en la Asociación general de obreros alemanes. Duran-

te su primera estancia en Inglaterra había podido convencerse claramente de la gran importancia que tenían los sindicatos en la lucha de la clase obrera por elevar su situación, y ya la principal obra de su juventud, en la que se resumían las impresiones y los conocimientos del autor en aquella etapa de aprendizaje social, expresaba su convencimiento de que los sindicatos son impotentes ante "todas las grandes causas" que actúan sobre la relación del trabajo, pero tienen, indudablemente, "efectividad" con respecto a "las pequeñas causas, que obran por separado".

Sin embargo, el hecho de que delimitase el radio de acción de los sindicatos no quiere decir que Engels menospreciara la importancia de estas organizaciones para la vida de los obreros. Lejos de ello, la realidad inglesa le brindaba abundantemente ocasión de observar que los sindicatos eran la verdadera organización de clase del proletariado, la agrupación con que los obreros tienen que librar la lucha diaria contra el capital. De ahí que, cuando el movimiento sindical comenzó a ganar terreno en Alemania, revelando su vitalidad y su gran porvenir, pudiera decir a Marx, con apoyo en su experiencia personal: "El *trade business* es una cuestión de dinero, en la que la dictadura no tiene nada que hacer". "Schweitzer y consortes —le aseguraba— no tardarán en darse cuenta de que, en este terreno, no sirven de nada sus triquiñuelas y sus intentos de imponer al movimiento real, a todo trance, la secta que ellos capitanean". A Engels no le cabía la menor duda de que el movimiento obrero alemán era ya demasiado poderoso para que una personalidad, cualquiera que ella fuese, lo tuviera metido en un puño y se mostraba de acuerdo en que Marx colocara a Schweitzer ante la necesidad de escoger entre la "secta" o la "clase". No se hacía, es verdad, la ilusión de que fuera a renunciar a lo que consideraba "un movimiento obrero de su propiedad". Pero pronosticaba lo que en efecto habría de ocurrir: que aquella ambición sería superior a sus fuerzas y que "acabaría estrellándose contra esta contradicción interna".

Desde que, en unión con Bebel, había logrado atraerse a la mayoría de las Asociaciones obreras en el Congreso de Nuremberg, Liebknecht se había envalentonado. Creía hallarse ya a la cabeza de la mayoría de los obreros alemanes con conciencia de clase y consideraba que había llegado el momento de pasar al asalto definitivo contra los lassalleanos. Schweitzer acababa de ser condenado a varios meses de cárcel y le pareció, procediendo de un modo bastante burdo, que era aquella la ocasión más adecuada para atizar, en su propio campo y sin que el agredido le estorbase, el recelo y la desconfianza contra la persona de aquel dirigente. Ya a fines de diciembre decía en carta a Marx que la Asociación general de obreros alemanes estaba minada por él y que había que echar a Schweitzer por la borda, pues un pez tan escurridizo como él no debía estar al frente del partido.

En febrero de 1869 y muy confiado en el éxito de su insistente trabajo de zapa, Liebknecht retó al dictador lassalleano a una controversia pública ante los trabajadores. A Schweitzer le pareció que ya no debía negarse, y aquel "torneo de charlatanes", aguardado por Marx y Engels con gran curiosidad, fue

concertado para la pascua de 1869, en que se celebraría la siguiente asamblea de la Asociación. Al ver que la disolución decretada contra la organización de Schweitzer se levantaba antes de que su presidente cumpliera la pena a que había sido condenado, Engels, que daba ya la Asociación por liquidada, quedó decepcionado.

Tampoco a él le cabía la menor duda de que la personalidad de Schweitzer representaba un obstáculo para la unificación del movimiento obrero socialdemócrata. "Schweitzer y su Asociación son, según ellos, 'el partido', al que los demás tienen que sumarse si no quieren seguir siendo herejes y escisionistas": así le explicaba la cosa a Marx, el 22 de octubre de 1868. Pero el que se sintiera en contra de aquel taimado condotiero no era obstáculo para que casi en cada una de sus cartas a su amigo criticara las "necesidades federalistas de Liebkecht". Temía que, "con su Partido del pueblo y su furia restauradora, no convenciese a nadie entre los obreros de la Alemania del norte". Los argumentos que el otro daba en apoyo de su política no le convencían. "Si Bebel tuviera cierta formación teórica, no ocurrirían estas cosas", comentaba, lamentándose de ello, el 10 de julio de 1869.

Era evidente que, en un congreso del partido de los lassalleanos, no podrían obtener una victoria sonada Liebkecht y Bebel. Engels tuvo que reconocer, sin embargo, que habían estado muy cerca de lograrla cuando, en Elberfeld, con sus discursos, hicieron que las posiciones de Schweitzer en el seno de su propia Asociación, se tambalearan. A su juicio, el dictador cometió un grave error al no contestar a sus acusaciones. El "Corruptible", le decía mordazmente a Marx, olvidaba que Robespierre, "el Incorruptible", sólo se permitía el lujo de no contestar a quienes le acusaban cuando estaba seguro del terreno que pisaba o cuando podía contestar con la guillotina. "*N'est pas dictateur qui veut*", sentenciaba. Y añadía: "El proceso de descomposición del lassalleanismo específico ha comenzado y tendrá que proseguir aceleradamente... En este sentido, de algo ha servido la insolencia de Liebkecht".

En Elberfeld se había llegado a una tregua entre los dos partidos, pero a Schweitzer no podía ocultársele que Liebkecht y Bebel seguían haciendo labor de zapa entre los afiliados a la Asociación obrera. Y como el "rey de los sastres" —así lo apodaba Engels— no estaba dispuesto a sacrificar a una fusión con el futuro partido obrero socialdemócrata, en modo alguno, su puesto de jefe, dio de pronto un golpe de timón y, en junio de 1869, en vez de la unificación de todos los obreros socialistas, decretó la de todos los lassalleanos, es decir, la fusión de la Asociación general de obreros alemanes con la agrupación del mismo nombre acaudillada por la condesa Hatzfeldt, que se consideraba ortodoxa dentro de su credo, pero que no significaba nada.

Para Engels y para Marx no había ya, en lo sucesivo, posibilidad alguna de entenderse con un dirigente obrero capaz de semejante maniobra. No obstante, Engels siguió considerando inadmisibles la pretensión de Liebkecht de que se manifestaran abiertamente en favor de él "y del *Estado del Pueblo*" y de que Marx, en nombre de la Internacional —para decirlo con las palabras de

aquél— “le proclamase a él el Angel de la Luz y a Schweitzer un Satanás”. Le indignó mucho una carta, destinada también a él, en que aquel atolondrado anunciaba a Marx ya como un hecho la victoria sobre los schweitzerianos e invitaba a los dos amigos de Londres al Congreso que habría de celebrarse en Eisenach y en el que daba ya por ganada la batalla de la unificación con “las tres cuartas partes de la Asociación general de obreros alemanes”.

A quien como Engels había quemado los puentes hacia la democracia burguesa, tenía que ponerle furioso el ver que el exaltado Liebknecht les exigía ahora una revisión del *Manifiesto comunista* a la medida de su labor de agitación, pidiendo, entre otras cosas, que se procurara evitar el empleo de la palabra “comunismo” para no herir la susceptibilidad de “los amigos”. “Con este Guillermo no hay nada que hacer —escribió Engels a Marx, el 6 de julio de 1869—, mientras no se separe decididamente del Partido popular y se limite a mantener con estas gentes, a lo sumo, una alianza”. Y el 10 de julio, en carta a Kugelmann, calificaba de necedad el que Liebknecht llamara a su periódico “órgano del Partido popular”, mejor dicho, de los filisteos alemanes del sur, y exigiera de ellos que hicieran abiertamente causa común con él y con el Partido popular en contra de los partidarios de Schweitzer. Los lassalleanos —proseguía Engels— cumplirán con su misión, devorándose los unos a los otros, pero no resultaría tan fácil deshacerse de la estrechez federalista-republicano-filistea sistemáticamente inculcada a los obreros por Liebknecht. Y aseguraba a su amigo que tanto él como Marx se sentían todavía más alejados del Partido popular que los lassalleanos de Schweitzer, ya que éstos eran, por lo menos, una secta obrera.

Todavía después de haberse constituido el Partido obrero socialdemócrata en el Congreso de Eisenach, lo que ocurrió en agosto de 1869, Engels, en su correspondencia con Marx, seguía tratando con injusto desdén al hombre a cuya tenaz labor de agitación se debía, en realidad, la fundación del primer partido obrero en Alemania, que ya no era específicamente lassalleano, aunque distase todavía mucho, es verdad, de ser un partido obrero marxista. Llama granuja a Schweitzer, pero sin dejar de insistir a cada paso en que, a pesar de todo, principalmente en cuestiones teóricas, estaba muy por encima de “aquellos ignorantes como Guillermo”.

De esta superioridad teórica que en él ponderaba Engels se valió muy ladidamente el presidente de la Asociación general de obreros alemanes para pedir que en el Congreso de la Internacional celebrado en Basilea a comienzos de septiembre de 1869 se inscribiera la pregunta de si debería conferirse a la sociedad el derecho a convertir la tierra en propiedad colectiva. Como a él no podía traerle ninguna complicación entre sus aliados el obtener una respuesta afirmativa, se frotaba las manos de gusto pensando en el conflicto que tanto la aprobación como el rechazo de aquella propuesta iban a plantearle a Liebknecht en el seno del Partido popular, integrado por pequeños campesinos y pequeñoburgueses, o entre los lassalleanos que se habían unificado con él en Eisenach. Y así ocurrió, en realidad. Después de haber tratado en vano de evi-

tar, en Basilea, que se votase acerca de este punto, cuando vio que la votación era inevitable optó por seguir lo que su conciencia de comunista le dictaba y votó a favor de la colectivización de la tierra. Lo que por lo demás, no fue obstáculo para sostener más tarde, en su periódico, que quienes se habían manifestado en Basilea habían sido solamente los delegados al Congreso, pero no el Partido obrero socialdemócrata mismo. Era una "evasiva", que los órganos del Partido del pueblo en la Alemania del sur se negaron a aceptar. Ellos exigían del partido obrero recién fundado una repulsa categórica a la decisión comunista votada por el Congreso. Schweitzer, en cambio, se solidarizó inmediatamente con la posición socialista, "como si él y Lassalle" —observaba Engels irónicamente— "no hubieran predicado nunca otra cosa". Y es —decía, en carta a Marx, el 9 de noviembre— que Schweitzer es lo bastante inteligente para adoptar siempre una actitud teórica correcta, mientras que Liebknecht y los suyos se ven perdidos y al garete en cuanto tienen que abordar cualquier punto teórico.

"La estupidez y la endeblez" con que Liebknecht y sus amigos contestaban a los "atullidos" de *El conservador de Stuttgart* y de la *Correspondencia democrática* sublevaban al autor de *El Capital*. "A ninguno de estos asnos", le escribía a Engels el 30 de octubre, "se le ha ocurrido hasta ahora preguntarles a los liberales que tanto aúllan que hagan el favor de decirles si en Alemania, además de la pequeña propiedad campesina no existe también la gran propiedad de los terratenientes, base de la explotación feudal imperante, si una revolución no tiene que acabar con esto si quiere quitar de en medio el sistema de Estado vigente y si es posible lograrlo con los métodos anticuados de 1789". A lo que Engels contestó, dos días después:

"El acuerdo tomado acerca de la propiedad de la tierra ha obrado verdaderos milagros. Por primera vez desde que Lassalle ha comenzado su labor de agitación, obliga a esas gentes a pensar, cosa que en Alemania era ociosa hasta ahora... Por lo demás, olvidan, aparte de lo principal, que es la existencia de grandes propietarios, que existen también diferentes clases de campesinos: en primer lugar, el campesino arrendatario, a quien le tiene sin cuidado que la tierra pertenezca al Estado o al gran terrateniente; en segundo lugar, el propietario de su tierra, que puede ser el gran campesino, contra cuya existencia reaccionaria hay que azuzar al jornalero y al criado, o puede ser también el campesino medio, igualmente reaccionario y que no abunda, o, por último, el pequeño campesino arruinado, a quien se tiene siempre agarrado por las hipotecas. Y hay que decir, además, que el proletariado no tiene, por ahora, interés alguno en atentar contra la pequeña propiedad de la tierra".

Animado a ello por el acuerdo del Congreso de Basilea, Engels desarrolló más ampliamente este tema, meses después, en las consideraciones preliminares a una reedición hecha por Liebknecht de su estudio sobre *La guerra de los campesinos alemanes*. Se manifiesta aquí en contra de la objeción formulada por los demócratas de Alemania del sur, según los cuales el problema de la confiscación de la tierra por el Estado era todavía prematuro en Ale-

mania. Este problema —replica Engels— tiene importancia para todos los países en donde existen la gran propiedad sobre la tierra y la gran industria. La clase obligada a vivir de un salario dista todavía mucho de ser, en Alemania, la mayoría de la población, razón por la cual tiene que contar con aliados. En el Norte y el Este del país, los aliados más numerosos y más naturales con que puede contar el proletariado son los jornaleros agrícolas, los cuales sólo podrán salir de la espantosa miseria en que viven cuando se convierta en propiedad común el objeto fundamental sobre el que recae su trabajo, la tierra, entregándosela a cooperativas de trabajadores campesinos para que la cultiven por cuenta de la colectividad.

El proletariado agrícola, del que sale la gran mayoría de los reclutas para los ejércitos del monarca, es —dice Engels— la clase que siempre ha enviado al parlamento a un gran número de señores feudales y terratenientes. Poner en pie y arrastrar al movimiento a esta clase, supone la misión más urgente y más importante que se le plantea al movimiento obrero alemán. El día en que la gran masa de los jornaleros de campo comprenda cuáles son sus intereses, no habrá lugar en Alemania para un gobierno feudal, burocrático o burgués.

Su seguridad de que, con el tiempo, ciertas capas de los pequeños campesinos y los arrendatarios llegarían a ver su salvación en la alianza con la clase obrera encontraba un contradictor en Liebknecht. Este no se había sobrepuesto aún a la impresión que en él dejara la declaración de los campesinos de la Alemania del sur acerca de los acuerdos de Basilea: "Tal como ahora están las cosas", decía, "los campesinos matarían a los obreros de la ciudad a trillazos".

Liebknecht siguió empeñándose hasta el final en su empeño de aglutinar a todos los elementos democráticos que deseaban la caída de Bismarck y del militarismo prusiano. Pero había llegado, precisamente ahora, el momento en que ya no podía seguir acallando las fuertes contradicciones existentes entre los dos campos, el de los obreros y el del Partido popular, cada uno de los cuales tiraba por su lado. Si no quería echar a perder lo conseguido en Eisenach, tenía que resignarse a que los sectores que hasta ahora habían coexistido de mejor o peor gana, volvieran a marchar paralelamente por causas separadas. Las circunstancias acabaron imponiéndole a la fuerza la política que siempre le había trazado Engels.

Era natural que, en aquel momento, sintiera la necesidad de justificar ante su amigo el camino que hasta entonces había seguido. Para él —escribía a Engels el 5 de abril de 1870— nunca se había tratado de una alianza con los demócratas burgueses, sino simplemente de marchar juntos ante un problema determinado y, además, sólo hasta llegar a cierto punto. Pero, como no renunciaba a la esperanza de que el viejo litigio se despejara de una vez para siempre, el 27 de abril añadía a lo anterior la siguiente declaración: "Podía escoger entre lanzarme a la corriente que fluía ante mí o quedarme en la orilla, haciendo consideraciones filosóficas... Opté por lo primero y, aunque sé bien que he incurrido en algunos deslices, creo sin embargo que, vistas las cosas en conjunto, he obrado perfectamente bien y en interés de mi partido. Y creo que el éxito

se ha encargado de demostrar bastante claramente que si he utilizado a otros partidos, no me he dejado utilizar por ninguno de ellos”.

Liebkecht tenía razón. Para poder alcanzar la meta que Marx y Engels aprobaban y acabar con el ascendiente de Lassalle sobre el espíritu de aquella parte del proletariado alemán que ya sabía pensar políticamente, estando completamente solo, como al principio estaba, no tenía otro camino que apoyarse en un movimiento ya en marcha y sacar de sus filas los elementos capaces de formar un nuevo partido. Y la verdad es que Engels no siempre apreció debidamente las dificultades que era necesario vencer, para llegar a los resultados. En aquellos años, al verse cada vez más cerca de su meta, a fuerza de duras luchas y a la vista de éxitos muy tangibles, a Liebkecht no le preocupaba gran cosa el que su actuación política se ajustara en todo momento o no a los mandatos del *Manifiesto comunista*. No cabe duda de que si hubiese sido más cauto en este respecto, se habría ahorrado ciertas reprimendas de Engels y Marx, pero difícilmente habría llegado, en la Alemania de los sesenta, tan poco industrializada todavía, a congregarse bajo su bandera a tantos elementos proletarios que habían logrado sustraerse a la influencia de Lassalle y de sus sucesores o librarse de ella. Lo que sí podía Engels reprobarle a Liebkecht con razón no era que se equivocara al enjuiciar los factores políticos de partido, sino los factores determinantes de la política de poder. No cabe duda de que Engels estaba a cien codos de altura sobre su correligionario, en cuanto a saber y a sentido crítico, y hay que decir que cuando se burlaba de su política coyuntural, excesivamente ingenua y falta de fundamento, sus críticas, por mordaces que fueran, estaban casi siempre justificadas.

En las consideraciones preliminares escritas por él para ser publicadas en febrero de 1870 al frente de la nueva edición de su *Guerra de los campesinos alemanes*, por encargo de Liebkecht, Engels se pronunciaba también ante el público alemán acerca del alcance de la victoria de Königgrätz.

Todavía bajo la primera impresión que causara en él “la revolución desde arriba”, había augurado que la deuda pública no tardaría en poner a Prusia y a Austria en manos de la gran burguesía. Pues bien, ahora consignaba con pesar que aquella ocasión había llegado, pero que no había sabido aprovecharse. Y esto le había afianzado definitivamente en la convicción de que a la mayor parte de la burguesía alemana no le interesaba el poder, sino solamente la ganancia. En este pasaje de su estudio preliminar, se limitaba a desarrollar más en detalle lo que ya a comienzos de 1866 había escrito a Marx: “La burguesía alemana tiene la desgracia de llegar tarde, como a los alemanes les suele ocurrir en todo. Su período de florecimiento coincidió con la época en que la burguesía de los otros países del Occidente de Europa rodaba ya por la pendiente de la decadencia”.

Un rasgo característico de esta clase, si la comparamos con todas las que dominaron antes de ella —decía Engels, recapitulando ideas ya expuestas en el *Manifiesto comunista*— consiste en que, en su desarrollo, hay un momento decisivo a partir del cual todo nuevo fortalecimiento de sus recursos de poder,

empezando por sus capitales, sólo sirve para hacerla cada vez más incapaz de ejercer el poder político. A medida que se desarrollan su industria, su comercio y sus medios de comunicación, crea y hace que se extienda el proletariado. Y en cuanto advierte que esta especie de doble proletario suyo ha crecido más de la cuenta, ya no se siente con las energías necesarias para gobernar por sí sola; se echa a buscar aliados con los que pueda compartir el poder o a los que pueda cedérselo por entero. Estos aliados a que recurre son la monarquía y su ejército y su burocracia, la nobleza feudal, los terratenientes y el clero. "Con todos ellos ha pactado y se ha aliado a la burguesía con tal de salvar el pellejo, hasta que ya, por último, no le quedaba nada con qué chalanear".

Engels rinde aquí un tributo de reconocimiento al proletariado alemán por ser el único del mundo que, hasta ahora, ha enviado al parlamento a obreros y representantes de su clase, cosa que aún no han podido lograr todavía ni el de Francia ni el de Inglaterra. Y resume en cuatro puntos lo que para la clase obrera alemana significaron los acontecimientos de 1866:

Los obreros conquistaron el sufragio universal, la fuerza que les ha permitido estar directamente representados en el parlamento. La Corona prusiana ya no es la misma Corona inmaculada por la gracia de dios, después de haber engullido otras tres coronas ungidas por derecho divino. La revolución, de aquí en adelante, sólo tendrá en Alemania un solo enemigo, que es el gobierno prusiano. Por último, los alemanes de Austria tendrán que decidirse, ahora, a ser una de dos cosas: o alemanes o austríacos. En cuanto a los demás problemas litigiosos planteados en 1866 y en torno a los cuales han debatido hasta la saciedad los liberal-nacionales y el Partido popular, la historia de los próximos años —dice Engels— se encargará de demostrar que si estos dos puntos de vista se han combatido tan fieramente es porque son los dos polos opuestos de una y la misma estrechez de visión.

Cuando Engels redactaba estas consideraciones preliminares a su citada obra, se había operado ya en su vida externa aquel cambio fundamental por el que desde hacía tanto tiempo suspiraba. Su contrato con Godofredo Erman había vencido el 30 de junio de 1869 y, como éste no ignoraba que su socio estaba deseando salirse del negocio, le propuso, ya en el otoño del año anterior, reembolsarle su capital e indemnizarle por los derechos que en la empresa pudieran corresponderle. Allí precisamente era —como le contaba a Marx— "donde él quería ver a su hombre". Al negociar sobre el monto de la indemnización que debería exigir, tuvo muy presente que los intereses del capital tenían que alcanzar para cubrir también las atenciones de Marx, un año con otro. De ahí que le consultara si, después de pagar todas sus deudas, podría arreglarse, para atender a sus necesidades ordinarias, con 350 libras al año. Después de manifestarse "abrumado por la bondad excesiva" de su amigo, Marx le explicaba por qué sus gastos, en los últimos años, habían excedido de aquella suma. Estaba seguro de que podría administrarse mejor y gastar bastante menos si lograba extirpar de una vez aquel sistema de deudas tan profundamente arraigado en su familia. Aunque Engels, a instancias del propio Ermen, retiró de la

empresa 7500 libras en mayo del 69, las negociaciones seguían su curso. Hasta que, por fin, el 1 de julio Engels pudo escribir a Marx: "¡Hurra! Hoy, se ha acabado para mí el dulce comercio y soy un hombre libre".

Por aquellos días se alojaba en casa de Engels, como con frecuencia lo hacía, Leonor, la hija menor de Marx, quien cuenta recordando a Engels días después de su muerte: "Jamás olvidaré el tono de triunfo con que pronunció las palabras: '¡por última vez!', al ponerse por la mañana las botas altas para emprender, por última vez, el camino de la oficina. Unas cuantas horas más tarde, reunidos junto a la puerta de la calle para esperarle, lo vimos cruzar un pequeño prado que había delante de la casa en que vivía. Agitaba en el aire su bastón y cantaba y se reía con todas sus ganas".

Mucho había sufrido Marx, sabiendo los sacrificios que durante tantos años se imponía por él su amigo. Al asistir, por fin, a "su fuga del cautiverio egipcio", también él se dejó llevar —le decía— de la tentación de "beber una copa a su salud". Y, el mismo día, Engels escribía a su madre: "Desde ayer, soy otro hombre y me siento diez años más joven. En vez de dirigirme a la lóbrega ciudad, he salido esta mañana a pasear dos horas por el campo, con un tiempo espléndido, y te digo que, sentado a mi escritorio, en un cuarto confortablemente amueblado, donde uno puede abrir las ventanas sin que el humo ennegrezca las paredes, con flores en el antepecho y dos o tres árboles delante de la casa, se trabaja bastante más a gusto que en aquella sombría oficina, encima del almacén y viendo siempre delante el patio de una taberna". Y el 10 de julio, Kugelmann recibía también una carta suya, escrita en los mismos o parecidos términos, sin poder ocultar la alegría.

Dieciocho años habían pasado desde el día en que Engels, que a la sazón contaba treinta y uno, había tenido que trocar, obligado por las circunstancias, su vida libre de escritor por la oficina comercial, muy confiado en que la revolución que estallaría como secuela de la próxima crisis comercial le devolvería la libertad y le permitiría consagrar otra vez todo su tiempo a lo que consideraba como la misión de su vida. Su temperamento no le consentía dejar ver a otros cuán profundamente decepcionado se sintió al comprobar, una y otra vez, la frustración de aquellas esperanzas. Conocía bien, sin embargo, los peligros a que se halla expuesto cualquier hombre de talento cuando se ve demasiado tiempo encadenado a una profesión en la que no puede realizar lo que en su interior considera fundamental para su vida. ¡Cuántas veces, sobre todo, se había torturado viendo cómo, sentado a su mesa de la oficina, tenía que pasar, asentando partidas en libros de contabilidad o escribiendo cartas comerciales, un tiempo precioso para él y al que habría podido dar, pensando como pensaba, mejor empleo, en tareas literarias para las que estaba tan capacitado!

Desde que había pasado a ser copropietario del negocio, se sentía todavía más atado que antes, y la preocupación de que sus dotes llegaran a enmohecerse, de que su facilidad creadora y su fecundidad literaria declinaran, le hacían suspirar cada vez más por la hora de la liberación. Pues bien, esta hora había sonado y hay que decir que había sonado, además, a tiempo. Si, con sus cuarenta y

nueve años no era ya, naturalmente, aquel joven fogoso que en París se trataba con muchos hombres, pero se entendía mejor todavía con las mujeres; si no era ya, desde que hacía algunos años, al caer del caballo en una cacería de zorros, había contraído una hernia, el mismo jinete temerario por el que siempre había temido Marx, se sentía a pesar de todo en plena sazón de vida, como un hombre que, aunque comenzaran ya a brillar las primeras canas en su barba de color castaño, no mostraba todavía, como él la llamaba, "la dignidad de los años".

Este hombre se mantuvo hasta edad muy avanzada vital, ágil, dinámico, alegre y buen bebedor; era verdadero virtuoso en el arte de aprovechar el tiempo, no se dejaba nunca abatir por la tristeza y sabía vivir y disfrutar de la vida. Aunque ahora podía disponer libremente de sus horas, no necesitaba cavilar mucho para saber en qué emplearía su tiempo. Era uno de esos felices mortales que desde muy pronto había decidido para qué quería vivir, trabajar y crear y que jamás hasta la hora de morir abrigó ni la más leve duda acerca de la importancia, más aún, ¿por qué no decirlo?, acerca del carácter sagrado de la misión que se había impuesto. Cuando tenía sólo veintiún años, había escrito en sus comentarios sobre Schelling: "Ni el amor, ni la ganancia ni la riqueza, deben tener tanto valor para nosotros que no seamos capaces de sacrificarlos gustosamente a la idea". Y el hombre hecho, poco aficionado ya a dar rienda suelta a sus sentimientos, seguía sintiendo exactamente igual, allá en lo más profundo de su corazón.

Los asuntos relacionados con la liquidación de su parte en el negocio retuvieron a Engels en Manchester hasta bien entrado el mes de agosto. Por esta razón, no pudo llevarse a cabo el plan que tenía de viajar al continente en unión de Marx. A fines de agosto se reunió con su madre en Ostende, la acompañó de vuelta a la tierra natal y visitó con este motivo Engelskirchen, donde estaba la fábrica paterna. He aquí lo que escribía a Marx, desde allí: "En Alemania, la gente parece cada vez más tonta. Avanza sobre ellos, cada día más amenazador, el movimiento obrero y todos coquetean con él y disponen de panaceas de todas clases, pero sin que ello aguce sus inteligencias, antes al contrario... El hombre más importante de Alemania es un especulador en acciones ferroviarias, de quien auguro que será el próximo emperador alemán."

En septiembre emprendió un viaje a Irlanda, que habría de dejar honda huella en él, acompañado de Lizzy, a quien, desde que había conquistado su independencia, presentaba públicamente como su mujer, y de Leonor Marx. Lizzy, hija de proletarios irlandeses y mujer de muy buen sentido, apenas sabía leer ni escribir. Se sentía unida de corazón a su pueblo oprimido y simpatizaba profundamente con los fenianos, quienes en aquel tiempo luchaban por medios terroristas por liberar a la Verde Erin del yugo de Inglaterra. Lafargue, quien debía saberlo, cuenta que más de un feniano encontró albergue en casa de Engels y que Lizzy estaba siempre al tanto de los complots irlandeses. El ambiente de aquella familia, donde se rendía culto al oro y al verde, que eran los colores del movimiento feniano, no escapaba al propio Engels. "Inaudito y realmente grandioso para Inglaterra" llamaba a aquel movimiento, del que

decía que era, "ante todo, violento y, después, antibritánico", y hubo un momento en que el eco que los fenianos llegaron a encontrar en buena parte del proletariado londinense, hizo reverdecen sus esperanzas revolucionarias. Es cierto que, por principio, reprobaba "aquella estéril propaganda bakunista y retadora por medio de la acción", oponiéndose a que se hiciera al comunismo responsable de semejantes "majaderías". Pero estaba convencido de que los "homicidios agrarios" que se perpetraban en Irlanda no terminarían mientras fueran "el único medio eficaz de lucha contra el exterminio del pueblo por los terratenientes". Opinaba que las leyes represivas podían terminar, si acaso, con las epidemias, pero no con la enfermedad misma.

Cuando Irlanda se vio bajo la garra de las leyes de excepción, los revolucionarios trasladaron su campo de acción a la propia Inglaterra. Los atentados terroristas allí perpetrados provocaron la repulsa general. En cambio, despertó bastantes simpatías una hazaña que en 1867 lograron llevar a cabo con éxito en Manchester. Uno de los líderes más queridos del movimiento había caído en manos de la policía inglesa. En su audacia, algunos de sus partidarios concibieron el plan de ponerlo en libertad cuando, en los días siguientes, según sus informes, fuese trasladado de una cárcel a otra. Los conjurados consiguieron su propósito, pero en la refriega fue muerto a tiros un sargento de la policía que hizo frente a los atacantes, los cuales cayeron presos.

Dadas las relaciones tan estrechas que Lizzy mantenía con los rebeldes, no está descartada la posibilidad de que Engels estuviera enterado del complot que se preparaba. En carta a Kugelmann de 12 de octubre, habla irónicamente de "nuestro pequeño *coup de main* feniano, magníficamente concebido y ejecutado, pero en el que, desgraciadamente, han sido detenidos los cabecillas". Los tribunales ingleses se negaron a considerar a los reos presos políticos y los juzgaron como a delinquentes comunes. La indignación que esto provocó en la opinión pública fue aprovechada por la Asociación obrera internacional, en medio de un ambiente muy popular entre los trabajadores, para abogar en pro de los procesados y defender los derechos del proletariado irlandés. Todas las protestas cayeron, sin embargo, en el vacío y el 23 de noviembre eran ejecutados los tres cabecillas. El juicio escueto y concluyente de Engels sobre lo sucedido fue el siguiente: "Ayer, en la persona del señor Colcraft, los *tories* han trazado definitivamente la raya divisoria entre Inglaterra e Irlanda. Lo único que a los fenianos les faltaba eran mártires. Ahora, ya los tienen".

Varios años llevaban ya Engels y Marx ocupándose de las causas económicas a que obedecía la constante efervescencia que en Irlanda se manifestaba y de las consecuencias políticas que podía traer el distanciamiento cada día mayor entre los ingleses y los irlandeses. Al cobrar este antagonismo formas violentas y cuando, terminada la guerra de Secesión, emigraron a los Estados Unidos millones de irlandeses, fue cuando surgió en Marx, probablemente el primero de los dos que cayó en la cuenta de ello, la idea de que el problema irlandés no giraba simplemente en torno a divergencias sociales de un carácter local o nacional delimitado, sino que se trataba de un conflicto que, si iba

adelante, podría ser la señal para la revolución social generalizada que los dos amigos llevaban tanto tiempo aguardando en vano.

Sabemos que, para Marx y Engels, la burguesía inglesa seguía siendo el verdadero enemigo político al que había que dar la batalla para que, de un modo o de otro, pudiera triunfar el comunismo. El poder de la burguesía inglesa sólo podría ser derrocado por la clase obrera de su país. Sin embargo, los obreros ingleses, como hemos visto, habían defraudado constantemente, una y otra vez, las esperanzas que pusiera en ellos, hacía ya un cuarto de siglo, el autor del libro más penetrante acerca de la situación de aquellos trabajadores.

Engels había abrigado durante largo tiempo la confianza de que tal vez, un día, volverían a encenderse en una llamarada los rescoldos del cartismo. Pero, ya al final de la década del cincuenta empezó a pensar vagamente que quizá "el movimiento proletario inglés bajo la vieja forma tradicional del cartismo tendría que desaparecer", para poder desarrollarse bajo una forma nueva y plétórica de vida. No podía, sin embargo, formarse ni la más remota idea de cuál habría de ser esta nueva forma. Recordando cómo había encontrado a la clase obrera británica la primera vez que llegó a Manchester, en 1842, no podía por menos que pensar que el auge de la economía del país había beneficiado también a los trabajadores. Y su espíritu revolucionario se sentía asaltado por el temor de que, un buen día, en "la más burguesa de todas las naciones" llegaran a surgir, "al lado de la burguesía, una aristocracia burguesa y un proletariado burgués". Y hasta le parecía que ello podía "tener, hasta cierto punto, justificación" tratándose de una nación como Inglaterra que "explota al mundo entero".

Marx, por su parte, compartía la decepción sufrida por su amigo y, a su modo, acusaba de lo que ocurría a "la naturaleza cristiana de esclavos de los trabajadores ingleses". Ni uno ni otro podían avenirse al hecho de que un proletariado como el inglés, que había podido suministrar los más poderosos contingentes de lucha para una revolución social hubiera ido convirtiéndose cada vez más, desde los cincuenta, políticamente, en un simple apéndice del Partido liberal, y asimismo les disgustaba ver cómo el creciente movimiento sindical se mantenía totalmente encerrado en las reivindicaciones económicas, sin querer saber nada de la lucha de clases.

Al crearse la Asociación obrera internacional creyeron haber encontrado, por fin, el camino para sacar a la clase obrera inglesa del "estado de inexistencia política" en que se hallaba, para decirlo con las palabras empleadas por Marx en el manifiesto inaugural. Sin embargo, la influencia radicalizadora que la Internacional comenzó ejerciendo sobre ciertos sectores del proletariado inglés cesó, si no al fundarse la Liga en pro de la Reforma que impulsó a Disraeli a implantar la reforma electoral de 1867, por lo menos, con toda seguridad, cuando esta reforma se llevó a cabo.

"La *Reform League* es *our work*", podía decir Marx a su amigo, muy ufano, el 1 de mayo de 1865. Pero, menos de un año después, el 6 de abril de 1866, le confesaba: "En Inglaterra, el movimiento de la reforma, que nosotros

mismos hemos puesto en pie, casi nos ha matado". Gladstone había tratado de implantar en 1866 una reforma electoral muy cautelosa, que daba poco a los obreros; quien realmente llegó a la meta fue su sucesor Disraeli, en el verano de 1867, con su reforma del sufragio, que iba mucho más lejos.

Para Engels, lo determinante en su manera de juzgar a los estadistas era el punto de vista revolucionario. Le reconocía a Disraeli, en otro tiempo cartista-*tory*, el mérito de que, por odio a la nobleza rural enquistada en su propio partido, y a los liberales, hubiera puesto en marcha un movimiento que ya nadie podría contener. Le contrariaba mucho, es cierto, que por el momento, los trabajadores reconocieran todavía como jefe político al demócrata librecambista Juan Bright, pero volvía a creer que el nacimiento "de un partido realmente revolucionario" estaba cercano y daba por supuesto que llegarían a darse pronto condiciones revolucionarias. Animado por esta esperanza, escribía a Kugelmann, el 8 de noviembre de 1867: "Con la Ley de Reforma, Disraeli ha deshecho a los *tories* y destrozado a los *whigs*, sin conseguir con ello otra cosa que hacer imposible que la vieja rutina continúe. Una de dos: o esta Ley de Reforma no significa nada (lo que, dada la fuerza del movimiento, es imposible), o necesariamente tendrá que dejar paso, sin demora, a otras leyes completamente distintas y que vayan mucho más allá. Las consecuencias obligadas, que deberán sacarse inmediatamente, serían la distribución proporcional de representantes con arreglo a la cifra de población y la votación secreta, con lo cual el viejo tinglado se vendrá a tierra".

Pero cuando, en 1870, se implantó realmente el sufragio secreto, no trajo, ni mucho menos, las consecuencias radicales que Engels había previsto. Él, que en Alemania había puesto a sus amigos en guardia contra el peligro de que se concediera excesiva importancia a la aplicación de los derechos electorales, caía, ahora, en Inglaterra en el mismo error. La realidad estaba muy lejos de corresponder a sus esperanzas, como lo demostraban las elecciones que, en noviembre de 1868, habían llevado por primera vez a gran cantidad de obreros a las urnas, para convertirlos, como los resultados demostraron, en "el furgón de cola de los partidos burgueses".

"El proletariado inglés", decía Engels, había demostrado "su irremediable indigencia" al no ser capaz de imponer a un solo candidato de su clase, dando, en cambio, sus votos, "con verdadera fruición", como en tono de amargura escribía a Marx, "a cualquier *mob* advenedizo". Rabioso con esta decepción y como buen renano, cuenta que, al saber por la noche el resultado de las elecciones, hizo que el yerno de su médico, "quien, cumpliendo escrupulosamente lo que consideraba su sagrado deber, había votado por los liberales, agarrase una borrachera de órdago".

A medida que tenía que convencerse de que la clase obrera inglesa, por el momento, no se aprovecharía de la ampliación del voto para crear un partido propio, basado en la lucha de clases, Engels iba prestando cada vez mayor atención al problema irlandés y considerando muy tentadora la hipótesis formulada por Marx de que el derrocamiento de la oligarquía terrateniente y el

renacimiento del espíritu revolucionario en Inglaterra tenían que venir de Irlanda.

En el verano de 1869, viajando con Lizzy por su país natal nació en su mente el plan de escribir una historia social de Irlanda, donde ya en 1856, visitando por vez primera aquel país en compañía de Mary, se había dado cuenta de que "la llama de libertad de los burgueses de Inglaterra se basaba en la opresión de las colonias". Irlanda venía siendo desde entonces tema frecuente de sus conversaciones con Marx y había cobrado especial importancia por los años en que se estaba gestando *El Capital*. Engels se inclinaba a creer que la opresión de los irlandeses sólo terminaría cuando la clase obrera subiera al poder político en Inglaterra.

Los resultados electorales en Lancashire le habían demostrado cuán arraigada se hallaba todavía en el corazón de los obreros industriales la aversión a la competencia de una capa social tan atrasada como los irlandeses, actitud que no tardaría en percibir de nuevo, con cierta tristeza, en el seno del órgano dirigente de la Internacional. En efecto, al oponerse vehementemente, en el Consejo general, a quienes pretendían que las Secciones irlandesas de la Internacional dependieran del Consejo federal británico, tuvo que vencer una resistencia muy tenaz hasta lograr que se reconociera a Irlanda como nación aparte. "¿Qué clase de internacionalismo —preguntaba, con profunda convicción— sería el nuestro si permitiéramos que los miembros de una nación conquistadora obligaran a los de una nación conquistada a renunciar a su nacionalidad específica, tratando así de justificar y eternizar, bajo el manto del internacionalismo, la denominación del conquistador? Si el Consejo general se empeñara en exigir esto, sostendría la misma pretensión que en la guerra de Secesión en los Estados esclavistas enfrentaba a los blancos y negros. Y los trabajadores irlandeses tendrían que resignarse, en ese caso, a que cuando las cosas cambiaran, la dominación de la aristocracia inglesa sobre su país fuera sustituida, simplemente, por la dominación de la clase obrera británica sobre Irlanda". Este discurso fue pronunciado por Engels, ante el Consejo general, el 16 de enero de 1872. Pero en 1869 había saludado con gran entusiasmo la acción emprendida por la Asociación obrera internacional encaminada, según informaba por aquellos días Marx a Kugelmann, a inculcar en la clase obrera inglesa la convicción de "que jamás podría llegar a hacer nada decisivo dentro de Inglaterra mientras su política con respecto a Irlanda no se diferenciara radicalmente de la seguida por la clase dominante, mientras los obreros ingleses no hicieran causa común con los irlandeses y tomaran, incluso, la iniciativa para disolver la Unión creada en 1801 y sustituirla por una federación libre entre partes iguales en derechos".

Durante su viaje con Lizzy, Engels pudo estudiar sobre el terreno lo que era el movimiento del *Home Rule*. Hacía ver a Marx las dificultades nacidas del carácter fuertemente católico que impregnaba este movimiento, del hecho de que los jefes de esta nación campesina provinieran, en su mayoría, de la burguesía urbana y de que, por esta razón, el campesino no pudiera percatarse de "que sus únicos aliados en Europa eran los obreros socialistas". Le sorprendió

mucho ver hasta qué punto la atrasada población campesina irlandesa vivía todavía apegada a la mentalidad de los tiempos gentilicios, lo que le impedía comprender la existencia de "una propiedad que sólo confiere derechos, y no impone obligaciones".

Ya de vuelta en Manchester, comenzó a acoplar todos los materiales acerca de la historia de Irlanda, que pudo conseguir allí mismo, en la Free Library y la Chatham Library y en las librerías de viejo de Londres. Se daba cuenta con gran alegría de que el andar corriendo en busca de fuentes y materiales para su estudio no le producía un placer muy distinto del que hasta hace poco sentía cuando tenía que dedicarse a cazar clientes en la aborrecida Bolsa de Manchester. "Es una verdadera vergüenza", escribía a Marx el 29 de noviembre, "que no pueda uno conseguir en todas partes las fuentes originales, que le dicen a uno infinitamente más que cuantos se dedican a elaborar sus datos, confundiendo y embrollando lo que en las fuentes aparece claro y nítido". Y el 16 de diciembre le informaba: "En cuanto termino el estudio correspondiente, me pongo a redactar enseguida lo referente a cada período. De este modo, tiene uno más claras en la cabeza las conexiones y se forma una idea más plástica de todo el revoltillo, sin perjuicio de cambiar luego lo que haga falta. Esa es la razón de que, siguiendo en general el orden de las fuentes sobre las que trabajo, me atenga, en lo fundamental, a los períodos históricos. Hasta 1600, ya casi he terminado".

La obra debía constar de cuatro secciones. El manuscrito de las dos primeras, "Condiciones naturales" y "La Irlanda antigua" se ha encontrado entre los papeles póstumos autógrafos, pero los correspondientes a la sección tercera, que versaría sobre la conquista inglesa, y que debía llegar hasta 1691, y a la cuarta, dedicada a la dominación inglesa, no han aparecido. Esta cuarta parte debía subdividirse en tres capítulos: la legislación penal, la insurrección y la unión de Inglaterra e Irlanda para formar el Reino Unido (1780-1801). Siguiendo el consejo de Marx, Engels desdoblaba este último capítulo en dos apartados: la época de los pequeños campesinos (1801-1846) y la época del exterminio (1846-1870).

Primeramente, se trataba, por tanto, de explicar en base a las "condiciones naturales" la suerte de este pueblo, que los ingleses trataron de asimilar, fundiéndolo con ellos en un Estado unitario. "Si esta asimilación se lograba, todo el curso del proceso pasaría a la historia y caería bajo el juicio de ésta, sin que fuera posible revocarlo. Pero si, al cabo de setecientos años de lucha, esta asimilación fracasaba, si, lejos de ello, cada nueva oleada de intrusos que inundaban Irlanda, unos tras otros, eran asimilados por ella en vez de asimilarla; si los irlandeses siguen teniendo todavía hoy tan poco de ingleses o 'británicos occidentales', para emplear el nombre que suele dárseles, como los polacos, a la vuelta de un siglo de opresión, tienen de rusos; si hay que llegar a la conclusión de que la lucha aún no se ha decidido ni se decidirá hasta haber exterminado a la raza oprimida, no bastarán todos los pretextos geográficos del mundo para demostrar que los ingleses se proponen la misión de conquistar a Irlanda".

Estos que Engels llama "pretextos geográficos" eran, principalmente, el clima y la textura de la tierra. Según Engels la "desgracia" de Irlanda había comenzado hacía ya millones de años cuando, al ser barridos por las fuerzas naturales los yacimientos de carbón de la isla, ésta se vio condenada, "casi por un decreto de la naturaleza", a desempeñar el papel de un país agrario al servicio del gran país industrial que tenía por vecino. En la descripción que nos hace del clima de aquella isla se trasluce claramente cuánto más cerca se sentía el hijo de la Renania, por su ritmo de vida, de los irlandeses que de los ingleses y qué simpatía tan grande experimentaba quien sucesivamente había tenido por esposas a dos irlandesas, Mary y Lizzy, por aquel pueblo explotado: "Aquí, el tiempo y los habitantes muestran un carácter más vivo, acusan contrastes y alternativas más marcados y violentos, el cielo es como la cara de una muchacha irlandesa; se pasa de la lluvia al sol, o del sol a la lluvia sin transición y de repente, y por ninguna parte vemos esa monotonía gris que encontramos en Inglaterra".

Ahora bien ¿para qué se prestaba el clima de Irlanda? ¿Para la agricultura, la ganadería o para ambas cosas a la vez? Contestar a esta pregunta equivale —como trata de demostrar el autor— a emitir un juicio acerca de la conducta seguida por Inglaterra con la isla por ella sojuzgada. En la literatura inglesa especializada sobre el tema que Engels manejó en gran abundancia se percibe siempre "la voz interesada de los terratenientes irlandeses y los burgueses ingleses". Él, por su parte, llegaba a la conclusión de que en los campos de Irlanda se venía cultivando el centeno desde hacía mil años, de que en ellos se daba igualmente bien el trigo, de que aquella tierra ofrecía excelentes condiciones para el cultivo de la cebada y de que, teniendo en cuenta todos los factores, unas zonas del país se prestaban mejor para la ganadería y otras, sin embargo, para la agricultura.

"Si la comparamos con Inglaterra, Irlanda es, en general, un país más adecuado para la ganadería, pero, comparada con Francia, también en Inglaterra podríamos afirmar que se dan mejores condiciones para la cría de ganado. ¿Quiere esto decir que toda Inglaterra deba convertirse en pastizales para la ganadería y que toda la población agrícola —exceptuando a unos cuantos pastores— deba ser enviada a las ciudades fabriles o a los Estados Unidos para dejar sitio al ganado y enviarlo a Francia en pago de las telas de seda y los vinos?"

Engels se niega a creer que el destino haya condenado inexorablemente al pueblo irlandés a emigrar a los Estados Unidos, para que las tierras de Irlanda suministren a Inglaterra carne y mantequilla. La transformación social que para este país, en el que predominan los cultivos de azada, reclaman los terratenientes irlandeses, deseosos de acrecentar sus rentas, y los burgueses ingleses, ávidos de rebajar sus salarios, representaría el desahucio de cuatro millones de personas, es decir, el exterminio del pueblo irlandés. "Inglaterra necesita hoy trigo rápido y seguro e Irlanda es el granero ideal; mañana, Inglaterra necesitará carne, e Irlanda se presta excepcionalmente para la ganadería, en cuyo camino se interponen cinco millones de irlandeses, desafiando a todas las leyes de la

economía política". Por donde ya los mismos hechos naturales se convierten en caballo de batalla entre Irlanda e Inglaterra.

El capítulo sobre la Irlanda antigua obligó a Engels a desentrañar el presunto núcleo histórico de las escasas fuentes irlandesas, principalmente textos jurídicos, y de viejos autores extranjeros, en lo que le sirvieron de mucho sus conocimientos filológicos. Para el estudio de la época inmediatamente posterior, no necesitaba ya prescindir de los relatos escritos por los ingleses —aunque no se le escapa que se hallaban fuertemente impregnados de anglofilia—, con tanta mayor razón cuanto que, según decía, la situación social del pueblo irlandés —“y todo lo demás se me da una higa”, escribía a Marx— había empeorado considerablemente en los primeros cuatro siglos siguientes a la primera invasión inglesa. Estaba cada vez más seguro de que esta primera invasión había “matado y hecho retroceder en varios siglos el desarrollo alcanzado por Irlanda”.

Acerca de la tendencia que debió de guiar al autor en la redacción de las dos últimas secciones del libro, de que no tenemos noticia, no puede haber la menor duda. Lo que Marx hacía constar en la circular secreta del Consejo general de 1 de diciembre de 1869 y repetía, algunos meses después, en una importante carta dirigida a Sigfrido Meyer y Augusto Vogt, residentes en los Estados Unidos, era también la convicción de Engels: “Inglaterra —decía Marx— es el baluarte de la aristocracia terrateniente inglesa. La explotación de este país no es solamente una de las principales fuentes de su riqueza nacional, sino que es, además, su fuerza moral más poderosa... Irlanda es, por tanto, el gran recurso por medio del cual la aristocracia inglesa mantiene en pie su dominación en la misma Inglaterra. Por otra parte, si el ejército y la policía inglesas se retirasen mañana de Irlanda, podemos estar seguros de que inmediatamente estallaría allí una revolución agraria. Y el derrocamiento de la aristocracia inglesa en Irlanda traería como consecuencia necesaria su derrocamiento en la propia Inglaterra. Con lo cual se daría, aquí, la condición previa para la revolución proletaria”.

Como vemos, el problema irlandés suministraba a Marx y Engels importantes argumentos para apoyar sus conclusiones teóricas y prácticas. Pero, para Engels, el lado material de este problema, bajo todas sus formas y en todas sus fases, revestía una importancia personal directa todavía mayor. Ya en su obra juvenil sobre *La situación de la clase obrera en Inglaterra* podemos percibir claramente que en las páginas dedicadas a Irlanda, y muy especialmente al proletariado irlandés, palpita con gran fuerza el pensamiento de Mary, la mujer que encarnaba para él la personalidad de aquel pueblo. En una hoja de apuntes encontrada entre sus papeles póstumos figura la siguiente reflexión:

“Los ingleses han tratado de atraer a su dominación a las diversas razas. Los galeses, tan celosos de su lengua y nacionalidad, se han fundido totalmente con el imperio británico. Los celtas escoceses, que se mantuvieron en rebeldía hasta 1745 y que de entonces aquí han sido casi exterminados, primero por el gobierno y después por su propia aristocracia, no piensan ya en sublevarse. Los

franceses de las islas normandas pelearon furiosamente contra Francia durante la gran revolución. Hasta los frisones de Heligoland, vendidos a Inglaterra por Dinamarca, se sienten contentos con su suerte y tendría que pasar mucho tiempo hasta que los laureles de Sadova y las conquistas de la Confederación de la Alemania del Norte les hicieran clamar por reunirse con la gran patria. Los únicos con los que Inglaterra no ha podido son los irlandeses. La enorme elasticidad de esta raza se lo ha impedido. Después de cada cruel represión o intento de exterminio, los irlandeses vuelven a dar nuevas señales de vida, más fuertes todavía que antes... Y se da el caso de que, cuanto más adoptan la lengua inglesa y más olvidan el irlandés, más irlandeses se sienten”.

No cabe duda de que quien esto escribía simpatizaba de todo corazón con aquel desventurado pueblo del que habían salido las dos mujeres a las que sucesivamente unió su vida: Mary y Lizzy.

Engels no llegó a terminar su libro sobre “la Níobe de las naciones”, como llamaba a Irlanda. Ello se debió, sin duda, en buena parte, a que en el período que inmediatamente sobrevino, su interés y sus energías comenzaron a verse absorbidas por acontecimientos que llamaban a la puerta con mayor apremio: “La guerra, la Comuna, la Internacional han venido a paralizar todo lo demás”, escribía él mismo, a comienzos de 1872 a su amigo Borkheim, quien le había preguntado por la marcha de sus trabajos.

CAPITULO VI

LA GUERRA FRANCO-ALEMANA Y SUS REPERCUSIONES

Engels podía, por fin, disponer libremente de todo su tiempo y entregarse en lo sucesivo a las actividades que le agradaban y a las que le llamaban sus capacidades y su convicción. Mientras había estado pisando con un pie, como copropietario de una fábrica, en el suelo de la burguesía, no había podido ni querido formar parte del Consejo general de la Internacional ni, en conjunto, actuar públicamente en favor de ella. La cosa cambió cuando, en el otoño de 1870, se trasladó de Manchester a Londres, en unión de Lizzy. Lo único que le dolió, al dejar la ciudad fabril, fue despedirse de sus amigos Carlos Schorlemmer y Samuel Moore, quienes últimamente le hacían más llevadera la vida allí, con su amistad y el intercambio de ideas que con ellos mantenía.

Alquiló una casa cerca del Regent Park, como a un cuarto de hora, caminando, de la que habitaban los Marx. "No es bueno que los amigos casados vivan puerta con puerta" —le contestó a Kautsky, quien le había preguntado por qué no se había mudado más cerca de su amigo—, "pues nunca concuerdan enteramente las ideas acerca de la vida ni los hábitos de ésta".

Tres años antes, en 1867, su amigo Siebel le había sugerido que regresara a Alemania y presentara su candidatura para representar en el Reichstag a su tierra natal. En aquel entonces, es seguro que le habría costado mucho trabajo derrotar a Schweitzer en las urnas. Pero tampoco más tarde, cuando ya sus perspectivas electorales, si hubiera querido aprovecharlas, eran mucho menores y Liebknecht y Bebel le invitaron reiteradamente a presentarse diputado, se dejó vencer. A Liebknecht le dio como razón, al rechazar aquella propuesta, que había perdido la ciudadanía alemana después de diez años de estancia ilegal en el extranjero.

No era aquella, indudablemente, la verdadera razón de su negativa. La verdad es que creía servir mucho mejor al movimiento obrero siguiendo desde Inglaterra la marcha de los acontecimientos en el continente, sin someterse a las mortificaciones policíacas de la Alemania de Bismarck y haciendo oír su voz desde allí cuando tuviera algo que decir. Le parecía que, de este modo, ayuda-

ba más eficazmente a esclarecer los problemas, a ilustrar las mentes y a explicarle al proletariado las tareas que, a juicio suyo y a juicio de Marx, le planteaban el presente y el futuro. Se sentía muy atraído por esta forma de agitación, que tomaba muy en serio y a la que muchas veces sacrificaba —aunque, generalmente, refunfuñando— sus estudios científicos. Eran éstos, sin embargo, los que le daban mayor satisfacción, cuando sólo pensaba en sí mismo. Una buena prueba de ello la tenemos en el hecho de que, al proponerle Liebknecht reproducir en *El Estado del pueblo su Guerra de los campesinos en Alemania*, se animara enseguida a escribir una introducción, actualizando aquel trabajo.

Engels pasó en Engelskirchen, junto a su madre, las primeras navidades en que pudo verse ya libre de la vida de los negocios. Cuando la madre le pedía algo que fuera compatible con sus convicciones políticas, nunca se lo negaba. Cuando volvió a Inglaterra, no llevaba una impresión muy grata de su breve estancia en Alemania. Le parecía que sus compatriotas, incapaces de ver más allá de su campanario, se volvían cada vez más tontos. Para ellos, el peligro de una guerra franco-alemana, que desde la victoria de Königgrätz se dibujaba en el horizonte, había sido definitivamente conjurado, ya que, según ellos, Luis Napoleón se había convertido al constitucionalismo y había vuelto a dar pruebas de su sabiduría al renunciar a sus apetitos territoriales.

Engels, por su parte, no esperaba del llamado "Imperio liberal" ni el fortalecimiento de la monarquía ni la vigorización de la voluntad de paz del pueblo francés, del que él desconfiaba. ¿Acaso podía pensarse que "todo aquel tinglado de corrupción y suciedad trabajosamente levantado a lo largo de dieciocho años" se había venido a tierra de repente, tan sólo porque ahora figurara a la cabeza del gobierno Ollivier, uno de los jefes de la oposición burguesa? "Con este Bonaparte y estos generales, prefectos, policías y decembristas" no podía concebirse, según él, un gobierno constitucional. Los resultados del plebiscito celebrado el 8 de mayo de 1870, a pesar de los sucios enredos del emperador, le demostraban que el Imperio, en Francia, ya no podría durar mucho tiempo. Para él, la instauración del sistema parlamentario a que Napoleón III había tenido que decidirse después de los triunfos electorales de la oposición en la primavera de 1869, no traía consigo, en rigor, más que una cosa importante, a saber: que el movimiento político de los obreros, después de dieciocho años de represión, volvería a dar señales de vida y que ello brindaría a la Asociación obrera internacional la posibilidad de afirmarse vigorosamente en Francia. No tardaron en desatarse las persecuciones, pero éstas no habían podido impedir que el proletariado francés reverdeciera sus viejas tradiciones revolucionarias. "La gente, en Francia, se ha lanzado de nuevo a la acción, que es su elemento, pues en esto son maestros los franceses", escribía Engels a Marx, lleno de alborozo, el 19 de mayo de 1870.

No puede decirse que jamás llegara a desear que la guerra franco-alemana estallara. Pero conocía la historia de Francia demasiado bien para ignorar que una guerra que tuviese como mira llevar la frontera hasta el Rin, aunque la declarara una dinastía impopular, tenía que despertar las simpatías de la masa

de un pueblo como aquél, siempre ávido de gloria y que, además, se consideraba amenazado por el fortalecimiento de Prusia. Sabía perfectamente que ni la Corte ni la oficialidad del ejército, ni extensos sectores de la burguesía, habían renunciado a la orilla izquierda del Rin, sino que el mismo sentimiento predominaba incluso entre los socialistas franceses. El ministro inglés de Negocios extranjeros, lord Clarendon, había informado a su reina, en 1861, que si Napoleón III se apropiaba aquella faja de territorio, todas las clases de la población, en Francia, lo apoyarían con gran entusiasmo.

Exactamente lo mismo pensaba Engels. "Una guerra contra Prusia" —escribía a Marx, el 6 de agosto de 1866— despertaría también simpatías entre los campesinos y los obreros tontos. Uno de los numerosos grupos sansimonistas, el que proclamaba la idea de una Confederación de los pueblos, había considerado siempre este territorio como parte de Francia, y lo mismo pensaban ahora las fracciones que creían en el mito de la libertad de los pueblos sostenido por girondinos y jacobinos. Luis Blanc, el "*démocrat impérial*", como Engels llamaba a su viejo adversario, no era, ni mucho menos, una voz aislada entre sus correligionarios, cuando hablaba de resarcir a Francia mediante la anexión de territorios poblados por habitantes de lengua alemana, a cambio de la expansión de poder de Prusia en Alemania.

Pero el gran revolucionario renano no reconocía ni la más remota legitimidad a tales pretensiones. "Una revolución francesa que se impusiera de antemano deberes de conquista, sería asquerosa", le decía a Marx el 27 de abril de 1867, y el 11 de septiembre añadía: "Considero muy importante, precisamente para el caso de que estalle una revolución, que se obligue a esos señores a tratar con nosotros *d'égal à égal*. Según ellos, el bismarckismo es, en Alemania, un fenómeno natural, que debe ser destruido mediante su intervención; en cambio, su bonapartismo no pasa de ser, según ellos, una situación accidental, de la que se nos asegura que ha desaparecido y se ha trocado en lo contrario con un simple cambio de ministerio". Ya en 1866, en una sesión del Consejo general de la Internacional, Marx había expresado sin ambages su opinión a los socialistas franceses: incluso cuando hablaban de la negación de las nacionalidades —les decía— se referían "sin darse cuenta", a la "absorción de todas ellas por la nación francesa, considerada como modelo".

Durante la larga serie de años en que el segundo Imperio había reprimido el movimiento obrero socialista en Francia, este movimiento había revivido en Alemania, a pesar de todos los obstáculos. Marx y Engels se habían manifestado ya de largo tiempo atrás en contra de aquellos franceses que presentaban a Francia como el pueblo elegido de la revolución, como si el suelo santificado desde el año 1793 —así lo expresaba satíricamente Engels— "no pudiera ser profanado por ninguna clase de porquerías cometidas de entonces acá por los franceses". Si sobrevénía una nueva oleada revolucionaria, Marx y Engels seguían considerando probable que el primer embate partiría de Francia. Estaban convencidos, sin embargo, de que el proletariado alemán se hallaba, ahora, mucho más maduro para una revolución social. Al parecer, Marx expresó esta

opinión por vez primera en la fiesta celebrada el 28 de febrero de 1867 para conmemorar la fundación de la Asociación de cultura obrera alemana. En su discurso, elogió al movimiento obrero alemán por ser el que más se había emancipado de todo "absurdo religioso", porque no necesitaría recorrer, como el de los países occidentales, el largo y difícil camino que pasa por el movimiento de la burguesía y, finalmente, porque su situación geográfica lo obligaría a declarar la guerra a la barbarie oriental. Pero si el movimiento obrero alemán era el auténtico soporte de las esperanzas de Marx y Engels, ambos debían estar empeñados ante todo en insuflarle sus concepciones acerca del proceso histórico y de las consecuencias políticas que en la práctica debían extraerse de él. Los congresos de Nuremberg y Eisenach habían sido, a este respecto, muy prometedores; sin embargo, Engels y Marx, por vez primera, no veían aún el camino por el que podrían lograr ganar realmente para las concepciones del *Manifiesto* y de *El Capital* al movimiento socialista alemán, hasta entonces poco claro teóricamente. Pero si llegaban a lograrlo en el futuro, conjeturaban que este éxito, en un plazo más o menos largo, debería conducir, también fuera de las fronteras de Alemania, al triunfo de su comunismo histórico-dialéctico sobre las restantes orientaciones y tendencias que en aquel momento reivindicaban y poseían todavía influencia sobre el conjunto del movimiento socialista. Apenas se declaró la guerra, en 1870, Marx expresó en una carta a Engels su secreta esperanza de que la supremacía de la clase trabajadora alemana sobre la francesa en el escenario mundial significaría al mismo tiempo la supremacía de su teoría sobre la de Proudhon. "Lo que necesitan los franceses son estacazos", dice más adelante; si triunfaran los prusianos, la centralización del poder estatal en Alemania resultaría útil también para la centralización de la clase trabajadora alemana y trasladaría el centro de gravedad del movimiento obrero en Europa occidental de Francia a Alemania.

Qué pensaba Engels acerca de la culpabilidad por el estallido de la guerra y qué frutos esperaba de ella nos lo muestra una carta que escribió a Marx el 15 de agosto, es decir, ya después de las primeras victorias alemanas. Entre la ejecutiva del Partido obrero socialdemócrata con sede en Braunschweig, y Liebknecht como redactor de *El estado del pueblo*, se habían manifestado, como se sabe, diferencias de opinión muy similares a la que dividieron en la guerra mundial a la socialdemocracia, y Marx, a quien correspondía tal tarea como secretario de la Internacional para Alemania, debía resolver las diferencias como árbitro. Pero "en un asunto tan importante", Marx no quería decidirse sin haber pedido la opinión a su amigo.

Engels manifestaba, sin andarse con rodeos, que Alemania "se había visto arrastrada por Napoleón a una guerra en la que se ventilaba su existencia nacional". Si Alemania sale derrotada, "el bonapartismo se verá afianzado por mucho tiempo y Alemania quedará destrozada durante años y tal vez generaciones enteras. Si esto ocurre, no habrá ni que pensar en un movimiento obrero alemán independiente; la lucha por el logro de la existencia nacional se antepone a todo y, en el mejor de los casos, los obreros alemanes marcharán a

remolque de los franceses. Si triunfa Alemania, se irá a la trampa desde luego el bonapartismo francés, se acabará, por fin, la eterna camorra acerca de la unificación de Alemania, los obreros alemanes podrán organizarse sobre una base nacional de modo muy distinto a como ocurre ahora, y los franceses, cualquiera que sea el gobierno que allí se instaure, gozarán seguramente de mayor libertad de acción que bajo el bonapartismo. El pueblo alemán en masa, sin distinción de clases, ha comprendido que se trata realmente, en primer plano, de la existencia nacional, y ello es lo que explica que se haya lanzado a la lucha inmediatamente”.

A Engels le parecía inconcebible que, en aquellas circunstancias, un partido político alemán predicara, como lo hacía el de Liebknecht, la obstrucción total. “Y a todo lo anterior había que añadir que Badinguet no habría podido librar esta guerra a no ser por el chovinismo de la gran masa de la población francesa, burgueses, pequeñoburgueses, campesinos y el proletariado imperialista y hausmanniano de la construcción, salido del campo, que Bonaparte había hecho brotar en las grandes ciudades. Mientras no se le dé una buena lección a ese chovinismo, no podrá haber paz entre Francia y Alemania. Cabría esperar que se encargara de ello una revolución proletaria; pero, puesto que la guerra es una realidad, a los alemanes no nos queda otro remedio que hacerlo nosotros mismos. En primer lugar, Bismarck se encarga de hacer ahora una parte de nuestro trabajo, a su manera y sin quererlo, pero lo hace. Que —y aquí llegan las consideraciones marginales— esta guerra está capitaneada por Lehmann, Bismarck y Cía. y debe contribuir a su gloria momentánea en caso de que la dirijan felizmente, es algo que debemos agradecer a lo miserable de la burguesía alemana. Desde luego, es muy repugnante, pero no hay posibilidad de cambiarlo. Y por eso precisamente levantar la bandera del antibismarckismo como único principio directivo, sería absurdo. En primer lugar, Bismarck realiza ahora, igual que en 1866, una parte de nuestro trabajo, a su manera y sin pretenderlo, pero la realiza. Nos deja la cubierta más limpia que antes. Y, en segundo lugar, ya no estamos en 1815. No podrá evitarse que los alemanes del sur entren ahora en el Reichstag, en el que servirán de contrapeso al prusianismo. Y están, además, los deberes nacionales que le incumben y que, como ya me escribías tú, cierran el paso de antemano a la alianza con los rusos”.

Con respecto a la conducta que debía aconsejarse al partido obrero socialdemócrata, Engels formulaba algunas propuestas, que Marx aprobó. Los obreros alemanes debían sumarse al movimiento nacional, mientras éste se limitara a la defensa de su país. Ello no excluía, hacía constar expresamente, una ofensiva estratégica de los ejércitos alemanes hasta conseguir la paz. Y, como siempre, hacía mucho hincapié en que no se perdiera de vista en ningún momento la diferencia entre los intereses nacionales de Alemania y los intereses dinásticos de Prusia y se tomara posición en contra de la anexión de la Alsacia y la Lorena. Si en París se instauraba un gobierno republicano, no chovinista, habría que pugnar por hacer con él una paz honrosa. Y debía destacarse constantemente la comunidad de intereses entre los obreros franceses y los alema-

nes, quienes nunca habían querido la guerra ni guerrearaban entre sí.

El 23 de julio, es decir, antes de que Engels escribiera esto, el Consejo general de la Asociación obrera internacional había lanzado a sus afiliados en todos los países un manifiesto, redactado por Marx, en el que se expresaba la simpatía hacia los alemanes por su guerra defensiva contra la agresión de Bonaparte, pero declarando, al mismo tiempo, que aquella simpatía les sería retirada si consentían que su gobierno recurriera a la ayuda de Rusia.

Engels pidió a Marx que llamase muy especialmente la atención del partido alemán hacia esta parte del manifiesto. A ella no era, por cierto, ajeno Engels. Este llevaba ya varios años insistiendo, en sus cartas a Marx, en que los rusos no se lanzarían a una guerra antes de haber dado cima al plan de construcción de vías estratégicas, que estaba en marcha. Ese momento había llegado. Es cierto que Marx, influido también por la reciente lectura del libro de Bery-Flerowski sobre la situación de la clase obrera en Rusia, había anunciado a su amigo, en febrero de 1870, que en el Imperio de los zares estallaría "una espantosa revolución social" y Engels coincidía con él en apreciar "que la hecatombe del poder, en Rusia, no tardaría en sobrevenir". Pero, por el momento, el Imperio ruso seguía en pie y Engels estaba convencido de que acabaría imponiendo sus métodos, con su voluntad o contra ella, a cualquier Estado que recabara su ayuda. De ahí que él, según manifestaba, no estuviera dispuesto a aprobar una alianza militar entre Prusia y Rusia, ni siquiera en el caso de una gran victoria de los franceses, con la que él, sin embargo, no contaba. Si esta alianza entre los rusos y los "borusos" llegaba a producirse, tomaría partido —como más tarde demostraron los hechos— en favor de las restantes potencias occidentales.

Engels elogiaba calurosamente la valentía con que Liebknecht, al votarse en el Reichstag los créditos de guerra, había mantenido su posición "libre y porfiada", absteniéndose. En cambio, se mofaba de la política mantenida por él como redactor-jefe de *El Estado del pueblo*, periódico que, después del Congreso de Eisenach, había reemplazado al *Semanario democrático* como órgano del partido. "Si esa fuera la opinión general de los alemanes" —decía Engels, irónicamente—, "pronto volveríamos a los tiempos de la Confederación del Rin, y el buen Guillermo se vería muy apurado para desempeñar un papel en ella y para encontrar sitio al movimiento obrero. No creo que un pueblo que no ha recibido nunca más que bofetones y puntapiés sea el más indicado para hacer una revolución social".

La explosión elemental de los sentimientos nacionales tanto en Prusia como en los Estados alemanes derrotados por ella en 1866 encontraba amplia comprensión en Engels. Kugelmann había apuntado en carta a Marx, el 18 de julio, la sospecha de que Napoleón y Bismarck hubieran "convenido" por debajo de cuerda una guerra, y la de que "hubieran puesto como precio, de una parte, la anexión de Bélgica y, de otra, la entrada de los Estados del sur en la Confederación de la Alemania del Norte, la unificación de Alemania, con la incorporación de Austria, y la proclamación de Guillermo I como emperador".

Si Kugelmann estuviese en lo cierto, opinaba Engels, Bismarck se encontraría ya rebasado por la historia. El, por su parte, no creía a estas alturas en una guerra ficticia. Estaba convencido de que el pueblo alemán "había llegado ya a la unánime conclusión de que debía ponerse fin para siempre a aquellos devaneos". "*On ira au fond*", escribía a Marx, el 22 de julio. La política de Napoleón III había ido siempre encaminada a lograr los mayores frutos posibles con los menores costos; por eso había quedado desagradablemente sorprendido al ver que la nación alemana se mostraba, desde el primer momento, unida. Esto le obligaba a prepararse para una gran campaña, cuyas perspectivas eran muy poco favorables para él, ya que los ejércitos alemanes unidos superaban numéricamente a la potencia militar francesa.

Kugelmann sugería en su carta la posibilidad de que Engels fuera enviado al cuartel general alemán como corresponsal de guerra de algún periódico inglés. Pero hay que tener en cuenta que Engels, quien se encontraba en la emigración por su propio albedrío, podía ser movilizado como reservista, y no le dio muy buena espina saber que Stieber, muy al tanto de su pasado revolucionario, actuaba en el cuartel general de los alemanes como jefe de los servicios policíacos secretos, aparte de "muchos otros escollos" que encontraba a la sugerencia de su amigo. Se consoló, pues, pensando que podía emplear mejor su mirada crítica siguiendo donde estaba y limitándose a enjuiciar la marcha de los acontecimientos en las columnas de un prestigioso periódico inglés. Marx sostenía, desde hacía poco, relaciones indirectas con la *Pall Mall Gazette* y logró llegar con este periódico a un acuerdo que satisfizo a Engels. Este no dejó de tener sus desavenencias y conflictos con la redacción "incluso a propósito de artículos sobre temas exclusivamente militares", pero decidió llevar adelante su colaboración mientras duraran las hostilidades. Le gustaba este trabajo, y sus artículos le granjearon cierta popularidad. El *Spectator* llegó a decir que sus artículos eran los únicos importantes que aparecían en la prensa inglesa. Entre las damas de la familia de Marx era motivo frecuente de escándalo el ver que el *Times* y otros grandes periódicos los "plagiaban", muchas veces desvergonzadamente. La exposición que a continuación hacemos se basa, por tanto —salvo en los casos en que recurrimos a sus cartas, cuando éstas se expresan menos recatadamente—, en los artículos enviados por él al citado periódico londinense, en número de unos sesenta, desde el 29 de julio de 1870 hasta el 18 de febrero de 1871.

Ya hemos visto que, mientras el Imperio bonapartista siguiera en pie, Engels deseaba la victoria de los alemanes, aunque le indignara el hecho de que el timón de la nave alemana estuviese en manos del rey de Prusia, "con su misión divina y su Stieber"; se lamentaba de que el pueblo alemán, al que en nada se había consultado, se arrastrara, a su vez, "delante de su Guillermo, que se arrastraba ante Dios". A cada nuevo decreto de movilización, se afirmaba más en su creencia de que acabarían triunfando los alemanes. Confesaba a Marx su confianza en la "enorme fuerza" de la organización militar prusiana, a la que consideraba "totalmente invencible" "en una guerra nacional como és-

ta". "Tal como están las cosas, juzgo imposible que la campaña pueda favorecer a Bonaparte", declaraba el 22 de julio.

Tan pronto como se dio cuenta de que Napoleón, con una rápida ofensiva, no conseguiría entorpecer la movilización ni el avance de los alemanes, más veloz de lo que el enemigo había llegado a pensar, gracias al empleo intensivo del ferrocarril, comenzó a culpar al segundo Imperio de todo lo que fallaba del lado francés. Ya antes de que los franceses sufrieran el primer descalabro, hacía constar que la culpa de todo, si las cosas marchaban mal para ellos, la tendría el propio Napoleón, quien, a pesar de que venía preparando la guerra de largo tiempo atrás, no se había ocupado debidamente de la intendencia, impidiendo con ello a su ejército llevar la guerra enseguida al campo enemigo. El 31 de julio, estaba ya convencido de que Moltke poseía la seguridad absoluta de poder actuar desde el primer momento con una superioridad de fuerzas aplastante. Analizando el primer hecho de armas importante, que fue la toma de Weissenburg, el 4 de agosto, destacaba en la *Pall Mall Gazette* como lo nuevo de aquella batalla el que, en ella, había triunfado la bayoneta sobre el fusil de retrocarga. "¿Qué dices de nuestros soldados", escribía al mismo tiempo a Marx, sin disimular el orgullo que sentía por la victoria de sus compatriotas, "que han sido capaces de tomar, en un asalto a bayoneta calada, una posición fortificada y defendida por ametralladoras y fusiles de carga trasera? ¡Valientes, los muchachos!"

Dos días más tarde, después de las victorias obtenidas por los alemanes en Wörth y en Forbach, explicaba a sus lectores ingleses que los beligerantes parecían haber trocado los papeles. Los alemanes —decía— atacaban y los franceses luchaban a la defensiva; los primeros operaban rápidamente y movían con facilidad grandes masas de tropas, mientras que los segundos se dispersaban y se dejaban derrotar en grupos sueltos. Y el 8 de agosto consignaba que el ejército francés había perdido la iniciativa. A partir de ahora, ya no ocultaba a sus lectores que los alemanes no sólo eran superiores numéricamente, sino que lo eran también por sus mandos y por su disciplina. El mando francés le recordaba el de las tropas austríacas, en las numerosas campañas perdidas por ellas. Fluían a los puntos de su pluma nombres como los de Beaulieu, Mack y Gyulay, y ya el 9 de agosto comparaba la situación en que ahora se encontraban los vencedores de Magenta y Solferino con la de Benedek en 1866.

Tan convencido estaba ya de la inferioridad del mando y el armamento franceses, que enseguida comenzó a barajar en sus cálculos las consecuencias políticas de la derrota del aborrecido "Badinguet". "El segundo Imperio parece esfumarse", escribía a Marx el 10 de agosto, y al día siguiente, en la *Pall Mall Gazette*: "Una guerra por el Rin era la mejor y más rentable carta de Napoleón, pero, si fallaba, se derrumbaría el segundo Imperio". Así lo habían comprendido los alemanes —proseguía—, y la perspectiva de esta guerra inminente había hecho que se avinieran a los cambios producidos en 1866, los cuales, aunque dividían políticamente al país, le permitían defenderse mejor contra los ataques del exterior.

El hecho de que el emperador francés transfiriera el mando supremo al general Bazaine equivalía ya, según Engels, a su abdicación: "Tal parece", dice en carta a Marx, "como si a los franceses se les quisiera facilitar la revolución; todo marcha como sobre ruedas". Si la lucha hubiera comenzado en suelo enemigo —aseguraba a sus lectores ingleses—, cualquier victoria francesa habría representado una nueva anexión de territorios alemanes.

Pero, ¿cuáles serían sus condiciones, si los alemanes ganaban la guerra? Al principio, Engels esperaba que el gobierno prusiano, bien aconsejado, se contentara con impedir definitivamente a los franceses seguir llevando adelante su política con respecto a Alemania. Todavía el 10 de agosto, opinaba que quienes llevaban el timón en Berlín, ante una República en Francia, se prestarían, en líneas generales, a firmar una paz honrosa, sin dejarse llevar de "los gritos vociferantes que piden la Alsacia-Lorena".

Se guardarían mucho —eso opinaba él— de "provocar un nuevo 1793 y 1794". A pesar de lo que llamaba "el credo ruso de los Hohenzollern", Marx creía que una gran victoria de los alemanes traería como consecuencia inmediata una guerra germano-rusa. Engels coincidía con él, pero precisamente esta perspectiva lo afianzaba en la conjetura de que Bismarck, al concertar la paz, sabría "manejar" a los franceses con vistas a aquella eventualidad. Se daba cuenta, y no se equivocaba en ello, de que los apetitos anexionistas de los militares y de los filisteos de cervecería tropezaban con cierta resistencia por parte del presidente del Consejo de ministros, pero supo también advertir a tiempo que la resistencia de Bismarck no sería suficiente para evitar lo que él consideraba como un desastre. Y se percató de antemano de que el resto de Europa se abstendría de interponerse en el camino de una Alemania victoriosa.

Los combates preñados de consecuencias que en agosto se libraron en torno a la plaza de Metz les fueron interpretados a los lectores de la *Pall Mall Gazette* con una rapidez asombrosa y muy acertadamente, en todos sus puntos esenciales. "El general Moltke es viejo, pero sus planes revelan todos la energía de la juventud", comenzaba diciendo el artículo escrito por él el día siguiente de la batalla de Gravelotte y al otro día, resumiendo la situación, explicaba por qué los alemanes habían llevado la iniciativa desde la primera hora, por qué habían logrado invadir la Lorena y por qué Bazaine había sido cercado en Metz con gran parte de las tropas fundamentales francesas, incapacitado para tomar parte, ahora, en los combates decisivos que se avecinaban.

"Todo parece indicar que la potencia militar francesa está liquidada", manifestaba aquí, un tanto precipitadamente, "y, de momento, diríase que las ambiciones alemanas no tropiezan con más límite que el muy dudoso que puede imponerles la conveniencia de la moderación para la completa salvaguarda de sus intereses".

Al recibirse la primera noticia de que Mac Mahon trataba de romper el cerco tendido en torno a Bazaine, Engels se dio cuenta de que, con aquella operación, se acercaba a su momento final y decisivo la campaña. Cualquiera que fuese el camino que el mariscal francés escogiera para acercarse a Metz

—escribía Engels el 26 de agosto en el periódico londinense—, le cerraría el paso el ejército del Príncipe Heredero de la Corona y no podría quitárselo de encima. Sólo disponiendo de gran superioridad numérica podía haberse decidido Mac Mahon a evacuar Reims, dejar al enemigo la comunicación directa con París y mover del centro a la periferia el último ejército francés de campaña. Pero así lo había hecho, procediendo de un modo imperdonable, y ahora estaba al borde una derrota segura.

¿Y cuál sería el resultado de esta derrota? Obligaría a los restos del ejército derrotado a moverse de París a la frontera norte, donde no tendrían más remedio que violar el territorio neutral de Bélgica o aceptar la capitulación: "Si realmente Mac Mahon ha emprendido esta maniobra tan dudosa, se hallará ahora a punto de poner a sus tropas, deliberadamente, en la misma situación en que la marcha de flanco de Napoleón sobre el extremo sur del bosque de Turingia, cerca de Jena, colocó en 1806 al ejército prusiano." Los prusianos tuvieron que capitular delante, cerca de Prenzlau, porque Napoleón llegó a Stettin antes que ellos. "Las tropas de Mac Mahon no tendrán más remedio que rendirse en la pequeña faja de territorio francés enclavada entre Mezières y Charlemont-Givet, ya dentro de Bélgica".

Véase, pues, con cuánta claridad y precisión pronosticaba Engels el 24 de agosto lo que sucedería una semana después en la plaza de Sedan, muy cercana a aquel saliente. Según Engels, Mac Mahon se había lanzado a esta acción desesperada por motivos políticos; era necesario intentar algo verdaderamente temerario antes de hacer saber a la capital cuál era la auténtica situación: "Napoleón III se lo jugó todo a una carta, perdió, y ahora Mac Mahon se disponía a echar el resto, aun a sabiendas de que sólo tenía una posibilidad contra diez de ganar la partida". La única salvación de Francia, tal como Engels veía las cosas, estaba en deshacerse lo antes posible de Bonaparte y de todo su séquito. Si subiera pronto al poder un gobierno revolucionario, todavía podría salvarse algo, escribía a Marx el 15 de julio.

Aunque por lo general hablaba modestamente de sus "pequeñas profecías", esta vez no pudo por menos de expresar a sus lectores la gran satisfacción que sentía al ver cómo sus previsiones se habían realizado casi al pie de la letra. Pero a Marx le parecía que su amigo no hacía resaltar sus méritos como era debido. "Después de la brillante confirmación de lo anunciado en tu primer artículo sobre Mac Mahon", le escribía el 2 de septiembre, "creo que debes comenzar el próximo con un resumen de tus propias *Notes on the war*. Ya sabes que a los ingleses hay que explicárselo todo muy claro y que el exceso de modestia en la presentación de las cosas *will not do* con John Bull".

A diferencia de sus padres, las hijas de Marx, influidas por sus maridos o prometidos eran, desde el comienzo de la guerra, francófilas. "La acusaban a una de 'prusiana', decía su madre en carta a Juan Felipe Becker, en 1872, si no creía en todas las monsergas de los franceses". También al "joven Moltke", como admirativamente le llamaba Engels, le describía "el arrebato" que todas —decía, para suavizar la cosa— habían sentido en los comienzos de la guerra.

La verdad es que también ella, según cuenta Engels, deseaba la derrota de la "grande nation", "pues todos los franceses, incluso los que figuraban entre el puñado de los mejores, llevaban en la masa de la sangre el chovinismo. Pero, ahora se lo sacarían del cuerpo".

Al principio, a Engels no le cabía en la cabeza que el hombre que en los últimos veinte años había dado a Europa tantos quebraderos de cabeza se hubiera entregado como prisionero "al tonto de Guillermo", al rey de Prusia, cuyo nombre hasta sus amigos pronunciaban hasta entonces con una sonrisa desdeñosa. Al principio, tendía a exagerar la importancia que la capitulación de Sedan tenía para la terminación de la guerra. Hasta que se enteró de que en París había sido proclamada la República, estaba seguro, lo mismo que Moltke, de que la guerra había terminado y anunciaba como inminente, para la semana entrante, la rendición de Bazaine en Metz.

El 10 de septiembre, hacía en su artículo de la *Pall Mall Gazette* largas consideraciones sobre el auge y la decadencia del ejército imperial francés, cuya invencibilidad había sido en Europa artículo de fe, desde Magenta y Solferino hasta el "relámpago de 1866". No había podido sostenerse, según él, a la altura de los grandes momentos porque las estafas, la corrupción y la dilapidación de los fondos públicos al servicio de los intereses privados, los pilares fundamentales del segundo Imperio, habían corroído también al ejército. "Cuando Haussmann y sus criaturas extraían millones y millones de la inmensa Bolsa de París, cuando todo el departamento de Obras Públicas, todas las contratas del gobierno y todos los cargos civiles se convertían, pública y descaradamente, en palancas para desfalcarse al pueblo, era imposible que se mantuviera limpio de vicios el ejército, aquel ejército al que Luis Bonaparte debía cuanto era y en cuyos puestos de mando había personas tan ávidas de riqueza como los granujas civiles mejor situados en la Corte". "Al llegar la hora de la prueba, sólo pudieron oponerse al enemigo las gloriosas tradiciones de la disciplina y la innata bravura de los soldados, lo que no bastaba para dar la primacía a un ejército".

La noticia de que Francia volvía a ser República no despertó en Engels, ni con mucho, el mismo entusiasmo que en Liebknecht, a quien hizo llorar de alegría. Por lo demás, la noticia no le pillaba de sorpresa; ya había expresado de antemano su preocupación de que no hubiera entre los socialistas franceses nadie "capaz de ponerse a la cabeza, si en París estallaba realmente un movimiento revolucionario". "El más popular de todos y el único utilizable", le decía a la esposa de Marx, en carta de 15 de agosto, "es Rochefort, pues Blanqui parece haber caído en el olvido". Para Engels, Julio Favre y los otros hombres de la izquierda burguesa que el 4 de septiembre pasaron a formar parte del Gobierno de la Defensa nacional, no eran, realmente, figuras revolucionarias. Reconocía, sin embargo, que la situación política, lo mismo que la situación militar, habían tomado un sesgo radicalmente nuevo con el derrocamiento de la dinastía. Si la guerra seguía adelante, cambiaría su sentido. Ya no había por qué temer que Francia pudiera estorbar la unificación de Alemania. Después de

la hecatombe de su ejército, el chovinismo de los franceses ya no representaba ningún peligro y, en cambio, el chovinismo alemán, que clamaba por anexiones territoriales, ganaba fuerza de día en día. En carta a Engels, el 17 de agosto, Marx hablaba de la anexión de Alsacia-Lorena como de la mayor desgracia que podría ocurrirle a Europa y, muy específicamente, a Alemania. A lo que Engels replicaba, tres días después: "No cabe duda de que es una mala suerte, pero lo considero inevitable. Si Alemania fuese un Estado como Francia, todavía tendría disculpa. Pero, en una situación en que el territorio conquistado tendrá que repartirse entre los tres vecinos fronterizos, resulta ridículo. Y más ridículo todavía el que los alemanes quieran colgarse en el Oeste un Véneto de lengua alemana".

No siempre, como sabemos, había pensado Engels lo mismo acerca del problema alsaciano, e incluso ahora se advertía, por el modo como se expresaba, que, en otras condiciones históricas, se habría inclinado a la reincorporación de aquella vieja provincia de la cultura germánica al resto de Alemania. En su ensayo sobre Arndt, escrito en 1841, calificaba de "cuestión de honor nacional" la reconquista de los territorios de la orilla izquierda del Rin en los que se hablaba alemán. Pero, recordaremos que, ya por aquel entonces, el joven demócrata condicionaba la restitución de Alsacia a la nación alemana a un punto: que los alemanes pudieran dar a los alsacianos lo que éstos poseían con Francia; la posibilidad de vivir libremente en el seno de un gran Estado.

Por aquellos años, abrigaba la esperanza de que Alemania se estaba acercando a esta gran meta. Pero desde entonces acá, sus esperanzas se habían visto profunda y reiteradamente defraudadas al ser aplastado, en 1848, el movimiento en pro de las libertades alemanas, al afianzarse en Prusia la dinastía militar reaccionaria y al declinar la democracia en todo el país. Pero lo más funesto de todo le parecía, ahora, el que se quisiera arrancar a la fuerza Alsacia a los franceses, sin contar para nada con la voluntad de los alsacianos, quienes no sentían el menor deseo de cambiar de nacionalidad. Nadie podía acusarle a él de no reconocer la importancia de los puntos de vista estratégicos. Pero, en un caso como éste, no podía atribuirles una importancia decisiva. No creía que "se pudiera agarrar por el cuello a Francia por amputarle aquella pequeña faja de territorio con aproximadamente un millón y cuarto de habitantes". Estaba convencido, por el contrario, de que todos estos cambalaches de territorios fronterizos tenían siempre un carácter provisional. En carta a Marx de 4 de septiembre, llamaba "absurdo" al criterio de los filisteos clamando por "garantías". Pero nada le era menos simpático en todo el "desvarío alsaciano" que aquel sabor "prototeutónico" que creía percibir en todos los anexionistas de mesa de café y que, a un hombre como él, que se hallaba unido a su pueblo por los lazos de la sangre, le repelía, porque se dejaban llevar de pautas valorativas por las que seguía sintiendo una gran aversión.

Ya que la anexión violenta sería inevitable, como al parecer lo era, había algo que Engels tomaba muy a pecho: el que, por lo menos, los trabajadores alemanes y los franceses no se dividieran con este motivo, sino que se pusieran

de acuerdo en "considerar todas estas cosas como nulas, hasta que llegara el momento de revocarlas". Ya al estallar la guerra había expresado el deseo de que los obreros de ambos países suscribieran un convenio para evitar que también el movimiento obrero se dejara arrastrar por el chovinismo, a los dos lados del Rin. Cuando lanzó esta idea, parecía ser mayor el peligro de una mengua territorial para Alemania; ahora, en que el golpe había caído sobre Francia, consideró aún más apremiante dicho entendimiento. "Sólo así podremos impedir que esos granujas clamen por el homicidio", escribía a Marx el 12 de septiembre.

Tres días antes, había emitido la Internacional un llamamiento redactado por Marx, en el que se ponía a la opinión obrera en guardia contra la anexión de Alsacia-Lorena, impuesta en contra de la voluntad de la población. Engels no había leído el texto de este documento. Tal vez hubieran partido, originariamente, de él las aceradas condenaciones contra los apetitos anexionistas de la camarilla militar, de los profesores, capitalistas y periodistas y la afirmación de que el día en que el mapa de Europa comenzara a trazarse desde el punto de vista del derecho histórico, Prusia se vería obligada a devolver a Polonia sus provincias del Este. Y no cabría la menor duda de que provenían de él las consideraciones dirigidas en dicho manifiesto contra la necesidad de la anexión por razones de orden militar.

Engels no discutía que la Alemania del sur tendría una cobertura fronteriza mucho más fuerte si cambiaban de mano Alsacia y la Lorena alemana. Pero, aunque Alemania se anexionara, además de Estrasburgo, la plaza de Metz, ello no impediría el que Francia instaurara nuevas bases de operaciones en Nancy y en Verdún. Además, un Estrasburgo en manos de Francia sólo podía amenazar a la Alemania del sur mientras fuera una potencia aparte de la otra Alemania. Una Alemania unificada podía hacer inocua la posesión de Estrasburgo, y la de cualquier ejército francés en Alsacia, si concentraba todas sus tropas, como acababa de hacerlo precisamente Moltke, entre Saarlouis y Landau. Con la gran masa de las tropas alemanas concentradas allí, cualquier ejército que avanzara sobre el sur de Alemania desde Estrasburgo se vería cercado y amenazado en sus comunicaciones.

Ya en 1859 había protestado Engels contra el empeño de trazar las fronteras de los países ateniéndose exclusivamente a consideraciones militares. Coincidió totalmente con las razones que guiaban al manifiesto de la Internacional al calificar de nulas todas las "garantías materiales" que Prusia trataba de imponer a Francia, en comparación con las que Napoleón I le había impuesto a Prusia en la Paz de Tilsit, lo mismo que cuando pronosticaba que la historia no podía medir su vindicta por el número de millas cuadradas que se le arrancaran a Francia, sino por la magnitud de los crímenes que la política de conquista volvería a provocar en la segunda mitad del siglo XIX. Y el llamamiento añadía, en palabras que parecían también directamente inspiradas por Engels: "Si la fortuna de las armas, el ensoberbecimiento del éxito y las intrigas dinásticas inducen a Alemania a saquear el territorio francés, sólo se

abrirán ante ella dos caminos. O se convierte, ocurra lo que ocurra, en vasallo ostensible del engrandecimiento ruso, o tendrá que prepararse, tras una breve tregua, para una nueva guerra 'defensiva', y no para una de esas guerras 'localizadas' de la nueva hornada, sino para una guerra de razas contra las razas coaligadas de los eslavos y los romanos".

Engels no sentía ninguna clase de simpatías por los políticos burgueses que formaban el nuevo gobierno republicano. No deseaba, sin embargo, que el proletariado parisino arremetiera contra ellos antes de que los alemanes abandonaran el suelo de Francia. "Sacrificar ahora a los obreros", le decía a Marx el 7 de septiembre, "sería una estrategia a lo Bonaparte y Mac Mahon". Y el 12 del mismo mes: "Si triunfaran ahora —al servicio de la Asamblea nacional— tendrían que asumir la herencia de Bonaparte y de la lamentable República actual, y se verían sacrificados estérilmente por las tropas alemanas y obligados a retroceder por otros veinte años".

De ahora en adelante, Engels ya no descansó ante la angustiada preocupación de que los obreros franceses "volvieron a dejarse provocar por el ataque del exterior y se lanzaran a proclamar la República social en vísperas del asalto contra París". Temía que, si eso sucedía, "todos y todo se verían colocados en una situación falsa" y las tropas alemanas tendrían, como acto final de la guerra, que librar un combate de barricadas contra los obreros de París. Le daba verdadero pavor pensar —decía— en el odio nacional y en la fraseología que, de no evitarse eso, se volcaría sobre los trabajadores franceses. Y negaba también enérgicamente que, en aquel momento, pudiera una revolución librar de la invasión a Francia. El 13 de septiembre, escribía a Marx: "Los franceses todavía no se sienten bastante apaleados y los asnos alemanes han triunfado ya más de la cuenta". Y le disgustó saber que incluso los miembros parisinos de la Internacional habían lanzado un llamamiento en que se exigía la inmediata evacuación de su país, dejándose llevar una vez más de la "vieja infatuación" de que "el suelo de Francia era sagrado desde el año 1793".

En agosto, había dicho que el mejor final que a su juicio podía desear para aquella guerra era que ambos países quedaran mutuamente convencidos de que eran invencibles. Pero es posible —razonaba— que sólo pudiera llegarse a este resultado si el gobierno de la Defensa nacional ponía en pie nuevos y grandes ejércitos. Desde que la guerra, por parte de Francia, se había convertido en una guerra del pueblo, al paso que en Alemania crecía cada vez más el clamor por anexiones, se operó en las simpatías de Engels un cambio tan brusco y tan incontestable que, a fines de 1870, llegó a esbozar un plan de campaña encaminado a lograr que los invasores levantaran el sitio de París y que los franceses los rechazaran hasta las fronteras. Entre sus papeles póstumos se encontró un borrador de este plan. Sus ejecutores testamentarios, Bebel y Bernstein, lo destruyeron, tal vez por temor a que, todavía a aquellas alturas, pudiera volver a acusarse de traición nacional al partido socialdemócrata, que, por lo demás nada tenía que ver con él. Sabemos que Lafargue, el yerno de Marx, entregó por aquellos mismos días al jefe del contraespionaje francés, llamado Arturo

Ranc, en Burdeos, un plan de campaña, diciéndole que su autor era un exoficial alemán del ejército que vivía en el exilio. Sin embargo, de lo que acerca de este asunto decía Engels en una carta a Bebel, en 1891, se deduce que el mencionado plan no guardaba relación alguna con el esbozado por él.

La actitud mantenida por Engels en la segunda fase de esta guerra respondía al temor de que el futuro del movimiento obrero europeo pudiera peligrar si la guerra terminaba con el pleno triunfo del militarismo alemán. Si, por el contrario, los ejércitos del pueblo francés, recién reclutados, lograban expulsar de Francia a las tropas de los príncipes alemanes, su espíritu aún podía abrigar, en cuanto a las metas por él perseguidas, esperanzas como las que, desde la batalla de junio, no se había atrevido a volver a concebir. De ahí que el político que había en Engels ayudara al experto militar, que también lo era, a no dar por perdida todavía la causa de Francia. El 8 de diciembre, escribía en la *Pall Mall Gazette* que Europa llevaba ya dos generaciones sin tener ocasión de presenciar una guerra librada entre naciones reales, y no puramente oficiales, guerra que apenas se consideraba posible ya entre pueblos civilizados. El hecho de que los franceses se viesan, ahora, obligados a cometer "esta especie de barbarie" no debía —opinaba Engels— complacer mucho a los prusianos.

No entraba en la jurisdicción de Engels el tratar en el periódico londinense los problemas políticos. Se le había concedido la palabra solamente como especialista en cuestiones militares. Recordaremos que, a raíz de la rendición de Sedan, había dado la resistencia francesa por liquidada. Cambió, sin embargo, de opinión al ver que Gambetta y sus colaboradores continuaban la guerra desde el sur de Francia, obrando, por tanto, tal y como él le había sugerido a Marx el 15 de agosto.

La última esperanza de Francia estaba ahora en el inmenso campo fortificado de París. Guiándose por la experiencia de Sebastopol, esperaba mucho de las posibilidades de una capital poderosamente fortificada, al amparo de cuyos fortines y defensas podía el ejército derrotado recuperar su capacidad combativa y defenderse, en espera del momento en que pudiera descargar golpes ofensivos. Se decía que, desde la guerra de Crimea, habían hecho enormes progresos tanto la artillería pesada como el arte de las fortificaciones. Zaragoza, Vicksburg, Sebastopol, sin ser capitales, habían resistido grandes asedios. Con tanta mayor razón seguía ahora con la mirada tensa la suerte de París, aguardando además a ver cuál sería la fuerza combativa del ejército del Loira, del ejército del Norte y de las otras nuevas formaciones de tropas que Gambetta y Freycinet habían levantado en la Francia no ocupada. Sus experiencias personales en Baden y el Palatinado, el movimiento de los voluntarios ingleses y las campañas de la guerra de Secesión en los Estados Unidos le habían demostrado que el entusiasmo por sí solo no bastaba para convertir a un conjunto de hombres, de golpe y porrazo, en compañías y batallones. Sabía muy bien que, para poder resolver un problema como éste, había que contar con un número suficiente de oficiales activos que instruyeran y encuadraran a la tropa. El hecho de que la mayor parte de los oficiales profesionales de Francia hubieran

muerto o caído prisioneros pesaba para él más que la misma capitulación de Metz, a la que llamaba "la página menos gloriosa de la historia militar francesa". La esperanza de Engels se cifraba en que los nuevos ejércitos franceses, si les daban tiempo, pudieran ir adquiriendo, poco a poco, la superioridad numérica. Pero aun en este caso, ¿podrían enfrentarse victoriosamente en el campo de batalla a las tropas alemanas tan bien adiestradas y acostumbradas ya a la victoria?

Engels se percató enseguida de que las guerrillas que empezaban a surgir en varias partes podían entorpecer el avance del enemigo, en los territorios aún no ocupados, y amenazar sus comunicaciones. Y desde las columnas de la *Pall Mall Gazette* protestaba enérgicamente contra un "código de guerra tan bárbaro como anticuado" invocado en los mandos alemanes, en su empeño de librarse de aquella nueva amenaza, para fusilar a prisioneros y pegar fuego a aldeas. No creía que "en el año 1870" pudiera admitirse ya como un acto legítimo de guerra el tratar como a gavillas de bandidos a quienes "se mezclaran en la lucha, sin ser soldados". Estos —decía en el periódico londinense el 11 de noviembre— podía estar bien para los tiempos de Luis XIV y de Federico II. Pero la participación de la población civil en la guerra había sido siempre normal, tanto en Europa como en América, desde la guerra de Independencia de los Estados Unidos hasta la guerra de Secesión.

"Cuando un pueblo permite que se le sojuzgue simplemente porque su ejército se muestra incapaz para defenderlo, es entregado al desprecio del mundo como una nación de cobardes; pero donde quiera que un pueblo opone al invasor esta guerra no regular, el conquistador no tarda en convencerse de que no puede aplicar aquel código tradicional de la sangre y el fuego. Los ingleses en Norteamérica, los franceses mandados por los generales de Napoleón en España o los austríacos de 1848 en Italia y Hungría se vieron obligados enseguida a aceptar como perfectamente legítima la resistencia del pueblo, por miedo a las represalias en las personas de sus propios prisioneros". Ni siquiera los prusianos en la insurrección de Baden o el mismo Papa después de Mentana se atrevieron a fusilar indiscriminadamente a los prisioneros de guerra, por muy irregulares y rebeldes que fueran. Y, en los tiempos modernos, sólo los ingleses, en la represión desencadenada contra el levantamiento de los *sepoys*, en la India, y los franceses mandados por Bazaine, en México, cometieron la villanía de aplicar este arcaico código de guerra del *stamping-out*.

Por lo demás, de todos los ejércitos del mundo, debiera ser el prusiano el último en recurrir a tales prácticas. La hecatombe de Prusia en 1806 se debió precisamente a que nadie en su suelo fue capaz, entonces, de mostrar ni el menor atisbo de este espíritu de resistencia nacional. Engels se había cerciorado, leyendo a Pertz y Gneisenau, de cómo se habían comportado ante los combates de guerrillas, después de 1806, los hombres de la era prusiana de las reformas. Según informa a sus lectores ingleses, aquellos hombres ponían por modelo a sus compatriotas al valeroso pueblo español, que había sabido demostrar cómo puede una nación resistir a los embates del ejército invasor. "Y todo

el nuevo sistema de ejército implantado entonces en Prusia se basaba en el intento de organizar la resistencia del pueblo contra el enemigo, en la medida en que ello era posible en una monarquía absoluta". ¿Qué otra cosa era la formación de las tropas de reserva de Scharnhorst sino el encuadramiento de la población en unidades de resistencia nacional, en las que estaban justificados todos los medios, con tal de que fueran eficaces?

¿Por qué lo que entonces había sido lícito contra los franceses iba a ser ahora ilícito contra los prusianos? ¿Por qué lo que en un caso se ensalzaba como patriotismo podía condenarse en el otro como bandidaje y asesinato alevoso? Engels acusaba aquí al ejército prusiano de avergonzarse de sus viejas formaciones nacionales revolucionarias, tratando de hacerlo olvidar con su conducta presente. Pero cada uno de los actos de crueldad cometidos contra los defensores de la patria francesa no hacía más que aportar una nueva prueba de que aquel gobierno y por muchos progresos que de Jena acá hubiese podido hacer su ejército, no tardaría en poner de manifiesto de fronteras adentro la misma situación que había hecho posible el desastre de Jena.

De sus artículos para la *Pall Mall Gazette* podemos inferir con una certeza aproximada lo que debía de contenerse en aquel plan de guerra esbozado por Engels y al que más arriba nos hemos referido. Es sabido que, al comenzar la segunda fase de la guerra, el alto mando alemán cometió el error de menospreciar la capacidad de resistencia del enemigo derrotado. El 27 de septiembre, llamó la atención de Engels el que la estrategia alemana, que hasta entonces se había mostrado tan decidida, empezara a revelarse ahora lenta y titubeante, en el momento en que las columnas de sus ejércitos se acercaban al campo de operaciones de la capital francesa. Se lo explicaba, hasta cierto punto, pues no ignoraba que el cerco y el asalto a una fortificación tan gigantesca como aquella colocaba al Estado mayor de los alemanes ante ímprobos dificultades.

No compartía, ni mucho menos, los argumentos sentimentales que Víctor Hugo, coincidiendo en esto con las princesas alemanas, alegaba para salvaguardar a París de un bombardeo. También él, en su juventud, había adorado con todas sus fuerzas a la *ville lumière*, en la que había vivido meses maravillosos; pero la "ciudad santa" no había quedado grabada en su recuerdo precisamente con un halo de "santidad", ni le concedía ningún privilegio sobre cualquier otra plaza fortificada sitiada por el enemigo. Sin embargo, habría considerado como un error militar el que Moltke, por motivos políticos, hubiera iniciado el bombardeo de París en un momento en que este recurso no podía decidir la caída de la ciudad. Esto era lo que escribía el 13 de octubre en las columnas del periódico de Londres. Cuando, a fines de diciembre, comenzó el bombardeo, la experiencia de Estrasburgo le había demostrado, entre tanto, la ineficacia del arma de artillería contra una gran ciudad fortificada. Esto fue lo que le movió a considerar el bombardeo de París como una "petulante crueldad", ya que Moltke no podía ignorar que no iba a acelerar con ello la rendición de una ciudad tan enorme como aquella. Engels no sabía, cuando emitía este juicio, que el jefe del Estado mayor alemán opinaba lo mismo que él y que, en realidad,

había sido Bismarck quien, por razones de orden político, se había empeñado en que el bombardeo se llevara a cabo.

Engels, como veíamos, creía que en el transcurso de la campaña tendría que desplazarse en favor de Francia la proporción numérica entre los dos contendientes. Tenía la esperanza de que los nuevos ejércitos republicanos atacaran por la retaguardia a los sitiadores de París, levantara el cerco de la capital y obligaran al invasor a retirarse. Sobreestimando el valor combativo y la capacidad de los mandos de las nuevas tropas francesas, se hacía la ilusión de que lograrán romper el cerco alemán de París y que tras una cuidadosa preparación y apelando a todas sus fuerzas, un ataque simultáneo de las tropas sitiadas en la ciudad y de los ejércitos que avanzaran desde el sur alcanzara su objetivo. Cifrabá grandes esperanzas en este plan, detalladamente expuesto por él en uno de sus artículos. En vista de que ahora contaban tanto los "factores morales" como la superioridad numérica de los franceses, seguía confiando, sobre todo hasta que se produjeron las victorias prusianas de Amiens y Beaune-la-Rolande y las acciones fracasadas del general Trochu, en que se lograría hostilizar seriamente las comunicaciones alemanas por la retaguardia y se obligaría así a los invasores a levantar el sitio de París.

A pesar de la decepción que estas luchas de finales de noviembre le causaron, Engels no daba por perdida la causa de Francia. Era cada vez más probable que París tuviera que rendirse al hambre, y todavía instaba a los franceses, desde las columnas del periódico londinense, a no cejar en la resistencia. Les aconsejaba atrincherarse en algunas posiciones estratégicas favorables, como la de Nevers, cerca de la confluencia del Loira y el Allier y levantar en torno a Lyon fortificaciones avanzadas, capaces de convertir a esta gran ciudad, ilustre por sus viejas tradiciones revolucionarias, en una posición tan fuerte como París. Los nuevos ejércitos de la República —decía— habían pasado ya los peores meses y traicionarían a la causa francesa si arrojaban el fusil, ya que no estaba descartada la posibilidad de que se presentaran en Europa complicaciones favorables a ellos, y además los alemanes empezaban a dar muestras de agotamiento.

Por señales de agotamiento de las fuerzas armadas de Alemania quería dar a entender Engels que las tropas de ambas partes contendientes irían compensándose cada vez más a medida que la lucha se alargara. Las tropas alemanas de línea estarían formadas por reclutas cada vez más jóvenes y las de reserva por soldados cada vez más viejos. Claro está que Alemania —según explicaba el 24 de diciembre—, al contrario de Francia, podía encuadrar a estos elementos entre los del viejo ejército. Podía, además, movilizar todavía a la quinta del 71 y echar mano de las viejas reservas de complemento, aún no adiestradas. Si sólo se tratara de una guerra defensiva, estos elementos, formados en su mayoría por hombres casados, marcharían sin vacilar, pero no así —arguía Engels— en la guerra de invasión que Alemania estaba librando y cuyos resultados comenzaban a ser dudosos.

"Cuanto más vaya convirtiéndose en realidad el ejército prusiano, a

medida que la guerra se prolonga, realmente, en el pueblo en armas, menos apto irá haciéndose para la guerra de conquista". Si a aquellos filisteos alemanes que dentro de casa tanto vociferan exigiendo la Alsacia-Lorena se les embutiera en el uniforme, ya veríamos qué pronto se aplacaba su furia en un campo de batalla de Francia o acampando en una noche helada a campo raso.

Tal vez fuera una suerte —decía Engels— que, al final, ambas naciones pudieran verse frente a frente, las dos bien armadas y pertrechadas. Ya había capitulado París el 28 de enero de 1871 y, cuatro días después, Bourbaki emprendía, ya demasiado tarde —como también hubo de pronosticar acertadamente el colaborador militar de la *Pall Mall Gazette*—, el intento de poner en peligro las líneas de retirada de los alemanes, para acabar teniendo que ver a sus tropas desarmadas en territorio suizo, y todavía Engels seguía sosteniendo, impertérrito, que los recursos militares de Francia no estaban, ni mucho menos, agotados y que solamente la depresión moral podía explicar que se hubiera solicitado el armisticio.

En diversas ocasiones había establecido un cotejo entre las organizaciones militares de ambos beligerantes, y ya el 17 de septiembre de 1870 se había preguntado en las columnas de su periódico cómo debería Francia luchar contra los prusianos si la "desmembración del país" por la cesión de Alsacia-Lorena hacía estallar en el futuro una nueva guerra. Si más tarde Francia quería recuperar lo perdido, tendría que convertirse —manifestaba— de una nación belicosa en una nación militar, abandonar el sistema de cuadros del ejército, con su prolongado período de servicio militar y un número escaso de reservas adiestradas, y acercarse al sistema prusiano, en que el período de permanencia en filas era más corto, pero más largo, en cambio, el tiempo de encuadramiento en las reservas.

Mientras Napoleón III tendía sus tentáculos constantemente hacia la provincia del Rin, el pueblo alemán había soportado ese sistema militar que agotaba sus recursos materiales, porque el instinto le decía que sin un ejército así no podría llevar a cabo su unidad nacional. Pero, una vez alcanzada esta meta, era de esperar que no seguiría aceptando una organización castrense en la que el ejército se había convertido de un pueblo en armas en un instrumento de la monarquía, utilizado dentro del país para fines absolutistas y en el exterior para guerras de gabinete. Un ejército como éste, que no se limita a defender la patria, sino, además, a apuntalar a un régimen pseudoabsolutista, deja de ser una escuela de adiestramiento militar para el ciudadano y se transforma en una escuela de obediencia incondicional ante el superior. Para lograr guerras exteriores, habría bastado con un período corto de servicio activo y la conveniencia de alargarlo obedecía, sencillamente a la necesidad de disponer de tropas seguras para hacer frente a posibles disturbios internos. Lo que se hizo fue seguir un camino intermedio, el de mantener tres años bajo las armas a los reclutas llamados a filas, pero procurando no llamar a ellas a un número mayor del que las finanzas públicas permitía.

Si Francia adoptaba de un modo consecuente el sistema prusiano no cabía

duda, para Engels, de que, en una guerra futura, contaría con "los batallones más fuertes". Así como el sistema prusiano de las reservas territoriales acusaba un progreso con respecto al sistema francés de cuadros, este sistema francés que aquí se preconiza para el futuro marcaría un progreso sobre el sistema prusiano vigente. Los armamentos serían, sin duda, enormes, pero en cambio los ejércitos de tiempo de paz se reducirían, la defensa se haría más fuerte, la posibilidad de atacar resultaría más difícil y la ampliación real de los ejércitos se traduciría, en última instancia, en una reducción de los gastos y en un afianzamiento de la paz.

Pero, ¿acaso Prusia no podía organizar también la nación armada, exactamente lo mismo que Francia? "Claro que sí", respondía Engels el 8 de octubre en la *Pall Mall Gazette*, "pero, si lo hiciera, dejaría de ser la Prusia que hoy es. Ganaría en fuerza defensiva, pero perdería en capacidad de ataque; dispondría de más hombres, pero no los tendría a mano desde el comienzo mismo de la guerra para lanzarlos a una invasión. Tendría que renunciar a todo designio de conquista y la política interior que hoy mantiene resultaría de esta forma seriamente afectada".

En los dos últimos meses del año 1870, Engels consideraba que, a última hora, la guerra franco-alemana pudiese desembocar en un conflicto bélico europeo. No es fácil que exagerara la importancia de los mitines, que, desde septiembre, se celebraban en el Hyde Park de Londres por elementos radicales, proletarios e irlandeses, pidiendo que Inglaterra interviniera en favor de Francia. Alemania no disponía de una flota capaz de amenazar al Imperio insular. Aquellos sentimientos encontraban eco incluso en ciertas personalidades destacadas, como el historiador londinense Beesly, que guardaba amistad con Marx y su pequeño círculo comunista, pero la clase media y su gobierno liberal no cejaban en su política prusianófila.

Las cosas cambiaron cuando, a fines de octubre, Rusia se dispuso a explotar en su favor la nueva correlación de fuerzas creada entre las grandes potencias y Gortschakoff expidió, el 31 de dicho mes, una circular en la que el Zar se desligaba de las cláusulas del Tratado de París de 1856 que restringían sus derechos de soberanía en el Mar Negro. Aprovechando el revuelo que esta noticia produjo en los círculos del gobierno y entre la burguesía de Inglaterra, Engels se decidió a tocar en la *Pall Mall Gazette*, desde el punto de vista militar, el problema de una intervención armada británica en favor de Francia. El 21 de noviembre, expresó su opinión de que el planteamiento por Rusia del problema oriental, en aquellas circunstancias, podía llegar a significar más, para Francia, que el ejército del Loira y que nada tendría de particular que la suerte de la capital francesa se ventilara, en definitiva, más que en las trincheras, en el gabinete de una de las potencias aún no involucradas en la guerra.

Pero, por grande que al principio fuera en Inglaterra la indignación contra Rusia por la "violación de sus obligaciones internacionales", por fuertes que fueran las palabras de lord Granville y la excitación de la prensa, por muy calurosas que fuesen las simpatías de las masas y la intelectualidad radical de la

capital londinense en favor de la República francesa, de eso a una intervención armada habría un abismo, que el primer ministro Gladstone no estaba dispuesto a cruzar.

Personalmente, Engels era ardoroso partidario de la intervención británica en favor de Francia y en contra de Alemania. No tenía ya ningún empacho en manifestar desde las columnas del periódico de Londres en que colaboraba la sospecha de que Prusia fuera cómplice de la violación del Tratado de París por el Zar. Y opinaba que si el gobierno de Berlín no se sacudía aquella sospecha y Europa se decidía a enfrentarse a Rusia, tendría que hacerlo antes de que París capitulara y Francia quedara fuera de combate. Si Prusia no se daba por enterada y no se apresuraba a emitir una declaración categórica, habría que dar inmediatamente los pasos necesarios para reavivar la resistencia y las esperanzas de los parisinos: "Treinta mil soldados británicos que desembarcaran en Cherburgo o en Brest para incorporarse al ejército del Loira infundirían a éste un potencial extraordinario" y la influencia de este cuerpo de ejército, así reforzado, superaría con mucho su importancia numérica. La infantería inglesa había demostrado, lo mismo en España que en la India, que se prestaba muy bien, tanto por sus cualidades como por sus defectos, para reforzar a una tropa recién reclutada. Y Engels, en este artículo, señalaba también la posibilidad de recurrir a tropas austriacas, danesas y, sobre todo, italianas para desviar de París a los sitiadores alemanes.

Tomaba muy en serio, por aquellos días, la idea de una coalición europea que cerrara el paso a los éxitos alemanes o incluso revocara los ya logrados. Y la firmeza de sus posiciones se confirmó cuando ya, en realidad, se había perdido la última posibilidad de lograr aquello. Poco después de trasladarse a Londres, Engels fue nombrado miembro del Consejo general de la Internacional, a propuesta de Marx. El 31 de enero de 1871, por iniciativa suya se abrió en el seno del Consejo un debate que duraría varias sesiones sobre la actitud que el proletariado inglés venía manteniendo ante el conflicto del continente y la que debería adoptar en lo sucesivo.

La discusión giraba en torno a tres tesis, formuladas y ampliamente razonadas por el nuevo miembro del Consejo general. La primera decía que el movimiento obrero inglés tenía que haber encaminado todos sus esfuerzos a lograr que el gobierno de la Gran Bretaña reconociera a la República francesa. La segunda sostenía que la intervención militar en favor de Francia sólo podría haber tenido éxito en un determinado momento ya superado. La tercera postulaba que Inglaterra permanecería incapacitada para mezclarse en los asuntos continentales y defenderse contra los Estados militares absolutistas del continente mientras no recobrarla la libertad para emplear sus recursos efectivos de poder, que eran su fuerza en los mares. Y, para recobrar esa libertad, necesitaba desligarse de la declaración emitida por lord Clarendon en el Congreso de París. Ya el 27 de septiembre había hecho saber al Consejo general que Inglaterra debía denunciar la declaración que sobre el derecho marítimo de diciembre de 1861, según el propio Marx le había dicho a Engels en carta, Palmers-

ton había hecho firmar en París a su ministro de Negocios extranjeros "a espaldas de la Corona y sin conocimiento previo del parlamento".

El discurso que en apoyo de estas tesis pronunció Engels al intervenir por vez primera en una cuestión decisiva ante el Consejo general de la Internacional, es probablemente el más largo de cuantos llegó a pronunciar, pues siempre prefirió exponer sus ideas por escrito que de palabra. Desaprobaba en él que una parte del movimiento obrero de Inglaterra —refiriéndose especialmente a Odger y Applegarth, quienes, al hacerlo, seguían al profesor Beesly, cuyo amor por los obreros reconocía—, en vez de limitarse a encaminar todos sus esfuerzos al reconocimiento del gobierno francés, hubiera sembrado en este movimiento la división, al tratar de empujar a Gladstone a una intervención armada.

Las guerras —decía ahora, ya tal vez un poco tarde— obstruyen casi siempre el progreso político y social; por otra parte, no era probable que logran arrancar una declaración de guerra quienes no tienen fuerza siquiera para imponer el reconocimiento de la República. Seguía apreciando de modo parecido a como lo había hecho antes en la *Pall Mall Gazette* las perspectivas de éxito de una expedición auxiliar inglesa, emprendida en el momento oportuno. Pero ahora, hablando ante este círculo reducido, se expresaba más libremente de lo que antes lo hiciera en público.

Hacía notar aquí cuán anticuada era la organización militar de Inglaterra y cuán poco se prestaba para guerrear contra un gran ejército fuera de la isla. La única ayuda verdaderamente eficaz que la Gran Bretaña habría podido prestarle a Francia —decía— era haber contestado con una declaración de guerra a la nota de Gortschakoff. No dudaba —añadía— que entre Rusia y Prusia mediaban tratados secretos. Prusia había sido siempre un instrumento en manos de Rusia. Si en otoño ambos Estados hubiesen actuado de consuno, no cabe duda de que habrían encontrado unidos frente a ellos a toda Europa, y Francia se habría salvado. Pero, entre tanto y sin que nadie le autorizase a ello, Julio Favre, en nombre de Francia, había declarado vencido a este país, y no cabía ya la menor duda de que la República francesa estaba dispuesta a rendirse y a firmar la paz de un momento a otro. Llegado ese momento, se vería qué se proponía hacer Rusia. Tanto ella como Prusia necesitaban recurrir a la guerra, como antes Napoleón III, para ahogar el movimiento del pueblo en el interior y afirmar su posición y su prestigio en el exterior.

Aunque todo el poder de Inglaterra descansaba en su flota, con la declaración de 1856 había ayudado a crear un nuevo derecho marítimo que acababa con la piratería en los mares, al reconocer el derecho a detener a cualquier buque extranjero y registrar su cargamento. Con ello, se declaraban inviolables las mercancías enemigas transportadas en barcos neutrales y las mercancías neutrales a bordo de navíos enemigos. Era lo que había querido conseguir ya Catalina II y contra lo que la Gran Bretaña se había resistido hasta la guerra de Crimea. Fue necesario llegar al Congreso de París para que lord Clarendon, de un plumazo, arrebatara a su patria la posibilidad de golpear a

Rusia en los mares. Nadie sabía por instrucciones de quién o en virtud de qué autoridad se había hecho semejante cosa.

La única manera de incapacitar a Rusia para combatir era paralizar su comercio exterior. No resistiría ni un año de guerra, si su nobleza se veía imposibilitada de expedir sus productos agrícolas por la vía marítima, para venderlos en el exterior. Si Inglaterra quería luchar contra Rusia, tendría que recuperar lo que era la verdadera palanca de su poder y a la que la burguesía inglesa había renunciado, alegando como razón de ello que la propiedad privada debía protegerse lo mismo por mar que en tierra. Pero, ¿acaso los prusianos la habían respetado en Francia? La clase obrera, carente de toda propiedad privada, no tenía el menor interés en defenderla. Pero sí estaba interesada en que Inglaterra recobrarla y mantuviera indemne en sus manos su instrumento de poder indispensable, mientras el Imperio ruso se hallara en pic.

Todos los Estados basados en la fuerza —aseguraba Engels— tendrían que llegar a disolverse, cuando la hora llegara, sin excluir de ello al Imperio británico. Pero este problema no estaba planteado en el presente, y tal vez pudiera llegar a resolverse, un día, por la vía pacífica. Ningún otro país podía oponer una resistencia tan eficaz a la guerra rusa de conquista que se avecinaba y para la que ya se estaban haciendo amplios preparativos militares y financieros. Esta era la razón de que Inglaterra estuviese interesada en no acabar con la guerra de piratería, por lo menos hasta el momento de la restauración de Polonia.

También Marx, como ya hemos dicho más arriba, abogó, en dos intervenciones ante el Consejo general, el 14 de febrero y el 14 de marzo, en interés de la clase obrera, por que Inglaterra se desembarazara de las trabas que había asumido en la Declaración de París y que “no formaban parte inherente del Tratado”. Vemos repetirse aquí la tesis de que la guerra de piratería es el único tipo de guerra posible para una potencia marítima. Y se afirma que en la guerra naval sólo se destruyen mercancías, mientras que en la guerra terrestre se aniquila también capital fijo. La Santa Alianza que, según Marx, se había formado de hecho mediante la coalición de las potencias militares más poderosas del continente, habría quedado a su juicio destruida en plazo de cinco semanas si Inglaterra hubiese desatado contra ella la guerra de piratería. Y no cabe duda —añadía— de que, cuando Inglaterra derrocara a sus actuales gobernantes, recurriría a este tipo de guerra en beneficio de las grandes masas del continente europeo.

En sus palabras finales, pronunciadas el 14 de marzo, también Engels se detenia a examinar las conexiones diplomáticas y se esforzaba por demostrar que aquella declaración, disidente de las posiciones del parlamento, jamás había sido ratificada, razón por la cual no tenía fuerza obligatoria alguna para Inglaterra. En apoyo de esta afirmación, invocaba también el testimonio de lord Derby, quien en relación con este problema había manifestado que el imperativo de la propia defensa estaba por encima de todos los tratados. En esta última intervención, Engels retiraba sus dos primeras tesis, ya perfectamente esclareci-

das a lo largo del debate. La tercera fue unánimemente aprobada por los miembros del Consejo general.

No era pues, ni de lejos, la preocupación por el reino insular lo que llevaba a Engels a preconizar la intangibilidad del dominio de la Gran Bretaña sobre los mares. Lo único que a él le interesaba era que, después de haber sido descartada momentáneamente Francia como potencia militar, hubiera en la Europa occidental un contrincante lo más poderoso posible capaz de enfrentarse a la hegemonía germano-rusa. La actitud que le vemos adoptar desde el derrumbamiento del ejército francés no era, para Engels, otra cosa que la consecuente aplicación de la línea política que Marx y él se habían trazado y venían siguiendo ante todos los problemas de política internacional. Ambos deseaban que fuesen puestas a raya o abatidas las potencias que, a sus ojos, constituían el más firme puntal de la reacción, el baluarte más poderoso frente al próximo o lejano asalto del proletariado revolucionario. A juicio de Engels, una guerra europea contra los rusos y sus seguidores —éste era su punto de vista en 1871, lo mismo que en 1848—, evitaría que en Alemania se consolidara el poder de los Hohenzollern y el de la casta de los *junkers* y de los militares, que amenazaba con hacerse omnipotente, si se les dejaba recoger libremente los frutos de su victoria sobre Francia. Y cualquiera que sea el juicio que esta manera de pensar pueda merecer, no cabe duda de que, vista a la luz de la tabla de valores que Engels había hecho suya a lo largo de toda la vida y que era parte inseparable de su personalidad, debemos reconocer su indudable firmeza y consecuencia.

No debe perderse de vista que las corrientes y agrupaciones obreras que en la Asociación obrera internacional habían sellado una unidad de acción, aunque no siempre estuvieran en condiciones de sostenerla, acusaban una gran diversidad. De ahí que fuese cuestión de vida o muerte para la Internacional el que ninguna de las tendencias que en su seno se manifestaban tratara de imponer su programa específico a las demás. En el Consejo general establecido en Londres estaban representadas, aunque no en la proporción exacta que correspondía a su fuerza real, las corrientes más importantes que por aquel entonces pesaban en el movimiento obrero europeo. Carlos Marx, que era, indiscutiblemente, la personalidad más relevante e influyente en aquel organismo, hubo de emplear durante varios años una buena dosis de diplomacia, de una parte, para compaginar a las diversas reacciones y nacionalidades y, de otra, para conservar y afianzar la influencia que él, personalmente, tras varias décadas de labor, creía haber logrado en el movimiento obrero de Europa.

Pero no cabe duda de que, al llegar un determinado momento, Marx fracasó en aquel empeño. El relojero suizo Germán Jung, nacionalizado en Inglaterra, durante mucho tiempo secretario del Consejo general y en aquel tiempo, por tanto, hombre de la confianza de Marx, trata de culpar de ello a la ingerencia de Engels en los asuntos de la Internacional. Es la versión de un hombre que acabó riñendo con ambos amigos. Según él, antes de que Engels llegara a Londres, Marx tenía por norma mantenerse en contacto con los otros miem-

bros del Consejo para todos los asuntos importantes. Y —siempre según la versión de Jung— perdió su confianza cuando abandonó aquella costumbre. A nosotros nos parece que esta interpretación es excesivamente simplista y unilateral. Como enseguida veremos, la desunión en el seno del Consejo general corrió pareja con las corrientes de desintegración que fueron manifestándose progresivamente en las mismas filas de la Internacional. Y no es posible dejar de ver que estas corrientes obedecían a causas más profundas y objetivas que las motivaciones de orden personal.

El Consejo general había nombrado a algunos de sus miembros corresponsales para diferentes países, encargados de mantener contacto permanente entre dicho organismo y los diversos grupos nacionales de obreros. No abundaban en él las personas versadas en lenguas extranjeras y conocedoras de los asuntos a quienes pudiera encomendarse esta misión. Engels ocupó temporalmente el cargo de secretario para los asuntos de Bélgica y, más tarde, ayudó también, con sus grandes conocimientos de políglota, en lo tocante a otros países, como Dinamarca y Portugal, en los que comenzaba a iniciarse el movimiento obrero. Pero su temperamento combativo, después de pasar cerca de veinte años condenado al ocio político, no podía contentarse con aquello. Se sintió un poco más en su terreno cuando el Consejo general acordó designarlo secretario corresponsal para España e Italia, los dos países en donde la autoridad de aquel organismo tropezaba con una resistencia más tenaz.

Por primera vez al cabo de largos años, volvió a mantener también asiduas relaciones, desde el Consejo general, con ciertas personalidades dirigentes del movimiento obrero británico. Marx, por aquel entonces, era todavía contrario a que se creara, junto al Consejo general, un Consejo federal exclusivo para los asuntos de Inglaterra. Los autores del *Manifiesto comunista* confiaban, en efecto, en que su influencia sobre el proletariado del mayor país industrial del mundo iría en aumento si la dirección del movimiento obrero inglés se hallaba directamente en manos del órgano directivo a cuyo frente estaban ellos. La Internacional había ayudado al poderoso movimiento sindical británico a ganar la batalla por la reforma electoral y deseaba, como era natural, que los jefes de las *trade unions* se mantuvieran fieles a aquella organización. Esto sólo podía lograrse a condición de que no dejaran traslucir demasiado claramente ante los dirigentes sindicales ingleses la profunda decepción que Marx y Engels sentían ante la clase obrera de su país por la política de conciliación de clases adoptada por ella. Pero ya sabemos que Engels no tenía nada de diplomático y daba fácilmente rienda suelta a su indignación. Por otra parte, el solo hecho de que aprovechase todas las ocasiones que se le presentaban para abogar en favor de la independencia nacional y la igualdad de derechos de los irlandeses le enajenaba las simpatías de la mayoría de los dirigentes sindicales ingleses. La ruptura estalló en 1872, al constituirse en la Internacional un Consejo federal independiente para Inglaterra.

Cuando Engels se incorporó al Consejo general, en el otoño de 1870, la Internacional se hallaba en el apogeo de su prestigio y de su influencia sobre el

movimiento obrero europeo. Sus conflictos internos y las persecuciones desatadas contra ella desde fuera, las dos causas que, dos años más tarde, pondrían fin a su actuación, se presentaron con toda su fuerza posteriormente, después de la insurrección de la Comuna de París, hecho que puso de relieve ante los gobiernos de Europa el peligro revolucionario que para ellos representaba el proletariado.

“La zarabanda comenzó tan pronto como la Internacional, gracias a la Comuna, adquirió en Europa una potencia muy considerable”, dirá Engels años más tarde, viendo las cosas retrospectivamente. Y en 1874, en carta a su amigo Sorge, en la que traza, en cierto modo, una breve oración necrológica a la Internacional, escribía: “La Internacional formó parte del período del segundo Imperio, en que la opresión dominante en toda Europa obligaba al movimiento obrero apenas renaciente a mantenerse unido y abstenerse de toda clase de polémicas internas. Era un momento en que podían destacarse en primer plano los intereses cosmopolitas comunes del proletariado: Alemania, Italia, España, Dinamarca, acababan de incorporarse al movimiento o estaban entrando en él. En la realidad de 1864 era todavía muy confuso en toda Europa, quiero decir, entre las masas, el carácter teórico del movimiento. El comunismo alemán aún no existía como partido obrero, y el prudhonismo era demasiado débil para imponer sus locuras específicas. El baratillo de Bakunin no existía aún ni en su propia cabeza, y hasta los jefes de las *trade unions* inglesas creían poder incorporarse al movimiento, basándose en el programa que se definía en los considerandos de los Estatutos. Pero el primer gran éxito que se lograra tenía necesariamente que echar por tierra esta ingenua conjunción de todas las fracciones”.

En su lecho de muerte, Engels declaró a Kautsky que aquellos años, del 70 al 72, habían sido los más importantes de la vida pública de Marx. Y habría podido añadir que también de la suya propia. Realmente, podemos decir que a partir de entonces no volvería a actuar en la vida política organizada desde un puesto responsable.

CAPITULO VII

LA LUCHA CONTRA BAKUNIN. LA INSURRECCIÓN DE LA COMUNA. EL COLAPSO DE LA PRIMERA INTERNACIONAL.

Para los autores del *Manifiesto comunista*, Bakunin venía a significar, en el movimiento obrero europeo, lo que Lassalle en el movimiento socialista alemán. Su influencia no podía prevalecer si las cosas habían de seguir el único derrotero que ellos consideraban admisible. El antagonismo echó en seguida profundas raíces, así en lo objetivo como en lo personal. Pugnaban entre sí, en este conflicto, tendencias, valoraciones, apreciaciones y concepciones primariamente diferentes, que provenían de dos mundos sociales, nacionales y culturales distintos y entre las cuales no cabía ni la más remota posibilidad de llegar a un entendimiento; más aún, entre las que no cabía la tolerancia.

Y el contraste objetivo se vio enconado por el antagonismo personal irreductible entre dos modos de ser. En el calor de la lucha, cada una de las partes se empeñaba en achacar a la ambición de poder del adversario la culpa de todos los males, sin parar mientes en que las dos tendencias fundamentales radicalmente diferentes que aquí se enfrentaban trascendían del ámbito personal.

El hecho de que se sostengan posiciones e ideas revolucionarias no quiere decir que se reniegue de la nación y de la capa social de que se descende. La actitud revolucionaria de Marx y Engels, hijos ambos de familias alemanas de raigambre burguesa, se basaba en una estructura metódica y en una reflexión profunda y razonada, contaba con períodos de tiempo dilatados, no recibía el impulso primario del mundo de las emociones, sino que se sometía a la fuerza de factores objetivos indeclinables. En el aristócrata ruso, por el contrario, el sentimiento revolucionario era una continua orgía emocional, que incluso en el fanático ateo que con el tiempo se revelaría en él presentaba todos los síntomas de una creencia religiosa. Hay hombres de una gran superioridad intelectual ante los que los demás se inclinan: eso ocurría con Marx. Pero hay también hombres de una vitalidad desbordante y reacia a lo intelectual que fascinan a quienes los conocen; ese era el caso de Bakunin.

Y aún más que de Marx se diferenciaba este aristócrata bohemio, por su soberana despreocupación en materia de dinero y por el modo como se movía

en la vida, de Engels, el hijo del industrial, para quien, en su constante trato con la vida de los negocios, por muy libre que interiormente se sintiera ante ella, había acabado convirtiéndose en una necesidad el tipo de vida del hombre ordenado, metódico y laborioso. El mismo solía decir que había aprendido en Manchester a administrar económicamente su tiempo. Se pasaba el día trabajando, el trabajo se le hacía fácil y agradable y era capaz de atender a diferentes asuntos al mismo tiempo. Para Bakunin, en cambio, no se había hecho el trabajo sistemático; dilapidaba su tiempo, y todo lo que fuese estudio sistemático le era ajeno. Su pasión no eran los libros, sino los hombres; a penetrar e influir en ellos, a convertirlos en instrumentos de su voluntad, dedicaba largamente las horas y los días.

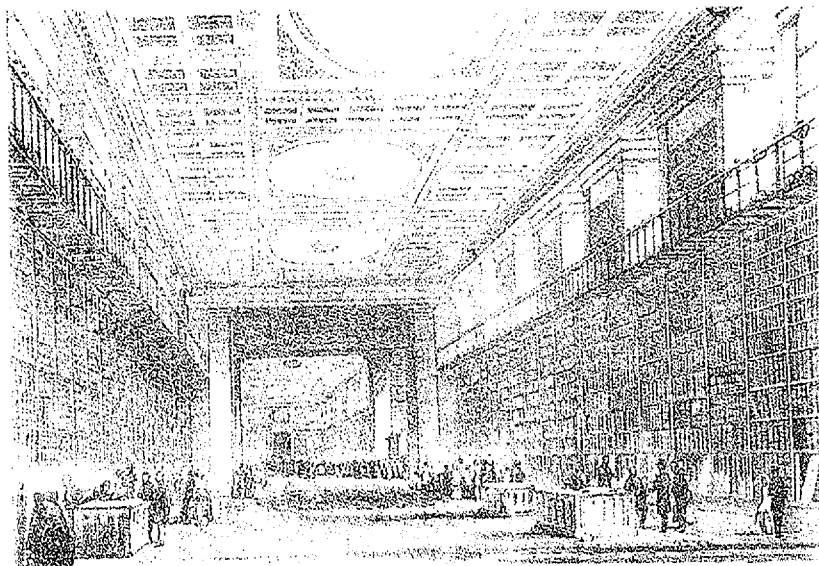
Engels seguía con un interés y una receptividad tan inagotables como los de Marx los progresos de la ciencia en numerosos campos; solamente en la ciencia buscaba las pautas seguras para enjuiciar los fenómenos de la naturaleza y de la historia; de ella y solamente en ella extraía las orientaciones para el camino que debía seguir como revolucionario. En el gobierno de Twer, donde Bakunin había nacido y se había criado en la finca señorial de su padre, no se veía nada ni se hablaba en absoluto de manufacturas o fábricas ni del moderno comercio en gran escala; visto desde allí, el mundo parecía estar formado solamente por haciendas de señores y parcelas de campesinos. ¿Cómo podía haberse ocurrido a nadie, en aquellas latitudes, la idea de que el maquinismo habría de hacer cambiar, un día, la faz de la vida económica del mundo entero? Pero tampoco más tarde, cuando ya había cambiado de ambiente, contó jamás Bakunin con la posibilidad de que la gran industria llegara, en el futuro, a instaurarse en los pueblos eslavos y en los países latinos del sur de Europa como se había entronizado en las islas británicas.

Pero Bakunin no veía con ojos totalmente distintos a los de Engels la economía, sino también la ciencia. Mantuvo siempre en todo fundamentalmente una actitud romántica. Para Engels y para Marx, la acción de las fuerzas productivas formaba una unidad indestructible; para Bakunin, se abría entre la ciencia y la vida un abismo insondable. Allí donde la ciencia se abstraía de la vida, Bakunin se mostraba impotente y se burlaba de su "megalómana arrogancia". Su gran amor era la vida, la vida tangible y directa, la vida sin más. La ciencia era, a sus ojos, algo estéril; creía que sólo la vida crea cosas y realidades. En Engels reinaba siempre el orden: en sus finanzas y en sus vestidos, en sus papeles y en sus negocios. En Bakunin reinaba siempre y en todo el caos. El mismo era caos. Pero un caos del que continuamente saltaban, como las chispas del hierro candente golpeado, ardientes sentimientos y llameantes ideas. El incansable conspirador esperaba que estas chispas prenderían fuego a Europa, pero a la postre se dispararon en el aire como cohetes cebados con pólvora húmeda.

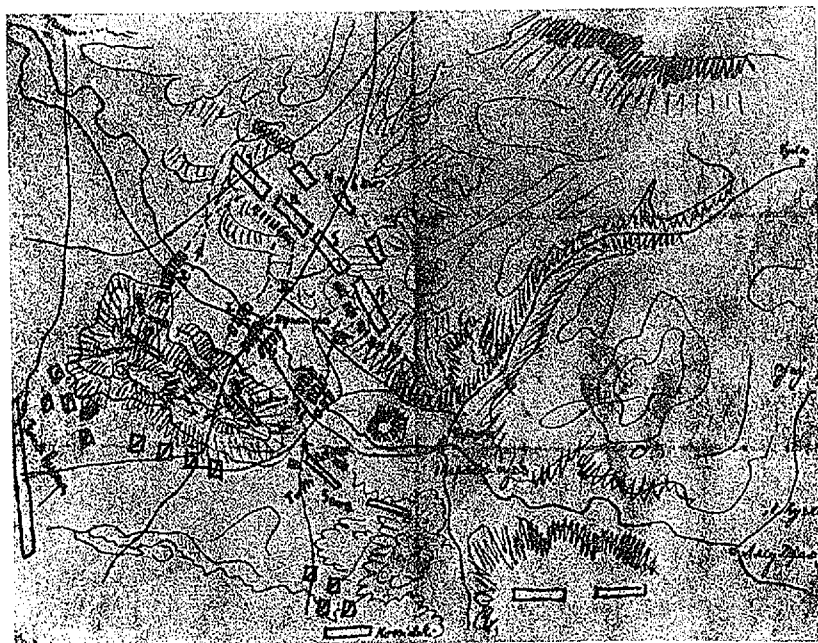
Bakunin fue admirado y consagrado, sobre todo, allí donde los hombres se agrupaban libremente para crear una comunidad de vida. En Rusia, su patria, había llegado a conocer, en su infancia, la comunidad de los remotos



Engels en los años cincuenta.



Vista parcial de la biblioteca del Museo Británico, en 1851.



Croquis dibujado por Engels de la batalla junto al río Tsornaia del 16 de agosto de 1855.



Engels y Marx con las hijas de éste, Laura, Eleanor y Jenny, en los años sesenta.

INTERNATIONAL
Working Men's Association.
INTERNATIONAL ASSOCIATION OF WORKERS ASSOCIATION INTERNATIONALE DES OUVRIERS ASSOCIATION INTERNATIONALE DES OUVRIERS
CARD OF MEMBERSHIP.

This is to Certify that *Friedrich Engels* was admitted
 a Member of the above Association. 18
 and paid as his Annual Subscription

<i>R. Shaw</i>	Corresponding Secretary for America.
<i>Th. Van der</i>	Secretary for Belgium
<i>Rogues Dupuis</i>	France
<i>Karl Marx</i>	Germany
<i>W. B. Stead</i>	Treasurer
<i>Jules Ybema</i>	Netherlands
<i>Anthony G. J. de</i>	Poland
<i>Mr. Leung</i>	Switzerland
<i>J. George E. Curran</i>	Secy Gen Council

Mannheim 4. April 1867

Lieber Max

Grüß dich! Ich habe heute noch ein wenig Zeit
das ist das einzige Ding was mich beschäftigt hat, denn ich
finde es sehr schwer mich zu beschäftigen mit
etwas das nicht in der Natur liegt. Ich habe
deshalb die Idee gehabt dir ein paar Zeilen
zu schreiben. Ich habe die ganze Nacht
daran nachgedacht und bin jetzt noch
nicht imstande die Sache zu beschreiben.
Ich habe die Idee gehabt dir ein paar Zeilen
zu schreiben. Ich habe die ganze Nacht
daran nachgedacht und bin jetzt noch
nicht imstande die Sache zu beschreiben.

Die Idee ist die, dass man die Natur
nicht nur als eine Sache betrachtet, sondern
als eine Tätigkeit. Die Natur ist eine
Tätigkeit, die sich in der Zeit abspielt.
Die Natur ist eine Tätigkeit, die sich
in der Zeit abspielt. Die Natur ist eine
Tätigkeit, die sich in der Zeit abspielt.
Die Natur ist eine Tätigkeit, die sich
in der Zeit abspielt. Die Natur ist eine
Tätigkeit, die sich in der Zeit abspielt.
Die Natur ist eine Tätigkeit, die sich
in der Zeit abspielt. Die Natur ist eine
Tätigkeit, die sich in der Zeit abspielt.

Primera cara de una carta de Engels dirigida a Marx, el 4 de abril de 1867.



Karl Marx en 1861.

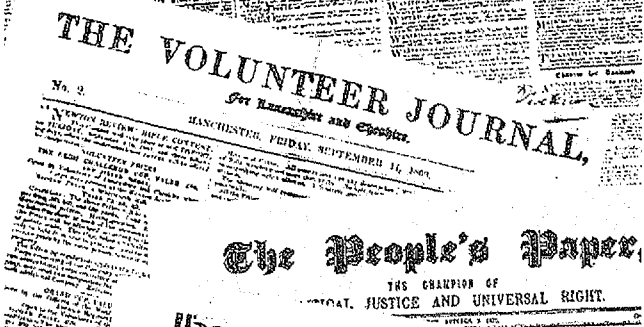
Friedrich Engels en 1864.



La casa en Londres (122, Regent's Park Road) donde vivió Engels del 30 de septiembre de 1870 hasta octubre de 1894.



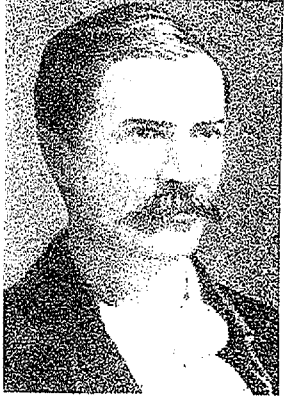
Samuel Moore



Carl Schorlemmer



Algunos de los periódicos en los que Engels publicó artículos durante los años cincuenta.



B. Bax



Jenny Longet



Charles Longet



Lizzy Burns



Laura Lafargue



Paul Lafargue



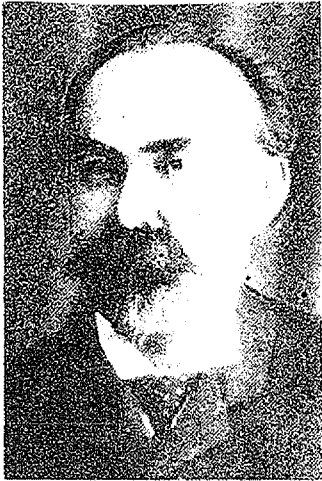
Elena Demuth



Eleanor Marx-Aveling



Edward Aveling



G. W. Plejanov



Vera I. Sassulich



G. A. Lopatin



J. Guesde



Wilhelm Liebknecht



F. A. Sorge



A. Bebel



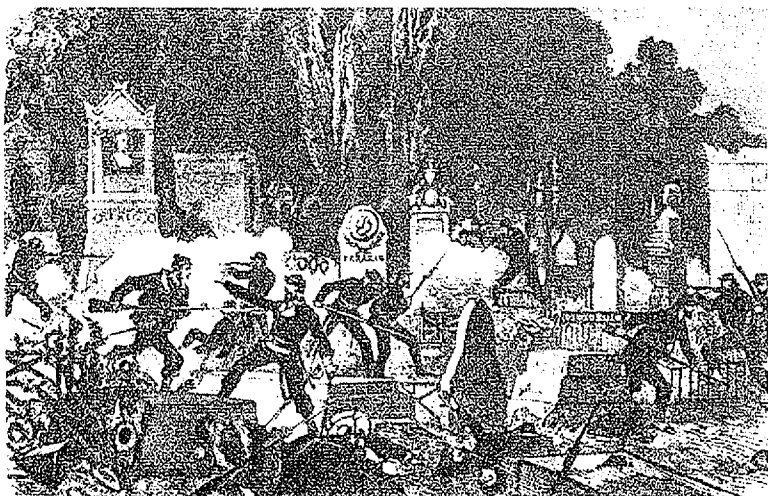
E. Bernstein



Karl Kautsky



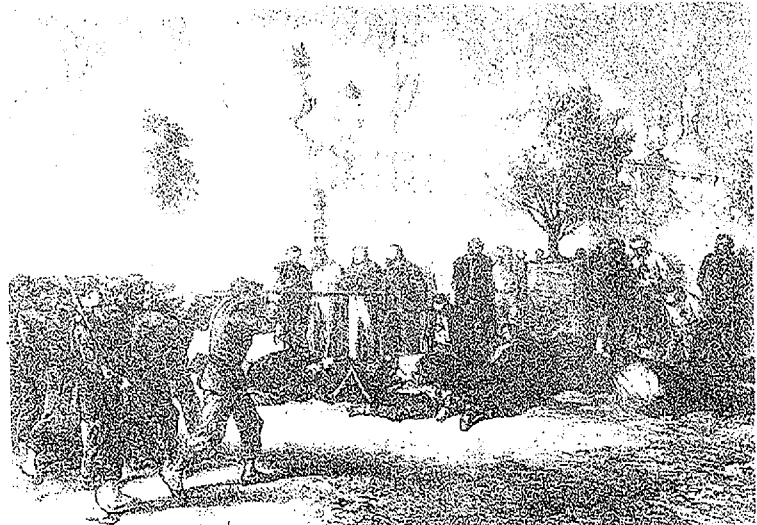
Proclamación de la Comuna de París el 28 de marzo de 1871.



Comuneros en un combate cuerpo a cuerpo en el cementerio de Père Lachaise.



Manifestación en Londres a favor de la Comuna de París.



Fusilamiento de comuneros por las tropas de Versalles.

LA EMANCIPACION.

PERIODICO SOCIALISTA.

SE PUBLICA TODOS LOS SABADOS.

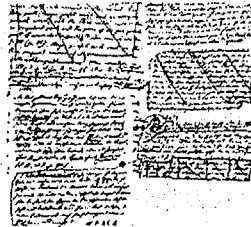
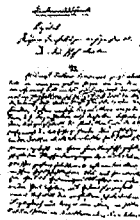
AÑO II.	PRECIOS DE FUMIGACION: A LA OBRERA. ANUNCIOS: Dos Reales, 10, 37.	MADRID 13 DE ABRIL DE 1872.	Para suscripciones: Oficina de la OBRERA de San Mateo, Puerta del Sol.	Núm. 44.
---------	--	-----------------------------	---	----------

Es probable que la política de las persecuciones que se ha de sufrir no sea del todo en Acordada, cuando este cao llegue, que hay otros países, tales como la Francia, Alemania, Austria y Hungría, donde los internacionales sufren todavía persecuciones más terribles de parte de los gobiernos, y donde, sin embargo, no inclinan la frente, sabiendo, como vosotros lo sabéis, que las persecuciones son el mejor medio de propaganda para nuestra Asociación, y que no hay fuerza alguna en el mundo bastante poderosa para suprimir el movimiento revolucionario, siempre creciente, del proletariado moderno. Para destruir la Internacional sería necesario destruir la tierra que la ha producido espontáneamente: esta tierra es la sociedad moderna.

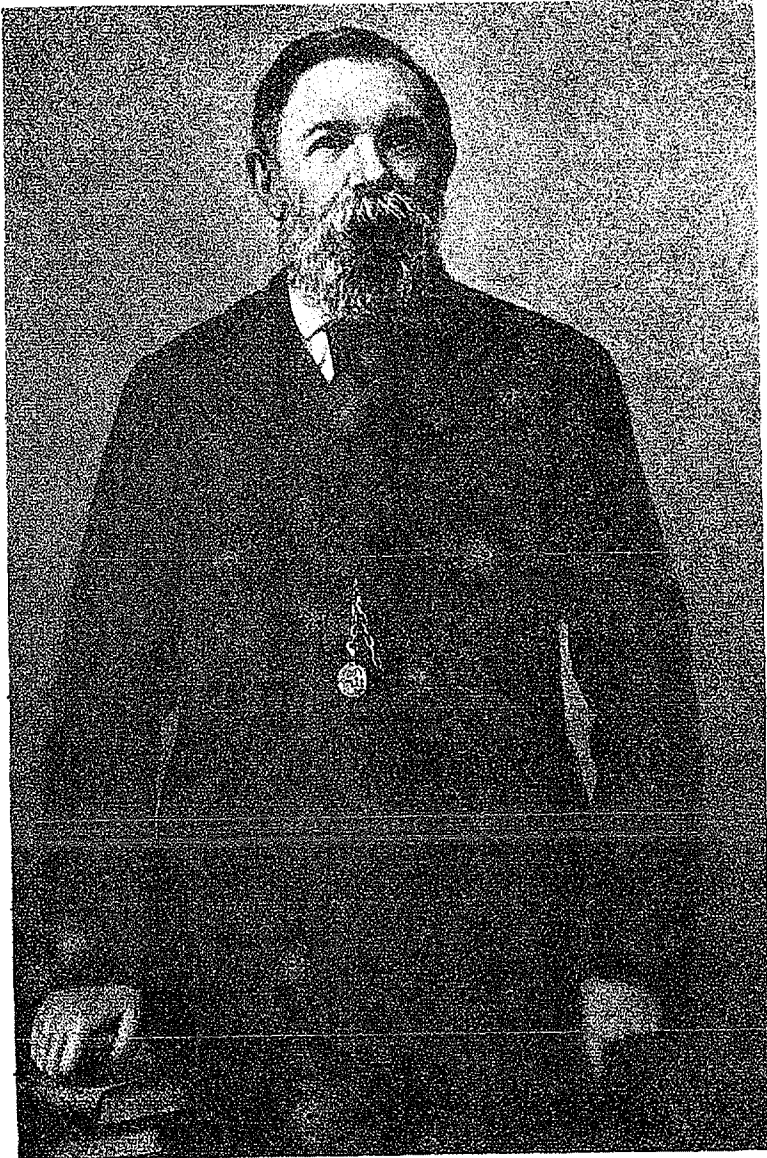
Salud y fraternidad.

Por orden del Consejo general, el secretario por España, *Federico Engels.*

Proclama del Consejo General de la I Internacional firmada por Engels, aparecida en *La Emancipación*, el 13 de abril de 1872.



Página del manuscrito de Marx del 2.º volumen de *El Capital*; la página tal y como Engels se la iba dictando al escribiente, y la misma con correcciones posteriores de él.



Friedrich Engels en 1891.

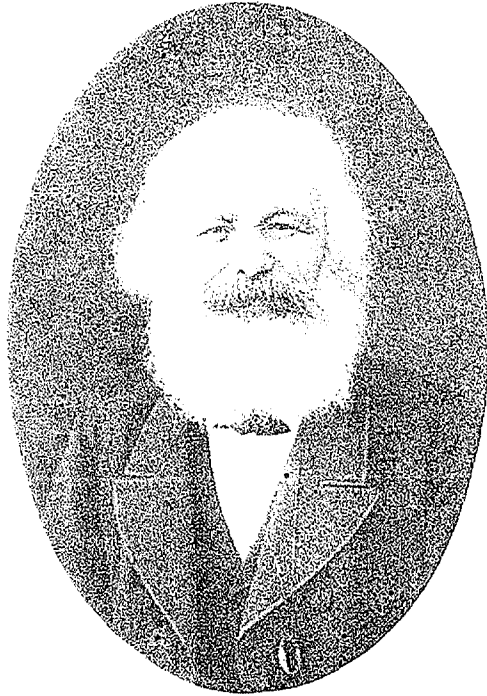
Prof
To Laura Lafargue and Eleanor Marx-Aveling.

My dear girls

I have to address to you after words with regard
to my will.

First you will find that I have taken the liberty of
disposing of all my books, including those received from
you after Mark's death, in favor of the German party.
The whole of these books would be a library as unique
and so complete at the same time, for the history of the
struggle of Modern Socialism and all the sciences on which
it is dependent, that it would be a pity to dispose of
again. To keep it together, and to place it at the same time
at the disposal of those desirous to use it, has been my
wish expressed to me long ago by several other members
of the German Socialist Party, and as they do indeed seem
to be the best people for that purpose, I have consented.
I hope that under the circumstances you will, for the
my wish and give your consent too.

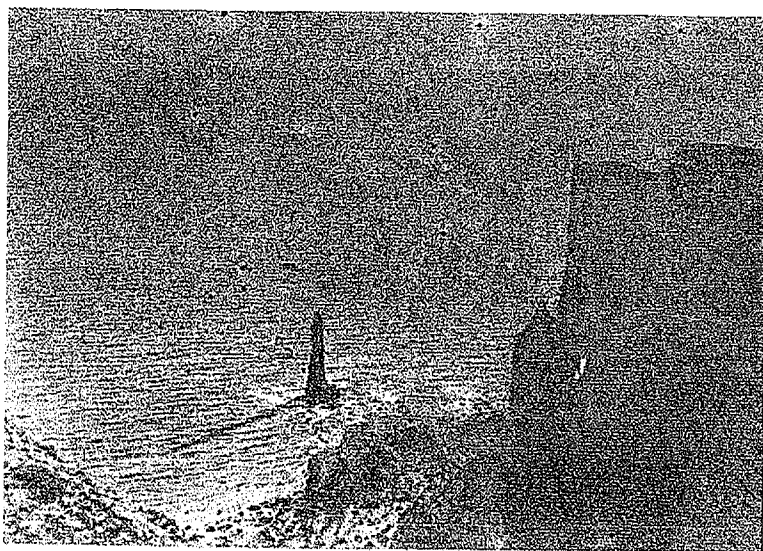
Second, I have had many a discussion with
them about as to the possibility of providing my will, in
some way for our dear young children. Unfortunately,
English law stands in the way. It could only be done under
certain unfavorable conditions, where the expenses would more
than outweigh the favor to be taken care of. I therefore



Marx en 1882.



Engels en las cercanías de Zurich, en septiembre de 1893, con otros asistentes al Congreso de la II Internacional en dicha ciudad. (De izquierda a derecha: Dr. Ferdinand Simon, Frieda Simon, Clara Zetkin, Engels, Julie y August Bebel, Ernst Schattuer, Regina y Eduard Bernstein).



Eastbourne. En las cercanías de esta costa fue hundida la urna que contenía las cenizas de Friedrich Engels.

tiempos. Pero faltaba allí la libertad. En Europa tuvo ocasión de encontrarse, de vez en cuando, con la libertad, pero echaba de menos la comunidad. Hermanar la comunidad y la libertad fue desde muy pronto el sueño tentador que llenó su vida.

Para él, la comunidad era anterior al individuo. Pero, en su modo de ver, el sentido más profundo de la comunidad residía en que sólo ella podía engendrar y proteger la libertad. Y consideraba radicalmente incompatible con la libertad todo lo que fuese autoridad, como quiera que ésta se presentase. Influidor por el ala anarquista de los jóvenes hegelianos, cuya atmósfera había respirado durante algún tiempo, combatía toda autoridad, ya fuese la del Estado o la de la Iglesia, ya emanara de un individuo o quisiera imponerse bajo un sistema filosófico, o envuelta en determinada concepción de la historia.

Este ruso sediento de libertad odiaba cuanto viniera "de arriba", ya se tratara de un gobernante, de la burocracia, de la Iglesia, del espíritu o del genio. Se dejaba llevar en cambio, ciegamente, de una profunda y elemental credulidad en las fuerzas que emergían "de abajo", en el oscuro instinto de las masas silenciosas, en el mundo emocional del campesino identificado con la tierra, en todos los estrechos círculos de hombres que vivían por doquier, enmarcados en las grandes circunscripciones sociales. Y no sabía encontrarse tampoco a sí mismo desligado de la masa, que irradiaba también su fuerza creadora sobre cuantos, como instrumento suyo, se creían llamados a ejecutar su voluntad.

Bakunin odiaba al protestantismo, que veía en el hombre a un yo propio e independiente y odiaba también a todo lo que aspirase a ser original, a toda personalidad que conscientemente se destacara de la masa, a todo pensador que afirmara su propiedad privada sobre éstas o aquellas ideas. "No quiero ser yo, sino que quiero ser nosotros": así sentía él y así quería que sintieran los demás. Contra nada prevenía Bakunin con tanta fuerza a sus adeptos como contra "la tendencia a darse aires personales". Momentos antes de morir, hablaba de su propósito de escribir una ética basada en el colectivismo. No creía que pudiera renunciarse, como lo hacían Marx y Engels y antes de ellos lo hiciera Hegel, a una ética específica.

Bakunin sentía, en todas las fibras de su ser, heroicamente y exigía del individuo una abnegación total en la lucha por la liberación de la humanidad. Pero no esperaba esta liberación, como Marx y Engels, del lento y seguro desarrollo de fuerzas suprapersonales, sino de la íntima acción conjunta de pequeños círculos de personas unidas a vida o muerte, es decir, de los juramentados en sus doctrinas, decididos a "ir al pueblo" y a poner en movimiento a la masa, que era la encargada de realizar aquellos ideales.

Quien como él creía a tal punto en el hombre individual, necesitaba también verse movido por la fe en el individuo. En Bakunin se hallaba muy desarrollado el sentimiento de la amistad. Hacía esfuerzos por enjuiciar imparcialmente incluso al adversario contra el que luchaba con encarnizamiento. Engels nunca había sentido con mucha fuerza la efusión amistosa y había ido

perdiéndola cada vez más desde que se hallaba en pie de guerra contra todo el orden del mundo y de la sociedad y se veía obligado a romper lanzas contra su propia nación, contra su mismo padre y contra tantos amigos de otros tiempos.

Engels tenía una mirada sagaz para descubrir los procesos históricos y las conexiones políticas, pero sus juicios distaban de ser tan certeros cuando se trataba de valorar los caracteres humanos. En estos casos, tendía con frecuencia a ver solamente lo negro y lo blanco y no siempre acertaba a conocer a quienes realmente le estimaban y estaban a su lado; pero, cuando creía que llegaba a conocerlos, depositaba en ellos una confianza sin reservas, que no siempre merecían. No sentía, en cambio, la necesidad de apreciar justicieramente las motivaciones que impulsaban a quienes se mantenían alejados de él o incluso le combatían. Se sentía como hombre de lucha, que no había venido a traer la paz, como un guerrero que jamás soltaba la espada. *A la guerre comme à la guerre*. A Marx se le ha reprochado que sólo sentía cariño por su mujer y por sus hijos; sin embargo, era más diplomático y sabía desenvolverse en los puestos de mando mejor que su compañero, de sentimientos más cálidos que los suyos, pero más vehemente e irritable. Es cierto que ambos amigos no siempre colocaban en el debido lugar el sentimiento de la propia dignidad de los otros, cosa que se explica, en buena parte, por la gran soledad en que vivían y que era, tal vez, inseparable de la misión histórico-universal que sentían gravitar sobre ellos.

Pero, mucho más fuertes que estos motivos personales eran las razones de otro orden que literalmente impedían a Engels y Marx tratar al adversario con mayor mesura y, menos aún —sobre todo en los conflictos de orden teórico— hacer un esfuerzo por llegar hasta cierto punto a un entendimiento con él. La concepción historiográfica de Marx y Engels deja tan poco margen para la subjetividad del individuo como la de Hegel. En ésta, el proceso dialéctico de la razón y en aquélla el desarrollo dialéctico de las contradicciones de clase dejan a un lado, en su marcha, a todos los que pretenden saber más o querer algo mejor, a todos los que Marx llamaba "intentos sectarios o de aficionados". Por eso cuando, en su ignorancia del camino trazado por la necesidad dialéctica, les salía al paso cualquier charlatán social, gentes inocuas que se creían poseedoras de un remedio patentado o impetuosos revolucionarios, dispuestos a hacer trizas el mundo existente para dejar sitio a otro mejor, Marx y Engels los trataban como locos dañinos o criminales peligrosos.

En base a complicados estudios y a una acuciosa observación de lo que acontecía en todos los continentes y en todos los campos de la ciencia habían elaborado una concepción de conjunto acerca de la acción de las fuerzas sociales de cuya justeza no permitían que se dudara. De ahí que, a sus ojos, no pudieran ser más que simples perturbadores quienes, marchando a la zaga de la época ya superada de las sectas socialistas, trataran de introducir sus "píldoras mágicas" en un movimiento obrero que, aunque con demasiada lentitud para su propia impaciencia, comenzaba por fin a despertar a la conciencia de clase en las filas de la Internacional. Uno de estos elementos perturbadores era también,

tal como lo juzgaban Engels y Marx, aquel Bakunin que, apartándose de la dialéctica, marchaba a tientas y pretendía curar todos los males de la sociedad con la simple fórmula de la abolición inmediata del Estado.

Engels había conocido a Bakunin ya en años anteriores, cuando Marx y él trabajaban juntos para esclarecer sus concepciones. Habían mantenido relaciones amistosas con el revolucionario ruso en París y en Bruselas, pero sin llegar a considerarlo amigo suyo, en el sentido pleno de la palabra. El propio Bakunin hubo de manifestar, años más tarde, que ya entonces no se entendían bien. Desde sus primeros contactos vio en ellos, nos dice, a hombres vanidosos y antipáticos, arrogantes en teoría y pusilánimes en la práctica e hizo a Herwegh la confidencia de que no se sentía a gusto en su compañía. Apreciaba en Marx y Engels, sin duda alguna, el talento, la cultura y su entrega a la causa. Pero el "idealista sentimental" —así se llamaba él mismo— que aquel ruso sediento de libertad llevaba dentro sentíase repelido por la "frialdad" con que aquellos dos inseparables amigos analizaban los acontecimientos de su tiempo.

Y también los antagonismos de orden objetivo que más tarde habrían de enfrentarlos venían de atrás. Ignoramos, sin embargo, si ya entonces se manifestaría Bakunin ante Marx y Engels con la misma franqueza con que lo hacía ante Herwegh, si sostendría ante ellos sus ideas anarquistas y su exigencia de que todos los Estados fuesen destruidos. El revolucionario ruso, por aquel entonces, ponía más pasión en la destrucción del imperio austriaco que en el derrocamiento del zarismo y de los elementos que lo apoyaban. Es ésta "una cuestión vital para nosotros, los eslavos", escribía en 1848 a Herwegh, con quien simpatizaba por su vehemencia revolucionaria a corto plazo y propensa siempre a estallar en alocadas intenciones.

Cualquier eslavo que creyera en la misión histórica de su raza, veía entonces en los alemanes a opresores natos y enemigos seculares. Y desde que Bakunin vivía entre los alemanes y mantenía trato con ellos, la aversión le llevaba a acentuar sus lados negativos. Odiaba, además, a los judíos, a quienes consideraba como "el pueblo más resignado y más sumiso de la tierra", y "la nación más peligrosa para la libertad del mundo" y que, según él, compartían muchas cosas con los alemanes, entre ellas el fanatismo autoritario. Pero lo que más le sublevaba, ya entonces, contra Marx y Engels era el que también ellos asignaran al pueblo alemán la misión de "germanizar, por las buenas o por las malas", a los eslavos, ansiosos de sacudir todo yugo extranjero.

Viendo las cosas retrospectivamente, cabe pensar que las relaciones personales entre Bakunin y Marx y Engels se enconaron irremediablemente cuando la *Nueva gaceta renana*, en julio de 1848, recogió el rumor de que Jorge Sand poseía pruebas de que aquél se hallaba en contacto con el gobierno zarista. Y aunque el periódico publicó, días después, una nota de la gran escritora desmintiendo aquella especie y una carta de protesta del inculpado, rechazando la calumnia, Bakunin, atropellado en su honor, tal vez encontrase insinceras las palabras con que la redacción deploraba el error cometido.

Meses más tarde, también en la *Nueva gaceta renana*, Engels criticaba

duramente el llamamiento de Bakunin a los eslavos. Daba a entender a Bakunin que sus "categorías morales" sonaban muy bien, pero que en cuestiones de orden histórico y político no significaban absolutamente nada, se burlaba de sus ilusiones acerca de la confraternización de los pueblos y rechazaba el paneslavismo, incluso bajo el ropaje democrático en que Bakunin lo envolvía. Como se ve, los futuros contrincantes de la Internacional se habían distanciado ya, acusándose mutuamente de paneslavismo y pangermanismo, antes de que el revolucionario ruso desapareciera durante doce años de la escena europea.

El choque volvió a estallar, complicándose con otras divergencias, cuando, a su vuelta de Siberia, el problema social se convirtió también para Bakunin en el punto de apoyo fundamental de la lucha.

Desde 1848, Engels veía en el paneslavismo una invención del gabinete de San Petersburgo, cuya meta no era otra que el desplazar las fronteras europeas de Rusia por el Oeste y el Sur. Y, para él, esta meta no cambiaba en lo más mínimo por el hecho de que, en 1862, Bakunin, en un folleto escrito en ruso, pertrechara a los eslavos de Prusia, Austria y Turquía con argumentos revolucionarios para estimularlos a luchar contra el yugo extranjero y a unirse en una gran federación. Por su parte, Bakunin acusaba a Marx, al encenderse la lucha entre ellos después de la victoria de Alemania sobre Francia, de que aspiraba a "ver gobernado el mundo por la raza alemana"; y de que "al igual que el señor de Bismarck" quería suplantarse la dominación francesa por la alemana "en el mundo político y burgués", Marx pretendía lograr lo mismo "en el mundo socialista". En el terreno personal, consideraba a Marx y Engels personas respetables. Pero les reprochaba el que, "como los escritores alemanes en general", se distinguieran "por una carencia total de sensibilidad, de respeto por el hombre e incluso por sí mismos", de que en las relaciones con sus íntimos no reinara el menor espíritu de fraternidad y de que acusaran de infamia a cuantos no se plegaran a sus ideas.

Después de evadirse de Siberia, Bakunin había vuelto a entregarse, en Europa, a sus viejas aspiraciones, que giraban en torno al levantamiento revolucionario del mundo eslavo. Su "pasión específica" seguía siendo la misma de antes: la destrucción de Austria por los eslavos y los italianos. Preconizaba, además, la desintegración del Imperio ruso, para que se convirtiese en una federación libre de las provincias que lo integraban. Por último, en el congreso de la Liga por la paz y la libertad celebrado en Berna en 1868, abogó por la disolución de todos los Estados, lanzando la consigna de una federación mundial de sociedades de producción. Y cuando aquella agrupación democrático-burguesa rechazó su utopismo radical, trasladó sus esperanzas a la Asociación internacional de trabajadores, de la que ya era miembro, pero sin haber mostrado hasta entonces ningún interés especial por ella. A partir de ahora, sin embargo, se declaró totalmente comprometido con la misión histórica de la Internacional y se puso a elogiar con gran entusiasmo la obra de los hombres que la habían puesto en pie.

Aunque ya había hecho acto de presencia en Londres en 1861, Marx no

volvió a ver a Bakunin hasta 1864 y sólo se encontró con él, en este año, una sola vez. Engels había vuelto a coincidir con él. A su retorno de Siberia, probablemente por consejo de Herzen y sus allegados el conspirador ruso se mantuvo alejado de ellos. Pero, al principio, Marx y Engels seguían viendo en él a un viejo amigo. Contemplaban con asombro cómo daba rienda suelta a su temperamento en los congresos de la Liga por la paz y la libertad, que ellos no tomaban en serio. El primer signo de recelo contra Bakunin se manifiesta en sus cartas en 1868, al saber que había roto con dicha Liga para fundar en Ginebra, por su cuenta, la *Alliance internationale de la Démocratie socialiste* con un programa ateo y apolítico y al ver que se dirigía al Consejo general de Londres para proponerle que aquella organización creada por él fuera admitida en bloque en la Internacional.

Este paso despertó tanto en Engels como en Marx la sospecha de que Bakunin, como un general sin tropas, tratara de atraerse con amañitos, para maniobrar con él, al ejército proletario levantado por la Internacional. Para Engels estaba "tan claro como la luz del sol" que la Internacional no podía "acceder a esta maniobra". Sería tanto como admitir la existencia de dos Consejos generales y, en el momento menos pensado, estallarían el conflicto "entre el Consejo práctico de Londres y el Consejo teórico idealista" de Ginebra, el cual se reservaba la misión de esclarecer por sí y ante sí los problemas políticos y filosóficos. Marx, por su parte, estaba también convencido de que la Alianza se proponía suplir el "idealismo" que echaba de menos en la Internacional.

"No he visto nunca nada más lamentable que su programa teórico", escribía Engels a su amigo el 18 de diciembre. Al principio, abrigaba la convicción de que la cosa no revestía importancia y aconsejó a Marx que el Consejo general no diese tampoco en público muestras de concedérsela. Sin embargo, los dos amigos estaban concordes en que se trataba de una tentativa de Bakunin para apoderarse de la dirección de la Internacional y de que había que cerrarle el paso.

El movimiento obrero no había salido todavía de la infancia, en la mayoría de los países en que comenzaba a hacer pie la Internacional. Nunca hasta ahora se había intentado en Europa agrupar de algún modo todas aquellas diferentes capas obreras, distintas unas de otras por su nacionalidad y su origen, por su estructura social y su nivel de cultura. Y la única posibilidad de lograr tan ambicioso propósito era colocar por encima de todo, costara lo que costara, el sentimiento común de la solidaridad de clase. Todo lo que fuera ir más allá, tratar de inculcar a estos elementos tan heterogéneos reglas tácticas comunes, y no digamos un programa teórico definido, entrañaba el peligro de abrir grietas en un edificio como aquél, que apenas comenzaba a levantarse.

Así pensaban tanto Marx como Engels. Por eso procuraban ser muy prudentes y precavidos, cosa que, por cierto, no les era fácil, en la propaganda de sus propias ideas dentro de la Internacional. Cualquier clase de "doctrinas anticuadas", se decían, dañinas "para el movimiento obrero real" no debían en

modo alguno infiltrarse en ella por la acción de grupos cerrados, como "un Estado dentro del Estado".

Este era precisamente el peligro que veían dibujarse, cuando empezaron a recelar que Bakunin pudiera manejar al servicio de sus fines a la asociación internacional de trabajadores. En lo fundamental, sus ideas se enfrentaban ahora con las de Bakunin todavía más marcadamente que veinticinco años antes. Bakunin, ahora, sólo hablaba en tono de chacota de su época hegeliana, en la que se imaginaba "tener en el bolsillo lo absoluto". Para él, solamente la soberbia y la arrogancia podía inducir a alguien a creer de un modo tan "absoluto" y tan "doctrinario" en sus teorías como para mirar al mundo con desprecio desde lo alto de ellas y mostrar la pretensión de querer "gobernar, educar y organizar a las masas por el patrón de sus propias ideas".

Por su parte, Bakunin profesaba ahora un "idealismo práctico" que, al llegar la hora de la "acción", osaba incluso arremeter contra la autoridad de la ciencia que unas cuantas "inteligencias superiores" trataban de imponer a las "ignorantes" masas por medio de un plan preconcebido. Y estaba profundamente convencido de que, en la lucha por la liberación del proletariado, a la que consagraba ahora todos sus desvelos, la intensidad del instinto de rebeldía, esto que él llamaba "un hecho animal absolutamente primario", pesaba tanto o más que las necesidades económicas propulsoras, cuya importancia, a su modo de ver, exageraba Marx.

Jamás alardeó de poseer aquellos profundos conocimientos económicos que tanto admiraba en Marx cuando, en 1868, lo llamaba todavía su "maestro" y que respetaba también en Engels. Pero ello no era obstáculo para considerarse sostenedor de un sistema socialista más progresista que el de ellos. Creía aventajar a Proudhon en cuanto a materialismo y a Marx y Engels por el instinto revolucionario y de la libertad. El instinto revolucionario lo era todo para él. Para ser un auténtico revolucionario había que tener, como él, "al demonio en el cuerpo".

Ya en 1842 proclamaba Bakunin como "un goce creador" la destrucción incansable e implacable de todo lo dotado de existencia positiva. La categoría de la "abolición" estaba, para él, por encima de la categoría del "desarrollo". Lo que le impulsaba a la acción no era tanto el análisis concienzudo de la situación concreta como su temperamento revolucionario, y de ello había dado pruebas en la intentona a que se lanzara en Lyon, en septiembre de 1870, aboliendo el Estado por decreto, sin perjuicio de verse obligado, poco después, por el mismo Estado que acababa de abolir, en forma de dos compañías de la Guardia nacional, a ponerse a salvo a toda prisa, trasladándose al otro lado de la frontera suiza.

El que una dictadura autoritaria, ya se llamara el dictador Mazzini, Blanqui o Marx, ordenara fríamente descargar el golpe iba en contra del principio bakuninista, según el cual había que proceder "de abajo arriba". Para él, la revolución debía brotar por obra de una conspiración de la masa y sólo podía tolerarse una "dictadura colectiva e invisible". "La victoria de un individuo no

es ya socialismo, sino política, negocio de burgueses, que echa por tierra al movimiento socialista". La peligrosa tirantez que media entre la iniciativa de las masas y la conspiración la percibían mejor que él sus adversarios, que se la lanzaban a la cara como una acusación. Para Bakunin, la ambición era un pecado mortal en cualquiera que pretendiera tener una actuación pública. Se imponía a sí mismo y exigía del estrecho círculo de sus adeptos la renuncia a la propia personalidad. Y, como el poder de la Internacional no iba más allá de la organización de los trabajadores, Bakunin consideraba indispensable implantar en el seno de ella una agrupación invisible, encargada de la "acción colectiva". Y se asignaba la misión histórica de crearla y dirigirla él.

En el programa social por el que Bakunin abogaba públicamente sólo veían Marx y Engels, con razón, los restos desvirtuados de los viejos sistemas franceses. He aquí lo que más tarde escribiría Engels acerca de esto:

"Bakunin profesa una teoría aparte que es una mezcla de prudhonismo y comunismo y para la que lo primordial es no considerar como el mal determinante con el que hay que acabar el capital y, por consiguiente, el antagonismo de clases entre capitalistas y trabajadores asalariados, creado por el desarrollo social, sino la existencia del Estado. Mientras que la inmensa mayoría de los obreros socialdemócratas está de acuerdo con nosotros en que el Estado no es otra cosa que la organización que las clases dominantes, terratenientes y capitalistas se han dado para defender sus privilegios sociales, Bakunin, por su parte, afirma que es el Estado quien ha creado el capital y que el capitalista lo es solamente por obra y gracia del Estado. Y, siendo el Estado la raíz de todos los males, lo primero que hay que hacer es abolir el Estado, con lo cual el capital se irá por sí mismo al diablo. Nosotros decimos, por el contrario: una vez destruido el capital, la apropiación de todos los medios de producción en manos de unos cuantos, el Estado desaparecerá por sí mismo. Se trata de una diferencia esencial. La supresión del Estado sin la previa transformación de la sociedad es un absurdo, y la transformación de la sociedad consiste precisamente en la abolición del capital y entraña de por sí el cambio de todo el modo de producción. Pero como, para Bakunin, el Estado es la raíz de todos los males, no se puede hacer nada que deje en pie al Estado, cualquiera que sea la forma de gobierno que adopte, república, anarquía o lo que sea. De donde se deriva consecuentemente, por tanto, el total abstencionismo en política. Actuar políticamente, sobre todo intervenir en las elecciones, equivaldría, por tanto, a traicionar un principio. Es decir, que hay que hacer propaganda, atacar al Estado, organizarse, y, cuando se haya logrado ganar a todos los trabajadores, es decir, a la mayoría, destituir a todas las autoridades, abolir el Estado y poner en su lugar la organización de la Internacional. A este acto grandioso, con el que comienza el Reino milenar, se le llama la liquidación social. Todo lo cual parece tan extremadamente radical y tan simple, que puede aprenderse de memoria en cinco minutos, lo que explica por qué esta teoría bakuninista ha prendido tan rápidamente en Italia y en España entre jóvenes abogados, doctores y otros doctrinarios. Pero la masa obrera jamás se dejará convencer de

que los asuntos públicos de su país no son, al mismo tiempo, sus propios asuntos. Los obreros son, por naturaleza, políticos”.

El “comunismo autoritario” postulaba la acción política e incluso la acción parlamentaria, con lo que —de esto acusaba enconadamente Bakunin a Engels— pedía que las masas se dejaran sojuzgar por una minoría inteligente y se instauraran nuevos y grandes Estados nacionales empeñados en una mutua rivalidad y cuya mera existencia era la negación del internacionalismo y el sentimiento de humanidad. A juicio de Bakunin, Marx y Engels hacían caso omiso de que la política, el Estado y la religión repercutían sobre la situación económica y no tenían en cuenta debidamente la diferencia de raza y de carácter nacional entre los hombres.

Bakunin jamás había visitado las regiones industriales de Inglaterra, no tenía conocimiento de lo que eran Francia y Alemania desde la década del cuarenta y lo que mejor conocía eran los países eslavos e Italia. Y, como no preveía el futuro triunfo del industrialismo en todos los países, como lo hacían Marx y Engels, ni las formas del comunismo congruentes con él, censuraba el que aquéllos consideraran el mundo de los trabajadores “como clase, y no como masa” y vieran en el proletariado industrial urbano una nueva aristocracia, llamada a sojuzgar el proletariado rural. Temía para el futuro el aburguesamiento de estas capas industriales altas, que atentaría inevitablemente contra el sano instinto revolucionario de las masas sociales inferiores de la ciudad y el campo. Desde el punto de vista de su activismo anarquista, clase, poder y Estado eran conceptos inseparables, cuya afirmación significaba, para él, el sojuzgamiento político y la explotación económica de las masas.

Bakunin no había logrado su propósito de introducir en la Internacional, como un todo con una vida aparte, llamado a desplegar su propia propaganda igualitaria y anarquista, a la Alianza internacional de la democracia socialista. En vista de ello, se declaró, meses más tarde, dispuesto a disolver la Alianza en cuanto tal, siempre y cuando se autorizara el ingreso en la Internacional de las secciones especiales de la Alianza, que funcionaban principalmente en la Suiza francesa, en España y en Italia. Era ésta una petición que el Consejo general no podía rechazar. En efecto, los Estatutos no le permitían denegar el ingreso de tales o cuales organizaciones en razón a su programa teórico, si se manifestaban dispuestas a laborar por la total emancipación de las clases trabajadoras.

Así se echó a rodar en el seno de la Internacional la manzana de la discordia que tan funestos resultados habría de tener para ella. Una vez que sus adeptos hubieron ingresado en masa en la Internacional, Bakunin no se resignaba, en modo alguno, a renunciar a su actuación conspirativa y a su agitación anarquista dentro de ella. Disolvió la Alianza pública, pero se creía autorizado, a pesar de ello, a seguir alentando la actividad de sociedades secretas, cuyos miembros no tenían por qué pertenecer a la Internacional, pero que podían formar parte de ella. Esto equivalía, de hecho, al funcionamiento de células de sus propios partidarios en el seno de la Internacional. Sus defensores siguen haciendo, todavía hoy, gran hincapié en que Bakunin, al actuar así, se mantenía fiel a

los Estatutos de esta organización y en que no fue él, personalmente, el promotor de la agitación en pro de que se restringieran las atribuciones del Consejo general y se reestructurara la organización de la Internacional sobre bases federalistas. Pero, como no estamos escribiendo la biografía de Bakunin, no tenemos por qué entrar más en detalle en sus manejos conspirativos.

Cuando empezó a crearse esta situación, Engels seguía ocupando su puesto en Manchester y se limitaba a asistir como espectador en los acontecimientos de la Internacional. Ya por aquel entonces opinaba que el propósito de Bakunin no era otro que arrastrar al Consejo general a la crítica teórica de sus concepciones anarquistas, para poder pavonearse ante los obreros de su ultraradicalismo. Pero no tomaba el peligro que su rival representaba tan en serio como Marx, quien ya en aquella etapa temía que Bakunin, si las circunstancias le ayudaban, pudiera llegar a provocar una escisión entre los países en que existía un movimiento obrero "revolucionario" y en que él había podido meter sus manos y los que acusaban "un desarrollo más lento de la clase obrera", es decir, entre los países latinos y los germánicos.

Cuando Bakunin reapareció en Europa, un refugiado alemán llamado Segismundo Borkheim, que en Londres se dedicaba al comercio y que había prestado pequeños servicios a Marx en sus apuros financieros, movido por su odio monomaniaco contra cuanto viniera de Rusia, había tratado de pronto ponerles a él y a Engels en contra del eslavo. Pero sólo logró lo que se proponía una vez que las circunstancias le favorecieron. En el verano de 1869, Borkheim publicó, en un periódico alemán de izquierda, en su sección de "Cartas rusas", un nuevo artículo contra Bakunin, a quien acusaba de paneslavismo. Estaba a punto de celebrarse el Congreso de Basilea de la Internacional, al que se esperaba asistiera Bakunin y en el que no hizo acto de presencia Marx. El temor de que el ruso tratara de erigirse en dictador del movimiento obrero europeo llevó a Marx a escribir a Engels que sería necesario desautorizarle oficialmente. A lo que Engels contestó, con fecha 30 de julio:

"Si ese maldito ruso trata, en realidad, de ponerse a fuerza de intrigas a la cabeza del movimiento obrero, ya es tiempo de darle su merecido y de preguntarse si un paneslavista puede ser ni siquiera miembro de una asociación obrera internacional. No creo que sea difícil pararle los pies a ese sujeto. Que no crea que va a poder hacerse pasar ante los obreros por un comunista cosmopolita y ante los rusos por el más ardiente de los paneslavistas. No estaría de más hacer algunas indicaciones a Borkheim, que lo tiene ya metido en un puño".

El cuarto artículo de Borkheim sobre Bakunin acaba, en efecto, expresando la sospecha de que aspira a arrogarse el puesto de dirigente del movimiento obrero europeo. Después de lo cual viene una frase que parece también inspirada por Engels: "Tan pronto como la Asociación internacional de trabajo reconozca oficialmente como una tarea fundamental suya el ocuparse, asimismo, de las relaciones internacionales directa y puramente políticas, como tendrá que hacerlo si no quiere desaparecer, veremos cómo salen a relucir más claramente los objetivos del celo obrerista del paneslavismo". Es cierto que, en abril de

1868, en carta a Juan Jacoby, Bakunin se había declarado "enemigo del panslavismo". Pero semejante afirmación no habría logrado convencer a Engels, aun suponiendo que la hubiera conocido.

El sastre Lessner, antiguo amigo íntimo de Marx y Engels, quien asistió a él desde Londres como delegado del Consejo general, describió la actuación de Bakunin en el Congreso de Basilea como una "trama continua de intrigas". Su discurso preconizando el "apoliticismo" en el movimiento obrero y los éxitos innegables de sus campañas de agitación en la Suiza latina, en España y en Italia no podían por menos de atizar la desconfianza que los dos amigos abrigaban contra él. "Cree que ha llegado el momento de armar públicamente camorra contra nosotros, pues se considera el ángel guardián del auténtico proletariado. Pero se llevará un chasco", escribía Marx a Manchester el 17 de diciembre de 1869. Marx da a entender que se proponía lanzarse a la ofensiva en el Comité ejecutivo del Consejo general, donde disponía de mayor libertad de acción que en éste.

La tregua había terminado: así se lo comunica Marx a su amigo, el 10 de febrero de 1870, en una carta llena de acritud contra aquel "sujeto", el cual se imaginaba, por lo visto, que ellos, Marx y Engels, eran demasiado burgueses para poder comprender sus elevadas concepciones acerca del derecho hereditario, de la igualdad y la supresión del sistema vigente de Estados. Marx aseguraba estar ya informado de que la Alianza de la democracia socialista sólo se había eliminado nominalmente, pero seguía existiendo y funcionando "en la realidad". Y, tomando pie de ello, redactó un comunicado confidencial a la dirección del Partido obrero socialdemócrata alemán, destinado también sin duda a otras secciones de la Internacional. En este documento se hace la lista completa de los pecados de Bakunin, se le tacha de sectario e ignorante y se le acusa de querer convertir a la Internacional en instrumento de sus ambiciones personales.

Al comunicado confidencial se adjuntaba copia de una circular del Consejo general al Consejo federal de la Suiza latina, de fecha 1 de enero de 1870, en la cual se debatían los puntos litigiosos teóricos y de organización que separaban sus posiciones de las sostenidas por los adversarios. Encabezaba a éstos allí, en la verdadera sede de la resistencia contra las tendencias centralistas, Jaime Guillaume, hombre muy capaz. En el comunicado confidencial, Marx llegaba a poner en duda, incluso, la integridad personal de Bakunin. Cuando creía en peligro lo que constituía la meta de su vida, no se detenía casi ante ningún escrúpulo. En estos casos, el encono emponzoñaba su imaginación y llevaba a deformar y ennegrecer la imagen de su adversario. Y no cabe duda de que se equivocaba muy seriamente al afirmar que los manejos de "este intrigante altamente peligroso" serían pronto descartados de la Internacional.

Fue en la primavera de 1872 cuando Bakunin tuvo noticia de la existencia y el contenido de este comunicado confidencial, al ventilarse en Leipzig el proceso por alta traición contra Liebknecht y Bebel. Tampoco él ocultaba que era inevitable —así lo había escrito en carta a Lavrow el 15 de julio de 1870—

“una guerra a vida o muerte”. “una guerra implacable... contra el comunismo autoritario de Marx y de toda la escuela alemana”. De buena gana habría dado largas al estallido de esta lucha abierta, ya que temía que, si explotaba antes de tiempo, las tres cuartas partes de la Internacional se irían con sus adversarios. Habría preferido que los otros rompieran las hostilidades y le dejaran a él “el papel más aioso”. Todo esto lo confesaba el 28 de octubre de 1869 en carta a su amigo de juventud Alejandro Herzen, el cual, sin embargo, a pesar de su hostilidad contra Marx, no veía aquella táctica con agrado.

El viejo Becker, quien residía en Ginebra y hasta hacía poco había mantenido buenas relaciones personales con Bakunin, se convenció en el Congreso de Basilea de que el ruso pretendía desempeñar en la Internacional el mismo papel que Schweitzer desempeñaba en el movimiento obrero alemán, y Liebknecht, quien pensaba del mismo modo, llegaba, como Marx, a la conclusión de que era necesario “acabar con Bakunin”. Era el mismo estado de ánimo que Engels expresaba a Marx en carta de 11 de febrero de 1872:

“Como en todo movimiento hay gentes de esta calaña, ambiciosas y llenas de vanidad, en el fondo es bueno que se agrupen a su modo y saquen a relucir a la luz del día sus manías, con las que creen poder transformar el mundo. De este modo se pondrá en seguida de manifiesto a los ojos de todos que no hay nada detrás de todo eso. Es preferible esto a que la lucha se mantenga en el terreno de los chismes personales, donde quienes tienen algo que hacer salen siempre peor parados que aquellos que pueden dedicar días enteros a chismorrear”.

Era el mismo tono invariable en que se expresaba, fastidiado por aquellas querellas, el hombre ordenado y meticuloso que en los años cincuenta se esforzaba por defenderse de los vapores de la charca en que se debatían las cábalas de los refugiados. Pero la cosa, ahora, era mucho más seria. Se trataba de decidir qué dirección adoptaría en países enteros el movimiento proletario, todavía joven e inexperto y expuesto, por tanto, a todas las seducciones. De ahí que Engels, convencido ahora, como Marx, del gran peligro que se cernía, añadiera las siguientes palabras: “Hay que seguir muy de cerca los pasos de esos individuos, para que no ocupen sin resistencia el terreno en algunos lugares. Claro está que, de momento al menos, no habrá más remedio que dejarles España e Italia”.

Pero, aunque Marx y Engels dieran al conflicto, desde el primer momento, un giro personal, ello no debe hacernos perder de vista que, en lo profundo, el debate que allí se ventilaba tenía un carácter más profundo. El problema que inevitablemente surge cuando se crean agrupaciones encaminadas a fines comunes sobre un plano internacional está en saber hasta dónde debe llegar el radio de acción de los órganos comunes y qué campos de actividades deben quedar al margen de sus decisiones. El conflicto entre centralismo y federalismo se plantea incluso en el seno de cada nación. Es inevitable en todos aquellos casos en que se agrupan para luchar por objetivos comunes, dentro de un campo de acción en el que piensan o sienten solidariamente, elementos entre los que no

existe una homogeneidad total. Y mucho más tratándose de una Internacional obrera. Esta clase de tensiones es inseparable de una organización de este tipo, y así lo demuestra también la experiencia de la segunda y la tercera Internacionales.

Y tampoco ha llegado nunca a despejarse del todo, desde que existe el moderno movimiento obrero, el otro gran punto litigioso, que dominó la historia posterior de la primera Internacional. En la historia del movimiento obrero inglés y francés vemos que la importancia del arma política, y principalmente del arma parlamentaria, para la lucha del proletariado es valorada de muy diversos modos en los distintos tiempos, y la persistencia del sindicalismo en el seno del movimiento obrero francés y, sobre todo, del español nos enseña que la primacía de la lucha política no encuentra, ni mucho menos, el mismo reconocimiento y un acatamiento definitivo en todas partes.

La gran lucha estalló en el congreso anual de la Federación romana, que en abril de 1870 se celebró en la ciudad suiza de La Chaux-de-Fonds, donde una fuerte minoría, encabezada por un personaje un tanto dudoso, el ruso Utin, hombre de confianza de Marx, se negó a aceptar el ingreso en la Federación de la sección ginebrina de la Alianza, a pesar de que el Consejo general había accedido a ello. Fue allí donde los partidarios del "comunismo autoritario" se separaron de los adeptos del colectivismo anarquista, donde los amigos de Bakunin se escindieron de los de Marx, que seguía llevando el timón del organismo dirigente de la Internacional. De allí en adelante hubo, pues, en la Suiza latina un Consejo federal que, con sede en Ginebra, acataba la disciplina del Consejo general, y otro Consejo federal anarquista establecido en el Jura.

Medio año después de este acontecimiento, cargado de consecuencias, pasaba Engels a formar parte del Consejo general. Ahora bien, había sido precisamente Bakunin, reconociendo más tarde su culpa, quien hizo triunfar en el Congreso de Basilea el acuerdo de que, a reserva de apelar de ella ante el siguiente congreso, la decisión, en estos casos, correspondería al Consejo general, el cual negó ahora su reconocimiento al Consejo federal antiautoritario, agrupado en torno a Guillaume. Inmediatamente, el Jura se convirtió en punto de partida y centro de aglutinación de cuantos aspiraban a restringir las atribuciones del Consejo general, tendencia que fue acentuándose a medida que el conflicto se enconaba.

Al estallar la guerra franco-alemana, tuvo que aplazarse el Congreso de la Internacional del que ambas partes esperaban que zanjara el problema tan ásperamente debatido en torno a la significación de la acción política para el movimiento social en general y, en particular, para la Asociación internacional de trabajadores. Marx, temiendo que la ausencia de los delegados franceses y alemanes pudiera permitir a Bakunin, perfectamente preparado para ello, presentarse al Congreso con una mayoría, solicitó y obtuvo de las secciones, con ayuda del Consejo general, la autorización para que fuese aplazado hasta la fecha en que pudieran asistir a él los delegados de los países beligerantes. El lugar y la fecha del Congreso se dejaban a la decisión del Consejo general.

A fines de enero de 1871 fue designado Engels, con carácter provisional, secretario correspondiente para España, cargo en que se le confirmó con carácter definitivo a fines de octubre. La Internacional sólo había logrado imponerse en España después del destronamiento de la reina Isabel. Pablo Lafargue, yerno de Marx, nacido en Cuba, figuraba como secretario para los asuntos españoles ya desde 1866, pero sólo había llegado a mantener escasos contactos con aquel país. Las primeras secciones españolas se crearon al ser enviado a España por Bakunin el italiano Fanelli, uno de sus "hermanos revolucionarios" más allegados. La revolución española de 1868 hizo que las miradas de todos los círculos radicales de Europa convergieran hacia la península situada al sur de los Pirineos, y seguramente el conspirador ruso esperaba que el volcán revolucionario hiciera erupción en otros países más importantes, si se lograba sustraer a sus influencias políticas al proletariado español, hasta entonces, en sus sectores activos, entregado al partido republicano, e impulsarlo por el camino de la acción social revolucionaria.

Las marcadas contradicciones que existían entre las diferentes regiones de España favorecían allí las tendencias federativas. Las fuerzas del pueblo español no esperaban nada de un Estado centralizado y veían con recelo a los políticos profesionales. Los revolucionarios españoles pensaban de abajo arriba. Todo esto allanó el camino al emisario de Bakunin y le permitió, desde el primer momento, imbuir a la Internacional, en España, sus ideas anarquistas-colectivistas. Por testimonios personales del propio Bakunin, sabemos que Fanelli introdujo en España, simultáneamente con la Internacional, la Alianza de la democracia socialista. Según la interpretación de Engels, la primera servía, simplemente, de base de reclutamiento para la segunda. No es posible saber con exactitud si en la remota España llegó a ponerse realmente en práctica el acuerdo de autodisolución de la Alianza, al que se había condicionado el ingreso de algunas de sus secciones en la Internacional. Lo que sí puede afirmarse es que los elementos dispuestos a la acción, entendida a la manera bakuninista, crearon en España, inmediatamente, agrupaciones de tipo conspirativo. En estas condiciones, no significaba gran cosa el que, en un principio, estos "Grupos de iniciativa" se llamaran "Núcleos organizadores provinciales" ni el que la Alianza sólo se organizara como liga secreta en la primavera de 1870 o no llegara a disolverse nunca.

En la elección de secretario correspondiente para Italia, el 26 de septiembre de 1871, Engels obtuvo solamente un voto de mayoría sobre Bastelica, de Marsella, hombre de confianza de Bakunin, y otros tres recayeron a favor del blanquista Vaillant. Tan precarias eran, como se ve, las bases sobre las que descansaba el poder que Marx ejercía en el organismo de dirección de la Internacional, desde hacía poco activamente apoyado por Engels.

Desde el momento en que Engels estableció las primeras relaciones con aquel país, la situación en Italia no era más favorable que la de España, si bien presentaba otras características. En España existía un Consejo federal, aunque formado en su mayoría —cosa que Engels todavía ignoraba— por miembros de

la Alianza. Pero en Italia las diferentes secciones de la Internacional, al principio muy escasas, no estaban unidas entre sí por vínculo alguno. Al igual que en Alemania, el movimiento nacional italiano en pro de la unidad, encabezado por la burguesía, trataba de mantener apartada de sus filas a la pequeña vanguardia del proletariado que se manifestaba políticamente. Pero, tanto al norte como al sur de los Alpes, la creencia en la armonía de los intereses de clase vacilaba tan pronto como un gran agitador se encargaba de hacer ver a los trabajadores su irreconciliable contradicción. En Alemania, se encargó de ello Lassalle en contra de Schulze-Delitzsch; en Italia, ejerció esta labor Bakunin frente a Mazzini. En Italia, el movimiento obrero había comenzado a cobrar impulso casi al mismo tiempo que en Alemania. En los primeros momentos, Mazzini había tratado, con cierto éxito, de infundirle su espíritu unitario y republicano. Ante ello se interpuso, sin embargo, la miseria espantosa de las masas, que manifestándose cada vez con mayor frecuencia en paros obreros, hacía que la agitación y la organización giraran, fundamentalmente, en torno a las necesidades económicas más elementales.

Hay que decir que Bakunin surgió, en Italia, en el momento preciso. Opuso al idealismo de Mazzini, tanto en el terreno religioso como en el económico, su decidido materialismo, y frente al nacionalismo del gran patriota levantó el programa de la Internacional. Al principio, el líder anarquista trató de imprimir sin pérdida de tiempo formas aptas para la acción a la materia prima revolucionaria acumulada en las regiones puramente agrarias del sur de Italia, que vivían en un atraso increíble, poniendo en marcha al proletariado rural. Con este fin, recurrió a los elementos de un proletariado intelectual muy abundante por aquel entonces en Italia y que, con gran indignación por parte de Engels, querían hacerse pasar por los representantes natos de los trabajadores. Bakunin se apoyaba en ellos, porque sus condiciones de vida, carentes de toda perspectiva, hacían de aquellos elementos materia muy propicia para su agitación revolucionaria.

A esta juventud desclasada, educada por Mazzini para la acción política directa, no le fue difícil encontrar, bajo la presión de las circunstancias, el camino hacia el activismo social predicado por Bakunin. Aun suponiendo que hubieran tenido acceso a ellos ya en aquel entonces, los métodos mucho más sobrios y rigurosos de Marx y Engels no habrían ejercido todavía tanta fuerza de atracción sobre el ardiente temperamento de los meridionales. En ellos no se hacía como norma ninguna clase de concesiones a la impaciencia revolucionaria, cuando las condiciones del desarrollo económico no estaban maduras para la acción.

Al principio, Marx y Engels esperaban que la lucha de Bakunin contra Mazzini redundase en beneficio de los objetivos que ellos perseguían. Donde quiera que sus caminos se cruzaban con los del apóstol del nacionalismo democrático italiano, veían claramente el abismo insalvable que los separaba de él. Y el viejo antagonismo se agudizó cuando Mazzini trató de poner su mano en la naciente Internacional. Ya en el verano de 1871 había puesto Marx de mani-

fiesto ante el Consejo general lo que más profundamente le separaba del ideólogo genovés. Para Mazzini —manifestaba Marx en aquel entonces—, el Estado, es decir, un ente puramente imaginario, lo significaba todo, y la sociedad, o sea la realidad, no significaba nada. Al mismo tiempo, Engels salía al paso de las acusaciones que “el Antipapa”, como le llamaba, había hecho en contra de la Internacional y refutaba la aseveración de que la Asociación de los trabajadores hiciera del ateísmo una condición obligatoria, negara toda moral y combaticiera la propiedad bajo todas sus formas. La Internacional —precisaba aquí Engels— no pretendía abolir, sino por el contrario introducir la propiedad individual, fruto del trabajo propio del hombre. Actualmente, en efecto, el rendimiento del trabajo de las masas iba a parar al bolsillo de unos cuantos. Este sistema de producción capitalista era el que la Internacional quería destruir y el que Mazzini trataba de mantener intacto.

En la primera etapa, los éxitos logrados por la propaganda de Bakunin contra los clásicos del nacionalismo democrático venían a fortalecer la lucha de Marx y Engels contra Mazzini. La influencia de éste sobre la clase obrera y sobre la juventud revolucionaria de su país sufrió un rudo revés cuando, después de la catástrofe de la Comuna, que en todos los países de Europa había encendido el entusiasmo de las masas obreras, el dirigente italiano se lanzó a la palestra en contra del ateísmo, el materialismo y el federalismo de aquel movimiento. Mazzini murió en marzo de 1872. Su grito de combate *Diò e popolo!* se vio, ahora, totalmente desplazado entre los trabajadores italianos por la consigna de Bakunin: ¡la revolución social! Pero con ello, como en seguida veremos, no se había salido ganando nada para los fines que Marx y Engels perseguían en Italia.

Ya en septiembre de 1870 había expresado Engels a Marx el temor de que las masas obreras parisinas pudieran, antes de que la guerra terminara, levantarse en contra del gobierno de la Defensa nacional y de que las tropas alemanas se vieran obligadas a reprimir la insurrección. Por fortuna, estos temores no se confirmaron tal como Engels los formulara, a pesar de que Bismarck no se recataba para expresar sus simpatías en favor del frente de la Francia burguesa y de que los jefes del ejército alemán prestaron a los versalleses toda la ayuda que pudieron.

Por vez primera en la historia, vemos a la clase obrera de una gran ciudad tomar en sus manos el poder político. La mirada de Engels no se apartaba de la capital de Francia y seguía los acontecimientos con fervor todavía más apasionado que en las jornadas de junio de 1848. Sus esperanzas se mantenían en pie, mientras las operaciones guerreras corrían a cargo del Comité central de la Guardia nacional. No cabe duda de que había partido de él el consejo que por aquellos días hizo Marx llegar a París de “fortificar el lado norte de las alturas de Montmartre, el lado prusiano”. De otro modo, temía que la insurrección pudiera “caer en una ratonera”. Pero la Comuna desoyó esta advertencia y, como Engels señalaba con pena, dejó también pasar el momento indicado para pasar a la ofensiva.

Pocos días después, París era bombardeado por los mismos que, como indicaba Engels, habían anatematizado como sacrilegio el bombardeo de la ciudad por los prusianos. Al principio, Engels pensaba todavía que la lucha se alargaría, dando tiempo a que otras ciudades proclamaran también sus Comunas. En abril y a comienzos de mayo, hizo notar ante el Consejo general que los obreros parisinos se hallaban militarmente mejor organizados que en cualquier insurrección anterior; consideraba que los ensanchamientos de las avenidas llevados a cabo bajo Napoleón III facilitarían la acción de los insurgentes, si se lanzaban al asalto sobre la ciudad; por primera vez, serían defendidas las barricadas por cañones y tropas organizadas regularmente. Ahora —decía Engels—, las cosas no irán tan aprisa como en junio de 1848. La lucha que se prepara no tiene precedente en la historia. Apreciaba que las fuerzas de los adversarios eran, por el momento, aproximadamente iguales y que el estado de opinión reinante en las provincias no permitiría a los versalleses hacer venir de allí refuerzos. Pero, hoy sabemos que Engels, al juzgar así la situación, se equivocaba.

Mientras caían en las calles de París miles de trabajadores ametrallados, Marx declaraba en el Consejo general que la Comuna podía perecer, pero que sus principios jamás se olvidarían, mientras no se alcanzase la emancipación de la clase obrera. “Los prusianos eran los gendarmes de Thiers”, gritó. Y apenas habían rendido las armas los combatientes de la Comuna cuando leía ante el órgano dirigente de la Internacional su famoso llamamiento, en el que, como más tarde dirá Engels, puso de manifiesto la significación histórica de aquel acontecimiento “en palabras concisas y vigorosas, tajantes y, sobre todo, ajustadas a la verdad”.

Al reeditar Engels este llamamiento, veinte años más tarde, gracias sobre todo a su influencia, el hecho histórico de la Comuna se había convertido ya, para el proletariado combatiente de las luchas de clases, en un mito, llamado a cobrar su propia vida histórica y no siempre enmarcado dentro de la realidad, tal y como éste sucedió. Engels no ignoraba cómo había surgido y existía este mito. En carta dirigida a Bernstein el 1 de enero de 1884, reconocía que en el famoso llamamiento de Marx “las tendencias inconscientes de la Comuna se registraban a su favor como planes más o menos deliberados” y añadía que “en ciertas circunstancias, ello estaba justificado y había sido, incluso, necesario”.

Para no salirnos del marco biográfico de nuestro libro, debemos limitarnos a tocar aquí el siguiente problema: ¿hasta qué punto el descalabro de la Comuna repercutió sobre la suerte de la Internacional y, sobre todo, cómo influyó sobre la actuación en ella de Engels?

La mayoría de los hombres que participaron en la insurrección eran blanquistas, es decir, revolucionarios inspirados en ideas nacionales, que cifraban sus esperanzas en la acción política directa y en la dictadura autoritaria de unos cuantos individuos audaces y decididos. Sólo pertenecían a la Internacional una minoría de aquellos hombres, en casi todos los cuales prevalecía, además, el espíritu de Proudhon y a quienes, por tanto, no podemos considerar en realidad como revolucionarios sociales, y menos aún como marxistas. Lo que no fue

obstáculo para que los gobiernos y la burguesía de toda Europa presentaran aquella insurrección, producto en realidad de ciertas y determinadas causas sólo explicables por la situación reinante a la sazón en Francia y que no pueden, en modo alguno, considerarse típicas, como fruto de la instigación del Consejo general de la Internacional.

Todas las potencias debían, por tanto, levantarse, como en efecto se levantaron, contra la posible repetición de lo que Bismarck hubo de calificar de "amenaza socialista dirigida contra la vida y la propiedad". Se cruzaron de gobierno a gobierno notas llenas de las más exageradas y fantásticas informaciones sobre la imponente organización férreamente dirigida desde Londres, que contaba sus afiliados por millones y disponía de enormes recursos financieros, aunque la realidad era que su caja estaba siempre vacía y que sus requerimientos más apremiantes habían ser costeados, no pocas veces, por el bolsillo personal de Engels.

En junio de 1871, el gobierno francés, con argumentos que cuadraban mejor a la Alianza secreta de Bakunin que a la Internacional, seguido en 1872 por el español, pidió que se convocase a una asamblea de delegados de diversos países para deliberar acerca de los medios conducentes a acabar con la Internacional. Pero, a pesar de que, durante los años siguientes, monarcas y estadistas se asustaban unos a otros agitando el fantasma de la Internacional, la batida contra los afiliados a la temida organización no logró traducirse en una acción común, porque el gobierno inglés persistía en su actitud calmada. Lord Granville, a la sazón ministro de Asuntos extranjeros de la Gran Bretaña, sabía que los planes revolucionarios del programa de la Internacional reflejaban solamente las ideas de algunos de sus dirigentes extranjeros, y que los líderes obreros ingleses más cercanos a la Internacional sólo esperaban de ella, fundamentalmente, cierta ayuda para sus luchas diarias. Y el gobierno británico ni siquiera se prestaba a retirarles la protección a los extranjeros mientras no atentasen contra las leyes del país.

En la furiosa ofensiva desencadenada contra los partidos y personalidades que habían participado en la Comuna o se atrevían simplemente a defenderla tomaba parte, con el mismo celo que los potentados continentales y sus órganos, la prensa de casi toda Europa. Solamente un número insignificante de periódicos de ideas liberales se arriesgaba tímidamente a hacer justicia al movimiento aniquilado. La prensa liberal y conservadora, tanto la de Inglaterra como la del continente, rivalizaba en ferocidad contra los enemigos del orden y de la ley y acumulaba unas explicaciones sobre otras para disculpar la brutalidad de la soldadesca victoriosa. Con este motivo, Engels rompió sus relaciones con la *Pall Mall Gazette*, en la que había colaborado durante algún tiempo.

Aunque Marx y Engels distaban mucho de sentirse obligados a santificar todo lo que se había hecho bajo la égida de la Comuna, decidieron, a la vista de la indignación unánime levantada en contra de ella por la Europa oficial, defender sus hechos y sus intenciones, si bien en su interior habrían deseado que muchas cosas hubiesen ocurrido de otro modo. Cuán en serio tomaban esta

causa hubo de advertirlo incluso la madre de Engels cuando exteriorizó su pena por el hecho de que su hijo mayor figurase entre aquellas bestias negras de que el mundo se apartaba con verdadero espanto. En carta que no ha llegado a nosotros, se mostraba dolorida ante su hijo y daba a entender que probablemente no pensaría políticamente como pensaba si no se hubiera dejado inducir por las malas enseñanzas de Marx. El deseo de no herir a su madre hizo que Engels fuese dilatando la respuesta a esta carta. Hasta que, por último, le escribió en los siguientes términos:

"Se arma un gran alboroto por los dos o tres rehenes fusilados, siguiendo el ejemplo de los prusianos, y los dos o tres palacios quemados, a tono con el mismo ejemplo, pues todo lo demás que se cuenta son mentiras. Pero nadie habla de los cuarenta mil hombres, mujeres y niños ametrallados por los versalleses, después de desarmar al enemigo..." Y proseguía: "Sabías que mis ideas, que vengo manteniendo desde hace treinta años, no han cambiado en lo más mínimo y no podía sorprenderte el que, tan pronto como los acontecimientos me obligaran a hacerlo, no sólo defendiera lo sucedido, sino que tratara de cumplir con mi deber ante ellos en todos los terrenos. Si no obrase así, tendrías razones para avergonzarte de tu hijo. Y las cosas no cambiarían nada aunque Marx no estuviese cerca de mí o incluso no existiera".

No se ha conservado ninguna carta del hijo a la madre posterior a ésta. No tenemos, sin embargo, razones para suponer que esta última llamarada del viejo conflicto con los penates del Wuppertal hiciera grave mella en aquella hermosa relación de afecto humano con su madre que Engels supo mantener durante toda su vida y que terminó en el otoño de 1873, al morir la madre, a los setenta y siete años de edad. "Es el curso natural de las cosas", escribiría dieciocho años más tarde a su amigo Luis Schorlemmer, dándole el pésame por la muerte de su madre, "pero no por ello deja de ser terriblemente doloroso".

El odio feroz de la burguesía que desde el levantamiento de la Comuna cercaba a la Internacional y el entusiasmo que la insurrección despertó entre los trabajadores de casi todos los países del continente, mezclado con un sentimiento de duelo por su caída y por las numerosas víctimas de la represión, llevaba a Marx y Engels a solidarizarse con la Comuna, por mucho que las ideas en ella mantenidas distaran de las suyas propias y se acercaran, en cambio, a las de Proudhon y Bakunin.

Los sangrientos sucesos de París, aunque no encontraran allí, ni mucho menos, la misma resonancia que en el continente, repercutieron también en el estado de opinión del proletariado británico, que, aun después de la reforma electoral de Disraeli, seguía bajo la tutela política del partido liberal. Dos dirigentes sindicales tan prestigiosos como Odger y Lucraft, que figuraban entre los fundadores de la Internacional, tomaron pie del llamamiento de Marx en favor de la Comuna para romper con una organización de corte tan revolucionario, que, de allí en adelante, después de haber sido reconocidos legalmente los sindicatos, no hacía mucho, sólo podía depararles dificultades y contratiempos. Producido este hecho, Engels no quiso ya seguir absteniéndose de echarles

en cara que habían venido a la Internacional durante la lucha por la ampliación de los derechos electorales, para trabajar por su apoyo a la Liga en pro de la reforma y que ahora se apartaban de ella porque no querían malquistarse con los liberales, de quienes esperaban los escaños que aspiraban a ocupar en el parlamento.

Sobre Inglaterra se volcó, por aquellos días, una avalancha de refugiados franceses, expulsados de su patria por las duras leyes represivas contra los que habían participado en la Comuna y contra los afiliados a la Internacional. Y, pertenecieran o no a ella, recababan la ayuda de la única organización de Europa que, en la derrota, se mantenía firme al lado de los proscritos. Fueron aquéllos días muy laboriosos para Engels, a quien vemos en el centro mismo de la acción de solidaridad con los perseguidos. Le sirvió de mucho, sin embargo, la experiencia vivida por él veinte años antes, en el Comité socialdemócrata de ayuda a los refugiados, constituido a raíz de la derrota de la revolución alemana. En las sesiones del Consejo general, daba rienda suelta a su enojo contra los obreros ingleses, quienes no mostraban ante los refugiados el mismo deseo de ayudar que ante sus compañeros de clase procedentes de Alemania. "No sienten la menor emoción política", decía en tono de queja el 8 de agosto de 1871.

Pero, más importante que esta acción solidaria, eran las decisiones políticas que la derrota de la Comuna imponía a la Internacional. ¿Era posible y aconsejable celebrar un Congreso aquel mismo año? Es cierto que volvía a reinar la paz entre los Estados europeos. Pero se habían agudizado las persecuciones contra los miembros de la Internacional y se habían enconado, asimismo, las contradicciones reinantes en el seno de ella. ¿Era recomendable, en una situación así, sacar a relucir y debatir públicamente en un Congreso estas contradicciones? En casos semejantes, Engels consideraba que lo juicioso era "arreglar en público los líos y tratar en privado los negocios". De ahí que, de acuerdo con Marx, en la sesión celebrada por el Consejo general el 25 de julio de 1871, propusiera que el tercer domingo de septiembre se celebrara, en vez de un Congreso, una Conferencia de carácter privado (en carta a Liebknecht, le decía que sólo "para tapar los ojos a la policía continental"). Esperaba que esta Conferencia ratificara las atribuciones del Consejo general y le diera plenos poderes acerca de la política que en el futuro debía seguirse con las secciones. La proposición fue aprobada por el francés Paul Robin, principal hombre de confianza de Bakunin y Guillaume en el Consejo general, lo que tal vez podría aducirse como indicio de que, en aquellos momentos, la oposición confiaba todavía plenamente en la posibilidad de dirimir por la vía pacífica el conflicto existente.

Una vez adoptada la propuesta de celebrar una conferencia, la elaboración del orden del día fue encomendada a un subcomité presidido por Engels. Desde que pululaban en Londres los refugiados de la Comuna, era usual que algunos de ellos asistieran a las sesiones del Consejo general. Pero, cuando se trataba de deliberar acerca del programa de la futura Conferencia, en la que

habían de plantearse las graves discrepancias existentes en el seno de la Internacional, no podía permitirse la asistencia a las sesiones del Consejo de personas extrañas a él. Ello movió a Engels a proponer, el 8 de agosto de 1871, un acuerdo para que no pudieran tomar parte en las deliberaciones del Consejo los huéspedes o invitados. En la sesión siguiente se acordó, a propuesta de Marx, que en el orden del día de la Conferencia figuraran solamente cuestiones políticas y de organización y Engels, por su parte, razonó la propuesta diciendo que las discusiones de carácter teórico no podían tener cabida en una conferencia de aquel tipo. Y él mismo se encargó de someter a la sesión plenaria, el 12 de septiembre, el proyecto de programa para la Conferencia, presentado por el subcomité. El punto según el cual el Consejo general se reservaba el derecho de expulsar a las secciones con las cuales creyera que ya no era posible llegar a un acuerdo, encontró cierta oposición. Pero bastaron unas cuantas palabras de Engels fundamentando aquel punto para que se venciera toda resistencia.

Los dos amigos estimaban indispensable que se siguiera viviendo la Internacional y que los poderes del Consejo general se mantuvieran en pie, con la misma extensión que hasta entonces. Estaban convencidos de que la Internacional iría hacia el colapso si se cortaban o aflojaban los hilos que unían a todas las secciones con el órgano central. Y sería Engels la fuerza propulsora de esta convicción, al lado de Marx y a veces incluso yendo más allá que él, en la lucha para salir al paso de todos los ataques dirigidos contra los poderes del Consejo general, establecido en Londres.

Ahora bien, no podría negarse que la Conferencia, reunida en la capital de Inglaterra el 17 de septiembre, no tenía, por quienes a ella asistieron, una amplia representatividad. No asistió ningún delegado de Francia, donde el gobierno republicano se esforzaba por todos los medios en cerrar el paso a la Internacional, ni de Alemania, donde Liebknecht y Bebel se veían imposibilitados de abandonar el país por el proceso de alta traición incoado contra ellos. La mayoría de los restantes países estuvieron representados, como Engels había sugerido, por sus correspondientes secretarios corresponsales, que formaban parte del Consejo. Acudieron a la conferencia, de fuera, solamente seis delegados belgas, uno español y dos suizos, los dos, principalmente el ruso Utin, enemigos mortales de Bakunin.

No fue convocado a la conferencia el *Comité fédéral romand*, que según palabras de Engels, se hallaba ya "en abierta rebelión" contra el Consejo general. Dicho comité, instigado por Guillaume, protestaba de antemano contra todos los acuerdos que la conferencia pudiera adoptar en lo tocante al cisma declarado en Suiza y exigía que un comité de investigación imparcialmente designado informara acerca de esto ante el próximo congreso público de la Internacional, que, según él, era el único órgano competente para tratar de aquel asunto. De los veintitrés delegados que asistieron a la conferencia, trece pertenecían al Consejo general: es decir, que bastaban sus votos para decidir la mayoría a favor de éste.

Bakunin llegaba, partiendo de aquí, a la conclusión de que la Conferencia

de Londres estaba formada "exclusivamente por los íntimos del señor Marx, cuidadosamente seleccionados por él, y algunas personas engañadas". Marx hizo saber a los delegados que se proponía someter las actas de sus deliberaciones al próximo Congreso, pero no parece que esta promesa llegara a cumplirse. Debemos una información detallada acerca de la Conferencia de Londres a tres miembros de la oposición anticentralista presentes en ella: Robin, Bastelica y el español Anselmo Lorenzo. Pero, de los tres, el último sólo hablaba y entendía su propia lengua.

El punto litigioso más importante, objetivamente, era, como fácilmente se comprende, el que se refería a la significación de la acción política para la lucha del proletariado por su emancipación. En este punto, apoyaban a Marx y Engels como aliados seguros los blanquistas emigrados de Francia, que el Consejo general había acogido en su seno, transitoriamente, tal vez por esta razón fundamental. Era imposible que estos exponentes de la tradición jacobina se mostraran de acuerdo con quienes despreciaban todo aquello que pudiese significar una acción política.

De formular los acuerdos adoptados en la Conferencia se encargó a una comisión colocada por entero bajo la influencia de Marx y Engels. De ellos partió también la iniciativa de la resolución votada. Esta resolución fue la señal para que estallase abiertamente la lucha en el seno de la Internacional, aunque es probable que, de todos modos, el conflicto habría sido ya inevitable.

Con referencia expresa al llamamiento inaugural de 1864, redactado por Marx y al que sus adversarios objetaban el no haber sido expresamente sancionado por ningún Congreso de la Internacional y apoyándose, asimismo, en uno de los acuerdos vigentes del Congreso de Lausana, en 1867, la resolución adoptada en la Conferencia de Londres declaraba que el movimiento económico y la actividad política del proletariado formaban una unidad inseparable y expresaba la necesidad de que la clase obrera se constituyese en partido político independiente frente a todos los partidos de las clases poseedoras.

Al conocer el texto de la resolución, Liebknecht escribió a Engels: "Este punto dará ahora —prescindiendo de personalidades y de determinados sucesos— pábulo a la lucha ya desencadenada... Las violaciones de los Estatutos le importan un ardite a nuestra gente. Lo que tenéis que demostrar es que la superrevolución de Bakunin y consortes no es otra cosa que la inacción y conduce, por lo menos de hecho, a la reacción." Pero esta voz llegaba del único país de Europa en donde el movimiento obrero político se había convertido ya, por aquel entonces, en una realidad con la que sus adversarios tenían indudablemente que contar.

Las resoluciones relacionadas con la organización de la Asociación internacional de trabajadores, aprobadas por la Conferencia de Londres sin haber sido discutidas en base a un proyecto presentado con antelación, iban dirigidas contra todas las tendencias descentralizadoras que pudieran menoscabar la influencia del Consejo general. Se prohibía estrictamente que, en adelante, ninguna sección de la Internacional, ni siquiera para sustraerse a la persecución

policíaca, llevara una existencia clandestina bajo un nombre aparte, y en lo sucesivo solamente el Consejo general sería competente para dar ingreso en la Internacional a nuevos grupos y para decidir el lugar y la fecha de la siguiente Conferencia.

Parecía haberse cumplido el deseo acariciado por Bakunin de que la declaración de guerra partiera del adversario. Los acuerdos de Londres, de los que Marx decía expresamente, en carta a un amigo norteamericano, que eran "un golpe preparado de largo tiempo atrás", fueron presentados por Bakunin como un golpe de Estado con el que se trataba de convertir a la Internacional en un Estado gobernado desde su centro, al Consejo general en una dictadura y al programa de Marx en norma obligatoria para toda la Asociación. Ninguna de las dos partes parecía preguntarse seriamente si la Internacional podría sobrevivir sin serio quebranto a una guerra fratricida como la que la amenazaba. Cada cual estaba segura de que su victoria volvería a encauzar las cosas. Cada una de ellas obraba plenamente convencida de que su punto de vista era el punto justo y su teoría la única adecuada a las exigencias del movimiento obrero. Las dos partes se consideraban asistidas igualmente por la razón.

A partir de ahora, ambos contendientes concentraron sus fuerzas en conseguir una mayoría para el próximo Congreso, que habría de ser la instancia de superior apelación en la que se dirimieran los litigios planteados. Fue el Consejo federal del Jura, que desde hacía poco había adoptado el nombre oficial de Federación jurasiana, el primero que levantó la bandera de la rebelión contra los acuerdos adoptados en la Conferencia de Londres.

En el Congreso de Sonvilliers, celebrado en noviembre, esta Federación acordó enviar a todas las secciones de la Internacional una circular redactada por Guillaume, en la que se enumeraban todos los agravios que se achacaban al Consejo general. En ella se protestaba enérgicamente contra la transformación de la Asociación internacional de trabajadores en una "organización jerárquica", se condenaba la existencia de una "autoridad gobernante" en la Internacional y se declaraba que el Consejo general sólo debería subsistir con el carácter de una oficina de correspondencia y de estadística. Y se exigía, sobre todo, la inmediata convocatoria del Congreso general, que, hasta entonces, se había reunido siempre en el mes de septiembre.

En el número del 10 de enero de 1872 de *El Estado del pueblo*, Engels escribió en contra de esta circular "difundida a los cuatro vientos". Al parecer —decía irónicamente, en su artículo—, una organización de lucha como la Internacional no puede tener a su frente un Comité ejecutivo. "Si el jefe de la policía, con todos sus mastines, si todo el Gabinete negro, si todos los oficiales del ejército prusiano, obedeciendo a una orden, irrumpen un día en la organización socialdemócrata para destruirla, el Comité o, mejor dicho, la Oficina de correspondencia, deberá guardarse mucho de cerrarles el paso y defenderse, pues ello equivaldría a comportarse como una organización jerárquica y autoritaria".

En la misma dirección que la circular de la Federación jurasiana apuntaban también los acuerdos adoptados en las navidades de 1871 por la Federa-

ción belga. Es cierto que, por el momento, no dejaban que se trasluciera todavía en los periódicos ninguna de las acusaciones que diversos oradores, en la discusión, habían formulado contra los dirigentes de Londres. Pero el hecho es que el Congreso de Bruselas, exteriorizando claramente sus recelos, demandaba la revisión de los Estatutos y exigía que se restringieran considerablemente las atribuciones del Consejo general.

Esta resolución "de tono agrídulce" no le pareció a Engels del todo mal, sencillamente porque había esperado que fuese todavía peor. Sabía perfectamente que los belgas, influidos por su tradición "ultrafederalista", estaban en contra de un Consejo federal fuerte. Y no ignoraba tampoco que los obreros de aquel país "no estaban dispuestos a iniciar la rebelión contra la Internacional" y que ésta y no otra era la razón de que no atacásen expresamente los acuerdos de Londres y de que se sumaran a quienes exigían la inmediata convocatoria del Congreso anual. En este sentido expresó Engels a Liebknecht el deseo de que la actitud de los belgas fuera interpretada en *El Estado del pueblo*. Sin embargo, el proyecto de estatutos publicado más tarde por ellos ponía de manifiesto que también la Federación belga exigía la total desaparición del Consejo general.

En los países meridionales, se encargaba Bakunin de dirigir personalmente la rebelión contra el centro londinense. En numerosas cartas dirigidas a sus hombres de confianza en Italia y España, les pedía que recabaran de la mayor cantidad posible de secciones acuerdos de adhesión al Comité de la Federación jurasiana. La momentánea paralización del movimiento francés le llevó a apoyarse especialmente en aquellos pueblos, en los que el movimiento obrero se hallaba totalmente bajo su influencia, para trabajar en pro de la realización del colectivismo.

Engels seguía ocupando en el Consejo general el ingrato puesto de secretario corresponsal para Italia y España, los dos países que en el próximo Congreso podían fácilmente decidir a favor de Bakunin. De ahí que, en los siguientes meses, multiplicase sus actividades, tratando de penetrar en estas dos fortalezas del enemigo. Pero, para poder plantar allí la bandera del *Manifiesto comunista*, necesitaba contar con personas de confianza, capaces de interpretar y ejecutar sus orientaciones sobre el terreno.

En España, podía apoyarse en Lafargue, el yerno de Marx, quien se había refugiado al otro lado de los Pirineos huyendo de la represión desatada en Francia contra los socialistas. Conocía bien el español, y se apresuró a tener a Engels al corriente de la situación y a proceder siguiendo sus orientaciones o tratando, por lo menos, de ajustarse a su modo de pensar.

Al principio, Engels esperaba todavía mejores resultados del hombre de confianza de quien creía disponer en Italia. Se trataba de Carlos Cafiero, joven fogoso, inteligente y de posición acomodada, quien se había relacionado estrechamente con él durante una larga estancia de estudio en Londres y que, al parecer, estaba perfectamente compenetrado con sus ideas. Y se llevó un gran desencanto al enterarse de que el joven, pocos días después de regresar a Italia,

se había dejado captar por el espíritu del antiautoritarismo y el apoliticismo imperante en su país.

De haber conocido bien la realidad de la situación, Engels habría dado de antemano por descartada la posibilidad de recuperar en poco tiempo la delantera que Bakunin había ganado en la lucha por el alma del naciente movimiento obrero italiano. El ruso había pasado varios años en Italia, trabajando con gran ahínco en favor de sus ideas. Más tarde, al instalarse junto al Lago Maggiore, había seguido en contacto personal con el movimiento italiano. En Locarno, estaba al alcance de la mano de sus adeptos y, desde allí, podía trasladarse a Italia en unas horas, en visitas frecuentes. Y si su tipo de propaganda no encajaba en absoluto en países como Inglaterra o Alemania, se hallaba, en cambio, muy en consonancia con la tradición carbonaria, con la experiencia histórica de un pueblo que debía su reciente unidad a una serie de victoriosas insurrecciones y con el grado momentáneo de desarrollo de un país como Italia, en el que la gran industria sólo en unos cuantos lugares determinaba la estructura social de la masa y donde la población rural, muy predominante numéricamente, sufría todavía las más desastrosas consecuencias de un reparto de la tierra anacrónico y vivía en la ignorancia y el embotamiento, bajo un atraso verdaderamente medieval.

En el movimiento español, también dominado por él, Bakunin actuaba por medio de emisarios, pero en Italia se mantenía en asiduo contacto con sus confidentes intelectuales y hacía sentir al movimiento obrero de este país el ardor revolucionario característico en él, irradiándole una energía y un activismo sin cesar renovados. Y eran precisamente los elementos que mantenían a Bakunin en contacto con los obreros los que, en estos países, bloqueaban el camino a Engels. "Allí donde logramos pasar por encima de esta cadena de traidores y entrar directamente en contacto con las masas, todo marcha bien y las cosas funcionan, pero casi nunca lo conseguimos, por falta de señas". Así se lamentaba por aquellos días en carta al joven ingeniero alemán Cuno, quien desde Milán se había puesto a su disposición, pero que pronto se vio expulsado de aquella ciudad.

Mientras que Bakunin podía elegir y poner a prueba a sus hombres de confianza, Engels, desde Londres, tenía que valerse casi de cualquiera que se ofreciera a ser su corresponsal en algún lugar de los dos citados países. En estas condiciones, era natural que se encontrara con casos desagradables, como el que le ocurrió en un punto tan importante como Turín con Terzaghi, redactor del *Proletariato Italiano*, dispuesto a servir tan pronto al Consejo general como a Bakunin o a la policía. "Estos malditos italianos", escribía Engels en febrero de 1872, en carta a Juan Felipe Becker, "me dan más trabajo que el que toda la Internacional junta impone al Consejo general"; un trabajo, además, poco fructífero.

Por lo demás, el desarrollo de la Internacional en Italia, de por sí no habría causado quebraderos de cabeza al secretario de la Internacional. Las repercusiones de la Comuna de París habían impulsado poderosamente el creci-

miento de la Internacional en todas las regiones de aquel país; surgían por todas partes nuevas secciones y una serie de periódicos obreros. Lo que ocurría es que este rápido auge del movimiento beneficiaba exclusivamente a Bakunin.

Ya en las primeras cartas dirigidas a Engels por Cafiero se expresaban dudas acerca de la justeza y la conveniencia de la línea política seguida por el Consejo general, sobre todo en cuanto al acentuado centralismo que a los de Londres se les acusaba de aplicar. Cafiero aconsejaba que se dejara mayor margen de libertad de acción a las secciones en materia de táctica y de ideología y que, con respecto a los obreros, principalmente los italianos, se confiase más en una lenta labor educativa que en la autoridad de un organismo por el que, desde lejos, sólo era posible sentir una fría adhesión. Cuando llegó a Italia y empezó a difundirse por el país la circular de Sonvilliers, se corrió la voz de que el Consejo general, al igual que Mazzini, sacrificaba el socialismo a la política. "Se habla a voces de que la traición de la burguesía se ha infiltrado en la Internacional y ha ganado terreno en la Conferencia", informaba Cafiero a Engels el 17 de noviembre. Y diez días después, el 27, en términos que denotaban claramente su identificación personal con lo que decía, agregaba: "La constitución de la Internacional en partido político produce indignación".

Por aquellos mismos días, desde las columnas de su *Roma del Popolo*, Mazzini hacía a la Internacional la acusación contraria: la de que había renunciado a la agitación política. Acusación que, en realidad, sólo podía estar justificada si se identificaba —como en Italia casi todos hacían— el programa de Bakunin con el de la Internacional. Engels aprovechó la ocasión para afirmar que la reacción, desde Julio Favre y Bismarck hasta Mazzini, cuando se trataba de atacar a la Internacional, se lanzaba siempre sobre la hueca fanfarronería de Bakunin. El ataque de Mazzini le brindó la oportunidad, muy bien acogida, de presentar en una serie de periódicos italianos las discrepancias existentes en la Internacional tal y como él las veía. Explicaba, en estos artículos, que el Consejo general siempre se había negado a sustituir el amplio programa de la Internacional por el estrecho y sectario programa bakuninista, razón por la cual no podía asumir la menor responsabilidad en cuanto a los actos y declaraciones de Bakunin.

Cafiero, por su parte, reputaba injusto y, además, impolítico este modo de proceder de Engels, que, según él, sólo podía conducir a desencadenar una lucha enconada y de resultados muy dudosos. Para aquel entonces, sólo conocía a Bakunin por referencia de sus amigos comunes. Pero todo lo que sabía acerca de él le llevaba ya a la conclusión de que los de Londres se formaban una idea falsa y deformada de su personalidad. De ahí que protestara ante Engels contra la acusación formulada por él y por Marx de que su rival había fundado "sectas" en Italia y en España. Estas sectas —decía Cafiero— se identificaban casi por entero con todo el movimiento obrero de dichos países.

Pasaron dos o tres meses sin que Engels recibiera noticias de su responsal en Italia, cosa que se explica perfectamente, teniendo en cuenta las dudas que asaltaban a éste. En febrero de 1872, a instancia de Engels, el Con-

sejo general envió a la Suiza francesa y al norte de Italia, centros de la oposición anarquista, en viaje de información, a un tal Vitale Regis, que representaba a una *Sezione operaia italiana* creada en Londres. Las impresiones que el emisario comunicó a su regreso distaban mucho de ser alentadoras. Regis informaba que Bakunin mantenía una actividad febril, que hacía frecuentes visitas a Italia, que todos los "neófitos" acudían en peregrinación a él como a un oráculo y que el agente de Engels en Turín era poco merecedor de confianza.

Los informes recibidos acerca de Terzaghi por este conducto resultaban bastante penosos para Engels, teniendo en cuenta, además, que sólo el periódico turinés del que era corresponsal le había permitido contestar directamente a la lluvia de resoluciones que venían desde Italia en contra de las resoluciones de Londres, principalmente de la novena, la que trataba de la acción política. He aquí lo que el 14 de enero de 1872 escribió al turinés Terzaghi y que da una idea bastante clara de las armas dialécticas que sabía emplear:

"Yo no conozco nada más autoritario que una revolución, pues no me parece que pueda concebirse mayor autoridad que el tratar de imponer a otros su voluntad con bombas y balas de fusil, como se hace en todas las revoluciones del mundo. Después de la victoria, podemos hacer con la autoridad lo que nos plazca. Pero en la lucha tenemos que aglutinar todas nuestras fuerzas y concentrarlas en el punto de ataque. Se habla de autoridad y centralización como de dos cosas malas y condenables en todas las circunstancias, cualesquiera que ellas sean; a mí me parece que quienes así se expresan no saben lo que es una revolución o sólo son revolucionario fraseológicos".

Todavía en 1877 se burlaba Engels, en un artículo escrito para el *Vorwärts*, de los revolucionarios italianos que condenan toda acción política y conspiran solamente con vistas a una revolución futura, la cual, "una vez llovida del cielo, deberá llevarse a cabo sin ayuda de ningún Gobierno provisional, destruyendo hasta la raíz todas las instituciones estatales o que puedan recordar al Estado y apelando exclusivamente a la iniciativa de las masas trabajadoras". Y en los primeros meses de 1872, con una tenacidad tan grande como estéril, trataba de hacer comprender a los trabajadores italianos cuán necio era considerar la autoridad como absolutamente mala y la autonomía como absolutamente buena. Pretendía convencerlos de que no era concebible la organización sin autoridad, aunque el radio de acción de ésta cambiara a lo largo de las diferentes fases de la historia. Este problema hubo de ser tratado por él con el mayor detalle en el otoño de 1872, en un artículo titulado "Dell'Autorità", escrito para el *Almanaque republicano* publicado en un periódico obrero de Lodi, *La plebe*, dirigido por un partidario suyo llamado Bignami y al que Engels enviaría más tarde otros trabajos.

Engels estaba tan convencido como Bakunin de que, después de la gran revolución social del futuro, las funciones públicas perderían su carácter político para convertirse en simples funciones administrativas. No luchaba, pues, contra la meta perseguida por Bakunin, sino contra su aberración de que el Estado pudiera suprimirse de golpe y porrazo "antes de que desaparecieran las relacio-

nes sociales que lo han engendrado". Y jamás había ocultado a Cafiero su oposición antagónica a esta idea anarquista. Incluso ahora trataba de convencer al italiano de que la unificación nacional en los grandes Estados representativos de la cultura tenían necesariamente que favorecer al movimiento obrero y de que, concretamente, la Italia moderna necesitaba un Estado fuertemente centralizado, aunque sólo fuera para acabar con las lacras de la camorra y el bandillaje. Y, dejándose llevar de la imprudencia, llegaba a decirle, en aquella carta, que hasta Víctor Manuel, al igual que Bismarck, habían prestado, a su manera, un servicio a la causa de la revolución. Desde el punto de vista de los internacionalistas italianos cuya influencia pesaba cada día más sobre Cafiero, no habría podido pronunciar mayor blasfemia. El que considerase su hombre de confianza se había puesto ya para entonces en comunicación escrita con Bakunin y le había entregado cartas recibidas de Engels, que Bakunin, a su vez, había hecho llegar a Guillaume y de las que Guillaume, como es natural, había hecho el uso que consideró conveniente.

Animado a ello por Fanelli, Malatesta y Palladino, Cafiero visitó personalmente a Bakunin, en mayo de 1872. El viejo brujo se apresuró a estampar en su diario estas palabras: "*Alliance bien accomplie*". Coincidiendo con esta visita, llegaba a Locarno la respuesta del Consejo general, redactada por Marx y suscrita por todos los miembros, a la circular de Sonvilliers. Este panfleto, titulado *Las supuestas escisiones en la Internacional*, dedicaba a Bakunin toda clase de improperios. Le llamaba, entre otras cosas, "el Mahoma sin Corán" y le acusaba de querer convertir a la Internacional en instrumento de sus ambiciones personales y de su sectario fanatismo y de maquinarse para destruir su organización, con gran alegría de la policía de tres países, en el momento mismo en que la Internacional se disponía a dar al traste con el "viejo mundo".

No sabemos si Bakunin abrigaría, hasta entonces, la más leve esperanza de llegar a un entendimiento; de ser así, esta esperanza se habría esfumado, ahora. Se ve que Cafiero todavía abrigaba alguna cuando comenzó a escribir su carta a Engels, rompiendo sus relaciones con él, aunque ya no cuando puso fin a su misiva. Esta carta aparece fechada en Milán el 12 de junio y encabezada todavía con el tratamiento de "*Mío caro amigo*". Todo parece dar a entender que el autor de la carta se hallaba, aquel día, de visita en casa de Bakunin, aunque no podemos descartar la posibilidad de que, entre tanto, hubiese regresado ya a Milán. Es interesante hacer notar que a lo largo de las dieciocho páginas de que consta la carta no se menciona ni una sola vez el citado folleto de Marx, pero sí en la postdata, que lleva fecha de 19 de junio. Y existen testimonios de que el autor dio a leer esta carta a Bakunin.

Cafiero hace saber aquí al que fuera su maestro en materia de teoría, sin andarse con rodeos, que la parte positiva del programa sostenido por el marxismo es, para él, "un enorme y reaccionario absurdo" y que, en todo caso, nada se lograría del proletariado rural de la Calabria y los Abruzzos con ayuda de un "Estado fuerte", la "centralización" y el armamento de los trabajadores industriales. Hay dos maneras —le dice— de conquistar el capital para las masas; una

consiste en apoderarse simplemente del Estado, la otra en abolir al mismo tiempo todos los privilegios, transfiriendo inmediatamente el capital a manos de la colectividad. Ambas actividades guardan entre sí la misma relación que media entre la destrucción del Estado y su instauración. El, Cafiero, por su parte —manifiesta ahora—, es partidario del primer camino, y dice que se ha decidido por esta vía después de haber llegado a comprender la situación gracias al *Manifiesto comunista*.

Pasando a hablar de Bakunin, Cafiero dice a Engels, en esta carta, que unos cuantos minutos de conversación con el nuevo maestro le bastaron para llegar a un perfecto acuerdo total con él. Con el fervor del converso, se pasa con armas y bagajes al campo del apóstol del anarquismo y se indigna contra Liebknecht, quien en *El Estado del pueblo* acaba de expresar la sospecha de que esté a sueldo del Comité paneslavista. Niega categóricamente que a Bakunin y sus adeptos en la Suiza francesa se les hubiera ocurrido jamás tratar de imponer su programa teórico a toda la Internacional, que estaban y seguían convencidos de que el programa de la Internacional se limitaba a postular la lucha económica como camino para la emancipación total de la clase obrera. Lo que sí afirmaban —añadía— era la necesidad de que se dejase a las federaciones y a las secciones libertad de acción en materia de táctica dentro de sus países respectivos. Se oponían a que la Conferencia de Londres hubiera querido imponer a toda la Internacional una táctica uniforme y obligar a todos a aceptar como programa el *Manifiesto comunista*. Cuán absurdo era esto lo indicaba el hecho de que la novena resolución de la Conferencia de Londres fuera repudiada unánimemente por los españoles, los italianos, los belgas, los jurasianos y, en parte, también por los franceses. Si se comparaban las ideas mantenidas por los revolucionarios de estos países, a los que podrían añadirse, además, los de algunos pueblos eslavos, era imposible hablar, a menos —decía la carta— que a la obstinación se añadiese la mala fe, de la comunidad de ideas en el seno de la Internacional.

Lo que Engels le había escrito acerca de la Italia contemporánea suscitaban en Cafiero una verdadera indignación. En su carta de respuesta y despedida éste le replicaba, con ásperas palabras, que “el reino de Italia marchaba por un camino que podía llevarle a la implantación del programa comunista alemán”. En efecto, al estrechar cada vez más sus relaciones con el Imperio germano, tiende a crear mano a mano con éste aquel Estado fuerte capaz de acabar, según Engels, con los últimos restos del bandidaje y la camorra. La carta terminaba con la frase de “*amicus mihi Plato sed magis amica veritas*” y pidiendo perdón a su destinatario si, en gracia a la claridad, salía mal parada en ella la cortesía. En la postdata a esta carta, fechada el 19 de junio y refiriéndose ya directamente al panfleto de Marx, se borra en Cafiero hasta la última huella de su vieja amistad con Engels: “*Consumatum est*, ¡vuestra hora está consumada!”, leemos aquí. Y a continuación: “No soy yo quien lo dice; es el Congreso belga, con su propuesta de reforma de los estatutos, y la montaña ginebrina y España lo repiten. *Consumatum est!* ¿E Italia? Italia, sumándose a quienes

desean la muerte del Consejo general, se congratulará que, a falta de cualquier otro tipo de autoridad a que se rinda un acatamiento voluntario y apoyándose solamente en su autoridad moral, haya aportado, hasta donde le ha sido posible hacerlo, toda clase de pruebas en pro de un gobierno fuerte que sólo sabe contestar a quienes atacan sus principios con imputaciones, calumnias y toda la cohorte de intrigas personales que constituyen la quintaesencia de la política fuerte de un Estado modelo”.

Engels no había tenido que esperar a recibir estas cartas para convencerse de que Cafiero ya no estaba con él. Pudo darse clara cuenta de su desertión cuando, por el *Bulletin Jurassien*, se enteró de que Guillaume tenía en su mano “cartas privadas llenas de infames calumnias” escritas por él. La carta de ruptura del italiano se cruzó con otra de Engels en que se pedía que declarara terminantemente si aquellas cartas habían llegado a poder de los enemigos con o sin su aquiescencia. “*Le mie lettere* —le decía Engels— *non hanno bisogno di temere la pubblicità, ma è una questione d'onore per voi che io sappia se sono state rimesse ai miei nemici con vostro consenso o no*”. Caso de que Cafiero hubiera tenido arte o parte en ello, no cabía —seguía argumentando— más que una explicación: la de que Cafiero había entrado en la Alianza secreta de Bakunin, que, bajo la careta de la autonomía y la anarquía, proclamaba la desintegración de la Internacional, sin perjuicio de afirmar ante sus secuaces una autoridad absoluta encaminado a la mira de apoderarse de la dirección de aquella asociación. Y concluía diciendo, con cortante ironía:

“Si mi hipótesis es fundada, debo felicitarle, con usted, de que haya puesto a salvo para siempre su preciosa ‘autonomía’, al renunciar totalmente a ella para entregarla en manos del papa Bakunin. No puedo creer, sin embargo, que, como anarquista y antiautoritario de pura cepa haya renegado usted hasta tal punto de sus más caros principios y, menos aún, de que haya defraudado tan descaradamente a quien como yo le ha tratado siempre de un modo tan leal y con la mayor franqueza”. Ninguna de las dos cartas tuvo respuesta; ni es probable tampoco que ninguna de las dos partes la esperara.

En los meses siguientes, este Cafiero fue la fuerza propulsora en el esfuerzo conducente a la aglutinación de las secciones italianas de la Internacional en una Federación que englobara a todo el país. A los veintidós años, fue designado también presidente de la Conferencia de Rimini en la que, a comienzos de agosto, se acordó fundar dicha Federación y que declaró “ante los trabajadores del mundo entero” haber roto toda clase de relaciones con el Consejo general de Londres, en vista de que éste trataba de imponer a la Internacional la doctrina de los comunistas autoritarios alemanes.

De este modo, Engels había salido derrotado en toda la línea en el campo de batalla italiano. Y sólo el despecho pudo llevarle a escribir que mal podía “un pueblo campesino tan atrasado” tratar de señalar a los obreros de los grandes países industriales el camino para su liberación. No tenía razón cuando atribuía la victoria lograda por los adversarios, en Italia, a los manejos de la “Alianza secreta” puesta fuera de la ley por el Consejo general y de cuya exis-

tencia efectiva en España le había suministrado Lafargue entre tanto las pruebas necesarias.

Aunque tenía allí, en Lafargue, un hombre de confianza seguro y contaba con un adversario español del apoliticismo bakuninista como Mesa, tampoco en España obtuvo la política de Engels éxitos más señalados que en Italia. No podemos seguir aquí, en detalle, las diferentes fases del movimiento obrero español durante estos meses. De las comunicaciones hechas por Engels al Consejo general y de las numerosas cartas que por entonces escribió se deduce que exageraba notablemente las brechas que Lafargue lograba abrir en el cerrado frente anarquista peninsular y que atribuía a las intrigas de Bakunin y sus secuaces los reveses que allí sufrían sus ideas, en vez de achacarlos, más objetivamente, a las condiciones generales imperantes en aquel país.

Todavía en febrero de 1872 escribía a Becker que lo de España no le inquietaba. A Lafargue lo apremiaba para que reuniera pruebas documentales demostrativas de que en España seguía existiendo y funcionando la Alianza secreta enquistada en la Internacional. Y cuando, el 17 de abril de 1872, Lafargue le envió los documentos que le pedía, estaba convencido, como lo revelan sus cartas a Becker, a Cuno y a Hepner, redactor de *El Estado del pueblo*, de que tenía ya a Bakunin agarrado del cuello. "Estos canallas creen que, con su organización secreta, pueden dirigir toda la Internacional desde Locarno", escribía a Becker, "pero las revelaciones que me acaban de ser enviadas los acogotan".

Para Engels, estaba fuera de toda duda que en el seno de la Internacional existía una organización internacional secreta dirigida por Bakunin. Los autores bakuninistas y los documentos de esta tendencia siguen negando, hasta hoy, semejante aseveración. Sabemos que el conspirador ruso había creado, ya en 1864, una sociedad internacional secreta, que se proponía ir preparando el terreno para una revolución social. En los años subsiguientes, esta sociedad sufrió numerosas transformaciones, que se hicieron extensivas también al nombre. No podría, sin embargo, negarse su continuidad, aunque sólo fuera a través de la fuerte personalidad de Bakunin, que representaba por sí sola un motor propagandista incansable. En una empresa conspirativa, el número de los iniciados tiene que ser, necesariamente, reducido. Y cuando una organización de este tipo abarca varios países, puede su estructura, según los casos, ser más o menos cerrada y rigurosa.

No podría negarse que, a los ojos de Bakunin, después de declararse la disolución de la Alianza pública, ésta seguía funcionando con carácter secreto. Cabría discrepar, a lo sumo, en cuanto a si la Alianza existía dentro de la Internacional o fuera de ella. El mismo Bakunin, en carta a sus confidentes en España, habla de la Alianza como de una sociedad secreta fundada en el seno de la misma Internacional y que se propone dar a esta misión una organización revolucionaria. ¿Podemos pensar que sus propósitos se limitaran a España? Todo el mundo sabía que el veto fulminado por la Conferencia de Londres contra la treación de sociedades secretas en la Internacional iba dirigido contra

sus designios. Y el mismo Bakunin, en la citada carta a sus amigos españoles, hablaba de la lucha declarada en el seno de la Internacional como de una lucha entre otras sociedades secretas, en la que se enfrentaban sus respectivos principios y sistemas de organización. La de los comunistas autoritarios —decía— venía funcionando desde 1848; la de la "Alianza de los socialistas revolucionarios", había nacido en 1864, pero sólo en 1868 se había implantado dentro de la Internacional.

Así es como presentaba las cosas Bakunin. ¿Tenía Engels razón para atribuirle el propósito de apoderarse de la Internacional y de hacer de ella un instrumento al servicio de sus ideas y planes anarquistas? Es cierto que Bakunin se había trazado como principio mantener separadas las dos órbitas de acción, la de la Internacional y la de la Alianza. Pero ¿acaso la influencia de que el revolucionario ruso gozaba en el seno de la Internacional no se basaba, en gran parte, en el poder que su personalidad ejercía sobre los elementos que actuaban simultáneamente en ambas organizaciones? ¿Y cabía, a la larga, la posibilidad de que las secciones y federaciones de la Internacional asistieran cruzadas de brazos, como simples espectadores, a aquella lucha entre el comunismo y el anarquismo que se estaba librando en sus propias filas?

Es posible que la intransigencia mantenida por Marx y Engels frente a Bakunin contribuyera en buena medida a enconar las contradicciones hasta lo insoluble. Pero tampoco habrían podido paliarse, evidentemente, aunque hubieran atribuido las causas del conflicto a las diferencias existentes en cuanto al grado de desarrollo de los diversos países, en vez de imputarlas a motivos de orden personal. Marx y Engels negaban a su adversario la convicción y la limpieza que reclamaban para sí y se negaban a ver en él otra cosa que un ambicioso intrigante, lo que no respondía a la verdad. Y la idea equivocada que se habían formado acerca de Bakunin y de sus motivaciones los indujo a emplear una táctica que difícilmente se compaginaba con su concepción del curso de la historia.

Tal es, por lo menos, la impresión que uno se forma a medida que ambas partes contendientes se van preparando con gran decisión para la batalla decisiva. En 1872 ya no podía seguir aplazándose la celebración de un Congreso público en el que habría de decidirse la suerte de la Internacional. Convencidos de la gran importancia de lo que se estaba ventilando para el movimiento obrero mundial, Marx y Engels decidieron cerrar el paso por todos los medios a cualquier camino por el que Bakunin pudiera apoderarse de la dirección de la Asociación internacional de trabajadores.

Para la suerte que el Congreso corriera era muy importante la elección del lugar en que se convocara. A Marx y a Engels les habría gustado que el Congreso se celebrara en Londres, pero no era posible, por la oposición que la Internacional encontraba en Inglaterra. Como editor de *El mensajero*, que pasaba por ser el órgano alemán de la Internacional, Juan Felipe Becker habría deseado reunir a los representantes de ésta en torno suyo, en Ginebra. Engels no desechó tampoco de antemano esta propuesta, pero pedía a su amigo que le

garantizara "una mayoría compacta y segura, ya que, a su juicio, una mayoría débil sería peor que no tener ninguna y volverían a comenzar los líos desde el principio". Como Suiza era precisamente el país en donde los conflictos se acababan con mayor fuerza, se dio por satisfecho cuando, el 18 de junio, a propuesta de Marx, el Consejo general decidió elegir la ciudad de La Haya para celebrar allí el Congreso.

La capital de Holanda era más asequible para los delegados de los países en que más podían confiar Marx y Engels que para los que acudieran al Congreso del Jura, España e Italia. Si tenemos en cuenta cuán escasos eran los recursos de que entonces disponían las organizaciones obreras en el continente, se comprende que la Federación jurasiana protestara contra la elección como sede del Congreso de una ciudad que hacía prácticamente imposible la asistencia a los delegados de una serie de federaciones. Y cuando el Consejo general desechó la propuesta, el *Bulletin Jurassien* prorrumpió en improperios contra las tendencias pangermanistas de aquel "gremio", al que había que dar también las gracias —añadía— por el hecho de que, en vez de designar a Bastelica, se hubiera impuesto como secretario correspondiente para España e Italia al "*alter ego* de Marx", con el único objetivo de que pudiera ardir "la intriga marxista" en aquellos dos países.

El Consejo general se inclinaba, al principio, a creer que la oposición no comparecería en La Haya. Así lo hacían pensar el acuerdo que en este sentido habían tomado los italianos en Rimini y la noticia que se recibió de que los adversarios habían convocado un Congreso aparte en un lugar de la Suiza francesa. Todavía el 19 de agosto, escribía Engels a Bebel, quien se hallaba a la sazón en Bélgica, que Bakunin daba su causa por perdida, que había dado marcha atrás en toda la línea y se retiraba con todo su séquito de la Internacional. Pero el 24 de agosto se enteró de que los antiautoritarios, con excepción de los italianos, acudirían también a La Haya. Confiaba, sin embargo, según escribió a Liebknecht, que no se produciría un escándalo. "No hay que esperar", decía, "que los bakuninistas armen camorra. Aunque insolentes, son de una cobardía sin límites. Sólo atacan cuando son ocho contra uno".

De junio a agosto deliberó el Consejo general acerca de las propuestas que habría de someter al Congreso de La Haya. Aún se confiaba en poder derrotar allí al enemigo, siempre y cuando que el propio Consejo general se adelantara a proponer su transformación. Lo mismo en estas deliberaciones que más tarde en el Congreso, Marx consideraba más lógico que el Consejo desapareciera en vez de convertirse en un simple "buzón de correspondencia", como se pedía en la propuesta de los belgas. Ni él ni Engels ocultaban su convicción de que la existencia de la Internacional dependía de que tuviera al frente un ~~órgano ejecutivo fuerte~~. En lo sucesivo, éste debería estar formado exclusivamente por los secretarios para los diferentes países, elegidos por éstos mismos.

Se encargó de los trabajos preparatorios del Congreso a un pequeño subcomité presidido por Engels y cuya misión consistía en redactar el proyecto de

estatutos que habrían de definir las atribuciones del nuevo Consejo general elegido por el Congreso. En el informe presentado por él en una sesión plenaria del Consejo, el 2 de julio, Engels declaró, sin tomar en cuenta las tendencias en contrario, que era necesario fortalecer la posición del nuevo Consejo general. Estaba de acuerdo, sin embargo, en que cada una de las atribuciones que se le asignaban estuviera rodeada de las necesarias garantías. Por razones fácilmente comprensibles, sostenía el criterio de que, en ciertos y determinados casos, el Consejo general que se eligiera debía quedar facultado para poder suspender, hasta la celebración del próximo Congreso, los derechos de las secciones que dieran pie para ello, e incluso los de Consejos federales enteros. Esta propuesta provocó, sin embargo, una discusión en la que salieron a relucir argumentos a la luz de los cuales pudieron Marx y Engels darse cuenta de lo comprometida que era ya la posición que ocupaban en el Consejo general. Por ejemplo, alguien hizo ver a Engels, con razón, que nadie podía saber qué elementos obtendrían la mayoría en el nuevo Consejo central que se eligiera. Y que si lograba ponerse a su cabeza la sociedad secreta a cuya existencia en el seno de la Internacional aludía Engels, la propuesta de modificación de los estatutos presentada por él le brindaría, cabalmente, la posibilidad de convertir a la Internacional entera en una sociedad secreta con metas conspirativas.

Ciertas objeciones contra la expresión "la moderna sociedad" dieron pie a Engels para exponer, en la sesión del 9 de julio, qué era lo que, según él, caracterizaba a la "sociedad moderna". Esta es —decía— "la sociedad en que impera el capital y en la que los trabajadores no son otra cosa que herramientas". No podía pensarse —explicaba— que los esclavos de Cuba y el Brasil fueran a convertirse de golpe y porrazo en obreros ya maduros para la producción socialista. Antes de poder emanciparse —argumentaba— deberán convertirse, ante todo, en trabajadores libres.

En el Congreso de La Haya debía recaer también una decisión definitiva acerca de la posición de la Internacional acerca de la acción política. En las discusiones mantenidas en el Consejo general sobre este importantísimo problema, Marx y Engels, en unión de los blanquistas, mantuvieron firmemente el principio de que la constitución de partidos obreros específicos era indispensable para la toma del poder, como ésta, a su vez, lo era para toda revolución social encaminada hacia la abolición de las clases. Según los designios de Engels, esta declaración de principio debía prevalecer, no sólo contra la táctica preconizada por Bakunin y sus amigos, sino también contra la que sostenían los sindicatos ingleses partidarios de la armonía de clases.

Pero, desde que en el continente había ido tomando incremento la corriente de oposición contra su predominio en la Internacional, habían empeorado también las relaciones de Marx y Engels con los líderes ingleses representados en el Consejo general que eran, en principio, partidarios de la acción política. El Consejo federal inglés, que la Conferencia de Londres de septiembre de 1871 había acordado crear, celebró su Congreso en la ciudad de Nottingham durante la segunda quincena de julio del 72. Y en él se reveló que

John Hales, que desempeñaba al mismo tiempo la secretaría general del Consejo de Londres y la del Consejo federal británico, de acuerdo con otros dirigentes obreros ingleses afiliados simultáneamente a ambas organizaciones, trataba de aprovecharse del hecho de que las secciones inglesas se hallaran desligadas del Consejo general para fomentar en el seno de la Internacional una política aparte. Lo que, en este caso, quiere decir que trataba de sacudirse la pesada tutela de Marx y de "su hermano gemelo político Engels", detrás de los cuales afirmaban que no había, bien mirada la cosa, ninguna fuerza real y que sólo manejaban el Consejo general gracias a su experiencia, a su conocimiento de las cosas, a su abnegación y a su superioridad personal.

Dichos elementos combatieron en el Congreso de Nottingham todo lo que fuera ampliar los poderes del Consejo general. Y gracias sobre todo a los manejos del ambicioso Hales, a quien seguían los trabajadores del East-End de Londres, acordaron que la Federación inglesa debía ponerse en comunicación directa con las de los demás países. Pero esto era, como inmediatamente se lo hizo saber a Engels el secretario correspondiente para Francia, Eugenio Dupont, presente en aquel Congreso, nada menos que una traición. Y Maltman Barry, un delegado inglés, identificado con Marx y Engels, calificaba con razón como un inadmisibles proceder el de quien, como Hales, no tenía empacho en debilitar a una organización a costa de la otra, siendo Secretario del Consejo general. El interesado no tuvo, en efecto, más remedio que renunciar a este cargo.

Pero cuando, el 6 de agosto, hablando en nombre del subcomité, Engels formuló en la sesión plenaria del Consejo su condena oficial de Bakunin y la "Alianza secreta", Hales sostuvo la tesis bakuniniana de que en realidad había dos sociedades secretas que luchaban entre sí por adueñarse del poder en la Internacional. Y, asimilada por él y quienes como él pensaban, apoderados ya de la mayoría entre los miembros británicos del Consejo general, la tesis de Bakunin cobró perfiles todavía más agudos. "La gente del viejo Consejo general" —y, al decir esto, quienes tal manifestaban en Nottingham se referían, naturalmente, a Marx y Engels— habían intentado organizar en el seno de la organización una gran sociedad secreta bajo el pretexto de destruir otra, cuya existencia alegaban para el logro de sus fines.

Para Marx y Engels, lo más sensible del asunto era que entre aquellos delegados ingleses que ahora les volvían las espaldas figuraban también dos antiguos amigos suyos que habían apoyado en su tiempo a Marx en el Consejo general, ambos asimilados a Inglaterra: el sastre Eccarius, de la Turingia, antiguo miembro de la Liga comunista y en su día secretario general de la Internacional, y el relojero helvético Germán Jung, secretario del Consejo general para Suiza.

En el Congreso de La Haya, al llegar la hora de la votación decisiva, casi toda la delegación inglesa se sumó a la oposición bakuninista, a la que de momento se sentía atraída por sus tendencias descentralizadoras. Que ello significaba para Engels y Marx una ruptura definitiva lo indica claramente el que

Marx acusara públicamente, en La Haya, a "todos los dirigentes obreros ingleses notorios" de haberse entregado a los liberales.

En sus esfuerzos por cerrar el paso a la victoria de Bakunin, Engels había intentado que fuesen enviados al Congreso delegados ingleses más de fiar, y no tendría nada de particular que al hacerlo, impulsado por su celo, se dejara llevar, como hubo de reprocharle Jung, de ciertas atrevidas manipulaciones. Estas no solían ser en él muy afortunadas, pues la verdad es que no era muy ducho en tales menesteres, a los que no se avenía bien su temperamento franco y abierto.

Marx consiguió en los Estados Unidos, por mediación del emigrado alemán Sorge, único delegado enviado desde allí al Congreso, que una serie de secciones de las que no acudió ningún delegado, le dieran su mandato a él y a otras personas de su confianza. Hay que decir que, en aquellos tiempos en que el movimiento obrero estaba en sus inicios, no se cuidaban muy estrictamente estos detalles y a quienes estaban en condiciones de pagarse el viaje de su bolsillo les resultaba relativamente fácil conseguir mandatos de delegados a un Congreso. En cuanto a los cinco miembros del Consejo general que acudieron al de La Haya, sabemos que viajaron con billetes de tren pagados por Engels. Figuraba entre ellos un sastre llamado Lessner, muy amigo suyo y de Marx ya antes de los tiempos de la Liga comunista, y MacDonnell, que había estado en estrechas relaciones con ellos, como representante en el Consejo general de los obreros irlandeses.

Engels trató también de influir en la composición de otras delegaciones esperadas en La Haya. Desde Madrid le había escrito Lafargue que el Consejo general podía mejorar sus posiciones si conseguía provocar antes del Congreso una escisión en el Consejo federal español. En vista de esta sugestión, Engels hizo que el Consejo general le otorgase poderes para dar un paso un tanto forzado. Pidió que dicho Consejo federal diera a conocer los nombres de todos los miembros de la Internacional que se hallaran simultáneamente afiliados a la Alianza y lo requirió para que explicara cómo podía considerar compatible con sus deberes hacia la Internacional la pertenencia de tres de sus miembros a la Alianza en cuestión. Un requerimiento formulado en términos tan apremiantes no podía por menos de herir la aguda susceptibilidad de los españoles, que vieron en ello un verdadero ultimátum. "Os rogamos que nos acuséis recibo de esta carta a vuelta de correo", escribía Engels, dirigiéndose a Madrid; "en otro caso", añadía, "nos veremos obligados a interpretar vuestro silencio como algo deliberado, confirmatorio de que dáis oídas a mentirosas calumnias sin consideraros en el caso de escucharnos y, en ese supuesto, no tendremos más remedio que proceder como lo mande el interés de la Internacional".

Al recibirse de Madrid una respuesta evasiva, el subcomité, a propuesta de Engels, decidido a provocar una declaración, acordó hacer pública la citada queja. Un proceder tan tajante no podía conducir a nada bueno, en este caso. El Consejo federal condenó abiertamente como un "método policíaco" el que se tratara de obligarle a denunciar los nombres incriminados. Desaprobó el ataque del Consejo general contra la Alianza y la carta en cuestión terminaba, a

manera de provocación, con el saludo de "¡Anarquismo y colectivismo!" Resultado de esto fue que la delegación española acudiera al Congreso de La Haya con mandato imperativo de votar a favor de Bakunin.

Los partidos socialistas de Alemania marchaban ya por el camino parlamentarista que Bakunin y Guillaume fustigaban. La política interior de su país los tenía excesivamente ocupados y ello los llevaba a mantener ante la Internacional, provocando con ello, frecuentemente, el enojo de Engels y Marx, una actitud más independiente y menos interesada que el movimiento de países en los que la ausencia de partidos obreros era suplida todavía por aquella organización. Y aunque Schweitzer declarara que la Asociación general de obreros alemana se identificaba en principio con la Internacional, añadía expresamente que, teniendo en cuenta las situaciones tan diversas reinantes en los diferentes países, este vínculo internacionalista sólo podía representar una solidaridad poco estable y que únicamente revestiría cierta importancia, en general, siempre y cuando que agrupara a miembros dotados de fuerza y vitalidad propias.

Por su parte, el Partido socialdemócrata alemán, que dirigían Liebknecht y Bebel, se proclamaba, en momentos solemnes, rama alemana de la Internacional y el programa de Eisenach, aprobado en 1869, se colocaba expresamente sobre los fundamentos doctrinales establecidos por ella. Pero, hay que tener en cuenta para comprender esta actitud que la ley de asociaciones de la mayor parte de los Estados federales, con Prusia a la cabeza, cerraba el paso a la posibilidad de que semejante profesión de fe llevase aparejada el ingreso de dicho Partido en la Internacional. Por lo demás, sus dirigentes se inclinaban más bien a emplear las exiguas cotizaciones de sus afiliados para fines internos. Creemos, pues, que no faltaban a la verdad aquellos dirigentes alemanes cuando, declarando en el proceso por alta traición que les incóó en marzo de 1872, aseguraban que los miembros de su partido no se convertían, por el mero hecho de serlo, en afiliados a la Internacional.

Pero esta manera tan vaga de concebir sus relaciones no podía satisfacer a Engels. De ahí que Liebknecht recibiera de él, más de una vez, severas amonestaciones. "Si no reclamáis, o la destináis a vuestros fines, la cotización que nos corresponde, allá con vuestra responsabilidad", le escribía en diciembre de 1871. Y continúa: "Francamente, no comprendo que creáis que las otras naciones van a pagar vuestros costos, mientras vosotros estáis entre ellas 'en vuestro espíritu' como Jesucristo, pero poniendo a salvo vuestra sangre y vuestro dinero. Lo que si sé es que esta platónica relación debe terminar y que los obreros alemanes tienen que estar en la Internacional o no estar en ella".

Liebknecht pidió al apremiante amigo un poco de paciencia hasta que el tribunal del jurado emitiera sentencia en su proceso. Por el momento, según la teoría del fiscal, que era también la de la policía, cualquier adhesión a la Internacional prefiguraba ya, de por sí, el delito de alta traición a la patria. Liebknecht no encontraba fundados los reproches de Engels. Consideraba inadmisibles poner en peligro por esta causa la existencia del Partido obrero socialdemócrata. Engels le había hecho saber que, en Francia, a pesar de las estrictas leyes

de excepción vigentes en aquel país, la Internacional estaba mejor organizada que en Alemania. Pero el dirigente de la socialdemocracia alemana rechazaba esta acusación. "La comparación es injusta", contestó a su amigo. "En primer lugar, los franceses no cuentan con más organización que la Internacional y, en segundo lugar, los obreros de Francia han pasado por una escuela revolucionaria mejor que la nuestra. Si nuestros trabajadores hubiesen tenido esa escuela, te aseguro que nosotros estaríamos por encima de los franceses, gracias precisamente a nuestra organización. Con una organización tan buena como la nuestra no habría sido derrotada la Comuna".

Como Engels no podía permitir que en el Congreso de La Haya faltara una delegación alemana, ya que necesitaba de sus votos, hubo de dirigirse, con este motivo, varias veces más a Liebknecht, quien personalmente no podría asistir al Congreso, ya que, entre tanto, había sido condenado a una pena de reclusión. "Las cosas se ponen feas", le escribió Engels en marzo de 1872, empleando la artillería pesada, "y tenemos que saber dónde estamos, si no queréis obligarnos a obrar por nuestra propia cuenta y considerar el Partido obrero socialdemócrata como un cuerpo extraño a nosotros y que mantiene una actitud de indiferencia hacia la Internacional. No podemos permitir que, por razones que desconocemos, pero que consideramos, desde luego, de poca monta, se omita o escamotee la representación de los obreros alemanes en el Congreso". Al llegar la hora, asistió a él una delegación alemana. Aunque no muy numerosa, Engels podía darse por satisfecho de ella: entre los delegados figuraban Kugelmann, Cuno y Hepner. Y el propio Engels y Marx recibieron, además, mandatos para representar en el Congreso a varias organizaciones de su país.

Al llegar a Holanda, Engels se sintió ya seguro, pues comprendió que sus posiciones podían contar con una mayoría firme en el Congreso. La ausencia voluntaria de los italianos, desautorizados por Bakunin y Guillaume, favorecía a su causa. Engels sabía que la actitud de los ingleses se decidiría ya en la comisión de actas.

La sala de la Lange Lombard Straat donde se abrieron las sesiones el 2 de septiembre ostentaba el sonoro nombre de "Concordia", que fue precisamente lo que se echó de menos en aquel local. La oposición, encabezaba por Guillaume, ya que Bakunin no asistió, no tardó en darse cuenta de su impotencia. Engels supo llevar las riendas con todo éxito. Marx propuso la elección de un subcomité encargado de emitir un juicio sobre los materiales de cargo que Engels había reunido acerca de la "Alianza secreta". Los dos declararon ante la comisión investigadora, la que condenó a Bakunin; Guillaume se negó rotundamente a comparecer ante la comisión, alegando que no quería prestarse a una "comedia".

El último día del Congreso se acordó, por gran mayoría de votos, expulsar de la Internacional a los dos disidentes. A Bakunin se le condenaba no sólo por haber violado los estatutos de la organización, sino también como reo de estafa. Esta inculpación se basaba en una carta de Netschaiev, que había llega-

do a manos de Marx por mediación del economista ruso Danielson, residente en Petersburgo. Pero hay que decir que este documento sólo podía serle imputable a Bakunin en el caso de que la carta se hubiera escrito con conocimiento suyo, cosa que, hasta hoy, no ha sido posible probar. Y no sería justo culpar a quien se creía injustamente acusado de no haber comparecido ante un Congreso que ponía en tela de juicio su honestidad y que hubo de ser calificado por él, para citar sus palabras, de "un triste producto de la mentira y la intriga".

Bakunin profirió, ahora, toda suerte de denuestos contra "toda aquella pandilla de judíos alemanes" que trataba de presentarlo como un vulgar ladrón. Marx, por su parte, se empeñó en dar la batalla a su adversario, también ante el Congreso, en un terreno personal y Engels no consideró necesario disuadirlo de este modo de proceder. Se comprende, sin embargo, que ambos estuvieran convencidos de que una persona como el autor del *Catecismo revolucionario* era perfectamente capaz de considerarse por encima de las leyes de la moral burguesa. Pero habría de pararse a pensar si los medios empleados por Marx, en este caso, se diferenciaban esencialmente, en realidad, de los que Bismarck utilizaría, dos años más tarde, para hundir a Harry Arnim. El problema no es claro. Nos encontramos aquí con este abismo de orden moral que se abre siempre que un político, sintiéndose responsable de una gran misión histórica se cree autorizado, por esta responsabilidad, a abatir a un adversario sin ajustarse a las reglas que, generalmente, se consideran obligadas en la lucha política usual.

Ahora bien, la expulsión de Bakunin no era más que una de las sorpresas reservadas al Congreso de La Haya. La otra, que la precedió, causó a los delegados una sensación de pena no menos grande y era, desde luego, más trascendental para el futuro. De acuerdo con Marx y otros miembros del Consejo general todavía en funciones y ante la sorpresa de todos los reunidos, Engels propuso que la sede del Consejo directivo se trasladara de Londres, no a otra ciudad del continente europeo —ya que las condiciones políticas no lo permitían—, sino a los Estados Unidos. Fuera de Londres —razonaba la propuesta— no se da en ninguna otra ciudad del mundo una atmósfera proletaria internacionalista como en Nueva York y en ninguna otra parte existe menos peligro que allí de que la policía se interesara por los archivos de la Internacional. La propuesta era que el cambio de sede se acordara, provisionalmente, por un año. Entre los razonamientos alegados por Engels figuraba el de que, desde la incorporación a él de los refugiados de la Comuna, el Consejo general, llamado solamente a ejercer funciones administrativas y ejecutivas, había ido adquiriendo cada vez más el carácter de un parlamento, en el que se planteaban los más enconados debates. Y a la Internacional no le convenía esto.

Quienes con mayor fuerza se manifestaron en contra de tan inesperada propuesta fueron los blanquistas. Estos habían entrado en la Internacional, principalmente, porque esperaban obtener con su ayuda la dirección del movimiento obrero francés y confiaban en verse apoyados eficazmente por ella si, llegada la hora, intentaban dar un golpe de fuerza en París. Si el Consejo general "desaparecía" de Europa, ya no podrían contar con su ayuda. Cuando

vieron que una fuerte mayoría acordaba el traslado, decidieron, pues, romper una afiliación que ya no tenía ningún sentido para ellos.

También aquellos miembros del Consejo general que ostentaban la dirección en el Consejo federal de su país se manifestaron indignados por el "golpe de Estado" que Engels proponía dar. Aunque hasta hacía poco abogaran por el traslado al continente europeo, no podían estar de acuerdo con un Consejo general situado en América, cuando en Inglaterra estallaban diversos conflictos obreros. Entre las razones que movieron a Marx y Engels a hacer su propuesta figuraba también, probablemente, la de que, en un Consejo directivo instalado de nuevo en Londres no podrían ellos seguir actuando eficazmente, cuando ya no contaban, en realidad, con ningún apoyo por parte de los verdaderos dirigentes del movimiento obrero inglés.

Era precisamente la perspectiva de influir revolucionariamente sobre aquellos hombres la que, ante todo, había sacado a Marx, en 1864, de su retraimiento científico. Pero al irse enconando las discrepancias en el seno de la Internacional, se sintió cada vez más contrariado, el ver que las tareas de orden práctico le tenían absorbido. "No descansa un momento, ni de día ni de noche. ¡Cuánto más le habría valido seguir trabajando tranquilamente para desarrollar la teoría de la lucha de los combatientes!" —escribía su mujer a Liebknecht, en mayo de 1872.

Desde que vivían en Londres, muy cerca el uno del otro, la mayor parte de la carga pesaba sobre los hombros de Engels, habituado a trabajar. Libre, por fin, de la coacción que le obligaba a abstenerse del trabajo político, se había lanzado afanosamente a la acción dentro de la Internacional. Pero, cuando en las filas de ésta se desencadenó la tormenta, hasta él mismo empezó a cansarse. "Tal como van las cosas, no nos queda ni un minuto posible para trabajar, y esto tendrá que terminar", escribía a Liebknecht, en mayo de 1872. Y añadía que ni él ni Marx estaban dispuestos a ser reelegidos para el Consejo general.

Habían permanecido en sus puestos mientras se consideraron indispensables. Pero la cosa cambió cuando se vieron obligados a reconocer que la Asociación internacional de trabajadores había cumplido ya su misión histórica. Había hecho ver a los obreros de los diferentes Estados, de un modo palpable, la comunidad de sus intereses sociales y políticos. Había sacado de su modorra e infundido conciencia de clase al moderno movimiento obrero en una serie de países. Pero, cuanto más se fortalecía la Internacional, más claramente se ponía de manifiesto cuán diferente fisonomía presentaba todavía el movimiento obrero en cada país.

En estas condiciones, tal vez fuese un esfuerzo estéril empeñarse en encuadrar a las masas en la misma organización tanto en los Estados industriales desarrollados como en los países agrícolas; en países en donde la Internacional lo era todo para el movimiento obrero, y en aquellos en donde apenas era nada; en países en los que parecían apelotonarse las nubes de una revolución y en otros en los que sería necesario esperar todavía mucho tiempo para que esto sucediera. Todos se habían puesto en marcha a un tiempo, pero el resto del

camino tenía que andarlo por su cuenta el proletariado de cada país, con arreglo a sus condiciones históricas peculiares y a sus propias premisas económicas y sociales.

Al principio, Engels no reputaba invencibles las dificultades nacidas de las diferencias del grado de desarrollo en los distintos países. Es posible que no apreciara debidamente estas dificultades, y el propio Marx era también excesivamente optimista, a este respecto, cuando irritado por la participación de los elementos anarquistas en el movimiento, trataba de imponer a toda la Internacional, en la Conferencia de Londres, su concepción acerca de la teoría y la práctica del movimiento obrero. Pero, a medida que de un modo elemental fueron escindiéndose en ella las tendencias, Engels llegó a adquirir una conciencia cada vez más clara de que era vano empeño el tratar de imponer a los trabajadores de países tan diversos la misma táctica y el mismo programa.

Ahora bien, si lo comprendía, ¿por qué batalló contra Bakunin de un modo tan inexorable y por qué obró como sila Interacional pudiera salvarse a condición de quitar de su camino al hombre que, según su modo de ver las cosas, la llevaba al desastre? Creemos que la respuesta a esta pregunta es más sencilla de lo que pudiera pensarse. Aunque parezca que Engels diera esta batalla de un modo personal, en el fondo lo que le interesaba era un problema objetivo. Lo importante, para él, no era tanto mantener la unidad y la existencia de la organización en sí como asegurar la mayor unidad y cohesión posibles en el desarrollo futuro del movimiento obrero europeo. Por lo que él luchaba era por el triunfo del comunismo sobre el anarquismo. Esta era, en última instancia, la preocupación que le guiaba, como los atestigua, entre otras cosas, la carta que, diez meses después del Congreso de La Haya, dirigió al hombre que, en lo sucesivo, sería el más cercano a él, entre los dirigentes activos del movimiento obrero de Europa.

"Perfectamente convencidos", escribía a Bebel, "de que la bomba tenía que estallar, no se trataba, para nosotros, de dar largas a la catástrofe, sino de velar por que la Internacional saliese de ella indemne, pura y no falseada. La bomba estalló en La Haya y usted sabe que la mayoría de los delegados al Congreso volvieron a sus casas deprecionados. Y, sin embargo, al llegar a sus países, casi todos estos hombres desengañados, que creían haber encontrado en la Internacional el ideal de la fraternidad y la reconciliación universales, se encontraron con desengaños todavía más amargos que los recibidos en La Haya. Los camorristas sectarios predicán ahora la reconciliación y nos acusan a nosotros de intransigentes y dictadores. Pero, si en La Haya hubiéramos actuado conciliatoriamente y hubiéramos querido paliar la escisión, ¿cuáles serían, ahora, las consecuencias? Que los sectarios, es decir, los bakuninistas, habrían podido cometer, durante un año entero, todavía mayores necedades e infamias en nombre de la Internacional; que los obreros de los países más desarrollados se habrían apartado de ella, asqueados, que la vejiga no habría estallado, sino que habría ido desinflándose, poco a poco, a fuerza de pinchazos, y que el siguiente Congreso, en el que tendría que estallar la crisis, se habría convertido

en un espectáculo bochornoso entre los más viles personajes, apoyándose en el hecho de haberse abandonado los principios en La Haya. Y entonces sí que la Internacional se habría ido al foso, envuelta, eso sí, en el manto de la 'unificación'".

Ya el viejo Hegel —proseguía Engels— había dicho que un partido se afirma como vencedor por medio de la escisión, si es capaz de resistirla. Y concluía: la "solidaridad del proletariado" toma cuerpo siempre en diferentes agrupaciones de partido que pelean entre sí a vida o muerte, como peleaban las sectas cristianas bajo el Imperio romano, en donde eran objeto de las más feroces persecuciones.

Marx y Engels propusieron que el Consejo general se trasladara a Norteamérica porque sabían exactamente cuán escasa era la fuerza que sus ideas ejercían sobre el proletariado europeo. En Alemania, por lo menos, eran escuchados con frecuencia sus consejos, aunque ante la Internacional se adoptara una actitud más bien tibia. En cambio, no tenían influencia alguna en Francia y menos aún en Bélgica, en Italia y en España, países en los que por el momento campeaban las tendencias descentralizadoras y anarquistas. Pero no cabe duda de que la mayor de las decepciones se la causó el saber que estaban condenados a seguir siendo durante mucho tiempo predicadores en el desierto precisamente en Inglaterra, el país en el que llevaban tantos años viviendo y laborando.

Sin embargo, Marx y Engels distaban mucho de creer que enterraban a la Internacional al encomendar su dirección, al principio solamente por un año, a camaradas seguros de partidos establecidos en Nueva York. Creían, por el contrario, que aquel paso pondría a salvo la vida de la organización, dando tiempo a que el movimiento obrero de los diferentes países europeos no se desgajara en tendencias tan antagónicas. De otro modo, resultaría difícil explicar por qué Engels, después del Congreso de La Haya, siguió trabajando para la Internacional con el mismo ardor de siempre y manteniéndose como su corresponsal más activo en Europa, hasta que se borró toda esperanza en infundirle nueva vida y rindió también él las armas, traspasándolas al puñado de fieles que trabajaba al otro lado del océano.

Por lo demás, en Europa, el Congreso de La Haya, contra lo que se había pensado, no puso fin a la lucha entre socialistas y anarquistas, ni la decidió. El 15 de septiembre de 1872, los delegados de la oposición, reunidos en el contracongreso de St. Imier, en la Suiza francesa, se negaron a reconocer al Consejo general y, a propuesta de Bakunin, acordaron bajo bandera antiautoritaria una organización aparte que consideraban como la verdadera Internacional. Engels, por su parte, saludaba el hecho de que "esos señores hayan declarado abiertamente la guerra", brindando con ello al nuevo Consejo general una razón más que suficiente para "mandarlos al diablo". Y aún estaba convencido de que la amputación del miembro gangrenado ayudaría a la Internacional a recobrarle.

El Consejo federal inglés, en oposición a los sindicatos, postulaba la acción política de la clase obrera, lo que en este punto lo diferenciaba radical-

mente de los anarquistas reunidos en St. Imier. No obstante, mantenía amistosas relaciones con ellos, ya que se sentían unidos por la aspiración común de lograr una amplia independencia con respecto al Consejo general. Los dirigentes del Consejo británico confiaban en que lograrían, en breve plazo, poner en pie un partido obrero inglés independiente. Pero se equivocaban al pensar así. Tratábase de hombres como Hales, Jung, Eccarius y otros, quienes ahora no se recataban para decir que Marx y Engels eran personas de extracción burguesa, incapaces de comprender las verdaderas necesidades de los obreros.

A Engels le costó mucho trabajo, y probablemente también mucho dinero, el arrancar de manos de los adversarios personales y del "Consejo federal urdido por ellos", con ayuda de una minoría de hombres apoyados en Manchester, las riendas de la Federación británica de la Internacional. Y, después de haberse producido la escisión del Consejo federal inglés, redactó una circular en la que, en respuesta a otra de sus adversarios, se defendía al Congreso de La Haya. Y le produjo gran alegría el que, en los primeros días de junio de 1873, un Congreso organizado por quienes militaban en su mismo partido formulara "en este país, en que tan arraigada se hallaba la legalidad", reivindicaciones que iban más allá de las planteadas hasta ahora por ningún otro congreso obrero inglés. No queremos, sin embargo, entrar en los detalles de aquellas luchas, que no eran ya, en realidad, más que combates empeñados para cubrir la retirada. Después del traslado del Consejo general, ambos Consejos federales revelaron su falta de vitalidad. La verdad era que las masas del proletariado inglés no estaban dispuestas todavía a dejarse ganar por una acción política propia e independiente.

Durante algún tiempo, tratando de contrarrestar la acción de los bakuninistas en aquellos países, Engels siguió manteniendo las relaciones que había logrado entablar en Italia y España. En la primavera de 1873 se proclamó en España la República, lo que, según él, brindaba a los autonomistas españoles una ocasión magnífica para demostrar cómo era posible hacer una revolución en base a su fanático apoliticismo. Y, como había previsto certeramente, los hechos vinieron a poner de manifiesto que el impulso de la propia conservación no basta, ni mucho menos, para mover a una acción común a las colectividades revolucionarias: lejos de ello, el general Pavía logró someter a los cantones sublevados, uno tras otro, en breve tiempo. Es decir, que "los bakuninistas en acción —como Engels trató de llamarlos, únicamente— sólo habían conseguido demostrar, con motivo de la lucha en España —ésta es la conclusión a que llegaba Engels, en sus artículos de *El Estado del pueblo*— cómo no debe hacerse una revolución".

La Comisión investigadora designada en La Haya había recibido el encargo de redactar una memoria que diese a conocer a la opinión pública el "complot" de Bakunin y la "Alianza secreta". Engels se dedicó a este trabajo en la primavera de 1873. El folleto estaba destinado, principalmente, a los países latinos, razón por la cual debía redactarse en francés, y así se hizo, en efecto, con la colaboración de Lafargue. A fines de junio quedó terminado y vio la

luz en septiembre *L' Alliance de la démocratie socialiste et l' Association internationale des travailleurs*. Engels había exagerado el efecto que esta publicación causaría, "la cosa estallará como una bomba entre los autonomistas", escribía a Sorge a fines de julio, "y, si las palabras pueden matar a alguien, ya verás cómo Bakunin se calla como un muerto". Cuando, en octubre, su rival anunció que se retiraba a la vida privada, aquél atribuyó esta "declaración de muerte política" al éxito de su folleto, para el que reclamaba el mérito de haber desenmascarado toda la intriga.

El folleto sobre la Alianza es el apasionado alegato de un acusador firmemente convencido de la justeza de su punto de vista y que no desperdicia argumento para lograr la condena del acusado. No brilla en sus páginas la objetividad del historiador sereno e imparcial. Subraya en acerbo tono el lugar tan destacado que en el movimiento bakuninista desempeñaba la intelectualidad desclasada y demuestra, a la luz de una carta dirigida por Bakunin al español Mora y que Lafargue le había suministrado, la importancia que el conspirador ruso daba a este elemento. Trata de desenmascarar como agentes de la policía al mayor número posible de personalidades del campo adversario, pero sobre todo al mismo Bakunin, para liquidarlo de una vez por todas ante la conciencia de los obreros de Europa.

Además de los materiales facilitados por Lopatin, Uin y Borkheim acerca de las andanzas del conspirador en Siberia y en los medios de la emigración revolucionaria rusa, Engels utiliza principalmente las informaciones de diversos periódicos rusos sobre el proceso contra Netschaeiev, que se ventiló en Petersburgo por los últimos días del verano de 1871, en medio de una gran expectación. Este fanático, para el que cualquier crimen era lícito con tal de que sirviera a la revolución y que no tuvo empacho en comprometer a muchos que no llegaban tan allá como él, había convencido al viejo conspirador, poco antes de que estallara la guerra franco-alemana —cosa de la que Engels se había enterado recientemente—, a que redactara una serie de manifiestos cuyo tono y cuyo contenido dejaban muy atrás, por su virulencia, a cuanto hasta entonces había salido de su pluma en los países europeos. Engels creía haber descubierto, en estas manifestaciones, al verdadero Bakunin, que sólo revelaba su verdadera faz al dirigirse a sus compatriotas. Sólo un agente de la policía, jamás un revolucionario honrado —decía Engels—, podía glorificar al bandolero ruso con el desenfado con que aquí lo hacía Bakunin, como el verdadero revolucionario ruso, predicar a la juventud "la cultura de la ignorancia" e identificar la revolución con el homicidio individual y colectivo. Mientras que a sus seguidores europeos —tal era la interpretación de Engels—, para no herir sus prejuicios de filisteos, les servía los lugares comunes antiautoritarios, ante "su pueblo elegido", ante la juventud de la santa Rusia, se revelaba sin ambages como el profeta de la destrucción total. Pero, este "*ouvrier de la révolution européenne*" procuraba mantener su persona a buen recaudo en la tranquila Suiza, al tiempo que entregaba a las garras de la policía zarista —como en efecto había hecho Netschaeiev, no Bakunin— a buen número de revolucionarios rusos.

“Y el mismo hombre que en 1870 predicaba a los rusos una obediencia ciega ante órdenes que emanaban de arriba y de un comité secreto, que sólo consideraba adecuada la disciplina jesuítica... para acabar con la espantosa centralización del Estado, no la del Estado ruso precisamente, sino la del Estado en general, y que proclamaba un comunismo más autoritario que el comunismo más primitivo, este mismo hombre urde en el seno de la Internacional un movimiento separatista, desintegrador, so pretexto de luchar contra el principio autoritario y centralista de los comunistas alemanes”.

Una breve conclusión, redactada en común por Marx y Engels, recapitulaba una vez más los anteriores cargos y acusaciones contra Bakunin y la “Alianza” y presentaba su programa como un torpe amaño, obra de espías y perturbados. Engels tenía la profunda convicción de haber desenmascarado así definitivamente, ante el proletariado europeo, “la urdimbre secreta, las granujadas y toda la huera fraseología” de unos cuantos “gremios ignorados”. Y trataba de justificar el tono tan desmedidamente personal empleado aquí, diciendo que el haber tratado de silenciar deliberadamente como “asuntos privados” todas las canalladas de aquellos señores habría equivalido a deformar la historia. Los hechos allí expuestos —escribía en *El Estado del pueblo* el 6 de octubre de 1874— se basaban en auténticas pruebas documentales, razón por la cual los interesados se habían guardado muy bien de discutirlos.

Y es verdad que Bakunin jamás refutó públicamente ninguno de los cargos formulados contra él en este escrito. Es posible que considerara atentatorio a su dignidad el defenderse de ataques que herían de muerte su honor de revolucionario. Se contentó con acusar públicamente a Marx, a quien atribuía la paternidad del folleto en cuestión, en un artículo del *Journal de Genève*, de agente de la policía y delator. Enfermo del corazón, sentíase agotado y deseoso de descansar. El desplazamiento del centro de gravedad de la política europea hacia la capital de los Hohenzollern le había hecho perder totalmente la fe en la proximidad de la revolución social. Su última esperanza, sintiéndose ya cerca de la muerte, era una guerra mundial, en la que, “tarde o temprano, tendrían que devorarse unos a otros los monstruosos Estados militares”.

Hoy, está ya fuera de toda duda que los ataques dirigidos por Engels contra Bakunin se pasaban de la raya. Bakunin no era, ciertamente, un agente provocador, sino un hombre febrilmente imaginativo, que, como más tarde dirá de él Engels, “no tenía ni la más remota idea de las condiciones y la trayectoria del movimiento obrero europeo”. Aplicaba a este movimiento pautas de juicio y le atribuía posibilidades extraídas de las imborrables reminiscencias infantiles que la madrecita Rusia había grabado en su imaginación calenturienta. De ahí que Bakunin, fundamentalmente y a lo largo de toda su vida, no conociese más receta revolucionaria práctica que la conspiración y aquella “guerra anarquista de los campesinos” con que ya en 1848 había querido hacer la felicidad de Alemania. Y era natural que un hijo de la Renania como Engels no pudiera situarse claramente ante la figura de aquel ruso de puña cepa con el que, desde los lejanos días de su juventud, no había vuelto a encontrarse como

personalidad de carne y hueso, ante aquel vivo exponente del romanticismo eslavo, que, en proporciones desmedidas, convertía la realidad europea en juguete de sus sueños de emancipación y en cuya insaciable fantasía revolucionaria, fecundada por las maquinaciones de los carbonarios y las revueltas de los campesinos, no había cabida para comprender la lenta, constante y segura trayectoria del moderno movimiento obrero y sus tareas cotidianas.

Engels esperaba que su escrito contra Bakunin y la "Alianza" decidiría definitivamente a favor de su partido la lucha que se libraba dentro de la Internacional, pero no fue así. Los acontecimientos producidos en el Congreso de La Haya y en vísperas de él habían asestado al prestigio de la Internacional, sobre todo en los países socialmente más adelantados, en los que el movimiento obrero seguía un camino propio e independiente, un golpe mortal, del que ya no volvería a reponerse. El desplazamiento del Consejo general a los Estados Unidos no dio el resultado que se esperaba. No fue posible mantener anudados desde Nueva York los hilos que habían llegado a establecerse en Londres.

El siguiente Congreso anual de la Internacional debía celebrarse en Ginebra, en septiembre de 1873. Como el Consejo general no disponía de los recursos necesarios para enviar al Congreso ni siquiera a un representante desde Nueva York, Sorge trató de que aquel organismo delegara su representación en Engels, pues Marx no acababa de reponerse de una grave enfermedad. Pero, con gran indignación por parte del viejo Becker, Engels se negó terminantemente a ello. No sólo por "los insomnios permanentes y la irritabilidad de que padecía" y, además, porque su presencia en el Congreso, ante la ausencia del Consejo general, parecía dar la razón a quienes acusaban a Sorge y sus colegas de ser meros instrumentos suyos y de Marx, sino, sobre todo, porque sabía de antemano que aquel Congreso reuniría solamente a delegados de Suiza, mientras que al de sus adversarios, celebrado también en Ginebra una semana antes que el suyo, concurrirían representantes de Francia, Italia, España, Bélgica y Holanda. Y el hecho de que no asistiera ni un solo delegado del Consejo general permitiría a sus enemigos, según él, dar de lado a aquella reunión fracasada como un asunto de alcance puramente local.

La Internacional asociada al nombre de Marx ya no volvería a reponerse de aquel revés. No volvió a hablarse de la posibilidad de reintegrar a Europa el Consejo general. Engels y Marx coincidían en la apreciación de que, a la vista de las circunstancias, "la organización formal debía pasar a segundo plano" puesto que la Internacional, bajo su forma anterior, no respondía ya a la nueva realidad. "El mundo proletario", explicaba Engels a Sorge, en septiembre de 1874, "se había vuelto ya demasiado grande y demasiado complicado para poner en pie una nueva Internacional a la manera de la anterior, como una alianza de los partidos proletarios de todos los países". Sin embargo, sus esperanzas seguían alentando en la hora del repliegue. "Creo", seguía diciendo en la citada carta, "que la próxima Internacional, cuando, pasados algunos años, hayan dado sus frutos las obras de Marx, será ya una Internacional directamente comunista, que implantará abiertamente nuestros principios".

Para que la Internacional pudiera resurgir sobre los fundamentos del *Manifiesto comunista* tenía que darse antes una condición: que perdieran su influencia las corrientes opuestas a estas tendencias que influían aún sobre el movimiento obrero europeo. Y para ello nada era tan necesario, a los ojos de Engels, como el dar tiempo a que Marx acabara de escribir *El Capital* y a que esta obra produjera sus efectos. Con objeto de dejar a su amigo en condiciones de trabajar para dar cima a su libro, Engels, a partir de ahora, fue haciéndose cargo cada vez más exclusivamente de la labor publicística de polémica y debate con las corrientes adversas.

A Bakunin se había enfrentado, fundamentalmente, en el terreno de la agitación y la organización. Proudhon había muerto ya, y para luchar contra su influencia era necesario recurrir más a fondo al arsenal teórico. Ciertamente es que los elementos federalistas y anarquistas contenidos en el programa de Bakunin procedían, en lo fundamental, de las doctrinas de Proudhon, pero en el papel asignado por él a la violencia, no cabe duda de que el ruso se apartaba considerablemente de las ideas pacifistas del escritor de Besançon. En su exigua sociología, Bakunin daba expresión a los anhelos sociales de las capas campesinas proletarizadas y de los intelectuales desarraigados, al paso que las ideas sociales de Proudhon, mucho más desarrolladas reflejaban, para Marx y Engels, las aspiraciones de reforma social de la pequeña burguesía.

Recordamos cómo en su juventud Marx y Engels se habían sentido primeramente atraídos y luego empujados a la crítica por el vigoroso espíritu de este autodidacta francés. En 1851, la *Idée générale de la révolution au XIX siècle* de Proudhon había provocado un intenso intercambio epistolar de ideas entre Londres y Manchester. Marx quiso hacer públicas estas opiniones en un libro que ostentara en la portada los nombres de los dos amigos, pero Engels no accedió a ello. No quería que se repitiera lo ocurrido con *La sagrada familia*. Pero últimamente, con motivo de las luchas libradas en torno a la Internacional, había podido darse cuenta de que los obreros de los países de habla latina no contaban apenas con otro alimento espiritual socialista que las obras de Proudhon y de que era necesario desplegar una gigantesca propaganda ideológica para lograr que sus propias doctrinas comunistas, de las que los mismos obreros alemanes estaban todavía muy mal informados, llegaran a ocupar en el movimiento obrero europeo el lugar a que aspiraban.

Así las cosas, ocurrió que, a comienzos de 1872, Arturo Mühlberger, el único discípulo alemán de Proudhon, autor de algunas publicaciones, estaba haciendo aparecer en *El Estado del pueblo* una serie de artículos sobre la aguda penuria de la vivienda que, al igual que ocurriría después de la guerra mundial, se manifestaba en Alemania a raíz de la guerra contra Francia. Engels consideró necesario aprovechar la ocasión para poner de manifiesto, a la luz de este problema, la superioridad del método económico de Marx sobre el de los franceses, traduciendo de paso el contenido de ideas de *El Capital* a un lenguaje asequible también a los proletarios. En sus artículos, publicados a instancias de Liebknecht en *El Estado del pueblo*, en junio, julio y diciembre de 1872 y

febrero de 1873, se presentaba a Proudhon como un mero diletante, que, sin preocuparse en absoluto de las condiciones de hecho en que los fenómenos económicos se presentaban, se volvía de espaldas a la realidad económica para refugiarse en la fraseología jurídica.

Proudhon —escribía Engels— encubría su ignorancia y su desamparo en materia de economía y trazaba a la sociedad existente objetivos cuya consecución no era viable con arreglo a las leyes de su desarrollo económico, sino a tono con los postulados de la eterna justicia. Ahora bien, esta justicia eterna no era otra cosa que la expresión ideologizada, santificada, de las relaciones económicas existentes, vistas unas veces por el lado conservador y otras veces por el lado revolucionario. Su contenido no cambiaba con el lugar y con el tiempo, sino simplemente con las personas. Se trataba de un concepto que podía, evidentemente, manejarse en la vida cotidiana, pero que de nada servía en la investigación científica. Allí donde Marx se apoyaba en la concepción materialista de la historia, Proudhon recurría a la ayuda del creador. "Donde nosotros demostramos, él predica y se lamenta". El que los resultados prácticos de las leyes económicas por las que se rige la sociedad actual atenten contra el sentimiento jurídico de tales o cuales individuos, importa poco, decía Engels. Lo importante —sostenía— es comprender estas leyes y llegar, partiendo de esta comprensión, a las conclusiones revolucionarias congruentes.

El pequeñoburgués Proudhon veía en la revolución industrial de los últimos cien años algo triste y deplorable, digno de ser condenado. Lo que él apetecía era un mundo en el que cada cual pudiera elaborar por sí solo un producto propio e independiente, susceptible de ser consumido y llevado al mercado sin demora. "Pero este mundo, que Proudhon considera como el mejor de los mundos posibles, se ha visto aplastado en flor por los pies del desarrollo industrial, el cual se ha encargado de destruir hace ya tiempo en todas las grandes industrias y va destruyendo, poco a poco, en las pequeñas e ínfimas ramas de producción, el trabajo aislado de los individuos, para sustituirlo por el trabajo social por medio de las máquinas y de las fuerzas naturales puestas a su servicio". Proudhon postulaba el principio de que cada cual recibiera a cambio de su producto el valor íntegro de su trabajo. "Pero el calcular esto, en un producto de la industria moderna, es más complicado de lo que parece. La moderna industria se encarga precisamente de embrollar la participación personal que en el producto total corresponde al individuo y que en el viejo trabajo manual individual se manifestaba por sí misma en el producto elaborado".

En oposición a Proudhon, Engels afirma un desarrollo que potencie en proporciones inmensas la capacidad de producción del trabajo humano, brindando así, "por vez primera desde que existen hombres —como aquí subraya— la posibilidad de que, mediante una división racional del trabajo entre todos los individuos, se obtenga el tiempo sobrante necesario para lograr que se conserve todo lo que es realmente digno de ser conservado en la cultura históricamente heredada, y no sólo se conserve, sino que, además, se convierta, arrancándolo al monopolio de la clase dominante, en patrimonio común de toda la sociedad

y se enriquezca". El "socialismo práctico", dice aquí Engels, no consiste en la invención de recetas mágicas sociales de virtud universal, sino "en el conocimiento certero del modo de producción capitalista en todas y cada una de sus facetas". Y Engels consideraba que la mejor manera de hacer ver a sus lectores el mecanismo esencial del modo de producción capitalista consistía en desarrollar ante ellos los lineamientos fundamentales de la teoría marxista de la plusvalía. La piedra angular del modo de producción capitalista era —expónía— "el hecho de que el orden social vigente permita al capitalista comprar la fuerza de trabajo del obrero por su valor, para extraer de ella mucho más de lo que vale". La plusvalía así obtenida —añadía— es repartida entre la totalidad de los integrantes de la clase global de los capitalistas y terratenientes y sus servidores a sueldo.

El problema de la vivienda sólo constituye —argumenta Engels— un mal secundario del modo de producción capitalista. El obrero, al igual que el pequeño burgués y las otras capas afines a él, se ve sacrificado ante el casero, como ante el tendero, simplemente en cuanto consumidor. "No se dan aquí para nada los resultados característicos de la venta de la fuerza de trabajo al capitalista". De ahí que la idea de convertir a los trabajadores en propietarios de sus viviendas mediante la reducción y abolición gradual de las rentas sólo puede nacer de una mente que considere las realidades emanadas de la gran industria moderna como excrescencias patológicas y siga aferrándose a la idea de que es posible resucitar el mundo agonizante de la pequeña explotación industrial.

Frente al modo "reaccionario" de pensar de Proudhon y de Müllberger, Engels reitera aquí los argumentos que ya en su día había aducido contra el sistema de *cottages* en su obra sobre *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, y se refiere también al moderno sistema de las viviendas-cuarteles y al peligro que representa para los trabajadores todo lo que sea poner trabas a la libertad de desplazamiento.

Pero, como revolucionario consciente, saluda el progreso que significa cortar el cordón umbilical que en el pasado ataba al trabajador a la tierra. Solamente el proletariado concentrado en las grandes ciudades —dice— estará en condiciones de "llevar a cabo la gran transformación social que ponga fin a toda explotación y a toda dominación de clase". Engels sólo ve, ante el problema de la penuria de la vivienda, dentro de los marcos de la sociedad existente, una solución en la que el problema resurge, una y otra vez, al resolverse: la tendencia a ir nivelando gradualmente la oferta y la demanda. Espera que sea la futura revolución social la que se encargue de paliar esta penuria "mediante la expropiación de los poseedores actuales y, en su caso, la instalación en sus casas de los trabajadores sin techo o hacinados actualmente en sus viviendas". Fue ésta, en efecto, la fórmula aplicada más tarde, después del triunfo de la gran revolución rusa.

La verdadera solución al problema de la vivienda sólo será posible, según Engels, cuando la revolución social haya alcanzado su meta y ya no existan cla-

ses. En sus tempranos años socialistas, habían hecho vibrar su espíritu las fantasmías de Owen y Fourier. Y las ideas de estos pensadores resurgían en él siempre que tocaba el tema de la futura superación del antagonismo entre la ciudad y el campo. "Querer resolver el problema de la vivienda dejando en pie las grandes ciudades de nuestros días, es un contrasentido", leemos aquí. "Ahora bien, las grandes ciudades modernas sólo podrán desaparecer cuando se acabe con el modo de producción capitalista, y el día en que esta transformación se ponga en marcha, se encontrará con problemas muy distintos de éste de instalar a cada trabajador en una casita de su propiedad".

Mülberger consideraba como una utopía la abolición del antagonismo entre la ciudad y el campo. A lo que Engels replicaba que tenía de utópico ni más ni menos que la superación del antagonismo entre capitalistas y trabajadores asalariados: este objetivo, dice, "va convirtiéndose más y más, con cada día que pasa, en una exigencia práctica de la producción industrial y de la producción agrícola". Nadie había afirmado este objetivo con más fuerza que el gran químico agrónomo alemán Liebig. Solamente la distribución más equilibrada posible de toda la población a lo largo y a lo ancho del país, solamente el íntimo entrelazamiento de la producción industrial con la producción agrícola, unido a la extensión de los medios de comunicación que ello hará posible, podrá rescatar a la población agrícola de su aislamiento y de su atraso. "No es una utopía afirmar que el liberar a los hombres de las cadenas forjadas por su pasado histórico sólo será completa cuando se haya abolido el antagonismo entre la ciudad y el campo; la utopía está en atreverse a prescribir, 'partiendo de las relaciones existentes', la forma en que deberá ser resuelto este antagonismo o cualquier otro creado por la sociedad actual".

No será ésta, ni mucho menos, la única vez en que, a lo largo de su obra, exprese Engels su convicción de que en el futuro irán borrándose los agudos contornos que actualmente presenta la contradicción entre la ciudad y el campo. Esta convicción se vio reforzada en él por los progresos de la técnica de que pudo ser testigo. Al hacerse realidad la transmisión de la energía eléctrica a grandes distancias, vio en ello "la palanca más poderosa para la supresión" de dicho antagonismo. Y su abolición constituía, como ya había dicho *La ideología alemana*, la premisa para la supresión de la división del trabajo, que era, en última instancia, según la concepción de Marx y Engels, la responsable de la amputación psíquica y espiritual de los hombres de la era capitalista. Se trata, por tanto, de una posición decisiva en el modo de pensar de Engels, en la que más adelante habremos de detenernos.

CAPITULO VIII

EL NUEVO IMPERIO ALEMÁN. EL PROGRAMA DE GOTHA. EL ANTI-DÜHRING.

Engels llevaba ya más de veinte años viviendo en Inglaterra, pero no se sentía aclimatado. Era alemán por temperamento y se sentía alemán. Pero no abrigaba la menor simpatía por una unificación alemana basada en el entendimiento entre los monarcas y las llamadas ciudades libres, después de la victoria sobre Francia. Ya de por sí el trazado de las fronteras del nuevo reino disgustaba a este hijo del Rin, cuya sensibilidad nacional se había nutrido vigorosamente, desde muy joven, en los textos literarios del alto alemán medio. Algunos apuntes encontrados en un cuaderno de notas expresan su profundo malestar por la eliminación de la Alemania austríaca y el desplazamiento del centro político de gravedad a la "Alemania colonial", en estas elocuentes palabras: "Los Nibelungos se desarrollan en los dos grandes ríos alemanes, el Rin y el Danubio. ¿No nos parecería absurdo que Worms, patria de Krimhilda y escenario de las hazañas de Sifgrido, pasara a ser francesa? Pues bien, igualmente absurdo es ver eliminada de los confines del nuevo Rin alemán la cuenca del Danubio y a Rudiger de Bechelaren, por así decirlo, convertido de nuevo en vasallo de los magiars. Gualterio de Vogelweide, el gran poeta de la Edad Media alemana describía a su patria como el país que se extiende entre el Elba y el Rin y que por el otro lado llega hasta Hungría. Ahora, se dejan fuera de Alemania las tierras de los viejos germanos austríacos, para colocar en el centro de gravedad los territorios situados al este del Elba, que entonces no eran alemanes. ¡Y a eso se le llama el reino alemán!"

Y si no estaba de acuerdo con la "Pequeña Alemania" en base a la cual se había hecho la unificación, menos aún podía estarlo con las fuerzas que habían instaurado aquel tipo de unidad y que ponían su impronta en el nuevo reino. Difícilmente habría podido Engels, ahora, unirse al grito de "¡Viva Alemania!", con que el poeta Freiligrath, en otro tiempo camarada suyo de luchas, expresaba su entusiasmo ante la nueva situación. En 1848, contaba solamente con un fugaz sueño de dominación de la burguesía y tuvo que decepcionarle profundamente ver que, todavía en 1871, esta clase social distaba mucho de

ser el poder decisivo en el Estado alemán. Jorge Herwegh, el otro poeta de los años de esplendor de las esperanzas republicanas, exclamaba, con abatimiento: "¡Pobre Alemania, siento pena por ti!" Pero tampoco él expresaba lo que en el fondo de su corazón sentía Engels en aquel momento decisivo del destino alemán. Sobre la pena prevalecía en él la firme creencia en un futuro más en armonía con sus ideas. No se avenían con su carácter aquellos gestos declamatorios que daban a Alemania por perdida al ver ahora sentado en el trono del reino al "Verdugo de Rastatt". Se esforzaba en descubrir los rasgos hipocráticos en la cara de la nueva estructura del poder y estaba resuelto desde el primer momento, seguro "a pesar de todo" de la futura victoria, a luchar contra ella.

Pero, ¿dónde estaban los hombres que, en la Alemania de aquellos días, sintieran como sentía este emigrado? Los que habían sido antes constitucionalistas y ahora se llamaban nacional-liberales se habían plegado por entero al modesto papel que los militares y la nobleza asignaban a la burguesía en el nuevo reino, e incluso los demócratas se apresuraban a reconocer, en el nuevo Estado monárquico de Bismarck, si no la realización de sus sueños republicanos, por lo menos el primer paso hacia ella. Y Bismarck no hacía más que decir la verdad cuando, en un mensaje a su embajador en París, expresaba su satisfacción al ver con qué fuerza y en qué gran número los alemanes, desde los liberales rojos y moderados hasta los conservadores, abandonaban las filas de la oposición doctrinaria para abrazar el sentimiento de responsabilidad hacia el Estado.

Solamente un reducido grupo de viejos demócratas seguía rechazando toda vehemencia con la ahora omnipotente monarquía militar. Este pequeño círculo seguía girando en torno a la misma figura que en la generación anterior había dado la consigna para la resistencia del liberalismo contra el absolutismo. Pero ni el propio Jacoby esperaba mucho, ahora, de la voluntad de resistencia y la apetencia de poder de la burguesía alemana. Se ofreció al Partido obrero socialdemócrata para que se incluyera su nombre entre los candidatos a las próximas elecciones al Reichstag. Liebknecht y Bebel se hallaban todavía reclusos en la fortaleza de Lötzen, purgando su condena de prisión, y el joven partido no disponía aún de un solo nombre que pudiera parangonarse con el del autor de *Las cuatro preguntas de un prusiano oriental*. Esto llevó a Engels a aplaudir el valiente paso dado por aquel viejo doctrinario que no arriaba bandera. Razón de más para que mostrara su gran indignación al saber que aquel hombre, "excesivamente prudente" a su modo de ver, se negaba, por "banales razones de corte democrático-vulgar" a aceptar el acta, después de haber sido elegido por los obreros de Leipzig. En carta a Guillermo Blos, que sustituía a Liebknecht en la redacción de *El Estado del pueblo*, calificaba de ilógico el "rechazar la violencia como algo por sí mismo reprochable, cuando todos sabemos que, a fin de cuentas, sin violencia no es posible hacer nada". Y, si se rechaza la violencia y se repudia también una acción parlamentaria leal, ¿qué otro camino queda, como no sea el del abstencionismo, preconizado por Bakunin?

Ni a Engels ni a Bakunin se les podía ocultar que la implantación de una

fuerte monarquía militar en el corazón de Europa venía a fortalecer todavía más a todas las fuerzas autoritarias y contrarrevolucionarias. Pero el primero, a diferencia del segundo, jamás se desanimó ni perdió la esperanza en la victoria. Ciertamente que él no confiaba en el triunfo infalible de la justicia, como Jacoby, ni en el instinto revolucionario de las masas campesinas, como Bakunin y mucho menos aún en el espíritu de desesperación de los estudiantes. Sus esperanzas se fundaban en el desarrollo progresivo e incontenible de las fuerzas productivas, que ni Bismarck ni Moltke serían capaces de detener. Esto le llevaba a ver en el nuevo Imperio prusiano-alemán un fenómeno histórico como cualquier otro, del que no había razones para alegrarse ni para lamentarse, pero con el que había que contar y que el proletariado con conciencia de clase sería, en definitiva, el llamado a domeñar.

Como conocía, con su experiencia de especialista en asuntos militares, la imponente maquinaria de guerra de que disponía el nuevo reino alemán, sabía valorarlo en sus justos términos y descartaba la posibilidad de que sucumbiera en tiempo previsible a la prepotencia de una coalición enemiga. Abrigaba, en cambio, la certeza de que aquel poderío sería derrocado en un futuro un poco más remoto por el desarrollo incontenible de la conciencia de clase de los trabajadores, cuyos contingentes integrarían este ejército combatiente. En agosto de 1872 escribía a Hepner, redactor de *El Estado del pueblo*, quien había hablado de la posibilidad de una próxima guerra, que si esta guerra estallara, se vería coronada por la victoria de las armas alemanas. Y todavía en 1875, cuando parecía realmente acercarse el peligro de una guerra preventiva contra Francia, se manifestaba en *El Estado del pueblo* contra "el oficioso griterío bélico", llamaba al "Imperio alemán de la nación prusiana" el "verdadero representante del militarismo" y añadía: "Este sistema no caerá definitivamente desde fuera por la acción de otro Estado militar victorioso, sino desde dentro, bajo el peso de sus propias e inevitables consecuencias". Era ésta, además, la solución congruente con los deseos de Engels. "No cabe duda de que una revolución berlinesa así será bastante tosca" —escribía a Hepner—, "pero sería mejor después de todo que viniera desde dentro, y no como consecuencia de un nuevo Sedan, que trae siempre malas consecuencias".

Engels era, sin duda alguna, la más grande cabeza política que vivió la era Bismarck, desde el principio hasta el fin, solamente desde la atalaya del extranjero. Su concepción económica de la historia le permitía descubrir por debajo de la piel política de los acontecimientos el flujo sanguíneo social y el esqueleto económico del nuevo Imperio. Estaba seguro de que el tiempo trabajaba a favor de las fuerzas en que él confiaba y que el Canciller de Hierro jamás sería capaz de cerrarles el paso.

Creía ver claro en cuanto a la estructura política y social que tenía su exponente en la nueva Alemania unificada. El Imperio tan ignominiosamente liquidado en Francia se había desplazado, con diversas variantes, del país de los vencidos al de los vencedores. En Alemania regía el sufragio universal, pero la policía era todopoderosa; el pueblo, allí, no pintaba nada, y la Corona, ase-

sorada por el Canciller y el Estado mayor del ejército, lo era todo. Pero, a tono con la teoría del *Manifiesto comunista*, para que el proletariado pudiera lanzarse victoriosamente a la lucha por el poder era necesario, ante todo, que la burguesía se instaurara plenamente en el poder e implantara la democracia y la república. Ahora bien, aunque Engels tuviera en cuenta que, desde la incorporación al reino de la Alemania del sur y de las provincias imperiales, la mayoría de la población alemana estaba formada por las capas que desde hacía ya mucho tiempo habían rebasado el feudalismo de los *junkers* de la vieja Prusia, no podía valorar muy alto la perspectiva de que el frente de lucha unido contra ellos pudiera formarse en un cercano futuro. Hacía mucho tiempo que sabía a qué atenerse acerca de la cobardía de la burguesía alemana; sabía por la historia que ésta no había obtenido nunca las victorias por sí misma, sino gracias a las luchas de "las masas plebeyas del pueblo", los obreros y los campesinos.

En un artículo publicado en *El Estado del pueblo* el 15 de enero de 1873 establecía un cotejo entre la vieja monarquía prusiana semifeudal y la nueva monarquía prusiana "bonapartista" y señalaba que la condición fundamental de aquella era el equilibrio entre la nobleza terrateniente y la burguesía, mientras que ésta descansaba, fundamentalmente, sobre el equilibrio entre la burguesía y el proletariado. El poder real del gobierno se hallaba en ambos casos en manos de una casta especial de oficiales del ejército y funcionarios que aparentemente se hallaban al margen o, si se quiere, por encima de la sociedad. La independencia de esta casta confería al Estado visos de ser algo aparte de la sociedad misma. De esta contradictoria realidad social se derivaba, como consecuencia necesaria, en Prusia y en la Alemania encabezada por ella, un pseudo-constitucionalismo, que representaba, a la vez que la forma de disolución de la vieja monarquía absoluta, la forma de existencia de la nueva monarquía bonapartista.

De 1848 a 1866, el lento proceso de putrefacción de la monarquía absoluta se había ido desarrollando sigilosamente, pero a partir de 1866, la disolución del viejo Estado estaba ya a la vista de todos. Pero también se había ido extendiendo en gran escala y con vertiginosa rapidez la corrupción importada de Francia. El vértigo desatado por el maná de los miles de millones trastornaba a las capas más importantes del país. La nobleza feudal engrosaba con sus nombres las listas de directores de toda suerte de sociedades anónimas, sólidas unas y otras fraudulentas; la burocracia volvía la espalda al Estado y se dedicaba a cazar puestos, mucho más rentables, en el aparato industrial. El tránsito de la monarquía absoluta a la bonapartista marchaba viento en popa y la próxima crisis comercial e industrial se encargaría de romper el cuello no sólo a todas aquellas especulaciones vertiginosas, sino también al viejo Estado prusiano, en el que, después de la unificación con el resto de Alemania, la fachada no correspondía a la estructura interna del edificio. "El régimen de los *junkers*, que en la vieja Prusia respondía a una necesidad, representaba ahora una rémora para la Alemania unificada".

Es bien sabido que Bismarck, desde finales de 1872, sostuvo con los *jun-*

kers un conflicto que duró todo un año, motivado por la reforma administrativa territorial que, entre otras cosas, tendía a eliminar la policía señorial vigente. Engels, como es natural, se mofaba de que "los hidalgüelos raídos", a los ochenta años de la revolución francesa, siguieran aferrados a la policía señorial de los tiempos del feudalismo y señalaba cómo la ironía de la historia obliga a un "junker por excelencia" como Bismarck a "dar un hachazo a la arrogancia de los junkers". Consideraba, sin embargo, la nueva Ordenanza territorial como una ley lamentable, aunque, a su juicio, minara los fundamentos de la vieja Prusia. Pero se daba cuenta de que el Senado no estaba dispuesto a tolerar en lo que de él dependiera, que los junkers, perdiendo sus privilegios, "descendieran al nivel de un vulgar terrateniente moderno".

Tal vez el mejor testimonio del odio irrefrenable que Engels sentía contra los junkers y contra un tipo de Estado que seguía basándose en las fuerzas específicas de esta capa social era la serie de artículos sobre "El aguardiente prusiano" publicados por él en 1876 en *El Estado del pueblo* y luego editados en folleto aparte. En estos artículos, polemizando contra un discurso pronunciado en el Reichstag por von Kardorff, dirigente del grupo liberal-conservador, sustentaba con todo rigor la teoría de que la Prusia histórica se vería condenada a perecer cuando perdiera su predominio en el mercado mundial la industria de destilación de aguardiente de patata que por aquel entonces florecía en sus provincias dedicadas a la agricultura en gran escala. Gracias al invento que permitía utilizar las patatas para la fabricación de aguardiente, los junkers, dueños de "tierras que apenas producían otra cosa que patatas e hidalgos de aldea" habían logrado hacer frente a la competencia mundial e imponer sobre toda la Pequeña Alemania la hegemonía de aquella zona, "todavía semifeudal", la más "rezagada, retrógrada e inculta" del país. Kardorff había señalado que la fabricación rusa de aguardiente, cuya producción resultaba más barata, a pesar de que seguía utilizando el trigo, podía llegar a ser en el mercado mundial un competidor peligroso para la principal industria de los grandes terratenientes prusianos. Y Engels, en sus artículos, declaraba que este temor no carecía de fundamento, refiriéndose de paso a que los "famosos destiladores de aguardiente"—como el propio Kardorff, y la anexión de Alsacia-Lorena eran lo que había puesto al nuevo reino alemán a los pies de Rusia. "De nada sirve —decía— quejarse ni lamentarse. Las leyes de la producción capitalista, mientras ésta se mantenga en pie, son tan inexorables para los junkers como para los judíos".

Con la hegemonía del aguardiente prusiano —señala Engels— se derrumbará también el militarismo prusiano. "El día en que se le arrebate al junker prusiano el yelmo del aguardiente y no le quede más que el yelmo de su escudo nobiliario o, a lo sumo, el yelmo militar, Prusia se vendrá a tierra". En ese momento —afirma Engels— los junkers del este del Elba perderán la base de sustento material que antes les permitía dominar al Estado, suministrando a éste, en las personas de sus hijos menores, los oficiales del ejército y los funcionarios, y haciendo de los campesinos semisiervos de sus latifundios los soldados llamados a defender incondicionalmente el orden. "Cuando se hunda el nego-

cio de la destilación de aguardiente”, decía, “caerá el militarismo prusiano, sin el cual Prusia no será nada. Estas provincias del Este descenderán de nuevo al rango inferior que dentro de Alemania les corresponde por la exigua densidad de su población, por su industria sujeta al vasallaje de la agricultura, por sus condiciones semif feudales y por el atraso de su desarrollo burgués y de su cultura general. Y entonces, el resto de los países que forman el reino alemán, libres de la opresión de esta hegemonía semimedieval, respirarán y pasarán a ocupar la situación que les corresponde por su desarrollo industrial y el nivel superior de su cultura”.

La apatencia de poder, que Engels no podía negarles a los *junkers*, a quienes aborrecía, la echaba muy de menos, en cambio, como ya tantas veces hemos tenido ocasión de ver, en la clase de la que él mismo había salido. Aquella burguesía, “podrida antes de haber llegado a madurar”, nunca aspiró seriamente a llegar al poder. En un escrito fechado el 1 de julio de 1874, trataba Engels de demostrar que cuando el gobierno implantaba reformas de carácter burgués lo hacía obedeciendo a una presión, aunque por astucia presentara la cosa como si cada una de estas pequeñas concesiones hechas por la Corona le hubieran sido arrancadas a duras penas bajo el peso de la necesidad. La burguesía —según Engels— tenía una visión bastante clara de la realidad, y si recurría a tales añagazas, no era por temor al gobierno, sino por miedo al proletariado. Cumplía, sin embargo, con su cometido en el terreno comercial y en el terreno industrial. Y aunque mil Bismarcks se enfrentaran a ello, en la vida económica tendrían que plegarse, quisieran o no, a los dictados de esta clase.

Engels había comprendido claramente desde el primer momento que los acontecimientos de 1866 y 1870-71 habían quitado de en medio los peores obstáculos políticos que durante tanto tiempo se habían opuesto al auge de la industria alemana. Le produjo enorme satisfacción saber que el impetuoso crecimiento iniciado a raíz de aquellos cambios había permitido a Alemania ponerse rápidamente, en el campo industrial y en el social, a la altura de los países occidentales que hasta entonces le llevaban tan gran delantera. He aquí lo que escribía, el 1 de julio de 1874: “Tenemos, por fin, un comercio mundial, una verdadera gran industria y una burguesía realmente moderna y tenemos también un proletariado realmente poderoso. Quienes en el futuro escriban la historia de Alemania en los años 1869 a 1874 concederán mucha más importancia al progresivo desarrollo, no ostentoso, callado pero continuo, del proletariado alemán que al tronar de los cañones en las batallas de Spichern, Mars-la-Tour y Sedan”.

Desde la muerte de su madre, cada vez eran menos frecuentes sus visitas a Alemania. Ello lo supeditaba más de lo que habría deseado a las observaciones que otros le hacían llegar. “Te ruego que me informes con la mayor frecuencia posible acerca de la situación en Alemania especialmente sobre el desarrollo industrial”, dice en una carta a Bebel, en otoño de 1884. “No siempre te constataré en detalle a ello, pues en estas cosas tengo que limitarme a escuchar, pero tus noticias son siempre muy bien recibidas, tanto más cuanto que son las

únicas de las que puedo fiarme incondicionalmente". Pero tampoco —como era justo y natural— dejaba de tener sus límites la confianza en este informante. En una de sus cartas, manifiesta a Marx que incluso los informes de Bebel deben tomarse *cum grano salis*.

Según Engels, la única gran industria que realmente existía en la Alemania de los setenta y de comienzos de los ochenta era la siderúrgica, ya que en la textil, la que él mejor conocía, predominaba todavía el telar manual. Todavía en 1884 consideraba que la industria alemana, aunque "ya, por fin, en gran escala" seguía produciendo solamente los artículos "que los ingleses consideran demasiado mezquinos y los franceses demasiado vulgares". "Sus fuentes de vida", proseguía, "consisten todavía en plagiar los modelos extranjeros y, en segundo lugar, en regalar la plusvalía propiamente dicha al comprador, que es lo que les permite competir con otros y estrujar una plusvalía abusiva presionando sobre el salario, y solamente de eso vive su industria".

Bebel objetó a esto que tal vez Engels menospreciaba el desarrollo y el poderío económico real de la industria alemana. A lo que Engels contestó que no trataba de negar los "enormes progresos" logrados y que reconocía que, en la industria siderúrgica, Alemania sólo se veía aventajada por Inglaterra. Insistía, en cambio, en que la industria algodonera alemana seguía produciendo para el mercado mundial artículos accesorios solamente, en que Inglaterra monopolizaba lo mismo que antes el mercado de la India y la China, en que solamente los Estados Unidos, y no Alemania, le disputaban allí la supremacía, en que lo mismo ocurría con respecto a la lana y el lino y en que en el mercado de productos metalúrgicos, incluyendo la maquinaria, Inglaterra seguía afirmando su prepotencia y temiendo a su rival más peligroso, que no era precisamente Alemania, sino Norteamérica.

El prólogo escrito por él en 1887 para la nueva edición de su *Problema de la vivienda* indica claramente cómo veía Engels la inserción de la gran industria alemana en el mercado mundial de aquellos años. En estas páginas se dice que la gran industria de Alemania, exceptuando la siderurgia, trabaja casi exclusivamente para el mercado interior y que el gran volumen de las exportaciones alemanas está formado por una enorme cantidad de pequeños artículos para los que la gran industria suministra, a lo sumo, productos semimanufacturados, procedentes, a su vez, en gran parte, de la industria casera rural. Tal seguía siendo todavía, por el momento, para él, "la rama más importante de producción" en Alemania. Auguraba, sin embargo, que esa rama no tardaría en verse desplazada por la maquinaria y la producción fabril y esperaba que, al ser aniquilada a consecuencia de ello la existencia de millones de productores rurales, esto provocaría "una revolución industrial y agrícola en favor del capital y de la gran propiedad de la tierra en favor de los campesinos".

Engels veía en los grandes terratenientes del este del Elba la clase social sin cuya desaparición no podría llegar a librarse en Prusia-Alemania la lucha final entre la burguesía y el proletariado, y lo que no le parecía bien de Schweitzer era que predicara la lucha de clases solamente a los obreros industriales.

sin hacerla extensiva también a los trabajadores del campo, muy superiores a aquéllos en número. Al renunciar a la presidencia de la Asociación general de obreros alemanes y retirarse de la lucha este dirigente, después de la guerra franco-alemana, Engels perdió con él a un adversario en quien, como recordaremos, reconocía a "una cabeza muy capaz", pero también a un "gran canalla".

Para aquel entonces, ya Liebknecht había roto la alianza con la democracia burguesa, que tantos motivos de queja había dado a sus dos amigos de Londres, para fundar, en unión de Bebel y de algunos hombres prestigiosos procedentes del campo de Lassalle, un partido cuyo programa, el llamado programa de Eisenach, no respondía teóricamente a los postulados teóricos de Marx y Engels, pero era ya, incuestionablemente, un partido de clase. La actitud de neutralidad mantenida hasta entonces por ellos ante las dos corrientes encontradas del movimiento obrero socialista alemán no tenía ahora razón de ser, y fue abandonada. Engels aborrecía la estructura creada por Lassalle, con su organización centralizada, en la que había tanto de cesarismo. Encontraba chapucero y confuso su programa económico, peligroso su programa político, y la más peligrosa de todas su vaga interpretación del concepto del Estado, la cual podía inducir a sus seguidores, como había inducido a su creador, a la tentación de pactar con el gobierno Bismarck.

El objetivo más importante que, a juicio de Engels, tenía que plantearse el movimiento obrero alemán, ahora como antes, era el aplastar radicalmente la influencia que el programa y la táctica de Lassalle seguían ejerciendo en extensos círculos de la socialdemocracia. Pero este objetivo sería punto menos que inasequible mientras la Asociación general de obreros alemanes dispusiera, como disponía, de una organización más sólida, de mayor número de afiliados, de cotizaciones más abundantes y de una prensa más influyente que el Partido obrero socialista de Liebknecht y Bebel. Sin embargo, la hostilidad entre las dos tendencias que aspiraban a tener la hegemonía sobre los trabajadores alemanes de ideas socialistas había ido perdiendo algo de su tirantez con el apartamiento de Schweitzer, la unificación de Alemania y la necesidad de coordinar ocasionalmente sus fuerzas en las campañas electorales y en el parlamento. Y las relaciones entre ellas no tuvieron más remedio que cambiar de rumbo, sobre todo en enero de 1874, a raíz de las elecciones al Reichstag. Como resultado de la crisis económica, el número de sufragios emitidos en aquellas elecciones a favor de los dos partidos obreros aumentó considerablemente. Alertados por este peligro, la procuraduría de justicia y la policía de Bismarck, seguidas poco después por la legislación, decidieron arreciar en su lucha contra el movimiento obrero socialdemócrata de cualquier tendencia.

A comienzos de la década del setenta, Engels expresaba todavía la creencia de que Bismarck, a quien definía como "un *junker*, burgués especulativo y superficial estadista, favorecido por la suerte", todo en una pieza, "no tenía miedo al fantasma rojo" y de que, aunque se dejase arrastrar por "la batida general de difamaciones contra la Internacional", no tomaba la cosa muy en

serio. Se inclinaba a creer que Bismarck se limitaría a esforzarse en "volver a encarrilar al movimiento obrero por la vía, tan útil para él, trazada por Schweitzer".

Pero ahora comenzó a darse cuenta, al igual que los de Eisenach y los lassalleanos, de que Bismarck se proponía, realmente, en la medida en que le fuera posible, exterminar la socialdemocracia. Mientras que antes procuraba tratar al partido de Lassalle con manos más blandas que a los seguidores de Sonnemann y a los particularistas de Suabia, ahora parecía decidido a perseguir con especial saña a los militantes de la Asociación general de obreros alemanes, de cuyos dirigentes sospechaba Engels, hasta hacia poco, que marchaban del brazo de la policía.

Desde 1872, los periódicos y los congresos de ambos partidos venían debatiendo el problema de la posibilidad de llegar a una fusión o, por lo menos, a un entendimiento de orden táctico. Pero, todos los hilos que se tendían se veían enseguida desgarrados por el cúmulo de odios y recelos que durante tantos años se habían ido acumulando. Engels y Marx, quienes, según la manera de ver de Bebel, "abrigaban una desconfianza exagerada contra todo lo que viniera de Lassalle", no veían con malos ojos este enfrentamiento. Según ellos, para que las enseñanzas de *El Capital* y las consecuencias derivadas de ellas encontraran la necesaria acogida entre las masas del proletariado alemán, era necesario, ante todo, dar la batalla a Lassalle como teórico del socialismo. Liebknecht y Bebel informaban constantemente a Engels que hasta en el Partido obrero socialdemócrata seguían siendo los escritos volanderos de Lassalle los que servían de base al socialismo que las masas profesaban y que incluso entre sus afiliados había que contar con el mito Lassalle como con un hecho real que no sería posible eliminar de la noche a la mañana.

Y, sin embargo, a Liebknecht y Bebel les importaba mucho desterrar de las cabezas y los corazones de los trabajadores la imagen del tribuno ya muerto. Instaban constantemente a Marx para que se decidiera a escribir algo o publicara en las columnas de *El Estado del pueblo* algunos artículos en que se esclarecieran los errores teóricos de Lassalle y a Engels para que influyera en este sentido sobre su amigo. Bebel estaba seguro, como hubo de escribirle a Engels en 1873, de que ello sería "un golpe demoledor contra el culto que se tributaba a aquella figura". Pero Marx acababa de sufrir una grave enfermedad y no estaba en condiciones de satisfacer aquellos legítimos deseos. Sólo se decidió a afrontar la tarea cuando se dio cuenta de que era inminente el peligro de que ideas teóricas fundamentales de Lassalle tomaran cuerpo en el programa de la socialdemocracia alemana, al unificarse el partido. Sin embargo, la implacable aniquilación del teórico Lassalle que representan las *Glosas críticas marginales* escritas por Marx en 1875 no salieron por entonces a la luz pública para que todo el partido las conociera y sólo se dieron a conocer a un reducido círculo de dirigentes.

Engels opinaba que cualquier intento de acercamiento a la otra tendencia debía esperar hasta que "el movimiento real" se sobrepusiera todavía más al

“fanatismo sectario”. No quería que se cayera en una fórmula transaccional que dejara ni el menor resquicio a la colaboración con el Estado existente, siguiendo la tradición del lassalleísmo. De ahí que en junio de 1873, hablando en su nombre y en el de Marx, pidiera a Bebel, quien purgaba todavía su pena de cárcel, que “no se dejara llevar de los clamores de unificación” y “no se preocupara demasiado por el competidor”. Ambos partidos socialdemócratas —le decía— representaban todavía una minoría muy reducida de la clase obrera alemana y una larga práctica les había hecho ver a Marx y a él que la propaganda acertada no era la que trataba de restar al adversario unos cuantos individuos o afiliados, sino la que procuraba influir en las grandes masas, que permanecían todavía al margen.

“Un solo trabajador a quien logremos arrancar por su propio impulso a la ignorancia vale más que diez tráfugas lassalleas, que, quiérase o no, contaminarán al partido con los gérmenes de sus tendencias falsas”, explica Engels. Claro está —añade— que todo partido aspira a lograr éxitos, pero hay circunstancias —decía, en esta carta— en que se debe tener el valor de sacrificar al éxito momentáneo cosas más importantes, sobre todo tratándose de un partido de cuya victoria final podemos estar absolutamente seguros. Sin embargo, Liebknecht pretendía estar mejor versado en el campo de la práctica que Engels, quien, en cierta manera, no apreciaba la diferencia que existía “entre un partido puramente teórico y un partido militante”. Este debía proponerse, según él, el objetivo inmediato de destruir la recia organización del adversario, impedir, mediante una labor sistemática de agitación, que ganara nuevos afiliados y atraerse “a sus miembros que no se hallen aún totalmente corrompidos”.

En junio de 1874, la Asociación general de obreros alemanes fue clausurada y disuelta por la policía. El anhelo de unificación de ambos partidos se hizo ya incontenible. En el otoño de dicho año, los lassalleanos se acercaron al Comité de los de Eisenach, que tenía su sede en Hamburgo y que no se mostró, en modo alguno, reacio a sus deseos. Geib y Auer se pusieron inmediatamente al habla con Liebknecht, quien había recuperado recientemente su libertad. Bebel, todavía encarcelado, no pudo influir en los decisivos acontecimientos de los días subsiguientes. Aquél se jactaba todavía a la vuelta de los años de que todos los hilos habían pasado por sus manos, y con la misma reiteración le acusaba Engels de ser, por su precipitación, el responsable de la “unificación a todo trance” en que habían caído, a pesar de las continuas prevenciones suyas y de Marx en contra de esa manera de proceder.

Engels habría preferido que, incluso en aquellas circunstancias, el Partido obrero socialdemócrata se hubiera mostrado más reacio ante los lassalleanos, aguardando a que éstos, en pocos meses, tuvieran que refugiarse en aquella organización como “una banda desorganizada”. En estas condiciones, no habrían necesitado negociar con ellos de igual a igual y los puntos programáticos de principio —y esto era lo más importante para él— no habrían tenido que someterse a regateos y discusiones.

Engels y Marx no querían pasar ante los dirigentes del partido en Alema-

nia por unos doctrinarios, empeñados en hacer fracasar, por tiquismiquis teóricos, un paso práctico impuesto ya por la necesidad. De ahí que ambos hicieran hincapié en que cuanto sucedía en las realidades del movimiento era más importante para ellos que una docena de programas. Pero, al mismo tiempo, insistían en que, a pesar de todo, un programa era algo que obligaba e imponía responsabilidades. Era, como decía Engels, una bandera públicamente desplegada o, como se expresaba Marx, el índice indicador del nivel en que se encontraba el movimiento del partido. Y si, por el momento, las circunstancias no permitían aún modelar el programa de Eisenach a gusto de sus deseos, si aconsejaban llegar con la Asociación de obreros alemanes, provisionalmente, a un entendimiento práctico para la acción contra el enemigo común, sin embargo esta solución transitoria y provisional no habría sido conveniente ante el recrudecimiento de las persecuciones policíacas, que empujaban a las masas a reclamar clamorosamente la unificación, imponiéndosela a los dirigentes de ambos partidos, lo mismo a Liebknecht, Auer y Geib que a Hasenclever y Tölcke. Los lassalleanos, sobre todo, se sentían apremiados ante la represión desencadenada contra ellos.

Ocupaban el primer plano de las discusiones en torno a la unificación las cuestiones relacionadas con la futura estructura de la organización del partido, con la suerte de su prensa, con la provisión de los cargos de dirección. El texto del programa en base al cual se haría la unificación no era entonces el eje de los debates, como suele ocurrir siempre que ocupan un lugar predominante las razones de prestigio y los intereses de orden práctico. Liebknecht estaba convencido de que la unificación no se lograría sin hacer algunas concesiones a los puntos programáticos lassalleanos. Y, como temía, con razón, que Marx y Engels se opusieran a ello, decidió ocultarles algunas de las fases precisas de las negociaciones sostenidas durante los siguientes meses. A comienzos de marzo de 1875, los amigos de Londres quedaron sorprendidos, y no muy gratamente, por cierto, al ver publicado en *El Estado del pueblo* y en *El nuevo socialdemócrata* el proyecto de programa y de las bases de organización del futuro Partido obrero socialista de Alemania, fruto de los acuerdos a que había llegado la comisión unificadora. Sus peores aprensiones se veían confirmadas por la realidad. Engels comprobaba cuán amplias y sustanciales eran las concesiones hechas por Liebknecht a los lassalleanos, sin que, a su juicio, la proporción real de fuerzas lo justificara en manera alguna.

Y lo más peligroso de todo era que el entendimiento acerca del programa había llegado ya tan lejos, que resultaba punto menos que imposible introducir en el proyecto modificaciones esenciales. No obstante, el programa tendría que ser discutido y aprobado por un congreso. El 1 de abril, después de cumplir su pena de cárcel, quedaría en libertad Bebel, tal vez el único de quien podía esperarse que cerrara el paso al curso que parecían tomar las cosas y que Marx y Engels consideraban peligrosísimo para el movimiento socialista alemán. Estaban seguros de que él condenaba aquel proyecto de programa. A fortalecer su resistencia y ptrecharla con los argumentos teóricos necesarios se encami-

naba una larga carta en la que Engels, con fecha 18 de marzo, daba rienda suelta a su indignación. Por intermedio de Bracke, un camarada en quien los dos amigos, por su formación teórica, cifraban alguna confianza, esta carta debía llegar a manos de Bebel en el momento mismo en que traspusiera hacia la libertad las puertas de la cárcel.

Engels consideraba el proyecto de programa como una "genuflexión que el sano proletariado alemán hacía ante el lassalleísmo". Ya desde el primer día en que lo manifestó públicamente, Marx y Engels habían condenado con los mismos argumentos lo que Lassalle ofrecía teóricamente y lo que prácticamente consideraba lícito. Cada uno de los dos amigos se movía a sus anchas en el mundo de ideas en que el otro vivía y el terreno ideológico que uno pisaba era también el que pisaba el otro. Resultaría, por tanto, superfluo entrar a analizar aquí qué había puesto de su cosecha Marx en la carta dirigida por Engels a Bebel o qué participación había tenido Engels en las *Glosas críticas marginales* en que Marx volvía a fustigar implacablemente, en aquella ocasión, las ideas de Lassalle. La citada carta de Engels coincidía, en cuanto a su contenido esencial y a su intención, con la que el 5 de mayo escribió Marx a Bracke, y que le pedía comunicara también a Geib, Auer, Bebel y Liebknecht.

El primer punto del "insulso y endeble programa" contra el que Engels se manifiesta en la citada carta es "la frase históricamente falsa de Lassalle" según la cual, "comparadas con el proletariado, todas las otras clases constituyen una masa reaccionaria". "Esta afirmación", explica Engels, "sólo responde a la verdad en ciertos casos excepcionales, por ejemplo en una revolución proletaria como la Comuna de París o en un país en el que la burguesía no se haya limitado a conformar el Estado y la sociedad a su imagen y semejanza, sino que, además, y siguiendo sus huellas, haya sufrido la misma transformación, hasta sus últimas consecuencias, la pequeñoburguesía. Si en Alemania, por ejemplo, la pequeñoburguesía democrática formara parte de esa masa reaccionaria, ¿cómo podría explicarse que el Partido obrero socialdemócrata marchara allí, durante años, del brazo de ella, es decir, del 'Partido del Pueblo'? ¿Cómo podría, si así fuera, *El Estado del pueblo* tomar casi todas sus ideas políticas de un periódico demócrata-pequeñoburgués como *La gaceta de Francfort*? ¿Y cómo podrían incluirse en este mismo programa nada menos que siete puntos que coincidían directamente y al pie de la letra con el programa del 'Partido del Pueblo' y de la democracia pequeñoburguesa?"

Además, Engels condenaba el proyecto de programa porque, en cuanto al presente, volvía totalmente la espalda al principio del internacionalismo y no veía en él más que una pálida perspectiva, no ya de una posible cooperación de los trabajadores europeos en la lucha por su liberación, sino "¡de una futura fraternidad internacional de los pueblos", de esos "Estados unidos de Europa de que nos hablan los burgueses de la Liga de la paz!" Si no se quería hablar de la Internacional en cuanto tal, habría podido hacerse constar, por lo menos, la **conciencia** de la solidaridad con los trabajadores de los demás países.

¿Y cómo era posible haberse dejado imponer la célebre "ley férrea" las-

saliciana del salario, superada y mandada retirar desde que Marx, en *El Capital*, había demostrado el carácter tan elástico y, al mismo tiempo, tan complicado de las leyes por las que el salario se regula? La única reivindicación social que el programa formulaba era la "ayuda del Estado" reclamada por Lassalle, que, en el mejor de los casos, sólo constituía una de tantas medidas para alcanzar la meta que el proyecto de programa expresaba con la desmayada frase de "abrir paso a la solución del problema social". Para Engels, desde la aparición de *El Capital*, ya no podía hablarse teóricamente de un "problema social" no resuelto. Y asimismo censuraba el que el programa no hablara en absoluto de los sindicatos, es decir, de la verdadera organización de clase del proletariado, en la que éste riñe sus batallas diarias contra el capital, en la que la clase obrera se foguea y que nadie, sencillamente, puede destruir. "Dada la importancia que esta organización tiene también en Alemania, era incondicionalmente obligado hablar de ella en el programa y dejarle abierto, dentro de lo posible, un lugar en la organización del partido", decía Engels.

Junto a estas concesiones de tanta monta que se hacían al partido de Lassalle veía Engels, simplemente, un conglomerado de exigencias bastante confusas y puramente democráticas, algunas de las cuales podrían figurar igualmente en cualquier programa liberal burgués. La demanda de un "Estado libre del pueblo" se convertía en el programa, simplemente, en la de un "Estado libre". Ahora bien, gramaticalmente, Estado libre era el que tenía manos libres frente a sus ciudadanos, es decir, un Estado gobernado despóticamente.

Engels aconsejaba que se dejaran ya todas las chácharas acerca del Estado, sobre todo desde la Comuna, que no era ya un Estado, en el verdadero sentido de la palabra. "Del 'Estado del pueblo' estamos cansados de oír hablar a los anarquistas, a pesar de que ya en la obra de Marx contra Proudhon y, más tarde, en el *Manifiesto comunista* se dice directamente que, al implantarse el orden social socialista, el Estado se disuelve por sí mismo y desaparece. Puesto que el Estado no es otra cosa que una institución transitoria de la que hay que valerse en la lucha, en la revolución, para aplastar por la fuerza al enemigo, resulta un puro contrasentido hablar de un 'Estado libre del pueblo': mientras el proletariado necesita un Estado, lo necesita, no en interés de la libertad, sino para tener a raya a sus adversarios, y cuando pueda hablarse de libertad, el Estado en cuanto tal habrá dejado de existir".

Asimismo consideraba objetable el que, en vez de hablar de "abolición de todas las diferencias de clase", se hablara de "eliminación de toda desigualdad política y social". Siempre existirá —dice—, de país a país, de provincia a provincia, cierta desigualdad en las condiciones de vida. No cabe duda de que los habitantes de una aldea de los Alpes vivirán siempre en condiciones diferentes que los de tierra llana. Representarse la sociedad socialista como el reino de la igualdad es una idea francesa unilateral, que forma parte de la trilogía de "Libertad, Igualdad, Fraternidad", idea que tuvo su razón de ser como fase de desarrollo en su tiempo y en su lugar, pero que hoy, como ocurre con todas las ideas unilaterales de las viejas escuelas socialistas, no tiene ya cabida en nuestras concepciones.

Tras estas severas objeciones que se hacían al proyecto de programa, venía una admonición, previamente convenida con Marx, sin duda alguna, y que también éste formulaba. Caso de que aquel programa se aprobase —decían ambos—, se creían en el caso de declarar que no podrían adherirse al nuevo partido que lo tomase por bandera y tendrían que meditar muy seriamente qué actitud deberían adoptar —incluso públicamente— ante él. Aparte del “retroceso teórico” que este proyecto indicaba aun comparado con el programa de Eisenach, creíanse obligados a fijar una posición tajante como aquélla por temor de que los bakuninistas pudieran atribuirles la “paternidad secreta” de semejante programa.

Y era lo cierto que, en el extranjero, como Engels le dice a Bebel en la citada carta, se les hacía a ellos responsables de todos y cada uno de los actos y manifestaciones del Partido obrero socialdemócrata alemán. He aquí las palabras de Engels: “La gente cree que nosotros lo gobernamos todo desde aquí, y usted sabe tan bien como yo que casi nunca nos inmiscuimos en los asuntos internos del partido y que las pocas veces que lo hacemos es para tratar de corregir dentro de lo posible los deslices en que, a nuestro juicio, se incurre, y siempre en el plano teórico. Pero usted mismo convendrá en que este programa representa un cambio de rumbo muy importante, que fácilmente podría obligarnos a declinar toda responsabilidad en el partido que lo adoptara”.

Engels estaba plenamente convencido de que una unificación basada en aquel proyecto de programa no duraría ni un año. De ahí que, en su carta, le diera a entender a Bebel que, al producirse de nuevo la escisión, se le haría muy difícil a su partido luchar contra la “fraseología lassalleana”, después de haberla inscrito durante algún tiempo en sus banderas. Y no le ocultaba tampoco que estaba muy disgustado con Liebknecht, quien no había creído oportuno informarles a Marx y a él de lo que se traía entre manos hasta que era ya “por así decirlo, demasiado tarde”.

Ignoramos si la carta de Engels llegó realmente a manos de Bebel. Sólo sabemos que éste no la contestó. Y, hoy, podemos afirmar que no llegó a conocer, desde luego, las *Glosas críticas* de Marx al proyecto de programa.

Cuando Liebknecht, un mes después de haber recibido la carta de Engels, trató de apaciguar el “furor” del implacable crítico, se guardó mucho, cautelosamente, de paliar los fallos del proyecto censurado. Trató de justificar su aprobación y la de sus amigos con el argumento de que los lassalleanos habían acudido a la reunión en que el proyecto de programa se discutió con un mandato condicionado, colocándolos ante esta disyuntiva: o se aceptaba el programa con todos sus defectos o las negociaciones en torno a la unificación se daban por terminadas. Y para ninguno de sus más cercanos camaradas de partido podía haber la menor duda —añadía— de que la unificación significaba irremisiblemente “la muerte del lassalleísmo”. “Tal vez”, continuaba esta carta de Liebknecht, “habríamos podido ganar sin la unificación a la mitad e incluso a las dos terceras partes de sus afiliados, y durante algún tiempo estuve tentado a proceder así, pero lo que me decidió a optar por la unificación fue la certeza de

que si la Asociación general de obreros alemanes conservaba la cabeza (en forma de *El nuevo socialdemócrata*), no tardarían en volver a brotarle los brazos y las piernas”.

En esta carta, Liebknecht pintaba a Engels, seguramente de buena fe, la perspectiva de que en el congreso de unificación habría todavía tiempo para enmendar los principales defectos del proyecto de programa, censurados por él. Y la carta terminaba con un claro alfilerazo contra Engels y Marx: “Si la Internacional no hubiese fracasado tan ignominiosamente, no habríamos tenido ninguna clase de dificultades, pues ambas partes habrían aceptado como base programática el programa de la Internacional. Pero, podéis estar tranquilos, pues superaremos la crisis de la unificación como hemos superado todas las otras crisis, y yo, por mi parte, y de verdad te digo, que nada me gustaría tanto, en interés del partido, como el verme tratado muchas veces de tonto con el mismo fundamento”. El tono confiado de esta carta se pone todavía más de manifiesto en la que, dos días más tarde, dirigió también a Engels. En ella, le aseguraba que la unificación no sólo significaba la muerte del lassalleísmo, sino la victoria total del comunismo marxista sobre la secta lassalleana. “Con tal de conseguir esta victoria”, le decía, “habría estado dispuesto a hacer todavía mayores concesiones”.

Sí, estando aún en la cárcel, Bebel había tenido mucho que objetar al programa de unificación, una vez en libertad hubo de convencerse enseguida de que, bajo la presión de las masas, que reclamaban impetuosamente la unificación, las negociaciones estaban ya demasiado adelantadas para que nadie pudiera plantear con posibilidades de éxito el problema del programa. Y se consoló con la esperanza de que, tal vez sin tardanza, se presentaría la ocasión de rectificar los errores cometidos.

También Bracke había podido convencerse, entre tanto, de que perdían el tiempo quienes trataran de seguir oponiendo resistencia a la unificación. Engels y Marx sufrieron, pues, una doble decepción. De una parte, la oposición que confiaban en alentar en el seno del partido se derrumbaba y, de otra, las críticas hechas por ellos al proyecto de programa y que solamente un círculo muy reducido de militantes conocían, no eran tenidas en cuenta en absoluto en el congreso de unificación. Y aunque la organización de Lassalle fuera, ahora, absorbida como tal por el Partido obrero socialista, el programa de Gotha no daba de lado a ninguno de los tópicos sustentados en su día por aquel agitador, ni el de “una masa reaccionaria” compacta, ni el de la “ley férrea del salario”, ni el de las “cooperativas de producción con la ayuda del Estado”.

Después de haber perdido, no hacía mucho, la hegemonía sobre la Internacional, no podían por menos de mostrarse sensibles a este nuevo golpe que acababan de recibir en el seno mismo del movimiento obrero alemán. Habían emplazado contra sus amigos de Alemania la artillería más pesada, los habían amenazado con darse de baja en el partido y, al no hacerseles caso, tenían que resignarse a ver cómo sus camaradas de luchas, obligados por las circunstancias, se exponían a que aquella amenaza se realizara. Más tarde, Marx y Engels

se las arreglaron para hacer creer que se habían limitado a formular, "para dejar a salvo su conciencia", aquellas protestas tan duras contra un desarrollo de las cosas que ya nadie podía evitar.

La práctica había demostrado, una vez más, ser más poderosa que la teoría. Era la primera vez que Liebknecht se atrevía, en un asunto importante, a obrar, no sólo sin contar con la voluntad de sus maestros, sino manifiestamente en contra de ella. Y si había alguien que los siguiera con inquebrantable lealtad en el plano de la teoría, firmemente convencido de su propia pequeñez teórica, aunque para las cuestiones de la práctica se considerara mayor de edad, era Guillermo Liebknecht. Cuando Bracke, todavía en pleno Congreso de Gotha, se ofreció para apaciguar la cólera de los amigos de Londres, le pidió que les hiciera saber que "si se daban de baja en el partido o lo desautorizaban", se "pondrían fuera del movimiento obrero". No cabe duda de que ni Marx ni Engels podían recibir de buen grado semejante advertencia, pero seguramente se dieron cuenta de que quienes se la hacían llegar tenían razón. Por otra parte, pudieron percatarse de que no debían llevar a la práctica su amenaza, al observar, como señala Engels en una carta, que en la prensa no se había manifestado ni una sola voz crítica capaz de apoyarse en las contradicciones contenidas en el programa para poner en ridículo al partido.

"Tanto los obreros como los burgueses y pequeñoburgueses", escribía Engels a Bracke en octubre de 1875, "leen en el programa, poniéndolo de su cosecha, lo que debiera decir y no dice". Engels seguía creyendo que era una vergüenza para el partido el seguir arrastrando en su programa los tópicos lassalleanos y estaba todavía firmemente convencido de que Liebknecht había precipitado la unificación con tal de obtener un éxito momentáneo, aun a trueque de sacrificar a él otro mayor, que, en su opinión, se habría obtenido si se hubiera sabido esperar.

Engels, a quien se le daba un ardite de todo lo que fuera popularidad, no podía perdonarle a "Guillermo" que considerara el hacerse popular como una condición de existencia, que le llevaba siempre a mediar y a suavizar aun en aquellos casos en que lo saludable era provocar una crisis. Lo que hacía que Liebknecht se conservara joven era, según él, el que llevado de su optimismo lo veía todo de color de rosa y a ello debía, a su juicio, las prontas simpatías que se granjeaba, pero desgraciadamente —añadía— esto lo conducía a un dinamismo infatigable y a un interminable urdir proyectos que, frecuentemente, se traducía en hacer trabajar a los demás. Otra cosa que le reprochaba era el atraer al partido a literatos, comerciantes y otras gentes de extracción burguesa para "darse importancia ante los filisteos", aunque con ello lo expusiera al peligro de que en él se abrieran paso los intereses pequeñoburgueses y entraran en pugna con los de las masas proletarias.

Sin embargo, estas y otras objeciones, que daban siempre pie a fricciones y desavenencias entre ellos, no eran obstáculo para que Engels confiara en el instinto del gran periodista y agitador y se prestara de buen grado a reconocer, cuando no se sentía demasiado indignado contra él, que los errores de Liebk-

necht no eran "más que la cara negativa de sus valiosísimas cualidades".

Con el tiempo, sobre todo después de haberle conocido personalmente en 1880, Engels llegó a depositar una confianza más incondicional que en Liebknecht en Augusto Bebel, hombre de mejor sentido, más de fiar, más preciso, menos voluble y no "condimento de todas las salsas", como aquél. Por otra parte, Bebel, que había sido maestro tornero y se convertiría más tarde en fabricante de picaportes, mantenía una relación más directa y más originaria con los problemas económicos que Liebknecht, quien, como periodista, sólo los veía desde la mesa de redacción y se sentía en su casa solamente en la política, en el sentido estricto de la palabra. Además, Bebel se hallaba, por su instinto y su origen social, más cerca del proletariado y miraba con ojos más críticos a los intelectuales, que, arrastrados por la pertinaz crisis económica, afluían por aquellos años en gran número al partido. A pesar del ingenuo optimismo de Bebel, que tendía fácilmente a exagerar el ritmo general con que marchaban los acontecimientos, Engels sabía que podía confiar en su juicio más mesurado con respecto a las situaciones políticas concretas y tal vez le reconocía también mayor sentido de la responsabilidad que a Liebknecht, cuyos juicios se basaban, muchas veces, simplemente en sus deseos.

"Es la cabeza más clara de todo el partido alemán", escribió Engels a Juan Felipe Becker poco después de haber conocido personalmente al exmaestro tornero. "Además", añadía, "sabe lo que se trae entre manos y no se deja embaucar fácilmente. Y lo más raro de todo es que su gran talento oratorio... no le lleva en modo alguno a confundir las cosas. Es algo que no se veía desde Demóstenes". Como es natural, en los días del Congreso de Gota, en que se acordó la unificación, Bebel era todavía, desde el punto de vista teórico, un principiante y, como pronto veremos, hubo de decepcionar a Engels en más de una ocasión, hasta que logró hacer de él un verdadero adepto suyo.

Con el tiempo y a medida que se veía cada vez más claro que la unificación había reforzado considerablemente la fuerza de atracción del partido, Engels fue inclinándose a considerar lo ocurrido como una especie de "experimento educativo" que llevaba en sí su propia justificación. Al conocer los resultados de las elecciones al Reichstag, en 1874, le alegraron sobre todo los avances registrados por la socialdemocracia en el campo. Lo que más le preocupaba era el bajo nivel ideológico que apreciaba en la prensa y en los congresos del partido. Y propendía a achacar a la "precipitada unificación" aquella "decaencia moral e intelectual". Pero, cuando se lo decía así a Liebknecht, éste trataba de tranquilizarle, alegando que "un partido sano acaba siempre eliminando por transpiración muchos elementos nocivos, pero es siempre un proceso largo y difícil", y añadía que "la salud de las masas no es ninguna razón para inocularles una enfermedad".

En todas aquellas cuestiones teóricas que estorbaran a la práctica, Liebknecht concedía a Marx y Engels y reclamaba para ellos una posición excepcional dentro del partido alemán y recababa su intervención cuantas veces se vertían en el órgano teórico del partido ideas u opiniones teóricas de las que estaba

seguro que también ellos disentían. Engels accedió a sus deseos al discutirse el problema de la vivienda y en otras ocasiones; casi todos los trabajos publicados por él en *El Estado del pueblo* fueron escritos a instancias de Liebknecht.

La verdad es que Guillermo Liebknecht se había adelantado mucho al desarrollo real del partido al asegurar que, una vez liquidada la organización de Lassalle, triunfaría definitivamente en él el comunismo de Marx. En realidad, por aquel entonces, casi ninguna de las personalidades destacadas que militaban en el partido, y no digamos la gran masa de sus afiliados, tenía una orientación clara acerca de las ideas teóricas de Marx y Engels y de las consecuencias de orden práctico que de ellas debían derivarse. Las pocas cabezas intelectuales que entonces se hallaban en el partido carecían de adiestramiento científico y los dirigentes no disponían del tiempo necesario para entregarse al estudio de una obra tan extensa y densa como *El Capital* y sacar de ella las conclusiones necesarias. Era leído y conocido, de todos modos, *el Manifiesto comunista* y no resultaba difícil comprender que en él se desarrollaba la teoría de la lucha de clases de un modo más consecuente que en el programa obrero de Lassalle, con cuya lectura solían iniciar su formación socialista los alemanes de aquel tiempo. Seguía profesándose preferentemente un socialismo que llamaremos de término medio, en el que la meta política radical se perfilaba mucho más claramente que el programa económico, todavía muy vago.

Refiriéndose a aquellos años, hubo de confesar, mucho después, uno de los discípulos más capaces de Marx y Engels: "Todos éramos entonces, sobre poco más o menos, socialistas eclécticos". No se contaba aún con una exposición auténtica fácilmente comprensible del materialismo histórico que fuera más allá de las sucintas indicaciones del *Manifiesto*; nadie tenía aún una idea clara de lo que esta teoría representaba vista en su conjunto, y sobre todo su idea central, la dialéctica, era todavía, en aquel entonces, un libro sellado para el pensamiento de su tiempo. Se citaba con un gran respeto a los dos maestros, emigrados en Londres, pero en lo que de sus doctrinas se filtraba hasta allí se echaba de menos aquel elemento fundamental que no se dirige solamente a la inteligencia del obrero, sino que conmueve también su fantasía y enardece su corazón. El estado de ánimo de los alemanes necesitaba, en los años a que nos estamos refiriendo, verse acicateado también en el campo de la lucha de clases por algún resorte sentimental.

Pará Engels era esto un síntoma de atraso y endebles, y se indignaba cuando veía cuántas concesiones se creía obligada a hacer a esta manera de sentir la redacción de *El Estado del pueblo*. A fines de mayo de 1876 escribía a Marx: "Guillermo se afana en enmendar las faltas de nuestra teoría para dar una respuesta a las objeciones de los filisteos y trazarse una imagen de la sociedad del futuro, acerca de la que los filisteos le interpelan". Menospreciaba, sin embargo, al pensar así, la fuerza y la insistencia con que innumerables proletarios criados en un ambiente de sentimentalismo propio de pequeñoburgueses o pequeños campesinos clamaban por saber si el Estado socialista del futuro podría compensarles por lo que se arriesgaban a perder. De cuán acusado era

este rasgo en la psicología de los trabajadores alemanes hubieron de convencerse Marx y él, que tanto desprecio sentían por todo lo que fueran las "imágenes fantásticas acerca de la estructura social del mañana", cuando vieron que el libro de Bebel sobre *La mujer y el socialismo* encontraba una acogida más entusiasta que ninguna de sus propias obras anteriores.

Había comenzado a destacarse en el primer plano del movimiento, con motivo de las negociaciones en torno a la unificación, un empleado de banca llamado Eduardo Bernstein, hijo de un maquinista de tren judío y sobrino de aquel conocido redactor de *La gaceta del pueblo* con el que había polemizado Lassalle. Este joven berlinés, que por aquel entonces sólo conocía de oídas las doctrinas de los autores del *Manifiesto comunista*, se dio cuenta de que, al irse esfumando las ideas específicamente lassalleanas, se había producido cierto vacío teórico entre las personalidades dirigentes del partido. Y, como él estaba entusiasmado con las doctrinas socialistas del filósofo o positivista Eugenio Dühring, trataba de llenar aquella laguna con sus libros, cuya lectura recomendaba. Le había interesado, sobre todo, uno de ellos, el *Curso de economía política y socialismo*, publicado por Dühring en 1872 y envió ejemplares de esta obra a algunos de los hombres más influyentes del partido socialdemócrata, en que él militaba. Se la hizo llegar, sobre todo a Bracke, a Fritzsche y a dos hombres que a la sazón se hallaban en la cárcel y que eran, sin duda, los dos mejores agitadores de la socialdemocracia: Bebel y Most. Y no cabe duda de que Bernstein podía enorgullecerse del éxito logrado por él.

Hasta entonces, Dühring era conocido del público más por los numerosos conflictos en que se había visto envuelto que por sus obras. Este hombre, cuyo espíritu transitaba por los más diversos campos de la ciencia, se asemejaba a Marx y Engels, por lo menos, en una cosa: en que, al contrario de lo que ocurría con la casi totalidad de los profesores universitarios, sentía la necesidad de poner la ciencia en contacto con la práctica social. Pero su "filosofía de la realidad", que declaraba la guerra tanto al criticismo como a la dialéctica, al darwinismo y al pesimismo, y que predicaba un positivismo optimista inspirado en el modelo norteamericano, estaba muy alejado de las ideas de Marx y Engels.

Ya en una de sus primeras obras, la *Historia crítica de la economía política*, acometía Dühring contra *El Capital* —obra que al principio había enjuiciado más favorablemente—, queriendo hacerlo trizas: según él, la teoría marxista del valor era retrógrada, achacaba a Marx carencia de cultura jurídica y sólo veía en sus "necesidades dialécticas", "añagazas para engañar a la gente", "escolástica sectaria" y "secretismo". Con la misma burda arrogancia con que miraba por encima del hombro a otros supuestos competidores suyos, como Helmholtz, calificaba a Marx de "deplorable figura científica". Los pensamientos económicos de Dühring estaban tomados del autor norteamericano Carey, de quien ya Marx y Engels, en su correspondencia, se habían ocupado críticamente en 1869.

Al comunismo dialécticamente fundamentado de Marx y Engels oponía

Dühring un socialismo "anticrático", cuyas propuestas prácticas tangibles correspondían a la mentalidad de los estudiantes que creían sentir como socialistas, a los diputados del parlamento y a otros agitadores, que afluiran a escuchar las lecciones de aquel profesor ciego y buscaban su trato personal. A estos intelectuales y semiintelectuales socialdemócratas, imbuidos todavía de ideas en parte liberales y en parte anarquistas, pero que ignoraban la historia del socialismo y sabían muy poco de economía, les halagaba el que Dühring, negando la sujeción del proceso económico a cualquier clase de leyes, dejara amplio margen en él a la iniciativa privada del individuo. Aquel hombre tan denostado aventajaba con mucho, a sus ojos, a la gran mayoría de los profesores que, en el campo de lo político y lo social, se contentaban con narrar las victorias logradas en los campos de batalla y justificar la fundación del Imperio alemán y que en el terreno del espíritu rechazaban de antemano o miraban con desconfianza todo lo que fuera pensamiento radical. Y se sentían jubilosos cuando Dühring, en sus lecciones, vituperando a cuantos pensaban de otro modo, exaltaba el problema obrero como el problema crucial del siglo y clamaba por una grandiosa transformación de la vida, económica en consonancia con su receta "socialista". La ceguera del profesor les movía a simpatía humana por él, su rotunda profesión de fe socialista ganaba su confianza, y la agresividad de que hacía gala contra los grandes de la ciencia atraía su admiración. Cuando hablaba con sus adeptos, Dühring insistía siempre en que, como socialista, estaba a la izquierda y no a la derecha de Marx.

Ni a Bernstein ni a ninguno de aquellos intelectuales socialistas, cada vez más numerosos, admiradores de Dühring se les pasaba por las mientes que, al abrazar sus doctrinas, se ponían en frente de Marx. "Con tal de que la cosa sea buena", manifestaba incluso Bebel, en carta a Bernstein, "el método me tiene sin cuidado". Y Most, por su parte, opinaba que "había que tomar lo mejor" de donde quiera que viniese. La socialdemocracia —añadía— no era una Iglesia y no tenía por qué rendir culto a la personalidad. ¿Y qué otra cosa si no esto hacía Liebknecht al expresar el temor de que el reconocer a Dühring era algo así como arrancar una perla a la corona de Marx?

Bebel escribió desde la cárcel, para *El Estado del pueblo*, en 1874, un artículo muy encomiástico sobre el que llamaba "un nuevo comunista". Cuando Engels leyó este artículo, publicado sin la firma del autor, dirigió a la redacción del periódico una carta criticándolo como una "reverencia" a Dühring. Y su indignación no tuvo límite al enterarse de que era nada menos que Bebel quien llamaba al *Curso de economía política* de Dühring la mejor obra que en materia económica había producido la época moderna, después de *El Capital* de Marx.

En respuesta a su protesta, Engels recibió desde Leipzig una carta de Guillermo Blos, que formaba parte de la redacción de *Adelante*, título del periódico que sustituía a *El Estado del pueblo*, en la que le hacía saber que los correligionarios de Berlín, al igual que los diputados del Reichstag, elogiaban mucho a Dühring y que el mismo Liebknecht, es decir, el redactor en jefe del periódico socialista, opinaba que no había por qué negarle a este profesor las

virtudes que todavía se le seguían reconociendo a Jacoby. Incluso aquel celosísimo vigía de la hegemonía teórica de Marx y Engels no sentía, al principio, la menor desconfianza contra el combativo profesor berlinés. "¿Tenéis alguna razón para suponer que este hombre sea un bribón o un enemigo disfrazado?", le preguntaba a Engels, en carta de 13 de junio de 1874. Y, dos años más tarde, escribía Bracke: "Lo que he podido averiguar acerca de él me confirma en mi opinión de que, aunque ciertamente algo confuso, es un hombre absolutamente honesto y que está resueltamente con nosotros".

Sin embargo, la transigencia que Liebknecht manifestaba hacia Dühring se terminó a partir del momento en que pudo convencerse personalmente de su "megalomanía" y en que supo, además, que en la segunda edición de su *Historia crítica de la economía política* se mantenían "sus necedades sobre Marx, en las que rezumaba la envidia". Ni corto ni perezoso, Liebknecht pidió a Engels que escribiera "algo ingenioso" que diera una buena lección a este hombre, del que decía, además, que tenía sorbido el seso a muchos socialistas, principalmente en Berlín. Este mismo ruego se lo volvió a formular el redactor-jefe del periódico del partido varias veces, en el curso del año 1875. Pero Engels se resistía a echarse encima una tarea como ésta, que le parecía de poca monta. Ni él ni Marx tomaron en serio el asunto hasta que Liebknecht los convenció dándoles a conocer, una y otra vez, toda una serie de cartas de obreros, de que existía, realmente, lo que Marx llamaba "el peligro de una propaganda de achabacanamiento en el partido". Y ya, por fin, la copa se desbordó cuando, en mayo de 1876, para demostrarles que no había tiempo que perder, les hizo llegar un manuscrito enviado por Most al periódico en que se glorificaba al Dühring pensador como "un combatiente de la ciencia". Liebknecht se negó a publicarlo. En el Congreso del partido celebrado en agosto, al ser censurado por Fritzsche con este motivo y acusado de ahogar en el silencio a Dühring, manifestó que había encargado a Engels un artículo acerca de él.

Cuando Londres dejó de ser la sede del Consejo general de la Internacional, Engels pudo volver a entregarse, por fin, a la labor científica que tanto ansiaba y cuán a gusto se sentía en ella lo revelan las cartas a su amigo, a quien el curso cada vez más delicado de su enfermedad obligaba a alejarse frecuentemente del malsano clima londinense. Engels estaba convencido de que tanto Marx como él estaban obligados a realizar, en interés del proletariado, determinados trabajos científicos, aprovechando para ello el período de paz de que entonces disfrutaba el mundo. He aquí lo que por aquellos días escribía al viejo Becker: "¡Quién sabe cuánto tiempo nos dejarán tranquilos, hasta que un acontecimiento cualquiera nos lance de nuevo a las faenas de la lucha práctica!" Apenas habían terminado de leer el "panegírico" de Most cuando los dos estuvieron de acuerdo en que era necesario proceder sin pérdida de tiempo, implacablemente, contra aquel "confusionario". Si las ideas teóricas de los dirigentes del partido se dejaban arrastrar a un nuevo embrollo, podrían pasar muchos años antes de que el socialismo alemán volviera a sentarse sobre sus bases.

Engels estaba firmemente persuadido de que Marx no podía apartarse de

su trabajo de preparación de los tomos segundo y tercero de *El Capital*. Y tampoco a él le resultaba fácil interrumpir una vez más sus propios estudios. Pero, como éstos versaban sobre los problemas relacionados con las ciencias naturales y la filosofía de la naturaleza, podía, por lo menos, aprovecharlos para debatirse, puesto que no había otro remedio, con el *Curso de filosofía* de Dühring. La sección primera de su *Anti-Dühring* que lleva por título "Filosofía" es en realidad un extracto, elaborado para fines publicísticos y de controversia, de una serie de amplias y profundas investigaciones que debían desembocar en una obra filosófica emprendida por su cuenta y sin ningún lastre polémico.

"Claro", escribía Engels a su amigo desde Ramsgate, junto al mar, "tú puedes hablar, bien calentito en la cama, dedicándote a estudiar las condiciones agrarias de Rusia en particular y el problema de la renta de la tierra en general, sin que nada te saque de tus cosillas, mientras yo tengo que pasarme largas horas en el duro banco, tragando este potaje indeglutible y dejándolo todo abandonado para ajustarle las cuentas al tedioso Dühring. Pero no hay más remedio que hacerlo". Como se ve, Engels acometió con gran repugnancia una tarea que le resultaba tan prolija como desagradable. Al emprender aquel trabajo, no vislumbrada que se disponía a dar, con él, una batalla decisiva para llevar al marxismo, con raudales de luz, a la conciencia del socialismo europeo. Tomando como referencia el título de una de las obras de Dühring, *La revolución de la teoría económica por Carey*, tituló su estudio polémico *La revolución de la ciencia por el señor Eugenio Dühring*. Sus artículos de controversia fueron apareciendo, en *Adelante*, con grandes interrupciones entre las diferentes secciones en que se dividía el estudio, desde enero de 1877 hasta julio de 1878. Poco después, pocos días antes de que se dictara la ley contra los socialistas, se publicaron en forma de libro en la editorial Dietz, de Stuttgart, que de allí en adelante sería el editor habitual de Engels.

Fue esta obra la que realmente reveló a los dirigentes de la socialdemocracia alemana el contenido, el sentido y la esencia de la teoría de Marx, que era también la de Engels. Y, partiendo de ahí, siguió y sigue todavía hoy ganando a miles y miles, a generaciones enteras de trabajadores para el marxismo. A la luz de estas brillantes páginas comprendieron los espíritus más esclarecidos de aquella joven generación de socialistas que, más tarde, contribuirían con el mayor empeño a iniciar al mundo del proletariado en este mundo de ideas —entre los alemanes, sobre todo, Bebel, Bernstein y Kautsky, entre los rusos Plejanov y Axelrod, entre los italianos Antonio Labriola— qué era, para Marx y Engels, lo fundamental. Esta obra es realmente la que inicia una verdadera escuela y una verdadera tradición marxistas en el continente.

Hoy, es posible que la prolijidad de la polémica, enfocada contra un autor a quien apenas ya nadie lee, menoscabe a trechos el placer de la lectura del libro y suscite el deseo de ver las ideas del autor expuestas por cuenta propia y no de rechazo, en lucha polémica con las de otro. Con esta obra, Engels suministraba al lector de los años setenta, de mano maestra y en un lenguaje cristalino y fácilmente comprensible, el acceso a problemas difíciles, de los que

el público de entonces se hallaba todavía muy alejado. De este modo, el autor del *Anti-Dühring* logró romper el embrujo que durante tantos años le había vedado a Marx y a sus ideas la entrada en el corazón del movimiento obrero de su patria. Fue ahora cuando el mundo alemán empezó a comprender cómo Marx y Engels interpretaban la marcha de la historia y la problemática de su tiempo y qué consecuencias políticas sacaban de ello para el proletariado.

Otra circunstancia que hacía la empresa algo muy ingrato para Engels era la ceguera de su contrincante. "Me he visto terriblemente presionado", escribía en carta a Becker de 20 de noviembre de 1876, "hasta decidirme, por fin, a aceptar este desagradable trabajo: desagradable, entre otras cosas porque se trata de un hombre ciego y las armas son, por tanto, desiguales, pero la verdad es que la inconmensurable arrogancia de Dühring le impide a uno guardarle ninguna consideración". Había, además, otros motivos que llevaban a Engels a aborrecer este trabajo, aceptado de tan mala gana. Sus primeras entregas a *Adelante* llegaron a la redacción del periódico al final del otoño de 1876, precisamente por los días en que la campaña electoral para el Reichstag reclamaba el espacio de sus columnas y la preocupación de sus redactores, razón por la cual había que ir publicando aquellos artículos en pequeños fragmentos y con grandes intervalos. Ello hacía que la concatenación, ya difícil de suyo para la mayoría de los lectores —en la que figuraba el propio Kautsky— saliera todavía más quebrantada.

Engels, quien como autor era tan susceptible como Marx, ventaba cierta intención maligna e incluso un intento de intimidación por parte de los adeptos de Dühring dentro de su propio partido, suspicacias alimentadas, además, por el hecho de que cuanto llegaba a sus oídos acerca de las repercusiones de este estudio polémico le afirmaba en la creencia de que se había metido en un aviso.

A Liebknecht le costó mucho trabajo convencer a aquel colaborador tan incómodo como insustituible de que, esta vez, "sus reproches era infundados". En respuesta a una de las cartas de queja de Engels, aquél hubo de contestar: "No deja de ser curioso que las gentes más agresivas sean también las más susceptibles". Pero, a renglón seguido, hacía los mayores esfuerzos por apaciguar a su amigo: "En lo que se refiere a la influencia de Dühring, te equivocas de medio a medio... Salvo unas cuantas cartas bastante groseras de dühringianos, a las que hemos contestado en términos todavía más groseros, nadie ha protestado contra tus artículos, que todas las personas inteligentes elogian mucho". Y Liebknecht escribía también a Marx, rogándole que hiciera cuanto estuviere a su alcance para restablecer las viejas relaciones afectuosas entre él y Engels. Este, por su parte, comprendía que no le era posible retirarse a su tienda en momentos como aquéllos, en que tanto se le necesitaba.

Una carta de Bracke le dio a conocer cuánta indignación había causado realmente su severo análisis entre la parroquia socialista berlinesa de Dühring. El propio Bracke reconocía que había leído poco de las obras tan eruditas de este autor. Pero le movía a simpatía el caso de aquel pobre hombre ciego y con-

lesaba ingenuamente que no podía creer en las atrocidades que Engels le echaba en cara. Decía que había tenido que reñir, en Berlín, duras batallas con los partidarios de Dühring a propósito de aquellos artículos, cuya forma también él encontraba, muchas veces, bastante malévola. "Estas gentes sólo ven en sus artículos la ira suscitada en usted por los ataques de Dühring contra Marx... A éstos, por tanto, no les ayudarán mucho. Y tampoco a la gran masa de lectores, ya que se trata de temas que quedan muy lejos de sus preocupaciones. Son muy pocos los que leen los artículos con interés y no cabe duda de que también con provecho. Y este puñado de lectores se encargará de ir transmitiendo a la masa, poco a poco, lo aprendido por ellos".

Hay que reconocer que Bracke opinaba muy certeramente acerca de las repercusiones directas y remotas del estudio de Engels. Pero la verdad es que su juicio no era precisamente muy estimulante para el autor. Y el estado de ánimo de Engels aún se agrió más al enterarse, poco después, de que Most, que era el que con mayor empeño rompía lanzas por Dühring, pensaba proponer en el Congreso del partido próximo a celebrarse en Gotha que se suspendiera la publicación de los artículos en *Adelante*. En las actas del Congreso, en que no figura el texto íntegro de la propuesta de Most, se da la versión de que artículos como los de Engels contra Dühring carecen de interés para la mayoría de los lectores y no deben seguir encontrando cabida en el órgano central del partido.

En sus *Recuerdos*, Bebel informa que, después de las palabras "carecen de interés", la propuesta añadía: "Y son altamente escandalizadores". Bebel, quien compartía la opinión de que una polémica tan extensa ocupaba un espacio excesivo en las columnas del periódico, propuso que la continuación de los artículos se publicara en un suplemento especial de *Adelante* o en forma de folleto. Aquella discusión planteada en el Congreso resultaba muy penosa para Engels, quien creía haber hecho un gran sacrificio en aras del partido al encargarse, tras largas resistencias, de aquel trabajo. Vahlteich, uno de los congresistas, manifestó que "el plato que se les servía era indeglutible", que en un periódico como el *Adelante* no debían tener cabida las "disputas de profesores" y que a hombres como Marx, Engels y Dühring se les debía utilizar en interés del partido, pero que los debates entre ellos debían ventilarse en publicaciones aparte. Liebknecht fue el único que abogó sin reservas en favor de Engels, declarando que aquellos artículos, que el Congreso anterior había acordado publicar en respuesta a las provocaciones de los adeptos de Dühring, eran legítimos y necesarios.

Si este trabajo daba una larga serie de hachazos a un tronco demasiado gordo, no podía culparse de ello —decía Liebknecht— al crítico y, en cuanto al tono no había más que recordar el empleado por Lessing en su *Antigörze*. Además, a un hombre cuya importancia científica sólo era comparable a la de Marx, ¿quién podía ordenarle la extensión que debían tener sus artículos? Engels —seguía argumentando el abogado de su causa— defendía brillantemente el terreno sobre el que se asentaba el partido y había que agradecerle profundamente su magnífica labor.

Most retiró su propuesta y el Congreso aceptó la de Bebel. Engels estaba furioso. Un poco le apaciguó una carta de Liebknecht, en la que se decía que la propuesta de Most "y otros asnos" era totalmente absurda; le hablaba de la "falta de tacto" de Bebel, anunciaba una carta de excusas de éste y le aseguraba que sus artículos no habían bajado de cotización por el debate sostenido en el Congreso. Desde la cárcel, donde volvía a encontrarse, Liebknecht le rogaba a Engels que "no diese la menor importancia a todo aquello". Unos cuantos meses más tarde, Blos, en una carta, le preguntó a Marx acerca de este asunto y recibió de él la siguiente respuesta: "Yo 'no refunfuño', como diría Heine, y Engels tampoco. Ni a uno ni a otro nos interesa para nada la popularidad... Sin embargo, cosas como las que han ocurrido en el último Congreso —debidamente explotadas, como es natural, por los enemigos del partido en el extranjero— nos obligarán, desde luego, a ser más cautos en nuestras relaciones con 'los correligionarios' alemanes".

Quando, unas cuantas semanas después del Congreso de Gotha, Dühring fue removido de su cátedra, Engels hubo de sufrir, con este motivo, nuevos disgustos. En efecto, aunque aquella medida no se fundaba en las ideas políticas del profesor, sino en su conducta personal, sus partidarios, con los socialistas a la cabeza, aclamaron en él a un mártir del socialismo.

La indignación causada por aquella supuesta violación de la libertad de cátedra fue tan grande, que el propio Bracke se consideró obligado a salir en *Adelante* en defensa del profesor destituido y a insertar, incluso, algunos poemas en que se le glorificaba. Y, como conocía bien la susceptibilidad de Engels, se apresuró a asegurarle que todo aquello sólo debía interpretarse como una protesta contra un atropello a la libertad académica y que las posiciones de principio contra las ideas de Dühring debían mantenerse estrictamente. Bracke, en carta a Engels, le decía que Dühring le daba lástima, pues Engels le mataba en el terreno de la ciencia y la universidad le privaba de medios de vida. Y en lo que era la verdadera sede del culto dühringiano, en Berlín, Most se encargó de expresar fogosamente su entusiasmo por la víctima de la reacción en mítines y reuniones obreras. El y Fritzsche organizaron una serie de manifestaciones de protesta, en unión de un grupo de estudiantes, algunos de los cuales, como es el caso de Viereck, Schippel y Wurm, adquirirían más tarde notoriedad dentro del partido.

En estas circunstancias, tal vez habría podido preguntarse Engels si debía o no seguir publicando sus artículos polémicos en la misma forma que hasta allí. Pero el propio Dühring se encargó de darle la respuesta. En plazo de unos pocos días, aquel erudito de gabinete, totalmente alejado de la realidad, se encargó de espantar a todos sus admiradores socialdemócratas, al reprocharles que habían sido ellos quienes destruyeron su carrera científica. En junio, Liebknecht pudo informar a Engels que la "glorificación de Dühring" había terminado en el partido. "El pobre Most se ve ahora acusado de 'traidor'". La camarilla dühringiana —le decía— "se ha disuelto entre la cólera y el asco". La verdad es —añadía— que los adeptos del infatuado profesor nunca habían

pasado de ser eso, una camarilla. Y si Engels se decidía a darse una vuelta con él por Alemania, se alegraría mucho al ver cómo el sentido de la masa se orienta, con certero instinto, hacia la auténtica ciencia y hacia los planteamientos científicos. En su respuesta, Engels expresaba la esperanza que el fiasco de los adoradores de Dühring fuese total y definitivo. Y, al mismo tiempo, criticaba a Liebknecht por haberse dejado inducir a reconocer, en las columnas del órgano del partido, importancia científica a aquel fantasmón por el simple hecho de "que los prusianos lo hubiesen perseguido".

Ahora, después de todo lo sucedido, Engels ya no se apresuraba a dar cima a un trabajo que tantos sinsabores le había costado. El 8 de junio de 1878, cuando ya pesaba sobre el partido la amenaza de la ley prohibiendo el socialismo, Liebknecht le apremiaba a que hiciera todo lo posible por que sus artículos pudieran aparecer "antes del desastre que se anuncia".

Apenas había decidido Engels en Ramsgate, a duras penas, escribir su estudio contra Dühring, y ya sabía cómo debía proceder. "Mi plan está listo", escribía en carta a Marx, el 28 de mayo de 1876. "Comienzo abordando este lío de un modo puramente objetivo y aparentemente serio y el tratamiento va agudizándose a medida que se acumulan las pruebas de las necesidades, por una parte, y por otra de los lugares comunes".

De las obras importantes de Dühring, probablemente sólo conocía, al principio, el *Curso de economía política y social*, es decir, la obra que tanto había impresionado a Bebel, Bernstein y Most, al ver en ella a un profesor universitario que se atrevía a combatir "la tradicional propiedad basada en la violencia", anunciando que "en un futuro no muy lejano el actual sistema del salario podrá verse sustituido por la independencia económica de asociaciones de trabajadores". Dühring hablaba con palabras que parecían salir del alma de aquellos destacados socialdemócratas, incapaces todavía de comprender el nervio medular de la concepción marxista de la historia, cuando en esta obra le reprochaba a *El Capital* el que no dijera en ninguna parte lo que positivamente había que hacer. Lo que Marx callaba lo hacía saber el "nuevo comunista", sin que se inquietaran en lo más mínimo al ver que este autor se movía solamente dentro de las categorías del "deber ser" y el imperativo moral, sin preocuparse en absoluto por entrelazar la realidad presente con sus conexiones históricas. Y, como lo que ellos querían era saber lo más posible acerca de lo que sería el Estado del futuro, no encontraban ridículo ni siquiera el hecho de que el *Curso de filosofía* de aquel pensador se entretuviera en dar toda suerte de detalles acerca de los planes escolares que habrían de aplicarse en la comunidad "socialitaria". Cuando Engels se enteró de esto por el manuscrito de Most, escribió a Marx: "Como ves, el reinado del lugar común se manifiesta aquí bajo una forma todavía más ramplona que en el libro de economía y, relacionando ambas obras, podemos poner en evidencia a este sujeto en los dos campos al mismo tiempo".

Como el estado de salud de Lizzy era inquietante, la familia Engels permaneció hasta el 1 de septiembre en el balneario de Ramsgate, donde se reunió

con ellos durante unos cuantos días Jenny Marx, con algunos miembros de la suya. Desde que vivían en Londres ambos amigos, se habían establecido entre sus mujeres buenas relaciones de vecindad, a pesar de proceder de capas sociales tan distintas, relaciones que se habían ido haciendo más cordiales desde antes por el hecho de que la hija menor de Marx se alojaba frecuentemente en Manchester acogida a la hospitalidad de Lizzy, a cuya bondadosa y elemental vivacidad se habituó.

Refiriéndose al *Curso de filosofía* de Dühring, informaba Engels a su amigo, con fecha 25 de agosto: "Supera en trivialidad a todo lo hasta ahora conocido. Aun siendo mala, la parte que trata de la naturaleza es, sin embargo, la mejor de todas. Encontramos aquí, a pesar de todo, un raquíto residuo de dialéctica, pero tan pronto como se pone a hablar de las relaciones sociales e históricas, vuelve a imperar la vieja metafísica bajo forma de moral, y salta así sobre el jamelgo ciego en el que da, irremisiblemente, vueltas y más vueltas, sin llegar a ningún lado. Su horizonte no llega ni siquiera tan allá como el derecho nacional prusiano, y el régimen burocrático de Prusia representa para él 'el Estado'". Ya de vuelta en Londres, Engels comenzó inmediatamente a redactar su trabajo.

No entraba en su temperamento el conceder circunstancias atenuantes a un adversario cuya influencia trataba de aplastar. No combatía al rival político por animadversión personal, sino llevado de la convicción de que el trabajo asalariado y todos los males que este sistema llevaba consigo sólo podían eliminarse por la vía de la lucha de clases y de que la consecución de esta meta se vería entorpecida mientras el proletariado siguiera dando oídas a "profetas" que, en vez de investigar mediante un método crítico-científico la sociedad existente para encontrar de este modo la ley con arreglo a la cual se debe actuar, se limitaban a "tronar moralmente" contra esta sociedad, apoyados en verdades eternas e inmutables.

La fuente de que dimanaba el éxito obtenido por Dühring en los medios del partido alemán era, como ya hemos visto, el hecho de que repudiara el sistema imperante del salariado y mostrara su hostilidad contra el espíritu reinante en las universidades. Ahora bien, quien condenara el sistema de explotación estaba obligado a señalar el camino por el que era posible liberarse de él. Y quien vituperaba al reino del profesorado, no tenía derecho a recabar una cátedra de Bismarck. Si Dühring se hubiese enfrentado a los profesores universitarios como un hombre conocedor del mundo y versado también en la cultura de otros países o lanzando a su cara el reto del proletariado, no cabe duda de que se habría granjeado el respeto de Engels. Pero quien tan mal solía hablar de profesores como Feuerbach y Schopenhauer sólo podía ver en Dühring a un "hijo de su misma sangre". En su "desleída sopa de convento acerca de temas de filisteo como el del valor de la vida y la mejor manera de disfrutarla", se acusaba en él una vulgaridad que hacía explicable la ira que Dühring sentía por el *Fausto* de Goethe. "A Goethe no podía perdonársele, en efecto, el que hubiera tomado como héroe de su drama a una figura tan inmoral como Faus-

to, y no al serio y sesudo Wagner, filósofo de la realidad". Quien, como Dühring, se atrevía a mirar por encima del hombro a Leibniz, Kant, Fichte, Schelling, Hegel y Marx no podía por menos de ser acusado, como acusaba Engels a Dühring, de "megalómano irresponsable".

Engels condenaba desde el primer momento, en la actitud espiritual adoptada por Dühring, su punto de vista ahistórico y su repulsa de la dialéctica, a la que motejaba de "anticuada escolástica sectaria". La posición en que Dühring se mantenía era caracterizada por Engels como un eco confuso de las ideas del siglo XVIII. Como los pensadores de la Ilustración, Dühring, en su apriorismo, derivaba sus principios del pensamiento en vez de derivarlos del mundo exterior, manejaba por doquier verdades eternas e inapelables y, al estudiar los fenómenos morales o los hechos económicos, no tenía en cuenta para nada las condiciones históricas correspondientes. Su método, dice Engels, es siempre el mismo: "Dos o tres verdades evidentes de una increíble trivialidad y expresadas, además, bastante torpemente, forman los axiomas que no necesitan ser probados, las tesis fundamentales, las leyes naturales que le sirven de pauta y en base a las cuales deben explicarse y contrastarse todas las manifestaciones de la vida social". Para Dühring, sus opiniones y sus sentimientos son más importantes que los hechos. El "no necesita pararse a investigar y a demostrar; le basta con desplegar al viento sus declamaciones". So pretexto de desarrollar el contenido de sus leyes, carentes de contenido, no hace otra cosa que charlar por los codos acerca de los más diversos temas, cuyos nombres aparecen en estas leyes, y aderezar su grandilocuencia oracular con torcidas concepciones y jactanciosas fantasías.

Engels va refutando sucesivamente la filosofía, la economía política y el socialismo del pensador positivista. Al principio, no parecía haberse molestado siquiera en leer la *Historia crítica de la economía política y del socialismo*, es decir, el tercer libro de Dühring que se había propuesto destrozarse, limitándose a recopilar lo que Marx, "látigo en mano", había extractado para él. Con ello, le decía a su amigo, le bastaba y le sobraba "para hacer papilla también en este terreno al individuo en cuestión". El capítulo correspondiente de la obra contra Dühring, en el que se trata de poner de manifiesto la ignorancia de éste en lo tocante a la historia de la economía política, fue todo él escrito por Marx. Cuando Engels, después de terminar la parte filosófica, tomó de nuevo en sus manos el *Curso* de Dühring para criticar sus ideas sobre materia económica, se mostró tan asqueado por aquella "basura", que, a su juicio, sólo podía abordar lo que aún le restaba "con un desprecio todavía mayor". Pero, con el tiempo, fue tomándole un poco más el gusto a aquel trabajo al que se había sometido con tanta repugnancia. Ello se debía, según la explicación que más tarde hubo de dar, a que tenía que seguirle los pasos a su multifacético adversario en un territorio muy vasto, lo que le obligaba, quisiera o no, a oponer a la de su contrincante su propia manera de ver:

"La polémica se trocaba, así, en una exposición más o menos coherente del método dialéctico y de la concepción comunista del mundo mantenidos por

Marx y por mí", explicaba Engels, describiendo este modo de proceder, en el prólogo escrito por él en 1885 para la segunda edición. Si tenemos en cuenta que hasta entonces no existía una exposición de esta naturaleza, puesto que *La ideología alemana*, escrita más de treinta años antes, no había encontrado editor, encontraremos justificado que el autor de la primera biografía haga singular hincapié en esta parte realmente positiva del *Anti-Dühring*, dedicándole un capítulo especial. Pero aquí, en donde sólo se trata de exponer la motivación política y las proyecciones de la obra en cuestión, resta todavía por tratar un punto, a saber: la manera en que Engels sostuvo esta polémica.

Engels distaba todavía mucho de preguntarse, cuando escribió el *Anti-Dühring*, si la ceguera del hombre cuyas obras criticaba podría explicar el hecho de que tratara de compensar con su infatuación la visión que le faltaba. Sentía de antemano una marcada aversión contra un pensador que por doquier, a lo largo de sus obras, se incensaba a sí mismo, se ufanaba de su infalibilidad y, procediendo a su antojo, como un maestro de escuela, asignaba el rango en que debían ser clasificados "los grandes hombres a quienes él mismo disputaba como tales".

Si Engels no había podido soportar en Lassalle el excesivo afán por elogiar sus propias obras, esta infatuación tenía que repelerle más todavía en un Dühring, a quien consideraba infinitamente por debajo de aquel otro gran rival. Era verdaderamente increíble, para él, la arrogancia y la falta de respeto con que este hombre, en sus obras, trataba a Hegel, a Darwin y sobre todo a Marx. Sentía una verdadera satisfacción en demostrar que este "literato pistolero" había "copiado" impudicamente a Hegel, de cuya grandeza no tenía ni la menor idea, y a Marx, a quien trataba con tanto "desenfado".

Como socialista, Dühring no es, para Engels, otra cosa que un epígono de los utopistas y de Proudhon. Como aquéllos, veía en el socialismo "una verdad definitiva e inapelable", y no, en modo alguno, un resultado necesario del desarrollo histórico. Su socialismo era el que correspondía al horizonte visual de un país "cuyos productos industriales decisivos eran el aguardiente y el azúcar de remolacha y en donde las crisis comerciales podían estudiarse en base al mercado librero". La ley fundamental de la sociedad existente era, según él, la ley fundamental de la sociedad concebida por su imaginación. Afirmaba la sociedad imperante, pero libre de sus males. Al igual que Proudhon, soñaba con eliminar de ella estos males haciendo valer frente a ellos la ley fundamental que rige la producción de mercancías, cuya vigencia era precisamente la que engendraba dichos males. Fabricaba un nuevo orden social utópico, no en base al material económico existente, sino "sacándolo de su soberana cabeza".

A Most, a Bebel y a todos los que se habían dejado fascinar por Dühring y sus comunas económicas del futuro les daba a entender así —sin citar sus nombres— que se habían dejado embaucar por un charlatán, "que, después de haberse descubierto y definido las leyes de la química moderna, se empeñaba en resucitar la vieja alquimia y se valía de los pesos atómicos, las formas mole-

culares, la cuantivalencia de los átomos, la cristalografía y el análisis espectral pura y simplemente para descubrir... la piedra filosofal”.

Engels no veía en las ideas de Dühring acerca del Estado, la religión o la educación las resultantes de una concepción coherente del mundo, sino simples extravagancias personales. Y arremete contra su adversario incluso allí donde éste llega, aparentemente, a resultados semejantes a los suyos propios. Encuentra, por ejemplo, que el inventor del sistema “socialitario” se precipita demasiado a “acabar con la religión”. En vez de aguardar a que ésta muera de muerte natural, “quiere ser más bismarckiano que Bismarck”. Fulmina leyes mucho más severas que él, no sólo contra el catolicismo, sino contra toda religión en general. Azuza contra la religión a sus gendarmes del futuro y con ello sólo consigue una cosa: ponerle la corona del martirio y alargar su vida.

Engels se había expresado ya de un modo parecido a éste en un artículo publicado por *El Estado del pueblo* en 1874. Decía en él que, entre los obreros alemanes, el ateísmo era ya una antigualla: “Esta palabra puramente negativa no dice nada, hoy. Han dado sencillamente de lado a dios. Viven y piensan en el mundo real y son, por tanto, materialistas”. Y proseguía así: “El único servicio que hoy en día se le puede prestar a Dios es declarar el ateísmo como artículo de fe obligatorio y desbancar a las leyes bismarckianas de la lucha por la cultura con el veto de todas las religiones en general”. Engels era más consciente que la burguesía liberal del resultado a que necesariamente tenían que conducir semejantes medidas prohibitivas.

Pero donde descargaba el golpe político más demoledor contra su adversario era en un punto en donde éste menos habría podido esperarlo. Como es sabido, Dühring, oponiéndose deliberadamente a lo que sostenían Marx y Engels, no consideraba como el factor fundamental de la vida histórica la economía, sino la política. Política y violencia eran sinónimos para él. Dühring —señala Engels— considera la violencia como el mal absoluto: “El primer acto de violencia es, según él, el pecado original y toda su exposición se reduce a un sermón jeremiaco contra la contaminación de toda la historia, a partir de entonces, con el pecado original y contra la ignominiosa falsificación de todas las leyes naturales y sociales como consecuencia de ese poder demoníaco que es la violencia”.

Dühring, al parecer —continúa Engels—, no ve que la violencia desempeña también en la historia otro papel, un papel revolucionario, que es el instrumento gracias al cual se abre paso el movimiento social y se derrocan las formas ya caducas y momificadas. Combatiendo contra Bakunin, Engels había tenido que reducir a sus justos límites la importancia de la violencia para la lucha del proletariado; aquí, en cambio, subraya el otro aspecto, “el elevado auge moral y espiritual que trae consigo toda revolución triunfante”. Y se burla de los “insulsos e inocuos sermones” de Dühring, quien pretende nada menos que imponer esta actitud de predicador “al partido revolucionario, que sí sabe lo que es la historia”. Como es natural, esta exaltación del papel histórico de la violencia, en vísperas de la ley contra los socialistas, se proponía ser, al mismo

tiempo, un fogoso *argumentum ad homines* que no iba dirigido solamente a la socialdemocracia. Como sabemos, la policía prusiana supo interpretar certeramente lo que el autor quería decir aquí y confiscó el libro de Engels.

No cabe duda de que la extraordinaria difusión de este libro polémico sólo puede explicarse por la exposición positiva de sus propias ideas que Engels hace aquí como contrapunto de las de Dühring, ideas que habremos de exponer en el siguiente capítulo, dedicado a estudiar la concepción del mundo de Engels y su concepción de la historia. Como la obra fue prohibida y confiscada en cuanto apareció, su influencia en Alemania sólo pudo hacerse valer un poco más tarde, al publicarse en Suiza, en 1882, como folleto, la introducción y el capítulo final que trata del socialismo, "bajo una forma considerablemente revisada y puesta al alcance del lector popular", relegando a segundo plano las partes polémicas. Este librito, titulado *Del socialismo utópico al socialismo científico*, se convirtió, con el *Manifiesto comunista*, reeditado en 1872, con un nuevo prólogo del autor, en la publicación de mayor arrastre salida del taller intelectual de Marx y Engels. Fue rápidamente traducido a casi todas las lenguas europeas, y sirvió en todas partes, sobre todo probablemente en Francia, para abrir el camino a la concepción económico-dialéctica de la historia y a la política revolucionaria que de ella se derivaba.

En el prólogo a la primera edición en forma de libro de su obra de controversia contra Dühring, que en todas partes se conoce hoy con el nombre de *Anti-Dühring*, Engels deplora que, desde que Alemania se ha convertido en Imperio y cuenta con una gran industria, ha perdido aquel "gran sentido teórico" que la hiciera famosa en los tiempos de su atraso político y económico. No quería, sin embargo, negar que las ciencias naturales, por lo menos en lo referente a las investigaciones pormenorizadas, se mantenían a la altura de los tiempos, aunque sin preocuparse en la medida necesaria de las grandes conexiones entre los hechos concretos y de la síntesis de los hechos en forma de leyes.

Señalaba, en cambio, los evidentes signos de decadencia que se manifestaban en el campo de las ciencias del espíritu. Afirmaba que, al declinar la filosofía clásica, había desaparecido el viejo espíritu teórico exento de toda clase de miramientos, para dejar el puesto a la tímida preocupación por hacer carrera y ganar dinero. Estas "deplorables condiciones" eran las culpables de que "las cátedras universitarias estuviesen ocupadas por vacuos profesores, eclécticos y superficiales", mientras a un Feuerbach se le dejaba vegetar, solitario, en una aldea.

Pero no era solamente en los profesores alemanes en quienes Engels echaba de menos valentía política, entrega desinteresada a la investigación, vigor para las grandes síntesis. A su juicio, la reciedumbre de la vida espiritual alemana se había resentido en su totalidad desde el momento en que la economía y la política de Alemania emprendieron una marcha ascendente. Dühring era, para él, solamente "uno de los exponentes más caracterizados de aquella petulante seudociencia" que atruena todos los ámbitos "con sus estridentes trompetazos".

con "sus ínfulas de superioridad y profundidad de pensamiento, en contraste con los simples y banales metales de otras naciones".

Engels fue uno de los primeros en percibir aquel proceso de enriquecimiento material y empobrecimiento espiritual, de achatamiento del modo de ser de Alemania, que comenzó a partir del maná de los miles de millones, después de la victoria sobre Francia. Estaba convencido, sin embargo, de que aquel proceso de decadencia sólo afectaba a la Alemania aristocrática y burguesa, y no a la Alemania proletaria. El intento de Dühring de llevar también sus "oquedades sonoras" al socialismo alemán estaba condenado a fracasar —y para contribuir a que fracasara había escrito él su libro— "ante la naturaleza maravillosamente sana de nuestros trabajadores".

Esta obra polémica —no debemos perderlo de vista— iba dirigida, en última instancia, contra el asalto de un positivismo bastante banal y que, además, no tenía raíces en el espíritu alemán. El *Anti-Dühring* se proponía transmitir al proletariado alemán, confiándolo en él a buenas manos, todo lo que el autor consideraba vital y valioso en el patrimonio espiritual del idealismo clásico alemán.

Diez años más tarde, cuando ya la estrella de Bismarck iba declinando, proclamaba Engels, desde las páginas de su brillante librito sobre *Luis Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, en otras palabras, esta misma idea: "Solamente en la clase obrera", leemos en dicha obra, "se mantiene indemne el sentido teórico alemán. Aquí, no puede desarraigarse; aquí, no prevalecen el deseo de hacer carrera, de obtener ganancias o de congraciarse con las alturas; por el contrario, cuanto más desinteresada e imparcial sea la ciencia, más en consonancia se halla con los intereses y las aspiraciones de los obreros. La nueva tendencia, que descubre en la historia del desarrollo del trabajo la clave para comprender toda la historia de la sociedad, se ha orientado desde el primer momento hacia la clase obrera y ha encontrado en ella la receptividad que nunca buscó ni esperó de la ciencia oficial. El movimiento obrero alemán es el heredero de la filosofía clásica de su país".

CAPITULO IX

CONCEPCIÓN DEL MUNDO

Marx se vio impulsado por sí mismo, por su propio temperamento, a forjarse una concepción propia del mundo. Engels, en cambio, tal vez no habría llegado nunca a entrar en tan estrecho contacto con la filosofía si no se hubiese dado la circunstancia de que era precisamente en el campo filosófico donde en su juventud se libraba la gran batalla de los espíritus. Y, si quisiéramos ilustrar, forzando un poco la imagen, la diferencia entre uno y otro, podríamos decir que mientras Marx se hizo combatiente y revolucionario en su cuarto de estudio, a Engels lo llevó al cuarto de estudio la necesidad que sentía de luchar. No en vano había escogido como al héroe de su sed de hazañas al joven Sigfrido; no en vano, asimismo, había arribado a la revolución y al comunismo antes que su amigo, identificado luego con él.

Como recordaremos, el anhelo de lucha y de libertad que ya apuntaba en sus años de adolescente comenzó a dar señales de vida en el terreno religioso, pasó de allí a la literatura y la política y sólo se manifestó en el campo filosófico cuando, todavía en su juventud, se percató de que era precisamente allí donde yacía soterrado el combustible más poderoso para hacer saltar el orden existente.

Ya antes de que la subida al trono de Federico Guillermo IV empujara definitivamente a la franca oposición a los "hegelistas", se había declarado Engels en favor de un sistema, que, según palabras suyas de aquellos años, "estaba hecho de una sola pieza y no necesitaba de abrazaderas para sostenerse en pie". Y eran precisamente "los enormes pensamientos" de la filosofía hegeliana de la historia los que impresionaban "tremendamente" a aquel muchacho de diecinueve años. Los ensayos y poemas que se conservan del Engels de aquellos días revelan cuán profundamente influyó el estudio de Hegel en su manera de pensar. Aunque no cabe duda de que su afán de saber seguía alimentando todavía, preferentemente, su fogosa rebeldía "contra lo existente", era ya consciente de que sólo es auténtico aquel entusiasmo que "no rehúye el aire delgado y sutil de las altas regiones de la abstracción, cuando se trata de volar hacia el sol de la verdad".

Desde el punto de vista biográfico, es importante el hecho de que Engels, a diferencia de Marx, no llegó a Hegel por el largo camino que pasaba por la filosofía jónica de la naturaleza, por Aristóteles y Descartes, por Kant y Fichte, sino directamente, arrancando de las luchas espirituales de su tiempo. Y no opuso tampoco, antes de dejarse captar por el gran dominador, al principio, una marcada resistencia, como sabemos que le ocurrió a Marx. Cuando tropezó con la filosofía dominante en aquellos días, su bagaje filosófico no era tan grande como el de su amigo, y se entregó inmediatamente a ella con gran alegría.

Se dedicó con gran entusiasmo a la lectura y al estudio de la *Enciclopedia*, la *Lógica*, la *Filosofía de la naturaleza* y estudió también, con el mismo fervor, la *Filosofía del derecho* y la *Filosofía de la historia* del gran maestro, obra esta última a la que llamará más tarde "una de las más geniales de todos los tiempos" y que le transmitió aquel enfoque panorámico sobre la historia general del pensamiento que ya no abandonará a lo largo de toda su vida.

En ningún otro pensador filosófico se adentró Engels de un modo tan profundo como en Hegel, a pesar de ser punto menos que inabarcable la lista de obras científicas en que nutrió su afán de saber, verdaderamente insaciable. De allí en adelante, filosofía significaría para Engels, fundamentalmente, la filosofía hegeliana, de la que sacó, en unión de Marx, ya en los años cuarenta, las conclusiones que anunciaban la transformación revolucionaria del mundo existente.

Las tempestades revolucionarias que siguieron inmediatamente a los años dedicados a su propio esclarecimiento le alejaron durante largo tiempo de toda preocupación filosófica. Cuando estas tempestades se calmaron, demasiado pronto para sus deseos, las realidades prácticas, bajo la forma desagradable que durante prolongados años revistieron para él, no le permitieron consagrarse a lo que tanto ansiaba: a cavar profundamente en la fecunda tierra del pensamiento. En 1869, ya recobrada por fin su libertad, la filosofía había dejado de ser el demiurgo de los acontecimientos. La hegemonía había pasado ahora a manos de la historia y, sobre todo, de las ciencias naturales.

Cuando su mundo intelectual comenzó a tomar forma, Engels había prestado muy poca atención a las ciencias naturales; en aquel tiempo, todo parecía girar alrededor del hombre y de su mundo religioso, político y moral. El triunfo de las ciencias naturales, de largo tiempo atrás preparado por los progresos de la investigación y la técnica, se decidió definitivamente sobre el terreno ideológico, en Alemania, cuando, después del fracaso de la revolución, en la década del cincuenta, se inició un auge económico sin precedente y la burguesía trató de resarcirse en el mundo de lo material de lo que no había tenido la energía necesaria para retener en el mundo político.

"El año 1848, que por lo demás no fue capaz de dar cima a nada, sólo llevó a cabo una transformación total en el campo de la filosofía. La nación se abalanzó sobre las realizaciones prácticas, sentó aquí los fundamentos de la gran industria y la especulación e inició allí el formidable auge que a partir de entonces han experimentado las ciencias naturales en Alemania..., y con ello

volvió definitivamente la espalda a la filosofía clásica alemana, que ya se había empantanado en las arenas del viejo hegelianismo berlinés". Así describía Engels lo ocurrido, al recordarlo, treinta años más tarde, en medio de sus reflexiones sobre la dialéctica y la naturaleza.

Como es sabido, las cosas discurrieron de un modo muy distinto en Inglaterra, donde el ascenso político y social de la burguesía no se vio interrumpido por ninguna revolución frustrada. En la puritana Gran Bretaña, siempre había sido restringido el radio de acción de la filosofía especulativa; por otra parte, la gran pujanza de la tradición religiosa ponía ciertas trabas, allí, al desarrollo empírico. Ante esta barrera no cabe duda de que se detuvieron, incluso, investigadores de la talla de un Darwin, un Lubbock y un Tyndall, aunque su dios no fuese ya el creador del cielo y de la tierra sin la venia del cual no puede moverse ni la hoja de un árbol.

En Alemania, la tradición religiosa no era poderosa ni compacta y no pesaba sobre la sociedad lo suficiente para impedir que, al declinar la filosofía idealista clásica, ganase terreno una trivial filosofía vulgar de corte materialista, fuertemente inclinada al ateísmo y que se consideraba muy satisfecha de su radicalismo ideológico. Es difícil que la posteridad pueda imaginarse, hoy, la enorme repercusión que por entonces encontraron en los espíritus obras como la de Luis Büchner, *Fuerza y materia*, o la de Carlos Vogt, *La ciencia y la fe del carbonero*. Pero la filosofía idealista había dado de sí todo lo que tenía que dar. Cuando las fuerzas económicas conquistaron en la conciencia general el lugar que hasta entonces había reservado la tradición al espíritu, la filosofía idealista se consideraba ya como un árbol sin savia. Y obras como aquéllas, que amonedaban y ponían en circulación, aunque fuera sin sentido crítico y precipitadamente, los novísimos resultados de las investigaciones naturales, suscitaban en quienes las leían la sensación de un vergonzoso atraso que era necesario superar, confiándose a la guía de los nuevos maestros.

Hablaremos más adelante de las razones profundas que llevaban a Engels a rechazar e incluso a despreciar esta clase de materialismo, a considerarlo pura y simplemente como una vulgarización achabacanada del materialismo inglés y francés de los siglos XVII y XVIII, como una lamentable recaída en los tiempos anteriores a Kant y Hegel. Le repelía, sobre todo, la arrogancia con que este materialismo daba de lado a la filosofía especulativa alemana. Aunque se hubiese alejado mucho de ella Engels seguía considerándola, a pesar de todo, como "la gloria de Alemania".

Y, en el fondo, no tenía en mayor estima que a este "materialismo vulgar de predicadores itinerantes", a las triviales "reflexiones" de un Schopenhauer o un Eduardo Hartmann, que por aquellos años compartían con Vogt y Büchner los favores del "filisteo". Y la aversión que sentía contra las universidades alemanas y a la que tantas veces daba rienda suelta se veía gratamente alimentada por el hecho de ver cómo en sus cátedras campeaba "un eclecticismo amasado con una revoltura de puros residuos de las filosofías del pasado".

En cuantas ocasiones tuvo Engels, más adelante, al estudiar los más

diversos campos del saber, de adentrarse en los dominios de la filosofía, procuraba siempre cerciorarse, como la cosa más natural del mundo, de si "el Viejo" había "olfateado" algo de las concatenaciones en cuestión y de cómo resolvería él el problema. Se explicaba "la dispersión y la confusión" reinantes en la filosofía alemana desde el derrumbamiento de la escuela de Hegel como propias de una nación que, creyendo haber alcanzado el apogeo de la ciencia, pretendía, de pronto, arreglárselas "sin pensamiento teórico". Y no podía servirle de consuelo el que del naufragio de la filosofía clásica se hubiera salvado un "cierto neokantismo", pues él jamás tuvo nada que ver con esta tendencia filosófica, orientada preferentemente hacia el problema gnoscológico.

Pero, a su juicio, la intelectualidad alemana había cometido el peor de los errores al echar por la borda, con el "hegelismo", la dialéctica. En Engels, no era solamente el cuerpo, sino también el espíritu el que clamaba por movimiento. No veía el mundo como un panorama, sino como un proceso. No era propio de su temperamento levantar la mirada hacia el cielo estrellado como hacia algo fijo e inasequible; se compaginaba mejor con su manera de pensar la idea de que también el cielo era algo en desarrollo, en movimiento. Por eso en Kant admiraba más la *Historia general de la naturaleza y la teoría del cielo* que la *Crítica de la razón*, porque aquella obra había abierto brecha en una concepción de la naturaleza estática y petrificada y encuadraba la tierra y todo el sistema solar en un proceso eterno, del que forma parte también la humanidad.

Ahora bien, si para él el movimiento, el cambio, el desarrollo, la transformación, la historia eran hasta tal punto el alma de cuanto vive y se plasma, tenían que ser también, obligadamente, el principio con arreglo al cual se dividen los espíritus en su modo de considerar lo que es y cómo se desarrolla el mundo. Y, en efecto, para Engels, en la historia de la filosofía no existen, en rigor, más que dos tendencias: la metafísica, que reconoce categorías fijas, y la dialéctica, para la que todas las categorías cambian y fluyen.

"El pensamiento metafísico considera las cosas y sus imágenes intelectivas, los conceptos, sueltos y aislados, uno tras otro y el uno sin el otro, como objetos de investigación fijos e inmóviles, dados de una vez para siempre. Una cosa es o no es; no puede ser al mismo tiempo ella misma y otra". La dialéctica, en cambio, no se contenta con esto, "sino que enfoca las cosas y los conceptos en su concatenación, en sus relaciones mutuas, en su interdependencia y ve los cambios a que esto conduce, ve cómo nacen, se desarrollan y mueren".

Las líneas anteriores están tomadas de los trabajos preparatorios para el *Anti-Dühring*. Antonio Labriola, el filósofo italiano de la historia, quien profesaba abrazar los principios engelsianos, propuso a Engels, en 1894, decir "genéticamente" en vez de "dialécticamente", por entender que esta palabra abarcaba también el contenido real de las cosas, mientras que el término de "dialéctica" expresaba solamente el aspecto formal, que para Hegel, como ideólogo que era, lo significaba todo. Y no estaba tampoco de acuerdo con la palabra "metafísica", entre otras cosas, porque entendía que esta palabra podía inducir a confusiones entre la concepción de Engels y la del "fabulista" Comte o el

“cretino de Spencer”, a quien llamaba un “seudohegeliano carente de genio”. Ignoramos, desgraciadamente, cómo acogió Engels este consejo de su adepto italiano.

Tomando como base los apuntes de Engels a que en los años setenta y a comienzo de los ochenta dieron pie sus estudios sobre la filosofía de la naturaleza y las ciencias naturales, podemos reconstruir en su totalidad la marcha de la historia de la filosofía. Orientada hacia la importancia que el pensamiento de las diferentes épocas concede a la dialéctica y a la ciencia, esta manera de ver no carece de originalidad y reclama nuestro interés con tanta mayor razón cuanto que nos permite comprender de un modo especialmente fecundo la raíz última, la esencia y el carácter de los motivos filosóficos fundamentales que impulsaron a Engels. El pensamiento de la humanidad occidental adopta entre los griegos un giro dialéctico, pero todavía precientífico. Y aunque, más tarde, en la filosofía de Occidente, algún que otro pensador, como Descartes y Spinoza, representara brillantemente la dialéctica, desde el Renacimiento hasta el siglo XVIII el pensamiento se había caracterizado, de forma general y casi predominantemente, como un pensamiento científico y adialéctico. Fue en la filosofía clásica alemana, desde Kant hasta Hegel, donde la dialéctica trató de apoderarse de la ciencia. Su desarrollo interno empujó a la ciencia a ir adoptando una actitud cada vez más dialéctica. Y Engels se inclinaba a creer que, en sus días, dialéctica y ciencia, después de haber estado divorciadas durante largos años, se hallaban a punto de encontrarse definitivamente.

Siguiendo a Hegel, distingue, pues, en el plano de los principios, entre un método de investigación y de pensamiento metafísico y otro dialéctico. Confía en el segundo y rechaza el primero. No cree que el pensamiento en base a categorías fijas esté a la altura de la investigación moderna en torno a la naturaleza. Esta investigación ha ido refutando punto por punto la tesis de la identidad “en el viejo sentido metafísico”. Al igual que todas las categorías metafísicas, esta tesis puede servir tal vez para andar por casa, para abordar relaciones de poca monta o breves espacios de tiempo, pero fracasa cuando se trata de encontrar las grandes concatenaciones.

El positivismo de Augusto Comte, que naciera al calor del auge de las ciencias naturales y que a su vez repercutió poderosamente sobre ellas, sólo hacía referencia al antagonismo entre ciencia y metafísica, afirmando incondicionalmente la primera y rechazando la segunda. Para Engels, esta filosofía era absolutamente inservible. Ciertamente que también repudiaba la metafísica, pero no reconocía solamente la ciencia, sino que reivindicaba a la par de ella la dialéctica. Consideraba que una ciencia adialéctica era una ciencia más o menos metafísica, y por este solo hecho no podía satisfacerle la filosofía comtiana.

“Los resultados no son nada sin el desarrollo que a ellos conduce”, había dicho ya en 1843, refiriéndose a Carlyle. Y, aunque pugnaba por llegar, siguiendo caminos dialécticos, a una síntesis de la imagen del universo basada en las ciencias naturales, consideraba carente de todo valor el intento de Comte, al tratar de ordenar enciclopédicamente las ciencias naturales al margen de

la dialéctica. Lo importante para él no era sistematizar, sino dialectizar. Mientras que en el positivismo la ciencia descartaba a la filosofía, en el materialismo dialéctico, es decir, en la concepción que Marx y él sostenían, la ciencia implica por sí misma la filosofía. Y esta y no otra es la razón de que Engels afirme que resulta superflua "una ciencia específica de la concatenación general". Para él, la filosofía se halla, expresándolo a la manera hegeliana, "superada", es decir, según el propio Engels lo explica, "cancelada y, al mismo tiempo, conservada; cancelada en cuanto a la forma, pero no obstante conservada en cuanto a su contenido real".

En carta dirigida a Engels, Antonio Labriola expresaba el deseo de que la afirmación de Engels según la cual, en el futuro, la filosofía sólo se haría valer en el campo de las "ciencias reales" en cuanto lógica formal y dialéctica, se restringiera, formulándola así: "la investigación filosófica unilateral" sólo podría llegar a descartarse cuando la ciencia alcanzara un grado tal de madurez que fuera posible llegar a conocer en su totalidad las leyes internas que rigen el proceso histórico-social. La respuesta de Engels no ha llegado a nosotros. Pero casi estamos seguros de que se habría opuesto, por principio, a semejante propuesta. De lo que, desde luego, no cabe la menor duda es de que tanto él como, naturalmente Marx, afrontaban la filosofía de un modo mucho más positivo que el positivismo.

Para contar con el asentimiento intelectual de Engels era necesario, como hemos visto, que se pusiera de manifiesto un proceso, un desarrollo. Así había procedido, desde luego, la filosofía griega: "Los viejos filósofos griegos eran todos por naturaleza dialécticos innatos". Para ellos, "el mundo era esencialmente algo que había salido del caos, que se había desarrollado, que había llegado a ser". Engels admiraba en los griegos el que hubieran sido capaces de encuadrar en su concepción general de la naturaleza lo poco que de ésta tenían conocimiento.

Sus primeras nociones acerca de los pensadores griegos procedían, sin duda, de la tesis doctoral de Marx, en la que se estudiaba, como es sabido, la diferencia entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y la de Epicuro. Los pensamientos mantenidos por los adalides de la filosofía griega debieron de salir a relucir frecuentemente en las conversaciones con su amigo, quien conocía a fondo la filosofía antigua. Entre los apuntes de Engels sobre la filosofía de la naturaleza se han encontrado algunas citas sobre Leucipo, Demócrito y Epicuro tomadas de la *Metafísica* de Aristóteles y transcritas por Marx. Y, desde luego, habían quedado muy grabadas en su mente las lecciones de Hegel sobre la filosofía griega. Tenía mucha importancia para él la distinción que el maestro establecía entre "la vulgar indagación de la naturaleza a través de los sentidos" y la "filosofía de la naturaleza" y asimismo reconocía como valiosos los juicios de Hegel acerca de la relación entre unos y otros filósofos.

Sin embargo, afirmaba su propia personalidad frente al maestro en el sentido de que sólo prestaba atención a aquellos filósofos griegos que tenían importancia para él, desde el punto de vista de la dialéctica de la naturaleza.

De ahí que no cite a Sócrates ni a Platón, expresando, en cambio, su admiración por Aristóteles, "el Hegel del mundo antiguo", de quien decía que era el único que, antes de Hegel, había "investigado las formas más esenciales del pensamiento dialéctico".

El propio Engels apunta la idea de que la filosofía atomística y, con ello principalmente Demócrito, tendría necesariamente que resurgir, a partir del momento en que la física y la química "manejan casi exclusivamente moléculas y átomos". Y asimismo era algo evidente para él que la aparición de la teoría evolucionista pondría de nuevo en boga las cosmologías de los milesios. Por lo demás, las ideas de estos filósofos y la "maravillosa sagacidad" con que se adelantaban a los resultados de "la ciencia actual" no habían escapado tampoco a la atención de Luis Büchner. A comienzos de la década del setenta, Engels proyectaba escribir algo para refutar el "trivial" dogmatismo de este autor, quien había querido deslizar también en las asociaciones de cultura obrera su "vulgarización materialista", con "la arrogante pretensión de aplicar a la sociedad esta teoría de la naturaleza y reformar el socialismo". Como vemos, un nexo de profunda coincidencia interna enlazaba al hijo del siglo XIX con los pensadores de aquel pequeño pueblo "cuyo talento y cuya proyección universal le aseguraban en la historia de la humanidad un lugar al que jamás podrá aspirar ningún otro pueblo".

Según Hegel, en la naturaleza se repetía siempre el mismo proceso; su diversidad sólo se despliega en el espacio, pues, siendo una mera "enajenación" de la idea, la naturaleza no es susceptible de desarrollo en el tiempo. Hegel des- tierra a la naturaleza de la historia. Para él, la única sustancia de la historia es el espíritu, cuyo ser fuera de sí es, a juicio suyo, la naturaleza. En Engels se manifiesta un concepto de la naturaleza totalmente distinto. No sólo ve en la naturaleza la premisa lógica del espíritu, sino que, al sentirse por su experiencia a la par como espíritu y como naturaleza, postulaba una concepción armónica del mundo, una filosofía que entroncara al espíritu con la naturaleza y viese en el mismo espíritu solamente una fase de un gran proceso de desarrollo.

Sentía la necesidad de vivir la naturaleza como un todo ininterrumpido, como un proceso cósmico cuyas leyes rigen también en el campo de lo humano. La historia de la humanidad, a su juicio, "sólo se distinguía de la historia de la naturaleza en cuanto proceso de desarrollo de organismos conscientes de sí mismos". Fuera de esto, también ella forma parte del gran proceso del universo, que abarca a la vez el nacimiento de la naturaleza y el del mundo espiritual.

Esta necesidad de concebir como unidad el proceso cósmico, que él sentía y que, para satisfacción suya, veía también reflejada en el desarrollo moderno de las ciencias naturales, no había encontrado nunca, según él, una expresión filosófica tan grandiosa, dentro del pensamiento occidental, como en los pensadores jónicos. En el exiguo caudal que representaban los fragmentos de sus obras hablaba "un materialismo primitivo" de pura cepa, que, "de modo natural, consideraba como algo evidente, en sus comienzos, la unidad dentro de la infinita variedad de los fenómenos de la naturaleza". Por tanto, la objetivi-

dad de la naturaleza que viene dada como unidad, representaba para Engels, ni más ni menos que para Tales, Anaximandro y Anaxímenes, una evidencia primaria. Este sentimiento de una sujeción a la naturaleza, como algo evidente por sí mismo y totalmente ajeno a las creencias cristianas, se había sustraído en él ya desde muy pronto a las influencias pietistas del ambiente de su familia y de su infancia. Y este elemento, activo en él por temperamento desde los primeros días, determinaba de antemano su actitud de repulsa frente a todo intento de poner en tela de juicio la existencia del mundo exterior o de explicarla partiendo del sujeto.

Engels encontraba que el pensamiento materialista de los griegos se movía libre todavía de aquellos obstáculos que, para decirlo con sus propias palabras, "se imponía a sí misma la metafísica" en tiempos de Bacon, de Locke y Leibniz "y le obstruían el camino para remontarse del conocimiento de lo particular al de lo total, a la visión de las concatenaciones generales". Como aún no se había avanzado hasta el análisis de la naturaleza, ésta se veía todavía como un todo. No se demostraba en detalle "la concatenación total de los fenómenos naturales", sino que se la presentaba todavía como "resultado de la intuición directa". Esto revela al mismo tiempo la insuficiencia de la filosofía griega y su superioridad con respecto a la metafísica posterior, que, con su "aristocracismo baconiano", la menospreciaba. "La metafísica estaba en lo cierto frente a los griegos en cuanto al detalle, pero los griegos tenían razón frente a los metafísicos desde el punto de vista de la totalidad". Y lo que en los griegos era meramente una intuición genial, tenía que convertirlo la moderna ciencia de la naturaleza en resultado de una rigurosa investigación científica.

El triunfo del cristianismo dio al traste con la tradición cosmológico-dialéctica de los griegos. Los caminos de la naturaleza y de la historia se bifurcaron y la ciencia cayó también en la esterilidad, al sobrevenir la "tenebrosa noche" de la Edad Media. "La antigüedad nos había legado a Euclides y el sistema tolemaico, los árabes la notación decimal, los rudimentos del álgebra, los números modernos y la alquimia; la Edad Media cristiana no nos dejó absolutamente nada". Son palabras tomadas de la introducción a la *Dialéctica de la naturaleza*, escrita en 1880. El juicio emitido por Engels en diferentes ocasiones acerca de la importancia espiritual y cultural de esta época histórica, que duró más de un milenio, era, sobre poco más o menos, tan negativo como el de los filósofos e historiadores de la Ilustración, cuyas huellas seguiría después la tradición liberal. Para el Engels maduro, sin embargo, la Edad Media no era, ni mucho menos, "una simple interrupción de la historia durante mil años de barbarie general". En su obra sobre *Luis Feuerbach* se manifiesta explícitamente en contra de semejante "concepción ahistórica". Y hace constar los resultados positivos de la época medieval. Dice que en ella se expandió el área de la cultura europea, se crearon grandes naciones llamadas a sobrevivir y se refiere a los enormes progresos técnicos alcanzados en los siglos XIV y XV.

Como es natural, a esta valoración predominantemente negativa del lega-

do cultural de la "devota" Edad Media corresponde, por contraste, la exaltación del Renacimiento:

"Fue realmente ahora cuando se descubrió la tierra y se echaron las bases para lo que más tarde sería el comercio mundial y para el paso a la manufactura, que, a su vez, serviría de punto de partida para la moderna industria. Fue abatida la dictadura espiritual de la Iglesia... Fue la más grandiosa transformación progresista de la humanidad, una época que requería gigantes y supo crearlos, gigantes por su vigor mental, su pasión y su carácter, su personalidad multifacética y su erudición". "Casi todos los hombres notables de aquel tiempo", dice Engels, "habían emprendido largos viajes, hablaban cuatro o cinco lenguas y brillaban en varias disciplinas del saber". El conquistador intelectual que palpitaba en sus venas, la diversidad de sus horizontes de intereses, su dominio de diferentes y numerosas lenguas, la pasmosa vitalidad y la viva terrenalidad que en él se manifestaban le llevaban a comprender y amar aquella época heroica en la que el hombre que se destacaba no se veía todavía avasallado por la división del trabajo que empujaba y amputaba a la mayoría de sus contemporáneos.

En Engels se desbordaba la simpatía por los grandes hombres de la Reforma y el Renacimiento —y, al emitir este juicio, englobaba en unidad ambos movimientos—, "casi todos los cuales vivían y se ajetreaban entregados a los afanes de su tiempo y a la lucha práctica, tomaban partido y se empeñaban en el combate, unos con la palabra y la pluma, otros con la espada, y algunos con ambas armas a la vez". Esto explicaba, según él, "la plenitud y el vigor de su carácter, que hacía de ellos hombres de una pieza". "Los sabios de gabinete eran, entre ellos, una excepción".

Estas líneas, destinadas a figurar en la introducción a la *Dialéctica de la naturaleza* indican bien claramente que el ideal que seguía alentando en el gran detractor del filisteísmo a los sesenta años era el mismo que el del joven de veintidós, arrebatado de entusiasmo por Ulrico de Hutten. "Los hombres que implantaron la moderna dominación de la burguesía" —dice— "eran cualquier cosa menos gentes burguesamente limitadas".

Ahora bien, la aportación más importante del Renacimiento, desde el punto de vista del esquema histórico de la historia de la filosofía trazado por Engels, era el haber puesto los fundamentos para "una investigación libre de la naturaleza" y el haberse emancipado heroicamente de la teología, aunque ésta, lo mismo Calvino que la Inquisición católica, siguiera entregando sus mártires a las hogueras y a las cárceles. Pero, "a partir de entonces, también las ciencias comenzaron a desarrollarse con pasos de gigante y podríamos decir que cobraron fuerza en proporción del cuadrado de la distancia (en el tiempo) con respecto a su punto de partida. Tal parecía como si se tratara de demostrar al mundo que, desde ahora, regía para el producto más alto de la materia orgánica, para el espíritu del hombre, una ley de desarrollo inversa por completo a la materia inorgánica".

Engels se fija con especial atención en el método que, a partir de ahora,

emplean con éxito cada vez mayor los naturalistas en todos los campos de su investigación. Dedicó un estudio minucioso al desarrollo de la investigación empírica en las distintas ramas de la ciencia, sin que a su mirada de historiador adiestrado en la economía se le escape que el auge de las ciencias, sobre todo de la astronomía, las matemáticas, la física, la química y la filosofía, han contribuido muy poderosamente a las necesidades de la producción, acicate que, según él, "condicionó" a las ciencias desde el primer día.

Aquel dinamismo que tanto admiraba Engels en los hombres del Renacimiento estimuló todas las manifestaciones del empirismo, desde el puramente científico hasta el de los alquimistas y los aventureros del espíritu. Pero, a cambio de ello, aquel tipo de sabio que entonces surgió, desembarazado de toda tradición religiosa, dejó de sentir la necesidad de una unidad filosófica y, "apelando a la pura experiencia", "miraba con soberano desprecio todo lo que fuese pensamiento". El "padre" de esta tendencia era, a juicio de Engels, "el tan ensalzado Francisco Bacon", a quien ya en 1844 le había reprochado él, por lo demás, el no haber sabido resolver la contradicción entre idealismo y realismo, es decir, el problema que por aquel entonces tanto le preocupaba al propio Engels. Este achaca a Bacon y a sus seguidores la culpa de que la joven ciencia de la naturaleza, tan prometedora, se dejase atar durante mucho tiempo al "lecho metafísico de Procusto" y de que, por largos años, imperase "el empirismo más trivial", que, "despreciando todo lo que fuese teoría y recelando de cuanto fuese pensamiento", acostumbró a la ciencia por mucho tiempo a "pensar de un modo naturalista y, por tanto, falso".

La primera gran época que, a partir del Renacimiento y en base a una ciencia libre, se centró en la experiencia, hubo de girar, como es sabido, en torno a los problemas de la mecánica de los cuerpos terrestres y celestes y, en función a ella, fueron descubiertos y perfeccionados los métodos matemáticos. Este período, en que se elaboró por tanto, fundamentalmente, un material de conocimientos que no guardaba ninguna relación directa con la vida física, espiritual y social del hombre finalizó, como dice Engels, al ocuparse de los problemas de la *Dialéctica de la naturaleza*, con las investigaciones de Newton y Linneo. Desde el punto de vista fundamental imperante en sus consideraciones, esta época se caracterizaba especialmente porque, en total contraste con la orientación cosmogónica de los primeros pensadores griegos, partía de la absoluta inmutabilidad de la naturaleza.

"De cualquier modo que la naturaleza hubiese llegado a existir, una vez existente, se pensaba que seguiría siendo tal y como era mientras existiese. Los planetas y sus satélites, una vez puestos en movimiento por el misterioso 'primer impulso', seguirían girando por toda una eternidad, una y otra vez, interminablemente, dentro de las órbitas que les habían sido prescritas... La tierra había existido así inmutable, desde siempre, o (según los casos) desde el acto de la creación... Las especies vegetales y animales habían quedado establecidas de una vez por todas en el momento de nacer. Cosas iguales engendraban constantemente otras iguales a ellas... A diferencia de la historia humana, que se

desarrolla en el tiempo, a la historia de la naturaleza solamente se le reconocía un desarrollo en el espacio. Se negaba a la naturaleza todo cambio, toda evolución.

Así, pues, por mucho que la ciencia moderna hubiera llegado a superar a la de los griegos en abundancia de conocimientos y en cuanto a la clasificación de los datos, había retrocedido con respecto a ella en lo tocante a la concepción general de la naturaleza, porque se había dado de lado a la idea del desarrollo. Los griegos veían el mundo como un proceso; los modernos, en cambio, lo concebían como algo plasmado e inmutable y algunos incluso como algo "creado de golpe y porrazo". La explicación "final" a que aquí se llegaba era la de un impulso que venía de fuera y que la ciencia no podía interpretar. El pensamiento general más alto a que era capaz de remontarse la ciencia de la naturaleza, a comienzos del siglo XVIII, era el de la adecuación de los fenómenos naturales a un fin predeterminado; aquellos naturalistas se contentaban con expedientes teleológicos. Frente a un horizonte tan limitado en el conocimiento de la naturaleza de aquel tiempo, hay que reconocer a la filosofía de los siglos XVII y XVIII —dice Engels— el gran mérito de que "desde Spinoza hasta los grandes materialistas franceses, perseverara en el empeño de explicar el mundo en base al mundo mismo, dejando que las ciencias naturales del futuro se encargaran de justificar esto en detalle".

Engels prestaba una gran atención específica al ocaso de esta concepción empírico-metafísica de la naturaleza que el concepto de la evolución trajo consigo. Para él, la naturaleza comienza a caer bajo el ángulo visual de la historia a partir del momento en que, por vez primera, abandonando la especulación apriorística para basarse en la investigación científica, se atribuye al sistema solar un desarrollo en el tiempo. Y esta hazaña, como él mismo subraya, no se debió precisamente a un naturalista, sino a un filósofo. La aparición de la obra de Kant titulada *Historia general de la naturaleza y teoría del cielo* "dio al traste con el problema del primer impulso" y "la tierra y todo el sistema solar aparecieron como algo que había llegado a ser en el transcurso del tiempo".

"Si la gran mayoría de los investigadores de la naturaleza no se hubiese dejado llevar hasta tal punto de aquella prevención contra el pensamiento que Newton manifiesta en la frase de ¡Física, guárdate de la metafísica!, hubieran debido sacar de este descubrimiento genial de Kant conclusiones que les habrían salvado de interminables extravíos y de cantidades inmensas de tiempo y esfuerzo malgastados en falsas direcciones". Si la tierra era algo que había llegado a ser lo que era, también tenían que serlo, necesariamente, sus plantas y sus animales, y la tierra debía, forzosamente, tener asimismo una historia en el tiempo, y no solamente en el espacio, en un plano de yuxtaposición".

Sin embargo, hasta que aparecieron Laplace y Herschel, los naturalistas apenas se dieron por enterados de los resultados a que había llegado Kant. Y habría de ser la ciencia geológica de reciente creación la que aportara con todo éxito la prueba de que "la naturaleza no es, sino que nace y muere". Poco a poco, hubo que resignarse a aceptar que lo mismo la tierra en su conjunto que

su superficie, tal y como actualmente la conocemos, y la vida vegetal y animal que la pueblan tienen su historia en el tiempo.

Pero lo que asestó el golpe final al "rígido sistema de una naturaleza orgánica fija e inmutable" fue la teoría darwinista de la evolución, que acabó definitivamente con el concepto tradicional de la especie. Nació así, en sus rasgos fundamentales, una nueva concepción de la naturaleza: "Cuanto era rígido cobraba elasticidad, todo lo fijo y plasmado se esfumaba, todo lo concreto que se tenía por eterno pasaba a ser perecedero, y la naturaleza entera demostraba ahora moverse en un flujo eterno y en un perenne ciclo".

Ahora bien, Engels, como hemos visto, no echaba en cara a la primera gran época de las ciencias naturales empíricas solamente la rigidez de su imagen de la naturaleza, sino también la de su mundo de conceptos, que fracasaba al tratar de captar realmente las concatenaciones de la naturaleza misma. Y también en este terreno fue la filosofía, según él, la que salvó la situación.

Engels veía la grandeza inmortal de la época que va desde Kant a Hegel que sin duda alguna trajo consigo el renacimiento de la dialéctica. Al futuro joven hegeliano le parecía que era "una labor estérilmente trabajosa y poco fructífera" el empeñarse en seguir estudiando dialéctica en Kant, cuando la obra entera de Hegel brindaba al estudioso el compendio de dialéctica más amplio que se pudiera apetecer. Kant es, para él, un filósofo superado por Hegel. Se niega con gran energía, como ya hemos dicho, a aceptar el Kant adialéctico de los neokantianos. Y le deja también completamente frío la famosa disputa del *Ignorabimus* que tanto polvo levantó en los medios científicos desde el famoso discurso de Du Bois-Reymond, pronunciado en 1872.

El conocimiento recorría, tal como él lo veía, un camino victorioso y le parecía absurdo que, un siglo después de Kant, se quisiera descubrir el alcance y la acción del pensamiento en base a la investigación del instrumento del conocer. En esto se enfrentaba también a Helmholtz, a quien incluía entre los "neokantianos" y con quien se había debatido acerca de estos problemas en notas escritas a comienzos de los ochenta. "Para poder sondear nuestro pensamiento", dice aquí, "debemos partir de lo que ya se ha sondeado y diariamente se sondea, que por cierto es bastante, cuantitativa y cualitativamente". Consideraba más provechosas las investigaciones acerca de las formas y determinaciones del pensar por el camino que ya Hegel había iniciado.

Era natural y obligado que Engels rechazara toda interpretación de Kant que tratara de ver lo medular de este filósofo en la teoría del conocimiento, ya que ello equivalía a querer reducir el mundo a condiciones de conciencia subjetivas. Y con ello guarda una relación muy directa su actitud de repulsa frente a toda forma de agnosticismo, aunque a veces, invirtiendo el punto de vista, llama al agnosticismo una especie de "materialismo vergonzante".

En su obra sobre *Luis Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana* se vuelve en contra de aquellos pensadores que, como Hume y Kant, ponen en tela de juicio la posibilidad de conocer el mundo o, por lo menos, de llegar a conocerlo exhaustivamente y recalca, a este propósito, que lo decisivo para

refutar esta manera de ver, en cuanto era posible hacerlo desde el punto de vista idealista, había sido dicho ya por Hegel. En el prólogo a la edición inglesa de su librito titulado *Del socialismo utópico al socialismo científico* añadía más tarde, en 1892, esto: la refutación hegeliana de la cosa en sí podría complementarse con la indicación de que, en tiempo de Kant, nuestro conocimiento de las cosas naturales era todavía lo suficientemente fragmentario para que detrás de cada una de ellas pudiera barruntarse, además, la existencia de otra cosa misteriosa. Pero, de entonces acá —añadía—, los gigantes progresos de la ciencia se habían encargado de ir aprehendiendo, una tras otra, estas cosas inaprehensibles y, más aún, incluso de reproducirlas. “Y es evidente que no podemos calificar de incognoscible aquello que nosotros mismos estamos en condiciones de crear”. Es decir, que la práctica, bajo la forma de experimento y de industria, constituía, para Engels, la refutación más cabal y completa del agnosticismo.

Todo esto nos ayuda a comprender mejor por qué Engels reprochaba a los primeros neokantianos el que se apoyaran precisamente en el pasaje de Kant que menos merecía retenerse y el que, ateniéndose exclusivamente a este filósofo y dando de lado a Hegel, no recogieran en cambio, para transmitirlo a la ciencia moderna, el elemento más esencial que le interesaba asimilar de la filosofía clásica.

Engels no quería tampoco tener nada que ver con la ética kantiana, que le era tan ajena como la crítica de la razón de Kant. Le decepcionaba, lo mismo que a Hegel, el que en la *Crítica de la razón práctica* este pensador se diera por contento simplemente con la buena voluntad del hombre aunque ésta no se tradujera en ningún resultado positivo, y decía que el imperativo categórico kantiano era impotente “porque pedía lo imposible, por lo cual no podía conducir nunca a algo real”. Nadie, según él, se había burlado más cruelmente que Hegel, en su *Fenomenología*, del entusiasmo filisteo por ideales irrealizables, difundido por Schiller.

Que nosotros sepamos, no menciona en ninguna parte a Fichte, lo que acusa una vez más, muy elocuentemente, la contraposición en que se hallaba con respecto a Lassalle. En cuanto a Schelling, ya sabemos con cuánta dureza se enfrentó a este filósofo en su juventud. Lo que de él había podido aprender había tenido de largo tiempo atrás ocasión de rectificarlo, superarlo y completarlo leyendo a Hegel, en quien el mundo entero de la naturaleza, la sociedad y el espíritu se le revelaba como un proceso coherente y en perenne movimiento.

“El sistema hegeliano”, leemos en los estudios preparatorios para el *Anti-Dühring*, “representa la forma última y más acabada de la filosofía, concebida como una ciencia aparte, superior a todas las demás ciencias. Con él fracasa toda filosofía. Lo que queda en pie de ella es el modo dialéctico de pensar y la concepción del mundo natural, histórico e intelectual como un proceso de nacimiento, desarrollo y muerte, de cambios y transformaciones, que discurre interminablemente”. No sólo para la filosofía, sino para todas las ciencias, se postulaba ahora la exigencia de poner de manifiesto en el campo específico de

cada una las leyes que rigen el movimiento de este proceso continuo de transformación”.

Ya en los inicios de su carrera revolucionaria, como hemos visto, el movimiento de la dialéctica hegeliana, que pone sobre cuanto existe el estigma de lo percedero, había llevado a Engels a rendir tributo a este pensador, que era en aquel tiempo el filósofo más influyente entre los alemanes. Fue precisamente por los días en que él figuraba, en Berlín, en la avanzada de los jóvenes hegelianos radicales cuando en este grupo se operó aquella absolutización de la dialéctica que hacía de la historia, para ellos, “el uno y el todo”. Se apoderó entonces de él la idea de la relatividad e historicidad radicales de todas las cosas que habría de inmunizarle para siempre contra toda tendencia filosófica, política y socialista que llevase impreso todavía el sello del derecho natural.

Por lo demás, cuando el joven Dilthey escribía en su diario, en 1860, que era necesario “que la idea de una lógica con vigencia general fuese sustituida por la de las formas cambiantes del espíritu en su desarrollo”, acusaba en estas palabras la misma influencia de Hegel que cuando Engels, en sus notas sobre la *Dialéctica de la naturaleza*, decía que la lógica formal “no debe considerarse como una verdad eterna, establecida de una vez por todas” y equiparaba la ciencia del pensar a la ciencia del desarrollo histórico del pensamiento humano.

Reunido en Bruselas con su amigo a mediados de la década del cuarenta, Engels se asimiló para siempre, como patrimonio definitivo, lo que Marx llamaba el “trastrueque” de una dialéctica que pretendía ser “el autodesarrollo del pensamiento” en una dialéctica de los hechos que “la dialéctica de nuestra mente” se limitaba a “reflejar”. Pero, aunque con ello se alejara decididamente de Hegel, seguía enorgullecándose de su estirpe espiritual hegeliana y, cuando acudía a las obras de Hegel, buscando en ellas consejo y orientación, tenía la conciencia de beber en un manantial casi inagotable. Nada le hacía sentirse tan obligado hacia este pensador como el hecho de que por primera vez le hubiera revelado la esencia de la dialéctica. Marx expresaba también su propio y más auténtico pensamiento cuando, en una carta a Lassalle, de mayo de 1858, manifestaba que la dialéctica era, “incuestionablemente, la última palabra de toda filosofía”.

Las leyes de “esta forma del desarrollo del pensamiento, la única certera” y sin la cual no es posible llegar a dominar las grandes y complicadas concatenaciones, se reducían para Engels, en lo fundamental, a tres: la ley del trueque de la cantidad en calidad y viceversa, la ley de la interpenetración de los contrarios y la ley de la negación. El investigar la conexión interna entre estas tres leyes debería ser materia de un manual de dialéctica, que él no se proponía escribir. Engels definía la dialéctica como “la ciencia de las concatenaciones” o “de las leyes más generales de todo movimiento”.

La dialéctica se manifiesta —nos dice— de dos maneras: como dialéctica objetiva, tal como se revela en la naturaleza y en la historia, o como dialéctica subjetiva, a la que debe responder el pensamiento. La gran “hazaña” de Hegel, de transcendencia “histórico-universal” era, según sus palabras, el haber

sido el primero en descubrir esta ley y en haberla formulado bajo una forma general; su error estribaba en haberla desarrollado meramente como una forma del pensamiento, imponiéndosela por decreto a la naturaleza y a la historia, en vez de tomarla de ellas. Engels consideraba la dialéctica subjetiva simplemente como "reflejo" de la objetiva y le parecía que Hegel se extraviaba al introducir constructivamente las conexiones en los hechos, en vez de desentrañarlas de ellos y de ponerlas de manifiesto en base a la experiencia, cuando ello fuese posible. Pensaba, asimismo, que las transiciones debían manifestarse por sí mismas en la dialéctica objetiva, y no hacerlas brotar artificiosamente. Lo que tanto Marx como él tomaban de la dialéctica hegeliana y lo que desechaban en ella lo explicó el propio Engels con entera claridad en 1859, al reseñar extensamente en *El pueblo*, un periódico alemán que se publicaba en Londres, la obra de Marx titulada *Contribución a la crítica de la economía política*.

Después de librarse de su trabajo de oficina, Engels se entregó a estudios muy ambiciosos sobre las ciencias naturales contemporáneas. Ello le obligó, por vez primera y para sus propias investigaciones, a apelar a la dialéctica de un modo consciente y sostenido, como brújula que lo orientara en el desarrollo a fondo de un tema científico. En proporciones limitadas, ya como hombre de negocios había tratado de mantenerse atento a los progresos de las disciplinas correspondientes, a uno y otro lado del Canal. Sus cartas a Marx nos informan, por lo menos, de que, a comienzos de los cincuenta, había emprendido ciertos estudios en materia de fisiología, estudios que sabemos reanudó a fines de la misma década. Sucedió esto por los mismos días en que Marx y él, tras una larga pausa, volvieron a tomar las obras de Hegel, movidos principalmente por los problemas de lógica que a Marx se le planteaban al abordar su *Crítica de la economía política*.

Las cartas que Engels escribió a su amigo en aquel entonces dan a entender cuán poco versado se hallaba todavía aquél en cuanto al método de las ciencias naturales exactas y hasta qué punto seguía aún pensando que era posible atenerse, también en aquel campo, a la *Lógica* de Hegel. "A propósito, envíame la *Filosofía de la naturaleza* de Hegel, que me has prometido", le escribía a Marx el 14 de julio de 1858. "Estoy estudiando algo de fisiología y quiero empalmar esto con la anatomía comparada. Aparecen aquí cosas extraordinariamente especulativas, todas las cuales han sido descubiertas recientemente". Y continúa:

"Lo fundamental, lo que ha venido a revolucionar toda la fisiología y a hacer posible una fisiología comparada es el descubrimiento de la célula, en las plantas por Schleiden y en los animales por Schwann. Todo es tejido celular. La célula es el ser en sí de Hegel y sigue en su evolución exactamente el proceso hegeliano, hasta llegar, por último, al desarrollo de la 'idea', es decir, del organismo acabado correspondiente".

Y en esta misma carta a Marx vemos ya formulado el pensamiento fundamental que de 1873 a 1876, primero, y más tarde de 1881 a 1882, se esforzaría por desarrollar en los trabajos para su obra de gran envergadura que

habría de titularse *Dialéctica de la naturaleza*: "Otro resultado", leemos en la citada carta, "que habría llenado de alegría al viejo Hegel es, en física, la correlación de fuerzas o la ley de que, en determinadas condiciones, el movimiento mecánico y, por tanto, la fuerza mecánica (mediante el frotamiento, por ejemplo) se convierte en calor, el calor en luz, la luz en afinidad química, la afinidad química (en la pila de Volta, v. gr.) en electricidad y ésta en magnetismo. Y los tránsitos pueden producirse también de modo distinto, hacia adelante o hacia atrás". Y se pregunta: "¿Acaso no es esto una prueba formidable del modo en que las determinaciones reflejas se reducen las unas en las otras?"

Por los días en que Engels volvía a abrir los libros de Hegel y, con ayuda de ellos, trataba de explicarse por vez primera los nuevos descubrimientos llevados a cabo en el campo de la física y de la fisiología, se animó también a ocuparse a fondo de la química. Vivía entonces en Inglaterra, como es sabido, el gran químico alemán Augusto Guillermo Hofmann, quien acababa de realizar en la química de los colorantes una verdadera revolución, de importancia práctica directa para la industria textil. Pero lo que mayor trascendencia tuvo, no sólo para la relación de Engels con la química sino con todo el vasto campo de las ciencias naturales en general, fue el hecho de que se encontrara, a comienzos de los sesenta, con Carlos Schorlemmer, quien desde 1861 trabajaba en el Owen College de Manchester como ayudante de Roscoe y que más tarde pasó a ocupar en aquella institución la cátedra de química orgánica, creada para él. En Schorlemmer encontró Engels el maestro y consejero ideal que necesitaba para sus estudios. No tardó en verse unido a él por una estrecha amistad, y Schorlemmer se convirtió en mentor suyo en este extenso campo de la ciencia, a que ahora se lanzaba con su ímpetu y su decisión característicos.

Fue, para Engels, una verdadera suerte que su nuevo amigo, además de ser un gran investigador, tuviera muchos puntos de afinidad filosófica y política con él. Era un caso verdaderamente excepcional entre los sabios alemanes de aquel tiempo, pues este hombre de ciencia compartía también la filosofía de Hegel y era partidario del comunismo. Ya durante la época en que se hallaba sujeto a los trabajos de oficina, vemos a Engels afanarse constantemente en mantenerse al tanto de los progresos obtenidos en las diferentes ciencias naturales, que él consideraba íntimamente relacionadas entre sí y en acomodar sus resultados a la concepción del mundo que él profesaba. Pero, en realidad, sólo pudo dedicarse seriamente y por su cuenta a estos estudios cuando se vio libre de la carga de los negocios. A partir de entonces, dedicó "la mejor parte de ocho años" a "una total 'muda de piel', como Liebig decía, en matemáticas y en ciencias naturales". Así lo escribía en 1885, en el mismo prólogo a la segunda edición del *Anti-Dübring* en que reclamaba para Marx y para él el derecho a ser considerados "casi como los únicos" "que habían sabido salvar de la filosofía idealista de Hegel la dialéctica consciente, para transferirla a la concepción materialista de la naturaleza y de la historia".

A Engels no se le ocultaba cuán deficientes eran sus conocimientos en materia de física y de química. Pero se sintió más seguro al contar con los con-

sejos de Schorlemmer. Y no se detenía a preguntarse si su saber y su capacidad eran suficientes para llevar a cabo satisfactoriamente, llegado el momento, una investigación de tal envergadura y para hacer públicos sus resultados. No se dio cuenta hasta más tarde de la "tarea gigantesca" que se había echado a la espalda. He aquí lo que dice en el citado prólogo de 1885 al *Anti-Dühring*: "Además de que el campo que se trata de dominar es casi inmenso, casi todos los dominios de las ciencias naturales se ven ahora sometidos a un proceso de transformación tan enorme, que apenas puede seguirlo quien disponga de todo su tiempo libre para ello". Y en este mismo lugar expresa la esperanza de que los progresos de las ciencias naturales teóricas hagan "superfluo" su trabajo "en gran parte o en su totalidad" y pongan de manifiesto "el gran proceso fundamental en cuyo conocimiento se resume, sin duda, el conocimiento entero de la naturaleza".

Lo que a Engels le importa, en sus estudios sobre la naturaleza y la dialéctica, es poder demostrar "que las leyes dialécticas son las leyes reales que rigen el desarrollo de la naturaleza" y que, por tanto, tampoco las modernas ciencias naturales, siendo por sí mismas esencialmente dialécticas, pueden renunciar a "una dialéctica despojada de todo misticismo".

Engels ve en la dialéctica el único método discursivo "adecuado en última instancia a la moderna concepción de la naturaleza". Pues sólo ella es, a su juicio, capaz de reproducir de un modo satisfactorio, en su conjunto, los procesos de desarrollo que se dan en la naturaleza, sus concatenaciones y los tránsitos de uno a otro campo de investigación. Y, cuanto más ahonda en los campos de la física, la química y las ciencias naturales orgánicas más se convence de que sólo empleando la dialéctica es posible dar satisfacción a la necesidad de ordenar mentalmente en una síntesis armónica del universo el material inabarcable de observación que brindan las ciencias de la naturaleza. Solamente con ayuda de ella, dice, "se puede reducir a una concatenación sistemática la totalidad de los fenómenos naturales".

Sabemos que ninguno de los campos de aquel imperio universal del pensamiento levantado por Hegel hubo de sucumbir tan pronto a los embates del nuevo espíritu como su filosofía de la naturaleza. En ningún otro la investigación empírica volvió tan rápidamente la espalda a la especulación. Y el mismo Engels exigía la necesidad de "que en el campo de la ciencia, así en el de la naturaleza como en el de la historia", "se partiera de los hechos dados". Ya desde muy pronto había declarado la guerra, en el campo histórico y en el social, a las categorías preexistentes, y todavía en 1861 se burlaba de la "fe supersticiosa" que Lassalle ponía en la idea del derecho absoluto. No importa que siguiera atribuyendo "mucho sentido e inteligencia" a la filosofía hegeliana de la naturaleza y admirara "las pruebas palmarias concretas" que aporta en favor de las leyes dialécticas; no podía, a pesar de ello, permanecer ciego a "los muchos absurdos y fantasías que en ella se encerraban" y daba la razón a las ciencias naturales empíricas al decir que, "con el punto de vista idealista en que se situaba", se había derrumbado "también la filosofía de la naturaleza basada

en él". Sin embargo, no se le ocultaban tampoco, por otra parte, los límites con que tropezaba el empirismo exclusivo ni los peligros que éste corría tan pronto como perdía de vista que no existía solamente "la experiencia externa", sino también la "interna": las leyes y las formas del pensamiento.

Lo que en su día había reprochado ya a Bacon lo objeta ahora, con mucha mayor fuerza, a la investigación de la naturaleza que se estaba llevando a cabo. Sus apuntes para la obra *Dialéctica de la naturaleza* están cuajados de observaciones críticas contra la pretendida superioridad de la simple observación y del "extravío inductivo". Trata de hacer ver a los investigadores, insistentemente, que —y por qué— no pueden hacer caso omiso del pensamiento teórico, ya que no es posible comprender este pensamiento sin tener una formación filosófica. Con especial fruición, pone de relieve ante los naturalistas que se consideran por encima de toda filosofía los errores lógicos en que incurren o les demuestra que, sin sospecharlo siquiera, todos ellos se pliegan a cualquier filosofía caduca ya acabada. Incluso quien sienta el mayor desprecio por todo lo especulativo —recalca— no puede concatenar dos hechos naturales o ver la concatenación que entre ellos media sin recurrir al pensamiento teórico.

"Aun con toda la inducción del mundo, jamás habría podido nadie ver claro acerca del proceso inductivo". Para ello, era necesario analizar este proceso. ¿Acaso era posible demostrar por la vía meramente inductiva la teoría de la evolución? Engels se mofa de Häckel, quien, en su *Historia natural de la creación*, aboga tan fanáticamente en pro de la inducción. Nadie mejor que él tenía que darse cuenta —decía— de que las clases inmutables eran un resultado de la inducción y que el viejo método del pensar metafísico no era ya aplicable en una fase de la concepción de la naturaleza en la que todas las antítesis se veían superadas por los eslabones intermedios. No; la nueva concepción de la naturaleza, basada en la historia del desarrollo, requería un método discursivo que supiese combinar la disyuntiva (o esto o aquello) con la copulativa (lo uno y lo otro), cada cosa en su lugar oportuno y encontrando la mediación de las contradicciones.

Para Engels, la mediación de las contradicciones en las ciencias naturales no es concebible sin la intervención de las leyes dialécticas más arriba mencionadas. Ya Marx, en *El Capital*, había señalado la importancia de la ley de la transformación de la cantidad en calidad en las modernas ciencias materiales. Engels formula esta ley diciendo que, "de un modo definible con precisión para cada caso concreto, los cambios cualitativos sólo pueden producirse añadiendo o sustrayendo las cantidades necesarias de materia o movimiento". E ilustra con numerosos ejemplos lo que pretende explicar. He aquí algunos. Al combinarse en una molécula tres átomos de oxígeno en vez de los dos habituales, se produce el ozono, cuerpo muy distinto del oxígeno corriente, tanto por el olor como por los efectos. El gas hilarante es un gas y el anhídrido de ácido nítrico, a la temperatura normal, un cuerpo sólido cristalizado. "Y toda la diferencia consiste, sin embargo, en la combinación, que en el segundo caso contiene cinco veces más oxígeno que en el primero". Como es sabido, Mendeleiev for-

muló en 1869 el sistema periódico de los elementos que lleva su nombre, cuyas lagunas, que él mismo había observado, fueron colmándose más tarde, sucesivamente, al irse descubriendo nuevos elementos. Engels veía en esto la acción "inconsciente" de la ley del trueque de la cantidad en calidad. Y da asimismo ejemplos ilustrativos de cómo también actúan en la naturaleza y se derivan de ella las otras dos leyes fundamentales de la dialéctica por él formuladas.

Tal vez sea en la sección primera del *Anti-Dühring* donde expone con mayor plasticidad la ley de la negación. Da allí ejemplos tomados de las matemáticas, la geología, la botánica y la zoología para demostrar que la ley de la negación constituye "una ley del desarrollo extraordinariamente general y, por tanto, muy extendida e importante". Engels descubre, pues, por doquier conexiones dialécticas. Según él, la identidad abstracta tiene su asiento en las matemáticas elementales. A su juicio, el viraje hacia la dialéctica lo marcó el "concepto de la magnitud variable" de Descartes. Este concepto —nos dice— trajo a las matemáticas el "movimiento", lo que, a su vez, condujo inmediatamente al cálculo diferencial e integral. Nos atreveríamos a decir que las reflexiones de Engels en torno a las matemáticas no van más allá de lo que ya había dicho Hegel, incluso allí donde, en el detalle, lo contradice. Y, obedeciendo a la influencia de la teoría de la evolución, hace suya la afirmación de Herbert Spencer según la cual la llamada evidencia de los axiomas matemáticos es algo que va transmitiéndose por herencia y sus abstracciones no pasan de ser un "reflejo de la realidad".

Pero es al tratar de la física y de las otras ciencias naturales teóricas donde se revela claramente lo que Engels esperaba de la dialéctica. En este campo, había ido abriéndose paso cada vez con mayor fuerza, desde el descubrimiento de la ley de conservación de la energía, la conciencia de que tenía que existir necesariamente una interdependencia entre los diferentes fenómenos naturales o de que, para expresarlo con las palabras del físico inglés Guillermo Roberto Grove, por quien Engels sentía gran admiración, en su obra titulada *La afinidad de las fuerzas naturales*, los distintos estados de actividad de la materia, el calor, la luz, la electricidad, el magnetismo, la afinidad química y el movimiento, se hallan en mutua dependencia y de que cada uno de ellos es provocado por el otro o puede convertirse en él.

Ya en 1865, en su respuesta a Federico Alberto Lange, decía Engels que "la moderna teoría de las ciencias naturales acerca de la interdependencia de la materia" era, simplemente, una manera distinta de expresar la teoría hegeliana de la causa, el efecto, la acción mutua, la energía, etc., o, más exactamente, la prueba positiva de ello. Y cuando, más tarde, se concentró en el problema de dialéctica y naturaleza, manifestaba la impresión de que las ciencias naturales exactas se limitaban a conformar *post festum* lo que Hegel había proclamado acerca de la interdependencia como la verdadera causa última de las cosas. Estaba convencido, ni más ni menos que el gran maestro, de que no era posible remontarse más allá del conocimiento de esta interdependencia entre los fenómenos. Detrás de esto no había ya nada que conocer. Conocer la forma de

movimiento de la materia equivalía a conocer la materia misma, “y aquí termina el conocimiento”. La materia, para Engels, existe solamente en cuanto movimiento. “El movimiento, en el sentido general, considerado como el modo de existir de la materia, como atributo inherente a ésta, abarca de por sí todos los fenómenos y procesos que se dan en el universo, desde el simple desplazamiento de lugar hasta el pensamiento”.

“Las formas y clases de los cuerpos —escribía Engels a Marx, el 30 de mayo de 1873—, sólo pueden conocerse en el movimiento: de cuerpos que no se hallen en movimiento, en relación con otros cuerpos, no podemos decir nada. De ahí que las ciencias naturales sólo conozcan los cuerpos al considerarlos en sus relaciones mutuas, moviéndose los unos con respecto a los otros. Conocer las diferentes formas de movimiento es conocer los cuerpos”.

Al exponer a su amigo estos pensamientos, tiene la conciencia de decirle con ello algo decisivo, que le gustaría seguir desarrollando. Y le pide a Marx que no hable de ello, “para que no le robe la idea cualquier mentecato inglés”. Con la aquiescencia expresa de Schorlemmer, quien apostilla la carta con un “¡Muy bien! Lo mismo opino yo”, Engels escribe que “la investigación de estas diferentes formas de movimiento constituye el objeto fundamental de las ciencias naturales”. Traza aquí, por así decirlo, en unos cuantos rasgos, el esquema de una dialéctica del movimiento. Parte, para ello, del caso que, “relativamente hablando”, podría considerarse el movimiento de un cuerpo aislado, que él, por lo demás, no reconoce. Y habla del contacto de los cuerpos en movimiento, del frotamiento y el choque, para llegar al calor, a la luz, a la electricidad y al magnetismo, como formas del movimiento que, en determinadas condiciones, se truecan unas en otras. Y, a su vez, estas formas, al llegar a determinado grado de intensidad, provocan cambios en cuanto a la estructura interna de los cuerpos; es decir, provocan resultados químicos.

Así como la física podía y debía prescindir del cuerpo vivo y orgánico, la química sólo encuentra en la investigación de las síntesis orgánicas la clave para descubrir la naturaleza de los cuerpos más importantes y, por otra parte, sintetiza cuerpos que sólo se dan en la naturaleza orgánica. Y, procediendo así, demuestra que sus leyes rigen lo mismo para los cuerpos orgánicos que para los inorgánicos, con lo cual llena, como advierte Engels, “gran parte del abismo eternamente insalvable que, según Kant, existe entre la naturaleza orgánica y la inorgánica”. Por una carta suya a Marx de 1867 sabemos que fue la *Introducción a la química moderna*, de Hofmann, la que le inició en el conocimiento de la teoría molecular. “Pese a todos sus errores”, consideraba esta teoría como “un gran progreso, comparada con la anterior teoría atomística”. “Las moléculas son —leemos aquí— una categoría perfectamente racional, un nudo”, diría Hegel, “en la serie infinita de las divisiones, que no les pone fin, pero establece en ellas una diferencia cualitativa”.

En cuanto a la investigación de las formas físicas del movimiento, era más o menos indiferente —como en la citada carta de mayo de 1873, dice Engels a Marx, — “el que se efectúen en cuerpos vivos o en cuerpos carentes de

vida. Más aún, los segundos muestran los fenómenos en su mayor pureza. En cambio, la química sólo puede revelar la naturaleza química de los cuerpos más importantes en materias que son el producto de un proceso de vida". Por eso esta ciencia representa "el tránsito a la ciencia del organismo, pero el tránsito dialéctico sólo se manifiesta allí donde se ha encargado de captar ya el tránsito real o está a punto de establecerlo".

Con respecto a las formas de la vida orgánica, en 1873, ateniéndose al nivel a que entonces había llegado la ciencia, no quería meterse todavía en los problemas de la dialéctica. Pero, más tarde, ya no creyó necesario mantener este retraimiento, cuando los progresos logrados en los campos de la paleontología, la anatomía, la fisiología, la botánica y la zoología comparadas, llamaron su atención hacia el paralelismo entre la ontogénesis y la filogénesis, en las que creyó encontrar "el hilo de Ariadna" para poder salir del laberinto en que parecían embrollarse cada vez más la botánica y la zoología. "Casi al mismo tiempo, se comprobó que el protoplasma y la célula, considerados ya anteriormente como los elementos formales últimos de todos los organismos, se daban también en forma viva e independiente como las formas orgánicas más rudimentarias".

Según Engels, esto reducía a un mínimo la zanja abierta entre la naturaleza inorgánica y la orgánica. "Todas las diferencias químicas que se dan en el mundo orgánico", manifestaba, "nos retrotraen a un cuerpo, que, siendo resultado de procesos químicos normales, se distingue, sin embargo, de todos los demás por el hecho de ser un proceso químico permanente que se opera por sí mismo". Si la química lograra producir la albúmina en forma de protoplasma, con ello presentaría ante nosotros, de un modo real, el tránsito dialéctico y el proceso químico, lo mismo que antes el proceso mecánico, trascendería más allá de sí mismo y entraría en el más vasto campo de lo orgánico.

Renunciar a la perspectiva de que este tránsito dialéctico llegase un día a comprobarse empíricamente habría equivalido, para Engels, a renunciar a toda su concepción del mundo. Sólo teniendo esto en cuenta podemos comprender con qué pasión se manifestaba, en sus apuntes, en contra de las observaciones que un año antes de morir hacía el químico Justo Liebig al zoogeógrafo Mauricio Wagner y a las aseveraciones de Helmholtz en el prólogo a la traducción alemana del manual de *Física teórica* de Thompson y Tait, y cuántas veces se apuntaba la hipótesis de que la vida podía ser tan vieja como la materia.

Para Engels, el poner en duda que el mundo orgánico había nacido del mundo inorgánico era algo tan absurdo como el pretender que la vida hubiera llegado a la tierra por medio de un meteoro desprendido del espacio cósmico.

Toda hipótesis que girara en torno a la "vida eterna" debía ser, según él, desechada. "La síntesis más cambiante en base a carbono que conocemos" era, a su juicio, la albúmina y, siendo idéntica la vida en base al modo de existencia de los cuerpos albuminoideos, consideraba "inadmisibile" hablar de la eternidad de la albúmina o de la eternidad de las formas primigenias a partir de las cuales puede desarrollarse toda vida orgánica. Aunque admitía la posibilidad

de que transcurrieran cien años antes de que la química lograra sintetizar la albúmina artificial, le parecía pueril el que Helmholtz —como, exagerando un poco, le atribuía él— considerase infructuoso de antemano todo intento encaminado a producir artificialmente la vida.

El respaldo más vigoroso a su convicción de que algún día se tendería por la vía experimental el puente entre el mundo inorgánico y el mundo orgánico, se lo suministraba a Engels la teoría darwiniana. Esta teoría le aportaba el material empírico probatorio en apoyo de la tesis de que el desarrollo sigue, en la naturaleza, un proceso unitario y debe ser considerado como una unidad. Cuando en 1859 leyó *El origen de las especies*, se percató enseguida de todo el alcance que la teoría darwinista tenía para aquellos campos de la ciencia por los que estaba preocupado, e inmediatamente comprendió que la explicación del aparente finalismo de la naturaleza “mandaba al diablo” toda la vieja y trasnochada teleología.

Le produjo especial satisfacción el darse cuenta de que, con ello, resultaba también insostenible el concepto de las leyes que hasta entonces venía manteniendo la biología, concepto que daba al traste con la exposición hegeliana de la concatenación interna de necesidad y causalidad, considerándola “como un juego paradójico”, para atenerse a la “vacuidad de pensamientos” de la metafísica wolffiana o “al determinismo mecanicista, no menos vacuo” que aquélla. La teoría de la selección, al hacer hincapié de un modo decisivo en las diferencias infinitamente variadas entre los individuos, venía a corroborar, a su juicio, la concepción de Hegel. Hasta Darwin, los investigadores naturalistas habían considerado que lo único interesante para la ciencia era lo necesario y que la investigación científica debía dar de lado, como indiferente, a lo meramente fortuito. Se llamaba necesario a lo que era posible reducir a leyes y fortuito a lo demás.

Para Engels, sin embargo, tanto daba que a la causa de lo inexplicable se le llamara Dios o se le llamara acaso. Ambas cosas eran, según él “dos maneras distintas de expresar lo mismo: lo ignoto”. Para él, la ciencia terminaba allí “donde no era posible encontrar las necesarias concatenaciones”. Pero también el determinismo de los autores materialistas en boga se encerraba, a juicio de Engels, en una concepción teleológica de la naturaleza, al negar en redondo el azar, para ver en la naturaleza, por doquier, solamente la necesidad pura y simple. Para la ciencia, “es sobre poco más o menos lo mismo que se hable de los designios inescrutables de dios, como san Agustín o Calvino, que se le llame el *kismet*, como los turcos, o se le dé el nombre de necesidad. En ninguno de los tres casos tenemos ante nosotros una cadena causal”. No se explica lo fortuito en base a lo necesario, sino que se degrada la necesidad a la función de engendrar lo puramente fortuito. “A la planta matriz le tiene sin cuidado hacia dónde arrastre el viento sus semillas y a la planta filial dónde encuentre tierra nutricia su simiente, y la aseveración de que también aquí responde todo a la necesidad inexorable es un pobre consuelo”.

Darwin había infundido a Engels la certeza de que “la materia, en su

perenne ciclo, se desarrolla con arreglo a leyes, que, al llegar a una determinada fase, ya aquí ya allá producen necesariamente en la esencia orgánica el espíritu pensante". Y fue también Darwin quien le suministró los fundamentos para las ideas que en él fueron formándose acerca de la prehistoria del espíritu humano, sin las cuales seguiría viéndose como un portento la existencia del cerebro pensante del hombre. La diferenciación entre la mano y el pie, "resultado de milenios de esfuerzos", sirvió de premisa para la evolución del mono hacia el hombre, a que Engels dedica especial atención en sus estudios sobre la historia de la producción. "La especialización de la mano representa la creación del instrumento, y el instrumento es la actividad específicamente humana, la repercusión transformadora del hombre sobre la naturaleza, es decir, la producción". En un estudio especial sobre este tema, que Engels escribió probablemente en 1876 o algo más tarde y que se publicó después de su muerte, leemos: "La mano del mono no llegó jamás a crear el más tosco cuchillo de piedra".

Aquí radican, por tanto, los rudimentos de la dominación del hombre sobre la naturaleza. Surgió un ser que, un día, hubo de sentir, por fuerza, la necesidad —y desarrollar la capacidad— de cobrar conciencia del proceso natural y, además, de influir conscientemente en él. Para Engels, la existencia normal de los animales debe buscarse en las condiciones normales a las que se adaptan. Las condiciones del hombre, en cambio, "no son preestablecidas", sino que "van estableciéndose como resultado del desarrollo histórico futuro". El "estado normal" del hombre es "el que corresponde a su conciencia y que él mismo se crea". El hombre es "el animal vertebrado en quien la naturaleza adquiere la conciencia de sí misma". Y también la conciencia dialéctica es peculiar y exclusiva de él. Aunque, ciertamente, sólo surge "en una fase de desarrollo relativamente alta".

Al representarse así el carácter específico del hombre, Engels se ponía, al mismo tiempo, a la defensiva contra una concepción puramente naturalista del hombre y de las posibilidades implícitas en él. Como es sabido, la economía política burguesa de aquel tiempo quería encontrar en la teoría darwinista de la lucha por la existencia la confirmación de la tesis de la guerra de todos contra todos mantenida por Hobbes y, apoyándose en ella, trataba de demostrar que toda argumentación socialista era contraria a las leyes generales de la naturaleza. En una carta escrita a Federico Alberto Lange el 29 de marzo de 1865, Engels se oponía por razones de principio a que la teoría darwinista se interpretara como una confirmación de la doctrina de la población de Malthus. Y aún le parecía más evidente el hecho de que el gran zoólogo inglés había satirizado, sin proponérselo, a la burguesía de su país, al manifestar que la libre competencia, que los economistas liberales tanto ensalzaban, constituía el estado normal de vida entre los animales.

El filósofo y socialista ruso Pedro Lavrow acababa de publicar un ensayo de historia del pensamiento. En carta de 12 de noviembre de 1875, Engels le escribía lo siguiente: "Lo que yo acepto del darwinismo es la teoría de la evolución, pero el método probatorio de que se vale Darwin (*struggle for life, natural*

selection) lo considero solamente como la primera expresión, provisional e imperfecta, de un hecho recientemente descubierto. Hasta que llegó Darwin, eran precisamente quienes hoy se empeñan en ver por doquier la lucha por la existencia (Vogt, Büchner, Moleschott, etc.), quienes sólo veían en la naturaleza orgánica cabalmente lo contrario, la cooperación, en ver cómo el reino vegetal suministra al reino animal oxígeno y alimentos y, a su vez, el segundo proporciona al primero carbono y abono animal, según lo ha hecho resaltar, principalmente, Liebig.

“Ambas maneras de ver —dice Engels— tienen su relativa razón de ser dentro de ciertos límites, pero la una es tan unilateral y estrecha como la otra. La interdependencia de los cuerpos naturales, los muertos y los vivos, es, a la vez, armonía y colisión, lucha y cooperación”. Engels se negaba en redondo a “resumir toda la multiforme riqueza del desarrollo histórico bajo el unilateral y magro tópico de la ‘lucha por la existencia’”. Y si en el campo de la naturaleza esta frase sólo podía aceptarse *cum grano salis*, se manifestaba resueltamente contra ella en el campo de la historia:

“Basta considerar la historia, hasta hoy, como una serie de luchas de clases para darse cuenta de cuán trivial es concebir esa historia como una variante de la ‘lucha por la existencia’. De ahí que yo no pueda estar de acuerdo, en modo alguno, con esos falsos naturalistas”. Son palabras tomadas de aquella misma carta. Y, más adelante, se expresa en términos todavía más claros: “Toda la teoría darwinista de la lucha por la existencia se limita a transferir de la sociedad a la naturaleza animada la teoría del *bellum omnium contra omnes* de Hobbes y la teoría de los economistas burgueses sobre la competencia, asociadas a la teoría malthusiana de la población. Y, después de este malabarismo, cuya incondicional legitimidad me niego a reconocer, sobre todo en lo tocante a la teoría malthusiana, se retransfieren las mismas teorías de la naturaleza orgánica a la historia y se afirma haber demostrado la vigencia de esas teorías como leyes eternas de la sociedad humana. La puerilidad de semejante modo de proceder salta a la vista y no hace falta molestarse en refutarlo”.

La diferencia esencial entre las sociedades humanas y la sociedad animal consistía, según Engels, en que los animales, a lo sumo, recolectaban y los hombres, en cambio, producían. Y ya esta sola diferencia, medular, impedía, a su juicio, transferir sin más las leyes de las sociedades animales a la sociedad humana: la producción de los hombres, al llegar a cierta fase, alcanza un nivel en que no produce solamente para satisfacer las necesidades elementales, sino que atiende, además, aunque sea solamente para una minoría, a los placeres, creando artículos de lujo. Lo cual quiere decir —razona— que la lucha por la existencia se convierte, no ya en una lucha por los simples medios de existencia, sino en una lucha por medios de desarrollo socialmente producidos. Y a esta fase humana no son aplicables ya las categorías tomadas del reino animal. “Pues bien”, sigue diciendo Engels, en la carta a Lavrow, “si la producción, bajo su forma capitalista, ofrece una cantidad de medios de existencia y desarrollo inmensamente mayor de la que la sociedad capitalista puede consu-

mir, porque mantiene a la gran masa de los productores reales artificialmente alejados de estos medios de existencia y desarrollo; si esta sociedad se halla obligada por su propia ley de vida a acrecentar constantemente esta producción excesiva para ella y, por consiguiente, de un modo periódico, cada diez años, se ve en el caso de tener que destruir por sí misma, no sólo una masa de productos, sino incluso de fuerzas productivas, ¿qué sentido tiene seguir charlando de la 'lucha por la existencia'? En estas condiciones, la lucha por la existencia sólo puede consistir en que la clase productora arrebatase la dirección de la producción y la distribución de los bienes de manos de la clase que hasta aquí ha venido ejerciéndola, pero que ahora se demuestra incapaz para desempeñar estas funciones, y esto es precisamente lo que la revolución socialista se propone".

Coincidiendo en ello con Moleschott y Vogt, Engels admitía la posibilidad de que en un futuro remoto se lograra "reducir" el pensamiento a una serie de procesos químicos operados en el cerebro. Pero tenía la suficiente formación filosófica para ser, a pesar de ello, consciente de que ni la fisiología cerebral experimental más perfecta podría llegar jamás a abolir o a suplir el valor específico y la propia sustantividad del pensamiento. El pensamiento poseía y seguiría poseyendo siempre, para él, su propia dialéctica. Consideraba, como sabemos, que la historia ocupa, por derecho propio, su puesto al lado de la naturaleza. "No vivimos solamente en la naturaleza"; el mundo exterior —se dice en un pasaje de los trabajos preliminares para el *Anti-Dübring*— "es la naturaleza o la sociedad". Ambas tienen su propia historia, su propio desarrollo y su propia ciencia.

A quien venía, como él, de la filosofía clásica alemana, no podía bastarle ni mucho menos con la naturaleza para erigir una concepción del mundo, ateniéndose exclusivamente a la vida natural y a sus leyes. Lo que menos perdonaba a los materialistas alemanes de su tiempo era precisamente el que no vieran más que la naturaleza, sin fijarse en absoluto en la historia. Ya sabemos cuán poco de acuerdo se mostraba con que aquellos materialistas, desde las alturas de las ciencias naturales, dieran sencillamente por liquidado, sin entrar a analizarlo, todo lo que fuese fe en la divinidad o religión. Así se manifiesta con gran nitidez en los pasajes de sus años posteriores en que se detiene a hablar de la religión cristiana y, especialmente, de la teología protestante, controversias en las que había participado arduosamente durante sus años juveniles. En estos pasajes a que nos referimos vemos cómo, a diferencia de aquellos "falsos naturalistas", como llama a Vogt y Moleschott, se esfuerza en enfocar el cristianismo y la religión en general con los ojos del historiador.

El interés por la crítica de la Biblia no le abandonó a lo largo de su vida, y un año antes de morir dio cima a un ensayo *Sobre la historia del comunismo primitivo* iniciado más de cuarenta años atrás. No se proponía, ni mucho menos, como dijo en 1886, durante su estudio sobre Feuerbach, "pura y simplemente rechazar todo el contenido de ideas" de dos milenios de concepción del mundo idealista, sino "de criticarlo, de desentrañar los resultados obteni-

dos, desprendiéndolos de su forma idealista perecedera y falsa, pero que había sido inevitable para su tiempo y su trayectoria de desarrollo”.

Lo que a él le importaba era llegar a conocer en su afinidad las leyes que rigen todos los grupos de fenómenos de la naturaleza y demostrar que en las leyes de la naturaleza, la historia y el pensamiento humano se manifiesta la misma dialéctica. Esta concatenación dialéctica era precisamente la que desconocía el “viejo” materialismo, que, con limitada visión, lo reducía todo a fenómenos naturales mecanicistas. Engels sabía que también el materialismo tenía que pasar por una serie de fases de desarrollo. Cuando él se llamaba materialista, esta palabra cobraba un sentido totalmente distinto del que tenía aplicada a aquellos “predicadores itinerantes”, con quienes tan poco simpatizaba, y a los naturalistas y médicos de su tiempo que se llamaban también así. El materialismo abstracto y adialéctico de estos señores distaba tanto de él como el idealismo no menos abstracto y adialéctico de los neokantianos.

Para Engels, concebir la naturaleza de un modo materialista era, “ sencillamente, concebirla tal y como es y se ofrece ante nosotros, sin aditamentos extraños”. Y, al hombre que para poder existir se ve obligado a producir, la naturaleza se le ofrece, primariamente, como a un ser práctico. Hasta ahora, tanto las ciencias naturales como la filosofía habían descuidado la influencia que la acción del hombre ejerce sobre su pensamiento y sólo veían “de una parte la naturaleza y, de otra parte, el pensamiento”. Los materialistas vulgares, especialmente, subrayaban de manera unilateral la transformación del hombre por obra de la naturaleza, remitiéndose para ello a Cabanis, Alejandro de Humboldt, Buckle, etc. No se paraban a pensar en absoluto en la transformación de la naturaleza por el hombre, que es más importante. Para Engels, este modo de ver las cosas es “unilateral”. Según él, el desarrollo histórico del hombre no se halla condicionado exclusivamente por la naturaleza, sino que ésta es transformada, a su vez, por el hombre, cuya inteligencia sólo se desarrolla a medida que va aprendiendo a transformar la naturaleza. Fue la actividad del hombre la que primero puso a prueba la ley de la causalidad de las cosas.

Engels resumió el punto crucial de su concepción del mundo cuando, en 1885, en el prólogo a la segunda edición del *Anti-Dühring*, escribió que “en la naturaleza se imponen, entre la embrollada trama de los innumerables cambios, las mismas leyes dialécticas del movimiento que también en la historia dominan el aparente azar de los acontecimientos; las mismas leyes que también en la historia que registra el desarrollo del pensamiento humano, formando el hilo de engarce, se van revelando poco a poco a la conciencia del hombre pensante”. Puso su empeño en captar la dialéctica como el gran principio que une y entrelaza a naturaleza, historia y pensamiento. Se propuso demostrar que “entre las leyes de la naturaleza y las leyes del pensamiento existe una necesaria concordancia, la cual se pone de manifiesto cuando se las conoce certeramente”. Así como una forma de movimiento se desarrolla partiendo de la otra, así también las imágenes que de ellas se reflejan en las diversas ciencias tienen que brotar necesariamente la una de la otra. Y, partiendo de esta posición dialécti-

ca, libró, como hemos visto, su lucha contra el punto de vista puramente empírico reinante en las ciencias naturales y que calificaba de materialismo metafísico.

Frente a este materialismo metafísico, afirma que la esencia de la filosofía es la dialéctica. La dialéctica es algo más que un simple medio de exposición que permite al pensador ordenar y gobernar grandes masas de conocimiento. Es, por encima de eso, una ley perfectamente real que rige y es objetivamente demostrable en la naturaleza y en la historia. Hay que decir, sin embargo, que las modernas investigaciones naturales no han seguido a Engels en esta apreciación de la dialéctica.

Ninguna de sus manifestaciones indica que con su obra sobre la *Dialéctica de la naturaleza* se propusiera, hasta cierto punto, ofrecer una infraestructura dialéctica a las argumentaciones de *El Capital* y que proyectara la primera parte de esta obra suya que habría de titularse *La dialéctica de la naturaleza*, destinada a servir, por así decirlo, de punto de apoyo a la "dialéctica de la sociedad" capitalista. Debe descartarse, asimismo, como altamente dudoso, el que se propusiera como meta hacer desembocar la dialéctica de la naturaleza, por último, en el comunismo. Este significado cósmico-metafísico habría podido tenerlo el comunismo para un Fourier, pero no entraba en el modo de ser de Engels ni en su mentalidad el aceptar como base del comunismo la posibilidad de una filosofía de la naturaleza y, menos aún, el postular la necesidad de esto. Resultaría imposible, desde luego, el poner semejante postulado en consonancia con ciertas manifestaciones que en estos apuntes de Engels se contienen acerca del carácter parecedero de todo lo terrenal.

Son muchos quienes ven en Engels un optimista, por la seguridad con que anuncia la ruina de la sociedad existente y, arrancando de aquí, al mismo tiempo, el nacimiento y el auge de otra más perfecta. Sin embargo, cuando a la luz de estos juicios tratamos de conocer un poco más a fondo la personalidad de que se trata, advertimos en ella muy diversas estratificaciones del pensamiento y el sentimiento que no resulta fácil encuadrar, sin forzarlas, en aquella apreciación general.

Con la fuerza de convicción que su concepción dialéctica de la historia le infundía, Engels no dudaba ni un momento que la sociedad burguesa estaba condenada a evolucionar hacia la muerte y que la sociedad del futuro, libre ya de contradicciones de clase, viviría más feliz bajo un sistema comunista. En esto, se manifiesta su optimismo. Expresa la creencia de que es "lo más probable" que la humanidad de su tiempo se halle todavía casi en los inicios de su historia; no la observa desarrollarse todavía, "vista la cosa en su conjunto", en una línea ascendente y llegar, aunque sea en medio de grandes luchas, a una forma de organización indescriptiblemente superior a la vigente, impregnada de tanta miseria. Sin embargo, en una concepción dialéctica del mundo no puede tener cabida la eternidad. También para los hombres de la sociedad comunista, lo mismo que para los dioses del Walhalla, sonará un día la campana funeraria.

“Podrán pasar millones de años y nacer y morir cientos de miles de generaciones, pero llegará inexorablemente el día en que, al irse agotando el calor del sol, ya no baste para seguir derritiendo el hielo que avanza desde los dos polos del planeta; en que los seres humanos, cada vez más hacinados junto al Ecuador, dejen de encontrar incluso allí el calor necesario para seguir viviendo; en que vaya desapareciendo, poco a poco, todo rastro de vida orgánica y en que la tierra, convertida en una bola muerta y petrificada como la luna, se hunda en las más profundas tinieblas, girando en órbitas cada vez más cerradas en torno al sol, ahora también muerto, hasta precipitarse por fin contra él. Otros planetas la precederán y la seguirán; al sistema solar, luminoso, caliente y armónicamente organizado, sucederá una esfera fría y muerta, girando solitaria en medio del espacio cósmico. Y la misma suerte que nuestro sistema solar tendrán que correr, más tarde o más temprano, los demás sistemas innumerables de la isla cósmica de que formamos parte, incluso aquellos cuya luz jamás llega a la tierra ni llegará mientras en ella haya un ojo humano para recibirla”.

Son palabras que figuran en la *Dialéctica de la naturaleza*. El descendiente de una vieja tradición calvinista afirma en ellas, con una naturalidad verdaderamente pagana, la suerte que le está reservada a toda existencia terrenal, a la del hombre y a la de la sociedad. Con la misma fuerza de una evidencia apasionada, anuncia la irrupción futura del orden social nuevo llamado a hacer que la humanidad “salga por vez primera del reino de la necesidad para entrar en el reino de la libertad”. Pero, muy consciente de que también la sociedad comunista del futuro, por mucho que se remonte por encima del nivel puramente natural de épocas anteriores y por mucho que afirme su imperio sobre la naturaleza, se halla indisolublemente unida al destino de la tierra que habita y tendrá inevitablemente que compartir con ella la suerte de todo lo llamado a perecer.

Frente a aquel optimismo dialéctico con que considera el desarrollo de las cosas de la tierra en el período histórico en que le ha tocado vivir con plena conciencia de él, percibimos en Engels, por tanto, un pesimismo cósmico afín al de la filosofía estoica de la naturaleza. Lo que no impide que este hijo del siglo XIX, de profunda sensibilidad histórica, se sienta tan vinculado al país que lo vio nacer como los grandes políticos romanos educados en el estoicismo. Para él, la finitud de todo ser constituye solamente una situación liminar nacida de la naturaleza misma de la vida, y no un problema que se plantea personalmente él.

Todo lo orgánico, todo lo terrenal se halla sujeto a la ley del cambio y de la caducidad. Pero, precisamente porque lo único eterno es el cambio, Engels admite detrás del futuro hundimiento de la tierra la posibilidad de que vuelva a surgir, más aún, de que resurja constantemente la vida en el espacio cósmico. La idea del final de la tierra la encontró Engels en Kant, y la de que la humanidad está llamada a extinguirse un día se la inspiró Fourier. La idea del eterno retorno parece haberla tomado de la obra del jesuita y astrónomo italiano Angel Secchi titulada *El sol* y traducida al alemán en 1872. He aquí las palabras de Engels: “¿Seguirá rodando eternamente por el espacio infinito el cadá-

ver del sol y perecerán para siempre bajo la única forma de movimiento de la atracción todas las fuerzas naturales, en un tiempo infinitamente diferenciadas? ¿O existen en la naturaleza —como se pregunta Secchi— fuerzas capaces de restituir el sistema muerto al estado inicial de la nebulosa ígnea y de infundirle así nueva vida?"

El padre jesuita contestaba a esta pregunta con un humilde "Lo ignoramos". Pero esta actitud de humildad y resignación no cuadraba bien con Engels. Fiel a su tesis de la "indestructibilidad del movimiento", que, según él, las ciencias naturales habrían debido tomar de la filosofía, se niega a reconocer la existencia de un movimiento "que haya perdido la capacidad de volver a trocarse en las diferentes formas a él inherentes". Y llega así a la conclusión de que, por un camino que las ciencias naturales se encargarán de señalar algún día, el calor irradiado en el espacio cósmico llegará a adquirir alguna vez la posibilidad de trocarse en otra forma de movimiento que le permita volver a concentrarse y a manifestarse.

Llevado de un fervor cosmogónico que nos permite ver cuán de cerca tocaban estos problemas últimos a este vástago de una vieja cultura religiosa, en una visión profunda y diferente que rarísimas veces se abría en él, escribe lo siguiente:

"La materia se mueve en un ciclo eterno cuya órbita se desarrolla en períodos de tiempo que apenas pueden medirse ya por la pauta de nuestro año terrenal; ciclo en el que el tiempo necesario para el desarrollo superior, el tiempo de la vida orgánica, y más aún el de la vida del ser consciente de sí mismo y de la naturaleza, es tan corto como el espacio en que se imponen la vida y la conciencia de sí mismo; ciclo en el que todo modo infinito de existir de la materia, el sol o la niebla, el animal por separado o la especie animal, la combinación o la disociación química, son igualmente precederos y en que lo único eterno son la materia que eternamente se mueve y cambia y las leyes que rigen estos cambios y este movimiento. Pero, por grandes que sean la frecuencia y la fuerza implacable con que este ciclo se desarrolle en el tiempo y en el espacio; por muchos millones de soles y tierras que puedan nacer y morir; por mucho tiempo que haya de transcurrir antes de que en cualquier planeta de estos sistemas solares lleguen a darse las condiciones necesarias para la vida orgánica; por innumerables que tengan que ser los seres orgánicos que deban nacer y que hayan perecido antes de que puedan desarrollarse en su seno animales dotados de un cerebro capaz de pensar y de que lleguen a darse para una etapa breve condiciones de vida que les permitan existir, para desaparecer poco después implacablemente; por mucho que todo eso sea verdad, tenemos la certeza de que la materia, a través de todos sus cambios y mutaciones permanece eternamente la misma, de que no puede perder nunca ninguno de sus atributos y de que, por tanto, con la misma férrea necesidad que llevará a borrar de la faz de la tierra su floración más alta, el espíritu pensante, volverá a hacerlo brotar algún día, en otra parte y en otro tiempo".

Cabría decir que esta es la última palabra de la concepción engelsiana del

mundo. ¿Podríamos tal vez caracterizarla como un optimismo trágico, para el que la muerte y el renacer se presentan bajo la luz de una dialéctica infinita, eterna? El concepto de libertad de la filosofía clásica proponíase superar la finitud del individuo humano por medio del espíritu. El modo en que este concepto de la libertad varía en Engels lo veremos cuando tratemos de su concepción de la historia. Por el momento, debemos recordar que, en Engels, sólo en momentos muy raros podían aflorar todas estas reflexiones que trascienden de la vida real. No era el suyo un espíritu contemplativo. Lo que a él le preocupaba no era la intuición de la eterna concatenación del universo, sino la transformación de la concatenación terrenal vigente. Su concepción fatalista de los sucesos naturales postulaba en él una actividad incesante, distinta y, sin embargo, en cierto modo parecida a la de sus antepasados, convencidos de que sólo por este camino podían hacer frente a una vida trazada a la sombra de la idea de la predestinación.

El mundo llevaba ya demasiado tiempo siendo "interpretado de diversas maneras"; "se trataba, ahora, de transformarlo". Esta lapidaria aseveración de su gran amigo encerraba también la divisa de la vida de Engels. A él no le cumplía, como al padre jesuita, arrojar a Dios, "con todos los honores canónicos, amable y respetuosamente, del sistema solar" o relegarlo "al mundo de los sentimientos", como había hecho el gran físico inglés Tyndall. Para él, como para el Zaratustra de Nietzsche, Dios había muerto realmente, y no sólo el Dios personal de sus devotos antepasados, sino también el Dios de Voltaire y de Newton, el Dios de Hegel y todos aquellos espectros divinos que todavía veían agitarse los epigonos de la ideología alemana, los Bruno Bauer y los Max Stirner.

Y con el concepto de Dios daba también de lado, radicalmente, al concepto de la inmortalidad personal, esa "tediosa quimera" nacida de la perplejidad de quienes "no sabían qué hacer, después de la muerte del cuerpo, con el alma, una vez admitida la existencia de ésta". "Ya en la actualidad", registraba en sus apuntes para la *Dialéctica de la naturaleza*, "se considera ajena a la ciencia cualquier tipo de filosofía que no considere la muerte como un momento esencial de la vida, que no conciba la negación de la vida como algo que va implícito en la vida misma, lo que obliga a concebir siempre la vida en relación con lo que es el resultado necesario de ella, con lo que en ella se contiene siempre en germen, la muerte". Esto y no otra cosa significa, para él, la concepción dialéctica de la vida. Y, "para quien lo comprende así", expresa, "carecen de sentido todas las chácharas acerca de la inmortalidad del alma... Vivir significa morir".

No es difícil percibir el tono heroico que late en estas palabras. Para un hombre como él que tanto amaba los goces de este mundo y que, en sus conversaciones, tanto gustaba de comportarse como un hijo placentero de la tierra, no resultaba agradable hacer ver a otros lo que por dentro sentía. Y, por otra parte, resultaba superfluo para la misión que se había trazado en la vida y a la que supo entregarse plenamente como hombre de acción. Sin embargo, como todo hombre profundo, fiel a esta idea de su concepción dialéctica fundamental, veía

también "en la muerte un momento esencial de la vida". No perdía de vista aquella frase de la *Enciclopedia* hegeliana, invocada por él en la *Dialéctica de la naturaleza*: "Pero la concepción verdadera es la de que la vida en cuanto tal lleva en sí el germen de la muerte y de que, en general, lo finito se contradice consigo mismo y, con ello, se supera".

Si, para terminar con este capítulo, tratamos de fijar la posición que en definitiva ocupa Engels en la historia filosófica alemana, debemos recordar una vez más que, durante el período en que trataba de ahondar en los problemas de la dialéctica y la naturaleza, una oleada de positivismo que los contemporáneos consideraban irresistible parecía haber barrido para siempre, tanto en la ciencia como en la publicística, la rica tradición filosófica del pasado. El empirismo se imponía en las ciencias naturales y, casi con la misma fuerza, en las ciencias del espíritu. En un momento como aquél, constituyó una memorable hazaña, desde el punto de vista de la historia de la filosofía, hazaña que tal vez no haya sido, hasta hoy, suficientemente valorada, el hecho de que Marx y Engels se opusieran decididamente a aquella corriente. Pocos pensadores alemanes, en los años setenta, se habrían atrevido a gritar a los cultivadores de ciencias naturales, cuando éstos reclamaban para sí el cetro hegemónico de la cientificidad, las siguientes palabras, escritas por Engels: "Pónganse como se pongan, los naturalistas rendirán siempre tributo a los filósofos. De lo que se trata es de saber si optan por dejarse llevar de cualquier mal filósofo en boga o se guían por una forma del pensar teórico basada en el conocimiento de la historia del pensamiento y de sus conquistas". Y no cabe duda de que, considerada la cosa desde este punto de vista y a la luz de la historia de su tiempo, la sección primera del *Anti-Dühring*, la titulada "Filosofía", es, como ya hemos señalado, una apología de la filosofía alemana contra el positivismo que se rebelaba frente a ella y contra el materialismo de las ciencias naturales, cuya influencia iba penetrando también cada vez más en los círculos obreros.

Es la misma tendencia que advertimos en otra obra, en la que Engels echa por última vez una ojeada retrospectiva a la época de la historia filosófica de Alemania que a él mismo le tocó vivir. Nos referimos a la obra, ya varias veces citada, que lleva por título *Luis Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, publicada por vez primera en las columnas de la revista *Tiempos nuevos*, órgano de la socialdemocracia, en 1886 y que, dos años más tarde, vio la luz en forma de libro.

El autor de esta obra señala como un error de Feuerbach el haber creído en la posibilidad de dar al traste con una filosofía que había llegado a ejercer una influencia tan poderosa sobre el desarrollo espiritual de la nación alemana. "Esta filosofía necesitaba ser superada en el sentido mismo que a ella corresponde, es decir, en el sentido de destruir críticamente su forma, pero dejando a salvo el nuevo contenido creado por ella".

A la realización cumplida de esta tarea se había consagrado Marx y, junto a él y tras él, el propio Engels. A ello se debe, cabalmente, el que su tendencia fuese la única que, entre las que brotaron al disolverse la escuela hegeliana,

"llegara a dar realmente frutos". Fue ella la que transmitió la herencia de la filosofía clásica alemana a la fuerza llamada a representar el futuro de Alemania: el movimiento obrero.

CAPITULO X
LA LEY CONTRA LOS SOCIALISTAS.
MUERTE DE MARX.
DE BISMARCK A GUILLERMO II.

Todavía en 1877, escribía la esposa de Marx, en carta a Sorge: "Nuestro amigo Engels se encuentra bien. Goza de salud, está fuerte y contento, no tiene queja". Un año más tarde, el consejero de policía de Prusia Krüger, después de revisar la correspondencia de Carlos Hirsch, confiscada en Berlín, informaba que las cartas dirigidas por Engels a este camarada suyo de partido, colaborador en aquel tiempo de la *Egalité* de Guesde, llevaba a pensar que quien las escribía "padecía mucho de una dolencia física". Sin embargo, los sufrimientos de Engels no eran tanto físicos como morales. El estado de Lizzy le venía preocupando desde septiembre de 1877 y un año más tarde asistía al entierro de la segunda compañera de su vida. Era —escribía a Julia Bebel, catorce años más tarde— "una auténtica proletaria irlandesa, y los sentimientos apasionados de aquella mujer por la clase a que pertenecía y que le eran innatos valían para mí mil veces más que toda la sutileza de ingenio y toda la arrogancia que hubiera podido encontrar en cualquier señorita 'cult' y 'sentimental', hija de la burguesía".

El mismo se encargó de exponer, más tarde, en su libro sobre los *Orígenes de la familia*, de un modo muy coherente, lo que pensaba acerca del matrimonio en el pasado, el presente y el futuro. No se hallaba en consonancia con sus convicciones ni con sus sentimientos el que el Estado y la Iglesia se arrogaran la pretensión de legitimar aquellas relaciones humanas, que eran para él de la mayor intimidad. Sin embargo, a pesar del desprecio que sentía por la institución burguesa del matrimonio, quiso dar esta última alegría a Lizzy y se casó con ella poco antes de morir.

No poseemos testimonio alguno de las emociones que aquel hombre de cincuenta y ocho años sintiera, al verse separado para siempre de la mujer con quien convivía. Se hallaba aún en la cima de su existencia, lleno de planes y de tareas, que daban a su vida contenido y dignidad. Se sentía, además, demasiado comprometido con aquel mundo de luchas para que la pérdida de la compañera de su vida pudiera dejarle, a la larga, profundamente herido. Sin embargo,

la muerte de Lizzy representó para su vida íntima un golpe muy duro, que guardó para sí. El sol de sus días iba declinando lentamente.

Es posible que la muerte de su esposa contribuyera a que Engels no pusiera inmediatamente y de un modo tan incondicional como habría cabido esperar sus consejos y su pluma a disposición del Partido socialdemócrata cuando, el 21 de octubre de 1878, fue dictada la ley de represión contra sus "tendencias, dañinas para la sociedad". Hay, sin embargo, otras razones que pueden ayudarnos a comprender más claramente por qué, el principio, mantuvo cierta actitud de reserva ante el partido. Marx y él, aunque no lo dejaran traslucir en sus cartas a los dirigentes alemanes, seguían disgustados porque su crítica del programa de Gotha no había sido tomada en consideración y decepcionados por el hecho de que pudieran dejarse influir por un Dühring hombres dirigentes del partido que decía abrazar ya el espíritu del *Manifiesto comunista*. Y Engels, por su parte, no se había sobrepuesto aún a la amargura suscitada en él por la crítica que en pleno Congreso del partido había provocado su ajuste de cuentas con aquel "socialista de la más pura cepa". Estos desagradables recuerdos tal vez se habrían esfumado más rápidamente si se hubiera enterado a su debido tiempo de que la obra polémica discutida en aquel Congreso, el *Anti-Dühring*, encontraba ahora un caluroso defensor nada menos que en Bebel, quien, después de leerla y estudiarla, había tomado decididamente partido por Marx y Engels y por su modo de enfocar los problemas políticos y sociales.

Aunque al principio se hubiera abstenido de participar personalmente en el debate, Engels pensaba y sentía, naturalmente, al desatarse la lucha en contra de la agresión bismarckiana, exactamente lo mismo que Liebknecht y Bebel. Ya antes de que la ley represiva entrara en vigor, era claro para él que la política puesta en marcha por Bismarck con dicha ley sólo podía beneficiar al partido que el Canciller trataba precisamente de combatir. "Si estuviera a sueldo nuestro, no podría trabajar mejor para nosotros", decía, bromeando el 30 de julio de 1878, en carta al químico Pauli, amigo de Schorlemmer, que residía en Alemania. Y, en términos parecidos, escribía a Lavrow, el 10 de agosto del mismo año: "Al señor Bismarck, que desde hace siete años viene trabajando para nosotros como si le pagáramos por sus servicios, parece que ya no hay quien le contenga en sus esfuerzos por acelerar la aplicación de la ley contra los socialistas. Aquello de 'después de mí, el diluvio' ya no le basta y, por lo visto, quiere que el diluvio se desencadene ante sus mismos ojos". Y le parecía también una tremenda necesidad el que Bismarck tratara de "explotar" los atentados contra el emperador para echar por tierra a los nacional-liberales, que a tanta poca costa le apoyaban y que eran su único sostén contra "la Corte, abiertamente reaccionaria y ortodoxa-feudal". "¡Y a ése le llaman un estadista!" Burla y desprecio era el tono que a Engels le parecía el más adecuado frente a los que se consideraban poderosos de la tierra y no eran, en realidad, más que unas "gotas impotentes" en medio del océano del movimiento histórico.

Aquí nos referiremos a la ley contra los socialistas solamente en cuanto afectó a la vida de Engels. Mientras esta ley se mantuvo en vigor, procuró no

poner los pies en su patria, pues no deseaba tener que vérselas con la policía de Prusia, como antes con la de Westfalia. Pero seguía con reconcentrada atención todas las noticias que de allá llegaban. Y tomaba, sobre todo, celosamente, posición ante los difíciles problemas estratégicos y tácticos que el partido, colocado fuera de la ley, tenía ahora que afrontar. Durante la primera etapa, se sentía descontento y profundamente receloso contra él, pues no le parecía que diera pruebas de la necesaria decisión en el plano de la lucha de clases, y hubieron de pasar varios años antes de que los dirigentes del partido que contaban con su confianza y se la habían ido granjeando poco a poco lograran que se solidarizara públicamente con su política.

Conocemos el desconcierto que se apoderó del partido cuando, al entrar la ley en vigor, las prácticas de represión puestas en marcha por la policía superaron cuanto podía esperarse, cuando se suspendió la publicación de toda la prensa política y sindical y quedaron en la calle multitud de obreros y empleados que trabajaban en ello y en las oficinas del partido. El comité de éste que, ya desde antes, al decretarse la prohibición de la organización oficial de la socialdemocracia, debía mantener desde Hamburgo los contactos con los grandes Estados de la Confederación, resultó ser un fracaso. Al disolverse por sí y ante sí, provocó gran indignación entre los trabajadores. Bebel declaró sencillamente imposible que, en momentos tan críticos como aquellos, no existiera un centro "al que los camaradas pudieran dirigirse, en sus apuros, pidiendo consejo". El mismo asumió las funciones de tesorero, que creía, en aquellas circunstancias y por diversas razones, las más importantes. Se convirtió, por así decirlo, en ministro de Finanzas del partido, bajo la ley contra los socialistas.

Alejado como se hallaba del escenario de los acontecimientos, Engels no se dio cuenta, al principio, de la fuerza del huracán desencadenado. Tenía una idea bastante clara de los grandes obstáculos a que había que hacer frente. Pero éstos no se alzaban a cada paso, amenazadores, ante él, no los vivía al día, como Liebknecht y Bebel. En estos momentos difíciles, hay que decir que los dos fundadores del partido supieron estar a la altura de su misión. He aquí lo que, ya en octubre de 1878, escribía el primero a Engels: "Quieren clavarnos el puñal en el corazón, pero sólo conseguirán dar golpes de ciego". Y en noviembre: "Hemos logrado reanudar casi todos los cabos momentáneamente rotos y asegurar plenamente los contactos".

Era humano, sin embargo, que aquellos políticos sobre cuyas espaldas gravitaba todo el peso de los asuntos perdieran a veces la paciencia cuando veían que Engels, como por aquellos días ocurría con harta frecuencia, los criticaba duramente. Nada tiene de extraño que, sintiéndose nerviosos bajo el cúmulo de problemas incesantes, se sintieran molestos ante lo que consideraban "regaños". Y, con el mayor respeto, daban a entender a su amigo en el exilio, cuyos méritos y cuya relevante personalidad conocían perfectamente, que era muy fácil dar buenos consejos desde puerto seguro a quienes, como ellos, tenían que luchar contra los vientos y las tempestades.

Engels y Marx consideraban como su principal deber hacia el movimien-

to obrero alemán el velar por que, bajo cualesquiera circunstancias, este movimiento se guiara por el principio de la lucha de clases, lo que, en la situación existente, significaba ante todo que el partido al que Bismarck había lanzado el reto, sin dejarse amedrentar por los peligros, no hiciera al gobierno ninguna clase de concesiones de principio, sino que, por el contrario, se mantuviera inquebrantablemente fiel a su meta revolucionaria. Sin embargo, solamente una minoría de sus diputados que formaban la fracción socialdemócrata del parlamento, la única que ahora, gracias a la inmunidad parlamentaria, podía asumir la representación y la defensa del partido, supo hacer honor a esta posición. Ciertamente que esta minoría pesaba mucho, pues de ella formaban parte las figuras de Bebel y Liebknecht. Por su parte, la mayoría, teóricamente más endeble, sostenía que el partido obraría con mayor cordura sometiendo a las nuevas condiciones que se le imponían desde arriba, es decir, esfumando su carácter de clase y estableciendo contactos con el ala democrática de la burguesía.

El que más lejos iba en esta dirección era Guillermo Blos, que llegaría a ser jefe del Estado de Wurtemberg y en quien Engels había cifrado, hasta entonces, ciertas esperanzas. Blos proponía romper con toda la tradición histórica del partido ya que, de no hacerse esto, el movimiento socialdemócrata se vería expuesto, según él, a correr la misma suerte del cartismo, a ir desangrándose poco a poco, después de haber logrado unos cuantos éxitos pasajeros. Tanto él como muchos otros redactores y diputados del partido se acobardaron ante la precaria situación económica a que se veían empujados y ante la proscripción contra todo lo que fuese socialdemocracia que, después de los atentados de que fue blanco Guillermo I, puso en marcha la burguesía en su casi totalidad, incluyendo a los liberales de izquierda. Llevados de la errónea creencia de que la burguesía podría dejarse convencer por argumentos, se esforzaban hasta lo increíble por "hacer comprender a amigos y enemigos la pureza y buena fe de sus aspiraciones", para expresarlo con las palabras empleadas por Bruno Geiser, yerno de Liebknecht, que era uno de los dirigentes de la fracción parlamentaria.

Este "deplorable" estado de espíritu, que se manifestaba principalmente entre los diputados al Reichstag, inspiraba a Engels una profunda desconfianza hacia toda la dirección del partido. Podríamos citar numerosos pasajes de sus cartas a Bebel, Bernstein y el viejo Becker, en los que se trasluce su desprecio hacia quienes veían en el partido solamente una vaca buena para ser ordeñada y que ahora, al encontrarse con que Bismarck la llevaba al matadero, se sentían abatidos. Algunos de los viejos dirigentes que no se sentían a la altura de la dura lucha desencadenada, emigraron a Inglaterra o los Estados Unidos; otros, al perder su sustento en los puestos que venían desempeñando o al ser apartados de ellos se retiraron del combate y, tal como Engels veía la cosa, pasaron a formar parte del hatajo de filisteos a que su nueva existencia los condenaba.

Todas las esperanzas de estas gentes se cifraban en la derogación de la ley contra los socialistas y, obsesionados por esta idea, se dejaban llevar de la

creencia, según Engels quimérica, de que el partido debía hacer cuanto estuviera en sus manos para facilitar esta solución.

Cuando un partido proletario se ve amenazado en su existencia, los primeros que suelen capitular son los elementos de la burguesía que se han pasado a sus filas, en los que prende más fácilmente la tendencia a reconciliarse con las capas sociales de que han salido. Tal era, en efecto, la observación que Engels se creía en el caso de formular, en aquellos días: "Estos estudiantes, viajeros de comercio, etc, desmoralizados", escribía a Bebel, "son la maldición del movimiento obrero. No saben absolutamente nada y se niegan en redondo a aprender; lo que ellos llaman socialismo no pasa de ser una frase puramente retórica". Y, en carta a Becker: "Creo que llegará pronto la hora de proceder contra esos filantrópicos burgueses y pequeñoburgueses, estudiantes y doctores, que se han infiltrado en el partido alemán y se empeñan en convertir la lucha de clases del proletariado contra sus opresores en una especie de limonada de confraternización humana general".

Su marcada desconfianza hacia las "gentes cultas" dentro del partido contrastaba con su confianza inmovible en el instinto de clase de las masas obreras. Así como en la guerra del setenta había prorumpido en gritos de júbilo ante los intrépidos ataques a la bayoneta de los "jóvenes" alemanes, ahora se dejaba llevar, con fuerza redoblada, por el entusiasmo ante cualquier triunfo grande o pequeño obtenido por el partido en las elecciones o en la guerra de guerrillas con las autoridades. Como el mariscal que arenga a sus tropas, ensalzaba en cuantas ocasiones se presentaban para ello, a aquellos "magníficos muchachos". "Dirás lo que quieras", escribía a Becker, a quien llamaba "el único general de la revolución alemana", con quien era posible emplear estas imágenes militares, "pero nunca habíamos visto hasta ahora un proletariado capaz de aprender en tan poco tiempo a obrar colectivamente y a marchar en filas cerradas". Y a Bebel le confesaba que tenía en el proletario alemán una confianza tan ilimitada como ilimitada era la desconfianza que sentía "por toda esa degenerada burguesía filisteá alemana".

Las cajas del partido habían quedado vacías y cientos de funcionarios de sus organizaciones se vieron, de pronto, en medio de la calle. En estas condiciones, fue una gran suerte haber encontrado un joven idealista rico que puso a su disposición, generosamente, una considerable fortuna. Un hombre enfermo llamado Carlos Höchberg, con quien trabajaba entonces como secretario particular Eduardo Bernstein, había fundado en 1877, de acuerdo con la dirección del partido, una revista socialista titulada *El futuro*, que se publicaba en Berlín. Se habían mostrado dispuestos a colaborar en ella Most y Bebel, pero Marx y Engels se negaron resueltamente a ofrecer su colaboración, al enterarse por el programa del editor que, para él, el socialismo seguía basándose en el concepto de la justicia. Semejante programa —dijo más tarde Engels, explicando su conducta—, excluía de antemano a cuantos, en última instancia, no podían concebir el socialismo como la resultante de ninguna clase de ideas o principios.

Esta revista, al igual que los demás órganos de prensa del partido, fue

declarada fuera de la ley por la represión. Y el partido sentía la imperiosa necesidad de disponer de una publicación que pudiera mantener los puntos de vista de la socialdemocracia alemana sin ser molestada por la policía de Bismarck. Aún no había recaído una decisión definitiva sobre este punto cuando Höchberg se adelantó a fundar en Suiza, país convertido ahora en baluarte de la lucha contra la ley antisocialista, el *Anuario de ciencia y política sociales*. Poco después, se acordó lanzar también en Zurich, por encargo del partido, un periódico que, fuera del alcance de los tentáculos de la ley bismarckiana, fuera el portavoz de la lucha de los socialistas. Höchberg apenas sabía nada de la obra histórica realizada por los autores del *Manifiesto comunista*, y menos aún de sus ideas. Engels y Marx daban por supuesto que el dinero para la publicación del *Anuario* y de *El socialdemócrata* —título bajo el que aparecía el periódico de Zurich— salía de los bolsillos de Höchberg y que ello permitiría a éste influir considerablemente en las posiciones políticas del nuevo periódico del partido.

Sus temores se vieron reforzados al encontrarse en el primer número del nuevo *Anuario* con un artículo, considerado por ellos como un documento oficial del partido y que, de ser esto cierto, podía justificar la sospecha de que el partido obrero socialista estaba decidido a abandonar el terreno de la lucha de clases y a renunciar a su carácter puramente proletario. Este artículo, que ha quedado en la historia del partido como el "artículo de las tres estrellas", por los tres asteriscos que hacían en él las veces del nombre del autor, llevaba este título: "Ojeada retrospectiva sobre el movimiento socialista en Alemania. Aforismos críticos". Era, como hoy sabemos, fruto de un trabajo colectivo. Carlos Flesch, a la sazón estudiante y años más tarde concejal del ayuntamiento de Francfort, había enviado el texto del manuscrito a su coterráneo Höchberg, quien, con ayuda de un inspector de seguros llamado Schramm, expulsado de Berlín, personaje bastante prestigioso en el partido y que pasaba por ser, además, un escritor versado en problemas teóricos, lo había remodelado, incorporando a él, además, algunas ideas de Bernstein.

No tiene nada de extraño que tanto la tendencia como el contenido de este artículo causaran en Engels un gran estupor. En él se le reprochaba a la socialdemocracia alemana el haberse dejado llevar, en el pasado, por la idea de conceder una importancia exclusiva a la captación de las masas y el haber conitado innecesariamente el odio de la burguesía por su actitud retardadora en apoyo de la Comuna de París. La socialdemocracia —decía el citado artículo— no se había preocupado debidamente de convencer a las capas poseedoras y cultas y, por todas estas razones, le cabía una parte de culpa en el hecho de que hubiera podido promulgarse la ley en contra de los socialistas.

Se exhortaba al partido a limitarse durante un largo período a perseguir determinados objetivos asequibles, si no quería asustar y alejar de sus filas a miles y miles de pequeñoburgueses y trabajadores. Las mismas personas de quienes Engels sospechaba, con razón, que eran los autores de dicho artículo y que habían fijado todos ellos su residencia en Zurich, constituían el comité de redacción del nuevo periódico que allí se publicaba. Y esto dio pie a que entre

Londres, donde vivían Marx y Engels, Leipzig, donde actuaban Bebel y Liebknecht, y Zurich, donde residían Höchberg, Bernstein y Schramm, se cruzase una tensa correspondencia, llamada a ser fuente de muchos y graves malentendidos.

Por aquellos días, Bebel y Liebknecht tenían que hacer frente no sólo a una fuerte oposición de derecha, sino también a una pequeña corriente de discrepancia izquierdista. Esta reprochaba por razones de principio el que la dirección del partido hubiera tomado la decisión de permanecer dentro del marco de la legalidad para poder subsistir como tal partido y seguir actuando en pro de sus reivindicaciones. Liebknecht y Bebel, por su parte, declaraban que habría sido una locura lanzarse a la lucha sin contar con la menor probabilidad de victoria, ni siquiera de triunfo moral. "A la primera señal que hubiésemos dado", escribía Liebknecht el 10 de mayo de 1879, "le habríamos hecho sencillamente el juego a la reacción, que desde junio del año pasado venía laborando por descargar un golpe armado y sólo habríamos conseguido hundir material y moralmente a nuestro partido por toda una década". Quien, incapaz de dominar sus excesos, quisiera dar rienda suelta a su furia contra las manipulaciones de la ley contra el socialismo, podía hacerlo, si quería, desde el extranjero.

Carlos Hirsch, en su día candidato al puesto de rabino y viejo amigo y colaborador de Liebknecht, a quien iban dirigidas estas palabras, sacó la conclusión que allí se le marcaba. Era corresponsal de la *Gaceta de Francfort* en París y, siguiendo el ejemplo de Rochefort, editó en Bélgica un periódico de formato pequeño titulado *La linterna*, que, bajo sobre, enviaba por correo a Alemania, sin armar ningún ruido. De este modo, se daba la satisfacción de atacar, a un tiempo, a Bismarck y a la fracción parlamentaria de la socialdemocracia, que no se prestaba a satisfacer sus deseos de que se aplicara una táctica más enérgica. Hombre de una sensibilidad exacerbada, Hirsch propendía a dar un giro personal a los conflictos objetivos, lo que le llevó a concitar contra sí, con sus punzadas y ataques de carácter individual, a la mayoría de los diputados socialdemócratas. Hasta un hombre como Rodolfo Meyer, político social de tendencia conservadora, enemistado personalmente con Bismarck y obligado por ello a refugiarse en el extranjero, autor de *La lucha por la emancipación del cuarto estado*, que mantenía por aquel entonces asiduo trato personal con Marx y Engels, en Londres, y que, más tarde, sostuvo correspondencia con el segundo de los dos amigos, hubo de hacer notar la animosidad con que este "hombre peligroso" sacaba a relucir en el exilio las querellas interiores del partido. Sin embargo, Marx y Engels se atenían por aquellos días, más de lo que la prudencia habría aconsejado, a los juicios emitidos por Hirsch acerca de los problemas planteados dentro de la socialdemocracia alemana, en aquello en que no los conocían por experiencia directa.

Peró la mesurada actitud de la dirección del partido encontraba un detractor todavía más enconado en Most. Después de purgar una larga condena de cárcel, había cruzado la frontera para establecerse en Londres, donde, sin ponerse de acuerdo con el partido, y con la ayuda de la Asociación comunista

de cultura alemana, que allí funcionaba, fundó un periódico titulado *La libertad*, en el que se proclamaba desde el primer momento el postulado de una propaganda ilegal, para acabar, como es sabido, cayendo por completo en el campo del anarquismo.

Mientras que Hirsch, aun cuando afilara su crítica, se mantenía dentro de los límites de la disciplina del partido, Most se proponía sacar a la luz pública, abiertamente y sin sentido alguno de responsabilidad, los conflictos planteados en el seno de la socialdemocracia. Al principio, cuando aún se mantenía en el terreno del partido, Engels no veía con malos ojos el tono revolucionario adoptado por *La libertad*, aunque sin acceder nunca a los intentos de acercamiento del director del periódico, quien ya de atrás no le parecía muy de fiar. Abogaba sin embargo, con insistencia, por que Hirsch fuese incorporado a la redacción del periódico de Zurich. No tenía por qué preocuparle el hecho de que, en las cartas que le dirigía, atacara duramente la política del partido y a la mayoría de sus dirigentes, ya que, en muchas cosas, consideraba fundada esta crítica. Liebknecht, amigo y protector de Hirsch, era tratado por él con ciertos miramientos; en cambio, atacaba con gran dureza a Bebel. Trataba de despertar en Engels el recelo de que esta disputa coincidía bajo cuerda con el modo de pensar del diputado socialdemócrata Kayser, quien abogaba públicamente en el Reichstag en pro de los aranceles protectores para el hierro. "Con su conducta, la mayoría de los dirigentes se han desacreditado y desgastado muy a fondo, poniendo en entredicho al partido en su conjunto, sobre todo en el extranjero", escribía en carta de 12 de junio de 1879 Hirsch a Marx, quien, entre tanto, se inclinaba ya a distinguir entre la firmeza de los propósitos y el conocimiento humano de la persona.

El partido había retenido en lugar preferente el nombre de Hirsch para incorporarlo a la redacción del órgano que editaba, señalando en segundo lugar, para el caso de que no fuese posible llegar a un acuerdo con él, el de Jorge Vollmar, exoficial del ejército bávaro, quien militaba también en el ala radical. Engels y Marx abogaban con una tenacidad difícilmente explicable, por lo demás, en favor de la candidatura de Hirsch, pues sospechaban que en la designación del nuevo redactor se ventilaba, fundamentalmente, la pugna entre la tendencia revolucionaria de principios, que ellos representaban, y la del financiero de la empresa, Höchberg. En carta del 25 de julio, que no ha sido posible localizar, Engels había dado su asentimiento a la invitación que el 17 del mismo mes le hizo Bebel para que colaborara en el periódico. Pero revocó su decisión cuando Hirsch —que, por motivos personales, daba largas a las negociaciones— le envió las cartas cruzadas entre él y Liebknecht y Bernstein.

La lectura de estas cartas parecía confirmar a Engels en la creencia de que se trataba, en efecto, de conceder a Höchberg una influencia decisiva en la política del nuevo periódico. En vista de ello, el 4 de agosto escribía a Bebel:

"El partido necesita, ante todo, un órgano político. Y Höchberg es, desde luego, en el mejor de los casos, un hombre totalmente apolítico, un filántropo social y no un socialdemócrata. Además, según la carta de Liebknecht, el

periódico no tiene por qué ser político, sino mantenerse en el terreno de los principios socialistas, lo que quiere decir que, en tales manos, caerá necesariamente en el terreno de la fantasía social y vendrá a ser una continuación de lo que fue *El futuro*. Un periódico así sólo podría representar al partido si éste se presta a degradarse para marchar a la zaga de Höchberg y de sus amigos, los socialistas de cátedra. Si la dirección del partido accede a poner al proletariado bajo la dirección de Höchberg y de sus confusos amigos, los trabajadores difícilmente marcharán por ese camino; y serán inevitables la escisión y la desorganización y daremos el mayor triunfo a Most y a los vocingleros que hay por aquí. En estas circunstancias, que desconocíamos totalmente cuando escribí mi carta anterior, nos parece que Hirsch tiene toda la razón al no prestarse a tener nada que ver con el asunto. Y la misma actitud mantenemos Marx y yo. Nuestra promesa de colaborar se refería a un verdadero órgano del partido y, por tanto, sólo era aplicable a un periódico así, pero no a un periódico particular del señor Höchberg, disfrazado de órgano del partido, en el que nosotros no queremos colaborar en manera alguna. Por consiguiente tanto Marx como yo le rogamos expresamente que tenga la bondad de evitar que nuestros nombres aparezcan como colaboradores de ese periódico”.

Por los mismos días, escribió también a Liebknecht, haciéndole saber que había llegado la hora de abandonar la política de vaguedades y componendas y de no tener miedo cuando fueran necesarios, y hasta cierto punto, la lucha y el escándalo.

A Engels no le impresionó gran cosa el que Bebel negara la influencia decisiva de Höchberg en el nuevo periódico y de que el nombramiento de Vollmar, caso de que Hirsch se negara a entrar en la redacción, augurara un proceder más bien áspero y duro que lo contrario. El artículo de las tres estrellas, “afortunadamente” le permitía ahora, como escribía a Marx el 9 de septiembre de 1879, hacer saber a Bebel, claramente, las razones que les movían a Marx y a él “a no querer participar, en absoluto, en un órgano en el que un hombre como Höchberg pudiera pronunciar ni una palabra”. Apoyándose en el citado artículo, decía: “Höchberg declara abiertamente que los alemanes han cometido un error al convertir el movimiento de la socialdemocracia en un movimiento puramente obrero y que fueron ellos mismos lo que provocaron la ley contra los socialistas, al retar innecesariamente a la burguesía”. Que “el movimiento debe ponerse bajo la dirección de los elementos burgueses y cultos, tener un carácter reformista totalmente pacífico, etc.” “Fácilmente puedes imaginarte con qué fruición se abalanza Most sobre esas lamentables manifestaciones, para presentarse una vez más como el auténtico representante del movimiento alemán. En fin, creo que estarás de acuerdo en que, a la vista de todo esto, debemos hacer saber a los de Leipzig, por lo menos, cuál es nuestro punto de vista. Y si el nuevo órgano del partido va a hablar por boca de Höchberg, no tendremos más remedio que manifestarnos también públicamente en contra de él”.

Engels anuncia a Marx que le enviará, para que dé su aprobación, el

proyecto de la carta que se propone escribir. Marx echó leña al fuego, al contestar que era necesario exponer "tajantemente y sin andarse con rodeos lo que pensaban de las majaderías del *Anuario*, y que si el órgano del partido había de mantener los mismos puntos de vista, habría que llegar a "desautorizar públicamente" incluso a Bebel y Liebknecht.

Por los días en que Engels se ocupaba de redactar el texto definitivo de la nota que pensaba enviar a los de Leipzig, recibió en Londres la visita de Höchberg, quien le produjo la impresión de ser, "en el fondo, un hombre bueno", pero "espantosamente simplista". "Cuando le expliqué", escribía Engels a Becker, "que no podíamos pensar ni remotamente en arriar la bandera proletaria que desde hacía cerca de cuarenta años manteníamos en alto, para caer en las ensoñaciones pequenoburguesas de la fraternidad universal, que nos habíamos pasado combatiendo durante el mismo tiempo, Höchberg parecía caerse de las nubes". Por los informes del propio Höchberg a Bernstein, sabemos que Engels, dejándose llevar de su vehemencia acostumbrada, le leyó la cartilla a su visitante y que éste se fue de allí con la impresión de que no era posible llegar a entenderse con aquel hombre.

Por el espíritu en que se inspiraba, la carta-exposición redactada por Engels era una repetición y, en parte, una continuación de las glosas marginales al programa de Gotha. Estaba destinada a ser leída por los miembros del comité de redacción establecido en Alemania, integrado por Auer, Bebel, Liebknecht, Fritzsche y Grillenberger, por el comité de administración de Zurich, de que formaban parte Höchberg, Bernstein y Schramm, y además por Bracke, que gozaba de la confianza personal de Marx y Engels, pero que se hallaba retirado del movimiento activo por una enfermedad a la que sucumbió finalmente en el año 1880.

La primera parte del extenso documento recapitulaba las negociaciones sostenidas por Hirsch, con el que Engels se mostraba de acuerdo en todos los puntos. Es interesante advertir con qué precisión Engels, siempre meticuloso en el modo de abordar los asuntos, reprochaba a las personas a quienes se dirige las inexactitudes en que con este motivo habían incurrido. Pero la más importante es la segunda parte, en que se habla de "la proyectada actitud del periódico" y se defienden las críticas formuladas por Hirsch. Este había acusado a Kayser de infringir la disciplina del partido al votar en favor de la autorización de créditos para Bismarck, atentando así contra "la primera regla fundamental de la táctica del partido". Y si, como Höchberg le había contado en Londres, la fracción había autorizado realmente a Kayser para proceder así, había que hacer extensiva al partido en su conjunto la acusación contra Kayser, lo que acrecentaría todavía más el mérito de Hirsch. "¿O acaso se halla la socialdemocracia alemana, en efecto, infestada por la enfermedad parlamentaria y cree que la elección popular derrama sobre los elegidos la gracia del espíritu santo, convierte las reuniones de la fracción en concilios infalibles y hace de sus acuerdos dogmas inatacables?"

La fracción parlamentaria socialdemócrata, al igual que el partido en

general, no mantenía una posición unitaria ante el cambio de rumbo efectuado en aquel entonces por el gobierno en su política comercial. Esta diferencia de apreciaciones se justificaba con la resolución adoptada en el Congreso del partido celebrado en 1876, en la que se decía que el problema de si debía practicarse el proteccionismo o el librecambio era, simplemente, un problema de orden práctico, cuya decisión quedaba reservada a cada caso concreto. Geib y Blos eran, según informaba Bebel a Engels, librecambistas "furibundos"; Auer, en cambio, abogaba no menos "furibundamente" por el proteccionismo. Bebel y Bernstein pasaban por ser proteccionistas moderados.

Y, como tampoco existía unidad de criterio ante la ley sobre los ferrocarriles, Engels se consideraba obligado a acusar ahora a la fracción, en su carta-exposición, de haber fallado en casi todos los problemas económicos planteados como cuestiones prácticas, dejando además traslucir públicamente sus discrepancias. No consideraba como fundamento justificativo el invocar el citado acuerdo del Congreso del partido, ya que todos los acuerdos de los congresos adoptados en tiempo de paz habían perdido su vigor al entrar en acción la ley contra los socialistas. He aquí lo que escribía a Bebel: "Un partido al que se priva draconianamente de la posibilidad de adoptar acuerdos efectivos tiene que buscar sus leyes, sencillamente, en sus necesidades vivas, sin cesar cambiantes". Y sólo admitía como cuestiones ante las que los diputados socialdemócratas podían abandonar su actitud puramente negativa las que afectaban directamente a las relaciones entre obreros y capitalistas y, en general, todas las mejoras que, aunque se inspiraban en un sentido puramente burgués, representarían un progreso positivo. En cuanto a los demás problemas económicos, era necesario atenerse siempre al punto de vista decisivo de que no era lícito autorizar nada que pudiera fortalecer el poder del gobierno frente al pueblo.

Esta concepción determinaba también el juicio de Engels acerca de la táctica que la fracción parlamentaria socialdemócrata había seguido ante la ambiciosa política prusiana de estatificación de los ferrocarriles, que a fines de 1879 había entrado en la fase de las realizaciones. A pesar del acuerdo recaído en el Congreso socialista de Gotha, Bracke se mostraba entusiasmado con aquellas medidas del Estado y Engels reprochaba a su amigo el que pusiera en sus juicios "demasiada anticipación del futuro". Él, por su parte, no creía que Bismarck recurriera a tales medidas movido por la necesidad económica. En 1880, sostenía en *Egalité* de París, órgano de la corriente marxista de la socialdemocracia francesa, que el móvil de aquella ley no debía buscarse en el deseo de fomentar la prosperidad de Alemania, sino en la situación apurada en que se encontraban dos empresas bancarias alemanas, la Sociedad de Descuento y la casa Bleichröder. La transferencia de las funciones industriales y comerciales al Estado —escribía a Bracke, en 1878— podía traer consigo uno de dos resultados, o retroceder a la Edad Media o avanzar hacia el comunismo. Alemania —le decía— se disponía a entrar en la fase de la moderna sociedad burguesa por el camino de la gran industria y el del crac. "El mejor desarrollo posible que nuestro país necesita es precisamente el de la economía burguesa, que concentre

los capitales y lleve a su apogeo las contradicciones existentes, sobre todo en el Nordeste”.

Del paso al proteccionismo temía Engels, en los momentos en que se llevaba a cabo, funestas consecuencias para un país que, si quería desarrollar su capacidad de exportación, necesitaba absolutamente la competencia en el mercado interior de los artículos semimanufacturados extranjeros y que encontraba mercados neutrales para dar salida a los productos de su industria gracias, principalmente, al bajo nivel de sus salarios. Opinaba que el librecambio había fortalecido a la industria alemana, haciéndola capaz de rendimiento y le había permitido obtener las materias primas y los artículos semimanufacturados tan baratos como sus competidores extranjeros. Y no esperaba, a la larga, que pudiera ser una salvación para la industria alemana, cuando las ventas se estancaran, los inicios de la trustificación, encaminados a resarcir a los empresarios, en el interior, de los precios ruinosos impuestos en el extranjero. Según él, Bismarck se desviaba ahora del librecambio, movido, fundamentalmente, por la tendencia a unir políticamente a los grandes industriales y los grandes terratenientes bajo el signo del proteccionismo, asegurándoles un mercado interior a costa de los consumidores de dentro. Le parecía significativo que incluso el comercio de exportación, atendido al librecambio, exigiera aranceles para poder cerrar con superávit el balance anual, a pesar de operar con pérdidas en el exterior. Para ello, los de dentro tenían que resarcirles lo que se regalaba al extranjero: “Exactamente lo mismo que regalamos la plusvalía al extranjero y obtenemos una ganancia mediante la reducción de los salarios”.

Entendía que la “Unión de Dortmund” y los altos hornos “Fénix” y “Laura”, cada uno de por sí e independientemente de las muchas pequeñas empresas siderúrgicas, estaban en condiciones de cubrir toda la demanda interior, razón por la cual podía encontrarse una solución en la conquista de mercados extranjeros y, por tanto, en el librecambio absoluto. Los empresarios siderúrgicos —escribía a Bebel— sólo pugnaban por aranceles protectores a partir del momento en que habían creado un consorcio, en que habían urdido una “conspiración” que impusiera al mercado interior precios de monopolio, para lanzar al exterior el producto sobrante a precios bajos. Posteriormente, Engels pudo observar también en la política proteccionista alemana efectos que consideraba obligado reconocer. En 1892 escribía a Víctor Adler que, si bien en el momento de su implantación esta política era realmente superflua, había venido sin embargo a llenar una serie de lagunas de la industria alemana, que de otro modo habrían quedado al descubierto durante largo tiempo. “Y cuando Alemania se vea obligada a sacrificar los aranceles protectores a su posición en el mercado mundial, afirmará su capacidad competitiva de un modo muy distinto que antes”. Pero lo que más le satisfacía, viendo las cosas *a posteriori*, era que esta política hubiera venido a fomentar artificialmente la gran industria y la existencia de grandes capitalitas y grandes masas proletarias, acelerando con ello la centralización del gran capital y la destrucción de las capas medias.

Después de tratar los problemas económicos, Engels pasaba a hablar, en

su exposición, de las tareas de un órgano del partido que debía publicarse al margen de la prensa nacional y de las leyes de asociación y las leyes vigentes dentro del Estado, es decir, que podía navegar con la bandera desplegada. El partido alemán —decía Engels— ha sido puesto fuera de la ley por el Canciller del Reich porque era, en Alemania, el único partido importante de la oposición. "Y si se publica un periódico en el extranjero para darle las gracias a Bismarck y renunciar a la misión que le impone el ser el órgano del único partido importante de la oposición dentro del país, sólo demostrará con ello que merece ser abofeteado".

Engels critica aquí con la mayor dureza imaginable el artículo de las tres estrellas, en el que veía el auténtico programa del nuevo órgano del partido y que consideraba digno del desprecio de todo dirigente socialista realmente revolucionario. En comparación con un Höchberg o un Schramm, hasta Lassalle le parecía acreedor de ser defendido. El artículo vituperado sostenía, en efecto, que el famoso agitador no se dirigía solamente a los trabajadores, sino a todos los hombres en quienes alentaba el verdadero amor humano y que había sido Schweitzer quien "rebajó" el movimiento socialista, para convertirlo en una "mezquina" lucha de intereses de los obreros industriales. Nada más falso que esto —afirmaba Engels—, pues Lassalle proclamaba ya inequívocamente la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía, "punto angular de todo socialismo revolucionario". Y si Schweitzer hacía mayor hincapié en esto, ello representaba, e realidad, un progreso.

Quienes en cambio, repudiaban la lucha de clases y trataban de restablecer los lazos de la cordialidad con la democracia burguesa, quienes veían en los burgueses los más llamados a representar al proletariado en el parlamento y pedían al partido que guardase los mayores miramientos a los elementos honestos y bien intencionados de las capas altas de la sociedad, deberían renunciar a los cargos y puestos que ocupaban en un partido obrero. Si no lo hacían, reconocerían paladinamente "que sólo se mantenían en ellos para luchar contra el carácter proletario del partido".

Engels censuraba con especial acritud a los autores del artículo por haber atribuido al partido como un gran mérito la decisión de mantenerse en el camino de la legalidad. También él se mostraba de acuerdo en que los electores socialdemócratas, dispersos por todo el país, no cometieran la locura de lanzarse, uno contra diez, a una revolución sangrienta, pero se negaba a reconocer que renunciaban para siempre, en el futuro, a aprovechar cualquier coyuntura revolucionaria que pudiera presentarse, cualquier colisión que pudiera surgir, para luchar por la victoria del pueblo. Y se mofaba sardónicamente de quienes, dentro del partido, abrigan la esperanza de que, después de haber matado en la burguesía hasta el último rastro de temor y de haberle demostrado hasta la saciedad que el espectro rojo no era, en realidad, más que eso, un espectro, esa misma burguesía, con Bismarck a la cabeza, tuviera la gentileza de derogar una ley represiva, en vista de que la realidad había demostrado que era innecesaria.

El programa trazado "no se abandona, sino que se deja en suspenso hasta

nuevo aviso. Se lo aprueba, pero no para aplicarlo en vida de sus autores, sino como un legado para la posteridad, para las futuras generaciones. Y, entretanto, se consagran 'todas las fuerzas y energías' a faenas menudas y a remendar el orden social capitalista, dando la sensación de que se hace algo y procurando, al mismo tiempo, no atemorizar a la burguesía. A la vista de eso, hay que elogiar al 'comunista' Miquel, quien afirmaba su convicción incommovible acerca del inevitable derrumbamiento del orden social capitalista tratando de contribuir todo lo posible, con sus fraudes y sus trampas, al crac de 1873 y trabajando así, a su manera, por la ruina del orden existente".

Los argumentos de "los tres censores de Zurich" —seguía diciendo— le recordaban la experiencia que en 1848 y en los años subsiguientes había tenido con los demócratas vulgares de Alemania: "Son los representantes de la pequeño-burguesía, temerosos de que el proletariado, empujado por su situación revolucionaria, pueda ir demasiado lejos". En vez de una oposición política energética y resuelta, la mediación en todos los frentes: en vez de la lucha contra el gobierno y la burguesía, el intento de atraérselos y de convencerlos; en vez de la resistencia porfiada y tenaz contra los abusos de arriba, la humilde sumisión y el *mea culpa*. Todos los conflictos históricamente necesarios se truecan por arte de magia en malentendidos y se pone fin a todas las discusiones con la consabida frase de "en el fondo, estamos de acuerdo".

Ya el *Manifiesto comunista* había expresado como algo inevitable en la trayectoria del movimiento el fenómeno de los elementos que, procediendo de las clases hasta entonces dominantes, se sumaban a la lucha emancipadora del proletariado. Pero estos convertidos, decía ahora Engels, traían consigo necesariamente residuos reales de la cultura que les había sido inculcada y que trataban de poner en consonancia con las ideas socialistas superficiales que se les habían imbuido en la universidad o donde fuera. Y había que exigirles que renunciaran a cuantos prejuicios pequeño-burgueses alentarán todavía en ellos, para abrazar abiertamente las concepciones proletarias. Claro está que, en un país tan profundamente pequeño-burgués como todavía era Alemania, aquellas ideas pequeño-burguesas tenían su razón de ser y su derecho a existir, pero no dentro del partido obrero socialdemócrata. "Si esos señores quieren constituirse en el partido socialdemócrata de la pequeño-burguesía, están en su perfecto derecho; si lo hicieran, podríamos tal vez negociar con ellos, tomarlos incluso como aliados en determinadas circunstancias, etc. Pero, dentro de un partido obrero, son un elemento perturbador". Y si, a pesar de todo, por el momento, existieran todavía razones para mantenerlos en las filas del partido, no debía perderse de vista que la ruptura con ellos era solamente cuestión de tiempo y que esa clase de gentes no debería ejercer influencia alguna en el partido.

Al final de este documento, hablando en nombre propio y en el de Marx, Engels formulaba de nuevo su ultimátum: "Llevamos ya cerca de cuarenta años proclamando que la lucha de clases, y especialmente la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado, es la primera fuerza motriz de la historia y, como tal, la gran palanca de la moderna revolución social; por esta razón, no

podemos marchar juntos con quienes tratan de borrar del movimiento obrero la lucha de clases... Si el nuevo órgano del partido sigue una conducta acorde con las intenciones de esos señores, una conducta burguesa, y no proletaria, no nos quedará otro camino, sintiéndolo mucho, que declararnos públicamente en contra de semejante conducta y romper nuestra solidaridad con lo que hasta aquí veníamos considerando, ante el extranjero, como el partido alemán. Confiamos, sin embargo, en que ese caso no llegará”.

El caso no llegó, en efecto, aunque hubo de pasar mucho tiempo antes de que reinara una completa armonía entre Marx y Engels y la socialdemocracia alemana. La verdad era que no se trataba simplemente de explicar tales o cuales malentendidos, sino de superar verdaderas discrepancias de criterio. Ante la renuncia de Hirsch, pasó Vollmar a ocupar un puesto en la redacción del *El socialdemócrata*. El nuevo redactor se manifestó en contra del artículo de las tres estrellas e incluso pidió a Engels que lo refutara en el periódico. Bebel, quien había leído ahora por vez primera el tan debatido artículo, manifestaba, en la carta privada que acompañaba a la nota de respuesta de la dirección del partido al documento redactado por Engels, que aquel “trabajo de maestros de escuela” estaba plagado de “traspies contra los principios”; es decir, lo rechazaba también plenamente.

En noviembre de 1879, Marx escribía a Sorge que “todas las personas dignas de mención entre nuestros consortes, Liebknecht, Bebel, Bracke, etc.”, habían desautorizado el malhadado artículo, “aunque, hasta ahora”, —añadía—, “solamente en privado”. La respuesta oficial de los dirigentes del partido a la circular de Engels llevaba fecha de 21 de octubre. No se contenía en ella una condena expresa del artículo de las tres estrellas. Es sorprendente, desde luego, que se hubiese encomendado la redacción de aquella respuesta a Fritzsche, quien en su día, de acuerdo con Vahlteich y Dammer, diera impulso a la agitación obrera de Lassalle y contra el que incluso ahora existían recelos, que acabaron decidiéndole a emigrar a los Estados Unidos.

La nota oficial del partido negaba que la socialdemocracia alemana se propusiera despojarse de su carácter netamente proletario y declaraba que los de Zurich estaban en un error, que entretanto se les había aclarado, al suponer que se les fuera a encomendar a ellos la dirección y redacción del periódico. Aunque se dirigiera, al parecer, contra Most y Hirsch, podían apuntar también contra Marx y Engels las palabras de la respuesta en que se decía que “personas situadas al margen de determinado círculo de acción no pueden formarse siempre un juicio exacto acerca de lo que necesariamente tiene que suceder dentro de él; ni siquiera están en condiciones de juzgar acertadamente lo ocurrido, aun cuando traten de ser enteramente objetivos”.

La carta acompañada por él a la nota oficial revela que el “documento” de Engels había producido también en Bebel una impresión muy semejante a la anterior. “Quienes residen en el extranjero”, decía la carta, “no tienen ni idea de las dificultades con las que casi cada uno de nosotros tiene que luchar a cada paso... Si en el tono del periódico nos imponemos cierta reserva, lo hacemos

para que los tribunales, en los procesos que indefectiblemente se incoarán por la difusión de nuestras ideas, no puedan acusarnos de delitos todavía más graves, por el contenido de nuestras publicaciones. No podemos en manera alguna darnos el lujo de exponernos a estas condenas, en las que se nos impondrán multas en dinero muy elevadas". Si *El socialdemócrata* no les parecía bien a los amigos de Londres, por las razones que fuera —escribía Bebel—, no tenían más que ayudarle a corregirse mediante su asidua colaboración.

Sabemos, sin embargo, que no era fácil apaciguar la susceptibilidad de Engels, una vez provocada. Acababa de publicarse en *El socialdemócrata* un artículo de Ignacio Auer contra Most, en el que se censuraba abundantemente a quienes "sembraban la desconfianza contra los camaradas más probados". Engels se dio por aludido y reaccionó furiosamente:

"Al parecer, Auer piensa que yo busco o espero algo del partido. Pero todos ellos saben perfectamente que es el partido, por el contrario, el que espera algo de mí. Ellos y Liebknecht saben que lo único que yo le he pedido al partido es que me deje en paz, para poder dar cima a mis trabajos teóricos. Saben que desde hace dieciséis años no han dejado de instarme, una y otra vez, a que escriba para los órganos del partido y que, en efecto, a petición expresa de Liebknecht, he escrito largas series de artículos, tales como *El problema de la vivienda* y el *Anti-Dühring*. No quiero mencionar aquí las muestras de aprecio que he recibido del partido en pago de ello —por ejemplo, los agradables debates mantenidos en el partido a propósito de Dühring—. Saben, asimismo, que Marx y yo hemos estado siempre dispuestos a defender al partido contra los enemigos de fuera sin necesidad de que nadie nos empujase, allí donde el partido se comporta realmente como tal, y que lo único que hemos exigido del partido a cambio de ello es que no se traicionara a sí mismo".

Y, ya disparado, Engels sigue diciendo: "Huelga decir que cualquier victoria lograda en Alemania nos alegra tanto como las que puedan conseguirse en otras partes, y aún más, ya que el partido alemán se ha desarrollado desde el primer momento a tono con nuestros postulados teóricos. Pero, precisamente por ello, tiene que ser objeto de especial preocupación para nosotros el que la conducta práctica del partido alemán y, sobre todo, las manifestaciones públicas de la dirección del partido se hallen en consonancia con la teoría general sustentada. Comprendemos perfectamente que a algunos no les resulte agradable nuestra crítica, pero más que todos los cumplidos exentos de espíritu crítico, al partido le beneficia contar en el extranjero con dos o tres personas que, situadas al margen de las embrolladas condiciones locales y de las minucias de la lucha, pueden valorar de vez en cuando las realidades y las palabras a la luz de los principios teóricos que rigen para todo el movimiento proletario moderno y hacer llegar a los de dentro la impresión que su modo de actuar produce fuera de Alemania".

En estas palabras, define y precisa Engels la misión que durante el resto de su vida habría de asignarse frente al movimiento socialdemócrata de su país. En un artículo sobre el socialismo alemán escrito por él en 1892 para ser publi-

cado en un almanaque del partido francés decía que, si era cierto que su internacionalismo le vedaba manifestarse como representante de tal o cual partido socialista alemán en contra de los otros, "no puedo olvidarme, sin embargo, de que soy alemán y me siento orgulloso de la posición que nuestros trabajadores alemanes han sabido conquistar, a la cabeza de todos los demás". Pero, ya antes de que tuviera razones para expresarse así, se consideraba como el leal consejero del partido que velaba desde lejos por que el proletariado alemán marchara realmente por el camino que Marx y él le trazaran en el *Manifiesto comunista*. En carta a Bebel, él mismo se llama una vez, acertadamente, el "representante del gran Estado mayor del partido".

Aunque Bebel le hizo llegar una declaración de Auer en la que aseguraba que con su alusión había querido referirse, concretamente, a Most, Engels no se dio por convencido de que aquellos "viles e injustificados vituperios" no fueran dirigidos contra él. Y, a pesar de todos los ruegos e insistencias que se le hicieron para que cambiara de actitud, no acababa de decidirse a colaborar en las columnas de *El socialdemócrata*. Seguía abrigando el recelo de que este periódico colocara en el mismo plano al socialismo proletario y al pequeño burgués. He aquí lo que, todavía el 16 de diciembre, escribía a Bebel: "Seguís reconociendo a esas gentes como camaradas del partido, nosotros no podemos hacerlo. El artículo del *Anuario* nos separa tajante y absolutamente de ellos". Si Marx y él empezaran a colaborar en el periódico, tendrían que protestar a cada paso, y en pocas semanas se verían obligados a presentar su baja en el partido. "Mucho lamentamos no poder estar incondicionalmente a vuestro lado, en estos momentos de represión. Mientras el partido alemán se mantuvo fiel a su carácter proletario, procuramos dejar a un lado toda otra clase de consideraciones. Pero las cosas han cambiado, a partir del momento en que los elementos pequeño burgueses incrustados en el partido han desplegado sus banderas. Ese periódico estará cerrado para nosotros mientras se le permita meter de contrabando, fragmentariamente, sus ideas pequeño burguesas dentro del órgano del partido alemán". En cambio, le aconsejaba al viejo Becker que colaborara en *El socialdemócrata*, dándole a entender que "no les guardaba demasiado rencor a los de Leipzig, por lo ocurrido".

La conclusión a que Bebel debía llegar, a la vista de las manifestaciones de Engels, era que éste volvía a mantener ahora una posición que parecía haber abandonado. Como escribía a Vollmar el 15 de enero de 1880, estaba "ya hartado de sus chinchorrerías". Al contestar a su carta, el 23 de enero, le dio a entender que de nada servía el seguir entrando en disquisiciones sobre lo que pertenecía ya al pasado y que eran otras preocupaciones las que embotaban su mente. La larga y dura extensión de la crisis económica, los muchos destierros y la gran cantidad de existencias lanzadas al arroyo por la ley contra los socialistas colocaban al partido en una situación material apuradísima. Al mismo tiempo, Bebel le adjuntaba a Engels una respuesta muy dura de Vollmar a las observaciones críticas de aquél sobre la actitud del periódico de Zurich. A la vista de todo ello, Engels se dio cuenta, sin duda, de que había ido demasiado

lejos y, como acuse de recibo de la carta de Bebel, le envió a vuelta de correo un cheque de diez libras esterlinas para el partido.

A partir de ahora, las aguas encrespadas fueron calmándose. Una visita de Liebknecht a Londres, financiada por Höchberg, contribuyó a aclarar algunos malentendidos. La conducta de la socialdemocracia ya no siguió dando pie a censuras. Pero lo que más contribuyó a aplacar la tirantez fueron los acuerdos adoptados en agosto de 1880 por el primer congreso celebrado por el partido bajo la vigencia de la ley contra los socialistas y que se reunió en el castillo de Wyden, en Suiza. Eran acuerdos llenos de decisión y espíritu de lucha, a los que Engels se adhirió fervorosamente. La socialdemocracia —comentará más tarde— había vuelto a encontrarse. La expulsión de Most, acordada en Wyden, no encontró en Engels la menor protesta. Aunque al principio había visto con cierta simpatía la fundación en Londres de un órgano llamado a representar al ala izquierda del partido, su modo de ver cambió en cuanto se puso de manifiesto que el propósito de Most era crear un nuevo partido secreto con “mano de hierro”. Al patentizarse que el demagogo se había convertido en un conspirador, Engels le volvió resueltamente la espalda. “*La libertad* quiere erigirse, a la fuerza, en el periódico más revolucionario del mundo”, escribía satíricamente a Becker en abril de 1880, “pero para conseguir eso hace falta algo más que emplear a troche y moche la palabra revolución”. “No es fácil elegir”, seguía diciendo, muy enojado, “entre las vociferaciones de *La libertad* y el mezuquino filisteísmo de *El socialdemócrata*”.

Después del Congreso del partido celebrado en Wyden, Engels, sin embargo, eligió. Un año antes, Bebel le había rogado que no formulase, por el momento, ninguna declaración en contra de Most; ahora, en cambio, le pidió que lo hiciese, alegando a favor de ello la razón de que Most estaba difundiendo la especie de que *La libertad* contaba con su apoyo y el de Marx. Ambos hubieron de declarar públicamente que no mantenían relación con un hombre cuyo paso al anarquismo era ya público y notorio.

Bebel consideró que era el momento de animar a Engels a ir todavía más allá. “Hay que decir”, le escribía, “que no siempre es juzgada favorablemente la pasividad en que usted y Marx se mantienen y son muchos quienes expresan el deseo de que intervengan más activamente y digan lo que opinan acerca de la situación”. La respuesta de Engels a esta carta no se ha conservado. Como es sabido, la actuación pública de Most en Inglaterra llegó a su fin cuando, a raíz del asesinato del zar Alejandro II, dio rienda suelta, en las columnas de *La libertad*, a su entusiasmo por el atentado, expresando la esperanza de que aquellas “hazañas de Bruto” contra los “bandoleros coronados” menudearan más en el futuro.

Ya desde las elecciones al Reichstag de 1874 confiaba Engels en que el auge de la socialdemocracia discurriera paralelamente con el descenso del anarquismo. Este ya no representaba, ahora, ningún peligro para el socialismo. A fines de 1882, escribía al viejo Becker que las vociferaciones de los anarquistas no le daban ya ni frío ni calor y que había llegado a considerar perfectamente

natural el que, al lado del movimiento obrero real, se proyectara también, como una sombra, esta grotesca caricatura.

Ahora bien, el lenguaje abiertamente revolucionario que Vollmar empleaba en *El socialdemócrata* y su empeño por transformar el partido "en una agrupación de guerra adecuada a las actuales exigencias revolucionarias" encontraban la oposición de las autoridades más destacadas de su dirección. En vista de ello, renunció a su puesto de redactor del periódico y Liebknecht, después de vencer la resistencia que a ello opuso la mayoría de la dirección del partido, logró que el cargo se le ofreciera, una vez más, a Hirsch, que era el candidato de Marx y Engels. Pero este periodista no se sentía inclinado a trasladarse de Londres a Zurich y su propuesta de asumir el puesto de redactor desde Inglaterra fue considerada como una negativa.

El 4 de diciembre de 1880, al informar a Marx y Engels del nombramiento de Hirsch, volvió a invitarles para que colaboraran en el periódico. A pesar de que, ahora, apenas tenían ya ningún pretexto para negarse a hacerlo, siguieron manteniéndose reacios y tampoco pudo Bebel arrancarles una respuesta positiva cuando, en el curso del mismo mes, acompañado de Bernstein, les hizo una visita personal en Londres.

Era la primera vez que Engels y Bebel se encontraban personalmente, y enseguida se puso de manifiesto la perfecta coincidencia de apreciaciones que entre ellos mediaba, así en los problemas de fondo como en lo tocante a las cuestiones tácticas. Inmediatamente se estableció entre ellos una gran simpatía personal, y el más viejo de los dos propuso que se tutelaran, cosa que, en aquel tiempo, no era usual más que entre camaradas del partido unidos por cierta intimidad, Engels se mostró encantado con la franqueza del carácter de Bebel, con su "seguro tacto" y su claridad de pensamiento y, mientras vivió, le dio pruebas constantes de su afecto y estimación. Al año siguiente corrió el falso rumor de que Bebel había muerto y, cuando llegó a oídos de Engels, dijo que, caso de confirmarse, sería "la mayor desgracia que podría sucederle al partido alemán".

Por Bernstein, uno de los autores del artículo de las tres estrellas, era natural que Engels no sintiera gran simpatía. No obstante, este antiguo dühringiano se había convertido, gracias al *Anti-Dühring*, en un partidario tan ferviente del materialismo histórico, que su anfitrión, quien se dedicaba a catequizarlo mientras les enseñaba la ciudad de Londres, "caminando más aprisa que el más joven de los tres", no podía por menos de mostrarse muy ufano de él. Engels se manifestó, incluso, de acuerdo en que Bernstein ocupara provisionalmente el puesto de redactor responsable en Zurich y, al ver que lo desempeñaba bien, votó por su designación definitiva.

"En sus manos", escribía a Bebel en agosto de 1881, "el periódico va mejorando cada vez más, pues también él posee tacto y rápida percepción". Para Engels, constituía una ventaja el que el joven redactor —el cual, como es sabido, se mantuvo en su puesto durante todo el tiempo de publicación de *El socialdemócrata*— no fuese "un literato de profesión" ni un "hombre salido de la universidad", como Kautsky, a quien se había propuesto para aquel cargo.

antes de Bernstein. A juicio de Engels, Kautsky era, por su talento, el hombre indicado para dirigir una revista. Poco después, se le designaba, en efecto, redactor-jefe de *Tiempos nuevos*, órgano científico de la socialdemocracia alemana, puesto que ocupó durante varias décadas. Por su parte, *El socialdemócrata*, bajo la dirección de Bernstein, llegó a ser, como Engels hubo de decir de él algún tiempo después, "indiscutiblemente, el mejor periódico que jamás haya tenido el partido".

Un punto importante sobre el que versaron las pláticas de Bebel con Marx y Engels fue la grave crisis económica por que atravesaba la mayoría de los países de Europa, incluyendo Alemania. Como viajante de comercio para su fábrica de picaportes, Bebel se mantenía en constante contacto con el mundo de los negocios. Estaba firmemente convencido de que no había razones para pensar en un auge notable y medianamente duradero y de que la crisis se estabilizaría con carácter crónico hasta convertirse en una "hecatombe general", la que, a su vez, llegado el momento, se traduciría políticamente en un levantamiento revolucionario también general.

A los viejos y experimentados teóricos, acostumbrados a seguir con mirada de expertos el desarrollo del mercado mundial, les parecía que aquella manera de ver se circunscribía a un campo de observación muy reducido. Creían poder observar que la esencia y el ritmo de las crisis habían experimentado un cambio a partir del momento en que Inglaterra se veía obligada a compartir el monopolio industrial con los Estados Unidos, Alemania y Francia, al paso que en Norteamérica y en el continente europeo prevalecía la idea del proteccionismo. Y, aunque a larga vista también ellos pronosticaron un final desastroso a la economía y al orden social capitalista, tenían la convicción de que las cosas eran bastante más complicadas de como Bebel las veía. Preveían que, en un período más o menos largo, se presentaría un nuevo período de prosperidad, pero creían que, en el futuro, las grandes coyunturas no podrían llegar a desarrollarse tan plenamente como en etapas anteriores. Engels daba ya por liquidados los períodos de diez años de crisis en que durante algún tiempo había creído. Ahora, confiaba en que las crisis intermedias podrían producirse en períodos más breves y veía en ello "la prueba del agotamiento total del modo de producción capitalista". Con la apertura de China —escribía a Bebel en 1886— "se cerrará la última válvula de seguridad de la superproducción".

Engels y Bebel coincidían en el modo de apreciar las repercusiones políticas que la crisis económica tendría para Alemania. Ambos estaban convencidos de que la crisis aceleraría el incontenible progreso de la socialdemocracia. Las cartas cruzadas entre ellos rebosan de optimismo, en lo que a este punto se refiere. "Afortunadamente", escribía Engels, ya en 1880, "en Alemania hemos llegado a un punto en que todas las fuerzas históricas trabajan en favor nuestro, en que nada puede suceder que no nos beneficie". Y, llevado de esta convicción, advertía reiteradamente a Bebel y al partido alemán del peligro de conceder demasiada importancia a la propaganda abierta y de no atribuir el valor necesario a la fuerza propulsora real de los acontecimientos históricos.

Como Bebel le encareciera muy vivamente, ante las primeras elecciones al Reichstag que iban a celebrarse bajo la vigencia de la ley contra los socialistas, las dificultades con que el partido tropezaba para su labor de agitación, Engels le replicó: "No debemos dar por perdidos, ni mucho menos, los éxitos que no podamos apuntarnos ahora. Serán los acontecimientos mismos los que se encarguen de sacudir a las masas del pueblo que se mantengan pasivas e indiferentes y, aunque en las circunstancias actuales el estado de ánimo de la gente afectada permanezca endiabladamente confuso, en su momento oportuno la palabra redentora resonará con redoblada fuerza y la repercusión sobre el Estado y la burguesía será mucho más poderosa cuando de pronto los 600 000 votos se tripliquen, cuando se pasen a nuestro lado, además de los sajones, todas las grandes ciudades y zonas industriales y también los trabajadores del campo se vean colocados en una situación que abra su espíritu a nuestra influencia. Esta conquista de las masas por asalto tendrá mucho más valor que la captación gradual por medio de la propaganda abierta, que, por lo demás, en las circunstancias actuales, no tardará en cerrárenos. Tal como están las cosas, los terratenientes, los curas y los burgueses no van a permitirnos que les comamos el terreno, y es mejor, por tanto, que se ocupen de eso ellos mismos".

A lo que Bebel, cuyo modo de pensar no difería mucho de éste, manifestaba: "Si nuestro éxito final dependiera realmente de la agitación pública, tendrían razón el señor de Bismarck y la burguesía al vedarnos este terreno. Por fortuna, no es éste el caso, sino que, lejos de ello, la reacción, que cada día se lanza más brutalmente contra nosotros, indica que el temor que les inspiramos va en aumento: estos señores se percatan con horror de que se equivocaban de medio a medio al creer que podían darnos por muertos y se dan cuenta instintivamente de que se acerca la hora en que la socialdemocracia salga a escena, reclamando sus derechos como heredera y vencedora".

Engels se dio por satisfecho con los resultados que las elecciones de 1881 aportaron a un partido brutalmente perseguido, aunque, numéricamente, representaran un retroceso muy considerable. "El número de actas que obtengamos debe tenernos sin cuidado", escribía al viejo Becker, "pues siempre serán las suficientes para decir lo que sea necesario decir desde la tribuna del Reichstag. El hecho de que en las grandes ciudades hayamos ganado terreno, en vez de perderlo, es magnífico". Y, en carta a Bernstein, manifestaba: "Al cabo de tres años de inauditas persecuciones, de una represión incesante, de la completa imposibilidad de celebrar reuniones públicas y de afirmar nuestra independencia, nuestra gente no sólo mantiene su fuerza, sino que incluso la fortalece en un punto fundamental: el centro de gravedad del movimiento se ha desplazado de los distritos semirurales de Sajonia a las grandes ciudades industriales". Y llegaba a esta conclusión: "La clase revolucionaria, por su situación económica, se ha convertido en el núcleo del movimiento. Además, éste se extiende por igual a lo largo de toda la parte industrial de Alemania, convirtiéndose de un movimiento local limitado a dos o tres centros en un movimiento nacional".

Al gobierno y a la burguesía alemanas les impresionó mucho, como es

sabido, el hecho de que un partido tan acosado pudiera dar pruebas de semejante vitalidad. Bebel informaba a Marx que la fe en la ley represiva y en la eficacia del estado de sitio había salido muy quebrantada y que, en cambio, se había fortalecido la conciencia del partido y la confianza en sus propias fuerzas.

Esta prueba de la "auténtica vitalidad" de la socialdemocracia alemana fue una de las últimas alegrías que le tocó vivir a Jenny Marx, decía Engels en la nota necrológica dedicada en *El socialdemócrata* a la esposa de su gran amigo, muerta el 2 de diciembre de 1881. Mientras vivió, esta mujer admirable había dado prueba de su gran personalidad: fue, en el pensamiento y en la conducta, hasta lo más profundo de su ser, la leal e inquebrantable compañera del hombre genial a quien se había unido y junto al que hubo de pasar, en la vida, por durísimas pruebas.

Marx, ya constantemente enfermo, no habría de sobrevivir mucho tiempo al terrible golpe. Y aún habría de soportar otro tremendo revés, con la muerte de su hija mayor, la más querida de todas, antes de que, quince meses más tarde, se uniera a su esposa en la tumba. Durante estos meses, su mal estado de salud le mantenía casi continuamente alejado de Londres; lo que obligaba a los dos viejos amigos a comunicarse sus pensamientos casi siempre por carta. En el otoño de 1882, Marx regresó por algunas semanas a su hogar, ahora desolado. Aún subió algunas veces, paseando con Engels, como con tanta frecuencia lo hiciera en el pasado, a la colina de Hampstead, cercana a sus dos casas y que, como gustaba decir "el general", ofrecía un magnífico emplazamiento para bombardear Londres. Todavía en una de sus cartas de este último período, pudo repetir Marx a su amigo: "Tu espíritu de sacrificio para conmigo es algo increíble, y muchas veces me avergüenzo para mis adentros, pensando en ello". El breve lapso que aún vivió después de la muerte de Jenny fue para él como "un período de tenebroso ensombrecimiento mental". Engels sabía que la ciencia médica tal vez podría haber prolongado unos cuantos años más la existencia puramente vegetativa de su amigo. Pero, según escribía a Sorge al día siguiente de su muerte, él no habría podido soportarlo.

"Vivir teniendo delante los muchos trabajos inconclusos, con el suplicio de Tántalo de querer terminarlos y la imposibilidad de hacerlo, habría sido para él mil veces más amargo que la piadosa muerte que le ha arrebatado". "La muerte no es penosa para quien muere, sino para el que sobrevive", solía decir él, citando a Epicuro. "Ver a este hombre formidable, genial, seguir vegetando como una ruina para mayor honra y gloria de los médicos y burla de los filisteos a los que tantas veces había fulminado cuando se hallaba en la plenitud de su fuerza; no, mil veces mejor que haya sido así, mil veces mejor que pasado mañana le llevemos a la tumba donde ya descansa la que fue su esposa".

Desde hacía ya varios años, Engels se daba cuenta con pena de cómo iba declinando la gran energía mental de su amigo y camarada de luchas. Temiendo que los datos estadísticos de su obra gigantesca pudieran envejecer antes de su publicación, perjudicando así a los formidables resultados que de ella esperaba, había intentado en repetidas ocasiones espolear a Marx para que diese cima

a *El Capital*. Pero, al ir envejeciendo, el infatigable trabajador no sentía ya las energías necesarias para domeñar el interminable material económico que diariamente se acumulaba ante él y, en aquellas condiciones, no podía por menos de sentir dolorosamente los apremios de su gran amigo, algunos años más joven.

Después de su muerte, Bebel se extrañaba de que, en los últimos años, no hubiese informado a Engels con toda claridad del estado en que se hallaba su obra. "Es muy sencillo", le explicaba éste, "pues, de haberlo sabido, yo no le habría dejado en paz ni de día ni de noche, hasta verla terminada e impresa". También Marx tenía conciencia de ello, y esto explica por qué hizo saber a su hija Leonor que, en el peor de los casos, el manuscrito de la obra debía ser editado por Engels, que sabría mantenerse fiel al espíritu de su autor.

Engels dio la triste noticia a los otros dos viejos amigos, a Becker y a Liebknecht, y a Bernstein, redactor-jefe de *El socialdemócrata*. "La cabeza más formidable de nuestro partido ha dejado de pensar", le escribía a Becker; "el corazón más poderoso que he conocido ha dejado de palpitar". A Bernstein le comunicaba: "Sólo habiendo vivido constantemente a su lado es posible hacerse una idea de lo que este hombre significaba teóricamente para nosotros y de lo que pesaba también prácticamente, en todos los momentos decisivos. Sus grandes puntos de vista desaparecerán con él de la escena para muchos años". Durante los años de la emigración, Liebknecht había llegado a sentir un afecto muy grande por Marx y su familia. Engels le decía, en su carta: "A pesar de haberle visto esta noche tendido en la cama mortuoria, con la rigidez cadavérica en el rostro, no acabo de hacerme a la idea de que esta cabeza genial haya dejado de fecundar con sus geniales pensamientos el movimiento proletario de los dos hemisferios. Todo lo que somos se lo debemos a él y todo lo que es nuestro movimiento se lo debe a la acción teórica y práctica de este hombre; sin él, seguiríamos sumidos en la perplejidad y en la confusión".

Engels pronunció en inglés la oración fúnebre en el entierro de su amigo. Trató de expresar en ella, brevemente, lo que Marx había hecho por la humanidad en general y por el proletariado del mundo en particular. "Darwin", dijo, "descubrió la ley que rige el desarrollo de la naturaleza orgánica en nuestro planeta. Marx es el descubridor de la ley fundamental con arreglo a la cual se mueve y se desarrolla la sociedad humana. Pero Marx ha descubierto, asimismo, la ley especial con sujeción a la cual la sociedad existente ha nacido y está condenada a perecer, al igual que todas las fases anteriores de la sociedad. Pero, por mucho que la ciencia fuera para él, no lo era todo... Veía en la ciencia, sobre todo, una gran palanca histórica, una fuerza revolucionaria, en el sentido más formidable y más auténtico de la palabra. Sentía el gozo más puro ante un nuevo descubrimiento en cualquier campo de la teoría, aunque fuese imposible percatarse todavía, tal vez, de su aplicación práctica, pero ¡cuán distinta era su alegría cuando se trataba de un descubrimiento llamado a revolucionar inmediatamente la industria o el desarrollo histórico en general! Participar de algún modo en el derrocamiento de la sociedad capitalista y de las insti-

tuciones del Estado basadas en ella, contribuir a la liberación del moderno proletariado, a quien él, por vez primera, infundió la conciencia de su situación y de sus necesidades, la conciencia de las condiciones para su emancipación; tal era la verdadera misión de su vida. La lucha era su elemento. Y luchó con una pasión, una tenacidad y un éxito como pocos. De ahí que Marx fuera, a un tiempo, el hombre más odiado y más calumniado de su tiempo. Desterrado de su país por gobiernos absolutos y republicanos, execrado a cual más, con mentiras y calumnias, por toda clase de burgueses, desde los conservadores hasta los de la extrema democracia. Pero él daba de lado a todo eso, sin importarle, no lo tomaba en cuenta en absoluto y sólo contestaba a las calumnias cuando no había otro remedio. Y ha muerto venerado y amado, rodeado de la confianza de millones de trabajadores revolucionarios, que se extienden desde las minas de Siberia hasta California, pasando por toda Europa y América. Su nombre perdurará a través de los siglos y, con su nombre, su obra”.

Engels, a la muerte de su amigo, prometió tomar en sus manos con toda fidelidad y llevar adelante hasta el límite de sus fuerzas la obra científica y política que él había dejado interrumpida y que formaba para ambos una unidad. Era una tarea gigantesca y, a la vista de ella y sin comentarlo ni siquiera con una palabra, decidió sacrificar la obra propia que aún pudiera realizar para consagrarse por entero a la de su amigo. Hacía como medio año, le había asegurado a Marx que estaba tratando de terminar rápidamente la *Dialéctica de la naturaleza*. En lo sucesivo, ya casi no volvió a hablarse de esta obra, en la que tanto había trabajado. Estaba firmemente convencido de ser el único capaz de descifrar y elaborar los manuscritos que Marx había dejado al morir y tomó la decisión de consagrar lo que le restara de vida a tan ímproba tarea. Varias veces la interrumpió, desesperado, cuando su vista, ya muy débil, se estrellaba contra la escritura punto menos que ilegible de Marx, pero para volver de nuevo a la carga con redoblado ímpetu. El segundo volumen de *El Capital* lo había dejado Marx tan adelantado que, por lo menos en cuanto al fondo, Engels pudo redactar el prólogo para este tomo en 1885, el día del cumpleaños del autor. En este prólogo, después de exponer concienzudamente cómo había procurado hacer frente a su responsabilidad, trataba de asignar a Marx el lugar que le correspondía en la historia de la teoría de la plusvalía.

Refiriéndose a la importancia política que esperaba de la publicación del segundo tomo de *El Capital*, escribía Engels a Bebel: “Nuestra teoría adquiere ahora una base inmovible y podremos desplegar victoriosamente nuestras fuerzas en todos los frentes. Cuando este tomo aparezca, también los filisteos dentro del partido volverán a recibir un rudo golpe, que les dará que pensar. Con este tomo, volverán a ponerse sobre el tapete, en primera línea, los problemas económicos fundamentales”.

Sólo ahora pudo Engels darse cuenta de que Marx sólo había dejado “un primer esbozo, extraordinariamente incompleto”, para el libro tercero de *El Capital*, con el que había de “cerrarse la parte teórica”. Y aunque la labor política y publicística se acumulaba cada vez más sobre él y se veía agobiado, ade-

más, por los padecimientos físicos, Engels logró, a pesar de todo, dar también a la publicidad, un año antes de morir, este tercer volumen. Su prólogo, fechado el 4 de octubre de 1894, da cuenta de las grandes dificultades personales y materiales que para ello tuvo que vencer.

Cuando, en 1885, había abordado la tarea de preparar para la imprenta este tercer volumen, "en que se contenían los resultados finales", lo colocaba al principio por encima del primero, asegurando que su publicación "revolucionaría definitivamente toda la economía y levantaría enorme ruido". Pero, cuanto más avanzaba en su trabajo y más fatigoso resultaba éste, más claramente se percataba de cómo habían ido declinando las energías intelectuales de Marx, más abrumado se sentía por la carga de su propia responsabilidad, más obligado se sentía a insistir cerca de quienes le rodeaban en que no era él el autor de la obra, basada en una idea concebida en los años sesenta y en materiales que, en lo esencial, se detenían al llegar la primera mitad de los setenta.

Engels proyectaba editar también el cuarto tomo de *El Capital*, dedicado a exponer la historia de las doctrinas, cuando la muerte le sorprendió. En esta exposición biográfica no hay realmente cabida para entrar a indagar hasta qué punto Engels puso cosas considerables de su propia cosecha en la redacción del tercer tomo de *El Capital* y en qué medida, por otra parte, elaboró fielmente los materiales dejados por Marx. Por lo demás, no se ha realizado hasta ahora la minuciosa labor filológica previa necesaria para que una investigación especial de este tipo pueda ni siquiera iniciarse.

A la muerte de Marx, los amigos políticos de Engels le aconsejaban, si no regresar a Alemania, establecerse por lo menos en Zurich, que era el centro de la lucha contra la ley antisocialista vigente en los dominios de Bismarck. Tal vez no se equivocaran al creer que los lazos que le unían al país en que llevaba ya una vida entera asilado no eran indestructibles. El 19 de febrero de 1886 escribía Kautsky a Bernstein: "Si yo estuviera en el lugar de Engels, no seguiría viviendo en Londres. ¿Qué es lo que Londres le ofrece? Nada. Casi nunca va al teatro y no visita los museos ni las exposiciones. No tiene allí amigos. Casi todas las personas a quienes quería, Marx, Lafargue, Longuet y otros, han muerto o se han ido a vivir a otras partes".

Sin embargo, y a pesar de todo lo que su alma de renano tenía que echar de menos en Londres, había algo que Engels apreciaba mucho en aquella ciudad: "la perfecta neutralidad que, frente a todo lo que la rodeaba" ofrecía Londres a cuantos se dedicaban a una labor científica. Sus relaciones con el movimiento obrero inglés habían quedado casi totalmente rotas, desde que se había retirado de Londres el Consejo general. Y difícilmente podía esperar en volver a adquirir una influencia real sobre aquel movimiento en lo que le restaba de vida. A los alemanes que llamaban a su puerta con cartas de recomendación los disuadía de referirse a él en sus contactos con los dirigentes obreros ingleses, diciéndoles que "no estaba bien visto" por ellos. El círculo de personas cercanas a él en Inglaterra —Kautsky no se equivocaba en su juicio— era realmente

muy reducido. Entre sus coetáneos, fuera de Schorlemmer, sólo le unía una verdadera amistad con el exfabricante Samuel Moore, quien, después del fracaso de su hilandería en Manchester, se había dedicado a estudiar jurisprudencia, actuando durante algún tiempo en Nigeria como presidente de un tribunal de justicia y más tarde traduciendo al inglés *El Capital*.

Alemania se había convertido ahora en el centro del movimiento socialista del mundo. ¿No parecía natural que quienes allí dirigían la lucha de la socialdemocracia se sintieran halagados con la idea de convencer a su venerado consejero, residente en Londres, para que se trasladara a vivir a su lado? Sin embargo, por su parte, el jefe del Estado mayor del movimiento de la clase obrera de Europa no consideraba ventajoso para los trabajos que aún traía entre manos un cambio de residencia. Y tampoco le resultaba grata la idea de tener que contar con la policía, a la hora de manifestar sus opiniones políticas.

Le hizo saber a Bebel que no se sentía inclinado a instalarse en ningún país en donde pudiera verse expuesto a ser desterrado. Y donde únicamente se estaba a salvo de este peligro, entonces, era en Inglaterra o en los Estados Unidos. Además, Inglaterra tenía la gran ventaja de que solamente allí, en un país en el que el movimiento obrero marchaba a la zaga de la burguesía, disponía del sosiego necesario para seguir dedicándose a los trabajos teóricos. En cualquier otro sitio se vería obligado a tomar parte en las tareas de la agitación práctica, a las que no podría ya aportar más que cualquier otro. En cambio, no veía aún quién podría sustituirles a él y a Marx en el campo de la teoría.

"Ahora, a los sesenta y tres años, con muchos trabajos propios a la espalda y la perspectiva de un año entero de trabajo en el segundo tomo de *El Capital* y de otro año para escribir la biografía de Marx y la historia del movimiento socialista alemán de 1843 a 1863 y la de la Internacional de 1864 a 1872, tendría que estar loco para cambiar el sosegado asilo de que aquí disfruto por cualquier otro lugar en el que me vería obligado a tomar parte en reuniones y en debates periodísticos, que sólo servirían para empañar la claridad de visión. No cabe duda de que si las cosas volvieran a ser como en 1848 y 1849, volvería a subirme al caballo, en caso necesario. Pero, ahora, hay que atenerse rigurosamente a la división del trabajo. Hasta de *El socialdemócrata* tendré que ir retirándome, dentro de lo posible. Piensa solamente en la enorme correspondencia, que antes compartía con Marx y que de un año a esta parte tengo que atender yo solo. Es necesario que no se rompan, en cuanto de mí dependa y hasta donde lleguen mis fuerzas, los muchos hilos que de todas las partes del mundo llegaban espontáneamente al cuarto de trabajo de Marx".

En estas líneas se refleja claramente todo el cúmulo de obligaciones que Engels sentía gravitar sobre sus espaldas, a partir del momento en que la muerte arrebató de su lado a Marx. Desgraciadamente, sólo le fue dado llevar a cabo de un modo fragmentario el vasto programa de trabajo que aquí se trazaba. De haber conseguido dar cima a los trabajos de carácter histórico a que alude, no cabe duda de que habríamos encontrado en ellos un acopio de datos autobiográficos que ahora echamos de menos lamentablemente.

Al asumir la representación de Marx en el campo teórico, Engels no lo hizo sin ciertos titubeos. Así lo revela su carta a Becker, en la que se emplea la imagen del primero y el segundo violín. Y no dejaba de pensar también con alguna preocupación en los futuros momentos revolucionarios, ya que no creía tener la misma seguridad de visión ni la misma firmeza certera en los juicios que su amigo desaparecido. Llegada la hora de la revolución, Engels se había sentido más seguro, más en su sitio, en su puesto militar dirigente que en el mando político. Y, desde luego, tenía muy poco de diplomático. Al día siguiente de la muerte de Marx, había escrito a su viejo camarada de combate de la insurrección de Baden, a quien gustaba de comparar con Volker, el violinista: "Seguimos en la brecha. Las balas silban, los amigos caen, pero no es la primera vez que vemos esto. Y si las balas hacen blanco en uno de nosotros, lo único que hay que pedir es que vayan derechas al corazón, para acortar la agonía". Así era: el magnífico camarada había caído, el hombre más cercano a él, que había llenado su vida, el único a quien podía admirar, había dejado de existir. Pero la lucha histórico-universal que ambos habían iluminado con vivo resplandor por vez primera y cuyas condiciones creían haber fijado antes que nadie conjuntamente, seguía su curso. Y esta lucha reclamaba ahora del sobreviviente, cargado con una doble responsabilidad, una presencia de espíritu y un esfuerzo redoblados.

Ahora bien, en las relaciones que unen a dos hombres apenas ninguna permanece ante la posteridad totalmente limpia de sombras, cuando caen las últimas envolturas que en vida las cubrían. Una de las características de Engels era que, cuando su corazón se entregaba a alguien, su sentido de la crítica, en general siempre despierto, se embotaba. El temple de Marx era distinto. Su irritabilidad, que al exterior sabía refrenar mejor que Engels, rompía todos los frenos cuando se comunicaba con la mujer que era la compañera de su vida. He ahí por qué Laura Lafargue y Leonor Marx, al morir su padre, no quisieron poner en poder del amigo, al confiarle el resto de la correspondencia, las cartas cruzadas entre sus padres, en las que podrían encontrarse tal vez, a la vuelta de los años, algunos pasajes zahirientes para Engels, y prefirieron destruirlos.

El interés especial y concentrado que Engels consagraba ahora al movimiento socialdemócrata alemán no se justificaba primordialmente, a sus ojos, por el hecho de sentirse alemán, en la medida en que se lo permitía la misión más extensa a que se hallaba dedicado, sino por la razón de que el centro de gravedad de la lucha internacional de clases, desde 1871, se había desplazado de la Europa occidental a la Europa central, por lo cual cada victoria de la socialdemocracia alemana, como en 1884 escribía orgullosamente a Bebel, repercutía "desde Siberia hasta California y desde Suecia hasta Sicilia".

El juicio que a Engels le merecían las diversas corrientes que se manifestaban en el seno del partido alemán no eran ya tan tajantes, pues había adquirido, al cabo, la certeza de que tanto el parlamentario y organizador más destacado del partido como el director de su órgano en la prensa opondrían denodada resistencia a cualquier intento que se hiciera para desviar el movimiento del

camino de la lucha de clases. No podía, sin embargo, depositar en la fracción del Reichstag la misma confianza incondicional que le merecían Bebel y Bernstein. También él consideraba inevitable que, mientras se mantuviera en vigor la ley contra los socialistas, la dirección efectiva del partido se colocara en manos de la fracción parlamentaria. Sin embargo, esta decisión no le parecía justa más que en circunstancias extraordinarias. Bebel no había obtenido acta en las elecciones de 1881 y sólo fue elegido diputado en 1883, en unas elecciones parciales. Entretanto llevaban la batuta de la fracción Bloss, Geiser, Kayser, Viereck y sus afines en ideas, convencidos de que mediante un comportamiento moderado lograrían la derogación de la ley contra los socialistas. Y fácilmente podemos imaginarnos la indignación que se apoderó de Engels cuando Bloss, en sus cartas "llenas de negros presagios", le proponía la formación de un nuevo partido con un nuevo programa y nuevas gentes, en el que pudieran entrar también los elementos demócrata-burgueses, o cuando el exfuncionario judicial Viereck, que, en sus tiempos de estudiante berlinés, había predicado celosamente primero en favor de Dühring y luego en favor de la socialdemocracia, se permitía, en las cartas que le dirigía, censurar al partido por hacer también labor de agitación entre los campesinos y lanzar pullas a *El socialdemócrata* cuando este periódico, en su ciega imprudencia, arremetía contra todo lo que a él le parecía respetable.

En estas condiciones, Engels veía con mejores ojos que un camarada intelectual tirara demasiado de la cuerda por el otro lado. En septiembre de 1882, Vollmar, que seguía colaborando en *El socialdemócrata* después de salir de la redacción, había publicado en el periódico dos artículos en contra de aquellos tópicos del "desarrollo pacífico" y la "transformación general" que el ala derecha del partido y, sobre todo, la fracción parlamentaria, habían lanzado a raíz del mensaje imperial de noviembre de 1881. En abierta y dura oposición contra estos tópicos, Vollmar exigía que se imprimiera a la táctica del partido una dirección revolucionaria. Aunque sin darse cuenta cabal de las consecuencias de lo que proponía, llamaba la atención contra las ilusiones de quienes pretendían desembarazarse por la vía parlamentaria de una ley que, mientras se mantuviera en vigor, agudizaría las contradicciones de clases y sólo podría suprimirse mediante la lucha revolucionaria.

En cartas a Bernstein y a Bebel, a los que en un principio atribuía su paternidad, Engels elogiaba estos artículos, dirigidos contra quienes estaban dispuestos a lograr a cualquier costa la derogación de la ley antisocialista. Bebel le contestó, sin embargo, que aunque los artículos en cuestión estaban bien redactados y no podían objetarse en el terreno de los principios, eran tácticamente falsos. Si se adoptara este lenguaje, el partido se iría al foso. "Quienes vivís en el extranjero", decía Bebel, una vez más, "no podéis colocaros en nuestra situación y no podéis imaginarnos de cómo tenemos nosotros que maniobrar para no vernos incurso en tales o cuales artículos de la ley penal que desde hace tiempo están preparados para lanzarse sobre nosotros". No le cabía la menor duda —seguía diciendo el citado dirigente— que se intentaría aplicar

contra el partido, un día, los artículos 128 y 129, en que se castigaban como delictivas las asociaciones secretas e ilegales. Lo cual llevaría inmediatamente a la cárcel, con largos años de pena al cuello, a cuantos hoy desempeñan algún papel en el partido.

Engels no evitaba, por cierto, considerar los argumentos de Bebel, cuyas opiniones acerca de la táctica aconsejable en el partido habían ido adquiriendo para él con el tiempo, una fuerza irrefragable. Lo que le había gustado de los artículos de Vollmar eran los ataques a los señores del ala derecha. Pero confesaba que había leído muy por encima y tomado a la ligera el pasaje en que se preconizaba la necesidad de una organización secreta para el partido. Y en la carta a Bernstein calificaba de pueril la idea expresada aquí por Vollmar acerca de la futura revolución alemana: "de una parte, nosotros, y de la otra toda la masa reaccionaria unida".

Bebel contestó en *El socialdemócrata* a los artículos de Vollmar. No había ninguna razón —decía— para preferir los compromisos totales a los compromisos a medias; de seguir el consejo de Vollmar, organizando subterráneamente el partido, habría que hacerlo volar y llevar la lucha a la calle. Así opinaba también Engels, quien seguía siendo contrario, como siempre, a toda táctica conspirativa. Por aquel entonces estaba seguro, sin embargo, de que, a la larga, no podrían coexistir dentro de la misma organización el ala reformista y el ala revolucionaria. Consideraba inevitable la escisión, pero creía que el momento de ella debía aplazarse hasta que, una vez derogada la ley antisocialista, fuese posible ventilar el problema a los ojos del público.

Estaba firmemente convencido del instinto de clase de las masas y confiaba en que, por su parte, las autoridades se encargarían de contribuir, en lo que de ellas dependiera, a su radicalización. En cambio, las "gentes cultas" —decía— no tenían ningún derecho a actuar como oficiales sin soldados. Y manifestaba sin ambages a Bebel y Bernstein que él, si llegaba la hora de la escisión, se uniría "con la visera levantada" a la tendencia radical. Esta tendencia —hacía constar sin tapujos— debería, llegado el caso, tratar de retener tres puestos: la imprenta y la editorial de Zurich, la dirección de *El socialdemócrata* y la de la revista *Tiempos nuevos*. Eran, a su modo de ver, los únicos puestos que ocupaba ahora, y no se necesitaban otros, según él, para mantener las relaciones con el partido, mientras rigiera la ley contra los socialistas. Los demás puestos se hallaban en manos de "los señores filisteos", pero todos ellos juntos no valían lo que aquellos tres. Y en carta a Bebel, Engels elogiaba a los redactores de aquellos dos órganos de prensa en detrimento de "los espantosos necófitos literatos que se han colgado al cuello del partido".

Los juicios tan discrepantes que la política social de Bismarck provocaba en ambas alas del partido contribuyeron en mucho, como sabemos, a enconar las contradicciones existentes en el seno de la socialdemocracia. Los del ala derecha alimentaban al principio, seriamente, la esperanza de que el Canciller acabaría abrazando el camino que en su tiempo creía Lassalle haberle convencido a seguir. Por los días de la ley contra los socialistas, algunos agentes de la

policía política prusiana llegarían a acercarse a ciertos conocidos socialistas alemanes residentes en el extranjero. Lograron infiltrarse en la redacción de *La libertad* y sus colegas franceses aguzaron la mirada para husmear en las cartas dirigidas a Carlos Hirsch por Marx y Engels y los dirigentes del partido en Alemania; y, alguna que otra vez, lograron también sorprender la sagaz vigilancia de Engels y hacerle hablar. Ello permitió a uno de estos señores, en septiembre de 1882, informar a Berlín que Engels reprobaba el que Liebknecht hubiera reprochado a Bismarck, en el Reichstag, el haberse apropiado los principios de la socialdemocracia, inspirándose en ellos para su legislación socialista. Es posible que esta información no estuviera muy distante de la verdad. En el Reichstag, Liebknecht caía con cierta frecuencia en los razonamientos del socialismo de Estado y alegaba en contra de Bismarck el que éste, en su legislación sobre el seguro obrero, "marchara a la zaga del socialismo". Y lo cierto es que Engels sentía cierto desasosiego cada vez que apuntaba la idea de que la fantasmagoría lassalleana pudiera llegar a tomar cuerpo un día en el reinado social de los Hohenzollern. Condenaba todo intento de asimilar o identificar el seguro de Estado y el socialismo y se burlaba de cuanto significara mostrarse "agradecido a cualquier limosna socialista de Estado" que el Canciller lanzara "a los pies" de los diputados del Reichstag.

Y asimismo, mostraba su repulsa al culto que se rendía a Rodbertus. Este culto tenía sus sacerdotes más conocidos entre los profesores afectos al socialismo de cátedra y se extendía, en el mundo académico, a todos aquellos que volvían la espalda al ideal económico del liberalismo y trataban de allanar el camino a un prudente socialismo de Estado bajo la égida de la monarquía bismarckiana. Había, incluso, socialdemócratas que rechazaban el dilema formulado por Kautsky: o Marx o Rodbertus y se esforzaban por hacer creer a sus camaradas que el partido debía sentirse orgulloso de contar entre ellos a dos talentos como el autor de *El capital* y el de las *Cartas sociales*.

Al principio, Engels explicaba el entusiasmo despertado por Rodbertus por el deseo de quienes no se sentían comunistas de "enfrentar a Marx un rival alejado también del comunismo. Personalmente, sabía poco de Rodbertus y fue Rodolfo Meyer quien le informó, ahora, de que dicho autor había muerto muy convencido de que Marx lo había "plagiado". Engels sabía perfectamente que esta creencia carecía de todo fundamento. Había sido Lassalle quien, a fines de la década del cincuenta, señalara a Marx la existencia de las obras de aquel terrateniente de la Pomerania. A aquellas alturas, el mundo del pensamiento marxista se hallaba ya demasiado afianzado para que Rodbertus hubiera podido influir en él.

Sin embargo, como esta acusación comenzaba a tomar cuerpo, Engels se decidió a estudiar concienzudamente el asunto. Leyó todas las obras escritas por Rodbertus y vio claro cuál era el lugar que debía asignarse el "fundador del socialismo específicamente prusiano" en la historia de la teoría económica. Y no negaba que se le podía reconocer cierto mérito relativo en el desarrollo del pensamiento alemán.

“Este hombre, hay que reconocerlo, se acercó bastante al descubrimiento de la plusvalía, pero el hecho de ser un terrateniente pomeranio le impidió llegar a la meta”, escribía a Bernstein, en términos un tanto capciosos. Y, en septiembre de 1884, expresándose de un modo más científico, en carta a Kautsky: “Marx sintetiza en su expresión discursiva más general el contenido común que se encierra en las cosas y en las relaciones; es decir, que sus abstracciones se limitan a exponer en forma de conceptos el contenido subyacente en las cosas mismas. Rodbertus, por el contrario, forja una expresión conceptual más o menos imperfecta y mide por este concepto que él se ha forjado las cosas, a las que el concepto debiera atenerse. Trata de encontrar el contenido verdadero y eterno de las cosas y de las relaciones sociales, sin darse cuenta de que este contenido es esencialmente perecedero”.

Estos juicios de carácter privado fueron ampliados más tarde, en diversas direcciones, con las palabras destinadas a la publicidad que, “hablando sin tapujos”, escribió sobre este tema en el otoño de 1884 en el prólogo a la traducción alemana de la *Miseria de la filosofía* de Marx hecha por Bernstein y Kautsky y, poco más tarde, más “dignamente”, en el prólogo al libro segundo de *El Capital*. Si Rodbertus —decía en el primero de estos dos pasajes— pudo formular su reproche contra Marx fue, sencillamente, porque “con su limitación localista de horizontes, como buen prusiano”, ignoraba que ya la literatura económica inglesa se había encargado en gran extensión de extraer consecuencias socialistas de la teoría ricardiana del valor, mucho antes de que, en 1842, en su obra primeriza, pudiera él anunciar al mundo su supuesto descubrimiento. Engels trataba de poner de manifiesto aquí, además, que Rodbertus “toma las categorías económicas al buen tuntún, bajo su forma cruda, tradicional, tal como se manifiestan al exterior”, sin pararse a investigar, como lo hace Marx, su contenido. Y, por último, considera aquella variante socialista de la teoría ricardiana del valor, que adjudica a los obreros, como los verdaderos y únicos productores, el rendimiento íntegro del trabajo y que constituye, como es sabido, el pilar fundamental del sistema de Rodbertus, como una insostenible “aplicación de la moral a la economía” en la que jamás habría incurrido Marx. Y en el prólogo al libro segundo de *El Capital*, echando una ojeada general a la historia de la teoría de la plusvalía, hace ver de un modo impresionante cómo Marx ha revolucionado toda la economía partiendo de este problema, mientras que Rodbertus “se ha limitado a redescubrir un lugar común”, razón por la cual no ha dejado la menor huella en el desarrollo ulterior de la teoría.

Engels consideraba muy significativo del grado de decadencia en que se hallaba en Alemania la economía política oficial el que hubiera incluso profesores que desde lo alto de su cátedra acusaban seriamente a Marx de haber tomado de Rodbertus lo que podían leer con sólo abrir los libros de Adam Smith y Ricardo. Y emitía juicios especialmente duros contra los llamados socialistas de cátedra, cada vez más influyentes en las universidades y que creían llegada su hora histórica desde el mensaje imperial de 1881. “Tanto en Inglaterra y los Estados Unidos como en Francia y Alemania”, le escribía a

Vollmar en agosto de 1884, "la presión del movimiento proletario empujó a la gran mayoría de los economistas burgueses hacia el socialismo filantrópico de cátedra y casi todos ellos se dejan llevar de un confuso eclecticismo exento de todo espíritu crítico: es como una masa blanda, elástica y gelatinosa, que puede moldearse para que en él florezcan toda clase de aspiraciones, exactamente lo mismo que la verdadera gelatina es un excelente caldo de cultivo para toda suerte de bacterias. Por lo menos en Alemania, esta papilla discursiva, informe y desmedulada, se hace también ostensible dentro del partido."

La razón de ser de esto trataba Engels de explicársela a Bebel, en 1886: "Las contradicciones reales que el modo de producción engendra se han vuelto tan clamorosas, que ninguna teoría puede ya paliarlas, como no sea ese revoltillo del socialismo de cátedra, que no es ya una teoría, sino una ensalada". En sus cartas al economista ruso Danielson describe también a los socialistas de cátedra que florecen en Alemania como "economistas vulgares de corte filantrópico", que "han descendido al nivel de simples apologistas del socialismo de Estado bismarckiano".

Sin embargo, no metía en el mismo saco a todos los representantes de esta tendencia. A Lexis, por ejemplo, de quien dice que entendía algo de teoría económica, lo tenía por persona capaz e inteligente, mientras que el menosprecio de la teoría por parte de los representantes unilaterales de la escuela histórica era, para él, una prueba de "cuán bajo ha caído la ciencia económica en Alemania". Fuente inagotable de regocijo era, a sus ojos, la machaconería con que Lujo Brentano insistía en la paz social que, según él, era ya una realidad o estaba a punto de llegar a serlo en Inglaterra. Engels hacía mofa de este autor, al decir que "el respeto que el trabajador británico sentía por la posición que ocupaba su patrono y la sumisión y la humildad de sus propias pretensiones" ponían un poco de bálsamo en las heridas que en los sabios de Alemania habían abierto las irremediables tendencias comunistas y revolucionarias de los obreros alemanes. "Pero el señor Brentano quiere que los esclavos asalariados se sientan contentos de su esclavitud, para lo cual se ve obligado a poner por las nubes los benéficos efectos de la protección obrera, las asociaciones profesionales, los remedios de la legislación social y otras cosas por el estilo". Pero ni la protección de las leyes ni la resistencia de los sindicatos —decía Engels en 1891, en un folleto titulado *A propósito de Brentano contra Marx*, en el que trataba de poner fin a una vieja polémica literaria en torno a la supuesta falsificación de una cita por Marx— acabarán con el capitalismo, que engendra incesantemente, una y otra vez, la contradicción entre la clase capitalista y la clase asalariada. La masa de los trabajadores asalariados se halla condenada de por vida a trabajar por un salario y el abismo que se abre entre ellos y los capitalistas se ahondará y ensanchará más y más a medida que la moderna gran industria vaya apoderándose de todas las ramas de producción". "Los socialistas de cátedra —dice sardónicamente Engels en una carta a Kautsky— viven solamente de nuestros desperdicios". Y aunque alguna vez, hacía tiempo, había emitido un juicio muy desdeñoso acerca de Federico List, ahora reconocía que sus obras

eran, a pesar de todo, lo mejor que la literatura económica burguesa alemana había producido.

En la Alemania de aquellos días, en la que los rasgos pequeñoburgueses se acusaban todavía con tanta fuerza, reinaba una verdadera confusión conceptual acerca de lo que debía entenderse por socialismo. Desde que Bismarck se había profesado partidario de la ayuda del Estado, los economistas liberales y profesores y autores de obras de economía no se atrevían ya a condenar estas medidas, como en los años sesenta, cuando por primera vez las preconizara Lassalle, o en los setenta, en que por vez primera trató de fomentarlas la Asociación de política social, pero tendían, sin embargo, a anatematizar como socialismo todo lo que fuera infringir el principio de la iniciativa privada. Bismarck levantó el edificio de los seguros para obreros con la mira de curar de su "odio contra el Estado", mediante beneficios materiales, a las masas proletarias, oprimidas por él en sus derechos cívicos. Y procuró apaciguar a la burguesía solvente en cuanto a los sacrificios monetarios que se le imponían con el argumento de que ello representaba una salvaguardia contra la revolución la cual, caso de triunfar aunque sólo fuera durante un par de meses, devoraría sumas mucho mayores.

El hecho de que el Canciller no implantase también la protección obrera a cargo del Estado, como había hecho con el seguro obrero, no era obstáculo, como no lo era tampoco la ley contra los socialistas, para que la mayoría de los profesores alemanes de economía hicieran saber a la opinión pública de su tiempo que la nueva legislación sobre el seguro de los trabajadores representaba una verdadera revolución en la historia del mundo. En 1877 declaraba Schmoller en la asamblea general de la Asociación de política social: "Que estas medidas serán implantadas en Alemania de un modo más perfecto que en cualquier otro pueblo lo garantizan, a mi modo de ver, dos cosas: el idealismo alemán y la firme estructura del Estado de los Hohenzollern". Y que no dejaba de haber diputados socialdemócratas que saludaran, por lo menos como un prometedor anuncio, lo que para aquel profesor, que con tan poco se contentaba, era ya una realidad irrefutable. El socialismo de Estado lassalleano renacía ahora en el partido, y no encontraba adeptos solamente en los miembros de él que habían hecho su aprendizaje, años atrás, en la Asociación federal de obreros alemanes. ¿Podía Engels contemplar estas manifestaciones sin levantar la voz en contra de ellas?

Hasta el mensaje imperial de 1881, se limitaba a considerar como "un falseamiento puramente interesado de la burguesía manchesteriana" el empeñarse en presentar "como socialismo toda ingerencia del Estado en la libre competencia", "los aranceles protectores, los gremios, el monopolio del tabaco, la estatificación de ciertas ramas industriales, el comercio marítimo, la manufactura real de porcelana". Pero, a partir de aquel momento, sostuvo la conveniencia de que *El socialdemócrata* explicara a los obreros lo que representaba este pretendido socialismo, que era simplemente, de una parte, la reacción feudal y, de otra, un pretexto para estrujar dinero al pueblo y sumar un ejército de trabajadores al disciplinado ejército guerrero y burocrático.

Bernstein, siguiendo esta indicación de Engels, se dedicó a hacer ver a los obreros a partir de ahora, una y otra vez, que el solo hecho de ser antimanchesterianas no quería decir que ciertas medidas fuesen socialistas y que muchas medidas que se proclamaban como reformas sociales no eran en realidad otra cosa que medios para explotar y oprimir más cómodamente a los trabajadores. Paul Singer, que había entrado al Reichstag en 1884 y que enseguida se reveló como uno de los más capaces parlamentarios del partido, visitaba frecuentemente la ciudad de Londres con motivo de sus viajes comerciales. Hablando con Engels, éste no pudo por menos de sentirse impresionado, al apreciar que hasta un hombre tan experimentado como Singer "veía en la estatificación de lo que fuera una medida socialista a medias o preparatoria del socialismo". Y ello contribuyó a que madurara en él la decisión de salir a la palestra contra aquel "extraño socialismo" que hacía furor en Alemania.

Invitado por la redacción de *El socialdemócrata*, proyectó al principio escribir una serie de artículos para reunirlos más tarde en un folleto. La primera parte del estudio se dedicaría a desenmascarar el socialismo bismarckiano y la segunda a pulverizar el socialismo de Estado de Lassalle. Pero la verdad era que Engels no sentía grandes deseos de repetir lo que ya tantas veces había expuesto, en vista de lo cual revocó su promesa algunos meses más tarde, muy convencido de que ya en el partido se veía perfectamente claro acerca de la verdadera significación del "socialismo" asociado al nombre de Bismarck. "La hojilla de Viereck", escribía a Bernstein el 8 de febrero de 1883, "ya no siente la menor inclinación por esa clase de 'socialismo'; la última vez que vi a Singer, quien la vez anterior padecía un fuerte ataque de manía estatificadora, lo encontré ya curado y gozando de buena salud revolucionaria y, al parecer, a los que en el Reichstag padecían de mayor debilidad congénita, los Blos, los Geiser y Cía, les faltan, si no las ganas, por lo menos el valor para ocuparse de estas cosas. No hay, pues, para qué disparar cañonazos contra moscas. Creo que lo mejor es que dejemos que el socialismo bismarckiano se cave él mismo su sepultura".

No cabe duda de que, cuando escribía esto, Engels estaba ya enterado de que el Congreso del partido próximo a celebrarse rechazaría enérgicamente las reformas sociales de Bismarck. No consideraba tampoco necesario ni apremiante volver a criticar ahora los "malos residuos lassalleanos". Y cuando, el 9 de mayo de 1884, Bismarck reconoció ante el Reichstag el derecho "incondicional" al trabajo, Engels comentó la declaración diciendo que la mejor de las tácticas era dejar que "este confusionista" se hundiera hasta el fondo de sus propias palabras, presionándole lo más posible a realizarlas. En una de sus cartas-instrucciones al director de *El socialdemócrata*, trataba de explicar detalladamente el sentido de lo que allí se decía: dentro de la sociedad capitalista, el derecho al trabajo sólo puede realizarse en forma de talleres nacionales, casas de trabajo y colonias obreras. Pero caso de que, indirectamente, implicara la exigencia de transformar el modo de producción existente, ello representaría "un cobarde retroceso, a la vista del estado actual del movimien-

to". En términos parecidos había explicado también Marx la consigna del "derecho al trabajo" en su obra sobre *Las luchas de clases en Francia*.

En el segundo Congreso del partido celebrado bajo la vigencia de la ley contra los socialistas, el reunido en Copenhague en la primavera de 1883, recayeron también acuerdos que Engels no podía por menos de aprobar. Pero antes de que el Congreso rechazara "resueltamente toda transigencia frente a las clases dominantes" y se manifestara en pro "de una conducta firme, intransigente y ajustada a los principios" había sido necesario librar una dura lucha. Las gentes de fuera llegaron a enterarse, por el momento, de cuán enconada había sido la pugna librada en Copenhague entre el ala socialreformista y el ala revolucionaria del Congreso, representada la primera por Kayser, Blos y Geiser y la segunda por Bebel y Vollmar y cuántos esfuerzos hubo de desplegar Liebknecht para paliar las agudas contradicciones que allí se manifestaron. Engels se mostró satisfecho de que "los que se quedaban a mitad de camino hubieran sufrido una amarga derrota". Pero no deseando, como no deseaba todavía, que se produjera una escisión, ¿tenía acaso razón para echarle en cara a Liebknecht que se hubiera esforzado con éxito "en mediar y regatear, para dar largas a una crisis"?

Detrás de las discordias que por aquel entonces sacudían al partido con mayor fuerza de lo que desde fuera cabía imaginarse estaba, en última instancia, el problema de si en Alemania era posible contar con una revolución en un periodo de tiempo más o menos previsible. Bebel, con el que, por el momento, coincidía también Vollmar, respondía afirmativamente a esta pregunta, con la misma convicción con que Blos, Geiser, Rittinghausen y Auer la negaban. "Probablemente todos ellos estén de acuerdo en cuanto al principio, pero no necesito decirte que reviste también una importancia muy esencial el modo en que uno se representa la lucha por los principios. Y, en este punto, no cabe la menor duda de que, entre nuestros parlamentarios especialmente, hay quienes se inclinan a parlamentar y ven con muy malos ojos todo lo que sea una actitud dura, porque no creen en el auge del desarrollo revolucionario. Quien esté convencido de que habrán de pasar, por lo menos, cien años antes de que volvamos a ver una revolución social se conducirá, evidentemente, de otro modo que quien espere que esa revolución se produzca en un plazo previsible".

Las elecciones al Reichstag celebradas en el otoño de 1884 aportaron a la socialdemocracia un aumento de votos y de actas que superó incluso las esperanzas de Engels. "La ley contra los socialistas está liquidada. El estado y la burguesía han salido muy quebrantados ante nosotros": tal era su comentario. "Por vez primera en la historia", escribía a Kautsky, el 8 de noviembre, "existe como poder político real un partido obrero recio y coherente; un poder político cuya existencia y cuyo crecimiento es para los gobiernos y para las viejas clases dominantes algo tan inconcebible y tan misterioso como el avance del cristianismo lo era, en su tiempo, para la Roma de la decadencia". Y en carta a Bernstein, le explicaba en términos parecidos el alcance del éxito obtenido: "Las elecciones de 1884 representan para nosotros lo que el año de 1866

representó para el filisteo alemán. En aquel año, sin poner nada de su parte e incluso contra su voluntad, se vio convertido en una 'gran nación'. Hoy, nos vemos convertidos nosotros, pero gracias a nuestros duros esfuerzos y sacrificios, en un 'gran partido'. *Noblesse oblige*".

Escribiendo a Bebel, celebraba jubilosamente "la tenacidad, la decisión y, sobre todo, el humorismo con que habían sabido conquistar una posición tras otra, echando por tierra todos los ardides, amenazas y violencias del gobierno y de la burguesía." Y, a continuación, escribía las siguientes palabras, muy características de Engels: "Alemania necesitaba apremiantemente recobrar el respeto del mundo: Bismarck y Moltke pudieron hacerse temer, pero el respeto, la verdadera estimación, los que únicamente son capaces de sentir hombres libres y disciplinados ante sí mismos, sólo saben ganárselos nuestros proletarios. La repercusión de estos éxitos sobre Europa y América será enorme". Y en términos muy parecidos volvería a expresarse en carta a Conrado Schmidt, a raíz de la victoriosa batalla electoral de 1890: los éxitos de Bismarck —decía aquí— les habían valido a los alemanes respeto como soldados, pero menoscabando con ello el respeto a que eran acreedores por su carácter personal en cuanto alemanes. Ahora, se había puesto de manifiesto que los burgueses y terratenientes de Alemania no son la nación alemana. "Esta brillante victoria obtenida por los obreros después de diez años de opresión y bajo el imperio de ella ha impresionado al mundo más que las victorias militares de Königrätz y Sedan".

Después del triunfo electoral de 1884, Engels aguardaba, no sin cierta preocupación, a ver qué política adoptaría la nueva fracción parlamentaria de la socialdemocracia. Era muy consciente de que, por el solo hecho de haber votado por vez primera a los socialdemócratas, las grandes ciudades no se habían convertido de golpe y porrazo en fortalezas proletarias como lo eran Sajonia, los distritos industriales de Berg y la ciudad de Berlín, y daba por supuesto que los elementos pequeñoburgueses incrustados entre los dirigentes podían encontrar, aquí y allá, en las masas, el punto de apoyo que hasta ahora les había faltado. "Lo que hasta aquí han sido corrientes reaccionarias individuales", escribía el 11 de noviembre a Bernstein, "puede reproducirse ahora —localmente— como un momento necesario de desarrollo entre las masas".

Y temía también que, ante la nueva situación, en el "ala burguesa de la fracción" parlamentaria, quienes sentían constantemente la necesidad de "hacer ver a las otras clases que no son unos antropófagos", puedan dejar que los liberales les arrebatan, a fuerza de palabras, la totalidad del carácter revolucionario del partido.

Caso de que llegara a producirse en la fracción un enfrentamiento serio, deseaba suministrarle a Bebel, con tiempo, los argumentos históricos necesarios; de ahí que, en carta de 18 de noviembre, recordara a su amigo que el Imperio prusiano-alemán era una creación absolutamente revolucionaria y le hiciera notar expresamente que, en ciertas y determinadas circunstancias, ningún partido puede renegar, sin caer en la mentira, de la resistencia armada.

Al principio, Bebel creía poder calmar los temores de Engels, diciéndole

que el éxito no había hecho perder la cabeza al partido, ni mucho menos. Pero en abril de 1885 comenzó a cambiar el tono de sus cartas. Entretanto, se había producido en el seno de la fracción parlamentaria una crisis cuyo motivo no parecía muy serio, pero que, precisamente por ser tan profundas las discrepancias políticas existentes en el seno de la fracción, amenazaba con escindir al partido, por vez primera desde la unificación de 1875. Hasta qué punto habían llegado a encontrarse las diferencias entre los propios dirigentes lo revela una carta de Liebknecht a Bebel, fechada el 28 de mayo de 1875, en la que se dice, entre otras cosas: "Solamente si nosotros dos nos enfrentamos podrá llegar a producirse una ruptura en el partido. Si, por una minucia como ésta, te empeñas en romper conmigo y dividir al partido, no tendré el menor empacho en lanzarme a la lucha, dejándote a ti toda la responsabilidad".

Solamente en la medida en que Engels se vio arrastrado a él hablaremos aquí del conflicto planteado con motivo de la subvención del Estado a las líneas de vapores alemanes transoceánicos. Como es sabido, el partido socialdemócrata combatía, por razones de principio, la política colonial de Bismarck. Pues bien, a pesar de que el proyecto de ley concediendo dicha subvención guardaba una clara y evidente relación con esta política colonial, como lo ponía de relieve, principalmente, *El socialdemócrata*, la gran mayoría de la fracción parlamentaria socialista, Auer, Frohme, Dietz, Blos, Grillenberger y otros, se mostraba dispuesta, al comienzo, a votar en pro de la subvención a las líneas de vapores que navegaban hacia Australia y el Asia oriental, aunque la negaran a las que aseguraban las comunicaciones con África y Samoa. Alegaban en apoyo de ello el deseo de fomentar el comercio mundial y de que la construcción de nuevos buques en los astilleros alemanes proporcionara posibilidades de trabajo a los obreros, azotados por una larga crisis económica. Pero al cabo, después de mucho discutir, el 23 de marzo de 1885, la fracción votó por unanimidad en contra del proyecto de subvención, en vista de que el gobierno rechazaba las enmiendas propuestas por la socialdemocracia. Por hallarse familiarizado con la vida parlamentaria inglesa, Engels no veía nada extraordinario ni grave en el hecho de que un partido, por razones que consideraba de peso, votara por una vez en contra de algo con lo que tácticamente estaba de acuerdo. El, por su parte, no atribuía una importancia fundamental a aquella disputa que dividía en dos campos a la fracción parlamentaria. Y lo mismo pensaba también Liebknecht, mientras que Bebel, Vollmar y la redacción de *El socialdemócrata* opinaban lo contrario.

Engels habría preferido que la fracción hubiera votado unánimemente, desde el primer momento, en contra de todo lo que fuese autorizar créditos al gobierno de la ley contra los socialistas. Sin embargo, enjuiciaba la táctica seguida por ella en momentos en que el gobierno necesitaba de sus votos, con menos prejuicios que Bebel, con quien en tales casos solía mostrarse de acuerdo. Y no le parecía tan mal como a éste el que Bernstein se viera obligado a dar acogida en *El socialdemócrata* a los escritos y mensajes de ambas tendencias. No consideraba, ni mucho menos, una desgracia el que las masas de electores se

informaran de que había en el partido dos tendencias opuestas, no siempre conciliables. Lo único que le parecía lamentable era que Liebknecht, dejándose llevar "de su acostumbrado afán conciliatorio", asumiera la protección de aquella "canalla de literatos semicultos" que falseaban y mutilaban al partido y trataban de silenciar, en lo posible, el nombre de Marx. Liebknecht —escribía a Bebel, en carta del verano de 1885— era como la gallina que había empollado patos: "Ha querido formar a socialistas 'cultos' y ahí tienes: lo que sale del cascarón son filisteos y pequeñoburgueses, y la buena gallinita trata de demostrar-nos que los que se echan a nadar en las aguas burguesas son polluelos, y no patos".

Se mostraba de acuerdo en las quejas de Bebel de que el parlamentarismo corrompía a los diputados socialdemócratas y de que era difícil forjar una verdadera representación parlamentaria de la clase obrera. Opinaba, en cambio, que si la mayoría de la fracción estaba dispuesta a votar en pro del proyecto del gobierno, debería supeditar su voto a condiciones a que un gobierno como aquél no podría acceder jamás. Bebel tenía miedo a las consecuencias de semejante "regateo" que podría convertir al partido en cómplice de la burguesía y del sistema. Pero Engels les explicó a él y a Liebknecht cómo creía que debería aplicarse aquella táctica.

"El mejor camino, en estos casos en que hay que tomar en consideración los prejuicios pequeñoburgueses de los electores, consiste, a mi juicio, en decir: por razones de principio, estamos en contra; pero, en vista de que exigís de nosotros propuestas positivas y afirmáis que esas cosas favorecen también a los obreros, lo que nosotros negamos, en la medida en que se ventila un beneficio poco más que microscópico, os pedimos que coloquéis a los obreros y los burgueses en pie de igualdad. Por cada millón que, directa o indirectamente, sacáis de los bolsillos de los obreros para regalarlo a la burguesía, debéis regalar a los obreros otro millón".

Y a Liebknecht le decía lo siguiente: "Si se concede a la burguesía el subsidio del Estado, el mismo subsidio del Estado debe asegurarse a los obreros". La fracción, por tanto, debería manifestar al gobierno: "Si nos dais garantías de que las tierras del Estado, en vez de arrendarlas a los arrendatarios ricos o a campesinos que no pueden ganarse la vida sin trabajar como jornaleros, serán entregadas en arriendo a cooperativas obreras y de que las obras públicas se concederán a cooperativas de trabajadores, en vez de entregar las contrata a capitalistas, en este caso haremos lo que de nosotros dependa. En otro caso, ni hablar".

Engels llegaba a opinar que se habría podido aprovechar aquella ocasión para exigir el reconocimiento de los sindicatos como personas jurídicas y su plena libertad de acción. Pero ello habría equivalido, naturalmente, a la derogación de la ley contra los socialistas, que ponía fuera de la legalidad a todas las asociaciones profesionales y a todas las cooperativas. Son todas ellas —añadía— cosas que podrán encauzarse de un día para otro y ponerse en marcha en el transcurso de un año, sin que a ellas se opongan más que la burguesía y el

gobierno. "Pero representan, hoy por hoy, a pesar de todo, medidas importantes, que los trabajadores deberán abordar muy de otro modo que las subvenciones a las empresas navieras, los aranceles protectores, etc". "Si la fracción parlamentaria se decidiera a formular propuestas de este tipo, nadie podría echarles en cara a los diputados socialdemócratas el olvidarse de las necesidades actuales de los obreros por pensar en el futuro".

Cuando, en enero de 1886, volvió a manifestarle Bebel sus dudas acerca de la viabilidad de aquellas ideas, Engels le expresó con entera claridad lo que, en el fondo, pensaba al abogar en pro de semejante táctica. "Tienes toda la razón", le contestó. "Cuando proponemos algo positivo, debemos formular solamente propuestas que sean viables. Pero viables de por sí, aunque el gobierno existente no pueda ponerlas en práctica. Y aún voy más allá: cuando proponemos medidas socialistas, que conducirían (como ocurre en este caso) al derrocamiento de la producción capitalista, formulamos propuestas indudablemente reales, prácticas, pero imposibles para este gobierno". Ningún gobierno de terratenientes o burgueses recurrirá a medios que "marquen al proletariado rural de las provincias del este el camino o le coloquen en la vía de poder acabar con la explotación de los terratenientes y los arrendatarios". Y, sin embargo, la socialdemocracia tiene que llegar precisamente a "llevar a la población al movimiento que tronche por su raíz el régimen que, a fuerza de explotación y atontamiento, le suministra los regimientos sobre los que descansa enteramente Prusia; en una palabra, tenemos que acabar con Prusia desde dentro". Y ya sabemos que cuando este hijo del Rin hablaba de Prusia, siempre que auguraba la destrucción de este "nefasto Estado" entendía por ello el Estado semiabsolutista y semifeudal de los Hohenzollern.

Para formarnos una clara idea de hasta qué punto, en los años ochenta, contaba Engels con la proximidad de una revolución en Alemania, tenemos que volver de nuevo la vista al problema de cómo juzgaba él la poderosa personalidad que por aquellos años descollaba por encima de todo y lo dominaba todo en Alemania y de cómo se representaba el desarrollo que habría de producirse el día en que desapareciera de la escena política el Canciller de Hierro. Ya hemos tenido diversas ocasiones de conocer, incidentalmente, lo que Engels opinaba acerca de Bismarck: en sus cartas a Marx y a otros destinatarios, en sus conversaciones y artículos periodísticos, bajo la impresión de una situación histórica especial, sobre todo bajo la influencia avasalladora de los acontecimientos decisivos producidos en los campos de batalla de Bohemia y Francia. Pero cuando realmente trató Engels de captar históricamente la personalidad de Bismarck, en sus rasgos más acusados, fue cuando, en la segunda mitad de la década del ochenta, se entregó a profundas investigaciones sobre el problema de la relación que en la historia existe entre la violencia y la economía.

Desde los grandiosos éxitos logrados por Bismarck en los comienzos de su carrera, Engels no sintió nunca gran admiración por "esta bestia teóricamente tan irracional y prácticamente tan voluble" y no se dejó contagiar por aquella fiebre de veneración que la historiografía profesional alemana sentía

por Bismarck. Cuando trataba de situar el sistema bismarckiano en el lugar histórico que le correspondía, pensaba siempre, como término de comparación, sobre todo, en el cesarismo de Napoléon III. El sobrino del gran Corso se sentía, a veces, inseguro a la hora de tomar las grandes decisiones, cosa que nunca, según Engels, le había sucedido a Bismarck, a quien "jamás le ha dejado en la estacada su gran fuerza de voluntad". No obstante, y por muy desarrollada que pudiera hallarse su inteligencia en el terreno de la vida práctica, el horizonte visual de Bismarck era más limitado que el de Luis Bonaparte. Por lo menos, el francés, en sus años de vagabundaje, se había asimilado a su manera las "ideas napoleónicas", mientras que el prusiano "no había conocido nunca ni rastro de una idea política propia, sino que se había limitado siempre a barajar y combinar como mejor le parecía las ideas de otros".

"La burguesía le suministraba la meta y Luis Napoleón el camino para llegar a ella; lo único que Bismarck ponía de su parte era la ejecución". De ahí que Bismarck llegara al final de su carrera una vez que hubo cambiado, a su modo, la tarea que otros le habían asignado. En este momento —siendo como era, teóricamente, un necio— se mostró incapaz "de llegar a comprender la situación histórica que él mismo había creado". El secreto de sus primeros grandes éxitos había estribado en ser el primero en dar muestras de tener una voluntad propia, en un país cuyas clases dominantes habían perdido hasta los últimos vestigios de energía. Esto hizo de él el más grande de los hombres para los terratenientes y para la burguesía y el tirano por el cual estaban dispuestos, según ellos mismos decían, contra viento y marea, a saltar por encima de todos los obstáculos. Sin embargo, la "Alemania inculta" no se inclinaba a hacer lo mismo: el pueblo trabajador sí ha demostrado tener una voluntad propia, con la que no puede ni siquiera una voluntad tan poderosa como la de Bismarck.

Para Engels, como para tantos otros historiadores posteriores a él, el mejor período de Bismarck fue el de la Confederación de Alemania del Norte. En aquellos años, habría podido dudarse, a ratos, "de su incapacidad para comprender que en la historia del mundo existen otros poderes y poderes más fuertes que los ejércitos y las maniobras diplomáticas apoyadas en ellos". Su decadencia comenzó cuando, después de la victoria sobre Francia, quiso estrujar "hasta la última gota" de sus éxitos en Prusia. Tan pronto como no pudo ya circunscribirse a ejecutar a su modo el plan que otros le trazaban y se vio obligado a actuar por vez primera como político por cuenta propia, cometió su primer error gigantesco con la anexión de Alsacia-Lorena. Recordemos la posición que Engels adoptaba ante este problema. Aunque valorara en mucho las ventajas estratégicas de la conquista de estos territorios, consideraba, sin embargo, que lo que por este lado se salía ganando no guardaba proporción con "los grandes perjuicios morales que significaba para el joven Imperio alemán el declarar abiertamente y sin tapujos que su principio fundamental era la violencia brutal". Sin embargo, "el terrateniente prusiano metido a Canciller no supo ver esto". Pero, ¿no estaba obligado, por lo menos, a ver las consecuencias políticas que se derivaban de la anexión, al convertir a Francia, por la

fuerza de la necesidad, en el aliado natural de Rusia contra Alemania y, en términos generales, en el aliado natural de cualquier adversario del nuevo Imperio alemán?

Después de la fundación del Imperio, Bismarck habría tenido que "poner de manifiesto qué ideas era capaz de producir su propia cabeza". Pero, al llegar esta hora, falló de medio a medio. Con poco que hubiera sabido ver la situación que tenía delante, habría tenido que comprender que, de todas las clases poseedoras, la burguesía era la única que podía reclamar para sí un futuro y que, por tanto —dejando a un lado a la clase obrera, cuya importancia histórica no podía pedírsele a un hombre como él que comprendiera—, la existencia del nuevo Imperio quedaría tanto más afianzado cuanto más fuera ayudándolo a convertirse, poco a poco, en un Estado burgués.

Por el momento, no era posible ni aconsejable un gobierno parlamentario, que pusiera las riendas del país en manos del Reichstag. No podemos, por tanto, censurarle a Bismarck el que, hasta nueva orden, considerara necesario mantener su dictadura, disfrazada bajo formas parlamentarias. Pero sí tenía que saber claramente con qué fines quería emplearla. "Y, vista así la cosa, apenas podía caber duda de que el único camino por el que se ofrecía una perspectiva de dar una base firme al nuevo Imperio y de asegurarle un desarrollo pacífico interior era el de abrir paso a un estado de cosas que se asemejara a la Constitución inglesa". Si Bismarck se hubiera decidido a dejar que la mayor parte de sus terratenientes, por lo demás insalvables, siguieran caminando hacia su inminente ruina, todavía habría sido posible levantar con el resto y con otros elementos nuevos una clase independiente de grandes terratenientes, a la que la burguesía, poco interesada en ejercer políticamente el poder, hubiera podido confiar su representación en la estructura estatal como su apoyo ornamental.

Por este camino, Bismarck habría encarrilado el nuevo Imperio por una vía por el que le habrían seguido los Estados políticamente mucho más avanzados que él. De este modo, habrían podido sacudirse los últimos restos del feudalismo y de aquella tradición filistea que venía desmoronándose desde la guerra de los treinta años. Y este nuevo Imperio habría podido "mantenerse en pie hasta que llegara el día en que pasaran a mejor vida sus fundadores, no ciertamente juveniles." Al hombre que hubiera sabido realizar los deseos nacionales de la burguesía tenía que haberle resultado tanto más fácil seguir la vía indicada si tenemos en cuenta que él mismo podía haber marcado el ritmo que quería que se imprimiera en el futuro a tan modestas aspiraciones. Lo único que para ello necesitaba era ver claro en cuanto a la meta perseguida. Si su política, a cualquier ritmo que marchara, se hubiera orientado en fin de cuentas, resueltamente, hacia la dominación de la burguesía, no cabe duda de que —siempre y cuando que no fuera ya demasiado tarde— se habría mostrado en consonancia con el desarrollo histórico. En cambio, al proponerse como meta el mantenimiento del viejo Estado prusiano y la gradual prusianización de Alemania, su política era reaccionaria y estaba condenada a fracasar. "Y si se encaminaba

simplemente a mantener en pie el poder de Bismarck, era una política bonapartista y tenía que acabar como acaba siempre el bonapartismo”.

Bismarck, como Engels le reprocha a fines de 1887 o comienzos de 1888, cuando escribió estas páginas, no tuvo el valor necesario para ponerse realmente a la cabeza de la nación o de sus representantes y concederle, como en ese caso habría sido inevitable, plena libertad de prensa, de palabra, de reunión y asociación. Quería que la democracia fuese su servidora, en vez de servirle él. Y, como consecuencia lógica de esto, buscó su puntal de gobierno en el Bundesrat, y no en el Reichstag, no en un organismo de tipo parlamentario, sino en una corporación de consejeros. En vez de confiarse al pueblo, prefirió marchar por sinuosos caminos entre bastidores. “La pequeñez de concepción y la bajeza de puntos de vista que en esto se manifiesta se hallan en perfecta consonancia con el carácter del hombre que conocemos”.

El estudio de que forma parte esta semblanza histórica del fundador del Imperio alemán ha quedado incompleto. Sin embargo, del esquema de plan que se ha conservado entre los papeles de Engels se deduce el resultado a que éste trataba de llegar. El cambio de rumbo que en 1878 se produjo en la política interior se refleja ante todo, para el autor del estudio, en las siguientes concisas fórmulas: “Bismarck se convierte totalmente en un *junker*”, “Política social a la manera de Bonaparte”, “La estafa de la reforma social”. Y el sombrío destino que Engels hubo de pronosticarle al Imperio poco antes de que muriera el primer emperador, se resume aquí en las siguientes frases lapidarias: “Resultado: a) Un régimen que se hundió con la muerte de dos o tres personas: no hay Imperio sin emperador. El proletariado, empujado a la revolución; a la derogación de la ley contra los socialistas; una expansión de la socialdemocracia sin precedente, el caos. b) Como resultado de todo lo anterior, una paz peor que la guerra o tal vez una guerra mundial”.

Engels concedía a la política exterior una influencia decisiva sobre la marcha de las cosas en Alemania. Cifraba, como veremos más adelante, grandes esperanzas en el desarrollo que las cosas tomaran en Rusia. Si allí, como esperaba en los años ochenta, estallaba pronto una revolución, no tardarían en saltar las chispas a la Europa central. En sus cartas, principalmente en las dirigidas a Bebel, que era de todos los dirigentes alemanes el que más convencido estaba de que se armaría pronto la trapatiesta, hablaba con frecuencia de lo que sería y cómo se desarrollaría la futura revolución alemana. Bebel se mostraba muy interesado en que hiciera llegar a los camaradas más viejos que él y que le superaban en conocimientos históricos, militares y económicos, estas ideas acerca de un problema tan decisivo para la historia de Alemania. Un político como él, que personalmente procedía de la democracia burguesa, no alcanzaba a comprender claramente que en el curso de la revolución alemana pudiera la burguesía liberal volver a desempeñar un papel importante, aunque no por mucho tiempo. Engels pensaba de otro modo.

“En un momento así”, aleccionaba a Bebel, en carta de 1 de diciembre de 1884, “toda la masa reaccionaria marcha detrás de la revolución y la robus-

tece: los que antes eran reaccionarios se comportan ahora democráticamente". Lo que con ello quería decir, en realidad, ya se lo había explicado a Bernstein el 12 de junio de 1883. Discrepando de una concepción muy difundida en el partido, Engels consideraba que, a la vista del desarrollo político de Alemania, no era aconsejable, en aquel país, ver en la burguesía simplemente "una masa reaccionaria compacta". "No podremos avanzar", manifestaba, "hasta que una parte de la burguesía por lo menos se vea empujada, por los acontecimientos de dentro o los de fuera, a ponerse al lado del movimiento real. De ahí que estemos ya hartos del régimen que ha venido sosteniendo Bismarck, de ahí que ese señor sólo pueda servirnos provocando un conflicto o dimitiendo y de ahí también que haya llegado la hora de que la ley contra los socialistas sea eliminada por la vía revolucionaria o semirrevolucionaria... Una revolución es un proceso largo y difícil —basta fijarse en los años de 1642 a 1649 y en los de 1789 a 1793— y, para que las condiciones maduren para nosotros y nosotros maduremos para ellas, es necesario que todos los partidos intermedios desfilen por el poder uno tras otro y se desacrediten. Después, llegará nuestro turno, y es posible que también nosotros salgamos, momentáneamente, apaleados".

Esta cuestión le tocaba a Engels tan en lo vivo, que, en agosto de 1883, volvió de nuevo sobre ella, en carta a Bernstein. En ella le decía qué ventaja tan grande les llevaban los franceses a los alemanes, por el hecho de contar ya con la República. "El primer resultado inmediato de la revolución, entre nosotros, en cuanto a la forma, no podrá ser tampoco más que la República burguesa. Pero esto, en Alemania, no pasará de ser una fase breve de transición, ya que, por fortuna, en Alemania no existe ningún partido burgués puramente republicano. La República burguesa, tal vez encabezada por el partido progresista, sólo nos servirá, inicialmente, para atraer a las grandes masas obreras hacia el socialismo revolucionario, cosa que lograremos en un año o dos, y para que se desgaste o desacrediten a fondo todos los partidos intermedios que puedan existir al margen de nosotros. Sólo entonces podremos poner manos a la obra con éxito".

Si el impulso para la revolución alemana no venía de una revolución rusa sólo podía venir —de ello estaba claramente convencido Engels— del ejército. "Un pueblo desarmado", escribía a Bebel, en diciembre de 1884—, "frente al ejército de hoy es, militarmente, una fuerza insignificante. En este caso, si nuestras reservas, los hombres entre los veinte y los veinticinco años, que no votan, pero se adiestran en el manejo de las armas y en la táctica, entraran en acción, podría saltarse la etapa de la democracia pura". Y, un mes antes, había escrito a Bebel: "Tal como están ahora las condiciones militares, no nos lanzaremos mientras tengamos frente a nosotros un poder armado. Podemos esperar hasta que llegue el momento en que el poder armado deje de ser un poder dirigido contra los obreros. Cualquier revolución anterior a este momento, aunque triunfara, no nos llevaría al poder a nosotros, sino que pondría el poder en manos de los burgueses o, en su caso, de los pequeñoburgueses más radicales".

Ya desde muy pronto había pensado este observador, cuya mirada era

tan sagaz para cuanto se relacionara con las condiciones militares del poder, en la posibilidad de que gradualmente se fuera minando la incondicional lealtad de las tropas al emperador, al ir difundándose entre ellas la propaganda de los socialdemócratas, cosa que, según repetía con frecuencia, ningún Bismarck habido o por haber podría impedir. Sin embargo, como buen estratega, que no podía perder de vista ninguno de los giros posibles, no daba tampoco por descartado el que, "empujada por una tormenta europea", la socialdemocracia pudiera subir al poder, en Alemania, "por anticipado", antes de que "los partidos burgueses y pequeñoburgueses demostraran en la realidad y palmariamente su incapacidad para gobernar el país".

El, por su parte, preferiría con mucho "la lenta pero segura marcha de la historia" a un desarrollo prematuro, precipitado, que impusiera antes de tiempo al partido las responsabilidades de gobierno. No temía que, como ya por dos veces había sucedido en Francia, la revolución triunfante en la capital pudiera ser aplastada por las fuerzas retrógradas de la provincia, por una razón: porque en Alemania, según él, el movimiento obrero revolucionario no se extendía por todo el país partiendo de las grandes ciudades, sino arrancando de las zonas de la gran industria, la manufactura y la industria domiciliaria. "La gran ventaja que nosotros tenemos es que, en Alemania, la revolución industrial comienza ahora a ponerse plenamente en marcha, mientras que en Francia y en Inglaterra ha llegado ya, fundamentalmente, a su remate", escribía a Bebel, en diciembre de 1884. "De este modo, hemos logrado una revolución industrial más a fondo, más profunda y geográficamente más amplia y más extendida que la de los otros países, y además con un proletariado perfectamente lozano, intacto, no desmoralizado por las derrotas y, por último —gracias a Marx— con una conciencia más clara que ninguno de nuestros antecesores de cuáles son las causas que mueven el desarrollo económico y político y de las condiciones de la revolución que se avecina. Pero a cambio tenemos la obligación de vencer".

En Inglaterra y en Francia —escribía por los mismos días y sobre el mismo tema a Kautsky— los movimientos políticos o directamente socialistas engendrados durante el período de revolución de la industria —movimientos todavía prematuros— habían fracasado, dejando tras sí una huella de desencanto más que una luz de aliento. El desarrollo burgués-capitalista resultó ser, en aquellos países, más fuerte que la presión revolucionaria de los trabajadores y, como consecuencia de ello, necesitaban ahora un nuevo impulso político para volver a levantarse contra la producción capitalista. Pero más impresionante que los diferentes puntos de vista que Engels destaca en esta ocasión y en otras parecidas es el hecho mismo de que este celoso observador, atento siempre a pulsar todas las posiciones, tanto las del propio partido como las del adversario, aunque no siempre valore certeramente —hay que decirlo— su fuerza respectiva, contara con la futura revolución como con un hecho inevitable, en el apogeo mismo del despliegue de poder del Imperio de la Pequeña Alemania, viendo en el gobernante que la burguesía consideraba como su héroe nacional al hombre llamado a abrirle paso.

En octubre de 1882, Engels había manifestado a Bebel que la ley contra los socialistas se iría al diablo gracias a los acontecimientos que abrirían camino a la revolución y que no tardarían mucho en producirse. Y, como el amigo le pidiera que le aclarara aquella alusión un tanto vaga, le contestó que había querido referirse no solamente a la convocatoria de una Asamblea nacional rusa y a las repercusiones de este hecho en Alemania, sino también a las consecuencias de una sucesión en el trono de Berlín y a la muerte o la dimisión de Bismarck. Ambas cosas iniciarían casi inevitablemente una nueva era, al principio sin duda alguna liberalizante.

Para Engels, era artículo de fe el que Bismarck temía más que a nada en el mundo a la posibilidad de una revolución rusa, entre otras cosas porque estaba seguro de que aquella revolución acarrearía su propia caída. Sin embargo, el solo hecho de que subiera al trono el príncipe de la corona, contaminado de ideas liberales, bastaría, a los ojos de Engels, para poner fin al período de estancamiento político interior que era el signo característico de los últimos tiempos de Bismarck.

"Con el viejo monarca, desaparecerá también la clave de bóveda y toda la artificiosa techumbre se derrumbará", les explicaba a Bernstein y a Bebel. Si se produjera el cambio de monarca, escribía a Bebel el 6 de junio de 1884, los partidos oficiales dejarían de formar un solo bloque reaccionario y volverían a luchar entre sí por la hegemonía política. Y la socialdemocracia necesitaba apremiantemente que esto ocurriera, pues seguía siendo, como en 1848, solamente la oposición del futuro y únicamente llegaría a ser la del presente el día en que el partido burgués más extremista ya no diera nada de sí.

He aquí lo que el 2 de abril de 1885 escribía al viejo Juan Felipe Becker: "El príncipe heredero es un hombre débil e irresoluto, hecho para ser manejado por otros y la princesa una mujer ambiciosa, que tiene su propia camarilla; en una palabra, habrá toda suerte de cambios, que sembrarán la confusión en el viejo orden de cosas, los funcionarios caerán en la perplejidad y los titubeos y la burguesía se verá obligada, por fin, a echar por tierra una parte del viejo tinglado y a desempeñar un papel político. Que vuelva a haber vida en el interior de la vieja casa polvorienta: eso es todo lo que necesitamos. Pero la raída burguesía ha caído tan bajo, que lo que tendría que hacer voluntariamente como clase en su propio interés sólo lo hace a rastras, obligada por las circunstancias que los negocios le imponen. Y mientras el viejo Guillermo viva, no se creará obligada a moverse".

Y, como Bebel volviera a expresar la duda de que pudiera todavía esperarse una iniciativa de la burguesía alemana, Engels le replicó, en octubre de 1886: "No creo que puedas tener de la burguesía alemana peor idea de la que yo mismo tengo. Pero, cabe preguntarse si no se verá obligada en contra de su voluntad, por las circunstancias históricas, a volver a intervenir activamente". Tampoco él perdía de vista en ningún momento que los burgueses estaban dispuestos en todo momento a olvidarse de su propia "fraseología liberal". "De lo que se trata es de saber si podrán hacerlo cuando ya no cuenten

con un Bismarck que gobierne por ellos y sólo tengan enfrente a simplones hidalgüelos y a redomados burócratas, a gentes de su propio calibre moral". Incluso aunque, después del cambio de monarca, siguieran gobernando los mismos hombres que antes, la burguesía se vería obligada, según él, más temprano o más tarde, a actuar. "Un estancamiento como el que actualmente prevalece en la Alemania política —el auténtico segundo Imperio— no puede pasar de ser un estado de excepción pasajero; la gran industria no deja que le dicte sus leyes la cobardía de los industriales, y el desarrollo económico se encarga de provocar siempre conflictos y de agudizarlos, sin consentir que los terratenientes semif feudales le impongan a la larga las veleidades feudales que ellos sienten".

Engels era fervoroso partidario de que, cuando la situación lo exigiera, se sellara una alianza con un partido burgués realmente radical con vistas a abolir los aranceles protectores, a derogar la ley contra los socialistas y a acabar con los mayorazgos y con los demás restos del feudalismo. "Creo que soy lo bastante revolucionario", confesaba el 18 de diciembre de 1889 a Trier, el dirigente del partido dinamarqués, "para no rechazar tampoco en absoluto este medio, siempre y cuando que sea el más ventajoso de todos o el menos peligroso". "Dejando a un lado el problema moral", añadía, consideraba "lícito todo medio conducente a la meta, tanto el más violento como el aparentemente más suave". A condición, naturalmente, de que no se pusiera con ello en tela de juicio el carácter proletario de clase del Partido socialdemócrata. Esto era, para él, en cualesquiera circunstancias, lo fundamental.

Sólo veía, y con razón, un episodio fugaz en los resultados de las elecciones al Reichstag de 21 de febrero de 1887, que representaron, como es sabido, la última gran victoria de Bismarck. No le preocupaba el que hubiera obtenido mayoría en las urnas la candidatura coaligada de conservadores y nacional-liberales. Aunque la socialdemocracia hubiera perdido algunos puestos, daba mucha mayor importancia al hecho de que, a pesar de todo, hubiese aumentado la cifra de votos admitidos a su favor. No podía mostrarse de acuerdo con la interpretación que Singer le daba, el 7 de marzo, a la situación que se le creaba al partido ante los resultados de las elecciones. El parlamentarismo —escribía Engels— no le servía de nada al partido; lo importante era utilizar la tribuna del Reichstag como medio de agitación, aunque la fracción parlamentaria fuera, ahora, menor. Bebel estaba purgando por aquellos días, en el "establecimiento preventivo" de Zwickau la pena que le había sido impuesta en el proceso a Freiberger por asociación conspirativa. Engels encargó a su esposa que hiciera saber al preso cuánto se alegraba de que el partido, y especialmente la fracción parlamentaria, se hubiera sustraído al peligro de caer en el parlamentarismo, y añadía: "Esta falta de precipitación, estos progresos medidos pero seguros e incontenibles, son algo formidable e imponente, que debieran infundir a los gobernantes del momento el mismo sentimiento angustioso que a los prisioneros de la Inquisición en Venecia les inspiraba aquella celda que parecía irse estrechando una pulgada cada día, anunciando inexorablemente la hora en que se verían estrujados entre sus cuatro paredes".

Todo va saliendo a medida de los deseos de la socialdemocracia, informaba el 7 de enero de 1888 a su amigo Sorge, residente en Bélgica: la política de Bismarck se encarga de echar en brazos de la socialdemocracia a montones de obreros y pequeñoburgueses a quienes la lamentable pobreza de la reforma social tan pomposamente anunciada se les va revelando cada vez más claramente como un ingenioso pretexto para adoptar medidas represivas contra el proletariado. Si el viejo Guillermo se decide a morir pronto y el príncipe heredero, irremisiblemente enfermo, muere también, pero alcanza a reinar aunque sólo sea medio año, es probable que todo se vea sumido en la confusión: "Bismarck ha puesto tanto empeño en eliminar totalmente al príncipe de la corona y en dar paso a la regencia del joven Guillermo que, si no logra su propósito, se verá probablemente desplazado y sustituido por un breve e ilusorio régimen liberal. Con lo cual bastaría para que se derrumbara la confianza de los filisteos en la firmeza del gobierno bismarckiano y, aunque más tarde volviera al poder Bismarck, la fe de los filisteos ya no renacería. Los falsos Bonapartes de nuestros días no pintan nada si la gente no cree en ellos y en su invencibilidad. Y aun suponiendo que Bismarck regresara, se sintiera insolente y adoptara medidas todavía más petulantés que las de ahora, las cosas no tardarían en marchar hacia un punto crítico". Y la carta que al día siguiente escribió a Liebknecht expresando las mismas ideas, terminaba con estas palabras: "No me gustaría, ahora, ni una guerra ni una intentona revolucionaria, pues las cosas marchan demasiado bien para apeteecer eso".

Hoy sabemos que el nuevo emperador Federico, mortalmente enfermo, no despidió a Bismarck y que, al subir al trono el 9 de marzo de 1888, no podía iniciar, como se había pensado, ninguna era liberal. Engels llegó a pensar, incluso, que Bismarck y Puttkamer tenían con el nuevo monarca mayor libertad de movimientos que antes. Seguía ateniéndose, sin embargo, a la idea que de antemano se había formado acerca de las consecuencias del cambio de monarca: "Con Guillermo, se ha derrumbado la clave de bóveda del edificio", repetía a Bebel el 12 de abril, "y las resquebrajaduras son muy ostensibles. La política interior revela que Bismarck y Cía se aferran convulsivamente a sus puestos. Y la vuestra no sigue siendo la misma, sino que ha empeorado, precisamente porque Bismarck trata de demostrar que todo sigue como antes. El hecho de que, demostrativamente, se haya excluido a los socialistas de la amnistía, los registros domiciliarios y las persecuciones en masa, los denodados esfuerzos por silenciar a *El socialdemócrata* en Suiza, todo demuestra que Bismarck y Cía sienten vacilar el terreno bajo sus pies".

A juicio de Engels, el emperador, gravemente enfermo, difícilmente podría afrontar una crisis de gobierno, y, por otra parte, a la socialdemocracia no le interesaba que Bismarck dimitiera refunfunando para regresar en triunfo cuatro semanas más tarde, aclamado y sostenido por los filisteos de la coalición: "El sistema bismarckiano está cortado a la medida del hombre y se mantendrá y caerá con él. Nuestro Bonaparte tenía tres cabezas, como el viejo ídolo eslavo-pomeranio Triglav; la cabeza del centro ha desaparecido; de las

otras dos, Moltke es ya demasiado viejo y Bismarck vacila. No le será fácil desentenderse de la reina Victoria, quien ha aprendido de su madre a tratar a los ministros, aunque sean todopoderosos. La vieja seguridad ha desaparecido. La precariedad del terreno que se pisa se manifestará también en la política; en el exterior, planchas y, en el interior, golpes de fuerza a empujones. Y se manifestará también en la decepción de los filisteos ante su propio ídolo y en el embotamiento del servilismo y la actitud tajante de la burocracia, la cual piensa ya ahora en la posibilidad de un cambio, que modificará también el signo de su propio porvenir".

En agosto de 1888, Engels anunciaba como inminente a su viejo amigo residente en los Estados Unidos el estallido del conflicto entre Guillermo II y Bismarck y, en febrero de 1889, añadía: "Los archirreaccionarios, curas y *jun-kers* de la corte hacen cuanto está en sus manos para azuzar al emperador en contra de Bismarck y provocar un conflicto". Tres días antes de la formidable victoria que habrían de dar a la socialdemocracia las elecciones al Reichstag del 20 de febrero de 1890, Engels escribía a Bebel que el joven Guillermo le había parecido desde el primer momento, por su deseo imperioso de acción y por su afán de mando, llamado necesariamente a chocar pronto con Bismarck, la barredera indicada para dar al traste con el sistema aparentemente estable imperante en Alemania y sembrar en todas partes la inseguridad y la confusión. "Sin embargo, no podía esperar que lo hiciera con tal rapidez y de un modo tan brillante como está sucediendo. Es un hombre que vale para nosotros dos veces más de lo que pesa en oro; no tiene por qué temer que nadie atente contra él, pues el pegarle cuatro tiros no sólo sería un crimen sino que sería, además, una insigne estupidez. En caso necesario, tendríamos que ponerle nosotros una guardia para protegerle de cualquier necesidad de los anarquistas".

Engels expresaba aquí la conjetura de que tal vez Bismarck diera rienda suelta "al joven" para que este se metiera en líos y tuviera él que sacarle del aprieto y asegurarle luego contra el peligro de volver a las andadas. "De ahí que Bismarck desee tener un Reichstag lo peor posible, para poder disolverlo enseguida y apelar de nuevo al miedo de los filisteos ante la amenaza del movimiento obrero". Pero, si así piensa, el Canciller olvida una cosa, y es que desde el momento mismo en que se percatara de la falta de unidad que media entre él y el emperador, este mismo filisteo se convertiría en algo incalculable. Ya no podría volver a creer en Guillermito, después de verle hacer cosas consideradas por él como necias travesuras, pero no creería tampoco en Bismarck, convencido de que su omnipotencia se ha ido al foso: "Dada la cobardía de que nuestra burguesía hace gala, no es fácil decir qué saldrá de esta confusión. Pero lo que sí puede asegurarse es que el viejo estado de cosas se ha acabado para siempre y que nadie podrá restaurarlo, pues sería como querer restaurar una especie animal extinguida".

El único temor que Engels abrigaba en vísperas de las elecciones al Reichstag era que el partido obtuviera más actas de las que le convenía obtener. Y cuando el aumento de votos alcanzado rebasó incluso sus más ambiciosas

esperanzas, impresionado sobre todo por los éxitos obtenidos en distritos electorales dominados todavía enteramente por la población rural, escribía a Liebknecht: "En tres años más, contaremos con los trabajadores del campo y, con ellos, nos ganaremos a los regimientos fundamentales del ejército prusiano. Para evitarlo, sólo existe un medio, y el empleo implacable de este medio es el único punto en que todavía están de acuerdo Guillermito y Bismarck: una granizada de balas, combinada con un terror feroz. Para llegar a ello, se valdrán de todos los pretextos".

Engels se sentía fascinado por la idea de que, en adelante, se vería amenazada por la socialdemocracia la fuente más importante de reclutamiento con que contaba la socialdemocracia. También a Sorge le habla, el 12 de abril, de la cercana perspectiva de arrastrar pronto al movimiento al proletariado rural de las provincias de la Prusia oriental, lo que equivale a atraer a él a los soldados de los "regimientos fundamentales": "Cuando eso ocurra, se vendrá por tierra todo el estado de cosas anterior y el gobierno pasará a nosotros". Lo que no quería decir, ni mucho menos, que Engels creyera que la victoria se hallaba ya al alcance de la mano y que el futuro pudiese conquistarse sin lucha. He aquí, en efecto, lo que dice a continuación: "Pero los generales prusianos tendrían que ser todavía más brutos de lo que yo los juzgo si no supiesen esto tan bien como nosotros y es natural, por tanto, que ardan en deseos de salir al paso del peligro, durante algún tiempo, por medio de una escarmentadora rociada de balas. Razón de más, por tanto, para mantener una conducta cautelosa".

Y Engels no desdeñaba tampoco, en aquellos momentos, al generalato prusiano y sus manejos. Hoy sabemos que, a los dos días de las elecciones, el jefe del Estado mayor, conde de Waldersee, sólo esperaba la salvación de un golpe de Estado, en el que estaba "dispuesto muy de buen grado a colaborar". Si la lucha, como este general político creía ver cada vez con mayor claridad en el transcurso de los años, era inevitable, la monarquía no saldría ganando nada con dar largas al asunto. Waldersee coincidía en un todo con Engels, al escribir más tarde en su *Diario*: "La segunda generación de la familia socialdemócrata inscribirá ya en sus banderas las ideas de la revolución". Pero, como Engels sabía, al igual que Waldersee, que el tiempo trabajaba a favor de la socialdemocracia, hacía todo lo posible por evitar que el partido diera al gobierno el menor pretexto para echar mano de las armas. "No debemos dejarnos inducir a error en nuestra marcha triunfal", escribía a Liebknecht por aquellos días, "echando a perder nuestro propio juego e impidiendo que nuestros enemigos trabajen a favor nuestro".

En abril de 1888, la constante presión del gobierno alemán sobre las autoridades de aquel país consiguió, por fin, que *El socialdemócrata* fuese desahuciado de Suiza. En vista de que Bélgica le cerraba sus fronteras, al órgano de la socialdemocracia militante no le quedaba más opción que establecerse en Inglaterra. Desde junio de aquel año, el periódico se publicaba en Londres, bajo la dirección de Bernstein y la supervisión de Engels, cuya influencia directa y constante se acusaba, sobre todo, en las cuestiones de política internacio-

nal. Para festejar el resonante triunfo obtenido en las elecciones al Reichstag, se publicó un número especial, impreso en estridente papel rojo. En él se formulaba Engels la pregunta "¿Y ahora, qué?", a la que daba la siguiente respuesta: el 20 de febrero significa el principio del fin de la era bismarckiana. La coalición gubernamental, esa "alianza entre los *junkers* y los magnates del dinero para explotar a las masas del pueblo alemán", ha quedado irremisiblemente aplastada; solamente mediante un golpe de fuerza sería posible echarle un remiendo, condenado, por otra parte, a durar poco. Y Engels repetía aquí lo que ya antes había escrito a Bebel: "El hombre en quien creen los filisteos ya no tiene el poder y en quien ahora lo tiene no pueden creer los filisteos. La vieja fe en la eternidad del orden jurídico interior instaurado en 1871 ha desaparecido y no hay poder en la tierra capaz de restaurarla".

Un golpe de Estado haría saltar el Imperio. Lo único que podría salvar al gobierno sería "una insurrección provocada por su brutalidad, reprimida con una brutalidad dos o tres veces todavía mayor, el estado de sitio general y nuevas elecciones convocadas bajo el terror. Tampoco esto le daría al gobierno más que un plazo de dos o tres años con el agua al cuello. Pero es el único medio, y tenemos razones sobradas para saber que Bismarck es de esos hombres para quienes los medios son buenos".

Engels no se hacía ninguna clase de ilusiones acerca de todo lo que había de elemental y primitivo en el carácter del *junker*-Canciller, y ello era precisamente lo que le inspiraba el temor de que el partido, cuya fuerza crecía "con el impulso irresistible de un proceso de la naturaleza", se dejara arrastrar a la imprudencia, ofreciendo con ello una tabla de salvación a Bismarck, en una situación que parecía ya insalvable. Y, en realidad, formulaba una advertencia nacida precisamente de aquella preocupación cuando, aparentemente seguro de la victoria, exclamaba: "Jamás ni por ningún concepto se deberá, mientras no suene la hora del ataque, llegar a esa situación, con un partido tan bien adiestrado como el nuestro por la ley contra los socialistas, y que cuenta en sus filas con soldados tan veteranos entre los cuales hay muchos que han aprendido a permanecer impasibles bajo las balas, con el fusil al pie". Al apelar al sentido de la disciplina de las masas obreras alemanas, que tanto quería y a las que, precisamente por su disciplina, tanto admiraba, al "General" —como habían empujado a llamarle Jenny Marx y sus hijas, por sus grandes conocimientos en materia de guerra— le venían a la pluma, involuntariamente, los símiles tomados de la vida militar.

La caída de Bismarck se produjo antes de lo que el más sagaz de sus adversarios hubiera podido esperar. Dándose cuenta de que la ley contra los socialistas, bajo la forma en que regía, había fallado totalmente y convencido de que la "socialdemocracia representaba, en medida todavía mayor que el extranjero en el momento actual, un peligro de guerra para la monarquía y el Estado y de que éste debía enfrentarla como un poder bélico interior, y no como un problema jurídico", el viejo Canciller se había decidido a abandonar el arma que él mismo había forjado y que ya no era posible afilar más. La ley

de excepción dejaría, por tanto, de regir el 1 de octubre de 1890, con lo cual no tenía ya razón de ser la existencia de un órgano de prensa del partido en el extranjero. El número de despedida de *El socialdemócrata* era todo él, de la cabeza a los pies, un himno a la victoria. En él figuraban también estas palabras jubilosas de Engels: "El poderoso Imperio alemán ha echado mano de todos los medios de poder de que disponía en contra nuestra. Pero el partido se ha burlado de ellos, hasta que, por fin, el Imperio alemán no ha tenido más remedio que arriar su bandera ante la nuestra victoriosa".

El día en que Guillermo II, el nuevo emperador, separó de su cargo a Bismarck para ser él su propio Canciller, se abrió en Alemania, con la derogación de la ley contra los socialistas, una nueva época para el movimiento político obrero. Engels supo ver que esta nueva época no llevaría al pueblo alemán, como jactanciosamente anunciaba Guillermo II, hacia un futuro glorioso. Sus sombrías predicciones se resumían en esta frase: "Lo mismo si Creso cruza el Halys que si Guillermo atraviesa el Rin, destruye, al hacerlo, un gran imperio".



CAPITULO XI

DE LA PRIMERA A LA SEGUNDA INTERNACIONAL

El movimiento político obrero en Francia, Inglaterra,
Estados Unidos, Italia y Austria.
El socialismo ruso: *narodniki* y marxistas.

De las cenizas teñidas en sangre de la Comuna de París se había alzado una columna de fuego que, a lo largo de varias décadas, iluminó el camino de los trabajadores en el resto de Europa. No había ocurrido lo mismo, sin embargo, en la propia Francia. La trágica sangría de mayo de 1871 había matado la iniciativa revolucionaria del proletariado francés, del que ya, desde entonces, no volvería a partir un impulso revolucionario-proletario que se extendiera por Europa.

Como Marx había previsto con mucha anticipación, el centro de gravedad del movimiento político obrero de Europa se desplazó ahora por largo tiempo a Alemania, país que había alcanzado, por fin, su unidad política. Durante el período transcurrido entre la guerra franco-alemana y la primera guerra mundial, los partidos obreros de toda Europa volvían la vista con admiración, y no pocas veces recababan su ayuda, al **Partido socialdemócrata** alemán, que se atrevía a desafiar al estadista más temido de toda Europa.

Aquellos partidos se hallaban todavía en formación y padecían aún las enfermedades habituales de la infancia, mientras que la socialdemocracia alemana avanzaba ya de victoria en victoria. El hecho de que ya en los días de la primera Internacional marchara por el camino hacia la consecución de metas políticodemocráticas la había inoculado contra el contagio de la lucha en pro o en contra de la acción política, que había desgarrado a la Internacional de los trabajadores. Y cuanto mayores eran los éxitos que los socialdemócratas alemanes alcanzaban con este método de lucha empleado por ellos antes que por nadie, con mayor rapidez y mayor fuerza se extendía en los otros países la convicción de que el arma más segura para llevar al movimiento obrero a la victoria era el seguido en Alemania: la labor de agitación legal en la prensa, en los mítines y en las asociaciones, en las elecciones y en el parlamento. Y el ejemplo alemán se propagaba también al desarrollo del partido en aquellos países en, que, bajo la influencia de Bakunin, más se desconfiaba de la actuación política del prole-

tariado, sobre todo cuando se vio que las fuerzas organizadas del Estado eran capaces de apagar fácilmente, en todas partes, los pequeños incendios revolucionarios que se producían en aquellos países durante las décadas del setenta y del ochenta.

Engels, que había luchado contra los bakuninistas en la primera línea del combate, tenía necesariamente que saludar con especial satisfacción, andando los años, todos los hechos reveladores de que la fuerza de atracción de las ideas anarquistas había ido declinando constantemente. La conducta seguida por él y por Marx antes del Congreso de La Haya, durante él y en años posteriores, había suscitado muchas críticas, pero la trayectoria que las cosas siguieron parecía justificar, ahora, aquella actitud. Habían desaparecido del horizonte los periódicos que servían de órganos a la Contrainternacional que en 1872 se había mantenido en pie en Europa, y en ello veía Engels un signo bastante claro de que aquella organización, sostenida por los anarquistas, estaba en el ocaso. Poco a poco —decía a Liebknecht el 27 de enero de 1874—, esa prensa "sectaria" irá viéndose desplazada por otra mejor. Y no le sorprendió en lo más mínimo saber que su amigo Sorge, cansado ya de contemplar la existencia puramente ficticia que la Asociación internacional de trabajadores llevaba en los Estados Unidos, se retirara de ella. Cuando el Consejo general, en el verano de 1876, acordó oficialmente aplazar sus reuniones "por tiempo indefinido" vio en aquel acuerdo, con razón, el "acta de defunción de la primera Internacional", que había cumplido ya con su misión.

Por aquellos días, MacDonnell, quien había representado a Irlanda en el Consejo general de Londres, fundaba en Nueva York un periódico destinado a mantener en los Estados Unidos las tradiciones de la Internacional. Engels no se creía con derecho a negarle a este leal camarada de luchas la colaboración que le pedía para su *Labor Standard* y le entregó una serie de artículos bajo el título de "Los obreros de Europa, en 1877". En ellos nos ha dejado un testimonio de cómo veía él, o cómo, por lo menos, quería que se viese, la marcha del movimiento obrero europeo durante aquellos años.

A su juicio, este movimiento "no sólo progresaba favorablemente, sino que avanzaba, además, muy aprisa", y recordando los encuentros todavía muy recientes entre las diversas tendencias, señalaba como algo muy digno de ser tomado en cuenta el que el movimiento obrero se hallaba inspirado en todas partes por el mismo espíritu. No sabemos si, con este juicio, trataba de adelantarse o se adelantaba algo al desarrollo que habrían de tomar las cosas, pero no cabe duda de que era legítima su satisfacción, cuando manifestaba, en uno de estos artículos: "Se ha restablecido una coincidencia total y, con ella, de una u otra manera, un intercambio regular y permanente entre los trabajadores de los diversos países". Y añadía: "Los hombres que en 1864 fundaron la Asociación internacional de trabajadores y mantuvieron en alto sus banderas durante los años de lucha, primero contra los enemigos de fuera y luego contra los de dentro, hasta que la presión de la política más aún que sus propios errores los llevaron a la ruptura y a un aparente repliegue, pueden ahora proclamar orgullo-

samente que la Internacional ha cumplido su misión y ha alcanzado su gran meta: agrupar al proletariado del mundo entero en la lucha contra sus opresores”.

A partir del momento en que el centro de gravitación de las luchas proletarias eran los partidos existentes en los diferentes Estados, se consideraba evidente que cada uno de ellos se ocupara, ante todo y sobre todo, de los problemas planteados por la política interior de cada país, que acusaba en todas partes características especiales. A un Lassalle no habría necesitado demostrarle nadie que el nacimiento de partidos obreros dentro de las fronteras nacionales representaba una fase histórica de desarrollo que no era posible saltar y que la lucha por el poder dentro de cada país constituía la premisa y, al mismo tiempo, el límite de toda acción proletaria internacional. También Schweitzer se había dejado guiar por esta convicción en la política seguida por él ante la Asociación internacional de trabajadores, política a la que, en la práctica, tampoco había podido negarse totalmente Liebknecht, su gran contrincante. Ahora, también Engels pensaba así. Tanto Marx como él habían desdeñado este punto de vista al tratar de elevar de pronto el movimiento obrero de los Estados socialmente poco desarrollados al nivel de los Estados industriales de mayor desarrollo. Y, en la lucha mantenida por el poder en el seno de la Internacional, había sido este error precisamente el que más había contribuido a su derrota.

Que Engels había aprendido aquella enseñanza lo revela el que, hacia fines de 1876, Juan Felipe Becker, su viejo camarada de luchas en la campaña armada por la Constitución del año 1849, quien ahora residía en Ginebra, le propusiera resucitar la Internacional, pero no a la manera anterior, sino como una federación de los partidos nacionales existentes, es decir, como lo que más tarde sería la segunda Internacional. Engels se negó en redondo, por entender que la existencia de cada partido dentro de su ámbito nacional era, ahora, más importante que su incorporación formal a una asociación internacional.

Su negativa no fue ya tan tajante cuando, cinco años más tarde, Becker le reiteró la misma sugestión. No creía que hubiera llegado todavía la hora de revivir la Internacional, pero le parecía que esa hora iba acercándose. En su respuesta al amigo, el 10 de febrero de 1882, le decía que, en Alemania, Austria, Hungría, Italia y España se interponían todavía muchos escollos policíacos, que en Francia no acababa de atenuarse la discordia en el seno del movimiento obrero, que en Inglaterra no se advertían indicios que anunciaran el renacer de las tradiciones cartistas y que, en una nueva Internacional, desempeñarían todavía un papel excesivo los elementos de la emigración. Los holandeses, portugueses y dinamarqueses no mejoraban el cuadro de la situación, y con los serbios y los rumanos valía más no meterse. Por lo demás, la Internacional seguía existiendo, de hecho. En los casos en que eran necesarios y eficaces los contactos entre los trabajadores revolucionarios de todos los países, éstos se establecían siempre. Cada periódico socialdemócrata actuaba como centro internacional. De Ginebra, Zurich, Londres, París, Bruselas y Milán partían los hilos que se entrecruzaban en todas direcciones, y él no estaba realmente seguro de que,

en aquellos momentos, la agrupación de estos pequeños centros en torno a un gran centro fundamental del movimiento pudiera infundir a éste nuevas energías. Ahora bien, si se tratara de agrupar las fuerzas en un momento determinado, no creía que ello requiriera una larga preparación. "Pero precisamente por ello debemos reservarnos manifestaciones de este tipo hasta que llegue la hora en que puedan ser verdaderamente operantes, es decir, en que las provoquen los movimientos europeos. De otro modo, se malograrán los efectos para el futuro y se descargarán golpes al aire".

Engels y Marx se manifestaban ya en aquel entonces convencidos de que los movimientos a que se referían se estaban preparando en Rusia y repercutirían en Alemania: "Entonces, habrá llegado también el momento de hacer una gran afirmación y de poner en pie una Internacional oficial, en toda forma, que, precisamente por ello, no podrá ser ya una sociedad de propaganda, sino solamente una sociedad para la acción. De ahí que no seamos partidarios de debilitar un medio de lucha tan formidable, disparándolo y malgastándolo en un período todavía relativamente tranquilo, sino reservándolo para la víspera misma de la revolución". Engels habla aquí también en nombre de Marx. Esto sucedía en 1882 y aún seguían los dos amigos, en estrecha compenetración, el desarrollo del proletariado en todos los países del mundo. Al año siguiente, muerto Marx, los numerosos hilos de que Engels le hablaba a Becker iban confluyendo todos al cuarto de trabajo en donde se encontraba él solo.

Para poder apreciar lo que la personalidad de Engels representó en el desarrollo del movimiento obrero europeo desde la desaparición de la primera Internacional y especialmente desde la muerte de Marx, es necesario detenerse a examinar un poco de cerca sus relaciones con el auge y la trayectoria de los partidos socialistas, por lo menos en las naciones más importantes. Ambos amigos habían considerado siempre como la tarea específica que a ellos les incumbía el enfocar el desarrollo del movimiento obrero europeo en la más estrecha conexión con los acontecimientos de la política internacional y con el despliegue de las fuerzas productivas en toda la tierra. Pero ellos, como emigrados políticos, no se hallaban afiliados al partido de un determinado país. Cuando, sin ostentar puesto oficial alguno, se esforzaban por influir decisivamente sobre el desarrollo del socialismo en los diferentes pueblos, permanecieron siempre conscientes, en base a las experiencias de las etapas anteriores, de que tenían que cumplir este cometido que se asignaban a sí mismos con el mayor tacto y la mayor prudencia.

De qué manera concebía Engels esta misión se lo explicaba, poco tiempo antes de la muerte de Marx, a Eduardo Bernstein, quien, bajo la vigencia de la ley contra los socialistas, dirigía en Zurich el órgano oficial del partido alemán. "Marx", escribía a Bernstein en octubre de 1881, "ha sabido conquistarse, con su labor teórica y práctica, el puesto que hoy ocupa y la confianza plena que los mejores hombres de todos los movimientos obreros, en los diferentes países, depositan en él. Buscan su consejo en los momentos decisivos y, por lo general, se convencen de que este consejo es el mejor. Esta posición la ocupa Marx en

Alemania, en Francia y en Rusia, para no hablar de los países menos importantes. No es, pues, Marx quien impone a estas gentes su opinión, y menos aún su voluntad, sino que son ellos mismos quienes recurren a él". Esta era la relación que Marx, "y en segundo término él mismo", sostenían con los movimientos de todos los países: "Mantenemos constante contacto con ellos, cuando vale la pena y se presenta la ocasión, pero cualquier intento de influir en la gente en contra de su voluntad no haría más que perjudicarnos y destruir la vieja confianza creada en los tiempos de la Internacional. Y tenemos demasiadas experiencias en materia revolucionaria para incurrir en ese error".

Por eso Engels adoptaba una reserva absoluta con respecto a los movimientos obreros de los distintos países, cuando se trataba de cuestiones meramente prácticas; no se apresuraba a dar consejos, pero tampoco los negaba cuando se los pedían. En lo sucesivo, consideraba que su verdadera misión consistía en mantener indemne la teoría en quienes ya decían profesarla y en laborar por difundirla allí donde se presentaba la oportunidad de hacerlo. Su cometido, tal como él lo veía, estribaba en seguir con la mayor minuciosidad el movimiento de los diferentes países desde su plataforma teórica de Londres y en suministrar a quienes le consultaban, sobre todo a los dirigentes de los partidos continentales, sus opiniones y sus consejos, basados en el rico acervo de la experiencia que Marx y él habían acumulado a lo largo de los decenios.

Y en esta tarea, seguía viendo ante él la misma meta que, en su enfrentamiento con Bakunin, había querido alcanzar por medios demasiado directos y demasiado mecánicos: el ganar al movimiento obrero del mundo para aquellas ideas teóricas, aquellos fines prácticos y aquellas vías tácticas que Marx y él consideraban como las únicas que podían conducir a la emancipación del proletariado. El antagonismo entre las clases y, con él, la misma existencia de éstas sólo podrían desterrarse cuando la clase obrera, en todos los países, tomara en sus propias manos la realización de su destino, cuando, sobre la base de la lucha de clases, se constituyera y organizara un partido político independiente. Tal era la premisa fundamental de que arrancaban todos los consejos que Engels daba a los partidos de los diferentes países.

Aunque podía advertirse cierta tendencia a la nivelación en la marcha de los diversos partidos hacia esa meta, no cabe duda de que el movimiento obrero, en los diversos Estados de Europa, era todavía, durante los años setenta y ochenta, bastante heterogéneo y multiforme. Cuando se recababa su consejo Engels veíase, por ello, casi siempre ante problemas de muy distinta índole y sólo la amplitud de horizontes y la firmeza de su concepción de la historia le permitían encontrar la brújula con ayuda de la cual podía, a pesar de todo, confiar en hallar el derrotero indicado para todas aquellas naves tan diversas.

Ya hemos tenido ocasión de observar de cerca la conducta seguida por él con respecto al movimiento obrero alemán. Sabemos cuáles eran las tendencias que propiciaba y las que no deseaba que prevalecieran. Y cuando quería pelear en el terreno de los principios, se sentía más autorizado para hacerlo tratándose de alemanes y, puesto en el trance de criticar, se expresaba con menos reservas

que en el caso de otros partidos. Por lo demás, Alemania era, por el momento, el único país en el que existía un partido que reconocía los principios proclamados por los autores del *Manifiesto comunista* para el movimiento en su conjunto y que manifestaba, por lo menos, el deseo de hacer suyo su programa.

En Francia, las cosas eran mucho más difíciles para Marx y Engels. Ya antes de que ellos aparecieran existía en aquel país una rica tradición socialista que había imbuido a los obreros un "socialismo ecléctico de término medio", y la simiente de sus doctrinas caía por tanto, allí, en un terreno ya muy abonado. Engels opinaba, sin embargo, que la Comuna había enterrado a este viejo socialismo específicamente francés y que también en Francia pertenecía el futuro al nuevo comunismo internacional sustentado por Marx y por él. Sin embargo, la trayectoria de las siguientes décadas no resultó ser tan rectilínea como él esperaba o de lo que su impaciencia revolucionaria habría querido.

Mientras la tercera República no se consolidara, mientras las severas leyes dictadas después de la insurrección de la Comuna siguieran impidiendo a la clase obrera organizarse en partido político, Engels consideraba que era aconsejable que la organización de los trabajadores, con toda la fuerza de que dispusiera, se empeñase por salvaguardar a la República contra el asalto de los partidos monárquicos. Era necesario que el proletariado no se viera obligado una vez más a derramar su sangre simplemente por la implantación de un régimen político; lo que le permitiría prepararse para la lucha definitiva por su emancipación. Por esta razón era inevitable, a juicio de Engels, que los socialistas, durante la mayor parte de la década del setenta, se limitaran a "marchar a la zaga de los republicanos y radicales burgueses" y apoyaran al único partido que, al llegar al poder, se vería obligado a restaurar el derecho de reunión y asociación y la libertad de prensa.

En vista de que Liebknecht, que, por el momento, dirigía de un modo poco menos que exclusivo la política exterior de la socialdemocracia alemana, no se avenía a reconocer esto, Engels le explicó, el 2 de julio de 1875, lo importante que era para el socialismo el "que, por fin, cesara la lucha por la forma de gobierno, que en Francia no tenía sentido alguno, y se reconociera la República como lo que realmente es: la forma clásica de la dominación burguesa y, al mismo tiempo, la del camino hacia su disolución".

Pensando así, tuvo que ser para él una gran satisfacción el que las elecciones del otoño del mismo año dieran a los republicanos, por vez primera, una mayoría en la Cámara de diputados. Esto demostraba, en efecto, que la masa de la población campesina se inclinaba, por fin, hacia el republicanismo y que la restauración monárquica no contaba ya con probabilidades de éxito, de donde podía deducirse, además, que los trabajadores urbanos y los propietarios pequeños burgueses, cuyo endeudamiento pintaba Engels bajo los más sombríos colores, podrían llegar a entenderse políticamente. Y que, cuando esa hora llegara, los futuros triunfos del proletariado de las grandes ciudades no conducirían ya, como hasta entonces, a fugaces victorias de París sobre Francia, sino al triunfo definitivo de todas las clases oprimidas del país.

De los distintos grupos revolucionarios franceses que habían actuado en la emigración, los únicos con los que Marx habían podido llegar a entenderse, por lo menos temporalmente, eran los blanquistas. Y, aunque ambos repudiaran su táctica golpista y sus pretensiones a la primogenitura revolucionaria de Francia, considerada como el pueblo elegido, veían en ellos, como herederos de los jacobinos, a los adversarios decididos del prudhonismo y de las demás tendencias inclinadas a menospreciar la acción política. Su desavenencia con ellos en el congreso de La Haya no fue obstáculo para que Engels, en 1874, desde las columnas de *El Estado del pueblo*, tributara su reconocimiento al grupo londinense de los blanquistas por un manifiesto en el que, como aquí se hacía notar, los trabajadores franceses se manifestaban por vez primera en pro del moderno comunismo alemán. El autor de aquel documento era Vaillant, a quien Engels extendía en dicho comentario el testimonio expreso de ser un profundo conocedor de la literatura socialista alemana.

Pero, en cuanto a la proclamación y difusión de sus doctrinas en Francia, Marx y Engels cifraban aún mayores esperanzas que en Vaillant, quien sólo condicionalmente se manifestaba favorable a ellos, en otros dos hombres que, por aquel entonces, marchaban de acuerdo para llevar al proletariado de su país las ideas del *Manifiesto comunista*: Lafargue, el yerno de Marx, y Julio Guesde, antiguo anarquista, convertido después en el más fervoroso y eficaz paladín del marxismo en Francia.

La victoria electoral republicana del otoño de 1877, al abrir a plazo más o menos corto la posibilidad de una amnistía para los emigrados políticos, sentaba las premisas para la fundación de un partido socialista francés inspirado en el ejemplo del alemán. Tal era el objetivo que Guesde se trazaba, en efecto, al lanzar, en noviembre de 1877, el periódico titulado *L'Egalité*.

Pero, al crearse las condiciones para una labor de agitación dentro del país, aparecieron también en la palestra otras tendencias socialistas. Poco después de *L'Egalité*, comenzó a publicarse *Le Proletaire*, desde cuyas columnas dos antiguos bakuninistas, Pablo Brousse y Benito Malon oponían a los "portavoces de Marx", Guesde y Lafargue, y a su "comunismo utópico" la "política de lo posible", enfrentando a las doctrinas importadas del extranjero un posibilismo nativo. Según su parecer, el socialismo sólo podría realizarse siempre y cuando se tuvieran en cuenta las penurias cotidianas de los trabajadores y la pequeñoburguesía.

Engels rechazaba las ideas eclécticas y el "estrechísimo antiintelectualismo weitlingiano" de este grupo y manifestó su decidida simpatía por *L'Egalité*, aunque se viera con frecuencia obligado a criticar la táctica seguida por sus editores. En 1881, viéndose este periódico de los marxistas franceses en apuros financieros, Lafargue recurrió a Höchberg, que era en aquel tiempo el mecenas de la socialdemocracia alemana. Bernstein consultó a Engels por encargo de Höchberg acerca de aquella petición de ayuda y recibió la respuesta de que los franceses tenían que aprender de una vez a arreglárselas con sus propios recursos. Con este motivo, Engels informó al director del órgano oficial

del partido alemán de las querellas que se ventilaban entre los dos grupos de partido franceses. Su opinión acerca de Brousse y Malon era muy mala y elogiaba a Guesde como "la cabeza, con mucha diferencia más clara", entre los parisinos.

Por lo demás, Marx y Engels no llegaron a sostener correspondencia directa con Julio Guesde. Y tampoco lo necesitaban, puesto que podían informarse en todo momento acerca de Guesde por su hombre de confianza, que era Lafargue, aunque aquél, según afirmaba Engels, llevado de su exagerada sed de acción, nacida de una excitabilidad enfermiza, no le hacía mucho caso.

Pero, cuando se planteó la necesidad de redactar un proyecto de programa para el partido obrero francés que se trataba de fundar, Guesde creyó oportuno escuchar personalmente la opinión de los dos dirigentes alemanes. La importante entrevista, a la que asistió también Lafargue, en la que Guesde no quiso que estuviera presente Brousse y a la que permaneció ajeno Malon, quien reclamó, para asistir a la reunión, una invitación escrita de Marx, que éste no le envió, se celebró en el despacho de Engels.

Dicha entrevista permitió a Marx y Engels, por vez primera, ejercer una influencia directa y de efectos perdurables sobre el pensamiento del proletariado francés. Primeramente, Marx dictó a Guesde los considerandos del proyecto de programa, para que él los escribiera; luego, se pasó a discutir el contenido del proyecto. "Nosotros introdujimos algunas cosas y quitamos otras", informaba Engels a Bernstein, comentando la memorable entrevista con Guesde. Este, aunque reconocía que "teóricamente, era un absurdo", insistió en "mantener allí su tontería del salario mínimo y, como los responsables de esto no somos nosotros, sino los franceses, dejamos que lo hiciera". Este proyecto de programa fue aprobado en el Congreso de Le Havre, donde se fundó el *Parti Ouvrier*, con algunas enmiendas que a Engels no le gustaron. Fueron enviados por él, más tarde, para *L'Égalité* dos artículos sobre Bismarck, no muy importantes; a esto se había limitado, hasta octubre de 1881, según le decía a Bernstein, su "participación activa en el movimiento francés".

Guesde y Lafargue contaban con adeptos principalmente en los departamentos industriales del norte, mientras que sus rivales posibilistas se apoyaban sobre todo en el proletariado de París y de otras grandes ciudades. Con motivo de la lucha electoral de 1881, Engels criticaba, en carta a Bebel, "la nueva fraseología revolucionaria" de los candidatos presentados en la circunscripción de París y, como gustaba de hacerlo, elogiaba a las masas a costa de sus líderes. Seguía haciendo hincapié en la necesidad de que el movimiento continuara desarrollándose pacíficamente y se extendiera por todo el país. Cuando, en 1882, el *Parti Ouvrier* se escindió en los dos sectores entre los que se venía librando una lucha intestina, Engels se manifestó acerbamente en contra de Malon y Brousse, quienes se habían apresurado a coaligarse con algunos burgueses y literatos liberales para llegar lo antes posible al parlamento. Sus métodos de lucha contra *L'Égalité* eran los mismos que los de los bakuninistas y tan infames como ellos, escribía a Bebel el 21 de junio de 1882, y el 28 de octubre

le decía: "Lo que se ventila es un puro problema de principios: ¿debe la lucha librarse como lucha de clases contra la burguesía o debe permitirse, por motivos oportunistas o (traducido a su lenguaje) posibilistas que el carácter de clase del movimiento y del programa se abandone, cuando se trata de obtener más votos o más partidarios?"

Recordemos que Engels nunca predicó como el *desideratum* la unidad a todo trance. "El proletariado se desarrolla siempre en medio de luchas internas", escribe también a Bebel, en esta ocasión. "Si Marx y yo nos hemos pasado la vida luchando contra los pretendidos socialistas con mayor ímpetu que contra cualesquiera otros (pues la burguesía es para nosotros, una clase y casi nunca nos hemos dejado llevar a luchas individuales con éstos o los otros burgueses), no debemos lamentarnos demasiado, ahora, de que la lucha, que era inevitable, haya estallado".

El informe de un confidente a la policía de Berlín, con fecha 6 de diciembre de 1882, manifiesta que Engels criticó por aquellos días duramente a Vollmar, quien en un editorial de *El socialdemócrata* se declaraba en favor de Malon. Malon seguía siendo para Engels, al igual que Brousse —sin razón alguna, según Bernstein—, un anarquista "criado en la escuela de intrigas del bakuninismo", con la diferencia de que consideraba lícita la participación electoral. Lo que Malon llamaba *le socialisme intégral* y que tanta mella hacía en Jaurès, no significaba nada para él. Una vez que el Congreso de Saint-Etienne hubo rechazado el programa aprobado en Le Havre, Engels admitía la posibilidad de que entraran también en el partido los prudhonistas y los radicales. Y sólo deseaba que se restaurara la unidad del partido siempre y cuando se redujera a la nada a estas gentes que sacrificaban a sus fines personales el carácter de clase del movimiento. Seguía considerando preferible quedarse momentáneamente en minoría con el programa adecuado que obtener una gran masa aparente de adhesiones en un partido sin programa. "Nosotros nos hemos pasado la vida en minoría y nos hemos sentido muy bien así", le confesaba a Bernstein. Y como, según decía, las enfermedades infantiles no podían combatirse por medio de sermones morales, cifraba sus esperanzas, por el momento, en que las tendencias izquierdistas fueran cobrando incremento en las filas de los republicanos burgueses.

El miedo a que la fraseología revolucionaria de los agitadores parisinos condujera a nuevas intenciones sangrientas, cuya represión podría destruir una vez más los brotes todavía tiernos de un movimiento de partido con conciencia de clase, hacía que Engels no reputara como una gran desgracia el que las masas obreras de París siguieran marchando momentáneamente bajo las banderas de los radicales burgueses. Y reprobaba, por esta razón, el que Guesde polemizara en términos demasiado personales con Clemenceau. Por aquellos días, todavía consideraba muy capaz de evolucionar a este "hombre tranquilo y calculador" y no descartaba la posibilidad de que, más adelante, si la situación táctica se lo aconsejaba, se acercara al comunismo. Longuet, el otro yerno de Marx, formaba parte de la redacción de *La Justice*, el periódico de Clemen-

ceau, y es posible que fueran sus noticias las que ayudaron a Engels a trazarse esta semblanza de la personalidad de aquel político, entonces en auge y que le inspiraba tales asperezas.

“Tienes toda la razón”, escribía al viejo Becker antes de las elecciones de 1885, “en Francia el radicalismo está desgastándose muy rápidamente. El único que en realidad puede mantenerse es Clemenceau. Cuando le llegue el turno, tendrá que renunciar a todo un cúmulo de ilusiones, sobre todo a la de que, en la Francia de hoy, es imposible gobernar una República burguesa sin robar y dejar que otros roben. Cabe la posibilidad, aunque no es, ciertamente, necesario, que este hombre avance”. Engels creía ver claramente que, en Francia, no era posible pasar de una República *à la* Gambeta al socialismo sin recorrer la etapa intermedia de una República *à la* Clemenceau. Pero jamás se prestó a dar la razón a sus amigos franceses que pretendían hacerle suscribir la declaración de que la República era ya, de por sí, “una forma socialista”.

La derrota de los republicanos moderados y los relativos éxitos de los conservadores en las elecciones de 1887 colocaban a los franceses, tal como Engels veía la situación, ante la opción de volver a la monarquía o pasar a una República “radical”, con el apoyo de los socialistas. “No podríamos desear una situación más favorable”, escribía a Bernstein. Y no le parecería mal que los radicales pudieran gobernar tranquilamente un par de años, si ello servía para que los trabajadores se desembarazaran de la vieja tradición revolucionaria francesa, que él consideraba ya caduca, y su conciencia madurara con vistas a aquella clara situación de lucha que él añoraba.

Sin embargo, la situación no tomó, en Francia, el rumbo que él esperaba. En el Palais Bourbon, los grandes partidos republicanos burgueses, oportunistas y radicales, se enfrentaban con fuerzas casi equilibradas, pero la derecha monárquica era más fuerte que cualquiera de ellos por separado. Y los dos o tres votos socialistas de que se disponía no bastaban, ni mucho menos, para hacer posible la formación de un ministerio radical homogéneo. Esto obligaba a los radicales a no romper con los oportunistas. Por su parte, los contados representantes obreros se desligaron de los radicales para constituirse en un grupo parlamentario aparte, ante el hecho de que, para hacer frente a los disturbios huelguísticos, el gobierno oportunista movilizaba a la gendarmería y a las tropas, y los radicales, encabezados por Clemenceau, se mostraban lo suficientemente retrógrados como para negar al Estado el derecho a intervenir en la reglamentación de las condiciones de trabajo.

Según expresión de Engels, en carta a Lafargue, este suceso más o menos efímero no constituía solamente “un acontecimiento histórico”, algo que afectaba a “la historia universal”, como le decía a Bebel. Los obreros, obligados a volver la espalda a los radicales, aprendían ahora, aleccionados por la amarga experiencia —decía en carta a Bebel—, “que su pobre revoltijo de Luis Blanc y Proudhon no pasaba de ser una pacotilla burguesa y pequeñoburguesa”. Y a Lafargue le escribía: “Los radicales eran todos ‘socialistas’ en la vieja acepción de la palabra. Lo que aún quedaba en pie de las doctrinas de Luis Blanc y

Proudhon les servía de disfraz socialista. Este viejo socialismo francés ha sido aplastado el 11 de febrero por el moderno socialismo internacional.

Nada, en efecto —argumentaba—, había fortalecido tanto al principio radical como la creencia supersticiosa de los obreros parisinos de que se pondría en peligro la República o, por lo menos, se haría el juego a los oportunistas si se iba más allá que los radicales, llevando con ello la división al “partido revolucionario”. Y cuando, con otros motivos, los radicales siguieran dando pruebas de su atraso en materia social, Engels llegaba a la conclusión de que, considerados desde el punto de vista socialista, no se distinguían gran cosa de los oportunistas. A Liebknecht, corresponsal de *La Justice* de Clemenceau en Alemania, le escribió, el 12 de mayo de 1886, que Clemenceau se veía empujado hacia las claras posiciones de la burguesía, de una parte por la cercana perspectiva de llegar al poder y, de otra, por la rápida evolución del partido obrero, con lo que él no contaba. Este político, le decía a Liebknecht, “atacado por el morbo parlamentario, tiene miedo al Aqueronte proletario”. Clemenceau —escribía en 1887 a Lafargue— tal vez podría ser un firme radical si no existieran socialistas revolucionarios. No es el hombre capaz de permitir que el pueblo se arme, y mucho menos de proponer que lo haga, ante la creciente amenaza militarista. Sin embargo, los trabajadores tienen que exigirle sin cesar, un día y otro.

La amenaza militar de que aquí se habla era consecuencia del acercamiento de los radicales a la Liga patriótica y de la entrega del ministerio de la Guerra al general Boulanger, quien había figurado al principio entre los radicales, ganándose más tarde el favor de las derechas, al desencadenar aquéllos sus furias verbales contra la República parlamentaria y poner proa hacia la guerra con Alemania. Engels se daba cuenta de toda la oquedad de aquel pretendiente ultrarreaccionario y no creía que, caso de llegar al poder, pudiera conservarlo por mucho tiempo.

Consideraba más que peligrosa la resonancia que Boulanger encontraba entre los partidos, con su instigación a la guerra. Al principio, con sus llamamientos a una descarada reforma de la Constitución este aventurero había logrado atraerse a muchos elementos, tanto en los medios pequenoburgueses como entre las capas proletarias, que se sentían ya asqueadas de la corrupción oportunista imperante. Frente a la amenaza de Boulanger, Engels se mostró de acuerdo con la consigna de Guesde: el proletariado debía manifestarse, al mismo tiempo, en contra de la corrupción oportunista y en contra del nuevo cesarismo. Pero los líderes posibilistas no querían perder el contacto con los radicales. De ahí que, al fundarse en la primavera de 1888 la *Société des Droits de l'Homme*, que bajo la presidencia de Clemenceau llamaba a todos los republicanos de convicción a agruparse en contra de toda reacción y toda dictadura, Brousse y Allemane pasaran a ocupar puestos en el Comité ejecutivo de dicha organización, al lado de los oportunistas de izquierda y los radicales. Lo que Guesde, Lafargue y Vaillant, con la aquiescencia total de Engels, anatematizaron como una traición al principio de la lucha de clases.

Hasta qué punto el auge de Boulanger había agudizado las discrepancias

entre posibilistas y marxistas se puso de manifiesto más tarde, ante el plan de convocar a un Congreso obrero internacional, con ocasión del centenario del inicio de la gran revolución francesa. ¿Quiénes debían invitar a los partidos de otros países, apareciendo por tanto como los legítimos portavoces del socialismo francés: los posibilistas, que eran, con mucho, los más influyentes en París, o los guesdistas, que en aquellos momentos no disponían ni siquiera de un periódico? Engels se dejó arrastrar a la enconada polémica suscitada en torno a esta cuestión, a pesar de que, desde el Congreso de La Haya, había jurado, en principio, "retirarse de la práctica" y no prestarse a ocupar ningún puesto en el frente de batalla político pues, como no tenía dotes de orador, brillaba más en las conferencias que en los congresos. Valoraba los proyectos de congresos solamente desde el punto de vista estratégico, cuando creía que favorecían a la tendencia que él quería ver triunfante en el movimiento obrero europeo.

Los socialdemócratas alemanes, en el Congreso de su partido celebrado en St. Gallen en 1888, habían previsto la celebración de un Congreso obrero internacional para tratar de los problemas relacionados con la protección del trabajo. Pero se mostraron dispuestos a renunciar a su idea, al enterarse de que los sindicatos ingleses habían acordado hacer algo parecido. No pusieron, para ello, más que una condición: que a los alemanes y a los austríacos se les permitiera enviar al congreso, pese a las leyes de signo contrario vigentes en sus países, delegaciones proporcionadas a su importancia. Sin embargo, el Comité de los sindicatos ingleses se aferró a la decisión de invitar solamente a delegaciones sindicales, poniendo además como condición que sólo figuraran en ellas quienes trabajaran o hubiesen trabajado como obreros activos en sus ramas industriales correspondientes.

Cuando Bebel y Bernstein llegaron a Londres para negociar personalmente acerca de este asunto con los socialistas y dirigentes sindicales ingleses, encontraron a Engels muy escéptico en cuanto al congreso proyectado. Y en carta de 16 de abril de 1888, le decía también a Liebknecht que, en general, a menos que de antemano se estuviera absolutamente seguro del éxito, consideraba esta clase de congresos muy arriesgados y, además, si no se trataba de algo muy concreto y asequible, bastante inútiles. El Congreso sindical internacional convocado por los ingleses se reunió, por fin, sin la presencia de los alemanes y, con gran indignación de Engels, dio a los posibilistas franceses el encargo de preparar el Congreso socialista internacional de 1889.

Para explicar por qué, con aquel motivo, había vuelto a desplegar tanta energía y a inmiscuirse en la política internacional del partido, aunque entre bastidores, Engels decía a Sorge, el 8 de junio de 1889, que creía ver revivir "las viejas luchas de La Haya" y abrirse de nuevo "la vieja brecha en la Internacional" Pero, ¿eran fundados estos temores? Aunque los dirigentes del grupo de los posibilistas hubieran militado años atrás en el anarquismo, mal podían rechazar ahora la acción política en cuanto tal, ya que deseaban ardientemente obtener actas parlamentarias. Engels se quejaba de que Brousse siguiera arremetiendo contra "el marxismo autoritario con las mismas mentiras y calum-

nias" de otros tiempos y de que la diminuta Federación socialdemócrata inglesa, asociada a él, con el marxista Hyndman a la cabeza, se dejara influir por los "descontentos" del antiguo Consejo general, Eccarius y Jung, en su política hostil a los partidos continentales; ello no quería decir que formaran un frente bakuninista en el verdadero sentido de la palabra, como no formaban tampoco un frente marxista los partidos en los que Engels depositaba su confianza. Para Engels era sin embargo una cuestión vital el que la segunda Internacional, que se hallaba a todas luces en gestación, se constituyera tomando como base las ideas fundamentales del *Manifiesto comunista*, aunque por el momento dudara todavía de que "la razón immanente que, poco a poco, va cobrando en este punto conciencia de sí misma fuese a triunfar ya ahora".

Contaba a la sazón sesenta y nueve años y, aunque también en este caso se acercara bastante a la línea de fuego, no se decidió a ocupar directamente un puesto en ella. Se contentaba, en lo esencial, con influir en la marcha de las cosas por medio de sus cartas. Disponía, además, desde que *El socialdemócrata* había tenido que trasladar su redacción a Londres, en la persona de Bernstein, de un camarada de partido en quien todavía podía depositar su confianza, pues compartía por entero sus ideas, y que estaba dispuesto a mantener la lucha desde una tribuna pública, ajustándose a sus indicaciones.

Su aspiración era que en el seno del proletariado internacional, y sobre todo entre sus dirigentes, el prestigio de los posibilistas saliera lo suficientemente quebrantado para que, en vez de ellos o, por lo menos, a su lado, pudieran actuar como organizadores del congreso quienes formaban el partido obrero francés de tendencia marxista y los blanquistas, que, en la práctica, se habían manifestado siempre cercanos a ellos. Si no se lograba la unidad, no le importaba que se celebraran dos congresos paralelos: "Bastaría con que los dos congresos, celebrados paralelamente, cumplieran con la finalidad de poner en marcha sus respectivas fuerzas militantes, de una parte los posibilistas y los de la camarilla de Londres y, de otra parte, los socialistas europeos (que, gracias a aquéllos, pasan por ser marxistas), poniendo de manifiesto ante el mundo dónde debe concentrarse el verdadero movimiento y dónde están los tramposos".

Así escribía a Sorge. Y también sus cartas a Lafargue dejan traslucir el objetivo que Engels se trazaba. Su mira era aislar a los posibilistas y fortalecer el prestigio del *Parti Ouvrier* y, con ello, el de los partidos de los otros países, sobre todo el alemán, que estuvieran representados en el Congreso. Ya desde mucho antes había presentado las cosas a Liebknecht y Bebel como si "las dos únicas iglesias santificantes" de París y Londres hubieran sellado entre sí una alianza encaminada nada menos que a "hostilizar al partido alemán mientras éste no se sumara a su limpia coalición y rompiera todos los lazos con los otros franceses e ingleses". Y recordaba a los dirigentes alemanes que los marxistas franceses se habían hecho impopulares en su propio país por haber demostrado su amistad con la socialdemocracia del otro lado del Rin. "Enviar delegados a un congreso organizado en contra de ellos en París sería daros una bofetada a vosotros mismos".

El cultivar las relaciones con los partidos de otros países seguía siendo entonces, en la socialdemocracia alemana, asunto de la competencia de Liebknecht, por la que éste velaba celosamente y en la que Bebel tenía todavía poca experiencia. Engels sostenía el punto de vista de que Brousse y Hyndman interpretarían cualquier concesión como signo de debilidad. Liebknecht, sin embargo, preocupado siempre por encontrar soluciones conciliatorias, consideraba lamentable dar a las clases poseedoras el espectáculo de dos congresos socialistas internacionales que rivalizaran entre sí. Esta distinta manera de ver el problema volvió a provocar entre ambos una enconada discrepancia. Engels acusaba a Liebknecht de tratar al partido adversario con guante blanco. A fines de marzo de 1889, a instancias de Engels y con su colaboración directa, Bernstein había publicado en Londres, en inglés, un pequeño folleto en el que se exponía la situación creada en contra del *Parti Ouvrier* por la actitud intransigente de los posibilistas y se denunciaba a los adversarios, según comunicaba Engels a Liebknecht, como "beneficiarios del fondo de reptiles de los oportunistas, es decir de la alta finanza".

La verdad era que Bernstein, en su folleto, se expresaba en términos tan conformistas que se limitaba a decir que los posibilistas eran un partido gubernamental en el pleno sentido de la palabra y se granjeaban los beneficios derivados de dicha situación. Y que si, como consecuencia de su actitud intransigente, tenían que llegar a celebrarse dos congresos al mismo tiempo —cosa que, probablemente inspirada por Engels, se decía al final del folleto—, uno de ellos "apadrinado por la policía" y el otro bajo la severa vigilancia de las autoridades, podrían darse por muy contentos con tal de que se les dejara velar por sus propios intereses.

El 28 de febrero se celebró en La Haya, convocada por la socialdemocracia alemana, una conferencia internacional encaminada a encontrar una solución al conflicto. Pero, a pesar de que los posibilistas no se molestaron siquiera en enviar a ella sus delegados, los belgas y los suizos, con gran indignación de Engels, no se decidieron a convocar el contracongreso, lo que permitió a los posibilistas, según informaba Engels, muy enojado, a Sorge el 11 de mayo, "acaparar con sus proclamas toda la atención pública".

Hasta entonces, Liebknecht había limitado sus esfuerzos a lograr la unificación, pero sin conseguir, dadas sus vacilaciones, otro resultado que el de que Auer y Schippel exigieran que se acudiese al Congreso de los posibilistas. Engels le acusaba de haber "echado a perder" todo el asunto y lo colmaba de desagradables imputaciones. Le decía, entre otras cosas, que estaba muy poco enterado de la situación del partido de Francia e Inglaterra y que Bernstein la conocía mucho mejor que él. Pero lo que más malhumorado le ponía era que, desde hacía tres meses, aquel "maldito Congreso" le robaba todo el tiempo que necesitaba para sus verdaderos trabajos, llegando a decirle a su corresponsal: "De lo que sí puedes estar seguro es de que el próximo congreso tendréis que hacerlo vosotros solos, pues yo no quiero saber ya nada de todo eso".

Como Engels había previsto, los posibilistas permitieron que el partido

alemán convocara el Congreso, pero exigiendo que se dejara a éste en absoluta libertad para constituirse. Por donde, a la postre, Liebknecht hubo de avenirse a que se celebraran dos congresos, cada uno por su lado. Sin embargo, ni él ni Bebel renunciaban a la esperanza de que, bajo la presión de los partidos no franceses y pasando por encima de los posibilistas, los congresos se unificaran. Puesto en el brete de decidir a cuál de los dos congresos enviarían su delegación, el partido alemán optó por los marxistas. No sin que Liebknecht titubeara algún tiempo, antes de decidirse. Hasta el último momento, en cartas a Lafargue, Engels siguió dispensando a Guesde y a su partido todos los buenos consejos posibles. Consideraba muy importante, entre otras cosas, el que desde París se enviaran cartas a los periódicos más leídos por los obreros ingleses explicándoles la verdadera situación. Temía, a pesar de todo, que el modo de proceder de Liebknecht echara a perder sus propios esfuerzos en la prensa inglesa del partido, en los que participaba también Leonor Marx, y contrapesara el éxito del llamamiento de Bernstein.

Engels y Leonor Marx hicieron todo lo imaginable para difundir en la prensa inglesa noticias encaminadas a desacreditar de antemano el Congreso de los posibilistas y lograron prevenir en contra de él a algunos influyentes dirigentes socialistas, como Tomás Mann, Juan Burns, Guillermo Morris y Cunningham Graham. La *Socialdemocratic Federation* y Hyndman sabían —escribía Engels a Lafargue, el 24 de mayo— “que se jugaba tanto su posición aquí como la de los posibilistas en Francia”.

Como había hecho en vísperas del Congreso de La Haya, Engels utilizó también ahora sus relaciones con los dirigentes del partido en varios pequeños países para moverlos a enviar delegados al Congreso guesdista. A los alemanes, principalmente a Bebel, los prevenía contra un fanatismo unionista exagerado que pudiera llevarles, a la postre, a unirse con sus enemigos y enemistarse con sus amigos. “Menos mal”, escribía a Lafargue, el 5 de julio, “que Liebknecht se alojará en casa de Vaillant, pues apuesto cualquier cosa a que, como hizo en marzo y en abril, tratará de llegar a un acuerdo con los ‘buenos elementos’ entre los posibilistas y a espaldas de Brousse”. Aunque Engels, “en condiciones racionales”, habría deseado realmente que se llegara a una fusión de los dos congresos, creía resueltamente preferible que estallase “la pompa de jabón sentimental de la reconciliación” y que “los sentimentales conciliadores de nuestro propio campo, con Liebknecht a la cabeza, llevaran una buena lección con el desaire de los posibilistas”. Y se sintió satisfecho, como él mismo escribió a Sorge, cuando vio que “las intrigas de los posibilistas y de la Federación socialdemócrata habían fracasado en toda la línea, en sus empeños por captar subrepticamente el puesto dirigente, tanto en Francia como en Inglaterra” y, más aún, en sus pretensiones de dirigir la futura Internacional.

Quiénes menos se inclinaban a restaurar esta situación eran precisamente los alemanes, cuyo voto pesaba más. Y esto se refería especialmente a Bebel. Del Congreso de París había sacado la impresión de que sus correligionarios franceses no eran muy aficionados a aquella labor sistemáticamente organizada

en que él era verdadero modelo ni mostraban tampoco grandes aptitudes para ello. "Sólo les preocupa el efecto externo, y esto no es ninguna exageración", decía en carta a Engels, criticando a los dirigentes del *Parti Ouvrier*. En su respuesta, Engels trataba de defender un poco a Guesde, a Lafargue y Deville. Hacía hincapié en que gozaban de poca influencia en París, pero tenían muchos partidarios en las provincias, aunque tampoco aquí podía decirse que marcharan unidos y sin problemas, sobre todo teniendo en cuenta que los sindicatos seguían su propio camino. "Se trata, por tanto, de que la sólida provincia triunfe sobre el petulante, arrogante y, a ratos corrompido París, acostumbrado a mandar".

Engels trataba de explicarle a Bebel, quien apenas conocía aún las condiciones de Francia, por qué a los delegados alemanes a los congresos celebrados en aquel país tenía que parecerles que estaban ante un movimiento socialista "muy confuso y poco satisfactorio" y por qué el *Parti Ouvrier*, a pesar de su desorganización, convocaba a un Congreso en París: "Pensaban con razón que el hecho de que por este lado salieran un tanto desacreditados quedaba compensado con creces por la realidad de que en su Congreso había estado representada toda Europa y en el de los posibilistas, en cambio, solamente unas cuantas sectas. Y el que la preocupación por el efecto momentáneo y la publicidad pese allí más que en ti o en mí y en el grueso del partido alemán, no es un error exclusivamente francés. Lo mismo exactamente ocurre aquí y en los Estados Unidos. Es una consecuencia de la mayor libertad y los hábitos más largos de la vida política".

En las elecciones generales francesas de 1889, el partido por el que más se interesaba Engels salió derrotado en París, donde los trabajadores votaron por los posibilistas, los radicales y Boulanger. Y tampoco en Marsella triunfó la candidatura de Guesde. Su rival socialista, que había pertenecido en su día a la Comuna y se llamaba Protot, había hecho campaña en contra de él, presentándolo como un agente de Alemania. Engels se daba por satisfecho con que hubieran podido llegar al parlamento, por lo menos, algunos diputados a quienes incluso él reconocía como socialistas. "Las cosas han comenzado a mejorar notablemente, desde que contamos con una fracción en la Cámara", escribía a Bebel, el 23 de enero de 1890. Y el 17 de febrero, añadía: "La situación se desarrollará más favorablemente a medida que la provincia progresa con respecto a París. Si la provincia ha echado a perder, a veces, un movimiento iniciado en París, París jamás dará al traste con un movimiento nacido en la provincia". En 1891, en unas elecciones complementarias, logró entrar en la Cámara de diputados Lafargue, y Engels se mostró jubiloso al conocer la noticia.

La influencia que Engels trataba de ejercer sobre el movimiento socialista francés, en los últimos años de su vida, se orientaba, principalmente, en dos direcciones. De una parte, como más tarde se verá, trataba de crear un clima de entendimiento entre la socialdemocracia francesa y la alemana a la vista del peligro que amenazaba a la paz de Europa, a partir del momento en que Rusia se había acercado a Francia. De otra parte, procuraba fomentar las tendencias

susceptibles de llegar a crear en Francia un partidodemócrata tan fuerte, tan unido y tan bien organizado como en Alemania. Para llegar lo antes posible a ello, lo mejor era, a su modo de ver, aprovecharse de la escisión provocada en 1890 entre los posibilistas y, rechazando a cuantos se mantuvieran al lado de los radicales, amalgamar a todos los demás grupos, a ser posible tomando como base el programa del *Parti Ouvrier* apadrinado por Marx y por él.

La caída y la huida de Boulanger, en la primavera de 1889, venían por fin a descargar a los socialistas moderados de la obligación de seguir tolerando a un gobierno burgués, que, para defender a la República parlamentaria, tenía que "sobrepasar a Boulanger en patriotismo" y exponerse, en ciertas circunstancias, a preconizar una guerra revanchista. Toda la política interior de Francia —escribía Engels a Bebel, por aquel entonces— sería inexplicable para quien no tuviera presente en todo momento que los oportunistas y su gobierno ejercen el poder con el mayor descaro para enriquecerse y que los radicales participan con ellos en esta labor. Aguardan solamente el momento en que sean lo bastante fuertes para empuñar las riendas y poder embolsarse ellos lo que ahora se echan a la bolsa los oportunistas.

Al año exactamente de escribir Engels estas líneas, estallaba el escándalo del Canal de Panamá, que venía a demostrar cuán bien informado se hallaba por sus amigos acerca de los asuntos de Francia. Este escándalo dejaba chiquito, a sus ojos, todo lo que en materia de corrupción se había alcanzado bajo Luis Felipe y Napoleón III. "Esto llevará a la República burguesa al desastre". Fue su primera impresión. "Por muchas vueltas que se le pueda dar, esto es el comienzo del fin". "¡Qué no habría dado por esto el asno de Boulanger, si no se hubiese pegado un tiro! Es la simiente sembrada por él la que ahora florece", escribía a Bebel el 22 de diciembre de 1892. "A nadie puede caberle duda de cómo acabará todo esto: a favor nuestro, en fin de cuentas. Sin embargo, en país tan incalculable como Francia no es fácil adivinar las etapas intermedias. Lo que sí podemos asegurar, en todo caso, es que habrá varias, antes de que los nuestros puedan pasar totalmente a primer plano".

Engels no creía, desde luego, en una revolución inminente y tampoco la deseaba, pues el socialismo, en Francia, necesitaba tiempo "para poder meter en el granero la cosecha de Panamá". Entendía que en las provincias los marxistas, ahora, apenas tenían competidores, pero en París sería magnífico que, por el momento, se desgastasen unos a otros los blanquistas, los alemanistas y los brusistas. Engels se sentía muy esperanzado al ver que volvía a cobrar "una importancia preferente" el desarrollo interior de Francia, pues confiaba más en los socialistas franceses para las grandes crisis que para la marcha cotidiana de las cosas. Y tampoco mostraba el deseo de que los asuntos se precipitaran en Alemania. "También nosotros necesitamos tiempo para hacer frente al desarrollo", le confesaba a Bebel.

Para las elecciones de 1893 se había sellado un acuerdo entre los diferentes grupos socialistas, a quienes ahora favorecía el escándalo de Panamá y la crisis económica. Por primera vez entró en el Palais Bourbon una cifra consi-

derable de diputados elegidos como socialistas. Pero, entre ellos, era solamente una minoría la que abrazaba el programa redactado bajo el patrocinio de Marx y Engels. La mayoría de los nuevos diputados de esta tendencia pertenecía a un grupo de socialistas independientes creado durante la lucha electoral y que había declarado la imposibilidad de resumir en una fórmula sus ideas teóricas.

Una carta escrita por él a Víctor Adler el 17 de julio de 1894 nos indica cómo apreciaba Engels la situación creada por aquella fuerte sacudida electoral hacia la izquierda: "Las últimas elecciones han llevado a la Cámara de diputados a unos 25 'socialistas' —marxistas, brusistas, alemanistas, blanquistas e independientes—. Al mismo tiempo, han anulado, sobre todo por la eliminación de todos los líderes anteriores, a la que hasta ahora venía llamándose 'fracción radical', al grupo que se denominaba también de los *républicains socialistes*. Como unos treinta diputados pertenecientes a este grupo y reelegidos se agruparon bajo la jefatura de Millerand y Jaurès e invitaron a los 'socialistas' a la fusión. Fue una maniobra muy hábil por su parte, pues no sólo eran más numerosos que los viejos socialistas, sino que se hallaban además unidos, y no divididos en grupos, como éstos. De este modo, se convirtieron en un respetable grupo de 50 a 60 diputados, sin tener que ofrecer a los viejos socialistas, a cambio de ello, otra cosa que un programa socialista muy platónico, cuyos artículos políticos radicales, al igual que la amistad entre todos los trabajadores, figuraban ya en su programa anterior, mientras que la *socialisation des moyens de production*, cuando llegue la hora de contestar, no pase de ser inocente música del futuro, cuyo valor práctico no se pondrá de manifiesto tal vez hasta la tercera o la cuarta generación. Nuestros 25 viejos socialistas aceptaron sin vacilar. No podían poner ninguna clase de condiciones, pues estaban demasiado desunidos para ello. Aunque deseaban seguir marchando de acuerdo en la Cámara, como lo habían hecho ya en las elecciones, por lo demás seguirían manteniéndose en pie, unas al lado de otras, las distintas organizaciones; el grupo que quisiera oponer a los nuevos socialistas condiciones específicas entraría en conflicto con los demás. Además, tendrían que dejar de ser franceses para no resultar arrebatados por el entusiasmo ante la súbita perspectiva de elevar de 25 a 55 ó 60 el número de diputados en la Cámara y perder de vista, ante el éxito momentáneo aparente o real, los peligros para el futuro. ¿Qué os parece? Los alemanes fanfarronean tanto con sus 44 diputados, ¡y de la noche a la mañana nosotros tenemos 55, si es que no 60! *La France reprend sa place à la tête du mouvement*".

Por el momento, continúa Engels, estos 30 ó 35 neosocialistas han contraído con el socialismo un matrimonio de conveniencias, pues se han dado cuenta de que sin los votos de los trabajadores no podrían conseguir el acta. Entre sus principales representantes, uno de los más listos y también, según pensaba él, de los más sinceros, era Millerand. "Pero me temo que en su interior se hallen más arraigados de lo que él mismo piensa ciertos prejuicios jurídico-burgueses. Políticamente, es el hombre más capaz de todo el grupo. Jaurès es un profesor, un doctrinario, a quien le gusta oírse y a quien la Cámara

escucha con más agrado que a Guesde o a Vaillant, porque tiene, naturalmente, más afinidad con los señores de la mayoría. A mí me parece que está animado de la intención sincera de llegar a ser un buen socialista”.

Es verdad que Jaurès había propuesto un día al parlamento francés, como una medida socialista, un monopolio de importación de cereales parecido al que en Berlín propusiera el conde Kanitz en interés de los grandes terratenientes y que Guesde había defendido, por lo menos, una parte de aquella propuesta, por entender que iba dirigida en contra de la especulación. Esto enojó a Engels. “Querer combatir la ‘especulación’ entregando el comercio del trigo a un gobierno formado por los estafadores de Panamá y por el partido gubernamental es, verdaderamente, una idea socialista muy peregrina”. Así leemos en la citada carta a Adler. “He hecho saber a esos señores, con toda franqueza, por medio de Bonnier y Lafargue, lo que pienso acerca de esa enorme metedura de pata que han cometido”. Y, un poco más adelante: “Les he hecho saber, asimismo, que la fusión en vez de una simple alianza con los neosocialistas es tal vez un destino inevitable. Pero, en ese caso, no debéis perder de vista la posibilidad de que se deslicen aquí elementos burgueses con los que podríais entrar en un conflicto de principios y que ello puede conducir inevitablemente a una separación”.

Así, pues, aunque el socialismo francés no marchaba en línea recta, como él lo habría deseado, hacia la meta trazada por Marx y por Engels, éste afirmaba sin embargo, como algo muy positivo, el fortalecimiento parlamentario logrado por los trabajadores en Francia. Deseaba, ante todo, que aquellos sesenta diputados se convirtieran, mediante la fusión, en una fuerte fracción parlamentaria y confiaba en que contribuyeran en algo a ello las nuevas personalidades que, de allí en adelante, habrían de llevar la voz cantante de la fracción, en unión de Guesde. “Jaurès va por buen camino”, escribía a Plejanov el 26 de febrero de 1895. “Está aprendiendo el marxismo. No hay que espolearlo demasiado. Pero ha hecho ya muy buenos progresos, mucho más de lo que yo esperaba. Por lo demás, hay que decir que nosotros no exigimos mucha ortodoxia. El partido es demasiado grande y la teoría marxista demasiado vasta para que en los países de Occidente puedan causar excesivo daño los ‘confesionarios’ más o menos aislados con que nos encontramos, de vez en cuando”. Como vemos, Engels permaneció convencido hasta el final de que también en la patria de Proudhon y de Luis Blanc podrían Marx y su mundo de ideas poner su impronta, en plazo breve, al movimiento obrero.

Más de medio siglo, con breves interrupciones, residió Engels en Inglaterra y siguió de cerca el desarrollo del movimiento obrero inglés, pero sin tener ocasión de ejercer alguna influencia sobre él más que durante el período cartista, en que los más prestigiosos dirigentes obreros del país formaban parte de la Internacional. Y ya más de una vez hemos visto cuánto le dolía el ver a cuán poca altura de las exigencias revolucionarias se hallaba precisamente el proletariado del país en el que él, al principio, cifraba tan grandes esperanzas.

Le disgustaba comprobar cuán inmenso era el poder que en Inglaterra tenía la tradición, incluyendo la religiosa, y que hacía mella hasta entre los mismos trabajadores. El, por su parte, como revolucionario que era, consideraba la tradición, a lo sumo, como un freno de la historia. De aquí lo que, en enero de 1893, escribía en *Le Socialiste* de París: "Ni siquiera la religión podría, a la larga, servirles de parapeto a la sociedad socialista".

Aunque no dudara del futuro, lo cierto era que el presente, en Inglaterra, le deparaba un desengaño tras otro. La primera Cámara de los Comunes, elegida por sufragio secreto después de la reforma electoral de Disraeli, acusaba una fuerte mayoría conservadora. Y cuando Engels, a pesar de ello, afirmaba que el desarrollo de la situación de Inglaterra entraba así en una nueva fase, se basaba exclusivamente, para decir esto, en la existencia de una compacta fracción irlandesa del *Home-Rule* y en que "en el más elegante club de debates de Europa" habían logrado entrar, en total, dos obreros. Mientras en la Alemania de los años setenta y ochenta se desarrollaba poderosamente el movimiento socialdemócrata, en Inglaterra Engels sólo veía moverse a "un pequeño tinglado sindical" y le apenaba contemplar a los dirigentes obreros correr detrás de la gran burguesía liberal. En 1879, escribía a Bernstein: "No hay por qué silenciar que, en estos momentos, no existe aquí un verdadero movimiento obrero, en el sentido que se da a esta expresión en el continente".

Harney, que era el que más tiempo llevaba residiendo en los Estados Unidos, en 1876 ofreció a Engels una suma de dinero, en el caso de que él o Marx se animaran a escribir una exposición sistemática de su doctrina en forma de folleto con destino al proletariado inglés. Sin embargo, Engels no se prometía grandes resultados de esta sugestión de su viejo amigo, suponiendo que la propuesta llegara a realizarse. Tanto él como Marx se mantenían desde 1872 sin contacto alguno con las grandes personalidades del movimiento obrero inglés, para quienes la palabra "socialismo" era poco grata. Al paso que su influencia sobre el movimiento socialista continental aumentaba constantemente, entre los obreros del país en el que residían apenas si se filtraba la menor noticia acerca de lo que se decía en el *Manifiesto comunista* o en *El Capital*.

En 1881 recibió Engels una invitación del militante sindical Shipton para colaborar en el semanario *Labour Standard*, que se proponía ser un órgano de lucha en pro del renacimiento de un movimiento político independiente en Inglaterra. En los editoriales que regularmente escribía para este periódico, trataba de inculcar a los lectores proletarios ingleses todo lo que podía de la concepción marxista acerca de los problemas económicos y sociales. Hacía justicia a los sindicatos y a sus méritos en la lucha por la elevación del nivel de vida de los trabajadores y la reducción de la jornada de trabajo. Pero, al mismo tiempo, censuraba el que no se plantearan el objetivo de poner a los trabajadores en posesión de los medios de producción y el acabar con el sistema del trabajo asalariado y el que no supieran aprovechar el derecho de sufragio, ya tan extendido, como un arma política para luchar contra el capital.

Era una vergüenza —decía en estos artículos— que la clase obrera sindical-

mente mejor organizada de Europa marchara en cuanto a activismo político tan a la zaga del movimiento obrero del continente. Y le hacía ver que hasta en países como Italia, Holanda y Bélgica, donde la falta del sufragio universal impedía a los trabajadores enviar representantes suyos al parlamento, existían ya, sin embargo, partidos obreros inspirados en el modelo alemán.

La lucha del proletariado por el poder político era ya una realidad en todas partes, menos en la Gran Bretaña, precisamente en el país en donde los obreros formaban la mayoría de la población y en donde, por tanto, la implantación de la democracia representaria, en realidad, el poder de la clase obrera. ¿Cómo podía el proletariado británico asumir en su día la responsabilidad de gobernar aquel gran país si ya desde ahora no se preparaba para ello y echaba mano de todos los recursos de poder que estaban a su disposición? Con sólo quererlo, su mayoría potencial se convertiría en una mayoría real y efectiva, lo mismo en el ámbito local que en el nacional. Claro está que, para ello, sería necesario que los sindicatos renunciaran al privilegio de seguir ostentando la representación exclusiva de la clase obrera.

En un artículo sobre la teoría del salario sostenida por la Liga en contra de los aranceles sobre el trigo, se refería a las experiencias que, viviendo en Manchester, había tenido "como industrial entre industriales". Trataba de hacer ver a los obreros que los hombres que gozaban de su confianza en el campo liberal seguían la política librecambista simplemente con el propósito de rebajar el nivel de los salarios en dinero mediante el abaratamiento del pan, para fortalecer así la capacidad competitiva de la industria inglesa en el mercado mundial. Comparaba las leyes de excepción contra Irlanda vigentes en Inglaterra con la ley de represión contra la socialdemocracia promulgada en Alemania, tratando con ello de demostrar que nadie podía acusar de que recurrieran un día a medios ilegales los partidos a quienes se despojaba de todos los recursos para actuar dentro de la legalidad.

Durante cinco meses trató Engels, por este medio, de influir sobre los obreros ingleses, sin romper con la tradición cartista, pero manteniéndose fiel, al mismo tiempo, al espíritu del *Manifiesto comunista* y de *El Capital*. Pero, en vista de que sus artículos no tenían ninguna resonancia y de que, al final, hasta el mismo director del periódico "se asustó de todas aquellas herejías continentales", decidió poner fin a una labor que no parecía tener sentido alguno. Y, comentando esto, le escribía a Marx, en una jerga internacional muy frecuente en éste, pero no tanto en él: "Lo que pasa es que el *working-man* inglés no quiere moverse del sitio, y son los acontecimientos, la pérdida del monopolio industrial, los que tendrán que sacudirle. *En attendant, habeat sibi*".

Desde este desengaño, Engels quedó convencido de que el proletariado inglés no se organizaría como partido político basado en la lucha de clases hasta que desapareciera el monopolio del comercio mundial de la Gran Bretaña. Consideraba que este monopolio se hallaba ya seriamente quebrantado y predecía en el *Labour Standard* su próximo derrumbamiento. Era éste, en general, un problema que revestía, a sus ojos, una importancia central para el desarrollo del

mundo y acerca del cual hubo de manifestarse frecuentemente en los prólogos puestos por él a las versiones inglesas de diferentes obras suyas y de Marx, en artículos de prensa y en cartas. En todas partes sostenía la tesis de que la teoría del librecombaio partía originariamente de la hipótesis de que Inglaterra era el centro industrial de un mundo de países agrícolas, llamados a suministrarle eternamente trigo y algodón.

Pero, de pronto se ponía de manifiesto que semejante monopolio industrial no se compaginaba con el desarrollo económico de los demás países civilizados y que ninguna gran nación podía vivir sin producir ella misma mercancías. Francia, Alemania, Bélgica, necesitaban industrializarse para no descender al nivel de Irlanda, y protegían con defensas arancelarias sus nacientes industrias. Y también los Estados Unidos, que durante algún tiempo se vieron reducidos por la guerra civil a sus propios recursos, manifestaban ahora, por medio de una política comercial adecuada, su voluntad de sacudir el yugo del monopolio industrial de Inglaterra.

Como ya hemos expuesto, la pugna entre proteccionismo y librecombaio no tuvo nunca, para Engels y Marx, una significación de principio. Según ellos, era un problema que había que enfocar siempre "dentro de los límites del sistema de producción capitalista vigente". Al principio, Engels consideraba los aranceles protectores norteamericanos para productos industriales tan legítimos como antes de 1848 lo eran para él los alemanes. Más tarde, sostenía el criterio de que los Estados Unidos, al igual que Alemania, llegarían seguramente a desplazar a Inglaterra del mercado mundial si aplicaban la política del librecombaio. Veía uno de los síntomas de que el proteccionismo había cumplido ya su misión en Norteamérica en la formación de *trusts* en las industrias beneficiadas por los aranceles protectores, señal de que estos aranceles ya no favorecían a los productores mismos contra la importación extranjera, sino solamente contra el consumidor, dentro del país.

Engels creía observar que, al extenderse a otros países la industrialización, había cambiado también el ritmo y, con él, la función de las crisis económicas. Tras los años 1857 y 1868 no se había producido ya la alternativa regular de coyuntura y crisis, sino que, a partir de 1876, se había dado "un estado de empantanamiento crónico de todas las ramas industriales dominantes", una presión de la superproducción sobre los mercados sostenida por espacio de largos años.

En enero de 1886, escribía Engels a Bebel, refiriéndose a esto: "Pero hay dos cosas que podemos asegurar: hemos entrado en un período mucho más peligroso para la subsistencia de la vieja sociedad que el de las crisis decenales anteriores; y, en segundo lugar, suponiendo que venga la prosperidad, Inglaterra participará de ella en medida mucho menor que antes, cuando podía apropiarse toda la nata del puchero".

Consideraba inevitable que el centro de la industria mundial fuera desplazándose gradualmente a los Estados Unidos. Y opinaba que la burguesía inglesa podría presenciar esto tranquilamente durante algún tiempo, pues también

los venecianos y los holandeses habían seguido siendo los banqueros del mundo hasta mucho tiempo después de su decadencia. Pero, ¿qué sería del proletariado si las exportaciones de Inglaterra decrecían y, con el monopolio nacional, se rompía el último nexo que unía a los obreros con la clase media? A esta pregunta, que él mismo se hacía, daba Engels la siguiente confiada respuesta: la caída de los aranceles protectores al otro lado del Atlántico, que vendrá una vez que los Estados Unidos hayan desplazado del mercado mundial a la industria siderúrgica y textil inglesa, marcará el triunfo definitivo del socialismo en Inglaterra.

En noviembre de 1886, en el prólogo a la primera edición inglesa de *El Capital*, creía poder predecir que se iba acercando rápidamente el día en que el pueblo británico tendría que enfrentarse con fuerza irresistible a una dura y decisiva prueba, en su situación económica. El sistema industrial vigente —aseguraba— no podrá sostenerse sin una expansión rápida y sostenida de la producción. Las fuentes del librecambio, según él, estaban ya agotadas. La capacidad de producción aumentaba en progresión geométrica y, en cambio, los mercados se extendían, a lo sumo, en progresión aritmética, como consecuencia de lo cual sobrevendría la crisis. El número de obreros parados crecía de año en año y no resultaba difícil predecir que llegaría un momento en que perderían la paciencia y buscarían ellos mismos la salida a la situación. Toda la teoría de Marx —decía— era el resultado de su estudio de la historia económica de Inglaterra, estudio que había llenado toda su vida. Y su voz no debía ser desoída, en un momento como el que se estaba viviendo, escribía Engels. Marx había previsto que, por lo menos en Europa, Inglaterra era el único país en el que cabía llevar a cabo la inevitable revolución social por medios pacíficos y legales. Aunque él, por su parte, añadía siempre, es cierto que apenas esperaba que las clases dominantes de aquel país se sometieran a esta revolución pacífica y legal sin un levantamiento por la fuerza de los oprimidos.

Por los días de la muerte de Marx, comenzó a alborear entre los obreros de Inglaterra la conciencia de que había hecho crisis el monopolio del comercio mundial de la Gran Bretaña. Y, poco a poco, bajo la vieja y porfiada tendencia de los sindicatos a abrazar una actitud contraria a la lucha de clases fueron alzándose voces en favor de un partido obrero político independiente, que encontraban eco entre las masas de trabajadores nutridas de ideas liberales.

En las relaciones de Engels con el socialismo británico repercutió en cierto modo, indudablemente, el hecho de que no hubiera llegado a mantener trato con Enrique Hyndman, quien se proponía desempeñar en Inglaterra, a un tiempo, los papeles que en Alemania habían desempeñado, en campos contrapuestos, Lassalle y Marx. De las razones objetivas y personales que le habían impedido tratarlo le hablaba en carta de 30 de agosto de 1883 a Bebel, quien estudiaba a la sazón los orígenes de la *Democratic Federation*, al frente de la cual figuraba Hyndman.

El manifiesto de la *Democratic Federation* —le informaba Engels— había sido lanzado por unas veinte o treinta pequeñas agrupaciones, en las que, desde

hacia por lo menos veinte años, venían tratando de destacarse las mismas personas que ahora se veían obligadas por fin "a abrazar públicamente, presentando como propia, nuestra teoría, que en los tiempos de la Internacional les parecía que trataban de imponerles desde fuera". Pero reconocía que aquellos jóvenes intelectuales abordaban las cosas mejor y con mayor pasión que los obreros. A Hyndman no le niega "capacidad", pero le repele en él —manifiesta— su arrogante orgullo, su "habilidad para los negocios" y la impaciencia que siente por erigirse en dictador.

Este "chovinista John Bull", como Engels le llamaría más tarde, que apenas quería darse por enterado del materialismo histórico, pero que estaba muy influido por *El Capital*, había visitado frecuentemente a Marx en los últimos años de la vida de éste, sin congraciarse tampoco su simpatía como persona. Engels rehuyó en aquellos días, y más tarde, encontrarse con esta "grotesca caricatura de Lassalle" y, por su parte, Hyndman, sintiéndose vejado por ello, le motejaría más tarde con el mote del "Gran Lama teutónico de Regent's Park Road".

Esta inquina personal contribuye también a explicar en gran medida los acontecimientos que, en Inglaterra, precedieron al Congreso socialista internacional de 1889. El ingeniero, aunque extravagante Belfort Bax, durante varios años muy cercano políticamente a Hyndman, pero que mantenía también relaciones con Engels, hubo de afirmar más tarde que la esposa de Hyndman había intrigado con la de Marx e incluso con Marx mismo en contra de Engels. En sus *Memorias*, el propio Hyndman cuenta que Jenny Marx le había hablado a su mujer de Engels como del genio malo de su marido, de quien, según esta referencia, le habría gustado verlo libre. No creemos que deba darse el menor crédito a semejante chisme. Es natural y comprensible que, a veces, la esposa de Marx se sintiera un poco cohibida por la supeditación financiera de su marido con respecto a su amigo. Y cuando Engels le dice a Bebel que Hyndman se había portado "bastante groseramente" con Marx, razón por la cual ambos le habían dado de lado, seguramente se debía a que el agitador inglés, quien en la guerra mundial habría de revelarse como un vulgar chovinista, en su libro *England for all*, con el que en 1881 iniciara su campaña de agitación socialista, plagiaba descaradamente al "extranjero" Marx, sin cuidarse siquiera de citar su nombre.

Engels no exageraba en modo alguno la importancia de los primeros grupos socialistas que en Inglaterra comenzaban a revelarse de nuevo a la luz del día. Y advertía también a Bebel que no se dejara llevar a Liebknecht a la creencia de que en la Gran Bretaña existía ya un movimiento realmente proletariado. Los elementos que comienzan a dar señales de vida —le escribía en 1883— podrían, "después de haber aceptado nuestro programa teórico", llegar a adquirir importancia si, por fin, estallara un movimiento espontáneo en el seno del proletariado y lograran adueñarse de él.

Engels deseaba que la *Socialdemocratic Federation* de Hyndman, sucesora de la *Democratic Federation* "se fuera al foso" antes de que llegase en Inglaterra

la hora de un movimiento obrero político que mereciera ser tomado en serio. De aquella Federación se había escindido una "Liga socialista", en la que militaban algunas personalidades que ahora trataban de congraciarse con Engels. Pero éste guardaba también las distancias con respecto a la misma "Liga" que, por lo demás, habría de marchar pronto por derroteros anarquistas. Aunque reconociera la buena voluntad de Guillermo Morris, sentía por cada una de estas dos tendencias tan poco aprecio como por la otra.

Y procuraba mantenerse también alejado de la *Fabian Society*, fundada en 1883 y que, como es sabido, trataba de no ser un partido y de actuar solamente conforme al espíritu de la reforma de la sociedad, ya que esta agrupación rechazaba por principio la lucha de clases. El fabiano por el que sentía mayor estimación era una mujer, Ana Besant, quien había organizado a las trabajadoras de las fábricas de cerillas. El manifiesto redactado por ella figuraba, a su modo de ver, entre los mejores lanzados por dicha sociedad. En 1886, el secretario de la Sociedad fabiana, Pease, se dirigió a él, formulándole, dentro de una encuesta, la pregunta de ¿qué es socialismo?, pero Engels se negó a contestarla. Decía a quien quisiera oírle que "no era posible poner en acción por medio de predicadores a una fuerza tan grande como toda la clase obrera". Y cuando, en los años noventa, Bernstein trató de entablar relaciones más estrechas con este círculo, entre cuyos dirigentes se contaban figuras como Sidney y Beatriz Webb, Bernard Shaw y Graham Wallas, a Engels no le hizo ninguna gracia aquel "entusiasmo fabiano", como él lo llamaba.

Entre los más enconados adversarios de Hyndman figuraba el literato Eduardo Aveling, procedente de la Liga socialista y que desde 1884 vivía con Leonor, la hija de Marx, en unas relaciones cuasimaritales que, con el tiempo, habrían de empujar a la muerte a esta mujer de tan gran corazón. Engels no supo ver lo que había detrás de aquel hombre, muy capaz, pero bastante corrompido y, como trataba a las hijas de Marx como si fuesen suyas, daba en todo la razón a Aveling, y se dejaba manejar y explotar financieramente por él, sin darse cuenta de que, al obrar así, se enajenaba la voluntad de los mejores elementos del movimiento obrero político, en los momentos en que éste comenzaba a alborcar en Inglaterra.

En las elecciones de 1885, Hyndman había intentado, sin conseguirlo, llegar a la Cámara de los Comunes, ya fuese con el dinero de los conservadores o con el apoyo de los liberales. Al año siguiente, cuando se vio que la crisis económica daba mala reputación al librecambio, no sólo entre los conservadores, sino también en los medios obreros, Hyndman organizó en la Trafalgar Square una gran manifestación de trabajadores parados en contra de un mitin a favor del librecambio, convocado en la misma plaza. Incitados por los gritos lanzados desde las ventanas de algunos clubes aristocráticos, los parados manifestantes se lanzaron al saqueo de algunas tiendas elegantes de la City.

Se encontraba en Londres desde hacía un año aproximadamente el joven Carlos Kautsky, quien mantenía íntimas relaciones de amistad con Engels. Kautsky, que asistió a aquellos encuentros, había podido observar que la gran

mayoría de los verdaderos parados se encontraba entre los proteccionistas, mientras que quienes seguían a Hyndman eran realmente, en su casi totalidad, lumpenproletarios.

En carta a Bebel, Engels le explicaba el alcance de aquellos sucesos: lo malo del asunto —le decía— era que aquellas chiquilladas asustaban al proletariado inglés, carente de toda preparación, y lo bueno, que los liberales se veían ahora obligados a reconocer la miseria de los trabajadores, que antes negaban. Las clases poseedoras —escribía Engels— permanecen impasibles ante todo lo que sea la miseria de las masas, mientras no se les mete miedo. Condenaba el que Hyndman y sus amigos se comportaran de aquel modo con desplantados revolucionarios, “sin contar con ningún respaldo organizado entre las masas”. Y es —decía— que “estos señores socialistas quieren hacer brotar a la fuerza, de la noche a la mañana, como por arte de magia, un movimiento que, aquí como en cualquier otra parte, supone necesariamente largos años de trabajo, aunque en Inglaterra, una vez puesto en marcha e impuesto a las masas por los acontecimientos históricos, pueda desarrollarse con mayor rapidez que en el continente”.

Durante el año a que nos estamos refiriendo, Engels tenía, a ratos, la sensación de que también en Inglaterra “estaba apuntando, por fin, un movimiento obrero realmente socialista”. El East End de Londres representaba en aquel tiempo la mayor concentración de masas obreras depauperadas, ignorantes y desorganizadas que podía darse en el mundo civilizado. Para poder romper la omnipotencia de los viejos sindicatos; reacios a toda acción política, lo primero que había que hacer era arrastrar a un movimiento socialista a aquellas capas del proletariado británico, las más pobres y las más ínfimas. De ahí que Engels, en 1887, animara a Aveling y a Leonor Marx a que realizaran, comenzando por aquellos barrios, una enérgica campaña de agitación. He aquí lo que acerca de esto escribía a su viejo amigo, residente en los Estados Unidos: “Se trata directamente de fundar un partido obrero inglés con un programa de clase independiente”. Pero no era tan fácil ni tan rápida, como Engels se la imaginaba la empresa de llevar el fermento socialista al elemento obrero del tercio reino insular. De todos modos, representaba ya un gran paso hacia adelante el que el East End, aquel “campamento inmenso de miseria” dejara de ser, por lo pronto, “un charco estancado de aguas sucias”, que “sacudiese de una vez su inmóvil desesperación” y se convirtiera en sede de un nuevo tipo de sindicato, acomodado preferentemente a estas masas de trabajadores hambrientos, a quienes se mantenía deliberadamente al margen de la aristocracia obrera organizada que encontraba su marco en los sindicatos tradicionales.

A Engels le llenaba de orgullo el que hubiesen sido precisamente los Aveling los que crearon en el East End de Londres los nuevos sindicatos de los trabajadores del gas y de los obreros no calificados, cuya intervención fue, según él, decisiva en la gran huelga de los trabajadores de los muelles que estalló en 1889 y que “hizo estremecerse, sacándolos de su empantanamiento, hasta a los estratos más bajos de los trabajadores de la zona este de Londres”.

Mucho le impresionó, al año siguiente, la primera manifestación londinense del Primero de Mayo, llevada a cabo en cumplimiento de los acuerdos del Congreso internacional de 1889. Presenció personalmente el gran desfile obrero desde lo alto de un carro de mercancías, y el día 23 lo describía en un artículo publicado en la *Gaceta obrera* de Viena. Aquella manifestación venía a borrar en él cualquier duda que aún pudiera haberle acerca del hecho de que también en Inglaterra había comenzado a desarrollarse un verdadero movimiento socialista de masas y de que pronto este destacamento se incorporaría al "gran ejército internacional" del continente.

"¡Cuánto daría yo por que Marx hubiera podido vivir este despertar!", pensaba al ver desfilar a los cientos de miles de trabajadores británicos que allí se manifestaban en solidaridad con la causa del proletariado internacional. "Cuando me bajé de aquel carro de mercancías", le escribía a Bebel, "me parecía llevar la cabeza dos pulgadas más alta". Tenía la impresión de que, tras un largo sueño invernal, volvía resonar en sus oídos la voz del proletariado inglés. "Han entrado en la línea de combate todos los nietos de los viejos cartistas", exclamaba.

Se había puesto en marcha, primero en Escocia y luego, extendiéndose desde allí, en Inglaterra, la campaña de agitación de Keir Hardie en pro de la fundación de un partido obrero independiente, y hay razones para creer que el propio Engels estaba iniciado en estos planes y hasta es posible que, aunque de la manera más indirecta, hubiera contribuido personalmente a urdir lo que Hyndman consideraba como una "conspiración" contra la Federación socialdemócrata. No obstante, decidió esperar hasta ver qué salía de aquel movimiento, antes de pronunciarse abiertamente en su favor.

Creyó también oportuno precaver a la socialdemocracia alemana de proclamar ya sin más "al" Partido obrero independiente como "el verdadero y único" partido obrero de Inglaterra: "Hay que tener cuidado de no quemarnos los dedos". La experiencia le había enseñado "que no era tan sencillo hacer aprender a una gran nación con formas doctrinarias y dogmáticas", aunque se le ofreciera una teoría "nacida, como la marxista, de sus propias condiciones de vida". Y, por esa misma razón, se guardó también mucho de exigir de los ingleses, en el terreno programático, lo mismo o algo parecido de lo que era posible pedirle "a un pueblo tan dotado teóricamente como el alemán".

A fines de 1889 le manifestaba a Sorge, en una carta, que el movimiento estaba definitivamente en marcha, aunque no se trataba de un movimiento directamente socialista. "Se mantienen fuera de él los ingleses que mejor conocen nuestra teoría: Hyndman, porque es un pendenciero incorregible, y Bax, porque es un erudito de biblioteca". Y proseguía: "El movimiento es, ante todo, fomalmente, un movimiento tradeunionista, pero totalmente distinto de las viejas *trade unions* de los *Skilled Labourers*, de la aristocracia obrera". Quienes participaban en él no sabían aún cuál era la meta hacia la que marchaban. La experiencia tendría que encargarse de enseñarles a la luz de sus propios errores, pero no tardarían mucho en llegar a enterarse, puesto que, a diferencia

de las viejas *trade unions*, se reían sarcásticamente cuando se les hablaba de la identidad de intereses entre el capital y el trabajo.

Engels estaba firmemente convencido de que, según escribía a Bebel el 23 de enero de 1893, las masas que afluirán al movimiento acabarían barriendo con todas las camarillas e impondrían la necesaria unidad. Aquel "lamentable tinglado de las pandillas" que tanto aborrecía nació simplemente, como creía ver con toda claridad, "de la falta de confianza de las masas en sí mismas" y desaparecería tan pronto como existiera "una clase obrera que realmente se mueva en masa".

Cierto es que, todavía en el año de su muerte, seguía observando Engels "la misma vieja batalla entre las diferentes fraccioncillas", pero creía percibir también, cada vez con mayor fuerza, el impulso instintivo de las masas hacia el socialismo. No le inquietaba el que "el proceso de la toma de conciencia" se desarrollara aquí con mayor lentitud que en otras partes. Era —decía— el certero método anglosajón, y había que tener paciencia. No sin cierta apariencia de razón, sostenían "las inteligencias alemanas ahormadas por la universidad" que los obreros ingleses se proponían simplemente "ennoblecen" el sistema del trabajo asalariado, escribía en una de las notas manuscritas para su polémica contra la teoría de Inglaterra como país modelo, sostenida por Brentano. A su juicio, había que dar ya por liquidada la doctrina de quienes pensaban que la paz social había encontrado su realización en este país. Aunque los "prácticos" ingleses se hallen muy rezagados detrás de los alemanes y los franceses, no cabe duda de que "cuando sepan lo que quieren, también ellos serán los dueños del Estado, de la tierra, de la industria y de todo". Así se expresaba Engels, en sus últimos años de vida, en cartas a diferentes amigos.

Si en Inglaterra, como vemos, la clase obrera, orientada preferentemente hacia las exigencias prácticas del día, teóricamente despreocupada y reacia a toda generalización, como cumple al modo de ser anglosajón, se había resistido a hacer concesiones al postulado de la lucha de clases mientras pudo participar de las bendiciones de la prosperidad general, lo mismo podemos decir, aunque en medida incomparablemente mayor, de las masas obreras anglosajonas de los Estados Unidos de Norteamérica. Desde que Engels, por medio de la correspondencia que sostenía con algunos correligionarios suyos emigrados desde 1848, seguía de cerca el desarrollo social en los Estados Unidos, estaba claro para él que el socialismo sólo encontraría allí cabida, ante todo, en aquellas minorías proletarias que habían llevado consigo las ideas socialistas desde Europa y que, para que se extendiera a la mayoría anglosajona, sería necesario, ante todo, que la situación económica del Nuevo mundo y, como consecuencia de ello, su situación social, se acercasen considerablemente a las de Europa.

Ya en los años cincuenta, cuando sus fuentes de información eran todavía Weydemeyer y Cluss, calificaba de ilusoria la creencia de que las doctrinas socialistas transportadas desde Alemania pudieran encontrar oídas en las masas obreras anglosajonas, las cuales no sentían aún la menor necesidad de agruparse

en organizaciones de clase. Reconocía a los alemanes el mérito de haber difundido el socialismo en muchas partes del mundo: "Sin la actividad de los alemanes residentes en esos países, la socialdemocracia no ocuparía el lugar que hoy ocupa ni en los Estados Unidos ni en Suiza ni en el Este y el Norte de Europa. Ellos han sido siempre y en todas partes quienes han relacionado entre sí a los socialistas de las diversas naciones".

Sin embargo, no dudaba de que, en los Estados Unidos, no llegaron a poner en pie un "movimiento real" ni los lassalleanos, que en el Este de aquel país se mantenían todavía más activos que en Alemania, ni los internacionalistas alemanes. "Los obreros norteamericanos comienzan a marchar, pero siguen su propio camino, ni más ni menos que los ingleses", le decía a Schlüter, en enero de 1890.

"No podemos inculcarles de antemano la teoría, pero ya su propia experiencia y sus propios errores y los traspiés que les lleven a dar, les llevarán de la mano a la teoría acertada, y después, *all right*. Los pueblos independientes siguen su propio camino, y ninguno tan independiente como lo ingleses y sus vástagos". Un escollo especial con que, según Engels, tropezaba el desarrollo del movimiento obrero en el Nuevo mundo era la actitud aristocrática que los obreros del país mantenían hacia los inmigrados. Pero se decía que en un país tan joven como aquél, erigido desde el primer momento sobre bases burguesas, era natural que la clase obrera compartiera, al comienzo, los prejuicios de la burguesía.

Seguía, sin embargo, en su inconmovible optimismo, convencido de que, con el tiempo, serían cada vez más fuertes los empeños por crear un partido socialista combativo cuya acción se extendiera por todo el inmenso territorio de los Estados Unidos y de que los obstáculos en contra de ello irían venciendo cada vez con mayor facilidad. "La base puramente burguesa sobre la que ese país descansa, sin envolverse en ninguna clase de engañosos velos preburgueses y la gigantesca energía de su desarrollo, que se manifiesta incluso en la loca exageración del actual sistema arancelario, provocarán un buen día un cambio que causará el asombro del mundo entero. El día en que los norteamericanos pongan manos a la obra, lo harán con una energía y una virulencia en comparación con las cuales los europeos pareceremos niños". Sin embargo, difícilmente podía esperar Engels a vivir personalmente este gran cambio que auguraba.

En cambio sí le fue dado, ya en su ancianidad, alcanzar a ver en gran número de países europeos un poderoso auge del movimiento obrero encauzado políticamente hacia el socialismo, y no sólo contemplarlo desde fuera, sino contribuir además personalmente a que este apogeo del proletariado siguiera los caminos que Marx y él le venían señalando desde hacía varios decenios.

Recordemos que en Italia, a raíz de llevarse a cabo la unificación nacional, una parte considerable de la herencia que había dejado el radicalismo político de Mazzini la recogió el anarquismo revolucionario de Bakunin. "Bakunin

encontró en Italia los partidarios que no había podido encontrar Marx, porque éste era, para los italianos, demasiado crítico, demasiado inclinado a la economía, demasiado sarcástico y demasiado poco humanista". Así nos lo explica, por lo menos, Benedetto Croce.

Sabemos, desde luego, que Engels fracasó totalmente cuando, de modo prematuro, trató de encauzar, desde Londres, a las capas más bajas del pueblo, todavía entremezcladas y revueltas, en una dirección para la que no se daban en Italia, aún, las premisas económicas y psicológicas necesarias. Había intentado en vano, después del Congreso de La Haya, ocupar con personas capaces los pocos puestos que había logrado conquistar en aquella "fortaleza de abogados, literatos e indolentes". Y la asequibilidad del proletariado italiano al marxismo siguió siendo muy limitada más tarde, cuando los fracasos de las intenciones anarquistas en los años setenta y ochenta llevaron al descoyuntamiento del movimiento obrero por el gobierno.

Engels saludaba como algo muy halagüeño el hecho de que la creciente industrialización de la Lombardía y provincias adyacentes desplazara hacia el norte el centro de gravedad del movimiento proletario. Ello haría, a su juicio, que la decisión en el debate entre la tendencia antiparlamentaria y la parlamentaria recayera en un medio obrero más propenso a sus ideas. Y hubo de producirle especial satisfacción el saber que Cafiero, poco antes de que su espíritu se entenebreciera para siempre, había ofrecido a los obreros italianos, en 1879, la primera exposición compendiada de *El Capital*.

Sin embargo, y a pesar de todas estas circunstancias favorables, hubo de pasar bastante tiempo antes de que el marxismo prendiera en el proletariado italiano. En primer lugar, la impresión contra la tutela de los intelectuales, de que los obreros se habían dejado llevar precisamente en la era bakuninista, determinó en el norte de Italia la creación de un partido exclusivamente obrero, en el que sólo se admitía a trabajadores manuales y que rechazaba toda teoría socialista. No obstante, este *Partito operaio* decidió participar en las elecciones, aunque los primeros resultados por él obtenidos fueron muy escasos.

El partido alemán se proyectaba como un haz luminoso sobre el pequeño círculo de socialistas italianos que fue formándose lentamente y que aspiraba a crear el partido socialdemócrata de su país. Sus dirigentes pasaban por ser discípulos de Marx y Engels. A partir de la segunda mitad de la década del ochenta, algunos intelectuales socialistas se consagraron con dedicación y con buenos resultados a traducir al italiano y a difundir las obras de los dos maestros. Su centro de acción era, al igual que el del *Partito operaio*, la ciudad de Milán, y la vecindad ayudó a encontrar los caminos para que ambos grupos se relacionaran entre sí. Se crearon así las condiciones para que, en un congreso celebrado en Génova, aquel partido exclusivamente obrerista, cuyo radio de influencia seguía siendo puramente local, cediese el puesto al *Partito dei Lavoratori Italiani*, que expulsó de su seno a los anarquistas y llamó a los trabajadores de toda Italia a agruparse sobre la base de un programa de lineamientos estrictamente marxistas.

A esta marcha de las cosas, que tanto tenía que satisfacerle, contribuyó Engels, no sólo con sus obras traducidas al italiano, sino también con su colaboración en la revista *Critica sociale*, que fue el primer órgano de prensa del marxismo italiano, fundado en Milán en 1891, bajo la dirección de Felipe Turati, hombre versado en varias lenguas. Mediante cartas particulares dirigidas a Turati, Engels procuraba también influir en la marcha del movimiento. Lo aconsejaba, sobre todo, en las cuestiones de orden práctico, mientras que los problemas relacionados con su concepción de la historia eran tema principal de su correspondencia con Antonio Labriola, profesor de filosofía en la Universidad de Roma, quien se había trazado la misión de desplazar la influencia del positivismo, todavía imperante en aquellas cátedras, por la de la doctrina de Marx y Engels. Ya en 1891, dictaba Labriola en la Universidad de Roma cursos muy concursos sobre el materialismo histórico.

Labriola no ignoraba hasta qué punto el socialismo italiano se hallaba dominado todavía por un eclecticismo teórico y práctico, y esto le llevaba a desconfiar de la vitalidad del nuevo partido, fundado en Génova con la participación de Turati. Así se lo manifestó a Engels, en tono pesimista, pero éste le contestó que, una vez echadas las bases, era posible seguir trabajando sobre ello y que, si se lograba fundar un diario en Milán, contribuiría mucho a esclarecer las mentes. En sus numerosas cartas a Engels, Antonio Labriola elogiaba al maestro con una exaltación verdaderamente meridional y consideraba como la mayor dicha de su vida el haber tenido el privilegio de conocer y tratar personalmente a Engels. Se habían encontrado en Zurich en 1893. Por las cartas que Labriola le dirigía vemos que en su correspondencia con Engels se trataban toda una serie de problemas científicos, y es una pena que las cartas del segundo no se hayan conservado. Pero, en cuanto a la política directa, eran más importantes sus cartas a Turati, quien había logrado convertirse en el más prestigioso dirigente del joven partido y se consideraba obligado a recabar los consejos de Engels en casos de importancia sustancial o en situaciones más o menos peligrosas.

A comienzos de la década del noventa, la situación interior de Italia colocabá al joven partido, con harta frecuencia, ante problemas espinosos. La persistente crisis comercial, la difícil situación de las finanzas del Estado, la corrupción de los círculos dominantes, que se manifestó con toda crudeza cuando el escándalo de la banca latina comprometió a numerosos diputados e incluso a ciertos ministros y, por último, a fines de 1893, la gran insurrección provocada por el hambre en Sicilia, que Crispi aplastó con las tropas y castigó con severas leyes represivas, movieron a Turati a solicitar la contribución de la gran experiencia del Néstor del socialismo internacional. En escritos dirigidos al Congreso del partido celebrado en Imola y a *Critica sociale*, Engels daba ánimos a los socialdemócratas italianos, haciéndoles ver que un Crispi no iba a triunfar donde había fracasado un Bismarck. Y corroboraba expresamente lo que todavía, por aquel entonces, discutía todavía con gran fuerza la prensa burguesa de Italia, a saber: que la meta de todos los partidos inspirados en el

espíritu marxista era la conquista del Estado por medio de la lucha de clases.

El 27 de octubre de 1894, consultado por Turati, en carta dirigida a éste, emitió Engels una notable opinión acerca de la conducta que la socialdemocracia italiana debería adoptar, caso de que el ala radical de la burguesía arrastrara al país a una revolución. La respuesta partía del supuesto de que la burguesía italiana, una vez llegada al poder, interesaría a las grandes masas del pueblo solamente en las cargas, pero no en los beneficios relativos del sistema capitalista. La Italia trabajadora seguía agobiada bajo el peso de una serie de instituciones anacrónicas que venían rigiendo desde la Edad Media e incluso desde los tiempos de la antigüedad, y bajo el más voraz fiscalismo que gobierno burgués alguno había podido discurrir. La población campesina seguía predominando excesivamente sobre la población urbana y, en las mismas ciudades, las masas desclasadas que habían surgido al disolverse la pequeño burguesía medieval rebasaban considerablemente en número a los obreros industriales.

La situación desesperada de estas masas empujaba a los futuros proletarios a ponerse a la cabeza del movimiento revolucionario, y estos elementos encontrarían apoyo en los campesinos. Estos, sin embargo, vivían dispersos y en su seno predominaban demasiado los analfabetos para que de ellos pudiera partir una iniciativa eficiente. Si el movimiento triunfaba por la violencia, traería como consecuencia una república burguesa, de la que el proletariado tenía derecho a esperar, por lo menos, la conquista del sufragio universal y la libertad de prensa y de asociación, es decir, nuevas armas nada desdeñables.

Permanecer totalmente al margen de este movimiento revolucionario sería el mayor error que podía cometer la socialdemocracia. Pero, si se le invitaba a participar en él, había que proceder con mucha cautela, pues la democracia burguesa acostumbraba a cebar al proletariado con simples promesas: "Si estamos obligados a apoyar cualquier verdadero movimiento popular, lo estamos también a no sacrificar al núcleo de nuestro partido proletario, apenas formado, ni a permitir que sea diezmado en estériles insurrecciones locales. Ahora bien, si el movimiento abarca realmente a la nación en su conjunto, no os quepa duda de que nuestras gentes participarán en él sin aguardar a que nadie les dé la consigna".

Pero, en este caso —aconsejaba Engels—, la socialdemocracia deberá declarar en voz alta que participa en la revolución como partido independiente, totalmente distinto de los radicales y los republicanos y que, al día siguiente de la victoria, volverá a separarse de ellos, aunque por el momento se sienta obligada a marchar a su lado. Para Engels, el mayor de los peligros se presentaría en el caso de que se ofrecieran a la socialdemocracia algunos puestos en el nuevo gobierno. A su juicio, el lamentable ejemplo de los franceses después de los acontecimientos de febrero de 1848 debía enseñar a los socialdemócratas a negarse y moverles a rechazar este ofrecimiento.

Es característica de la actitud adoptada por Engels al dar respuesta a esta clase de consultas el final de la citada carta: "En todo lo anterior", le decía a Turati, "me limito a dar mi opinión personal, puesto que me la pedís, y lo

hago, además, con grandes reservas. Por lo que se refiere a la táctica general, durante toda mi vida he tenido ocasión de comprobar su eficacia, sin que me dejara ni una sola vez en la estacada. Pero una cosa es eso y otra cosa distinta su aplicación a la situación actual de Italia, pues esto debe decidirse sobre el terreno por quienes se hallan inmersos en los acontecimientos”.

Engels entró en contacto permanente con el movimiento obrero de Austria cuando, a mediados de la década del ochenta, se había apaciguado la ola anarquista que por momentos parecía que iba a inundar el movimiento obrero político en aquel país y, sobre todo, al fundarse sobre la base de un programa marxista el Partido obrero socialdemócrata de Austria, en el Congreso celebrado en Hainfeld a fines de 1888 y comienzos del 89. Claro está que la existencia de este partido no quedaría afianzada mientras las autoridades del país siguieran tratando con la mayor arbitrariedad a la prensa y conculcando el derecho de asociación y de reunión del proletariado organizado.

El hombre que había llevado la voz cantante en la fundación del partido, el Dr. Víctor Adler, que había ejercido la profesión de médico, conocía ya a Engels desde 1883, en que le visitara por vez primera. En julio de 1889 había vuelto a pasar por Londres, procedente del Congreso internacional de París, con la intención de escuchar los consejos del cofundador del marxismo acerca de las futuras tareas del joven partido austríaco y de los medios que había para llevarlas a cabo.

Se publicaba por entonces en Londres un periódico titulado el *Labour Elector*, “órgano del socialismo político”, en el que colaboraban Juan Burns, Keir Hardie y Tomás Mann y en el que en las semanas anteriores al Congreso de París habían aparecido también artículos de Engels, Bernstein y los Aveling. En una nota publicada en sus columnas en el mes de agosto se rendía tributo “a la maravillosa energía, el tacto y la perseverancia” con que Adler había sabido, en los tres últimos años, reorganizar el movimiento socialista en Austria. Esta nota, salida de la pluma de Engels, reflejaba la gran impresión que la personalidad del dirigente del partido austríaco había dejado en el veterano rector de la socialdemocracia europea. Veía en aquel hombre a un intelectual alemán en quien se aunaban una madura y vasta cultura general, el afán de ahondar realmente en la problemática del socialismo, un gran sentido de la responsabilidad, una sincera devoción por la causa, una ardorosa confianza en las ideas del *Manifiesto comunista* y unas magníficas cualidades de dirigente político.

Entre el viejo Engels y Víctor Adler se trabó, así, una amistad sólo comparable con la que le unía a Bebel. La nota característica de ella era que los dos amigos se hallaban casi en el mismo nivel cultural. A la gran veneración y a los cuidados médicos del más joven de los dos por su “consejero y maestro” respondía éste con un delicado afecto. Tanto las cartas en que Engels brindaba a Adler, agobiado por sus complicaciones familiares, una ayuda financiera de modo que éste la interpretara como dirigida exclusivamente al partido, como

las cartas en que su destinatario aceptaba un apoyo brindado con tal delicadeza son realmente documentos de una gran nobleza humana.

Del mismo modo que Adler velaba desde lejos por la salud de Engels, éste, por su parte, velaba por la salud política del movimiento, cuya responsabilidad se había echado Adler sobre sus hombros. El dirigente austríaco manifestó que había sido el encuentro y la amistad con Engels lo que definitivamente había dado rumbo a su vida. En él veía al hombre que había enseñado a una joven generación de dirigentes cómo debía aplicarse la teoría *in corpore vivo*.

Sus cartas a Víctor Adler son elocuente testimonio de cuanta alegría le proporcionaba a Engels el auge del partido austríaco y del creciente respeto que inspiraba a la burguesía y al gobierno de su país. Y nos muestran también cómo pensaba acerca de los más importantes problemas planteados por la política interior del reino de los Habsburgo. Engels veía en el proyecto de ley electoral con que Taaffe, en el otoño de 1893, hacía la primera concesión al sufragio universal, un pago a cuenta a favor de las exigencias de la socialdemocracia y que ésta debía aceptar. No cabe duda de que llevaría un poco de aire fresco a aquella cueva lóbrega el que algunos representantes obreros lograran, por fin, entrar en el Reichsrat. Ello abriría para Austria una nueva época. Le parecía descubrir ahora en el reino danubiano nuevas perspectivas para una socialdemocracia que realmente supiera lo que quería. Es cierto que el partido era incomparablemente más fuerte en Alemania, pero, a cambio de ello, se enfrentaba también con resistencias mucho más fuertes.

Allí donde un movimiento obrero político en vías de robustecimiento no considera incommovible el poder del Estado que a él se enfrenta, se siente fácilmente tentado a recurrir a medios de fuerza para arrancar los éxitos que aspira a lograr. En los años noventa, Bélgica, donde existía un sistema modelo de cooperativas obreras, que, en caso necesario, podía servir de firme línea de repliegue ante un ataque rechazado de la socialdemocracia, se había convertido en una especie de laboratorio donde el proletariado combatiente podía poner a prueba más a fondo la utilidad de la huelga general política para su lucha emancipadora.

En 1893, se había empleado esta arma en Bruselas para luchar por la ampliación del derecho de sufragio, y en Austria se levantaron también algunas voces manifestando que tal vez este medio sirviera para acelerar la marcha de la reforma electoral, que, después de la caída de Taaffe, amenazaba con paralizarse y desvirtuarse bajo la política de su sucesor Windischgrätz.

Engels no condenaba la huelga general política simplemente porque fuera un arma procedente del arsenal anarquista. Pero opinaba que a un arma tan peligrosa como ésta sólo debía recurrirse en casos excepcionales muy determinados, y siempre después de haber sopesado con la mayor frialdad todas las circunstancias concurrentes. Con el paso de los años, veía cada vez con mayor claridad los grandes peligros que representaba, ante los formidables progresos de la técnica armamentista, una lucha abierta con las fuerzas armadas en pro del movimiento obrero político. Adler, por su parte, trataba de hacer ver a las

masas por todos los medios la diferencia que existía entre las perspectivas de una huelga general bajo la monarquía de los Habsburgo y en un país industrial altamente desarrollado como Bélgica. Allí, un ejército pequeño y poco seguro y una burguesía dividida en sus opiniones; aquí, un país grande y atrasado, donde lo único moderno era el militarismo, donde seguían predominando numéricamente los campesinos y los pequeñoburgueses y donde la burguesía en su totalidad abrigaba intenciones hostiles frente al proletariado y una derrota condenaría al partido a desangrarse.

Eran exactamente los mismos argumentos empleados por Engels, el 3 de noviembre de 1891, enfrentándose a Kautsky; también aquí, en esta carta, se expresa el temor de que "se echen a rodar en un día los frutos de largos años de trabajo". Pero, como no desdénaba, ni mucho menos, "la fuerza mágica que la consigna de la huelga general" ejercía sobre las masas vienesas, se alegró mucho cuando, más tarde, ya pasado el peligro, pudo felicitar a su amigo Víctor Adler por la prudente táctica con que había sabido salir al paso de la idea de la huelga general, dejándola "adormecerse".

Si la reforma electoral se ponía en práctica, Alemania se convertiría necesariamente en un moderno Estado consuetudinario. Y la socialdemocracia pasaría a ser entonces, pensaba Engels, la "vanguardia del proletariado europeo", llamada a iniciar "la ofensiva general" en un momento en que los socialdemócratas de Alemania, Francia e Italia tenían que hacer frente al asalto de la reacción, en la que se aglutinaban los más diversos partidos. "Solamente a partir del día en que hayáis conquistado la reforma electoral, cualquiera que ella sea", escribía a Víctor Adler el 17 de julio de 1894, "tendrá sentido que os lancéis a una campaña de agitación contra el sistema electoral indirecto vigente en Prusia. Y ya desde ahora puede sentirse seguro en Alemania el sufragio universal tan amenazado, por el solo hecho de que en Austria exista la posibilidad de una reforma electoral de cualquier clase". Y es que los partidos socialdemócratas de los diferentes países formaban ya desde este mismo momento, para el ojo militarmente adiestrado de Engels, como los diferentes y poderosos cuerpos de un gran ejército, para el que debería regir un plan general y conjunto de operaciones.

Si el fortalecimiento de la socialdemocracia conducía, en un país tan desgarrado por la pugna entre las nacionalidades como Austria-Hungría, a la agrupación de la clase obrera de los países más importantes aglutinados bajo la corona de los Habsburgo con la bandera de la lucha de clases, ya ello solo representaría, a juicio de Engels, un triunfo para aquel discípulo suyo que, aunque muy metido en los libros, sabía pensar por cuenta propia en la redacción de la *Gaceta obrera* de Viena.

Quando el socialdemócrata de Praga llamado Krapka, a comienzos de la década del noventa, le pidió un artículo para el número especial de Primero de Mayo de una publicación checa, Engels le manifestó con gran aplomo que toda aquella discordia de las nacionalidades sólo era posible bajo la égida de los grandes terratenientes feudales y de los capitalistas, que sólo servía para perpe-

tuar esta dominación y que tan pronto como la clase obrera llegara al poder, desaparecería todo pretexto de discordia nacional.

Y he aquí lo que, el 30 de agosto de 1892, escribía acerca de esto a Víctor Adler: "La cooperación con los checos responde también a una necesidad política. Viven en medio de Alemania, están vinculados a nosotros como nosotros lo estamos a ellos y todos tenemos interés en que esas tierras no se conviertan en un nido neocheco-ruso-paneslavista. Ciertamente existen también medios para acabar incluso con esto, de una vez por todas, pero lo mejor es siempre lo mejor. Y, como, en lo tocante a la autonomía nacional, pueden obtener de nosotros, en suelo checo, cuanto deseen y necesiten, no existe el menor peligro. (Como ves, opero siempre, en este asunto, sin contar con una posible separación política momentánea de Alemania.)"

No creemos que Engels hubiera podido prestar su asentimiento a la solución excesivamente mecánica y poco justa para Alemania que se dio después de la guerra mundial al desbarajuste de las nacionalidades en esta región de Europa. Por aquel entonces, aún creía que era curable la enfermedad que más tarde llevaría a la tumba al Estado del centro de Europa basado en un conglomerado multinacional. Pero curable, a condición de que el poder llegara allí antes de que fuese demasiado tarde a manos como las que, años después, serían capaces de dominar este problema en aquella mescolanza inmensa de pueblos que era Rusia. "La Austria obrera", había escrito en 1891, contestando a la invitación que se le hacía para que asistiera al Congreso del partido en Viena, no conocerá ya la discordia de las nacionalidades.

Sólo hemos podido seguir, en las páginas anteriores, la influencia ejercida por Engels sobre el desarrollo del movimiento obrero político, fuera de Alemania, en los países mayores y más importantes de Europa. Pero hay que decir que sus ideas llegaron también, de un modo o de otro, a Suiza, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Suecia, Noruega, Polonia, Hungría, España, Portugal, Rumania y Bulgaria. Sin embargo, la influencia más trascendental para la historia del mundo fue la que Engels ejerció, en los tiempos a que nos referimos, sobre el desarrollo socialista de un país que por aquel entonces aparecía, todavía, bastante borroso en el último plano del movimiento obrero europeo.

Sabemos hasta qué punto sus ideas acerca de la historia del mundo giraban en torno a la revolución que un día derrocaría la autocracia en el gran imperio oriental, abriendo con ello el camino hacia la revolución proletaria también en los países occidentales.

Engels estaba convencido de que, en Rusia, la revolución social se había convertido en una necesidad absoluta ante el fracaso de la reforma agraria de 1861. Aunque esta reforma hubiera puesto fin al "empantanamiento histórico" de los campesinos rusos, "puestos al margen de la historia", los había colocado, al mismo tiempo, en una situación "en que no podían vivir ni morir". Desde las décadas del setenta y del ochenta, Engels se preocupaba constantemente en torno al problema de cuándo estallaría la revolución rusa, de qué fases recorrería

esta revolución y de cuál sería el resultado histórico a que conduciría. Y este problema no sólo le preocupaba incesantemente, por propia iniciativa, en sus propias reflexiones y en su intercambio de ideas con Marx, sino que le era planteado a los dos amigos y, después de morir Marx, al sobreviviente, con frecuencia cada vez mayor, de palabra y por escrito, por los propios revolucionarios rusos.

Engels conocía el ruso lo suficiente como para poder leer, cuando disponía de tiempo, los libros y las publicaciones y escritos que en gran cantidad llegaban a él desde Rusia y desde los grupos rusos en el exilio. Pero sin perder nunca de vista que su conocimiento acerca "de los pormenores de la situación económica de Rusia" era limitado. Tanto más cuanto que en los manuscritos de *El Capital* que Marx le había dejado no había llegado a encontrar la proyectada exposición acerca del desarrollo económico de la agricultura rusa. Esta era, entre otras, la razón de que se abstuviera cuantas veces se invocaba su autoridad con respecto a estos asuntos. Y ello ocurría cada vez con mayor frecuencia a medida que en Rusia se alzaban en las propias filas de los "populistas", que hasta entonces llevaban la voz cantante en el movimiento socialista de aquel país, voces críticas en las que se manifestaba la conciencia de que también allí pertenecía el porvenir, aunque fuera por poco tiempo, al capitalismo. Quienes así pensaban comenzaban a estudiar las obras de Marx y Engels sin prejuicios y de un modo tan concienzudo como hasta entonces no lo habían hecho, sobre todo en tan gran número, los intelectuales de ningún otro país.

En esta biografía sólo podemos referirnos muy someramente a una discusión llamada a tener una importancia tan grande para la historia del mundo como la que entonces inflamaba los espíritus de todos los emigrados revolucionarios rusos.

Los populistas se resistían con todas sus fuerzas a la idea de que tampoco en su amada Rusia, donde el capitalismo apenas había sentado pie hasta entonces, podría llegar a realizarse el ideal del comunismo sin pasar por el largo calvario de la industrialización y de la formación de una burguesía y de un proletariado industrial. Era natural que a los oídos rusos les sonase de un modo mucho más atractivo la doctrina de los *narodniki*, quienes sostenían con toda convicción que una gran nación campesina como la suya podía evitarse aquel rodeo para pasar directamente de sus instituciones comunistas primigenias al comunismo moderno.

La tesis de que también Rusia tenía que pasar por la fase del desarrollo industrial burgués la sostenían principalmente, al comienzo, los autores que instaban ideas procedentes de la burguesía liberal, apoyándose a veces para ello en el pensamiento marxista. Pero fue a partir del momento en que, bajo Alejandro III, se vio completamente aplastado el movimiento terrorista, después de abatir a su predecesor en el trono, cuando esta teoría, inspirada en las realidades sociales de la Europa occidental, pudo encontrar también eco entre los revolucionarios sociales rusos que, llevados de su impaciente activismo, habían temido hasta entonces que el abrazar las doctrinas del *Manifiesto comunista* y de *El*

Capital pudiera condenarlos a la inmovilidad, mientras la revolución proletaria no triunfara en Occidente. Fue la conciencia de que los trabajadores de la ciudad, a quienes primordialmente se dirigían estas doctrinas, eran más asequibles a su labor de agitación que el *mujik* lo que les llevó a dar el paso de la tradición socialista nacional al comunismo de Marx y Engels. Por lo demás, algunos de ellos interpretaban a Marx y Engels de tal modo que donde hablaban de los obreros, ellos entendían los campesinos.

Por tanto, el problema candente que dominaba el interés teórico de todos los socialistas rusos era el saber si las instituciones comunistas acabadas del futuro podrían injertarse en aquel comunismo primitivo que por el momento prevalecía aún en la comunidad rural de la Gran Rusia o si también allí, como en los países occidentales, la economía colectiva del mañana tendría que surgir asimismo como fruto del desarrollo del modo de producción capitalista. Y, cuando Engels no podía abstenerse de dar una respuesta a esta torturante interrogante rusa, se inclinaba a pensar que no se trataba tanto de un problema científico como de una cuestión eminentemente política. En efecto, según la actitud que ante ello se adoptara, según que se viera como exponente y ejecutor de la transformación esperada a los campesinos o a un proletariado fabril que aún no existía en masa, había que llegar a concepciones completamente distintas acerca del programa y la táctica de la futura revolución comunista en Rusia.

La primera vez que Engels hubo de ocuparse de estos problemas, lo hizo todavía bajo la aversión que sentía por aquella mezcla de socialismo y paneslavismo con que se habían encontrado en Bakunin y sobre todo en Herzen, quienes, en sus profecías, no sabían aún distinguir entre Rusia y el resto de Europa. Lo mismo, aunque de manera distinta que antes los franceses, estos socialistas rusos pretendían ser el pueblo elegido del socialismo. Pero Engels no daba la razón en esto ni a los unos ni a los otros. De ahí que en la serie de artículos sobre "La literatura de emigración" que publicó en *El Estado del pueblo* en 1874, contestando al blanquista ruso Tkatchof, que le había atacado, dijera que los rusos no eran la vanguardia, sino la retaguardia de la revolución proletaria europea. Y que los grandes rusos no tenían por qué sentirse especialmente orgullosos de que la propiedad común sobre la tierra se hubiera mantenido entre ellos durante más tiempo que en la mayoría de los otros pueblos indogermánicos, incluyendo a los polacos y los pequeños rusos, ya que, bajo esta forma tan primitiva, dicha propiedad común sólo se compaginaba con un bajo nivel de producción.

Pero, aunque el movimiento de los *narodniki* no pudiera todavía jactarse de las hazañas revolucionarias que más tarde llamarían la atención del mundo, Engels no negaba al *mir*, ya entonces, todo valor positivo para la futura transformación socialista de Rusia. Es cierto que advertía que ya en la Gran Rusia la propiedad común sobre la tierra "marchaba hacia su disolución" y no creía que los campesinos rusos pudieran, por su propia iniciativa, evolucionar desde aquellas instituciones comunistas primitivas hasta un tipo de propiedad común a tono con las exigencias de la cultura moderna. Sin embargo, no descartaba la

posibilidad de que pudieran saltar la etapa intermedia de la propiedad parcelaria burguesa, siempre y cuando que en la Europa occidental triunfara la revolución proletaria antes de que el *mir* llegara a suministrar con ello las premisas necesarias para poder cultivar en común su tierra, además de poseerla en común. Este modo de enjuiciar la situación en Rusia se reitera en el prólogo que en 1882 Engels escribió en colaboración con Marx para la segunda edición rusa del *Manifiesto comunista*: "Si la revolución rusa da la señal para una revolución obrera en el Occidente", leemos aquí, "es posible que la actual propiedad común existente en Rusia sirva de punto de partida para un desarrollo comunista".

Era ferviente deseo de Engels, como de Marx, llegar a ver el derrumbamiento del zarismo. Cuando se trataba de la consecución de esta meta, llegaban incluso a postergar las exigencias programáticas que tenían para ellos una importancia decisiva dondequiera que existiesen partidos obreros. De ahí que mostraran el mayor respeto por la agrupación conspirativa llamada "Naródnaiá Volia" que, a raíz de la guerra ruso-turca, desplegó aquella memorable acción terrorista cuyo apogeo fue la ejecución de Alejandro II, a pesar de que los afiliados a ella seguían alimentándose de las ideas de los "populistas" y de que daban por descartada la más mínima posibilidad de discutir teóricamente con aquellos fanáticos que se jugaban la vida por una idea. Mientras la "Naródnaiá Volia" siguiera operando con éxito, Engels comprendía perfectamente que la totalidad de sus miembros no tuviera ninguna prisa en "dar el salto al capitalismo".

Adoctrinados por sus experiencias tan desagradables con Bakunin y Herzen, Marx y Engels mostraron durante mucho tiempo un gran retraimiento ante la mayoría de los emigrados rusos, "cuyas camorras e intrigas" les asqueaban. Y sólo salieron de esta actitud retraída cuando se encontraron con emigrados que tenían tras sí realmente un pasado revolucionario. Cuando la revolución rusa dejó de estar representada exclusivamente, como antes de Marx e incluso después, por individuos salidos de la nobleza, cambió favorablemente, según decía Engels, este tipo de emigrados.

"Hay entre ellos", escribía al viejo Becker, ya en 1872, "personas que, por su talento y su carácter, figuran incuestionablemente entre lo mejor de nuestro partido, hombres de un estoicismo, una firmeza de carácter y, al mismo tiempo, una capacidad teórica verdaderamente maravillosas". No cabe duda de que este elogio iba dirigido, fundamentalmente, al joven Lopatin, quien, recomendado por Lafargue, se presentó en 1870, en Londres, a los dos amigos, con los que mantuvo un trato asiduo durante los años siguientes, hasta que acabó cayendo en los tentáculos de la policía zarista, de los que varias veces había escapado milagrosamente.

Otra figura, que no llegaba ni en originalidad ni en firmeza de carácter a la de Lopatin, era la del ingeniero León Hartmann, que había logrado salir al extranjero a raíz del frustrado atentado ferroviario contra el zar, en diciembre de 1879 y que, durante su estancia en Londres, visitaba con frecuencia la casa

de Engels. De él y tal vez de Lopatin, quien volvió a aparecer por allí en 1883, y a quien probablemente recibió, tenía Engels aquella impresión tan exagerada acerca del poder efectivo de la "Naródniaia Volia" que, años más tarde, le impediría apreciar debidamente la desproporción de fuerzas entre la autocracia y el puñado de gentes decididas y temerarias que retaban al régimen zarista.

La correspondencia de Engels con Danielson, el traductor ruso de los tomos segundo y tercero de *El Capital*, se inició después de la muerte de Marx, con quien antes se carteaba este prestigioso economista ruso. Dicho intercambio de ideas debía de tener un carácter más científico que político, entre otras cosas porque las cartas de Danielson estaban fechadas en San Petersburgo. No obstante lo cual todo lo que en sus cartas a este *narodnik* moderado manifiesta acerca del desarrollo agrario e industrial de Rusia nos orienta valiosamente sobre lo que pensaba o apetecía en cuanto a la situación de aquel país.

Las relaciones entre Engels y Lavrow, filósofo social afín a los *narodniki*, quien vivió en la emigración y pasó también algún tiempo en Londres y cuyo "afán conciliador" combatió aquél en los años setenta, habían mejorado un poco a partir del momento en que este ruso, quien dirigía el *Vperiod* (*Adelante*), señaló con mucha fuerza en su periódico la importancia de las contradicciones sociales. Lavrow escribió también el prólogo al conocido libro de su compatriota Kravtchinsky, quien, bajo el seudónimo de Stepniak, ofreció al público europeo, en la década del ochenta, bajo forma literaria, una imagen plástica de la "Rusia subterránea". Pero, aunque este revolucionario había tomado parte en el atentado contra Mesenzov, el jefe de policía de San Petersburgo, ya no era por aquellos días un político significativo de su partido. También Lavrow visitó asiduamente durante varios años la casa de Engels, y es posible que ningún otro ruso, aparte de Lopatin, le pintara con tanta vivacidad la situación de Rusia como este literato un tanto sensiblero.

Engels estaba siempre dispuesto a protestar enérgicamente cuantas veces trataba el gobierno zarista de que un emigrado revolucionario ruso fuese expulsado del país que le daba asilo. El mismo día del mes de enero de 1885 en que la prensa inglesa informaba de un convenio ruso-alemán sobre la extradición de presos políticos, en el que se decía que Bismarck se mostraba muy complaciente con los deseos de Alejandro III, estallaron en Londres varias bombas de dinamita. Bajo el mote satírico de "Consejeros áulicos dinamiteros del zar de Rusia", recordaba Engels ciertas historias de espías rusos ocurridas en Londres en 1881 y, más tarde, se preguntaba en *El socialdemócrata*: ¿a quién benefician estas explosiones? Pregunta a la que contestaba así: "Es posible que la dinamita haya sido colocada por manos irlandesas, pero consideramos más que probable que detrás de ellas estén una cabeza rusa y el dinero del zar". Y, como los órganos del gobierno alemán tendían a confundir deliberadamente la táctica de los anarquistas y la de los socialdemócratas, consideraba necesario pronunciarse con este motivo, en el terreno de los principios, acerca de la posición que la socialdemocracia europea mantenía ante el terrorismo.

"El método de lucha de los revolucionarios rusos", dice aquí, "les es impuesto por la necesidad, por la acción misma de sus adversarios. En cuanto a los medios empleados por ellos, son responsables ante su pueblo y ante la historia. Pero los señores que, sin necesidad y como muchachos de la escuela, parodian este tipo de lucha, que tratan de reducir la revolución al papel de un carnicero y que ni siquiera emplean sus armas contra el verdadero enemigo, sino contra el público en general, estos señores, no son ni mucho menos, émulos ni aliados de los revolucionarios rusos, sino sus peores enemigos". Y también en Rusia deseaba Engels que la época de los atentados dejara pronto el lugar a la lucha política abierta en un Estado constitucional. Estaba convencido, en efecto, de que el rápido desarrollo del capitalismo obligaría al zar a capitular, mejor de lo que podían hacerlo las acciones de los terroristas.

Se representaba la futura revolución rusa, en la que veía "el próximo punto de viraje de la historia del mundo", sobre todo en su primera etapa, como una revolución perfectamente burguesa. El 19 de diciembre de 1879 anunciaba a Juan Felipe Becker que los nihilistas, "con todas sus bombas, se limitarán a sacar las castañas del fuego a los constitucionalistas". Y para nada se hallaba en contradicción con esta idea de que el futuro inmediato de Rusia pertenecía a los liberales el que, en 1886, contestando a la invitación a un homenaje de aniversario de la Comuna de París, dijera que estaba seguro de que, "aunque fuera tras largos y violentos combates", llegaría a instaurarse, en su día, una Comuna rusa.

Desde que los continuos atentados habían eliminado a un zar, condenando a su sucesor a la suerte de un prisionero voluntario, Engels estaba perfectamente convencido de que la revolución rusa era inminente. Tal vez fuera en una conversación que sostuvo con Lopatin en septiembre de 1883, poco después de la muerte de Marx, donde se expresara más en detalle acerca de los resultados directos que esperaba de ella, subrayando que, al manifestar su opinión, reflejaba al mismo tiempo la de Marx.

Engels subraya aquí que, en los momentos que se vivían, la misión de un partido revolucionario ruso no podía consistir en ganar adeptos en su patria para la realización de una teoría, socialista, cuya aplicación a Rusia distaba mucho de hallarse suficientemente elaborada. De lo que se trataba era más bien de intimidar al zar hasta que no le quedara otro camino que convocar a una asamblea nacional. Y ello serviría de señal para la transformación del país, no sólo en el terreno político, sino también en el social. El esclarecimiento de las masas por la vía oral, tal como podría llevarse a cabo en el transcurso de una campaña electoral, resultaría más efectivo que cualquiera otra forma de propaganda revolucionaria. Las condiciones reales en que vive el pueblo ruso —decía— han acumulado suficiente material para la transformación de la sociedad. Y esta transformación se llevaría a cabo por sí misma una vez que se rompiera la funesta fuerza del estancamiento y se pusiera en movimiento al pueblo, aunque sólo fuese por un minuto.

Lopatin informó al Comité ejecutivo de la "Naródnaia Volia" de esta

importante conversación. Y, al hacerlo, subrayaba que si bien Engels no esperaba de la revolución en Rusia la inmediata implantación del comunismo, sí creía que debía acarrear una transformación de la sociedad, que, una vez comenzada, ya no se interrumpiría y de la que luego se desprenderían por sí mismos los resultados que fuesen posibles, apetecibles y viables para la época dada.

Los revolucionarios rusos emigrados en Suiza y en otras partes no tardaron en recibir noticias auténticas sobre la detención de los miembros del Comité central y el subsiguiente exterminio total de la "Naródnaiá Volia". Y hubieron de avenirse a la verdad, para ellos aterradora, de que la reacción había vuelto a enseñorearse sin cortapisa alguna de todo el país. Pero estas noticias o no llegaron a conocimiento de Engels o éste no les prestó ningún crédito. Lo cierto es que siguió confiando todavía durante largo tiempo en que el Comité ejecutivo de aquella organización no tardaría en dar nuevas señales de vida.

Cuanto más oscuras eran las perspectivas que ante los socialistas rusos se abrían para una actuación directamente política, más importancia cobraban los problemas de principio en los que Engels era para ellos una autoridad. Los progresos de la industria durante la larga época de reacción que comenzaba afianzaron a Engels en su convicción de que el *mir* no podía tener ya un valor esencial para la marcha hacia el comunismo. Procuró, sin embargo, no inmiscuirse en las querellas internas entre los socialistas rusos, que se inclinaban más bien a los campesinos y los que se orientaban hacia el nacimiento de un proletariado industrial.

En 1883 se había creado en Ginebra el grupo "Emancipación del trabajo", primera organización socialista rusa que profesaba las ideas de Marx y Engels y en la que militaban las personalidades más significadas, Plejanov, Axelrod y Vera Sassulich, traductora de varias obras de Engels. A éste le llenó de satisfacción el que, aunque por el momento sólo fuera en la emigración, se hubiera creado, así, el núcleo de un partido, que, según escribía a la Sassulich el 23 de abril de 1885, "aceptaba sin vacilaciones ni reservas la gran teoría historiográfica y económica de Marx, rompiendo decididamente con todas las tradiciones anarquistas y un tanto esclavófilas de sus predecesores". Pero, aunque le agradaba mucho el contenido teórico del folleto de Plejanov titulado *Nuestras discrepancias*, no aprobaba su intolerancia táctica contra "los pocos que ahora hacen algo en Rusia". Y también en carta a Kautsky de junio de 1885 repetía que en Rusia no se trataba, ahora, de un programa, sino de una revolución. Y que, de momento, tenía mayor importancia que la claridad teórica el aglutinar a todos los elementos capaces de actuar, cualesquiera que fuesen las diferencias programáticas.

Varios años después, visitaron personalmente a Engels, en Londres, los dirigentes intelectuales del marxismo ruso. Ya en 1885 había tenido ocasión de exponerle a Vera Sassulich cuáles eran las razones de que no quisiera intervenir en los litigios entre los grupos socialistas de Rusia, pues no conocía la historia íntima del partido revolucionario ruso, sobre todo la de los últimos años. Los

amigos que tenía entre los adeptos de la "Naródnaia Volia" se habían envuelto en el silencio ante él. Y, en general, no conocía la situación actual de Rusia lo suficiente como para emitir un juicio fundado acerca de los pormenores de la táctica que el momento impusiera allí. Creía saber únicamente que, en Rusia, desde el regicidio de Alejandro II, se daba el caso extraordinariamente raro de un país en el que un puñado de personas podían "hacer" una revolución y dar al traste con todo un sistema.

"Si alguna vez y en alguna parte —escribía— ha podido tener cierta razón de ser la fantasía blanquista de derrocar toda una sociedad por medio de una pequeña conspiración, es precisamente en el San Petersburgo de nuestros días". Sin embargo, aunque Engels se equivocaba entonces al creer en la inminencia de aquella revolución rusa que tanto anhelaba, razón por la cual admitía, sin necesidad de hacerlo, la posibilidad de que triunfase el método golpista-terrorista de lucha que siempre había combatido, no deja de tener interés cómo describía, con este motivo, a los socialistas rusos el presumible curso que seguiría la revolución:

"Quienes se imaginan haber 'hecho' una revolución —decía— se percatan al día siguiente de que no sabían en realidad lo que hacían y de que la revolución hecha por ellos no se asemeja en nada a la que se proponían hacer. Es lo que Hegel llama la ironía de la historia". Y, para estos efectos, resulta indiferente, al parecer, quienes hayan puesto fuego a la mecha, si una u otra fracción o incluso una revolución palaciega

"Cuando la situación ha llegado a ser tan tensa, cuando las condiciones económicas de las inmensas masas del pueblo van haciéndose cada día menos soportables, donde se dan todas las fases del desarrollo social, desde la comunidad agraria primitiva hasta la gran industria y la alta finanza moderna y donde todas las contradicciones se ven ahogadas por un despotismo sin precedente, cada vez más insufrible para una juventud en la que se aúnan la intelectualidad y la dignidad nacional del país; donde existen todas estas condiciones y estallan los acontecimientos del año 1789, no pueden tardar en ir seguidos por los del año 1793". Como se ve, Engels se imaginaba la gran revolución rusa del futuro a imagen y semejanza de la gran revolución francesa, pero sin incluir en el cotejo el gran fenómeno llamado Napoleón.

En la segunda mitad de la década del ochenta, se refería ya con menos frecuencia a esta revolución, que se dilataba más de lo que él había esperado. En cambio, iba pasando cada vez más a primer plano, para él, al lado de la política exterior del gobierno ruso y de las experiencias revolucionarias que en ella cifraba, el desarrollo de la economía en Rusia. En carta a Danielson expresaba su convicción de que, bajo la serena superficie de una calma política, el imperio de los zares iba desarrollándose con acelerada rapidez hacia las formas de vida capitalistas, y que las consecuencias de esta transformación económica tendrían también que manifestarse, más tarde o más temprano, en otros muchos terrenos.

Se alegraba mucho al ver el talento y el celo con que sus amigos, princi-

palmente Plejanov, profundizaban ahora en la teoría marxista. No le parecía bien, sin embargo, el que en algo tan decisivo para este país como la cuestión agraria, se dejasen llevar de su afán incontenible por la polémica, en vez de ahondar en los problemas con fría y rigurosa cientificidad. E insistía en la necesidad de que, con vistas a la futura expropiación de la tierra, se pusieran de acuerdo acerca de un programa que saliera al paso del peligro de que una toma de posesión "elemental" pudiera acabar con las fincas sin tener en cuenta las exigencias de la economía del país.

No tenía confianza en el futuro de la economía campesina, invocando en apoyo de ello el ejemplo de otros países, y también para Rusia opinaba que el porvenir de la agricultura estaría reservado a la explotación en gran escala y altamente racional por medio de máquinas.

En marzo de 1892, manifestaba abiertamente a Danielson que no creía susceptible de modernización el régimen de la comunidad de tierras, tal como venía existiendo en el campo de Rusia. En última instancia, le parecía que este "fundamento de carácter comunista primitivo" estaba condenado a desaparecer. Pero no por ello desconocía cuán rico en consecuencias podría ser el que la revolución capitalista, en Rusia, actuara y repercutiera sobre este fundamento en decrepitud. Se daba perfecta cuenta, a este propósito, de lo que significaba el que la transformación política de Rusia se encontrara con un país que contaba con una población campesina mucho más numerosa que cualquier otro. El proceso de desintegración de unos 500 000 hacendados y como de ochenta millones de campesinos bajo la acción de una nueva clase de terratenientes burgueses —escribía a Danielson el 24 de febrero de 1893—, sólo podrá llevarse a cabo bajo espantosos sufrimientos y convulsiones. "Pero la historia es la más cruel de las deidades y su carroza triunfal avanza y avanza sobre montones de cadáveres, no sólo en la guerra, sino también en el desarrollo económico que llamamos 'pacífico'".

En la primavera de 1892 debía celebrarse en casa de Engels una conferencia de unificación entre los dirigentes de las dos fracciones de la emigración socialista rusa, los viejos populistas y el grupo "Emancipación del trabajo". Sin embargo, Engels temió, una vez más con este motivo, que los prematuros intentos de entendimiento pudieran conducir a querellas todavía más enconadas y tal vez, por esta razón, no deplorara el fracaso de aquel plan. Seguía condenando el que los marxistas rusos clavaran en la picota, como "una mano reaccionaria compacta" a los *narodniki*, que, a su juicio, estaban por encima de ellos por su conciencia de la importancia decisiva de la cuestión agraria para Rusia y sus esfuerzos por estudiarla a fondo. Opinaba que en todas partes representaba un peligro para el movimiento el lanzarse a condenaciones superficiales de este tipo, que empañaban la mirada para poder ver el diferente grado de peligrosidad de los adversarios. Descaba, por su parte, que se les diese a los populistas tiempo para llegar a convencerse de que su romanticismo político ya no estaba a la altura del inexorable desarrollo económico.

Creía observar, asimismo, que a algunos marxistas rusos les preocupaba

más poner a contribución para sus polémicas citas tomadas de él y de Marx que asimilarse lo que realmente pensaban acerca de la situación y sus concatenaciones. Y trataba de mantenerse neutral entre las dos tendencias, cada una de las cuales tenía, según él, sus propios méritos. En 1893 se dirigió a él desde Chicago el prestigioso especialista ruso en cuestiones agrarias Isaac A. Hourwich, pidiéndole que, en interés de la unificación, se manifestara públicamente acerca del papel de los campesinos en la futura revolución rusa, pero no accedió a lo que se le pedía. Para poder hacerlo —decía, contestando a la carta— necesitaría antes completar su conocimiento de los hechos, que era muy imperfecto. Y no disponía del tiempo necesario para ello. Estaba convencido, además, de que lo que él dijera como *outsider* no surtiría más que un efecto pasajero. Por sus experiencias de los años 1849 y 50, sabía hasta qué punto era inevitable que una emigración política se escindiera en una serie de fracciones hostiles entre sí, mientras las cosas permanecieran tranquilas en su país.

“Si ha podido usted seguir la literatura rusa de emigración durante los últimos diez años, habrá podido ver cómo, por ejemplo, los distintos grupos de emigrados utilizan del modo más contradictorio citas tomadas de las obras y las cartas de Marx, exactamente lo mismo que si se tratara de textos de los clásicos o del Nuevo Testamento. Y la misma suerte correría, inevitablemente, lo que yo pudiera decir acerca de este tema, suponiendo que se le prestara la menor atención”.

Lo mejor —concluía— era evitar las polémicas innecesarias. Claro está que para ello se necesitaba, a su modo de ver, que la socialdemocracia rusa encontrara cuanto antes dirigentes enérgicos dentro del mismo país. Y lo mismo le contestó a Woden, cuando éste le visitó. Consideraba imposible dirigir un movimiento revolucionario desde el extranjero. A él ya no le tocaría vivir el nacimiento de un movimiento serio en el interior de Rusia. Y jamás se le pasó por las mentes que en aquel imperio situado en los confines de la cultura europea pudiera llegar a triunfar el mundo de sus ideas, mientras en la Europa occidental se mantenía en pie la dominación capitalista.



CAPITULO XII

CONCEPCIÓN DE LA HISTORIA

Lo que en el pasado atrae al hombre y lo que le deja indiferente guarda una íntima relación con el ser del hombre mismo, pero en su concepción de la historia influyen también las impresiones del medio en que ha crecido y que más tarde le acompañarán a lo largo de su vida.

Si Engels se hubiese criado en algún lugar de la vieja Prusia, a este muchacho, hijo de una familia patricia, acomodada y prestigiosa, le habrían hablado, probablemente, de la decadencia y el glorioso resurgimiento del Estado de los Hohenzollern y, en esas condiciones, tal vez la imagen de la historia de aquel joven se habría basado en la idea de la coexistencia y la pugna de las grandes potencias o esta idea habría sido, por lo menos, un elemento de ella. Pero en el Gran Ducado de Berg, en donde Engels nació, adjudicado recientemente a Prusia por el Congreso de Viena, la grave crisis que por poco cuesta la vida al Estado de Federico el Grande había pasado sin dejar honda huella. Además, en el árbol genealógico de la familia de Federico Engels no encontramos a nadie que mantuviera relaciones estrechas ni ninguna otra con aquel Estado, como funcionario u oficial del ejército. Todos los miembros de esta familia eran industriales o comerciantes, que hermanaban una concepción estrictamente religiosa de la vida con sus negocios. Lo cual explica por qué en las ideas más inmediatas de aquel muchacho en formación influyeron, preferentemente, el mundo religioso, el económico y, en estrecha relación con ellos, el mundo social.

El Estado a que de vez en cuando tenía que asomarse el juvenil observador era el Estado autoritario prusiano de aquellos días, ante el que la burguesía rica mantenía una actitud de oposición sorda, pero creciente, y por el que la joven intelectualidad mostraba ya un sentimiento muy perceptible de rebeldía. En Barmen y Elberfeld, todavía no se le hizo muy visible el Estado alemán. La primera representación directa de un Estado viviente se la brindó la Ciudad libre de Bremen. Pero, ¡qué Estado! A la vista de él, no era fácil que pudiera formarse una idea de la prepotencia de los grandes Estados en la política

exterior. En cambio, no podían por menos de impresionarle los grandes contrastes que en aquella ciudad comercial se marcaban entre los diferentes estamentos, y se acostumbró a distinguir, como todo el mundo lo hacía, entre la aristocracia del dinero, las capas medias y las gentes menesterosas de la sociedad. Hasta en el diminuto mundo de su oficina podía contemplar aquellas "tres clases", cada una con sus contornos definidos. Su horizonte visual se ensanchó al trasladarse a Berlín para ingresar en el ejército prusiano. Pero, dejando a un lado la breve llamarada del año 1840, que, hallándose todavía en Bremen, le reveló por vez primera la rivalidad entre las grandes potencias, de la que tanto habría de ocuparse pasando el tiempo, la opinión pública de toda Alemania, y casi lo mismo en Prusia que en los Estados menores, se fijaba principalmente en los antagonismos ideológicos y de orden interno en que dicha rivalidad se manifestaba. La política exterior no sólo trascendía del horizonte del burgués, sino también del de aquella juvenil bohemia filosófica a la que Engels se sumó, en Berlín.

No es mucho lo que sabemos de las lecturas históricas de Engels en su temprana juventud. En una carta escrita desde Bremen a su hermana le decía que estaba leyendo la historia de los Hohenstaufen escrita por Raumer. Y parece que antes había caído en sus manos la *Historia universal* de Schlosser. Fue este historiador de la época de la Ilustración el primero que le suministró un conocimiento bastante abundante de la materia histórica. Engels aún hablaba de él con cierto respeto cuando ya tendía a distanciarse en todas ocasiones de los corifeos de la historiografía alemana contemporánea. A los veinte años, se negaba ya, en las cartas a sus amigos, a reconocer a Ranke "entre los grandes". Más adelante, no le veremos citar nunca a este maestro de la historiografía política. No cabe la menor duda de que pensaba de él lo mismo que Marx, quien no quería ni oír hablar de "la manía pueril de Ranke por lo anecdótico y de su tendencia a reducir todos los grandes acontecimientos a minucias y chinchorrerías". A Sybel lo acusaba Engels de "ignorante y falsario" y de Mommsen decía que se burlaba "del único romano decente, Catón", y que había fracasado en el problema de la *gens*, de lo que Niebuhr había llegado a formarse, por lo menos, una idea aproximada, gracias a que conocía la *Historia* de Dithmar. Los alemanes no han tenido nunca verdaderos historiadores, aseguran Marx y Engels en *La ideología alemana*.

Remontándonos en la trayectoria intelectual de Engels, jamás nos encontramos en él con la idea de que lo decisivo en la historia sean las grandes acciones políticas de los Estados. Lo vemos preocupado siempre por encontrar "las fuerzas silenciosas que realmente mueven la historia de los pueblos y que se esconden detrás de estas ruidosas manifestaciones". Y no sentía la necesidad apremiante de saber cómo los acontecimientos se habían desarrollado en detalle.

La concepción de la historia profesada por Engels recibió su impronta decisiva cuando, estando todavía en Bremen, se adentró en la filosofía de Hegel. La *Filosofía de la historia* de este pensador arraigó en él la intuición de

que la historia universal tenía que ser algo más que "una embrollada madeja de desenfundados actos de violencia". Hegel le hizo ver la historia como el proceso de desarrollo de la humanidad, cuyas leyes internas se traslucen en ella a través de todas las aparentes contingencias. La *Filosofía de la historia* de Hegel formó en él la convicción de "que los móviles ostensibles, e incluso los móviles reales y efectivos de los hombres que actúan históricamente, no constituyen nunca, en modo alguno, las últimas causas de los sucesos históricos", sino que, "detrás de esos móviles hay siempre otras fuerzas motrices que es necesario investigar".

Pero el entusiasmo que Engels manifestaba por la concepción hegeliana de la historia no se extendía, ni mucho menos, a la idea que Hegel profesaba acerca del Estado. El pensamiento que en él dominaba era el de que el método dialéctico permitía a este filósofo "poner orden en el caos", descubrir el hilo de engarce del desarrollo, circunscribir lo contingente a la superficie de los fenómenos históricos y demostrar que en el fondo de ellos rigen y se manifiestan leyes generales, que la investigación puede y debe descubrir. "Desde el punto de vista formal", la dialéctica será de ahora en adelante, para Engels, como más arriba hemos expuesto, "el germen de una vasta concepción del mundo, que abarca tanto la naturaleza como la historia".

Se negaba a ver en el Estado "el verdadero terreno y escenario de toda la historia", cuyos cambios determinaban los de la historia entera, porque para él, como para Marx, la vida histórica encarnaba realmente en la sociedad civil y solamente en ella, en lo que *La ideología alemana* llama "la organización social que se desarrolla arrancando directamente de la producción y del intercambio". El concepto de la sociedad civil lo habían tomado de Hegel, pero ya antes de él, desde hacía mucho tiempo, venía este concepto ocupando un lugar muy importante en la historiografía inglesa y francesa.

Era un signo muy elocuente de los aires que la Alemania intelectual respiraba en los tiempos juveniles de Engels el hecho de que, cuando éste dio el paso hacia el comunismo, esperara que fuese la filosofía alemana la que abriera el camino a la nueva doctrina y no la sociedad alemana la que diera paso a la nueva realidad. Y la obra a que habría de consagrar su vida no cobró sentido y razón de ser sino cuando se hubo convencido de que el orden por que se procediera tenía que ser éste, y no aquél. Pero esta conciencia no afloró en él hasta que se vio trasplantado al mundo social e intelectual de Inglaterra, estremecida ya por las luchas sociales.

Fue allí —como él mismo observa—, desde que la expansión de la gran industria no era ya un secreto para nadie, donde pudo observar cómo toda la lucha política giraba en torno a las pretensiones de hegemonía de dos clases: la aristocracia territorial y la clase media. También los historiadores franceses de la época moderna a quienes pronto tuvo ocasión de leer, sobre todo dos, Thierry y Guizot, habían visto ya con toda claridad que la historia de su país, a partir de la Edad Media, sólo podía comprenderse si se tomaban debidamente en consideración los antagonismos sociales.

Ahora bien, desde la insurrección lionesa de 1830 y los disturbios sociales que en Inglaterra inquietaron a la burguesía después de las guerras napoleónicas, en ambos lado del Canal había ido ganando terreno, cada vez más, la idea de que en la lucha por el poder político había surgido un tercer contrincante y de que no pasaría mucho tiempo sin que la clase obrera afirmase muy seriamente su derecho a gobernar. "Las condiciones se habían simplificado tal o, que había que cerrar deliberadamente los ojos para no ver en la lucha sostenida entre estas tres clases y en la pugna entre sus intereses la fuerza motriz de la historia moderna".

Cierto es que ni en Inglaterra ni en Francia se hablaba todavía de luchas de clases ni de Estado de clase. Pero estas ideas se hallaban ya muy extendidas: en Inglaterra, inspiraban abiertamente el movimiento cartista, y Engels no tenía más que recogerlas. Durante su primera estancia en el que a la sazón era el país más industrial del mundo, al estudiar la Constitución inglesa, tan ensalzada por los liberales alemanes, se dio cuenta de que el verdadero principio sobre el que toda ella descansaba no era otro que "la lucha de los pobres contra los ricos".

Cuanto más se adentraba el joven revolucionario filosófico alemán, recién convertido al comunismo, en la crisis social que vivía Inglaterra, más se inclinaba, inevitablemente, a establecer entre el nuevo principio al que su espíritu confería ya el futuro de la historia del mundo y los fenómenos sociales en que el proceso histórico tomaba cuerpo ante sus ojos, en Inglaterra, una relación que satisfacía las aspiraciones de una mente como la suya, ávida de encontrar los nexos que le permitieran elevarse a una unificación filosófica.

Encontró en la dialéctica el camino para restablecer esta conexión que pudiera llevarle a la concepción de un proceso histórico regido por la ley de la necesidad. Sin embargo, el nuevo material, cuya sustancia era de tipo económico, se resistía tenazmente a una reducción espiritual. Aún no había logrado Engels someter aquel material a la "ley general del movimiento" cuando, en su viaje de regreso a Alemania, se reunió con Marx en París y éste le hizo ver que, para ello, era necesario volver del revés la dialéctica idealista de Hegel. Fue Marx quien le reveló, según él mismo nos dice, la dialéctica de los conceptos como el "reflejo consciente del movimiento dialéctico del mundo real". Y le convenció de que, si querían establecer una conexión indisoluble entre comunismo y realidad, tenían que despojar a la lógica hegeliana de su ropaje idealista y darle una forma más simple, "la única en que puede expresarse de un modo certero el desarrollo del pensamiento".

A partir de entonces, se dedicaron a construir conjuntamente su concepción de la historia. Al reeditar el *Manifiesto comunista* a raíz de la muerte de su amigo, el propio Engels hubo de expresar, con palabras muy claras, cuáles eran las ideas fundamentales de aquella concepción que pertenecían "única y exclusivamente" al genio de Marx. "El que la producción económica y la estructura social que necesariamente se deriva de ella es, en cada época histórica, la base sobre la que descansa la historia política e intelectual de esta época; el que, por

tanto, toda la historia (a partir del momento en que se disolvió la primitiva propiedad común de la tierra) ha sido siempre una historia de luchas de clases, de luchas entre clases explotadas y explotadoras, oprimidas y opresoras, a lo largo de las diversas etapas del desarrollo social, pero que esta lucha ha llegado ahora a un punto en que la clase explotada y oprimida (el proletariado) ya no puede liberarse de la clase que la explota y la oprime (de la burguesía) sin liberar al mismo tiempo y para siempre a toda la sociedad de la explotación, la opresión y las luchas de clases, esta idea fundamental pertenece única y exclusivamente a Marx", dice allí Engels. A ella —añadía— se habían ido acercando ambos, poco a poco, algunos años antes de 1845; pero, al reunirse en Bruselas en la primavera de aquel año, ya Marx había "desarrollado de un modo acabado" aquella idea.

Por tanto, al reconocer a su amigo la paternidad de lo que constituye la idea fundamental de la "concepción materialista de la historia", Engels no niega que en su mente había germinado ya aquella misma concepción de la historia u otra coincidente con ella en lo fundamental, cuando asumió la que Marx le presentaba perfectamente formulada. Hace constar, sin embargo, y así lo repite todavía en 1887, en su librito sobre Feuerbach, que "la mayor parte de las ideas fundamentales directrices, principalmente en el terreno económico e histórico, y muy en especial su formulación nítida y definitiva, fue obra de Marx". "Sin él", puntualiza, "jamás esta teoría habría llegado a ser lo que es. De ahí que se la conozca legítimamente bajo su nombre". Aunque señala, en el mismo lugar, que a él "le cabe cierta participación propia y personal tanto en la fundamentación como, sobre todo, en la elaboración de esta teoría".

Lo que aquí dice Engels, hablando del origen de las "ideas fundamentales directrices" coincide, sobre poco más o menos, con la imagen que al biógrafo se le ofrece. Sin embargo, éste no puede por menos de pararse a meditar acerca de un punto, a saber si acaso Engels, llevado de la admiración sin límites que sentía por Marx, no tenderá a menospreciar un poco su propia aportación, cuando añade: "Lo que yo he aportado —exceptuando si acaso dos o tres especialidades— lo mismo habría podido ponerlo Marx sin mí". Se inclina uno a creer que esta confesión se aproxima a la verdad, pero no la expresa por entero, ya que es evidente que Marx no habría llegado a los resultados a que realmente llegó o, por lo menos, a algunos de ellos, muy esenciales, sin la participación de Engels. No habría podido lograr lo que logró, a nuestro juicio, de no haber contado con un hombre como Engels, familiarizado con los mismos problemas, sin su mirada sagaz y penetrante para captar todos los fenómenos de la vida práctica, sin su dominio de numerosos campos de la ciencia de los que Marx se hallaba más alejado. Sin contar con que Engels no nos dice en qué terrenos y en qué direcciones, en un principio, se había adelantado a Marx y lo que llevó a cabo después, cuando ya la fuerza creadora de su amigo se había agotado, no sólo para difundir, sino también para desarrollar la concepción de la historia profesada por ambos.

Como es sabido, el libro en el que habían expuesto más en detalle sus

ideas generales no llegó a publicarse en vida de los autores. El *Manifiesto comunista*, que era también obra conjunta de ambos, iba dirigida a las grandes masas, se esforzaba en dar a las ideas una expresión extraordinariamente concisa y empleaba un lenguaje fácilmente asequible, en la medida en que la novedad de los puntos de vista sostenidos allí lo permitía.

La *Miseria de la filosofía*, de Marx, publicada un año antes que el *Manifiesto*, había tomado del manuscrito de *La ideología alemana*, con el consentimiento expreso de Engels, las pocas manifestaciones que allí figuran acerca de su concepción de la historia. Marx volverá a esbozar más tarde la concepción económica de la historia en su prólogo a la *Crítica de la economía política*, publicada en 1859, pero ya no tendrá nueva ocasión de desarrollarla públicamente de un modo coherente y completo.

En cambio, Engels hubo de exponerla y explicarla repetidas veces. Lo hizo, principalmente, en su *Anti-Dühring*, cuyo manuscrito todavía pudo leer su amigo antes de salir a la luz, en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884) y en el *Fewerbach y el fin de la filosofía clásica alemana* (1888), obras ambas publicadas ya después de la muerte de Marx. Y todavía más tarde, acuciado por algunos representantes de la joven generación, se creyó obligado a delinear algunos puntos esenciales de su concepción de la historia. Puntos relacionados con problemas que ni Marx ni él habían tenido presentes en otras coyunturas y que era necesario aclarar antes de poder abarcar con la mirada, en una ojeada de conjunto, el campo de vigencia que ellos reivindicaban para su concepción de la historia. Esta es la razón de que hayamos creído necesario estudiar aquí la concepción engelsiana de la historia, vista en su totalidad como un todo armónico.

Desde su primer intercambio de ideas con Marx, la "dialéctica materialista" fue, para Engels, el "mejor instrumento de trabajo" y el "arma más certera". Y le ayudó también a descubrir qué había, en el fondo, detrás de aquellos poderes con que había comenzado ya a debatirse en la casa paterna. Con esa temeraria unilateralidad que suele apoderarse de quien abre nuevos horizontes, sentaba, partiendo de allí, las bases materiales para explicar cualquier manifestación espiritual. Por ejemplo, la doctrina calvinista de la predestinación, con que tanto le habían torturado en el Wuppertal, se le revelaba ahora como "la expresión religiosa del hecho de que, en el mundo del comercio, el éxito en la competencia o la bancarrota no depende de la actividad o la capacidad de cada cual, sino de circunstancias independientes de él".

Más arriba, al resumir el contenido de *La ideología alemana*, veíamos en detalle cómo la concepción materialista de la historia se remonta a la producción material, hace de la sociedad, concebida como la forma de intercambio engendrada por la producción, la base de la historia y considera como entidades subordinadas a ella el Estado, el derecho y la religión. No es necesario, por tanto, que desarrollemos nuevamente aquí esta concepción fundamental, según la cual "la historia de la evolución del trabajo" "ofrece la clave para comprender toda la historia de la sociedad". Pero si creemos que, para pecatarse bien

de la concepción engelsiana de la historia, conviene puntualizar cómo enfoca Engels las relaciones entre dialéctica e historia.

Para Hegel, las leyes de la dialéctica eran —como tantas veces repite él mismo— leyes del pensamiento impuestas por éste a la naturaleza y a la historia, en vez de derivarse de ellas: “El mundo”, dice Engels, interpretando la manera hegeliana de pensar, “tiene que ajustarse, quiera o no, a un sistema discursivo”. Engels, por el contrario, trataba de “sustituir estas conexiones artificialmente fabricadas mediante el descubrimiento de otras, reales y efectivas”. Pero ello equivalía —según nos dice en su obra sobre Feuerbach, a “descubrir las leyes generales del movimiento que se imponen como leyes dominantes en la historia de la sociedad humana”. En la vida de la sociedad —asegura—, al contrario de lo que acaece en la vida de la naturaleza, nada sucede “que no responda a un propósito consciente, a un fin voluntario”. Pero esta diferencia no modifica en nada el hecho de que “el curso de la historia se halla regido por leyes generales internas”. Y se da, además, la circunstancia de que casi nunca sucede lo que se quiere:

“En la mayoría de los casos, los múltiples fines perseguidos se entrecruzan y se contrarrestan unos a otros, o bien los fines propuestos son de suyo irrealizables, o los medios para alcanzarlos resultan ser insuficientes. Por donde las colisiones entre las numerosas voluntades y acciones sueltas producen, en el terreno histórico, un estado de cosas totalmente análogo al que se da en la naturaleza inconsciente. Los fines de los actos responden a una voluntad, pero los resultados a que realmente conducen nada tienen que ver con ella o, cuando parecen corresponder a los fines deseados, producen en definitiva consecuencias muy distintas a las que se perseguía. Y, de este modo, parece como si los sucesos históricos, vistos en conjunto y a grandes rasgos, se hallaran gobernados por el azar”. Pero, aunque en la superficie parezca imponerse lo contingente, vemos que rigen, en realidad, leyes internas, ocultas, “que son, en cada época de la historia, diferentes formas a través de las cuales se manifiesta el mismo movimiento universal”.

Las leyes que aquí se hacen valer son leyes dialécticas. Entre las notas de Engels sobre dialéctica y naturaleza, encontramos una que ilustra bastante bien su concepción acerca de la dialéctica y la historia. “La historia”, leemos aquí, “sigue su propio curso y, por muy dialécticamente que se desarrolle, muchas veces la dialéctica tiene que esperar bastante a la historia”. No cabe duda de que él concebía la relación entre dialéctica e historia de tal modo que el proceso dialéctico sólo puede percibirse, que “el nexo interior” que une las diversas formas de desarrollo de la materia histórica sólo puede “captarse”, como Marx diría, a una larga distancia del material sobre el que recae la observación histórica directa. Dicho de otro modo: es necesario que el desarrollo haya alcanzado cierto grado de madurez, para que su carácter dialéctico pueda apreciarse en perspectiva. Cuándo un acontecimiento se ajusta a las leyes dialécticas sólo podrá saberse, por tanto, en general, “una vez que ese acontecimiento se haya producido o haya dejado de producirse”.

La dialéctica, afirma en alguna parte Engels en contra de Dühring, no es un instrumento simplemente probatorio, sino que es, sobre todo, un método para llegar a nuevos resultados. Engels y Marx suscribían también la tesis de la *Lógica* hegeliana de que el método dialéctico no es algo que se diferencia de su objeto y contenido.

Engels expuso con mucha claridad su criterio acerca de las relaciones entre dialéctica e historia en un artículo escrito para *El pueblo* de Londres, en 1859, explicando el método empleado por Marx en su *Crítica de la economía política*, método que parte de Hegel, pero que se remonta por encima de él. En este artículo, Engels ensalza el "enorme sentido histórico" a que responde el pensamiento hegeliano. "Por muy abstracta e idealista que su forma sea, el desarrollo del pensamiento va siempre, en Hegel, paralelo al desarrollo de la historia universal, y ésta tiene que ser la piedra de toque de aquél".

Tras una época de triste decadencia filosófica —prosigue Engels—, fue Marx el primero que, en la citada obra, supo desarrollar de nuevo una ciencia en su propia concatenación interna. Se le planteaba, para ello, el problema de si debía proceder a la manera lógica o a la manera histórica, y, por razones de oportunidad, optó por el primero de estos dos caminos. Ahora bien —dice Engels—, para el dialéctico el método lógico "no es, en realidad, otra cosa que el método histórico, sólo que despojado de la forma histórica y de las contingencias que lo desvían. Por donde comienza la historia debe comenzar también el proceso discursivo, cuya trayectoria ulterior no será otra cosa que el reflejo, pero un reflejo corregido con arreglo a leyes, que el mismo fluir real de la historia nos suministra, en cuanto que todo período debe captarse en el punto de desarrollo que corresponde a su plena madurez, a su clasicidad". Bajo la forma que Marx había sabido imprimirle, este "método dialéctico alemán", derivado por él del meollo de la *Lógica* hegeliana, está, para Engels, tan por encima del viejo método metafísico "vulgar y decrepito" como los ferrocarriles están por encima de los métodos de transporte de la Edad Media.

Es evidente que Engels, en base a su concepción del mundo, que le llevaba a rechazar en la naturaleza el concepto abstracto o, como él decía, metafísico de la ley, sólo podía admitir en la vida histórica, con mayor razón, la existencia de leyes dialécticas. La obra de Darwin sobre *El origen de las especies* le vino muy bien a Marx porque en ella se hacía valer con una fuerza hasta entonces desconocida al principio de la evolución en la naturaleza y porque el gran naturalista afirmaba aquí una concepción histórica de la botánica y la zoología, en la que desempeñaba importante papel la lucha de clases entre las especies. Y le suministraba, además, un nuevo argumento para combatir la teoría malthusiana de la población, contra la que ya el joven Engels había arremetido con gran ímpetu en su *Esbozo para una crítica de la economía política*, dejándose llevar, todavía entonces, de sus arranques de indignación moral.

No hacía mucho que se había publicado, en 1865, con gran difusión, la obra de Alberto Lange titulada *La cuestión obrera*, en la que se sostenía que Darwin había venido a corroborar el malthusianismo. En la primavera de

aquel mismo año, Lange invitó a Engels a colaborar en su periódico titulado *El mensajero del Bajo Rin*, ofrecimiento que Engels declinó "por el momento". En su respuesta señalaba, además, las discrepancias teóricas que entre ellos mediaban. Por ejemplo, Engels destacaba la coincidencia que se apreciaba entre la teoría darwiniana de la lucha por la existencia y la ley malthusiana de la población simplemente como una prueba de que el desarrollo de la moderna sociedad burguesa sigue ajustándose todavía a las formas del reino animal, pero que el espectro de la superpoblación con el que Malthus amenaza a la humanidad sólo puede asustar a la gente mientras rijan las condiciones de la época burguesa.

Las leyes económicas —dice aquí Engels— no son leyes naturales y eternas que se impongan a la historia, sino simplemente leyes históricas, que nacen y desaparecen. En aquello en que expresan "relaciones puramente burguesas", estas leyes no pueden ser anteriores a la sociedad burguesa y su vigencia sólo se mantendrá el tiempo que se mantenga en pie esta sociedad basada en la dominación de clase y en la explotación de clase. Así como la ley ricardiana no rige ni con la servidumbre ni con la esclavitud de los antiguos, la ley malthusiana vale solamente para la sociedad burguesa y viene a confirmar que esta sociedad ha llegado ya al límite de su desarrollo y, por tanto, debe desaparecer. Al decidirse a polemizar con Dühring, Engels se vio obligado a explicar, en base a materiales tomados tanto de las ciencias naturales como de la historia, qué era y cómo funcionaba el método dialéctico, hablando a una generación que no tenía ya la menor noción de él.

Le interesaba mucho, especialmente, ilustrar la importancia y el funcionamiento de la dialéctica en la historia a la luz del desarrollo histórico de los ejércitos, de las armas y de la estrategia militar. Trata así de demostrar, con gran profundidad, que "la violencia no es simplemente una afirmación de voluntad, sino que, para poder manifestarse, requiere condiciones previas muy reales, principalmente instrumentos, de los que los más perfectos van desplazando a los menos perfectos, y que, además, para existir tienen que producirse, lo que equivale a decir que el productor de los instrumentos, vulgo armas, más perfectos, derrota al que produce otros menos perfeccionados". Por tanto, el triunfo de la violencia descansa sobre la producción de armas que, a su vez, se basa en la producción en general, es decir, en los medios materiales de que la violencia dispone.

A la luz de la historia de los armamentos, desde la introducción de la pólvora hasta la invención del fusil de retrocarga, ilustra Engels la tesis de que los cambios técnicos propiciaron, a su vez, la transformación de las relaciones políticas de señorío y servidumbre y cómo, además, el nuevo material-soldado hizo surgir nuevos métodos de guerra. Se equivocó, sin embargo, al formular la aventurada afirmación de que con la guerra franco-alemana había llegado a su punto final el desarrollo de las posibilidades armamentistas. Y no acertó tampoco en la predicción de que todos los grandes Estados continentales que, obligados por las circunstancias, habían adoptado, después de 1870, el sistema prusiano de reforzar las reservas, se echaban encima, con ello, una carga militar

que en pocos años los aplastaría. Era, por aquellos años, la manera de pensar de Eugenio Richter y de sus correligionarios alemanes liberales, ilusionados con la esperanza de que Bismarck, a quien no podían derrotar, se hundiría por razones de orden financiero. En el fondo, Engels confiaba en que el sistema imperante en Alemania se derrumbaría al embate de una profunda dialéctica alentada por la esencia misma del militarismo.

Sabía muy bien cuán fácilmente fallaba la dialéctica si el historiador se empeñaba en desentrañar sus leyes en base a un período histórico demasiado breve, pero la verdad es que su impaciencia revolucionaria no le permitía esperar a que la historia se desarrollase. He aquí su razonamiento: "El militarismo domina y devora a Europa. Pero lleva también en su entraña el germen de su propia ruina. La tensión y la competencia entre los diferentes Estados los obliga, de una parte, a invertir año tras año más dinero en ejércitos, escuadras, cañones, etc., acelerando con ello, por consiguiente, la marcha hacia su bancarrota financiera; pero, de otra parte, a medida que el servicio militar obligatorio se extiende, el pueblo va iniciándose cada vez más en el uso de las armas, y así capacitado, llegará el momento en que su voluntad se imponga a la de los altos mandos militares. Cuando la masa del pueblo —es decir, los obreros del campo y de la ciudad y los campesinos— tenga una voluntad propia, ese momento habrá llegado. En ese punto, el ejército del monarca se convertirá en el ejército del pueblo; la máquina dejará de funcionar y el militarismo se verá aplastado bajo la dialéctica de su propio desarrollo". Así, pues, "la explosión desde dentro del militarismo y, con él, de todos los ejércitos permanentes" es, para Engels, dialécticamente inseparable de la victoria del socialismo.

Fácilmente se comprende cuán importante tenía que ser, para él, el desentrañar la dialéctica del socialismo en la misma historia. Lo mismo él que Marx tenían que considerar lógicamente, como la coronación y el remate de su concepción dialéctico-materialista de la historia, la prueba descubierta en la historia misma de que la época que se caracterizaba por el divorcio entre el trabajo y la posesión de los medios de producción y que estaba dominada por la lucha de clases, es decir, la época en que ellos vivían, había sido precedida por otra en que no se conocían ni las luchas de clases ni la propiedad privada. Si era posible aportar esta prueba, el orden social basado en la enajenación mutua de trabajo y rendimiento se caracterizaría como la negación de otro orden social antagónico existente en el pasado, y ello permitiría presentar la socialización de los medios de producción, del que ellos esperaban en el futuro la superación de esta etapa de la civilización y del capitalismo, como la completa negación de aquella negación.

Cuando escribieron el *Manifiesto comunista*, sus autores ignoraban aún la "historia no escrita de la sociedad". En *La ideología alemana* se habían referido ya a la importancia de esta etapa, pero la verdadera significación de la prehistoria para el socialismo sólo se les reveló de un modo claro cuando, a través de Haxthausen en lo tocante a Rusia y de Maurer con respecto al mundo germánico, llegaron a conocer lo que había sido la originaria propiedad comunal cam-

pesina sobre la tierra, cuyos vestigios llegaban todavía hasta el presente. Podemos decir, que hasta cierto punto, todo lo que Engels habría de escribir de allí en adelante, acusaría el impacto de este descubrimiento histórico. Y, como Herzen se pavoneaba mucho con los resultados a que llegaba Haxthausen acerca de Rusia, Engels saludó con especial satisfacción el hecho de que Maur rebatió, con sus descubrimientos, la originalidad de los rusos y de su famoso *mir*, demostrando que en todos los pueblos civilizados europeos y asiáticos se conservaban huellas de la primitiva comunidad de la tierra. Para Engels, a partir de ahora, toda la historia arrancaba "en realidad" de la comunidad primitiva de la tierra en manos de las comunidades tribales o de las aldeas.

Tanto para él como para Marx, la organización interna de aquella sociedad comunista primitiva había sido puesta de manifiesto, bajo su forma típica, por los descubrimientos del etnólogo norteamericano Luis Enrique Morgan acerca "de la verdadera naturaleza de la *gens* y de la posición que ésta ocupaba en la tribu". "Con la *gens* queda liquidado el problema en su aspecto fundamental y aclarada la prehistoria de la humanidad", escribía Engels a Kautsky en 1884. El conocimiento de las agrupaciones gentilicias de los indios norteamericanos, gracias a las investigaciones de Morgan, ayudaría a Engels, partiendo de allí, a resolver por fin el enigma de la primitiva historia griega, romana y germana. Ya Marx, cuando leyó la *Ancient Society* de Morgan, había tenido la impresión de que aquel investigador norteamericano, a su manera y dentro de los límites marcados por su tema, había redescubierto la concepción materialista de la historia. El propio Marx había pensado en dar a conocer al público alemán los resultados de las investigaciones de Morgan y llegó, incluso, a tomar algunas notas para escribir algo con este fin. Apoyándose en ellas, puso Engels manos a la obra, después de morir su amigo, para encuadrar dentro de su concepción de la historia la imagen histórica de los inicios de la familia, de la propiedad privada y del Estado, a la luz de los resultados a que en su obra había llegado Morgan.

En muchas de las páginas del libro de Engels sobre este tema puede uno darse cuenta de que el autor se dejaba llevar por la impresión de que Morgan, en base a una investigación científica exacta, veía los tiempos prehistóricos bajo un aspecto muy parecido a como los pintaban los autores sociales franceses del siglo XVIII al color de su ideología iusnaturalista. Ya él mismo, en el *Anti-Dühring*, había reconocido a aquellas ideas del XVIII una "permanente actualidad", pero haciendo hincapié, al mismo tiempo, en el carácter perecedero de las aspiraciones de libertad e igualdad. Ahora, en su libro sobre *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, percibimos en él mismo las resonancias del siglo XVIII, con tal claridad, que, a veces, parece como si este enemigo jurado de todo lo que fuesen las ideas del derecho natural, se hallase influido por "el tardío discípulo de Jean Jacques", como Seillière llama a Morgan, y hubiera caído bajo la seducción del iusnaturalismo.

En efecto, Engels se manifiesta literalmente entusiasmado con el orden gentilicio, aquel "maravilloso régimen", que se nos revela "en toda su pureza

candorosa e infantil". Apunta aquí en él, inesperadamente, una especie de romanticismo, que ya habían advertido antes que nosotros Eduardo Bernstein y Seilliére. De modo parecido a como lo hace Rousseau, contrasta el detestable orden social capitalista con dos Edades de oro, una al comienzo de la historia y otra en la etapa final. Y recuerda uno ciertas páginas del ensayo *Sobre la desigualdad de los hombres* cuando ve cómo el coautor del *Manifiesto comunista* describe la época anterior a la división del trabajo y a la existencia del Estado: "Una sociedad sin soldados, sin gendarmes ni policías, sin nobles, reyes, gobernadores, prefectos ni jueces, sin cárceles, sin procesos, donde todo marcha por sus debidos cauces. Todos los pleitos y todas las discordias los lanza, aquí, la colectividad de aquellos a quienes afectan, la *gens* o la tribu y las diversas *gentes* entre sí". "A pesar de que existían muchos más asuntos comunes que hoy —pues la economía doméstica abarcaba a una serie de familias y respondía a normas comunistas y la tierra era propiedad de la tribu y sólo los huertos se asignaban provisionalmente a las familias—, no encontraremos allí ni rastro de nuestro tenso y complicado aparato administrativo, pues no se necesitaba. Decidían los interesados y, en la mayoría de los casos, se encargaban de regularlo todo las costumbres multiseculares. No podía haber pobres ni menesterosos, pues la economía doméstica comunista y la *gens* conocían sus obligaciones para con los viejos, los enfermos y los inválidos de guerra. Todos eran iguales y libres, incluso las mujeres. Allí no había cabida para los esclavos y tampoco, por lo general, para el sojuzgamiento de otras tribus".

La amorosa veneración que Engels siente por las primitivas instituciones gentilicias se manifiesta también en otras ocasiones, sobre todo cuando nos habla de los problemas sociales en los pueblos eslavos. Por ejemplo, explicaba la victoria obtenida por los búlgaros sobre los serbios en 1886, diciendo que aquéllos conservaban todavía dichas instituciones, que entre los serbios se hallaba ya en decadencia, y, en carta a Bernstein, se lamentaba de que "ahora se haya destruido en nuestras propias narices este magnífico lazo de afinidad para la marcha hacia el comunismo", exactamente lo mismo que ocurre —decía— con el *mir* de los rusos.

A un dialéctico tan convencido como él no se le ocultaba, naturalmente, por qué aquel tipo primitivo de comunidad, apegado a la naturaleza, estaba condenado a morir: porque no iba más allá de la tribu y, en cierto modo, "ya la agrupación de las tribus marcaba el comienzo de su desaparición". "Lo que quedaba fuera de la tribu, se hallaba fuera del derecho". Aquellas comunidades sólo podían subsistir mientras la producción siguiera siendo rudimentaria. Pero, sin dejar de tener clara conciencia de esto, Engels maldice a las fuerzas contra las que la comunidad primitiva se estrelló casi con la misma apasionada emoción con que lo hacen Rousseau y Fourier. También el coautor del *Manifiesto comunista* ve en las realidades que en adelante se impondrán una especie de "pecado original que hace caer al hombre de la altura moral y la sencillez de la vieja sociedad gentilicia".

Por muy profundamente convencido que esté de la necesidad dialéctica

del proceso seguido por la historia, no por ello deja de indignarse ante la "incesante contradicción" en que, a partir de ahora, ve moverse toda la marcha de las cosas, y no puede reprimir la exclamación, inexplicable en él, de "¡No debería ser así!" Volvemos a percibir aquí la huella de la profunda impresión que en su juventud habían dejado en él los escritos de Fourier. "A través de Morgan, se manifiesta en toda su fuerza genial la crítica que Fourier hace de la civilización", escribía a Kautsky por los días en que trabajaba en *El origen de la familia*. Y en una de las páginas del libro, leemos: "Son los intereses más bajos, la codicia vil, la brutal avaricia de lucro, la sucia soberbia, el saqueo egoísta de la propiedad comunal; son los recursos más infames, el robo, la violación por la fuerza, el fraude, la traición, los que han minado y destruido la sociedad gentilicia sin clases. Y la nueva sociedad, al cabo de tres mil años de existencia, sigue siendo y no ha sido nunca más que el medro de un puñado de hombres a costa de la inmensa mayoría de los explotados y oprimidos".

En este libro, Engels estudia detenidamente la decadencia de la organización gentilicia entre los griegos, los romanos, los celtas y los germanos. Para lo referente a los griegos y los romanos, no se apoya solamente en Morgan, sino en diversos autores y fuentes que conocía por lecturas propias: en lo tocante a los germanos y los celtas se atiene, como anuncia en el prólogo, a sus propios estudios; y asimismo se hace personalmente responsable de los razonamientos económicos que desarrolla y de las conclusiones finales a que llega.

Según él, la inmensa ventaja del modo de producción de la barbarie perdida al entrar en la civilización —y advertimos que la terminología empleada para designar los grandes períodos de la historia universal la toma aquí de Morgan y de Fourier— estaba en que, entonces, los productores no se hallaban todavía dominados por su propio producto. Perdieron el poder sobre él, al cambiárlolo. A partir de ahora, ya no podían saber para qué iba a servir su producto y se abrió, con ello, la posibilidad de que se empleara para explotar y oprimir a quien lo había creado. Esta es la razón —argumenta Engels— de que ninguna sociedad pueda mantener, a la larga, el dominio sobre lo que produce y la fiscalización sobre los resultados sociales de su proceso de producción sin abolir el cambio entre los individuos. La organización gentilicia resultó ser impotente frente a la cruzada triunfal del dinero: "La hizo saltar la división del trabajo y el resultado a que ésta conduce, la división de la sociedad en clases. Y fue suplantada por el Estado".

Engels insiste reiteradamente y con gran fuerza en que el Estado no ha existido desde toda una eternidad. Pero sabe, al mismo tiempo, que tenía necesariamente que surgir al establecerse la división del trabajo, primero entre la ciudad y el campo y, más tarde, entre las diversas ramas del trabajo mismo. Con la división del trabajo, desaparece la organización democrática natural que era el régimen gentilicio y, al extenderse aquélla, se afianzan y ahondan las diferencias de clase. Al principio, los grupos naturales formados por comunidades de la misma tribu se fusionan con otros, principalmente para defender aquellos intereses comunes que rebasaban las posibilidades de cada grupo de por

sí. Tal ocurrió en el Oriente, pobre en lluvias, con el interés común por las obras de irrigación, y en todas partes con la necesidad de defenderse contra los enemigos comunes.

Este último punto de vista habrá de ser muy tenido en cuenta por Engels, en lo sucesivo, en cuanto a la práctica, aunque parezca descuidarlo en sus estudios teóricos. Allí donde las unidades inferiores al Estado no son ya las agrupaciones gentilicias, sino las basadas en el territorio, el Estado —señala Engels— tiende a identificarse cada vez más, en adelante, “con el poder conjunto organizado de la clase poseedora”. En lo sucesivo, hablará ya casi exclusivamente de este Estado, el Estado de clase, que originariamente se “inventó” para “salvaguardar” la nueva propiedad privada de los individuos “contra las tradiciones comunistas del orden gentilicio” y que, ahora, estaba ya en condiciones de poder perpetuar la división de la sociedad en clases y el derecho de los poseedores a dominar y explotar a las clases privadas de propiedad. Por lo general, sólo habla ahora del Estado como el instrumento de poder de la clase dominante. Muy rara vez se refiere a las obras públicas y a la defensa contra el exterior como finalidad del Estado. Ahora bien, el hecho de que el Estado ampare la explotación no quiere decir que sea la causa de ella: la política es la secuela de la economía, y no a la inversa. Todo poder político nace al calor de una función económica o social, aunque más tarde adquiere una existencia propia y sustantiva.

La forma del Estado se halla condicionada por la forma que las comunidades tribales adoptaban en el momento en que se hizo necesaria la instauración de un poder estatal: “Cuando el Estado nace, como ocurrió entre los pueblos arios del Asia o entre los rusos, en una época en que la tierra sigue cultivándose en común y por cuenta de la colectividad o se adjudica temporalmente a ciertas familias, en que, por tanto, aún no existe propiedad privada sobre la tierra, el poder del Estado surge bajo la forma del despotismo. En cambio, allí donde los germanos crearon Estados en territorio romano, tierras y campos eran ya alodiales, se abría ya la posibilidad de que la primitiva igualdad de la propiedad territorial se transformara en lo contrario. Nació así, en aquellos territorios, un régimen social y estatal que, con el tiempo y por la consabida ironía de la historia, acabó disolviendo al Estado”.

Así pues, el Estado es, para Engels, el producto de la sociedad al llegar a una determinada fase de su desarrollo, pero es también, al mismo tiempo, el reconocimiento de que esta sociedad “se hallaba dividida por insolubles contradicciones”. A medida que el Estado va haciéndose más independiente de la sociedad, más va dominándola y enajenándosela. Y, como el Estado nace por la necesidad de mantener a raya los antagonismos entre las clases y surge, al mismo tiempo, en medio del conflicto entre ellas, es por regla general, lógicamente, el Estado de la clase más poderosa y económicamente dominante, la cual, por medio de él, se convierte también, ahora, en la clase gobernante, lo que le suministra nuevos medios para mantener bajo su sujeción y explotar a la clase oprimida.

Ya *La ideología alemana* había puesto de manifiesto que, "excepcionalmente", hay períodos en que las clases en lucha aparecen casi tan equilibradas que el poder del Estado puede mantener ante ellas cierta independencia, como "aparente mediador". Estados de este tipo eran, según Engels, la monarquía absoluta de los siglos XVII y XVIII, que había sabido mantener en jaque entre sí a la nobleza y a la burguesía, y al primero, y sobre todo, al segundo Imperio francés, en el que las fuerzas de la burguesía y el proletariado se habían contrarrestado mutuamente. El "Imperio alemán de la nación bismarckiana" encarnaba para él, como lo dice en su obra *Sobre el problema de la vivienda*, la vieja monarquía absolutista y la moderna monarquía bonapartista aunadas. Este Estado representa, en efecto, a su modo de ver, tanto el equilibrio entre la nobleza terrateniente y la burguesía como el balanceamiento entre la burguesía y el proletariado, lo que trae como consecuencia que el poder real del Estado se halle en manos de una casta especial de funcionarios y oficiales del ejército.

La independencia y fuerza propia de esta casta, que parece hallarse al margen y por encima de la sociedad, "da al Estado la apariencia de ser él mismo quien ocupa frente a la sociedad una posición aparte e independiente". Es la composición de esta casta —hubo de aseverar Engels más tarde— la que hace que en este Imperio capitalistas y obreros aparezcan balanceados entre sí y sean estafados ambos "en holocausto de la degenerada hidalguía prusiana".

A medida que el Estado se independiza de la sociedad, los mismos historiadores —como observa Engels— van perdiendo la noción de la íntima correlación que existe entre las luchas políticas y la base económica sobre que descansan. De los historiadores romanos, solamente uno, Apiano, sabía —nos dice— que las luchas libradas en el seno de la República romana giraban realmente en torno a la propiedad de la tierra. Engels considera como una misión apremiante de la ciencia esforzarse en descubrir, a la luz de la historia del pasado, que el Estado, en todas las épocas realmente "prototípicas" ha sido siempre, "a grandes rasgos", el reflejo condensado de las necesidades económicas de las clases bajo cuyo mando se halla la producción y, por tanto, "esencialmente", una máquina para mantener en la sujeción a las clases oprimidas.

Marx había aportado, a juicio de Engels, la prueba concluyente de que la voluntad del Estado obedece siempre, "en general", a las necesidades cambiantes de la sociedad burguesa, al desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de cambio. Y para esclarecer todavía más este punto, el *Anti-Dübring* echa una ojeada general a la historia del desarrollo de la burguesía desde sus orígenes hasta los últimos tiempos, en que la clase burguesa no sólo resulta ya superflua, sino que representa incluso una rémora social para el poderoso despliegue de las fuerzas productivas en la época del capitalismo.

A partir del momento en que el empleo de las fuerzas productivas rebasa ya las formas burguesas y el conflicto entre las fuerzas productivas y el modo de producción vigente amenaza con llevar a la hecatombe a toda la sociedad, ésta se acerca cada vez más al punto en que sonará, según lo expresa Engels, la hora de "la extinción del Estado en cuanto tal". En efecto, al desaparecer la

sociedad dividida en clases, el Estado pierde su verdadera razón de ser. Se convierte en algo superfluo, inútil, cuando deja de ser el representante de una clase privilegiada para convertirse en el exponente de toda la sociedad, en la que las funciones públicas pasan a ser simplemente funciones administrativas destinadas a velar por los intereses sociales. En esta situación, va haciéndose imposible en un campo tras otro la ingerencia del poder público en las relaciones sociales y el Estado "agoniza por sí mismo".

Los anarquistas sostenían que el Estado debía abolirse de la noche a la mañana. Esto era, según Engels, una utopía; tal como él concibe el problema, el Estado "agonizará" cuando el gobierno sobre las personas deje el puesto a la administración sobre las cosas y a la gerencia de los procesos de producción. Y, entonces, "la sociedad, reorganizando la producción en base a una asociación de productores libres e iguales, mandará la maquinaria del Estado al lugar que le está destinado: a un museo de antiguallas, al lado de la rueda y del hacha de piedra". Así lo dice el capítulo final del libro sobre *El origen de la familia*, donde este tema se desarrolla con mayor amplitud. Engels no se pronuncia acerca del problema de si concibe como simultánea la extinción del Estado en todas las naciones, quién, en todo caso, habrá de encargarse de la importante función de la defensa contra ataques enemigos, teniendo en cuenta que esta función se mantendrá en pie, probablemente, mientras sigan existiendo en el mundo otros Estados.

Ya antes de reunirse con Marx, había expresado Engels, según sabemos, su criterio de que la institución del Estado, vista en el plano de la historia del mundo, era precedera. No creemos que esta manera de pensar le fuera sugerida por la lectura de la obra de Godwin, *Political Justice*, pero no cabe la menor duda de que se vio fortalecida al entrar en contacto con las ideas de Proudhon. Durante su primera estancia en Inglaterra, escribía Engels, en uno de los artículos enviados por él al *Adelante* de París: "El Estado cristiano es, simplemente, la única forma o manifestación posible del Estado en general y, cuando él desaparezca, el Estado en cuanto tal desaparecerá".

Los autores de *La ideología alemana* consideraban la disolución de las organizaciones políticas designadas por regla general con el nombre de Estado como resultado de la futura revolución proletaria victoriosa. En su obra *Miseria de la filosofía*, Marx corrobora que, una vez abolidas las clases, "*il n'y aura plus de pouvoir politique proprement dit*". Y el *Manifiesto comunista* expresa la misma opinión. Engels no se cansaría, de allí en adelante, de manifestarse en contra de la "fe supersticiosa en el Estado". Combatía esta posición, por principio, en Lassalle, en Mazzini y en el programa de Gotha. Al criticar este programa, aconsejaba que dejara de hablarse del Estado y se dijera siempre, en vez de Estado, *comunidad*; era ésta —decía— una excelente palabra, que equivalía a la "*Commune*" de los franceses.

Cuando, a fines de la década del setenta, renació bajo la forma del "socialismo bismarckiano" el culto hegeliano al Estado, hubo de expresar más de una vez su desagrado al ver que, en la Alemania unificada, aquel culto se tras-

plantaba de la filosofía a la conciencia general de la burguesía e incluso a la de muchos trabajadores. Le molestaba profundamente que la mayoría de la socialdemocracia, todavía en los ochenta, se dejara llevar por la quimera según la cual la emancipación del proletariado se produciría por sí misma el día en que la monarquía hereditaria fuese sustituida por la República democrática. Ahora bien, como ya hemos visto en su polémica con Bakunin, su convicción de que el Estado dentro del marco general tenía una razón de ser puramente temporal en la historia de la humanidad, no era obstáculo para que exigiera del proletariado que procurara valerse de esta organización, la "única" que después de su victoria quedaría en pie y que él heredaría, precisamente, para crear una situación en que el Estado pudiera extinguirse por sí mismo.

"Destruir el Estado, en tales condiciones" —escribía en 1883, en carta a Felipe van Patten—, "equivaldría a destruir el único organismo con ayuda del cual podrá el proletariado victorioso hacer valer el poder recién conquistado, aplastar a sus adversarios capitalistas y llevar a cabo la revolución económica de la sociedad, sin la que la victoria acabaría necesariamente en una nueva derrota y en una matanza en masa de obreros, igual a la que se desató después de la Comuna de París".

Ahora bien, ¿qué pasará con la sociedad, una vez que haya eliminado al Estado, esa institución transitoria, una vez que el pleno despliegue de las fuerzas productivas haya conducido a la toma de posesión de los medios de producción por la colectividad y que ésta se encargue de reglamentar la producción con arreglo a un plan, en consonancia con las necesidades colectivas e individuales? Cuando esa hora llegue, nos dice Engels, habrán terminado "las tres grandes formas de sojuzgamiento del hombre", la esclavitud, la servidumbre y el asalariado, que se han sucedido a lo largo de la época en que la sociedad se caracterizaba por la división social del trabajo y las luchas de clases. En la nueva sociedad, ya no se conocerán las diferencias de clase; nadie tendrá por qué preocuparse de los medios individuales para subsistir y por vez primera podrá hablarse de una "verdadera libertad humana", de una existencia del hombre "en armonía con las leyes de la naturaleza". Todos los miembros de la sociedad podrán desarrollar libremente sus capacidades físicas y espirituales, regirá una moral humana general, que no será ya una moral de clase y el trabajo productivo dejará de ser una carga, para convertirse en un placer.

El fin de esta época llamada "de la civilización" —asegura Engels— hará a la humanidad, por vez primera en su historia, consciente y libre. Libertad y conciencia son los valores que conferirán a la nueva sociedad, cuando ésta salga a la luz mediante la socialización de los medios de producción, una dignidad que jamás había llegado a conocer, ni en la época "de la civilización" ni bajo el primitivo régimen gentilicio.

El concepto de libertad de Engels radica en el concepto hegeliano de libertad, según el cual ésta no es otra cosa que la conciencia de la necesidad. Para Engels, como para Hegel, libertad y conciencia son dos conceptos asociados. La diferencia está en que, para Engels, la humanidad no entra en el ocaso

cuando se hace consciente. El triunfo de la conciencia marca, por el contrario, una nueva aurora. Volvemos a encontrarnos aquí con la influencia de Saint-Simon, quien también veía la "Edad de Oro" proyectarse en el futuro, y preconizaba del mismo modo que los hombres, en ese futuro, deberían hacer "sciement" todo lo que en el presente hacían "à leur insu".

En Engels, la conciencia no nace de la contemplación, sino, por el contrario, de la acción. Rechaza una libertad considerada como la independencia puramente imaginaria, soñada, con respecto a las leyes naturales. Libertad constituye, para él, como para Hegel, conocimiento pleno de las leyes de la naturaleza y de la historia. Pero, el conocimiento por sí solo no basta. Tiene que llevar consigo, al mismo tiempo, la posibilidad de hacer que esas leyes obren con arreglo a un plan, al servicio de determinados fines sociales. El romanticismo había exaltado cuanto nacía de la naturaleza. Para el pensador dialéctico, nada, por muy enraizado que se hallara en la naturaleza, podía ser permanente: todo estaba llamado a desaparecer, no sólo lo que se consideraba irracional, sino lo que, creyéndose ajustado a la razón y muy orgulloso de sí mismo, se jactaba de permanecer al margen de todo movimiento.

De ahí que lo natural sea, para Engels, el punto de partida del proceso dialéctico que conduce a la realización de la conciencia y de la libertad: "La omnifacética interdependencia, que es la forma natural de la cooperación de los individuos en la historia del mundo, se convierte, mediante esta revolución comunista, en la fiscalización y el dominio consciente sobre estos poderes, que, engendrados por la acción mutua de los hombres, venían considerándolos hasta ahora como fuerzas que se les imponían y los dominaban". El proceso a que aquí se apunta no es visto por Marx y Engels, por tanto, como la interpretación, sino como la transformación del mundo, como el dominio práctico de los hombres sobre la marcha y los vaivenes de la sociedad, que hasta ahora se consideraba impulsada sólo por "la necesidad externa".

Una vez que se ha llegado a conocer la naturaleza social de las modernas fuerzas de producción y que la sociedad ha tomado posesión de ellas, abiertamente y sin subterfugios, ya el carácter social de los medios de producción no tiene por qué imponerse de un modo inconsciente, violento y destructor, como una ley natural que obra ciegamente, sino que puede ser decretado por los productores con plena conciencia de lo que hacen. Las fuerzas sociales —dice Engels— sólo obran de un modo ciego, violento y aniquilador, a la manera de las leyes naturales, mientras no las conocemos ni contamos con ellas. Una vez conocidas, se convertirán, en manos de los productores asociados, de demonios tiránicos en sumisos servidores. Cuando, en la producción social, la anarquía hasta ahora imperante deje el puesto a una organización consciente y planificada, los hombres se convertirán con ello en dueños y señores de su propia socialización y podrán sujetar a su fiscalización las fuerzas objetivamente extrañas que hasta ahora venían presidiendo la historia. "A partir de ahora, serán los mismos hombres quienes hagan la historia con plena conciencia de ello, prevalecerán en la historia las causas sociales puestas en acción por ellos mismos y

empezarán a rendir en medida cada vez mayor los efectos apetecidos. La humanidad dará el salto del reino de la necesidad al reino de la libertad”.

Engels, por tanto, admite una trayectoria de desarrollo de la humanidad que va de lo inferior a lo superior. ¿Llegará esta trayectoria progresiva hasta un momento final, en que se detenga? Afirmar esto no compaginaria con el punto de vista de Engels. El proceso de desarrollo es infinito; no podemos reconocer ningún estado social que sea de por sí perfecto y definitivo. Cada una de las fases de este proceso de desarrollo tiene su razón propia de ser “para la época y las condiciones que le han dado vida”. Pero solamente en ellas y para ellas podemos considerar legítima la “etapa” de que se trata. A la vista de “nuevas y más elevadas condiciones”, esa etapa “caduca” y pierde su “derecho a existir”, obligada a “dar paso a otra etapa superior”. Pero tampoco ésta tendrá derecho a perpetuarse y se verá, en su día, condenada a su desaparición.

Tal es la filosofía de la historia que Engels extrae de la filosofía dialéctica de Hegel. La filosofía dialéctica se encarga de disolver “todas las ideas que giran en torno a una verdad absoluta y definitiva y las realidades humanas congruentes con ellas”. Ante dicha filosofía sólo prevalece “el proceso ininterrumpido de lo que nace y lo que muere, de un ascenso ilimitado de lo inferior a lo superior”. En la filosofía de la historia de Engels se asocian, así, de una manera muy peculiar, elementos conservadores y elementos revolucionarios. Lo conservador, que lo acerca a la escuela histórica y en especial a Ranke, del que tan alejado se siente, por lo demás, le lleva a reconocer “la razón de ser de determinadas fases del conocimiento y la sociedad para su tiempo y las condiciones de su época”. En este sentido, podemos decir que es un relativista histórico. Este relativismo descansa sobre la tesis de que cuanto tiene una vigencia relativa se mueve en los cauces de un proceso absoluto cuyo carácter revolucionario se manifiesta en que cada etapa de por sí tiende, por virtud de la dinámica inherente a ella, a remontarse a una etapa superior, sin que, por principio, ninguna pueda considerarse como la última y definitiva.

Esta concepción entraña, por consiguiente, por parte de Engels, el reconocimiento de un auge constante, infinito, de abajo hacia arriba. En este sentido, su filosofía de la historia se distingue esencialmente de la de Hegel, cuyo concepto de desarrollo no se sale de lo teológico. “Para Hegel —dice Engels en su obra sobre Feuerbach— existe un fin. Por mucho que nos asegure, sobre todo en su *Lógica*, que la verdad eterna no es otra cosa que el mismo proceso lógico o, en su caso, histórico”, tiene necesariamente que arribar “con su sistema” “a un fin” donde quiera que éste se encuentre. Y, en definitiva, como Engels expresa en el lugar citado, lo que Hegel declara “como la verdad absoluta es la totalidad dogmática del sistema hegeliano”. Con lo cual Hegel no sólo “entra en contradicción con su método dialéctico, que rechaza todo lo que sea dogmático”, sino que, además, “el lado revolucionario queda aplastado, en él, bajo el lado conservador, que lo invade todo”. Y lo que a Engels le interesa es, precisamente, desentrañar claramente lo que hay de revolucionario en la filosofía hegeliana de la historia.

La convicción revolucionaria de Engels no descansa sobre la creencia en un estado ideal utópico de la humanidad, sino en la idea del proceso histórico mismo que, como dice en el *Anti-Dübring*, sigue una línea de "progreso infinito". Así piensa Engels, cuando se refiere a la historia. Pero, en lo tocante a la naturaleza, se suscitan en él, como hemos visto, ciertos reparos. Las ciencias naturales aseguraban, y él las creía, "un fin relativamente seguro" a la habitabilidad de la tierra. ¿Y cómo es posible conciliar la idea de que la tierra está llamada a perecer con la de un progreso infinito de lo inferior a lo superior? ¿Acaso el optimismo del historiador se estrella aquí contra el pesimismo del naturalista? Cabría pensarlo. Sin embargo, esta lejana visión de una posible hecatombe de nuestro planeta no menoscaba en lo más mínimo, realmente, lo que hay de revolucionario en la concepción que Engels tiene de la historia. La humanidad, a sus ojos, es todavía joven y se halla aún "bastante lejos del momento catastrófico" en que los movimientos telúricos puedan empujar cuesta abajo "a la historia de la sociedad". Por su parte, Engels vive plenamente entregado a la actualidad del proceso dialéctico, y si a Hegel le bastaba con interpretar el mundo, ni él ni Marx limitan a eso sus aspiraciones, sino que se consagran por entero al empeño de transformarlo.

Sin la dialéctica, no es posible comprender la concepción materialista de la historia. Así hubo de expresarlo claramente el propio Engels en los últimos años de su vida, saliendo al paso de algunos jóvenes que abrazaban el pensamiento marxista. El hecho de que el manuscrito de *La ideología alemana* permaneciera inédito hacía que, por aquel entonces y hasta mucho después de su muerte, nadie llegara a comprender cabalmente la esencia, el significado, la intención y el alcance de su concepción de la historia.

Así, los círculos socialistas de Alemania y de los demás países apenas podían captar esta concepción de la historia más que por las pocas y lapidarias fórmulas que acerca de ella se contenían en el *Manifiesto comunista*, en el prólogo a la *Crítica de la economía política* y en las consideraciones, pese a todo sumarias, que Marx dedica a este problema en el *Anti-Dübring*. Al extenderse el movimiento socialista en el continente, se sentía cada vez más la necesidad de una interpretación auténtica de aquella teoría, con tanta frecuencia tergiversada, y menudeaban las peticiones que se le hacían al único de los dos que sobrevivía y velaba por el patrimonio espiritual común para que les dijera cómo creía que debía enfocarse un problema tan fundamental como aquél.

Engels se dio cuenta, ante estas consultas, de que las pocas personalidades socialistas significativas que en Alemania, Austria y Francia comenzaban a estudiar la concepción materialista de la historia, lo hacían partiendo de posiciones filosóficas esencialmente distintas que los italianos y los rusos. Se daba el caso de que Labriola y Plejanov, en sus años de estudiantes, habían alcanzado ya la vigencia de la filosofía hegeliana en las universidades. En cambio, Lafargue, Kautsky, Bernstein, Conrado Schmidt y Mehring no habían podido, en su juventud, ponerse en contacto con aquella filosofía. Su pensamiento se había formado en la escuela positivista, en la del materialismo naturalista o en la neo-

kantiana. Solamente así era posible comprender que Bernstein pudiera hacer afirmaciones como la siguiente: "Lo que de grande han aportado Marx y Engels han podido aportarlo, no precisamente gracias a la dialéctica hegeliana, sino a pesar de ella". Y el propio Kautsky se sentía, sin duda, muy consciente de que su pensamiento disentía profundamente de la filosofía dialéctica de Marx y Engels cuando, en su obra sobre *La concepción materialista de la historia*, podía decir: "Ellos (es decir, Marx y Engels) habían partido de Hegel, mientras que yo partía de Darwin". La teoría darwiniana de la evolución propiciaba también, en lo tocante a los procesos históricos, una concepción puramente genético-causal, a la que era completamente ajena la filosofía dialéctica propiamente dicha.

Engels se daba clara cuenta de cuán grave obstáculo representaba para quienes quisieran comprender certeramente su concepción de la historia el hecho de que las ideas de Hegel hubieran caído en el olvido total precisamente en su patria, en Alemania. Acerca de esto hubo de hablarle con toda claridad al joven Conrado Schmidt, que estaba muy cerca de él, como aplicado discípulo del maestro. He aquí lo que le escribía, en carta de 27 de octubre de 1890, animándole a estudiar meticulosamente a Hegel y diciéndole cómo debía hacerlo:

"Lo que les falta a todos esos señores es formación dialéctica. Ven siempre aquí la causa y allí el efecto. Ni siquiera se dan cuenta, pues para ellos no ha existido Hegel, que eso no pasa de ser una abstracción vacua, que en el mundo real esos antagonismos metafísicos polares sólo se dan en casos de crisis; que, en su conjunto, el proceso discurre siempre en forma de interacción entre diversas fuerzas, por muy desiguales que ellas sean y entre las cuales la más fuerte de todas, la decisiva es, desde luego, el movimiento económico y que aquí no hay nada absoluto, sino que todo es relativo".

Entre los compatriotas que, además de Kautsky, Bernstein y Schmidt, recurrieron a Engels, consultándole por carta, figuraban Francisco Mehring, el historiador de la socialdemocracia alemana, quien tras algunas vacilaciones acabó afiliándose al partido; José Bloch, que luego sería editor de los *Cuadernos mensuales socialistas*, y Walter Borgius, discípulo de Sombart.

Las aclaraciones que, muy de buen grado y a petición de ellos, hizo Engels a todas estas personas fueron, indudablemente, con el libro sobre Feuerbach, las que más contribuyeron a eliminar las interpretaciones excesivamente simplistas que la doctrina de que estamos tratando había encontrado hasta entonces en los medios intelectuales alemanes. En estas cartas a diferentes destinatarios, escritas por él en los últimos años de su vida, ponía de manifiesto, ante todo, los pensamientos que ya se habían expresado en *La ideología alemana*. Para la concepción materialista de la historia —se hacía resaltar aquí— el factor determinante, en última instancia, es el modo en que los hombres de una determinada sociedad producen el sustento de su vida y cambian entre sí lo producido. Es decir, toda la técnica de la producción y del transporte, así como la base geográfica sobre la que descansan las relaciones económicas y los restos que se conservan de anteriores fases de desarrollo de la economía.

“Nunca hemos afirmado más que esto, ni Marx ni yo”, declara Engels en su carta a José Bloch, con fecha 21 de septiembre de 1890. “Si alguien se empeña en tergiversar esto, diciendo que el factor económico es el único determinante, convierte con ello aquella tesis en una frase abstracta y absurda, que no dice nada. La situación económica es la base, pero, a su vez, los diferentes momentos de la supraestructura: las formas políticas de la lucha de clases y sus resultados; las Constituciones que, después de la victoria, redacta la clase triunfante, etc.; las formas jurídicas, e incluso los reflejos de todas estas luchas reales en la cabeza de los interesados, las teorías políticas, jurídicas o filosóficas, las concepciones religiosas y la trayectoria que luego siguen hasta plasmarse en dogmas, todo ello influye, a su vez, sobre la marcha de las luchas históricas y, no pocas veces, contribuye a determinar la forma que éstas adoptan. Todos estos factores actúan los unos sobre los otros, aunque en definitiva y a través de una cadena interminable de contingencias (es decir, de cosas y de sucesos cuya trabazón interna es tan lejana o tan difícil de probar, que podemos considerarla inexistente o desdeñarla), acaba imponiéndose siempre como algo necesario el movimiento económico. Si no fuese así, el aplicar esta teoría al estudio de un período histórico cualquiera sería más fácil que resolver una simple ecuación de primer grado”.

También para Engels desempeñan un papel que debe tenerse en cuenta, aunque no sea decisivo, las condiciones políticas, e incluso las tradiciones que bullen en la cabeza de los hombres. El mismo pone en guardia a quienes traten de aplicar esta teoría contra cualquier dogmatismo exagerado. Sería absurdo, por ejemplo, pretender explicar por razones económicas el fenómeno pasado y presente de la división de Alemania en una multitud de pequeños estados o la transliteración de consonantes de la lengua alemana. Y “no podría afirmarse, sin caer en la pedantería, que de los muchos pequeños Estados de Alemania fue precisamente Brandemburgo, por una necesidad económica, independientemente de otros diversos factores que a ello contribuyeron también (sobre todo el embrollo en que se metió con Polonia a causa de la posesión de Prusia e, indirectamente, como consecuencia de ello, la complicación de las relaciones políticas internacionales, que influyeron decisivamente en la formación de los dominios de la monarquía austríaca) el llamado a convertirse en gran potencia que personificaría las diferencias económicas, lingüísticas y, a partir de la Reforma, también las diferencias religiosas entre el norte y el sur de Alemania”. Y no menos pedantesco y disparatado sería empeñarse en buscar, en la historia de la religión, causas económicas “para explicar todas estas majaderías de la más pura cepa”.

En estas cartas, escritas ya en el período final de su vida, da a la concepción materialista de la historia la interpretación que le gustaría se transmitiera a la posteridad. Reconoce que, tanto Marx como él, preocupados porque su concepción revolucionaria de la historia prevaleciera sobre todas las demás que entonces tenían vigencia, habían hecho especial hincapié en la necesidad de derivar las corrientes ideológicas de los hechos económicos fundamentales. Al

hacerlo —dice—, es cierto que preferíamos "a perder de vista la forma para fijarnos solamente en el contenido", sin tener en cuenta debidamente la manera en que surgen las ideas. Pero este aspecto del problema —añade— ha sido tratado ahora en su libro sobre *Feuerbach*, donde se pone de manifiesto que el entronque de las ideas con las condiciones materiales que han hecho posible su existencia va oscureciéndose y embrollándose a través de una serie de eslabones intermedios a medida que las ideologías de que se trata se alejan de la vida material.

En lo que se refiere a la religión, Engels explica allí la esencia de la ideología a la luz del catolicismo de la Edad Media y del calvinismo. Los espíritus vivían en aquella época obsesionados por las ideas religiosas y era natural y obligado que los intereses de la sociedad en que vivían se presentasen ante ellos envueltos en este ropaje.

En la carta a Mehring de 14 de julio de 1893, se expresa todavía más a fondo acerca de cómo nacen y lo que son las ideologías:

"La ideología es un proceso que los llamados pensadores realizan de un modo consciente, pero llevados de una conciencia falsa. No penetran en las verdaderas fuerzas motrices que los impulsan, pues de otro modo se trataría, naturalmente, de un proceso ideológico. Se imaginan, por tanto, móviles falsos o aparentes. Puesto que se trata de un proceso discursivo, es natural que extraiga tanto su contenido como su forma del pensamiento puro, ya sea del propio o del que encuentre en sus predecesores. Trabaja, pues, simplemente con material discursivo, al que acepta a pies juntillas como producto del pensamiento, sin entrar en más averiguaciones acerca de la posibilidad de que haya detrás de él un proceso más remoto de otro tipo. El ideólogo maneja, en cada campo de las ciencias del espíritu, un acervo que ha ido formándose por su cuenta a través del pensamiento de las generaciones anteriores y recorriendo en la mente de estas generaciones, que se suceden las unas a las otras, un desarrollo propio y sustantivo".

"Y esta apariencia de una historia independiente y aparte de las Constituciones de los Estados, de los sistemas jurídicos y de las representaciones ideológicas en todos y cada uno de los campos específicos, es lo que seduce, sobre todo, a la mayoría de la gente —sigue diciendo la citada carta—. Cuando Lutero y Calvino superan la religión católica oficial, cuando Hegel supera a Fichte y a Kant o Rousseau, indirectamente, supera con su contrato social el institucionalismo de Montesquieu, se tiende a ver en ello algo que se mantiene dentro de los ámbitos de la teología, de la filosofía o de la ciencia política, que representa, simplemente, una etapa en la historia de estos campos del pensar y que no se sale para nada de ellos. Y desde que a esto ha venido a añadirse la ilusión burguesa de que la producción capitalista es algo eterno e inapelable, hasta la superación de los mercantilistas por los fisiócratas y Adam Smith se considera sencillamente como un triunfo del pensamiento, no como el reflejo en él de los cambios operados en los hechos económicos, sino como la concepción certera que por fin se ha alcanzado acerca de condiciones reales que son siem-

pre y en todas partes las mismas". "De modo muy análogo a éste, cree también el jurista que opera con conceptos y principios apriorísticos, cuando éstos sólo son, en realidad, reflejos de las realidades económicas".

Otra omisión de que aquí se acusa Engels a sí mismo, y a Marx, es la siguiente. En el calor de la lucha —dice— no siempre atribuíamos "la debida importancia a las demás fuerzas que intervienen en la acción mutua". Se trataba —aclara— de negar a las ideologías, cuyo impacto en la historia es innegable, un desarrollo histórico propio e independiente, pero no de desconocer en ellas toda influencia histórica. Es evidente —afirma aquí Engels— que sólo cabe incurrir en una incomprensión tan "necia" como ésta dejándose llevar de la manera "vulgar y antidialéctica de representarse la causa y el efecto como dos polos rígidamente contrapuestos". ¿Quién podría negar "que un momento histórico, una vez que es traído al mundo por otros hechos, en última instancia económicos, reacciona a su vez sobre el medio y puede repercutir sobre las mismas causas que lo han engendrado"?

"Los hombres", había escrito ya en 1886, en su *Luis Feuerbach*, "hacen ellos mismos su historia." Pero, hasta ahora —añade— vienen haciéndola sin dejarse guiar por una voluntad colectiva ni por un plan de conjunto. La hacen "dentro de un determinado medio que los condiciona y en base a condiciones reales con que se encuentran, condiciones de todas clases, entre ellas las políticas y las ideológicas, todas las cuales puedan influir e influyen en ellos, pero entre las que predominan siempre las económicas, que son las que deciden en última instancia y constituyen el hilo de engarce sin el cual no es posible explicarse los acontecimientos. También la raza es, para Engels, un factor económico. Y, por lo que se refiere a las relaciones que median entre política y economía, manifiesta aquí su convicción de que el movimiento económico, a grandes rasgos, se impone siempre pero sin que ello quiera decir que no repercutan en ella los movimientos políticos que la propia realidad económica crea y a los que dota de una relativa independencia. "Se trata de una relación de interdependencia entre dos fuerzas desiguales".

Los problemas relacionados con el azar y con la influencia de la personalidad individual en la historia son, para Engels, en cierto modo variantes de lo anterior. Cuando se refiere a esto, repite lo que había dicho anteriormente acerca de la historia, concebida como el resultado de innumerables fuerzas que se entrecruzan. Cada cual —nos dice— contribuye a este resultado, "que nadie se ha propuesto", y se ve involucrado en él. El hecho de que en un determinado momento y en un país dado surja un personaje de relieve histórico es, indudablemente, un hecho casual. "Pero si suprimimos este personaje, se planteará inmediatamente la necesidad de encontrarle un sustituto, el cual surgirá mejor o peor, pero surgirá. No cabe duda de que fue el azar el que colocó en manos de Napoleón, y precisamente de él, la dictadura militar que en aquellos momentos necesitaba la República francesa, agotada como consecuencia de sus propias guerras; pero, de no haber sido Napoleón, otro, el que fuera, habría venido a ocupar su lugar, pues en la historia, cuando la necesidad lo demanda, se encuen-

tra siempre el hombre para satisfacerla, y ahí están, para demostrarlo, los casos de Julio César, de Augusto, de Cromwell y tantos más. Cuando Marx descubrió la concepción materialista de la historia, ya se orientaban en esa misma dirección Thiers, Mignet, Guizot y todos los historiadores ingleses hasta 1850, y el hecho de que también Morgan, a su manera, descubriera esta misma concepción de la historia demuestra que ya los tiempos estaban maduros para ello. Y lo mismo ocurre en todos los demás hechos contingentes o aparentemente contingentes que se dan en la historia".

Por tanto, "en última instancia", tal como Engels ve el problema, las grandes personalidades son impotentes ante el movimiento histórico regido por el desarrollo de la vida económica. Ya en 1848 había proclamado la *Nueva gaceta renana* que las puntas de las bayonetas tenían necesariamente que estrellarse contra los escollos económicos. A esta convicción se mantuvo siempre fiel Engels. Era ella la que le daba aquella inmovible, optimista y audaz seguridad en la victoria frente a todos los "grandes hombres" de los que las clases dominantes esperaban su salvación, ya se llamasen Napoleón III u ostentaran el nombre de Bismarck. Estaba seguro de la "cercana victoria", porque veía que el sistema de distribución de bienes engendrado por el modo capitalista de producción se hallaba en flagrante contradicción con este régimen y porque estaba convencido de que toda la sociedad se vería irremisiblemente condenada al desastre si en un tiempo razonable no se llevaba a cabo la transformación del modo de producción y distribución que acabara con todas las diferencias de clase. Ya en el *Anti-Dühring* había dicho que, en manos de la burguesía, la sociedad rodaba vertiginosamente hacia el abismo, "como una locomotora cuyo maquinista no tuviese la fuerza necesaria para abrir la válvula de escape".

Pero Engels no se conformaba con haber formulado, en unión de Marx, la concepción materialista de la historia; deseaba, además, que con esta "guía" en la mano se estudiaran y expusieran, en base a las fuentes y desde un nuevo punto de vista, los sucesos históricos. Solamente la mirada teórica penetrante podrá encontrar el gran camino en medio del laberinto de los hechos, escribía a Conrado Schmidt, en 1889. Y un año más tarde, le decía que era necesario reescribir toda la historia e investigar a fondo las condiciones de existencia de todas y cada una de las formaciones históricas, para poder estar en condiciones de derivar de ellas las concepciones políticas, jurídicas, estéticas, filosóficas, religiosas, etc. correspondientes. "Y, para ello, necesitamos muchas, muchísimas ayudas".

Una de estas ayudas fue la que aportó la *Leyenda de Lessing*, escrita por Mehring. Cuando esta obra apareció en 1892 en la revista socialista *Tiempos nuevos*, Engels la acogió con gran alborozo. "Tal vez uno habría motivado y matizado algunas cosas de otro modo", escribía a Bebel, "pero no cabe duda de que, en general, ha dado en el clavo". Y expresaba su satisfacción de que la concepción materialista de la historia, que "desde hace veinte años —por lo general— no pasaba de ser, en los trabajos de los jóvenes afiliados al partido,

una frase retórica, comience, por fin, a ser manejada como lo que realmente es, como una guía para el estudio de la historia".

Y, en carta personal al autor de la obra —en la que decía, "hablando de Lessing, se apuntaba al viejo Federico"— se la elogiaba como lo mejor, sin comparación, que se había escrito acerca de esta época de la historia alemana, y animaba a Mehring a seguir tratando de la misma manera la totalidad de la historia de Prusia.

Desde su punto de vista revolucionario, nada consideraba Engels tan apremiante como el hacer que el materialismo histórico se encargara de barrer "el rincón prusiano de la historia de Alemania", acabando allí con la "leyenda monárquico-patriótica", tan celosamente apegada al "falso sentimentalismo" que oscurecía la comprensión de las verdaderas realidades. Ya en 1875 había escrito a Lavrov: "A nosotros nos hace más falta el odio que el amor, por lo menos de momento, y, sobre todo, despojarnos de los últimos restos del idealismo, para colocar los hechos materiales en el lugar histórico que les corresponde". Y si ahora surgía —como él esperaba, aunque sus esperanzas, desgraciadamente, resultaron fallidas— una generación capaz y revolucionaria de jóvenes historiadores, que supiesen revolucionar también la historiografía alemana y escribir de un modo totalmente nuevo la historia de nuestro país, ello podría ofrecernos —según él— la palanca más eficaz para "acabar con la monarquía amparadora de la dominación de clase".

Entre los papeles póstumos se ha encontrado una serie de fragmentos —notas y apuntes de diferentes clases— en base a los cuales podemos formarnos, por lo menos, una idea de cómo veía Engels la historia alemana, desde los orígenes hasta sus días. Estos materiales atestiguan también con qué amplitud tan dilatada pensaba abordar el estudio en que estaba empeñado para la reedición de su *Guerra de los campesinos alemanes*, que tanto le apasionaba y que ya no pudo terminar.

Acerca de la historia primitiva de los alemanes llegó a poner en limpio varios capítulos que guardan cierta coherencia entre sí, como son los que versan sobre el régimen de la Marca y la organización militar, una digresión bastante extensa sobre las tribus germánicas, otra sobre el dialecto de la Franconia y algunos más. Se advierte, en estos textos, cuán a fondo había estudiado, con este fin, a los historiadores de los tiempos primitivos de Alemania, a los autores romanos, diversas obras alemanas e inglesas sobre prehistoria y lingüística comparada y a los historiadores alemanes, principalmente Maurer, G. von Hansen y Meitzen.

Hay que decir, sin embargo, que los resultados a que aquí llega Engels no son lo bastante fundados ni ofrecen, manifiestamente, una imagen suficientemente profunda de los problemas para que nos detengamos a examinarlos de cerca en estas páginas. Huelga decir que Engels, en estos trabajos, destaca con mucha fuerza la importancia de los cambios operados en las vías de comunicación y en las formas de la propiedad sobre la tierra. Explica la gran vitalidad que permitió a los germanos, en el movimiento de la migración de los

pueblos, infundir nuevas energías "a la Europa agonizante" por el hecho de que todavía entonces se mantenía en pie entre ellos el régimen gentilicio. Estos puntos de vista corresponden, por tanto, claramente, a la concepción ya expuesta por él en *El origen de la familia*.

Podríamos considerar como continuación de sus estudios sobre los tiempos primitivos el trabajo *Sobre la Marca*, basado en las investigaciones de Maurer, que en 1882 publicó como apéndice a su librito que tiene por título *Del socialismo utópico al socialismo científico* y que tanto éxito obtuvo. A esta monografía se enlaza, cronológicamente, un manuscrito encontrado entre los papeles póstumos, que trata de las causas y los efectos de la decadencia de la aristocracia y del nacimiento de las ciudades en Alemania, y que se destinaba también a la introducción que habría de figurar al frente de la nueva edición de la *guerra de los campesinos alemanes*, que el autor se proponía desarrollar considerablemente, ya que veía en ella "el momento decisivo de toda la historia de Alemania".

En dicha guerra se destacan ya claramente, según Engels, los motivos que a su juicio contribuirían decisivamente a los trágicos rumbos de la historia política de Alemania y a los que él hace responsables de que esta historia se desarrolle como "una gran cadena de desgracias nacionales, en gran parte debidas a nuestras propias culpas". Los juicios que Engels emite, al hablar del "vergonzoso estado de cosas" que en Alemania se creó a partir de la paz de Westfalia, dejan traslucir a la vez la indignación del revolucionario y el sentimiento de vergüenza del hombre consciente de su nacionalidad.

En la segunda mitad de la década de los ochenta, como sabemos, Engels preparaba para la editorial del partido socialdemócrata alemán, que para sustraerse a la ley contra los socialistas se había establecido en Zurich bajo la dirección de Germán Schlüter, un pequeño libro sobre el papel de la violencia en la historia. Este libro habría de abarcar, fundamentalmente, los tres capítulos que sobre el mismo tema figuraban ya en el *Anti-Dühring* y un capítulo nuevo, el cuarto, que el autor se proponía escribir "sobre la práctica bismarckiana de la violencia y la causa de su éxito momentáneo". Con este motivo, según podemos inferir del borrador inconcluso para el prólogo, Engels trataba de explicar al lector alemán el importantísimo papel que durante los últimos treinta años había desempeñado la violencia precisamente en la historia de su país. Aspiraba a poner de manifiesto "por qué la política llevada a sangre y fuego puede lograr éxitos momentáneos, pero está condenada en definitiva a fracasar".

Este folleto, que después de morir Engels fue editado por Bernstein, en el estado incompleto en que lo había dejado el autor, con el título de *Violencia y economía en la instauración del nuevo Imperio alemán*, estaba destinado a hacer labor de agitación en los tiempos de la ley de represión contra los socialistas, lo que obligaba al autor a "tratar el tema de un modo contundente, o no tratarlo". Las restricciones impuestas por esta finalidad y las notas y apuntes inéditos que lo confirman llevan a la conclusión de que Engels no pudo decir en estas páginas todo lo que acerca del tema habría podido exponer.

Otros apuntes muy dispersos sobre la Alemania de sus días que se han encontrado entre sus papeles, versan sobre temas tan dispares como catolicismo y protestantismo, la literatura y la música alemanas, los judíos en Alemania y los alemanes en el extranjero, sobre la lengua alemana y la forma de la educación y la enseñanza en este país, comparadas con las de los países del Occidente. En la "informidad" que, por el momento, seguía encontrando Engels en cuanto hacían los alemanes —cuyos defectos, en general, no evitaba censurar—, descubría aquí a pesar de todo una ventaja enorme: la gran capacidad de desarrollo de esta nación, cuyos frutos logrados habría que esperar en el futuro.

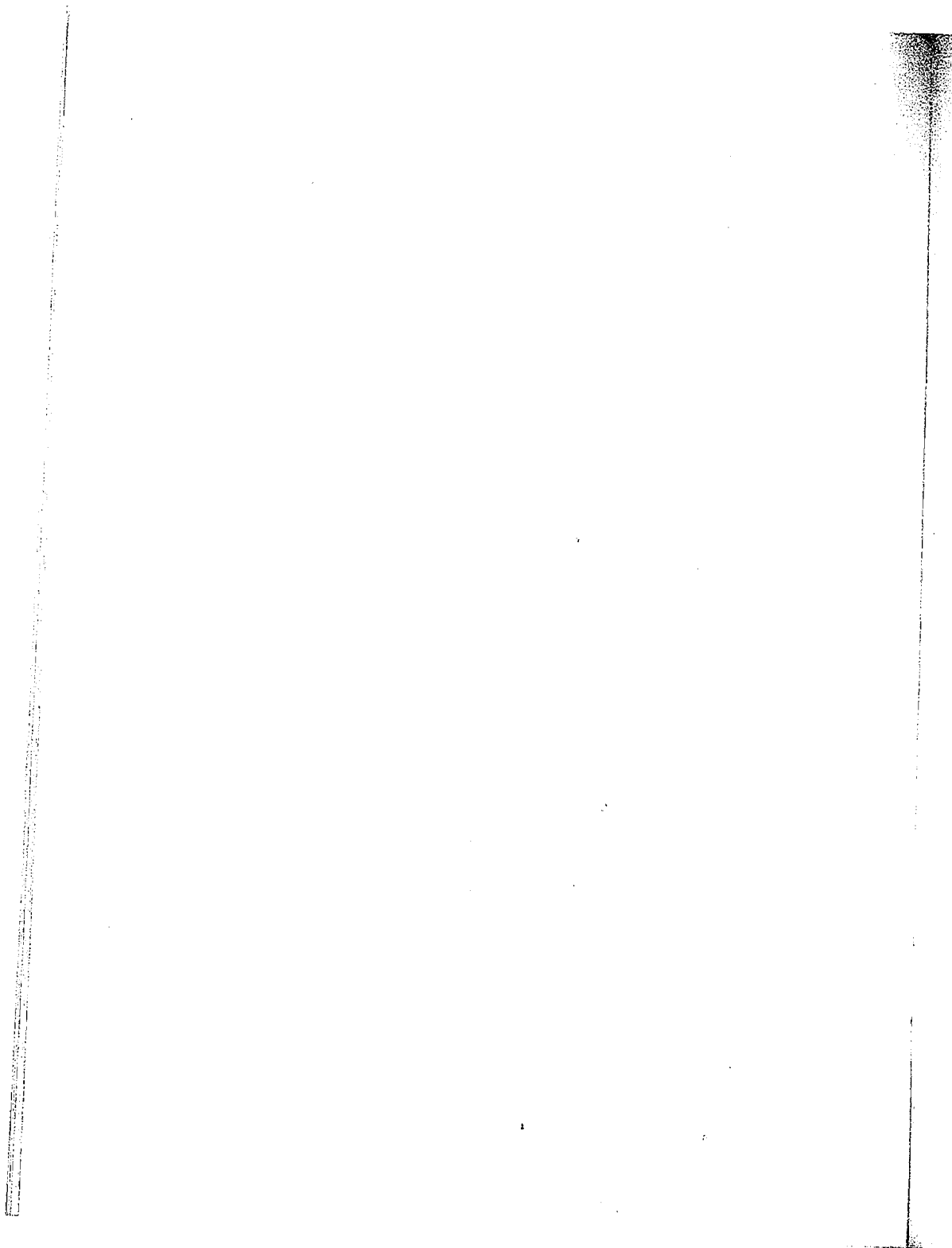
Resumiendo brevemente lo que Engels expone acerca de la historia de Alemania, cabría afirmar que en todos sus juicios se trasluce claramente, con marcado relieve, la personalidad del alemán de la Renania tradicionalmente libre y del europeo occidental, enemigo jurado del Estado prusiano y de su monarquía, pero que, al mismo tiempo, admiraba las virtudes militares de Alemania, la filosofía, la literatura y la ciencia alemanas y su música clásica, aunque no estuviera de acuerdo con la "evasión de la realidad hacia regiones ideales", tan característica de sus compatriotas de la época que le tocó vivir.

Así como Voltaire, con su grito de *Ecrasez l'infâme!* volcaba su aversión contra la clerigalla, Engels descargaba su odio inextinguible sobre la estrecha mentalidad filístea de la pequeñoburguesía, "hermana inseparable del servilismo" que desde la guerra de los treinta años había contaminado en Alemania a todas las clases y que creía observar "lo mismo en el trono que en el portal del zapatero remendón". A cada paso señalaba el atraso en que se hallaban los alemanes, comparados con los ingleses y los franceses, en campos muy diversos e importantes, sobre todo en el de la vida pública. Pero al mismo tiempo se esforzaba en comprender, y hacérselas comprender a otros, las causas de aquel estancamiento que tanto hacía sufrir a su arraigado sentimiento nacional. El esfuerzo por descubrir estas causas constituía para él, en efecto, uno de los medios más eficaces para combatir el mal.

Esta razón fue, principalmente, la que llevó al sexagenario a entregarse a un estudio tan vasto y ambicioso de la historia patria. En numerosas, grandes y pequeñas ocasiones, había podido comprobar la superioridad que daba a los pueblos occidentales el hecho de que la historia de estas naciones hubieta tomado un rumbo más afortunado que la de su país. La historia de Alemania, tal como él la veía, era "una cadena continua de miserias". Todo lo que en cada momento imponían los tiempos llegaba siempre tarde, aquí, a veces demasiado tarde ya. Y, al indagar las causas de ello, los acentos valorativos aparecían en Engels, muchas veces, distribuidos de muy distinto modo que en los historiadores políticos alemanes más prestigiosos de su tiempo. Mucho de lo que éstos consideraban como características específicas de su pueblo, lo juzgaba Engels como manifestaciones de su atraso. ¿Y podemos decir que ama menos a su patria quien se avergüenza de las cosas malas que cree encontrar en el pasado o en el presente de ella e invita a criticarlas con la mayor dureza? En el verano de 1893, escribía a Mehring —a cuya *Leyenda de Lessing* le ponía el reparo de no

exponer la historia de Prusia estrechamente entrelazada a la de Alemania, como parte de ella— que siempre había opinado que era la comparación entre Alemania y la época correspondiente de la historia de Francia lo que tenía que dar una pauta acertada al historiador. Es cierto —decía— que este cotejo resultaba altamente bochornoso para los alemanes, pero ello hacía que resultara también sumamente aleccionador. Y concluía con esta nota de optimismo: “Desde que nuestros obreros se han encargado de colocar a Alemania al lado de otros pueblos, en la primera fila del movimiento histórico, ya no tienen por qué abrumarnos tanto las vergüenzas de nuestro pasado”.

Estas palabras no revelan plenamente la posición que Engels mantenía ante la historia de Alemania, sobre todo en la de aquellas épocas cuyos efectos se hacían sentir todavía en el presente. También al interpretar la historia era siempre, en todo y por encima de todo, un revolucionario. Nadie lamentaba tan amargamente como él que Alemania hubiera tardado tanto en sobreponerse a su desmembración en multitud de pequeños Estados. Pero la unificación alemana lograda por Bismarck no podía satisfacerle. Esperaba con ardiente impaciencia aquella otra Alemania que rompería y ajustaría cuentas, radical y definitivamente, con el pasado interpuesto siempre como un obstáculo en el camino de su auge nacional y que jamás había dejado al pueblo alemán alcanzar el desarrollo, la plenitud a que él le creía llamado por su capacidad. Su pensamiento se orientó siempre hacia aquella Alemania del futuro, hacia la Alemania de los trabajadores, que estaba seguro de que un día habría de surgir de la lucha por la existencia a que el Imperio de la Pequeña Alemania, aquel “bonapartismo prusiano montado sobre una base semifeudal”, como él lo llamaba, retaba por entonces al proletariado alemán, a quien el gran vigía trataba incansablemente de mantener en guardia.



CAPITULO XIII

LA POLITICA EUROPEA DESDE LA FUNDACION DEL IMPERIO ALEMAN HASTA LA CAIDA DE BISMARCK

Una de las razones por las que Engels condenaba la anexión de Alsacia-Lorena era que, en 1871, el trazado de las fronteras del occidente de Europa no parecía ya dar pie a conflictos territoriales. En cambio, no se le ocultaba entonces ni se le ocultaría más tarde que entre el mundo eslavo y el germano y, más aún, dentro del mismo mundo eslavo, el deslinde entre los Estados no había llegado aún a su solución definitiva. Opinaba, además, que difícilmente podría lograrse allí por la vía pacífica una consolidación de las fronteras que compaginaran las pretensiones nacionales con las condiciones de producción.

Por principio, Engels seguía luchando como hasta allí contra toda expansión de poder de la autocracia rusa, que ejercía ya, a su modo de ver, una erosión cada vez más insoportable sobre el resto de los pueblos de Europa. Pero tampoco auguraba un sostenimiento estable de la monarquía de los Habsburgo, sino que preveía con seguridad su derrumbamiento. Ya en 1847, desde la *Gaceta alemana de Bruselas* había pronosticado el comienzo del fin de Austria. Recordamos cuán vivamente deseaba que la Austria alemana se reunificara con el resto de Alemania y que Hungría llegara a ser dueña de sus destinos.

Pero mientras la Rusia zarista siguiera siendo como un pulpo insaciable que alargaba sus tentáculos hacia los territorios eslavos del este y del sur, consideraba indispensable la subsistencia de la potencia austro-húngara. Esta no perdería, para él, su razón de ser hasta el momento en que triunfara en Rusia la revolución. Sólo a partir de ese momento podrían disponer libremente de su futuro político las distintas nacionalidades que formaban parte del Imperio de los Habsburgo, lo mismo que los pequeños rusos y los sudeslavos. Sin embargo, como en febrero de 1882 le confesaba a Kautsky, se inclinaba a pensar que a la mayoría de los eslavos austro-húngaros les bastarían seis meses de independencia para que suplicaran ser admitidos de nuevo en el seno de aquel país.

Cuando, en 1876, los bosniacos, serbios y montenegrinos se levantaron contra la dominación turca y, un año más tarde, Alejandro II volvía a echar mano de las armas, entre el júbilo del mundo paneslavista, "en holocausto de la

causa eslava", Engels expresaba una vez más su opinión de que la socialdemocracia sólo podría suscribir las aspiraciones nacionales de este "enano de los pueblos" una vez que se hubiera desligado de las tendencias paneslavas de dominación mundial, opinión que había inspirado ya la posición mantenida por él durante la guerra de Crimea.

Como había hecho en 1859 con los italianos, ahora tomaba bajo su patrocinio la independencia de los serbios. Pero, para ello, era necesario que el zar no se limitara a liberarlos aparente y transitoriamente, con objeto de someterlos más tarde a su propio despotismo. Exigía, por tanto, que los pueblos sudoslavos, quienes no habían contribuido en nada al desarrollo de Europa, tuviesen un poco de paciencia hasta que la revolución proletaria del occidente de Europa les deparara definitivamente la libertad. Para él, y así lo reconocía abiertamente, existían cosas más importantes que aquellas simpatías de carácter "poético" hacia todas las "nacionalidades oprimidas" que, en los países europeos, influían decisivamente en el juicio de los liberales y los demócratas burgueses.

"Tenemos que cooperar a la liberación del proletariado europeo occidental y supeditar a esta meta todo lo demás", haría saber el 22 de febrero de 1882 al director de *El socialdemócrata*, "y por interesantes que sean los eslavos, balcánicos, etc., si sus afanes de liberación chocan con los intereses del proletariado, me tienen sin cuidado". Mientras estas "interesantes nacioncillas" esperen su independencia del "enemigo irreconciliable de todo el Occidente que ha logrado ya un desarrollo burgués", él no se interesaría en absoluto —aseguraba— por su emancipación directa e inmediata. "Continuarán siendo nuestros enemigos directos mientras su aliado y protector siga siendo el zar". Desde la década del cincuenta era claro, para él, que Serbia podría llegar a ser algún día, en el futuro, la primera potencia de la península balcánica. Y tampoco ahora se desdecía de este modo de ver: "No cabe duda de que, a la vuelta de dos a cuatro generaciones y de una serie de transformaciones europeas de carácter general, será posible una gran Serbia. Però hoy —dado el estado de desarrollo de sus elementos—, evidentemente no".

Aunque Engels no consideraba ya viable un Imperio turco en suelo europeo, se veía obligado, al igual que Marx, a manifestarse en favor de Turquía, tanto en el terreno político como en el militar, sencillamente porque Rusia peleaba al lado de los pueblos balcánicos. Tenía la peor opinión acerca de los mandos, la intendencia y la capacidad de combate del ejército ruso al que el reclutamiento obligatorio había venido a desorganizar todavía más, mientras que los turcos, a su juicio, no habían estado nunca en mejor condición. Así se lo decía, en enero de 1877 a Liebknecht, en una carta que éste publicó en el *Adelante* como salida de la pluma de un "observador competente". Y el 26 de marzo del mismo año escribía al químico Pauli, residente en Rheinau, en cuya casa se alojaba precisamente por aquellos días como pupila la sobrina de su mujer, que se alegraría mucho si los turcos zurraban a los rusos.

El 25 de junio, le manifestaba a Bracke: "Se maravillará usted cuando vea de lo que son capaces los turcos", y le explicaba a este camarada, por quien

sentía gran aprecio, por qué una comunidad de tipo oriental con una población campesina sana "es capaz de 'resistir' golpes completamente increíbles"; lo único que necesitaba, "para estar completamente por encima de Rusia", era deshacerse de las corrompidas clases altas de su sociedad. Es cierto que, con fecha 25 de agosto, en carta a Marx, criticaba las corruptelas del ejército turco, pero ponía todavía con más fuerza de relieve los del ejército ruso, peores aún que en la guerra de Crimea.

Al principio de la guerra, le preocupaba muy especialmente a Engels el que la diplomacia europea pudiera impedirles a los turcos emplear sin cortapisa los medios de lucha de que disponían.

Ya habían cruzado los rusos el Danubio y aún opinaba que todo marchaba bien y confiaba, como le decía a Liebknecht el 2 de julio de 1877, que las dificultades de los rusos, al dar aquel paso, crecerían en proporción geométrica. En cambio, a fines de julio se sentía "muy nervioso" ante las noticias que diariamente se recibían acerca de "la actividad de los rusos y la inacción invariable de los turcos". Le "ponía furioso ver cómo se desaprovechaban una posición tan excelente y unos soldados tan magníficos". No obstante, y a pesar de todos los errores cometidos por el mando turco, seguía convencido de que la campaña del año 1877 no llevaría a los rusos a Constantinopla y a nada temía tanto como a una paz precipitada.

Esta confianza de Engels se sintió todavía más fortalecida cuando las victorias logradas por Osmán Pachá cerca de Plevna vinieron a demostrarle "de lo que los turcos eran capaces, a la defensiva". Y aún después de haber caído aquella fortaleza, que durante tanto tiempo había detenido el avance de los rusos, y cuando los turcos habían perdido allí "su mejor general y su mejor ejército", seguía viendo Engels, exclusivamente, las nuevas y grandes dificultades que se acumulaban ante el vencedor. ¿Se atrevería éste a seguir avanzando a través de los Balcanes, bajo la nieve y la lluvia? ¿Le permitirían la disciplina y el avituallamiento de sus tropas aventurar una campaña de invierno? Pero, aún suponiendo que los rusos fueran capaces de vencer todas estas dificultades, estaba seguro de que Constantinopla podría defenderse con éxito, siempre y cuando que en Turquía empuñase las riendas un gobierno que diera pruebas de energía y decisión.

A mediados de diciembre, en carta a Blos, que éste utilizó inmediatamente para escribir un artículo editorial destinado a su *Hoja del pueblo*, publicada en Hamburgo-Altona, sostenía que resultaría más difícil sitiar a Constantinopla que a París, pero sólo a condición de que fuesen derrocados allí los "árbitros de la situación". Si el régimen del Serrallo se mantenía en el poder, consideraba probable, ahora, que los turcos perdieran la guerra. Y, al mismo tiempo, se defendía, en su nombre y en el de Marx, contra el reproche de turcofilia, con las siguientes palabras: "Como es natural, nosotros no sentimos entusiasmo por ninguno de los dos sistemas que pelean en los campos de batalla de Bulgaria y Armenia. Se trata de dos despotismos que se hallan en flagrante contradicción uno y otro con el espíritu de nuestro tiempo".

En carta a Liebknecht de 4 de febrero de 1878, culpaba del desmoronamiento de la resistencia turca, aparte de la desastrosa conducta del jefe de la artillería Mahmud Damat, a las intrigas diplomáticas, en las que achacaba una especial participación al "agente ruso, marqués de Salisbury". Si Rusia como al principio consideraba él probable, mantenía en pie sus exorbitantes condiciones de paz, esperaba que conducirían, al mismo tiempo, a la disolución de Austria, con la aquiescencia de los alemanes. E incluso temía que el zar, en el momento que le pareciera adecuado, exigiera la entrega de Bohemia.

Engels se explicaba la supuesta debilidad de Bismarck en base a la idea, convertida para él en firme convicción, de que una derrota de Rusia y, como consecuencia de ella, la revolución rusa, significaría "para Prusia la campana funeraria". "Ahora, al complicarse las condiciones, se ha acabado la genialidad", decía, mofándose del Canciller, el 11 de febrero de 1878, en carta a Liebknecht, quien por aquel entonces, en un folleto titulado *¿Está Europa condenada a ser cosaca?*, a pesar de ser más turcófilo que Engels, se valía de los argumentos de éste para poner sordina al entusiasmo por las "naciones oprimidas", que se manifestaba también en el seno de la socialdemocracia y luchar contra la que él consideraba una "neutralidad bismarckiana excesivamente rusófila".

Engels no veía completamente claras las intenciones de Bismarck. Después del Congreso de Berlín, llegaba, a veces, a sospechar que éste, aliado a Austria e Inglaterra, se entregaba, "atado de pies y manos", a la guerra contra Rusia. Refiriéndose a esta posibilidad, escribía a Marx, con fecha 9 de septiembre de 1879: "Pero sería mejor que las cosas en Rusia condujeran rápidamente a la crisis y que las perspectivas de la guerra fuesen desplazadas por una conmoción interior. La situación se torna demasiado favorable para Bismarck. Una guerra simultánea contra Rusia y Francia sería una lucha por la existencia nacional, y el chovinismo que esto desataría daría al traste con nuestro movimiento por una serie de años". En otra ocasión, se inclinaba a creer que Bismarck favorecía la desintegración de la Turquía europea para dejar a Rusia el camino abierto hacia el botín y demorar con ello el estallido de la revolución.

Como es sabido, el paneslavismo que tanto aborrecía Engels se convirtió en la más alta máxima del Estado en el Imperio de Alejandro III, después del desengaño que el Congreso de Berlín había representado para el nacionalismo ruso. Los epígonos de los eslavófilos se fundieron ahora con los nacionalistas panrusos, y dos hombres representativos de estas tendencias, el procurador del Santo Sínodo, Pobiedonosev, y el fanático Katkov, pasaron a ser los más influyentes consejeros del "primer zar verdaderamente ruso".

Fue a partir de ahora, sobre todo, cuando Engels pasó a considerar el paneslavismo como el más peligroso enemigo a que la socialdemocracia tenía que combatir, juicio en el que le afianzaba todavía más el hecho de que no conociera a un solo ruso que se hallara totalmente inmune a las tendencias y reminiscencias paneslavistas. "La misión paneslavista de Rusia", decía, "es algo tan evidente para ellos como para los franceses la iniciativa revolucionaria

innata de Francia". Y seguía considerando el paneslavismo como "un producto artificial de las clases cultas, de la ciudad y las universidades, del ejército y la burocracia", como "el sueño de la hegemonía mundial encubierto bajo el manto de una nacionalidad eslava inexistente". Estaba convencido de que en San Petersburgo se preparaba una guerra paneslavista, como la última tabla de salvación de la reacción y el zarismo, "pues los Katkov, los Aksakov, los Ignatiev y Cia. saben perfectamente que su reinado acabará para siempre el día en que sea derrocado el zarismo y aparezca en escena el pueblo ruso".

Ahora bien, una guerra nacional bajo la divisa de la "unión de todos los eslavos" planteaba inmediatamente, como algo muy candente, el problema del futuro de Polonia. Los polacos, como la única nación eslava de afianzados sentimientos antipaneslavistas, no podían por menos de considerar a los rusos como traidores contra la causa sagrada del eslavismo. Sin embargo, quien tratara de incorporarlos por la fuerza a un futuro imperio zarista paneslavo, los obligaba por ese solo hecho a refugiarse en las potencias intermedias. Todavía en 1881, en un mensaje dirigido por Engels, conjuntamente con Marx, Lafargue y Lessner, en una fiesta en homenaje a la revolución polaca celebrada en Ginebra, había recordado que el grito de "¡Viva Polonia!" significaba "¡Muera la Santa Alianza! ¡Muera el despotismo militar de Rusia, Prusia y Austria! ¡Muera la dominación mongólica sobre la sociedad del progreso!"

Engels jamás había puesto públicamente en duda que la restauración "de una pequeña Polonia independiente" era una necesidad histórica, y en lo único en que vacilaba era en las fronteras que deberían asignarse a este Estado cuando se restaurase. Seguía convencido de que ningún pueblo podía liberarse a sí mismo mientras oprimiera a otros pueblos. Incluso en la Gran Bretaña sería imposible, según él, una revolución proletaria mientras no se devolviera la libertad a Irlanda y a los dominios británicos y se acelerara la marcha de India hacia su autonomía.

Exactamente del mismo modo, tenía la convicción de que la futura revolución rusa y la revolución alemana desencadenada por ella dependían en mayor o menor medida de que, inmediatamente después de estallar, estos movimientos restituyeran a Polonia su derecho de autodeterminación. Y veía una nueva prueba de la invulnerable vitalidad del pueblo polaco y una nueva garantía de su inevitable restauración nacional en el hecho de que la industria polaca se desarrollara ya por encima de la rusa. Los obreros de todo el resto de Europa, declaraba en 1892, en el prólogo a una edición polaca del *Manifiesto comunista*, necesitaban de la independencia de Polonia tanto como los propios obreros polacos. Y el joven proletariado polaco la arrancaría, luchando. Aunque, a sus ojos, la futura revolución polaca no pudiera contar con otro aliado más seguro que las masas obreras revolucionarias alemanas, Engels no perdía tampoco de vista, al mismo tiempo, la otra posibilidad: la de que, en caso de guerra contra el Imperio ruso y el Imperio alemán, el ejército de este país pudiera verse colocado ante la necesidad de reinstaurar "una Pequeña Polonia". Y habría llegado incluso a considerar como un justo castigo para Prusia el

que su propia seguridad le exigiera restaurar al Estado polaco. No quería quebrarse la cabeza parándose a pensar de antemano cómo tendría este nuevo Estado que arreglárselas con los lituanos, los rusos blancos y los pequeños rusos. Y solamente "en caso de que ello fuera necesario" accedería a ceder también a esta nueva Polonia un pequeño trozo de la Polonia alemana.

Los serbios y los búlgaros comenzaron a mirar con mayor frialdad la agitación paneslavista cuando se dieron cuenta de que esta independencia adquirida a tan alto precio amenazaba a sus jóvenes nacionalidades. Engels, por su parte, siempre había enjuiciado al paneslavismo exactamente tal y como ahora se revelaba. Sin embargo, con motivo de los embrollos que se presentaron a causa del destronamiento del príncipe Alejandro de Bulgaria, aconsejó al director de *El socialdemócrata* que sólo apoyara a los sudoslavos mientras éstos se manifestaran en contra de Rusia y se retrajera de este apoyo tan pronto como trataran de anexionarse, quitándoselos a Turquía, otros territorios, reclamados por ellos al amparo de razones étnicas, ya que sólo podrían triunfar en estas pretensiones a costa de una guerra europea, y no merecía la pena de ello.

"Esos señores tendrán que esperar, al igual que los alsacianos y loreneses, los tridentinos, etc." Cuando haya estallado en Rusia la revolución, podrán hacer lo que quieran. Y, por razones parecidas, condenaba también el que Bosnia y la Herzegovina, de una parte, y de otra Egipto, trataran de desmembrarse de Turquía lo que convertiría a Austria-Hungría e Inglaterra, "ni más ni menos que a los rusos, en verdaderos bandoleros contra los turcos".

Pero cuando, a la cabeza del gobierno nacional egipcio, Arábí Pachá, en el verano de 1882 se levantó contra la ocupación británica, Engels previno a Bernstein, a pesar de todo, contra una acción demasiado enérgica en pro de este movimiento revolucionario. Desde Inglaterra hasta Rusia, desde el Asia Menor hasta Egipto —le decía—, los campesinos de los países rurales existen para ser explotados. El sátrapa *alias* Pachá es la forma fundamental que la explotación adopta en el Oriente, y el comerciante y el jurista son la forma moderna occidental. "Está bien hablar de no reconocer las deudas del Kedive, pero el problema reside en saber qué ocurrirá después. Y nosotros, los socialistas de la Europa occidental, no vamos a dejarnos agarrar allí tan fácilmente como los *fellahs* egipcios y como todos los latinos". Engels aconsejaba a Bernstein que defendiera en *El socialdemócrata* a los *fellahs* contra las brutalidades de los ingleses, pero sin solidarizarse por ello con los adversarios militares de éstos. "En todas las cuestiones de política internacional, hay que tomar con la mayor desconfianza lo que dicen los periódicos de partido franceses e ingleses, con su política sentimental; los alemanes tenemos la obligación de mantener también en este terreno, mediante la crítica, la superioridad teórica que hemos sabido conquistar".

Por mucho que Engels deseara ver estallar una revolución en Rusia, no quería, como en 1848, que estallara a costa de una guerra europea, de la que el proletariado ya no necesitaba para triunfar y cuyas consecuencias, en ciertas circunstancias, podrían incluso demorar su toma del poder. Al hablar de las con-

secuencias de una futura guerra mundial, tan pronto destacaba las que podrían favorecer a la causa del comunismo como hacía hincapié en las que la perjudicarían, según uno atendiese al próximo futuro o al lejano porvenir. No le cabía duda alguna de que, en sus últimas consecuencias, también una guerra mundial tendría que abrir cauce al triunfo del comunismo. Para Federico Engels, que concebía la trayectoria general de la historia como un proceso determinado por el desarrollo económico y por la lucha de clases, todos los caminos conducían a la meta vislumbrada por él.

Son incontables las manifestaciones reveladoras de cuán empeñado se hallaba Engels en evitar que el camino hacía la revolución general pasara la hecatombe de la guerra. El 16 de diciembre de 1879 escribía a Bebel: "Una guerra así sería para nosotros la mayor desgracia; pues podría detener por veinte años el movimiento", y el 22 de diciembre de 1882: "Yo consideraría una guerra europea como un desastre. Esta vez, la guerra sería espantosa y desencadenaría en todas partes, durante largos años, una oleada de chovinismo, puesto que cada pueblo se vería en el trance de luchar por su existencia. Resultaría inútil y quedaría anulada toda la labor de los revolucionarios en Rusia, ya en vísperas de la victoria; nuestro partido, en Alemania, se vería momentáneamente anegado y destrozado por el chovinismo, y otro tanto ocurriría en Francia".

Y, dirigiéndose también a Bebel, con pullas contra los liberales que, "en interés de Rusia, se entusiasman tanto por las nacionalidades" y por "los miserables restos de las que un día fueron naciones, serbios, búlgaros, griegos y otros pueblos rapaces", decía el 17 de noviembre de 1885, cuando ya había estallado la guerra serbio-búlgara: "Nuestro movimiento marcha muy bien, en todas partes le favorecen las circunstancias y sólo necesitamos, a la postre, unos cuantos años de desarrollo y fortalecimiento pacíficos, razón por la cual no podemos permitirnos el lujo de una gran hecatombe política. Esta hecatombe relegaría nuestro movimiento por muchos años al fondo de la escena, después de lo cual probablemente tendríamos que volver a comenzar desde el principio, como en 1850".

Engels consideraba con sentimientos encontrados incluso la posibilidad de que una guerra europea desencadenara una revolución en París. Pensaba que "los franceses, que podían llegar a ser unos feroces chovinistas", no estarían capacitados, por la trayectoria de su desarrollo teórico, a ponerse a la cabeza de un movimiento revolucionario general. Y si llegaba la gran guerra, desde hacía mucho tiempo —no era ya dudoso para él que la época de las guerras localizadas ya había pasado— estaba seguro de que aquella guerra sería la última: "Será el derrumbamiento más completo del Estado de clase, en lo político, en lo militar, en lo económico (incluso financieramente) y en lo moral. Puede hacer que la máquina de guerra se rebele y se niegue a lanzarse a la matanza intestina en gracia a los miserables pueblos balcánicos. El Estado de clase exclamará: *après nous le déluge*, pero tras el diluvio vendremos nosotros y *nadie* más que nosotros". Y esta carta escrita a Bebel el 17 de noviembre de 1885, cuando Engels contaba sesenta y seis años, termina así:

"Suceda lo que suceda, todo se convertirá en un medio para llevar a nuestro partido al poder y dar al traste con todo el viejo tinglado de mentiras" Pero confieso que preferiría que pudiera hacerse sin recurrir a toda esta matanza innecesaria. Ahora bien, si ello no se puede evitar, sólo espero que mis viejas dolencias físicas no me impidan volver a montar sobre el caballo, cuando el momento llegue". Sólo temía un renacer del nacionalismo en todos los Estados interesados, tan sostenido, que pudiera hacer retroceder por largo tiempo el movimiento socialdemócrata, caso de que se tratara de una guerra relativamente corta, cuyo desenlace dejara las riendas en las mismas manos. Esta violenta aversión a una guerra mundial a su juicio innecesaria, desató una intensa actividad política en los últimos años de vida de Engels.

En noviembre de 1886 escribió extensamente en *Le Socialiste*, órgano de sus correlegionarios de partido de París, acerca de "la situación política de Europa". Primordialmente, el punto de vista mantenido aquí era el de que los conflictos de los Balcanes podían conducir a una guerra europea general. Lamentaba que Austria e Inglaterra se hubiesen enemistado con Egipto y Turquía por la ocupación de Bosnia y que Egipto se convirtiera por mucho tiempo en la manzana de la discordia entre Francia e Inglaterra. En cuanto a Italia, entiende que Rusia podrá inclinarla a su lado como el mejor postor, al ofrecerle el Trentino, Istria, Dalmacia y Trípoli. Y da por descartada como un factor evidente la contraposición entre Francia y Alemania. Expone muy a fondo cómo, en los últimos meses, bajo la acción de la guerra entre serbios y búlgaros y del rumbo poco satisfactorio que esta guerra ha tomado para Rusia, el movimiento paneslavista se ha enfervorizado en el Impero de los zares hasta llegar al punto de ebullición y cómo ahora, ante la situación desesperada de las finanzas del Estado bajo Alejandro III, conduce cada vez con mayor fuerza a la disyuntiva violenta de: o Constantinopla o la revolución. A su juicio, Bismarck e, influida por él, Austria han abandonado a Bulgaria, por miedo a la revolución en Rusia. Sin embargo, los búlgaros no se han amilanado y, ante esta situación cabe preguntarse si, en la próxima primavera, el zar decidirá marchar sobre Constantinopla.

"¿Y Francia?" Con esta pregunta, llega el autor al punto que, en esta exposición, más le interesaba. Aún no existe una alianza franco-rusa y Bismarck juega todas sus cartas diplomáticas para impedir que tenga que llegarse a este resultado. Pero el número de partidarios de la alianza crece sin cesar. Desde el ascenso de Boulanger, el chovinismo se ha apoderado con redoblada fuerza de los ánimos, e incluso entre los obreros se manifiesta el anhelo de recuperar las provincias perdidas. Con esta mentalidad cuenta Engels. Y razona así: una guerra revanchista desencadenada en alianza con Rusia podría conducir en París a la revolución y llevar al zar a echarse de nuevo en brazos de Bismarck o conducir, con la ayuda de los rusos, a una restauración de la casa de Orleans. Esto último sería, además, lo más probable, ya que los oficiales monárquicos se apresurarían a cargar toda derrota parcial sobre los hombros de la República. Y, una vez que Francia se vea convertida de nuevo en reino, podría surgir a

costa de los pequeños Estados un nuevo Congreso de Viena y los pecados republicanos y socialistas de Francia servirían de pretexto para despojarla, en todo o en parte, de la Alsacia-Lorena.

El hecho de que el general Boulanger se jactara ante quien quisiera oírle de que era necesaria una guerra para cerrar el paso a la revolución social, le daba una pobre idea de la capacidad política de este hombre. No sería él, evidentemente, quien salvara a la República. Los republicanos franceses se encontraban en la misma situación que el zar por cuanto que sólo veían en una guerra el medio indicado para librarlos de la revolución social. Y, caso de que esta guerra estallara, la librarían en Rusia para impedir la revolución, en Alemania para mantener en el poder a Bismarck ante el cambio de monarca, y en Francia para rechazar los avances del socialismo y restaurar la monarquía.

A Engels le preocupa mucho poner de relieve aquí que entre los socialistas de Alemania y los de Francia no se interponga la cuestión alsaciana: "Los socialistas alemanes saben perfectamente que las anexiones de 1871, contra las que siempre han protestado, han representado, tanto en el interior como en el exterior, el punto de apoyo de la política reaccionaria de Bismarck. Los socialistas de ambos países están interesados por igual en el mantenimiento de la paz, pues son ellos quienes tendrían que pagar las costas de la guerra".

Hoy, sabemos que fue a partir del momento en que Guillermo II, después de la caída de Bismarck, se negó a prorrogar el tratado secreto de cobertura con Rusia, cuando los activistas del paneslavismo rechazaron las fuertes inhibiciones conservadoras que existían bajo Alejandro III y se creyeron en condiciones de mover al Kaiser a rechazar la alianza con la República democrática y atea. Engels había abierto el fuego contra el enorme peligro que ello representaba para la paz de Europa ya en el mismo momento en que vio que apuntaba este entendimiento entre Alemania y su poderosísimo vecino.

Desde el momento en que ya no podía dudar que la alianza se había convertido en un hecho, se consideró obligado a poner a la clase obrera francesa en pie contra la alianza de la República con el enemigo jurado de toda aspiración democrática y socialista.

Los peligros de la situación mundial le llevaron a entregarse una vez más, empeñosamente, a sus estudios militares. Y, en el curso de ellos, vino a sus mentes una idea que le dio mucho que pensar. Las grandes potencias continentales habían neutralizado ahora la delantera que Prusia les llevaba con anterioridad, al haber sabido implantar a tiempo el sistema de las reservas, antes de que ellas lo hicieran; dichas potencias estaban, así, en condiciones de poder movilizar a gentes de las mismas edades que Alemania. A esto quería referirse cuando, el 13 de septiembre de 1866, le hacía ver a Bebel por qué, ahora, podía estallar la guerra. Y añadía: para Bismarck, existía esta alternativa: "o la resistencia frente a Rusia, lo que representaba la perspectiva de una alianza franco-rusa y la guerra mundial, o la certeza de una revolución rusa mediante la alianza de paneslavistas y nihilistas, o bien plegarse a los deseos de Rusia, es decir, traicionar a Austria".

En estas condiciones —decía—, el Canciller alemán había hecho a Rusia, en el Oriente, las concesiones deseadas, pero patentizando con ello “la incompatibilidad de los intereses de la dinastía de los Hohenzollern con los de Alemania”. Por tanto, aunque Engels, en *Le Socialiste*, hiciera ver a los franceses que Bismarck estaba decidido a ir a una guerra, es evidente que él mismo no estaba muy convencido de ello y consideraba más probable una solución en base a “compromisos mutuos y absorciones de pequeños Estados”. “Lo más favorable para nosotros”, escribía a Bebel el 14 de marzo de 1886, sería “que Rusia se viera desplazada por la paz o por la guerra, pues entonces se llegaría allí a la revolución. Los paneslavistas tomarían cartas en el asunto, para salir trasquilados al día siguiente”. Y, una vez que se derrumbara en Rusia el sistema vigente, se acabaría la política rusa de conquistas y los problemas interiores se impondrían allí sobre todo lo demás. Es lo que siempre había dicho Marx.

Ahora bien, si la guerra mundial llegaba a estallar, ¿cabía predecir quién saldría vencedor de ello? “El ejército alemán”, manifestaba Engels a Bebel, el 13 de marzo de 1886, “es, indiscutiblemente, el mejor y el que cuenta con mejores mandos, pero es solamente uno entre muchos. Los austríacos son también incalculables en el terreno militar, tanto en cuanto al número como, sobre todo, en cuanto al mando, y se las han arreglado siempre para hacer que salieran derrotados los mejores soldados. Los rusos se engañan, como siempre, en cuanto a sus fuerzas, que son gigantescas sobre el papel, pero acusan una extraordinaria debilidad en la ofensiva aunque son fuertes en la defensa de su país. Su punto más endeble es, aparte del alto mando, la escasez de oficiales aptos para la enorme masa de tropas, ya que el país no produce esta cifra de gentes cultas. Los turcos son los mejores soldados, pero el alto mando es siempre malísimo”.

En ninguno de estos ejércitos, fuera del alemán, se había puesto a prueba todavía la nueva organización. “Resulta, pues, muy difícil comparar estas magnitudes, en cuanto al número y a la calidad. De los italianos es seguro que, a igualdad de número, serán derrotados por cualquier otro ejército. Pero es asimismo incalculable cómo habrían de agruparse entre sí, en una guerra mundial, estas diferentes fuerzas. El peso de Inglaterra, así en cuanto a su flota como en lo tocante a sus enormes recursos, irá en aumento en el transcurso de la guerra, y aunque al principio se retraiga con sus tropas, un cuerpo de ejército inglés de 60 000 hombres podría dar el golpe decisivo. Todo ello supone que no se produzca ningún cambio en el interior de los diferentes países. Ahora bien, en Francia puede ocurrir que una guerra lleve al poder a los elementos revolucionarios y que, en Alemania, una derrota o la muerte del Viejo provoque una violenta conmoción en el sistema imperante: y pueden surgir también otras agrupaciones entre los beligerantes. En una palabra, estamos ante un caos, en el que sólo un resultado es seguro: una matanza de masas en proporciones sin precedente, el agotamiento de toda Europa hasta un punto antes insospechado y, por último, el hundimiento de todo el viejo sistema”.

Y en términos parecidos a éstos se expresaba también públicamente

Engels, por aquellos días. Principalmente, en el prólogo, fechado el 15 de diciembre de 1887, a la reimpresión de una obra de su amigo Borkheim, muerto en 1885, que trataba del desastre de Alemania en 1806 y 1807. Engels hacía aquí hincapié, sobre todo, en que en una futura guerra no volvería a repetirse aquella perfecta unidad del alto mando que, gracias al favor de las circunstancias, se había dado en 1866 y en 1870.

Sin embargo, Engels seguía abrigando la convicción de que Alemania, en caso de una nueva guerra, que esta vez sería general, se afirmaría, esta vez militarmente, como la potencia más fuerte de todas. En la defensa, Alemania estaría por encima de Francia y de Rusia, escribía a Sorge el 22 de febrero de 1888. Y, al día siguiente, le decía a Liebknecht: "Al calcular que dispones de dos millones y medio de hombres y de tropas suficientemente dotados de oficiales y suboficiales, creo que Bismarck se queda corto en la apreciación de la fuerza de Alemania. Y está bien que sea así. Bismarck no debe ser derrocado por una derrota en el exterior antes de que se ponga en marcha la revolución en Rusia. Ello sólo serviría para acrecentar su popularidad".

No obstante, a Engels no se le ocultaba que habían pasado los tiempos en que el mando alemán podía jugar fácilmente con Francia. "Ya no habrá rápidas decisiones ni cruzadas triunfales, ni en Berlín ni en París", decía en la misma carta a Liebknecht. "Francia se halla muy bien y muy diestramente fortificada y las defensas de París son, en cuanto a su distribución, magistrales".

Y, pocos días más tarde, escribiendo de nuevo al director de *Adelante*: "Las nuevas fortificaciones francesas, la línea del Mosa y del Mosela, los dos grupos de fortalezas del norte y el sudeste (Belfort, Besançon, Lyon, Dijon, Langres, Epinal) y, por último, los nuevos y maravillosos grupos de fortines en torno a París, representan un gran avance; tal como hoy están las cosas, ni Francia puede menospreciar a Alemania ni Alemania puede mirar por encima del hombro a Francia. Lo cual está muy bien. Si las cosas llegan a lo peor, lo más probable es que se mantenga en aquella frontera una guerra estable con vicisitudes cambiantes que infundan a ambos beligerantes respeto ante el adversario y hagan posible una paz tolerable. En cambio, los rusos pueden llevar un escarmiento serio, que sería lo mejor que podría suceder".

Y en una hoja de un libro de notas procedente de aquellos mismos días leemos lo que sigue: "Tragicomico conflicto: el Estado se ve obligado a librar guerras políticas que no suscitan el entusiasmo nacional y, para ello, necesita de un ejército apto solamente para la defensa nacional y la ofensiva directamente relacionada con ella (1814 y 1870). Este conflicto llevará a la trampa al Estado prusiano y su ejército, probablemente en una guerra con Rusia, que podrá durar cuatro años y en la que lo único que se conseguirá serán enfermedades y huesos rotos".

Pero Engels no acababa de sobreponerse al temor de que, después de la muerte de Guillermo I y de su hijo enfermo, "el joven Guillermo" abriera a los rusos el camino hacia Constantinopla, obteniendo de ellos, a cambio de esto, la autorización para ajustarles las cuentas a los chovinistas franceses. "Parece que

se han concertado ya ciertos acuerdos eventuales, en este sentido", volvía a escribirle a Liebknecht, a fines de abril de 1888. "Así y solamente así podría Boulanger llegar a representar un peligro para Francia y para Alemania. Los franceses atacarían, pero la guerra se haría larga y pesada por las poderosas fortificaciones francesas" y porque Austria e Italia podrían unirse a Francia para impedir el triunfo de Rusia en los Balcanes. Eso significaría la guerra mundial, en condiciones a las que seguramente tendríamos que someternos: aliados a Rusia contra el mundo. Confío en que este peligro pasará".

Durante estos años, la pesadilla de las coaliciones no pesaba solamente sobre el poderoso dirigente de la política alemana, sino también, como vemos, sobre el jefe de Estado mayor de la socialdemocracia de este país. Ambos sabían muy bien que una guerra mundial era un salto en el vacío y podía arrastrar al abismo muchísimas cosas que la humanidad de su tiempo consideraba ya firmemente afianzadas. En el memorándum que Bismarck entregó a Guillermo I, joven de dieciocho años, para su última entrevista con el zar, constaba que la lucha no se entablaría ya, en última instancia, entre diferentes naciones, sino entre la revolución y la monarquía, que sería la guerra entre la bandera roja y los elementos del orden y del conservadurismo.

Aunque al Canciller de Alemania, con la vista puesta en los dos emperadores que iban a entrevistarse, recargara bastante las tintas, no cabía duda de que "los progresos logrados por la democracia política y social" figuraban entre las principales razones a que respondía su deseo de renovar la triple alianza imperial. Engels trataba de afirmarse en la creencia de que, cualquiera que fuese el rumbo que tomaran las cosas, beneficiaría en última instancia al auge del movimiento obrero socialista. Pero ello no era obstáculo para que pusieran espanto en su ánimo las consecuencias de una guerra que él podía representarse con mayor apego a la verdad que la mayoría de quienes no eran militares y de los incalculables y funestos resultados que tendría para la economía de su continente una lucha llamada a agotar a las naciones europeas.

"La industria norteamericana triunfaría entonces en toda la línea y nos colocaría a todos ante la alternativa de retroceder hasta la agricultura destinada meramente al propio consumo (pues el trigo norteamericano vedaría cualquiera otra) o la conmoción social": así reza una nota conservada entre los papeles póstumos, escrita probablemente en 1877. Y en otra de estas notas leemos: "¿Una guerra? Comenzarla es una pequeñez. Pero lo que de ella, una vez comenzada, puede salir desafia todos los cálculos". Y en otro pasaje del mismo libro de apuntes: "La paz sólo existe realmente porque, ante la interminable revolución en la técnica del armamento, nadie puede llegar a considerarse nunca suficientemente preparado para la guerra y porque todos tiemblan ante la guerra mundial, que hoy es la que puede darse, y ante sus consecuencias absolutamente imprevisibles". En términos parecidos escribía Engels a Sorge, el 16 de septiembre de 1887: todos temen, pero ninguno se atreve a comenzar. "Pero, en este juego, el primer disparo puede sonar sin quererlo, y ahí está el peligro".

Pues bien, Engels consideraba como misión suya el luchar contra este peligro en aquellos círculos en donde sus palabras eran escuchadas. Y esta lucha le fue facilitada por el hecho de que, a partir del Congreso socialista internacional de 1889, comenzó a cobrar forma una nueva agrupación internacional de los partidos obreros europeos. Una política internacional común se había convertido en una necesidad, por lo menos para los partidos obreros de Europa que debían luchar bajo la misma bandera, escribía Engels el 4 de enero de 1888, a Juan Nadejde, que había traducido al rumano algunas obras suyas, en una carta en que volvía a hablar de la destrucción del zarismo como premisa para la liberación de las naciones de la Europa central y oriental y, al mismo tiempo, le hacía ver a Rusia la misión civilizadora que tenía reservada en el Asia.

Tratándose de un hombre como Engels, tan poco pagado de sí, el biógrafo cae fácilmente en la tentación de dedicar muy poco espacio a su vida privada, pero algo hay que decir de ella.

Poco después de la muerte de Lizzy, regentó su casa de Regent's Park Road durante algún tiempo una sobrina de la muerta, María Elena, a quien Lizzy y Federico habían criado como si fuese su hija. Esta muchacha banal y totalmente entregada a los goces de la vida, había sido seducida por un joven, comerciante en la City, llamado Percy Rosher, a quien Engels, en 1882, obligó a que se casara con ella. Habría que conocer, naturalmente, los detalles del caso para saber si Engels, al imponer al seductor esta obligación, no obraba en contradicción con los juicios que siempre había emitido acerca del matrimonio burgués, desde las páginas del "San Max" hasta *Los orígenes de la familia*. Lo cierto es que cuando el negocio de Rosher dio en quiebra, el matrimonio se fue a vivir con Engels, a quien incluso le gustaba jugar con un niño que habían tenido.

Más tarde, la pareja se trasladó al Canadá, donde parece que tampoco les fue muy bien. Los Rosher le costaron a Engels bastante dinero y le causaron muchos disgustos. Y, al final, se enojaron bastante al conocer su testamento, a pesar de que figuraban en él entre los principales herederos. En la medida en que el tierno afecto que aquel hombre viejo y por entonces solitario era correspondido por María Elena, a la que él llamaba siempre "Pumps", parece que era más por interés a los bienes que a la persona.

Se explica, pues, que Engels considerara como una gran suerte el que, después de morir Marx, la fiel Elena Demuth, a quien Jenny de Westfalia había sacado de la casa de sus padres, que la había acompañado al extranjero y había compartido la vida y las grandes privaciones de su familia durante largos años, se fuese a vivir a su casa, después de dejar a sus viejos "señores" enterrados en el cementerio de Hampstead. Era una mujer inteligente, enérgica, bondadosa, muy hacendosa y sencilla, que había consagrado la vida entera al servicio de la familia Marx y en la que ahora encontraba Engels no sólo un ama de llaves de la mayor confianza, sino, además, una vieja confidente y consejera, compenetrada ya de largo tiempo atrás con él.

Durante la semana, Engels gustaba de llevar una vida simple y frugal, pero el domingo por la noche le agradaba sentar a su mesa a unos cuantos invitados. Reunido con los dos amigos de su misma edad Schorlemmer y Samuel Moore, descorchaba las botellas de cerveza o bajaba en persona a la bodega, donde el alegre hijo del Rin, buen catador, guardaba una reserva de vinos de buenas cosechas, y volvía al comedor con un par de botellas de Mosela o de Burdeos, sus preferidos, o bien, si la cosa lo merecía, con una botella de champán. Cuando llegaba del continente alguna buena noticia era debidamente celebrada por todos.

En su inmensa mayoría, los invitados de aquellas veladas dominicales, junto a los cuales Engels se sentía de mejor humor, eran camaradas del partido procedentes de los más diversos países que, voluntaria o involuntariamente residían en Londres o se hallaban de paso en la capital. De vez en cuando, el propio anfitrión entonaba una vieja canción alemana estudiantil o su canción inglesa predilecta, que era el "Vicar of Bray", cuya letra había traducido él graciosamente al alemán.

Casi nunca faltaban allí Leonor Marx y Eduardo Aveling. De 1885 a 1890, se veía en aquellas reuniones, casi siempre, a Carlos Kautsky, quien dirigía desde Londres la revista *Tiempos nuevos*, y en 1887 fue durante algunos meses el economista de Königsberg, Conrado Schmidt. Engels sentía especial afecto por la joven esposa de Kautsky, una vienesa muy alegre. Al deshacerse este matrimonio, en 1888, se sintió vivamente afectado. En el mismo año, apareció en Londres, para instalarse allí, la redacción del órgano oficial de la socialdemocracia, que hasta entonces se publicaba en Zurich: Bernstein, Ricardo Fischer, Mottelet y Tauscher. Con Bernstein se había carteadado frecuentemente Engels, dándole sus consejos políticos; mantenía con él, al igual que ya desde antes con Kautsky, una relación de gran confianza, de la que mucho se beneficiaron las dos publicaciones dirigidas por ellos, *El socialdemócrata* y *Tiempos nuevos*, respectivamente.

De los camaradas de Francia, eran visita muy frecuente en casa de Engels, Lafargue y su esposa, Laura, la segunda hija de Marx, su otro yerno Carlos Longuet y Carlos Bonnier, profesor de lingüística en la St. John's School de Oxford, fervoroso marxista y no menos fervoroso wagneriano, con el que Engels, que aborreía cordialmente la música del autor de *Parsifal*, mantenía con este motivo cordiales disputas. Entre los alemanes, solía verse allí a Liebknecht, Bebel y Singer, que iban generalmente a que el dueño de la casa les informara acerca de la situación en Inglaterra. Uno de los primeros marxistas rusos que acudió a aquellas sesiones dominicales fue Vera Sassulich y entre los polacos hay que citar especialmente a Estanislao Mendelsohn y a su esposa María, de origen aristocrático.

Eran muy contados, en cambio, los ingleses que mantenían con Engels relaciones de intimidad. Entre ellos se contaba, principalmente, Juan Burns, obrero de una fábrica de Engels, encargado de maquinaria y más tarde ministro del gabinete, cuya vanidad no ignoraba, pero en cuyo instinto proletario

tenía cierta confianza; decía de él que era un hombre honrado, aunque simpatizara mucho con los liberales. También solía aparecer por allí otro inglés, Guillermo Thorn, afiliado al sindicato de trabajadores no calificados, a quien Leonor Marx había enseñado a leer y escribir. Y acudía asimismo, de vez en cuando, Belfordo Bax, con quien Engels se pasaba las horas discutiendo de filosofía de la historia o de mujeres, que aquel inglés odiaba. Menos frecuentes eran las visitas de Cunningham Graham y muy raras las de Guillermo Morris, cuyo entusiasmo por la Edad Media toleraba Engels con una paciencia no exenta de humorismo. También se dejaban ver allí muy de tarde en tarde Keir Hardie, de quien Engels no se fiaba mucho, y Quelch, el editor del periódico *Justice*. Pero la mayoría de los socialistas y sindicalistas ingleses preferían no poner los pies en aquella casa en la que Aveling salía y entraba como si fuera la suya. Conocían mejor el carácter de aquel hombre, que, andando el tiempo, habría de revelarse como un miserable. Sidney Webb le dijo una vez a Bernstein: "Cuando hablamos mal del marxismo, pensamos en Aveling". A Engels le molestaba el que "La Meca del socialismo", como los admiradores continentales llamaban a su casa, no ejerciera ninguna atracción sobre los dirigentes obreros ingleses.

Engels, profundamente enraizado en espíritu con el norte y compenetrado desde la infancia con el mar y el cielo nórdicos, no volvió a visitar ya nunca las tierras del sur desde que se estableció en Inglaterra. Mientras se mantuvo en vigor la ley contra los socialistas, no quiso pisar el suelo de su patria, que tanto amaba. De 1876 a 1893 no puso los pies en Alemania. Generalmente, pasaba las vacaciones, una vez al año, en balnearios ingleses, de preferencia en Eastbourne y, a veces, descansaba en las tierras altas de Escocia o en Irlanda. Ya en sus años avanzados, hizo también algunos viajes a puntos más lejanos. En compañía de Schorlemmer y los Aveling, hizo, en 1888, una "excursión" a los Estados Unidos y Canadá, y en 1890, también en compañía del fiel Schorlemmer, viajó por los países escandinavos hasta Noruega: dos años más tarde, la muerte le arrebató a este leal amigo, con el que se sentía tan compenetrado.

Engels sólo pasó en el Nuevo mundo un mes y con carácter estrictamente privado. El objeto del viaje era descansar, distraerse antes de emprender nuevos trabajos y visitar a viejos amigos. Expuso sus observaciones a la manera de impresiones fugaces de un turista que anda con los ojos bien abiertos, que ve algunas cosas con gran penetración y tiende a generalizar precipitadamente otras. Las gentes norteamericanas a quienes conoció un poco de cerca, principalmente a los de origen alemán, no eran, ni mucho menos como él se los había imaginado, personas que miraran con cierta lástima a los "anacrónicos y soñolientos europeos"; por el contrario, se mostraban "bastante más asequibles que los ingleses" y, a veces, los encontraba "excesivamente francos".

Recogió un poco epigramáticamente sus impresiones de Norteamérica en unas cuantas notas tal vez destinadas a un artículo que pensara publicar. Nueva York le pareció una ciudad entregada por entero a la misión de llegar a convertirse en la "capital de la producción capitalista". En las calles, le llamó la aten-

ción "la prisa ajetreada de los transeúntes, incluyendo a las mujeres". La mirada tropezaba por todas partes con "anuncios, gentes impertinentes e individuos con tipo de *croupier*" y el oído percibía "un espantoso estrépito por agua y por tierra". Le parecía que todo lo que fuera estética era pisoteado siempre y cuando que estuviera en juego un lucro momentáneo. Creía observar que el tipo nacional era, allí, el del advenedizo. Y registraba como lo que más disentía de su temperamento: "El norteamericano no parece disfrutar mucho de la vida". Tenía la impresión de que tanto las personas como los caballos que veía eran elementos de buena raza, pero a los que le faltaba el último pulido. No acertaba a ver en los norteamericanos una nación; distinguía entre ellos cinco o seis tipos nacionales, pero reconocía que "los aglutinaba la necesidad de marchar juntos, impuesta por la guerra civil en que se habían visto metidos y por el sentimiento de que contaban con lo necesario para llegar a ser la más grande nación del siglo XX".

En el Canadá, su primera impresión fue la de que volvía a estar en Europa; daba a entender con ello que le parecía haber vuelto a un país atrasado y decadente. Llegó a creer que aquel apático Canadá estaba llamado a ser anexionado cualquier día y que, cuando esa hora llegase, John Bull se limitaría a agachar la cabeza y a decir: "Amén".

La excursión a Nordkap la hizo desde Drontheim, el 8 de julio de 1890; el 22 estaba ya de vuelta en Bergen, desde donde escribió a Liebknecht: "Como el joven Guillermo alarga también sus tentáculos hacia Noruega, mantengo mis planes de viajes lo más en secreto que puedo para evitarme las mortificaciones policíacas". A Bebel le parecía que exageraba un poco, por no conocer ya el modo de proceder de la policía en Alemania.

El anciano paseante informa a los amigos de su "viaje de investigación" con mucha lozanía, hablándoles de los "laponés, que en sus tres cuartas partes no han salido todavía de la Edad de Piedra" y en los que veía un producto de una extensa mezcla de razas.

Entre los papeles que dejó al morir se han encontrado también apuntes de un viaje a Suecia y Dinamarca, que Engels debió de emprender algunos años antes. Había viajado de Londres a Gotenburg y de allí a Estocolmo y Copenhague. Le pareció que la vida tenía, en ambos países, más de alemán que de inglés, como parecía indicarlo, entre otras cosas, según él, la mezcla de clases en los locales públicos. Le llamó la atención lo mucho que en los países escandinavos, en contraste con lo que ocurría en la aristocrática Inglaterra, se hacía "en favor de la salud y la diversión del pueblo". Los militares suecos le parecieron un tanto campechanos; incluso las tropas de la guardia tenían un aire miliciano "y los centinelas en sus puestos charlaban unos con otros". En Copenhague, le pareció observar como si todos los sitios destinados a divertirse estuvieran montados para niños, y no le abandonó nunca, mientras visitaba aquella ciudad, la sensación de que estaba en una capital "que explotaba a medio millón de campesinos".

En enero de 1890, escribía a su hermano Rodolfo, con visible satisfac-

ción: "Me encuentro muy bien de salud, la debilidad que sentía en los ojos ya casi ha desaparecido y lo único que tengo que hacer es no escribir de noche, principalmente en invierno. Sigue gustándome comer y beber, puedo caminar todavía a buen paso y tengo fama de ser, en general, uno de los viejos más jóvenes de Londres".

Siempre había sido miope, y la debilidad de la vista de que aquí nos habla contribuyó en gran parte, además de la dificultad misma del asunto y de la larga duración del trabajo, a que esta ardua tarea, durante los oscuros meses invernales de Londres, sólo pudiera llevarse a cabo muy lentamente. Durante algunos años, este padecimiento pareció ser benigno; más tarde, se manifestaron ya los inicios de una formación de cataratas seniles, pero que no mostraban síntomas de desarrollarse peligrosamente.

Engels, en estas condiciones, se veía clavado a la mesa de trabajo constantemente cubierta de papeles que esperaban a ser despachados, por la preparación de *El Capital* y por la necesidad de dar sus opiniones acerca del desarrollo de las contradicciones planteadas por la política mundial y del crecimiento de los partidos obreros en un número cada vez mayor de países. Iba acercándose el día en que los amigos se disponían a celebrar con él su setenta aniversario.

Poco antes y tras breve enfermedad, el 4 de noviembre, falleció Elena Demuth, la última superviviente "de la vieja guardia de antes de 1848" que había seguido a su lado. "¿Qué va a ser ahora de nuestro General?", preguntaba Kautsky a Bernstein, muy preocupado, al recibir esta noticia. "Los años que siguieron a la muerte de Marx", comentaba, "fueron para él muy penosos" y difícilmente había podido sostenerse, de no haber tenido a su lado a Nimmy... El General siente siempre un afecto profundo por cuantos algún día estuvieron cerca de su corazón... La muerte de Nimmy es lo peor que podía habernos sucedido a nosotros y a todo el partido. Ella era la única que podía ayudarle a sobrellevar la pérdida de Marx. ¿Quién le ayudará ahora a sobrellevar la pérdida de Elena?"

Al día siguiente de la muerte, el propio Engels escribía a Sorge: "Ahora, vuelvo a estar solo. Si durante largos años Marx pudo encontrar la calma necesaria para trabajar, como la he encontrado yo en los siete años últimos, fue, principalmente, gracias a ella. No sé lo que va a ser de mí ahora. Y también echaré de menos sus consejos, maravillosamente llenos de tacto, en las cuestiones del partido". Cuando el cuerpo de Elena fue enterrado en la misma tumba en que ya descansaban Carlos y Jenny Marx, cuenta Bernstein que Engels exclamó, llorando: "Hasta ahora, lucía el sol en mi casa; de ahora en adelante, todo serán sombras".

Los amigos íntimos deliberaron inmediatamente acerca de lo que debía hacerse para lograr que aquel hombre viejo y de nuevo solitario, de quien tanto necesitaban todavía los partidos socialistas de todos los países, llegara al final de su vida en condiciones soportables. Fue Leonor Marx la primera que pronunció el nombre de Luisa Kautsky, quien había vuelto a Viena, donde había comenzado a estudiar la carrera de medicina y mantenía estrechas relaciones

con el círculo que rodeaba a Víctor Adler. En sus últimos días, Lenchen había expresado el deseo de ver a su lado a aquella mujer joven. Cuando Luisa recibió la noticia de su muerte, envió a Engels un telegrama que a éste —según le escribía en carta de 9 de noviembre— “le había confortado como un beso y un apretón de manos”.

Esta respuesta revela como probablemente ningún otro documento salido de su mano, la ternura de aquel viejo, tan poco dado por lo demás a cambiar de sentimientos. Describía en ella los últimos sufrimientos y el entierro de Elena. Y, enseguida, añadía: “No quiero contarle, pues prefiero guardarlo para mí, qué días tan duros he pasado, cuán espantosamente vacía y desolada me parecía y me sigue pareciendo aún hoy la vida. Luego, vino la pregunta: ¿y ahora? Y ante los ojos de mi imaginación apareció, con mucha fuerza, querida Luisa, consolándome día y noche, una imagen, la de usted. Me decía, como la pobre Nimmy: ¡ah, si pudiera tener aquí, junto a mí, a Luisa! Pero la verdad es que no me atrevo a pensar en que esta idea se haga realidad”.

A continuación, le contaba Engels todos los obstáculos al parecer insuperables que se opondrían a la realización de su deseo. Sabía, sin embargo —le confesaba—, que ya no descansaría si no le hacía llegar, directa e inmediatamente, esta pregunta. Pasa a hablarle, una vez más, de la situación personal de Luisa y pinta a su manera, medio como soldado, medio como hombre de negocios, la vida que podría llevar a su lado, si hubiera “la más remota posibilidad” de que ella se decidiera a acompañarle. Le advertía, en todo caso, que tendría dos mujeres que se ocuparían del servicio. “Quienquiera que regente mi casa, debe quedar claro que, con arreglo a las ideas que aquí imperan, una dama no deberá desempeñar bajo ningún concepto *manual services*. Tal vez me vea incluso obligado, y no me cabe duda de que así sería, a echar mano de alguien que no pertenezca a nuestro partido”. Y manifestaba que ya habría implantado este cambio de largo tiempo atrás, si Nimmy no se hubiera aferrado fanáticamente a su cocina. “Por tanto, usted se limitaría a vigilar los asuntos y tendría el resto del tiempo libre para lo que quisiera”.

Pero, como Engels no quería “hacerse ninguna clase de ilusiones”, le propone a Luisa que, si lo desea, venga a descansar, provisionalmente, algunos meses a su casa. “Podríamos discutir aquí todo el asunto y seguiríamos conviviendo como antes o nos separaríamos como los de siempre. Ahora, es usted quien debe tomar una decisión. Piénselo bien, aconséjese de Adler. Si, como me temo, esta fantasía mía no llega a tomar cuerpo o si usted encuentra que los perjuicios o los aspectos desagradables para usted serían mayores que las ventajas y las alegrías, dígamelo con toda franqueza. Es demasiado lo que la quiero para desear que se sacrifique usted por mí”.

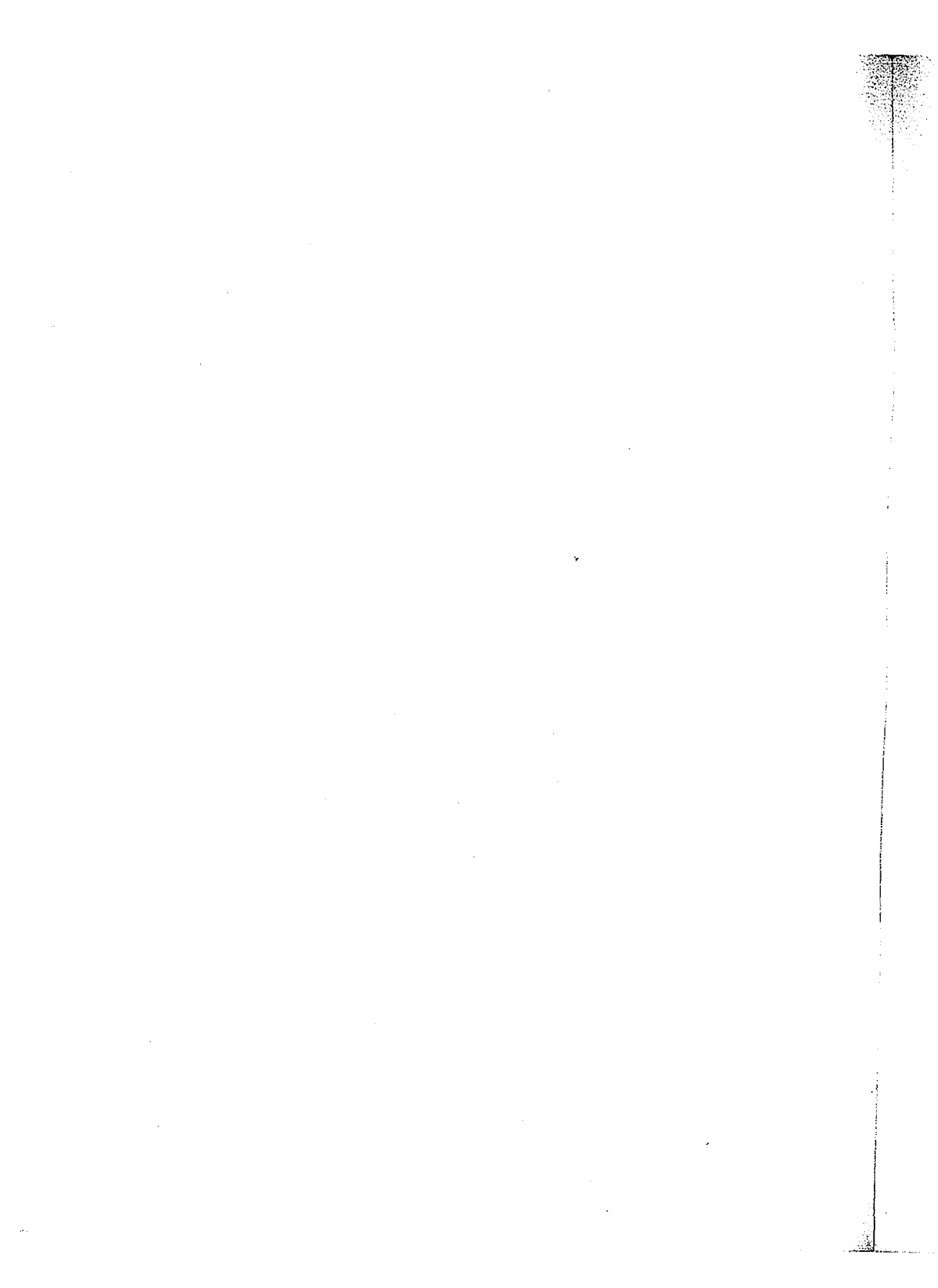
Precisamente en los momentos tan duros para ella en que se había deshecho su matrimonio —continuaba Engels— había comenzado a quererla como a una hija. “Razón de más para rogarle que no haga ningún sacrificio por mí y, por su conducto, pido también a Adler que la disuada de ello. Es usted joven y tiene un bello porvenir ante sí. Yo cumpliré setenta años de aquí a tres semanas

y es poco lo que me queda ya por vivir. No sería lícito sacrificar a estos pocos años una vida llena de esperanzas. Por otra parte, me considero con fuerzas para arreglármelas por mis propios medios". Y Engels pone fin a la carta con estas palabras de despedida, que en él, verdaderamente, decían mucho: "Suyo, con cariño imperecedero".

No cabe duda de que una carta así, escrita por el Néstor del partido, habría tenido por fuerza que halagar a la joven socialista, aunque no correspondiera a los cordiales sentimientos de quien le escribía y no se sintiera realmente tentada a convertirse en su secretaria. Se decidió, pues, a salir inmediatamente para Londres, aceptando la invitación de pasar allí unos cuantos días de visita. Y la visita fue convirtiéndose en aquella comunidad doméstica que el viejo Engels esperaba. El 3 de enero de 1891 le informaba a Sorge que Luisa Kautsky se quedaba a vivir con él: "De nuevo puedo trabajar tranquilamente y aún mejor que antes, pues Luisa es, al mismo tiempo, mi secretaria". Y las cosas no cambiaron cuando Luisa, en 1894, se casó con un médico austriaco, el Dr. Freyberger, que ejercía en Londres. Se mudaron a una casa más espaciosa, en la misma calle, donde los tres vivían juntos.

Luisa Kautsky trabajaba ya con Engels cuando, al cumplir éste los setenta años, llovieron las felicitaciones de todas partes del mundo. Un año después, Engels manifestaba a la esposa de Liebknecht cuán invenciblemente reacio se sentía a todo lo que fueran manifestaciones que giraran en torno a su persona. Lo mismo les dijo a los componentes del coro de la Asociación comunista de cultura obrera de Londres cuando, con motivo de su siguiente cumpleaños, quisieron brindarle una serenata.

Desde las columnas de la *Hoja del pueblo* de Berlín, contestó a la "verdadera lluvia" de felicitaciones que le llegaron con aquella "desvergonzada modestia" que tantas veces le echaban en cara sus amigos, pero que era absolutamente sincera: "Nadie sabe mejor que yo que la mayoría de los homenajes que se me tributan no están destinados a mí ni a mis méritos personales. El destino ha querido que yo recoja la gloria y el honor cuya simiente esparció a voleo alguien más grande que yo, Carlos Marx. Lo único que yo puedo es prometer que dedicaré lo que me reste de vida a servir activamente al proletariado, haciéndome con ello, siquiera sea retroactivamente, digno de aquellos honores".



CAPÍTULO XIV

LOS ÚLTIMOS CINCO AÑOS

Corrientes radicales y revisionistas en la socialdemocracia alemana.
El futuro de los campesinos. La Segunda Internacional y
la amenaza de la guerra mundial

Cinco años solamente llegó Engels a vivir la época totalmente nueva que se abrió para la socialdemocracia alemana con la destitución de Bismarck y la derogación de la ley contra los socialistas, y hasta el final defendió vigorosamente sus ideas. Ya en 1890, a raíz de la gran victoria electoral de la socialdemocracia, había manifestado qué peligros amenazaban a Alemania por parte de la personalidad de Guillermo II, el nuevo emperador. Y también los editoriales publicados por Bernstein en *El socialdemócrata* después de la caída de Bismarck y en los que se traslucía la influencia de Engels, dan a entender que no se debía inducir a engaño por el hecho de que el emperador se entusiasmara momentáneamente con la política social y aspirara audazmente a ganarse así a la clase obrera. El pronóstico de Engels difería mucho del de Guillermo II. Auguraba, en efecto, que en un momento no muy lejano la socialdemocracia se vería obligada a asumir el poder en Alemania. He aquí lo que escribía a Schlüter, el 14 de junio de 1890: "Guillermito amenaza con la supresión del sufragio universal. ¿Qué mejor cosa podríamos nosotros apetecer? Ya sin necesidad de ello marchamos con harta rapidez hacia la guerra mundial, hacia la revolución mundial o hacia ambas cosas a la vez".

Quien tal cosa pronosticaba, habituado a abarcar con su mirada vastos horizontes, solía equivocarse en cuanto a las distancias, precisamente por la gran claridad con que veía las cosas venir. El cambio que se había producido en la política interior de Alemania no justificaba, a su juicio, el que se aconsejara a la socialdemocracia revisar la táctica que venía siguiendo. En el seno del partido se manifestaban, sin embargo, aspiraciones que reclamaban una revisión fundamental, la cual debía, según unos, orientarse hacia la derecha y, según otros, hacia la izquierda. Se había logrado ahogar con relativa rapidez la rebelión de los "Jóvenes", producida antes de la derogación de la ley de represión. Mayor vitalidad resultó tener la conversión de Vollmar a una política reformista activa, manifestada algo después.

Los "Jóvenes" afirmaban que los dirigentes, principalmente los diputados al Reichstag, mataban sistemáticamente el espíritu revolucionario de la socialdemocracia y trataban de infundir o, por lo menos, infundían de hecho al movimiento el carácter de un partido reformista pequeñoburgués. Ahora bien, el programa de estos descontentos era muy confuso, sus reivindicaciones no se ajustaban bien a la realidad, sus dirigentes eran desconocidos y contaban con pocos partidarios.

Como en anteriores ocasiones, Engels, celosísimo defensor de las tradiciones de la lucha de clases, había manifestado temores parecidos a los que ahora expresaba la oposición, ésta daba por descontada de antemano su aquiescencia. Pero ya sabemos que el gran veterano de la revolución se oponía por principio a cuantos literatos alzasen la voz dentro del partido del proletariado sin sacrificar por entero su personalidad al papel histórico del partido obrero, y sus recelos, siempre en acecho, se agudizaron cuando creyó barruntar que detrás de todo aquello había algunas argumentaciones anarquistas. Y, por último y en no pequeña medida, pesaba también en su actitud la confianza ilimitada que tenía en Bebel como rector de los destinos del partido.

Era precisamente Bebel quien encabezaba la lucha de la dirección del partido contra la oposición, la cual —como Engels le decía a Conrado Schmidt— se creía más que "aquella clara cabeza, cuya apreciación de la realidad era maravillosamente certera". A pesar de considerar desacertado en este caso el modo de actuar de la dirección del partido, se puso de su lado y condenó las "intrigas" y los "manejos de camarilla" de los "pretenciosos literatos", ya antes de que, "llevados de su insigne megalomanía, trataran de arrastrarla a sus discordias de partido". La redacción de la *Gaceta obrera de Sajonia* de Dresde, obligada por Bebel a retirarse, citando frases empleadas anteriormente por Engels, en una carta de despedida a sus lectores, publicada el 31 de agosto de 1890, había expresado la esperanza de que la ambiciosa tendencia parlamentaria de la socialdemocracia se viera desplazada por el sano sentido común de los derechos con la misma premura con que en su día lo había sido el simplista socialismo de Estado de Lassalle. El 7 de septiembre, indignado ante el "piramidal descaro" de quienes intentaban "hacerle solidario de las piruetas de aquellos señores", Engels contestó con una carta enviada a *El socialdemócrata* para su publicación.

La *Gaceta obrera de Sajonia*, como a grandes rasgos el resto de la prensa de oposición —decía aquí Engels— se caracterizaba, en teoría, por un marxismo convulsivamente caricaturizado y, en la práctica, por la tendencia a sobreponerse irresponsablemente a todas las condiciones reales de la lucha de partido. Ese desprecio suicida de todos los obstáculos en el reino de la fantasía, si se tradujera de las ideas a la realidad, sepultaría incluso a un partido de millones de afiliados bajo las merecidas carcajadas del adversario.

Figuraba entre los principales colaboradores del periódico de Dresde Paul Ernst, que más tarde se daría a conocer como poeta dramático. El 16 de septiembre, este autor invitaba a Engels, desde las columnas de *La voz del pue-*

blo de Magdeburgo, a que le probara en qué diferían las ideas de la oposición de las mantenidas por él y por Marx. En vista de ello, el 5 de octubre, Engels publicó en la *Hoja del pueblo* de Berlín una carta enviada por él a Ernst el 5 de junio y en la que criticaba el uso que éste hacía de la concepción materialista de la historia. El materialismo histórico —declaraba Engels en dicha carta— se trueca en el reverso de lo que debe ser cuando, en vez de manejarse como guía para el estudio histórico, se convierte en una especie de esquema rígido al que se quieren ajustar los hechos históricos. Y, con referencia al problema debatido, se limitaba a observar que él nunca había puesto en tela de juicio la existencia de una tendencia pequeñoburguesa en el partido, sino que se había limitado a negar que esta tendencia predominara en el partido, ni siquiera en la fracción.

Como recordaremos, Engels sostenía que mientras la ley de excepción contra los socialistas permaneciera en vigor, no sólo era previsible, sino incluso deseable que los elementos pequeñoburgueses del partido se desprendieran de sus elementos proletarios, para el día en que volviera a ser posible expresarse libremente. Pero, desde la victoria electoral de febrero de 1890, estaba demasiado seguro de que el auge del partido era ya incontenible para que pudiera seguir deseando la debilitación, por lo menos momentánea, que toda escisión lleva aparejada. Ahora, profesaba la convicción de que un partido tan poderoso como el suyo debía ser tolerante. Bajo la ley contra los socialistas, se imponía una férrea disciplina; pero las cosas habían cambiado y, ahora, había que guardarse de crear “mártires innecesarios”.

El 9 de agosto de 1890, en carta a Sorge, manifestaba su descontento ante el hecho de que Liebknecht decretara “expulsiones” a troche y moche y de que incluso Bebel, a pesar de su tacto, se dejara arrastrar demasiado por la irritación. El, por su parte —aseguraba—, haría todo lo posible por convencer a ambos amigos de cuán poco aconsejable era aquel modo de proceder, “a menos que hubiera pruebas contundentes de actos dañinos para el partido y sólo se tratara de acusaciones de veleidades de la oposición”. “El más grande de los partidos del país no podría existir sin que en él estuvieran representados todos los matices”. Y al mismo Liebknecht le escribía, el 10 de agosto: “Caso de que haya que expulsar a alguien, sólo debe hacerse cuando se trata de hechos completamente escandalosos y plenamente demostrables de vileza y de traición”. En su exigencia de que se asegurara dentro del partido la mayor libertad de crítica, Engels iba ahora tan allá, que postulaba incluso “el amor retrospectivo por la verdad”. Sin embargo, Bebel, como político práctico que era, temía que el remozar las discordias pasadas pudiera armar camorra y prefería que estas cuestiones se dejaran para la historia del partido.

El retorno de la socialdemocracia a los marcos del derecho común como resultado de la derogación de la ley dictada en contra de él exigía, entre otras cosas, un extenso reajuste del aparato del partido. La sede de la dirección pasó ahora a la capital de Alemania y también Bebel y Liebknecht. éste como redactor-jefe de *Adelante*, trasladaron su residencia de Leipzig a Berlín.

El primer Congreso del partido que volvía a celebrarse en suelo alemán se

reunió en Halle, en octubre de 1890. Debían recaer en él, entre otros, acuerdos acerca del nuevo proyecto de organización cuyos "lados endebles" había hecho conocer Engels a Liebknecht, el 10 de agosto. El Congreso del partido tuvo en cuenta su reparo, expresado también por Vollmar y otros, de que el proyecto asignaba a la fracción del Reichstag una posición de preeminencia total sobre la dirección, modificándose el proyecto en el sentido de retirar a los miembros de la fracción el derecho de control y de supeditarlos al órgano dirigente del partido. La encargada de informar a Engels de la marcha del Congreso de palabra y por escrito fue Leonor Marx, quien no quiso renunciar a su deseo de felicitar personalmente a la democracia por su victoria. La hija de Marx volvió a Londres tremendamente impresionada de la fuerza que ahora representaba el partido obrero alemán.

Sus cartas a Engels eran muy elogiosas para Bebel, sobre cuyos hombros, tal como ella lo veía, pesaba casi todo. También ella consideraba aburguesada la fracción del Reichstag y se inclinaba a creer que, en general, podía apreciarse en el partido alemán una tendencia más pequeñoburguesa que en el francés. La oposición personificada por Vollmar era, a su juicio, mil veces más peligrosa que la de los "Jóvenes". En el dorso de aquella carta que contenía el juicio de Leonor sobre los diputados al Reichstag, figura esta nota de Engels: "Mientras esa banda se someta a Bebel, me tiene sin cuidado". Creía a ciegas en el certero instinto de Bebel y en su seguridad. Sin embargo, poco después de esto ocurrió que Engels, con motivo de un asunto importante y saliéndose de la norma que tenía trazada, se inmiscuyó en los asuntos internos del partido alemán sin recabar previamente la opinión de su amigo. Claro está que esta vez tenía fundadas razones para obrar así, pues Bebel, de haberle consultado, habría tratado de disuadirle, allí donde él estaba firmemente decidido a actuar.

Engels jamás le había perdonado a Liebknecht el que no se hubiera hecho caso de la crítica de principios que Marx y él hicieron en 1875 al programa de transacción acordado en el Congreso de Gotha. Durante la vigencia de la ley contra los socialistas, no había sido posible pensar en la revisión del programa. Pero, una vez derogada dicha ley, Engels esperaba con impaciencia que llegara el momento de esta revisión. Ya en el Congreso de Halle se había reconocido de un modo general que aquel programa era caduco y se había acordado que en el siguiente Congreso del partido se sometería un nuevo proyecto de programa.

Por todos los medios a su alcance, Engels estaba decidido a lograr, ahora, que fuesen eliminados del programa todos aquellos planteamientos que procedían de Lassalle o de las ideas pequeñoburguesas del Partido del Pueblo. Era necesario que el nuevo programa del partido fuese un programa marxista, en el más riguroso sentido de la palabra. Pero, ¿podía esperar que fuese así, si él no intervenía personalmente? No se fiaba en absoluto del "trabajo colectivo de todo el partido", del que la fantasía de Liebknecht quería que saliera el nuevo programa. A lo que había que añadir que Liebknecht, en el discurso pronunciado por él en Halle, razonando la necesidad de un nuevo programa, "no había tenido empacho en presentar como suya" la crítica hecha por Marx en

1875, en la medida en que la aceptaba, y "en luchar contra ella, abiertamente, en aquello en que no la suscribía", sin citar siquiera al autor. De ahí que Engels, para evitar que "las soluciones a medias o la fraseología" volvieran a instalarse a sus anchas en el nuevo programa, se decidiera ahora a publicar en *Tiempos nuevos* aquellas "Glosas marginales" que "hasta ahora sólo contados camaradas conocían", sin preocuparse de recabar para ello la previa autorización de las autoridades dirigentes del partido. Un telegrama enviado por la dirección a la editorial de la revista trató de impedir en el último momento que el número en que aparecía la crítica de Marx fuese distribuido, pero, cuando el telegrama llegó a su destino, ya era tarde.

La dirección del partido no tenía autoridad para proceder en contra de Engels, que no pertenecía a su organización. Por otra parte, ¿quién se habría atrevido a dar este paso? Hubo que limitarse, por tanto, a declarar que la publicación se había hecho sin conocimiento previo del Comité del partido ni de la fracción y que, en tales circunstancias, no podía ser aprobada por ninguna de estas dos autoridades. Y Liebknecht dio rienda suelta a su enojo en *Adelante*, aunque sin citar el nombre de Engels. Al principio, éste temió que se tomaran medidas contra Kautsky, director de la revista. De ahí que escribiera a Bebel:

"Si implantáis en vuestras propias filas una ley contra los socialistas, no os distinguiréis en nada de Puttkamer. A mí, personalmente, esto me tiene sin cuidado. Ningún partido de ningún país sería capaz de hacerme callar, cuando estoy decidido a hablar. Pero creo que daré que decir si no procuraréis obrar mejor, si no sois un poco menos susceptibles y no dais pruebas de ser, en vuestros actos, un poco menos... prusianos. Vosotros, el partido, necesitáis de la ciencia socialista, y ésta no puede vivir sin libertad de movimientos". En la carta de 6 de enero de 1891, que acompañaba al envío de las "Glosas marginales" de Marx y que la revista *Tiempos nuevos* había publicado con el texto de dichas "Glosas", declaraba Engels: "Puesto que el Congreso del partido celebrado en Halle ha puesto a la orden del día la discusión del programa de Gotha, creería cometer una sustracción fraudulenta si siguiera ocultando a la publicidad este documento tan importante —tal vez el más importante de todos— para la discusión de que se trata".

Engels sabía perfectamente que metía las manos en un avispero al poner de manifiesto los lados flacos de un programa de Liebknecht acababa de ensalzar en Halle, diciendo de él que había sido, durante quince años, la bandera de combate del partido. Y sabía también la que iba a armar al levantar el velo que seguía ocultando a los obreros socialdemócratas alemanes lo que Marx pensaba en realidad de la labor de agitación, la táctica y los principios económicos de Lassalle. Pero hacía ya varios años que ardía en deseos de destruir de una vez la "leyenda de Lassalle". Y creía que había llegado, por fin, el momento de hacerlo.

Las razones por las cuales se decidió a hacerlo por sí y ante sí se las expuso detalladamente a Kautsky. Y, algo más tarde, se justificó también ante Bebel. Al principio, éste se enfadó con él, por temor a que Engels, con aquel

modo de proceder, pudiera hacer estremecer la estructura del partido, en el que había todavía muchos que habían sido lassalleanos. Cuando, por fin, rompió su silencio, Kautsky trató de sostener, en los primeros momentos, que él jamás se habría opuesto a la publicación de por sí. Pero Engels rebatió con buenas razones semejante afirmación. Liebknecht —le contestaba a Kautsky el 1 de mayo— jamás habría accedido voluntariamente a la publicación de aquel documento, sino que, por el contrario, habría hecho lo posible y lo imposible por impedirlo: “Y, en realidad, va dirigido, en primera instancia, contra él mismo. Todos le hemos visto y yo sigo viéndole en lo que tiene de malo, como padre del programa de unificación. Y éste y no otro era el punto clave en mi decisión de proceder por mi propia cuenta. Si hubiera podido tratar el asunto solamente contigo y mandar inmediatamente el documento a Kautsky para su publicación, estoy seguro de que nos habríamos puesto de acuerdo en dos horas. Pero te consideraba obligado —personalmente y por razones de partido— a consultar la cosa con Liebknecht. Y, en este caso, sabía perfectamente lo que sucedería. Una de dos: o que el asunto se ahogaría o que tendría que batirme abiertamente también contigo, por lo menos durante algún tiempo, suponiendo que saliese adelante con mi propósito”.

Ya antes de dirigirle esta carta, le había expresado Engels, al felicitar a Bebel por sus bodas de plata, la firme esperanza de que jamás, en lo sucesivo, ninguno de los dos daría un paso que pudiera afectar directamente al otro sin consultarle antes; ambos, de consuno, debían bendecir el día en que acordaran establecer entre ellos un intercambio regular de cartas. En aquel 1 de mayo, Engels volvía, una vez más, sobre lo ocurrido en 1875 y dejaba sentado, “mientras no se demuestre lo contrario”, que, en aquel entonces, Liebknecht había “ocultado deliberadamente” la crítica de Marx. “Te preguntas, asombrado,” proseguía, “de dónde proceden las frases oscuras y confusas del programa. Pues bien, puedo decirte que todas ellas proceden ni más ni menos que de Liebknecht en persona y que durante años nos debatimos con él por culpa de esas frases, que tanto adora. Siempre ha estado teóricamente muy a oscuras y todavía hoy son una tortura para él nuestras nítidas formulaciones. En cambio, le siguen encantando hoy, como si fuera un viejo miembro del Partido del Pueblo, las frases tonantes que pueden decir todo lo que se quiera o no decir, sencillamente, nada”.

Aunque el número de “lassalleanos específicos” hubiera ido descendiendo mucho, con el tiempo, en el seno de la socialdemocracia, por aquel entonces era todavía menor, según Kautsky, la cifra de los “marxistas específicos” dentro del partido. Pero esto no desviaba de su camino a Engels. Le confesaba francamente a Bebel que lo que más le importaba era descargar un golpe decisivo sobre el culto lassalleano. Engels, por lo general, no gustaba de jactarse de ninguna hazaña. Pero, en esta ocasión, descargando toda la furia acumulada durante tanto tiempo, reconocía, lleno de segura satisfacción: “Había que poner fin a esto, y yo soy el causante de ello”. Y añadía: “No volveré a permitir que se mantenga en pie y vuelva a predicarse la falsa gloria de Lassalle, ama-

sada a costa de Marx". Y, justificando más en detalle su modo de proceder, hacía constar: "No estoy de acuerdo en modo alguno en que, en cosas como ésta, la verdad histórica tenga que retroceder —después de quince años de angelical masedumbre— para dar paso a la conveniencia y evitar que nadie se escandalice en el partido".

No faltaría quien dijera que Marx se sentía envidioso de Lassalle, pero la verdad es que la cosa le preocupaba verdaderamente muy poco: "Lo importante es que Marx ha dado el ejemplo al tratar sin miramientos a san Fernando Lassalle, y esto basta, por el momento".

También en carta a Kautsky manifestaba Engels que la leyenda bajo la que se ocultaba y glorificaba la verdadera faz de Lassalle, echando un velo sobre la duplicidad de su papel histórico, no podía ser artículo de fe en el partido: "Yo tenía el deber de hablar claramente de una vez acerca de la relación entre Marx y Lassalle. Ya lo he hecho. Y creo que, por ahora, puedo contentarme con ello. Tengo cosas más importantes de que ocuparme. El implacable juicio de Marx acerca de Lassalle, que ahora se ha hecho público, surtirá sus efectos e infundirá ánimo a otros. Pero si se me hubiera obligado a ello, no habría tenido otra opción: me consideraba obligado incondicionalmente a acabar de una vez por todas con la leyenda de Lassalle".

Cuando escribía esto, pensaba en la edición crítica de las obras de Lassalle que precisamente por aquellos días preparaba Bernstein en Londres, ante sus mismos ojos: Y cuando supo que también esto levanta vigorosas voces de controversia en el seno del partido, en carta a Bebel del mes de octubre volvía a burlarse de "la fe en un falso héroe que, por razones de cortesía, ayudadéis a los lassalleanos a forjar, bajo la vigencia de la ley contra los socialistas".

Podemos decir que en la redacción del programa aprobado en octubre de 1891 por el Congreso de Erfurt tuvo Engels importante participación, por cuanto que el nuevo proyecto tomó en cuenta "con el debido respeto", desde el primer momento, la crítica que Marx había hecho del programa hasta entonces vigente y que Liebknecht, en su día, había reconocido con gesto agrídulce. Entre los miembros de la dirección del partido en Berlín surgió un anteproyecto, basado en un borrador presentado por Liebknecht; luego, en base a un contraproyecto de Bebel se preparó un nuevo proyecto, redactado también por Liebknecht, remodelado una y otra vez en numerosas discusiones. Existen indicios de que Bebel había recabado y obtenido algunos consejos de Engels antes de enviarle este proyecto, el 18 de junio. Ya el 13 del mismo mes había podido Engels comunicar a Kautsky que "no aparecen aquí las viejas monsergas democrático-vulgares y de socialismo vulgar de Liebknecht".

Apenas tuvo el proyecto en sus manos, Engels dejó a un lado todos los demás trabajos para entregarse al análisis crítico de este documento. Esta crítica, según confesaba a Kautsky el 29 de junio, debía suministrarle también un asidero para "acometer contra el oportunismo siempre dispuesto a la paz de *Adelante*", y contra "la alegre y expeditiva evolución de la vieja basura a la

sociedad socialista", es decir, para tirar a un tiempo contra Liebknecht y contra Vollmar.

Engels no podía negar que el proyecto presentado por la dirección del partido daba de lado, en lo esencial, a "los considerables restos de una tradición ya caduca". Opinaba, sin embargo, que no era lo suficientemente breve y preciso, porque se exponía a ser, al mismo tiempo, un programa y un comentario al programa, lo que salía sobrado. "No debemos menospreciar la capacidad intelectual y el grado de formación de nuestros obreros", escribía. "Han sabido entender cosas bastante más difíciles de las que pueda ofrecerles el más breve y conciso de los programas; y, aunque el período de la ley contra los socialistas haya venido a entorpecer, y en parte a impedir, el pleno desarrollo de las masas que recientemente han venido a nuestro partido, pronto, bajo la dirección de los veteranos, se superará este estado de cosas, ahora que nuestros escritos de propaganda pueden conservarse y leerse sin impedimento".

Pasaremos aquí por alto las torpezas e imprecisiones teóricas que Engels señala en la parte general del proyecto, en lo que se refiere a los detalles. La más importante de todas era su objeción, aceptada, a una frase que rezaba así: "El número y la miseria de los proletarios crecen sin cesar". Engels no estaba de acuerdo con una formulación de la teoría de la depauperación en términos tan absolutos. "La organización de los trabajadores explicaba la constante resistencia que ofrecen y opondrán, en la medida de lo posible, un dique al incremento de la miseria. Lo que sí crece de un modo incesante es la inseguridad de la existencia".

Su crítica más aguzada iba contra las reivindicaciones políticas contenidas en el proyecto oficial. Entendía que no se decía en él, realmente, lo que había que decir. Y se manifestaba enérgicamente en contra de la ilusión de que, por miedo a que volviera a ponerse en vigor la ley contra los socialistas, se considerara suficiente la situación legal establecida para poder alcanzar por la vía pacífica todas las aspiraciones del partido. Para él, había que dar por descartado que, mientras permanecieran vigentes la Constitución semiabsolutista alemana y la división del país en una serie de pequeños Estados, pudiera la sociedad marchar pacíficamente hacia el socialismo. Esto podría ser tal vez concebible en Francia, los Estados Unidos o Inglaterra, países en los que por la vía constitucional era posible hacer lo que se quisiera, con tal de contar con la mayoría del pueblo, pero no en Alemania, "donde el gobierno es casi todopoderoso y el Reichstag y los demás cuerpos representativos carecen de poder real". Si el programa encubre las cuestiones concretas que se pondrán por sí mismas a la orden del día tan pronto como estallen los primeros acontecimientos, cuando llegue la hora decisiva, el partido no sabrá qué hacer. Los intereses momentáneos del día no deben —alegaba— hacernos perder de vista los puntos de vista fundamentales; el futuro del movimiento no debe sacrificarse al presente.

Aunque sabía perfectamente que con ello tocaba un punto muy delicado, no quería dejar de observar que le habría gustado ver en el proyecto de programa la profesión de fe de que la toma del poder por los obreros sólo podría efec-

tuarse en una República democrática. "Es realmente inconcebible que nuestros mejores hombres puedan llegar a ser ministros bajo el cetro de un emperador, como Miquel". Y si la ley no permitía incluir abiertamente en el programa la reivindicación de la República, podría exigirse, por lo menos, "la concentración de todo el poder político en manos de la representación popular".

Engels subrayaba, asimismo, la conveniencia de que el programa proclamara la necesidad de proceder a una reforma de la estructura del Estado. Veía en el régimen de los pequeños Estados y en el prusianismo específico dos lados de la misma contradicción. Mientras Prusia no se disolviera en una serie de provincias autónomas y se acabase con la dispersión de los pequeños Estados, sería imposible revolucionar la sociedad alemana. Seguía postulando, como en 1848, la República una e indivisible, no una república rígidamente centralizada como la francesa, sino un Estado en el que las provincias y los municipios gocen de autonomía.

Sabía que, al colocar en primer plano estos puntos de vista, tal como las cosas estaban en Alemania, exigía de la dirección del partido algo irrealizable. Es probable que, al hacerlo, quisiera recordarle, "que, aparte de la legislación directa por el pueblo y sin la administración de justicia gratuita, sin la que podríamos arreglarnos, hay también otros problemas políticos importantes". Y "lo que no pueda decirse abiertamente" es posible sugerirlo "indirectamente", que es lo que venía a proponer cuando exigía: "Completa autonomía de las provincias, círculos y municipios por medio de funcionarios elegidos por sufragio universal y supresión de todas las autoridades locales y provinciales designadas por el gobierno".

No parece haberse conservado el ejemplar de un "Suplemento" del periódico, al margen del cual debió de estampar Engels sus propuestas de enmiendas. A él se refería Bebel, al escribir a Engels, el 12 de julio: "Como ves, hemos tomado tu proyecto como base de la primera parte, modificándolo solamente en algunos puntos". La "larga disquisición" añadida por Engels y que Bebel oyó leer iba dirigida a Liebknecht, entre cuyos papeles se encontró, siendo publicada en 1901. En su respuesta, Bebel replicaba que la meta del partido era, en efecto, la República, pero que las condiciones existentes no permitían hacer figurar este punto en el programa. Tampoco acerca del centralismo o el federalismo abrigaba ninguna discrepancia. En cambio, consideraba objetable manifestarse en el programa acerca del régimen de los pequeños Estados, pues temía que, con ello, se alentara la prusianización de Alemania. "Los pequeños Estados existen como docenas de instituciones más tan inútiles como ellos, y que dejarán de existir por sí mismas el día en que se estremezca el suelo sobre el que se levantan".

Bebel se mostraba, por el contrario, totalmente de acuerdo con la crítica que Engels hacía de la política mantenida por el periódico *Adelante*. Cuanto más iba envejeciendo, mayores reparos encontraba en Engels, en Bebel, en Kautsky y en muchos otros miembros del partido la falta de sentido de que Liebknecht daba pruebas frente a la realidad y su tendencia a las generalizaciones

carentes de contenido. Estaban en desacuerdo, sobre todo, con que el redactor jefe de aquella publicación y, siguiendo su ejemplo, los periodistas formados en su escuela, diesen de lado tan a menudo a los problemas materiales con sonoros tópicos. Por el modo tan ligero como Liebknecht dirigía el órgano central de un partido que había crecido tan poderosamente como la socialdemocracia, aquel hombre les parecía a sus críticos pertenecer a una generación ya superada. Pero no era fácil licenciar sin más a una figura como aquélla, que en su día había contribuido a sentar los fundamentos del partido; además, no se veía quién pudiera sustituirlo adecuadamente. El invencible optimismo con que Engels contemplaba ahora la marcha de las cosas en Alemania lo había hecho más tolerante y ello explica que no le pareciera mal que el partido siguiera arrastrando consigo esta "reliquia del pasado" y le perdonaba al "soldado", como él le llamaba, que se diera esta satisfacción de "creer que todo quedaba resuelto con tal de encontrar la frase capaz de tranquilizarle, en el caso de que se tratara".

En una serie de artículos escritos para *Tiempos nuevos* estudiaba Kautsky, por aquellos días, a la luz de qué fundamentos históricos podía el proyecto oficial del partido representar un progreso considerable con respecto al programa de Gotha. El socialismo científico se había convertido, entre tanto, en la estrella polar del movimiento obrero de todos los países y en Alemania había desaparecido totalmente de la mentalidad de la gran masa toda especulación fantásica acerca del Estado del futuro. Pero, como encontrara muchos defectos en la versión del proyecto "transaccional" presentado por la dirección del partido, ponía a discusión un nuevo proyecto, en el que la parte teórica era obra suya y la parte práctica obra de Bernstein.

Este trabajo, en el que Engels había tenido cierta intervención a través de las manifestaciones verbales hechas por él a Bernstein y transmitidas por éste a Kautsky, encontró su aquiescencia total. "Tu proyecto de programa es mucho mejor que el oficial", escribía a Kautsky el 28 de septiembre y le prometía animar a Bebel, a quien también le gustaba mucho, a que lo presentase en Erfurt para su aprobación.

Entre las pocas enmiendas que Engels aconsejaba a este proyecto había algo muy característico. Kautsky había propuesto la siguiente frase, recogida en el texto del programa definitivo: "Esta transformación social representa la liberación, no sólo del proletariado, sino de todo el género humano que sufre bajo el estado de cosas actual". Este pasaje era, según Engels, "demasiado gris". Debía decirse —proponía él— que la contradicción de clases degrada intelectual y moralmente incluso a la clase dominante en mayor medida aun que a la dominada. Pero Kautsky ya no recibió esta observación a tiempo para tenerla en cuenta. Su proyecto de programa fue, en efecto, presentado por Bebel al Congreso para su aprobación. Desde Erfurt, le informaba a Engels, el 18 de octubre: "Ha sido aprobado como base de discusión el proyecto de *Tiempos nuevos*, con gran indignación por parte de Liebknecht, quien ha mantenido el nuestro".

Ya resuelto todo, el 24 de octubre de 1891, Engels expresó a Bebel su satisfacción por el resultado obtenido. Con la misma fecha, escribía a Sorge: "Ha sido aprobado como base programática o parte teórica el proyecto presentado por Kautsky y propiciado por Bebel y por mí. Tenemos la satisfacción de que la crítica de Marx haya sido aceptada en su totalidad". Poco antes de que recayera esta decisión, la conciencia teórica de Engels se había sentido torturada al observar que *Adelante* reproducía el texto del proyecto de Kautsky, introduciendo en él, de contrabando, la frase "una masa reaccionaria". Temeroso de llegar tarde, escribió a Kautsky, con fecha 14 de octubre: "Esa frase agitadora echa a perder, como una nota estridente que desafina, todo el acorde de tesis científicas, breves y bien entonadas. Pues se trata, en efecto, de una frase agitatoria, extremadamente unilateral y, por tanto —bajo la forma apolíticamente absoluta en que se presenta— totalmente falsa". Incluso desde el punto de vista de la política interior de Alemania, tenía Engels que desear dejar abierta, a la socialdemocracia, la posibilidad de una colaboración temporal con partidos burgueses no reaccionarios. Y, en su felicitación a Kautsky después de haber sido votado el programa, se refería especialmente a la eliminación de este "tópico lassalleano" del que le parecía que el *Adelante* dirigido por Liebknecht había "abusado tremendamente".

En Erfurt se acordó, asimismo, eliminar del partido a los más ruidosos portavoces del bando de los "jóvenes". Según Engels, ellos mismos se lo habían buscado. "En Alemania", decía, "están ya muertos, como todo el que se ponga al margen del gran movimiento". Y no cambió tampoco de actitud después de haber leído el libro de Hans Müller titulado *La lucha de clases en la socialdemocracia alemana*. Opinaba, sin embargo, que el partido socialdemócrata se hallaba ya lo suficientemente afianzado como para "poder soportar y digerir cualquier cantidad de cuajada culta" que se le echara. Pero, como estaba cada vez más convencido de que, más tarde o más temprano, este partido llegaría al poder, desde el cual tendría que hacer frente a la misión de iniciar la obra de posesionarse de los medios de producción y ponerlos en marcha, veía con buenos ojos, al contrario que antes, la entrada en el partido de técnicos y demás intelectuales. Cuanto mayor sea el número de elementos de éstos de que se disponga en un momento dado, con menores complicaciones, relativamente, se tropezará a la hora de hacerse cargo de los asuntos, escribía a Bebel el 24 de octubre de 1891.

Seguía rechazando totalmente, sin embargo, al igual que antes, la ilusión de que, con aquella "prudente política de negociaciones" que entre tanto había preconizado Vollmar en su célebre discurso de junio de 1891, en el "Eldorado" de Munich, se pudiera marchar gradual y evolutivamente hacia el poder. Engels combatió desde el primer momento una política orientada hacia el entendimiento con el nuevo Canciller alemán Caprivi —cuyo carácter juzgaba, por lo demás bastante favorablemente— e incluso con Guillermo II. Para él, no ofrecía la más leve duda, ni la ofreció nunca, que cualquier intento de esta clase conduciría necesariamente al mismo callejón sin salida a que habían llevado a

Lassalle sus maniobras con Bismarck. No había, a su juicio, posibilidad alguna de componenda entre un socialismo democrático de Estado que renunciara a marchar hacia la sociedad sin clases por medio de la revolución social y el socialismo preconizado en el *Manifiesto comunista*.

Sin embargo, tampoco ahora era todavía objeto de seria preocupación para él la oleada de socialismo de Estado que se manifestaba en el seno del partido; estaba firmemente convencido de que la arrolladora mayoría del proletariado seguiría a Bebel, y no a Vollmar y de que éste acabaría, tarde o temprano, abandonando las filas de la socialdemocracia. Creía haber aprendido a costa de un alto precio cómo había que comportarse ante un adversario así. El 23 de julio de 1892 aconsejaba a Bebel mantenerse "puramente a la defensiva", hasta que Vollmar llegara a destaparse definitivamente. "Cuando ese momento llegue, un breve y decisivo bombardeo de artillería y un ataque decisivo a la bayoneta. En este caso más que en ningún otro, es necesario guardar las municiones y las reservas para el momento final". Y prevenía también a su amigo contra la inconveniencia de perderse en discusiones con Vollmar acerca de lo que es el socialismo de Estado; le exhortaba, en términos generales a "mantenerse cauto en las expresiones, tanto en público como en privado".

Poco antes del Congreso del partido celebrado en Berlín en noviembre de 1892, en el que, como es sabido, se planteó un gran debate, Engels le proponía a Bebel a atenerse a aquellas manifestaciones del adversario que iban en contra de la táctica del partido, ni más ni menos que la fraseología de los "jóvenes". Y, una vez terminado el Congreso, felicitó a su amigo por la resolución sobre el socialismo de Estado, redactada por él y aprobada por los congresistas. "Sólo Marx habría podido hacerlo mejor". En esta resolución se condenaba el socialismo de Estado como un sistema de soluciones a medias, cuya finalidad no era otra que la de apartar a la clase obrera de la socialdemocracia por medio de pequeñas concesiones y de paliativos. Pero en ella se subrayaba, al mismo tiempo, que el partido siempre se había manifestado a favor de medidas de Estado encaminadas a elevar la situación de la clase obrera, aunque considerándolas solamente como pequeños pagos a cuenta, que en modo alguno la apartaban de su camino, el cual no era otro que la radical transformación del Estado y la sociedad.

A la mutación de Vollmar de revolucionario en reformador social había contribuido, más todavía que la esperanza de que la política del Estado alemán cambiara seriamente de rumbo, su familiarización cada vez mayor con las realidades de Baviera, su país natal, donde entre tanto había vuelto a establecerse, después de largos años de ausencia. Una labor de agitación basada fundamentalmente en el dogma de la lucha de clases no parecía muy acomodada, según su modo de ver, a un país como aquél, predominantemente campesino y en el que las contradicciones de clase y las diferencias de riqueza no eran todavía demasiado acusadas.

Vollmar, que era un brillante agitador, ex oficial del ejército bávaro y ex *Carabinier étranger* de la Guardia pontificia, hacía especial hincapié en la necesi-

dad de no reclutar las masas para el partido solamente en las grandes ciudades, donde acudían casi por sí solas a sus filas, sino también en las aldeas y en el campo. Y el hecho de que él y otros socialdemócratas formaran parte del Landtag de Baviera les permitía percatarse más claramente de las necesidades de sus electores.

En el Reichstag, donde se trataba de aprobar créditos militares, seguía rigiendo, indemne, la tradición de que la socialdemocracia votara en contra del presupuesto, y en Prusia el partido no podía decidirse aún, por el momento, a participar en elecciones basadas en el sistema indirecto de tres grados. En cambio, en Baden y en Hesse, los diputados socialdemócratas no siempre se habían opuesto a la aprobación del presupuesto público: En estas condiciones, no parece que tenía por qué levantar un gran escándalo el hecho de que los diputados bávaros votaran a favor del presupuesto para 1894. Sin embargo, las contradicciones más profundas que existían hicieron que, esta vez, el Congreso del partido reunido en Francfort del Meno a fines de octubre de dicho año decidiera ocuparse del asunto.

Los delegados de Baviera se defendieron en contra de las acusaciones de Auer y Bebel, alegando que para ellos sólo se trataba de una cuestión táctica y no de un problema de principios, y Vollmar se manifestó enérgicamente en contra de la "apisonadora" que trataba de imponer sus normas a todos, dictatorialmente, desde Berlín. Sus manifestaciones surtieron el efecto de que el Congreso del partido se abstuviese de pronunciarse en favor de una prohibición general y de principio ante cualquier aprobación del presupuesto público y declarara que para un diputado socialdemócrata sólo era inadmisibles emitir un voto favorable al presupuesto cuando la aprobación de éste representara la aquiescencia a la legitimidad del Estado de clase exigente o un voto de confianza al gobierno. Bebel, personalmente, votó en contra de esta resolución, por considerar que se quedaba demasiado corta.

La política propia e independiente de la socialdemocracia bávara logró poner sobre el tapete, en el Congreso del partido de Francfort, una cuestión todavía más importante: la cuestión agraria. El ritmo vertiginoso con que había avanzado la industrialización de Alemania había traído como consecuencia el que, desde 1870, los Congresos del partido hubieran relegado a segundo plano el tema de los campesinos y la socialdemocracia. En Francfort, Vollmar y Grillenberger exigieron que, en el futuro, se prestara tanta atención intensiva a la producción agrícola como a la industrial y que a la labor de agitación entre la población campesina no se aplicara mecánicamente el mismo esquema que a las masas obreras de la ciudad. Vollmar pedía que se le reconociera a la fracción del Landtag de Baviera el mérito de haber planteado la necesidad de que el tratado amparara a los campesinos contra el endeudamiento y la expropiación. El partido —decía— jamás llegaría a reclutar muchos adeptos en las aldeas mientras siga limitándose a predicar a los campesinos que su ruina es inevitable. Y, convencido de que, en lo referente sobre todo a la ganadería y al cultivo de frutas y legumbres, los métodos campesinos se hallaban todavía sustraídos a

toda ley de competencia, Vollmar sostenía que el futuro programa agrario socialista, que en Francfort se acordó elaborar, debía tomar en consideración esta circunstancia.

Poco antes de que se entablara en Francfort esta discusión, el Partido obrero de Francia, país en el que la distribución de la tierra se asemejaba bastante a la imperante en el sur de Alemania, había acordado un programa agrario en el que dicho partido se ofrecía a defender a los campesinos en su lucha contra la explotación y la proletarización y se comprometía a que fuera respetada su propiedad. Sin embargo, según el criterio del viejo Engels, esta política de "captación de los campesinos" no significaba absolutamente nada. El 10 de noviembre de 1894, muy descontento con aquellos acuerdos, escribía a su amigo Sorge:

"Primero, los franceses declaran en Nantes por boca de Lafargue, no sólo (como yo se lo había escrito) que nosotros no tenemos la misión de acelerar directamente, mediante nuestra intervención directa, la ruina de los pequeños campesinos, pues ya el capitalismo se encarga de hacerlo por nosotros, sino también que es necesario protegerlos directamente contra el fisco, la usura y los grandes terratenientes. Cosa que, sin embargo, no podemos nosotros hacer o contribuir a hacer, en primer lugar porque es estúpido y, en segundo lugar, porque es imposible. Y ahora en Francfort, viene Vollmar y trata de que sobornemos al campesino, teniendo en cuenta, además, que el labrador de la Alta Baviera no es precisamente el pequeño campesino cargado de deudas de la Renania, sino el mediano y el gran campesino independiente, que explota a mozos de labranza y a criados y vendé ganado y trigo. Y esto no puede hacerse sin abandonar todos nuestros principios. Sólo podremos atraernos a los campesinos de los Alpes y a los grandes campesinos de la Baja Sajonia y el Schleswig-Holstein si sacrificamos a ellos a los mozos de labranza y a los jornaleros agrícolas, con lo cual saldríamos perdiendo, también políticamente más de lo que ganaríamos".

Como el programa agrario francés correspondía ampliamente a las miras de Vollmar, el dirigente bávaro los invocó en Francfort, para reforzar sus puntos de vista. Y, al hacerlo, afirmó que tenía noticia de que los camaradas franceses contaban con la aquiescencia de Federico Engels para su política. Engels, por su parte, se sentía ya, sin necesidad de esto, irritado contra los bávaros, que, según él, habían ido al Congreso del partido con un ultimátum "muy claro", proclamando derechos aparte para Baviera y reclamando una política campesina "que oscilaba hacia la derecha, yendo incluso más allá de la raya pequeñoburguesa". Así se lo escribía a Liebknecht, y en términos parecidos se lo manifestaba también a Bebel. "Suscribo lo que dices de Vollmar y del Congreso del partido", le contestó éste con fecha 10 de noviembre, y añadía: "La medida de los manejos de Vollmar se ha colmado ya, hasta desbordarse. Ahora, voy a atacar yo". "Creo", seguía diciendo esta carta, "que tendrás que encontrar la manera de defenderte contra Vollmar, quien trata de cubriř con tu autoridad su política siempre oportunista". Y, en efecto, el 12 de noviembre,

Engels enviaba a *Adelante* una comunicación en la que decía que Vollmar debía de estar muy mal informado en cuanto a él. Se limitaba a esbozar allí, en unas cuantas palabras, su punto de vista sobre la cuestión agraria y anunciaba que se proponía tratar por extenso este problema en la revista *Tiempos nuevos*. Y el 22 de noviembre enviaba a Kautsky el ensayo titulado "La cuestión de los campesinos en Francia y en Alemania". En él, daba deliberadamente de lado a todo lo personal, para no inducir a la sospecha de que trataba de dirigir desde fuera la política del partido alemán.

Siempre que, hasta entonces, Engels se había ocupado como político de los problemas del campo, había prestado mayor interés a la gran propiedad de la tierra que a la economía campesina. Para comprender esto, basta partir de la concepción estratégica general de este gran revolucionario. Eran los batallones obreros los que tenían que tomar por asalto la posición-clave que los *junkers* seguían ocupando en Prusia. Una vez logrado esto, todo lo demás vendría, al parecer, por añadidura. Engels confiaba en que la grave crisis agraria que amenazaba al cultivo cerealista de Europa desde la roturación de las ilimitadas tierras vírgenes de Norte y Sudamérica y de otros lugares, acabaría revolucionando totalmente las relaciones de la propiedad agraria y acelerando con ello la victoria del socialismo.

Acerca de este tema había cambiado frecuentemente ideas, primero de palabra y luego por escrito, con el escritor socialconservador Rodolfo Meyer, condenado por injurias a Bismarck y desterrado por este motivo, cuyo pensamiento se asemejaba al de Rodbertus y que había escrito un libro, muy leído en su tiempo, sobre la *Lucha de emancipación del cuarto estado*.

Afortunadamente —escribía Engels a Meyer, el 19 de julio de 1893—, hemos progresado ya lo bastante para poder prescindir tanto de los señores latifundistas como de los propietarios campesinos. La agricultura y la industria han llegado por igual —manifestaba— a un nivel de desarrollo que no sólo permite, sino que incluso exige que la sociedad se poseione en bloque de su explotación. No creía que la clase de los terratenientes nobles aprendiera jamás a "administrar sus tierras a la manera burguesa" y a "capitalizar anualmente, a todo evento, una parte de la plusvalía obtenida". Nunca había sucedido tal cosa. Estas gentes llevaban ya trescientos años viviendo solamente de la ayuda del Estado, que hasta ahora los había salvado de todas las crisis.

Para Engels, era evidente que el proletariado, una vez dueño del poder, expropiaría a los grandes terratenientes para entregar la tierra en disfrute, bajo el control de la colectividad, a los obreros agrícolas, organizados en cooperativas. Y el que esta expropiación se llevara a cabo con expropiación o sin ella, dependería, según él, de las circunstancias de cada caso.

Una transformación tan poderosa como ésta no podría dejarse —decía—, ni mucho menos, a cargo del Estado alemán o austríaco existente. "Qué ocurriría" —escribía el 24 de marzo de 1891 a un tal Oppenheim— "si los *junkers* tuvieran que expropiar a los *junkers*, podemos verlo en Inglaterra, a pesar de que aquí, no obstante todas las fórmulas medievales que se mantienen en pie, el

Estado tiene una vida más moderna que a ambos lados de los Montes Metaleseros". Mientras se mantuvieran en el poder las clases poseedoras, toda estatificación no sería, para él, una abolición, sino simplemente un cambio de forma de la explotación. Engels no esperaba nada de una socialización que no fuera precedida por la incautación de los puestos de mando.

El hijo del Wuppertal fabril, establecido desde su temprana juventud en el mayor país industrial de su tiempo, sólo había tenido ocasión de conocer, en sus viajes, países de estructura social en los que seguía predominando una capa sana de campesinos. Ya en el programa de acción de 1850, redactado conjuntamente por él y por Marx y en el que se exigía la confiscación de la propiedad feudal, se oponía a la reclamación de estas tierras por los pequeños campesinos el postulado de que debían mantenerse como propiedad del Estado y ser explotadas por el proletariado rural cooperativamente, aprovechándose de todas las ventajas de la agricultura en gran escala.

El hecho de que Bakunin se hubiese apoyado con tanta fuerza en el proletariado campesino del sur de Europa no movió a Engels en lo más mínimo a revisar su concepción acerca del futuro social de los campesinos. Siguió pensando que debía aplicarse el mismo rasero a la grande y a la pequeña propiedad territorial. Y fue para él una sorpresa que en dos grandes Estados de alto desarrollo industrial, en los que sin embargo los medianos y pequeños campesinos representaban un notable contingente electoral, se plantease en el seno de la socialdemocracia la exigencia de un programa de protección a la población rural.

En efecto, lo mismo que pedía en Alemania Vollmar, lo planteaba en Francia Jaurès, representantes uno y otro de la joven generación socialista. Ambos conocían por experiencia propia las condiciones en que vivían los campesinos de sus países respectivos y consideraban intrínsecamente falso y tácticamente peligroso que los socialdemócratas, en su labor de agitación, no prestaran atención a la forma característica de la economía rural y se empeñaran en embutirla a la fuerza en el esquema de desarrollo tomado exclusivamente de las realidades de la industria.

Engels veía cómo crecía inconteniblemente no sólo la exportación de trigo, sino también la de carne y ganado de los países coloniales a los países de más vieja civilización y opinaba que ello acarrearía, al mismo tiempo, la ruina de los grandes terratenientes y la de los pequeños propietarios territoriales. Ya en 1881, en un artículo publicado en el *Labour Standard*, había manifestado la duda de que el cultivo de "fresas y frambuesas" pudiera salvar del desastre al pequeño cultivador. Y en este ensayo de *Tiempos nuevos* a que nos hemos referido, sustentando la misma tesis, decía: "El desarrollo de la forma de producción capitalista ha matado el nervio vital de la pequeña explotación agrícola, que ahora degenera y decae irremisiblemente. Tanto los grandes terratenientes como los pequeños campesinos están condenados a perecer". En su pronóstico, Engels no distinguía, en principio, entre los agricultores que viven fundamentalmente de la venta de su trigo y los que viven de la ganadería, de la fruticultura o la horticultura.

Sin embargo, el punto de vista dominante de su investigación era una cuestión práctica: la de saber qué elementos sociales del campo podían ser ganados por la socialdemocracia. El programa agrario del partido obrero francés pecaba, según él, de la contradicción de que, por una parte, pretendía mantener a los pequeños campesinos en posesión de sus parcelas y, por otra parte, declaraba que esta propiedad estaba irremisiblemente condenada a perecer. Engels no se cerraba, como no lo hacían tampoco Guesde y Lafargue, a la conciencia de que contra los pequeños campesinos de Francia no era posible una revolución estable. No obstante, reprochaba a sus amigos franceses el que, para atraerse a los campesinos, no apoyaran la palanca en el punto conveniente. Declaraba abiertamente que sólo podrían ganarlos en masa de la noche a la mañana prometiéndoles algo que de antemano se sabía que no podría cumplirse. Y Engels se negaba a ello.

"No queremos ni necesitamos como camaradas del partido", decía, "a los campesinos que nos piden que eternicemos su propiedad parcelaria, como no necesitamos ni queremos tampoco a los pequeños artesanos que pretenden eternizarse como maestros gremiales. Gentes así tienen su puesto entre los antisemitas. Que se sumen a ellos, si quieren, y que les hagan prometer la salvación de sus pequeñas empresas; y cuando allí hayan comprobado para lo que sirven estas brillantes frases y cómo hay que bailar al son de esos violines que llenan de sonoras melodías el cielo antisemita, veremos cómo afluyen a nuestras filas en número cada vez mayor, convencidos de que nosotros, que prometemos menos y buscamos la salvación por un camino muy distinto somos, sin embargo, los más seguros. Si los franceses tuvieran que vérselas con una demagogia antisemita tan ruidosa como nosotros, seguramente no habrían incurrido en los errores de Nantes".

Engels reconocía que la socialdemocracia no podía tener el menor interés en acelerar, mediante ingerencias, la ruina de los pequeños campesinos. Pero, al contrario de lo que hacían Jaurès, Vollmar y David, consideraba como un deber de la socialdemocracia el hacerles ver "una y otra vez que su situación está irremisiblemente condenada a la ruina mientras impera el capitalismo". Ciertamente —decía— que hay que hacer cuanto sea posible por aliviar su situación, por facilitarles el paso a la explotación cooperativa de la tierra e incluso, si no se deciden a ello por el momento, de dejarles un plazo para que lo piensen en su parcela. "Y no hacemos esto solamente porque consideramos que, virtualmente, los pequeños campesinos que trabajan la tierra con sus brazos son de los nuestros, sino que lo hacemos también porque así lo exige directamente el interés del partido. Cuanto mayor sea el número de campesinos a quienes salvemos de caer realmente en las filas del proletariado, a los que podemos ya atraernos como tales campesinos, más rápida y fácilmente podrá llevarse a cabo la transformación social".

Hasta qué punto la concepción que Engels tenía acerca de la incondicional unidad del desarrollo económico en la ciudad y el campo llevaba también aparejados sus anhelos político-revolucionarios lo vemos al final de su ensayo

de *Tiempos nuevos*, donde reconoce que la conquista de los proletarios que trabajan en los territorios del este del Elba tiene, para él, mucha más importancia que el atraerse a los pequeños campesinos del occidente de Alemania y, desde luego, a los campesinos medios del sur del país. La Prusia del este del Elba es, según él —así la llama aquí— “el campo de batalla decisivo” de la socialdemocracia alemana.

Ahora bien, no podía haber la menor duda de que aquella forma de agitación que Engels aconsejaba que se siguiera con respecto a los campesinos tropezaría con mucha más resistencia que la otra, es decir, la que, según él, les ocultaba deliberadamente que la marcha de las cosas, en el futuro, se encargaría de abolir, tanto en el campo como en la ciudad, la propiedad privada sobre los medios de producción. Allí donde la población campesina se siente todavía segura en su tierra y puede vivir de ella, no es fácil que logre grandes éxitos una labor de agitación basada en anunciarle que su forma de vida y su manera de vivir están condenadas a perecer.

En estas condiciones, no puede extrañarnos que, esta vez, los consejos de Engels no encontraran gran eco, ni siquiera entre sus más cercanos correligionarios, en un país de campesinos como Francia. Carlos Bonnier, que residía en Oxford y de quien casi siempre se valía Julio Guesde cuando el *Parti ouvrier* tenía que negociar con Engels, replicó a éste, hablando también en nombre de su mandante que, para trabajar entre los campesinos, valía más un mal puente que ninguno y que la única manera de criticar un programa era oponerle otro, cosa que Engels no había hecho. “¿Cree usted realmente”, le preguntó el hombre de confianza de Guesde, “que podríamos proponer a cada aldea que se decidieran a convertir sus tierras en una gran finca de todos?”

En cambio, Engels llegó a alcanzar una gran influencia sobre la política agraria de la socialdemocracia alemana. Sus posiciones fortalecieron allí, durante algún tiempo, la tendencia, coincidente con él, que, bajo la dirección de Bebel y Kautsky, condenaba el que se alentara en los campesinos la perspectiva de mantener en pie su propiedad sobre la tierra. El Congreso de Francfort había instituido una Comisión agraria que, en octubre de 1895, presentó al de Breslau una serie de propuestas de carácter transaccional. Refiriéndose a ellas, escribía Bebel a Engels, ya el 17 de julio del mismo año: “Espero que no te habrás caído de la silla del susto, al leer nuestro programa agrario”. Por lo demás, el Congreso de Breslau, por iniciativa de Kautsky, Schippel y el joven Otto Braun, rechazó este proyecto que declaraba posible e incluso deseable el fortalecimiento de la propiedad privada de los campesinos.

Inmediatamente después del Congreso de Francfort, en cumplimiento de lo que le había anunciado a Engels, Bebel, aprovechando un mitin celebrado en Berlín, en un discurso lleno de pasión, le ajustó las cuentas a Vollmar y a quienes pensaban como él. Les acusó de pactar con las ideas reformistas burguesas, de difuminar el carácter proletario del partido y de tratar de imponer en él tendencias particularistas. En su discurso de réplica, Vollmar anatematizaba los “altivos pronunciamientos de Bebel” como una “cura de caballo” contra el

partido, y el mismo Liebknecht creyó necesario expresar en las columnas de *Adelante* el temor de que un proceder tan impetuoso como el de Bebel pudiera poner en peligro la unidad de la socialdemocracia.

Hasta entonces, no se había entablado un debate público y tan acalorado entre las personalidades más representativas de las dos alas del partido alemán, y la conmoción que ello produjo fue enorme. Kugelmann le pidió a Engels que mediara con un *Quos ego?*, poniendo paz entre los beligerantes. Singer y Víctor Adler se pronunciaron en favor de Bebel; el marxista austríaco opinaba que la "aparente neutralidad" de *Adelante* "rezumaba ponzoñosa hostilidad en contra de Augusto". Pero el que más feliz se sentía con los ataques de Bebel y, a su vez, más indignado contra la conducta de Liebknecht, era Engels. En carta escrita el 27 de noviembre de 1894 al incorregible y viejo camarada de luchas intentaba hacerle ver que podía tal vez haber intervenido como director del órgano central, llamando a encontrar una solución al conflicto, pero que no estaba autorizado a condenar, como dirigente del partido, la conducta de Bebel. En función de tal, le aconsejaba que "procurara, de vez en cuando, mirando por encima de las gafas armonicistas, ver el mundo con sus propios ojos". Es cierto —decía— que un partido que crecía como el suyo podía digerir el incremento constante de elementos pequeñoburgueses y universitarios. "Pero también al proceso digestivo hay que dejarle que se desarrolle. Para ello, necesita de ácido clorhídrico; y si éste escasea (como se ha demostrado en Francfort), hay que agradecerle a Bebel el que añada una dosis de él". Por su parte, Bebel, muy satisfecho con la ayuda que Engels le había prestado, escribía a su venerado amigo, al celebrar éste el que sería su último cumpleaños: "Lo sucedido en los últimos tiempos ha venido a demostrarme una vez más que todavía nos haces mucha falta, y que, naturalmente, no queremos que nos faltes".

A nadie podía sorprenderle menos que a Engels el comprobar con cuánta presteza se desvanecieron "las veleidades socialreformistas" del joven Guillermo II, cuando se convenció de "que las masas no estaban dispuestas a venderse por un plato de lentejas". Le parecía muy natural que el emperador se decidiera a marchar ahora por los derroteros por los que había intentado encarrilarlo Bismarck en el momento mismo de subir al trono. En ciertos lugares —le escribía Bebel el 25 de abril de 1891— se aguarda afanosamente que estalle un conflicto que permita poner un dique por la fuerza a un movimiento que se teme no poder dominar por otros medios.

Recordemos cuán apremiantemente deseaba Engels que no se produjera un choque con las fuerzas armadas antes de que los "regimientos fundamentales" estuviesen, en su mayoría, formados por socialdemócratas. "En vista de que la apacibilidad de los obreros se complementa con las veleidades de dictadura militar (ya te habrás dado cuenta de que el gobierno actual va convirtiéndose *volens volens* en bonapartista), tenemos que procurar no darles el menor pretexto para ello", escribía a Sorge el 12 de abril de 1890. Engels deseaba y creía, por aquel entonces, que, antes, pudiera ponerse a la orden del día el viejo conflicto, todavía sin dirimir, entre la monarquía, con sus reminiscencias

absolutistas, la nobleza de la tierra y la burocracia, de una parte, y de otra la sociedad capitalista, a la que, formalmente, aún no se había llegado a someter el Estado.

Contaba también, sin embargo, con la posibilidad de que "el acaso, es decir lo no querido, lo incalculable", hiciera estallar prematuramente el choque abierto entre el ejército y la socialdemocracia o, por lo menos, que las capas poseedoras de la sociedad pudieran amalgamarse con las capas dominantes en contra del proletariado. De ahí que observara con recelo la influencia cada vez mayor que los círculos de la industria pesada ejercían sobre Guillermo II.

Pero ni siquiera de un marcado cambio de rumbo de la política gubernamental hacia la derecha temía que pudiera contrarrestar los avances de la socialdemocracia. El partido —decía el 19 de febrero de 1892, en carta a Bebel— se sobrepondría como jugando a una nueva ley contra los socialistas. Una política reaccionaria contra la prensa, el derecho de reunión y asociación y el sufragio universal chocaría con la resistencia del centro, y cualquier intento de golpe de Estado encontraría la animadversión del monarca, ya que haría peligrar directamente la existencia del reino. No les queda, pues, otro camino que enconar la manipulación de la policía administrativa y de la administración de justicia, lo que no podría dañar seriamente al partido.

"Por tanto", escribía, "a menos que los señores prusianos inventen algo completamente nuevo y genial, digamos ametralladoras y cañones pesados morales e intelectuales, lo más que podrán hacernos es mortificarnos, pero sólo conseguirán fortalecernos en vez de debilitarnos. Un poco de dominación abierta y franca de los *junkers* no nos vendría mal. Pero me temo que esas gentes no se sientan lo bastante enérgicas para ello; las ganas no les faltan, pero sí las fuerzas". Las elecciones al Reichstag de 1893 no respondieron por entero a las ambiciosas esperanzas que poco antes expresara Engels en entrevistas con el *Figaro* y el *Daily Chronicle*, aunque también en ellas aumentaron el número de votos logrados por la socialdemocracia y la cifra de diputados socialdemócratas elegidos.

Los rumores que por aquellos días circularon acerca de una proyectada supresión por la fuerza del sufragio universal, no dejaban de tener su fundamento. Hoy, está comprobado que la lucha contra la subversión estuvo a punto de conducir a un golpe de Estado, que era lo que el emperador exigía, a raíz del asesinato del presidente Carnot a manos de un anarquista. Se sabe a ciencia cierta que todavía en el otoño de 1895, el príncipe de Hohenlohe, que había sucedido a Caprivi como canceller del Reich, manifestó su decisión de renunciar a su cargo, "si Su Majestad deseaba seguir aquellos caminos".

Como la socialdemocracia podía verse colocada, en el momento menos pensado, ante decisiones de imprevisibles consecuencias, Engels aprovechó la oportunidad que le brindaba un prólogo para una nueva edición de *Las luchas de clases en Francia*, de Marx, para poner de manifiesto qué táctica aconsejaría él al partido para un caso tal, basándose en su incomparable experiencia. En estas páginas, reconocía abiertamente que, a la vista de los progresos en cuanto

al armamento y la preparación y a la unidad de mando y la disciplina de las tropas modernas, resultaban anticuados los combates de barricadas, a que en los choques relatados por Marx en aquella obra se había encomendado la decisión final. Incluso en aquel período clásico de las luchas de calles habían tenido las barricadas —decía— una fuerza más bien moral que material. Eran, según él, un medio a que se recurría para quebrantar la firmeza de las tropas. Si las barricadas resistían hasta lograr que aquélla vacilara, estaba asegurada la victoria: en otro caso, era la derrota.

Engels examina aquí con todo detalle cuáles eran las razones de que, a partir de 1849, habían cambiado totalmente a favor de las tropas las perspectivas de la lucha en los choques callejeros. Los adelantos logrados en las redes ferroviarias permitían al ejército movilizar con mayor rapidez que antes masas de tropas seguras, el fusil de pequeño calibre con peine disparaba a una distancia cuatro veces mayor y diez veces más rápidamente que el fusil de percusión de cañón liso y carga delantera, los cartuchos de dinamita y las granadas de percusión harían polvo en unos momentos la mejor de las barricadas, y las calles modernas, rectas y anchas parecían hechas a medida para la acción de los nuevos cañones y los nuevos fusiles. "Tendría que estar loco el revolucionario que hoy eligiera los nuevos distritos obreros de Berlín para un combate de barricadas".

Pero no se crea que Engels trataba de sacar de esta exposición la consecuencia de que ya no atribuía a las luchas en las calles la menor importancia para las revoluciones del futuro. En los momentos en que se había puesto a discusión en el Reichstag un nuevo proyecto de ley contra la subversión, la dirección del partido en Berlín consideraba obligada la prudencia y ello le llevó a suprimir en el manuscrito de Engels aquellos pasajes en que el veterano estratega del partido manifestaba su opinión de que aquel tipo de lucha podría seguir teniendo su razón de ser, si no al comienzo sí en el curso de una gran revolución, pero que, en tal caso, en vez de la táctica pasiva de las barricadas, sería aconsejable el ataque abierto, con fuerzas superiores a las del enemigo.

La reacción —seguía diciendo Engels— sabía perfectamente por qué, en el momento actual, el gobierno prefería inducir al proletariado al combate frontal y por qué lo acusaba de cobardía cuando no se mostraba dispuesto a exponerse a una derrota segura. Pero "esos señores malgastan en nada sus ruegos y sus desafíos. No somos tan estúpidos como para proceder así. Es como si, en la próxima guerra, pidieran a su enemigo que se desplegara ante ellos en la formación de línea del viejo Federico o en columnas de divisiones enteras, como en Wagram y en Waterloo, y todo ello, además, empuñando el fusil de chispa".

No; lo mismo para las luchas de clases que para las guerras entre los pueblos habían cambiado tan radicalmente las condiciones, que también en los otros países había quedado relegado a segundo plano eso de lanzarse a la lucha sin la menor preparación y se habían decidido a valerse del sufragio universal para conquistar por este camino todos los puestos asequibles al partido.

Ello no quería decir, sin embargo, que se renunciara, ni mucho menos, al

derecho a la revolución, al único "derecho histórico" real del que han surgido todos los Estados modernos. La socialdemocracia alemana forma —escribe Engels— la masa más numerosa, más compacta del ejército proletario internacional; le corresponde, por tanto, por lo menos en primer lugar, una especial misión. Su crecimiento se desarrolla de un modo tan espontáneo, tan constante, tan incontenible y tan calmado como un proceso natural. Este crecimiento, que ninguna ingerencia gubernativa podría contener, debe mantenerse y se mantendrá ininterrumpidamente en marcha hasta que rebase por sí mismo el sistema de gobierno que se halla en el poder. De ahí que el partido no debe desgastarse en luchas de avanzada, hasta que llegue la gran hora de la decisión. Sólo una sangría como la de 1871 en París, sólo un choque en gran escala con las tropas, podría detener momentáneamente este proceso de desarrollo. A la larga, tampoco después de una derrota sería posible borrar de la faz del mundo a un partido que cuenta por millones a sus afiliados. No obstante, el desarrollo normal podría entorpecerse, podría ocurrir que, en el momento decisivo, no resultara posible movilizar a la gran masa capaz de imponerse por la fuerza, que la batalla decisiva se retrasara, se alargara y trajera consigo sacrificios muy arduos.

Como se ve, Engels proclamaba claramente en este pasaje que, en la Alemania de aquellos días, al partido de la revolución le convenía más seguir el camino de la legalidad que lanzarse al intento de una subversión violenta. Pero, como consideraba evidente que los generales podrían inclinarse a provocar una colisión armada en un momento tal vez no lejano, examinaba asimismo la posibilidad de que se llegara, en contra de su voluntad, a la "ruptura de la Constitución, a la dictadura, al retorno al absolutismo". La cautelosa dirección del partido creyó necesario no dar a la publicidad en aquellos momentos sus breves observaciones acerca de la situación que se le crearía a la socialdemocracia en el caso de que el emperador decidiera atentar contra la Constitución del Reich, Engels era consciente de que no podía manifestar con palabras escuetas cómo veía él el futuro desarrollo de las cosas. Y, en vista de ello, prefirió hacerlo bajo un ropaje histórico, al final de su testamento a la clase obrera alemana:

Bajo el Imperio romano —leemos aquí—, el "peligrosísimo partido de la subversión minaba la religión y todos los fundamentos del Estado; se atrevía incluso a negar que la voluntad del emperador fuese la suprema ley, no tenía patria, era un partido internacional, se extendía a lo largo de todas las tierras del Imperio, desde la Galia hasta el Asia, y por encima de sus fronteras". Se hallaba también fuertemente representado en el ejército, pues legiones enteras abrazaban ya el cristianismo. Las acostumbradas vejaciones cuartelarias de los superiores resultaban estériles y hasta la ley de represión del emperador Diocleciano demostró ser infructuosa. Diecisiete años después de la gran persecución del año 303 contra los cristianos, el ejército romano resultó estar integrado en su mayoría con creyentes de esta religión y el autócrata que subió al trono después de aquél proclamó el cristianismo como religión del Estado.

En estas palabras, el "jefe del partido", como en aquel entonces llamaba

Bebel a Engels, anunciaba a la socialdemocracia, cinco meses antes de morir, su fe inmovible en la victoria. Pero, al mismo tiempo, la prevenía con la mayor severidad contra el peligro de que se dejara tentar por el enemigo a ir a un terreno de combate en el que, con absoluta certeza, llevaría todas las de perder y arriesgaría su porvenir. Engels había accedido a que, teniendo en cuenta el proyecto de ley contra la subversión que estaba sobre el tapete, se tacharan ciertas apreciaciones. Sin embargo, no pudo contener su ira cuando vio impreso aquel prólogo en el que, tal y como había quedado el texto después de las tachaduras se le hacía aparecer, a su juicio y también a juicio de otros, "como un incondicional adorador de la paz a todo trance". Acerca de esto se expresó sin cortapisas el anciano Engels, por aquellos días, en cartas a Lafargue, Kautsky y Ricardo Fischer. Pero era especialmente a los franceses a quienes se creía obligado a hacer saber que él recomendaba la táctica pacífica "solamente para la Alemania de hoy y, además, con todas las reservas del caso". He aquí lo que escribía a Lafargue con fecha 3 de abril de 1895: "Esta táctica, tomada en bloque, no puede aplicarse en Francia, ni en Bélgica, Italia o Austria, e incluso en Alemania podría resultar ya inaplicable mañana mismo".

Pertenece, pues, al mundo de la leyenda la idea de que, al final de su vida, Engels pretendiera disuadir a la socialdemocracia europea de todo lo que fuera el empleo de la violencia. El viejo luchador llegó hasta el borde mismo de la tumba convencido de que sólo en condiciones muy excepcionales le sería posible al proletariado llegar a la toma del poder sin librar duros combates. Y hasta el final de su vida deseaba apasionadamente poner su experiencia y sus conocimientos militares al servicio de la revolución proletaria, en cualquier país en que ésta estallara. No quería exponerse, mientras no fuera necesario, a las mortificaciones de la policía prusiana, pero, llegado el caso, habría considerado el "silbar de las balas", incluso en sus últimos momentos, como "un asunto completamente sin importancia", lo mismo que en su juventud lo había hecho al tomar parte en la insurrección de Baden.

El armonizar el pensamiento o los sentimientos de las masas obreras en los diferentes países en que se trataran de agrupar era punto menos que imposible y contra este escollo se había estrellado la primera Internacional.

La nivelación de la situación económica y de las tareas políticas planteadas a los distintos partidos obreros que se habían creado en las décadas siguientes fueron sentando las premisas para la nueva Internacional, a cuyo renacer se había opuesto durante largo tiempo Engels. Claro está que el carácter y las tradiciones nacionales seguían proyectándose de distinto modo sobre la manera de ver y la necesidad de acción de las masas y de sus dirigentes. Las diferencias constitucionales y administrativas hacían que en unos países la labor de agitación se orientara hacia unas metas y en otros hacia objetivos distintos. Y la vida de los partidos seguía vinculada fundamentalmente, como antes, a los acontecimientos del propio país y ello, como no podía ser por menos, oponía ciertos límites a toda acción común. Sin embargo, parecía haberse despejado, ahora, el peligro, muy agudo de los días del Congreso de La Haya, de que el

movimiento obrero europeo se desgajara en dos direcciones contrapuestas.

Los principios programáticos y las directrices tácticas del *Manifiesto comunista* habían demostrado ser fructíferos. Ya en 1878 había manifestado Engels en el *Labor Standard* de Nueva York que la ideología anarquista no había sido capaz de marcar al proletariado un camino viable, ni siquiera en aquellos países en que al principio había triunfado Bakunin. Y, a la inversa, el constante auge de la socialdemocracia parecía demostrar que la acentuación de la acción política e incluso el desplazamiento del centro de gravedad hacia las tan execradas actividades parlamentarias no tenían por qué traer necesariamente aquellas funestas consecuencias contra las que el demoníaco ruso siempre había puesto en guardia al proletariado europeo.

Pero era, sobre todo, la expansión incontenible de la industrialización en Europa lo que, más irresistiblemente todavía que los ejemplos y los argumentos, empujaba a las masas de todos los países en la dirección que siempre les habían trazado Marx y Engels. Este proceso hacía que se fuesen asemejando cada vez más las condiciones sociales en que vivían los obreros de las viejas y las nuevas regiones industriales e inspiraba en todas partes al proletariado un interés análogo por una serie de problemas que, como el de la limitación de la jornada de trabajo, la protección obrera y la libertad de coalición, sólo podían resolverse con medidas legislativas. También el espectro del paro obrero proyectaba, en la larga crisis económica de los setenta y los ochenta, una sombra que saltaba por encima de las fronteras nacionales y difundía en todas partes entre el proletariado la convicción de que no podía durar eternamente un orden económico que se revelaba totalmente impotente ante aquel espantoso espectro.

Y a la penuria económica venían a sumarse, como Engels había visto antes que nadie, una serie de puntos de vista políticos que llevaban a los diferentes países europeos a relacionarse más estrechamente entre sí y los espoleaban a la cooperación. Las nubes negras de una guerra mundial se alzaban por primera vez en el horizonte, en la era del capitalismo ya desarrollado, a partir de la agudización del conflicto ruso-austríaco en los Balcanes, a la par que los paneslavistas y los partidarios de Boulanger laboraban tenazmente por una alianza militar franco-rusa. Y, si la guerra estallaba, tendrían que pelear en ella ejércitos de masas, formados en su mayoría por proletarios.

Sin embargo, los proletarios industriales de Europa cuyas manos forjaban las armas de la destrucción, no se sentían ya como aquellos proletarios de la antigua Roma, obligados a pronunciar resignadamente a los pies del emperador, antes de ser desgarrados en el circo por las fieras, las palabras "*Morituri te salutant*". Y tampoco los dirigentes se resignaban a ver en la amenazadora hecatombe una fatalidad inexorable. Aunque la conciencia de las concatenaciones reales que llevaban a aquel resultado no fuese la misma en todos ellos, todos deseaban y creían que las masas trabajadoras podrían, uniéndose en una acción común, conjurar el peligro de guerra, siempre y cuando que apretaran las filas de su organización, en el terreno nacional y el internacional.

Engels no era partidario de lo que llamaba "paradas mundiales", pero, a la vista de una situación en el mundo tan tensa como la que existía, consideró necesario que el proletariado europeo, en el Congreso socialista internacional que debía reunirse en Bruselas en 1891, no volviera a mostrarse dividido, como había ocurrido en París dos años antes. Los sindicatos ingleses se mostraban dispuestos por vez primera a participar en un Congreso socialista mundial. En París, el Congreso posibilista había encomendado a los belgas y el marxista a los belgas y los suizos la tarea de convocar el próximo Congreso, y los sindicatos británicos, tal vez no informados cabalmente acerca de las divisiones reinantes, habían aceptado la invitación de los belgas. Para evitar que nadie se enredara en los hilos de la urdimbre, Engels creyó oportuno hacer valer su influencia sobre la dirección del partido alemán y, de acuerdo con él, Bonnier hizo lo mismo con respecto a los marxistas franceses. Todos se pusieron de acuerdo sobre Bruselas, como sede del Congreso. Y la exclusión de los anarquistas, allí acordada, era considerada por Engels como síntoma de que ahora sí se había constituido realmente una nueva Internacional. Le alegró mucho también el que se abrieran las puertas de par en par a los sindicatos ingleses, incorporándolos así al frente de la lucha de clases en pro de la abolición del trabajo asalariado.

Allí donde los partidos socialistas negociaban oficialmente entre sí, Engels no creía que él tuviera ninguna función activa que desempeñar. Sin embargo, su conocimiento superior de los problemas, su descollante sagacidad y su autoridad única hacían que sintiese el deber imperativo de ilustrar a los círculos más amplios de gentes a que su influencia llegara. Le animaba el deseo de poner en claro las concatenaciones que era necesario conocer a fondo y sin ilusiones, para que los dirigentes de los diferentes partidos obreros nacionales no adoptaran en sus congresos resoluciones condenadas de antemano a fracasar. Y, en la segunda Internacional, que tendía cada vez más claramente a cristalizar, fue haciéndose usual el recurrir a su consejo y a su mediación en todas aquellas cuestiones importantes que agitaban los espíritus, principalmente cuando surgían conflictos y controversias.

El Congreso internacional de París había acordado, en 1889, que el proletariado mundial organizara todos los años manifestaciones de carácter público en pro de la implantación de la jornada de trabajo de ocho horas. Pero no existía unanimidad de criterio acerca de la forma en que debía hacerse. Los franceses y los austríacos opinaban que dichas manifestaciones debían celebrarse siempre y en todas partes el día 1 de mayo; en cambio, los alemanes y los ingleses preferían que se eligiera para ello el primer domingo del mismo mes y se oponían a todas las tendencias de quienes querían convertir la fiesta del Primero de Mayo en una jornada de propaganda en pro de la huelga general.

Cuando, en el Congreso de Bruselas, la delegación alemana se quedó en minoría ante este punto, se avino, aunque de mala gana, a la solución de compromiso de que la paralización del trabajo se efectuara el Primero de Mayo, "siempre y cuando que en algún país ello no resultara imposible por virtud de

las circunstancias". Ahora bien, las asociaciones de empresarios alemanes, favorecidas por la crisis económica, amenazaron con un *lockout* en masa para el caso en que los trabajadores llegaran realmente a parar el 1 de mayo de 1893, y el Congreso del partido socialdemócrata reunido en Berlín en noviembre de 1892 acordó negarse, como ya antes lo había hecho la fracción del Reichstag, a enfrentarse con el poder en una lucha que, dada la tensa situación política interior, podía traer graves consecuencias y que, además, amenazaba seriamente a las finanzas del partido. Se declaró que el paro diurno era irresponsable y que la fiesta debería celebrarse al atardecer. Este acuerdo levantó un gran clamor, sobre todo en el seno del partido obrero francés. Sirvió de portavoz de este movimiento de indignación ante Engels, por encargo de Guesde, su amigo Bonnier.

Engels, sin embargo, se negó a escuchar de labios de un francés, siquiera se tratara de un amigo, la afirmación de que el pueblo de los poetas y los pensadores se había vuelto groseramente materialista y perdía de vista que la fe era un hecho tan palpable como un alza de salarios y que también una fecha tenía su significación. Ya en febrero le había hecho saber Guesde, por medio de Bonnier, que el partido obrero francés no desistiría de su punto de vista aunque los alemanes se echaran para atrás. Palabras que Bonnier repetía ahora, añadiendo que el partido obrero de Francia, en el próximo Congreso internacional que debía celebrarse en Zurich, en 1893, pensaba proponer que se optara por una de dos cosas: o anular el compromiso contraído en Bruselas o abolir la manifestación del Primero de Mayo. A su juicio, el desplazar la fiesta a un domingo lo pondría en ridículo, por lo menos en Francia.

Aunque apreciando las razones que llevaban a la socialdemocracia alemana a no exponerse, con motivo del Primero de Mayo, a un conflicto serio con los empresarios y tal vez incluso con el poder público, a Engels le hizo entrar en sospechas el hecho de que se hubieran prestado a pactar el compromiso de que más arriba se habla. "Necesariamente teníais que saber entonces", escribía a Bebel el 19 de noviembre de 1892, "lo que prometíais y creíais poder mantener y, sin embargo, al parecer prometisteis más de lo que estáis en condiciones de mantener ahora". Y el 3 de diciembre, añadía: "Sigue en pie el hecho de que, en Bruselas, disteis a todos la impresión de que, en el futuro, pararíais el Primero de Mayo y no trataríais de acogeros a la autorización completamente excepcional de no hacerlo". Y deploraba la mala impresión que en todas partes tenía que causar el hecho de que "el partido más fuerte del mundo toque de pronto a retirada". Sin embargo, aplaudía el que, después de la primera tontería, no se cometiera la segunda, todavía mayor: "Claro está que lo fundamental es, ahora, la cruzada triunfal del partido alemán" y "sería absurdo tratar de ahormar del mismo modo el movimiento en todos los países".

Saliendo al paso de la "incendiaria carta" de Bonnier, Engels se mostró decididamente de acuerdo con Bebel, a quien el acalorado francés escribió con el mismo motivo otra misiva, considerada por su destinatario como impertinente. Afirmaba que la fiesta del Primero de Mayo de Berlín podría seguir midién-

dose en importancia con la de París y se burlaba de la "lógica" francesa dispuesta a permitir que los ingleses echaran al cesto de los papeles la resolución de Bruselas, pero no así los alemanes. "La idea de dirigir el movimiento obrero europeo desde Oxford —el último trozo de verdadera Edad Media que queda en Europa— es genial", le escribía a Bebel, "y en París presentaré una enérgica protesta contra ese intermediario".

Poco después, le visitaba en Londres "Cato Censorius Bonnier" de camino para Francia, y Engels le hizo ver, según informó enseguida a Bebel, que aquella manera de plantear los problemas en forma de ultimátum ayudaba muy poco al entendimiento mutuo y que el partido hacía mucho mejor en cuidarse de sus cajas y de su crédito con vistas a una posible disolución y a una nueva elección, en vez de echarlo todo a rodar por un paro de Primero de Mayo. Y, como Guesde parecía querer seguir empleando los buenos oficios de Bonnier y éste era, al parecer, el único que en el *Parti ouvrier* entendía el alemán, no parecía posible —seguía diciendo Engels a Bebel— prescindir de él como mediador. Sin embargo, su incontenible dinamismo y su entusiasmo, reconcentrado en la soledad de Oxford, parecían "hacerle más apto para armar camorra que para servir de negociador". Lo que Engels lamentaba mucho, ya que, dada la amenazadora situación de Europa, era, "a su juicio", una necesidad primordial "la cordial cooperación entre alemanes y franceses".

En la última etapa del gobierno de Bismarck, Engels, como hemos visto, no estaba convencido, ni mucho menos, de que el Canciller quisiera sacarle el cuerpo a una guerra con Francia y temía, sobre todo, que Boulanger pudiera impulsarle a una "guerra rápida". Y ante sus amigos más cercanos aventuraba la hipótesis de que Bismarck se decidiera a lanzarse a la lucha simplemente para no dar "a cierto joven presuntuoso que yo me imagino" tiempo a desorganizar el ejército alemán. Con la muerte de Moltke, creía, en efecto, que "había desaparecido el último obstáculo que se oponía a la desorganización del ejército mediante caprichosas designaciones para ocupar los puestos de mando". Pero el verdadero peligro que amenazaba a la paz no lo veía él precisamente en el canciller alemán, sino más bien en Francia y Rusia.

Cómo ejercía Engels su oficio de mediador entre la socialdemocracia alemana y la francesa nos lo indica la respuesta que el 28 de enero de 1887 hubo de dar a una carta de Lafargue, el yerno de Marx, en la que éste trataba de hacer a la política de Alemania responsable del tono belicoso que por aquellos días se percibía en la prensa de París. Engels le replicaba que había de buscar en el oro ruso el hilo que movía al *Journal des Débats* y a otros periódicos chovinistas a entonar melodías revanchistas, pero que era esto precisamente lo que Bismarck necesitaba para darle con ello gusto al zar. "Por lo demás", seguía diciendo Engels, en su respuesta a Lafargue, "yo no creo que Bismarck desee la guerra, la cual, una vez comenzada, se convertiría enseguida en europea. Si Francia y Alemania se fueran a las manos —en una lucha que sería dura y larga—, el zar, aunque no quisiera, se vería obligado a avanzar hacia los Balcanes, lo que significaría una guerra ruso-austríaca. A partir de este momento, Bis-

marck se vería colocado ante lo imprevisible, y yo no lo creo lo bastante insensato para provocar a sangre fría una situación como ésta". Y, más adelante: "Rusia está interesada en que Francia y Alemania se enreden en una guerra, ya que, entonces, no tendría más enemigo que Austria y, si acaso, Inglaterra". Y esto significaría, en opinión de los chovinistas rusos, que desprecian por igual a Austria y a Inglaterra, manos libres para Rusia en el Oriente. En lo que residiría precisamente el peligro. Alemanes y franceses se degollarían entre sí en beneficio exclusivo del zar y para asegurar la supervivencia del despotismo en Rusia.

A fines de febrero de 1890, escribió para el periódico ruso que Plejanov y Axelrod edaban en Zurich un largo ensayo, que vio también la luz en *Tiempos nuevos*. Su lectura confirma cuán peligrosa consideraba la situación de Europa, ya antes de que se firmara la alianza ruso-francesa. El cuadro que aquí trazaba acerca de la política exterior del zarismo ruso y de sus repercusiones trataba de hacer ver a la joven socialdemocracia rusa cómo, en el pasado, las continuas ingerencias del zar en los asuntos de Occidente habían entorpecido siempre allí "la marcha normal de las cosas", cómo estas mismas intromisiones seguían poniendo en peligro la lucha del proletariado europeo por su emancipación. No tenemos por qué entrar en detalle, aquí, en los juicios históricos que en el citado estudio emite Engels. Conocemos ya, por otra parte, su argumento de que fue la anexión de Alsacia-Lorena lo que convirtió a Francia en "descarado instrumento de los planes de conquista de Rusia" y lo que permitió al zar penetrar en los Balcanes. La amenaza contra Constantinopla —dice— echó a Austria-Hungría en brazos de Bismarck y, con ello, dividió a las grandes potencias militares del continente en dos campos enemigos. A partir de entonces, Rusia ya no podía apoderarse de los Estrechos sin una guerra mundial con posibilidades de victoria casi iguales para ambas partes. En esta guerra, la decisión final dependerá de Inglaterra, quien, cortándole el suministro de trigo, podría condenar al hambre a Francia o a Alemania. Consideraba como una derrota rusa el que Inglaterra pudiera haberse colocado en esta posición llamada a decidir, y los fracasos que durante los últimos años había tenido Rusia en Bulgaria eran, para él, una prueba de la falta de éxito en la misión de libertador de los pueblos que se había asignado el zar.

En su citado artículo, consideraba como "punto crucial" de todos los cálculos del gobierno de Alejandro III en materia de política exterior los "gigantescos progresos" logrados dentro de la misma Rusia por la revolución social. La prensa que se entusiasmaba con la política de conquistas del zar se limitaba a expresar la opinión de la burguesía urbana de nuevo cuño. Tan pronto como una Asamblea nacional diera a la inmensa mayoría campesina del pueblo ruso ocasión de expresarse, se escucharían voces totalmente distintas. El pueblo se ocuparía entonces de sus propios intereses vitales interiores, tan amenazados, y no de aquellas fantasías de hegemonía mundial. Y, con la revolución rusa, desaparecerían inmediatamente todos los peligros de una guerra mundial. Tan pronto cayera la última fortaleza importante de la reacción europea, comen-

zarían a soplar en Europa vientos totalmente distintos. Los gobiernos perderían hasta el último atisbo de confianza en sí mismos, Francia no se vería ya con las manos atadas por una alianza monstruosa que le impidiera poner en práctica la propaganda en campo enemigo, es decir, lo que fue el medio de salvación en 1793, y Occidente podría, sin verse entorpecido por la ingerencia extranjera, consagrarse a la misión que en el presente le plantea la historia, y que no es otra que zanjar "el conflicto entre el proletariado y la burguesía" y transformar la sociedad capitalista en socialista". Solamente un cambio de sistema así en Rusia podrá impedir que Europa siga deslizándose, con velocidad acelerada, por la pendiente que conduce a una guerra mundial de unas proporciones y una violencia sin precedente. "Y ojalá que ese cambio venga a tiempo, antes de que suceda lo que de otro modo sería inevitable".

El ensayo de Engels se publicó también en francés, en *Idée Nouvelle*, y en inglés, en el periódico socialista *Time*. Rodolfo Meyer, con quien Engels había cambiado ya antes ideas acerca del peligro de bloqueo que amenazaría a Alemania en una guerra con Inglaterra, envió un ejemplar del periódico a lord Lansdowne, que era a la sazón Virrey de la India. Pero la principal finalidad de dicho artículo era inculcar a las masas obreras de toda Europa la idea de que la potencia en la que él veía desde hacía largo tiempo la enemiga jurada de la democracia social representaba, al mismo tiempo, el mayor de los peligros para la paz de Europa.

"Vivimos sobre un barril de pólvora, y la menor chispa puede hacerlo volar", escribía Engels a Bebel, cuando el artículo estaba todavía en forma de borrador, y el 3 de abril de 1890 exponía, en carta a Vera Sassulich: "Confío en que la versión inglesa de mi artículo causará cierta impresión. En estos momentos, la fe de los liberales en el celo libertador del zar se ve muy seriamente estremecida por las noticias que llegan de Siberia, por el libro de Kennan y por los últimos movimientos producidos en las universidades de Rusia". Por eso me corre prisa que el artículo se publique en inglés, para machacar en hierro caliente. La burocracia petersburguesa especula para su campaña de acercamiento al Occidente con el auge del zarófilo Gladstone, adorador de la '*divine figure of the North*', como él ha llamado a Alejandro III". Dado el servilismo de Francia ante el zar y la gran benevolencia con que cuenta en Inglaterra, cree que podrá llegar a ocupar Constantinopla sin temor a que Alemania se lanzase a una guerra, en circunstancias tan poco propicias.

A la vista de todo lo ocurrido de entonces acá, nos parecen muy dignos de ser recordados los debates mantenidos en el Congreso socialista internacional de Bruselas en torno al peligro de una guerra mundial y a los medios de que el proletariado europeo disponía para evitarla o, por lo menos, para ahogarla en germen. Cuando se trataba de proclamar con gran pasión la solidaridad internacional del proletariado, Engels se sentía como el pez en el agua, perfectamente convencido como siempre lo estuvo de que las discrepancias de opinión acerca de puntos concretos pueden ser siempre superadas, con tal de que todos compartan el entusiasmo por la meta final.

En nombre de la comisión que había deliberado a puertas cerradas, Liebknecht, de acuerdo con su coinformante, que era el francés Vaillant, pidió al Congreso que votara por aclamación la propuesta en que se decía que "el único medio para evitar la espantosa catástrofe de una guerra mundial" era la protesta incesante de los trabajadores de todos los países contra cualquier validez bélica y contra las alianzas conducentes a ella y, al lado de esto, el perfeccionamiento de la organización internacional del proletariado para el triunfo del socialismo. Pero un delegado se levantó a expresar sus dudas de que, con aprobar una resolución concebida en tales términos, el proletariado europeo pudiera creer que hubiera hecho realmente cuanto estaba en sus manos para impedir una guerra mundial.

Aquel delegado, que venía a trastornar los cálculos de los proponentes y de quienes pensaban como ellos, era el ex pastor holandés Domela Nieuwenhuis, brillante orador, cuya autoridad dominaba el partido socialista de su país, por el momento totalmente impotente. Este "don Quijote del socialismo", como una vez lo llamó Víctor Adler, había cambiado alguna que otra carta con Engels. Pero, aunque había tomado de Marx y Engels muchos puntos de vista sociológicos y económicos y traducido al holandés diversas obras suyas, lo cierto es que el modo de pensar y de sentir del antiguo hombre de iglesia, enraizado más bien con las concepciones de un derecho natural absoluto, no tardaron en hacerlo derivar por los derroteros anarquistas antiparlamentarios, sin sentir el menor empacho en apelar para ello a la actitud crítica mantenida por Engels frente al concepto del Estado.

Nieuwenhuis sentíase repelido, sobre todo, por aquella sobriedad tan consciente de su responsabilidad de que daba prueba la socialdemocracia alemana, a la que él pronosticaba la misma suerte de los cartistas. Desde la tribuna del Congreso de Bruselas, pidió a los socialistas de todos los países que, si la guerra estallaba, adoptaran una conducta encaminada a impedir que, al sonar la voz de mando, las masas marcharan hacia los campos de batalla y desencadenaran la gran matanza. Rechazaba la distinción entre guerras defensivas y ofensivas, alegando que la diplomacia disponía de medios para declarar ofensiva o defensiva cualquier guerra, según le conviniera. Y, apoyado en un razonamiento tan plausible como éste, exigía que el proletariado de todos los países, si la guerra estallaba, se negara a empuñar las armas y declarar la huelga general. Es cierto que, obrando así, los trabajadores se exponían al peligro de verse encarcelados, pero ¿acaso no era mejor la cárcel que la muerte?

Con este planteamiento, Nieuwenhuis le dio a Liebknecht fácilmente pie para contestarle que, al estallar la guerra, entrarían en vigor las leyes de la guerra y que quien se negara a marchar sería llevado ante un consejo de guerra sumarísimo y acto seguido, fusilado. "Holanda", dijo este orador, "no tendrá nada que temer cuando se enfrenten con las armas en la mano de cuatro a cinco millones de franceses y alemanes".

Una minoría de los delegados, entre ellos una parte de los ingleses y los franceses, votaron a favor de la contrarresolución del holandés, en la que se

pedía que los partidos socialistas de todos los países contestaran a una eventual declaración de guerra con un llamamiento del pueblo a la huelga general total. Cuando, dos años más tarde, Nieuwenhuis reiteraba en Zurich este postulado, recibió del ruso Plejanov la siguiente respuesta: "Con la huelga militar sólo se lograría, ante todo, una cosa: desarmar a los pueblos civilizados y entregar a la Europa occidental en manos de los cosacos. En vez de la libertad del proletariado, lo que se conseguiría, por tanto, sería imponer la dominación del látigo ruso.

Con Liebknecht y Plejanov coincidían Bebel, Adler y Guesde. Engels, por su parte, se limitaba a alzarse de hombros ante la ingenuidad del socialista holandés. Este incidente —escribía a Lafargue, a raíz del Congreso de Bruselas— demostraba que los obreros europeos habían salido definitivamente del período de las frases altisonantes y eran claramente conscientes de su responsabilidad. Estaba orgulloso de que la socialdemocracia internacional se hubiera constituido, en Bruselas, en un "partido combativo" capaz de tener en cuenta los "hechos". "Y los hechos van tomando un giro cada vez más revolucionario", aseguraba en diciembre de 1891 en nueva carta a Lafargue. Desde finales de la década del ochenta, parecía percibir de nuevo claramente el rumor de la revolución europea que se acercaba y su única duda era, en realidad, si esta vez arrancararía de Rusia, de Alemania, donde, desde la subida al trono de Guillermo II, parecían darse muchos indicios de ello, o de otros países del Occidente.

Al expresarse así, abrigaba evidentemente, en su fuero interno, la seguridad de que la revolución general se adelantaría a la guerra general o, por lo menos, estallaría con la rapidez necesaria para que no llegara a convertirse en realidad el peligro con el que amenazaba Nieuwenhuis. De otro modo, difícilmente podríamos explicarnos el que Engels, que por lo general, en sus razonamientos, tomaba en cuenta múltiples posibilidades, no se parara a meditar esta vez sobre el que el proletariado socialista de Europa cayera en aquella trágica situación que, con una preocupación muy legítima, había apuntado el holandés.

En aquellos momentos, las esperanzas de Engels se basaban especialmente en las noticias que se recibían acerca de una plaga de hambre que se iba extendiendo por Rusia y que, a su juicio, ponían directamente en tela de juicio la permanencia del zarismo. Y, aunque a la vista de la nueva situación no creía que Rusia fuera a lanzarse a la guerra en los próximos meses, seguía viendo pender sobre Europa "la espada de Damocles de una guerra de la que sólo podía asegurarse una cosa: la absoluta inseguridad de cómo vaya a terminar". De ahí que siguiera considerando su deber hacer cuanto estuviera en sus manos para que en aquellos círculos en los que su palabra pesaba algo vieran claro acerca del peligro que amenazaba.

La alianza franco-rusa se había convertido en una realidad y aunque Engels tal vez pudiera dudar de su estabilidad, no podía ahora, evidentemente, dudar de su existencia. Le resultó, pues, muy apropiado que, desde Francia, le

invitaran a contribuir con un artículo en el *Almanaque del Parti ouvrier*, del que se pensaba hacer una gran tirada. Ya el 9 de noviembre de 1891 había escrito a Bebel:

“Mientras Liebknecht entona en *Adelante* losas de triunfo a la inexistencia del chovinismo en Francia, la prensa parisina, que durante la campaña electoral he tenido ocasión de seguir muy de cerca, y especialmente *La Justice* de Clemenceau, que supongo que Liebknecht lee también todos los días, me han convencido de que el pacto de los ‘republicanos’ (oportunistas, radicales, posibilistas) contra Boulanger se basaba en que el gobierno aventajaba a este general en patriotismo, en que ha llevado a cabo la alianza con los rusos, en que presenta al ejército ante el mundo como preparado para el ataque, en que hace brillar el sable y en que, si, como consecuencia de todo ello, llega a estallar la guerra de revancha, sabrá librarla alegremente; en una palabra, en que aspira lo más directamente posible a la guerra revanchista, que es el más caro anhelo de todos los burgueses de Francia. Así como en 1849 y en 1871 la República era la forma que más fácilmente unía a los monárquicos, la guerra revanchista es hoy el punto en el que con mayor seguridad pueden converger todos los republicanos, es decir, todos los burgueses —puesto que los obreros sólo cuentan como ganado electoral—, una vez lograda y consolidada la República que ha hecho esto posible. La revancha es el secreto del triunfo boulangista, ¡proclamemos, pues, la revancha! ¡Recuperación de Alsacia-Lorena! Si comparas *La Justice* de los tiempos anteriores a Boulanger y del período boulangista con la actual, difícilmente llegarás a otro resultado. Pero esto va contra el principio de Liebknecht. En Francia no puede existir una fuerte corriente chovinista, pues ello va en contra de los principios eternos y, por tanto, debe negarse. Si los acontecimientos van hacia adelante, podría tener que pagar cara esta política de *Adelante*, y el hecho de que vuestro dirigente en materia de política exterior sea daltoniano no quedará impune”.

Engels procuró proceder con la mayor cautela en la preparación de su artículo para el *Almanaque*. Encontraba “endiabladamente difícil el no causar más daño que beneficio”. “Esta gente es muy susceptible”, le decía a Bebel, en tono de reproche. En octubre, envió a Laura Lafargue el manuscrito para que le diera su opinión, y seguramente se tranquilizó al saber que tanto ella como su marido y Guesde, a quien también sometió el artículo antes de su publicación, aprobaban calurosamente aquel ensayo, en el que el autor trataba de ilustrar a los franceses acerca de los orígenes y la trayectoria del socialismo en Alemania. Lo que realmente se proponía Engels se lo había explicado a Bebel por adelantado: “Es necesario que esas gentes se den cuenta de que una guerra contra Alemania en coalición con Rusia sería también y ante todo una guerra contra el partido socialdemócrata más fuerte y más combativo de Europa y que no nos queda otro camino que arremeter con todas nuestras fuerzas contra cualquier atacante que ayude a Rusia. Pues, una de dos: o somos derrotados, en cuyo caso se iría al diablo por veinte años el movimiento socialdemócrata en Europa, o llegamos nosotros al poder”. Y en esta carta a Bebel añadía: “El sistema

actual vigente en Alemania no lograría, en modo alguno, sobrevivir a la guerra”.

En las palabras que servían de introducción a su artículo para el *Almanaque*, subrayaba con mucha fuerza que no hablaba allí, ni mucho menos, en nombre del partido alemán. Aunque no fuera otra cosa, la posición internacional que había logrado adquirir en cincuenta años de trabajo, le vedaba manifestarse como representante de tal o cual partido por oposición a los demás, aunque no le impidiera recordar que era alemán y tenía derecho a sentirse orgulloso del puesto que los obreros alemanes habían sabido conquistarse luchando, a la cabeza de todos los otros.

Expresaba también allí como probable que tal vez el gobierno alemán no siguiera viendo con los brazos cruzados la avalancha arrolladora del socialismo. “No cabe duda de que serán ellos los primeros en disparar”. Pero, si la prepotencia contrarrevolucionaria conseguía quizá demorar por algunos años el triunfo del socialismo, no podría impedir que, a la postre, este triunfo resultara todavía más completo y más definitivo. Claro está que las cosas sólo seguirían este camino siempre y cuando que Alemania estuviera en condiciones de llevar adelante su desarrollo económico y político en la paz. “Una guerra lo haría cambiar todo. Y esta guerra puede estallar de hoy a mañana”.

Con esto, entraba Engels en el tema del que se proponía hablar a los obreros franceses. Y les da claramente a entender que, al escribir lo que se propone, ni él ni la socialdemocracia alemana se sienten identificados en lo más mínimo con el Imperio alemán. Acusa a éste abiertamente de haberse anexionado por la fuerza Alsacia-Lorena. Reconoce que la República francesa existente tal vez pueda representar, frente al Imperio alemán, la revolución, por supuesto que la revolución burguesa, simplemente. Pero que ello terminaría sin el menor género de duda el día en que la República francesa se pusiera a las órdenes del zar. Del brazo de éste —señala aquí Engels, haciendo en ello gran hincapié—, los franceses ya no podrían introducir en Alemania ni la más remota idea liberal. “Francia renegaría de toda su historia revolucionaria y permitiría que el Imperio bismarckiano se hiciera pasar por el representante del progreso occidental contra la barbarie oriental”.

Pero, detrás de la Alemania oficial, ve alzarse ya la Alemania socialista como el factor que, en plazo no muy lejano, gobernará la política exterior de este país, reparando con ello las injusticias del pasado, preparando la restauración de Polonia y dejando que el norte de Alemania y Alsacia-Lorena decidan libremente su futuro. Lo que no es obstáculo para que vuelva a condenar aquí la impaciencia de los “patriotas” alsaciano-loreneses, que, con tal de alcanzar su objetivo inmediato, estarían dispuestos a entregar a todo un continente a la destrucción y, en última instancia, al látigo del zar.

Pinta la guerra mundial que amenaza y en la que Alemania y Francia tendrían que soportar los más atroces sacrificios, aunque la verdadera maquinación para provocarla venía de Rusia. Tal como estaban políticamente las cosas, podría apostarse diez contra uno a que, en cuanto sonara el primer cañonazo

junto al Vístula, los ejércitos franceses marcharían sobre el Rin. "Y llegado ese caso Alemania se limitaría a luchar por su existencia". En caso de victoria, no encontraría ningún territorio anexionable, por la sencilla razón de que ya posee más provincias de lengua extranjera de las que necesita. Pero si saliera derrotada, aplastada entre el martillo francés y el yunque ruso, tendría que ceder a Rusia la vieja Prusia y las provincias polacas, a Dinamarca todo el Schleswig y a Francia —pues, quisíeralo o no, Rusia se lo impondría—, toda la orilla izquierda del Rin. Y es evidente que una Alemania así amputada no podría ya seguir desempeñando del papel que le corresponde en el desarrollo de Europa y que, para poder seguir viviendo, tendría necesariamente que preparar una nueva guerra encaminada a restaurar sus condiciones de vida nacionales. Cuál sería el futuro del partido socialdemócrata alemán, en tales circunstancias, está claro para todos: el zar, Caprivi y Constans o sus sucesores, los que fueran, se abrazarían jubilosos sobre el cadáver del socialismo alemán.

Pero, como en el movimiento obrero internacional de la hora presente, la Alemania socialista ocupa "el puesto más avanzado, el más honroso y el más responsable", tiene el deber de defenderlo hasta el último hombre contra cualquiera que lo ataque, sin capitular ni ante el enemigo de fuera ni mucho menos ante el de dentro.

"Si la República francesa se pusiera al servicio de Su Majestad el Zar y Autócrata de todas las Rusias, los socialistas alemanes tendrían que luchar en contra de ella, sintiéndolo mucho, pero lucharían". No cabe duda de que, frente a una República al servicio del zar de Rusia, el socialismo alemán representaría la revolución proletaria. "Y si los soldados del señor Constans pusieran el pie en suelo alemán, serían saludados con las palabras de la Marsellesa: "*Quoi, ces cohortes étrangères feraient le loi dans nos foyers?*"

Si la paz no se interrumpe, la socialdemocracia alemana alcanzará el poder en un plazo de diez años. Una guerra, en cambio, conduciría a uno de dos resultados: o llevarla al poder en dos años o tres o empujarla a la ruina total durante quince o veinte años. Por eso sería una verdadera locura que el partido deseara una guerra en la que se lo jugaría todo a una carta, siendo así que la continuación de la paz le promete el triunfo seguro. No obstante, si la guerra viniera, tendría que aportar necesariamente el triunfo del socialismo o subvertir de pies a cabeza el viejo orden de cosas y dejar tras sí un montón de ruinas tal, que la sociedad capitalista sería, entonces, más imposible que nunca. En este caso, podría demorarse la revolución social por diez años o quince, pero, a la postre, su triunfo sería tanto más rápido y más grandioso.

La versión alemana de este artículo apareció en *Tiempos nuevos* a comienzos de 1892. Unas palabras finales del autor señalaban el apaciguamiento que entre tanto había traído a la política internacional la plaga del hambre en Rusia. Pero, como los vapores del champán de Cronstadt habían trastornado las cabezas de la burguesía francesa, ello habría predisuesto todavía más a la Francia de la gran prensa y de la mayoría de la Cámara a cometer las más inconcebibles necedades al servicio de Rusia. Y, en vista de que el peligro de

guerra seguía todavía en primer plano como una posibilidad, había considerado necesario explicar claramente a los socialistas franceses cuál estaba convencido de que sería la actitud de los franceses, frente a una guerra de esta clase.

El punto de vista expuesto por Engels en el artículo a que nos venimos refiriendo coincidía ampliamente con el de los dirigentes del partido alemán, especialmente Bebel, quien en Erfurt había señalado "la identificación casi milagrosa" que en materia de política internacional existía entre ambos. No era, en cambio, tan concorde como el autor habría deseado el eco que el artículo del *Almanaque* encontró por parte de los socialistas franceses. Podía tenerle sin cuidado el que un Protot, a quien consideraba, probablemente con razón, como agente de la policía rusa, publicara un panfleto difamatorio en el que lo calificaba de "venenoso reptil que llevaba veinte años luchando por sembrar la cizaña entre franceses y rusos y por asegurar la supremacía de Alemania". Sin embargo, los dirigentes del *Parti ouvrier* se vieron en apuros ante la afirmación del tal Protot de que los socialdemócratas alemanes y su gran consejero Engels eran más nacionalistas que ellos. Habían dicho siempre, hasta entonces, que sus correligionarios alemanes se opondrían en su patria a toda guerra, de donde quiera que viniese. Y, precisamente por tener que luchar contra un rígido nacionalismo, que no sólo dominaba a la burguesía en su conjunto, sino que hacía mella también, sobre todo en París, en amplios círculos de la clase obrera, se mantenía el partido obrero francés en la línea de un internacionalismo radical. Pero este internacionalismo apelaba con mayor fuerza a los sentimientos que a la cabeza de los obreros; simpatizaba con la ideología de huelga general de Domela, se hacía la ilusión de que, llegado el caso necesario, sería capaz de llevarla a cabo y cerraba los ojos a los peligros que, de pronto, eran puestos ahora de manifiesto por Engels.

Le tomaban a mal a éste el que hubiera puesto sobre el tapete la eventualidad de una guerra defensiva alemana, de la que el proletariado de este país tendría necesariamente que participar, y creían decirle algo sorprendente, o por lo menos desagradable, al replicarle que, si Guillermo II se abalanzaba sobre Francia, ellos, los socialistas franceses, echarían también mano de las armas.

Vaillant estaba furioso contra Engels y Bonnier le censuraba por declararse tan celoso defensor del deber de defender la patria. Guesde, que, más tarde, en la guerra mundial, sería ministro en el gabinete de la defensa nacional, manifestó que los socialistas franceses no se quedarían atrás, sino que correrían a encuadrarse en sus regimientos tan pronto como otro Estado "traicionara la paz de Europa".

El 21 de octubre de 1891, escribía Bonnier a Engels que o los socialdemócratas eran lo suficientemente fuertes para impedir la guerra, viniera de donde viniese, en cuyo caso no tenían por qué pensar siquiera en "marchar sobre la frontera", "o no lo somos (lo que es infinitamente probable), y, si es así, no debemos tener ninguna prisa en proclamar nuestra impotencia". A lo que Engels replicaba: "Si los socialistas franceses no se referían expresamente al caso de una guerra defensiva en que ellos estarían dispuestos a contribuir a

rechazar un ataque del emperador Guillermo, es, sencillamente, porque la cosa es tan clara y está tan reconocida y establecida, que no hay razón alguna para hablar de ello. No existe en Alemania un solo socialista que dude ni por un momento que, en un caso así, los socialistas franceses, al defender su independencia nacional, cumplirían con su deber; y ninguno se lo tomaría a mal; lejos de ello, esa actitud sería aplaudida”.

Este era precisamente —añadía— el punto de vista desde el que había sido escrito su artículo. El cual se revelaría absurdo si no partiera de la idea de que los socialistas franceses están dispuestos a recurrir a las armas tan pronto como su patria sea atacada desde fuera. Lo que él exigía era que se reconociera a los socialistas alemanes el mismo derecho en caso de un ataque ruso, aunque este ataque se lanzara con el apoyo de la Francia oficial. “Y otro tanto puede decirse de los discursos de Bebel. Por tanto, quienes en Francia nos acusan piensan por el estilo de los que dicen: *quod licet Jovi gallico non licet bovi germanico*. Pero, me parece que el hacerlos entrar en razón es incumbencia de los socialistas franceses”.

Y, contestando a Bonnier, le explicaba por qué no creía que una Rusia debilitada por el desconcierto social, el hambre y el cólera no estaba en condiciones de llevar a cabo una guerra sin la ayuda de Francia y por qué, suponiendo que, a pesar de esto, se lanzara a ella por desesperación, podía apostarse diez contra uno a que el zar, comenzada la guerra, se pondría de acuerdo con el emperador de Alemania y el de Austria a costa de Francia.

Engels no descaba, ni mucho menos, un ejército alemán tan fuerte como para poder conquistar toda Europa. Pero, si no “suspiraba” por “un nuevo Sedan”, no ansiaba tampoco una victoria de los rusos y de sus aliados franceses. Para que el proletariado europeo con conciencia de clase pudiera alcanzar su meta, era necesario —de ello estaba bien seguro— que Alemania y Francia, tanto la una como la otra, fuesen dueñas de sus destinos. Y, como convencido europeo occidental que era, se declaraba partidario de la propuesta sansimoniana de una triple alianza inglesa-germano-francesa: “*Voilà la vraie triple alliance*”.

Mientras que los socialistas franceses se debatían con las ideas de Engels exclusivamente desde un punto de vista oportunista, Domela Nieuwenhuis las criticaba en el terreno de los principios. Este consecuente pacifista creía ver una contradicción en el hecho de que Engels y Bebel, si Alemania era atacada por Rusia, estuvieran dispuestos a dar de lado provisionalmente a la lucha de clases y a considerar como una unidad a burgueses y proletarios. En su folleto titulado *Las distintas corrientes en el seno de la socialdemocracia alemana*, publicado por aquellos días, escribía el socialista holandés: “Los obreros socialistas franceses marcharán en filas compactas contra los obreros socialistas alemanes, quienes, a su vez, se encuadrarán en sus regimientos para asesinar a sus hermanos franceses. Hay que evitar esto a toda costa y, ya se nos dé o se nos niegue la razón, y aunque se nos moteje de anarquistas o de lo que sea, seguiremos sosteniendo que cuantos se manifiesten de acuerdo con Bebel profesan ideas chovinistas y distan mucho del principio internacional”.

Al decir esto, Nieuwenhuis ignoraba que Engels, consecuente con su criterio, había llegado incluso a sostener que la fracción socialdemócrata del Reichstag, caso de que Rusia atacase, no debía retroceder ante la aprobación de los créditos de guerra. "Si estamos convencidos", escribía a Bebel el 13 de octubre de 1891, "de que la guerra se desencadenará en la primavera, difícilmente podemos, en principio, oponernos a estas peticiones de dinero. Y esto nos colocaría en una situación casi fatal. Todos los partidos de los aduladores gritarían jubilosos que ellos tenían la razón y que nosotros nos veíamos obligados a pisotear nuestra política de veinte años. Un viraje tan repentino provocaría, además, tremendos rozamientos dentro del partido. Y también en el plano internacional".

Teniendo en cuenta todas estas circunstancias, Engels aconsejaba que no se autorizaran nuevos recursos para el campo de armamento y para nuevos cuadros, ya que esto no llegaría a tiempo para una guerra en la primavera, pero que sí se votaran todos los destinados "a la finalidad de acercar lo más posible al ejército actual al armamento general del pueblo, al fortalecimiento exclusivo de la capacidad defensiva, al adiestramiento y armamento de los hombres no reclutados hasta ahora, desde los dieciséis hasta los sesenta años, y a su incorporación a cuadros fijos, sin aumentar las mortificantes complicaciones del control". Y añadía: "No podemos exigir que la organización vigente en el ejército se transforme mientras persista el peligro de guerra, pero si se accede a adiestrar hasta donde ello sea posible y a ordenar dentro de sus cuadros a la gran masa de hombres capaces de empuñar las armas, pero que hoy carecen de adiestramiento —instruyéndolos, digo, para la guerra efectiva, y no para los desfiles y las vejaciones—, ello se acercaría mucho a un sistema de defensa popular, que es lo único que podemos aceptar nosotros". A medida que el peligro de guerra aumenta, podemos decirle al gobierno: estaríamos dispuestos a marchar si, mediante un trato decoroso, se nos permitiera ayudarle contra el enemigo de fuera, pero a condición de que la guerra se libre sin ninguna clase de cortapisas y por todos los medios, incluyendo los revolucionarios. Si Alemania se ve atacada por el este y por el oeste, todo medio defensivo será bueno. Se pondrá sobre el tablero la existencia nacional y se tratará también para nosotros de afirmar la posición y las posibilidades de futuro que hemos sabido alcanzar por medio de la lucha.

Véase, pues, hasta dónde creía el gran socialista internacionalista alemán que debía alejarse en el apoyo al gobierno imperial de su país, si Alemania se veía en el trance de tener que defender su existencia contra el Imperio ruso y la República francesa aliada a él. Y es que, para él, la "existencia nacional" de las grandes naciones civilizadas figuraba, como ya hemos tenido muchas ocasiones de ver, entre los grandes valores reales que desde ningún punto de vista era posible impugnar. Sin embargo, ya no podía plantearse para él el problema de hacer semejantes concesiones cuando, al año siguiente, pasó a ocupar el centro de la lucha, en el plano de la política interior, el proyecto de ley presentado por Caprivi con la finalidad de reforzar considerablemente el ejército de campaña,

reforzando al mismo tiempo la oficialidad de ideas reaccionarias.

El peligro que la carrera armamentista de los grandes Estados militares representaba para la paz del mundo persistía y se había ido recrudeciendo, entre tanto. A la vista de ello y mientras el Reichstag discutía el proyecto de ley de Caprivi, en febrero y marzo de 1893, Engels escribió para el *Adelante* una serie de artículos bajo el título de “¿Puede Europa ir al desarme?” Le habría gustado más titularlos “Una propuesta de ley militar de los socialdemócratas”, pero para ello habría sido necesario que la fracción del Reichstag aceptara su propuesta por unanimidad, cosa que, con razón, consideraba poco probable.

Como deseaba hacer cuanto estuviera en sus manos para evitar “una guerra general aniquiladora”, se imponía en sus proposiciones una cierta limitación: “Intento”, escribía el 28 de marzo de 1893 en el prólogo a la separata de sus artículos que inmediatamente apareció, “que estos cambios sean viables ya desde ahora, incluso para los gobiernos actuales y ante la situación política en que nos encontramos. Parto, pues, de esta situación y me limito a proponer, por el momento, aquellos medios que cualquier gobierno actual podría aceptar sin menoscabo para la seguridad del país”. “Me propongo solamente hacer ver que, desde el punto de vista puramente militar, no hay absolutamente nada que se oponga a la abolición de los ejércitos permanentes y que, si a pesar de ello, se quiere seguir manteniéndolos en pie, no es por razones militares, sino por razones políticas; en una palabra, de lo que se trata es de utilizar los ejércitos como protección, no contra el enemigo de fuera, sino contra el enemigo interior”.

El “punto cardinal” de sus consideraciones —nos dice— es “la redención del tiempo de permanencia en filas mediante un convenio internacional”. Sería éste, a su juicio, “el camino más simple y más corto para poder ir pasando gradualmente y de un modo general del ejército permanente al pueblo en armas, organizado en forma de milicias”. Y creía poder excluir la confusión del sistema de milicias propuesto por él con cualquier otro sistema existente, por ejemplo con el suizo, el convertir en condición esencial para el paso que propone “el completo adiestramiento gimnástico y militar de toda la juventud del sexo masculino”.

Según él, era contrario tanto al interés del pueblo como al del mismo ejército alemán aquel “curioso contraste” que existía entre el espíritu de cuerpo espantosamente conservador de la alta oficialidad alemana y los cambios técnicos cada vez más rápidos que van operándose en el arte de la guerra. “Necesitamos”, decía, “cabezas más despejadas y más audaces y, o mucho me equivoque, o entre nuestros oficiales más capaces no escasean los que ansían liberarse de las normas rutinarias y que se imponga el espíritu de camaradería que ha florecido en estos veinte años de paz. Pero, mientras que estos oficiales encuentran el valor y la ocasión necesarios para hacer valer sus convicciones, necesitamos que otros vengan de fuera a cubrir la brecha y debemos hacer cuanto está de nuestra parte para demostrar que también hemos aprendido muchas cosas en el ejército”.

En 1868, le había dicho a Marx, en una ocasión, que toda organización militar racional debe ocupar un lugar intermedio entre la prusiana y la suiza y añadía que sólo una sociedad establecida sobre bases comunistas podía acercarse mucho al sistema de milicias "y aun así sólo de un modo asintótico". Y, al mismo tiempo, le daba a entender a Marx que el adiestramiento de grandes masas en poco tiempo presuponía la existencia de buenos cuadros. Opinión en la que se mantuvo, en lo esencial, cuando más tarde comenzó la carrera armamentista y le asaltó la preocupación de que si la paz resultaba casi más cara que la guerra, ésta, a la postre, podría considerarse, no como un azote espantoso, sino como una saludable crisis, que venía a poner fin a una situación insostenible.

Siguió deseando hasta el final de sus días que fuera posible sustituir en todas partes el sistema prusiano, propugnando en toda Europa un ejército del pueblo, en el que se encuadrara a todo ciudadano capaz de empuñar las armas el tiempo estrictamente necesario para su adiestramiento militar. Los elementos que hubieran pasado por esta escuela formarían los cuadros de reserva, de modo que toda unidad geográfica contribuyera con sus batallones especiales a un ejército, que, así concebido, sería tan magnífico para la defensa como inadecuado para la ofensiva. Todo ciudadano tendría entonces el fusil en su casa. Pero ya en 1874 había dado Moltke a los socialdemócratas, cuando éstos preconizaban el sistema de milicias, la siguiente respuesta: "Los fusiles se distribuyen fácilmente, pero no se recuperan con la misma facilidad". Y tampoco ahora esperaba Engels que el gobierno imperial fuese a acceder a sus sugerencias. Estaba convencido de que sus propuestas y "todo el asunto de las milicias" se estrellarían contra las "condiciones interiores" del país y, además, contra el problema de Alsacia-Lorena. Y, sin embargo, lo que le llevaba a exponer aquellas ideas no era solamente, ni mucho menos, una finalidad de agitación, sino el deseo de abrir una seria discusión en torno a estos problemas entre los especialistas militares.

Como consideraba una realidad el peligro de una guerra en dos frentes, comenzaba su exposición señalando que Alemania no podía alterar la duración de la permanencia en filas ni al reclutamiento de todos los jóvenes en edad de empuñar las armas. Más aún, llegaba a afirmar que solamente un gobierno socialdemócrata sería capaz de poner totalmente en práctica este postulado. Decía, sin embargo, que la duración del servicio militar era el punto de Arquímedes en que la necesidad del desarme tenía que apoyar la palanca. De ahí que propusiera una conferencia para el desarme entre las grandes potencias continentales, en la que se hicieran esfuerzos por llegar a acuerdos internacionales sobre el tiempo máximo de permanencia en filas para todas las armas, reduciéndolo tal vez, para empezar, a dos años, "pero reservándose la posibilidad de seguir acortándolo inmediatamente, tan pronto como se impusiera la convicción de su necesidad y trazándose como meta final el sistema de milicias". Y si se intentaba llevar a cabo esta sugerencia —decía— se pondría de manifiesto que el centro de gravedad del adiestramiento militar de la juventud no puede ser otro que la educación de la juventud.

Como las reformas militares prusianas de los sesenta habían sido el inicio del rearme, Engels, coincidiendo con manifestaciones anteriores de la dirección socialdemócrata alemana, quería que la iniciativa para el desarme partiera ahora de Alemania. Si Francia aceptaba la propuesta, el peligro de guerra desaparecería, y Alemania, sobre la que el largo período de bismarckismo había atraído con toda razón la antipatía de todo el extranjero, podría reclamar para sí la gloria de haber iniciado la campaña en pro del desarme. Pero si Francia se negaba, la situación de Alemania, en caso de guerra, empeoraría. En cuanto a Rusia, no había, de momento, nada que esperar de ella, e Inglaterra no podría negar su neutralidad benévola a una Alemania dispuesta a desarmarse. Y en una guerra entre la triple alianza y la doble alianza, decidiría Inglaterra, que era la que dominaba los mares. "Si este país pone su flota a disposición de uno de los beligerantes, el otro sucumbirá, sencillamente, por hambre, pues no podrá recibir trigo; será, en proporciones gigantescamente mayores, el caso del bloqueo de París por inanición, y el condenado a esta suerte se verá obligado a capitular, tan seguro como dos y dos son cuatro".

Si Engels esperaba que la fracción socialdemócrata del Reichstag se adhiriera a sus propuestas, se llevó un gran chasco. Liebknecht, Grillenberger y otros correligionarios del partido se mostraron de acuerdo con él, por lo menos, en lo fundamental. En cambio, Bebel, que pudo leer antes que nadie el manuscrito de los artículos de Engels, consideraba utópico cualquier plan de desarme, en las condiciones de aquel momento.

"No podemos decir que el militarismo no sirva para nada, porque es necesario para el Estado y la burguesía", le escribía Bebel el 28 de febrero. "Lo necesitan para los negocios y como refugio para los hijos de los nobles y los burgueses. El que tú te pronuncies en favor de una fase de transición con dos años de permanencia en filas se explotará en contra de nuestra táctica y tendrás que resignarte a que probablemente nos veamos obligados a declarar que esa propuesta tuya no responde a nuestro criterio". Tres semanas más tarde, el 12 de marzo, Bebel era todavía más explícito en su repulsa: "Con tu plan militar no podríamos hacer nada. Ya por razones de orden táctico, no podemos aceptar la base del servicio militar de dos años, que propugnan los liberales y los otros partidos. Y no podemos tampoco abogar en modo alguno por la institución actual del ejército, dado el carácter aristocrático de la jerarquía militar y teniendo en cuenta el estado de la organización interna, la jurisdicción criminal, las leyes penales, etc. A todo lo cual hay que añadir los reparos contra la movilización de los recursos materiales —impuestos indirectos y tributos aduaneros—, que nos obligan a oponernos del modo más enérgico. El intento de encontrar una solución conciliatoria levantaría una polvareda en todo el partido y barrería con la fracción. Tampoco en ésta contaríamos con un solo voto a favor de semejante idea. Tu propuesta sólo puede ser considerada como algo que demuestra lo que el gobierno actual podría decidirse a hacer si quisiera llegar a una situación medianamente sana en el terreno político-militar. Por lo demás, yo mismo he hecho resaltar expresamente en la Comisión militar que,

para poder implantar el sistema de milicias, habría que abrir antes una fase de transición”.

Y el jefe del partido llegaba a la siguiente conclusión: “Tal como en realidad están las cosas, no necesitamos que los señores de las alturas se quiebren mucho la cabeza. Lo mismo en lo que se refiere a cualquier transformación audaz en el adiestramiento técnico del ejército como en todos los demás órdenes, están hundidos hasta el cuello en el más retrógrado conservadurismo. Y cuanto más se dan cuenta de que no tienen más remedio que ir democratizando el ejército, así en lo referente al número como en lo tocante a la reducción del tiempo de servicio en filas, más se aferran a todo aquello que puede ayudarles a mantener las tradiciones conservadoras. De una parte, comprenden con toda claridad cuál es la naturaleza de las cosas, pero, de otra parte, dan pruebas del espíritu más cerril, anterior a los tiempos de Jena y que, si las cosas se ponen serias, puede echar a rodar todo el sistema. Y nosotros no podemos hacer otra cosa que explicar el asunto y dejar que la realidad siga su curso”. A esta misma actitud de resignación se vería obligado también Engels de allí en adelante, por muchos deseos que sintiera de señalar a la humanidad europea una salida a la sangrienta maraña en que estaba metida.

El Congreso internacional que debía reunirse en Zurich en agosto de 1893 tropezó, al principio, con ciertas dificultades, como le había ocurrido también al anterior, en la fase de su convocatoria, y también ahora hubo de intervenir personalmente Engels para despejarlas. En efecto, aunque ya los sindicatos ingleses estuvieran invitados a enviar una delegación a Zurich, habían convocado para las mismas fechas otro Congreso internacional en Londres para tratar el problema de la jornada de ocho horas. Engels veía en esta rivalidad una lucha por el poder entre el proletariado continental con conciencia de clase y las *trade unions* conservadoras inglesas, que consideraban “el sistema de trabajo asalariado”, según le había dicho a Bebel el 11 de septiembre de 1892, “como una institución mundial eterna e incommovible”. Así, pues, se sentó a la mesa, escribió a Bebel, Adler y Lafargue y logró, en efecto, que los sindicatos alemanes, austríacos y franceses tomasen decisiones en virtud de las cuales los ingleses renunciaron a su congreso y mandaron representantes al de Zurich.

También en este congreso ocuparon la cúspide los debates en torno a la conducta que la socialdemocracia debería seguir en caso de guerra. Domela Nieuwenhuis volvió a hacer allí alardes de elocuencia, abogando en pro de la necesidad de negarse a tomar las armas. Pero en vano trató de invocar en apoyo de su tesis el acuerdo de un Congreso de la primera Internacional concebido en ese sentido; en vano se defendió contra la acusación de predicar una utopía, declarando que los utópicos eran, por el contrario, quienes creían poder contestar al fuego de los fusiles y los cañones con protestas sobre el papel; y en vano se burló de los que trataban de “asustar con el coco de Rusia” para hacer que la socialdemocracia alemana votara todos los gastos militares; en vano, por último, declaró que para él sería siempre preferible una guerra civil a una guerra

entre pueblos, ya que la primera se libraría, por lo menos, contra el verdadero enemigo, que era el capitalismo.

Adler y Plejanov, Turati, Liebknecht y Aveling le contestaron que su propuesta sería irrealizable en todos los países que contaban con un movimiento obrero importante y que, en estos Estados, cualquier intento de esta clase daría pie al militarismo para aplastar con mano de hierro a la socialdemocracia. "Si la huelga militar y la huelga económica", le replicó Liebknecht, "fuesen algo más que buenos deseos, si el Partido obrero socialdemócrata poseyera en Europa y en el mundo la fuerza suficiente para llevar a cabo esas huelgas, tendríamos en Europa una realidad que haría imposible por sí sola toda guerra". Y en parecidos términos se expresaba Aveling: "Si en realidad fuéramos lo bastante fuertes para llevar a cabo la huelga de las armas, haríamos algo muy diferente, pues entonces podríamos mandar el capitalismo al diablo o al cielo".

La propuesta de la delegación holandesa fue rechazada y se aprobó la resolución presentada por la delegación alemana. En ella se exhortaba a los obreros a empeñar todas sus fuerzas en la lucha contra el chovinismo y se declaraba que sólo el derrocamiento del capitalismo haría imposible las guerras. Engels había aprobado esta resolución de antemano. Sabemos ya con cuánta vehemencia enjuiciaba él la marcha de las cosas en Europa. Viniera de Rusia o de Alemania, esperaba el impulso que desencadenara el alud. Desde 1890, había anunciado diferentes veces la posibilidad de que la socialdemocracia subiera al poder en Alemania antes de terminar el siglo y hasta llegó, en alguna ocasión, a expresar la esperanza de que él pudiera vivir personalmente aquel acontecimiento.

Engels deseaba pasar algunos días en Zurich, con motivo del Congreso. Desde la derogación de la ley contra los socialistas, Bebel, Adler y otros amigos no le dejaron en paz hasta que accedió a ver por sus propios ojos qué aspecto presentaba Alemania desde que se había convertido en un poderoso Estado industrial y en la fortaleza de la socialdemocracia europea y con cuánta profundidad habían arraigado allí las ideas por las que él había luchado toda la vida.

El viaje de Engels estaba previsto para 1892, pero el recrudecimiento de las molestias de su vieja fractura le obligaron a retrasarlo. Al saberlo, el 7 de septiembre, Bebel le contestó, diciéndole que podía pasar otro año "antes de que recibiera un empujón tu prejuicio contra la Alemania de hoy". Por fin, en el verano de 1893, Engels se decidió a emprender el viaje. En la primera parte de él, lo acompañaron Luisa Kautsky y su prometido. Cuando el tren volaba hacia su tierra renana bullían en él los recuerdos de juventud y, al divisar las torres de la catedral de Colonia, dijo a sus compañeros de viaje, con los ojos arrasados de lágrimas: "¡Qué tierra tan hermosa! ¡Lástima que no sea posible vivir en ella!" En la estación de Colonia le esperaba Bebel, que ya no se separó de él en todo el viaje, primero Rin arriba, pasando por Estrasburgo y Maguncia, para entrar luego en Suiza. En aquel viaje, parece que no llegó a visitar los lugares de su infancia en el Wuppertal, que seguían viviendo en su corazón aunque estuvieran ya muy lejos de su conciencia. En Suiza, "se agazapó" por

un par de semanas en el cantón de los Grisones, donde se había dado cita con su hermano Germán. Y reapareció en Zurich ya hacia el final del Congreso.

Huelga decir con qué entusiasmo y qué pruebas de veneración fue aclamado por todos los congresistas el gran veterano de la socialdemocracia europea. Entre los delegados figuraban Labriola, Turati y otras destacadas personalidades con las que había mantenido correspondencia, pero sin haber tenido, hasta ahora, ocasión de conocerlas personalmente. Las interminables horas de sesiones no le atraían mucho. En cambio, se mostraba animoso y radiante en las fiestas y agasajos sociales organizados con motivo del Congreso. En una excursión en velero a Bendlikon le acompañaron, entre otros, Leonor Marx, Bebel, Kautsky y Labriola. A éste le habría gustado mucho acapararle. Pero Engels procuraba trazar una línea divisoria entre las horas destinadas a hablar de filosofía de la historia y aquellas en que prefería respirar una bocanada de aire fresco o tomar "una copa" en compañía de sus conmlitonos.

En casa de Axelrod, hubo de conceder audiencia a un grupo de admiradoras rusas. No tuvo más remedio —contaba— que dar un beso a tres o cuatro muchachas "de ojos maravillosos" y a Vera Sassulich, que, aunque no dotada de los mismos encantos naturales, podía alegar otros méritos. "Pero mi verdadero tesoro", escribía desde Zurich a su hermano Germán, el 16 de agosto, "es una encantadora muchacha vienesa, obrera de una fábrica, preciosa de cara y de modales muy amables, un verdadero encanto de mujer". Se refería a Adelaida Dvorak, años más tarde esposa de Popp, a la que también visitó en Viena y que, andando el tiempo, se destacaría como dirigente del movimiento femenino de Austria. "Nunca le perdonaré a Bismarck", seguía diciendo humorísticamente, en aquella carta, "que haya separado a Austria de Alemania, aunque sólo sea por las vienesas". Los congresistas hicieron una excursión en barco a Ufenau, donde el viejo Engels pudo revivir las impresiones de la primera vez que había pasado por allí camino de Italia, a los veinte años, es decir, hacía ya medio siglo. "¡Quién tuviera la suerte de luchar por sus ideas y luego descansar así de sus combates y sus esfuerzos!", había exclamado entonces, ante la tumba de Ulrico de Hutten. ¿Y acaso su propio destino no había colmado este anhelo suyo de los años juveniles? La vida le había concedido, para sembrar y cosechar sus frutos, el doble de plazo que al caballero andante de la Reforma.

Como presidente de honor del Congreso, no podía sustraerse a la tarea de clausurar personalmente sus sesiones. Cuando aquella figura, para la mayoría de ellos casi legendaria, apareció en la sala en que estaban reunidos los delegados de todos los países estalló un entusiasmo indescriptible. Pero, en su discurso, Engels se negó a aceptar aquel homenaje como dirigido a su persona. Dijo que él no era más que "un colaborador del grande hombre" al lado del cual había publicado los primeros artículos socialistas, hacía entonces exactamente cincuenta años, en los *Anales franco-alemanes* de París. "Desde las pequeñas sectas de aquel tiempo" exclamaba, "el socialismo se ha ido desarrollando desde los viejos días hasta convertirse en un formidable partido que hace temblar a todo el mundo oficial". Marx, dijo, "ha muerto, pero si hoy viviera no habría

ni en Europa ni en América un solo hombre que pudiera mirar hacia atrás con tanto orgullo, contemplando la obra de su vida”.

Si él, durante los cincuenta años que, “como compañero de luchas de Marx”, llevaba militando en el movimiento, había hecho algo por éste, no pedía nada a cambio de ello, declaró el 11 de septiembre en el hotel “A los Tres Ángeles” de Viena, adonde se trasladó con Bebel, pasando por Munich, y donde se les reunió también Vollmar. Y añadió: “Hoy, somos una gran potencia, más temible y más decisiva que todas las demás. Ello me enorgullece. No hemos vivido en vano”.

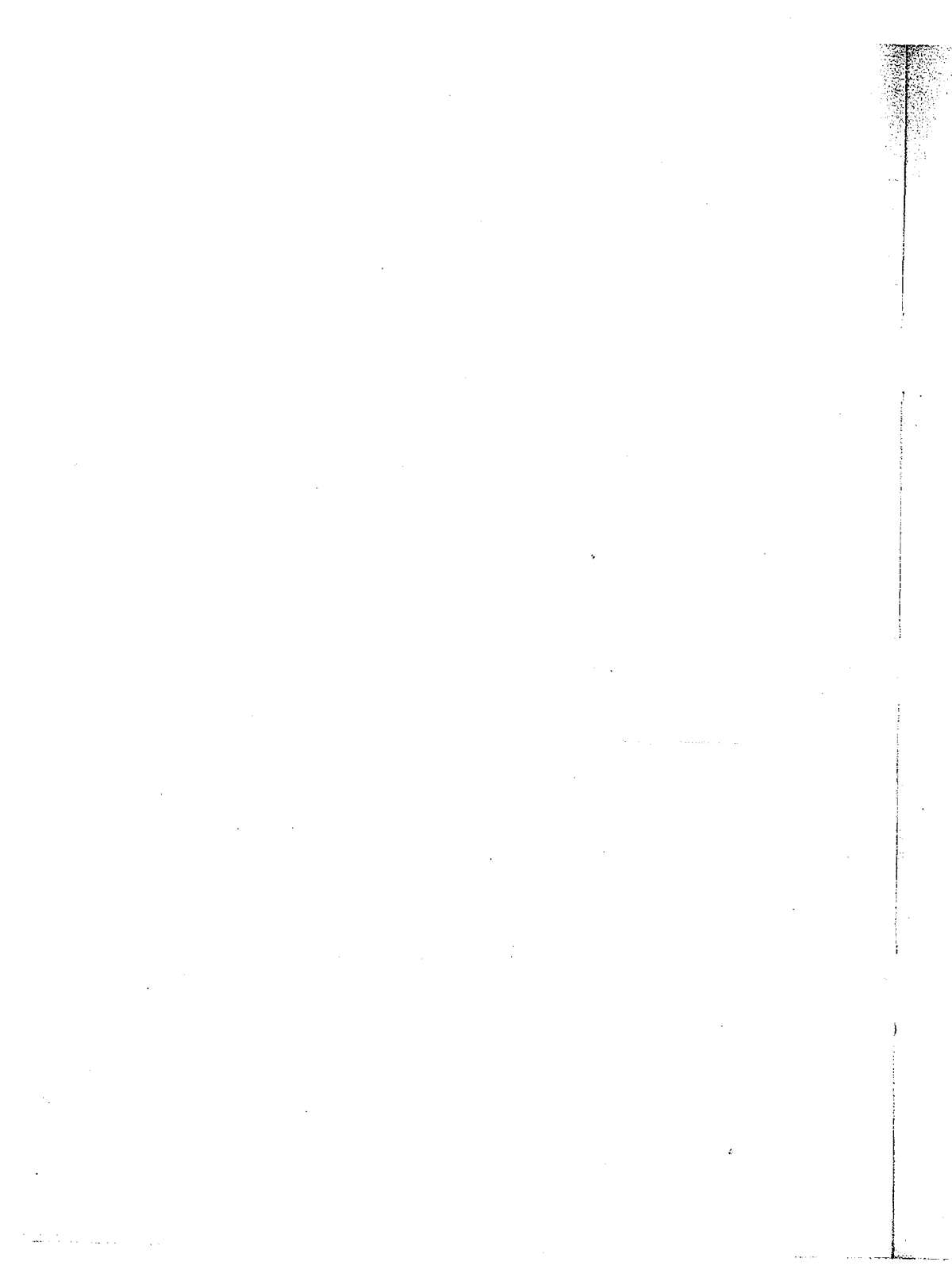
Engels no había vuelto a pisar Berlín desde los tiempos en que había servido allí en el regimiento de artillería de la Guardia y en que, en las tertulias de los “Libres”, era uno de los más encendidos revolucionarios. Y hablando a las masas que el 23 de septiembre se reunieron para escucharle en un homenaje en su honor, celebrado en la “Sala de la Concordia” de Berlín, les recordó que en aquellos tiempos Berlín era simplemente la residencia del Rey, que sólo vivía de la Corte, de la guarnición, de la nobleza y de la burocracia, mientras que ahora era la capital del partido obrero más unido, más compacto y más fuerte del mundo, que avanzaba de victoria en victoria.

Pero, aunque le encantara recordar, acompañado por Bebel, en cuya casa se alojaba, por Liebknecht y por otros amigos del partido, aquella ciudad, absolutamente nueva para él y que nunca le había gustado, se sintió muy contento al verse de nuevo en su tranquilo cuarto de trabajo de Regent's Park Road. “Han sido todos muy amables conmigo”, le escribió a Sorge el 7 de octubre, “pero estas cosas no me agradan y estoy feliz de que ya hayan pasado”. La próxima vez que vaya —decía—, procuraré asegurarme antes por escrito de “no tener que exhibirme en público”. Estaba verdaderamente asombrado del recibimiento que le habían tributado, pero prefería —eran sus palabras— dejar eso para los parlamentarios y los oradores. “A ellos, esas exhibiciones les van muy bien, pero se avienen mal con mi trabajo”.

Poco después de regresar a su casa, Engels se reintegró a sus trabajos. Volvió a poner mano, ante todo, en la tarea que llevaba más adelantada: la edición del tercer tomo de *El Capital*. Tras él, aguardaba el cuarto. Enseguida, pensaba dedicarse a reelaborar su obra sobre la *Guerra de los campesinos alemanes*, para poner de manifiesto a la luz de ella su concepción general acerca de la historia de Alemania. Y sus planes de trabajo iban todavía mucho más allá. A los setenta y tres años, no quería dejar en manos de otro la tarea de escribir la vida de su gran amigo, la biografía de Marx, ni la historia de la Asociación internacional de trabajadores. Y daba vueltas en su cabeza, asimismo, continuamente, a las exigencias que los acontecimientos del día planteaban al movimiento obrero, analizándolos a la luz de la concepción de la historia desarrollada por Marx y por él.

Comenzaba ya a proyectar sus sombras por adelantado la naciente era del imperialismo. Por primera vez se daba el caso de que un Estado asiático tomara una gran iniciativa. “Una vez más”, escribía a Kautsky el 24 de sep-

tiembre de 1894, "nos encontramos con la maravillosa ironía de la historia: China es el único país que a la producción capitalista le queda por conquistar y, mientras se dedica por fin a conquistarlo, se revela imposible en su propia patria".



CAPITULO XV

EL FINAL

Cuando Engels cumplía sus setenta años, el Consejo general del Partido obrero francés le envió un mensaje en que le decía que ojalá viviera lo bastante para ver al proletariado llegar a la tierra prometida del comunismo. ¡Qué más habría deseado Engels! Todavía el 3 de enero de 1895, en carta a un viejo amigo, cuyo nombre no ha sido posible averiguar con certeza —tal vez se tratara de Stumpf, un amigo suyo que vivía en Maguncia— habla de su esperanza “de poder contemplar desde un agujerito la llegada del nuevo siglo”. Aunque añadía: “Claro está que para el 1 de enero de 1901 estaré ya totalmente agotado, pero lo importante es que las cosas vayan hacia adelante”.

Sin embargo, el viejo luchador, que no se resignaba a dar por terminada la misión de su vida, trataba de sacar el mayor partido posible a las energías que aún le quedaban. Rappaport, el comunista francés, que hubo de visitarle varias veces en 1893, nos habla de su lozano humorismo, de su alegría, de sus modernas observaciones, de la gran vitalidad con que disenta y se expresaba y de lo erguido que caminaba, con su alta estatura. Al año siguiente, Helmut von Gerlach, que le había sido recomendado por un coronel del Estado mayor con quien Engels estaba en relaciones científicas y que, a pesar de militar en el movimiento social-cristiano, fue muy atentamente recibido por él, hablaba a sus amigos con mucho afecto de aquel “jovial renano”, “tan natural en sus modales y tan magnífico como persona”, que le había causado la impresión de un cincuentón.

Sin embargo, quienes estaban más cerca de él y le trataban más asiduamente apreciaban ya claramente en él las huellas de la vejez. Iba sintiéndose cada vez más achacoso y el Dr. Freyberger le instaba a que procurara ir adaptando un poco más su modo de vivir a sus años. “Así tiene que ser y el sentido del humor no por ello abandona”, le escribía a su hermano Germán. Procuraba pasar temporadas cada vez más frecuentes de descanso en Eastbourne, lugar que le gustaba mucho. A fines de noviembre de 1894 tuvo la alegría de ver salir de las prensas el tomo tercero de *El Capital*, cuya aparición había ido retra-

sándose, no sólo por su vista cansada y por los problemas constantes que le planteaban el partido alemán y el francés, sino también por las grandes dificultades de la tarea misma, dado el rigor con que él quería afrontarla.

No se decidía a amortiguar su ritmo de trabajo. Parece que se repuso rápidamente de un ataque de apoplejía que sufrió por aquellos días y que a Freyberger le dejó bastante preocupado. No le gustaba hablar de su salud, pero a Víctor Adler tenía que darle cuenta de ella, porque, además de su amigo íntimo, era médico. Y cuando con motivo de su último cumpleaños le recomendó que procurara ser prudente, le contestó que se dejaba "maltratar por su médico en todos los sentidos y posturas, como cumple a un viejo achacoso". Y a su amigo Sorge, que tenía su misma edad, le confesaba que se sentía animoso y con ganas de trabajar, pero que ya no podía ver con el mismo soberano desprecio de antes los dolores de estómago y los resfriados.

El día de año nuevo de 1895, escribiendo a Adelaida Popp, a la que felicitaba de muy buen humor por su casamiento, le daba las gracias por su carta de congratulación en "el cumpleaños que acabo de celebrar y que espero no será el último". El 8 de febrero creía poder asegurar que su salud era mejor hacía mucho tiempo. "Duermo mis siete horas todas las noches y trabajo con gusto". Y a su hermano le hacía saber, el 20 de marzo, que se encontraba bastante bien, más o menos acostumbrado ya al orden de su casa y también al de su estómago.

Sin embargo, Freyberger había hecho llegar a Adler, por aquel entonces, la noticia de que Engels padecía un cáncer de esófago. El paciente nunca llegó a saber que estaba herido de muerte. A comienzos de junio, informa a Danielson que no se sentía bien, pero que esperaba que aquellas molestias serían pasajeras y a fines del mismo mes comunicaba a Ricardo Fischer que todavía estaba en condiciones de trabajar algo y que no sabía durante cuánto tiempo se vería inutilizado por aquel proceso, sin duda normal a su edad, pero endemoniadamente lento. En junio, al saber que la enfermedad avanzaba rápidamente, Adler aprovechó unas vacaciones para visitar por última vez a aquel hombre a quien adoraba. Pudo convencerse, cuando le vio, de que Engels soportaba su padecimiento "con estoicismo y hasta de buen humor". Ya no podía hablar y escribía lo que quería decir, todavía con cierto humorismo, en una pizarra. Aún no se había separado Adler de él cuando el visitante se dio cuenta de que se acercaba el final. El 3 de agosto, obligado a separarse del enfermo, éste había perdido ya la conciencia, y al atardecer del día 5 se quedó tranquilamente dormido para siempre sin el menor estertor agónico.

Aunque se había podido ocultar a Engels que estaba irremisiblemente condenado a morir, nadie necesitaba decirle que su vida iba declinando. Con gran serenidad, como correspondía a la filosofía que siempre había profesado, procedió a ordenar sus últimas disposiciones. Su testamento llevaba fecha de 29 de julio de 1893, su declaración complementaria de última voluntad la de 1 de noviembre de 1894 y el codicilo final aparece fechado el 26 de julio de 1895, diez días antes de su muerte. De su considerable fortuna, dejaba un lega-

do de 20 000 marcos a Bebel y Singer "para fines electorales", ya que ésta era, según explicaba, la única forma en que, según la ley inglesa, podía incluir entre sus herederos al partido socialdemócrata alemán. "Procurad, ante todo", escribía en carta de 14 de noviembre de 1894, "que llegue a vuestras manos el dinero y, cuando lo tengáis, a ver cómo os las arregláis para que no caiga en manos de los prusianos. Una vez que hayáis logrado todo esto, bebed en recuerdo mío una botella de buen vino". El resto del dinero contante, que excedía considerablemente del que dejaba al partido, se repartió entre los descendientes de Marx, Luis Freyberger y la señora Rosher. Designó como albaceas al abogado Samuel Moore, a Luis Freyberger y a Eduardo Bernstein. Legó su biblioteca al partido alemán por intermedio de Bebel y Singer y dio a Bebel y Bernstein plenos poderes para disponer de sus papeles y escritos póstumos.

Había expresado "el resuelto deseo" de que sus restos mortales fuesen incinerados y las cenizas lanzadas al mar lo antes posible. Tal vez le llevara a tomar esta determinación la certeza de no dejar tras sí a nadie a quien pudiera sentirse unido más allá de la muerte, su profunda aversión a todo lo que fuera culto a los héroes y tal vez también su amor al mar, aquel elemento en incansante agitación que no descansaba jamás, con el que sentían cierta afinidad su propio temperamento y su concepción del mundo. Había dejado ordenado, además, que sus exequias fúnebres tuvieran un carácter estrictamente privado y que sólo asistieran a ella sus amigos personales y de los políticos, solamente quienes se contaran entre ellos. Su voluntad fue estrictamente respetada. Al darle la noticia a Juan Burns, Leonor Marx le encargó expresamente que no comunicara a nadie el día ni la hora de la ceremonia fúnebre.

Al sencillo acto celebrado ante su cuerpo, antes de ser trasladado al crematorio de Woking, en la estación Westminster Bridge del South Western Railway, sólo asistieron una ochenta personas. Del partido alemán estuvieron allí Liebknecht, Bebel, Singer y Bernstein; del partido francés, Lafargue, del belga Anseele, del holandés, van der Goes, por los rusos Vera Sassulich, Wolchowski y Stepniak, por los polacos Stanislaw Mendelsohn y por los italianos Valera. El movimiento obrero inglés estaba representado allí, aparte de Leonor Marx y Aveling, por Guillermo Thorne y Quelch y una diputada de la Liga socialista. También estaban presentes, además de Kautsky y del sastre Lessner, amigo de Engels desde los días de la Liga de los comunistas, algunos miembros de la familia Engels.

Pronunció unas palabras junto al ataúd un sobrino del muerto, quien encomió el altruismo y el cálido afecto que siempre había sentido por los suyos, tan distantes de él en cuanto a las ideas políticas. Samuel Moore habló brevemente y muy emocionado, en nombre de los amigos personales; Bebel, en nombre de la socialdemocracia austríaca, y Lafargue, por encargo del Partido obrero francés, expresando en palabras muy sentidas su gratitud hacia el "hombre de confianza internacional del proletariado con conciencia de clase de todos los países". Por su parte la Asociación comunista alemana de cultura obrera, que Engels consideraba como "la más vieja sociedad internacional" y a

la que en vida se había mantenido unido durante varias décadas, organizó el 10 de agosto una velada fúnebre, en la que, además de Lessner, que presidía el acto, habló también Bebel. Solamente los Aveling, Lessner y Bernstein acompañaron a las cenizas hasta Eastbourne y, en una barca, a unas cinco millas marítimas de Beachy Head, arrojaron la urna al mar, como Engels había pedido. Era un día otoñal, gris y lluvioso.

Al desaparecer Engels, el movimiento obrero europeo se vio obligado a crear una Oficina internacional para mantener un intercambio regular entre los partidos de los diversos países. Era la función que Engels había desempeñado mientras vivió y nadie antes que él había sentido esta necesidad, a la que durante tanto tiempo atendió personalmente. Al desempeñar este servicio podía ver proyectarse ante sus ojos, mejor que los dirigentes de los diferentes partidos, el movimiento en su conjunto y velar por que cada uno de ellos, al mismo tiempo, utilizara aquella brújula que Marx y él habían puesto en sus manos.

En su artículo de homenaje publicado en la *Gaceta obrera* de Viena, Víctor Adler llamaba a Carlos Marx "el más grande teórico de la socialdemocracia internacional" y a Federico Engels "su más grande táctico". Y fue Engels, en realidad, quien desde los años setenta hasta mediados de los noventa dirigió en los partidos obreros europeos, en ascenso o de nueva creación, la aplicación de la teoría a la práctica política. Bebel y Adler, Guesde y Lafargue, Plejanov y Axelrod, Turati y Anseele, cuando se aconsejaban de él, admiraban siempre la sagacidad con que su fecundo espíritu y su mente clara seguían en cada uno de sus países todos los cambios, todos los procesos, y cómo hasta el final de su vida se esforzó siempre y en todas partes por acomodarse tanto a los grandes lineamientos de la trayectoria común como a los factores históricos concretos.

Engels creía incommoviblemente en el triunfo final del comunismo, y si aquel intrépido cazador de zorros propendía con frecuencia a dar a los obstáculos políticos menos importancia de la que realmente les asignaban las condiciones políticas, de aquella audacia, que jamás era temeridad, nacía la confianza que su interpretación de las situaciones concretas infundía a los dirigentes y que impregnaba las consignas lanzadas, a la luz de ellas, a las masas. Es cierto que Engels tendía, a veces, a desdeñar ciertos factores que debían ser tomados en consideración. Tal vez no valoraba debidamente, en ocasiones, sobre todo, la capacidad de resistencia de las fuerzas de la estabilidad. Pero esta cualidad la compartía con la mayoría de los grandes revolucionarios de la historia y no han sido pocos tampoco los grandes mariscales que se inclinaban a no justipreciar, en muchos casos, las reservas de que aún disponía el enemigo ya acorralado. De los errores excesivamente crasos a que podía haberle llevado su vehemente optimismo le libraba su gran sentido de la realidad y el esfuerzo tan honrado que constantemente hacía para tomar en consideración todos los factores, incluso los negativos.

Nacido bajo una estrella propicia, supo siempre desarrollar tan ampliamente como pocos hombres las grandes dotes germinales que la naturaleza

había depositado en él. Las tareas que a su muerte dejó sin cumplir podían, mal o bien, ser cumplidas también por otros. Si lo medimos con un rasero muy alto, podríamos decir que fue más una personalidad fecunda y fecundadora que verdaderamente original. Cabe plantearse y muchas veces se planteará el problema de lo que su figura histórica habría llegado a ser si no se hubiese encontrado con Marx. Los primeros capítulos de esta biografía han tratado de exponer hasta dónde había llegado ya él por su propia cuenta por el camino que luego recorrerían los dos juntos.

Cuenta Lafargue que Engels le dijo un día, hablando con él: "No cabe duda de que se habría llegado, de todos modos, a comprender y desentrañar el mecanismo de la producción capitalista y a descubrir y explicar las leyes de su desarrollo, pero se habría necesitado mucho tiempo para ello y el trabajo habría quedado en estado fragmentario y chapucero. Sólo Marx era capaz de investigar todas las categorías económicas en su movimiento dialéctico, de entrelazar las fases de su desarrollo con sus causas determinantes y de reconstruir todo el edificio de la economía en un monumento teórico cuyas diferentes partes se apoyan y se basan las unas en las otras".

En estas palabras describe Engels, al mismo tiempo, lo que probablemente a él, personalmente, no le habría sido dado alcanzar. La "pereza en fait de théorie" de que se acusaba le llevaba a ver que no estaba llamado a dirigir, por sus dotes personales, un sistema económico o filosófico construido sobre sus propias bases y sostenido por argumentos teóricos como garfios de hierro. Es indiscutible que también él estaba dotado de una mirada original y genial para descubrir las concatenaciones teóricas, pero se daba por contento con captarlas intuitivamente una vez que las situaba sobre una sólida base con los ejemplos que la historia y la práctica le suministraban en gran abundancia, tan pronto como se percataba de la dirección en que se movían y, sobre todo, cuando ello le permitía llegar a las conclusiones necesarias para la acción, que era para él la coronación de la vida.

Adornado con estas dotes, Engels se convirtió realmente en el jefe del Estado mayor del movimiento proletario en el continente europeo, durante la época de su incontenible ascenso. Fue, seguramente, el primer comunista en observar que en el movimiento obrero de los distintos países de Europa se perfilaba ya en sus comienzos y en su fase inicial una tendencia social de desarrollo muy semejante y el primero que, apoyándose en esta observación, supo poner por primera vez en contacto a los sectores que, en Inglaterra, en Francia y en Alemania, luchaban por una transformación total de la historia.

El hecho de que pisara terreno firme en ramas del saber muy heterogéneas y fuese al mismo tiempo un práctico y un gran conocedor de las cosas, le dotaba de aquella amplitud de visión, exenta de todo prejuicio, que le permitía aglutinar en un gran golpe de vista planos que no están predestinados a yuxtaponerse. "Marx", dice Lafargue, "no se cansaba de admirar la universalidad del saber de Engels y aquella maravillosa elasticidad con que era capaz de pasar fácilmente de un tema a otro". Claro está que esta facilidad, que tanto admiraba

Marx en él, tenía también su lado malo. Inducía a veces a Engels, como con frecuencia le reprochaba el propio Marx, a dispersarse "simplemente por gusto" en multitud de temas, "sin pensar en trabajar para el mundo". Se revela aquí en Engels aquel rasgo tan típico de su carácter y, al mismo tiempo, tan ajeno al de Marx, que en plena revolución de 1848 le permitía disfrutar con gran fruición de la vendimia en la Borgoña o, en general, en medio de los problemas políticos más candentes y sin dejar por ello de tomarlos tan en serio como su amigo, divertirse y disfrutar de la vida en toda su extensión.

Ya hemos visto hasta qué punto podía Engels entregarse apasionadamente el trabajo científico, qué satisfacción tan grande encontraba en él y cuánto sufría, durante los años en que se veía atado a las actividades comerciales, por no disponer de esa capacidad de concentración que toda actividad intelectual creadora requiere. Y, sin embargo, Engels tampoco se engañó nunca acerca de los límites de sus capacidades. Mucho más desarrollada que la capacidad de observación, de investigación y de penetración mental se hallaba en él el don de sugerir, de sembrar, de popularizar las ideas, en el mejor sentido de la palabra. De ahí que la forma de expresión adecuada para sus energías espirituales fuese más el ensayo genial que el libro profundo y maduro. Escribía un alemán cristalino, lleno de fuerza sugeridora y poseía el don de exponer los problemas más difíciles y complicados en un lenguaje asequible al hombre común y corriente.

Marx y Engels tenían la más alta opinión el uno del otro. Ninguna otra crítica tenía para sus trabajos el valor que la del amigo. Consideraban, además, la obra de su vida como una unidad, en la que podía haber y había una división del trabajo, pero en la que todo era propiedad común de ambos. El éxito literario obtenido por cada uno de ellos era patrimonio común de los dos, al igual que las conquistas logradas en el campo político por sus ideas entre las que no era posible levantar bardas. El ajuste de cuentas con su conciencia filosófica anterior, en *La ideología alemana*, la elaboración de la teoría de la plusvalía, la proyección propagandística del *Anti-Dühring*, la redacción del tomo primero de *El Capital* o el reconocimiento tributado a Engels como especialista en cuestiones militares eran, para ellos, batallas libradas en una campaña a la que se hallaban entregados los dos. Por mucho que rebusquemos en toda la historia, no encontraremos otro ejemplo de una simbiosis tan perfecta de dos personalidades intelectuales de la misma talla.

Nada tiene de extraño el que Engels se sintiera constantemente cautivado por la ciencia de la guerra y que el propio Marx, en sus estudios económicos, recurra con tanta frecuencia a los símiles militares. Aunque ninguno de los dos llegó nunca a dirigir a grandes masas, como más tarde el más grande de sus discípulos, Lenin, ambos se sintieron a lo largo de toda su vida como una potencia beligerante. Esta potencia beligerante, formada solamente por ellos dos, aunque se sintieran, ciertamente, vinculados con la futura marcha del mundo, no estaba dispuesta a sellar la paz antes de que rindieran las armas ante ella todas las grandes potencias políticas y sociales de su tiempo. Y, al morir Engels, se

puso de manifiesto la perspicacia con que sus adversarios más jurados se daban cuenta de la peligrosidad de aquel enemigo mortal. Por aquellos días escribió *El correo*, vocero del barón de Stumm, el conocido magnate de la industria pesada del Sarre, durante algún tiempo consejero de Guillermo II en cuestiones sociales, que mucho menos peligrosos eran para el pueblo los seductores que proclamaban la anarquía como fin en sí, que era lo que hacía el ruso Bakunin, que quienes nos tratarían de ir minando lentamente el orden social existente so pretexto de crear algo nuevo y mejor. "Pues bien, un espíritu que había hecho de esta guerra de destrucción de todo el orden, la disciplina y las costumbres existentes la meta y la obra de su vida" era, según la citada publicación, "el socialista Engels, muerto el lunes pasado".

También los partidos socialistas del mundo entero tuvieron la sensación de la pérdida que para ellos representaba la muerte de Engels. El jefe del partido belga Vandervelde, por aquel entonces muy joven todavía y que más tarde sería presidente de la segunda Internacional, en un artículo dedicado a la muerte del patriarca, recordaba la impresión que en 1893 había experimentado en Zurich, cuando Engels se presentó en la sala de sesiones de aquel Congreso. "Estaba a punto de clausurarse el Congreso y las últimas votaciones se llevaban a un ritmo febril. De pronto, un nombre brotó en todos los labios. Acababa de entrar en la sala Federico Engels, quien subió a la tribuna entre una clamorosa ovación y estruendosas aclamaciones. Y, después de haberle oído hablar en las tres lenguas oficiales del Congreso de las luchas del pasado, los éxitos del presente y las ilimitadas esperanzas del futuro, era como si de pronto un rayo de sol hubiera despejado todas las nieblas. La unidad espiritual del socialismo lucía como el radiante sol del mediodía, saliendo de entre las características nacionales de cada pueblo y todos los allí reunidos aclamaban jubilosos las palabras con que Engels clausuraba el Congreso como en otro tiempo el texto del *Manifiesto comunista*: ¡Proletarios de todos los países, uníos!"

Engels aparece enlazado, en su primera etapa, a un movimiento cuya importancia para la historia del mundo nadie puede discutir y contribuyó a crear la concepción de la historia que ve en este movimiento el exponente de un nuevo y poderoso auge de la humanidad. Y no sólo lo hizo posible, sino que se convirtió para él en un deber el ayudar a infundir a este movimiento el espíritu que a él mismo le animaba. La larga extensión de su vida le permitiría, además, vivir y, al mismo tiempo, alentar el desarrollo y el florecimiento del movimiento obrero y contribuir decisivamente a que marchara realmente por los caminos que correspondían a su concepción dialéctica acerca de la nueva época de la historia del mundo. Y a la esencia misma de esta concepción, lo mismo que a su propio temperamento entusiasta y seguro de sí mismo se debe el que jamás le asaltaran dudas acerca de la verdad y la firmeza de su convicción. Para él, nunca empañó la más leve duda el convencimiento pleno de que la lucha del proletariado por su emancipación debía discurrir con inmanente necesidad por aquel derrotero y de que a través de él, y solamente por él, llegaría la marcha de la historia, sin inútiles rodeos, al viraje secular que haría desaparecer para siempre

la división de la sociedad en clases, que él consideraba como la gran maldición que pesa sobre la humanidad moderna.

Y tuvo, asimismo, la suerte de que el último período de su vida coincidiera con una época en la que, después de vencer obstinadas resistencias, entraran en una etapa de poderosa difusión su concepción de la historia y el movimiento social y político, del que estaba seguro que representaba la realización de lo que Hegel había llamado el "espíritu universal". Y ello le permitió, en horas de gran optimismo, ver ya muy cerca la victoria, tan cerca que llegó a creer que él mismo alcanzaría todavía a vivirla. Al cumplirse sus setenta años, Eduardo Vaillant lo comparaba al Moisés que condujo a su pueblo desde el desierto a la tierra prometida, comparación que tal vez habría aceptado Engels para él y para Marx juntos, pero jamás para su persona exclusivamente.

Pero la mayor de las dichas para esta personalidad histórica, a quien el destino trató con especial benevolencia, tal vez fuera la de no haber alcanzado ya a vivir la hora de la gran decepción, aquella en que se puso de manifiesto que la meta atisbada por él como algo muy cercano se hallaba todavía muy lejos, y que, a pesar de todo, había estado más cerca de la realidad su antípoda Domela Nieuwenhuis al enjuiciar los acontecimientos históricos que en los últimos años de su vida le parecían una pesadilla, pero que, con su optimismo de siempre, creía, sin embargo, que habrían de transcurrir favorablemente.

Como recordaremos, Engels había confiado siempre en que los proletarios de las diferentes naciones de Europa jamás llegarían a consentir que se convirtiera en realidad aquella trágica situación que el coautor del *Manifiesto comunista* consideraba como la más sangrienta burla contra el llamamiento con que, haciendo estremecerse al mundo, terminaba aquel histórico documento. Y tampoco llegó nunca a creer que de la simiente de sangre de la guerra mundial llegara un día a brotar en las filas del proletariado una discordia capaz de paralizar el movimiento con el que su personalidad había llegado a fundirse ya en vida indisolublemente. Desde que en el movimiento obrero socialista de Europa existen dos corrientes hostiles, cada una de ellas reclama para sí, como suyo, el nombre y la personalidad de Federico Engels. No cabe duda de que él no fue nunca un hombre que se contentara con reformas lentas y parciales, pues era un revolucionario de cuerpo entero. Pero "el gran táctico del socialismo" sabía también, porque conocía profundamente la historia, que toda lucha tiene que valerse de las armas que los combatientes tienen a su alcance y que ningún hombre ni ningún pueblo pueden tratar de imponer a otro, esquemáticamente, sus propias experiencias.

Engels había predicho que, si la guerra, que él no creía inevitable, llegaba a estallar, a pesar de todo, se extendería por toda Europa una oleada de nacionalismo, que podría demorar por algunas décadas la victoria del movimiento obrero socialista. Si hoy resucitara, tal vez creería que era ésta precisamente la época que estamos viviendo. Pero se aferraría también, con la misma fuerza inmovible que a lo largo de toda su vida, a la convicción de que se trata solamente de un alto en el camino, y no, ni mucho menos, del final de la gran

marcha histórica que, con toda seguridad, conduce a la historia del mundo hacia la realización de la sociedad sin clases y del pleno desarrollo del hombre. Y, mientras el espíritu universal no haya fallado definitivamente acerca de la exactitud o la falsedad de esta concepción, Engels seguirá siendo una fuerza viva y perdurable del gran acontecer histórico.

CRONOLOGIA

- 1820 28. noviembre Nace Friedrich Engels en Barmen, hijo de un fabricante de algodón, Friedrich Engels, y de su esposa, Elisabeth van Haar.
- 1830 27/29. julio Revolución de Julio en Francia.
- 1834 Octubre Engels ingresa en el Instituto de Elberfelder.
- 1836 En París se funda la Liga de los Justos, formada por trabajadores artesanos. Es la primera organización política de los trabajadores alemanes.
- 1837 15. septiembre Engels abandona los estudios presionado por su padre e inicia los cursos para obtener el título de perito mercantil.
- 1838 Mediados julio Engels viaja a Bremen para continuar y ampliar su formación mercantil.
- 1839 Marzo/abril Engels publica en el *Telegraph für Deutschland*, de Hamburgo, su escrito anónimo "Briefe aus dem Wuppertal", y publica sus primeros artículos hasta finales de 1841. Sus siguientes trabajos aparecerán con el seudónimo de Friedrich Oswald.
- Mayo/diciembre de 1841 Aparecen en distintas revistas literarias, reseñas de Engels.
- 1840 7. julio Subida al trono de Prusia de Guillermo Federico IV.
- 1841 Finales marzo Engels abandona Bremen y regresa a Barmen.
- Finales septiembre Engels marcha a Berlín a cumplir el servicio militar. Visita las clases de la universidad y toma contacto con el círculo de los jóvenes hegelianos. Publica un artículo y dos folletos en contra de la filosofía de Schelling.
- 1842 12. abril/diciembre Engels colabora en la *Gaceta Renana*.
- Principios octubre Abandona Berlín y regresa a Barmen.
- 2.ª semana noviembre Marcha a Inglaterra para completar su formación mercantil en la fábrica de hilos de su padre. En Colonia visita la redacción de la *Gaceta Renana*, donde se encuentra por vez primera con Carlos Marx.
- Diciembre/agosto de 1844 Engels estudia las relaciones socio-políticas en Inglaterra, los escritos de los economistas clásicos, de la economía vulgar y de los socialistas utópicos.
- 1843 Comienza la vida en común con Mary Burns, trabajadora irlandesa.
- Entre mayo y junio Establece contacto en Londres con la dirección de la Liga de los Justos, donde conoce a Heinrich Bauer, Joseph Moll y Karl Schapper.
- Otoño Colabora en el periódico cartista *The Northern Star* y también en el semanario socialista-utópico *The New Moral World*. Comienza la amistad con los dirigentes cartistas George Harney y Georg Weerth.
- 1844 Finales febrero En París aparece el primer número de los *Anales franco-alemanes*, donde Engels, entre otras cosas, escribe *Esbozo crítico de la economía nacional*.
- 4/6 junio Levantamiento de los tejedores de Silesia.

- 28 agosto Engels aprovecha su viaje de Inglaterra a Alemania para pasar diez días en París, donde visita a Marx. Comienzo de su amistad y del trabajo en común.
- 6 septiembre Engels viaja de París a Barmen.
- 2.^a semana septiembre/marzo de 1845 Trabaja, en Barmen, en su libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, y establece contacto en la región del Rhin con socialistas y demócratas.
- 1845 3 febrero Marx, expulsado de París, viaja a Bruselas.
- 8 y 15 febrero Engels da dos charlas en la asamblea de Eiberfeld.
- Finales febrero La primera obra en común de Marx y Engels, *La Sagrada Familia o la crítica de la crítica crítica*, aparece en Francfort del Meno.
- Mediados abril Engels llega a Bruselas.
- Finales mayo Aparece en Leipzig la obra de Engels *La situación de la clase obrera en Inglaterra*.
- Mediados julio/agosto Marx y Engels hacen un viaje de estudios, por espacio de 6 semanas, de Londres a Manchester.
- 1846 Febrero Marx y Engels fundan en Bruselas el "Comité de correspondencia comunista".
- Finales abril Marx y Engels hacen amistad con Wilhelm Wolffs.
- Mayo Marx y Engels terminan la parte principal de su obra *La ideología alemana*, que no llega a imprimirse en Alemania por falta de editor.
- 15 agosto Engels se traslada a París en representación del "Comité de correspondencia comunista" de Bruselas.
- Otoño Engels empieza a propagar, en asambleas de trabajadores alemanes residentes en París, a través de la Liga de los Justos, las ideas del comunismo científico.
- 1847 Enero/abril Engels publica como complemento a *La ideología alemana* el trabajo *Los verdaderos socialistas*.
- Finales enero Marx y Engels entran a formar parte de la Liga de los Justos.
- 11 abril Reunión de la Dieta Confederada de Prusia, en Berlín.
- Abril/mayo En numerosos lugares de Alemania se desatan revueltas y huelgas a causa de las malas cosechas.
- Comienzos junio Engels participa en el primer congreso de la Liga de los Comunistas, en Londres.
- Principios julio El libro de Marx *Miseria de la Filosofía*, réplica a Proudhon por su *Filosofía de la miseria*, aparece en francés en Bruselas.
- Finales julio Engels viaja a Bruselas a ver a Marx.
- Finales agosto Marx y Engels organizan en Bruselas la Asociación Alemana de Trabajadores.
- Septiembre/febrero de 1848 Engels colabora en el periódico radical-revolucionario *La Gaceta alemana de Bruselas*.
- 27 septiembre Engels participa en el banquete internacional de los demócratas en Bruselas, donde se funda la Asociación Democrática.
- Mediados de octubre Engels marcha de Bruselas a París.
- Finales octubre/noviembre Redacta, por encargo de los miembros en París de la Liga de los Comunistas, los *Principios del comunismo*.
- 29 noviembre/8 diciembre Marx y Engels participan en el segundo congreso de la Liga de los Comunistas, en Londres. Se les encarga que redacten el programa de la Liga.

- 1848 31 enero Engels, expulsado de París, llega a Bruselas.
 22 febrero Estalla la revolución en Francia.
 24 febrero aprox. El *Manifiesto del Partido Comunista*, programa de la Liga de los Comunistas, aparece en Londres.
 4 marzo Marx es expulsado de Bélgica y llega a París con su familia el 5 de marzo.
 11 marzo El comité central de la Liga de los Comunistas en París, que dirige Marx, elige a Engels como miembro.
 13 marzo Estalla la revolución en Viena.
 18/19 marzo Luchas y barricadas callejeras en Berlín.
 21 marzo Engels llega a París.
 Entre 21/29 marzo Marx y Engels redactan en forma de octavilla, "Las peticiones del Partido Comunista Alemán".
 6 abril aprox. Marx y Engels abandonan París y llegan a Colonia el 11 de abril, después de pasar un par de días en Mainz, donde se hacen los preparativos para publicar la *Nueva Gaceta Renana*.
 15 abril Engels viaja a Barmen y a otros lugares de Renania.
 18 mayo Se reúne la Asamblea Nacional de Alemania en la Iglesia de San Pablo, en Francfort.
 20 mayo Engels vuelve a Colonia.
 22 mayo Reunión de la Asamblea Constitucional prusiana en Berlín.
 31 mayo Aparece el primer número de la *Nueva Gaceta Renana*, con fecha 1.º de junio. Marx como redactor jefe y Engels como vicerredactor jefe.
 14 junio Asalto al arsenal de Berlín.
 23/26 junio Levantamiento de los trabajadores de París, seguido de una sangrienta represión.
 Después 26 septiembre Engels tiene que abandonar Colonia, amenazado de prisión. Llega a Bruselas, pasando por Verviers y Lüttich, y de allí pasa por Francia para esconderse en Suiza.
 6/31 octubre Levantamiento revolucionario del pueblo vienés. Victoria de la contrarrevolución.
 8 noviembre Comienza la contrarrevolución en Prusia.
 1849 Medios enero Engels regresa de Suiza, donde participa activamente en la Asociación de Trabajadores, de Colonia.
 7 febrero Engels es absuelto en el proceso a los redactores de la *Nueva Gaceta Renana*.
 28 marzo La Asamblea Nacional, reunida en Francfort, aprueba la constitución alemana.
 Principios mayo Empieza el levantamiento armado en Dresde y otras regiones de Alemania (Baden, Palatinado, Renania) para defender la constitución.
 10/16 mayo Engels viaja, pasando por Solingen, a la insurrecta Elberfeld, y participa activamente en la construcción de las barricadas contra las tropas contrarrevolucionarias.
 18 mayo El último número de la *Nueva Gaceta Renana* aparece con fecha 19 de mayo.
 19 mayo Marx y Engels viajan, desde Colonia, pasando por Francfort, al suroeste de Alemania.
 3 junio aprox. Marx viaja a París por encargo del Consejo Central Democrático del Palatinado.

- 13 junio/12 julio Engels lucha en el levantamiento del Palatinado y Baden, en las escuadras de Willich.
- Mediados julio/
principios octubre Engels permanece en Suiza.
- 26 agosto Marx llega a Londres expulsado de París.
- 6 octubre Engels viaja en barco de Génova a Inglaterra.
- 10 noviembre aprox. Engels llega a Londres y es admitido en el comité central de la Liga de los Comunistas. Juega un papel muy importante en su reorganización y en la preparación de la edición de un nuevo órgano de prensa.
- 1850 6 marzo/29 noviembre En Hamburgo se publica de nuevo, por iniciativa de Marx y Engels, la *Nueva Gaceta Renana. Revista político-económica*, de la que aparecerán seis números.
- Finales marzo Marx y Engels redactan la "Alocución de marzo de 1850 del comité central a la Asociación."
- Principios junio Marx y Engels redactan la "Alocución de junio de 1850 del comité central a la Asociación".
- Mediados noviembre Engels se traslada a Manchester y trabaja en la firma "Ermen y Engels". Comienza el intercambio continuo de correspondencia con Marx.
- Finales noviembre Engels inicia en Manchester un estudio sistemático de la disciplina militar.
- Finales diciembre Engels comienza el estudio del idioma ruso.
- 1851 Mayo Encarcelamiento de los miembros de dirección de la Liga de los Comunistas en Colonia.
- Otoño/primavera de 1852 Engels toma una parte de la corresponsalía de Marx para el *New York Daily Tribune*, y empieza una serie de artículos sobre la *Revolución y Contrarrevolución en Alemania*.
- De octubre a 1852 Engels continúa sus estudios de lenguas eslavas, tomando un interés especial por conocer la historia y literatura de esos pueblos. Engels apoya al líder cartista Ernesto Jones, y colabora en la revista publicada por éste, *Notes to the People*.
- 2 diciembre Golpe de estado de Luis Napoleón.
- 1852 4 octubre/12 noviembre Proceso contra los detenidos de la Liga de los Comunistas, en Colonia.
- 17 noviembre El círculo de Londres de la Liga de los Comunistas, a propuesta de Marx, declara disuelta la Asociación en Inglaterra y también en el continente.
- 1853 Mayo/junio Engels estudia la historia de los países de Oriente y aprende el idioma persa.
- Septiembre Wilhelm Wolf se traslada de Londres a Manchester.
- 4 octubre/ Estalla la guerra entre Rusia y Turquía (guerra de Crimea).
- 30 marzo de 1856 Engels publica artículos sobre la guerra de Crimea y sobre otros acontecimientos internacionales en el *New York Daily Tribune* y en el *Neuen Oder-Zeitung*.
- Mayo Viaja con Mary Burns por Irlanda.
- 30 julio Georg Weerth muere en La Habana.
- 1857 Agosto/noviembre Colaboración en la *New American Cyclopaedia* publicada en Nueva York.
- de 1860
- 1858 Engels se dedica al estudio de las ciencias naturales.

- 1859 Abril El trabajo de Engels *El Po y el Rinf* aparece anónimo en Berlín.
- 29 abril/ 10 noviembre Guerra de Francia e Italia contra Austria.
- Mayo/agosto Marx y Engels trabajan en el diario *Volk* ("Pueblo"), que aparece en Londres.
- 11 junio El escrito de Marx *Crítica de la economía política. Primera parte* aparece en Berlín.
- 6 y 20 agosto Engels publica una reseña sobre la *Crítica de la economía política*, de Marx, en el *Volk*.
- 1860 23 marzo/6 abril Engels permanece en Barmen por la muerte de su padre.
- Abril El trabajo de Engels *Saboya, Niza y el Rin* aparece anónimo en Berlín.
- 12/25 mayo aprox. Engels visita a su madre, muy enferma, en Barmen.
- De otoño a 1861 Engels redacta trabajos de temas militares para el *Allgemeine Militär-Zeitung* de Darmstadt, y para el *The Volunteer Journal for Lancashire and Cheshire*.
- 1861 Abril/abril de 1865 Guerra de Secesión en los Estados Unidos. Engels escribe artículos sobre la guerra civil norteamericana en el *New-York Daily Tribune* y en *Presse*, de Viena.
- 1862 24 septiembre Bismarck es nombrado primer ministro de Prusia.
- 1863 6 enero Mary Burns, compañera inseparable de Engels, muere en Manchester.
- 22 enero/ Levantamiento en el reino de Polonia contra sus ocupantes, la
- abril de 1864 Rusia zarista. Marx y Engels preparan un trabajo sobre la lucha de liberación nacional del pueblo polaco, pero queda sin terminar.
- 23 mayo Se funda la Asociación General de los Trabajadores Alemanes, en Leipzig. Fernando Lasalle es elegido presidente de la Asociación.
- 1864 1 febrero/1 agosto Guerra de Prusia y Austria contra Dinamarca.
- 9 mayo Muere Wilhelm Wolf en Manchester.
- 1 julio Engels se hace copropietario de la firma "Ermen y Engels".
- 10 septiembre/ Engels hace un viaje por Silesia.
- mediados octubre
- 28 septiembre Se prepara la reunión fundacional de la Asociación Internacional de Trabajadores, en St. Martin's Hall, en Londres.
- 24 noviembre aprox. El saludo de inauguración y los estatutos provisionales de la Asociación Internacional de Trabajadores, que fueron redactados por Marx, aparecen en forma de folleto en Londres.
- Finales 1864/ Marx y Engels colaboran en el periódico *Social-Demokrat*.
- febrero de 1865
- 1865 Finales febrero El trabajo de Engels *La cuestión militar prusiana y el Partido Alemán de los Trabajadores* aparece en Hamburgo.
- 1866 16 junio/26 julio Guerra entre Prusia y Austria.
- 20 junio/6 julio Engels publica en el diario *The Manchester Guardian* una serie de artículos sobre la guerra austro-prusiana.
- 3/8 septiembre Congreso de la Asociación Internacional de Trabajadores, en Ginebra.
- 1867 5 julio Engels viaja a Suecia, Dinamarca y Alemania. En Hannover visita a Ludwig Kugelmann.

- 2/8 septiembre Congreso de la Asociación Internacional de Trabajadores en Lausanne.
- 14 septiembre El primer tomo de *El Capital* aparece en Hamburgo.
- Octubre/julio de 1868 Engels publica varias reseñas sobre el primer tomo de *El Capital* en diferentes periódicos burgueses, demócratas y liberales, y también en la prensa obrera.
- 1868 Abril Engels redacta un resumen de *El Capital*.
- 5/7 septiembre Reunión de la Asociación de las Organizaciones Laborales Alemanas, en Nurenberg. La Asociación declara su integración, por iniciativa de Augusto Bebel y Wilhelm Liebknecht, a la corriente de la Asociación Internacional de Trabajadores.
- 6/13 septiembre Congreso de la Asociación Internacional de Trabajadores, en Bruselas.
- 1869 26 enero Ernest Jones muere en Manchester.
- 30 junio Engels termina con su trabajo como socio de la empresa "Ermen y Engels".
- 7/9 agosto Congreso de fundación del Partido Obrero Socialdemócrata de Alemania, en Eisenach.
- 6/11 septiembre Congreso de la Asociación Internacional de Trabajadores, en Basilea.
- 6/23 septiembre Engels viaja con su segunda mujer, Lizzy Burns, y con la hija menor de Marx, Eleanor, por Irlanda.
- 2 octubre El primer número del *Volkstaat*, órgano del partido socialdemócrata (de Eisenach) aparece en Leipzig. Marx y Engels son colaboradores del periódico.
- 1870 22 abril Nace Vladimir Ilich Uliánov (Lenin).
- Mayo/mediados julio Engels trabaja en una extensa exposición de la historia irlandesa, pero queda en fragmentos.
- 19 julio Estallido de la guerra franco-alemana.
- 29 julio/ Publicación de 59 artículos sobre la guerra franco-alemana en la *Pall Mall Gazette*.
- 18 febrero de 1871 Batalla de Sedán. Derrota de las tropas francesas.
- 1/2 septiembre Engels se traslada con su mujer a Londres.
- 20 septiembre aprox. Engels es elegido miembro del consejo general de la Asociación Internacional de Trabajadores. Realiza las funciones de secretario encargado para las relaciones con Bélgica, Italia, España, Portugal y Dinamarca, y de miembro del comité de finanzas.
- 4 octubre
- Mayo/mediados julio
- 1871 18 de enero Proclamación del Imperio alemán en Versalles.
- 18 de marzo/ La Comuna de París.
- 28 de mayo
- 30 de mayo El artículo de Marx *La Guerra Civil en Francia* es aceptado unánimemente por el consejo general de la Asociación Internacional de Trabajadores.
- Mediados de junio/ Engels traduce *La Guerra Civil en Francia*, del inglés al alemán, para su publicación en el *Volkstaat*.
- mediados de julio
- 17/23 septiembre Conferencia de la Asociación Internacional de Trabajadores, en Londres, bajo la dirección de Marx y Engels.
- 1872 Finales mayo La circular redactada por Marx y Engels sobre "La supuesta división en la Internacional" se hace pública en Ginebra.

- 26 junio/
22 febrero de 1873 El trabajo de Engels *Contribución al problema de la vivienda* aparece en una serie de tres artículos en el *Volkstaat*, y se edita en publicación aparte en Leipzig.
- 1/mediados septiembre Marx y Engels asisten en La Haya al Congreso de la Asociación Internacional de Trabajadores.
- 6 septiembre Los participantes al congreso en La Haya acuerdan trasladar la sede del consejo general a Nueva York.
- 1873 Finales mayo Engels elabora el primer borrador de su *Dialéctica de la Naturaleza*, en la que trabajará hasta 1883 con interrupciones.
- Finales octubre Muerte de la madre de Engels.
- 1874 Junio/mayo de 1875 Engels publica una serie de artículos sobre "Literatura en el exilio" en el *Volkstaat*.
- 1875 18/28 marzo Engels expone en una carta a Augusto Bebel su posición respecto al proyecto de programa del Partido Obrero Alemán.
- 5 mayo Marx envía sus *Glosas marginales al Programa del Partido Obrero Alemán* a Wilhelm Bracke para que éste las transmita a Ignacio Auer, Augusto Bebel, Augusto Geib y Wilhelm Liebknecht.
- 22/27 mayo Congreso en Gotha. Fundación del Partido Socialista Obrero de Alemania.
- 1876 Mayo/junio de 1878 Engels trabaja en la obra *La Transformación de la Ciencia por el señor Dühring* (conocida como el *Anti-Dühring*). Aparece como una serie de artículos, a partir de enero hasta diciembre de 1877 y desde mayo hasta julio de 1878, en el *Vorwärts* (Adelante) y como libro en 1878, en Leipzig.
- 1877 24 abril/
3 marzo de 1878 Guerra ruso-turca.
- 1878 12 septiembre Lizzy Burns muere en Londres.
- 19 octubre En la Dieta alemana se aprueba la "Ley contra el peligro público de las tendencias de la socialdemocracia".
- 1879 17/18 septiembre Engels, en trabajo conjunto con Marx, escribe la *Carta Circular* a Augusto Bebel, Wilhelm Liebknecht y Wilhelm Bracke, entre otros.
- 28 septiembre El primer número del órgano central de la socialdemocracia alemana, *Sozialdemokrat*, que lucha en la ilegalidad, aparece en Zurich; Marx y Engels pasan a ser colaboradores del mismo.
- 1880 Principios mayo Engels y Marx deliberan en Londres con Julio Guesde y Paul Lafargue sobre el programa del Partido francés de los trabajadores.
- Verano Aparece en París el folleto de Engels *Del socialismo utópico al socialismo científico*.
- 20/23 agosto Congreso ilegal del Partido Socialista Obrero de Alemania en Wyden (Suiza).
- 9/16 diciembre aprox. Augusto Bebel, acompañado de Eduardo Bernstein, visita por primera vez a Marx y Engels en Londres.
- 1881 Mayo/agosto Engels publica varios editoriales en el periódico *The Labour Standard*.
- 2 diciembre Jenny, la mujer de Marx, muere en Londres.
- 1883 14 marzo Marx muere en Londres.

- 17 marzo
Engels pronuncia el homenaje póstumo.
- 7 noviembre
Engels escribe el prefacio para la tercera edición del primer tomo de *El Capital*, después de terminar las correcciones que Marx dejó inconclusas.
- 1884 Principios octubre
Aparece en Zurich la obra de Engels *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*.
- Octubre
Aparece en Zurich la edición, preparada por Engels, de los artículos de Marx agrupados bajo el título *Trabajo asalariado y capital*.
- 1885 Enero
Aparece en Stuttgart la primera edición alemana de la obra de Marx *La Miseria de la filosofía*, con un prefacio de Engels.
- Principios julio
Aparece en Hamburgo el segundo tomo de *El Capital* preparado por Engels y con un prefacio suyo.
- Octubre
El trabajo de Engels *Contribución a la historia de la Liga de los comunistas* aparece como prefacio a la tercera edición alemana de la obra de Marx *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas en Colonia*.
- 1886 Abril/mayo
Engels publica en el *Neuen Zeit* la obra *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, que en 1888 aparece en Stuttgart como nueva edición corregida. A esta edición le añade Engels, como apéndice, las tesis de Marx sobre Feuerbach.
- Abril
El ensayo de Engels "Sobre la historia de los campesinos prusianos" aparece como introducción a la publicación, promovida por él en Zurich, de la obra de Wilhelm Wolff *La millonaria silesiana*.
- 7 diciembre
Juan Felipe Becker muere en Ginebra. Engels publica en el *Sozialdemokrat* una nota necrológica.
- 1887 Principios enero
La traducción inglesa del primer tomo de *El Capital* se publica en Londres.
- Mayo
La obra de Engels *La situación de la clase obrera en Inglaterra* aparece en Nueva York.
- 1888 Enero/mayo
Engels trabaja en el folleto *El papel de la violencia en la historia*, que queda inconcluso.
- Junio
La introducción de Engels al folleto de Borkheim *En recuerdo de los patriotas alemanes asesinados. 1806-1807* aparece en edición separada en Zurich.
- 8 agosto/
29 septiembre
Engels viaja con Eleanor Marx-Aveling, Eduardo Aveling y Carlos Schorlemmer a los Estados Unidos y a Canadá.
- 1889 Enero/mayo
Engels colabora en la preparación del Congreso internacional de los trabajadores socialistas, en París.
- 14 julio
Apertura del Congreso internacional de los trabajadores socialistas, en París, en el cual se funda la Segunda Internacional.
- 1890 Febrero/agosto
El trabajo de Engels "La política exterior del Zarismo ruso" aparece en la revista rusa *Social-Democrat*, y en idioma alemán en el *Neuen Zeit*, en abril y mayo.
- 4 mayo
Engels participa en la manifestación del 1.º de Mayo, en Londres.
- 1/26 julio
Engels viaja con Carlos Schorlemmer a Noruega.
- 30 septiembre
Abolición de la ley antisocialista aprobada por la Dieta alemana en 1878.

- 11/12 octubre Congreso del Partido de los Trabajadores de Francia, en Lille.
- 12/18 octubre Congreso del Partido Socialdemócrata de Alemania, en Halle.
- 4 noviembre Helene Demuth, que desde la muerte de Marx se encargó de llevar la economía doméstica de Engels, muere en Londres.
- 28 noviembre Al cumplir Engels 70 años recibe los saludos de los partidos y organizaciones de trabajadores de muchos países.
- 1891 Enero Publica en el *Neuen Zeit*, provistas de un prefacio, las *Glosas marginales al Programa del Partido Obrero Alemán*, de Marx.
- Marzo *La guerra civil en Francia*, de Marx, aparece con una introducción de Engels para el 20 aniversario de la Comuna, en Berlín.
- 18/29 junio Engels envía su "Crítica del proyecto de programa socialdemócrata" a la dirección del partido, en preparación del congreso de Erfurt.
- 16/22 agosto Segundo congreso internacional de los trabajadores socialistas, en Bruselas.
- 8/20 octubre aprox. Engels viaja con Luisa Kautsky y Mary Ellen Rosher a Irlanda y Escocia.
- 14/20 octubre Congreso del Partido Socialdemócrata de Alemania en Erfurt.
- Principios diciembre El artículo de Engels "El Socialismo en Alemania" aparece en *Almanach du parti ouvrier pour 1892*, y en enero de 1892 en idioma alemán en el *Neuen Zeit*.
- 1892 20 abril Engels escribe, para la edición inglesa de su folleto *Del socialismo utópico al socialismo científico*, una introducción detallada que luego también aparece en idioma alemán en el *Neuen Zeit* y es, además, traducida a otros idiomas.
- 14 mayo aprox. Engels polemiza con Bebel, en Londres, sobre los problemas del movimiento obrero internacional.
- 27 junio Carlos Schorlemmer muere en Manchester. Engels asiste al entierro.
- Noviembre Publica una breve biografía de Carlos Marx en el *Diccionario manual de ciencias políticas*.
- 1893 13/14 enero Fundación del Partido Laborista Independiente en Bradford (Inglaterra).
- 1/20 marzo Engels publica la serie de Artículos "¿Puede ir Europa al desarme?" en el *Vorwärts*, en Berlín. También aparecen luego en edición separada.
- 24 abril Asiste, en Manchester, al entierro de su amigo el médico Eduardo Gumpert.
- 1 agosto/
29 septiembre Viaja a Alemania, Suiza y Austria.
- 12 agosto Participa en la última sesión del Congreso internacional de los trabajadores socialistas, en Zurich, y pronuncia el discurso de clausura en inglés, francés y alemán.
- 14 septiembre Engels habla en una asamblea socialdemócrata en Berlín.
- 1894 14/16 septiembre Doceavo congreso del Partido de los Trabajadores francés.
- Finales septiembre/
principios octubre El trabajo de Engels *Historia del cristianismo antiguo* aparece en el *Neuen Zeit*.
- 21/27 octubre Congreso del Partido Socialdemócrata Alemán en Francfort.
- Finales noviembre El trabajo de Engels *La cuestión campesina en Francia y Alemania* aparece en el *Neuen Zeit*.

Principios diciembre	El tercer tomo de <i>El Capital</i> , preparado para la impresión por Engels aparece con un prólogo suyo en Hamburgo.
1895 Enero	Engels comienza a preparar la edición completa de las obras de Marx y de las suyas propias.
14 febrero/ 6 marzo	Engels escribe la introducción para la edición de <i>La lucha de clases en Francia 1848-1850</i> , de Marx.
Principios abril	Engels empieza a preparar el cuarto tomo de <i>El Capital</i> para la imprenta.
Mediados junio/ 24 julio	Engels permanece por última vez en Eastbourne, donde le visitan Eleanor Marx Aveling, Laura Lafargue, Eduardo Aveling, Victor Adler y otros.
5 agosto	Engels muere en Londres.
27 agosto	Las cenizas de Engels son arrojadas al mar cerca de Eastbourne, de acuerdo con su deseo.

INDICE DE NOMBRES

Los nombres de Carlos Marx y Federico Engels, por repetirse constantemente a lo largo de la obra, no figuran en este índice.

- | | |
|--|--|
| Abel, 77 | Bacon, 664, 666, 674 |
| Adam, 377 | Baedeker, 208 s. |
| Adler, 700, 758 s., 773 ss., 834, 855, 866 s., 877 s., 885 s. | Baer, 207 |
| Aksakov, 821 | Bakunin, 79, 96, 150, 175, 296, 323 ss., 419, 422, 539, 572 ss., 580 ss., 590 ss., 600 ss., 610 ss., 614 ss., 626 s., 638, 654, 741, 745, 747 s., 753, 769 s., 778 s., 803, 852, 860, 889 |
| Alejandro II de Rusia, 456, 490, 706, 779, 783, 817 s., 820 | Bamberger, 341 |
| Alejandro III de Rusia, 462, 777, 780 s., 820, 824 s., 828, 863 ss., 867, 869 s. | Bangya, 387, 391 |
| Alejandro de Bulgaria, 822 | Barrot, 326 |
| Allemane, 751 | Barry-Maltman, 608 |
| Altenstein, 65, 81 | Barthélémy, 395 |
| Anaximandro, 664 | Bastelica, 587, 595, 666 |
| Anaxímenes, 664 | Bastiat-Schulze, 230 |
| Andler, 197 | Bauer, Bruno, 25, 67 s., 75, 77, 79, 87 ss., 92 ss., 98 ss., 104, 107 s., 110, 112, 123, 144, 149 s., 157, 169, 176, 182, 189 s., 193, 226, 228 ss., 232, 369, 421, 426, 686 |
| Anneke, 328, 332, 344, 386, 481 | Bauer, Edgard, 25, 87 s., 91 ss., 95, 98 s., 123, 182, 189 ss., 193 |
| Anseele, 885 s. | Bauer, Enrique, 126, 273 s., 358 |
| Apiano, 801 | Bax, 764, 767, 831 |
| Applegarth, 568 | Bazaine, 555, 562 |
| Arabí Pachá, 822 | Beaulieu, 554, 557 |
| Aristóteles, 432, 658, 662 s. | Bebel, Augusto, 179, 526 ss., 547, 560 s., 584, 594, 606, 610, 614, 626, 630 ss., 638 s., 641, 643 s., 646, 648 ss., 653, 690 ss., 695 ss., 703 ss., 714 ss., 720, 723 ss., 730 ss., 738, 748 ss., 752 ss., 762 ss., 766 ss., 773, 811, 823, 825 s., 830, 832, 838 ss., 845 ss., 854 ss., 859, 862 s., 865, 867 s., 871 ss., 876 ss., 885 s. |
| Arndt, 49, 56, 58, 61, 85, 97, 558 | Bebel, Julia, 689, 734 |
| Arnim, Harry von, 612 | Beck, 50, 52, 255 |
| Arnim, E. Federico von, 153, 204 | |
| Arnim-Boyzenburg, 153 | |
| Arquímedes, 875 | |
| Ashley, 130, 191, 382 | |
| Auer, 634 ss., 699, 704 s., 723, 725, 754, 849 | |
| Auerbach, 122 | |
| Auerswald, 302, 310 | |
| Augusto, 811 | |
| Aveling, 765 s., 773, 830 s., 878, 885 s. | |
| Axelrod, 646, 782, 864, 879, 886 | |
| Babeuf, 145, 175, 246 | |
| Bach, 33 | |

- Becker, Bernardo, 494 s.
 Becker, Germán, 311 s.
 Becker, Juan Felipe, 344 s., 556, 585, 598, 604 s., 619, 641, 645, 647, 692 s., 698, 705 s., 709, 711, 715, 733, 743 s., 750, 779 s.
 Becker, Nicolás, 59, 60
 Beckerath, 311
 Beesly, 521, 563, 568
 Beethoven, 33
 Below, 804
 Bem, 322, 387, 393
 Benedek, 515, 554
 Benedix, 211
 Bentham, 171
 Bergenroth, 211
 Bernays, 175, 253
 Bernier, 424
 Bernstein, 180, 560, 590, 643 s., 646, 650, 692 ss., 698 s., 707 ss., 711, 713, 716 s., 719, 722 ss., 731, 733, 737, 744, 747 ss., 752 ss., 760, 765, 773, 798, 806 s., 813, 822, 830 s., 833, 837, 843, 846, 885 s.
 Berrier-Fontaine, 273
 Berthollet, 165
 Bery-Florowsky, 552
 Besant, Ana, 765
 Beurmann, 32
 Biedermann, 95
 Bignami, 600
 Bismarck, 133, 456, 487, 490, 493 s., 496 ss., 505, 508 ss., 513 s., 516 ss., 521, 524 ss., 534, 547, 549, 551 ss., 555, 564, 578, 589, 591, 599, 601, 612, 626 ss., 632 s., 651, 654, 656, 690, 692, 694 ss., 698 ss., 709, 712, 717 s., 720 ss., 724 s., 727 ss., 748, 771, 780, 796, 801 s., 811, 813, 815, 820, 824 ss., 837, 844, 851, 855, 863 s., 869, 876, 879
 Blanc, 182, 216, 253 s., 278 s., 285, 373, 376 s., 384, 395, 549, 750, 759
 Blank, 221
 Blanqui, 376 s., 557, 580, 587, 590, 595, 607, 612, 747, 753, 758, 778
 Bleichröder, 699
 Blenker, 456
 Blind, 338, 458, 466
 Bloch, 807 s.
 Bloss, 626, 644, 649, 692, 699, 716, 722 s., 725, 819
 Blücher, 393, 432
 Blum, 53, 456
 Bluntschli, 47, 147, 150, 153
 Bodelschwingh, 207, 262
 Böhme, 44
 Boissguillebert, 194
 Boissel, 277
 Bonnier, 759, 830, 854, 860, 862 s., 871 s.
 Borgius, 807
 Borkheim, 344, 546, 583, 617, 827
 Born, 252, 259, 276, 282, 298, 347, 357
 Börne, 31, 36, 38, 48, 52 ss., 59, 64, 68, 96, 99, 102, 111, 113, 145, 180, 206, 233, 254, 256 s.
 Bornstedt, 251, 255, 278, 293
 Boulanger, 751, 756 s., 824 s., 828, 860, 863, 868
 Bourbaki, 565
 Boustrapa, *ver* Napoleón III
 Boyen, 262
 Bracke, 636, 639 s., 643, 645, 647 ss., 698 s., 703, 818
 Brauerkraft, 93
 Braun, 854
 Breidenstein, 55
 Brentano, Lorenzo, 338, 349, 351
 Brentano, Lujó, 720, 768
 Bright, 128, 404, 541
 Brousse, 747 ss., 751 s., 754 s., 758
 Browning, Isabel, 141
 Brünneck, 73
 Bruto, 706
 Bucher, 375
 Büchner, Jorge, 95, 122, 680
 Büchner, Luis, 659, 663
 Buckle, 682
 Buhl, 87, 91, 93 s., 98, 100 s., 112, 208
 Bunsen, 204

- Buonarroti, 145
 Burckhardt, 53, 373
 Buret, 197
 Bürger, 296, 299
 Burns, Juan, 755, 773, 830, 885
 Burns, Lizzy, 489, 511, 538 s., 542, 544, 546 s., 650 s., 689 s., 829
 Burns, Mary, 133, 141, 222, 248, 366, 380, 395, 406, 427, 487 ss., 542, 544 ss.
 Burns, María Elena, 829
 Byron, 50

 Cabanis, 682
 Cabet, 145, 148, 183, 237, 250, 253, 273 ss., 281
 Cafiero, 597, 599, 601 ss., 770
 Calderón, 57
 Calvino, 32, 155 s., 665, 678, 792, 809
 Camphausen, 301, 398
 Canning, 402
 Caprivi, 847, 856, 870, 873 s.
 Carey, 197, 643, 646
 Carlomagno, 55, 468
 Carlos de Portugal, 304
 Carlos I de Inglaterra, 258
 Carlos X de Francia, 54
 Carlyle, 130, 141, 155 ss., 170, 661
 Carnap, 331, 334
 Carnot, 179, 322, 376, 395, 856
 Cartwright, 165
 Castiglione, 430
 Catalina II de Rusia, 568
 Catón, 788
 Caussidière, 395
 Cavaignac, 313, 392 s.
 Cavour, 446
 Clarendon, 549, 567 s.
 Clausen, 25
 Clausewitz, 417
 Clemenceau, 749 ss., 868
 Cluss, 386, 406, 768
 Cobbet, 138
 Cobden, 128, 131, 404, 415
 Colcraft, 539
 Comte, 423, 660 s.
 Considerant, 181, 281

 Constans, 870
 Crispi, 771
 Croce, 770
 Cromwell, 155, 811
 Cuno, 598, 604, 611

 Dahlmann, 95, 265
 Dammer, 703
 Dana, 397, 417, 432, 483
 Danielson, 418, 612, 720, 780, 783 s., 884
 Danton, 89, 92, 322, 376, 395
 Darwin, 643, 653, 659, 668, 678 ss., 711, 794 s., 807
 David, 853
 Davy, 165
 Delessert, 252
 Demócrito, 662 s.
 Demóstenes, 641
 Demuth, Elena, 829, 833 s.
 Denis, 491
 Derby, 569
 Descartes, 80, 658, 661, 675
 Deville, 756
 Dickens, 117
 Diderot, 68
 Diebitsch, 305
 Dietz, 725
 Dilthey, 670
 Dingelstedt, 52
 Diocleciano, 858
 Disraeli, 117, 130, 141, 540 s., 592, 760
 Dithmar, 788
 Domela, *ver* Nieuwenhuis
 Dronke, 255, 296, 299, 311, 313, 316 s., 381, 388, 391, 396, 428
 Droste-Hülshoff, Anita von, 49
 Dubois-Reymond, 668
 Dühring, 188, 239, 643 ss., 650 ss., 660, 669, 672 s., 675, 681 s., 667, 690, 704, 707, 716, 792, 794 s., 797, 801, 806, 811, 813, 888
 Duncker, Franz, 446 s., 459
 Duncker, jefe de policía, 207
 Dupont, Eugenio, 608

- Dupont, Pierre, 392
 Dvorak, Adelaida, *ver* Popp, Adelaida.
- Eccarius, 275, 491, 608, 616, 753
 Eichhorn, 74, 77
 Eichler, 87, 98
 Eichmann, 331
 Elsner, 421
 Engels, Benjamín, 16
 Engels, Elisa, 18, 21, 379, 472 s., 537 s.,
 548, 592, 630
 Engels, Federico, sen. 17, 18, 21, 26,
 32, 70, 218 s., 297, 312 s., 317, 335,
 378 ss., 387, 396, 400, 416, 427,
 440, 472
 Engels, Germán, 879, 883 s.
 Engels, Johann Caspar, jr. 17
 Engels, Johann Caspar, sen. 16
 Engels, María, 20, 31, 33, 51, 56, 70,
 71, 76, 218, 221, 378 s., 385, 788
 Engels, Rodolfo, 832
 Epicuro, 432, 662, 710
 Ermen & Engels, 17, 122, 140, 378, 392,
 395, 472, 482, 511, 538
 Ermen, Godofredo, 378, 427, 472 s.,
 520, 536
 Ermen & Koby, 17
 Ermen, Pedro, 378, 427
 Ernesto Augusto de Hannover, 54
 Ernst, 838 s.
 d'Ester, 206, 338 s., 341
 Euclides, 664
 Ewerbeck, 175, 250 s., 253, 316 s.
 Eynem, 335
- Fanelli, 587, 601
 Faucher, 190 s.
 Favre, 557, 568, 599
 Fazy, 469
 Federico II de Prusia, 68, 92, 418, 451,
 562, 787, 812, 857
 Federico III, 516, 733, 735
 Federico Carlos de Prusia, 479, 515 s.
 Federico Guillermo III, 30, 65, 76
 Federico Guillermo IV, 15, 73, 75 s., 103
- s., 204, 262, 290, 305, 311, 328,
 330, 370, 404, 466, 496, 657
 Feuerbach, 74 s., 77 s., 80 ss., 86, 91 ss.,
 107 s., 110, 115, 126, 138, 144, 157,
 159 s., 164, 168 s., 180, 182 s., 185
 s., 192, 196, 200 s., 225 s., 229 s.,
 232 ss., 241, 246, 651, 655, 664,
 668, 681, 687, 791, 793, 805, 807,
 809 s.
 Fichte, 37, 108, 156, 652, 658, 669,
 809
 Fischer, 830, 859, 884
 Fleisch, 694
 Flocon, 253, 278 s., 289, 291, 293, 395
 Flottwell, 87, 98
 Forster, 224, 443
 Fouqué, 50
 Fourier, 113, 138, 145, 163, 168, 181,
 183, 193, 208, 233 ss., 237, 523,
 623, 683 s., 798 s.
 Francisco José de Austria, 422, 452 s.
 Frantz, 112, 181
 Freiberger, 734
 Freiligrath, 26 s., 31, 247, 255, 299,
 321, 336, 373, 389, 393, 406, 430,
 469 s., 625
 Frère-Orban, 277
 Freyberger, Luis, 835, 878, 883 ss.
 Freyberger, Luisa, *ver* Kautsky, Luisa
 Freycinet, 561
 Fritzsche, 643, 645, 649, 698, 703
 Fröbel, 89, 149 ss.
 Frohme, 725
- Gagern, 337
 Gambetta, 561, 750
 Gans, 67, 78
 Garibaldi, 461, 477, 479
 Geib, 634 ss., 699
 Geiger, 312
 Geiser, 692, 716, 722 s.
 Gerlach, 883
 Gervinus, 95, 108, 149, 265, 306
 Gladstone, 476, 541, 567 s., 865
 Gluck, 33
 Gneisenau, 562

- Godwin, 113, 147, 168, 171, 183, 208, 802
 Goes, 885
 Goethe, 20, 37, 44, 46, 50 s., 89, 108, 155 ss., 223, 255 ss., 651
 Gögg, 338, 389
 Golowin, 417, 422
 Görgey, 322, 350, 393
 Görres, 150
 Gortschakoff, 456, 462, 566, 568
 Gottschalk, 293 ss., 301, 318 s., 386
 Gottschall, 52
 Graeber, Federico, 37, 40 s., 51, 56 s., 69, 97
 Graeber, Guillermo, 37, 42, 55, 57
 Graham, 132, 755, 831
 Grant, 481 s.
 Granville, 566, 591
 Greiner, 341
 Griesheim, 345
 Grillenberger, 698, 725, 849, 876
 Grimm, 54
 Grove, 675
 Grün, 149, 206, 225, 245, 249 ss., 255 ss.
 Guesde, 689, 747 s., 751 s., 755 s., 759, 853 s., 862 s., 867 s., 871, 886
 Guillaume, 584, 586, 593 s., 596, 601, 603, 610 s.
 Guillermo I de Alemania, 301, 311, 370, 444, 453, 516, 551 s., 557, 626, 690, 692, 733, 735, 826 ss.
 Guillermo II de Alemania, 405, 496, 552, 735 ss., 739, 825, 827, 832, 837, 847, 855 s., 867, 871 s., 889
 Guizot, 182, 246, 789, 811
 Gurowski, 420
 Gutzkow, 34, 36, 39, 43, 47 ss., 52, 58, 95, 121 s.
 Gyulay, 452, 554

 Haar, 18, 21, 118
 Häckel, 674
 Hales, 608, 616
 Hall, Carlos, 168
 Hall, Isaac, 477
 Händel, 33
 Hansemann, 302, 310
 Hansen, 812
 Hantschke, 20 s., 25
 Harney, 143 s., 191, 222, 253, 273 s., 278, 366, 377, 381 ss., 387, 434, 760
 Hart, Enrique, 48
 Hart, Julio, 48
 Hartmann, Eduardo, 659
 Hartmann, León, 779
 Hartmann, Mauricio, 255
 Hasenclever, 635
 Hatzfeldt, condesa de, 445, 484, 494 ss., 505, 510, 531
 Haudy, 221
 Hauptmann, Carlos, 48
 Hauptmann, Gerardo, 48
 Haussmann, 551, 557
 Haxthausen, 423 s., 796 s.
 Haydn, 33
 Haynau, 370
 Hebbel, 184
 Hecker, 331, 456
 Heckscher, 431
 Hegel, 36 s., 41 ss., 46 ss., 54, 60, 65 ss., 73 s., 78 ss., 85 s., 89 ss., 93 s., 99, 103, 107 ss., 117, 119, 125, 138, 140, 148, 154, 176, 180, 182 ss., 189, 192, 200, 230 s., 234 s., 239, 258, 322, 390, 395, 398, 466, 475, 576, 580, 615, 652 s., 657 ss., 668 ss., 675 s., 678, 686 s., 783, 788 ss., 793 s., 802 ss., 809, 890
 Heine, 29, 37, 47 s., 52 s., 115, 206, 233, 254, 390, 649
 Heinzen, 258 s., 260 s., 400
 Held, 294
 Helmholtz, 643, 668, 677 s.
 Hengstenberg, 47, 69, 89 s., 93
 Hennaing, 77, 100
 Hepner, 604, 611, 627
 Herder, 37
 Herschel, 667
 Herwegh, 52, 71, 103, 123, 149, 293, 318, 577, 626

- Herzen, 417, 422 s., 579, 585, 778 s.,
 797
 Hess, Juan Federico, 89
 Hess, Moses, 95, 108 ss., 114 ss., 118 ss.,
 125 s., 137, 148 ss., 153, 160, 200,
 205 ss., 225, 229, 246, 248 ss., 258,
 280, 282, 293, 296, 316, 495, 508,
 510
 Hess, general von, 452 s.
 Heydt, 330 s., 335
 Hildebrand, 164, 198 s.
 Hirsch, 689, 695 ss., 703, 707, 718
 Hirzl, 93
~~Hobbes~~, 258, 679
 Hochberg, 693 ss., 701, 706, 747
 Hochster, ~~331~~, ~~334~~
 Hofer, 224
 Hofmann, Augusto Guillermo, 672, 676
 Hoffmann von Fallersleben, 327
 Hohenlohe, 856
 Holz, 48
 Hood, 141
 Hourwich, 785
 Huber, 191, 198 s., 208
 Hugo, 563
 Humboldt, 682
 Hume, 143, 668
 Huss, 57
 Hutten, 71, 665, 879
 Hyndman, Enrique, 753 ss., 763 ss.
 Ignatiev, 821
 Imandt, 332
 Imbert, 278
 Immermann, 72, 85, 97
 Iomini, 417
 Isabel II de España, 587
 Jacoby, Joel, 50
 Jacoby, Juan, 87, 173, 259, 265, 279,
 294, 337, 406, 521, 584, 626 s., 645
 Jaurès, 749, 758 s., 852 s.
 Jellachich, 316, 410
 Jones, 274, 382 s.
 Johnson, 482
 Julio César, 811
 Julius, 294
 Jung, Alejandro, 50, 95 s.
 Jung, Jorge, 91, 95, 204
 Jung, Germán, 570 s., 608 s., 616, 753
 Junge, 251 s., 282
 Kamptz, 30
 Kanitz, 759
 Kant, 37 s., 46, 65, 99, 148, 156, 652,
 658 ss., 667 ss., 676, 684, 807, 809
 Kardorff, 629
 Karkov, 820 s.
 Kautsky, Carlos, 397, 410, 547, 572,
 646 s., 707 s., 713, 719 s., 723, 732,
 765, 775, 782, 797, 799, 806 s., 817,
~~830~~, 833, 841 ss., 845 ss., 851, 854,
 859, 879 s., 885
 Kautsky, Luisa, 830, 833 ss., 878
 Kayser, 696, 698, 716, 723
 Keir Hardie, 767, 773, 831
 Kennan, 865
 Kinkel, 343, 373 s., 386, 389, 400, 456,
 458, 466, 470
 Klapka, 322
 Knapp, 89
 Knigge, 430
 Koppen, 67 s., 87, 90 ss., 100, 176 s.,
 182, 298
 Kossuth, 322, 373, 376, 386 s., 391,
 409, 419, 463
 Kötgen, 210
 Krapka, 775
 Kravtchinsky, 780, 885
 Kriege, 246 ss., 254 s., 286
 Krüger, 689
 Krummacher, 15, 23, 31, 34, 36 s., 89,
 93
 Kruse, 490
 Kugelmann, 511, 521, 523, 526, 532,
 537, 539, 541 s., 552 s., 611, 855
 Kühn, 452
 Kühne, 16, 47 ss.
 Labriola, 646, 660, 662, 771, 806, 879
 Lafargue, Pablo, 538, 560, 587, 597,
 604, 609, 616 s., 713, 747 s., 750 s.,

- 753, 755 s., 759, 779, 806, 821, 830,
 850, 853, 859, 863, 867, 877, 885 ss.
 Lafargue, Laura; nacida Marx, 715, 830,
 868
 Lamennais, 113, 146
 Lange, 675, 679, 794 s.
 Lansdowne, 865
 Laplace, 667
 Lassalle, 16, 24, 26, 53, 95, 132, 230,
 311, 357, 364, 371, 405, 412, 414,
 444 ss., 453 ss., 461 s., 464 ss., 475,
 477, 483 ss., 492 ss., 504, 506 ss.,
 513, 522 ss., 526 ss., 573, 588, 632
 ss., 642 s., 653, 669 s., 673, 701, 703,
 717 s., 722, 743, 763 s., 769, 802,
 838, 840 ss., 847
 Laube, 48 ss., 52, 95
 Lavrow, 584, 679 s., 690, 780, 812
 Leach, 143
 Ledru-Rollin, 279, 373, 375 s., 419
 Lee, 480 ss.
 Lehmann, 551
 Leibniz, 79, 652, 664
 Lelewel, 290
 Lenau, 33, 50
 Lenin, 888
 Leo, 47, 65, 69, 80, 89, 92 s., 146, 150
 Leopoldo I de Bélgica, 290
 Leroux, 146, 181
 Lessing, 37, 54, 648, 811 s., 814
 Lessner, 144, 491, 584, 609, 821, 885 s.
 Leucipo, 662
 Leupold, 32
 Lewy, 445
 Lexis, 720
 Liebig, 165, 623, 672, 677
 Liebknecht, 178, 342, 347, 387, 458,
 466, 469, 492 ss., 508 ss., 518 s., 521
 s., 524 ss., 530 ss., 547 s., 550 ss., 557,
 584 s., 593 ss., 597, 602, 606, 610 s.,
 613, 620, 626, 632 ss., 638 ss., 644 s.,
 647 ss., 690 ss., 695 ss., 703 s., 706 s.,
 711, 718, 723, 725 s., 735, 737, 742
 s., 746, 751 ss., 764, 818 ss., 827 s.,
 830, 832, 839 ss., 850, 855, 866,
 868, 876, 878, 880, 885
 Lincoln, 476, 481 s.
 Linneo, 666
 List, 163, 214 s., 720
 Liszt, 76
 Locke, 138, 664
 Longuet, Carlos, 713, 749, 830
 Longuet, Jenny, *ver* Marx, Jenny, jr.
 Lopatin, 617, 779 ss.
 Lorenzo, 595
 Lovett, 143
 Lubbock, 659
 Lucraft, 592
 Luis I de Baviera, 56
 Luis Felipe de Orleans, 290, 314, 575
 Luis XI de Francia, 279
 Luis XIV de Francia, 562
 Luis XVI de Francia, 258
 Lüning, 206 s., 246, 248, 255, 259,
 352 s.
 Lutero, 147, 163, 282, 355, 809

 Macaulay, 137
 MacClellan, 480
 MacCulloch, 164
 MacDonnell, 609, 742
 Mack, 554
 Mac Mahon, 555 s., 560
 Mahmud Damat, 820
 Mahoma, 601
 Malatesta, 601
 Mallet, 93
 Malon, 747 ss.
 Malthus, 162, 168 s., 679, 794 s.
 Mann, 755, 773
 Manteuffel, 328, 444, 501, 503
 Maquiavelo, 495
 Marat, 68, 92 s., 143, 175
 Marbach, 27
 Marheineke, 77
 Marx, Jenny, jr., 522, 556, 738, 765
 Marx, Jenny, sen., 342, 380, 391, 396,
 406, 436, 441, 446, 467, 470, 483,
 488 s., 556 s., 613, 651, 689, 710,
 738, 764, 833
 Marx, Laura, *ver* Lafargue, Laura

- Marx, Leonor, 537 s., 556, 711, 715, 738, 755, 765 s., 830 s., 833, 840, 879, 885
- Maurer, 796 s., 812 s.
- Mazzini, 55, 272, 373, 375 s., 386, 392, 409, 419, 485, 580, 588 s., 599, 769, 802
- Mehring, 806, 809, 811 s., 814
- Meissner, Alfredo, 255
- Meissner, Otto, 498
- Meitzen, 812
- Mendeleiev, 674
- Mendelsohn, Estanislao, 830, 885
- Mendelsohn, María, 830
- Menzel, 47, 49, 53, 65, 256
- Mersy, 345
- Mesa, 604
- Mesenzov, 780
- Metternich, 45, 47 s., 296, 371
- Mevissen, 134, 296, 436
- Meyen, 87, 90, 98, 113, 372
- Meyer, Julio, 207
- Meyer, Rodolfo, 695, 718, 851, 865
- Meyer, Sigfrido, 545
- Meysenbug, 375
- Michelet, 47, 69, 76
- Mieroslawski, 290, 343 ss., 393
- Mignet, 811
- Miguel de Portugal, 304
- Miklosich, 461
- Mill, 162
- Millerand, 758
- Miquel, 387, 405, 444, 511, 702, 845
- Mirabeau, 294
- Mirbach, 333 s., 336
- Mohamed Ali, 64
- Moll, 126, 146, 246, 273 ss., 280 s., 295, 298, 312, 318, 341, 343
- Moleschott, 680 s.
- Moltke, 61, 496, 516 s., 554 ss., 559, 563, 627, 724, 736, 863, 875
- Mommsen, 788
- Montes, Lola, 266
- Montesquieu, 809
- Moore, 547, 714, 830, 885
- Mora, 617
- Morgan, 797, 799, 811
- Morley, 522
- Morny, 436
- Morris, 755, 765, 831
- Most, 643, 645, 648 ss., 653, 693, 695 ss., 703 ss.
- Motteler, 830
- Mozart, 33
- Mügge, 98
- Mülberger, 620, 622 s.
- Müller, Hans, 847
- Müller, Wolfgang, 210
- Mundt, 48 ss., 52
- Münzer, 147, 224, 354 ss.
- Nadejde, 829
- Napier, Carlos J., 136
- Napier, W. P., 417
- Napoleón I, 56, 63, 89, 145, 223 s., 256, 264, 272, 293, 315, 326 s., 393 ss., 417, 419, 422, 432, 487, 556, 559 s., 562, 728, 783, 810
- Napoleón III, 309, 313, 315, 351, 372, 376, 390, 392, 394, 401, 409, 412 s., 442, 446 ss., 451 ss., 460 ss., 478, 492, 497, 505 s., 513 ss., 517 s., 523, 548 ss., 556 s., 560, 565, 568, 590, 628, 728, 730, 735, 757, 801, 811, 815, 855
- Nauwerck, 68, 87
- Néstor, 771, 835
- Netschaiev, 611, 617
- Newton, 666 s., 686
- Nicolas I de Rusia, 420
- Niebuhr, 788
- Nietzsche, 232, 686
- Nieuwenhuis, 866 s., 871 ss., 877, 890
- Nimmy, *ver* Demuth, Elena
- Nitzsch, 93
- Nothjung, 404 s., 429
- Novalis, 37, 156 s.
- Oastler, 382
- O'Brien, 131, 145, 307, 383
- O'Connell, 133

- O'Connor, 133, 143, 253, 307, 382
 Odger, 568, 592
 Ollivier, 548
 Oppenheim, 851
 Orsini, 441
 Osmán Pachá, 819
 Oswald, Federico, seudónimo de Federico Engels
 Otto, Luisa, 255
 Owen, 79, 113, 135, 138 s., 144 ss., 168, 183, 208, 222, 234, 623
- Pagenstecher, 335
 Paine, 138, 224
 Palladino, 601
 Palmerston, 371, 404, 415, 417, 441, 446 s., 478, 567
 Paskiewitsch, 305
 Patten, 803
 Pauli, 690, 818
 Pavía, 616
 Pease, 765
 Pecqueur, 241
 Pedro el Grande, 418, 464
 Peel, 117, 131, 133, 402, 438
 Pertz, 562
 Petty, 194
 Pfänder, 275, 369
 Pieper, 387, 405
 Platen, 26
 Platón, 663
 Plejanov, 646, 759, 782, 784, 806, 864, 867, 878, 886
 Pobiedonosev, 820
 Popp, Adelaida, 879, 884
 Protot, 756, 871
 Proudhon, 137, 146 s., 151, 160, 166, 172, 181, 187, 226, 235, 249 ss., 253 s., 261, 279, 282, 285, 423, 442, 490 s., 508, 523, 550, 572, 580, 590, 592, 620 ss., 637, 653, 749 ss., 759, 802
 Prutz, 60, 90
 Puttkamer, 735, 841
 Püttmann, 204, 206, 210, 255
- Quelch, 831, 885
 Quetelet, 170
- Radetzky, 326
 Radowitz, 296, 328
 Rakowitz, 494
 Ranc, 560
 Ranke, 788, 805
 Rappaport, 883
 Raumer, 118, 133 s., 788
 Rauschenplatt, 55
 Rechberg, 456
 Regis, 600
 Renan, 77
 Reuter, 20, 396
 Reynolds, 383
 Ricardo, 162, 164 s., 188, 283, 719, 795
 Richelieu, 279, 486
 Richter, 796
 Rittinghausen, 723
 Robespierre, 68, 92, 159, 175, 277, 395, 531
 Robin, 593, 595
 Rochau, 113
 Rochefort, 557, 695
 Rochow, 60, 121
 Rodbertus, 718 s., 851
 Rogier, 277
 Ronge, 389
 Roon, 499
 Roscoe, 672
 Röser, 510
 Rosher, 429
 Rothschild, 271, 371, 387
 Rousseau, 138, 797 s., 809
 Rückert, 76
 Ruge, 47, 53, 65, 67 ss., 78 ss., 84 s., 90 ss., 110, 123, 149 s., 152, 182, 188 s., 248, 258, 265, 294, 297, 303, 308, 373 ss., 389 s., 466
 Russel, 404
 Rutenberg, 87, 91 s., 95
- Sack, 89 s., 92 ss.
 Saint-Just, 395

- Saint-Simon, 58, 110 s., 119, 140, 145,
 155, 160, 189, 234, 236, 308, 420,
 804, 872
 Salisbury, 820
 San Agustín, 678
 Sand, Jorge, 117, 146, 577
 Sassulich, Vera, 782, 830, 865, 879, 885
 Sass, 32
 Savigny, 47, 74
 Say, 164 s.
 Schaper, 204
 Schapper, Carlos, 126, 146, 246, 273 s.,
 277, 280 s., 291, 295, 298, 311 s.,
 318 s., 328, 370, 383, 390
 Scharnhorst, 563
 Schelling, 37, 74, 77 ss., 85, 96, 98, 108,
 158, 538, 652, 669
 Schifflein, 20
 Schily, 332
 Schiller, 50, 223, 470 ss., 669
 Schimmelpfennig, 377, 466
 Schippel, 649, 754, 854
 Schlaf, 48
 Schleiden, 671
 Schleiermacher, 23, 37, 39, 41 s., 115
 Schleinitz, 457
 Schliche, 406
 Schlosser, 788
 Schlüter, 391, 769, 813, 837
 Schmidt, Conrado, 724, 806 s., 811, 830,
 838
 Schmidt, Franz, 113
 Schmidt, Johann Caspar, *Ver* Stirner
 Schmidt, Julián, 95, 374
 Schmoller, 721
 Schnake, 255
 Schopenhauer, 164, 651, 659
 Schorlemmer, 547, 592, 672 s., 676, 690,
 714, 830 s.
 Schramm, Conrado, 387
 Schramm, K. A., 694 s., 698, 701
 Schramm, Rodolfo, 387, 389
 Schubarth, 65
 Schücking, 49
 Schults, 210, 213
 Schultze-Delitzsch, 486, 588
 Schurz, 340, 344, 373
 Schwann, 671
 Schweitzer, 16, 357, 447, 494 ss., 498,
 505, 508 ss., 513, 519, 526 ss., 547,
 585, 610, 631 s., 633, 701, 743
 Scott, 417
 Secchi, 684 s.
 Seiler, 133, 246
 Seillière, 797 s.
 Semming, 255
 Shakespeare, 95
 Shaw, 765
 Shelley, 44, 57, 140
 Shipton, 760
 Siebel, 470 s., 495, 498, 521, 547
 Sigel, 343, 345, 481
 Simrock, 27
 Singer, 722, 734, 830, 855, 885
 Sismondi, 162, 170, 197
 Smith, 161 ss., 165, 171
 Sneathlage, 18
 Sócrates, 663
 Solms-Lich, 262
 Sombart, 807
 Sonnemann, 437, 633
 Sorge, 572, 609, 617, 619, 689, 703,
 710, 735, 737, 742, 752 ss., 767, 827
 s., 833, 835, 839, 847, 850, 855,
 880, 884
 Spencer, 661, 675
 Spinoza, 38, 44, 79, 109 s., 661, 667
 Stahl, 74
 Steen, 20
 Stein, 111, 118 ss., 138, 149, 152, 181,
 197, 234
 Steingens, 282
 Stepiak, *ver* Kravtchinsky
 Stieber, 391, 404, 406 s., 596
 Stirner, 75, 87, 91 ss., 98, 100, 123, 182,
 199 s., 226 ss., 241, 406, 686
 Strauss, 36 ss., 42, 47, 65, 67, 69 s., 74,
 77 s., 80, 93, 169, 180
 Strousberg, 538
 Struve, 389, 456

- Stumm, 889
 Stumpf, 883
 Suc, 117
 Sybel, 490, 788
 Szemere, 387, 468
 Sznayda, 344
- Taaffe, 774
 Tait, 677
 Tauscher, 830
 Techow, 342, 377 s., 393, 466
 Terzaghi, 598, 600
 Thales, 664
 Thierry, 182, 789
 Thiers, 313, 590, 811
 Thiersch, 60
 Tholuck, 69
 Thompson, 165, 677
 Thorn, 831, 885
 Tkatchof, 778
 Tölcke, 635
 Treviranus, 32 s.
 Trier, 734
 Trochu, 564
 Tschirner, 341
 Turati, 771 s., 878 s., 886
 Tyndall, 659, 686
- Utin, 586, 594, 617
 Urquhart, 415 s.
- Vahlteich, 493, 648, 703
 Vaillant, 587, 747, 751, 755, 759, 866,
 871, 890
 Valera, 885
 Vandervelde, 889
 Venedey, 97, 114, 303, 463
 Victor Manuel de Italia, 458, 460, 601
 Victoria de Inglaterra, 413, 419, 736
 Vico, 183
 Vidil, 377
 Viereck, 649, 716, 722
 Villermé, 196
 Vincke, 452
- Vogelweide, 625
 Vogler, 262
 Vogt, Augusto, 545, 680
 Vogt, Carlos, 297, 391, 455, 458, 465
 ss., 659, 680 s.
 Volker, 715
 Volta, 672
 Voltaire, 68, 89 s., 94, 686, 814
 Vollmar, 696 s., 703, 705, 707, 716 s.,
 720, 723, 725, 749, 837, 840, 844,
 847 ss., 880
- Wagner, Mauricio, 677
 Wagner, Ricardo, 652, 830
 Waldeck, Benedict, 294, 406
 Waldeck, Julio, 173
 Waldersee, 479, 737
 Walesrode, 96
 Wallas, 765
 Wallau, 282
 Watt, 165
 Watts, 143 s.
 Webb, Beatriz, 765
 Webb, Sidney, 765, 831
 Weerth, 194, 247, 262, 296, 299, 381,
 393, 396, 428, 443, 469
 Weiss, 521
 Weitling, 120 ss., 133, 137, 147 s., 150
 s., 159, 234, 237, 245 ss., 273 s., 282,
 295, 400
 Welcker, 98
 Wellington, 307, 393, 417 s.
 Werder, 77
 Westfalia, 396, 436, 444, 691
 Weydemeyer, 227, 246, 386, 393, 395,
 400 s., 417, 428, 434 s., 480 ss., 494,
 509, 768
 Wichern, 32 s.
 Wienbarg, 48
 Wigand, 90, 92 s., 195, 228 s.
 Willich, 319, 342 ss., 347, 369 s., 375,
 377, 383, 389 ss., 400, 481
 Willissen, 417
 Windischgrätz, 304 s., 315, 322, 774
 Wirth, 303

- Woden, 785
Wolchowski, 885
Wolff, Fernando, 299
Wolff, Guillermo, 246, 276, 290, 295,
299, 311 s., 328, 331, 337, 396, 406,
428, 469, 484, 494, 678
- Wurm, 649
Ypsilanti, 304
Zimmermann, 354
Zitz, 341, 456

INDICE ANALITICO

- Activismo, 372, 375, 377, 587, 804, *ver también* Anarquismo
- Alemania, 144 ss., 148 ss., 196, 212 ss., 222 ss., 233, 265, 267, 291 ss., 304, 397, 429, 443, 467 ss., 505, 549, 625 ss., 655 ss., 690 ss., 715 ss., 727 ss., 732 ss., 812 ss., 845, 854 ss., 864, 869, 873 ss., 878; *ver también* Prusia, Revolución de 1848, Cuestión nacional
- Alianza Internacional de la Democracia Socialista, 579, 582, 584, 587, 603 ss., 609 ss., 616 ss.; *ver también* Anarquismo
- Anarquismo, 69, 146, 160, 200, 539, 577 ss., 582 ss., 615 ss., 637, 696, 706 ss., 742, 749, 752, 769 ss., 860 ss., 872, 889; *ver también* Estado, Política, Alianza internacional
- Antigüedad, 423, 662 ss., 799, 801
- Antisemitas, 853
- Aristocracia, 129 ss., 131 ss., 156 ss., 257 ss., 504, 579 ss., 628 ss., 851 ss.; *ver también* Feudalismo
- Aristocracia obrera, 766 ss.; *ver también* Imperialismo
- Armamento del proletariado, 360, 750 ss.; *ver también* Insurrección, Milicia
- Asociación General de Obreros Alemanes, 485, 492 ss., 504, 507, 526 ss., 530 ss., 610 ss., 632 ss., 639, 721, *ver también* Movimiento obrero, Socialdemocracia, Socialismo de Estado
- Asociación Internacional de Trabajadores, 491, 511, 519, 527 ss., 539 ss., 547 ss., 559, 560, 567 s., 570 ss., 576, 578 s., 581 ss., 590, 616, 618 s., 632 s., 638 s., 713 ss., 860, 880
- Ateísmo, *ver* Religión
- Autoconciencia, 67, 81, 86, 101, 107 s., 190, 192, 230; *ver también* Filosofía
- Autoridad, 45, 77, 276, 575, 600, 617 ss.; *ver también* Anarquismo.
- Banca, 436, 437 ss.
- Blanquismo, 113, 590 ss., 613, 746 ss., 782 ss.; *ver también* Movimiento obrero, Putschismo
- Bonapartismo, 314 ss., 395, 448, 459 ss., 462, 505 ss., 514, 548, 551, 556 ss., 628, 727 ss., 800 ss., 815, 855 ss.
- Burguesía, 130, 154 ss., 263 ss., 265 ss., 269 ss., 283 ss., 292, 349, 358, 403 ss., 500 ss., 503, 535, 626, 628, 728 ss., 732 ss.; *ver también* Revolución burguesa
- Burocratismo, 471
- Capital, 522, 581 720
- Capitalismo primitivo, 23 ss., 117 ss., 134, 198
- Cártel, 702, 762; *ver también* Imperialismo
- Cartismo, 111 ss., 130 ss., 134 ss., 198, 222, 280 ss., 381 ss., 409, 429, 540, 759, 767; *ver también* Derecho al voto, Movimiento obrero
- Causalidad, 678, 807; *ver también* Ley, concepto de
- Centralización del capital, 169 s., 201
- Ciencias naturales, 232, 396, 442, 645, 655, 658 ss., 665 ss., 670 ss., 675 ss., 682 ss., 806; *ver también* Dialéctica
- Ciudad y campo, 241, 623 s.
- Código Napoleón, 30, 223
- Comercio, 163 ss.; *ver también* Crisis
- Competencia, 141 s., 145, 161 ss., 167 ss., 211, 424, 433, 629, 679
- Comuna de París, 560 s., 572, 589 ss., 638, 694, 741, 746, 781, 803
- Comuna popular, *ver* Mir
- Comunismo (Socialismo)

- agrario, 423 ss.; *ver también* Mir. Problema agrario
- artesanal, 56, 113, 126, 147, 245, 247, 249 ss., 273 ss.; *ver también* Liga Comunista
- cátedra, de, 697, 718 ss.
- filosófico, 120, 148, 153, 196, 202 s., 245, 274
- primitivo, 791, 797 ss., 801
- religioso, 146 s., 148, 246; *ver también* Guerra campesina
- utópico, 110 ss., 115, 119, 138 ss., 144 ss., 160, 193, 197 s., 207 s., 234 s., 237, 253 s., 274, 576, 581, 637, 654, 798 s., 806
- verdadero, 232 ss., 246, 254 s., 262, 285 s.; *ver también* Dialéctica, Concepción de la historia, Socialdemocracia, entre otros.
- Conciencia, 85, 232 ss., 235 ss., 238, 239 ss., 679; *ver también* Autoconciencia Ideología
- Congreso Internacional de los Socialistas
 - París 1889, 752 ss., 764, 767, 773, 829, 861 s.
 - Bruselas 1891, 861 s., 865 ss.
 - Zürich 1893, 866 s., 877 ss., 889; *ver también* I Internacional, Guerra
- Conspiración, 595 s., 604 s., 607 s., 618, 716 s.; *ver también* Alianza Internacional, Putschismo
- Constitución, 543, 788, 796 ss., 813
- Cooperativas, 139, 487, 533, 726
- Cosmopolitismo, 62 s., 279; *ver también* Concepto de la Sociedad de las Naciones
- Crisis, 135 s., 167 s., 201, 271 s., 364 s., 371, 392, 403, 433 s., 482, 708 s., 762, 861
 - agraria, 440, 851
 - financiera, 436 ss.
 - *Crítica de la Economía Política*, 465, 521, 750 s., 792, 794, 806
- Crítica a los Programas de la socialdemocracia alemana, 633 s., 635 ss., 690, 840 ss., 846 s.; *ver también* Socialdemocracia
- Cuestión campesina, 534 s., 632, 709, 850, 854; *ver también* Problema campesino
- Cuestión nacional, 59 s., 271, 280, 290, 303, 324 ss., 375, 409, 419 s., 446 ss., 451 s., 455, 562, 468, 491 s., 542, 549, 557 s., 743, 775, 817 s., 821 s., 824, 832, 869; *ver también* Guerra, Proletariado
 - eslavos, 272, 410, 413 ss., 425 s., 467, 519 s., 577, 775 s., 798, 817, 821; *ver también* Paneslavismo
 - Irlanda, 131 s., 538 ss., 760, 821
 - Italia, 268, 447 ss., 460, 462, 822; *ver también* Revolución de 1848
 - nacionalismo, 56, 61 ss., 132, 233, 236, 254, 279, 304, 325, 339, 376 s., 551, 560, 764, 813 ss., 823, 871, 872 ss.
 - Polonia, 280, 290, 303, 305, 411 s., 425, 490 ss., 821, 869
 - unidad alemana, 59 ss., 98, 100, 223 s., 265, 271, 292, 300 s., 307, 311, 329 s., 397 s., 422, 447 ss., 450 s., 453, 455 s., 459, 464 ss., 513 s., 519, 524, 536, 551, 554 s., 558 s., 625, 776, 845 s.; *ver también* Revolución de 1848
- Darwinismo, 643, 667 ss., 678 ss., 794 ss., 807; *ver también* Ciencias Naturales, Dialéctica
- Derecho, 466 s., 621; *ver también* Ideología, Derechos humanos
- Derecho al voto, 130, 135 ss., 506, 510 s., 528, 536, 760 s., 772, 774 s.; *ver también* Democracia, Parlamentarismo, Cartismo
- Derechos humanos, 104, 185, 751; *ver también* Derecho, Ideología
- Derecho natural, 55, 126, 138, 140, 277, 669 s., 797 s., 866
- Desarme, 873 ss.

- Determinismo, 678; *ver también* Necesidad, Dialéctica, Ley, concepto de
- Dialéctica, 47 ss., 66, 81, 82 ss., 86, 96, 128, 138, 143, 157, 164, 183 ss., 187, 261, 465, 522 ss., 576, 642 ss., 651 ss., 658 ss., 660 ss., 664, 666 ss., 669 ss., 674 ss., 682 ss., 675 ss., 789 ss., 792 ss., 805 ss.
- e historia, 792 ss., 805 ss.
- materialista, 669 ss., 672 ss., 674, 790, 792, 793 ss., 805 ss.
- y naturaleza, 659 ss., 670, 671 ss., 676 ss., 682 ss., 712 ss.
- Dictadura militar, *ver* Bonapartismo
- Diplomacia, 303, 412, 414, 714 ss.; *ver también* Política exterior
- Dogmatismo, 808; *ver también* Ortodoxia
- Dualismo, 83, 83, 159 ss., 169, 176, 232, 299 ss.; *ver también* Filosofía
- Economía planificada, 167 s., 242 s., 433, 803 ss.
- Economía política, 141, 160 ss., 187 s., 194, 214, 433, 520 ss., 620 s., 643, 652, 712, 718 ss., 887
- Educación, 134, 139
- El Capital*, 384, 428, 442 s., 483, 511, 519 ss., 528, 550, 619 s., 637, 642 ss., 645, 650, 675, 683, 710 ss., 719 s., 760, 763, 770, 777 s., 780, 832, 880 ss., 888
- Emancipación de la mujer, 76, 147; *ver también* Sociedad sin clases
- Escandinavia, 832
- Esclavitud, 420, 475 ss., 481 s.
- Escuela del derecho histórico, 97 s., 100 s., 128 ss., 559, 805
- Estado, 53, 66, 99, 120, 162, 171, 181 s., 185 s., 189, 240, 424, 466, 486 s., 569, 589, 600 s., 632, 636 s., 699, 787, 798, 799 ss., 844 s., 873 s.; *ver también* Política
- centralismo, 269, 354, 361, 600, 845
- clasista, 103, 114, 129, 147, 172, 181, 240, 581, 790, 800 ss., 873 s.
- concepción anarquista del, 557 s., 580, 601, 802
- concepción hegeliana del, 65, 69, 74, 99, 113 s., 117, 119, 147, 185, 789, 802
- concepción orgánica del, 97 s., 100 s., 108 ss., 181 s.
- cristiano, 46, 74, 88, 103 ss., 131, 147, 171, 181
- democracia, 55 s., 61, 116, 137, 142, 144 s., 172 s., 182 s., 185, 240, 258 ss., 269, 273, 278 s., 285, 287, 295 ss., 309 s., 317 s., 358 ss., 362, 372 s., 376, 386, 405, 481, 505 s., 558, 732, 747, 749 s., 761, 763, 772, 803, 844 s.
- desaparición del, 75, 114 s., 147 s., 171 s., 212, 242 s., 577, 581, 600, 637, 800 ss.
- dictadura del proletariado, 193 s., 295, 359, 377, 405, 637, 731, 761, 763, 803
- monárquico, 56, 258, 800, 812
- nacimiento del, 423 s., 798 ss.
- Estados Unidos de América, 363 ss., 400, 475 ss., 481, 762 ss., 778 ss., 831; *ver también* Movimiento obrero
- Estética, 95 ss., 256 ss.; *ver también* Música, Poesía
- Ética, 111, 140 ss., 163, 199 ss., 238, 325, 538, 575, 579, 651, 669, 703
- Evolución del hombre, 778 ss.; *ver también* Darwinismo
- Familia, 72, 140, 164, 687, 797 ss.
- Feudalismo, 96, 128, 354 ss., 629, 733 ss.; *ver también* Revolución francesa
- Filología, 33, 396, 461, 497
- Filosofía, metafísica, 660 ss., 664, 666 s., 673 s., 794; *ver también* Dialéctica
- materialismo metafísico, 659, 663, 667, 681 ss., 687 s., 806 s.
- medieval, 664 s.
- de la naturaleza; *ver* Ciencias naturales
- neokantismo, 660, 668 s., 682, 806
- positivismo, 189, 661 s., 687 s., 806

- proletariado y, 153 s., 275, 655 s., 687 s.; *ver también* realización de la filosofía
- realización de la, 86, 113, 184, 191 ss.
- sensualismo, 107
- Filosofía, significación de la, 127, 239, 655 s., 660, 662, 667, 669, 673 s., 686; *ver también* Dialéctica, Concepción de la historia
 - antigua, 662 ss., 666
 - clásica alemana, 73, 78 ss., 139, 147 ss., 155 s., 160 s., 176, 189, 192, 228, 230, 655 s., 657 ss., 667 ss., 673 s., 687, 789, 794, 806 s.
 - empirismo, 126 s., 200, 239, 666 s., 673 ss., 687 s.
 - enciclopedista, 67 s., 80 s., 85, 138
 - teoría del conocimiento, 664, 667 ss.
- Francia, 119, 121, 144 ss., 253 ss., 279, 309 ss., 313 ss., 395, 548 ss., 557 ss., 565, 732, 746-759, 789 ss., 824 ss., 826 ss., 868 ss.; *ver también* Revolución, Movimiento obrero
- Franco-Alemana, contradicción, 392, 422, 447, 448 ss., 454, 462 ss., 513 ss., 518, 551, 555, 558 ss., 728, 757, 814, 824, 826 ss., 863, 868 ss.
- Fuerzas productivas y medios de producción, 238, 242, 364 ss., 433, 621, 801
- Germanismo, 420, 422
- Guerra alemana de 1866, 514 ss.; *ver* Cuestión nacional
- Guerra de Crimea, 409 ss., 414 ss., 417, 425, 435, 447, 462, 561, 818 s.; *ver también* Cuestión Oriental
- Guerra franco-alemana, 63, 448 ss., 455, 457 ss., 548 ss., 560 ss., 795
- Guerra italiana, 446 ss., 451 ss., 455 s., 459, 462
- Guerra Mundial, 321, 326, 363, 414, 532, 559 s., 565, 730 s., 756, 820, 823 ss., 825 ss., 863 ss., 867 ss., 873 s., 875 s., 877 s., 890
- Guerra y proletariado, 550 s., 568 s., 822, 825, 828, 865 ss., 868 ss., 872 s., 877 s., 889 s.; *ver también* Guerra Mundial, Guerra franco-alemana, Pacifismo
- Guerra de Secesión norteamericana, 475 ss., 479 ss.
- Guerra servo-búlgara, 823 s.
- Guerras campesinas, 147 ss., 224, 353 ss., 535 ss., 548, 811 ss., 880
- Historia
 - concepción idealista de la, 43, 67, 82, 83, 126 ss., 158, 192 ss., 230, 235 ss., 239, 465, 475, 576, 657, 663, 789, 804 ss.
 - concepción materialista de la, 53, 58, 85, 111, 117, 120, 121 ss., 127 ss., 140, 146 ss., 170 ss., 181 ss., 185 ss., 192, 225, 227 ss., 232 ss., 238 ss., 283, 352 ss., 366, 373, 382, 397 ss., 423, 429, 465, 543 ss., 576, 621, 631, 642, 650, 663, 666, 680, 711, 771, 789 ss., 797 ss., 806 ss., 839, 889 ss.
 - papel de la, 158 ss., 184, 238, 669 ss., 681
 - personalidad e, 66, 159, 690, 810 ss.
- Huelga, 118, 135 s., 22
 - general, 774 ss., 861, 866, 871
- Humanismo (Feuerbach), 74 s., 81 ss., 86, 107 s., 111, 126, 157 ss., 183 s., 186, 192, 199 s., 225, 233
- Ideología, 14, 225, 231, 236 ss., 283, 791, 792, 807 ss.
- Imperio, 500, 503, 856 s.
- Imperialismo, 167, 215 s., 482, 540, 542, 544, 568 s., 724 s., 761 ss., 795 s., 883
- Individuo y comunidad, 242, 245, 285, 575
- Inglaterra, 118, 125 ss., 151, 154 ss., 170 ss., 194 ss., 307 ss., 370 ss., 376 ss., 381 ss., 401 ss., 429, 478, 540 ss., 567 ss., 713 ss., 732, 759, 768, 789 ss., 865; *ver también* Movimiento obrero
- Insurrección armada, 855 ss.; *ver también* Revolución, Putschismo

- Internacionalismo, 61, 111 s., 144, 160, 187, 195, 241 ss., 272 s., 277, 281, 286 s., 303, 365, 422, 542, 558, 579, 582, 613 s., 619, 636 s.; 743, 775, 824, 859 s., 862 s., 870 ss.; *ver también* Cuestión nacional
- Irlanda, *ver* Cuestión nacional
- Italia, 268, 459, 597 s., 768 ss.; *ver también* Movimiento obrero, Cuestión nacional
- Joven Alemania, 46 ss., 398
- Jóvenes hegelianos, 46, 54, 65 ss., 109, 112 s., 115, 126, 148 s., 228 s., 398, 575, 669 s.
- Junkers (terceratenientes prusianos), *ver* Aristocracia
- Lassalleísmo, *ver* Asociación General de Obreros Alemanes, Socialismo de estado. Críticas a los programas de la socialdemocracia
- Lengua, 239
- Ley, concepto de, 794; *ver también* Dialéctica, Necesidad
- Ley contra los socialistas, 646, 650, 690, 701 s., 709 s., 716 ss., 723 ss., 730, 733, 738, 713, 831, 844, 856
- Ley de protección al obrero, 132, 190, 717 ss., 720 ss., 734 ss., 751 ss.; *ver también* Reformas, Socialismo de Estado
- Liberalismo, 31, 46, 53, 55, 63, 68, 73, 77, 99 s., 129 s., 134, 186, 230, 240, 277, 383, 399, 491, 514, 818; *ver también* Libre comercio
- Libertad, concepto de, 47 ss., 58 ss., 82, 242, 285, 686, 803 ss.; *ver también* Necesidad, Dialéctica
- Libertad de prensa, 102 s., 104, 502, 506; *ver también* Derecho al voto, Democracia
- Libre comercio, 130 ss., 162 ss., 214 ss., 267, 382 ss., 403, 415, 699 ss., 761 ss., 765 ss.; *ver también* Protección aduanera
- Libres, Los, 86 ss., 122 ss.; *ver también* Jóvenes hegelianos
- Liga Comunista, 246 ss., 276, 280, 298, 358 ss., 370, 378 s., 390, 404 ss., 444, 468, 511, 608, 714 s.; *ver también* Comunismo artesanal
- Lógica, 670; *ver también* Dialéctica
- Lucha de clases, 35 s., 58, 97, 103, 111 ss., 114, 116, 127, 131 s.; 134 s., 138, 160, 181 s., 193 s., 199 s., 200 s., 203, 240, 248, 283, 287, 354, 373, 382, 642, 692 s., 698, 701, 702 s., 720, 745, 749, 751, 765, 789 ss., 796; *ver también* Revolución.
- Matemáticas, 675
- Mercado mundial, 241, 441
- Mercantilismo, 162; *ver también* Economía política
- Milicia, 873 ss.; *ver también* Servicio militar
- Mir, 778 s., 783 s., 796; *ver también* Comunismo agrario, Rusia
- Monismo, 663 s., 666, 682 s.; *ver también* Dualismo
- Monopolio, 166, 307, 700, 761 s.
- Movimiento obrero, 112, 121, 130 ss., 298, 327
- Alemania, 204 ss., 428 ss., 444, 453 ss., 485 ss., 523 ss., 549 ss.; *ver también* Socialdemocracia, ADAV, entre otros
- España, 571, 585 ss., 597 ss., 603 ss., 609 ss., 617
- EE.UU., 400, 609, 612, 742, 768 ss.
- Francia, 252 ss., 279, 548 ss., 560 ss., 741, 746 ss., 752-759, 860 ss., 867 ss., 870 ss.; *ver también* Comuna, Socialismo (comunismo) utópico, Blanquismo
- Holanda, 866
- Imperio Austro-Húngaro, 773-776
- Inglaterra, 253, 511, 540 ss., 750 ss., 592 ss., 607 ss., 612 ss., 616, 713 ss., 651 ss., 755, 759-768, 830 ss., 859 ss.; 877 ss.; *ver también* Cartismo

- Italia, 571 ss., 585 ss., 587 ss., 597 ss., 769-773; *ver también* Anarquismo
- Rusia, 617 ss., 777-785
- Moral, *ver* Etica
- Música, 33, 814, 830
- Narodniki*, 777 ss., 779, 782
- Naturaleza e historia, 678 ss., 681 s.; *ver también* Dualismo
- Necesidad, 61, 679, 790, 793, 798 s., 804 s., 810 s.; *ver también* Causalidad; Ley, concepto de; Libertad
- Oferta y demanda, 167
- Ortodoxia, 759, 785; *ver también* Dogmatismo
- Pacifismo, 403, 414 s., 636, 784, 823 s., 873, 878; *ver también* Guerra y proletariado
- Paneslavismo, 62 ss., 322 ss., 324 ss., 414 s., 418 s., 423 s., 424 s., 467 s., 518 s., 577 s., 583 s., 776, 778, 817 s., 820 ss., 823 ss.; *ver también* Cuestión nacional
- Parlamentarismo, 399, 505 s., 536, 547, 586, 648, 723, 725, 734, 736, 741, 750, 758, 859 s.; *ver también* Estado, Política, Táctica
- Partido (papel de los partidos proletarios), 384 s., 430, 468 s.
 - división y unidad, 613 ss., 634 s., 638, 696, 702 s., 716 s., 723 s., 725, 749, 755, 759, 784, 839, 847, 854; *ver también* Socialdemocracia
 - formas de organización del partido, 276, 530 s., 582, 585 s., 594 ss., 606 s., 632, 634, 743
- Partido Popular de Sajonia, 526 ss., 531 ss.; *ver también* Socialdemocracia
- Partidos (papel sociológico), 46, 99, 127 s., 276, 356 s., 377 s.
- Pauperismo, 243
- Pequeña burguesía, 231, 236, 250 s., 255, 260, 263 s., 348 s., 352, 358, 397, 399, 404 s., 620, 636, 643, 693, 702, 705, 717 s., 814; 849, 852 s.; *ver también* Problema campesino.
- Plusvalía, 523, 622, 712, 719 s.
- Poder, 261 s., 626, 654, 815 s.
- Poesía, 26 ss., 51 ss., 96, 255 ss., 470, 814
 - política, 48 ss., 57, 70 ss., 206, 254 ss., 380 ss.
- Política como "superestructura", 35 s., 88, 92, 95, 113 ss., 115 ss., 122, 127 ss., 137, 142, 145 s., 147, 150 s., 171 ss., 181, 185 s., 235, 239 ss., 258 ss., 356 s., 366, 654, 788, 790 s., 800 ss., 807 s., 809 ss.; *ver también* Estado, Concepción de la historia.
 - acción política, 581, 586 s., 594 ss., 598 ss., 607, 741, 747, 772, 802 s.
 - política real, 302 s., 510 s.; *ver también* Política exterior
- Política exterior, 60 ss., 302 ss., 392 ss., 400 ss., 403 ss., 410 ss., 446 ss., 456 ss., 462 ss., 464, 491 ss., 498 ss., 566 ss., 570, 728, 730 ss., 787 ss., 814 ss., 822 ss., 863 ss., 867 ss., 872 ss.
- Política militar, 322, 341 ss., 375, 385, 392 ss., 401, 410, 417 ss., 432, 439, 447 ss., 451 ss., 459 ss., 477 ss., 496 ss., 499 s., 502, 515 ss., 553 ss., 559 ss., 627, 731, 796 s., 818 s., 825 ss., 857, 873 ss.
 - mando militar burgués y proletario, 394 s., 418, 467
- Polonia, 412 s., 490 s., 492 s.; *ver también* Cuestión nacional
- Prehistoria, 813; *ver también* Comunismo primitivo
- Primera Internacional (comienzos) 253, 274 s., 377, 383, 888 s.
- Primero de Mayo, 767, 861
- Privilegios, 103, 104, 114
- Problema agrario, 532 ss., 778 ss., 784 ss.; *ver también* Problema campesino, *Mir*
- Problema de los Balcanes, 414 ss., 817 ss., 822 ss., 864; *ver también* Problema Oriental.
- Problema campesino, 34 ss., 131, 213 ss.,

- 260, 263 ss., 314 ss., 361, 464, 532 ss., 715 ss., 747, 776 ss., 783 ss., 848 ss.; *ver también* Problema agrario
- Problema oriental, 59 s., 566, 818 s., 822 ss., 863 s.; *ver también* Guerra de Crimea, Problema de los Balcanes
- Problema de la vivienda, 621 s.
- Producción de oro, 363 ss., 435
- Producción primitiva, 238, 239 s., 679 ss.; *ver también* Concepción de la historia.
- Progreso, concepto de, 86, 126, 145, 164, 168 ss., 683 ss., 805 ss.; *ver también* Dialéctica
- Proletariado, 23 s., 111 s., 117, 142, 154, 156 s., 181, 184 ss., 192 ss., 208, 242, 243 s., 264 s., 266 s., 283 s., 356, 399, 540, 630, 693, 791
- nacimiento del, 197, 214
- Propiedad privada, 58 s., 114, 140, 146, 161 s., 166, 187, 236, 240, 569, 589
- Propiedad rural, 129, 285, 423 s.
- Protección aduanera, 131 s., 214 s., 267, 696, 698 s., 734, 761 ss., 766, 769
- Prusia, 29 ss., 73, 88, 96 s., 100 ss., 103 s., 114, 150, 203 ss., 223 s., 262 s., 306, 404, 443 s., 479, 484, 490, 498 ss., 513 ss., 525, 566, 628 ss., 728, 787, 808 s., 812, 845; *ver también* Alemania
- Rusismo*, 409, 580 s., 695, 706, 735 ss., 747, 749, 856; *ver también* Blanquismo, Insurrección, Revolución
- Raza, 396, 560, 582, 810; *ver también* Cuestión nacional, Eslavos, Paneslavismo, Germanismo
- Reforma, 120, 198 s., 206 s., 213 s., 359 s., 361 s., 453 s., 581, 694, 697 s., 701 s., 717 s., 720, 722 ss., 726 s., 768, 848 s., 855; *ver también* Socialismo de Estado, Revisionismo, Socialdemocracia (corrientes socialdemócratas)
- Reforma (religiosa), 354 ss., 665
- Religión, 66, 75, 107 s., 127, 140, 143, 155 s., 157 s., 186, 239, 258, 424, 550, 653, 681 s., 685 s., 808 s.
- ateísmo, 69, 80, 85, 87, 89 s., 157
- cristianismo primitivo, 681
- crítica del Evangelio, 67 s., 77, 90
- panteísmo, 57, 86, 15 s.
- pietismo, 15, 19 s., 22, 34, 36 ss. 84 s., 89, 93
- racionalismo, 34, 37, 40 s.
- teología especulativa, 37, 42 s., 82 s.
- teoría de la predestinación, 14, 36 s., 792
- teoría de los ritos, 37 ss., 67
- Renacimiento, 665 s.
- Renta de la propiedad, 165
- Restauración, 45, 66
- Revolución, significado histórico, 55, 136 s., 142, 146, 184, 198 s., 207, 212 ss., 242 s., 251, 284, 385, 515, 588, 600, 617, 654, 701, 717 s., 723, 730 s., 757, 761, 763, 784, 805 s., 844, 848
- revolución burguesa y proletariado, 247, 257, 260 s., 262 s., 267, 287 s., 295, 302, 328, 350 s., 352, 359 s., 373, 375 s., 398, 400, 405, 486 s., 501, 504 ss., 631, 730, 735, 746, 749, 772, 781 s.
- Revolución francesa, 98, 111, 117, 120, 144 s., 182, 185, 223, 393 s., 414 s., 783, 864
- Revolución francesa de 1830, 290, 296, 308 ss., 313, 351, 364
- Batalla de Junio, 295, 301, 306, 308 s.; *ver también* Revolución Social
- Hungría, 321 ss., 351
- Italia, 268, 309, 326
- Revolución de Julio, 29, 63, 66, 99, 115, 116, 145, 224
- Revolución de 1848, 268 ss., 287 ss., 364, 397, 422, 433, 439, 480, 558, 888
- Alemania, 291 ss., 295, 298 ss., 307 ss., 327 ss., 397, 658, 702
- social (proletaria), 64, 111, 115, 118, 125 s., 128, 131, 135 ss., 189, 201 s., 214 ss., 216, 242, 283 s., 309 s., 350

- s., 376, 381, 400, 434, 439, 540, 545, 552, 607, 622, 723, 731 s., 736 s., 824 ss., 844, 856 ss., 870
- Romanticismo, 47, 90, 804
- Rusia, 290, 305 s., 411, 415, 423, 425 s., 436, 448, 455, 462, 464, 467, 490 s., 492, 552, 568 s., 733 s., 744, 776-785, 817 s., 820 s.; *ver también* Movimiento obrero, Guerra de Crimea, Problema de los Balcanes
- Salario, 131 s., 166, 283 s., 636 s., 761; *ver también* Teoría de la depauperización
- Schleswig-Holstein, 454, 490, 497, 869
- Segunda Internacional, 585, 743 s., 753, 755, 829 ss., 867, 876, 886, 888; *ver también* Congreso Internacional de los Socialistas
- Servicio militar, 504, 731, 795 s., 855 ss., 872 ss.; *ver también* Milicia, Insurrección
- Servidumbre, 420, 463, 475, 477
- Sindicalismo, 586; *ver también* Anarquismo
- Sindicatos, 529 ss., 540, 571, 637, 720, 752 s., 760 s., 763, 766 s.
- Sistema Truck, 17, 134
- Socialdemocracia (Alemana), 275 s., 532, 550, 584, 610 s., 632 ss., 639 ss., 646, 655, 690-710, 715-727, 730 ss., 741, 752, 754 s., 817, 820 s., 837 ss., 855 ss., 861 ss., 869 s.; *ver también* Asociación General de Obreros Alemanes, Movimiento obrero, Partido Popular de Sajonia
- corrientes en la, 534 s., 634, 635 ss., 640 ss., 692 s., 694, 696 ss., 701 s., 704 s., 712 s., 715 s., 725, 747, 752, 758, 803, 837 ss., 839 s., 840 s., 844, 847 s., 855; *ver también* Revisionismo, Críticas a los Programas de la socialdemocracia
- Socialismo de Estado, 112, 172, 212 s., 361, 376, 466, 509, 634, 637, 698, 718 s., 720 ss., 759, 802, 838, 846 s., 852; *ver también* Reformas
- Sociedad, 112 ss., 114, 119 ss., 146 ss., 171, 182, 186 ss., 189, 589
- burguesa, 186, 199, 225 ss., 242, 403, 607, 789, 801
- sin clases, 194, 212, 217, 242, 637, 642, 683 s., 797 s., 802 ss., 846 s.; *ver también* Burguesía, Proletariado, Estado
- Subvención, 725 ss.
- Suiza, 268 s., 317 s., 460
- Superproducción, 161, 434, 440, 708; *ver también* Crisis
- Táctica de los partidos proletarios, 359, 372 s., 395, 399, 400, 403 s., 448, 454, 586, 492 ss., 503 ss., 528, 534, 550 s., 560, 570, 572, 579, 581 s., 586, 595 ss., 610 s., 607 s., 614, 632, 636, 654, 691 ss., 699 ss., 715 ss., 725 ss., 734, 737 s., 753, 757, 771 ss., 783, 820 ss., 837 ss., 845, 853, 856 ss., 865 s., 875 ss.; *ver también* Putschismo, Revisionismo, Revolución
- Teoría demográfica, 162, 168 ss., 679, 795
- Teoría de la depauperización, 844
- Teoría y praxis, 73, 75, 92, 94 ss., 97 ss., 107 s., 110, 181 s., 184, 193, 201, 203, 302 s., 640, 641, 682, 704 s., 711, 714, 765, 774, 782, 842, 889 s.
- Tercera Internacional, 586
- Terrorismo, 202, 216 s., 617, 706, 777 s., 781, 783; *ver también* Putschismo, Insurrección, Revolución
- Trabajo, derecho al, 722 ss.
- Trabajo, división del, 170 ss., 239 ss., 242 ss., 623, 665, 799 ss., 803
- Trabajo asalariado, 475, 651
- Trade Union, *ver* Sindicatos
- Valor, 164, 719

INDICE

Prólogo	7
Prólogo a la primera edición del primer tomo	10

PRIMER TOMO

Capítulo I. Tierra natal, familia, infancia	13
Capítulo II. Luchas religiosas	29
Capítulo III. Los inicios políticos	45
Capítulo IV. Entre los neohegelianos de Berlín	65
Capítulo V. Rumbo al comunismo	107
Capítulo VI. Aprendizaje político y social en Inglaterra	125
Capítulo VII. Trabajos del período de su primera estancia en Inglaterra	153
Capítulo VIII. La alianza con Marx. <i>La situación de la clase obrera en Inglaterra</i> . El comunismo en su tierra natal	175
Capítulo IX. <i>La ideología alemana</i>	221
Capítulo X. En Bélgica y Francia. La Liga de los Comunistas y el <i>Manifiesto comunista</i>	245
Capítulo XI. La revolución alemana. La <i>Nueva gaceta renana</i> . En Francia y Suiza	289
Capítulo XII. El desenlace de la revolución alemana. Esperanzas en Hungría y Francia. En el Elberfeld revolucionario. La campaña por la Constitución alemana en el Palatinado y en Baden	321
Capítulo XIII. Reacción y prosperidad	347

SEGUNDO TOMO

Capítulo I. Traslado a Inglaterra. Trabajo entre los emigrados. Disolución de la Liga Comunista	369
Capítulo II. La guerra de Crimea. Eslavismo y germanismo. La crisis económica mundial de 1857	409
Capítulo III. La guerra italiana de 1859. Engels y Lassalle. El centenario de Schiller	443
Capítulo IV. La guerra civil norteamericana. La insurrección polaca. Muere Lassalle. El problema militar prusiano y el partido obrero alemán. Se funda la Primera Internacional	475
Capítulo V. El auge de Prusia. Aparece <i>El capital</i> . Luchas en el seno de la socialdemocracia alemana. Engels se retira de los negocios. El problema irlandés	513

Capítulo VI. La guerra franco-alemana y sus repercusiones	547
Capítulo VII. La lucha contra Bakunin. La insurrección de la Comuna. El colapso de la Internacional	573
Capítulo VIII. El nuevo imperio alemán. El programa de Gotha. El <i>Anti- Dübring</i>	625
Capítulo IX. Concepción del mundo	657
Capítulo X. La ley contra los socialistas. Muerte de Marx. De Bismarck a Guillermo II	689
Capítulo XI. De la primera a la Segunda Internacional	741
Capítulo XII. Concepción de la historia	787
Capítulo XIII. La política europea desde la fundación del imperio alemán hasta la caída de Bismarck	817
Capítulo XIV. Los últimos cinco años	837
Capítulo XV. El final	883
Cronología	893
Índice de nombres	903
Índice analítico	915

Se terminó de imprimir
este libro.

Friedrich Engels: una biografía.
el día 20 de abril de 1979,
en los Talleres Gráficos Hijos
de E. Minuesa, S. L., Ronda
de Toledo, 24, Madrid-5.
Edición preparada por el
Departamento Editorial
del F.C.E., México.

